UAB
Universitat Autònoma de Barcelona

Dipòsit digital de documents de la UAB

This is the **submitted version** of the book:

Jingzi, Wu; Ramirez, Laureano (trad.). *Historia del Bosque de los Letrados (Rulin waishi)*. Preprint, 2025

This version is available at https://ddd.uab.cat/record/312623

under the terms of the IN COPYRIGHT license.

Wu Jingzi
Historia del Bosque de los Letrados (Rulin waishi)

(Traducción del chino: Laureano Ramírez Bellerín)

PRESENTACIÓN

Wu Jingzi (1701-1754), por otro nombre Wu Minxuan, nació en Quanjiao (Anhui), a unas decenas de kilómetros al oeste de Nankín, en el seno de una familia pródiga en letrados y funcionarios de renombre.[1]

Adoptado en su más tierna infancia por su tío Wu Linqi,[2] pasó con éste la adolescencia y parte de la juventud en el distrito de Ganyu (Jiangsu), donde el padre adoptivo ejerció el cargo de instructor de estudios desde 1714 hasta poco antes de su muerte en 1723. En este mismo lugar obtiene, a los 18 años, el grado de licenciado y más tarde, a los 22, viaja a la ciudad de Anqing (Anhui) para presentarse al examen provincial, que no aprueba. El panorama que lo espera al volver a su Quanjiao natal a los 23 años no es nada halagüeño, pues ha de enfrentarse al acoso de algunos parientes, disconformes con el reparto de la herencia legada por el padre adoptivo. Haciendo gala del espíritu inconformista que transluce su obra, o para dar a entender quizás que los bienes materiales y las convenciones no le importan, Wu Jingzi gasta el dinero sin moderación y en pocos años, según su primer biógrafo,[3] se queda al borde de la ruina.

> Nunca supo administrar su patrimonio y además era muy generoso y socorría a los pobres apenas se encontraba con uno de ellos. Con frecuencia se pasaba el día y la noche bebiendo y cantando a voces con las personas letradas con que trataba, dilapidando en pocos años toda su hacienda.

Su estilo de vida en esos años, marcado por el derroche y la diversión (y «el furor y la excitación», según un primo suyo), no es muy diferente del de algunos jóvenes de buena posición de la época, pero concita el rechazo y la animadversión de parientes, colegas y nobles locales.

A los 29 años viaja a Chuzou (Anhui) para presentarse a los exámenes previos a los provinciales, pero vuelve a ser suspendido, no por el ejercicio en sí, sino por su carácter: «Escribe muy bien, pero es una persona muy extravagante», sentencian los examinadores. A los 33, cansado del ambiente que lo rodea en su ciudad natal, vende las escasas propiedades que debían de quedarle y se traslada a Nankín, una ciudad en la que tiene conocidos y donde vivirá el resto de su vida, aunque sin poder alejar nunca de sí la nostalgia de su Quanjiao natal, reiterada en algunas de sus poesías.

Pocos años después de su mudanza tiene una oportunidad única para obtener grandes honores e incorporarse a la vida oficial. La Corte convoca en 1736, por segunda y última vez en toda la dinastía (la primera fue en 1679), unos exámenes extraordinarios diseñados para integrar en las filas de la Academia Hanlin a personas de gran saber literario de todo el país con independencia de su currículum en los exámenes imperiales.

---

[1] La presente biografía ha sido confeccionada con datos extraídos principalmente de Cheng Jinfang (1768), Hu Shi (1922), Li Hanqiu (1984, 2011) y Chen Meilin (1984, 1990).

[2] El padre biológico de Wu Jingzi era Wu Wenyan, pero el niño, en consonancia con una práctica frecuente en la época, fue adoptado por el hermano mayor de éste, Wu Linqi, quien disfrutaba de mejor posición económica —Wu Wenyan era simple *xiucai* o licenciado y Wu Linqi, *bagong* o licenciado selecto— y carecía de descendencia masculina heredera de sus bienes.

[3] Cheng Jinfang (1718-1784), amigo y autor de su primera biografía, publicada en 1768. Su último encuentro con Wu Jingzi, en Yangzhou, tuvo lugar siete días antes de su muerte.

Wu Jingzi es recomendado por el gobernador de su provincia, como era de precepto, pero no puede viajar a Pekín por hallarse enfermo en esas fechas. Su enfermedad, al parecer cierta —pues él mismo se lamenta más tarde de su mala suerte—, no dejó de ser cuestionada por algunos críticos que vieron en ella una mera excusa para eludir la vida oficial, a la manera de Du Shaoqing, el personaje de su novela que en circunstancias similares rechaza presentarse en la Corte.

A partir de entonces decide olvidarse de una vez por todas de los exámenes imperiales y se emplea en quehaceres más acordes con sus preferencias, como la poesía o el trato con sus amigos, entre los que se encuentran famosos letrados y artistas de Nankín y cercanías. Viaja a Zhenzhou, Huaian, Quanjiao y otras poblaciones para encontrarse con ellos o los recibe y se deleita en su casa a orillas del Qinhuai, donde escribe su otra obra más conocida, *Wenmu shanfang ji* (lit. «Antología de la cabaña montañesa del [señor] Árbol de la Literatura»), una colección de poesías editada por su hijo Wu Lang una decena de años después de su muerte.[4] En cierto momento, quizás en torno a los 42 años, se traslada a los alrededores del puente de Dazhong, más al interior del municipio de Nankín. Es la época, según algunos estudiosos, en que comienza a redactar *Rulin waishi*, y también la de mayores apuros económicos; la época en que se ve obligado a «trocar sus libros por arroz» para comer o a combatir el frío caminando toda la noche con sus amigos por la ciudad, cantando u holgando para «calentar los pies».

> No tenía una sapeca en la bolsa y las tripas le resonaban como truenos… Ya había empeñado todas sus ropas y del horno de su casa no salía un hilo de humo.[5]

Su amigo Jin Zhaoyan se sorprende del vigor literario que demuestra a los 50 años, pues a esa edad ya había concluido una edición crítica del *Libro de las Odas* (*Shuo Shi*), otra de sus obras principales (perdida en la actualidad), y alude a una de las rutinas del escritor, visto a veces en alguno de los figones ribereños del Qinhuai solo frente a su copa y con su habitual desaliño indumentario. «Los niños dicen que está loco».[6]

A finales de 1753 viaja a Yangzhou, a una cincuentena de kilómetros de Nankín, donde se ve con Chen Jinfang, su biógrafo, y otros amigos. Un día acompaña a Wang Youzeng, conocido de su hijo, venido expresamente a visitarlo, y esa misma noche muere de repente en su cama apenas dormido. Tenía 54 años. Algunos comentaristas atribuyen su muerte a un coma diabético.

Unos días antes había invitado a beber a algunos amigos y, ya ebrio, no paraba de recitar unos versos de la dinastía Tang:

> La calle Larga y sus muchos mercados en fila;
> el puente de Yueming con las beldades a vista;
> uno debería morir en Yangzhou
> y en las tumbas de Chanzhi dar reposo a su vida.

---

[4] Wu Jingzi (ca. 1740): *Wenmu shanfang ji*, ed. Li Hanqiu y Xiang Dongsheng (2011): *Wu Jingzi ji xinian jiaozhu*, Pekín, Zhonghua Shuju. Esta edición también recoge «Yijia fu», obra de corta extensión escrita ca. 1735 en forma de prosa poética (*fu*) a propósito de su mudanza a Nankín.

[5] Cheng Jinfang, en su poesía «Jihuai Yan Dongyou» (*Mianxing tang shiji*, vol. 3). Las acotaciones precedentes son del mismo autor, pero corresponden a su biografía de Wu Jingzi, antes citada.

[6] Jin Zhaoyan: «Ji Wu Wenmu xiansheng», en *Zongting shi chao*, vol. 3 (ed. 2014: *Wu Jingzi Wu Lang shiwen heji*, Hefei, Huangshan Shushe).

El inconformismo de Wu Jingzi, reflejado en el desapego de los bienes materiales y la crítica de la hipocresía del mundo oficial de la época, supone, de querer entroncarlo en alguna corriente teórica, la negación de la filosofía que sustentaba el poder desde hacía cinco siglos, la neoconfucianista de la escuela de Cheng-Zhu (Cheng Yi, Cheng Hao y Zhu Xi), verdadero catecismo teórico de los mandarines, y el respaldo, por contra, de la escuela de Yan-Li,[7] opuesta al sistema de exámenes imperiales, al menos como estaban concebidos en la época, y partidaria de la restauración de los ritos, la música, la milicia y la agricultura de la antigüedad. De ahí su admiración por personajes como Wang Mian, el protagonista del primer capítulo, que rechazó la gloria y el poder y llevó una vida sencilla acorde con sus ideas. En el plano personal su actitud responde más a la identificación con el ideario y el modo de ser de algunos de los grandes poetas de los primeros siglos de nuestra era también conocidos por su singularidad, como Sima Xiangru, Zhang Zhongwei, Ji Kang y Ruan Ji, a los que menciona expresamente en su antología poética, o Tao Yuanming, con el que es inevitable establecer paralelismos.

El título del libro, *Rulin waishi*, podría traducirse como «Historia no oficial del Bosque de los Letrados», entendiendo por «historia no oficial» la que no formaba parte de las crónicas dinásticas de los historiadores oficiales, y por «bosque de los letrados», al mundillo de las personas relacionadas de una u otra manera con las letras. El cargo de «recopilador de historias», cuya misión era la de ir de pueblo en pueblo recogiendo las hablas y comentarios de las gentes, nació ya en la dinastía Han (s. III aC) con el fin de permitir al emperador estar al corriente de lo que se decía en sus dominios; sus recopilaciones y las creaciones literarias basadas en ellas recibieron el nombre de *waishi*, «historias externas», para diferenciarlas de las crónicas oficiales del imperio. Wu Jingzi, al igual que otros autores anteriores y posteriores, eligió este término para resaltar el carácter fictivo de su historia, construida, por lo demás, sobre una base anecdótica o cotidiana poco habitual en los libros oficiales. El «mundillo literario» (*rulin*) remite sobre todo al círculo de los letrados o literatos formados en el ideario de la escuela confuciana, creada por el Sabio en el siglo V aC, de la que luego derivarían varias ramas y escisiones.

El libro, o buena parte de él, ya había sido escrito antes de 1749: de ese año datan unos versos de Cheng Jinfang en los que menciona la obra.[8] Y este mismo autor vuelve a mencionarlo una veintena de años más tarde, en su biografía de Wu Jingzi de 1768, adscribiéndole una extensión de cincuenta capítulos (*juan*): «Las gentes se pelean por copiarlo», añade. De estos ejemplares no se conserva ninguno en la actualidad. La primera edición impresa, de la que tampoco se conserva ningún ejemplar, fue la de su amigo Jin Zhaoyan, publicada entre los años 1768 y 1779, período en el que éste fue instructor de estudios (*jiaoshou*) en Yangzhou, como desvela el epílogo de otra edición posterior, de 1869, escrito por Jin He, descendiente lejano de Wu Jingzi: «Este libro fue publicado cuando el señor Jin Zongting (Jin Zhaoyan), de Quanjiao, era instructor de estudios en la prefectura de Yangzhou».[9]

La edición más antigua que se conserva en nuestros días es la de la Cabaña del Reposo y el Ocio (Woxian caotang), en cincuenta y seis capítulos, del año 1803, en la que se basa (con excepción del último capítulo) la presente traducción. Otras dos versiones posteriores, la de la sala de Yigu y la del pabellón de Lige, son idénticas a dicha edición, lo que indica que les sirvió de modelo, al igual que otras dos ediciones

[7] Fundada por Yan Yuan (1635-1704) y proseguida y popularizada por su discípulo Li Gong (1659-1733).
[8] Cheng Jinfang (1749): «Huai ren shi», *Mianxing tang shiji*, ed. 2010, Shanghai, Shanghai Guji.
[9] «Shangyuan Jin He jin ba», en *Rulin waishi*, edición de 1869 (*Tongzhi jisi qiu baiyin*) en tipos móviles de la librería Qunyu de Suzhou (*Qunyu zhai huoziban*).

más tardías impresas en Suzhou en 1869, que, si no idénticas, se basan claramente en ella, pues reproducen los caracteres erróneos y las omisiones. La edición de 1803, conservada en la Biblioteca de Pekín, presenta un prólogo del «Viejo del Estudio del Ocio» escrito en 1736 (el «segundo mes de primavera del año I de Qianlong») que algunos estudiosos, por el estilo —una opinión discutible—, adjudican al propio autor; consta de cincuenta y seis capítulos, aunque es criterio general que el último es un añadido posterior, como apunta el epílogo de Jin He antes citado: «El libro contaba originalmente con sólo cincuenta y cinco capítulos y concluye con la descripción de cuatro personajes versados en el *qin*, el juego de damas, la caligrafía y la pintura, rematada en unos versos, los de ‹Primavera en los jardines de Qin›». No se sabe quién ni cuándo escribió tal añadido, precisa a continuación. Una edición posterior, la de la sala de Qisheng, de 1874, modelo de otras sucesivas, consta de sesenta capítulos, a diferencia de las anteriores; los cuatro capítulos de más pertenecen a otro autor, según la opinión más generalizada.

La *Historia del Bosque de los Letrados* es una de las primeras novelas chinas de sátira social, si no la primera, como reconoce Lu Xun, el más célebre de los escritores chinos de principios del pasado siglo, una novela cuyos personajes pueden «estar apenados y a la vez recurrir al humor, ser corteses y a la vez desplegar grandes dosis de ironía».[10] Antes existieron, sin duda, relatos de contenido satírico, pero Wu Jingzi instaura en el género una clara dimensión social al abordar no sólo al individuo o a la familia, sino al mundo oficial en general.

Wu Jingzi censura sobre todo los éxamenes imperiales y los individuos que éstos modelan o que viven por y para ellos. Critica el arribismo, la corrupción, la soberbia del poder (los generales que menosprecian a Xiao Yunxian), los personajes venidos a más que olvidan sus orígenes (Zhou Jin), el excesivo amor filial (Guo el Piadoso), los aduladores seducidos por la posición social (el carnicero Hu), los virtuosos corrompidos por el dinero (hermanos Wang), los religiosos que predican sin el ejemplo (el prefecto de los monjes del cap. IV), la ignorancia en quienes no deberían tenerla (el examinador Fan), los buscadores de amigos singulares (hermanos Lou), los falsos letrados (el nieto del prefecto Qu), los falsos inmortales (Hong Hanxian), los hijos piadosos corrompidos por la gloria (Kuang Chaoren), los geománticos (cap. XLV), las nuevas costumbres sociales (capítulo dedicado a Cinco Ríos). Esta crítica, sin embargo afecta sólo a una parte del mundo particular de cada personaje, pues éstos actúan como individuos complejos cargados de contradicciones, poseen una personalidad rica en matices que escapa de cualquier esquematismo. Así, si el alumno Yan es ejemplo de amor conyugal, también lo es de tacañería, y Ma el Segundo puede ser a la vez hombre vanidoso y amigo fiel, de modo que en el libro sólo aparecen unos cuantos protagonistas casi «puros»: Du Shaoqing, Zhuang Shaoguang, el doctor Yu, Niu Buyi, Feng el Cuarto, encarnaciones de la honestidad, la coherencia, la benevolencia, la piedad filial, la sencillez, la amistad, la nobleza.

La estructura de la novela se caracteriza porque no hay un solo protagonista, sino varios que van apareciendo sucesivamente de la mano del anterior para volver a surgir, como un fogonazo, en el momento menos pensado, lo que evita que la narración sea una serie de episodios inconexos. La historia conforma un ciclo, un conjunto cerrado —la narración abarca algo más de un siglo—[11] que obliga a los personajes a vivir en un espacio y un tiempo predeterminados, un tiempo cuyo discurrir queda magistralmente reflejado en las alusiones al pasado o al presente en su afinidad con el pasado. La sucesión de escenas evita la simplicidad gracias a un referente continuo que

[10] Lu Xun (1923), cap. XXIII.
[11] La acción de la novela comienza en 1487 (cap. II) y concluye en 1595 (cap. LV).

aparece en el momento menos pensado, la certeza de que «cien años pasan volando», como dice la poesía final, la presencia de la muerte para recordarlo, más como elemento necesario e inevitable que como tragedia. En este sentido sigue la línea de las novelas citadas en el prólogo (*Jinpingmei*, *A la orilla del agua*) adelantándose en unas pocas décadas a otra gran novela de la antigüedad china, el *Sueño del pabellón rojo*, libros todos que condensan en sus páginas el sincretismo espiritual del alma china.

El lenguaje empleado por Wu Jingzi baraja giros propios de la zona donde se desarrolla la acción (Nankín, Quanjia, Yangzhou) con elementos de la lengua clásica culta sobre la base general del idioma hablado por el pueblo. Cada personaje, y éste es otro rasgo que diferencia a la novela de la producción literaria anterior, tiene su propio registro, un lenguaje propio acorde con su posición social, carácter, profesión, medio en el que vive. La narración sigue en parte en lo formal la estructura de los *huaben*, especie de relación de ciego creada al despuntar el primer milenio e introducida progresivamente en la ficción escrita a partir de entonces: un narrador fingido cuenta a su audiencia, capítulo a capítulo, los pormenores de un suceso o episodio, iniciándolo con unos versos que adelantan crípticamente su contenido (en el libro de Wu Jingzi estos versos aparecen a final de capítulo, como presentación del siguiente). El género del *huaben*, el de los «librillos de historias» de que se servía el narrador, aparece en la dinastía Song (960-1279) y supone un paso más en el desarrollo de una literatura popular viva y dinámica y no tan «seria» y transcendente como la oficial al uso, a la que sólo podía acceder, sobre todo por su lenguaje, la élite culta.

El eje de la narración es sin duda la ceremonia del templo de Taibo del cap. XXXVII, en la que se dan cita buena parte de los personajes principales con la intención, en latente sintonía con la escuela de Yan-Li, de impulsar la restauración de los ritos, gran anhelo teórico de los protagonistas a tenor de sus dichos y hechos. La acción se ramifica a partir de esta suerte de clímax y lo que hasta entonces había sido presentación natural de los hombres de letras de la región y la época —una época situada casi tres siglos antes con el evidente propósito de sortear la censura—, o exaltación del altruismo confuciano de algunos personajes o incursión en las andanzas de impostores y malandrines dan paso a una sucesión de episodios a primera vista independientes en los que se conjugan el heroísmo del hijo pío, la bravura militar, la valentía femenina y la buena hermandad con la superficialidad de las charlas de burdel, la gazmoñería de las familias de notables, la irracionalidad del padre que deja suicidarse a la hija por obstinación ritual o la astucia de la cortesana que aspira a ser gran señora con la ayuda de sus dotes seductoras. Episodios que transmiten la sensación del ocaso de una época en la que todavía se respetaba a los verdaderos letrados, un declive cuyas señales bien podrían ser el culto al poder y al dinero en detrimento de la tradición en el distrito de Cinco Ríos (cap. XLVII) o el progresivo deterioro del templo de Taibo (caps. XLVIII y LV).

La novela abunda en detalles autobiográficos. El mismo Du Shaoqing, el personaje principal, tiene rasgos en común con el propio autor, según nos revelan ya los primeros críticos de su época; uno de ellos, el de ser considerado «ejemplo negativo» para los hijos de los vecinos ilustres de la comarca. Con otros personajes las coincidencias también abundan: Wu Jingzi pierde a la madre a los trece años, como Wang Mian, el protagonista del primer capítulo; los familiares se distancian de Wu Jingzi al igual que de Yüo Te y su hermano en el distrito de Cinco Ríos; los criados que tenía Wu Jingzi lo abandonan, como los de Gai Kuan en el último capítulo, y así una larga serie de paralelismos con hechos y personajes de la realidad que en todo caso son tratados de forma literaria y no factual, como afirmaban algunos críticos de la época que sólo vieron en el libro una mera semblanza de personas conocidas del autor. Wu Jingzi

se apoya en estos personajes reales no para hacer un retrato figurativo, como era uso de la época, sino para dar mayor verosimilitud a sus propios protagonistas imaginarios. La lista de identificaciones es larga: Ma el Segundo podría personificar a Feng Cuizhong, de Chuzhou; Niu Buyi, a Zhu Zaoyi, de Wuhu, Chuang Shaoguang, a Chen Qisheng, de Shangyuan, y así sucesivamente en una correspondencia entre ficción y realidad que anima a un autor desconocido a redactar un último capítulo espurio (LVI, *v. supra*) dedicado a la glorificación por el emperador Shenzong (Wanli, r. 1573-1619) de los supuestos personajes reales reflejados en el libro.

Aunque las influencias en el autor de otros libros o escritores al componer la *Historia del Bosque de los Letrados* habría que atribuirlas a todas las obras leídas en su vida por un hombre de tan gran erudición como Wu Jingzi, resulta claro el impacto de los *Cuatro libros portentosos* de que nos habla el prólogo del «Viejo del Estudio del Ocio» y, en la medida en que existen ciertas reminiscencias en algunos pasajes, el de *Palabras corteses después del té*, de Yuan Kuisheng; *Breve crónica de la antología de Lie Chao*, de Qian Jianyu; la *Historia de la dinastía Han Posterior*; *Historias para advertir al hombre*, de Feng Menglong; *Charlas del bosquecillo de los canelos*, de Feng Yi, y las óperas más conocidas de la época, entre ellas *Palacio de eternidad*, de Hong Sheng, y *El abanico de la flor del durazno*, de Kong Shengren. Sus lecturas poéticas también debieron tener un gran peso. No en vano su obra predilecta era, como indica su biógrafo, *Wenxuan*, una antología del siglo VI que recoge más de quinientas composiciones de más de un centenar de autores, y en la propia novela aparecen referencias a otros poetas famosos, como Qu Yuan, Li Bai. Du Fu y Su Dongpo o las poetisas Su Ruolan, Li Qingzhao y Zhu Shuzhen.

El libro fue escrito en una época histórica de paz y prosperidad después de largos años de guerra. La inestabilidad en los primeros tiempos de la dinastía Qing, fomentada por Wu Wangui y otros generales insurrectos que habían ayudado al emperador a ascender al trono en 1644, se prolonga hasta 1681, pero después de esta fecha el imperio conoce una relativa calma. La vida de Wu Jingzi atraviesa, parcial o totalmente, tres eras dinásticas: las de Kangxi (1662-1723), Yongzheng (1724-1736) y Qianglong (1737-1796), en las cuales sólo se produjeron acciones militares contra algún caudillo de las regiones occidentales y los pueblos rusos del norte. Los primeros emperadores manchúes consolidaron su poder situando a allegados de su propia etnia en los más altos puestos de gobierno, pero la inexperiencia de los nuevos cargos obligó a sus sucesores a simultanear el ejercicio de sus funciones con cuadros y consejeros chinos. Así, si la Asamblea de Príncipes y Cortesanos, que aconsejaba al emperador en asuntos civiles y militares, estaba en principio en manos de manchúes, Yongzheng se vio obligado a sustituir este organismo por un Consejo Político más plural compuesto también por consejeros chinos.

La administración del estado apenas sufrió cambios con el advenimiento de la nueva dinastía y las reformas se encaminaron sobre todo a dotarla de mayor eficiencia. Los emperadores, más tolerantes, no dieron cargos importantes a los eunucos, verdaderos regentes del imperio en épocas anteriores; presidían siempre la corte y colaboraban con su Consejo más estrechamente que sus antecesores. En lo intelectual, la nueva dinastía abrazó con mayor fuerza que la anterior el budismo y privilegió la filosofía de Confucio y los neoconfucianos partidarios de Zhu Xi. Y en lo que hace a los exámenes imperiales, puerta de acceso a cargos o dignidades, siguió imponiendo y tomando como modelo los *bagu*, las composiciones en «ocho piernas» o partes basadas en los *Wu jing* y los *Si shu*, los libros canónicos de la escuela confuciana.

LOS EXÁMENES IMPERIALES

El sistema de exámenes imperiales (*keju*), vigente en China desde principios del siglo VII hasta su derogación en 1905, constaba básicamente de tres niveles en época de Wu Jingzi: el examen escolar (*yuanshi*) o de licenciatura,[12] el provincial (*xiangshi*) y los superiores, divididos a su vez en metropolitanos (*huishi*), probatorios (*fushi*) y de palacio (*dianshi*).

El examen de licenciatura estaba precedido de dos series de pruebas preliminares. Las primeras se celebraban en el distrito (*xianshi*) y eran presididas por el magistrado local. Los aprobados realizaban otras pruebas similares en la prefectura (*fushi*), presididas por el prefecto, y si las superaban pasaban a ser alumnos (*tongsheng*) o bachilleres. La lista de alumnos era enviada al colegio prefectural y en él se celebraban los exámenes de licenciatura, cuyo aprobado comportaba la acreditación como estudiante oficial (*shengyuan*) habilitado para presentarse a otras pruebas superiores y la distinción de *xiucai* o licenciado de «talento sobresaliente». Los exámenes estaban presididos por un comisario de estudios provincial elegido por un plazo de tres años y eran corregidos por él mismo con la ayuda de varios secretarios.

Un número limitado de licenciados podía optar a una asignación del gobierno, pasando a ser licenciados asalariados o pensionistas (*linsheng*). Como acto de favor imperial se celebraban exámenes especiales que permitían a algunos licenciados obtener el grado de licenciado recomendado a la corte (*gongsheng*), el cual les permitía ser elegidos para un puesto oficial después de aprobar un nuevo examen.

Por regla general, los licenciados no tenían que estar dotados de grandes conocimientos: bastaba con que supieran escribir ensayos al estilo *bagu* (en ocho partes). La picaresca siempre estaba presente y no faltaban las suplantaciones o los intentos de soborno, incluso del propio presidente de examen. La categoría social de un licenciado no era muy alta, pero sí superior a la del común de las gentes. Podía tratar directamente con los funcionarios, no estaba obligado a arrodillarse ante un magistrado y, sobre todo, tenía ciertas garantías de subsistencia, pues como último recurso siempre podía dedicarse a la enseñanza, vedada a quien no hubiese obtenido la licenciatura.

El examen provincial era el siguiente escalón. Se celebraba cada tres años en las capitales de provincia, incluidas Pekín y Nankín. Los candidatos podían ser licenciados y licenciados recomendados a la corte, y a ellos se sumaban los suspendidos del examen de licenciatura que hubiesen obtenido de alguna manera el grado de alumno del Colegio Imperial (*jiansheng*). Aprobar este examen daba derecho al título de graduado provincial (*juren*), una distinción de la que, por unas u otras razones, el *xiucai* Wu Jingzi no pudo disfrutar.

En el Colegio Imperial (Guozijian), máxima institución de enseñanza en las dinastías Ming y Qing, sólo podían estudiar los licenciados recomendados a la corte o los jóvenes de familia noble. El presidente de examen (*zhukao*) presidía los exámenes provinciales asistido por ayudantes elegidos en la corte. Los examinadores asociados ayudaban en la corrección de las pruebas y algunos de los principales funcionarios locales hacían las veces de vigilantes.

---

[12] Emplearemos en esta traducción el término «licenciado» y derivados para designar a los que superaban este primer conjunto de exámenes, llamados comúnmente *xiucai* y *shengyuan*, entre otras denominaciones.

Obtener el título de graduado provincial suponía un gran logro profesional, pues permitía el acceso directo a un puesto de funcionario aunque no se superara el siguiente examen, el metropolitano, al que también podían presentarse los aprobados.

El examen metropolitano estaba presidido por funcionarios del Ministerio de Ritos, los exámenes probatorios por un veedor designado por el emperador y los exámenes de palacio por el propio emperador.

El examen metropolitano se celebraba cada tres años en la capital imperial al siguiente de la convocatoria del provincial y en él podían participar los graduados provinciales de todo el país. Los aprobados recibían el título de graduado selecto (*gongshi*), que facultaba para participar en los exámenes probatorios, en los que raras veces se daban los suspensos. Al examen probatorio seguía el examen de palacio. Los aprobados pasaban a convertirse en graduados de palacio (*jinshi*) de una de las tres categorías que existían. La primera la ocupaban tres graduados; el título de letrado supremo (*zhuangyuan*) recaía sobre el que sacaba la puntuación más alta. Los graduados de palacio recibían un importante cargo público después de pasar una última prueba final celebrada en la corte, de la que estaban exentos los tres laureados de la primera categoría. El letrado supremo era nombrado directamente compilador jefe de la Academia Hanlin y los otros dos de su misma categoría (denominados *bangyan* y *tanhua*, respectivamente), compiladores ayudantes.

La administración central y local

A grandes rasgos, la administración central durante las dinastías Ming y Qing comprendía los organismos gubernamentales principales y las dependencias al servicio de la casa imperial. A la primera categoría pertenecían el Gran Secretariado (Neige), los Seis Ministerios o Consejos (Liu Bu), la Corte General de Investigación (Duchayuan), la Oficina de Transmisión (Tongzhengsi), la Academia Hanlin (Hanlinyuan) y el Colegio Imperial; a la segunda, el Colegio Imperial de Médicos (Taiyiyuan), entre otras instituciones.

El Gran Secretariado estaba compuesto por entre tres y seis grandes secretarios (*da xueshi*) que elevaban al emperador las resoluciones de los Seis Ministerios.

El principal funcionario de cada ministerio o consejo, el ministro o consejero (*shangshu*), dirigía, asistido por uno o más viceministros (*shilang*), un cierto número de departamentos u oficinas (*qinglisi*), por lo general cuatro, a cuyo frente había un director (*langzhong*). El Consejo de Empleos (Lìbu) constaba de cuatro departamentos: nombramientos, concesión de honores, anotación de servicios y evaluación de funcionarios. El Consejo de Hacienda (Hubu) tenía delegaciones en cada una de las trece provincias y contaba también con cuatro departamentos: población y censo, cuentas generales, cuentas especiales y graneros. El Consejo de Ceremonial (Lîbu) constaba de cuatro departamentos: ceremonias, sacrificios, recepción de visitantes y preceptos y también se ocupaba, aunque marginalmente, de cuestiones relacionadas con el clero budista y taoísta. El Consejo de la Guerra (Bingbu) también lo formaban cuatro departamentos: nombramientos de oficiales, inspección de operaciones, equipamiento e intendencia. El Consejo de Justicia (Xingbu) constaba de trece delegaciones u oficinas provinciales a cargo de un director (*langzhong*), una por cada provincia. El Consejo de Obras (Gongbu) constaba de cuatro departamentos y se encargaba de la dirección de los planes de construcción, el reclutamiento de mano de obra para el servicio del Estado, la fabricación de equipo para el gobierno, las comunicaciones por tierra y por mar, la

normalización de pesas y medidas y la vigilancia de determinados rendimientos, como los procedentes de los montes y los lagos.

La Corte General de Investigación se encargaba de la supervisión de los funcionarios y otras labores específicas. Sus principales autoridades eran, en las dinastía Ming y Qing, dos inspectores superiores de izquierda y derecha (*zuo/you duyushi*), dos subinspectores (*zuo/you fu duyushi*) y dos inspectores asistentes (*zuo/you qian duyushi*), aunque su labor ejecutiva recaía en 110 visitadores o inspectores supervisores (*shi-san dao jiancha yushi*) repartidos por las diferentes provincias.

El jefe de la Oficina de Transmisión era el comisario de transmisión (*tongzheng shi*), ayudado por vicecomisarios de izquierda y derecha (*zuoyou tongzheng*). Su función consistía en revisar el contenido y la forma de los memoriales procedentes de las provincias, y en su caso rechazarlos o transmitirlos al Gran Secretariado.

La Academia Hanlin o del «Bosque de los Pinceles» estaba integrada por un núcleo de reconocidos hombres de letras o académicos (Hanlin *xueshi*) a las órdenes de uno o dos directores (*zhangyuan xueshi*). En ella trabajaban lectores (*shidu xueshi*) y comentadores (*shijiang xueshi*) encargados de redactar decretos imperiales, y editores (*xiuzhuan*) y compiladores (*bianxiu*) encargados de investigar y compilar la historia oficial. La mayoría de los integrantes de la Secretaría del Interior procedían de las filas de la Academia Hanlin, y desde el siglo XVIII todos los presidentes de examen provinciales eran antiguos académicos o viceministros promocionados por la Academia. Los académicos tenían que ser graduados de palacio.

El Colegio Imperial, la más alta institución gubernamental de enseñanza, estaba a cargo de un gran libador (*jijiu*) y un preceptor (*siye*) y en él trabajaban, además, tutores asistentes y doctores.

La administración local comprendía cuatro niveles: provincias (*sheng*), cirtuitos (*dao*), prefecturas (*fu*) o subprefecturas (*zhou*), y distritos (*xian*). Los funcionarios más altos de la administración local eran los gobernadores militares (*zongdu*) y los gobernadores provinciales (*xunfu*). Subordinados a ellos en las provincias había administradores provinciales (*buzhengshi*) y comisarios de justicia (*anchashi*).

En la dinastía Ming y a principios de la Qing sólo había gobernadores militares en las áreas estratégicas. El puesto fue creado con carácter definitivo en el siglo XVIII. La jurisdicción de un gobernador militar se extendía a dos o tres provincias, o a veces a una sola en aquellos casos en que no hubiera gobernador provincial, como ocurría en las provincias de Sichuan y Zhili (antigua Hebei).

El administrador provincial era el jefe del servicio civil en cada provincia, el tesorero de los fondos provinciales y el responsable del censo. El comisario de justicia ostentaba la misma categoría y era, además de juez provincial, supervisor del servicio postal.

El intendente de un circuito (*daotai*) tenía control administrativo sobre dos o más prefecturas. A la cabeza de la prefectura había un prefecto (*zhifu*) y a la del distrito, un magistrado (*zhixian*). Las subprefecturas estaban a cargo del prefecto o del comisario provincial de hacienda, según los casos. Los magistrados eran nombrados normalmente por un período limitado, a veces de tres años o menos, y el cargo en ciertos casos lo ejercían funcionarios trasladados en cumplimiento de una sanción o destinados a remotas regiones. El magistrado disponía de dos clases de empleados para ayudarlo en su labor: los que le proporcionaba el gobierno y los que él buscaba personalmente. Los empleados pagados por el gobierno servían durante períodos más largos que los propios jefes de distrito, y era frecuente que ya estuvieran durante algún tiempo actuando y recibieran al nuevo magistrado a su llegada al nuevo puesto.

En las provincias productoras de sal había comisarios regionales (*yanyun shi*) que se ocupaban de la recaudación de la gabela provincial o de la administración del monopolio de la sal. Como el transporte de la sal obedecía a una adjudicación del gobierno, los mercaderes principales gozaban de gran autoridad.

BIBLIOGRAFÍA

La presente traducción se basa en la edición facsímil de la versión de la Cabaña del Reposo y el Ocio (Woxian caotang), en cuatro tomos, publicada en Pekín en 1975 por la editorial Renmin Wenxue, de la que hemos omitido el último capítulo, el LVI, por ser de otro autor, de acuerdo con el criterio de Jin He en su epílogo (*v. supra*). Entre las versiones modernas más conocidas se cuentan también la edición comentada de Huang Xiaotian (Hefei, Huangshan Shudu, 1986), la comentada de Li Hanqiu (Shanghai, Shanghai Guji, 1984, 2 vols.), la facsímil de la publicada en Shanghai en 1933 (Hong Kong, Kwong Chi Book Co., 1975), la facsímil de la versión de la sala de Qisheng (Pekín, Zhongguo Shudian, 1988) y las de las editoriales Zuozhe (Pekín, 1954) y Renmin Wenxue (Pekín, 1977 y 1981). Una breve lista de algunas de las principales obras de referencia, ensayos y traducciones —aparte de las citadas— podría ser la siguiente:

Altenburger, R. (1994): *Eremitische Konzepte und Figuren im Roman Rulin waishi. Eine intertextuelle Studie*, Bochum, Brockmeyer.

Anhui sheng jinian Wu Jingzi dansheng erbai bashi zhounian weiyuanhui (1982): *Rulin waishi yanjiu lunwen ji*, Hefei, Anhui Renmin.

Chen Dadao (1988): «Mingmo Qingchu shishi xiaoshuo de tese», *Xiaoshuo xiqu yanjiu* 3: 181-220.

Cheng Jinfang (1768): «Wenmu xiansheng zhuan», *Mianxing tang wenji*, cap. VI, ed. 1995, Shanghai, Shanghai Guji.

Chen Meilin (1984): *Wu Jingzi yanjiu*, Shanghai, Shanghai Guji.

—— (1990): *Wu Jingzi pingzhuan*, Nankín, Nanjing Daxue.

Chen Ruheng (1981): *Wu Jingzi zhuan*, Shanghai, Wenyi.

Chen Wenxin (1995): *Wu Jingzi hua rulin*, Taipei, Yatai Tushu.

—— (2019): *Wu Jingzi yu Rulin waishi*, Zhengzhou, Zhongzhou Guji.

Chen Xin (1982): «Rulin waishi Qingdai chaoben chutan», *Wenxian* 12: 83-87.

Duan Qiming (ed. 1991): *Zhongguo gudian xiaoshuo yishu jianshang cidian*, Pekín, Shifan Daxue.

Elman, Benjamin A. (2001): *A Cultural History of Civil Examinations in Late Imperial China*, Taipei, SMC Publishing Inc.

He Manzi (1955): *Lun Rulin waishi*, Shanghai, Shangwu.

He Zehan (1985): *Rulin waishi renwu benshi kaolüe*, Shanghai, Shanghai Guji.

Hsia, C.T. (1980): *The Classic Chinese Novel*, Bloomington, Indiana University Press.

Hu Shi (1920): «Wu Jingzi zhuan», *Hu Shi wencun* (2013): 1.4, Pekín, Waiwen Chubanshe.

—— (1922): «Wu Jingzi nianpu», *Hu Shi wencun* (2013): 2.4, Pekín, Waiwen Chubanshe.

Huang Benji (1846): *Lidai shiguanbiao*, ed. facsímil 1965, Shanghai, Shanghai Guji.

Hucker, C. (1988): *A Dictionary of Official Titles in Imperial China*, Taipei, Southern Materials Center.

Hummel, A.W. (1943): *Eminent Chinese of the Ch'ing Period* (*1644-1912*), Washington, U.S. Government Printing Office.

Huo Songlin (ed. 1988): *Zhongguo gudian xiaoshuo liu da mingzhu jianshang cidian*, Xi'an, Huayue Wenyi.
Kessler, L.D. (1971): «Chinese Scholars and the Early Manchu State», *Harvard Journal of Asiatic Studies* 31:191-200.
Li Chu-tsing (1987): «The Literati Life», en Li Chu-tsing y James C. Y. Watt (ed.): *The Chinese Scholar's Studio. Artistic Life in the Late Ming Period*, Londres, Thames & Hudson.
Li Hanqiu (1984): *Rulin waishi yanjiu ziliao*, Shanghai, Shanghai Guji.
—— (1984): «Rulin waishi Taiboci daji he rujia sixiang chutan», *Jianghuai luntan* 5: 96-102.
—— (ed.1992): *Rulin waishi jianshang cidian*, Pekín, Zhongguo Funü.
—— (ed.1993): *Wu Jingzi Wu Lang shiwen heji*, Hefei, Huangshan.
—— y Xiang Dongsheng (2011): *Wu Jingzi ji xinian jiaozhu*, Pekín, Zhonghua Shuju.
Lin Shuen-fu (1977): «Ritual and Narrative Structure in Ju-lin wai-shih», en Plaks, A.H. (ed.): *Chinese Narrative. Critical and Theoretical Essays*, Princeton, Princeton University Press.
Lu Xun (1923 y 1924): *Zhongguo xiaoshuo shilue*, Pekín, Xinchao.
Marston. A. (1997): «The Scorpion in the Scholar's Cap: Ritual, Memory and Desire in Rulin waishi», en Huters *et al*.: *Culture and State in Chinese History*, Stanford, Stanford University Press.
Meng Xingren (1981): *Wu Jingzi nianpu*, Hefei, Anhui Renmin.
—— y Meng Fanjing (1987): *Wu Jingzi pingzhuan*, Hefei, Zhongzhou Guji.
Miyazaki Ichisada (1976): *China's Examination Hell*. *The Civil Service Examinations of Late Imperial China*, Nueva York y Tokio, Weatherhill.
Nienhauser, W.H. jr. (ed. 1986): *The Indiana Companion to Traditional Chinese Literature*, Bloomington & Indianapolis, Indiana University Press.
Ou Itaï (1933): *Le roman chinois*, París, Éd. Véga.
Ropp, P.S. (1981): *Dissent in Early Modern China. Ju-lin wai-shih and Ch'ing Social Criticism*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
Shang Wei (2003): *Rulin waishi and Cultural Transformation in Late Imperial China*, Harvard y Londres, Harvard University Press.
—— (1998): «Ritual, Ritual Manuals and the Crisis of the Confucian World: An Interpretation of *Rulin waishi*», *Harvard Journal of Asiatic Studies* 58: 373-424.
Shang Yanliu (1958): *Qingdai keju kaoshi shulu*, Pekín, Sanlian Shudian.
Slupski, Z. (1989): «Three Levels of Composition of the Rulin waishi», *Harvard Journal of Asiatic Studies* 49, 1: 5-53.
T'ung-tsu Ch'ü (1988): *Local Government in China under the Ch'ing*, Harvard y Londres, Harvard University Press.
Tchang Fou-jen (tr. 1976): *Chronique indiscrète des mandarins*, París, Gallimard.
Tun Lichen (1965): *Annual Customs and Festivals in Peking*, Hong Kong, H. K. University Press.
Wang Junnian (1980): *Wu Jingzi yu Rulin waishi*, Shanghai, Shanghai Guji.
Wang Qiongling (1997): *Qingdai si da caixue xiaoshuo*, Taipei, Taiwang Shangwu.
Wong, T.C. (1978): *Wu Ching-tzu*, Boston, Twayne.
Yang Enlin y Gerhard Schmitt (tr. 1990): *Wu Jingzi. Der Weg zu den weißen Wolken*, Munich, C.H. Beck.
Yang Xianyi y Gladys Yang (tr. 1957), *The Scholars*, Pekín, Foreign Languages Press.
Yu Xiaorong (2001): *Rulin waishi cihui yanjiu*, Pekín, Beijing Daxue.
Yue Hengjun (1970): «Ma Chunshang zai Xihu», *Chun wenxue* 4, 6 (1970): 35-62.
Zhang Guofeng (1993): *Rulin waishi ji qi shidai*, Taipei, Wenchin.

Zhang Wenhu (1885): *Rulin waishi lun*, Pekín, Wenbaozhai.
Zhu Yixuan y Liu Yuchen (1998): *Rulin waishi ziliao huibian*, Tianjin, Nankai Daxue.
Zuojia chubanshe bianjibu (1955): *Rulin waishi yanjiu lunji*, Pekín, Zuojia.

PERSONAJES PRINCIPALES

BAO TINGXI, hijo adoptivo de Bao Wenqing
BAO WENQING, autor de compañía
CHEN MUNAN (CHEN EL CUARTO), deudo del duque de Xu
CHI HENGSHAN, tutor, amigo de Du Shaoqing
DOBLE GRANA, doncella de la joven Lu
DU SHAOQING, hijo del prefecto de Ganzhou
DU SHENQING, primo de Du Shaoqing
FAN JIN, bachiller pobre; graduado provincial y de palacio; comisario de estudios
FENG EL CUARTO, enderezador de entuertos
GAO, académico de la Academia Hanlin
GE LAIGUAN, actor de papeles femeninos
GUO EL PIADOSO, hijo de Wang Hui
GUO TIEBI, grabador de sellos
HONG HANXIAN, falso inmortal
HU, carnicero, suegro de Fan Jin
HU LA SIETECLARINES (VIUDA DE WANG), esposa de Bao Tingxi
HUANCHENG, criado de la casa de Lou
JI WEIXIAO, bígamo
JING LANJIANG, sombrerero
KUANG CHAOREN (KUANG JIONG), hijo piadoso; licenciado; comentador de exámenes
LAI XIASHI, sacerdote taoísta
LOU ZAN, cuarto hijo del ministro Lou, alumno del Colegio Imperial
LOU BENG, tercer hijo del ministro Lou, graduado provincial
LU, hija del académico Lu, esposa de Qu Xianfu
LU XINHOU, coleccionista de libros
MA CHUNSHANG, licenciado pensionista, comentador de exámenes
MEI JIU, licenciado, paisano de Zhou Jin
MU NAI, salteador de caminos, sargento
NIU BUYI, secretario de Fan Jin; licenciado; poeta
NIU PULANG, recadero; suplantador de Niu Buyi; bígamo
NIU YUFU, asistente ocasional de un mercader de la sal
PAN EL TERCERO, funcionario de Hangzhou
PING, guardia menor
QU JINYU, hijo del prefecto de Nanchang, secretario de Fan Jin
QU XIANFU, hijo de Qu Jinyu
QUAN WUYONG, paniaguado de los hermanos Lou
SHEN LA PATUDA, casamentera, mujer de Shen Tianfu
SHEN DANIAN (MAESTRO SHEN), licenciado recomendado
SHEN QIONGZHI (SHEN RAMA DE ÁGATA), hija de Shen Danian
SHI, inspector de la Corte General de Investigación
TANG SHI, hijo del brigadier Tang, licenciado

TANG YU, hermano de Tang Shi, licenciado
TANG, brigadier
WAN, licenciado, falso secretario del Gran Secretariado
WAN XUEZHAI, mercader del negocio de la sal
WANG EL BIGOTES, criado de Du Shaoqing
WANG DE, licenciado, hermano de Wang Ren
WANG HUI, graduado provincial; intendente de Nan'gan; desertor
WANG REN, hermano de Wang De y cuñado de Yan Zhihe
WANG YUHUI, licenciado, padre de viuda virtuosa
WEI EL CUARTO, amigo de Du Shaoqing
WU SHU (ZHENGZI), alumno del Colegio Imperial de Nankín
XIANG DING, magistrado de Andong, intendente de Tianchang
XIAO HAOXUAN, ballestero de Sichuan
XIAO YUNXIAN, hijo de Xiao Haoxuan; alférez
XUN MEI, alumno de Zhou Jin; graduado de palacio; subdirector del Consejo de Obras
YAN ZHIHE (YAN DAYU), alumno del Colegio Imperial, hermano de Yan Zhizhong
YAN ZHIZHONG, licenciado recomendado, hermano mayor de Yan Zhihe
YANG YUN (YANG ZHIZHONG), licenciado pensionista, redimido por los hermanos Lou
YU YUDE, doctor del Colegio Imperial de Nankín
YÜO CHI (YÜO YOUCHONG), licenciado, hermano de Yüo Te
YÜO TE (YÜO YOUDA), licenciado recomendado, tutor del colegio prefectural de Huezhi
ZANG LIAOZHAI (ZANG EL TERCERO), licenciado pensionista; amigo de los Du
ZHANG BRAZO DE HIERRO (ZHANG JUNMIN, ZHANG EL SEGUNDO), curandero, espadachín, timador
ZHAO, concubina y luego esposa de Yan Zhihe
ZHAO XUEZHAI, médico y poeta
ZHOU JIN (ZHOU KUIXUAN), tutor; graduado de palacio; comisario de estudios
ZHUANG SHAOGUANG (ZHUANG SHANGZHI, HONORABLE ZHUANG), famoso hombre de letras de Nankín
ZHUGE TIANSHEN, editor de antologías de exámenes

ÍNDICE

Capítulo I
Donde a modo de preámbulo se dice la idea general, y acudiendo a un afamado personaje se resumen las enseñanzas del libro

Capítulo II
En la escuela del pueblo conoce a un condiscípulo el licenciado Wang; de viejo aprueba los exámenes el maestro Zhou

Capítulo III
El comisario Zhou distingue el talento verdadero al celebrar exámenes; el carnicero Hu perturba las nuevas victoriosas con su fiero proceder

Capítulo IV
Un oficiante de difuntos es llevado a juicio; un notable emprestillador se ve en apuros

Capítulo V
Los licenciados Wang deliberan sobre una concubina; el alumno Yan muere de enfermedad en su cama

Capítulo VI
Un personaje enfermo riñe con los barqueros; una viuda agraviada acusa al cuñado

Capítulo VII
El comisario Fan revisa listas para pagar la merced del maestro; el subdirector Wang enaltece la amistad desde su residencia en la Corte

Capítulo VIII
En mal trance topa al hijo de un amigo el intendente Wang; en su aldea natal visitan a un conocido pobre los hermanos Lou

Capítulo IX
Con dinero redimen a un amigo los hermanos Lou; con falso nombre fustiga a los barqueros el capitán Liu

Capítulo X
El compilador Lu toma por yerno a un brillante letrado; el nieto del prefecto Qu casa en rica familia

Capítulo XI
Por una composición pone la joven Lu en apuros al desposado; en casa del ministro recomienda el instructor Yang a un virtuoso letrado

Capítulo XII

Famosos letrados festejan en el lago de la Collada de la Oropéndola; un temerario concierta falsa reunión sobre una cabeza

Capítulo XIII

Qu Xianfu recibe instrucción de un entendido; Ma Chunshang se muestra generoso con un necesitado

Capítulo XIV

En la librería despide a su buen amigo el nieto del prefecto Qu; en una gruta del monte conoce un inmortal el licenciado Ma

Capítulo XV

El licenciado Ma asiste a los funerales de un inmortal; el estudiante Kuang acredita su gran piedad filial

Capítulo XVI

En la Aldea del Sauce cuida del padre un buen hijo; en el distrito de Yueqing apadrina ingenios un cabal magistrado

Capítulo XVII

El licenciado Kuang visita su vieja aldea; el doctor Zhao es ensalzado en cenáculos de poetas

Capítulo XVIII

Convidan a Kuang el Segundo a unas justas poéticas letrados de renombre; visita al amigo en una librería Pan el Tercero

Capítulo XIX

En el que Kuang Chaoren tiene la dicha de hacer un buen amigo, y Pan Ziye el infortunio de verse envuelto en graves sucesos

Capítulo XX

Kuang Chaoren ríe en Chang'an, ciudad del Eterno Sosiego; Niu Buyi muere en la de Wuhu, del Lago de las Hierbas

Capítulo XXI

Falsea su nombre un mozo que busca fama; recuerda al deudo un viejo que yace en cama

Capítulo XXII

Niu Yufu reconoce descendientes y entronca familias; Wan Xuezhai aprecia visitas y agasaja huéspedes

Capítulo XXIII

Por divulgar secretos sale malparado un poeta; suspirando de vejez busca al esposo una viuda

Capítulo XXIV

Niu Pulang se ve metido en pleitos; Bao Wenqing vuelve a su antiguo oficio

Capítulo XXV
Bao Wenqing topa un viejo amigo en Nanquín; Ni Tingxi encuentra casamiento en Anqing

Capítulo XXVI
El prefecto Xiang es promovido y llora a un amigo; Bao Tingxi pierde a un padre y toma estado

Capítulo XXVII
Da la espalda al marido la señora de Wang; halla al hermano perdido Ni Tingzhu

Capítulo XXVIII
Ji Weixiao casa por segunda vez en Yangzhou; Xiao Jinxuan dirige una antología en Baixia

Capítulo XXIX
En el monasterio halla a un amigo Zhuge Tianshen; en Nanquín toma concubina Du Shenqing

Capítulo XXX
Un admirador de la apostura juvenil busca amigo en el templo de la Divina Alegría; lúcense los encantos en los magnos juegos del Lago de la Descansada

Capítulo XXXI
Júntanse en el distrito de Tianchang unos notables personajes; encandílanse en augusta biblioteca unos buenos amigos

Capítulo XXXII
En el que se refieren las buenas acciones de Du Shaoqing, y las postreras palabras de Lou Huanwen

Capítulo XXXIII
Du Shaoqing y su esposa van de merienda al monte; Chi Hengshan y sus amigos hablan de ceremonial

Capítulo XXXIV
Letrados célebres visitan a sus amigos para tratar de ceremonial y música; el Hijo del Cielo convoca a un virtuoso para otorgarle dignidades

Capítulo XXXV
El Hijo del Cielo apela a la virtud y pide consejo; el honorable Zhuang renuncia a dignidades y vuelve a casa

Capítulo XXXVI
Viene al mundo un verdadero letrado en el distrito de Changshu; oficia de sumo sacerdote un eminente sabio en el templo de Taibo

Capítulo XXXVII
Restáuranse los ritos en Nanquín con ofrendas a un sabio; despiden a un hijo piadoso en ruta a Sichuan en busca del padre

Capítulo XXXVIII

En monte profundo tropieza con tigres Guo el Piadoso; en trocha angosta encuentra a su enemigo el monje del Dulce Rocío

Capítulo XXXIX

Xiao Yunxian salva a un hombre en el cerro de la Luna Brillante; el guardia menor Ping canta victoria en la villa de Arce Verde

Capítulo XL

En el monte Guangwu contempla la nieve Xiao Yunxian; en el puente del Buen Cruzar vende sus versos Shen Qiongzhi

Capítulo XLI

Zhuang Zhuojiang rememora los viejos tiempos a orillas del Qinhuai; Shen Qiongzhi es llevada bajo arresto al distrito de Jiangdu

Capítulo XLII

Unos jóvenes hablan de exámenes en una mancebía; un criado trae nuevas de la comarca de los Miao

Capítulo XLIII

En el dique de la Cabra Montés libra magma batalla un brigadier; atraído por cantos y danzas irrumpe en el real el caudillo de una tribu

Capítulo XLIV

Cumplido su ministerio torna a su ciudad el brigadier Tang; con un vaso en la mano platica de enterramientos el licenciado Yüo

Capítulo XLV

Con verdadero amor suple al hermano y carga con su culpa; con una plática de geomancia tornan a casa y entierran a los padres

Capítulo XLVI

Por la Puerta de los Tres Montes se despiden con un banquete unos ilustres varones; en el distrito de Cinco Ríos ciegan los corazones riquezas y potestades

Capítulo XLVII

El licenciado Yüo repara el pabellón de Yuanwu; el salinero Fang perturba el templo de los antepasados

Capítulo XLVIII

Una viuda virtuosa se sacrifica por el marido en la prefectura de Huizhou; añóranse personajes del pasado y tiempos antiguos en el Templo de Taibo

Capítulo XLIX

Un académico habla de las listas de los Dragones y los Tigres; un licenciado usurpa el nombre del Estanque del Fénix

Capítulo L

Un oficial falso es puesto en vergüenza delante de todos; un hidalgo verdadero busca dignidades para un amigo

Capítulo LI

Una dama engaña a un hombre en noche de brisa y luna; un varón sufre de propio grado público tormento

Capítulo LII

Compite en artes militares un caballero y resulta herido; derriba una casa de empeños un héroe para cobrar una deuda

Capítulo LIII

En el Palacio Ducal festejan a un convidado en noche de nieves; en el Pabellón de los Huéspedes despierta sobresaltada a la luz del candil

Capítulo LIV

En una mancebía dicen la buena ventura a una bella enferma; en el burdel ofrece versos un insigne zopenco

Capítulo LV

En que aparecen cuatro personajes que enlazan pasado y presente, y un son de montes y ríos que aúna a los amigos

PRÓLOGO DEL VIEJO DEL ESTUDIO DEL OCIO[13]

Aunque de antiguo acá las novelas y los relatos históricos no oficiales[14] no bajan de cientos y miles, las gentes siempre han tenido predilección por los que llaman «los cuatro grandes libros portentosos», a saber, el *Romance de los Tres Reinos*, la *Peregrinación al Oeste*, *A la orilla del agua* y *Jinpingmei*.[15] Mas yo albergo ciertos reparos.

Estos relatos y novelas son meros brazales de la Historia y pueden servir de manual para adentrarse en ella a quienes los prefieran, mas también es menester elogiar o criticar sus bondades y lacras para que los lectores sepan apreciarlos o estén prevenidos y puedan preservarse sin detrimento las costumbres de la sociedad y el sentir de las gentes.

La *Peregrinación* está plena de fantasías y divagaciones, y aunque los comentadores dicen que es un libro que trata del Camino, cuando habla de «terquedad de caballo y mente de simio» o «señor del metal y madre de la madera»[16] parece más bien apuntar a «la mente es Buda», pero no soy quién para saberlo. Los *Tres Reinos* no se ajusta en todo a la historia oficial, pues en lo tocante a las mudanzas del trono en las dinastías Wei y Jin copia lo ya sabido y lo atribuye al decurso de la ley natural, sirviendo tan solo de lección a los que pretenden matar al soberano y usurpar el trono. Además, su explicación de las causas de la grandeza y decadencia, existencia y muerte

---

[13] El prólogo del «viejo del Estudio del Ocio» (*Xianzhai laoren*) corresponde a la versión de la «Cabaña del Reposo y el Ocio» (Woxian caotang, 1803), la más antigua conservada hasta nuestros días (*v*. Presentación).

[14] *Baiguan yeshi*. Los *baiguan* eran funcionarios menores encargados de compilar las historias y hablas que oían por las calles, un cargo oficial creado en la dinastía Han (206 aC-220) que tenía como finalidad informar al emperador de las charlas cotidianas de sus súbditos, mantenerlo al corriente de la opinión del pueblo. En épocas posteriores pasó a ser sinónimo de «novelista» y «novela». Los *yeshi* son los relatos históricos no oficiales (no incluidos en las historias dinásticas y otros libros de historia aprobados por la corte) escritos por particulares.

[15] El *Romance de los Tres Reinos* (*Sanguo yanyi*; aparece como *Sanguo zhi*, *Historia de los Tres Reinos*, la historia oficial en que se basa, escrita por Chen Shou a finales del s. III, pero es obvio que el autor se refiere a la versión novelada de Luo Guanzhong, publicada en 1494), narra, en forma de relato oral, las principales gestas y batallas protagonizadas, en su confrontación, por los reinos de Wei, Shu y Wu en la época de los Tres Reinos (222-265). La *Peregrinación al Oeste* (*Xiyou ji*) de Wu Cheng'en, publicada hacia 1570, refiere las peripecias del monje Tripitaka y sus tres discípulos en su viaje a las «regiones occidentales» en busca de las escrituras budistas, y se inspira (sólo en la idea general) en el famoso viaje de Xuanzang en el s. VII y su obra *Da Tang xiyou ji* [Noticia de las regiones occidentales de la gran dinastía Tang], de 646. *A la orilla del agua* (*Shuihu zhuan*), de Shi Nai'an y Luo Guanzhong, escrita quizás en 1524 (existen opiniones diversas), relata la formación y gestas de un ejército de bandoleros dirigido por un centenar de héroes. *Jinpingmei* (aparece con otro de sus títulos menos frecuentes, *Jinpingmei yanyi*, *Romance de Jinpingmei*), de autor anónimo, escrita hacia 1617, trata, en estilo costumbrista, de la vida y los amores de Ximen Qing con sus concubinas y amantes, y en especial de sus relaciones con las que se apellidan Jin, Ping y Mei (de ahí el título de la novela).

[16] *Yima xinyuan… jingong mumu*, expresiones relacionadas en apariencia con la alquimia taoísta y los «cinco elementos» que para muchos comentaristas encubren a los principales protagonistas de la *Peregrinación al Oeste*: el caballo de Tripitaka, Sun Wukong, Sha Seng, Zhu Bajie. El autor del «Prólogo», sin embargo, atribuye a dichas expresiones un origen budista, más discernible en la primera, procedente posiblemente de alguna de las versiones del *Sūtra de Vimalakīrti*. Y «la mente es Buda» (*xin ji shi Fo*) que aparece a continuación, por su parte, es uno de los principales axiomas de Mazu Daoyi (709–788), el maestro *zen* de la dinastía Tang.

de los reinos de Shu y Wu no logra más que sumir a las gentes en profundas cavilaciones. Mas ¿cómo osaría yo juzgarlo? En lo que hace a *A la orilla del agua* y *Jinpingmei*, son libros que enseñan robos y obscenidades y de largo vulneran toda convención, aunque hay lectores que con gusto exageran las maravillas de estilo y la excelencia de la escritura y, tomándolos por modelos de descripción de personajes y hechos y los cotidianos asuntos domésticos, elogian su capacidad para reflejar las profundidades y apariencias de las cosas, su conjunción de calidad figurativa y creación dizque nunca superadas por novela alguna.

¡Y bien! ¿Es que nunca han leído la *Historia del Bosque de los Letrados*?

Por «historia» hay que entender la que no pertenece al orden de la oficial, y por «bosque de los letrados», la comunidad de los que gustan de divagaciones y pláticas imaginativas y fantasiosas. El libro tiene por armazón la preeminencia, la gloria, la riqueza y la nobleza; en sus páginas anidan los que se rebajan a la adulación por codiciarlas, los que se muestran arrogantes por estar encumbrados en ellas, los que con achaque de no buscarlas se tienen por seres excelsos y caen en el ridículo al ser descubiertos y, por fin, los que las rechazan, hombres de noble disposición moral que permanecen inconmovibles como roca en medio de la corriente. Innumerables son los personajes que surgen en la novela, mas sus sentimientos y complexiones aparecen desgranados con tanta prolijidad sobre el papel, que el lector, sea cual fuere su disposición, se verá reflejado en cualquiera de ellos.

Dicen los *Comentarios de Zuo* que «los buenos fomentan los buenos sentimientos de las gentes, y los malos, sus pasiones más bajas». Y este libro es así, pues con demostrar el talento narrativo de *A la orilla del agua* y *Jinpingmei*, no contraría, como ellos, el corazón de las gentes ni las buenas costumbres, y los lectores habrán de preferirlo a éstos. Los que gustan de leer novelas verán que cuanto digo no es palabrería huera.

Segundo mes de primavera del año I de Qianlong.[17]

[17] Corresponde a 1736.

CAPÍTULO I

DONDE A MODO DE PREÁMBULO SE DICE LA IDEA GENERAL, Y ACUDIENDO A UN AFAMADO PERSONAJE SE RESUMEN LAS ENSEÑANZAS DEL LIBRO

Del hombre la vida corre
Por caminos muy dispares,
Y en esto a todos iguala,
Ministros o generales,
Gente del pueblo nacida,
Genios sacros e inmortales.
Renacen cien dinastías
Las propias que luego caen,
Y el día en noche se trueca,
Y no hay mortal que lo cambie.
Tumban los vientos del río
Con su bramido irrefrenable
Recios árboles legados
De otros reinos ya distantes.
Famas, honras y riquezas
Sin dejar rastro se evaden,
Y el que a ellas se consagra,
Malgasta su vida en balde.
Corra, pues, el vino turbio,
Y hasta el olvido te embriague,
Que nadie sabe el destino
De la mustia flor errante
Abatida sobre el río,
prisionera de su cauce.

Así hablaba un letrado viejo, y no le faltaba razón; que las riquezas, los honores y la fama son meras cosas externas, y aunque muchos arriesgan sus vidas por tenerlas, en probándolas no les hallan gusto.

Verdad es que no pocos lo han sufrido en carne propia desde épocas lejanas, mas tampoco han faltado los hombres de noble condición. Uno de ellos fue Wang Mian,[18] nacido en las postrimerías de la dinastía Yuan en una aldea del distrito de Zhuji. A edad

[18] Wang Mian (1287/1310-1359/1368), famoso pintor y poeta de la dinastía Yuan, llamado también Yuan Zhang, Señor que Apacenta el Buey (Fangniu weng) y Labriego del Monte de la Piedra Cocida (Zhushishan nong), entre otros nombres. Natural del distrito de Zhuji (Zhejiang, a orillas del río Puyang, a unos cincuenta kilómetros al sur de Hangzhou), de niño trabajó como boyero y de noche se encerraba a estudiar en un templo budista. Se presentó a los exámenes imperiales durante treinta años, pero al no aprobar desistió de ello y se consagró a la lectura de obras antiguas en su retiro del monte Jiuli en Kuaiji, Shaoxing (Zhejiang). Su obra poética principal es *Zhuzhai ji* [Antología del pabellón del Bambú], y entre sus pinturas destacan las de ciruelos y lotos en tinta china, modalidad en la que fue todo un innovador. También destacó como grabador de sellos; fue el primero que se sirvió de la piedra lustrosa y blanda conocida como *huaru*. Las fechas más aceptadas de su nacimiento y muerte son 1287-1359, pero también se barajan otras: 1310-1359, 1310-1368, etc.

de siete años perdió al padre, y la madre hubo de asentar de costurera para ganarse la vida y pagarle los estudios en la escuela del pueblo, donde el hijo pasó tres años hasta que, ya de diez, la buena mujer lo llamó a su lado y le dijo:

—Hijo, lejos de mí el dejarte sin estudios, pero desde que tu padre se nos fuera, todo ha sido dar y poco el recibir. Los tiempos vienen malos, que la leña y el arroz están a peso de oro, y nuestras pobres vestiduras y alhajas, empeñadas o malvendidas; lo que me dan por coser no alcanza para pagarte la escuela y forzoso es que asientes con el vecino al cuidado de su búfalo de agua, que con ello harás unos dineros y no te habrá de faltar alimento. Mañana habrías de ir.

—Madre dice bien —respondió el hijo—, pues yo tampoco sufro todo el día sentado en la escuela, y mejor estuviera cuidando al búfalo, que, si quiero estudiar, tengo los libros, que llevaré conmigo.

De tal modo quedó zanjada la cuestión esa noche, y al otro día madre e hijo fueron a la casa del tío Qin, el vecino, que les dio unas viandas para que se desayunasen, con que trajo al animal y dijo al chiquillo, señalando la puerta:

—A dos tiros de ballesta[19] de mi casa está el lago de las Siete Charcas, a cuya vera hay unos pastos donde van a pacer las bestias, y una docena de sauces; es lugar fresco y umbrío, y donde tenga sed, el animal irá a beber a la orilla y tu podrás jugar como seas servido, hijo, aunque sin alejarte. Este viejo te dará ración de arroz y verdura dos veces al día, y de mañana unas monedas con que compres un dulce; no te pido otra cosa sino que tengas buena disposición, que habrás de gustar del empleo.

La madre al cabo agradeció al tío y marchó a la puerta con el hijo, al que dijo, al tiempo que le atusaba el vestido:

—No des pie a que te encuentren en falta. Sal con la fresca y vuelve de tardecita, y ahórrame cuidados.

A ello asintió el hijo, y la madre partió, bañada en lágrimas. Y, desde ese día, Wang Mian se empleó en apacentar el búfalo del tío Qin. Las noches tornaba a casa a dormir, y cuando el amo le daba pescado en salazón o cecina, lo envolvía en una hoja de loto y lo llevaba a la madre; el dinero de los dulces lo guardaba, y cada uno o dos meses sacaba tiempo de donde fuere y en la escuela del pueblo compraba libros viejos al buhonero de ronda, que leía a la sombra de un sauce cuando ataba del ronzal al búfalo.

Pasaron en un chascar de dedos tres o cuatro años, al cabo de los cuales Wang Mian, a fuerza de lecturas, comenzaba a entender los negocios de este mundo. Un día, mediada la época en que amarillean los ciruelos, reposaba sentado sobre la hierba, fatigado de llevar a pacer al animal, cuando el cielo se enfoscó y rompió a llover a chaparrón; al rato, los nubarrones negros orlados de nieve se disiparon y el sol brilló a través, tiñendo el lago de escarlata. Las colinas se vestían de azul, violeta y esmeralda; los árboles, lavados con agua fresca de lluvia, verdeaban con pujanza, y de los cascabillos y hojas de la docena de lotos que afloraban del lago rodaban perlas cristalinas. Admirado del prodigio, Wang Mian pensó para sí: «La vida del hombre es como un lienzo, según reza certeramente el adagio de la antigüedad. Lástima que no haya pintor que dibuje esos lotos.» Mas al punto se dijo: «Aunque también es cierto que no hay cosa que el hombre no aprenda. ¿Por qué no los pinto yo?»

En estas cavilaciones andaba, cuando a lo lejos echó de ver un criado que con gran trabajo llevaba dos cantinas de comida en la pértiga y una jarra de vino en la mano, el cual, llegando a la vera de un sauce cercano, tendió a la sombra el tapete que colgaba de una de las cajas, que abrió. A la zaga, dándose aire con abanicos de papel blanco, venían a paso lento otros tres hombres de entre cuarenta y cincuenta años tocados con

[19] Un tiro de ballesta equivalía por lo general, según las épocas, a 120-150 pasos.

bonete de letrado[20] y túnicas de seda, azul la de uno, negras las otras, quienes, llegados al sauce, se acomodaron junto a la esterilla según ordenó el de azul; uno de los de negro,[21] barbudo, se sentó en el sitio de honor; el otro, un flaco, enfrente, y el de azul, que era más bien cebón, ocupó, como huésped que hacía los honores, el lugar menos honroso. Escanciado el vino, comenzaron a almorzar, y en eso dijo el gordo:

—Pues dicen que el señor Wei está de vuelta en el pueblo, que ha comprado una casa mayor que la de la capital, la de la calle de la Torre de la Campana, por la que ha pagado dos mil onzas de plata, rebajadas en unas buenas docenas por la fama que le traía al propietario. El diez del mes pasado hizo la mudanza, y el prefecto y el magistrado[22] fueron a darle parabienes y se quedaron festejando hasta la segunda o la tercera vigilia.[23] En verdad es hombre harto respetado.

—El señor magistrado se recibió de graduado provincial el cuarenta y dos[24] —dijo el flaco—, y por tanto, fue discípulo[25] del venerable señor Wei; presentarle respetos era lo menos que podía hacer.

—Pues también mi consuegro, que es magistrado en la provincia de Henan, fue discípulo suyo —apuntó el gordo—. Pocos días ha, vino el yerno a visitarme trayéndome estas dos libras de cecina de venado que aquí ven v. mds., y me dijo que, así torne en casa, va a pedir al padre lo recomiende por carta al señor Wei. Bueno fuera que el señor Wei viniese al pueblo para pagarle la visita, pues así los aldeanos dejarían de soltar los burros y los puercos para que se harten de comer en nuestras tierras.

—Y docto que es el señor Wei —ponderó el flaco.

—Dicen que poco ha —terció el barbudo—, saliendo de la capital, el mismísimo Emperador lo escoltó hasta los ejidos y lo tomó de la mano y caminó con él no menos de veinte pasos, y solamente consintió en subir al palanquín para tornar a palacio cuando, con tres reverencias, el señor Wei le suplicó no lo acompañase más. Grandes dignidades, en verdad, aguardan al señor Wei en lo por venir.

Y de esta suerte siguieron los tres en su plática, en tanto Wang Mian, viendo que se venía la noche, marchó a encerrar el búfalo. Desde ese día, el mozo no volvió a gastar los dineros en libros, antes los daba a quien fuese servido para comprar pinturas y polvos en la ciudad, y no hacía otra cosa que pintar flores de loto. Y si en principio su

---

[20] *Fanjin*, prenda en forma de cofia alta y cuadrada empleada por los letrados y personas de dignidad.

[21] *Yuanse*, «color negro». El carácter *xuan*, «negro», era tabú en la dinastía Qing (1644-1911) por formar parte del nombre del emperador Shengzu (1662-1723), cuyo nombre de familia era Aisin Gioro Xuanye. De ahí que en todas las palabras en que intervenía fuera sustituido por el carácter *yuan*, de grafía parecida pero de distinto significado. En capítulos posteriores volveremos a encontrar esta sustitución en la grafía del «lago del Guerrero Negro» (Yuanwu *hu*) y posiblemente en la del «pabellón de Yuanwu» (Yuanwu *ge*).

[22] *Taizun*, *xian fumu*. *Taizun*, «supremo venerable», fórmula de cortesía para referirse al prefecto. Las provincias en las dinastías Ming y Qing se subdividían en prefecturas, subprefecturas y distritos, a cargo de las cuales había, respectivamente, prefectos (*zhifu*), subprefectos (*zhizhou*) y magistrados (*zhixian*). Al magistrado se le solía decir *xian fumu*, «padre y madre del distrito», en alusión respetuosa a sus desvelos por el pueblo.

[23] La noche se dividía en cinco vigilias (*geng*) de unas dos horas de duración cada una: 7-9 de la noche (primera), 9-11 (segunda), 11-1 de la madrugada (tercera), 1-3 (cuarta) y 3-5 (quinta).

[24] *Shi ren-wu juren*, lit. «es graduado provincial del año *ren-wu*». El calendario tradicional chino se rige por un sistema sexagesimal basado en las «doce ramas terrestres» (*shier zhi*) y los «diez troncos celestes» (*shi gan*). La combinación de *ren*, que corresponde al noveno «tronco celeste», y *wu*, que corresponde a la séptima «rama terrestre», equivale al número (año, en este caso) 42. El examen provincial, el tercero en importancia por encima del prefectural y el distrital, se celebraba cada tres años, en los correspondientes a las ramas terrestres primera (*zi*), cuarta (*mao*), séptima (*wu*) y décima (*you*).

[25] *Mensheng*, «alumno, discípulo». Los participantes en los exámenes imperiales llamaban «maestro» al funcionario encargado de convocarlos y revisarlos, y ellos eran conocidos como sus «alumnos». «Maestro» en este contexto es sinónimo de «presidente de examen», y discípulo, de «examinando».

industria era escasa, con cada día que pasaba iba a mejor, y aún no llevaba tres meses pintando, cuando ya lograba componer la esencia de la flor y sus propios matices de color, de manera que, aunque dibujados sobre el papel, sus lotos figuraban surgir de las aguas cual si arrancados del lago y puestos sobre el lienzo. Y si cada día eran más los convecinos que, admirados de su arte, compraban sus obras y por muy buenos dineros, que el pintor usaba para comprarle cosas a su madre, con el tiempo su fama corrió de boca en boca y al cabo todos los pobladores del distrito supieron de su ingenio y se disputaban sus lienzos. Tan bien le fue, que a los diecisiete o dieciocho años dejó de trabajar para el tío Qin, empleándose en pintar unos lienzos al día y en la lectura de versos y escrituras de la antigüedad. Desde ese día no hubo de cuidar de vestido y sustento, y vivía feliz con la madre.

No eran pocos los talentos de Wang Mian, pues con veinte años aún no cumplidos ya era muy versado en la astronomía, la geografía, los clásicos y la historia; mas su complexión era poco común, ya que no buscaba puesto oficial, ni tenía amigos, y pasaba las horas enclaustrado en casa, estudiando. Un día, viendo en una edición ilustrada de los *Cantos de Chu*[26] los hábitos con que se tocaba el poeta, gustó tanto de ellos, que con sus propias manos se hizo un sombrero altísimo y una túnica de amplio vuelo; y era muy de ver cómo, llegada la estación de las flores, vestido de esta guisa sacaba a la madre a pasear en una carreta de bueyes, la tralla en la mano y una copla en los labios, y recorría el pueblo y los contornos del lago sin cuidar de las risas de la chiquillería que los seguía. Solamente el vecino, el tío Qin, reconocía su ingenio, con ser hombre de campo, y lo quería y admiraba, pues lo había visto crecer, y lo llamaba a su choza para platicar.

Uno de esos días en que los dos estaban de plática, asomó por allí un hombre con sombrero de teja[27] y túnica azul al que el tío Qin saludó, ofreciéndole asiento; era uno que llamaban Zhai, alguacil y recadero del magistrado Shi y padrino del mayor de los hijos del tío Qin, condición que lo llevaba de cuando en cuando por su casa. El tío mandó al hijo a calentar el té y matar un pollo para el visitante, el cual preguntó a Wang Mian al ser presentado:

—¿Sois por fortuna el señor Wang, el pintor de flores?

—Otro no es —respondió el tío Qin—. ¿Cómo sabéis de él?

—¿Y quién no sabe de él en el distrito? —dijo el alguacil—. Pues el otro día el magistrado se encaprichó en comprar un librillo con dos docenas de pinturas de flores para regalar a un superior, y me pasó a mí la encomienda; y oyendo de la gran reputación del señor, venía a preguntar al tío su casa, sin saber que iba a encontrarlo en ésta. Señor, os molesto con la encomienda que compongáis esas pinturas, que pasaré a recoger a la segunda quincena con unas onzas de mi señor por el desvelo.

Y como el tío Qin lo apremiara a ello, Wang Mian aceptó el encargo para darle contento, con que volvió a casa y compuso con gran esmero las pinturas, que glosó con unos versos muy al caso. Llegado el día, el alguacil le pagó doce onzas por su trabajo, embolsándose él otras doce de las veinticuatro que el magistrado Shi le había dado. Al recibir las pinturas, el magistrado las envió, con otros presentes, al señor Wei. Mas como resultara que de cuantos presentes recibiera el señor Wei, solamente las pinturas

---

[26] *Chu ci*. Los *Cantos de Chu*, recopilados posiblemente por Liu Xiang en el s. I aC, son una antología de diversos poetas del estado de Chu y la dinastía Han, aunque el título suele ser empleado como sinónimo de la obra de Qu Yuan (340-278 aC), el más importante y admirado de ellos, quien se dio muerte arrojándose al río Miluo en protesta por una alianza con el reino de Qin que abocaba al suyo, Chu, a una derrota cierta.

[27] *Walengmao*, «sombrero de teja», usado por la gente común, cuya parte superior era semejante a una teja curva, en contraste con el que usaban los letrados, de formas cuadradas en su parte superior.

llamaron su atención, que las miraba una y otra vez sin quitarles los ojos de encima, al otro día convidó a comer al magistrado y le preguntó, después de los saludos y unas rondas de vino:

—Ayer recibí vuestro presente de las pinturas de flores. Decidme: ¿son de un pintor de la antigüedad, o de alguno de nuestra época?

—Son de un campesino de este distrito, un mozo que llaman Wang Mian —respondió el magistrado, sin osar ocultar la verdad—; mas me da que apenas si empieza a pintar, y a fe que sus lienzos son indignos de vuestra distinguida atención.

—Tanto tiempo ha que dejé mi casa, que ni conozco a este gran hombre de mi propio distrito —suspiró el señor Wei—. Gran yerro el mío, pues éste mi hermano tiene tanto talento como intuición, y es hombre poco común al que el porvenir ha de deparar dignidad y renombre no menores a los nuestros ¿Podíais convidarlo a venir a mi casa?

—Eso es cosa hecha —respondió el magistrado—; así me despida de vos, le haré llegar una esquela, que aceptará de muy buen grado.

Al cabo, el magistrado pidió licencia para partir, y al tornar a la residencia despachó al punto al alguacil Zhai con una esquela para el pintor escrita en los términos más respetuosos. El alguacil corrió a casa del tío Qin, y llamando a Wang Mian, le dio razón.

—Lo siento por vos, señor alguacil —dijo sonriendo Wang Mian—, pero el magistrado ha dicho que Wang Mian es un pobre campesino, y no tengo la osadía de ser recibido en audiencia, y menos de aceptar tan distinguido convite.

—¿Pues quién osa rechazar el convite de un magistrado? —dijo, muy descompuesto, el alguacil—. Y más siendo yo el que os hace merced, que si yo no os recomendara, ¿de dónde supiera mi señor que sois pintor? Razón es que habríais de agradecérmelo sobradamente; mas vengo aquí y ni una taza de té me ofrecéis, y con mil achaques os empecináis en no ir, lo cual es tamaño desatino. ¿Qué le digo yo ahora a mi señor? ¿Quién tal viera, que un vulgar hijo de vecino contraríe al señor magistrado?

—En un punto erráis, señor alguacil —replicó Wang Mian—, y es que yo nunca osara rechazar la citación del magistrado; mas lo que traéis es una esquela de convite, vale decir, que no soy obligado. Si no voy, el magistrado habrá de dar por excusada mi ausencia.

—¡Cuánta sinrazón! —contestó el alguacil—. ¡Así que, requerido por citación, vais, mas convidado por esquela, no! ¿Será que no sabéis lo que os conviene?

—Bien está, hijo —terció el tío Qin—, que si el magistrado te manda la esquela, bueno ha de ser su propósito. Anda, marcha con el alguacil, que como dice el proverbio, un magistrado puede traer la ruina a toda una familia. ¿A qué buscar pleitos?

—El alguacil no sabe, tío —dijo Wang Mian—, mas vos sí me habéis oído contar la historia de Duangan Mu y Xie Liu,[28] esos dos hombres de la antigüedad que no se achicaron ante sus soberanos. No, no he de ir.

—Difícil me ponéis la cosa, pues, ¿qué le puedo decir al magistrado? —preguntó el alguacil.

—Difícil es, y por partida doble —señaló el tío Qin—, pues el señor Wang no quiere ir, y a vos os costará dar razón al magistrado. Mas hay solución, y es que, en volviendo a la audiencia, no digáis que el señor Wang rechaza el convite; decid que enfermó y no puede ir, que irá así mejore en unos días.

---

[28] Ambos personajes vivieron entre los siglos V y IV aC y son famosos por evitar el contacto con la nobleza, según aparecen caracterizados en *Mencio* («Teng Wen gong», II): «Gongsun Chou preguntó [a Mencio]: ‹¿Por qué razón no vais a visitar a los nobles?›. Mencio respondió: ‹En la antigüedad, los que no eran ministros no visitaban [a los nobles]. Duangan Mu saltó un muro para evitar [a su señor, el marqués Wen de Wei], y Xie Liu trancó la puerta para no recibir [al suyo, el duque Mu de Lu]›».

—Para dar por cierta su enfermedad —dijo el alguacil—, habría menester de una declaración jurada de todo el vecindario que lo atestiguase.

Y de esta suerte siguieron parlamentando, hasta que al cabo el tío Qin sirvió de cenar al alguacil, sazón en que de escondidas mandó a Wang Mian a casa de su madre por tres sapecas y dos centésimos para darle por su servicio, con que el sayón se avino a partir. Al dar razón al magistrado, éste se dijo entre sí: «¡Enfermo va a estar este pelafustán! La culpa la tiene este alguacil infame, que va a los pueblos como el zorro que se las da de tigre,[29] y de seguro lo ha espantado, pues a fe que ese no ha visto un señor oficial en toda su vida, y le da miedo venir. Mas el maestro me encomendó llevarlo a su casa, y si no lo hago, se reirá de mí y dirá que no tengo autoridad; más vale que vaya yo en persona al pueblo a convidarlo, que viendo el honor que le hago, se pondrá en que no le buscamos daño y han de quitársele los temores; y así se lo diga, lo llevo derecho a visitar al maestro, que me dará parabienes por la galanura como he llevado el caso.» Mas al punto volvió a pensar: «Claro que mis subordinados no fueran tales si no se chancean de un magistrado que parte a visitar a un vulgar aldeano.» Y al instante tornó a decirse: «Mas el maestro lo ha mentado con gran respeto, y si el maestro lo respeta diez, yo he de respetarlo ciento. De añadidura, si tanto honor hago al talento, algún capítulo habrán de dedicar los cronistas a mi persona, y mi nombre será por los siglos recordado. ¿Que daño hay en ello?»

Y, con tal determinación, a la mañana siguiente juntó a los silleteros; y reducido el séquito[30] a ocho edecanes de barretinas rojinegras, amén del alguacil, que iba de escudero, y despojado de los símbolos de autoridad, entró en el pueblo, con gran admiración de los aldeanos, que ayudando a los viejos y embrazando a los niños acudían en tropel al oír los batintines. La comitiva llegó al cabo a las siete u ocho vargas que componían la vivienda de Wang Mian; mas como la puerta de madera estuviera cerrada, el alguacil se adelantó y llamó, saliendo a poco una anciana apoyada en un bastón, que le dijo:

—Wang Mian no está en casa, que de amanecida llevó a abrevar al búfalo y aún no vuelve.

—El magistrado viene en persona para hablar con tu hijo —replicó el alguacil—. ¿Qué haces ahí parada? Dime al punto dónde está, para ir a buscarlo.

—Os digo que no está en casa, y no sé dónde está —respondió la anciana.

Y cerró la puerta en el momento en que llegaba en su silla de manos el magistrado, a cuyos pies se postró de rodillas el alguacil y dijo:

—Señor, este servidor viene de preguntar por Wang Mian, mas no está en casa. Tenga a bien el señor reposarse en la hospedería[31] en tanto un servidor lo busca.

Puesta otra vez en camino la comitiva, pasaron por la parte trasera de la vivienda de Wang Mian, desde donde se alcanzaban a ver acá unos pocos sembrados, allá un dilatado estanque encajado entre olmos y moreras, al fondo, campos de labranza hasta donde alcanzaba la vista, y a obra de trescientos pasos, a distancia de poder oír las voces de quien allí se encontrase, un alcor alfombrado de fresca y verde arboleda. En eso

---

[29] *Hu jia hu wei*, lit. «el zorro se aprovecha del temor [que inspira] el tigre»: expresión tomada de las *Estratagemas de los Estados Combatientes* (*Zhanguo ce*, «Chu ce»). Un zorro le dijo al tigre que lo había capturado: «El Hijo del Cielo me ha nombrado rey de todos los animales, y si me devoras, desobedecerás sus órdenes. Si no me crees, acompáñame y verás cómo los otros animales huyen apenas me ven.» Así hizo el tigre, y ocurrió como el zorro decía. Creyó el tigre que los animales temían al zorro, sin advertir que era él mismo el que los espantaba.

[30] El séquito que acompañaba al magistrado cuando salía de la audiencia solía estar formado por un tañedor de gong, que abría camino, un portador de sombrilla azul, dos bordoneros, dos alabarderos, dos pacificadores, cuatro portadores de banderolas y un flabelífero.

[31] *Gongguan*, hospedería oficial que proveía al alojamiento de los funcionarios.

asomó tras un recodo un vaquerillo montado del revés sobre el búfalo, y como el alguacil advirtiera que era el hijo segundo del tío Qin, corrió a su encuentro y le preguntó:

—¿Eh, zagal Segundo, dónde para a abrevar el búfalo el señor Wang, de la casa de al lado?

—¿El tío Wang? —dijo el mozo—. Marchó a Mercado de Wang, a dos leguas de acá, a comer con unos parientes, y me dijo le llevase el búfalo a casa.

Lo cual repitió el alguacil al magistrado, quien se dio al diablo:

—En tal caso no es menester ir a la hospedería. ¡Tornemos presto a casa!

Tan agraviado estaba, que por un instante pensó mandar a los alguaciles a prender a Wang Mian, para darle castigo; mas temeroso que el señor Wei lo tuviese por severo en exceso, se tragó el enfado, resolviendo decir al maestro que Wang Mian no merecía honor alguno. En lo que a él hacía, ya habría ocasión de castigarlo. Y con ello marchó para la residencia.

No parecía andar lejos, a decir verdad, Wang Mian, pues de allí a poco ya estaba en casa, enfrente del tío Qin, que le decía:

—A fe que eres obstinado. ¿Cómo puedes mostrar tan poco respeto a un magistrado?

—Sentaos, tío, haced merced, y dejadme deciros que el magistrado Shi agobia a las gentes humildes al socaire del señor Wei, y yo no tengo hígados para tratar con él —respondió Wang Mian—. Ahora dirá al señor Wei que no ha dado conmigo, y si éste se enoja, habrá de buscarme pleito; por eso me despido de vos, tío, que he de aprestar el bagaje para marchar por ahí para ocultarme por un tiempo, lo que hago con el dolor de dejar aquí a mi pobre madre.

—Descuida, hijo —diríale después la madre—, que de los dineros que te dieron por los versos y los lienzos tengo guardadas treinta o cincuenta onzas de plata, conque no he de cuidar de arroz y leña; y aunque vieja, salud no me falta. Marcha, pues, a esconderte en buena hora, que no has cometido delito y no habrán de prender a tu madre.

—Tu madre dice razón —convino el tío Qin—. Además, si te entierras en este pueblo, ¿quién va a encarecer tus talentos? Más vale que marches a una gran ciudad, que allí sabrán apreciar tu valía. Y en lo que hace a la casa, pierde cuidado, que este viejo velará porque todo esté en orden.

Y el hijo agradeció con una reverencia al tío Qin, quien trajo de casa viandas y vino, por vía de despedida, quedando con él hasta la medianoche. A la quinta vigilia, Wang Mian se levantó y juntó sus cosas, y ya que hubo desayunado, hizo una reverencia al tío Qin, llegado un instante antes, y a su madre, que lo despidió bañada en lágrimas, las propias que él derramaba al partir con el bagaje al hombro, calzadas sus sandalias de cáñamo. Con una linterna de papel blanco lo escoltó el tío Qin hasta los ejidos, donde llorando se despidió de él, viéndolo perderse en la distancia.

Comiendo al descubierto, durmiendo al sereno y caminando entre siete y nueve leguas por jornada llegó Wang Mian a la prefectura de Jinan, ciudad rica y populosa y muy poblada de casas con ser Shandong, de la que es capital, provincia norteña. Apenas si le quedaba caudal al llegar, y alquiló el cuarto frontero de un monasterio, donde se empleó en decir la buenaventura y en componer lienzos de flores, que colgaba en un puesto para vender a los caminantes. Y no le faltaban parroquianos, pues las gentes se arremolinaban para oírle decir la suerte y admirar sus pinturas.

En un chascar de dedos pasó medio año, al cabo del cual ya era muy conocido entre los notables de la ciudad, quienes, gustando de sus pinturas, mandaban a comprarlas a sus criados. Mas como éstos no hacían más que gritar y porfiar sin dejar en paz al buen pintor, éste acabó tan exasperado, que colgó de su puesto la imagen de un

buey, glosada con unos pocos versos zahirientes, y se hizo el propósito de marchar a otro lugar para ahorrarse pleitos.

Sentado en su cuarto reposaba una mañana, cuando vio gran cáfila de hombres y mujeres que pasaban por la calle, unos llorando, otros con sus peroles a cuestas, otros trecheando un zagal en los cestos que colgaban de las pértigas, otros sentándose a mendigar donde mejor les parecía, y todos amarillentos y demacrados y cubiertos de harapos. Preguntó de dónde venían, y le respondieron que de los pueblos ribereños del río Amarillo, que el río se había salido de madre, inundando sus casas y tierras, y como a la Corte poco importaban las desgracias de las gentes humildes, se veían forzados a pedir limosna. Muy afligido, Wang Mian pensó entre sí: «Cuando el Río se desvía al norte, señal es de que se avecinan tiempos turbulentos.[32] ¿Qué hago yo aquí?»

Y, sin más, juntó sus dineros y sus cosas y marchó para casa, y grande fue su alivio al tener noticia, entrando en la provincia de Zhejiang, que el señor Wei estaba en la capital y el magistrado Shi había sido depuesto. Al llegar, se felicitó de encontrar a su madre tan sana como antes; y sabiendo de las atenciones que le había dispensado el tío Qin, sacó de su bagaje un rollo de seda[33] y un envoltorio de nísperos secos de Aldea de Geng[34] y fue a obsequiar al vecino, quien lo agasajó con unas viandas regadas con vino. Desde entonces, Wang Mian siguió viviendo como antes, declamando poesía, componiendo lienzos y cuidando de la madre.

Pasaron en ello seis años. La madre al cabo enfermó de vieja y hubo de guardar cama; y como con el tiempo no mejoraba, por más médicos y remedios que le trajeran, un buen día llamó al hijo a su lado y le dijo:

—Hijo mío, ya ves que mi fin está cerca. Estos años postreros, muchos de los que admiran tu talento me dicen te apremie a que seas oficial del Imperio; mas no por ser oficial vas a traer mayor honra a tus antepasados, que malamente han acabado cuantos yo conozco, y tú eres tan orgulloso, que no ibas a acabar de mejor manera. Escucha, hijo, mi consejo a las puertas de la muerte: cásate, ten hijos, y cuida de mi tumba; mas nunca te hagas oficial. Prométemelo, y descansaré en paz.

Wang Mian así lo prometió, y la madre no tardó en dar el postrer suspiro; el hijo lloró su muerte con mucha amargura, y los vecinos se condolieron grandemente. A cabo, el tío Qin aprestó la mortaja y la galga, y él esporteó la tierra para levantar el túmulo. Por tres años[35] guardó luto, sobre lo que no es menester entrar en prolijidades.

Aún no hacía un año que había terminado el luto, cuando el Imperio quedó sumido en el caos a causa del levantamiento de Fang Guozhen, Zhang Shicheng y Chen Youliang,[36] que ocuparon, cada uno por su orden, Zhejiang, Suzhou y Huguang. Mas al

---

[32] *Heshui bei liu*, *tianxia zi ci jiang da luanle*: «cuando el Río se desvía al norte, habrá grandes desórdenes bajo los cielos». Se refiere al río Amarillo y a sus frecuentes cambios de curso y consiguientes inundaciones, anunciadoras, según el decir de las gentes, de grandes catástrofes y convulsiones políticas.

[33] La seda era producto típico de la provincia de Shandong.

[34] Geng *bing*, «tortas de Geng», hechas de nísperos, típicas de la aldea de Geng, distrito de Heze, provincia de Shandong. En otras versiones aparece simplemente como *shibing*, «tortas de nísperos».

[35] *San nian shankuai*, «tres años de jergón de paja [por colchón] y terrón de tierra [por almohada]», años de luto por los padres prescritos por la ortodoxia ritual de la dinastía Zhou (siglo XI-711 aC), pregonada por Confucio, durante los cuales estaba prohibida toda actividad pública.

[36] Fang Guozhen (1319-1374), mercader de sal, juntó en 1348 un numeroso ejército y robó el grano tributario transportado por el Gran Canal con destino a los graneros imperiales, ocupando luego la costa oriental de la provincia de Zhejiang. Fue derrotado por el futuro emperador Taizu en 1368. Zhang Shicheng (1321-1367) se proclamó príncipe en 1354 en Pingjian (Suzhou), un año después de emprender sus campañas militares al frente de un importante ejército. Hecho prisionero en 1367 por el futuro emperador, acabó sus días ahorcándose. Chen Youliang (1320-1363) era comandante del ejército de los Turbantes Rojos antes de dar muerte a su jefe Xu Shouhui en 1360 y de proclamarse emperador. Derrotado por las tropas de Taizu, fue muerto en Jiujiangkou en 1363.

tiempo que estos rústicos aventureros guerreaban, Zhu Yuanzhang, llamado con el tiempo a ser el Primer Emperador,[37] sublevó la tropa en Chuyang y ocupó Nanquín, proclamándose príncipe de Wu, con que derrotó a Fan Guozhen y gobernó toda la provincia de Zhejiang, cuyos pueblos y ciudades conocieron de nuevo la paz.

Apenas regresado de barrer la tumba de su madre un mediodía, Wang Mian echó de ver una docena de hombres de a caballo que llegaban al pueblo, a cuya cabeza marchaba uno de tez blanca, finas barbas y talle distinguido que portaba turbante y vestidura guerrera adamascada, el cual se apeó al llegar a la puerta, hizo una reverencia y preguntó:

—¿La casa de Wang Mian, si hacéis merced?

—Un servidor es Wang Mian, señor, y ésta es su humilde morada.

—Gran fortuna la mía, pues a vos vengo a ver —dijo, sonriendo, el forastero.

Y dando orden a los soldados que venían con él de desmontar y arrendar las bestias bajo los sauces que bordeaban el lago, y de aguardar allí, tomó de la mano a Wang Mian y entró con él en la casa, donde se acomodaron como corresponde a visitante y dueño.

—¿Cuál es el honorable nombre del gran señor, y qué lo trae a esta apartada aldea? —preguntó al cabo Wang Mian.

—Me llamo Zhu, y en su día, formando ejército en Anhui y Jiangsu, fui nombrado príncipe de Chuyang, si bien desde la reconquista de Nanquín me dicen príncipe de Wu —respondió el visitante—. La campaña contra Fan Guozhen me trae por estas tierras, y no he querido desaprovechar la ocasión para presentaros mis respetos.

—Alteza —dijo Wang Mian—, este aldeano ignorante no os ha reconocido, y no merece el honor que le hacéis.

—Vuestra noble condición, señor, aparta de mi naturaleza ruda y vulgar toda ansia de renombre y riqueza —dijo el príncipe—. En Anhui llegó vuestra fama a mis oídos, y vengo para saludaros y pediros consejo. Decidme: ¿qué he de hacer para ganar el favor de las gentes de Zhejiang, cuyo temperamento rebelde es de todos conocido?

—Poca cosa puede deciros este aldeano, Alteza, pues notoria es vuestra discreción y perspicacia. Si usáis de bondad y justicia con el pueblo, gozaréis de su favor dentro y fuera de los confines de Zhejiang; mas si acudís a la fuerza y dais en creer que el pueblo es débil, jamás lograréis su obediencia, como acaeció con Fan Guozhen.

El príncipe suspiraba y movía la cabeza en señal de aprobación; y como al cerrar la noche seguían de plática, sentados el uno frente al otro, Wang Mian entró en la cocina y con los bastimentos de los soldados cocinó una libra de tortas de harina y unos puerros, que compartió con el príncipe, con que éste agradeció los consejos, montó en su cabalgadura y partió. El tío Qin, que ese día había ido a la ciudad, preguntó a su vuelta quién era el visitante, y Wang Mian le respondió que un oficial del ejército que había conocido en Shandong, sin añadir más.

Pacificado en pocos años todo el país, el príncipe de Wu estableció la capital en Yingtian;[38] y unido de nuevo el Imperio, llamó a su dinastía Ming y a su reinado Hongwu, y las gentes volvieron a vivir en paz y a laborar dichosas.

Un buen día del cuarto año de su reinado, el tío Qin dijo a Wang Mian al volver de la ciudad:

---

[37] Taizu *huangdi*. Zhu Yuanzhang (r. 1368-1398), fundador de la dinastía Ming (1368-1644), también conocido por Hongwu, como llamó a su reinado.

[38] Yingtian, capital de la extensa área metropolitana de Nankín hasta el traslado de la corte Ming a Pekín en 1421.

—El señor Wei ha sido deportado a Hezhou, según dice la *Gaceta Imperial*[39] que aquí traigo.

Wang Mian la leyó y supo así que, luego de su rendición, el señor Wei había seguido teniéndose por gran dignidad, llegando al extremo de proclamarse antiguo y fiel súbdito del Emperador en sus propias barbas, por lo que el soberano había tenido a bien deportarlo a Hezhou para cuidar de la tumba de Que.[40] A esta nueva seguían las provisiones del Consejo de Ceremonias[41] para los exámenes de oficial que, celebrados cada tres años, versarían en una composición de ocho partes[42] en torno a los *Cinco clásicos* y los *Cuatro libros* de la escuela confuciana.[43]

—Malas son estas provisiones —dijo Wang Mian, señalando el texto—, pues si este es el camino para alcanzar dignidades, los estudiantes menospreciarán el saber verdadero y la rectitud en el obrar.

Ya cerraba la noche, y era mucho el calor a comienzos del verano, por lo que el tío Qin puso una mesa en la era, sentándose los dos a menudear tragos. Al rato, la luna se elevó por el levante, y a su luz todo parecía de vidrio; dormían las aves del lago en medio de gran silencio, cuando de súbito Wang Mian señaló las estrellas con la mano que no sostenía el cuenco de vino y dijo:

—¡Mirad, las Cadenas han invadido los Letrados![44] ¡Mal presagio para los hombres de letras!

Y no terminaba de decirlo, cuando entre los árboles sopló un viento extraño que espantó a las aves del lago, y no menos a Wang Mian y el tío Qin, que escondieron las caras tras las mangas de sus vestiduras. Mas el viento cesó tal como vino, y como al descubrirse echaran de ver en el cielo centenares de estrellas que caían por el sudeste, Wang Mian dijo:

—El cielo se ha apiadado de los letrados, pues esas estrellas han sido enviadas para proteger la Literatura; mas no viviremos para verlo.

Y, recogiendo las cosas, tornaron a casa. De allí a pocos días comenzó a correr un rumor, y era que la Corte había enviado un decreto a la Oficina de Administración Provincial de Zhejiang ordenando dar cargo oficial al pintor. Wang Mian no hizo caso al principio, pero como más y más gentes dieran en hablar de ello, al cabo lió su hatillo,

---

[39] *Dichao*, gaceta publicada en la capital del imperio que recogía decretos, nombramientos y noticias oficiales.

[40] Yu Que, general de la dinastía Yuan (1271-1368) que defendió Hezhou y fue muerto en batalla por las tropas de Chen Youliang, tenido por paradigma de fidelidad. Como el señor Wei capituló ante el primer emperador de la dinastía Ming, éste lo castigó de esta manera para recordarle su deslealtad con el anterior soberano.

[41] Libu: Consejo de Ceremonial, uno de los seis consejos o ministerios en que se dividía el poder central durante las dinastías Ming y Qing, encargado, entre otras cosas, del ritual y de los exámenes imperiales. Los otros cinco consejos eran el de guerra (Bingbu), hacienda (Hubu), obras (Gongbu), justicia (Xingbu) y empleos (Lìbu).

[42] *Baguwen*, composición de ocho «piernas» o partes —introducción, presentación, inicio, exposición, desarrollos inicial, central y final, y conclusión— sobre un tema extraído de los *Cuatro libros* o los *Cinco libros clásicos* que constituía la materia de examen en las dinastías Ming y Qing. De las diferentes divisiones de la composición, la exposición era la que servía de entrada a las cuatro siguientes, centradas cada una de ellas en dos formulaciones contrapuestas, lo que equivalía, en términos generales, a un total de ocho partes.

[43] *Si shu*, *Wu jing*. Los *Si shu* o *Cuatro libros* de la escuela confuciana (*Daxue* [Gran ciencia], *Zhongyong* [Doctrina del medio], *Lunyu* [Analectas] y *Mengzi* [Mencio]), y los *Wu jing* o *Cinco libros clásicos* (*Yi jing* [Libro de los cambios], *Shi jing* [Libro de las odas], *Shu jing* [Libro de los documentos], *Li ji* [Libro de los ritos] y *Chunqiu* [Primaveras y otoños]).

[44] Guansuo *fan* Wenchang: «las Cadenas invaden los Letrados». Las Cadenas corresponden a nueve estrellas de la Corona Boreal, y los Letrados, a seis de la Osa Mayor. La superposición de ambos grupos de estrellas era mal presagio.

y sin despedirse siquiera del tío Qin, al amparo de la noche marchó para el monte Kuaiji.[45]

A la puerta del tío Qin llegaron, medio año más tarde, un heraldo con un decreto imperial y unos criados con sedas y brocados, a los que recibió un viejo de hasta ochenta años de barbas y cabellos albos que, ahirmado a su bastón, les ofreció té y acomodo.

—¿Vive en este pueblo el señor Wang Mian? —preguntó el heraldo—. Su Majestad ha tenido a bien nombrarlo consejero militar, y vengo por mandamiento expreso con el decreto imperial que así lo dice.

—De este pueblo es, mas va para largo que se fue sin dejar huella —respondió el tío Qin.

Apurado el té, el viejo llevó al visitante a la que fuera casa de Wang Mian; y como al abrir la puerta vieran los cuartos tapizados de telarañas, y el patio de maleza, el heraldo dio por cierto que su dueño había partido hacía largo tiempo y con un suspiro se retiró, tornando con el decreto para dar razón al Emperador.

Wang Mian vivió retraído en el monte Kuaiji, sin revelar jamás su nombre verdadero. Con el paso del tiempo, enfermó y murió, y los vecinos lo enterraron al pie del monte con unos dineros que entre todos juntaron. Ese año, el tío Qin murió de viejo en su casa.

Cosa harto ridícula es que los escritores y hombres de letras de hoy, al mentar a Wang Mian, le atribuyan el cargo de consejero militar de la Casa Imperial, cuando él no fue oficial ni un solo día de su vida. Esto es, discreto lector, lo que procuro aclarar en este a modo de preámbulo del texto que más adelante hallarás.

[45] Monte de gran raigambre histórica situado en Shaoxing (provincia de Zhejiang), donde se halla la tumba de Yu el Grande, el legendario emperador domeñador de inundaciones, fundador de la dinastía Xia (s. XXI aC).

CAPÍTULO II

EN LA ESCUELA DEL PUEBLO CONOCE A UN CONDISCÍPULO EL LICENCIADO WANG; DE VIEJO APRUEBA LOS EXÁMENES EL MAESTRO ZHOU

Cuenta la historia que en el distrito de Wenshang, prefectura de Yangzhou, provincia de Shandong, había una aldea que llamaban de Mercado de la Casa de Xue, poblazón de un centenar de familias de colonos, a cuya entrada se erigía un templo en honor de Guanyin,[46] de tres naves y una docena de aposentos vacíos, puerta trasera al río y monje solitario donde se juntaban para hablar de negocios públicos los lugareños que con donativos y ofrendas ayudaban a su mantenimiento.[47]

Corría el año postrero de la era de Chenghua,[48] tiempo de gran prosperidad bajo los cielos, y en él, el día octavo del mes primero, fecha señalada por los aldeanos para darse cita en el templo con ocasión de los aderezos de la Fiesta de las Linternas.[49] A la hora del desayuno llegó Shen Xiangfu a la cabeza de siete u ocho hombres, los cuales hicieron una reverencia a la imagen de la nave principal, devolviendo los parabienes al monje, que se había llegado a ellos y les felicitaba el año.

—Bien podríais quemar más incienso a la bodhisattva para año nuevo —dijo Shen Xiangfu al monje—, que de todas partes os caen los dineros y no hacéis más que gastarlos. Vengan v. mds. y miren esta lámpara vidriada de acá, y díganme si no falta la mitad por llenar.

Y, señalando a un viejo que parecía mejor vestido que los otros, añadió:

—Por no mentar más que a uno, el tío Xun os mandó cincuenta libras de aceite el día treinta, y, según veo, lo estáis usando todo para cocinar vuestras verduras, que no para gloria de la santa.

El monje se disculpó como mejor supo, y, amansados los ánimos, puso al fuego una tetera de peltre cebada con agua y una pizca de té, sirviendo de ella a todos. En eso, el tío Xun tomó la palabra:

—¿Cuánto tiene que poner cada familia este año para la Fiesta de las Linternas?

—Aguardad a que venga mi deudo, para discutirlo juntos —respondió Shen Xiangfu.

Y, según lo decía, entró uno de ojos ribeteados de bermellón, cara negra como perol, barbas ralas y amarillentas, sombrero de teja alicaído, túnica azul grasienta como tinaja de aceite y fusta de burra a la mano, el cual saludó con un ademán y acomodó sus

---

[46] Guanyin (o Guanshiyin, lit. «observador/a de los sonidos del mundo»), la Diosa de la Misericordia china, equivalente femenino del *bodhisattva* Avalokiteśvara. Aparece, por lo general, a la izquierda de Amitabha, representado/a de formas diferentes (treinta y tres): con un pájaro, con un jarrón, con mil ojos o manos, etc. Su centro principal de culto en China se halla en la isla de Putuo (Zhejiang).

[47] El templo era, según el original, un templo de «incienso y velas de las diez direcciones» (*shi fang de xianghuo*), es decir, mantenido con donativos y ofrendas procedentes de una y otra parte.

[48] 1487.

[49] *Longdeng*, «linternas de los dragones» o Fiesta de las Linternas, celebrada el día quince de la primera luna.

posaderas en el sitio de honor. Era el señor Xia, el nuevo alcalde[50] de Mercado de la Casa de Xue.

—Monje —dijo el recién llegado—, llevad mi burra al pesebre del traspatio, y desensilladla y dadle pienso, que después de solventar estos negocios tengo convite de año nuevo en casa del viejo Huang, el de la audiencia del distrito.

Lo cual dicho, alzó una pierna, y con los puños cerrados dio en martillearse gentilmente los lomos, a modo de friega, añadiendo al cabo:

—Más dichosos que yo estáis ahora vosotros, los labriegos, que este año no hay en la audiencia corchete de las tres clases ni escribano de las seis concejalías[51] que no me haya convidado; ¿pues no voy a ir a saludarlos? Trotando en esta burra no hago que zancajear de la aldea a la ciudad, estordecido el santo día, y a la recondenada se le da hoy por trompezar y tirarme al suelo, dejándome adoloridas las espaldas.

—El día tres os aderecé un trozo de queso de soja —dijo Shen Xiangfu—; muy ocupado habríais de estar, para no venir.

—No me lo recordéis —dijo el alcalde Xia—, que mal haya el rato que he tenido desde el año nuevo, estos siete u ocho días, pues ni teniendo dos bocas pudiese comer lo que me dan. Mirad el tío Huang, que me ha convidado hoy, uno que se tiene en pie ante el magistrado; pues y me honra así, ¿no se ofendiera si no voy a su convite?

—Dicen que el alguacil Huang está fuera desde comienzos de año, por unos negocios del magistrado —señaló Shen Xiangfu—; y no tiene hermanos ni hijos. ¿Quién es, pues, el que os convida?

—No entendéis —dijo el alcalde Xia—, pues el convite de hoy lo da el corchete Li, y como su casa es chica, lo celebra en la del alguacil Huang.

En estas pláticas estuvieron largo rato, empezando al cabo a hablar de la Fiesta de las Linternas. Decía el alcalde Xia:

—Ya estoy cansado de solventar yo todos estos negocios, que no hay año que no haga de mayoral, y todos apuntan el donativo que van a hacer, y ninguno paga, y ni sé lo que he tenido que poner de mis bolsillos. Además, los barracheles, verguetas, occidentales, céleres[52] y todas las cuadrillas de la audiencia aprestan ya sus linternas para este año, y hartas cosas ya tengo que contemplar. ¿Qué tiempo me queda para ver las linternas de la aldea? Mas, ya que lo quieren, vamos, les echaré una mano recomendando al mayoral: pidan más al tío Xun, que tiene muchas tierras y granos, y que cada familia pague su parte, y a echar a andar.

Y como ninguno osara llevarle la contraria, pidieron al tío Xun una mitad del dinero, y entre ellos pusieron la resta, juntando en todo dos o tres onzas de plata, lo cual anotaron en un papel.

El monje trajo té, alfajores, dátiles, pipas de melón, queso de soja seco, castañas y dulces variados, y poniendo dos mesas, ofreció al respetable jefe Xia el puesto de honor y sirvió el té.

---

[50] *Zongjia*, «jefe de aldea». Según el sistema de administración rural empleado en las dinastías Ming y Qing, cien familias constituían un *li*, y éste se dividía a su vez en diez *jia*. El alcalde o jefe de aldea (*zongjia*) era recaudador de impuestos y justicia de un *li*.

[51] *San ban liu fang*, «[corchete] de las tres clases y [escribano] de las seis concejalías», las tres clases de alguaciles (*zao*: vigilancia; *zhuang*: citaciones; *kuai*: arrestos) y los seis escribanos o concejales (*xing*: justicia; *hu*: hacienda; *li*: ritos; *bing*: milicia; *gong*: obras; *li*: empleos) con que contaban las audiencias de los distritos y subprefecturas en la dinastía Qing. Se trata de una fórmula genérica para designar a los empleados de las audiencias.

[52] *Tou ban*, *er ban*, *xi ban*, *kuai ban*, lit. cuadrillas «principal, segunda, occidental y de urgencia»: otra fórmula para designar a los alguaciles, basada posiblemente en el puesto que ocupaban durante los juicios.

—Los niños ya están grandes —dijo en eso Shen Xiangfu—, y este año habríamos de encontrarles maestro; para escuela bien podría servir este templo de la bodhisattva Guanyin.

—Muchos tienen hijos que habrían de estar en la escuela —apostilló uno—; ahí está el hijo del tío Shen, el yerno del alcalde, cruzado de manos sin poder leerle al suegro los papeles que recibe del magistrado. Habría que buscar maestros, y más vale que sea en la capital de distrito.

—Yo conozco uno —dijo el alcalde Xia—. ¿Saben v. mds. quién? Pues el tutor de la casa del señor controlador de la sección general de hacienda[53] Gu, de nuestra audiencia, que llaman Zhou Jin, de sesenta o más años, a quien el anterior señor magistrado dio el primer puesto en la lista de aprobados del distrito,[54] aunque aún no ha pasado el examen de licenciado. Tres años lo tuvo el señor Gu de tutor de su hijo, y el señorito pasó el examen el año pasado, al tiempo que nuestro paisano, el señor Mei Jiu. Bien me acuerdo del día en que regresaba el señorito de ver al señor secretario de la escuela del distrito, con bonete de letrado y fajín de seda grana, a lomos de un caballo de la cuadra del magistrado y entre címbalos y trompetas, que, ahí no más en la calle, a la puerta de la casa, yo y otros oficiales de la audiencia lo paramos y le ofrecimos vino. Pues luego se le dijo al señor Zhou de venir, y el señor Gu le sirvió él mismo tres veces y lo sentó en el sitio de honor y le dio a escoger ópera, y al señor Zhou le pareció bien la de Liang Hao, que fue letrado supremo[55] en los exámenes de palacio a los ochenta años; y el señor Gu no acababa de gustar de la ópera, pero como luego decía ésta que el alumno de Liang Hao ganaba los mismos honores a los diecisiete o dieciocho años, acabó cayendo en cuenta que era buen augurio para su hijo, y bien contento se puso. Si queréis maestro, diré al señor Zhou que venga.

A ello dieron su conformidad los aldeanos. Apurado el té, el monje sirvió carne de buey con fideos, y, después de comer, cada uno tomó por su lado. Al otro día, el alcalde Xia le habló al maestro Zhou, conviniendo con él en que sus gajes serían de doce onzas de plata al año, y podría comer con el monje por dos centésimos al día, y habría de presentarse en la aldea después de la Fiesta de las Linternas para comenzar las clases el día veinte. A todo ello, los aldeanos juntaron unos dineros y los enviaron a casa de Shen Xiangfu para que éste aderezase comida y vino y diese el dieciséis un convite en nombre de todos al nuevo licenciado Mei Jiu.

Llegado el día, el licenciado fue de los primeros en presentarse, calado el bonete recién estrenado; el maestro Zhou, que también estaba convidado, no apareció hasta las nueve o las diez de la mañana,[56] saliendo Shen Xiangfu a recibirlo al oír los perros ladrar. Llevaba el maestro sombrero viejo de felpa, túnica vieja de seda no por descolorida menos enjironada allá por la manga derecha y los fondillos, y chinelas

---

[53] Hu *zongke tikong*: otra denominación para el concejal de hacienda. El señor Gu en realidad es *ceshu*, recaudador de impuestos; el jefe Xia le asigna una categoría superior por pura lisonja.

[54] *Touming*, «primero del examen distrital», examen de menor categoría de los tres (distrital, prefectural y escolar) que había que aprobar para llegar a licenciado.

[55] *Zhuangyuan*, letrado de honor, supremo o primero, el que obtenía el primer puesto en los exámenes de palacio (*dianshi*), los de más alta categoría. De las tres clases en que se dividían los aprobados, la superior englobaba a los tres primeros calificados, que eran el letrado supremo (*zhuangyuan*) y los que ocupaban el segundo y tercer puestos (*bangyan* y *tanhua*, respectivamente).

[56] *Si pai shi*, hasta «el momento de [colgar e]l rótulo [de la hora] *si*», esto es, las 9 o las 10 de la mañana. El día, siguiendo el orden de las «ramas terrestres», estaba dividido en doce períodos: *zi* (23-24), *chou* (1-2), *yin* (3-4), *mao* (5-6), *zhen* (7-8), *si* (9-10), *wu* (11-12), *wei* (13-14), *shen* (15-16), *you* (17-18), *xu* (19-20) y *hai* (21-22). La hora de los juicios figuraba en un rótulo que se colgaba en la fachada de las audiencias, y era común referirse a él para indicar la hora (*v*. también nota anterior sobre las vigilias nocturnas).

viejas de seda escarlata, y era enjuto, chicharrón y barbicano. Shen Xiangfu lo condujo a la sala, y solamente entonces, y con harta parsimonia, se levantó a saludar Mei Jiu.

—¿Quién es el señor? —preguntó Zhou Jin.

—Es el señor Mei, el nuevo licenciado de nuestra aldea —le respondieron.

Al oírlo, Zhou Jin no consintió en que Mei Jiu le hiciese una reverencia,[57] y aunque éste le dijese: «Hoy es día muy especial», siguió sin dar su brazo a torcer.

—Vuestra merced tiene más años —dijeron los aldeanos a Zhou Jin—; consienta en ello, señor.

—Ya veo que no conocéis las reglas de nuestra escuela —les dijo Mei Jiu, volviendo la cabeza—, pues sabido es que los amigos tienen precedencia sobre los novicios, con independencia de la edad. Pero hoy es ocasión especial, y el hermano mayor Zhou debe ocupar el puesto de honor.

Y es que los oficiales de la dinastía Ming llamaban «amigos» a los licenciados, y «novicios » a los bachilleres. A un bachiller que hubiese pasado a licenciado se le decía amigo, aunque tuviese menos de veinte años de edad; y al que no se graduaba de licenciado, ya podía cargar ochenta años a las espaldas, que todos lo trataban de novicio. Lo propio ocurría con las mujeres: al casar se las llamaba «desposadas», y ya bien cuajadas en matrimonio, «dueñas» o «señoras»; pero a la concubina siempre se la trataba de «esposa nueva», aunque tuviese el pelo blanco.

Viéndolo hablar así, Zhou Jin no insistió en cortesías, antes dejó que el licenciado se inclinara ante él, lo que repitieron los demás, tomando al cabo asiento. Regalados que fueron Mei y Zhou con dátiles en sus tazas, los otros apuraron su té verde escueto y dispusieron un par de mesas, vasos y palillos, ocupando el respetable señor Zhou el sitio de honor, Mei Jiu el inmediato, y los demás los que les correspondían por orden de edad. En ello llegó el vino, y Zhou Jin agradeció a los aldeanos alzando el vaso y vaciándolo de un trago, lo que fue señal para aderezar cada mesa con ocho o nueve fuentes de cabeza de puerco, pollo, carpa, buches, livianos, asaduras, mondongos y otros manjares, sobre los que, a la voz de «sírvanse», cayeron los comensales con sus palillos cual remolino que dispersa las nubes. Y ya iban por la mitad del banquete, cuando advirtiendo que Zhou Jin no había tocado los palillos, Shen Xiangfu dijo:

—¿No come v. md.? ¿Será porque no se siente a gusto entre gente que no conoce?

Y eligiendo unos buenos pedazos, quiso ponerlos en el tazón de Zhou Jin, pero éste lo refrenó diciendo:

—No puedo ocultarles que estoy haciendo largo ayuno.

—¡Oh, no habíamos pensado en ello! —exclamaron todos—. ¿Y por qué ayuna el señor?

—Estando mi difunta madre enferma, hice el voto ante el altar de la bodhisattva Guanyin, y más de diez años llevo sin probar la carne.

—Vuestro ayuno —dijo en eso Mei Jiu— me recuerda un chascarrillo que oí el otro día en la capital del distrito, en casa del honorable señor Gu, padre de un

[57] *Bu ken jian* Mei Jiu *zuo yi*, «no estaba dispuesto a arrogarse el honor de que Mei Jiu le hiciese una reverencia». Al ser Zhou Jin simple alumno o bachiller y Mei Jiu licenciado, éste tenía precedencia a la hora de ser saludado y ocupar asiento. De ahí que Zhou Jin rechazara los honores que le hacía el licenciado y no quisiera ocupar el puesto de honor o cabecera.

compañero de lista.[58] Es una poesía dedicada a un maestro, en versos de cinco a once sílabas:[59]

Cuán abobado
Aquel licenciado
Que de tan ayunado
Andaba ya muy barbado,
Los libros tirados a un lado
Y el pincel y el papel descuidados.
¡A fe que vendrá sin ser convidado!

—Mas un hombre tan docto como el hermano mayor Zhou, aquí presente, no tiene nada de abobado —dijo al terminar. Y añadió, cubriéndose la boca—: Aunque pronto será licenciado, y lo del ayuno y la barba tiene trazas de ser verdad.

Y rompió a reír, y todos rieron con él, dejando a Zhou Jin con las orejas gachas.

—El señor Mei habrá de pagar un vaso de vino en prenda[60] —dijo Shen Xiangfu, colmando al punto el vaso—, pues el maestro Zhou ha sido preceptor en casa del honorable señor Gu.

—No sabía yo eso, y he de pagarlo —dijo Mei Jiu—, aunque la burla no va contra el hermano mayor Zhou, pues habla de un licenciado. El ayuno también es buena cosa. Yo tenía un tío materno que hacía ayuno; pero se graduó de licenciado, y como para la ocasión recibiera del examinador unas tajadas de carne del sacrificio a Confucio,[61] mi abuela materna le dijo: «Si no comes la carne de ofrenda, el Sabio se habrá de enojar, y su castigo mayor son catástrofes, y el menor, enfermedades»; conque mi tío no tuvo más remedio que quebrantar el ayuno. Y a vos, hermano mayor Zhou, no habrá de faltaros el obsequio de carne para la ofrenda de otoño, y también habréis de romper el ayuno.

Y como todos refrendaran los buenos augurios con un brindis, Zhou Jin no pudo hacer otra cosa que agradecer a los comensales, la cara entre el grana y el blanco y el vaso alzado en la mano. En esto traían de la cocina un cuenco de sopa, una gran fuente de panecillos cocidos al vapor y otra de pastelillos; y oyendo Zhou Jin que le decían: «Los pastelillos están rellenos de verduras; tome vuestra merced alguno», el maestro accedió de buen grado a ello sin hacerse de rogar, aunque pidió té en vez de sopa, por miedo a que ésta no estuviese limpia de carne.

—¿Dónde está hoy vuestro pariente —preguntó un comensal a Shen Xiangfu —¿Por qué no ha venido a festejar al señor Zhou?

—Ha ido a comer a casa del alguacil Li —respondió Shen Xiangfu.

---

[58] *Anbo*, «tío de lista». Los licenciados de la misma promoción, que se llamaban entre sí «(licenciados) de la misma lista» (*tong'an*) o «del mismo año» (*tongnian*), daban el tratamiento respetuoso de «tío de lista» o «tío de promoción» (*nianbo*) al padre del condiscípulo.

[59] «Versos de una a siete sílabas», según el texto. La concreción de la lengua china impide traducir literalmente al español tal metro, cuyo lejano equivalente occidental podría ser el verso ropálico de la poesía griega; optamos por una métrica más asequible a nuestro idioma, conservando la rima.

[60] Era habitual que en banquetes o reuniones festivas alguno de los presentes «pagase prenda» (en este caso un cuenco de vino) por indiscreción o «metedura de pata». Como Zhou Jin había sido preceptor en casa del señor Gu, el poema hace clara referencia a él y por tanto es indiscreción de Mei Jiu, aunque, según recalca irónicamente éste, «la burla no va contra el hermano mayor Zhou, pues habla de un licenciado» (y el señor Zhou sólo era bachiller).

[61] *Ding ji de zuorou*, «carne propiciatoria ofrendada los días *ding*» a Confucio, en concreto, el primer día *ding* (cuarto en orden) del segundo y octavo mes lunar. Concluida la ofrenda, las viandas eran regaladas a algún licenciado.

—Muy bien le está yendo al tío Li con el nuevo magistrado estos postreros tiempos —terció otro—, que en un año no saca menos de mil onzas de plata. Aunque le tira el juego, y no es como el alguacil Huang, a quien también le dio por lo propio, pero luego se reportó y construyó una casa como un palacio, en la que nunca falta el bullicio.

—También los tiempos han sido buenos para vuestro pariente desde que es jefe de aldea —le dijo el tío Xun a Shen Xiangfu—. Otro par de años, y a fe que alcanza al alguacil Huang.

—No le falta maña —respondió Shen Xiangfu—; pero antes de alcanzar al alguacil Huang habrá de soñar muchos años.

—Los sueños tienen parte de verdad —apuntó el señor Mei, la boca llena de pastelillo—. ¿Qué habéis soñado vos, hermano mayor Zhou, estos años de exámenes?

—Nada —contestó Zhou Jin.

—Pues el día de año nuevo del presente, que tan buena fortuna me ha traído —dijo Mei Jiu—, yo soñé que estaba en una montaña muy alta, y el sol en el cielo encima de mí, y de súbito me cae en la cabeza. Desperté bañado en sudor, y me toqué la cabeza, y aún la tenía caliente. Y en verdad no acerté a descifrar en ese momento lo que significaba el sueño, pero luego ya vi que era verdad lo que predecía.

En eso terminaban los pastelillos, y sirvieron otra ronda de vino, a la que siguieron otras; y entre ronda y ronda estuvieron hasta la hora de encender los farolillos, en que Mei Jiu y los demás volvieron a sus casas luego de despedirse. Shen Xiangfu cogió un jergón y un cobertor azul y acompañó al señor Zhou al templo de la bodhisattva Guanyin, donde habría de dormir, concertando con el monje el apaño para escuela de los dos cuartos de la parte trasera.

Llegado el día de la primera lección, Shen Xiangfu y los demás aldeanos llevaron a la escuela a sus hijos, grandes y chicos, y les hicieron presentar respetos al maestro, quien al cabo comenzó su ministerio. Esa noche, ya idos los alumos, abrió los sobres con los obsequios de primer día,[62] y halló en el de la familia Xun un décimo de onza y ocho centésimos para té, y en los otros no más de tres o cuatro centésimos, o una docena de sapecas, lo que en junto no le daba para comer un mes. Un envoltorio hizo con los obsequios, que dio al monje con la promesa de ajustar más tarde las cuentas.

Los niños eran brutos como bueyes; bastaba quitarles la vista de encima para que se escurrieran fuera a jugar al tejo o a la pelota. Pasaban el día haciendo maldades, y Zhou Jin no tenía otro remedio que sufrirlos pacientemente, sentado en su clase.

Pasaron en un soplo dos meses, y los días eran cada vez más calurosos. Uno de ellos, después del almuerzo, Zhou Jin abrió la puerta trasera y salió a dar un paseo por la orilla del río, recreándose en los durazneros y sauces que crecían a las márgenes y en la mixtura de sus colores rosados y verdes. Al rato rompió a lloviznar y se guareció en el portal, contemplando el picoteo de la lluvia en el río y la neblina que envolvía los árboles distantes, una escena difícil de olvidar. Y ya la lluvia empezaba a arreciar, cuando echó de ver una barquichuela que venía río abajo, una cáscara de nuez cubierta de una estera que malamente podía resguardar del agua, en la que venía un hombre sentado en la cámara y un par de criados a popa, amén de un par de cantinas en la proa. La barca arribó a la marina, y el hombre ordenó al barquero fondear y saltó a tierra seguido de sus criados, lo que permitió a Zhou Jin ver que llevaba bonete de letrado, túnica azul turquesa y botas negras de suelas blancas; lucía barba, y podría tener treinta años colmados. Ya cerca de la puerta, el viajero saludó a Zhou Jin alzando la mano, y al entrar en el templo se dijo entre sí:

—Esto parece una escuela.

---

[62] *Zhijian*, obsequio que los alumnos hacían al maestro el primer día de clase.

Zhou Jin lo siguió dentro y le hizo una reverencia, que el otro contestó con media.

—¿Sois vos el maestro? —preguntó.

—Dice bien v. md.

—¿Cómo no se ve por ahí al monje? —preguntó el forastero a sus criados; mas no acababa de hablar, cuando entró el monje exclamando:

—¡Oh, el señor Wang! Tome asiento v. md., que al punto apresto el té. Es el señor Wang Hui —dijo a Zhou Jin—, aprobado del último examen. Sentaos y hacedle compañía, mientras yo aderezo el té.

No parecía muy modesto el graduado provincial Wang, pues cuando los criados acercaron una banqueta, al punto se sentó a la mesa en el puesto principal, dejando al maestro a un costado para hacerle compañía.

—¿Cómo os llamáis, maestro? —preguntó al cabo.

—Vuestro menor[63] se llama Zhou.

—¿En casa de quién habéis dado lección?

—En casa del honorable señor Gu, de la audiencia del distrito.

—¿No sois vos el que salió el primero en el examen que presidía el señor Bai, mi patrón? Al decir de él, era uno que enseñaba en casa del hermano segundo Gu. Sí, a fe que sois vos.

—¿Conocéis también a mi patrón, el señor Gu?

—El hermano segundo Gu es recaudador de contribuciones de mi casa, y también hermano jurado mío.

En eso entró el monje con el té, y Zhou Jin dijo:

—Este menor ha leído una y otra vez vuestro examen en rojo,[64] señor, y admira sobremanera el refinamiento de las dos composiciones postreras.

—Esas dos composiciones no eran mías.

—Gran modestia la vuestra, señor; pues ¿de quién iban a ser, si no?

—No eran mías, pero tampoco de ningún otro mortal —dijo el graduado provincial—. Oíd: pasábamos la primera prueba,[65] el día nueve, y ya empezaba a declinar la tarde, y como yo todavía no había terminado la primera composición, me decía para mí, sorprendido: «Yo siempre escribo de un tirón. ¿Cómo soy tan lento hoy?» Y entre cavilación y cavilación, sin darme cuenta quedé dormido sobre el tablero,[66] y en eso vi a cinco hombres de rostros verdes que, entrando en la celda, me hacían una señal en la cabeza con un gran pincel que uno llevaba en la mano y salían disparados. Al momento asomó tras la cortina uno de sombrero de crespón, túnica escarlata y cinturón dorado, que me zarandeó y dijo: «¡Señor Wang, despertad!» Conque me desperté, asustado y bañado en sudor frío, y sin saber lo que hacía empuñé el pincel y me solté a escribir. De esto uno puede colegir que en el patio de exámenes

---

[63] *Wansheng*, «menor en edad», «yo, de generación posterior», fórmula de cortesía referida a uno mismo al hablar con alguien de mayor edad o más alta posición social (lograda, por ejemplo, por haber aprobado antes los exámenes).

[64] *Zhujuan*, «pliego rojo», es decir, «pliego en tinta roja». Los pliegos para los exámenes provinciales y metropolitanos en las dinastías Ming y Qing se entregaban escritos en tinta negra, por lo que recibían el nombre de «pliegos en [tinta] negra» (*mojuan*), y para evitar favoritismos eran transcritos por un copista en tinta roja antes de ser entregados al corrector o lector, por lo que eran denominados «pliegos en tinta roja». También recibían el mismo nombre las copias impresas que solían hacer de su examen los aprobados. El texto se refiere a este último caso.

[65] *Touchang*, «primera sesión» de exámenes, «prueba primera» de las tres de que constaban los exámenes provinciales, de una duración de dos a tres días cada una.

[66] *Haoban*, «tablero numerado» o «tablero de celda». Los dos tableros dispuestos en cada una de las celdas individuales en que eran confinados los examinandos servían uno de pupitre y el otro de asiento, y de noche, unidos al mismo nivel, de lecho.

hay espíritus; así se lo dije al eximio señor presidente de examen y maestro de cátedra,[67] y me respondió que yo debía estar predestinado a ser letrado segundo, por lo menos.

Así se despachaba, cuando entró un zagal con sus deberes; y como Zhou Jin le pidiera que los dejara allí para corregirlos más tarde, el graduado provincial dijo:

—No me molesta; corregidlos ahora, que yo tengo que hacer.

Con que Zhou Jin se allegó a la mesa y se puso a corregir, en tanto el graduado provincial daba órdenes a los criados: «Está oscuro y no escampa, así que traed acá las cantinas que hay en la barca y decidle al monje que cueza dos cuartillos de arroz. Y al barquero, que aguarde, que saldremos mañana temprano.» Luego se dirigió a Zhou Jin y dijo:

—Vengo de visitar las tumbas de mis antepasados, y no esperaba encontrar lluvia. Habré de pasar aquí la noche.

Dicho esto, volvió la cabeza, y de pronto tuvo un sobresalto al distinguir en los deberes del muchacho el nombre de éste, Xun Mei; Zhou Jin le vio apretar los labios y hacer caras muy extrañas, pero no osó preguntarle la causa. Corregidos los deberes, se sentó donde antes, al lado del graduado provincial, y éste le preguntó:

—¿Cuántos años tiene ese alumno?

—Siete.

—¿Es éste el primer año que viene a la escuela? ¿Le pusisteis vos ese nombre?

—No, no fui yo, pues al abrir la escuela, su padre le pidió al nuevo licenciado del lugar, al amigo Mei, se lo pusiera, y el amigo Mei dijo que su apellido era de buen agüero, y que se lo daba por nombre para que tuviese su misma fortuna.

—Es cosa de reír —dijo el graduado provincial Wang, soltando una risotada—, pues el primer día del año yo soñé que miraba la lista de resultados de los exámenes metropolitanos, y que mi nombre figuraba en ella, y que dos por debajo del mío estaba el de un vecino del distrito de Wenshang que llamaban Xun Mei; y me extrañó, pues en el distrito no conocía yo a ningún graduado provincial con ese nombre. ¡Y mira por dónde, resulta que es el nombre de este alumnillo! ¡Como si mi nombre y el suyo pudiesen estar en la misma lista!

Y estalló en risotadas, prosiguiendo al cabo:

—Es notorio que los sueños no son verdad, y que la fama y el mérito dependen del talento literario, y no de los espíritus.

—Algunos sueños, señor, son verdad —dijo Zhou Jin—. El día en que llegué aquí estuve en un convite con el amigo Mei, y éste decía que en año nuevo había soñado que un gran sol rojo le caía en la cabeza. Y este año ha alcanzado la gloria.

—Eso no puede ser cierto —replicó el graduado provincial Wang—; que si por graduarse de licenciado le cae el sol en la cabeza, a mí, por aprobar el examen provincial, habría de caerme todo el firmamento.

Mientras hablaban de esta suerte, los criados trajeron candiles y aderezaron la mesa con vino, arroz, pollo, pescado, pato y puerco, poniéndose el graduado provincial Wang a comer sin convidar siquiera a Zhou Jin, que al poco recibió su comida, servida por el monje: un tazón de verduras rancias y una tetera de agua caliente. Después de la comida, se despidieron y fueron a dormir.

El día siguiente amaneció despejado, y luego de lavarse la cara y vestirse, el graduado provincial Wang se despidió de Zhou Jin juntando las manos y se fue en su barca, dejando el piso de la escuela tan sembrado de huesos de pollo, rebañaduras de ala de pato, espinas de pescado y pepitas de melón, que Zhou Jin pasó toda la mañana limpiándolo.

---

[67] *Da zhukao zuoshi*. Los graduados provinciales y metropolitanos también llamaban «maestro de cátedra» (*zuoshi*) al presidente de examen (*zhukao*), y «maestros de sala» (*fangshi*) a sus ayudantes.

Cuando los aldeanos oyeron decir que el hijo del señor Xun habría de aprobar el examen metropolitano el mismo año que el graduado provincial Wang, lo tomaron por burla; los condiscípulos del mozo dieron en tratarlo de «graduado de palacio Xun», y los padres y hermanos mayores de aquéllos congratulaban al viejo Xun y lo llamaban «honorable padre emérito»,[68] dejándolo mudo de rabia.

—El graduado provincial Wang no puede haber dicho tal cosa —encizañó a los aldeanos Shen Xiangfu—. Todo es obra del maestro Zhou, que sabiendo de los dineros de la familia Xun, la sola que los tiene en la aldea, ha forjado la historia por pura zalamería, para que le envíen comida en las fiestas. El otro día oí que habían mandado fideos y queso de soja seco al templo, y también le han llevado pastelillos y dulces. Ahí le duele.

Y tanto se enojaron por ello los aldeanos, que desde ese día la posición de Zhou Jin se tornó harto precaria; pero como había sido presentado por el jefe de aldea Xia, no era cosa de despedirlo. Pasó así un año, al cabo del cual, sin embargo, el jefe de aldea Xia llegó al convencimiento de que el maestro era un zopenco, ya que no iba con la debida frecuencia a agradecerle, y dejó que los aldeanos lo mandasen en mala hora.

Así pues, Zhou Jin perdió su empleo y hubo de volver a casa sin un mal cuarto en los bolsillos. Un día, su cuñado Jin Youyu se acercó a saludarlo y le dijo, a modo de consejo:

—No te ofendas de lo que te digo, cuñado, mas todos esos estudios no te llevan a ninguna parte y poco vas a aguantar así, sin cosa que echarte a la panza. Mira: yo estoy por marchar a la capital provincial con otros mercaderes a comprar género, y nos vendría bien quien nos llevase las cuentas. ¿Por qué no vienes, que con nosotros no te faltará alimento ni vestido?

«Tullido que cae a pozo, no sana porque lo rescaten», pensó para sí Zhou Jin. «No tengo nada que perder.» Y convino en ello.

Fijado que hubo el cuñado día propicio, el grupo marchó a la capital provincial y al llegar hizo posada en la casa del gremio de los mercaderes. Poco tenía que hacer Zhou Jin, y se entretenía en pasear por las calles. Un día, viendo a unos albañiles que iban a reparar el recinto de exámenes, dio en seguirlos, y al llegar a las puertas quiso entrar, pero el portero lo echó de un latigazo. Esa noche le dijo al cuñado que quería ver el lugar donde se celebraban los exámenes, y el cuñado lo dio por hecho, pensando en convencer al portero con unas sapecas. Los otros mercaderes también determinaron de ir, pidiendo al mayordombre les hiciese de guía. El mayordombre untó la mano al portero y éste no puso reparos en dejarlos entrar. Y contemplando unas y otras cosas llegaron a la puerta de los Dragones,[69] donde el mayordombre dijo:

—Huésped Zhou, ésta es la puerta por la que entran los licenciados.

Y enfilando un corredor flanqueado de celdas de examen, prosiguió:

—Éstas son las de la primera fila.[70] Mirad por vos mismo.

---

[68] *Fengweng*, «padre emérito» o «padre ennoblecido», título honorífico que recibían los padres y antepasados de los altos funcionarios. Arrogar este título al padre de Xun Mei, un simple alumno rural, era burla manifiesta.

[69] Longmen, tercera puerta de acceso al recinto de exámenes. El nombre se inspira en un desnivel del río Amarillo llamado así porque, según la leyenda, las carpas que lograban franquearlo se convertían en dragones.

[70] *Zhe shi tian zi hao le*, lit. «estas son las celdas de la fila *tian*», es decir, las de la primera fila, ordenadas éstas a izquierda y derecha del patio o vía principal de acuerdo con el «Texto de los mil caracteres» (*Qian-zi wen*), método tradicional de enseñanza de la escritura china que empieza con los caracteres *tian di xuan huang*. Sobre los «tableros» que había en cada celda, *v*. nota *supra*.

Y Zhou Jin se encaminó por el pasillo de entrada a las celdas; pero al ver en ellas el par de tableros colocados con gran orden, rompió a llorar, y tras largo suspiro, dio de cabeza contra un tablero y cayó sin sentido.

Y debido a ello,

De años enteros el desengaño
Tropieza con el azar repentino;
El fin de las miserias sempiternas
Depende a la postre de un solo juicio.[71]

Pero para saber qué le acaeció a Zhou Jin, tendrás que leer el próximo capítulo.

[71] Lit. «depende sobre todo de *yuedan*». *Yuedan* («primer día de mes») es abreviatura de *yuedan ping*, «evaluación del primer día de mes», y designa la lista de letrados virtuosos confeccionada y renovada cada mes por los hermanos Xu Shao y Xu Qing (finales de la dinastía Han, 206 aC-220). Aquí alude al «criterio» o evaluación de los examinadores, la «calificación» obtenida en los exámenes.

CAPÍTULO III

EL COMISARIO ZHOU DISTINGUE EL TALENTO VERDADERO AL CELEBRAR EXÁMENES; EL CARNICERO HU PERTURBA LAS NUEVAS VICTORIOSAS CON SU FIERO PROCEDER

Quería Zhou Jin ver el recinto de exámenes, y advirtiendo su cuñado que lo decía en serio, empleó unas sapecas en darle ese gusto; mas apenas entró el letrado en las primeras celdas, se desplomó sin sentido, dejando a los otros muy atribulados, pues creían que le habría dado una mala enfermedad. Decía el mayordombre:

—El lugar lleva mucho tiempo vacío, y los aires son malos; por eso se ha desmayado.

—Yo lo tengo —dijo el cuñado—, y que alguno vaya a pedir agua caliente a los albañiles, para darle de beber.

A ello se ofreció el mayordombre, y tres o cuatro levantaron a Zhou Jin del suelo y le embucharon el agua, sintiendo a poco un borboteo en su gaznate, tras el cual echó las babas. «Eso es bueno», dijeron, ayudándolo a ponerse en pie. Pero en cuanto Zhou Jin posó la vista en los tableros, se golpeó otra vez la cabeza contra uno de ellos; mas ahora no cayó sin sentido, pues rompió a llorar tan desconsoladamente, que no había súplica que lo calmase.

—¿Estás loco? —le decía el cuñado—. Hemos venido a la escuela para dar un paseo. ¿A qué ponerse así? ¡Nadie de tu familia ha muerto!

Pero Zhou Jin no le hacía caso, que seguía llorando, la cabeza apoyada en un tablero: lloró en la primera celda, lloró en la segunda, lloró en la tercera, y al cabo dio en revolcarse desesperado por los suelos, provocando a compasión a cuantos lo contemplaban. Su cuñado y el mayordombre hicieron por levantarlo, pero él se resistía, y tanto se desgañitó, que hasta escupió sangre. Al fin lograron alzarlo del suelo, y pudieron llevarlo a un puesto de té frontero del recinto de exámenes, donde a duras penas le dieron a beber un tazón; mas el letrado seguía sollozando y moqueando, el corazón destrozado.

—¿Qué os pasa, señor Zhou? —preguntó uno de ellos—. ¿Qué os hace llorar tan amargamente?

—Acaso v. mds. no reparen en que mi cuñado no es mercader —dijo Jin Youyu—. Decenas de años lleva estudiando sin descanso, pero nunca ha llegado a licenciado, y al ver hoy el lugar de los exámenes se ha puesto como loco.

Y el llanto de Zhou Jin arreció al oírlo, tocado, al parecer, en su punto sensible.

—Me da que vos sois el culpable, viejo Jin —dijo otro mercader—, pues si el señor Zhou es hombre de letras, ¿por qué lo habéis hecho venir a ocuparse en negocios que no son los suyos?

—Porque estaba sin una sapeca —contestó el cuñado—, que perdió su empleo de maestro, y no le quedaba otra salida.

—A juzgar por el porte de vuestro cuñado —dijo otro—, debe ser hombre muy docto, y acaso se pone así porque ninguno reconoce sus méritos.

—Docto, lo es —dijo el cuñado—; pero tiene mala estrella.

—Cualquiera que compre el diploma de alumno del Colegio Imperial[72] puede presentarse a exámenes —dijo el mercader que acababa de hablar—. Pues y el señor Zhou tiene tan gran cultura, ¿por qué no comprárselo, para que haga el examen? Que, de aprobar, habrá de olvidarse de las miserias de hoy.

—Yo me acuesto a ese parecer —dijo el cuñado—. Mas, ¿de dónde íbamos a sacar el dinero?

A todo ello, Zhou Jin había dejado de llorar.

—Eso tiene fácil cura —dijo el mismo mercader—, que siendo todos amigos, bien podemos escotar unas docenas de onzas cada uno, que le prestaremos para que se presente a examen. ¿Que lo aprueba y se hace oficial? Pues pocas serán para él unas pocas onzas de plata, y puede volverlas sin menoscabo. Y aunque no las devuelva, nosotros los mercaderes podemos apañarnos los dineros de una u otra manera, y esto que hacemos es causa justa. ¿Qué decís?

—Nosotros lo ayudaremos a salir adelante —dijeron—, pues cruzarse de brazos frente a una causa justa es bien de cobardes. ¡Claro que lo ayudaremos! Mas no sabemos si el señor Zhou vendrá en aceptar.

—De hacer tal —dijo Zhou Jin, miraré a v. mds. como a padres resucitados, y habré de retribuirles su benevolencia aunque en mi próxima vida sea mula o caballo.

Dicho lo cual, se arrodilló y les hizo muchas reverencias, a las que respondieron los otros. También el cuñado les dio las gracias, y bebidos unos pocos tazones más de té, Zhou Jin ya no lloraba, sino que rió y platicó con los demás hasta que se hizo hora de volver a la hospedería.

Al otro día, los cuatro mercaderes juntaron a escote doscientas onzas de plata y se las entregaron al cuñado, quien convino en sufragar los gastos que excediesen de esta suma, si los hubiere. Zhou Jin volvió a agradecerles, y el mayordombre le dio un banquete, al que convidó a los demás mercaderes. Los dineros los puso el cuñado a buen recaudo en el tesoro provincial.

La buena fortuna parecía acompañar al letrado, pues era justamente la época en que el presidente de examen llegaba a convocar el preliminar a los provinciales.[73] Zhou Jin lo hizo, y salió el primero de los candidatos del Colegio Imperial. El día ocho de la octava luna acudió al patio de examen para celebrar el provincial, y la vista del lugar donde tanto había llorado lo colmó de felicidad; y como de tiempos antiguos la alegría ilumina el corazón del hombre, Zhou Jin bordó las siete composiciones, rematándolas en tan breve plazo, que volvió a la hospedería cuando aún Jin Youyu y los demás mercaderes no habían tornado de hacer sus tratos. Publicadas las listas, Zhou Jin aprobó en puesto distinguido, y los mercaderes lo celebraron con gran alborozo.

Volviendo al distrito de Wenshang, Zhou Jin presentó sus respetos al magistrado y al presidente de examen local, y todos los oficiales le enviaron esquela y acudieron a

---

[72] *Jiansheng*, estudiante del Colegio Imperial (Guozijian), la más alta institución de enseñanza en las dinastías Ming y Qing, cuyos alumnos eran, en un principio, seleccionados por el comisario de estudios o admitidos por privilegio imperial, aunque con el correr del tiempo pasó a ser un nombramiento que también podía ser comprado. Los alumnos del Colegio Imperial podían presentarse a los exámenes provinciales después de aprobar una prueba preliminar.

[73] *Luyi*, examen de «selección de los restantes», examen de «repesca» previo al provincial. Durante el segundo año de oficio del comisario de estudios, de los tres que duraba su misión, los licenciados eran sometidos a examen y repartidos en tres categorías. Los diez primeros de cada una (cinco en las provincias medianas o pequeñas) podían acceder directamente al examen provincial; los restantes, los alumnos de Colegio Imperial y los licenciados recomendados a la corte (*gongsheng*) debían realizar una prueba de selección (*luke*), y aún podían hacer un examen de «repesca» si suspendían ésta o no se presentaban. Los aprobados con los primeros puestos en estas pruebas quedaban cualificados para presentarse a los exámenes provinciales. La suerte de Zhou Jin fue poder presentarse a esta última prueba, pues en caso contrario habría tenido que esperar tres años.

felicitarlo; los que no eran parientes suyos se decían familiares, y los desconocidos se decían amigos de toda la vida. Un mes anduvo el letrado ocupado en estos menesteres. Al tener noticia de su triunfo, Shen Xianfgu hizo una colecta en Mercado de la Familia Xue, y con los cuatro pollos, cincuenta huevos, el arroz tostado, los confites de la felicidad[74] y otras cosas que alcanzó a comprar se acercó a la capital del distrito y felicitó a Zhou Jin, quien lo agasajó con un banquete. El señor Xun, huelga decirlo, también fue a presentar respetos.

Llegada la época de los exámenes metropolitanos, Zhou Jin viajó a la capital con los dineros para ropa y comida que le había dado su cuñado; y, presentándose a ellos, los aprobó, y también el de palacio, en que quedó entre los del tercer grado,[75] merced a lo cual le dieron puesto oficial en uno de los Consejos.[76] De allí a tres años alcanzó el grado de inspector imperial,[77] y el mismo Emperador lo nombró comisario de estudios de la provincia de Guangdong.

Pese a tener a sus órdenes a unos pocos secretarios para corregir los exámenes, el comisario Zhou se decía entre sí: «La mala fortuna me ha perseguido durante mucho tiempo, y ahora que tengo este puesto debo obligarme a leer todos los exámenes con sumo cuidado; que si dejo todo en manos de los secretarios, podrían pasar por alto a los verdaderos hombres de talento.» Y puesto en ello, fue a la ciudad de Cantón y asumió el cargo. El día después de su llegada, quemó incienso y publicó la convocatoria de exámenes[78] de licenciatura, celebrándolos a su debido tiempo.

El tercer examen era para los bachilleres de los distritos de Nanhai y Panyu. Sentado en la cátedra, el comisario Zhou observaba a los candidatos que se apelmazaban en la sala, advirtiendo que los había jóvenes y viejos, lindos y feos, elegantes y andrajosos, y fijándose señaladamente en el último en entrar, uno flaco y amarillento, de barba entrecana y sombrero viejo de felpa. Guangdong es conocida por su temperamento caluroso; pero no ocurría así el mes posterior del año, y como el bachiller apenas si se cubría con una túnica de hilo, temblaba de frío cuando cogió su pliego y entró en la celda, cosa que no pasó inadvertida a Zhou Jin. Selladas las puertas, aún no habían puesto el primer anuncio, cuando el bachiller en quien el comisionado había reparado vino a entregar su examen. Sus ropas estaban tan gastadas, que le habían aparecido unos pocos agujeros más desde que se metió en la celda, lo que movió al comisario a fijarse sin querer en su propio vestido, en la fina túnica escarlata y el ceñidor dorado que llevaba. Al cabo consultó la lista y preguntó:

—¿Sois Fan Jin?

—Sí, señor —contestó éste, arrodillándose.

—¿Cuántos años tenéis?

—Treinta según la lista, señor, aunque en verdad este bachiller ya tiene los cincuenta y cuatro cumplidos.[79]

---

[74] *Huantuan*, «albóndigas de la felicidad», bolitas de dulce y arroz glutinoso ofrecidas en ocasiones festivas.

[75] *Dian zai san jia*: tercero de los tres órdenes o categorías en que se dividían los aprobados en los exámenes de palacio en las dinastías Ming y Qing. Había tres graduados de primera clase (*jinshi jidi*) y un número variable de graduados de segunda (*jinshi chushen*) y tercera clase (*tongjinshi chushen*).

[76] *Shoule bushu*, «recibió empleo en uno de los Consejos» o ministerios, primer puesto al que solían ser destinados los aprobados con el tercer grado en los exámenes de palacio.

[77] *Yushi*, visitador o inspector imperial adscrito a la Corte General de Investigación (Duchayuan), una de las más importantes instituciones de las dinastías Ming y Qing.

[78] *Xing xiang gua pai*, lit. «ofrendó incienso y colgó el rótulo». Al llegar a las poblaciones designadas, el comisario de estudios debía ofrendar incienso en el templo local consagrado a Confucio y colgar el rótulo oficial que anunciaba el lugar, fecha y circunstancias del examen, así como las «amonestaciones» o solicitud de pruebas que impedían concurrir a él.

[79] Era corriente que los examinandos de cierta edad se quitaran años.

—¿Cuántas veces os habéis presentado a examen?

—Este bachiller se presentó por primera vez a los veinte años, señor, y desde entonces más de veinte han sido los exámenes a que ha concurrido.

—¿Cómo es que nunca habéis aprobado?

—Las composiciones de este bachiller, señor, son deficientes, y ningún honorable presidente de examen ha tenido a bien aprobarlo.

—Puede que no sea así —comentó el comisario Zhou—. Dejad aquí vuestro examen, que lo leeré con cuidado.

Con ello, Fan Jin hizo una reverencia y se fue. Era todavía temprano, y como ningún otro candidato venía a entregar su examen, el comisario Zhou tomó el de Fan Jin y lo leyó muy por menudo. Pero grande fue su decepción. «¿Dónde querrá llegar este hombre?», pensó. «¡Ya veo por qué nunca lo han aprobado!» Y dejó el pliego a un lado; mas como seguía sin aparecer ningún candidato, se dijo para sí: «Mejor echo otra ojeada al examen de Fan Jin, que si atisbo en él alguna muestra de talento, lo aprobaré, para premiar su perseverancia.» Así pues, lo leyó más a conciencia, y esta vez sí vio algo en él; y se disponía a leerlo de nuevo, cuando otro bachiller llegó a entregar su examen, lo que hizo de rodillas, diciendo:

—Señor, os pido me hagáis examen oral.

—Aquí tengo ya vuestro examen escrito —respondió con cortesanía el comisario Zhou—. ¿Qué necesidad hay de hacerlo oral?

—Este bachiller, señor, sabe componer poemas y cantos. Proponga el señor tema, para probarme.

El comisario Zhou arrugó el ceño y dijo:

—Para el Hijo del Cielo, las composiciones es lo principal: no hablen los súbditos de versos de las dinastías Han y Tang. Un bachiller como vos debe emplear toda su energía en escribir composiciones, y no malgastar el tiempo en estudios tan poco provechosos.[80] Yo estoy aquí por orden imperial para revisar composiciones, no para discutir con vos de estilos literarios. Mas tanta devoción a las cosas superficiales descubre notoria negligencia en el estudio de cuestiones esenciales, y a buen seguro vuestra composición es toda palabrería huera y no merece siquiera la pena leerla. ¡Asistentes, echadlo de aquí!

Y a su orden asomaron de ambos lados unos más lobos y tigres que asistentes, que agarraron de los brazos al bachiller y lo pusieron en la calle. Con haberlo echado, empero, el comisario leyó su examen, y advirtiendo que el estilo del bachiller, que se llamaba Wei Haogu, era claro y directo, se dijo: «Lo pasaré, pero lo dejaré el último de la lista.» Y tomando el pincel, hizo una marca en su examen para recordarlo.

Al cabo leyó de nuevo el examen de Fan Jin, y esta vez quedó muy admirado. Decíase: «¡Y pensar que fui incapaz de comprenderlo las dos primeras veces que lo leí! Ahora, tras la tercera, llego a la conclusión de que es la mejor composición que he leído: cada palabra, una perla. Ello demuestra cuán a menudo los malos presidentes de examen desechan a los verdaderos genios.» Y tomando el pincel, con mucho esmero trazó tres círculos en el pliego de Fan Jin, otorgándole el primer puesto; en el de Wei Haogu puso un número veinte. Hecho esto, recogió el resto de los exámenes y los llevó consigo.

Pronto se publicaron los resultados, y el nombre de Fan Jin apareció el primero en la lista. Los aprobados fueron a rendir pleitesía al comisario, quien elogió con largueza al primero de ellos y aconsejó al último, Wei Haogu, que estudiase bien el arte de la composición y dejase de cultivar estilos caprichosos. Concluidas las visitas, los bachilleres victoriosos partieron entre sones de tambores y trompetas.

---

[80] *Zalan*, «lecturas heterodoxas», no relacionadas con el temario de exámenes.

Al otro día, el comisario marchó para la capital. Tres leguas lo escoltó Fan Jin haciendo reverencias ante el palanquín, hasta que al cabo el comisario lo llamó y le dijo:

—La cabeza del dragón es para los viejos.[81] Vuestro ensayo muestra verdadera madurez, y doy por cierto que vais a salir muy bien parado en los exámenes provinciales. Estaré a vuestra espera en la capital una vez me presente a las autoridades.

Fan Jin besó con la frente el suelo y se puso a un lado del camino para dar paso al palanquín del comisario, tornando a su posada apenas perdió de vista los estandartes detrás de una colina. Pagado el hospedaje, marchó para su casa, distante cinco leguas, a la que llegó luego de una noche de camino. Y, saludando a la madre, entró en su pobre casa, una cabaña de paja pegada a un cobertizo, en la que vivían la anciana, en el cuarto frontal, y él y su mujer, la hija del carnicero Hu, en el trascuarto.

Las dos mujeres, que ya sabían la buena nueva, se regocijaron grandemente de su llegada, y haciendo de comer estaban, cuando llegó el suegro con unas morcillas de puerco y una ampolla de vino bajo el brazo. Fan Jin lo saludó y le ofreció asiento, y el suegro dijo:

—Sabe el cielo cuánto he gastado desde que tuve la mala vena de casar a mi hija con un pobre diablo como tú; mas alguna buena acción habré hecho, para que te aprueben. Aquí traigo este vino para celebrarlo.

Fan Jin agradeció mansamente, y pidiendo de asar las morcillas y calentar el vino, se sentó con el suegro en el cobertizo de paja, mientras las mujeres quedaban en la cocina al cuidado de la comida.

—Ahora ya eres un señor, y has de hacer las cosas como es debido —prosiguió el carnicero Hu—; como los hombres de mi oficio, que somos todos decentes y tenemos vergüenza. Yo soy más viejo que tú, y arreglado iba a estar si te das aires de grandeza delante de mí; pero estos labriegos de acá, los acarreadores de estiércol y los de su misma laya, son gente baja, y si tú los saludas y los tratas par a par, a fe que tronzarás las convenciones y a mí me dejarás en mal lugar. Eres tan descuidado y flojo que te digo esto por tu bien, que no seas el hazmerreír de los demás.

—Los consejos del suegro serán respetados —respondió Fan Jin.

—Que tu madre venga a comer con nosotros —dijo el suegro—, que la pobre mal lo ha de pasar comiendo verduras todo el santo día; y que mi hija también nos acompañe, que a fe no ha probado la manteca de cerdo más de dos o tres veces en la docena de años que lleva contigo. ¡Pobrecilla!

Con ello, la madre y la mujer de Fan Jin se sentaron al lado y compartieron la comida. Hasta la caída del sol almorzaron; y ya que el carnicero Hu estaba bien a medios pelos, se echó la chapona sobre los hombros, oyó las palabras de gratitud de las mujeres y volvió a casa haciendo eses, la panza hinchada.

Al otro día, Fan Jin fue a visitar a parientes y amigos. Wei Haogu lo presentó a otros condiscípulos, con los que celebró unas pocas reuniones de estudio,[82] pues era año de exámenes provinciales. Estaban ya a finales del mes sexto, y como los condiscípulos lo apremiaran a ir con ellos a la capital provincial para hacer los exámenes, fue a pedir

---

[81] *Longtou shu laocheng*, «la cabeza del dragón es para los viejos». Expresión tomada de un poema en el que Liang Hao (963-1004) expresa su agradecimiento al haber aprobado, a los 82 años de edad, los exámenes para graduado de palacio; con ello da a entender que los graduados metropolitanos solían obtener este grado en su vejez, debido a la enorme dificultad para conseguirlo. La expresión —en la que «cabeza de dragón» es sinónimo de «laureles supremos» o «aprobado»— se empleó posteriormente para desear buena suerte a los letrados que se presentaban a edad muy avanzada a los exámenes metropolitanos y de palacio.

[82] *Wenhui*, reuniones de estudio que solían celebrar los licenciados para preparar los exámenes provinciales.

dinero para el viaje al suegro. Pero el carnicero Hu le escupió al rostro y le soltó un rosario de improperios:

—¡Qué ganas de perder el tiempo! ¡Un examinamiento que le sale como es debido, y ya anda por ahí como el sapo sarnoso que se quiere tragar el cisne, y eso que te salvaste, según dicen, no porque tus papeles estuvieran bien, sino porque el presidente de examen se compadeció de lo viejo que eres! Y ahora se te mete en la cabeza el ser oficial. ¿Sabes tú quiénes son esos oficiales? Estrellas del cielo son. ¡Mira si no a la familia Zhang, la de la prefectura, y como ella a todos los demás, que tienen el dinero a cántaros, caras dignas y orejas grandes, y no como tú, con la boca salida y los carrillos de mono, y si no te lo crees, mea en el suelo y mírate en el charco! ¡Un don nadie, y ya quiere el culo del cisne! El año que viene te buscaré quehacer en casa de un colega mío, para que ahorres unas pocas onzas con que sustentar a esa madre tuya que nunca se muere y a tu mujer. ¡Venir a pedirme a mí las costas del viaje, yo, que apenas mato un puerco al día y no saco más de un décimo por animal! ¡Eso, te doy toda mi plata para que hagas pijotas en el agua, y mi familia que viva del aire!

Y de esta guisa siguió despachándose el carnicero, hasta que ya mareado, Fan Jin volvió a casa, pensando para sí: «El comisario me dijo que mi ocasión había llegado. ¿Y quién, de siempre acá, no se presenta al segundo examen habiendo aprobado el primero? No quedaré en paz hasta que no me presente.» Y con esta idea en ciernes, pidió prestado a los condiscípulos y marchó a la ciudad sin decirle nada al suegro. Terminado el examen volvió a casa; la familia llevaba dos o tres días sin comer, y el carnicero Hu no escatimó las lindezas.

El día en que salían los resultados no tenían qué desayunar en la casa, y la madre de Fan Jin le dijo:

—Agarra esa gallina ponedora y llévala a vender al mercado, y con lo que te den compras unos cuartillos de arroz para hacer gachas, que estoy desmayada de hambre.

Con que Fan Jin cogió la gallina y marchó al mercado. Y llevaba ya un rato fuera, cuando entre un resonar de címbalos tres hombres de a caballo aparecieron ante su choza, y apeándose, ataron las bestias en el cobertizo y dijeron:

—¿Vive aquí el honorable señor Fan? Venimos a traer la buena nueva de que ha aprobado el examen provincial.

La madre de Fan Jin se había escondido al verlos venir, recelosa de su visita; pero en oyendo la nueva, se armó de valor para asomar la cabeza, diciéndoles:

—Entren v. mds. y tomen asiento, que mi hijo acaba de salir.

—Sois la madre, así pues —dijeron los heraldos,[83] adelantándose para pedir las albricias.

Y en medio del revuelo llegaron primero una, luego otra tanda de jinetes, los cuales se juntaron en el cobertizo, sentándose en el suelo; y como los vecinos ya se arremolinaban, picados de la curiosidad, la anciana, muy alborotada, pidió a uno de ellos de buscar a su hijo. El vecino llegó en las alas de un trote al mercado, y Fan Jin no aparecía; mas al cabo lo descubrió en la punta de oriente, sujetando la gallina contra su pecho y un letrero de venta en la mano, caminando pasico, brujuleando a diestro y siniestro, a la caza de comprador.

—¡Señor Fan, volved a casa, presto —le gritó el vecino—, que habéis aprobado el examen provincial! ¡Llena de heraldos tenéis la casa!

---

[83] *Baoluren*, «anunciadores de felicidad», mensajeros que tenían la misión de llevar a sus destinatarios las cartas o cédulas que anunciaban su aprobado en los exámenes provinciales o su nombramiento como funcionario, a cambio de lo cual recibían albricias o propina.

Creyendo ser burla, Fan Jin hizo oídos de mercader y siguió caminando, la cabeza gacha; y como el vecino viera que no le hacía caso, se acercó a él y quiso quitarle la gallina, a lo que Fan Jin dijo:

—¿Por qué me queréis quitar la gallina? ¿Acaso queréis comprarla?

—Habéis aprobado, y quieren que vayáis a casa para despedir a los heraldos.

—Buen vecino, en casa no queda ya arroz y yo tengo que vender esta gallina; es cosa de vida o muerte, con la que no caben chanzas. Idos, antes que me desbaratéis la venta.

Viendo el vecino que no lo creía, le quitó la gallina, y tirándola al suelo, de viva fuerza se llevó al letrado a casa. Al verlo venir, los heraldos gritaron:

—¡El honorable señor ya está de vuelta!

Y se abalanzaron para pedirle albricias; pero Fan Jin se escurrió entre ellos y entró en la casa, dando de ojos con un anuncio oficial allí colgado que decía:

> *Por la presente se hace saber que el señor de esta honorable mansión*, *Fan Jin*, *ha aprobado el examen provincial de Guangdong con el número siete de la lista*. *¡Que otras buenas nuevas sigan a ésta!*[84]

Fan Jin recreó la vista en el anuncio, y después de leerlo y releerlo para sí, lo repitió en voz alta, lo acarició con las manos, y de súbito rompió a reír y a dar palmadas diciendo: «¡Oh, qué bien! He aprobado», con que reculó unos pasos y se desmayó; su madre le dio a beber agua caliente, y al rato tornó en su sentido. Mas ya en pie, volvió a palmear y a reír a carcajadas, exclamando: «¡Oh, qué bien! He aprobado.» Y riendo sin tregua echó a correr, dejando boquiabiertos a vecinos y heraldos; y aunque al poco trotar resbaló y cayó de bruces en una charca, de la que se levantó desgreñado, las manos amarillas de barro y ensopado de arriba abajo, nada podía detenerlo y siguió corriendo hacia el mercado, riendo y dando palmas.

—El título lo ha trastornado —se decían los presentes, mirándose asombrados.

—¡Qué mala fortuna la nuestra! —se lamentaba la madre—. ¡Aprobar para volverse loco, y quién sabe cuándo sane!

—Estaba bien esta mañana cuando salió —dijo su mujer—. ¿Qué le habrá traído esa enfermedad? ¿Qué podemos hacer?

—Pierdan cuidado las señoras —dijeron los vecinos—, que allá van un par de hombres que no lo pierden de vista; y más nos vale traer vino, huevos y arroz para estos emisarios, que luego ya discutiremos qué hacer.

Y ya que los vecinos trajeron, cada cual por su cuenta, huevos, aguardiente, arroz en costal y gallinas, la mujer de Fan Jin aderezó la comida, sin poder contener el llanto, sirviéndola en el cobertizo. Los vecinos allegaron mesas y banquetas, y mientras los emisarios comían, ellos discutían cómo sacar de la insania al letrado.

—Un humilde servidor tiene una idea —dijo al cabo uno de los emisarios—; mas no sé si dará resultado.

—¿Qué idea? —preguntaron todos.

—Que traigamos acá a quien ponga miedo en el señor Fan —dijo el emisario—. Pues el señor anda salido de su acuerdo porque la alegría brusca le ha hecho subir la flema, tapando algún orificio del corazón, y si alguien a quien tema le da un bofetón y le

---

[84] *Jingbao lian deng huangjia*, «que otras noticias de la capital aparezcan en sucesión en las listas amarillas», fórmula que solía rematar la nota de felicitación que recibían los aprobados, con la que se les exhortaba a aprobar más adelante los exámenes de palacio. Las «listas amarillas» eran las que contenían los nombres de los aprobados en los exámenes de palacio.

dice: «Todo es burla, que no has aprobado el examen», la impresión le hará escupir la flema y tornará a sus cabales.

—¡Buena idea! —aplaudieron todos—. A quien él más teme es al viejo Hu. Vayamos por él, que de seguro está todavía en la feria vendiendo carne y no ha oído las nuevas.

—De estar en la feria vendiendo carne, ya sabría la nueva —dijo un vecino—. Al mercado, al de oriente, fue a comprar puercos a la quinta vigilia, y aún no puede haber vuelto; mas vale que alguno se llegue allá a buscarlo.

Así pues, uno de los vecinos salió en busca del carnicero, topándose a las puertas con él y un ayudante que lo seguía cargado de siete u ocho libras de carne y cuatro o cinco sartas de sapecas. El carnicero, que se llegaba a dar sus parabienes, supo por la madre de Fan Jin lo ocurrido, y muy apesadumbrado dijo:

—¡Cómo puede tener tan mala estrella!

Y como alguno lo llamara de fuera, dio la carne y el dinero a su hija y salió, lo que aprovecharon los emisarios para ponerlo al tanto de sus trazas; pero el carnicero Hu no las tenía todas consigo.

—Mi yerno es —decía—, pero ahora también todo un señor venerable, una estrella del cielo, y malhaya quien descargue la mano sobre una estrella del cielo, que al que maltrata las estrellas del cielo, el rey del averno le planta cien azotes con un fierro y lo arroja al dieciocheno infierno,[85] y que se olvide de volver a ser humano, como dicen los monjes.[86] No, no seré yo el que se meta en esas.

—No nos vengáis con historias, señor Hu —terció un vecino de todos conocido por su mordacidad—, que sabido es que os ganáis la vida matando puercos, y que todos los días salís con el cuchillo en blanco y volvéis con él bien tinto. Pues con toda la sangre que habéis derramado, el rey del averno ya os ha de tener señalado para daros a millares los azotes con los fierros, y poco importa si le añadís un centenar más, que antes que os pida cuentas de esto, a fe que ya ha gastado todos los aceros. Mas si curáis a vuestro yerno, acaso el rey del averno lo tenga por buena acción y os ascienda del decimoctavo al decimoséptimo infierno.

—No es hora de burlas —dijo uno de los emisarios—. Es el único camino, señor Hu, y no hay otro. Haceos cargo de las circunstancias.

Y hubo de ceder el carnicero Hu. Dos tazones de vino le espolearon el coraje, le quitaron los escrúpulos y lo devolvieron a su feroz complexión de siempre. Recogidas las grasientas mangas, marchó al mercado seguido de cinco o seis vecinos, mientras de atrás gritaba la madre de Fan Jin:

—¡Amedrentadlo no más, poned cuidado en no hacerle daño!

—Descuidad —contestaron los vecinos.

Llegados al mercado, vieron a Fan Jin que, de pie a las puertas del templo, desgreñado, la cara embarrada y con un zapato de menos, seguía dando palmas y gritando: «¡He aprobado, he aprobado!» El carnicero se lanzó sobre él como fiera, le dio gentil bofetón y gritó:

—¡Animal! ¿Qué has aprobado?

Los paseantes y vecinos contenían a duras penas la risa; y aunque por fortuna el coraje del carnicero para dar el primer mojicón no le había disipado los resquemores y las manos le temblaban en exceso para soltar el segundo, un solo golpe había bastado para mandar al suelo, privado de sentido, a Fan Jin.

---

[85] *Shiba ceng diyu*, lit. a la «decimoctava capa del infierno», la más baja de los *naraka* (ch. *diyu*) o infiernos budistas.

[86] *Zhaigongmen*, «señores abstinentes»: monjes budistas.

Los vecinos se apelmazaron en torno al caído. Diéronle friegas en la boca del estómago, y golpes en la espalda, hasta que, tras mucho trajinar, el letrado dio un suspiro y volvió en sí: tenía la mirada clara y la insania se le había ido. Los vecinos lo ayudaron a levantarse y le pidieron prestada una banqueta a un curandero jorobado que ejercía su oficio delante del templo, para que pudiera sentarse.

El carnicero Hu, que se mantenía apartado, sintió que la mano empezaba a dolerle, y como al querer alzarla advirtiera que no podía doblarla, se decía con gran mohína: «Bien cierto es que a las estrellas no hay que maltratarlas. Éste es el castigo de Buda.» Y cuanto más lo pensaba, más le dolía la mano, y al cabo no tuvo más remedio que pedirle al curandero algún ungüento. Fan Jin, en tanto, miraba en su torno y preguntaba:

—¿Qué hago sentado aquí? He estado aturdido, como en sueños.

—Parabienes, señor, que habéis aprobado el examen —le dijeron los vecinos—. Estabais tan alegre hace un rato, que se os subió la flema; pero la habéis echado y ya estáis bien. Id presto a casa, a despedir a los heraldos.

—Es verdad —dijo Fan Jin—. Y creo recordar que salí el séptimo de la lista.

Dicho esto, se alisó el cabello y pidió al curandero una jofaina de agua para lavarse la cara, y, a todo ello, uno de los vecinos ya había encontrado el zapato y le ayudaba a ajustárselo. En esto reparó en el suegro, y lo creyó allí para injuriar; pero el carnicero Hu, en vez de ello, se adelantó y le dijo:

—Honorable yerno, nunca hiciera lo que acabo de hacer de no ser por tu madre, que me envió a echarte una mano.

—El señor Hu le dio el bofetón con mucho sentimiento —comentó uno de los vecinos—. Mas el señor Fan habrá menester de media jofaina de agua para quitarse de la cara la manteca de cerdo.

—Señor Hu —dijo otro—, esa mano de vuestra merced ya no va a poder matar más puercos.

—¿Y para qué matar más puercos —replicó el carnicero—, si con un yerno tan honorable ya no habré de cuidar del sustento para el restante de mi vida? Siempre he dicho que este honorable yerno mío es de muy buen parecer y muy ilustrado, y que ninguno de esos oficiales de la familia Zhang o Zhou que hay en la ciudad son tan buenos mozos como él. Me tengo por buen juez de las gentes, y no me importa decirles a v. mds. que si retuve a mi hija junto a mí en la casa hasta los treinta años o más, con ser hartos los pretendientes ricos que querían desposarla, fue porque yo le vi en la cara el signo de su buena estrella y sabía que acabaría casando con un oficial. Vean hoy v. mds. lo acertado que andaba.

Y concluyó con una risotada, haciéndole coro los demás. Lavado Fan Jin, el curandero le trajo té, y al rato regresaron, el letrado victorioso en cabeza, los vecinos a la cola, y alisándole los fondillos de la túnica, a la zaga, el carnicero, el cual gritó:

—¡El señor de la casa está de vuelta!

La madre salió a recibirlo, dando gracias al cielo de verlo sano y cuerdo, y como anunciara que los emisarios ya se habían ido, gratificados con las sartas de sapecas que el carnicero trajera, Fan Jin le hizo una reverencia y agradeció al suegro, a lo que éste respondió, no sin embarazo: «Esos dineros no eran nada.» Agradeció también Fan Jin a los vecinos, y estaba por sentarse a descansar, cuando un apuesto criado, portador de una gran esquela encarnada,[87] entró y anunció: «El señor Zhang viene a presentar sus respetos al nuevo graduado provincial, el señor Fan.»

---

[87] *Hong quantie*, «tarjeta encarnada completa», empleada en señal de respeto y obtenida plegando en diez, en forma de librillo, la «tarjeta sencilla» (*dantie*) usada en ocasiones ordinarias.

Y ya la silla de manos estaba a la puerta, el carnicero Hu encerrado en el cuarto de su hija, y los vecinos dispersos en todas las direcciones, cuando Fan Jin salió a recibir al notable visitante, que había aligerado de la silla y entraba, embutido en su bonete oficial de crespón, la túnica[88] de color girasol, el ceñidor dorado y las botas negras, vestidura que no desdecía en la persona de Zhang Jingzhai, graduado provincial y otrora magistrado. Una vez dentro, los dos letrados se cedieron el paso, e inclinándose el uno ante el otro, tomaron asiento como corresponde a visitante y visitado, sazón en que el señor Zhang tomó la palabra:

—Vivimos en el mismo distrito,[89] señor, mas este vuestro amigo de familia[90] nunca ha podido venir a visitaros.

—Tiempo ha que este menor sabe de vuestra fama, pero aún no ha tenido ocasión de presentaros sus respetos.

—Acabo de ver la lista de aprobados y he observado que el señor Tang, magistrado de Gaoyao, ayudante del examinador y por tanto maestro vuestro, fue discípulo de mi difunto abuelo. Tratémonos, pues, como parientes.

—Vuestro menor no era merecedor del aprobado —dijo Fan Jin—, pero me honra ser pupilo de un conocido de nuestra familia.

—En verdad sois frugal, señor —dijo Zhang Jingzhai, recorriendo el cuarto con la mirada. Y pidiendo al punto a un criado le diese un envoltorio sellado que traía, prosiguió:

—Apenas con cincuenta onzas de plata, que os ruego aceptéis, me presento a saludaros. Excusadme si os digo que vuestra honorable casa no os conviene, pues malamente podréis recibir en ella; vuestro hermano menor tiene una vacía en la calle principal, cabe la puerta de Oriente, con tres patios de a tres cuartos cada uno, no amplia, pero sí limpia, que os ofrece por mor de vuestras enseñanzas.

Fan Jin rechazó la oferta una y otra vez, pero el señor Zhang no cejaba en su empeño. Decía:

—Habríamos de ser como hermanos, teniendo tantas cosas en común; rechazando mi ofrecimiento me tratáis como a forastero.

Con que al cabo Fan Jin vino en aceptar la plata y el ofrecimiento, dando por ello las gracias. Un rato más estuvieron de plática, hasta que el visitante partió con una reverencia. El carnicero Hu salió de su escondrijo no bien viera su silla vacía.

Fan Jin dio el envoltorio sellado a su mujer, quien lo abrió, admirándose todos de los rieles blancos como la nieve, surcados de bellas filigranas, que contenía; con ello, el letrado llamó al carnicero, y alargándole dos lingotes, dijo:

—Hace un rato molestamos al señor suegro pidiéndole cinco sartas de sapecas; acepte ahora v. md. estas seis onzas de plata.

—Guárdalo —dijo el carnicero, tomando la plata y devolviéndola al punto—, que esos dineros eran mis parabienes. ¿Cómo habría de embolsarlos?

—Aquí hay más onzas —dijo Fan Jin—, ya pediré al suegro cuando se hayan gastado.

—Está bien —dijo el carnicero, guardando la plata en la escarcela—. Ahora que estás en buenos términos con este señor Zhang, pierde cuidado de quedar sin fondos,

---

[88] *Yuanling*, «[túnica de] cuello redondo», túnica oficial que vestían los funcionarios de la dinastía Ming, con bordados y dibujos en el pecho y la espalda que revelaban el grado del que las llevaba.

[89] *Tong zai sangzi*, «[vivimos] juntos al lado de las moreras y las catalpas», «vivimos en el mismo pueblo», «somos convecinos». Era costumbre de la antigüedad plantar junto a la casa moreras (*sang*) para criar gusanos de seda y catalpas (*zi*) para fabricar utensilios, árboles cuyos nombres pasaron a ser sinónimo de «pueblo» o «aldea».

[90] *Shi xiansheng*: fórmula empleada para uno mismo al dirigirse a alguien de su misma generación unido por amistad familiar antigua (y, por derivación, por lazos de vecindad, como aquí es el caso).

que su familia tiene más plata que el Emperador y son los que a mí más me compran, pues cada año, aun sin ocasión para celebrar, se me llevan cuatro o cinco mil libras de carne. La plata no es nada para él. El bribón de tu hermano —dijo luego, volviéndose hacia la hija—, no quería dejarme traer el dinero esta mañana, pero yo le dije: «Ahora mi honorable yerno no es el mismo de antes, que las gentes se pelearán por obsequiarlo con dineros, y ya me diera por contento con que no rechace mi presente.» ¿Tenía yo razón o no? ¡Cuando llegue con esta plata a casa, me va a oír ese esclavo sin cabeza, que corta vida le den!

Y mil veces dio las gracias el suegro, partiendo al cabo, la cabeza gacha y amplia la sonrisa en el rostro.

Y en verdad, muchos vinieron a ver a Fan Jin después de aquello. Unos le obsequiaban tierras, otros boticas, y otros, los venidos a menos, llegaban a pares y ofrecían entrar a su servicio a cambio de amparo. En dos o tres meses tenía el letrado criados y criadas, y grano y dinero a costales.

Pues como el señor Zhang lo siguiera apremiando, al fin se avino en mudarse a su casa, donde pasó tres días seguidos agasajando huéspedes con banquetes y funciones de ópera. En la mañana del cuarto, apenas levantada y desayunada, la madre se llegó a los aposentos del tercer patio, donde la mujer de Fan Jin, el pelo recogido con un alfiler de plata y el cuerpo cubierto de sobretodo celeste y falda verde, ambos de seda por el mucho calor que aún hacía a mediados del mes décimo, daba órdenes a las doncellas, ocupadas a la sazón en lavar tazones, copas, fuentes y palillos.

—Poned mucho cuidado —aconsejó la madre a las doncellas—, que estas cosas no son nuestras, no las quebréis.

—¿Cómo decís que no son nuestras? —dijo la nuera—. ¿Acaso no son todas nuestras?

—No, no son nuestras —porfiaba la madre con una sonrisa—. ¿De dónde vamos a tener nosotros estas cosas?

—Sí lo son, señora —dijeron las doncellas—. Y no solamente estas cosas, que también son de la señora la casa y todas nosotras.

Oyéndolo la señora, tomó en sus manos los tazones y las fuentes de fina porcelana y las copas y los palillos engastados en plata; y examinando todo muy por menudo, rompió a reír con todas sus fuerzas y gritó:

—¡Todo es mío!

Y en medio de las risas se le aflojaron las piernas y cayó sin sentido.

Y debido a ello,

Un graduado provincial
Oficia de paniaguado.[91]
Un licenciado[92] *entrometido*
Acaba siendo enjuiciado.

---

[91] *Da qiufeng*, «recolectar vientos de otoño», sacar provecho de los ricos o poderosos recurriendo a alguna excusa (felicitación, etc.) o a algún tipo de relación con ellos. El que se dedicaba a tal actividad era conocido por *qiufeng ke*, «profesional del viento de otoño» («chupón», diríase en español coloquial de la Península). La expresión procede, posiblemente, de la cuasi homófona *da choufeng*, «sacar provecho de los ricos».

[92] *Gongsheng*, licenciado recomendado en el Colegio Imperial, escogido entre los licenciados comunes. Había seis clases: «anual» (*suigong*), propuesto cada año sin pasar examen; «de gracia» (*engong*), elegido por favor imperial; «emérito» (*gonggong*), seleccionado por sus méritos en la milicia; «adjunto» (*fugong*), escogido en el examen anexo al provincial; «excelso» (*yougong*), propuesto cada tres años por el comisario de estudios, previo examen; y «selecto» (*bagong*), con categoría ligeramente superior a los anteriores, elegido por examen cada doce años.

Mas para saber qué fue de la anciana señora, tendrás que leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO IV

UN OFICIANTE DE DIFUNTOS ES LLEVADO A JUICIO; UN NOTABLE EMPRESTILLADOR SE VE EN APUROS

De que se vio la anciana señora dueña de cuanto había en la casa, sintió tan grande dicha, que la flema le embotó el entendimiento y cayó sin sentido al suelo. En medio de gran barullo corrieron las criadas de la casa y también la nuera a avisar al señor, y el graduado Fan llegó desalado; mas como la madre no contestaba a sus llamadas, al fin la tendieron en el lecho y fueron a llamar al doctor.

—Los órganos vitales de la anciana señora están afectos, y no hay cura —dijo el doctor.

No contento con ello, el graduado Fan hizo venir a más médicos; pero como el dictamen fuera el mismo, llorando desesperado se puso a velar a la madre en compañía de su mujer, dando al cabo las órdenes para aprestar el funeral. Al atardecer, la anciana señora murió. Los pobladores de la casa no descansaron en toda la noche.

Al otro día se llamó al señor Xu el Agorero[93] para ajustar los septenarios,[94] y como éste viera que había falta en el tercero, resolvió iniciar los servicios religiosos al cabo de veintiún días, al abrirse la tercera setena. Borlas de blanca tela colgaban de la puerta delantera, de blanco papel quedaron recubiertos los nuevos lienzos de la sala. Y como no hubo notable que no llegara a dar el pésame, el graduado Fan pidió a su condiscípulo Wei Haogu se pusiera buenas ropas y recibiese a los visitantes en la antesala, mientras el carnicero Hu, que no se creía con calidad para estar entre tanto huésped distinguido, se entretenía merodeando por la cocina o el cuarto de su hija, o ayudando a medir el paño y a pesar la carne.

Pasado el segundo septenario, el graduado Fan dio unas onzas de plata al suegro y le dijo de llegarse al templo que había en el mercado, con recado de pedir al monje despachase a su casa los ocho frailes del monasterio para recitar las escrituras búdicas, hacer ceremonias penitenciales y entonar cánticos nocturnos por el alma de su madre. El carnicero cogió el dinero y derecho marchó a ver al monje Teng, encontrándolo con Huimin, el prefecto de los frailes[95] del monasterio, que tenía por allí unas tierras y de cuando en cuando se dejaba caer por el templo. El monje ofreció asiento al carnicero Hu y dijo:

—El señor Fan cayó enfermo delante del templo apenas aprobar el examen, pero ese día yo andaba fuera y nada pude hacer por él. Por fortuna estaba allí el señor Chen, el vendedor de remedios, que hizo té y me sustituyó en los honores.

—Sí —dijo el carnicero Hu—, que yo también usé de su ungüento, y mucho se lo agradezco. ¿No anda hoy por aquí?

—Hoy no ha venido —contestó el monje Teng—. El señor Fan se recobró de su mal, pero ninguno esperaba la desgracia de la anciana señora. Habrá estado v. md. muy ocupado estos días, señor Hu, pues no lo hemos visto por el mercado.

---

[93] *Yinyang sheng*, señor o «maestro del *yinyang*», adivino al que se recurría para escoger día fausto para los entierros y bodas y fijar la posición de las tumbas, entre otras cosas.

[94] *Qidan*, «septenarios», cada período de siete días en que se dividían los cuarenta y nueve que duraban los funerales, en los que se celebraba una ofrenda fúnebre.

[95] *Sengguan*, «prefecto de los monjes», monje budista encargado de los asuntos religiosos de cada localidad en las dinastías Ming y Qing.

—Así es, que desde que murió mi consuegra, por casa se aparece toda la nobleza del lugar. De los recibimientos se cuidan mis parroquianos los honorables señores Zhang y Zhou, que allá conmigo andan el santo día sentados, sin cosa que hacer que no sea platicar, comer y beber. Pues si llega un visitante, allá voy yo y le hago reverencia y lo recibo, y en verdad ya me pesa, que un servidor es hombre sencillo y no tiene paciencia para eso, y bien gustara de quitarme de en medio; y si no lo hago no es por mi yerno, que se me da un pepino, sino porque todos esos señorones lo verían con malos ojos y dirían: «¿De qué aprovechan parientes como éste?»

Dicho esto, anunció que su yerno quería hacer los oficios, y como remachase que en ellos no faltaría la comida, el monje se desbebió piernas abajo y corrió a servir té y a aderezar unos fideos, pidiendo al rato al prefecto, en presencia del carnicero, avisara a los demás frailes y aparejase incienso y velas, caballitos de papel,[96] deprecaciones y cuanto fuere menester.

Despachados los fideos, el carnicero Hu partió. El prefecto, por su lado, cogió la plata y tomó la derrota de la ciudad; mas apenas recorridos unos centenares de pasos, oyó que atrás decían: «Prefecto Huimin, que ya no viene a nuestra aldea», y al volverse vio que no era otro que He Meizhi, el rentero de sus tierras.

—Muy ocupado parece estar v. md. estos días —dijo He Meizhi—, para no dejarse caer por la casa.

—Y bien que gustara de ir —respondió el prefecto—. Pero el señor Zhang, de la ciudad, quiere comprar esas tierras que hay detrás de mi casa, y las quiere regaladas, que ya he tenido que atajarlo varias veces; y si voy a la aldea, sus colonos andarán todo el día buscándome las vueltas, mientras que si envía a sus hombres al monasterio, siempre puedo decir que he salido.

—Eso no le hace —dijo He Meizhi—, pues, pensar, que piense lo que le venga en gana, que la palabra postrera es la de v. md. Hoy no está atareado; venga a la aldea a platicar, que el medio jamón que v. md. aderezó ha poco está colgado de la cocina, ya curado, y el vino en sazón, aguardando que los decenten. Quédese v. md. a dormir esta noche. ¿De qué tiene miedo?

Y no parecía tenerlo el prefecto, pues la boca se le hizo agua y las piernas le echaron a andar sin advertirlo, llegando en un punto a la aldea, donde He Meizhi mandó a la mujer matar un pollo, trocear el jamón y escalfar el vino. Acalorado de la caminata, el prefecto tomó asiento en el patio, desalforjándose, y era linda cosa verlo con la tripa al aire y la cara tostada, reluciente de grasa. A poco, aderezada la comida, He Meizhi fue a buscar unos platillos, y su mujer sacó el vino y lo puso a un extremo de la mesa, ocupando el prefecto el lugar principal, ella el más bajo y el marido a un costado, para escanciar. Y ya que comían, como el prefecto anunciara que en unos días habría de ir a la casa del señor Fan a hacer ofrendas por el alma de la madre, la mujer dijo:

—A la madre del señor Fan la conozco de que yo era niña, y en verdad se hacía querer; pero, ¿y la zarrapastrosa de la nuera, que cuando vivía por acá andaba siempre con el pelo mugroso y los ojos enrojecidos, sin un mal par de zapatos con que cubrirse los pies, arrastrando todo el verano las sandalias de paja? Pues cualquiera se digna mirarla ahora, enfundada en pieles y hecha toda una dama.

De tal manera disfrutaban del almuerzo, cuando oyeron golpear con violencia la puerta.

—¿Quién es? —preguntó He Meizhi.

—Id a ver, Meizhi —le dijo el prefecto.

---

[96] *Zhima*, «caballos de papel» quemados ante el ataúd en honor y por la buena acogida del alma del difunto, al igual que las deprecaciones o fórmulas propiciatorias presentadas en papel amarillo y otras ofrendas.

Mas no bien hubo abierto la puerta, siete u ocho hombres irrumpieron a porfía en la casa, y viendo al prefecto y a la mujer juntos en la misma mesa, dijeron:

—¡Qué fiesta, un monje galanteando a una mujer a plena luz del día! ¡Vaya prefecto de los monjes, que predica con el ejemplo!

—¡Basta de sandeces, que éste es mi patrón! —gritó He Meizhi.

—¿Tu patrón? ¿No le basta con ser el patrón de tus tierras, que también quiere ser el patrón de tu mujer?

Y sin reparar en protestas, sacaron una soga de cáñamo, y atando juntos al prefecto y a la mujer, los colgaron de una pértiga y con harto trabajo los llevaron, en compañía de He Meizhi, al tablado del templo del Dios de la Guerra frontero de la audiencia, a la espera de que el magistrado saliera para ponerlo en autos. Y aunque He Meizhi fue expulsado con viento fresco, el prefecto pudo decirle en un suspiro que se llegase a casa del señor Fan para darle razón de lo que pasaba.

En teniendo noticia de ello, el graduado provincial Fan, temeroso que el arresto del prefecto pudiese retrasar los oficios por su madre, escribió al punto una carta al magistrado, y éste despachó un alguacil con órdenes de soltar al religioso y a la mujer y hacer comparecer al otro día en la audiencia a los hombres que los habían acusado. Los hombres tuvieron miedo y pidieron al notable Zhang de interceder por ellos ante el magistrado; y al día siguiente, al juzgar el caso, éste solamente los amonestó, y con unas naderías que les dijo los echó de la audiencia. En suma, que ninguno devolvió al prefecto de los monjes ni a los renteros del señor Zhang las buenas docenas de onzas que emplearon en cohechar a los oficiales de la audiencia.

El prefecto asomó por la casa del señor Fan para darle las gracias, y al otro día se apareció con los demás monjes, aprestando entre todos el altar, sobre el que colocaron una imagen de Buda, flanqueada de un par del Rey de los Diez Infiernos.[97] Comido que hubieron unos fideos, tañeron los címbalos y entonaron sus melopeas, sentándose para almorzar. Y sentados seguían ante un par de esterillas los ocho monjes, amén de Wei Haogu, que oficiaba de recibiente, cuando un criado anunció que habían llegado visitantes, con que éste dejó su tazón y salió a recibir; y viendo que no eran otros que los notables Zhang y Zhou, ataviados con sombreros de ceremonia, túnicas de color claro y botas negras de suela blanca, los condujo ante el altar, donde se arrodillaron, entrando al cabo.

—Ése que acaba de entrar es el señor Zhang Jingzhai —dijo un monje al prefecto—. Deberíais saludar, que sus tierras son colindantes con las vuestras.

—¡Pues bueno es el señor Zhang! —respondió el prefecto—. Sabed que el enredo en que me vi el otro día no fue obra de rufianes, no, antes de sus propios renteros, que vinieron a arreglarme las cuentas por mandamiento suyo, con afán de sacarme los cuartos y forzarme a vender las tierras traseras de mi casa; pero salió perdiendo, con todas sus trapacerías, porque el magistrado mandó apalear a sus renteros y él, muy espantado, se presentó con su esquela y el rabo entre las piernas para pedir que los soltasen, a lo que el magistrado se avino de mala gana. ¡Buenas son sus artes! Ahí está, por poner un ejemplo, lo que hizo con una sobrina suya hija del señor Zhou el Tercero, el que fue magistrado del distrito de Chao; pues los padres me encomendaron buscar marido a la muchacha, y yo hablé con los Feng, de la aldea de acá al lado, familia rica donde las haya; pero al señor Zhang se le metió entre ceja y ceja darle la muchacha al

---

[97] *Shi dian* Yan *jun*, el «soberano Yama de las diez cortes de justicia», el rey de las regiones infernales, representado por lo general, en la imaginería popular, con rostro verde, vestiduras rojas, una corona sobre la cabeza y un bastón en la mano, y sentado sobre un búfalo. Las diez cortes de justicia del infierno budista (y por derivación del taoísta), en las que se administran diferentes tipos de castigos, están a su vez presididas por sendos reyes o jueces.

pobreto del señorito Wei sólo porque había pasado el examen y, según se decía, se le daba muy bien eso de escribir versos. Eso es lo que se decía, porque hace unos días escribió una plegaria por la madre del señor Fan, y cuando la enseñé por ahí me dijeron que había tres caracteres mal escritos. ¡Qué vergüenza! Pronto se casa la segunda hija; ¡sabe el cielo qué marido le habrán buscado!

En esto oyeron pasos los frailes, y le hicieron al prefecto ademán de callar: eran los dos notables, que saludaron juntando las manos y fueron despedidos a las puertas por el señorito Wei, el recibiente. Despachada la comida, los frailes se lavaron la cara y las manos, y con ello tocaron trompetas y címbalos, veneraron, penitenciaron, quemaron incienso, encendieron cirios, aventaron arroz, esparcieron flores y patearon los cinco puntos cardinales.[98]

Fugaz pasó el tiempo. En un chascar de dedos quedaron atrás los siete septenarios, y el graduado Fan los culminó pagando visita a cuantos le habían dado el pésame.

Un día, cayendo por su casa Zhang Jingzhai, el graduado Fan ordenó hacerlo pasar a una pequeña biblioteca, frente a la cual estaba el ataúd, y a poco salió a saludar vestido de riguroso luto,[99] agradeciéndole la asistencia que le había prestado durante los funerales.

—Los parientes están para eso, y era mi deber ayudaros en los funerales de vuestra señora madre —respondió Zhang Jingzhai—, cuya larga vida prueba que ha ido contenta a los cielos. Mas todo esto embaraza vuestros exámenes. ¿Habíais puesto ya fecha para el entierro en el cementerio familiar?

—Este año no es propicio —dijo el graduado Fan—. Habrá que esperar al otoño que viene, y no sé si para entonces tenga dinero.

Y contando con los dedos, el señor Zhang pensó para sí: «Para la banderola fúnebre se puede usar el título del comisario Zhou; el amigo Wei bien podría escribir el epitafio,[100] aunque, ¿en nombre de quién? Luego están los sufragios, los banquetes, los músicos, los servidores y todo los demás, amén de comida para los enterradores y los geománticos,[101] y sus gajes, más de trescientas onzas de plata en todo.» Y de tal guisa seguía haciendo sus cuentas, cuando sirvieron la comida, en la cual aprovechó para sacar otra vez a colación el caso:

—Cierto que lo propio es guardar luto por tres años; pero a cuenta de las costas de las exequias está justificado el que hagáis por recolectar algunos dineros, que no hay por qué ser tan escrupuloso. Desde vuestro gran triunfo aún no habéis ido a visitar a vuestro maestro, y el distrito de Gaoyao es muy rico. Yo también quiero visitar al honorable maestro, y quizá podamos reunir allí algunos dineros. ¿Qué, no vamos juntos? Desentendeos de todo, que yo me ocupo de las costas del viaje.

—Sois muy benévolo —respondió el graduado Fan—; mas no sé si será lo más correcto.

—Lo más correcto varía con las circunstancias. No veo por qué no podéis ir.

---

[98] *Wu fang*, las «cinco direcciones»: este, sur, oeste, norte y centro.

[99] *Cuidie*, vestidura talar de cáñamo (*cui*) llevada para guardar luto por los padres, complementada con gorro de cáñamo y cinto de cáñamo (*die*).

[100] *Muzhi*, epitafio que solía ser encargado a los notables del lugar, y cuya composición o talla revestía gran solemnidad. El nombre del autor, que figuraba al final, era a veces sustituido por el de algún personaje conocido.

[101] *Fengshui*, los que se dedican a «vientos y aguas», uno de los nombres (con *dili* y *kanyu*) de la geomancia, disciplina que estudiaba el emplazamiento de viviendas, tumbas, la dirección de las aguas y los vientos y otros accidentes de la naturaleza con el fin de propiciar el destino de familias, comunidades o individuos. Los capítulos XLIV y XLV ofrecen un panorama más detallado de este arte.

Y volvió a dar las gracias el graduado Fan, fijando Zhang Jingzhai fecha para el viaje. Llegada ésta, arrendaron caballos y servidores y partieron para el distrito de Gaoyao, disponiendo en el camino: lo primero y principal, visitar al maestro, y lo segundo, conseguir autorización para rubricar con su nombre el epitafio. Y entre estas y otras pláticas, a las pocas jornadas ya estaban en la ciudad de Gaoyao.

Ese día, sin embargo, el magistrado había salido al campo a hacer unos oimientos, y no pudiendo esperarlo en la residencia, entraron en un templo cercano, donde tomaron asiento. Estaba en reparación la nave central, y gobernando los trabajos el alarife del distrito, el cual, oyendo que habían llegado unos amigos del magistrado, los hizo pasar al punto a la sala de huéspedes y les ofreció té, que él mismo escanció, y nueve platillos para acompañar.

En esto, asomó uno de a bonete, túnica de vuelo, botas negras de suelas blancas, ojos de avispa, nariz respingona y barba, el cual, ordenando a sus sirvientes quitar de la mesa la vajilla de té, saludó, tomó asiento, preguntó las gracias y se presentó:

—Un servidor se llama Yan Zhizhong y tiene su humilde morada aquí al lado. El año pasado tuve la fortuna de ser recomendado a la Corte por el comisario de estudios.[102] Soy muy buen amigo del magistrado Tang. Sin duda, v. mds. son compañeros de promoción y viejos amigos de él.

Fan Jin y el señor Zhang mencionaron la relación que los unía con el magistrado, y el licenciado Yan pareció quedar harto admirado. Al rato, el maestro de obras se excusó y partió, y un servidor del licenciado trajo una botija de vino, que puso en la mesa, y una cantina, de la que sacó nueve fuentes de pollo, pato, pescado en salazón, jamón y otras gollerías. El licenciado les ofreció el sitio de honor, y mientras servía la bebida dijo:

—Tendría que haberlos agasajado en mi humilde casa, mas no es digna de v. mds. y además no quise demorarlos, ya que de aquí a un rato tendrán que ir a la audiencia; de manera que los convido con este pobre almuerzo, con que podremos disfrutar de unos momentos de plática. No lo tomen a mal v. mds.

—Nunca os hemos presentado respetos, y a pesar de ello estamos aceptando vuestra hospitalidad —dijeron los dos graduados, tomando los cuencos de vino que el otro les alargaba.

—El honor es para mí —respondió el licenciado Yan.

Y se tuvo de pie aguardando a que vaciasen los cuencos, aunque Fan Jin y el señor Zhang apuraron solamente medio, no fuera que se les subiesen los colores, volviéndolos a dejar sobre la mesa.

—El magistrado Tang es muy amable y benevolente —dijo en eso el licenciado Yan—, una verdadera bendición para el distrito.

—Sí, a fe que nuestro honorable amigo sabrá hacer gala de su buen gobierno —ponderó Zhang Jinzhai.

—Señores —prosiguió el licenciado Yan—, la vida humana sigue los designios del destino, que ninguno puede alterar. El día en que el magistrado Tang llegó aquí, los nobles del lugar erigieron una muy buena cabaña a una legua de la ciudad para recibirlo, y un servidor aguardó a su puerta. Por delante de ella desfilaron portadores de batintines, estandartes, palios, abanicos y clarines y servidores, y al aparecer el magistrado en su silla de manos, de lejos distinguí sus cejas arqueadas, su nariz prominente, su cara cuadrada y sus grandes orejas, y ya supe que era gobernante bondadoso y pacífico.[103]

---

[102] El licenciado Yan pertenece al grupo de los «recomendados anuales», elegidos cada año por el comisario de estudios.

[103] *Kaiti junzi*: expresión tomada del *Libro de las odas* (poesía número 251): «Bondadoso y pacífico soberano, sois padre y madre del pueblo.» Es lisonja del licenciado Yan.

Lo sorprendente fue que, con haber allí docenas de gentes para recibirlo, él sólo tenía ojos para un servidor. Un amigo que había allí a mi lado no hacía más que mirarlo a él y luego a mí, y al rato me preguntó en un susurro: «¿Conocéis al magistrado?» Yo contesté con toda honradez: «No.» Y el muy cretino creyó que el magistrado lo estaba mirando a él, y no a mí, y se acercó unos pasos, aguardando que le dijese quién sabe qué; pero el magistrado bajó de la silla y nos saludó a todos, y como miraba a otro lado, al fin el amigo se dio cuenta de que no lo miraba a él, quedando muy corrido. Pues al otro día acudí a la audiencia a saludar, y aunque el magistrado acababa de volver de la escuela[104] y tenía muchos negocios que despachar, los dejó a un lado y me convidó a entrar. Dos veces me ofreció té, y era como si nos conociéramos de decenas de años.

—Hombre de muchas prendas habréis de ser, para que nuestro honorable amigo os profese tanto respeto —dijo el señor Zhang—. Sin duda, os habrá pedido consejo en más de una ocasión.

—Estos últimos tiempos no he ido mucho por su residencia —dijo el licenciado Yan—, mas no les oculto que soy persona honesta, y si todos los magistrados me aprecian, es porque no sabría estafar a los aldeanos dos dedos de seda o media ración de grano. De manera que, aunque el magistrado Tang no gusta de visitas, entre él y yo hay muy buen entendimiento. Así, en los exámenes distritales del mes pasado, mi hijo salió el décimo, y el magistrado lo mandó llamar, le preguntó por menudo quién era su tutor y si estaba ya comprometido en casamiento, y tomó gran interés en él.

—Mi maestro tiene muy buen ojo para las composiciones —dijo el graduado Fan—, y si alabó el examen, de seguro es porque vuestro hijo posee verdadero talento y merece el elogio.

—No es para tanto —agradeció el licenciado Yan—. Mas no todo es bueno; pues con ser Gaoyao uno de los distritos más pujantes de Guangdong, que en un año las rentas de grano, flores, ropa, bueyes, burros, pescado, embarcaciones, tierras, casas y otros títulos no bajan de las diez mil onzas de plata, dicen —susurró el licenciado, trazando en la mesa figuras con un dedo— que el magistrado Tang no saca más de ocho mil onzas, en tanto el magistrado Pan, el de antes, no se llevaba menos de las diez mil. Y aun para otras cosas se servía de nosotros, las gentes importantes del lugar.

Y para asegurarse que ninguno escuchaba, volvió la vista a la puerta, entrando en eso un criadillo desgreñado y descalzo, que le dijo:

—Señor, lo llaman de casa.

—¿Para qué? —preguntó el licenciado.

—Ha venido ese hombre a preguntar por el puerco que encerramos esta mañana, y está riñendo con todo el mundo.

—Si quiere el puerco, que lo pague.

—Dice que es suyo.

—Está bien —dijo el licenciado—. Ve para allá, que en un rato llego.

Mas como el muchacho no quería volver sin él, los dos graduados le dijeron:

—Volved, si tenéis que hacer en casa, no cuidéis de nosotros.

—Quizá v. ms. no lo adviertan, pero ese puerco es mío.

Apenas dicho esto, oyeron tañer de címbalos, y levantándose a la vez, comentaron: «El magistrado está de vuelta.» Con que los dos graduados atildaron bonetes y ropas, y mandando por delante a un criado con sus esquelas, agradecieron al licenciado Yan y fueron derechos a la audiencia. El magistrado Tang leyó las esquelas, que decían: «Vuestro sobrino Zhang Jingzhai» y «Vuestro discípulo Fan Jin», y se dijo entre sí: «El amigo Zhang ya ha venido hartas veces a pedirme dinero, y no hay quien lo

[104] *Xia xue*, «volver de la escuela» del distrito, a la que acudía el magistrado el día siguiente al de su toma de posesión para honrar a Confucio y dar clase magistral a los licenciados.

sufra, pero hoy anda con ese alumno mío recién aprobado, y no está bien que lo mande a paseo.» Y ordenó que los hicieran pasar.

Zhang Jingzhai lo saludó el primero, y luego Fan Jin se adelantó y le rindió pleitesía como a maestro, cumplido que el magistrado Tang rechazó con modestia, ofreciendo asiento y té. Y hablado que hubo unas palabras con Zhang Jingzhai, elogió la composición de Fan Jin y le preguntó:

—¿Por qué no os habéis presentado al examen metropolitano?

—Mi madre ha fallecido y estoy de luto[105] —contestó Fan Jin.

Mucho se sobresaltó el magistrado al oírlo, y al punto le ordenó que se mudase de ropa.[106] Con ello, los hizo pasar a la sala posterior, donde sirvieron el vino y la comida, compuesta de nidos de golondrina, pollo y pato, amén de otros dos platillos, uno de calamares y otro de calabaza amarga, manjares muy al uso de la provincia de Guangdong. Vio el magistrado que Fan Jin dudaba en usar los vasos y los palillos, repujados en plata, y no sabía qué pensar, pero Zhang Jingzhai le dijo con una sonrisa:

—El señor está de luto y no cree apropiado usar estos vasos y palillos.

Y al punto trajeron un vaso de porcelana y palillos de marfil; pero como Fan Jin seguía sin probar bocado, Zhang Jingzhai dijo: «Tampoco quiere usar estos palillos», y al fin se los dieron corrientes, de caña, lo que resolvió el apuro. Viendo cuán estricto era Fan Jin con el luto, el magistrado Tang temía que tampoco probase el pescado, la carne y el vino, y no tenía otra cosa aderezada; pero con gran alivio lo vio tomar del tazón de nido de golondrina una cabeza de camarón,[107] que se llevó a la boca.

—Excusad la ofensa —dijo el magistrado Tang—. Nosotros los mahometanos no usamos de buenas viandas, solamente platillos como éstos para matar el hambre, pues la sola carne que nuestra religión nos permite comer, la de buey y oveja, no la ofrecemos a los convidados por temor a que les disguste. Y para mayor desdicha, acaba de salir un decreto imperial que prohíbe el sacrificio de los bueyes de labranza, cuyas provisiones son tan severas, que ya ni en las audiencias podemos comer su carne.

Y diciendo esto, mandó traer un candil y dio a leer el decreto a los convidados, momento en que un criado flaquísimo le murmuró al oído algo que le hizo levantar y pedir excusas:

—Me traen un memorial; al punto vuelvo.

Al rato le oyeron decir: «Ponedlo aquí»; y pasado apenas un momento se sentó a la mesa, volviendo a disculparse, y preguntó a Zhang Jingzhai:

—Amigo Zhang, vos habéis ocupado puestos oficiales y quisiera conocer vuestro parecer sobre la prohibición de vender carne de buey. Pues acaba de venir un anciano maestro con cincuenta libras de buey, mandado de mis cofrades, para decirme que si prohíbo la venta de carne ellos quedarán sin sus negocios, y me piden abra un poco la mano. Quieren que burle a los de arriba y me hermane con los de abajo, como dicen, y para ello me mandan cincuenta libras de carne. ¿Debo aceptarla?

---

[105] *Zun zhi ding you*, lit. «acato las normas relativas al duelo por la defunción de los padres», «guardo luto». Durante los veintisiete meses que duraba el luto por los padres, los hijos no podían acceder al funcionariado (si ya eran funcionarios debían volver a casa), ni participar en exámenes, ni celebrar convites de boda, entre otros preceptos.

[106] *Mang jiao huan qule jifu*, «le ordenó que se quitase de inmediato la túnica para acontecimientos faustos». Los discípulos debían llevar «vestiduras propiciatorias» (*jifu*: las empleadas en ceremonias, visitas oficiales y otros acontecimientos propicios) al visitar al maestro, en señal de respeto. Fan Jin no iba de luto, a pesar de hallarse en los plazos preceptivos; de ahí el sobresalto del magistrado.

[107] Gesto de doble significado, pues por un lado Fan Jin quebranta el ayuno de carne y pescado que exige el luto, y por otro revela su ambición de llegar a los más altos honores en los exámenes, ya que el camarón representa al dragón, y éste, a su vez, a los aprobados en los exámenes superiores.

—Yo diría que no, señor tío —contestó Zhang Jingzhai—, pues nosotros los oficiales debemos obediencia al Emperador, y no a los hermanos de religión. Eso me recuerda el caso del señor Liu, en tiempos de Hongwu.[108]

—¿Qué señor Liu? —preguntó el magistrado.

—Liu Ji, el que salió quinto en el examen de palacio del año tercero de Hongwu, cuando pusieron por sujeto las tres frases que empiezan con «Si el Imperio está bien gobernado».[109]

—¿No salió tercero? —preguntó Fan Jin.

—Salió quinto, que yo leí su composición —dijo Zhang Jingzhai—, y luego ingresó en la Academia Hanlin.[110] Pues un día apareció el Emperador de tapadillo en su casa, emulando aquella historia en que el soberano se presenta en casa del ministro una noche de nieves,[111] y como ese mismo día Liu Ji había recibido un cántaro de legumbres enviado por el príncipe Zhang de Jiangnan,[112] le dio por abrirlo en presencia del emperador, el cual, viendo que contenía pepitas de oro, se enojó mucho y dijo: «Cree él, pues, que todas las cuestiones del Imperio están en manos de vosotros, los letrados.» Y al otro día degradó al señor Liu a magistrado de Qingtian y mandó que lo envenenasen.[113] ¿Cómo vais a aceptar la carne?

Trataba el señor Zhang los acontecimientos dinásticos con tanta soltura y conocimiento, que el magistrado no podía dejar de creerle. Al cabo preguntó:

—¿Cómo arreglo este negocio, pues?

—Según mi humilde parecer, este hecho puede acrecentar vuestra fama si hacéis lo que os digo: hospedad aquí al viejo esta noche, y ordenad mañana en la audiencia matinal que le den unas docenas de palos; encajadle la canga, y encima la carne, y a su lado un rótulo que indique su delito;. Pues cuando vuestros superiores vean que con vos no valen cohechos, tendréis asegurado el ascenso.

—Decís bien —convino el magistrado, moviendo la cabeza.

---

[108] Se refiere a Liu Ji o Liu Bowen (1311-1375), famoso estratega, político y literato, aprobado como graduado de palacio el primer año de la era Yuantong (1333), a finales de la dinastía Yuan (y no el tercer año de la era Hongwu [1370], ya en la dinastía Ming, como señala Zhang Jingzhai). Con el advenimiento de la nueva dinastía pasó a ser asesor del emperador, aunque éste más tarde le retiró su confianza a causa de las intrigas de otro de sus asesores. No es cierto, por tanto, que ingresara en la Academia Hanlin y fuera degradado a magistrado, como dice a continuación Zhang Jingzhai en un alarde de pedantería. El mismo personaje es mencionado con el apelativo de «Señor de Qingtian» en el cap. LXIV.

[109] *Tianxia you dao*: Primeras palabras del párrafo de las *Analectas* de Confucio (XII: «Ji shi») elegido como tema para el examen metropolitano celebrado el año III de Hongwu (1370).

[110] *Ru le* Hanlin, «ingresó en la academia Hanlin», la academia o instituto del «bosque de los pinceles». Los graduados de palacio de la primera clase pasaban automáticamente a ocupar en ella los puestos de editor (*xiuzhuan*) y compilador (*bianxiu*), y los mejores de la segunda clase también podían ocupar otros empleos menos importantes. Entre los fines de la Academia estaba el de compilar y redactar la historia oficial. La mayoría de los ministros y presidentes de examen procedían de esta institución.

[111] *Xueye fang* Pu, «en noche de nieves visitó a [Zhao] Pu». Se refiere a la visita que Zhao Kuangying (r. 960-975), primer emperador de la dinastía Song, realizó de incógnito una noche que nevaba a la casa de su ministro Zhao Pu para discutir asuntos del imperio.

[112] Jiangnan Zhang *wang*: Se refiere a Zhang Shicheng, quien ocupó la región de Jiangnan a finales de la dinastía Yuan y se proclamó príncipe de Wu, siendo derrotado por Zhu Yuanzhang (*v*. cap. I).

[113] En otra ocasión en que Zhao Kuangying visitó a su ministro Zhao Pu, se encontró con un emisario del príncipe Wu Yue cargado con diez botellas de viandas del mar para su subordinado. Mas como al abrirlas encontraran dentro pepitas de oro, Zhao Pu se asustó, pensando que aceptarlas era ofensa, pero el emperador le dijo: «Nada de malo hay en que las aceptéis, pues con ello vuestro benefactor (Wu Yue) da a entender que los letrados sois dueños del imperio» (*Historia de la dinastía Song*: «Historia de Zhao Pu»). El relato, inventado por Zhang Jingzhai a partir de elementos dispersos, demuestra su ignorancia en cuestiones históricas, así como la de los otros contertulios que lo aceptan sin rechistar.

Y con ello pusieron fin a la comida, recogiéndose los dos graduados en la sala de lectura. Al otro día, en la audiencia matinal, el primero en comparecer fue un ladrón de gallinas.

—¡Miserable —sentenció, enfurecido, el magistrado Tang—, que ya te he cogido otras veces en el mismo delito, y por lo que veo, no mudas de oficio ni te asustan los palos! ¿Qué puedo hacer contigo?

Y cogió el pincel, y con tinta encarnada escribió en la cara del acusado: «ladrón de gallinas», con que ordenó le pusieran la canga y de cola sobre la cabeza le ataran la gallina que había robado, expulsándolo; y, apenas salido de la audiencia, la gallina dio en hacer del cuerpo y la porquería le cayó al hombre sobre la frente y le resbaló por la nariz y los bigotes hasta asentar en la canga, con harto regocijo de cuantos presenciaban el suceso.

El siguiente en comparecer fue el viejo mahometano. El magistrado lo tachó de «perro atrevido» y ordenó que le diesen treinta palos y le ciñesen una gran canga y encima de ella las cincuenta libras de carne, quedando ésta arrollada tan ajustadamente en torno del cuello y la cara, que sólo le asomaban los ojos. Enfrente de la audiencia fue dejado, para escarnio de todos.

Hacía mucho calor, y al día siguiente la carne era hervidero de gusanos, y al otro, el anciano murió. Los mahometanos, reunidos por centenares, interrumpieron el mercado y desfilaron hasta la audiencia entre címbalos y clamores.

—Nosotros no debimos ofrecer la carne, pero a él tampoco tendrían que haberlo matado —clamaban—. Todo es obra de ese canalla de Zhang, del distrito de Nanhai. ¡Saquémosle de la audiencia y matémoslo a palos! ¡Que pague con su vida la afrenta!

Y por obra de este alboroto,

Un licenciado instigador de pleitos,
A escondidas marcha a la capital;
Unos notables traban casamiento
Y ufanos van a la Corte Imperial.

Pero para saber qué hicieron los mahometanos, tendrás que leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO V

LOS LICENCIADOS WANG DELIBERAN SOBRE UNA CONCUBINA; EL ALUMNO YAN MUERE DE ENFERMEDAD EN SU CAMA

Murió el anciano en la canga, condenado por el magistrado Tang, y los mahometanos, encendidos, cercaron la audiencia con tanto celo, que ni una gota de agua se filtrara entre ellos, pidiendo a gritos la entrega de Zhang Jingzhai para matarlo a palos. Tras minuciosa investigación, el magistrado descubrió que uno de los sayones de la audiencia se había ido de la lengua, y, plagado de resquemores, decíase entre sí: «Después de todo, yo soy el cabeza del distrito y no osarán ponerme la mano encima; pero si entran y encuentran aquí al amigo Zhang, no sé qué va a ser de él. Hay que encontrar la manera de sacarlo de aquí, que ido él, nada pasará.»

Y mandó llamar a los hombres de mayor confianza de la audiencia para deliberar el caso, dándole solución al cabo, y fue que, como la parte trasera del edificio caía cerca de la muralla norte de la ciudad, unos pocos sayones se escurrieron extramuros y con cuerdas descolgaron a los graduados Zhang y Fan, enfilándolos por un callejón después de ataviarlos con túnicas azules de paño, sombreros de paja y sandalias de cáñamo. Y a hurtadillas como perros que han perdido su perrera, fugaces como peces que escapan de la red pasaron los graduados de estampida toda la noche, sin parar hasta no verse en la capital provincial.

Mientras tanto, instructores y legados de la audiencia habían salido a pacificar a las gentes, y con muy buenas palabras lograron dispersar a los mahometanos, a los que convencieron a regañadientes. Concluido el episodio, el magistrado Tang elevó memorial detallado al comisario de justicia de la provincia,[114] y éste lo citó en la capital provincial. Ya en su residencia, el comisario aguardó a que el magistrado se quitara el sombrero de seda encrespada y besara con la frente el suelo, en señal de respeto, y le dijo:

—Venerable Tang, en verdad habéis obrado a la ligera, pues hubiera bastado con aplicar la canga. ¿A qué viene cubrirle con carne la cabeza? ¿Qué castigo es ése? Con todo, esa insubordinación no hay que dejarla crecer, y forzado es castigar a los cabecillas. Volved a la audiencia y poned consideración en lo que hagáis, no os dejéis llevar por la pasión.

—Todo es culpa mía, señoría —dijo el magistrado Tang, sellando la frente en el suelo—, y al pasar por alto mi yerro, vuestra benevolencia iguala a la del cielo, la tierra y mis progenitores. Mas descuidad, que prometo enmendarme. Cuando dictéis sentencia, señoría, enviadme a los cabecillas, para hacer justicia en mi humilde distrito y recobrar así la honra.

A ello dio su consentimiento el comisario, con que el magistrado Tang le reiteró con más venias su agradecimiento y volvió a Gaoyao. Pasado algún tiempo, cinco cabecillas mahometanos fueron acusados de hostigamiento traidor contra las autoridades, y enviados al distrito enyuntados en las cangas. El magistrado Tang colgó la sentencia a las puertas de la audiencia, y a la mañana siguiente entró muy enhiesto en ella y castigó a los mahometanos.

---

[114] Anchasi: Comisión de Justicia, encargada de la inspección y supervisión de la administración local de justicia, a cuyo frente había un comisario de justicia (*anchashi*).

Estaba a punto de dar por concluida la sesión, cuando llegaron dos hombres pidiendo justicia, y el magistrado les ordenó acercarse para oír sus quejas. Uno se llamaba Wang y era hijo segundo en la familia que vivía puerta con puerta del licenciado Yan. Resultaba que el tercer mes del año anterior, el único lechón de la familia del licenciado Yan había entrado en el patio de su casa, siendo al punto devuelto a su dueño; pero como a la familia Yan le pareció de mal agüero el que a uno le devuelvan el puerco después de entrar en casa ajena, forzó a la familia Wang a comprarlo por ocho décimos de plata. Cuando el puerco tenía sus buenas diez arrobas de peso, acertó a meterse en el patio de la familia Yan, y ésta lo encerró en la porquera; pues como el hijo mayor de la familia Wang fuera a reclamarlo, el licenciado Yan alegó que el animal era suyo, añadiendo: «Y si lo quieres, ya estás trayendo hartas onzas para pagarlo a precio de mercado.» Pobre como era, ¿de dónde iba a sacar los dineros el hijo mayor? Así que porfió con la familia Yan, y de esta porfía sacó que los hijos del licenciado empuñaran la tranca de la puerta y el rodillo de amasar y le dieran una tunda que lo dejó a las puertas de la muerte. A la sazón estaba acostado en casa, con una pierna quebrada, y por eso su hermano menor venía a presentar la denuncia.

Oído el caso, el magistrado ordenó comparecer al otro denunciante, un viejo de entre cincuenta y sesenta años, quien preguntado por su nombre, dijo:

—Un servidor se llama Huang Mengtong, y vive en el campo. El noveno mes del año pasado vine a la capital del distrito a pagar mis contribuciones, y como lo que tenía no me llegaba, por un mediador pedí emprestadas al notable Yan veinte onzas de plata, al tres por ciento de daño mensual. Un servidor firmó la cédula y la mandó a casa del señor Yan, pero no me llegué a retirar el dinero, que en la ciudad encontré un pariente que dijo poder prestarme unas onzas con que pagar una parte, que la resta volviese al campo y buscase la manera de aseguirlo, pero que no pidiese al señor Yan, y tal hice, y en pagando las contribuciones, volví a casa con el pariente. Al medio año, acordándome de la cédula que había firmado, vine a la ciudad a pedir al notable Yan me la volviese, pero éI me dijo que tenía que pagar los intereses de todos esos meses. Yo le respondí: «¿Cómo va a haber intereses, si yo no me he llevado emprestados los dineros?» Y el notable Yan me dijo que si yo hubiese retirado a su debido tiempo la cédula, él habría emprestado el dinero a otro; que como no la retiré, él no movió esas onzas y había perdido los intereses de medio año, y que un servidor tenía que pagárselos. Bien me di yo cuenta que la culpa era mía, y mandé al mediador con razón que le compraba un pernil y vino si me volvía la cédula; pero el notable Yan hizo como quien oye llover, y ya se me ha llevado el burro, el grano y muchos costales, y aún no me vuelve el papel, y por eso vengo a suplicar a V.E. que remedie el agravio.

—Un licenciado recomendado es como oficial del Imperio —ponderó el magistrado Tang—, y él engaña así a las gentes, en lugar de hacer buenas obras. ¡Qué vergüenza!

El hecho no tardó en llegar a oídos del licenciado, quien, harto amedrentado, se dijo: «Las cosas que cuentan son ciertas; y si me juzgan, mi buena fama quedará por los suelos; de las treinta y seis trazas posibles, la mejor es huir.» Y lió el petate, huyendo como hilo de humo a la capital provincial.

El magistrado firmó el acta fiscal, la dio a los escribanos y despachó alguaciles a casa del licenciado Yan; mas como éste no estaba, se llegaron a preguntar al señor Yan el Segundo. El señor Segundo, Yan Dayu, de adulto Yan Zhihe,[115] era hermano de

[115] Los hombres a partir de los veinte años de edad y las mujeres a partir de los quince solían adoptar un nombre público o de adulto (*zi*), relacionado, por lo general, con el suyo original, con que eran conocidos entre los amigos o en público. Aparte de éste, existía el nombre de familia o apellido (*xing*), el nombre de pila (*ming*), puesto al nacer el niño y utilizado por los familiares y los amigos más cercanos, y el nombre

sangre del licenciado Yan, también conocido por su nombre público de Yan Zhizhong, y viviendo en casa separada, tenía el título de alumno del Colegio Imperial y poseía una fortuna de más de cien mil onzas de plata. Tanta fortuna, con todo, no le curaba el miedo, y en diciéndole los alguaciles a qué habían ido a casa del hermano, y que no lo habían encontrado, no osó hacer cosa alguna que los otros tomasen por falta de respeto, antes los agasajó con un banquete y les dio dos mil sapecas, mandando, a su partida, a un criado a casa de sus dos cuñados para que viniesen a discutir el caso.

Los cuñados Wang De y Wang Ren, licenciados pensionistas,[116] el uno de la escuela prefectural y el otro de la distrital, y famosos por ser muy entusiastas preceptores, recibieron el aviso de Yan Zhihe y acudieron juntos a su casa, en la que fueron puestos en autos de todo.

—Y hay una orden de arresto contra él —concluyó diciendo Yan Zhihe—. ¿Qué podemos hacer?

—Vuestro hermano anda siempre diciendo por ahí que es muy buen amigo del magistrado Tang —dijo, riéndose, Wang Ren—. ¿Cómo se asusta de una nadería como ésta?

—Dejemos eso de lado —dijo Yan Zhihe—, que el caso es que ha huido, y los sayones de la audiencia han venido alborotando a mi casa, y yo no puedo abandonar los negocios para ir en su busca, ni él va a volver por su propio pie.

—Que cada cual se ocupe de sus negocios —dijo Wang Ren—, que todo esto ni os va ni os viene.

—Olvidas algo, hermano —dijo Wang De—. Y es que el cuñado tiene la despensa llena, y los sayones del magistrado ven en él una presa sustanciosa y lo van a meter en aprietos si no hacemos nada. Una solución hay: quitar la leña de debajo de la olla. Despachemos un mediador que calme a los acusadores, y convenzamos a alguna dignidad principal que mande a la magistratura una demanda de reconciliación. Con eso, poco ha de costar que lo perdone.

—No hacen falta mediadores —dijo Wang Ren—, que nosotros dos podemos visitar por separado al hijo menor de los Wang y a Huang Mengtong para hablarles. A los Wang, devolvámosles el puerco y démosles unas onzas con que curar la pierna quebrada del hijo mayor, y a Huang Mengtong, volvámosle el recibo, tras recuperarlo. En un día podemos dejarlo arreglado.

—Dicen bien los honorables cuñados —terció Yan Zhihe—; pero mi otra cuñada es tonta, y mis sobrinos, como lobos, que nunca atienden a razones, y no querrán devolver ni el puerco ni el recibo.

—No es para tanto, cuñado —dijo Wang De—. Aunque si la cuñada y los sobrinos se resisten, tendréis que resignaros a vuestra mala fortuna, pues será a vos a quien toque desembolsar las onzas para pagar el puerco de la familia Wang. En lo tocante al préstamo, nosotros, como mediadores, podemos escribir una declaración a Huang Mengtong diciendo que el viejo recibo está anulado. Ésa es la solución, que luego ya no oiremos más del caso.

Zanjada la discusión, los dos hermanos manejaron el negocio con harta diligencia, y luego de repartir el segundo señor Yan en la audiencia una docena de onzas, la causa fue sobreseída.

---

literario o sobrenombre (*hao*), relacionado en ocasiones con el lugar de trabajo o de retiro del que lo adoptaba. Los emperadores solían tener al menos nombre de familia, de pila, de «templo» o reinado (*miaohao*) y póstumo (*sihao*).

[116] *Lingshan shengyuan*, «licenciado pensionista» o subvencionado, aquél que por sus buenas calificaciones disfrutaba de una asignación mensual de grano (seis celemines) y de precedencia cuando eran elegidos los «licenciados anuales».

Unos días más tarde, Yan Zhihe convidó a los dos cuñados a un banquete de agradecimiento. Pero siendo muchas las ínfulas de los hermanos Wang para aceptar tal convite, al cabo el cuñado les mandó un criado con este recado: «Mi señora está enferma estos días, y mi convite es para tomar unos tazones de vino, y porque mi señora quiere hablar con mis honorables cuñados, sus hermanos», con lo que éstos se avinieron a ir. Yan Zhihe los hizo pasar a la sala y les ofreció té, y avisada su mujer por un criado que habían venido, al rato una doncella los condujo a su cuarto. La hermana, que estaba muy pálida y delgada y parecía fatigada hasta para caminar, andaba ocupada en salar pepitas de calabaza y pelar castañas para acompañar la comida, lo que dejó al ver a sus hermanos, adelantándose para saludarlos, sazón en que la nodriza trajo en brazos al hijo de la concubina, un crío de tres años al que habían vestido de traje escarlata y collar de plata para ver a los tíos. Unas tazas de té bebían éstos, cuando entró otra doncella y dijo:

—La concubina Zhao pide licencia para presentar sus respetos.

—Que no se moleste —le contestaron al punto.

Y sentados hablaron de cosas familiares y de la enfermedad de la hermana, a la que aconsejaban combatir la debilidad con tónicos, mientras los criados ponían la mesa en la antesala, llamándolos a comer en un rato.

En la conversación salió a relucir el nombre de Yan Zhizong, y Wang Ren dijo, riendo, a Wang De:

—No comprendo, hermano, cómo tan torpe redactor pudo llegar en su día a ser incluido entre los licenciados pensionistas.

—Eso ocurrió hace treinta años —contestó Wang De—, en tiempos en que los presidentes de examen eran inspectores y nada sabían de composición.

—Cada vez está más raro —dijo Wang Ren—, pues no hay año en que no lo agasajemos con unos pocos banquetes, por ser pariente; pero, lo que es él, ni un vaso de vino nos ha ofrecido en su casa, que la sola ocasión en que nos convidó a comer fue el año pasado, cuando le dieron la recomendación a la Corte y puso a las puertas el asta de bandera.[117]

—Yo ese día no fui —dijo Wang De, el ceño arrugado—, que con achaque de que lo habían nombrado licenciado recomendado a la Corte, sacó presentes de todo el mundo. Ni los alcaldes de barrio ni los alguaciles patas de perro se libraron de dar su parte, y él se embolsó un centenar o dos de sartas de sapecas; pero no pagó al cocinero, ni al carnicero, que aún les debe dinero, y gentil pendencia se arma cada par de meses cuando aparecen a cobrar por su casa. ¿Qué proceder es ése?

—Ni yo lo comprendo —dijo Yan Zhihe—. Como saben los honorables cuñados, yo tengo unos marjales de tierra, y con todo no me importa decir que ni una libra de puerco se compra en casa para las cuatro bocas que hay que alimentar; pues si el crío tiene hambre, se le compran en la tablajería cuatro sapecas de carne tajada, y eso es todo. Pero mi hermano, que no tiene dos dedos de tierra y sí muchas bocas que alimentar, día sí y día no compra cinco libras de puerco ya cocinado, y bien tierno; y si lo acaba para el almuerzo, para la cena va a que le fíen pescado. Al repartir la tierra, nos tocó a cada cual lo mismo, pero él ya se ha comido su parte. Y ahora ha dado en escamotear por la puerta trasera las sillas de peral labrado de la familia, para trocarlas por panecillos rellenos de puerco. ¿Qué de bueno hay en todo eso?

Riéronlo mucho los hermanos, y al cabo dijeron:

---

[117] *Shu qigan*, «erigió un asta de bandera». Los licenciados recomendados a la corte (*v.* Apéndice) podían, al igual que los graduados provinciales y metropolitanos, poner un asta de bandera en la sala de los antepasados o a la puerta de su casa para anunciar su grado.

—Estamos tan enfrascados en esta torpe plática, que hasta de beber nos olvidamos. Saquemos los dados, y juguémonos al letrado supremo[118] quién paga prenda.

Yan Zhihe cogió los dados y jugaron, y como los dos hermanos fueran por turnos letrados supremos, vaciaron sus vasos en prenda, lo que hubieron de repetir unas docenas más de veces, pues la suerte siempre les fue propicia. Era muy de admirar, pues parecía que los dados supieran de los negocios humanos, y Yan, alumno del Colegio Imperial, no fue una sola vez letrado supremo. Los hermanos aplaudían y reían, y así estuvieron hasta sentir el toque de tambor que anuncia el término de la cuarta vigilia, en que volvieron trastabillando a casa, apoyándose el uno en el otro.

La enfermedad de la hermana, la señora Wang, iba de mal en peor, y aunque no había día que no aparecían por la casa cuatro o cinco médicos que le recetaban ginsén o raíz de acónito, la mujer no curaba. Viéndola postrada en cama sin poder levantarse, la concubina Zhao, la madre del niño, se afanaba por estar siempre a su lado, dándole sopas y remedios y desviviéndose por ella; y de que advirtió que no sanaba, dio en sentarse todas las noches a los pies del lecho con el niño en brazos, llorando.

—No más pido a Buda que me lleve a mí y proteja y sane a la señora —le dijo una noche.

—No digas disparates —contestó la señora Wang—, que los años que nos son dados, ninguno puede vivirlos por otro.

—¿Qué le hace que yo me muera, señora? —dijo la concubina Zhao—. Si algo le ocurre a la señora, el señor habrá de casarse con otra, pues ya tiene más de cuarenta años, y solamente un hijo; y si el señor se casa, la desposada no se ocupará más que de sus propios hijos, que, como dice el refrán, no hay sol que tape nublado ni madrastra que no esconda palo, y mi hijo no habría de vivir muchos años, conque yo también me moriría, y para eso más me vale morir ahora, en lugar de la señora, para proteger la vida del niño.

No contestó la señora Wang. Todos los días, la concubina Zhao le daba sopas y remedios, bañada en lágrimas, y no se alejaba de ella un palmo; mas una noche salió del cuarto, y como al rato aún no volvía, la señora Wang preguntó a una criada:

—¿Dónde está la señora Zhao?

—La concubina sale todas las noches al patio a quemar incienso, y a llorar y a implorar al cielo y a la tierra que la dejen morir en lugar de la señora, y a pedir por la salud de la señora —contestó la criada—. Hoy ha visto que la señora está peor, y ha salido antes a hacer sus rezos.

Y la señora Wang no sabía si creérselo; pero a la noche siguiente, cuando la concubina le dijo llorando lo mismo, le respondió:

—¿Por qué no vas y le dices al señor que te haga su esposa[119] cuando yo muera?

Apenas lo dijo, la concubina Zhao salió desalada en busca del señor, contándole lo que su mujer había dicho; y aunque mucho trabajo costó a Yan Zhihe aceptar tal deseo, al cabo repitió tres veces:

—En tal caso, mañana de mañana haré venir a los cuñados para arreglar la cuestión y contar con sus testimonios.

---

[118] *Zhuangyuan ling*, al «juego del letrado supremo», juego de dados en que se asignaba un número del uno al seis a seis cuencos colmados de vino. El denominado «del letrado supremo» era mayor que los otros y siempre tenía asignado el número cuatro. El jugador debía apurar el cuenco correspondiente a la puntuación que sacara al tirar los dados.

[119] *Tianfang*, lit. que te haga «la ocupante del cuarto». La esposa recibía el apelativo de «la [ocupante] del cuarto principal» (*zhengfang*), y la concubina, el de «la [ocupante] del cuarto lateral» (*pianfang*, *ceshi*). Si el marido viudo volvía a casarse, la nueva esposa pasaba a ser conocida como «la ocupante del cuarto».

—Obrad como mejor creáis —al rato le dijo la esposa, haciendo un débil gesto con la mano.

A la mañana siguiente, muy temprano, Yan Zhihe mandó llamar a los cuñados, los cuales, viendo al llegar las recetas de los médicos, hablaron de avisar a otros doctores famosos y entraron luego en el cuarto de la hermana, donde, ya sentados, Yan Zhihe los puso al corriente de su deseo, añadiendo:

—Pregunten los cuñados a su respetable hermana.

Con que se allegaron al lecho; y aunque a la señora Wang no le quedaban fuerzas ni para hablar, señaló al niño y afirmó con la cabeza, lo que dejó a los hermanos mudos y muy cariacontecidos. A poco fueron convidados a comer en la sala de lectura, y como en la comida ninguno sacase a la palestra el caso, Yan Zhihe los hizo pasar a un cuarto privado, donde les habló de la enfermedad de su esposa, concluyendo la plática deshecho en lágrimas:

—Veinte años ha que la hermana de v. mds. entró en esta casa, y de entonces acá todo su obrar ha sido el de una buena esposa; si ahora me deja, ¿de qué me aprovecha seguir viviendo? Apenas el otro día me decía que las tumbas de sus señores padres habían de ser reparadas, y me dejó unos recordatorios para los honorables cuñados.

Dicho esto, mandó a los criados salir del cuarto, y abriendo la cómoda, sacó dos envoltorios de a cien onzas de plata cada uno, que alargó a Wang De y a Wang Ren, diciendo:

—No lo tomen a mal los honorables cuñados.

Los cuñados recibieron la plata con ambas manos, y Yan Zhihe prosiguió:

—No cuiden de cumplimientos los cuñados, y si precisan hacer ofrendas, háganlas aquí, que yo corro con las costas. Mañana haré llegar sillas de manos a las señoras esposas de los cuñados, para que vengan aquí y reciban unas alhajas que la hermana de v. mds. quiere dejarles como recuerdo.

Concluso el parlamento, salieron y tomaron asiento, momento en que llegaron más visitantes, a los que Yan Zhihe salió a atender. Al volver, los hermanos Wang tenían los ojos encarnados de tanto llorar.

—Le estaba ponderando a mi hermano —apuntó Wang Ren— cuán grande mujer es nuestra hermana, y cuán grande bendición el cielo ha derramado con ella sobre nuestra familia. Quizá vos, cuñado, no alberguéis en vuestro pecho tan noble designio, mas en poca estima habréis de teneros si aún dudáis de cumplir su voluntad.

—¿Os dais cuenta que la concubina es el eslabón de tres generaciones? —dijo Wang De—. Si nuestra hermana fallece y os casáis con otra que no sea la concubina, la desposada atormentará a muerte a nuestro sobrino, y vuestros padres y los nuestros no gozarán de tranquilidad en el más allá.

—Nosotros, los letrados, somos maestros en los principios de la moral —dijo Wang Ren, dando una palmada en la mesa—, y de tener que escribir ahora una composición hablando por boca de Confucio, diríamos lo propio. De no consentir en ello, nunca más volveremos a veros.

—Mis parientes no darán su conformidad —reparó Yan Zhihe.

—Nosotros nos ocupamos de ello; mas hay que hacerlo a lo grande. Dadnos unas pocas más de onzas, cuñado, y mañana o pasado ponemos una docena de mesas y hacemos un confuerzo para vuestras parentelas por parte de padre, madre y esposa;[120] que, si en tanto los ojos de nuestra hermana siguen abiertos, vos y la concubina Zhao

[120] *San tang jin*, lit. por parte de los «parientes de las tres salas», es decir, los parientes por parte del padre, la madre y la esposa.

adoráis juntos cielo, tierra y antepasados, como buenos esposos, ¿quién osara abrir la boca?

Yan Zhihe dio otras cincuenta onzas de plata a los hermanos Wang, quienes se fueron rezumando justicia por todos sus poros. A los tres días, según lo apañado, Wang Ren y Wang De se presentaron otra vez en su casa y, fijando día propicio, escribieron y despacharon docenas de esquelas de convite a todos los parientes de las seis ramas familiares. Y todos ellos vinieron, con excepción de los cinco hijos del hermano mayor, que vivían en la puerta de al lado. Una vez almorzados, los convidados se allegaron a la cama de la señora Wang y compusieron el testamento, firmando los dos hermanos con sus nombres de familia, Wang Yuju y Wang Yuyi. En esto llegaron Yan Zhihe y la concubina Zhao, ataviado aquél con bonete de alumno del Colegio Imperial, túnica azul y banda de seda grana sobre los hombros, y ésta con vestido escarlata y diadema de oro puro, y delante de todos adoraron al cielo, a la tierra y a los antepasados, en tanto Wang Ren hacía gala de su vasta erudición componiendo un enternecido aviso de boda dirigido a los ascendientes del desposado. Apercibidos que fueron los antepasados, la pareja se retiró del altarcillo y los dos hermanos llamaron a sus mujeres; y, ofreciendo el sitio de honor a los contrayentes, se postraron ante ellos y besaron con la frente el suelo, como mandan los cánones, lo cual repitieron todos los parientes por orden de edad, y tras ellos la docena de mayordomos, criados, doncellas y asistentas que prestaban servicio en la casa. Con ello, la desposada entró en la habitación de la señora, se inclinó ante ella y la llamó «hermana mayor».[121] Pero la señora Wang había perdido la consciencia.

Concluidas las ceremonias, los convidados, hombres y mujeres, se repartieron por el salón, la sala, la biblioteca y los cuartos interiores y ocuparon las dos docenas de mesas que había puestas, cenando hasta la tercera vigilia. Mas apenas los había hecho pasar al salón el alumno Yan para convidarlos a té, cuando irrumpió de súbito la nodriza gritando:

—¡La señora ha muerto!

Hecho un mar de lágrimas corrió el alumno Yan a la alcoba, encontrando a su nueva esposa desmayada al lado de la cama, de la cabezada que se había dado contra ella. Sacáronla, y abriéndole la boca le dieron de beber agua caliente; mas apenas tornó en su sentido, rodó otra vez por los suelos, mesándose los cabellos y gritando con tanto ahínco, que sus lloros entenebrecían cielos y tierras y ni siquiera el alumno Yan lograba calmarla. Y mientras los convidados estaban en la sala y las criadas en otros cuartos, las dos cuñadas, que se habían quedado solas en la alcoba, aprovecharon la confusión para alzarse con cuantos vestidos, oros, perlas y alhajas encontraron; ni la diadema de oro de la nueva esposa, caída por los suelos, se libró de la rapiña.

Pasado el alboroto, el alumno Yan mandó a la nodriza traer al hijo, echándole por los hombros una capilla de cáñamo, en señal de luto. Y entre unas cosas y otras quedaron aprestados la mortaja y el ataúd, en el que pusieron el cadáver, sazón en que ya era de día. Armaron el catafalco en la sala del segundo patio y todos los convidados se inclinaron ante él, volviendo al cabo a sus casas.

Al otro día se mandaron a cada pariente dos largos de tela de luto. Mas como la desposada quisiera llevar ropas de cáñamo de luto riguroso,[122] los hermanos Wang no consintieron en ello, diciéndole: «Mujer maridada, no viva descuidada. Vuestra relación

---

[121] Al tratarla de «hermana mayor», la concubina se sube a sí misma de categoría. Este gesto pudo haberlo hecho por propia iniciativa o a instancia de los hermanos Wang, quienes querían mostrar su agradecimiento al alumno Yan dándole una esposa «con todas las de la ley».

[122] *Pi ma dai xiao*. La concubina no estaba obligada a llevar luto riguroso por el señor. Si la concubina Zhao intenta llevarlo es para demostrar que su relación con el finado es de esposa principal.

con la finada es como de hermana, y la hermana menor tiene que llevar un año de luto por la mayor, y éste no ha de pasar de túnica de tejido fino y turbante blanco.»

Discutidos los ritos y fijado día para el funeral, ayunaron, observaron los septenarios, celebraron los funerales, hicieron el enterramiento y gastaron cuatro o cinco mil onzas de plata, pasando en ello medio año, sin que sea menester detenerse en ello. La concubina Zhao, que llevaba en la médula el agradecimiento a los cuñados, hizo llegar a cada uno de ellos después de la cosecha cuatro fanegas de arroz, dos de verdura en salmuera y cuatro jamones, sin contar pollos, patos y otras gollerías.

La víspera de año nuevo, el alumno Yan hizo ofrendas al cielo, la tierra y los antepasados; y ya sentado a la mesa, su mujer enfrente y la nodriza con el niño a un lado, dio en llorar, espoleado de unos tragos de vino, hasta que, señalando a un cofre, dijo a la desposada:

—Ayer la tienda de empeños me mandó trescientas onzas, que son los intereses de las economías de vuestra difunta hermana Wang. Todos los años nos mandaban los dineros a veintisiete o veintiocho del postrer mes, y yo siempre se los dejaba a ella para que los emplease como mejor quisiera. Ahora me los mandan otra vez, pero no hay quien los reciba.

—No digáis que esos dineros de la señora no aprovechan —dijo la desposada—, que yo vi en qué los empleaba, pues al final del año, o en las festividades, a las monjas del convento enviaba cantinas de comida, a las floristas daba perlas y jades, y las mozas ciegas que tañen el laúd no se movían de la puerta,[123] que no había quien no recibiera su parte. Era tan buena, que cuando algún deudo pobre le pedía socorro, lo alimentaba aunque quedara sin cosa que llevarse a la boca, y le daba vestidos aunque no tuviera qué ponerse. ¡La de cosas que hacía con ese dinero! Y, de ser más, también lo gastara. Los dos hermanos eran los solos que no se llevaban un centésimo. A mi parecer, más vale no malgastarlo, sino emplearlo en hacer cosas buenas en su nombre cuando empiece el año. Lo que quede, que no será mucho, se le puede dar a los cuñados para sus gastos de viaje del año entrante, que es de exámenes. Eso es lo que habría que hacer.

Escuchaba el alumno Yan lo que decía la desposada, cuando un gato que había debajo de la mesa le subió de improviso por las piernas, y él, cual si recibiera un latigazo, lo pateó con tanta fiereza, que el bicho entró espantado en la alcoba y saltó sobre el baldaquino de la cama. Oyeron gran estrépito, y con sospecha que algo caído de lo alto de la cama pudiese haber roto el cántaro de vino que reposaba en el suelo, cogieron un candil y entraron a ver, descubriendo que el insano animal, al topar contra un madero del armazón de la cama, había tirado una gran canasta llena de dátiles que había sobre ella, desparramándola sobre el cántaro de vino. La canasta yacía a un lado, y en el instante en que entre ambos la enderezaban, descubrieron entre los dátiles unos envoltorios de papel de corteza de morera, que abrieron, hallando en ellos quinientas onzas de plata.

—Ya sabía yo que ella no podía haber gastado todo ese dinero —suspiró el alumno Yan—, pues éstos deben ser sus ahorros de años. Y los tenía aquí, a mano, para dármelos en cuanto yo los pidiese. ¡Y ahora se me ha ido!

Deshecho en lágrimas llamó a los criados para que barriesen el suelo, y colmando un platillo de dátiles, lo puso sobre el altarcillo cabe el cual estuviera el ataúd y siguió llorando, apoyado en la mesa. El suceso hizo que no saliera a felicitar el año nuevo; antes quedó en casa, la garganta anudada de dolor, anegado en llanto, turbado el espíritu.

---

[123] Porque siempre recibían limosna.

Pasada la Fiesta de las Linternas, el alumno Yan empezó a quejarse de dolor de costado. Al principio aguantó, y, como siempre, siguió haciendo sus cuentas hasta la tercera vigilia; pero poco a poco fue perdiendo el apetito y acabó como un palo, y hubo de soltar de mala gana los dineros para que le comprasen ginsén.

—Dejad los negocios —le aconsejaba la mujer—, que estáis enfermo.

—Mi hijo es muy chico —contestaba él—. ¿A quién voy a confiarle mis cosas? Mientras esté vivo, seguiré llevando mis negocios.

Mas, a medida que avanzaba la primavera, el elemento madera se imponía sobre el elemento tierra y el hígado dominaba sobre el bazo,[124] y al final hubo de guardar cama sin poder tomar al día más que un par de tazones de gachas.

Mas, a medida que avanzaba la primavera, el elemento madera se imponía sobre el elemento tierra y el hígado dominaba sobre el bazo, y al final hubo de guardar cama sin poder tomar al día más que un par de tazones de gachas. Cuando hizo más calor, se obligó a comer, y con gran trabajo se levantaba y paseaba por los alrededores de la casa; pero a comienzos del otoño, pasados los calores, volvió a recaer, metiéndose en cama. Llegada la época de recoger el arroz temprano, mandó a sus criados a las fincas; él sufría por no poder estar presente.

Una mañana, después de tomar la medicina, sintió en la ventana el roce de las hojas que caían de los árboles, y entre escalofríos dio un largo suspiro, volvió la cara a la pared y se durmió. Al rato entró la mujer con los cuñados, que venían a despedirse antes de partir a la Corte para hacer los exámenes; el alumno Yan llamó a una criada que lo ayudase, y a duras penas se incorporó en la cama.

—Muchos días ha que no os vemos, cuñado —dijeron los hermanos Wang—. ¡Y cómo habéis enflaquecido! Pero se os ve bien de espíritu.

El alumno Yan les ofreció asiento, les deseó suerte en los exámenes y los convidó a golosinas; después de narrarles el suceso de la víspera de año nuevo, pidió a la mujer trajese unos envoltorios de dinero, y señalándola, dijo:

—Suya es la idea, que ella fue la que proveyó dar a los cuñados las cosas dejadas por mi difunta esposa, para que tengan buen viaje. Yo estoy muy enfermo, y no sé si a la vuelta volveremos a vernos. Cuando muera, cuiden v. mds. que el sobrino se críe bien; que estudie, y que se reciba de licenciado, para que ninguno lo maltrate como a mí me ha maltratado la familia de mi hermano.

Un par de envoltorios cogió cada uno de los hermanos, partiendo luego de dar muchas veces las gracias y de consolarlo con muy buenas palabras.

La enfermedad del alumno Yan empeoraba de día en día, y todos los parientes de las seis ramas familiares vinieron a preguntar por su salud, con inclusión de sus cinco sobrinos, que ahora sí, se dignaron aparecer y ayudaban a los médicos a administrar los remedios. Pasada la fiesta de Mediados de Otoño,[125] los doctores dejaron de recetarle y los criados que estaban en las fincas fueron llamados de vuelta.

Tres días llevaba ya el alumno Yan sin decir palabra. Al anochecer del tercero, pusieron un candil en la mesa y su cuarto se llenó de gente. Oían todos sus estertores de muerte, y se admiraban de su resistencia a dejar este mundo, cuando de improviso el moribundo sacó la mano de debajo del cobertor y alargó dos dedos.

---

[124] *Gan mu ke pi tu*, lit. «el hígado-madera dominaba sobre el bazo-tierra». Según la medicina tradicional china, las «cinco vísceras» (hígado, corazón, bazo, pulmones, riñones) se corresponden con los «cinco elementos» (madera, fuego, tierra, metal, agua). El hígado —asociado a la madera— produce más *qi* con la llegada de la primavera y puede obstruir el producido por el bazo —asociado a la tierra— y el estómago y el flujo normal de la energía y la sangre en el organismo.

[125] Zhongqiu. Fiesta de Mediados de Otoño, celebrada el día 15 de la octava luna, cuando el astro parece mayor que en los días restantes del año, por lo que era costumbre pasar la noche en vela contemplándolo.

—¿Qué queréis decir, tío? —preguntó el sobrino mayor, acercándose a la cama—. ¿Que hay dos parientes que no han venido?

Y como el alumno negara dos o tres veces con la cabeza, el segundo sobrino se llegó a su lado y preguntó:

—¿Queréis decir que aún quedan por ahí dos envoltorios de dinero de los que el tío no nos ha hablado?

El alumno Yan lo miró abriendo mucho los ojos, meneó la cabeza con vehemencia y alargó aún más los dedos.

—El señor debe estar acordándose de los dos cuñados que no han venido —dijo la nodriza, con el hijo a cuestas.

El alumno Yan cerró los ojos y volvió a menear la cabeza, manteniendo siempre los dos dedos estirados. Y en esto se adelantó la desposada, los ojos arrasados en lágrimas, y dijo:

—Señor, todos están equivocados, que yo soy la sola que os comprende.

Y, debido a ello,

Codiciando terrenos y haciendas,
Alza picas contra el propio hermano;
Queriendo asentar la descendencia,
Entabla proceso a un licenciado.

Pero si quieres saber qué dijo la señora Zhao, tendrás que leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO VI

UN PERSONAJE ENFERMO RIÑE CON LOS BARQUEROS; UNA VIUDA AGRAVIADA ACUSA AL CUÑADO

Decíamos que el alumno Yan, a las puertas de la muerte, alargaba dos dedos y se resistía a dar el postrer suspiro; y que cuando los sobrinos y la nodriza le preguntaron si apuntaba a dos personas, dos cosas o dos sucesos, él negó con la cabeza, y no había quien resolviera el enigma, hasta que la señora Zhao se abrió paso y dijo:

—Señor, yo soy la sola que os comprende, que estáis atormentado porque el candil tiene dos mechas, y eso es derroche de aceite. Con que quite una, quedaréis tranquilo.

Y diciéndolo, quitó uno de los pabilos, y las miradas se posaron en el alumno Yan, quien confirmó con la cabeza, dejó caer la mano y expiró. En la caja lo metieron entre grandes lamentaciones, armando el catafalco en la sala central del tercer patio.

A la mañana siguiente, los criados recorrieron la ciudad anunciando la defunción. Yan Zhenxian, el patriarca del clan, llegó a la casa para dar el pésame a la cabeza de otros parientes, a los que se ofreció comida, vino y ropa de luto. Y también se presentaron con ofrendas, por parte de la viuda, su hermano segundo, empleado en una tienda de arroz, y un sobrino, el menor de ellos, aprendiz en la hornaza de un platero. Monjes budistas y sacerdotes taoístas colgaron largas banderolas, entonaron sus cánticos y oficiaron los funerales, en tanto la viuda velaba día y noche el cadáver, sin separarse de su hijo; mayordomos, criados, sirvientas y nodrizas se cubrieron de luto; las puertas se vistieron de blanco.

Pasado el primer septenario, Wang De y Wang Ren, apenas vueltos de los exámenes provinciales, se llegaron a dar el pésame, quedando un día en la casa. A los tres o cuatro volvió el licenciado Yan, también de los exámenes en la capital provincial, y no viendo un solo hijo en casa, pues todos estaban en el velatorio, deshizo el bagaje y se sentó con su mujer; y estaba por lavarse la cara, cuando una criada de la casa de su hermano, que venía al frente de un mandadero con una caja y un envoltorio de felpa, entró y dijo:

—La señora me envía a saludar al señor cuñado y a decirle que sabe de su vuelta, pero que no puede venir por estar de luto riguroso, y que fue deseo del señor, a las puertas de la muerte, dejar a su hermano estos dos vestidos y esta plata como recuerdo. La señora ruega al señor cuñado pase a visitarla.

Abrió el licenciado Yan la caja y el envoltorio, y viendo que contenía un par de vestidos de seda y doscientas onzas de plata muy bien apiladas, muy contento pidió al punto a su mujer ocho centésimos de plata para dar a la criada, a la que dijo:

—Da las gracias a la señora segunda, y dile que no tardaré.

Idos la criada y el mandadero, el licenciado puso a buen recaudo los vestidos y la plata y preguntó a su mujer qué habían recibido ella y los hijos, y sabiendo ya que todos habían cosechado su parte y que el presente era para él solo, se puso turbante y faja de luto y fue a la otra casa. Al llegar ante el ataúd, gritó: «¡Hermano!», gimió unas pocas veces, sin soltar lágrima,[126] e hizo dos reverencias. La viuda, enlutada de la

[126] *Ganhao le ji sheng*, «dio unos cuantos gemidos secos», es decir, no arrojó una lágrima, aunque era una muestra de aflicción que los cánones sociales aceptaban, al igual que el llanto con y sin gemidos.

cabeza a los pies, salió en eso a agradecerle, y mandando traer al hijo, al que hizo arrodillar ante el tío, dijo entre sollozos:

—¡Qué destino tan cruel el nuestro, quitarle al padre en las primicias de su vida! Ahora habréis de disponer de nosotros.

—Señora segunda, los hombres tienen fijados sus años de vida —dijo el licenciado Yan—. Mi hermano menor ha vuelto a los cielos, pero os ha dejado tan buen hijo; si lo criáis como es debido, sobran cuidados.

Reiteró las gracias la señora Zhao, y al cabo convidó al licenciado a comer en la biblioteca, avisando también a los dos cuñados para hacerle compañía. Llegados éstos al rato, hicieron una reverencia y se sentaron, tomando la palabra Wang De:

—Vuestro hermano menor tenía una salud de hierro; ¡quién iba a decir que una simple y repentina enfermedad lo dejara postrado ya para siempre! Ni siquiera los parientes pudimos despedirnos de él. ¡Qué desgracia!

—Y no solamente eso, señores parientes —dijo el licenciado Yan—, que ni yo, su hermano mayor, pude verlo antes de su muerte. Pero, como dice el proverbio, antes los negocios públicos que los privados, antes el Imperio que la familia. Nuestros exámenes son de gran trascendencia para el Imperio, y como estábamos ocupados en negocios públicos, no tenemos por qué sentir remordimientos por haber dejado a un lado las cosas de la familia.

—Habéis estado en la capital provincial más de medio año, ¿no es cierto? —preguntó Wang De.

—Cierto es, pues el señor Zhou, el comisario de estudios, el mismo que en su día ensalzara mi recto proceder y me propusiera para licenciado recomendado a la Corte, tiene en esta provincia un pariente que fue magistrado del distrito de Chao, de la región de Yingtian, y me acerqué a la capital para saludarlo. Apenas conocernos, ya éramos como viejos amigos, y me convenció de vivir unos meses en la capital. Y no solamente eso; que quiere emparentarse conmigo, y me ha propuesto casar a su hija segunda con mi hijo segundo.

—¿Os alojasteis en su casa? —preguntó Wang Ren.

—Estuve en la de Zhang Jingzhai, que también fue magistrado, y es sobrino putativo del magistrado Tang. Lo conocí en un banquete en la residencia de sus tíos, y fue el que ofició de casamentero[127] en mis tratos con la familia Zhou.

—¿No es el mismo que estuvo aquí con un graduado provincial que llaman Fan? —preguntó Wang Ren.

—Sí —respondió el licenciado Yan.

—¿Te acuerdas, hermano? —dijo Wang Ren—. Fue cuando el alboroto de los mahometanos.

Y Wang De rió con sarcasmo. Al rato se sentaron a la mesa, y hablando mientras comían, Wang De preguntó:

—¿Al magistrado Tang no lo han nombrado presidente de examen[128] este año?

—¿No te das cuenta, hermano? —dijo Wang Ren—. El año pasado dio en la flor de aprobar a cuantos escribían en estilo antiguo, y por eso no lo han nombrado. Los

---

[127] *Zhi ke zuo fa*: lit. el que «cogió el hacha para labrar el mango». Expresión tomada del poema «La talla del mango del hacha» («Fa ke», núm. 158) del *Libro de las odas*, que dice: «¿Cómo se labra el mango del hacha? No se puede si no es con otro hacha. ¿Cómo se toma mujer? No se puede si no es con otra mujer» (= casamentera). La casamentera (o casamentero), cuando desempeñaba su labor, estaba «labrando el mango del hacha» (*fa ke*), según la expresión que se popularizó con el tiempo.

[128] *Ru lian*, lit. no ha «pasado más allá de la cortina». «Pasar más allá de la cortina» es sinónimo de «ser nombrado corrector» de los exámenes provinciales. Las oficinas de los correctores se dividían en dos compartimientos llamados de la «cortina interior» (*neilian*) y de la «cortina exterior» (*wailian*). En el primero se leían los exámenes, y en los segundos se realizaban labores de administración.

presidentes de examen de este año son todos jóvenes graduados de palacio, escogidos por sus brillantes composiciones.

—Eso no es así —dijo el licenciado Yan—, que por muy brillante que uno sea, siempre habrá de ajustarse a los cánones, y si no profundiza en el sujeto y solamente escribe para lucirse, no merece ser tenido por docto. Vean, si no, al maestro Zhou, modelo de rectitud, que siempre otorga los primeros puestos a quienes demuestran estar bien versados en los cánones. No veo por qué los presidentes de examen de este año hayan de dejar a un lado a hombres de tal valía.

El licenciado Yan lo decía porque sabía que los dos hermanos habían sacado puestos poco meritorios con el presidente de examen Zhou; ellos entendieron la pulla y dejaron de hablar de exámenes. Ya a punto de acabar el banquete, salió a colación las denuncias contra el licenciado y dijeron:

—El magistrado Tang estaba furioso. Suerte que vuestro hermano supo ver el fondo y logró apaciguarlo.

—Flaco servicio el de mi difunto hermano —dijo el licenciado Yan—, que de haber estado yo en casa, unas palabras mías al magistrado Tang, y a fe que les hubiésemos quebrado las piernas a esos miserables de Wang el Segundo y Huang Mengtong. ¿Cómo osa esa gentecilla tomarse tales libertades con hombres de mi condición?

—Más vale ser generoso —dijo Wang Ren.

El licenciado se puso colorado. Seguían haciendo brindis, cuando entró la nodriza con el niño a cuestas y dijo:

—La señora me manda preguntar al señor para cuándo es el enterramiento, y dice que no sabe si este año es propicio, y si hay que enterrarlo con los antepasados o en otro sitio. Que si no es molestia para el señor, lo hable con los dos cuñados.

—Dile a tu señora que yo no pararé mucho en casa, pues he de marchar con mi hijo segundo a la capital provincial para su boda en la casa de Zhou. Del funeral que se ocupen los cuñados. Y nada de enterrarlo con los antepasados; que se le busque otro lugar. Hablaremos de ello cuando yo vuelva.

Dicho esto, dio las gracias, se levantó del asiento y marchó a casa, cosa que también hicieron los dos hermanos.

Unos días más tarde, el licenciado partió con su hijo a la capital provincial, quedando la viuda al cuidado de los negocios domésticos. Viose así, de pronto, poseedora de una fortuna más grande que la Osa Mayor, y de tantos criados como jamás imaginara, amén de ganado y grano en cantidades fabulosas, y feliz pasaba los días. Poco sabía que el Cielo Augusto no tiene ojos y desampara a los buenos, pues ocurrió que el hijo cogió la viruela, y la cogió con tanta calentura, que los médicos decían que la enfermedad era peligrosa y le recetaron cuerno de rinoceronte, coptis y diente de hombre;[129] pero el sarpullido no se iba. Y aunque la madre imploró angustiada a los dioses e hizo votos por doquier, todo fue en vano, pues al séptimo día, el niño blanco y regordete se fue de este mundo. Esta vez, la señora Zhao lloró más que a la muerte de la primera esposa, y más aún que a la del marido. Tres días seguidos pasó anegada en llanto, hasta quedar sin lágrimas, al cabo de los cuales enterró al hijo.

Quedó la viuda sin sucesor de la línea paterna, y resolviendo adoptar al quinto hijo del licenciado Yan, para hablar de ello llamó a su casa a los cuñados; pero éstos no las tenían todas consigo y al fin dijeron:

---

[129] Medicinas todas ellas muy caras y de difícil adquisición en la época. El cuerno de rinoceronte (*xijiao*) se empleaba para curar la locura, la tisis y las úlceras; el coptis (*huanglian*) para el mal humor, la disentería, la conjuntivitis y las hinchazones, y el diente de hombre (*renya*), molido y calcinado, para la viruela.

—Nada podemos decir nosotros, que el licenciado Yan no está en casa, y puesto que se trata de su hijo, la determinación recae en él. ¿Con qué derecho vamos nosotros a meternos en sus negocios?

—Señores hermanos, la busca de sucesor es cosa que no admite retardo, pues mi marido ha dejado propiedades, y los criados han quedado sin protector al irse de este mundo su legítimo heredero. ¿Y quién sabe cuándo volverá el licenciado Yan? El quinto hijo aún no ha cumplido los doce años, y de adoptarlo, su padre puede dar por seguro que yo lo querré y criaré como es debido. En sabiéndolo la madre, me lo han de traer en palmas, y el padre nada dirá al volver. ¿Cómo no van a poder dar su parecer v. mds., que son sus cuñados?

—Bien —dijo Wang De—. Iremos a su casa y hablaremos con la mujer.

—¿Cómo puedes decir tal, hermano? —objetó Wang Ren—. La adopción de un hijo es cuestión muy trascendente y nosotros, gente de distinto apellido, no tenemos ni voz ni voto en ello. Mas como la señora Zhao hace tanta instancia, más vale escribir unas letras y mandarlas al punto con un criado a la capital, urgiendo al licenciado Yan a que venga para hablarlo.

—Es lo mejor —dijo Wang De—, que cuando vuelva, no tendrá qué decir.

—Eso está aún por ver, hermano —dijo Wang Ren, meneando la cabeza y sonriendo—; mas es cuanto podemos hacer.

La viuda quedó confundida y los hermanos, tal como habían dicho, escribieron una carta y despacharon a Laifu, criado de la familia, a la capital provincial, dándole órdenes expresas de no hacer represa hasta no haberla entregado al señor.

Llegado Laifu a la capital, preguntó aquí y allá, y averiguando que el señor paraba en la calle de los Cimientos Altos, llegó a la casa, aunque prefirió aguardar fuera al ver a sus puertas dos pares de guardianes con birretes rojinegros y muy buenos látigos; mas poco aguardó, pues al rato salió Cuatrojarros,[130] criado del licenciado, quien al verlo allí le preguntó el propósito de su visita y mandó que lo dejasen entrar. En el salón había una silla de manos muy ornamentada, y a su lado un parasol con un rótulo que decía: «Sala Primera del Distrito.» Cuatrojarros anunció la visita, y tocado con sombrero de seda crespa, hábito oficial y botas negras de suelas blancas, salió al cabo el señor, sazón en que Laifu se adelantó, selló con la frente el suelo y le hizo entrega de la carta.

—Ya entiendo —dijo el licenciado Yan después de leerla—. Mi hijo se casa hoy; quédate aquí a mi servicio.

Con que Laifu se dio a merodear por la cocina, donde vio a los cocineros aderezando el banquete, y subiendo al piso pasó por la puerta de la alcoba, engalanada en verde y escarlata, mas no se aventuró a entrar.

Caía ya el sol por poniente y aún no asomaba un solo músico. El hijo segundo, encapillado en su bonete nuevo y su fajín escarlata, el pelo enguirnaldado de flores, paseaba impaciente de un lado a otro, preguntándose por qué no venían, y el licenciado, que estaba en la sala, dio una voz a Cuatrojarros ordenándole traerlos de inmediato, a lo que el criado respondió:

---

[130] Sidouzi, «cuatro jarros». Los criados solían ser conocidos por un sobrenombre alusivo a alguna de sus cualidades o por el apodo (propicio, por lo general) que le ponían los amos (en esta versión española los sobrenombres han sido traducidos cuando el contexto así lo recomienda o se prestan a ello. Por esta razón —inequivalencia del tono narrativo— no hemos traducido, por ejemplo, el nombre de Laifu, el criado que aparece anteriormente, que significa «Riqueza Que Viene»).

—Señor, hoy es día fasto y los músicos están muy atareados en otras casas,[131] que aún dándoles ocho décimos de onza, no consentirían en venir; y el señor solamente les ha dado dos décimos y cuatro centésimos, esquilmando, de añadidura, dos centésimos al peso, y avisando a la casa de Zhang para que los obligara a venir. ¿Cómo voy yo a traerlos?

—¡Sandeces! —rugió el licenciado—. ¡Tráelos, y presto, que si llegan tarde, para ti serán los bofetones!

Y Cuatrojarros salió echando las muelas, diciéndose por lo bajo: «Ni un tazón de arroz nos ha dado desde esta mañana, y ahora se me viene con tanta podrida pompa.» De suerte que a la hora de encender los candelabros, ni el propio Cuatrojarros aparecía; y ya que los silleteros y guardianes de birretes rojinegros andaban harto impacientes, los conocidos que estaban en la sala dijeron: «No aguardemos a los músicos, que la hora propicia ha llegado. Que vayan a buscar a la desposada.» Y, flabelos al hombro, abrieron camino los guardianes, y con Laifu a la zaga del palanquín llegaron al fin a la casa de la desposada, cuyo dilatado patio aún estaba sumido en la oscuridad, pese a los muchos candelabros y velas que habían encendido. Como no había un solo músico en la comitiva, los cuatro guardianes gritaron en sucesión para anunciarse, haciéndolo con tanto ahínco, que Laifu, muerto de vergüenza, los instó a callar, momento en que en la casa de Zhou oyeron una voz que decía:

—Con todo el respeto al licenciado Yan, si hay músicos sale la novia en su palanquín, y si no, no sale.

Y grande fue el griterío que se armó, aunque la providencia quiso que por fin Cuatrojarros llegase con dos músicos, un flautista y un tamborilero, los cuales entraron en el salón y se pusieron a tocar tan desacordadamente, que los convidados de ambas partes no podían refrenar la risa. La familia Zhou alborotó un rato, mas como no podía hacer otra cosa, acabó dando su brazo a torcer; mandaron traer el palanquín, en él montó la novia, y sobre el resto no es menester extenderse.

Pasados una docena de días, el licenciado Yan mandó a Laifu y a Cuatrojarros a apalabrar[132] un par de barcas con destino a Gaoyao, lo que hicieron los criados con unos barqueros del mismo distrito, con los que ajustaron el lanchaje en doce onzas de plata, pagaderas a la llegada para las dos barcas, una para los recién casados, la otra para el licenciado.

Llegado que fue el día señalado, se despidieron de los parientes, y llevando consigo un par de letreros, uno en caracteres dorados que decía: «Sala Primera del Distrito de Chao», y otro sobre fondo blanco que rezaba «Solemne silencio en los que han de apartarse»,[133] amén de cuatro lanceros, y con el acompañamiento de unos músicos que habían llamado, llegaron a las barcas y embarcaron entre parasoles y batintines. Los barqueros, muy amedrentados, atendieron con harta diligencia a pasajeros tan principales, no abriendo la boca en todo el viaje.

El día de la llegada, faltando ya apenas tres o cuatro leguas para arribar a Gaoyao, el licenciado Yan, que estaba apaciblemente sentado, empezó como a marearse; los ojos nublados y vomitando una babilla clara, gritaba: «¡Estoy enfermo, estoy enfermo!», mientras Laifu y Cuatrojarros lo tenían de los brazos, cada uno a un

---

[131] Ya que en los días propicios abundaban las bodas, los entierros y otras ceremonias para las que era habitual la contratación de músicos.

[132] *Xie*, «contratar por escrito». El alquiler de una barca o carruaje para un trayecto o período largo exigía la firma de un contrato en el que, entre otras cosas, el usuario se comprometía a reparar o sufragar los posibles daños o pérdidas.

[133] *Sujing huibi*. «Los que han de apartarse» o abstenerse en determinadas situaciones son los funcionarios cuyos dictámenes, en los exámenes imperiales (y juicios), podrían mostrar parcialidad debido a su conexión con los implicados.

lado, acomodándolo en la cámara. Doliéndose sin parar ordenó a Cuatrojarros hervir agua, lo que éste hizo con ayuda de los barqueros, y ya que le llevaron un cuenco lleno a la cámara, el licenciado cogió una llave y abrió un cofre, y sacando de él un envoltorio en que había una docena de barquillos, comió unos pocos, se restregó la tripa, soltó un par de ventosidades y se sintió mejor. Los pocos barquillos que sobraron quedaron en el coronamiento de popa, al alcance del timonero, famoso zampatortas, el cual, viendo que el licenciado no se acercaba a ellos, siguió manejando con la mano izquierda y comiéndoselos de a uno con la derecha. El licenciado Yan hizo como que no lo veía.

Poco después, llegando al embarcadero, el licenciado ordenó a Laifu alquilar dos sillas de mano, aderezarlas con las insignias oficiales y escoltar en ellas a la joven pareja, y a los cargadores sacar su bagaje y ponerlo en el muelle. Concluida la mudanza, los cargadores y barqueros pidieron el lanchaje, sazón en que el licenciado volvió a la cámara, y haciendo como que buscaba no se qué cosa por los cuatro costados, preguntó al cabo a Cuatrojarros:

—¿Donde está mi medicina?

—¿Qué medicina?

—La que hace un rato me estaba tomando, que puse en la tabla de popa.

—¿Habla el señor de esos barquillos que estaban sobre la tabla? —preguntó el timonero—. Como el señor no los quería, un servidor se los comió.

—¡Pues baratos me salieron esos barquillos que te has comido! —exclamó el licenciado—. ¿Tú sabes de qué estaban hechos?

—De pepitas de calabaza, nueces, azúcar y harina, como todos los barquillos —dijo el timonero.

—¡Sandeces! —rugió el licenciado—. ¡Los centenares de onzas de plata que he gastado en esa medicina para curarme los mareos, que el ginsén de que está hecha me lo trajo el señor Zhang, de la capital provincial, cuando era oficial en Shangdang, y el coptis me lo trajo el señor Zhou estando destinado en Sichuan! ¡Miserable! ¡Como echar margaritas a puercos![134] ¡Fácil lo dice, barquillos! Y lo de menos son las onzas que me costó; pues, ¿qué tomaré ahora cuando me dé otra vez el mareo? «De noche no veía la punta de la lanza, y el bandido se la clavó en la panza.»[135] ¡Mala jugada me has hecho, desdichado!

Y ordenó a Cuatrojarros abrir el cofrecillo de tarjetas de visita, escribiendo en una de ellas: «Que este miserable sea llevado a la audiencia del señor Tang, e interrogado luego de recibir unas buenas docenas de palos.» Al verlo, el timonero se asustó, y con una sonrisa de disculpa dijo:

—Lo que un servidor comió estaba muy dulce, y no podía representarse que era medicina, que creyó eran barquillos.

—¡Y aún porfía en llamarlos barquillos! —bramó el licenciado—. ¡Di otra vez que eran barquillos, y te llevas unos buenos bofetones!

Escrita la nota, la entregó a Cuatrojarros, y como éste saltara al punto a tierra firme, los cargadores y los barqueros lo detuvieron, y muy asustados dijeron:

—Señor Yan, este hombre hizo mal, pues no debió comer la medicina; pero es tan pobre, que aun vendiendo la barca jamás os pagara esas docenas de onzas, y

---

[134] Zhu Bajie *chi renshen*, *quan bu zhi ziwei*, lit. «el Cerdo de las Ocho Abstinencias no sabe apreciar el sabor del *ginseng*». El Cerdo de las Ocho Abstinencias, símbolo de la glotonería y la lujuria, es uno de los personajes principales de *Peregrinación al Oeste*, la famosa novela de Wu Cheng'en que cita el prólogo. Otro refrán equivalente es *Dui niu tan qin*, «tocar el laúd delante de un buey».

[135] *ban yeli bu jian le qiang touzi —— nang dao zei duli*. Una lectura alternativa, la que procede en este caso, si sustituimos el verbo *nang* («clavar») por un homófono que significa «embuchar», «comer a dos carrillos», sería: «De noche no veía la punta de la lanza, y el bandido se lo embuchó en la panza.»

mandarlo a la audiencia es tanto como llevarlo a la ruina. Hacednos merced, señor, y perdonadlo, sed generoso.

Mas como el licenciado se enojara aún más, pues no hacía que bramar como el trueno, unos pocos mozos de cordel[136] subieron a la barca y dijeron a los barqueros:

—Vosotros tenéis la culpa, que de no haberle pedido los dineros al señor Yan, ya estaría en paz en su palanquín, mas lo detuvisteis y descubrió lo de la medicina. ¿A qué aguardáis para pedirle perdón de rodillas? ¿Qué queréis, no reponer la medicina al señor Yan y que encima os dé dinero?

Con ello, forzaron al timonero a dar unos cabezazos contra el suelo, lo que pareció aplacar al licenciado Yan, que dijo:

—Como todos me pedís por él, y yo estoy muy ocupado por las bodas de mi hijo, por ahora voy a soltar a ese miserable; ya le arreglaré las cuentas más tarde, que así se vaya volando al cielo, no se libra.

Terminados los improperios, montó en la silla, la cabeza muy alta, y seguido de los criados que cargaban el bagaje, partió, dejando a los barqueros con un palmo de narices.

Ya en casa, el licenciado Yan mandó al hijo y a la nuera honrar los manes familiares, llamando al cabo a su esposa para recibir ambos también los honores; mas la esposa se hallaba a la sazón mudando cosas de un lado a otro de la casa, en medio de gran alboroto.

—¿Qué hacéis? —le preguntó el licenciado.

—¿Pues no os dais cuenta cuán chicos son los cuartos de esta casa, que aparte de éste, no hay otro decente? —dijo la mujer—. ¿No vais a acomodar aquí a la nuera, viniendo de tan buena familia?

—Vamos —dijo el licenciado—, que ya hace tiempo lo tengo resuelto; ¿a qué tanto trajinar a tontas y a locas? ¿Es que no les basta la casa de mi hermano, tan grande que es?

—Cuartos no le faltan; mas, ¿cómo vais a mudar allí a vuestro hijo?

—Mi hermano no tuvo hijos; ¿no habría que nombrarle sucesor?

—Ella quiere adoptar a nuestro hijo quinto.

—¿Y a ella qué se le da? ¿Quién se cree que es? Si yo nombro sucesor, ¿qué más tiene que decir?

Escuchaba la mujer sin saber qué pensar, cuando vieron llegar un criado de la viuda Zhao, que dijo:

—La señora Segunda ha sabido de la vuelta del señor, y le ruega que vaya a platicar con ella; también están los dos cuñados.

Con ello, el licenciado marchó a casa de la viuda, y luego de charlatanear un rato con Wang De y Wang Ren, llamó a algunos criados y les dijo: «Barred el cuarto principal, que mañana se mudarán aquí el señorito Segundo y su esposa.» Al tener noticia de ello, la viuda concluyó que el licenciado quería nombrar sucesor a su hijo segundo, y llamando a un lado a los cuñados, les preguntó:

—Hermanos, ¿qué propósito trae el señor? Si viene la nuera, habrá de quedarse a vivir en los trascuartos, para cuidar de la casa, y no en los aposentos fronteros. ¿Cómo quiere que me mude yo a los trascuartos? ¿Quién tal viera, que la nuera viva en los aposentos principales, y la señora suegra en los de los costados?

—No os precipitéis —apuntó Wang Ren—, que por mucho que diga, siempre habrá de consultarnos.

---

[136] *Jiaozi*, lit. «pies», nombre vulgar para designar a los mozos de carga y ganapanes.

Dicho esto, salieron y se reunieron con el licenciado, con el que hablaron un par de palabras insustanciales y bebieron una taza de té, entrando en eso un criadillo de su casa que les dijo: «Los condiscípulos de los señores los aguardan para la tertulia», con que los hermanos se despidieron y salieron.

El licenciado Yan los acompañó a la puerta, y al volver acercó una silla y se sentó; y haciendo venir a la docena de criados de la casa, comenzó a dar órdenes:

—Mi hijo segundo viene mañana a vivir aquí, en calidad de sucesor; será vuestro amo, y debéis servirle bien. Como la concubina Zhao no tiene hijos, el señorito la tratará de concubina paterna, y ella no tiene ningún derecho a quedarse en los aposentos principales. Decid, pues, a vuestras mujeres que limpien los laterales, y llevad allí las cosas de ella, y aprestad los principales para el señorito. Y que quede bien claro: el señorito la llamará «esposa nueva», y ella a él «señorito segundo», y a su mujer, «ama segunda» o «señora segunda»; y cuando venga mi nuera, la concubina Zhao será la primera en presentarle respetos, y mi hijo la saludará con una venia. Nosotros, la gente principal, no podemos descuidar la observancia de estos grandes ritos. Las cuentas de tierras, casa y réditos, ponedlas al día esta noche, y me las dais a mí para revisar antes de pasarlas a mi hijo. Las cosas serán ahora muy otras de como eran con el antiguo amo, que dejaba llevar todo lo de la casa a la concubina Zhao, y ésta sisaba cuanto quería a hurtadillas con la ayuda de unos miserables como vosotros. De ahora en adelante, al miserable que haga por engañarme le doy treinta palos y lo llevo al magistrado Tang para que me las pague.

Los criados asintieron y se retiraron, y el licenciado volvió a su casa. Cumpliendo lo mandado, apremiaron a la viuda Zhao a mudar de cuarto, y ésta recibió a los criados con tales maldiciones, que no osaron tocar cosa alguna; mas, disgustados de sus aires de grandeza y el maltrato que les daba, unos poco volvieron al cuarto y le dijeron:

—¿Cómo vamos a desobedecer las órdenes del amo? Después de todo, él es el dueño y señor. ¿Qué pasa si se enoja?

La viuda clamaba al cielo, plañía, echaba pestes cuando no lloraba, lloraba cuando no echaba pestes, y en ello anduvo toda la noche. Al otro día, subió a la silla de manos y fue a ver al magistrado Tang, y en la audiencia matinal aireó sus agravios. El magistrado le pidió la denuncia por escrito, y al día siguiente sentenció: «Ordeno que la familia en pleno resuelva y me dé respuesta.»

Al conocer la sentencia, la viuda dispuso en su casa mesas para un banquete y convidó a Yan Zhenxian, patriarca de la familia y jefe de la comunidad de los doce distritos de la ciudad,[137] y a otros parientes. Y todos aparecieron; pero si a alguno temía en este mundo el patriarca Yan Zhenxian, era al respetable señor licenciado Yan, y de ahí que declarase:

—Yo soy el patriarca de la familia, pero este caso atañe solamente a los parientes más cercanos. Es cuanto puedo decir, a tenor de la orden del magistrado.

Wang De y Wang Ren siguieron sentados como estatuas de palo, sin decir esta boca es mía; en cuanto al hermano menor de la viuda, Zhao el Segundo, empleado en la tienda de arroz, y el sobrino, el que manejaba la hornaza del platero, nunca habían asistido a un acontecimiento social de tanta consecuencia, y cada vez que querían abrir la boca, el licenciado hacía un ruido sordo y los miraba tan furibundamente, que no

---

[137] *Cheng zhong shi-er du de xiangyue*. Las comunidades o «pactos comunitarios» (*xiangyue*) eran pequeños gobiernos locales autogestionados, autorizados por la corte y comprometidos entre sí por el pacto que les da nombre a gestionar todo lo concerniente a principios de conducta, relaciones familiares y comunitarias, cooperación en proyectos (irrigación, etc.) y otras actividades sociales. «Distritos» es aquí traducción de *du*, «sector» de una población.

osaban hablar; además, no cesaban de repetirse: «Ella siempre tuvo en muy alta estima a estos dos hermanos Wang, y a nosotros jamás se ha dignado mirarnos; no hay razón para provocar al licenciado por su culpa, que pobre del que ose espantarle moscas al tigre. No, que acabaríamos ofendiendo al licenciado.»

La viuda, escondida detrás de un biombo, desesperaba como hormiga sobre marmita caliente, y de que vio que ninguno iba a dar la cara por ella, asomó de su escondrijo y sacó a la luz los trapos sucios de todos; gritaba, lloraba, dábase golpes de pecho, pataleaba, y gentil fue la trisca que armó.

—Es claro que esta arpía procede de casa miserable —gritó el licenciado, perdida la paciencia—. ¿Quién de nosotros, gentes distinguidas, iba a conducirse de tal guisa? ¡Si sigue reventando, le doy una zurra y llamo a una casamentera para que la case por ahí!

Al oírlo, la viuda lloró y vociferó aún más. Sus gritos llegaban al cielo; quería echarle mano al licenciado, y lo hubiese hecho pedazos de no ser por las criadas, que la contuvieron. Viendo los otros la mala derrota que tomaba el caso, escoltaron a su casa al licenciado y en un instante se dispersó la reunión.

Al otro día, volvieron a juntarse para deliberar la respuesta que por escrito debían dar al magistrado. Wang De y Wang Ren dijeron: «Nuestra condición de licenciados pensionistas no nos permite intervenir en pleitos.» Y no quisieron que sus nombres figurasen en parte alguna. De manera que a Yan Zhenxian, el patriarca, le fue forzoso despachar la respuesta en unas pocas palabras, por demás harto confusas:

> *Damos por cierto que la señora Zhao fue concubina*, *y también que el Licenciado Yan estima contrario a la Ley y a la Jurisprudencia el que su hijo la reconozca como a madre*. *Sea como fuere*, *provea V.E*.

Pero resultó que el magistrado Tang era también hijo de concubina, y en leyendo la respuesta se dijo: «Las normas se fundamentan en la ley, mas la razón última en los sentimientos humanos, y este licenciado Yan es sobremanera fastidioso.» Y dictó la siguiente sentencia:

> *Es notorio que la señora Zhao fue hecha esposa*, *y como tal no ha de ser tenida por concubina; si el Licenciado Yan no consiente en que su hijo sea nombrado sucesor*, *escoja a otro la señora Zhao a su libre albedrío*.[138]

Al menos una docena de estadales se elevó en el cielo el humo que le salió de la coronilla al licenciado Yan al conocer la sentencia. Apeló a la prefectura, pero el prefecto también tenía concubinas, y si al principio se desentendió ordenando su investigación en el distrito de Gaoyao, luego, al recibir el memorial del magistrado, y ya convencido de que el licenciado era un buscapleitos, falló:

> *Declaro firme la sentencia del Magistrado*.

Muy furioso, el licenciado apeló al juez provincial, y éste dictaminó:

> *Competen al Prefecto y al Magistrado de Distrito las provisiones de tan trivial caso*.

[138] Según las leyes de la dinastía Qing, el padre o la madre podían repudiar al hijo adoptivo cuando no estuvieran contentos con él. El magistrado Tang se acoge a esta ley al dictar sentencia.

No podía hacer cosa alguna el licenciado, mas tampoco estaba dispuesto a aceptar el fallo, y al cabo pensó para sí: «El comisario de estudios Zhou es pariente de mi nuera; me llegaré a la capital y le pediré que lleve el caso al Consejo,[139] para recobrar la honra que mi estado merece.»

Y, por causa de ello,

Cosecha honores excelsos
Un viejo e ilustre letrado;
Un joven de gran talento
De un tirón sube de grado.

Pero para saber si el licenciado obtuvo o no autorización para seguir el proceso, tendrás que leer el siguiente capítulo.

[139] Consejo de Justicia, se sobrentiende.

CAPÍTULO VII

EL COMISARIO FAN REVISA LISTAS PARA PAGAR LA MERCED DEL MAESTRO; EL SUBDIRECTOR WANG ENALTECE LA AMISTAD DESDE SU RESIDENCIA EN LA CORTE

Sobre el nombramiento de sucesor pusieron pleito al licenciado Yan, y éste lo perdió en el distrito, en la prefectura y con el juez provincial, de suerte que determinó ir a la capital con la idea de hacer valer su condición de pariente del comisario Zhou, para llevar su caso al Consejo. Ya en la capital, tuvo noticia que el comisario Zhou había sido ascendido a preceptor del Colegio Imperial,[140] y sin achicarse por ello, con gran osadía le hizo llegar su esquela, en la que había escrito: «Vuestro pariente de generación posterior.»

Al recibir la esquela de manos de un ordenanza, el preceptor Zhou quedó pensativo, pues no recordaba tener tal pariente. Dudaba quién podría ser, cuando el ordenanza le trajo otra esquela,[141] ésta sin ningún adorno de parentescos y con un nombre a secas: «Fan Jin.» El preceptor Zhou recordó que era el bachiller que había examinado en Guangdong, y sabiéndolo aprobado en el examen provincial, dio por hecho que venía a la ciudad para presentarse al metropolitano y ordenó hacerlo pasar sin dilación.

Así entró, Fan Jin ponderó con cortesía la benevolencia del maestro, y arrodillándose besó una y otra vez con la frente el suelo, en señal de gratitud. El preceptor lo ayudó con ambas manos a levantarse, le ofreció asiento y le preguntó:

—¿Conocéis, mi docto amigo,[142] un licenciado Yan, paisano vuestro? Acaba de pasarme esquela de pariente y dizque viene a saludarme. Al ordenanza le ha dicho ser de Guangdong; pero yo no tengo tal pariente.

—En la puerta acabo de verlo —dijo Fan Jin—. Es de Gaoyao y pariente del señor Zhou, del mismo distrito. No sé si el maestro es de la misma familia.

—El apellido es el mismo, pero no estamos emparentados.[143] No tenemos nada que ver —dijo el preceptor.

Y llamando al ordenanza, le dijo: «Di a ese licenciado Yan que estoy muy ocupado con negocios oficiales y no puedo recibirlo. Y devuélvele la esquela.»

El ordenanza asintió y salió, y el preceptor Zhou quedó hablando muy amigablemente con el graduado Fan. Decíale:

—Por las listas de Guangdong he sabido que os habéis distinguido en el examen provincial, mi docto amigo. He estado aguardando vuestra llegada a la capital. ¿Cómo os habéis demorado tanto?

---

[140] Los tres cargos principales del Colegio Imperial eran, por orden de importancia, los de «gran libador» (*jijiu*), «preceptor» (*siye*) y «doctor» (*boshi*).

[141] *Shouben*, tarjeta de visita presentada por un funcionario inferior a otro superior o por el discípulo al maestro. Podían tener las formas más diversas. Las fórmulas más comunes de presentación, escritas encima del nombre, eran «este humilde empleado» (*beizhi*), «vuestro menor en edad» (*wangsheng*) y «vuestro discípulo» (*menxia*). Fan Jin presentó la tarjeta con el nombre a secas.

[142] *Xianqi*, «virtuoso amigo» o «docto amigo», tratamiento cortés del maestro al discípulo.

[143] *Bu ceng xuguo*, lit. «nunca ha estado en el orden [genealógico]», «no existe relación familiar», y por tanto es falso el parentesco con el comisario de estudios Zhou que se arroga el licenciado Yan en el capítulo VI.

Y como el graduado Fan respondiera que había estado de luto por su madre, el preceptor dejó escapar un suspiro y dijo:

—Aunque os hayáis demorado algún que otro año, mi docto amigo, muchas son vuestras prendas, y doy por cierto que esta vez seréis aceptado como graduado de palacio.[144] De añadidura, me he permitido encomiar vuestra gran fama ante eminentes oficiales, y todos están deseando teneros por maestro. Ocupaos tan sólo de estar tranquilo en vuestra morada, profundizando en vuestros estudios; que si andáis escaso de dinero, yo os sabré ayudar.

—Vuestro discípulo recordará de por vida tan generoso patronazgo, maestro.

Hablaron largo tiempo, y el graduado Fan se quedó a comer, retirándose al cabo. Concluidos los exámenes, Fan Jin, como era de esperar, obtuvo el título de graduado de palacio. Diósele cargo oficial, y luego, por examen, se recibió de inspector.

Pasados unos años fue nombrado comisario de estudios de la provincia de Shandong; el mismo día del nombramiento fue a visitar al preceptor Zhou, quien le dijo:

—Aunque Shandong sea mi provincia natal, no quiero molestaros con ninguna encomienda. Recuerdo, sin embargo, que siendo maestro de párvulos, tuve un alumno que se llamaba Xun Mei, a la sazón de siete años, aunque ahora, pasados más de diez, debe de ser ya todo un hombre. Procede de familia de labriegos, y no sé si habrá completado sus estudios. Si se presenta a examen, os ruego, mi docto amigo, leáis su examen con mucho encarecimiento, y si veis que tiene talento, hacedme merced de recomendarlo, con que colmaréis mi deseo.

El ruego lo esculpió Fan Jin en el corazón, y partió a ocupar su puesto en la provincia de Shandong. Y después de estar revisando exámenes la mayor parte del año, llegó en su gira de estudios a la prefectura de Yanzhou, donde ya estaban aprestados los tres cobertizos para la celebración de las pruebas. Pero entre unas cosas y otras olvidó la encomienda del preceptor Zhou, recordándola apenas la noche anterior a la publicación de los resultados. Decíase: «¡Pues buen cumplidor de encargos soy, que el maestro me recomienda a Xun Mei, del distrito de Wenshang, y quedo de brazos cruzados! ¡Qué descuido el mío!»

Y con gran diligencia revisó las composiciones de los aprobados; y como el nombre de Xun Mei no figuraba en ninguna, miró las composiciones de los suspensos, confrontando uno por uno nombres y números de celda; mas luego de examinar más de seiscientas, el nombre de Xun Mei seguía sin aparecer por ningún lado, y él estaba cada vez más angustiado.

Dándole vueltas a la cuestión seguía cuando se reunió a cenar con sus secretarios, y éstos no sabían qué hacer; hasta que uno de ellos, un joven que llamaban Qu Jingyu, tomó la palabra y dijo:

—Señor, este caso me recuerda una vieja historia. Hace unos años, un viejo letrado promovido a comisario de estudios se hallaba en un banquete en la residencia del señor He Jingming, cuando éste, borracho, gritó: «En Sichuan, ni las composiciones del mismo Su Shi merecerían más allá del sexto grado.» El viejo letrado tomó buena nota de ello, y tres años más tarde, a la vuelta de sus obligaciones en Sichuan, topó de nuevo al señor He y le dijo: «Señor, he estado en Sichuan tres años, y revisado todas las composiciones con gran cuidado, mas no he encontrado ninguna de Su Shi. No se habrá

---

[144] Nangong *yiding ruxuan*, «seréis de seguro elegido para entrar en el Palacio del Sur», «seréis graduado de palacio». El Palacio del Sur era el Consejo de Ceremonial (Libu), institución que convocaba los exámenes metropolitanos. Como gran parte de los graduados metropolitanos acababan obteniendo la graduación de palacio, en el texto se suelen emplear indistintamente ambos términos.

presentado.»[145] ¿A propósito de qué —prosiguió el joven, ocultando su risa tras la manga— os citó vuestro honorable maestro el nombre de este Xun Mei, señor?

El comisario Fan era hombre recto, y poco podía representarse que le estaban haciendo burla. El ceño arrugado, dijo:

—Si la composición de Su Shi no era buena, poco importaba hallar o no su nombre; pero Xun Mei es recomendado del maestro, y si no lo encuentro, será para mí gran deshonra.

—Si es del distrito de Wenshang —dijo Niu Buyi, un secretario ya entrado en años—, más vale revisar la docena de exámenes de los ya admitidos; que si su examen es de los mejores, puede haber aprobado antes sin que nosotros lo sepamos.

—¡Es cierto, tenéis razón! —dijo el comisario.

Y revisando la docena de exámenes de los que ya habían sido admitidos, vio que el primer nombre era el de Xun Mei, con que la cara se le iluminó de felicidad y sus angustias de ese día desaparecieron.

A la mañana siguiente, proclamados los resultados, fueron citados en primer lugar los licenciados procedentes de las escuelas. El comisario nombró los del primero, segundo y tercer grados, y al llegar al cuarto, correspondiente al distrito de Wenshang, llamó al cabeza de la lista, un tal Mei Jiu, y cuando ya lo tuvo ante sí y de rodillas, muy enfadado le dijo:

—La composición literaria es el oficio primordial del letrado. ¿Cómo podéis escribir tales monstruosidades? Es obvio que dejáis a un lado los deberes de vuestro oficio y os metéis en cosas que no os importan. Habría de poneros en la cola; pero seré indulgente, y solamente os castigaré con la férula,[146] como es de ley.

—Estaba enfermo ese día, señor —dijo Mei Jiu—, y por eso hay tanta sinrazón en mi examen. ¡Hacedme merced, señor!

—Son las provisiones del Gobierno Imperial, y yo no puedo contrariarlas. ¡Servidores, subidlo al potro y castigadlo conforme a ley!

Y ya uno de los servidores[147] lo arrastraba al potro de tortura, cuando Mei Jiu, desesperado, gritó:

—¡Señor, piedad, hacedlo por mi patrón!

—¿Quién es vuestro patrón?

—El señor Zhou Kuixuan, que también llaman Zhou Jin, preceptor del Colegio Imperial.

—¿Así que sois discípulo de mi maestro, el señor Zhou? Bien, por esta vez no habrá castigo.

Y soltándolo el servidor, Mei Jiu se arrodilló y el comisario le dijo, a modo de advertencia:

—Siendo protegido del maestro Zhou, mayor razón hay para que estudiéis, pues, ¿no mancilláis su nombre[148] haciendo composiciones como ésta?. De ahora en adelante

---

[145] Su Shi o Su Dongpo (1037-1101), el célebre poeta de la dinastía Song, vivió cinco siglos antes de este episodio. La broma pretende dejar en evidencia la ignorancia en materia poética de algunos presidentes de examen. El sexto grado era el más bajo de los obtenidos en los exámenes anuales (*suikao*) convocados en las escuelas por los comisarios de estudios para evaluar el aprovechamiento de los licenciados. Los clasificados por debajo del cuarto grado eran sancionados.

[146] *Jiechi*, «férula», palo o regla que los profesores empleaban para castigar a los alumnos.

[147] *Mendou*, empleado de la escuela encargado de vigilar la puerta (*men*) y distribuir el grano (con el *dou*, utensilio para medir áridos) a los licenciados pensionistas.

[148] *Qi bu you dian menqiang taoli*, lit. «¿Acaso no mancilláis puertas y muros y melocotoneros y perales?», es decir, la reputación del maestro y los buenos discípulos. *Menqiang*, «puerta y pared», es sinónimo de «maestro», y *taoli*, «melocotoneros y perales», de «buenos discípulos». El primer término procede de las *Analectas* («Zizhang») y forma parte de la respuesta de Zigong al comentario según el cual

tendréis que purificar el corazón y enmendaros. Y si la próxima vez que venga me entero que no habéis cambiado, no habrá perdón. ¡Sacadlo!

Con ello, el comisario empezó a llamar a los antiguos bachilleres recién licenciados,[149] llegando a la lista de Wenshang, a cuya cabeza figuraba el nombrado Xun Mei. A su llamada, un gallardo joven contestó y se abrió paso entre los demás.

—¿Sois condiscípulo de ese Mei Jiu que acaba de salir? —le preguntó el comisario.

No pareció comprender Xun Mei, y viendo que no sabía qué responder, el comisario siguió preguntando:

—¿Sois discípulo del maestro Zhou Kuixuan?

—Fue mi maestro en los estudios de bachiller, señor.

—Yo también fui alumno del maestro Zhou —dijo el comisario Fan—. Al salir de la capital, el maestro me pidió mirase vuestro examen; no esperaba yo que salierais el primero de la lista por mérito propio. Sois un joven brillante, y el maestro no os ha enseñado en vano; seguid estudiando con ahínco, y llegaréis alto en la vida.

Xun Mei se arrodilló y dio las gracias. Una vez leídos los otros nombres, el comisario Fan despidió a los nuevos licenciados entre címbalos y trompetas y dio por terminada la audiencia, con lo cual se cerraron las puertas.

Al salir de la residencia, Xun Mei topó a Mei Jiu, que estaba de pie al lado de la puerta, y sin poder refrenar la curiosidad, le preguntó:

—¿Cuándo estudiasteis con nuestro maestro Zhou, señor Mei?

—¿Va a saberlo un joven como vos, que aún no había nacido cuando yo estudié con él? En aquella época, el maestro daba lección en la ciudad y todos sus alumnos eran de familias muy principales. A nuestro distrito vino más tarde, y nada sabéis porque cuando vos ibais a la escuela, yo ya había pasado el examen. Yo siempre tuve con él mucha privanza, y no se cansaba de decir que mis composiciones mostraban gran genio, aun siendo poco convencionales; ésta es la misma crítica que acaba de hacerme el comisario, y ello viene a demostrar que los buenos presidentes de examen no discrepan un pelo en sus criterios. Mirad: el comisario podría haberme pasado entre los del tercer grado, pero en tal caso no habría tenido ocasión de recibirme. Si me ha dado este puesto ha sido a propósito, para recibirme en la residencia y sacar a relucir su benevolencia mentándome su relación con mi patrón. Por esa misma razón os puso a vos el primero. Los letrados no podemos pasar por alto estas sutilezas.»[150]

él era más sabio que su maestro Confucio: «[Si tomamos como ejemplo un palacio], el muro del mío llega en altura hasta los hombros, y el que mire por encima de él podrá distinguir la buena planta de las mansiones. Pero el muro (*qiang*) del [palacio del] Maestro tiene varios estadales de altura, y el que no logre encontrar la puerta (*men*) para entrar en él, no podrá apreciar la belleza del templo de los antepasados ni la magnificencia de sus innumerables dependencias. Pocos hay que hayan encontrado esa puerta». El segundo término procede de *Han shi waizhuan* (VII) y forma parte de unas palabras de Zizhi, ministro del marqués Wen (445-396 aC) de Wei, alusivas a los alumnos que él mismo había formado, opositores suyos, en muchos casos, con el correr de los años: «Si en primavera plantamos melocotoneros y perales (*taoli*), al llegar el verano podremos refrescarnos a su sombra, y en otoño recoger sus frutos; pero si en primavera plantamos abrojos silvestres (*jili*), en verano no podremos siquiera recoger sus hojas, y en otoño sólo producirán espinas».

[149] El comisario había supervisado dos exámenes diferentes: el anual para los ya licenciados, entre los que se encontraba Mei Jiu, y el de licenciatura para los bachilleres, entre los que se hallaba Xun Mei.

[150] Para captar en toda su amplitud la ironía del autor con estas palabras, cabe recordar que en el capítulo II el maestro Zhou es ridiculizado por el nuevo graduado Mei Jiu, y que entre sus alumnos hay un niño que se llama Xun Mei. De lo que el preceptor Zhou dice a Fan Jin en este capítulo se deduce que Mei Jiu lleva una decena de años sin lograr ascender de grado.

Luego de un rato de plática, ambos regresaron a sus alojamientos. Al otro día fueron a despedir al comisario Fan; con que arrendaron un par de mulas y juntos volvieron a Mercado de la Familia Xue, distrito de Wenshang.

Con gran regocijo recibió a Xun Mei al llegar a casa la madre, que vivía en soledad desde la muerte del esposo.

—Los tiempos han venido duros desde que nos dejó tu padre y no quedan más tierras por vender —le dijo—; pero siendo licenciado podrás vivir de las lecciones que des.

Shen Xiangfu, ya viejo, se acercó apoyado en su bastón y le dio parabienes, arreglando con Mei Jiu para colectar entre los lugareños unos dineros con que celebrar el aprobado de Xun Mei. Y con unas pocas de las veinte o treinta sartas de sapecas que recaudaron en todo, la familia de Xun Mei apalabró para el banquete el templo de la bodhisattva Guanyin.

Mei Jiu y Xun Mei fueron los primeros en llegar al templo la mañana del convite; apenas dentro, honraron a la diosa y saludaron al monje, quien dijo:

—Mis parabienes, señorito Xun, pues ahora ya sois licenciado y no en vano vuestro padre fue hombre recto e hizo tantas cosas meritorias en el buen nombre de Buda. En aquel tiempo, cuando entrasteis en la escuela, erais niño y aún llevabais los dos moñitos en la cabeza.[151]

Y señalando un altarcillo, dijo: «Ésta es la tablilla de larga vida en honor del señor Zhou.» Los dos letrados posaron la mirada sobre el altar, aderezado con incensarios y candeleros, y vieron una tablilla conmemorativa con una inscripción en letras doradas que decía: «Por la longevidad, honra y riqueza del venerable señor Zhou, Graduado de Palacio de segundo grado, Inspector de Guangdong, y, al presente, Preceptor del Colegio Imperial»; los caracteres menudos de la hilera de la izquierda decían: «Al señor Zhou Kuixuan, por otro nombre Zhou Jin, natural de este distrito»; y los de la hilera de la derecha, «Ofrenda conjunta de los pobladores de Mercado de la Familia Xue y el Prior del templo de la bodhisattva Guanyin.» Hechas unas reverencias ante la tablilla dedicada al maestro, los dos letrados siguieron al monje a la parte de atrás, donde diera clases[152] el señor Zhou. La puerta abierta daba al río, y en la orilla opuesta la corriente había derrubiado unos buenos codos de tierra, desplazando el cauce hacia la que ellos ocupaban; los cuartos traseros, separados en tres por unos cañizos, de largo ya no hacían las veces de escuela, y el de la izquierda parecía servir de morada a un forastero de Jiangxi, según rezaba un rótulo sobre el cañizo: «Chen Hefu, mago y adivino de la provincia de Jiangxi», el cual debía de hallarse fuera, pues la puerta estaba cerrada; de la pared de la nave central colgaban un par de caligrafías del señor Zhou, cuyos caracteres, sobre el fondo blanquecino que antes fuera grana, decían: «Orienta tu proceder y aguarda el momento», y «Refrena el espíritu y domeña la materia.»

—No deberíais dejar aquí estas caligrafías del venerable señor Zhou —dijo Mei Jiu al monje—. Habríais de rociarlas con agua, desasirlas y encartonarlas para conservarlas mejor.

El monje asintió, y desprendiéndolas con ayuda de un poco de agua, se puso a zangolotear con ellas; y en eso estaba cuando llegó Shen Xiangfu a la cabeza de los demás, con los que festejaron todo el día, dispersándose al cabo. Las sartas de sapecas que aún quedaban las empleó la señora Xun en desempeñar algunas cosas y en comprar

---

[151] *Jiao'er*, moñitos que llevaban los niños a ambos lados de la cabeza.

[152] Lit. donde tenía «instalada la cortina» (*she zhang*) el señor Zhou. Símil tomado de la *Historia de la dinastía Han Posterior* («Historia de Ma Rong»): «El confuciano Ma Rong enseñaba a sus alumnos en un cuarto cuya puerta era una cortina roja.» «Poner la cortina» pasó a ser sinónimo de «enseñar en una escuela».

unas pocas fanegas de arroz, guardando el resto para los viáticos de Xun Mei cuando hubiera de presentarse al examen provincial.

Al otro año, Xun Mei salió el primero en el examen previo de admisión; y como el talento verdadero aflora en la juventud, a poco pasó en alto puesto el provincial. En la Oficina de Administración Provincial le dieron taza, barreño, bonete, insignia y viáticos, con que se presentó sin tardanza a los exámenes metropolitanos, aprobando con el tercer puesto.

Ordenaban las provisiones de la dinastía Ming que los graduados provinciales que aprobaran el examen metropolitano debían alzar un sitial allá donde se albergaran para recibir vasallaje de sus servidores.[153] A ello procedía Xun Mei, cuando un ordenanza entró y anunció: «El señor Wang, del mismo año y distrito, viene a presentar sus respetos»; con que el letrado ordenó a los subordinados retirar el sitial y salió a recibir al visitante. Wang Hui,[154] el pelo y la barba ya canos, lo tomó de la mano y dijo:

—Hermano mayor, nuestro encuentro es cosa del cielo; no somos condiscípulos ordinarios.

Y saludándose respetuosamente, tomaron asiento, sazón en que Wang Hui narró el sueño que había tenido años antes.

—El sueño demuestra —prosiguió Wang Hui— que ambos tenemos las bendiciones del cielo. Trabajemos juntos por el Imperio de ahora en adelante, y ayudémonos en todo.

Xun Mei recordaba haber oído del sueño cuando niño, aunque no alcanzaba a revivirlo; pero comprendió y dijo:

—Vuestro hermano menor es joven, y muy afortunado al estar en vuestra lista, señor. Somos del mismo distrito, y siempre os tendré presente a la hora de pedir consejo.

—¿Habéis alquilado vos mismo esta casa, hermano mayor? —preguntó Wang Hui.

—Así es.

—Es chica y alejada de los lugares importantes; no os conviene vivir aquí. Mirad, hermano mayor, a mí no me falta qué comer, y tengo casa aquí en la capital; venid a vivir en ella, que os acomodará mejor cuando hagáis el examen de palacio.

Con estas y otras pláticas siguieron sentados un rato, marchando al cabo el visitante. Al otro día, unos ganapanes mandados de Wang Hui mudaron el bagaje de Xun Mei a su casa del callejón del Arroz del Río. Y en ella convivieron en buena armonía los dos graduados. Pasado el examen de palacio y proclamados los resultados, Xun Mei salió entre los del segundo grado, y Wang Hui entre los del tercero, siendo ambos nombrados escribanos del Consejo de Obras, y más tarde, desempeñada esta misión, subdirectores de negociado.[155]

Sentados estaban los dos un día en casa, cuando el ordenanza trajo un pliego adornado con unas palabras: «Vuestro menor Chen presenta sus más profundos respetos», en cuyo interior había una esquela que decía: «Chen Hefu, del distrito de Nanchang, provincia de Jiangxi, plático en oráculos y artes adivinatorias, oficios que desempeña en el templo de la bodhisattva Guanyin de Mercado de la Familia Xue, distrito de Wenshang.»

---

[153] *Can tang*, «rendir homenaje en la sala» los alguaciles y criados a sus amos en días señalados o con ocasión de alguna festividad. Los actores que actuaban en casas de funcionarios o nobles también tenían que hacer lo mismo con sus contratadores antes de la representación.

[154] Recordemos que Wang Hui aparece en el cap. II burlándose de la posibilidad de que él, todo un graduado provincial, y Xun Mei, un simple alumno, pudieran ser aprobados en los exámenes metropolitanos al mismo tiempo.

[155] *Yuanwai*, subdirector de departamento, puesto inmediatamente superior al de escribano o secretario (*zhushi*).

—¿Conocéis a este hombre, hermano mayor? —preguntó el subdirector Wang.

—He oído hablar de él, y dicen que tiene muy buena mano para invocar los espíritus. Hagámosle pasar, que nos diga qué glorias nos reserva el porvenir.

Y ordenó hacerlo pasar, apareciendo al punto Chen Hefu, sombrero de teja y túnica de cruda seda ceñida a la cintura, ceniciento de barba y cincuentón en años, el cual hizo una reverencia y dijo:

—Ruego a los señores ocupen el sitial, para que este ermitaño[156] les rinda homenaje.

A ello se negaron con modestia los dos amigos, y saludándolo, le ofrecieron el sitio de honor, con que el subdirector Xun tomó la palabra y dijo:

—Hermano taoísta, no tuve la fortuna de veros un día que pasé por el templo de la bodhisattva Guanyin, en mi humilde distrito.

—Vuestro menor tuvo noticia que habíais ido al templo, señor —respondió con una venia Chen Hefu—, pues tres días antes, el Patriarca del Puro Sol[157] bajó al altar y me dejó escrito que a mediodía menos un cuarto de ese día iría por allí un hombre notable; mas como aún no habíais tenido nuevas de vuestro ascenso, y los secretos del cielo son inviolables, vuestro menor prefirió retirarse antes de vuestra llegada.

—¿Quién os ha enseñado a invocar a los espíritus, hermano taoísta? —preguntó el subdirector Wang—. ¿Podéis invocar solamente al Patriarca del Puro Sol, o también a otros espíritus?

—A todos puedo invocar —contestó Chen Hefu—; emperadores, generales y ministros, héroes, santos y sabios, todos acuden a mi llamada. A decir verdad, hace ya docenas de años que vuestro menor no vaga por los caminos, pues se aloja en palacios de príncipes y residencias de oficiales principales. El año trece de Hongzhi,[158] con el anterior emperador, vuestro menor invocó los espíritus en casa del venerable señor Liu, el ministro de obras,[159] el cual me pidió preguntar al oráculo el porvenir del director general Li Mengyang, encarcelado por acusar al señor Zhang, hermano de la emperatriz; el aparecido fue el Gran Patriarca Duque de Zhou, que escribió: «Cada siete días torna y repite»;[160] y, al séptimo día, el director Li Mengyang fue puesto en libertad, por mandato imperial, con la sola pena de descontamiento de tres meses de emolumentos. Más tarde, el director Li Mengyang me pidió celebrar otra sesión y yo consentí en ello; y aunque mucho tiempo estuvo la varita de las virtudes sin moverse, al cabo se agitó y escribió una poesía cuyos versos finales eran: «Soñé que marchaba al sur y honraba el templo imperial; y a ninguno en él veía de la antigua capital.» Como ninguno de los asistentes sabía quién era el espíritu, y solamente el director Li pareció comprender los versos, sin tardanza quemó incienso y se postró, preguntando con mucho respeto qué emperador hacía el honor; la varita se movió como un rayo y escribió: «Nos, el

---

[156] *Shanren*, «montañés», término que designa al ermitaño que se retiraba a vivir al monte o al campo, empleado también por los adivinos para referirse a sí mismos.

[157] Chunyang Lao Zushi, «Patriarca del Puro Sol»: Lü Dongbin o Lü Yan (c. 796-1016), patriarca del taoísmo Quanzhen, también conocido como «patriarca Lü», «Hui el Taoísta» y Chunyang zi, entre otros nombres. Patrón de los fabricantes de tinta, es una figura muy relacionada con los literatos ya que él mismo fue graduado de palacio.

[158] Esto es, 1499.

[159] Gongbu *datang*, «[el señor de la] Gran Sala del Consejo de Obras». *Datang*, «[señor de la] gran sala», era término respetuoso para las más altas autoridades de los ministerios y otras instituciones en las dinastías Ming y Qing.

[160] *Qi ri lai fu*, «cada siete días torna y [se] repite». Frase del «juicio» o presentación del hexagrama Fu (número 24) del *Libro de los cambios*, alusiva quizás (existen diversas interpretaciones) a la repetición, cada siete días, de un ciclo temporal, a la vuelta a la normalidad sin contratiempos.

emperador Jianwen.» Y todos, muy maravillados, se hincaron de rodillas e hicieron reverencia. Por eso digo que puedo invocar a sabios y emperadores.

—Si tal es vuestro poder, hermano taoísta, ¿sabríais predecir qué grados y títulos nos reserva el porvenir? —preguntó el subdirector Wang.

—¡Cómo no! —contestó Chen Hefu—. El oráculo descubre riquezas y dignidades, triunfos y derrotas, penurias y miserias, longevidades y muertes prematuras; para todo tiene milagrosa respuesta.

—Quisiéramos preguntar qué ascensos y destinos nos aguardan —dijeron los subdirectores, viéndolo hablar tan animosamente.

—Quemen primero incienso los señores.

—Aguardad a que comamos alguna cosa —dijeron los subdirectores.

Y ya comidos, despacharon un ordenanza al albergue del adivino para que trajese la batea de arena y la varita de las virtudes.

—Oren en silencio los señores —instruyó Chen Hefu.

Hechas las oraciones, el adivino se postró, y quemando una fórmula invocatoria, pidió a los subdirectores tuviesen la varita de sus dos cabos; leyó un encantamiento, quemó otra fórmula, ésta iluminatoria, y como la varita se agitara, mandó a un criado traer una taza de té, que presentó arrodillado al espíritu; la varita trazó unos círculos y dejó de moverse. Chen Hefu quemó otra fórmula mágica, pidió silencio e hizo salir a los criados y al mayordomo de la habitación. Pasado el tiempo de un almuerzo, la varita se agitó y escribió en la arena:

Escuche el oráculo el señor Wang

El subdirector Wang soltó la varita, muy amedrentado, y haciendo cuatro reverencias, preguntó:

—¿Cuál es el honorable nombre del gran espíritu?

Y volvió a empuñar la varita, la cual revoloteó como un torbellino y escribió:

Somos el Divino Soberano Guanyu, *dominador de monstruos*

Chen Hefu quedó tan admirado, que parecía mazo majando ajos, de tantas venias que hacía. Al cabo dijo:

—Vuestra nobleza de corazón me ha permitido invocar al Gran Señor, lo cual no es cosa fácil. ¡Cuán afortunados son los señores! Mas han de mostrar gran respeto, pues de incurrir en la menor descortesía, este ermitaño no responderá de lo que suceda.

Con que los subdirectores, el cabello erizado del miedo, soltaron la varilla y se postraron cuatro veces, volviendo a empuñarla al cabo, sazón en que dijo Chen Hefu:

—Aguardad, que esta batea es chica y acaso el Gran Señor quiera hacer largas manifestaciones que no quepan en ella. Dadme pincel y papel, que este ermitaño anotará cuanto la varita escriba.

Y traído pincel y papel, Chen Hefu se puso a un lado para anotar y los dos subsecretarios sostuvieron de nuevo la varita, la cual se movió como el viento y escribió:

Admírante honras y glorias de la dinastía Xia,
Y quiebras en las alturas una rama escarlata y viva;
Pasan sin dejar huella las brumas y olas del Gran Río,

Y dos días ocupas sitial en la Audiencia Amarilla,[161]
Abren paso al grandioso cortejo briosos corceles,
Y son de Kui y Long, *ministros de corte palatina;*
Tropiezas en el camino con cítaras y laúdes,[162]
Y el dolor de corazón una copa de vino alivia.

Otras pocas palabras aparecieron al final: «Al tono de *Luna del río del Oeste*.» Mudos quedaron los tres hombres, incapaces de descifrar una palabra, hasta que el subdirector Wang dijo:

—El primer verso lo comprendo, pues de seguro lo de «honras y glorias de la dinastía Xia» atañe a que en dicha dinastía solamente se otorgaba cargo oficial después de los cincuenta años, y yo lo obtuve a esa edad. Eso es cierto; pero lo que sigue no lo entiendo.

—El Gran Señor jamás miente —dijo Chen Hefu—. Recordad la respuesta, señor, y más tarde comprobaréis su veracidad. Esa estrofa que habla de los ministros Kui y Long debe significar que el señor llegará a ministro.

Vio el subdirector Wang reflejados sus anhelos en estas palabras, y quedó hinchado de gozo. Luego fue el subdirector Xun el que se postró y pidió al Gran Señor dictase juicio; pero la varita no se movía, y cuando volvieron a insistir, solamente escribió una palabra:

Luto

Chen Hefu alisó la arena e invocó nueva respuesta, pero volvió a aparecer la misma palabra: «Luto»; y aunque tres veces alisó la arena e hizo sus invocaciones, las tres veces se repitió la respuesta, y después la varita dejó de moverse.

—El Gran Señor ha vuelto al cielo en su carroza de dragones —dijo Chen Hefu—, y no debemos importunarlo más.

Dicho esto, quemó otra fórmula mágica de despedida, y guardando la varita de las virtudes, el incensario y la batea, se sentó con los dos subdirectores, quienes le dieron cinco décimos de onza y una carta de recomendación para el recién ascendido comisario de transmisión[163] Fan. Con ello, el ermitaño Chen dio las gracias y marchó.

Esa noche, el mayordomo anunció: «Está aquí el criado de casa del señor Xun»; y al rato apareció el criado, quien, enlutado de la cabeza a los pies y muy agitado, se arrodilló, selló la frente en el suelo y dijo:

—La señora subió a los cielos el día veintiuno del mes pasado.

Al oírlo, el subdirector Xun dio un grito y cayó desvanecido. Mucho se afanó por reanimarlo el subdirector Wang, y al fin lo logró. Mas como apenas tornando en su sentido, lo primero que le vino a la cabeza fue pedir licencia a la Corte por duelo, su amigo le dijo:

—Hermano mayor, meditadlo bien, pues se acerca el día de nombramiento de inspectores,[164] y nosotros tenemos méritos para albergar esperanzas; y si pedís licencia

---

[161] *Huangtang*, «sala amarilla», antiguo nombre de la audiencia del prefecto.

[162] «Cítaras» y «laúdes» es traducción libre de *qin*, *se* y *pipa*, instrumentos tradicionales de caja larga rectangular de siete cuerdas (*qin*) o al menos veinticinco (*se*), o de caja periforme, cuatro cuerdas y aspecto semejante al laúd (*pipa*). Sobre el significado del vaticinio, *v*. cap. siguiente.

[163] Tongzhengsi: Oficina de Transmisión, organismo central encargado de la recepción y revisión de los memoriales y apelaciones enviados al trono, presidido por el comisario de transmisión (*tongzhengshi*).

[164] *Ke*, *dao*: inspectores dependientes de la Corte General de Investigación (Duchayuan), encargados, entre otras misiones, de la evaluación de méritos y deméritos de los funcionarios de la administración central y local.

de luto para ir a casa, tendréis que aguardar otros tres años. ¡Mal arreglo haríais! Ocultad mejor el suceso hasta después del nombramiento.

—Obráis como buen amigo, venerable señor —dijo el subdirector Xun—. Mas no sé cómo podré ocultarlo.

—Ordenad al criado de vuestra casa que se quite el luto y no diga una palabra de ello, que veré lo que puedo hacer mañana por la mañana.

Esa noche no volvieron a mentar la cuestión, y muy temprano al otro día hicieron venir a Jin Dongya, escribano[165] del Consejo de Empleos, al que pusieron en antecedentes.

—Los oficiales no pueden ocultar el luto —dijo al cabo Jin Dongya—, pues solamente los muy principales están autorizados a ello, y con todo han menester de la recomendación de un alto personaje. En el caso de v. mds. no procede. Claro que, si consiguen tal recomendación, huelga decir que haré lo que buenamente pueda.

Los dos subdirectores reiteraron la súplica al escribano, y éste marchó al rato. Esa noche, el subdirector Xun vistió túnica azul y gorro ordinario, y de tapadillo fue a rogar a sus dos maestros, el preceptor Zhou y el comisario Fan, le diesen la recomendación. Ambos dijeron lo mismo: «Lo pensaremos.» Y sus respuestas llegaron al cabo de dos o tres días:

> *Los oficiales ordinarios no gozan de la prerrogativa de renuncia al duelo*,[166] *a la que solamente tienen derecho el Primer Ministro y los Nueve Oficiales Principales,*[167] *y también los destinados en puestos fronterizos importantes*. *La subdirección de departamento del Consejo de Obras es oficio descansado que hace poco aconsejable la recomendación de renuncia al duelo*.

El subdirector Xun se vio, pues, forzado a pedir licencia por luto. Antes de partir a casa, su amigo Wang le dijo:

—El funeral va a traer mucho gasto, hermano mayor, y vos no sois que un humilde letrado. ¿Cómo os las arreglaréis? Además, ya me doy cuenta que no gustáis de negocios tan molestos, y me temo que no los sepáis administrar; más vale que yo también pida licencia y vuelva con vos. Los centenares de onzas que hayáis menester para el funeral corren de mi cuenta, y con ello todo quedará proveído.

—Para mí es obligación —dijo el subdirector Xun—; mas vos, ¿cómo vais a perder el nombramiento por mi culpa?

—Los nombramientos tendrán lugar el año que viene, y yo puedo pedir entre tres y seis meses de licencia y volver a tiempo. Vos sois el que lo perderéis, pues habréis de aguardar a que termine el luto.

Y como el subdirector Xun no pudo hacerle mudar propósito, luego de pedir licencia viajaron juntos, y ya en casa aparejaron el funeral de la señora. Siete días duraron las condolencias, en los cuales fueron a quemar dinero mortuorio[168] los

---

[165] *Zhang'an*, funcionario adscrito a los Seis Consejos, encargado de la revisión y confección de normas.

[166] *Duoqing*, «privación de sentimientos [de duelo]», privilegio de renuncia al luto por un familiar, o de reincorporación al puesto antes de concluido, concedido por la corte en casos especiales.

[167] *Jiu qing*: los «nueve funcionarios principales» eran, en la dinastía Ming, los que estaban al frente de los Seis Consejos (Liu-bu), la Corte General de Investigación (Duchayuan), la Oficina de Transmisión (Tongzhengsi) y el Tribunal de Apelación (Dalisi).

[168] *Diaozhi*, «[vinieron a ofrecer] papel de condolencia», billetes que los celebrantes quemaban en honor del difunto a modo de pésame.

comisarios de justicia y finanzas de la provincia, intendentes de circuito,[169] prefectos y magistrados. Mercado de la Familia Xue vivió días de gran agitación, y de diez leguas a la redonda vinieron hombres y mujeres a ver los funerales de la madre del señor Xun. Tampoco faltó Shen Wenqing, hijo de Shen Xiangfu, a la sazón ya muerto, y sucesor en la alcaldía del señor Xia, su suegro, el cual llegó con su cuadernillo de notas y se ocupó de atender la puerta apenas hechas las reverencias al caso. Pasados los dos meses que duraron los funerales, el subdirector Wang, que había gastado en ellos más de mil onzas, se despidió y partió para la capital; el subdirector Xun lo acompañó hasta las afueras del distrito, agradeciéndole una y otra vez.

El subdirector Wang llegó a la capital sin contratiempos, y apenas plantado en casa, y luego de dar parte de su vuelta, vio entrar a un criado seguido de un mensajero que venía a darle parabienes.

Y por causa de ello,

Probados ministros y subalternos
Se pasan al bando de los traidores;
Leales prefectos y consejeros
Comparten su mesa con desertores.

Pero para saber qué buenas nuevas llevaban al subdirector Wang, tendrás que leer el siguiente capítulo.

[169] *Dao*, «circuito», unidad administrativa de mayor categoría que la prefectura y menor que la provincia, gobernada por un intendente (*daotai*, *guancha*). Existían circuitos creados con fines específicos, como los de la sal (*yandao*) y los de postas (*yidao*), entre otros.

CAPÍTULO VIII

EN MAL TRANCE TOPA AL HIJO DE UN AMIGO EL INTENDENTE WANG; EN SU ALDEA NATAL VISITAN A UN CONOCIDO POBRE LOS HERMANOS LOU

Tornó a la capital el subdirector Wang, y de dar parte de su regreso, cuando su criado entró con un mensajero portador de una esquela de parabienes. Curioso por saber qué buenas nuevas traía, el subdirector preguntó al mensajero, quien besó con la frente el suelo y le entregó un escrito que decía:

> *Wang*, *Gobernador Provincial de Jiangxi*,[170] *sobre la necesidad de hombres de talento en plazas importantes. Vacando la plaza de Prefecto de Nanchang*, *y siendo ésta Prefectura muy principal de la demarcación del Gran Río que ha de ser proveída con hombre de talento capaz y experimentado, ha tenido a bien elevar memorial al Emperador, y, hecha la elección al caso entre los oficiales de los Consejos*, *ha dado entrada al siguiente mandamiento: Que la vacante de Prefecto de Nanchang la ocupe Wang Hui*, *Subdirector de Negociado del Consejo de Obras*. *Orden imperial*.

El subdirector Wang gratificó al mensajero con comida y bebida y se inclinó ante la orden para dar gracias al Emperador. Aprestado el bagaje, partió a Jiangxi para tomar posesión del nuevo cargo, y sin descansar un solo día llegó a la capital.

El anterior prefecto de Nanchang, el graduado de palacio Qu, originario de la prefectura de Jiaxing, provincia de Zhejiang, era viejo y había dimitido por motivos de salud, dejando todos los negocios de la audiencia en manos del subprefecto. El nuevo prefecto tomó posesión del cargo, y sentado en el sitial recibió vasallaje de los subordinados. El anterior cayó también a saludarlo, y él le pagó visita; pero aún no se ponían de acuerdo en el traspaso de atribuciones, ya que el antiguo prefecto quería delegar su comparecencia en otros, y el nuevo no consentía en ello y exigía que su propio antecesor lo hiciese en persona.

Un día, el anterior prefecto le envió un criado con el siguiente recado: «El señor está viejo y enfermo, y no oye bien. Debía ser él quien viniese en persona a instruir al prefecto Wang sobre el traspaso; pero como no anda bien de salud, mañana vendrá el señorito en su lugar, quien por delegación traspasará al prefecto Wang todos los negocios.» Y a ello hubo de avenirse Wang Hui, disponiendo en la residencia un convite para agasajar al hijo del prefecto Qu. Al día siguiente, después del almuerzo, paraba a las puertas una silla chica y recibía una esquela que decía: «Vuestro menor Qu Jingyu os presenta respetos.» El prefecto Wang abrió la puerta e hizo pasar al visitante, el señorito Qu, hombre apuesto y distinguido y, por todas las trazas, poco común. Trocados los saludos al caso, se acomodaron y tomó la palabra el prefecto Wang:

---

[170] Jiang *fu* Wang: «Wang, gobernador de Jiang[xi].» El gobernador provincial (*xunfu*) era el responsable de los asuntos civiles y militares de una provincia. Por las circunstancias de tiempo y lugar, dicha autoridad podría ser Wang Shouren (Wang Boan, 1472-1528), general, filósofo, calígrafo y político, también llamado «Señor del Brillante Sol» (Yangming xiansheng), famoso por sus teorías en torno a la unión de conocimiento y acción, contrarias a las de Zhu Xi, y también por su severidad en la represión de numerosos levantamientos campesinos.

—La última vez que vi a vuestro respetable padre lo encontré sano y animoso; mas ahora parece que está mal de salud.

—Son ya muchos los años de mi padre, y de todo se resiente: padece de los pulmones, no sufre las fatigas, y además es duro de oído. Mas agradezco vuestra solicitud, señor.

—Obligada es. ¿Cuál es vuestra digna edad, señor?

—Treinta y siete años, vividos en vano.

—¿Siempre habéis acompañado a vuestro honorable padre en todas sus misiones?

—Siendo él magistrado de distrito, y yo muchacho, estudié en Shandong, en la escuela pública, con el maestro Fan, a quien también ayudaba a revisar exámenes; pero desde que mi padre fuera destinado a Nanchang, he vivido aquí todos estos años, ya que en la audiencia no había quien lo ayudase.

—Vuestro honorable padre tiene aún muy buenos ánimos; ¿a qué tanto afán en retirarse?

—Mi padre suele decir: «Ardua empresa la de vivir a remolque de los vientos y mareas de la Corte.» Ya cuando se recibió de licenciado tenía en propiedad unos marjales que aún siguen dando lo suficiente para comer unas buenas gachas, y la humilde morada de nuestros antepasados está a resguardo de vientos y lluvias y no faltan en ellas laúdes, copas de vino, hornillos, mesitas de té, un invernadero de hierbas medicinales y un jardincillo con que entretenerse. De ahí que en tiempos de fatigas y calamidades siempre haya querido vivir retirado de los negocios públicos;[171] y ahora, por fin, ya puede entonar su «Retorno a las ropas civiles».[172]

—No consultes a tu hijo a la hora del retiro, dice el proverbio; mas viendo vuestra liberalidad y nobleza, doy por cierto que vuestro honorable padre podrá colgar sus hábitos oficiales con el corazón tranquilo. En corto plazo —añadió el prefecto con una sonrisa—, cuando salgáis entre los tres primeros en los exámenes de palacio, haréis aún más dichoso a vuestro honorable padre.

—La virtud no depende de títulos y dignidades, y mi solo deseo es que mi padre vuelva en breve a casa para que yo pueda atenderlo como buen hijo en tiempos de adversidad, alegrando sus días.

—Lo cual es digno del mayor respeto.

De esta suerte siguieron platicando, y ya les habían servido tres veces té y se habían aligerado del sobretodo, para estar más descansados, cuando la conversación recayó en el traspaso de funciones, cuestión que inquietaba al prefecto Wang.

—No tengáis recelos, señor —le dijo el hijo del prefecto Qu—, que estos años mi padre ha comido y vestido con sencillez, como letrado ordinario, guardando hasta dos mil onzas de plata, y si habéis menester de grano, caballos u otras cosas, de buen grado habrá de poner esa suma a vuestra disposición para resarcir la falta. Mi padre no quiere causaros inconveniencia, pues bien sabe que vuestras talegas no pueden estar muy llenas luego de servir largos años en la capital.

---

[171] *Changlin fengcao zhi si*, haya tenido «nostalgia de los bosques profundos y los prados tupidos», deseos de vivir retirado, fuera del mundanal ruido. Frase hecha tomada de la «Carta de ruptura con Shan Juyuan» («Yu Shan Juyuan juejiaoshu»), de Ji Kang (224-263), en la que el sabio rechaza la vida oficial comparándose con un ciervo que siempre añorará su libertad aun rodeado de comodidades en el mundo de los hombres.

[172] «Sui chu»: «Retorno a las ropas civiles», *fu* de Sun Zhuo (314-371) en que expresa su alegría de vivir una vida retirada. La expresión se emplea con el sentido de «retirarse de la vida oficial».

Lo cual oyó el prefecto con gran alegría, admirado de tanta liberalidad y franqueza. Al rato, servido el vino, tomaron asiento a la mesa y, como sin querer la cosa, el prefecto Wang preguntó:

—¿Cómo andan por acá las dádivas? ¿Y los pleitos? ¿Se puede abrir la mano?

—Las gentes de Nanchang son rústicas y tienen poca malicia. En lo que hace a los pleitos, mi padre apenas les ponía atención y dejaba en manos de los magistrados de distrito todas las causas que no tuviesen que ver con cuestiones éticas, como gabelas, casamientos o propiedades, pues lo que él quería era que el pueblo disfrutase de paz y tranquilidad; y en lo que atañe a sacar provecho, mi padre no lo buscaba, y no puedo deciros si lo hay. Preguntarme a mí esto es como preguntar el camino a un ciego.

—Parece que el dicho ese de «tres años de prefectura lúcida, cien mil copos de plata» no siempre se cumple —dijo sonriendo el prefecto Wang.

Unas rondas de vino bastaron para que el hijo del prefecto Qu advirtiera cuán sin sustancia eran las preguntas que el sucesor de su padre hacía, y espoleado por ello dijo:

—Pocas cosas dignas de mención se dieron en la prefectura durante la misión de mi padre, quitando unos cuantos procesos y castigos, y los subordinados pasaban el día canturreando y silbando, sin cosa que hacer. Recuerdo que el anterior juez provincial siempre le decía a mi padre: «Tengo entendido que en vuestra honorable audiencia solamente se oyen tres sonidos.»

—¿Y qué tres sonidos eran ésos? —preguntó el prefecto Wang.

—El de la poesía, el ajedrez y la música.

—¡Tenían su miga esos tres sonidos! —dijo el prefecto Wang, riendo a carcajadas.

—Claro que, cuando vos empecéis a ejercer, serán otros los tres sonidos que se oigan.

—¿Y cuáles serán?

—El de la balanza de platero, el ábaco y las varas de castigo.

No pareció advertir el prefecto el sarcasmo encerrado en estas palabras, y con gran solemnidad ponderó:

—Siervos del Imperio somos, y como tales debemos tomar muy en serio nuestras responsabilidades, según decís.

El hijo del prefecto era muy buen bebedor, y Wang Hui no se quedaba atrás, de manera que siguieron bebiendo tazón tras tazón y jarra tras jarra hasta la caída del sol, en que, solventado lo tocante al traspaso, y aceptada la asunción del cargo, los dos hombres de despidieron, volviendo a casa el señorito Qu.

Pocos días más tarde, el antiguo prefecto hizo llegar al nuevo unos dineros y éste asumió su cargo con plenos poderes, ejecutando por sí mismo el traspaso. Con ello, el antiguo prefecto Qu llenó media barca de libros y lienzos, y en compañía de la mujer y el hijo tornó a su casa.

El prefecto Wang fue a despedirlos a las afueras de la ciudad, y ya a su vuelta comenzó a revelarse tal como el señorito Qu había previsto, pues lo primero que hizo fue comprar un pesillo de la mejor calidad y convocar a los subordinados para aclarar todas las entradas de dinero, ordenándoles entregar hasta la última sapeca de cuantas obtuvieran, y prohibiéndoles sisar. Y desde ese día fueron continuos los interrogatorios y los tormentos.[173] Los palos eran de la mejor calidad. Había pesado dos de ellos, uno más liviano que el otro, y hecho marcas secretas en ambos, y al ordenar usarlos en las audiencias, si veía que el alguacil se servía del liviano, sacaba en conclusión que le habían untado la mano y mandaba apalearlo con el más pesado. No había alguacil o

[173] La audiencia podía castigar con apaleamiento, prisión u otros medios a los empleados y civiles que incumpliesen la misión que se les había asignado en el plazo prescrito.

lugareño que no tuviera el alma rota a palos; toda la ciudad supo de su fiereza, y lo temían hasta en sueños. Pues cuando sus superiores tuvieron conocimiento de ello, lo declararon de consuno el mejor oficial de toda la provincia de Jiangxi, y de todas partes le llovían las recomendaciones.

Por esas fechas estalló la rebelión del príncipe de Ning en Jiangxi.[174] En todos los caminos se proclamó la queda, y la Corte ascendió a Wang Hui al cargo de intendente del circuito de Nan'gan y lo puso al cuidado de los avituallamientos militares. Apenas recibida la orden urgente,[175] Wang Hui partió como una centella a Nan'gan, tomando posesión de su nuevo cargo.

No llevaba mucho en él, cuando le dio por hacer un viaje de inspección de postas y barracas. Viajando de día en su cuadriga y descansando las noches, llegó una de éstas a una mansión que fuera de una vetusta familia, en la que entró, viendo en la sala principal, al alzar la vista, un gran rótulo de papel grana colgado de la pared que decía:

Abren paso al grandioso cortejo briosos corceles

El intendente Wang quedó muy sobrecogido; mas no por ello dejó de ocupar un sitial en la sala para recibir pleitesía de los subordinados y alguaciles, sentándose luego a la mesa. Y en pleno almuerzo estaba, cuando un viento repentino despegó el papel grana de la tabla en que se asentaba y dejó al descubierto unos caracteres dorados sobre fondo verde que rezaban:

Y son de Kui y Long, *ministros de corte palatina*

Más espantado que antes quedó el intendente Wang, pero al fin empezaba a desentrañar el vaticinio del Divino Soberano Guanyu. Y ahí también comprendió que la frase «dos días ocupas sitial en la Audiencia Amarilla» hacía alusión a los dos días 日 superpuestos que formaban el carácter *chang* 昌 de Nanchang 南昌, ciudad de la que había sido prefecto. Todo estaba predestinado.

Despachados sus negocios, volvió a la residencia. Un año más tarde, el príncipe de Ning derrotó en Nan'gan a las tropas imperiales. Las gentes abrieron las puertas de la ciudad y huyeron como ratones, y el intendente Wang, incapaz de resistir el ataque, cogió una barquichuela y alzó velas en la negrura de la noche, con tan mala fortuna, que en medio del Gran Río fue a dar de hocicos con las cien naves de guerra del príncipe, iluminadas de armaduras resplandecientes y antorchas por millones. Uno que vio la barquichuela gritó: «¡Apresadla!», y al punto decenas de soldados se lanzaron al abordaje e irrumpieron en la cámara, apresando al intendente Wang, al que llevaron a bordo de una gran nao, las manos atadas a la espalda. De sus criados y barqueros, los que no fueron pasados por las armas se arrojaron al agua para escapar de la muerte, pereciendo ahogados.

Temblando de miedo distinguió el intendente al príncipe de Ning sentado en lo alto, a contraluz de las antorchas, y bien cuidó de no alzar la cabeza. Pero el príncipe se levantó al punto, y librándolo de las ataduras con sus propias manos, ordenó que le trajeran una muda de ropa y dijo:

---

[174] Zhu Chenhao (1476-1521), descendiente de Zhu Quan (primer príncipe de Ning, 1378-1448) e instigador de una rebelión contra el emperador Zhengde sofocada en 1519 por el general Wang Shouren.

[175] *Yuxi wenshu*, «orden de incorporación plumada», orden militar urgente en cuyo interior se incluía una pluma de ave para dar a entender que su cumplimiento no admitía demora.

—Cumpliendo órdenes secretas de la Emperatriz Madre he formado este ejército para extirpar a los traidores que se ocultan a la sombra del Emperador. Sois uno de los mejores oficiales de Jiangxi. Rendíos, y os daré mejor cargo.

El intendente Wang besó con la frente el suelo, y sin dejar de temblar dijo:

—Me rindo de buen grado.

—En tal caso, permitidme ofreceros una copa de vino.

Y el intendente cogió la copa en sus manos y la apuró de un trago, con que se le pasaron los dolores que decía sentir por las ligaduras, sellando la frente en el suelo en agradecimiento. El príncipe lo nombró juez provincial de Jiangxi, y desde entonces lo tuvo al lado de su ejército.

Un día, Wang Hui oyó decir a los servidores que el príncipe ocupaba el octavo lugar en las genealogías de la nobleza, y ahí cayó en cuenta que las cítaras 琴瑟 y laúdes 琵琶 de que hablaba el oráculo del Divino Soberano Guanyu no quería decir otra cosa que «Octavo Príncipe», ya que en su escritura se repetía ocho veces el carácter 王, que significa «príncipe». Con ello, el vaticinio quedaba del todo desentrañado.[176]

Dos años batalló el príncipe de Ning, siendo a la postre derrotado por Wang Shouren, conde de Xinjian. Los falsos oficiales fueron muertos o escaparon, y a Wang Hui le faltó tiempo para aprestar el bagaje, haciéndose apenas de un cofrecillo, en el que metió unos libros viejos y unas onzas de plata, con el que huyó de noche, travestido de gorro ordinario y túnica azul. Con el alma en un hilo vagó unos pocos días por tierra y acabó embarcando sin rumbo fijo, hasta aportar al cabo en Wuzhen, ciudad de Zhejiang.

Amarrada la barca, los pasajeros saltaron a tierra para almorzar, y Wang Hui cogió unas sapecas e hizo otro tanto, entrando en una taberna cuyas mesas estaban todas ocupadas con excepción de una, a la que se sentaba un joven al que creyó conocer, si bien no recordaba de qué.

—Aquí —le dijo el tabernero—, con este señor.

Wang Hui fue a sentarse enfrente, y el joven se levantó cortésmente, volviendo a ocupar su asiento al tiempo que él. Picado de la curiosidad, el otrora intendente dijo:

—Permitidme, señor, preguntaros de dónde sois.

—De Jiaxing.

—¿Y vuestro honorable nombre?

—Qu.

—Había un señor Qu que fue prefecto de Nanchang. ¿Sois por ventura pariente de él?

—Es mi abuelo —dijo sorprendido el joven—. ¿Lo conocéis?

—¡Sois el nieto del señor Qu! Perdonad mi descortesía.

—Aún no os he preguntado vuestro honorable nombre, ni de dónde sois.

—Éste no es sitio para hablar. ¿Dónde está vuestra barca?

—A la orilla —dijo el nieto del prefecto Qu.

En un instante pagaron la comida, y tomados de la mano llegaron a la barca del joven. Y en ella tomaron asiento, diciendo en eso Wang Hui:

—En Nanchang conocí a Jingyu, un hijo del prefecto. ¿Es tío vuestro?

—Era mi padre.

—¡Vuestro padre! ¡Por eso vuestro rostro me resultaba familiar! Mas, ¿por qué decís «era»? ¿No me digáis que ha fallecido?

---

[176] El vaticinio, en definitiva, resultó ser el siguiente: «Obtuviste cargo oficial a los cincuenta años / y ya en tu vejez lograrás el triunfo; te alejarás sin honra ni gloria del Yangtsé, / de Nanchang, donde serás prefecto por muy corto tiempo; llevarás grandioso cortejo, como importante personaje / y gozarás de las prerrogativas de un ministro; te cruzarás en el camino con el Octavo Príncipe, / y una copa de vino te quitará los resquemores.»

—Tuve la desgracia de perderlo al año de que mi abuelo dejara su puesto[177] de Nanchang.

Wang Hui lloró al oírlo, diciendo al cabo:

—Vuestro padre se condujo conmigo como un verdadero amigo en aquellos tiempos en Nanchang. ¡Quién creyera que iba a dejar tan temprano este mundo! ¿Cuántos años tenéis?

—Diecisiete he vivido en vano;[178] más aún no sé vuestro nombre, ni de dónde sois.

—¿Hay en la barca algún criado vuestro, o algún barquero?

—No, todos están en tierra.

—Yo soy Wang Hui, el sucesor de vuestro abuelo en la prefectura de Nanchang —le susurró al oído al joven.

—Tengo entendido que fuisteis ascendido a intendente de Nan'gan —dijo éste, muy admirado—. ¿Qué hacéis aquí solo, y vestido de esa manera?

—Cuando la rebelión del príncipe de Ning, colgué los hábitos y huí. Como la ciudad estaba sitiada, no pude sacar dineros.

—¿Dónde vais ahora?

—¿Y dónde puede ir quien vaga sin rumbo por caminos cegados? —dijo Wang Hui, sin mencionar su rendición al príncipe de Ning.

—No habéis defendido el puesto, y malo es que os presentéis a la justicia; mas el mundo es grande y poco se puede hacer sin dineros. Yo vengo de cobrar unas deudas de unos parientes de Hangzhou, mandado de mi abuelo. Permitidme ofreceros algunos dineros, señor, para vuestro viaje, y para que busquéis una tranquila morada donde asentar en paz.

Y, diciendo esto, sacó cuatro envoltorios sellados, en los que había doscientas onzas de plata, que dio a Wang Hui, quien agradeciendo de todo corazón, añadió:

—Las barcas están por zarpar y no podemos demorarnos; más vale que nos despidamos. Si salgo con vida de esta, sabré retribuiros con generosidad.

Con que se arrodilló y dispensó unas reverencias, haciendo otro tanto el nieto del prefecto Qu.

—Fuera del portamanteo y la frazada —dijo Wang Hui—, encima no llevo más que un cofrecillo con unos pocos libros viejos. Como ahora viajo escondidamente, puede que hasta por tan poca cosa me descubran, y mejor os lo entrego para ahorrar complicaciones, que con poca carga me será más fácil la huida.

El nieto del prefecto Qu aceptó el presente y fue al punto a recogerlo a la otra barca, donde se despidieron llorando.

—Encomendadme a vuestro señor abuelo, os ruego —dijo Wang Hui—. Si no os veo en esta vida, habré de pagaros la merced en la venidera, aunque sea perro o caballo.

Ya separados, Wang Hui subió a otra barca. Y en pasando el Lago Supremo cambió de nombre, se rapó la cabeza y se metió monje.

De vuelta en Jiaxing, el joven refirió al abuelo el encuentro con Wang Hui, dejando muy admirado al otrora prefecto Qu, que dijo:

—¡Ese hombre se rindió al príncipe de Ning!

—No me habló de eso; sólo me dijo que había escapado sin poder llevarse ningún dinero.

---

[177] *Jie zu*, «desatara la cinta» que adornaba el sello oficial, «abandonara su cargo».

[178] *Xu du*, «vividos en vano», fórmula habitual de cortesía que complementaba el número de años al decir la edad.

—Con todo y habiéndose rebelado contra el Imperio, es antiguo conocido mío. ¿Por qué no le diste los dineros que llevabas?

—Se los di.

—¿Cuánto?

—Doscientas onzas de plata; todo le di.

—En verdad has salido a tu padre —dijo sonriendo el abuelo.

Y le narró la historia del traspaso de poderes. Luego de platicar con el abuelo, el joven fue a ver a su madre, la señora Liu, quien le preguntó por el viaje y elogió su acción, con que al cabo se retiró a descansar a su cuarto. Al otro día, el mozo volvió donde el abuelo y le dijo:

—El intendente Wang me dio este cofrecillo con libros.

Sacólos, y el abuelo vio que eran manuscritos de escaso interés, con excepción de uno, las *Notas críticas sobre poesía* de Gao Qingqiu,[179] de más de cien páginas escritas de propia mano del poeta, por lo demás obra muy fina.

—Este libro lleva muchos años en el índice de obras prohibidas del Palacio Imperial, y los letrados se mueren de ganas de leerlo —dijo el prefecto Qu—. Éste debe ser el solo ejemplar que existe, y la buena fortuna lo ha puesto sin querer en tus manos. Guárdalo con cuidado y mira bien de no andar mostrándolo por ahí.

Oía estas palabras el nieto, y ya se decía para sí: «Si es el solo que existe, bien podría yo copiarlo e imprimirlo añadiendo mi nombre, que eso me daría mucha fama.» Y, resuelto a ello, talló las planchas de madera, escribiendo en la primera el nombre de Gao Jidi, arriba, y «Edición de Qu Laixun, por otro nombre Shenfu, de Jiaxing», abajo, e imprimió unos centenares de ejemplares, que mandó a parientes y amigos. Y como todos cuantos lo leían quedaban tan maravillados que ya no podían soltarlo de las manos, el nieto del prefecto Qu fue muy elogiado en todo el poniente de Zhejiang por su juventud y maestría de letras. Cuando el prefecto Qu tuvo noticia de ello, era ya cosa pasada, y no pudiendo pronunciarse en contra, juzgó mejor dar al nieto lecciones de versificación y caligrafía, apremiándolo a trocar versos con otros letrados célebres.

Un día, un criado le anunció: «Están aquí los dos señoritos de Lou.» Al oírlo, el prefecto llamó a su nieto y le dijo:

—Acaban de llegar tus tíos de la rama de Lou, hijos de tu tía abuela. Vamos, hazlos pasar.

Y el nieto salió enseguida a recibirlos. Los dos visitantes eran hijos del primer ministro Lou, gran personaje de Huzhou que, habiendo servido más de veinte años en la Corte, fue despedido de este mundo con grandes sacrificios y el título póstumo[180] de Venerable de las Letras. Su hijo mayor era comisario de Transmisión, y los que ahora llegaban eran el tercero, Beng Yuting, graduado provincial, y el cuarto, Zan Seting, alumno del Colegio Imperial. El prefecto los ayudó a levantarse y mandó al nieto presentar respetos, con que les ofreció asiento y té, tomando los hermanos la palabra.

—Doce años ha que nos despedimos de vos la vez anterior. En la capital tuvimos noticia que os habíais retraído al campo, y admiramos vuestra decisión. Advertimos ahora, al veros, que habéis encanecido, lo cual demuestra cuán ardua es la vida oficial.

---

[179] Gao Qingqiu *ji shihua*. Gao Qingqiu (Gao Qi, Gao Jidi, 1336-1374), de Changzhou (actual Suzhou), fue ejecutado por orden del emperador Zhu Yuanzhang a instancias del prefecto de Suzhou, al que había ofendido con uno de sus escritos. Sus obras también fueron prohibidas, aunque dicha prohibición se tornó menos severa con el paso del tiempo. La pena impuesta por el emperador fue una suerte de castigo ejemplar dirigido a todos aquellos letrados reacios a colaborar con su régimen (*v*. cap. XXXV).

[180] *Shi*, título póstumo conferido por el emperador a otros emperadores, príncipes y ministros del pasado que se hubieran distinguido por su virtud.

—Jamás me embargó el sentido la carrera oficial, y luego de pasar muchos años en Nanchang[181] sin hacer cosa de provecho, dilapidando los dineros que me daba el Imperio, creí lo mejor retirarme. No imaginaba entonces que al año iba a desgarrarme el alma la muerte de mi hijo. Quizá fue castigo que el cielo me mandó por haber sido oficial.

—Nuestro primo tenía tanto talento, y era tan magnánimo y recto, que ninguno podía imaginar que nos dejase tan pronto —dijo el tercero de los Lou—. Por fortuna, el sobrino ya está hecho un hombre y tenéis a vuestro lado a quien os atienda, lo cual es gran consuelo.

—Cuando supimos lo de nuestro primo —dijo el cuarto de los Lou—, recordamos nuestra amistad de infancia y lamentamos la gran desdicha de no poder despedirnos de él en sus horas finales. Tanto fue el dolor, que estábamos casi trastornados; nuestro hermano mayor no hacía otra cosa que llorar todo el día.

—¿Está contento el mayor con su puesto? —preguntó el prefecto Qu.

—El comisariado de Transmisión es puesto liviano —contestaron—. Nuestro hermano está a la que venga y apenas tiene que hacer; y nosotros acabamos hastiados de la capital, y por eso determinamos volver a casa.

Tras de un rato de plática, los hermanos mudaron de hábito y entraron a ver a su prima viuda, llevándolos luego el nieto a la biblioteca, frente a la cual se abría un jardincillo de amorosa placidez en el que no faltaban copas, su estufilla, su *qin*,[182] mesillas de té, piedras curiosas, pájaros y peces. El prefecto, vestido ahora con ropas sencillas, salió apoyándose en su bastón de sarmiento de Tiantai y se sentó con ellos. Puesta la mesa, almorzaron, bebieron té y platicaron, y como en la charla saliera a colación la revuelta del príncipe de Ning en Jiangxi, uno de ellos dijo:

—Por dicha, el conde de Xinjian, con su probada maestría, culminó tan gran hazaña y conjuró la calamidad.

—No hay quien no reconozca los méritos del conde de Xianjian —dijo el hermano tercero.

—A mi entender, la posición del príncipe de Ning se asemeja a la de Chengzu[183] —terció el cuarto—. Con la salvedad de que la fortuna estuvo del lado de Chengzu, y por eso ahora se le dice santo y divino, mientras que al príncipe le fue adversa, y de ahí que se lo tenga por rebelde y sea prisionero de guerra, lo cual no es del todo justo.

—Es de poco talento el juzgar a las gentes por sus triunfos o fracasos —medió el prefecto Qu—. Mas debemos poner cuidado al tratar las grandes cuestiones del Imperio.

No osó decir más el cuarto hermano. Y es que los de Lou habían tropezado siempre con el muro infranqueable de los exámenes, y, despechados de no ser letrados supremos o miembros de la Academia Hanlin, andaban siempre plañendo la falta de justicia, aireando por ahí que el imperio de los Ming «había dejado de ser tal imperio desde que Yongle usurpara el trono», parecer que sacaban a relucir apenas el vino les calentaba las orejas. De ahí que el hermano mayor, el comisario de transmisión, les hubiera aconsejado volver a casa para ahorrarse enredos. Así pues, siguieron platicando de otras cosas, preguntando en eso los hermanos:

—¿Y qué tal los estudios de nuestro sobrino? ¿Aún no ha arreglado casamiento?

---

[181] Nanchang *dai zui shu nian*, «en Nanchang esperé el castigo varios años». «Esperar el castigo» (*dai zui*) era una fórmula de humildad con que los altos funcionarios se referían al desempeño de su misión oficial.

[182] El *qin*, como se indica en una nota anterior, es un instrumento de siete cuerdas y caja larga y estrecha, semejante en cierta manera a la cítara o al salterio, de amplia raigambre entre los letrados.

[183] Chengzu (Zhu Di), tercer emperador de la dinastía Ming, más conocido por Yongle, nombre que dio a su reinado (1403-1424).

—No oculto a mis virtuosos sobrinos que, como nieto único, desde niño he sido indulgente con él y jamás lo he puesto en pupilaje, pues a esos maestros que dizque enseñan no les veo yo la enseñanza por ninguna parte, que no pasan de farsantes duchos en azotar y vituperar, apalabrados solamente por su severidad. Viviendo el primo de v. mds., él mismo le enseñaba a leer los libros canónicos e históricos, y después que se nos fuera, me compadecí del muchacho y le compré el título de alumno del Colegio Imperial; por eso no se prepara para los exámenes. Y aunque yo vivo ahora retirado, le enseño a componer versos y a recitar, pues quiero que sepa vivir feliz con su destino, complaciéndose en la dicha de sus padres. Y eso es todo.

—Eso demuestra vuestra gran sabiduría, señor tío —dijeron los hermanos—, pues, como dice el proverbio, más vale letrado virtuoso que doctor sin principios.

Con ello, el prefecto dijo al nieto que mostrase a los tíos los versos que a diario componía, y los hermanos no cesaron de prodigarle elogios en tanto los leían. Cuatro o cinco días pararon los de Lou en la casa, hasta que anunciando al fin su partida, el prefecto les dio un banquete de despedida. Hablando en él de una y otra cosa salió a relucir el casamiento del nieto, a cuyo propósito dijo el prefecto:

—Las grandes familias del lugar ya han despachado mandaderos para hablarlo; pero yo soy pobre, y siempre he venido retrasando la cuestión por temor a que se desmandasen a la hora de las arras. Si mis estimados sobrinos saben de alguna pariente en Huzhou, no ahorren palabras, que poco importa que sea pobre.

A ello asintieron los hermanos, y el banquete tocó a su fin. Al otro día contrataron una lancha y embarcaron sus bultos; el prefecto mandó al nieto a acompañarlos al embarcadero, y él salió del salón a despedirlos, diciéndoles:

—V. mds. son parientes cercanos, y de ahí que este viejo los haya tratado con tosquedad; disculpen el poco cuidado. Cuando, ya en la prefectura, visiten mis estimados sobrinos la tumba de su glorioso abuelo, el Gran Guarda Imperial, y la de su respetado señor padre, el Venerable de las Letras, mencionen mi nombre y expliquen que Qu You tiene ya muchos años y no puede ir en persona a hacer los cumplimientos.

Los hermanos escucharon entre amedrentados y respetuosos, menudeando las venias de despedida al tío, quien los tomó de la mano y acompañó a la puerta principal. El nieto del prefecto, que los esperaba en la barca, se despidió de los tíos con una reverencia, volviendo a casa después de verlos partir.

Sentados en la barquichuela al lado de su humilde bagaje deleitábanse los hermanos contemplando las densas sombras de las moreras de ambas bandas del río y el cantarino vuelo de las aves, y como apenas después de trescientas o cuatrocientas varas llegaran a una corta ensenada repleta de embarcaciones en las que vendían castañas de agua y raíces de loto, llenos de admiración dijeron:

—Jamás hemos contemplado tan bella vista en los años pasados entre el polvo de la capital. Tenía razón el poeta de la dinastía Song cuando decía: «No hay acuerdo mejor que el del retorno al hogar.» ¡Cuán cierto es!

Y esa noche, llegando a una aldea cuyas luces centelleaban a través de las moreras y cabrilleaban en el río, se dijeron: «Mandemos fondear al barquero, que hay casas, y de seguro podremos comprar vino para alegrar esta bella noche. Recalemos hoy aquí.» Con que el barquero atracó la barca, y .de pechos en la borda los hermanos bebieron a tente bonete y platicaron de todas las cosas habidas y por haber.

De mañana, cuando el barquero estaba cocinando, los hermanos bajaron a tierra a dar un paseo. Y en eso andaban, cuando por una esquina asomó un hombre que, al verlos, se inclinó ante ellos y dijo:

—Señores de Lou, ¿no se acuerdan v. mds. de mí?

Y porque toparon este hombre,

Cultivan amistades los hermanos
Y hacen liga con letrados de nota;
A mesa puesta en casa de ministro
No faltan sujetos de poca monta.

Pero para saber quién era ese hombre, habrás de atender las explicaciones del siguiente capítulo.

CAPÍTULO IX

CON DINERO REDIMEN A UN AMIGO LOS HERMANOS LOU; CON FALSO NOMBRE FUSTIGA A LOS BARQUEROS EL CAPITÁN[184] LIU

Paseaban por la orilla los de Lou, cuando por una esquina asomó un hombre, que se postró a sus pies. Los hermanos lo ayudaron a levantarse y preguntaron:

—¿Quién sois? No os conocemos.

—¿No recuerdan los señores a este humilde servidor?

—El rostro nos es familiar, pero no alcanzamos a recordar.

—Un servidor es Zou el Tercero, hijo de Zou Jifu, el celador de las tumbas de los antepasados de v. mds.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntaron sorprendidos los hermanos.

—En marchando los señores a la capital, mi padre quedó al cuidado de las tumbas. Medró, compró unas tierras que por allá había, y como nuestra casa era chica para vivir, nos mudamos a otra en Aldea de Levante, dejando la antigua a mi tío. Luego casaron mis hermanos, y pues la casa de Aldea de Levante también quedó corta para mi hermano mayor y su mujer y el segundo y la suya, amén de nosotros, una hermana que acaba de enviudar, y que tenía el marido de Mercado de Xue, se ha traído a vivir aquí a mi padre y a mi madre, y un servidor ha venido con ellos.

—Tal es la cosa, pues. ¿Ninguno habrá ultrajado las tumbas de nuestros antepasados?

—Y quién osara, que el señor magistrado y el señor prefecto, apenas pasan junto a ellas, se llegan a hacer las honras, y no hay quien toque una brizna de hierba.

—¿Dónde están vuestros padres?

—Viven a un extremo del mercado, en casa de mi hermana, a unos pasos de aquí. Mi padre recuerda mucho la bondad de los señores, y bien gustara de verlos.

—También nosotros nos acordamos mucho de ese hombre, Zou Jifu —dijo el tercer hermano al cuarto—. Ya que vive aquí al lado, ¿por qué no pasamos a verlo?

—Vamos allá —dijo el hermano cuarto.

Y fueron con Zou el Tercero al embarcadero, donde encomendaron a los criados dijesen de aguardar a los barqueros, y con él al frente se encaminaron derechos a un extremo del mercado, dando con una casita de siete u ocho aposentos cuya puerta doble, de caña, estaba entreabierta.

—¡Padre, están acá los señoritos Tercero y Cuarto! —gritó al llegar Zou el Tercero.

—¿Quién? —preguntó desde dentro Zou Jifu.

Y salió apoyándose en su bastón, y grande fue su dicha al ver a los hermanos, a los que hizo entrar, tirando a un lado el bastón para arrodillarse ante ellos.

—A vuestros años ya no estáis para estos cumplimientos, señor —le dijeron los hermanos, halándolo hasta un asiento.

Zou el Tercero trajo al rato unas tazas de té, que el padre tomó en sus manos, ofreciendo a los visitantes, con que tomó la palabra el menor de ellos:

---

[184] *Shoubei*, capitán al mando de la capitanía que en tiempos antiguos había en todas las ciudades importantes, de categoría igual a la del prefecto, por lo que también recibía la denominación de *shoufu*, «guardián de la prefectura».

—Salimos de la capital para casa con idea de barrer las tumbas de nuestros antepasados, y allá esperábamos encontraros, pero nos desviamos a Jiangxi para ver a nuestro tío, el señor Qu, y el azar ha querido que topáramos a vuestro hijo en esta recalada, enterándonos por él que estabais aquí. Diez años hace que no os vemos, y parecéis más sano que nunca. Acabamos de saber que ya habéis casado a dos hijos; ¿cuántos nietos os han dado? ¿Está con vos vuestra señora esposa?

Y no terminaban de decirlo, cuando una anciana de cejas y cabellos blancos salió y les deseó diez mil felicidades, cortesía que los hermanos devolvieron.

—Entra y dile a tu hija que haga comida para los señoritos —le dijo el marido—. Mi mujer y un servidor —añadió, ya ida la anciana— nunca olvidaremos la bondad del señor y los señoritos, y no hay día que ella no queme bajo el alar de esta casa una pajuela de incienso y rece porque el cielo los haga a v. mds. oficiales de primer grado. Bueno es que el señorito mayor ande ya en silla de manos.[185]

—Estamos fuera de casa los hermanos, y al llegar a la vuestra nos recibís así. Si seguís hablando de esa manera, nos sentiremos mal —dijo Lou el Cuarto.

—Además, son muchos los años que lleváis al cuidado de las tumbas, y nuestro agradecimiento no habría de tener fin. ¿Qué palabras son esas? —terció el hermano mayor.

—El prefecto Qu ya se ha retirado y está de vuelta en casa —dijo Zou Jifu—. ¡Qué pena que su hijo haya muerto! ¿Y su nieto? Estará ya hecho un hombre.

—Tiene diecisiete años y es muy despabilado —contestó Lou el Tercero.

En eso llegó el hijo de Zou Jifu con la comida, compuesta de pollo, pescado, cerdo y pato, y, puesta la mesa, ofreció asiento a los hermanos. Zou Jifu no osaba acompañarlos, y mucha instancia hubieron de hacer para que se sentara con ellos. Al cabo, el anciano sirvió el vino, diciendo:

—Tal vez los señores no estén hechos a este aguachirle de pueblo.

—Es vino de buen cuerpo —dijo Lou el Cuarto.

—¡No sé dónde vamos a parar! —dijo Zou Jifu—. El mundo ya no es el de antes; ni el vino de arroz es igual. Mi padre, que en paz descanse, decía que en tiempos del emperador Hongwu todo era mejor, que dos celemines de arroz bastaban a hacer veinte cuartillos de vino,[186] pero que, cuando el emperador Yongle empezó a gobernar el Imperio, todo se dio vuelta, ninguno sabe cómo, y ya dos celemines apenas daban para quince o dieciséis cuartillos. Miren, si no, este vino, que con ser poca el agua que le han echado, sigue siendo flojo y sin gusto.

—No somos grandes bebedores —contestó Lou el Tercero—. Está muy bien así.

—Yo ya soy un viejo inútil —dijo Zou Jifu tras beber un trago—; pero bien contento estuviera si el cielo se apiada y permite a sus hijos vivir para ver tiempos como los del emperador Hongwu.

Lou el Cuarto miró a su hermano mayor y sonrió; Zou Jifu proseguía:

—Y he oído a las gentes decir que nuestra dinastía habría sido tan buena como la de Zhou, en tiempos de Confucio, de no haber nacido un emperador Yongle que lo arruinara todo. ¿Será verdad?

—¿Dónde ha podido oír cosas como ésas un sencillo hombre de campo como vos? —preguntó sonriendo el tercero de los Lou—. ¿Quién os ha dicho eso?

---

[185] *Shi da jiaozi*, «sea [transportado en] gran palanquín», es decir, sea «funcionario importante». En la dinastía Qing, en concreto (en la Ming y anteriores las normas eran variadas y difusas), los funcionarios a partir del tercer grado tenían derecho a un palanquín con cuatro porteadores en la ciudad y ocho si salían de ella. De ahí otro de sus nombres: «funcionarios de palanquín de ocho [porteadores]» (*ba jiao guan*).

[186] *Jiu niangzi*, vino elaborado con arroz glutinoso fermentado.

—Poco sabía yo antes. Esas palabras las oí decir a un contador del almacén de la sal, que antes venía mucho por la era en sus ratos libres o se sentaba a la sombra de un sauce.

—¿Cómo se llama ese señor? —preguntaron sorprendidos los hermanos.

—Le dicen Yang, y es hombre leal y franco; y gusta mucho de la lectura, que siempre lleva un libro guardado en la manga, y en sentándose en cualquier sitio, se pone a leer. Venía por aquí mucho después del almuerzo, cuando no tenía qué hacer, y gustaba de pasear. Pero ya no lo veremos más.

—Pues ¿dónde ha ido?

—¡No sé dónde vamos a parar! El señor Yang es de familia de mercaderes, pero todo lo que fueran cuentas le traía sin cuidado, y cuando no estaba por ahí paseando, se ponía a leer en la trastienda, dejando a los tenderos hacer a su antojo. En el salín le decían el Zote. El patrón lo asentó de contador por honesto; pero en sabiendo de sus locuras, se llegó a mirar las cuentas y encontró que faltaban setecientas onzas. Preguntó; y como el gasto no salía por ninguna parte, y el señor Yang no hacía más que soltar letradurías y quejarse meneando mucho las piernas y los brazos, el patrón se enojó y acabó denunciando el caso en la audiencia del distrito de Deqing. De que el magistrado supo que era cosa del negocio de la sal, no vio la hora de bailarle el agua al patrón, y metió en prisión al señor Yang y le puso plazo para restituir la pérdida. Y en prisión lleva más de año y medio.

—¿Y no tiene propiedades con qué pagar? —preguntó Lou el Tercero.

—De tenerlas, buen avío hubiera; pero la familia vive a media legua de la aldea y sus dos hijos son bien torpes, que ni trabajan ni estudian, y viven del padre. ¿Con qué iba a pagar?

—¡Hace bullir la sangre! —dijo el hermano menor al mayor—. ¡Que en esta pobre y retirada aldea haya tan docto señor que sufra los maltratos de un esclavo del dinero! ¡Tenemos que hacer por salvarlo!

—Solamente es hombre que debe dinero a otro, y no transgresor de la ley —dijo Lou el Tercero—. Lo que tenemos que hacer es averiguar en la ciudad los pormenores del caso y pagar por él esas pocas onzas que debe. Es cosa sencilla.

—Eso es lo más cuerdo —aprobó el hermano mayor—. Mañana nos ocuparemos de ello apenas lleguemos a casa.

—¡Buda Amida! —exclamo Zou Jifu—. ¡Cuán dispuestos están siempre v. mds. a hacer el bien! ¡Quién sabe a cuántos no habrán ayudado! Si logran sacar de ésta al señor Yang, no habrá vecino de esta aldea que no les agradezca y admire.

—No digáis palabra de esto en la aldea, Jifu —le pidió el tercero de los Lou—. Aguardad a que obremos.

—Es cierto —apostilló el menor—, que no es razón andar pregonándolo por ahí sin saber el desenlace.

Apurado el vino, almorzaron, volviendo al cabo a la barca. Ahirmado a su bastón los acompañó Zou Jifu al embarcadero, donde les dijo:

—Vuelvan los señores en paz a casa, que un día de estos pasaré por la ciudad a saludarlos.

Y mandando al hijo subir a bordo una damajuana de vino y unas viandas para la cena de los señores, tornó a casa después de ver zarpar la barca.

Llegados a casa los hermanos, atendieron en primer término sus negocios domésticos y estuvieron unos días recibiendo visitas, mandando al cabo al mayordomo Jinjue[187] a la audiencia con recado de averiguar el nombre de la persona arrestada en el

[187] Jinjue, «ascendido de cargo», sobrenombre propicio puesto por los amos.

salín de Mercado Nuevo, cuánta plata debía, y si tenía grado. Un hermano jurado de Jinjue, que era escribano de la audiencia, le buscó al punto la causa y la copió, y tal cual la entregó el mayordomo a los hermanos. Decía el escrito:

> *Vista la denuncia que presenta el almacén de sal «La Abundancia Pública»*,[188] *de Mercado Nuevo*, *por la cual el contador Yang Yun*, *por otro nombre Yang Zhizhong*,[189] *ha descuidado por años enteros los deberes de su oficio y*, *viviendo entregado a las mujeres y al juego*, *se ha apropiado de setecientas onzas de plata de los bienes de la tienda*, *en menoscabo de la Recaudación Imperial de Impuestos*, *razones por las cuales el demandante suplica se le fije plazo*, *etc*. *De las diligencias proveídas resulta que el reo es Licenciado Pensionista en espera de recomendación*, *y en consecuencia no procede fijarle plazo*, *debiendo ser despojado del grado*[190] *para sufrir condena*. *Al presente*, *el reo se halla confinado en prisión*, *aguardando esta Audiencia respuesta oficial de las Autoridades Superiores para concertar en su caso el plazo*, *a tenor de lo susodicho*.

—Cuán ridículo —exclamó Lou el Cuarto—, pues un licenciado pensionista en espera de recomendación es un personaje notable, y solamente por apoderarse de unas pocas onzas en el almacén de sal, quieren despojarle del grado y fijarle plazo. ¡Quién tal oyera!

—¿Te cercioraste de que no había otros cargos? —preguntó Lou el Tercero al mayordomo.

—Un servidor averiguó bien, y no los hay —contestó Jinjue.

—En tal caso, coge setecientas cincuenta onzas de plata de lo que el otro día pagó ese hombre de dique de la Familia Huang para rescatar sus tierras, y deposítalas en la tesorería a nombre del señor Yang. Hecho esto, escribe en unas esquelas nuestros nombres, y con ellas te presentas en el distrito de Deqing y dices: «El licenciado Yang es amigo de mis amos»; con ello solamente habrás de pedir que lo pongan en libertad, anunciándote como fiador. ¡Apúrate!

—¡No te demores, Jinjue! —lo apremió el menor—. Y cuando el licenciado Yang salga de prisión, no le digas palabra, que él habrá de venir a vernos.

Jinjue asintió y salió; pero solamente llevó consigo veinte onzas de plata, que entregó al escribano de la audiencia, a quien dijo:

—Vamos a pensar tú y yo la manera de aliñar este negocio del licenciado Yang.

—Nada más sencillo, con esas esquelas de la casa del ministro —respondió el escribano.

Y al punto compuso un memorial que decía:

> *El Licenciado Yang resulta estar emparentado con la casa de Lou*, *dos de cuyos vástagos han hecho llegar esquela a esta Audiencia*, *y al mayordomo por garante*. *Otrosí*, *los señores de Lou preguntan la razón del arresto del*

---

[188] Los salineros colocaban una banderola con el nombre de su tienda en las barcas que transportaban la sal, a modo de identificación. Posteriormente, la palabra «banderola» (*qi*) pasó a complementar el nombre comercial de las tiendas de sal.

[189] Yang Zhizhong es el nombre usual de este personaje, pero de aquí en adelante lo designaremos con su nombre de cortesía (*hui*), Yang Yun, para no ser confundido con Yan Zhizhong, hermano mayor de Yan Zhihe.

[190] *Chi ge*, «despojar del grado». Antes de recibir condena, los licenciados tenían que ser despojados del grado, cosa que podía hacer el comisario de estudios a instancias de los funcionarios locales.

Licenciado, *no siendo el suyo delito de malversación o cohecho*, *y recaban de V.E. otorgue la debida consideración al caso*.

Mucho amedrentó al magistrado la solicitud de tan respetable familia; pero pensando que de atender tal deseo, tampoco podría dar cumplida respuesta al salinero, deliberó con el escribano, conviniendo en que la sola solución era pagar al demandante de las añadiduras dejadas por los mercaderes,[191] aceptar la garantía de Jinjue y poner en libertad al licenciado sin dictar sentencia. Y tal hizo.

Con ello, Jinjue embolsó más de setecientas onzas de plata, que cuidó de guardar bien a su vuelta, antes de anunciar que el licenciado Yang había sido puesto en libertad. Los hermanos creyeron natural que el licenciado viniese a darles las gracias; pero ocurrió que Yang Yun no supo por qué lo libraban, y cuando preguntó a los alguaciles, todo lo que pudieron decirle fue que uno que se llamaba Jinjue había pagado la fianza. Yang pensó para sus adentros que no conocía a ninguno de tal nombre, y después de darle vueltas y más vueltas, resolvió no devanarse más los sesos: lo principal era que estaba libre de toda culpa y podía volver a casa, a sus libros.

La mujer lo recibió como a bendición caída del cielo. Y todo seguía como antes. Los dos zopencos que tenía por hijos andaban apostando en el mercado, del que nunca volvían antes de la medianoche, y la vieja sorda y medio torpe que atendía el fuego, la cocina y la casa, ocupada en sus quehaceres. Al otro día, Yan Zhizhong salió a saludar a sus viejos amigos; pero no pudo ver a Zou Jifu, pues estaba en Aldea de Levante pasando unos días con su hijo segundo, que acababa de darle un nieto. Así pues, ni en sueños hubiera adivinado el licenciado Yang que sus benefactores eran los de Lou.

Pasó un mes, y los de Lou no salían de su asombro; pero recordando la historia de Yue Shifu,[192] dieron en creer que Yang Yun era hombre de superior conocimiento, lo cual acrecentó en ellos su respeto. Un día, el hermano tercero dijo al menor:

—Yang Yun no viene a darnos las gracias; no deja de ser singular el proceder de ese hombre.

—Pues si tanto lo admiramos, sería razón ir nosotros a su casa para trabar amistad. ¿No es poca cortesanía aguardar que sea él quien venga a darnos las gracias?

—Yo comparto ese parecer; mas, como dicen los clásicos, haga bien el duque y olvide su acción.[193] Si vamos a su casa, ¿no parecerá que lo hacemos de propósito para recordarle el favor?

—No tenemos por qué mentarlo cuando estemos con él, que es cosa bien común visitar a aquel cuya reputación engendra deseos de conocerlo. ¿Vamos a dejar que nuestros resquemores estorben el goce de su amistad?

---

[191] *Yangui*, «[porción] acostumbrada [dejada por los mercaderes de la] sal», propinas que repartían los salineros entre los funcionarios locales.

[192] Yue Shifu: personaje del reino de Qi (período de las Primaveras y Otoños, 770-476 aC) que, rescatado de su cautiverio por el alto funcionario Yan Ying, no dio siquiera las gracias al benefactor, sino que lo tildó de maleducado por no invitarlo a entrar en su casa. Yan Ying no sólo no se molestó, sino que lo convidó a pasar y lo agasajó como a huésped. El episodio aparece en *Yanzi chunqiu* [Primaveras y otoños de Yanzi], obra de c. s. IV aC.

[193] *Gongzi you de yu ren*, *yuan gongzi wang zhi*: lit. «Si el duque hace un favor, ojalá pueda olvidarlo». De los *Registros históricos* («Wei gongzi liezhuan», LXXVII). Xin Lingjun (¿-243 aC), hijo del rey Zhao de Wei, rompió con su ejército el cerco impuesto por las tropas del reino de Qin a la ciudad de Handan. Al saber que el rey quería recompensarlo con la encomienda de cinco ciudades, se mostró muy ufano de sí mismo y uno de sus paniaguados le recordó, con estas palabras, la humildad a que estaba obligado por los cánones de caballerosidad.

—Tienes toda la razón —acordó el hermano mayor. Y al rato, ya determinado a ello, prosiguió—: Habrá que coger la barca el día antes, para llegar temprano a su casa y poder pasar la jornada con él.

Dicho y hecho; apalabraron una barquilla, y sin criados de compañía zarparon esa misma tarde, navegando de un tirón unas decenas de millas. Era entremedias del otoño y el invierno, cuando los días son cortos y las noches largas, y el río caliginoso cabrilleaba a la luz de la luna; cinglaba el barquero aprovechando su resplandor, buscando el cobijo de otras barcas más grandes para abrirse paso entre la maraña de embarcaciones cargadas de arroz tributario que atestaban el río. Pasada la segunda vigilia, los hermanos se disponían a dormir, cuando oyeron gran estrépito. La lancha no llevaba luces y la puerta de la cámara estaba cerrada, pero, mirando por una rendija, Lou el Cuarto vio un gran bajel brillantemente iluminado de un par de grandes fanales,[194] que decían: «Casa del Ministro», y «Casa del Comisario de Transmisión», en cuya cubierta, unos más lobos y tigres que criados azotaban con látigos a los ocupantes de cuantas embarcaciones se interponían en su camino. Lou el Cuarto dio un respingo y dijo:

—¡Hermano, mira! ¿Qué es eso?

—Esos hombres no son de nuestra casa —dijo, luego de mirar, el hermano mayor.

En eso llegó el bajel a par de la lancha, y los criados lanzaron los látigos sobre el barquero, que protestó diciendo:

—¡Pues no es grande el río para que no paséis! ¿A qué tanto látigo?

—¡Perro esclavo, abre esos ojos de asno y cata lo que dicen los fanales! —le gritaron los sayones—. ¿Ves de quién es el barco?

—El fanal dice «Ministro». ¡Voy a saber yo qué ministro es ése!

—¿Habrá otro ministro en Huzhou que no sea el de la casa de Lou, ciego condenado?

—¡La casa de Lou! —exclamó el barquero—. ¿Pues de cuál de los Lou es vuestro barco?

—Este barco es del señor Lou el Tercero, y carga arroz de tributo, como todos saben. ¡Otra vez que abras el pico, mal perro, y atado a la proa habrás de aguardar que mañana te llevemos al señor Lou el Tercero, que te mande a la audiencia y te casquen las liendres!

—El señor Lou el Tercero va en mi barca. ¿Quién dice que va en la vuestra?

Mordíanse los labios los hermanos para no reír, cuando el barquero abrió la cámara y pidió al señor Lou el Tercero que se mostrase ante los sayones. El de Lou caminó hasta la proa, iluminado por la luz de la luna y los fanales de la otra embarcación, y preguntó:

—¿A qué rama de mi familia pertenece vuestro amo?

Y tanto fue el espanto de los sayones al verlo, que hincándose de rodillas dijeron:

—Nuestro amo no es de la familia del señor; nuestro amo es el señor Liu, que antes fue capitán, el cual, creyendo que en el río habría mucho trajín, se tomó la libertad de coger emprestada la insignia oficial de la casa del señor. ¡Poco pensó que íbamos a topar con la barca del señor! ¡Pobres de nosotros!

—Aunque vuestro amo no es deudo mío, sí es paisano, y no importa que tome prestados nuestros fanales o insignias —dijo Lou el Tercero—; lo intolerable es que os abráis camino por el río golpeando así a las gentes. ¿No mancilláis el buen nombre de

---

[194] *Gaodeng*, «linterna alta», farolillo de asa larga empleado en las comitivas de los personajes importantes, que también podía ser llevado al hombro.

mi casa haciéndoos pasar por criados de ella, sabiendo, como bien sabéis, que ninguno de nuestra familia osara hacer tal? Levantaos, y cuando veáis a vuestro amo, no le digáis que habéis tropezado conmigo; pero que no se repita. No sé cómo aún me digno dirigiros la palabra.

Los criados prometieron obedecer al de Lou, y agradecida su benevolencia, sellaron la frente en el suelo y se pusieron en pie, apagando al punto los fanales y atracando en una de las orillas. En volviendo Lou el Tercero a la cámara, los dos hermanos desfogaron sus risas.

—No deberías haberles dicho que mi hermano estaba a bordo, ni pedirle que se mostrase —dijo Lou el Cuarto al barquero—. Les has aguado la fiesta.

—De no decirlo, me estrazan la barca —contestó el barquero—. ¡Pues no son brutos! Ahora que, bien deslucidos han quedado.

Con ello, y un rato más de plática, los hermanos se desvistieron y acostaron. Toda la noche navegó la lancha, llegando al alba a Mercado Nuevo, donde fondearon. Los hermanos se lavaron la cara, bebieron té y comieron unas tortas; y diciendo al barquero que cuidase bien de la barca y los aguardase en aquel punto, saltaron a tierra y se encaminaron derechos a un extremo del mercado, a casa de la hija de Zou Jifu. La puerta estaba cerrada; golpearon, y salió la hija, diciéndoles que el viejo Zou había partido con su mujer a Aldea de Levante, que pasaran a tomar té, a lo que ellos cortésmente se negaron. Dejando atrás el mercado, tomaron un camino principal, cruzándose a la media legua con un leñador cargado de haces de leña, al que preguntaron:

—¿Vive por aquí el señor Yang Yun?

—Esa mancha encarnada que ven v. mds. allá lejos cae detrás de su casa —contestó el leñador, señalando con el dedo—. Por este atajo acortarán camino.

Diéronle las gracias, y caminando entre matorrales llegaron por fin a un caserío de no más de cuatro o cinco chozas; y como vieran detrás de una de ellas un par de hermosos arces de hojas encarnadas por la escarcha, coligieron que era la casa del señor Yang y siguieron el sendero que llevaba a la puerta. Delante de la casa corría un arroyuelo cruzado por un puentecillo, que atravesaron, hallando la puerta, de doble hoja, cerrada. El perro rompió a ladrar. Lou el Tercero llamó a la casa, y buen rato estuvo llamando, hasta ver salir a una vieja vestida de harapos, a la cual preguntaron:

—¿Es ésta la casa del señor Yang Yun?

Tuvieron que repetirle la pregunta, con que al cabo ella afirmó con la cabeza y dijo:

—Ésta es. ¿De dónde son v. mds.?

—Somos los hermanos Lou, y vivimos en la ciudad. Venimos a saludar al señor Yang Yun.

—¿Liu dicen que se llaman? —preguntó la mujer, que era dura de oído.

—No; Lou. Decid al amo que somos de la casa del ministro, que él ya entenderá.

—El señor no está en la casa, que salió a ver pescar, y aún no se vuelve. Vengan otro día, si tienen qué decirle.

Y entró, trancando tras sí la puerta, sin convidarlos siquiera a una taza de té. Los hermanos quedaron muy turbados; un rato estuvieron sin saber qué hacer, hasta que, a falta de otra solución, descruzaron el puentecillo, desandaron el atajo y volvieron a la ciudad en la barca.

Cuando Yang el Zote volvió a casa de noche, la criada vieja le dijo:

—Esta mañana, dos hombres que se llamaban no sé qué de Liu vinieron de la ciudad a verlo, y dicen que son de no sé qué casa de suministros.

—¿Qué les dijiste?

—Que el amo no estaba en casa, que otro día volviesen.

«¿Qué Liu podrá ser?», se preguntaba Yang; y recordando de pronto que el alguacil que lo había arrestado cuando el salinero llevó su caso a los tribunales se llamaba Liu, pensó que los hombres habrían venido en busca de dinero, y se empelotó con la criada:

—¡Que no se morirá esta vieja! ¡Qué bicho torpe! Cuando vengan sujetos de esa calaña, dices que no estoy en casa, y basta. ¿Qué es eso de que vuelvan otro día? ¡Inútil!

No calló la vieja, que le contestó, y Yang Yun perdió los estribos y la ablandó a bofetones y coces. A partir del otro día, pensando en que los alguaciles habrían de volver, el letrado se guardó bien de quedar en casa y dio en salir de amanecida y no recogerse hasta la noche.

Los hermanos Lou no habían quedado satisfechos de la visita, empero, y a los cuatro o cinco días alquilaron otra barca y se presentaron en Mercado Nuevo, llegándose, como antes, a la puerta de su casa, a la que llamaron. Pero cuando la vieja abrió la puerta y vio que eran ellos otra vez, hecha una furia dijo:

—¡El señor no está en casa! ¿Qué se les ha perdido por aquí?

—¿Le dijisteis el otro día que somos de la casa del ministro Lou?

—¿Que si se lo dije? Por culpa de v. mds. me azotó y pateó. ¡Y aún les da por volver! El señor no está en casa, sépanlo bien, y no volverá en unos días. Y yo no puedo perder el tiempo, que tengo que poner la olla al fuego para hacer la cena.

Y sin darles ocasión de hablar, les cerró la puerta en las narices, haciendo oídos de mercader a sus repetidas llamadas. No comprendían gota los hermanos, y dudaban si reír o enojarse; pero al rato pensaron que poco aprovechaba seguir llamando y volvieron a la barca.

Llevaban navegadas unas millas, cuando viendo el barquero otra barca con cargamento de castañas de agua, manejada por un zagal que desde la boca de la timonería gritaba: «¡Castañas de agua, castañas de agua!», puso la suya a la par y pidió que le pesara unas pocas, ocasión que aprovecharon los hermanos para preguntar desde la portilla:

—¿Dónde vives, muchacho?

—En Mercado Nuevo —contestó éste.

—¿Conoces al tío Yang Yun, que también vive allí? —preguntó Lou el Cuarto.

—¡Claro! Es muy bueno. El otro día me llevó en la barca a ver la ópera al pueblo de al lado, y de la manga le cayó un trozo de papel en que hay cosas escritas.

—¿Lo tienes ahí? —preguntó Lou el Tercero.

—Acá en la barca lo tengo.

—Ve por él y muéstranoslo —dijo Lou el Tercero.

Con que el zagal fue a buscarlo y se lo dio, alejándose en su barca apenas recibió los dineros que el barquero le dio por las castañas. Los hermanos abrieron la blanca hoja de papel y encontraron en ella unos versos:

Si nunca llegué a caer en deshonra,
Lo debo al estudio de viejas obras;
Sufrí la escarcha y el ardiente sol,
Y al fin la brisa acaricia mi choza.[195]

[195] Cuatro últimos versos de una poesía de Lü Sicheng que aparece en el libro XII de *Chuogeng lu* [Registros de un alto en la labranza] (c. 1368), de Tao Zongyi (1329-1410?). La ironía del autor apunta en esta ocasión a la capacidad de plagio de Yang Yun y la ignorancia de los hermanos en cuestiones poéticas.

Debajo decía: «Compuesto en la cabaña de Yang Yun, el Viejo Torpe del Bosque de los Sauces.»

—¡Cuán sublimes los ideales de este hombre! —exclamaron los hermanos—. Lástima que no podamos conocerlo.

Y siguieron camino. Era día de mucho frío, aunque claro, y Lou el Cuarto disfrutaba de la vista a popa, cuando al mirar a lo lejos vio detrás un junco que se acercaba y sobre él a un hombre gritando:

—¡Señor Lou el Cuarto, tened la barca, que mi señor está aquí!

Con que el barquero acostó el junco a la barca, a la que saltó el hombre, quien hizo una reverencia, escudriñó la cámara y dijo:

—Así que también está acá el señor Tercero.

Y, por causa de ello,

Un joven y prestigioso letrado
En casa noble se une en casamiento;
Doctos señores de ilustre familia
En sitio ameno buscan un portento.

Pero para saber quién era el importante personaje que iba en el junco, tendrás que leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO X

EL COMPILADOR LU TOMA POR YERNO A UN BRILLANTE LETRADO; EL NIETO DEL PREFECTO QU CASA EN RICA FAMILIA

Navegaban los de Lou en la lancha, cuando de atrás asomó un gran junco oficial, y sobre él un hombre gritando que se detuvieran; abordó el junco la lancha, pasó a ella el hombre, y reconociendo los hermanos en él al mayordomo del convecino Lu, el compilador de la Academia Hanlin, le preguntaron:

—¿Ha vuelto a casa tu amo?

—Pidió licencia para volver, pero aún no ha llegado a casa.

—¿Dónde está ahora?

—En el junco, y ruega a los señores vayan a verlo.

Con que los hermanos pasaron al junco, sobre el que había una banda que decía «Academia Hanlin», y ya el compilador salía a la puerta de la cámara a recibirlos, ceñido el bonete y vestido de civil. El compilador, que había sido discípulo del Gran Guarda Imperial, les dijo sonriendo:

—Vi de lejos al hermano Cuarto, de pie en la proa, y me preguntaba qué haría en una barquichuela como ésta, cuando me encuentro que también va con él el hermano Tercero. ¡Qué casualidad! Pasen a la cámara, si me hacen merced.

Y entrando en la cámara, trocaron los saludos de rigor y se acomodaron, tomando la palabra Lou el Tercero:

—Sin darnos cuenta ha pasado ya medio año desde que nos despedimos en la capital. ¿A qué se debe vuestra petición de licencia para volver a casa?

—Hermano mayor, los pobres académicos nos vemos forzados a vivir de unas pocas comisiones de servicios,[196] ya que los buenos trabajos se los dan a otros —dijo el compilador Lu—. En la capital no hacía otra cosa que estar de brazos caídos, agotando mis propios dineros, y como de añadidura, yo ya voy para los cincuenta y no tengo hijos varones, solamente una hija que aún no he casado, creí lo mejor volver a casa para atender los negocios domésticos. ¿Y v. mds.? ¿Qué hacen en una barca tan chica, y sin criados?

—No teníamos qué hacer —contestó Lou el Cuarto—, y como el día estaba bueno, salimos a dar un paseo. Eso es todo.

—Yo hoy de mañana he ido a visitar a un viejo amigo que vive por acá en un pueblo —dijo el compilador Lu—, quien me convidó a almorzar; pero no me quedé, pues no veía la hora de llegar a casa, y me mandó algunas viandas a la barca. Es gran suerte encontrarme ahora con los hermanos mayores, pues podremos recordar viejos tiempos al amor de unos buenos tazones de vino.

Y preguntó a un criado: «¿Ha llegado ya la otra barca?», a lo que contestó uno de los barqueros:

—No, aún anda muy lejos.

---

[196] *Chaishi*, «comisión de servicio». Los miembros de la Academia Hanlin enviados en comisión de servicio podían oficiar de presidentes de examen, examinadores ayudantes y comisarios de estudios. En los dos primeros casos, percibían viáticos y obsequios de los funcionarios de los lugares donde presidían los exámenes provinciales, y en el último lo percibían de los subprefectos y magistrados al presidir los exámenes escolares. Además podían vender grados fraudulentamente y el suyo era, por lo tanto, un oficio muy lucrativo, aunque no tanto como en épocas anteriores.

—No le hace. Trae acá el bagaje de los señores, y manda de vuelta su barca.

Con ello ordenó servir la comida, escanciando él el vino, y en buena compaña chismearon de las audiencias de la capital; y como el compilador Lu les preguntara por la bonanza de la cosecha de ese año en el distrito, y también por los hombres de talento que hubieran conocido en los postreros tiempos, Lou el Tercero le habló de Yang Yun, al que ensalzó como hombre de elevada moralidad, sacando el papel con los versos, que le dio a leer. El compilador lo leyó, y arrugando el ceño dijo:

—Hermanos, el proceder de v. mds. empequeñece el de los más virtuosos varones que sobre la tierra han sido, y a fe que no hay señor de Xinling o señor de Chunshen[197] que pueda igualarlos. Pero todos estos sujetos son mucha parola y poco talento. Y me digo: si tanto sabe, ¿por qué no pasa el examen?[198] ¿Qué mérito tiene hacer un par de versos? Hermanos, tanta condescendencia con las letras hace de v. mds. los mejores patrones que este señor Yang pueda tener en vida; pero por dos veces no se ha dignado recibirlos y la causa es obvia. Según mi parecer, no hay que trabar amistad con gente de este jaez.

No respondieron los hermanos; siguieron bebiendo, hablaron de todo un poco, y al llegar a la ciudad el compilador Lu los acompañó a casa, regresando él luego a la suya.

Apenas cruzaron la puerta los hermanos, el portero les anunció: «Ha venido el señorito Qu, y los aguarda en el cuarto de la señora.» Y entrando en las dependencias interiores, toparon al nieto del prefecto Qu, atendido por la mujer del hermano Tercero. El joven se arrodilló al ver a sus tíos, pero éstos lo levantaron y le hicieron pasar a la biblioteca, donde el sobrino les dio una carta y unos presentes del abuelo, amén de un ejemplar del libro que él había impreso. Los hermanos lo hojearon, y muy admirados exclamaron:

—¡Cuánto talento a tus pocos años, sobrino! ¡Nos dejas diez leguas atrás!

—Todo es ignorancia y pretensión en este sobrino de v. mds. —dijo el nieto del prefecto Qu—, y ruego a los señores tíos señalen mis yerros.

Radiantes de gozo los hermanos, esa noche le dieron un banquete de bienvenida y lo alojaron en la biblioteca. Muy de mañana al otro día saludaron al sobrino y vistieron ropas oficiales, y despachando por delante un criado con sus esquelas, montaron en las sillas de mano y fueron a visitar al compilador Lu. Vueltos a casa, encargaron un banquete al cocinero y enviaron al compilador esquela de convite para celebrar al otro día su regreso, con que entraron en la biblioteca, y muy sonrientes dijeron al sobrino:

—Mañana tenemos un convidado, y te rogamos nos hagas compañía.

—¿Quién es?

—Nuestro convecino, el compilador Lu —dijo Lou el Tercero—, aprobado del examen metropolitano presidiendo el Gran Guarda Imperial.

—Es de lo más vulgar que hay —terció Lou el Cuarto—; pero estamos emparentados, y el otro día nos convidó a comer en su barca; por eso mañana le pagamos el agasajo.

En eso entró el portero y anunció: «El licenciado Niu Buyi, de Shaoxing, está fuera aguardando que los señores lo reciban.»

—Hazlo pasar presto a la sala, y ofrécele asiento —dijo Lou el Tercero.

---

[197] Xinling *jun* (¿-243 aC, hijo del rey Zhao de Wei) y Chunshen *jun* (¿-238 aC, noble de Chu) eran, con Mengchang *jun* de Qi y Pingyuan *jun* de Zhao, dos de los conocidos como «cuatro caballeros de los Estados Combatientes», famosos por su hospitalidad con los hombres de letras: cada uno de ellos daba albergue, según las crónicas, al menos a tres mil de ellos en su residencia.

[198] Se refiere al examen provincial.

—¿Es éste el Niu Buyi que estaba de secretario en Shandong con el comisario Fan? —preguntó el nieto del prefecto Qu.

—Así es —contestó el tercero de los Lou—. ¿Cómo lo sabes?

—Fue colega de mi padre, y por eso lo conozco.

—Habíamos olvidado que tu respetado señor padre también estuvo allí —dijo Lou el Cuarto.

Con que salieron los hermanos a recibir a Niu Buyi, al que condujeron a la biblioteca luego de un buen rato de plática. El nieto del prefecto Qu le presentó sus respetos, y al verlo Niu Buyi dijo:

—Grande ha sido mi congoja al saber por los tíos que vuestro señor padre ya no está más entre nosotros;[199] pero viendo en vos a tan apuesto y brillante sucesor, mi llanto se trueca en alegría. ¿Está bien vuestro señor abuelo?

—Feliz y en paz con la ayuda de todos. Él también os recuerda mucho.

—Aún me acuerdo cuando el comisario buscaba el examen de un candidato y vuestro señor padre le hizo una muy buena burla —dijo Niu Buyi—. ¡Qué buen tino, y cuánta maestría de letras!

Y les contó lo ocurrido, riéndolo todos de buena gana. Al cabo, Lou el Tercero dijo:

—Señor Niu, somos amigos desde hace docenas de años y no tenemos por qué andarnos con cumplidos y menos hoy, que está nuestro sobrino con nosotros y puede sacar beneficio de vuestra instrucción. Pasaréis el día con nosotros.

Servida al rato la comida, los cuatro hablaron de literatura en derredor de una buena jarra de vino. Bebieron hasta el ocaso, momento en que Niu Buyi se despidió; los dos hermanos lo acompañaron a la puerta, preguntándole antes dónde paraba.

A la mañana siguiente despacharon un criado con una esquela para el compilador Lu, quien llegó al mediodía, vestido con sombrero de seda crespa y traje oficial adornado de dragones.[200] Al entrar al salón, quiso presentar respetos ante la tablilla funeraria de su maestro, pero los hermanos rechazaron el honor, con que se aligeraron de ropa y se sentaron a tomar el té. Apurado éste, entró a saludar el nieto del prefecto Qu, diciendo en eso Lou el Tercero:

—He aquí al sobrino, nieto de nuestro tío que fue prefecto de Nanchang.

—Tiempo ha que os admiro —dijo el compilador Lu.

Y saludándose con una inclinación, tomaron asiento y hablaron de cualquier cosa, hasta que, viendo el compilador Lu que los criados ponían un par de mesas, dijo:

—Hermanos mayores, no está bien, pues nuestras familias se conocen de antiguo y no es razón tanto cumplimiento entre buenos amigos. Según yo lo veo, esta sala es harto grande, y mejor fuera poner una sola mesa en la biblioteca, que hablemos a gusto los cuatro frente a frente.

Y acatando sus deseos, los hermanos lo hicieron pasar a la biblioteca, donde el convidado elogió el buen gusto con que estaban dispuestas las flores y las estanterías. Ya sentados, los hermanos mandaron quemar incienso, y al punto un zagal de largos cabellos puso el vetusto incensario de bronce sobre una mesilla y de seguida un par de criados bajaron la cortina de la puerta. Una hora más tarde, bebidos ya tres tazones por cabeza, los criados volvieron para alzar la cortina; el incienso brotaba de las paredes y las rendijas, colmando el aposento de delicioso aroma, y el compilador Lu se creía flotando entre las nubes.

---

[199] *Yi xie binke*, «ya ha dejado de recibir visitas», eufemismo por «ya ha muerto».

[200] *Mangyi*, túnica con dragones bordados en el pecho y la espalda, vestidura oficial de los ministros en la dinastía Ming y de los funcionarios superiores al séptimo grado en la dinastía Qing. El número de dragones dependía de la categoría del funcionario.

—Así hay que quemar el incienso para que el humo no moleste —dijo Lou el Tercero.

De lo que quedó muy admirado el compilador, quien al rato empezó a hablar de cosas de Jiangxi con el nieto del prefecto Qu.

—¿No fue Wang Hui el sucesor de vuestro abuelo en Nanchang?

—Así es.

—Pues en buen enredo está metido el intendente Wang; la Corte tiene puesto precio a su cabeza.

—Se rindió al príncipe de Ning —dijo Lou el Tercero.

—Se lo tenía por el oficial más capaz de Jiangxi —ponderó el compilador—; sin embargo, fue el primero en rendirse.

—Hizo mal en rendirse —dijo Lou el Cuarto.

—Sin tropas ni provisión, más vale la rendición, como dice el proverbio —prosiguió el compilador—. Pero así como otros, que ahora están escondidos, se rindieron sin más, él fue el único que se rindió con unos pocos distritos, y por eso la Corte lo tiene por el peor de los traidores y ofrece recompensa por su captura.

El nieto del prefecto Qu no dijo una palabra de lo que le había ocurrido. Al cabo, el compilador narró la consulta al oráculo de Wang Hui, de la cual nada sabían los hermanos, recitando la poesía compuesta según la melodía de *Luna del río del Oeste* y explicando cómo los versos habían resultado ser ciertos.

—Extraño era ese oráculo —decía—. Le predijo la rendición, pero no lo que después acaecería. Poco podía saber el intendente lo que le reservaba el destino.

—Las cosas por venir se manifiestan antes de que ocurran, y los adivinos saben interpretar sus señales ocultas —dijo Lou el Cuarto—. Es tontería hablar de hadas o espíritus.

Concluso el banquete, los hermanos mostraron al compilador Lu unos versos del nieto del prefecto Qu, amén de las *Notas críticas sobre poesía*, y elogiaron mucho su genio y juventud, dejando al visitante harto admirado.

—¿Cuántos años tiene el sobrino? —preguntó a los hermanos.

—Diecisiete —contestó Lou el Cuarto.

—¿Qué día se colgó el arco a la puerta de su casa?[201]

Lou el Tercero trasladó la pregunta al nieto del prefecto Qu, y éste respondió:

—El dieciséis de la tercera luna.

El compilador Lu asintió con la cabeza, grabando bien la fecha en el corazón. Y sin más se disolvió la reunión al llegar la noche, momento en que los hermanos despidieron al convidado y se retiraron a dormir.

A los pocos días, el nieto del prefecto Qu dijo tener que volver a Jiaxing, y como los hermanos lo persuadieron de demorar la partida un día, Lou el Tercero aprovechó para escribir al prefecto. En ello estaba, cuando el criadillo entró en la biblioteca y anunció: «El portero trae recado para el señor.»

—Dile que pase.

El portero pasó y le dio razón:

—Afuera hay un hombre que quiere ver al señor.

—Dile que no estamos en casa, que deje su esquela.

—Dice que no tiene esquela y no me ha dado su nombre. Dice que solamente quiere hablar con los señores.

—¿Qué aspecto tiene?

---

[201] *Xuanhu zhi qing zaiyu he ri*, lit. «¿Qué día se celebró la colgadura del arco?». El nacimiento de un varón se anunciaba colgando un arco a las puertas de la casa, y el de una niña, una toallita.

—Tendrá entre cincuenta y sesenta años, y lleva bonete y túnica de seda, como letrado.

«¿Será Yang Yun?», se preguntó Lou el Tercero. Y dejando a un lado la carta, llamó al hermano y le dijo que uno que bien podría ser Yang Yun estaba allí a visitarlos.

—Hazlo pasar a la sala, que al punto estaremos con él —mandaron al portero.

Y el portero lo hizo entrar en la sala, en la que a poco aparecieron los hermanos, quienes lo saludaron y le ofrecieron asiento.

—Años ha que la gran fama de v. mds. me es conocida, mas apenas hoy tengo ocasión de saludarlos —dijo el extraño.

—¿Cuál es vuestro honorable nombre? —preguntó Lou el Tercero.

—Chen Hefu dicen a vuestro menor, y vive en la capital, aunque ahora acompaña al respetable académico Lu a su honorable distrito, y el destino le brinda la gran fortuna de conocer a v. mds. Mas advierto que los oídos del tercer hermano son más blancos que su cara,[202] lo cual es señal de fama que habrá de propagarse por toda la tierra, y que el brillo de Saturno[203] en el rostro del hermano Cuarto presagia cercanas nuevas de ascensos.

—Sin duda sois práctico en la fisonomía, señor —dijeron los hermanos, advirtiendo ya que no era el señor Yang.

—Algo sé de la ciencia de los hexagramas, de astrología, adivinación, medicina interna, cirugía, alquimia interna y externa,[204] espiritismo y oráculos —dijo Chen Hefu—. En la capital soy frecuente convidado de los ministros de los Consejos y los oficiales de las Cuatro Grandes Escribanías,[205] y no hay predicción mía que no se cumpla. A decir verdad, señores, digo siempre lo que pienso, sin guardarme cosa alguna, y no soy alabancero; por eso los grandes personajes se aficionan tanto a mí. Al señor Lu decía yo el otro día: «Nueve provincias llevo ya caminadas en veinte años, desde mi partida de Jiangxi hasta la llegada a vuestra honorable casa.»

Y rió con gran estrépito. Trajeron el té, y ya apurado, Lou el Cuarto tomó la palabra:

—Decís haber venido en la barca del señor Lu; nosotros lo topamos en el río y pasamos un día en su barca, mas no os vimos.

—Yo iba en la segunda barca —dijo Chen Hefu—, y apenas esa noche me enteré que v. mds. habían estado allí. Es lástima que nuestro encuentro haya tenido que retardarse unos días.

—Vuestra plática es muy amena, y lamentamos no haberos conocido antes —dijo Lou el Tercero.

—El señor Lu me encargó darles un recado —dijo Chen Hefu—. ¿Podemos hablar en privado?

—Nada malo hay en ello —dijeron los hermanos.

Y lo hicieron pasar a la biblioteca. Chen Hefu miró a su alrededor, y posando la vista en el amplio patio exterior y los hermosos laúdes y libros, exclamó:

—¡Cuánto acierto en eso de que «en el cielo, la mansión de los dioses, y en la tierra, la casa del primer ministro»!

---

[202] Tener las orejas más blancas que el rostro era, según la fisionomía china, un rasgo de nobleza que presagiaba gran fama y gloria.

[203] Tuxing, la «estrella de la tierra» o Saturno: «nariz» en la jerga de la fisionomía.

[204] *Neidan*, *waidan*, «alquimia interna, alquimia externa». En términos muy generales, la alquimia interna se dedicaba al estudio de los fluidos vitales del individuo, y la externa, a la destilación del cinabrio y otros elementos.

[205] *Si yamen*: el Consejo de Personal (Lìbu), la Academia Hanlin (Hanlinyuan), la Secretaría de Supervisión de las Seis Oficinas de Escrutinio (Liu-ke Jishizhong) y el Tribunal de Investigación delegado en los circuitos (Jianchayushi).

Con ello, adelantó la silla en que estaba sentado y prosiguió:

—El señor Lu tiene una hija en edad de casar,[206] a la que vuestro menor conoce bien por estar estos días en su casa, y en verdad no hay otra tan virtuosa, cortés y hermosa como ella. Los padres no tienen hijos varones, y esta hija es la niña de sus ojos, por lo que nunca han consentido en casarla, con ser muchas las familias que piden su mano. El otro día, cuando el señor Lu conoció al nieto del prefecto Qu en esta honorable casa, quedó admirado de su genio, y me ha encomendado venir para preguntar si está o no casado.

—El joven es nuestro sobrino, y no está casado —dijo Lou el Tercero—. Estamos muy agradecidos al señor Lu por esta muestra de la estima en que nos tiene, mas cumple saber la edad de la muchacha, y si sus horóscopos se corresponden.

—Pierdan cuidado los señores —contestó sonriendo Chen Hefu—, que el compilador Lu averiguó la fecha de nacimiento del sobrino de v. mds. el mismo día que era aquí agasajado, y en volviendo a casa me dio razón, y vuestro menor confrontó los horóscopos por ver si casaban bien. Ella es un año más joven que él, pues está por cumplir los dieciséis, y sus horóscopos concuerdan en todos los extremos. Y están predestinados a gozar de larga vida, buena fortuna y abundante progenie. Nada ensombrece su dicha.

—¡Por eso le preguntó la fecha de nacimiento el otro día en el banquete! —dijo el cuarto de los Lou al tercero—. En el momento me extrañó, pero ahora ya veo lo que tenía en ciernes.

—Muy bien —dijo Lou el Tercero—. En vista de que el compilador Lu toma tanto interés en nuestro sobrino y nos honra enviándonos al señor Chen Hefu por casamentero, escribiremos a nuestro tío y buscaremos día propicio para concertar las bodas.

—Otro día volveré —dijo Chen Hefu, levantándose para marchar—; ahora debo dar razón al señor Lu.

Los hermanos lo acompañaron a la puerta, y ya despedido corrieron a poner en autos al nieto del prefecto Qu, al que aconsejaron:

—Siendo tal la cosa, más te vale no volver a Jiaxing por el momento; despacharemos un criado con una carta para tu abuelo, y podrás obrar según la respuesta.

Parecióle bien al sobrino y se quedó con ellos; y a los diez días volvió el criado con la respuesta del prefecto:

—Su Excelencia oyó con mucho contento las palabras de un servidor, y mandó decir que, como él no puede venir, los señores hagan los aprestos y resuelvan si el señorito debe quedar con la familia de la esposa o aquí en casa. Esta carta me dio, junto con quinientas onzas de plata para los presentes de boda. Y que el señorito no se apure por volver a casa antes de los desposorios, que Su Excelencia goza de buena salud y no ha menester de cuidados.

Con ello, los hermanos eligieron día propicio, apalabrando por mediadores a Chen Hefu y Niu Buyi, quienes pasaron por la casa de los Lou, donde los convidaron a comer, enfilando al cabo para la del compilador Lu montados en sillas de manos y precedidos de los criados con las credenciales. El señor Lu ya tenía aderezado otro banquete para ellos, y a su término les dio el escrito de consentimiento y un billete con los horóscopos[207] de los esposos. A los dos días, los de Lou despacharon a casa de la

---

[206] *Nianfang ji ji*, lit. una hija que «ha llegado a la edad de recogerse el pelo», esto es, a los quince años, ocasión celebrada con una ceremonia equivalente a la actual puesta de largo.

[207] El «escrito de consentimiento» (*yuntie*) era el enviado por la familia de la novia a la del novio; la «tarjeta de horóscopos» (*gentie*) consignaba los «ocho caracteres» astrológicos de la desposada (año, mes,

desposada portadores con oro, plata, perlas, esmeraldas, joyas, sedas, bordados, corderos, vino y frutas; y, hechas las donas, dieron a cada mediador doce onzas de plata para comprar ropa nueva y cuatro para fruta y vino, de manera que todos quedaran satisfechos.

Al cabo pidieron a Chen Hefu fijase fecha para las bodas, y como éste las concertase para el día octavo de la docena luna, dieron aviso al compilador, quien pidió el favor de que el nieto del prefecto Qu se quedase a vivir en su casa, pues su hija era la única que tenía y le sería muy penoso separarse de ella.

El día octavo de la docena luna, los mediadores fueron festejados con un banquete en la mansión de los Lou, engalanada para tan magna ocasión de gran número de serpentinas, amén de más de ochenta farolillos con inscripciones oficiales, que, sumados a los de la familia del prefecto Qu, llenaban tres o cuatro calles. A la caída de la tarde empezaron a tocar los músicos, y a poco se puso en camino la comitiva del novio, en la que había estandartes, palios, instrumentos de viento y cuerda y ocho pares de farolillos de gasa cubiertos de tela aceitada —no fuera se mojasen, que apenas había escampado y aún las nubes se amontonaban en el cielo—, y a la cola, un palanquín de a cuatro portadores en el cual iba sentado el nieto del prefecto Qu, al que seguían otras sillas de mano ocupadas por los hermanos Lou y Chen Hefu y Niu Buyi, que oficiaban de solicitadores del novio.

Al llegar a la mansión de Lu dieron muy buenos dineros de apertura,[208] y abiertas las puertas, comenzó a sonar la música. Los primeros en apearse y entrar en la casa fueron los hermanos Lou y los solicitadores, aquéllos enfundados en su vestido oficial, éstos en hábitos al caso. Encapillado en bonete de seda, túnica bordada, zapatos de raso y fajín dorado se adelantó el compilador Lu a recibirlos, saludándolos con una venia y haciéndolos pasar. Al rato entró el nieto del prefecto Qu rodeado de ocho portadores de farolillos y los músicos. Vestía el mozo bonete de seda y túnica bordada, y adornos de flores y rasos carmesíes le cubrían los hombros; la cabeza gacha, ofrendó frente al altarcillo un pato silvestre[209] y se postró ante el compilador, quien le ofreció asiento en la mesa frontera, en tanto los hermanos, los solicitadores y el de Lu se sentaban a las laterales. Escanciado tres veces el té, trajeron las viandas, un servicio para cada uno, lo que hacía seis comidas en todo, sazón en que el compilador Lu se acercó a brindar a la mesa del desposado, quien le hizo la razón. Los músicos tocaban al fondo. Y mientras el compilador volvía a su mesa, el nieto del prefecto Qu echó una fugaz mirada a su alrededor, advirtiendo que se hallaba en la sala de una antigua mansión, iluminada, por lo demás, de gran copia de candelabros.

Terminada esta ceremonia, la música cesó, y el nieto del prefecto Qu se levantó de la mesa y saludó a su suegro, los dos tíos y los solicitadores, volviendo a sentarse. Vinieron luego unos comediantes que se inclinaron ante los comensales y al son de sus címbalos y tamboriles danzaron *El ascenso de cargo* y representaron «El hada Zhang trae varones» y «El otorgamiento de título».[210]

---

hora y día de su nacimiento, dos caracteres por concepto de acuerdo con el ciclo sexagesimal), y era prueba adicional de la aceptación del compromiso una vez recibida en casa del novio.

[208] *Kaimen qian*, «dineros para abrir la puerta», costumbre propiciatoria que tenía lugar cuando la novia entraba en palanquín en la casa del novio. En la novela se invierten los papeles, pues es el novio el que entra en casa de la novia, ya que, por deseo del compilador Lu, esta casa habría de ser el futuro hogar conyugal, como se dice en párrafos anteriores.

[209] El pato, y más concretamente el mandarín, simboliza la felicidad conyugal por vivir siempre en pareja.

[210] *Jia guan*, «Zhang xian song zi», «Feng zeng». La primera pieza es una danza de origen popular que solía abrir las funciones de ópera, ejecutada por lo general por una sola persona y concebida para felicitar y desear buena suerte a los espectadores. Las otras dos son famosas escenas de ópera de la dinastía Ming, representadas con frecuencia en casas de notables con ocasión de algún suceso feliz. La primera describe

Había llovido copiosamente los dos días postreros, y aunque ya escampaba, el suelo seguía mojado; de ahí que los comediantes hubieran tenido que entrar desde el patio dando un rodeo. Concluidas las tres primeras piezas, el presentador[211] se llegó a la mesa del nieto del prefecto Qu y se arrodilló ante él, mostrándole una lista de obras para escoger. Mas como en eso llegara un criado con un cuenco de nido de golondrina en su salsa y mandara apartarse al presentador para servir, de repente se oyó un ruido y algo fue a caer derecho dentro de la sopera, volcándola y salpicando de sopa hirviente la cara del comediante y toda la mesa. Y resultó ser una rata caída de lo alto de las vigas, a la que el remojón ardiente dio bríos para saltar del cuenco y posarse sobre las rodillas del desposado, manchando de grasa las vestiduras de seda. Los presentes quedaron muy espantados, mas al punto limpiaron la mesa y dieron al desposado nuevas ropas para mudarse.

El nieto del prefecto Qu rechazó con modestia la elección de pieza; pero, tras mucha instancia, se decidió por *Gloria de las tres generaciones*.[212] Con ello, el presentador subió con su lista al escenario.

Luego de unas rondas de vino, reforzadas con un par de platillos, llegó la hora de la sopa. El mozo de cocina, zagal de campo hecho a calzar almadreñas de tachuelas[213] en época de lluvias, salió con la bandeja y los seis tazones de sopa, pero se detuvo en la escalera, embelesado con la ópera. Los criados de la casa cogieron cuatro de los tazones que llevaba y los sirvieron, yendo por los dos restantes; pero el marmitón estaba tan engolfado viendo al comediante cantar y contonearse en su papel de cortesana, que se olvidó de todo, y creyendo ya la sopa servida, sacudió la bandeja para quitar los restos, con que los tazones con su sopa se estrellaron con gran estrépito contra el suelo, haciéndose añicos. Muy apurado se agachó a limpiar el desaguisado, y como en eso dos perros se acercaran a lamer el charco de sopa, quiso patearlos con toda su alma, pero erró el golpe y una de sus almadreñas salió volando a cuatro o cinco varas de altura.

Chen Hefu estaba sentado a la primera mesa de la izquierda, al frente de dos platos humeantes, uno de pastelillos de puerco y otro de empanadillas de tocino de pato con azúcar blanca, amén del tazón de sopa, y se llevaba los palillos a la boca, cuando de detrás llegó volando una cosa negra, que fue a caer sobre la comida, rompiendo la loza; el montañés dio un respingo, y lo dio con tan mala fortuna, que con la manga rozó el tazón de sopa, derramándola sobre la mesa, y sumiendo a los comensales en gran turbación.

Sabiendo de mal presagio lo ocurrido, el compilador Lu calló la boca, y llamando a un lado a los criados, pasito les dijo:

—¿Qué hacéis, mandar a un patán como ése a servir la sopa? Ya me las veré con vosotros cuando acabe la ceremonia.

---

un sueño en el que Su Xun, padre de Su Dongpo y Su Che, ve al hada Zhang disparar al cielo dos flechas seguidas. Pregunta al hada el significado del gesto, y ésta no le dice nada: con el tiempo descubriría que las dos flechas seguidas le anunciaban el nacimiento de dos hijos que aprobarían el examen de palacio al mismo tiempo. Para agradecer al hada, Su Xun escribió un poema titulado «En elogio del hada Zhang» («Zhang xian zan»). La segunda pertenece a *Jinyin ji* [Registros del sello dorado], de Su Fu y describe los pormenores de la concesión del título de ministro a Su Qin (s. III aC).

[211] *Fumo*, lit. «asistente en cosas menores», encargado, entre otras funciones, de presentar la ópera antes de la representación y de solicitar de los espectadores la elección de otras obras.

[212] *San dai rong*: ópera de la dinastía Ming conocida también por el nombre de *Crónica de cien sucesos favorables* (*Bai shun ji*), que describe la carrera meteórica de Wang Zeng y sus hijos en el mundo oficial.

[213] *Dingxie*, calzado de tachuelas usado en el campo en época de lluvias para no resbalar.

En medio de tan magna confusión concluyó la pieza principal. Los criados escoltaron con candelabros al nieto del prefecto Qu a la cámara nupcial, y los demás mudaron mesa y siguieron viendo la función hasta despuntar el alba.

Al otro día, el nieto del prefecto Qu agradeció a los suegros y comió con ellos, volviendo a la alcoba, donde la mujer sirvió vino y lo atendió con gran respeto.[214] La joven Lu no llevaba ya el vestido de ceremonia, sino otro ordinario, y cuando el nieto del prefecto Qu se fijó bien en ella, su belleza se le antojó capaz de ahogar el pez, derribar el águila, ocultar la luna y sonrojar a las flores. Tres o cuatro damas de compañía la atendían, así como dos doncellas, Lenteja de Agua y Doble Grana, a cual más bella. Tanta era la dicha del nieto del prefecto Qu, que se creía en tierra de hadas.[215]

Y debido a ello,

Háblase de la prole en las alcobas
Glosando dichos de ilustres letrados;
Un sabio varón oculto en su choza
Atrae las huellas de padrinos preclaros.

Pero para saber lo que viene, tendrás que leer el siguiente capítulo.

[214] *Ju an qi mei*, le «presentó el plato a la altura de las cejas», gesto respetuoso de la mujer para con el marido. La expresión procede de la *Historia de la dinastía Han Posterior* («Liang Hong zhuan»): «Cuando Liang Hong volvía a casa todos los días después de sembrar el arroz, su esposa Meng Guang le ofrecía con ambas manos el plato de comida a la altura de las cejas en señal de respeto». Los letrados hicieron de Meng Guang espejo de las virtudes de la mujer.

[215] Lit. «que se creía como viajando por Langyuan, Penglai, Wushan y Luopu», famosos lugares habitados por inmortales.

CAPÍTULO XI

POR UNA COMPOSICION PONE LA JOVEN LU EN APUROS AL DESPOSADO; EN CASA DEL MINISTRO RECOMIENDA EL INSTRUCTOR YANG A UN VIRTUOSO LETRADO

Casó el nieto del prefecto Qu con la hija del compilador Lu, y antes de saber de sus talentos, ya su belleza lo tenía trastocado. No era ella, con todo, como otras jóvenes ilustradas, pues su padre, que no tenía hijos varones, la había educado como a hombre, poniéndole ya de cinco o seis años preceptor para el estudio de los *Cuatro libros* y los *Cinco clásicos*. De modo que a los doce hablaba con propiedad académica, leía composiciones y dominaba la obra de Wang Shouxi, y por si aún no bastara, había aprendido a componer textos dividiéndolos en prefacio, presentación, inicio, exposición, interpretación, etc., como era de precepto. El padre pagaba con generosidad al preceptor,[216] y éste dirigía sus estudios como si de un muchacho se tratara. No, no le faltaban a la joven inteligencia y buena memoria, pues había leído todas las obras de Wang Shouxi, Tang Shunzhi, Qu Jingchu, Xue Yingqi[217] y otros renombrados prosistas, así como los exámenes escritos en las principales convocatorias provinciales, y podía recitar de coro más de tres mil composiciones; en cuanto a las suyas, eran concisas, razonadas y elegantes. En no pocas ocasiones su padre suspiraba y decía: «De ser hombre, habrías llegado a letrado de honor»; o, aprovechando un momento de reposo, le aconsejaba: «Domina el modo octóstilo, que cuando acometas otro género literario, sea poesía, prosa u otro cualquiera, tus latigazos dejarán cicatriz, y tus bofetadas, marca. Si no dominas este estilo, todo cuanto escribas serán monstruosidades y desvaríos.»[218]

La hija tomaba muy a pecho el consejo. Sobre la peinadora y junto al bastidor de bordar se amontonaban las composiciones, y todos los días anotaba y puntuaba unas pocas, con letrilla menuda como cabeza de mosca, sin echar siquiera una mirada a los versos, elegías y canciones que otros le regalaban. Los *Mil poetas*, las poesías del académico Xie y las obras de Su Dongpo[219] que había en la casa estaban en manos de Lenteja de Agua y Doble Grana, obsequiadas por la señora para que de cuando en cuando escribiesen algún verso por puro pasatiempo o burla.

Así pues, la hija del compilador y el nieto del prefecto componían un matrimonio muy bien avenido, a juzgar por la similitud en el familiar estado, porte y talento. Ella dio por seguro, según lo dicho, que el marido había culminado sus estudios y que en breve habría de ser la esposa de un joven graduado de palacio; pero llevaban ya un par de semanas de casados, y él no prestaba la menor atención a las composiciones que inundaban la alcoba. De ahí que la joven esposa pensara: «Debe

---

[216] *Shuxiu*, lit. el padre le regalaba «atados de cecina» (como hacían los nuevos discípulos de Confucio en señal de respeto y agradecimiento), sinónimo de «honorarios» de un maestro.

[217] Wang Shouxi, Tang Shunzi, Qu Jingchu y Xue Yingqi: famosos escritores de «composiciones en ocho partes» (*baguwen*) de la dinastía Ming.

[218] *Yehu chan*, «doctrinas de zorros salvajes», herejías, desviaciones del dogma budista y, por analogía, de otros dogmas y preceptos.

[219] *Los mil poetas* (*Qian jia shi*): antología poética de las dinastías Tang y Song de Liu Kezhuang (1187-1269) repartida en veintidós tomos y catorce materias (astronomía, geografía, etc.). Las «poesías del académico Xie» son las de Xie Jin (1369-1415), miembro de la Academia Hanlin, plenas de elogios a la vida oficial y los exámenes imperiales. Su Dongpo (1036-1101) fue uno de los grandes poetas de la dinastía Song (*v*. nota cap. VII).

saberlas todas de memoria; y, además, recién casado como está, quiere gozar la vida y no le parece ésta época de estudios.»

A los pocos días, a la vuelta de un banquete, el marido sacó de la manga un librillo de poesía, y le dijo de sentarse a su lado para recitar juntos a la luz del candil. No protestó ella, y una hora estuvo leyendo, hasta retirarse a dormir; pero a la mañana siguiente no pudo sufrirlo más, y, tomando un pliego de papel encarnado, escribió, a modo de sujeto de composición, la siguiente sentencia: «Hombre que se purga del error, familia bien gobernada»; y sabiendo que el marido andaba en la biblioteca, en la parte frontera, llamó a Lenteja de Agua y le dijo:

—Lleva esto al señorito y dile que mi padre le pide una composición que sea edificativa.

El nieto del prefecto Qu sonrió al recibir la encomienda y le mandó la siguiente respuesta: «No es ese estilo de mi gusto; además, llevando ya un mes en esta honorable casa, preferiría componer cosas más refinadas. No tengo paciencia para entretenerme en composiciones vulgares.» Creyó poder impresionar así a su ilustrada esposa, sin reparar en que para ella era cosa vedada cuanto no tocase a la composición. Cuando esa noche el ama entró a ver a la señora, la encontró sollozando.

—¿Qué tenéis, señora? —le dijo el ama—. Habéis tenido la dicha de casar con hombre de bien; ¿por qué os ponéis así?

La joven le refirió lo acaecido aquel día, y concluyó diciendo:

—Creía que tenía hechos sus estudios y que el día menos pensado se recibía de graduado o doctor. ¿Quién lo hubiera dicho? Mi vida está arruinada.

El ama probó a hacerla entrar en razones, y en eso apareció el marido, siendo acogido con gran frialdad. Supo de la aflicción de la mujer, y sintió vergüenza; pero ni él ni ella se dignaron dirigirse la palabra.

Las relaciones se enfriaron, después de este suceso, y la desdicha de ella iba en aumento; si mentaba los exámenes, el marido no respondía, y si seguía haciendo instancia, la tachaba de vulgar. Su tristeza se acrecentaba con cada día que pasaba y el mal ceño no se le quitaba del rostro.

—No seas terca —le dijo la madre al enterarse—, que tu marido es hombre de talento, y si tu padre gustó de él apenas verlo, fue por su gran renombre.

—Madre, de antiguo jamás ha habido letrado de renombre que no haya aprobado los exámenes de palacio.

Y se daba al diablo; la madre y el ama le aconsejaban:

—Eres mujer casada, y no puedes conducirte así; además, los dos sois de buena familia, y aunque tu marido no llegue a oficial, a ti no habrá de faltarte nada.

—Los buenos hijos no viven de la herencia y las buenas hijas no visten de las donas —decía la joven—. Los hombres tienen que abrirse camino por sí mismos, pues solamente un holgazán puede consentir que su abuelo lo mantenga.

—Razón no te falta, hija. Pero habrás de ganártelo poco a poco; no lo aguijes.

—Y aunque el señorito no haga los exámenes, siempre habrá un hijo que aprenda de la señora y no siga el ejemplo del padre —decía el ama—. Tan buena maestra lo hará llegar a letrado de honor, con que la señora se cubrirá de gloria y no habrá de faltarle título honorífico.[220]

La madre y el ama rieron; la joven esposa suspiró y no dijo más. En teniendo noticia el compilador Lu, dio al yerno un par de sujetos para disertar, y éste escribió como buenamente pudo las dos composiciones. El de Lu las leyó, y las halló repletas de palabras y frases prestadas de otros: un par de párrafos por acá del *Lamento*[221] de Qu

[220] *Fenggao*, título honorífico conferido a una mujer por tener hijos, nietos o marido funcionarios.
[221] *Lisao*, célebre poema de Qu Yuan (343-290 aC) recogido en los *Cantos de Chu* (*Chu ci*).

Yuan, otro par por allá de los «Libros de los filósofos»,[222] y el baturrillo no merecía el nombre de composición. El compilador quedó mudo de desencanto; mas su esposa siguió tratando al yerno como si fuera carne de su carne.

Pronto terminó el invierno. El año nuevo, el joven viajó a casa para saludar al abuelo y a la madre, y a su vuelta, el doce de la primera luna, los hermanos Lou lo convidaron a cenar. Ya en la biblioteca, le preguntaron por la salud del prefecto Qu y le dijeron:

—Hoy no tenemos más convidados, y queríamos beber contigo unos tazones de vino, para festejar el año nuevo.

Apenas sentados, el portero entró y dijo: «Está aquí Zou Jifu, el celador de las tumbas.» Los dos hermanos habían estado todo un mes apercibiendo las bodas del nieto del prefecto Qu, y luego ocupados con los aprestos de año nuevo, de modo que ya ni se acordaban de Yang Yun; la llegada de Zou Jifu les avivó la memoria. En la sala, con el nieto del prefecto Qu, recibieron al visitante, quien vestía ahora gorra de felpa, sobretodo algodonado de tela azul y zapatos de abrigo, y venía con el hijo, portador de un talego de arroz torrado y otro de queso de soja, que puso en el suelo. Los hermanos se adelantaron a saludar, diciendo:

—¡Gran dicha el veros! Mas, ¿cómo os habéis molestado en traer todos estos obsequios? ¿Creeréis que vamos a aceptarlos?

—En gran vergüenza me pondrían v. mds. de no venir en aceptar —dijo Zou Jifu—, pues apenas son unas cosillas del campo, para que las repartan entre los criados.

Con que fueron recogidos los obsequios, y convidados el hijo, Zou el Segundo, a sentarse fuera, y el padre a entrar en la biblioteca. Presentado el nieto del prefecto Qu, el visitante le preguntó por su abuelo, añadiendo:

—Conocí a vuestro abuelo hace veintisiete años, en los funerales del señor, acá mismo. ¡Todos nos hacemos viejos! Ya ha de tener el pelo blanco vuestro abuelo.

—Hace ya tres o cuatro años que lo tiene.

Mucha instancia tuvo que hacer Lou el Tercero para que Zou Jifu consintiese en ocupar lugar más alto que el del nieto del prefecto Qu. Decíale:

—Él es nuestro sobrino, y vos, el de mayor edad; debéis ocupar el puesto de honor.

Ya almorzados, los criados sirvieron el vino, amén de unos enjutos para picar; y como en eso los hermanos mentaran el par de visitas fallidas a Yang Yun, Zou Jifu dijo:

—De seguro no sabía que eran v. mds., pues un servidor ha vivido los meses postreros en Aldea de Levante, sin aparecerse por Mercado Nuevo, y no hay quien haya podido darle razón de v. mds. El señor Yang es hombre sencillo, y mal le cuadra tanta altanería para atajar las visitas; es muy amigable, y de saber que eran v. mds. los visitantes, de cierto viajara la noche entera para recibirlos. Mañana le diré, cuando vuelva, y lo traeré acá, que salude a v. mds.

—Aguardad a que pase la Fiesta de las Linternas —dijo Lou el Cuarto—. El quince vais con nuestro sobrino a ver los farolillos, y a los dos o tres días alquilamos una barca y lo acompañamos a casa del señor Yang, que mejor es que nosotros lo saludemos primero.

—Tenéis razón —dijo Zou Jifu.

---

[222] *Zi shu*: una de las cuatro secciones (*jing shi zi ji*: libros «canónicos», libros de «historia», libros de los «filósofos» y «colecciones») en que se dividían las bibliotecas en la antigüedad. Las clasificaciones de cada sección han variado a lo largo de los siglos, pero si tomamos como modelo el *Si ku quan shu*, la monumental enciclopedia editada por orden imperial a finales del siglo XVIII, los «Libros de los filósofos» comprenderían catorce categorías: confucianismo, estrategia, legalismo, agronomía, medicina, astronomía, adivinación, arte, crónicas, eclecticismo, enciclopedias, narrativa, budismo y taoísmo.

Cenados esa noche, el nieto del prefecto Qu volvió a casa de los Lu, y Zou Jifu quedó acomodado en la biblioteca. El día siguiente, el del ensayo de las linternas, los hermanos colgaron en el salón principal un par de farolillos grandes adornados con perlas, de los que se usan en palacio, obsequio antiguo del emperador Chenghua, fina obra de los artesanos de la Corte, y Zou Jifu llamó al hijo para que lo viese y diera parecer, a modo de prueba. El día catorce mandó al hijo de vuelta a casa y le dijo:

—Pasadas las fiestas iré con los señoritos a Mercado Nuevo, y visitaremos a tu hermana, así que allá por el veinte estoy en casa.

La noche del quince, el nieto del prefecto Qu cenó en casa con la mujer y la suegra, marchando al cabo con un criado de los de Lou que había llegado con ofrecimiento de beber con ellos unos tazones de vino y salir a dar un paseo. Frente a la residencia del prefecto habían erigido un inmenso conjunto de «Farolillos del monte de la Gran Tortuga»,[223] y en todos los templos se celebraba la fiesta entre sones de címbalos y tamboriles; hombres y mujeres habían salido a holgar de la buena luna y recrearse con los farolillos, y la Guardia de la Insignia Imperial no puso impedimento[224] para que las fiestas durasen hasta bien entrada la noche. Al otro día, Zou Jifu hizo proposición a los hermanos de adelantarse él a Mercado Nuevo para ver a la hija, y de encontrarse con ellos el dieciocho para visitar al señor Yang; los hermanos asintieron y fueron a despedirlo, y Zou Jifu embarcó rumbo a Mercado Nuevo. Su hija lo recibió postrándose de rodillas, para felicitarle el año nuevo, y le dio muy buenas cosas de comer.

Llegado el dieciocho, Zou Jifu se aprestó a ir a casa de Yang Yun para aguardar en ella a los hermanos; sabedor de lo pobre que era el letrado para agasajar a los visitantes, pidió a la hija una gallina, y en el mercado compró tres libras de carne de puerco, una jarra de vino y unas verduras, que puso en una barca prestada de un vecino, en la que remó hasta su destino. Amarrando a la orilla, caminó hasta la casa, y como viera las puertas abiertas y a Yang Yun con un hornillo de bronce entre las manos, que bruñía con un lienzo y que dejó en el suelo para ir a recibirlo, volvió a la barca y trajo el bastimento.

—¿A qué tanto vino y carne, tío Zou? —preguntó admirado Yang Yun—. ¡Poco habré abusado de vuestra largueza para que aún sigáis siendo tan bueno conmigo!

—Tomadlo —dijo Zou Jifu—, que apenas son unas pocas viandas, y buen avío os harán para agasajar a un par de honorables señores que hoy vienen a veros. La gallina y la carne, dadlas a la mujer, que las cocine bien. Luego sabréis quiénes son los visitantes.

—Tío Zou, no puedo dejar de contároslo —dijo riendo Yang Yun, las manos ocultas en las bocamangas—. Desde que el año pasado salí de prisión, no tenemos qué comer en la casa, y más de un día hemos pasado con un tazón de gachas. Pues mirad por dónde el día de año nuevo, el que dicen Wang, de la casa de empeños, se acuerda de mi hornillo y me ofrece por él veinticuatro onzas de plata, aprovechándose que no teníamos arroz ni leña para pasar las fiestas. Le dije: «Si quieres el hornillo, habrás de darme trescientas onzas, ni una menos, y por dejártelo empeñado medio año no bajo de cien. Eso que me ofreces no da ni para carbón para el hornillo.» Y cogió sus dineros, y esa

---

[223] *Aoshan deng*, conjunto de farolillos apilados o dispuestos en diferentes formas de grandes dimensiones, típico de la Fiesta de las Linternas.

[224] Jinwu *bu jin*. Las puertas de la ciudad se cerraban entre las siete de la noche y las cinco de la mañana, mientras duraba el toque de queda. La prohibición sólo era levantada cada año tres noches en la Fiesta de las Linternas (15 de la primera luna): la víspera, la misma noche y la siguiente. La Guardia de la Insignia Imperial (Jinwuwei) era una unidad especial de la Guardia Imperial encargada de velar por el orden de la capital.

noche hubimos de arreglarnos sin arroz ni leña; encendimos un candil, y mi mujer y yo estuvimos puliendo el hornillo toda la noche. Así pasamos el año nuevo. ¡Mirad qué lustre! Hoy tampoco teníamos arroz para desayunar, y estaba bruñendo el hornillo para matar el día. No os aguardábamos, tío. Vino y verdura tenemos, pero no arroz.

—Eso tiene remedio —dijo Zou Jifu, ofreciéndole dos décimos de plata que sacó de la escarcela—; mandad a comprar unos cuartillos de arroz, que en teniéndolos acá nos sentamos a platicar.

Yang Yun cogió el dinero y despachó a la criada vieja con un cuenco a comprar arroz al mercado. Vuelta a casa, las mujeres se pusieron a cocinar y el letrado cerró la puerta y se sentó con Zou Jifu, preguntándole:

—¿Quiénes son los honorables señores que vienen a visitarme?

—¿Recordáis quién os sacó de la cárcel cuando lo del almacén de la sal?

—A decir verdad, no lo sé, pues cuando el magistrado me soltó, en la audiencia me dijeron que un señor Jin había sido el garante; pero por más vueltas que le di no pude hacerme idea de quién podía ser. ¿Es que el tío sabe más del caso?

—El que lo hizo no se llamaba Jin. Ese que decís es Jinjue, criado del señor Lou, el tercero de los hermanos de la casa del ministro. Él y su hermano menor supieron de vuestra mala ventura estando de visita en mi casa, y al volver a la ciudad mandaron a Jinjue con la encomienda de poner setecientas onzas de plata en el Tesoro y hacer de garante. Dos veces han venido por acá a visitaros después de vuestra vuelta. ¿No lo sabíais?

Yang Yun no tardó en comprender lo acaecido; al cabo exclamó:

—¡Tal es la cosa, pues! Esa vieja entreveró todo. La primera vez, volviendo yo de ver pescar, me dijo: «Ha venido por acá no sé qué señor Liu»; y yo, creyendo no ser otro que el alguacil Liu, mandé no recibirlo si aparecía otra vez. A los pocos días, al volver ya de tarde, me dijo: «Ese que llaman Liu ha vuelto, pero yo lo eché con viento fresco.» Eso fue lo último que oí de él. Y claro, no era Liu, sino Lou. ¿Cómo iba yo a figurármelo? Creía que era el alguacil de la audiencia.

—Mordido de bicha, si sueña con cuerdas, tres años de espanto[225] —dijo Zou Jifu—. Anduvisteis un año de pleitos, y disteis en creer que era el alguacil. El doce de este mes estuve a saludar a los señores de Lou, y ahí lo supe. Me pidieron venir con ellos a vuestra casa hoy, y para no cogeros de nuevas he comprado esas cosillas, lo que espero sea de vuestro agrado.

—Habría de ser yo quien fuera a la ciudad a saludarlos, según la merced que me han hecho, y, con todo, los molesto haciéndolos venir otra vez.

—Son ellos los que quieren venir, y no habéis menester de ser el primero; aguardadlos acá, que así está bien.

Platicaron de esta suerte, y al cabo el letrado sirvió el té; y tomándolo estaban, cuando oyeron llamar a la puerta.

—Ya están aquí —dijo Zou Jifu—. Id a abrir.

Pero lo que vieron al abrir fue a un mozarrón vociferante que, borracho como cuba, cayó y se puso de pie, y restregándose la cabeza, entró de hoz y de coz; era Yang el Sexto, hijo segundo de Yang Yun, quien, ebrio por perder en el juego en el mercado, venía a casa para pedir a la madre más con que seguir apostando.

—¡Animal! —le gritó Yang Yun—. ¿Dónde vas? ¡Ven y saluda al tío Zou!

Oyólo el mozo, y tambaleándose hizo una a modo de venia, con que entró en la cocina, donde no vio otra cosa que la gallina y la carne de puerco calentándose en la olla,

[225] Intentamos respetar la literalidad o la imagen de los refranes que aparecen en el texto, aunque muchas veces tengan su equivalente español. En este caso, el equivalente es claro: «gato escaldado, del agua fría huye», u otros semejantes.

la cazuela de buen arroz y la jarra de vino. Largos los dientes, alzó la tapa de la cazuela con ansias de entrarle a la carne, pero por fortuna la madre llegó a tiempo para atajar el desaguisado.

—¡Y aún enfermarás de glotón! —le dijo Yang Yun—. Esa comida no es para nosotros, que aguardamos unos convidados.

Pero el hijo, como quien oye llover, siguió haciendo por pescar algún trozo de carne. El padre lo increpó; él le aguantó la mirada y contestó. Perdida la paciencia, Yang Yun asió el badil y se lanzó tras él con ánimo de sacarlo a badilazos, mientras el tío Zou hacía por apaciguar al muchacho. «La comida y el vino son para los dos señoritos de la casa de Lou», dijo. Y el hijo, a pesar de la borrachera y sus pocas luces, quedó quieto así oyó el nombre de los convidados. Viéndolo más sosegado, la madre le dio sopa, un tazón de arroz y una pata de gallina, con que el mozo se echó en la cama, en la que quedó como muerto.

De tardecita llegaron los de Lou en compañía del nieto del prefecto. Zou Jifu y Yan Zhizhong salieron a recibirlos y los hicieron entrar en la casa, cuyo solo ajuar eran seis sillas rengas de bambú en torno a una mesa, y, colgado en la pared, un rollo con algunas de las «Máximas en torno al buen gobierno de la casa», del maestro Zhu,[226] flanqueado de un dístico que decía:

Tres cuartos pobres y añejos al este y oeste,
un hombre docto y sencillo al norte y al sur.

Sobre estas líneas había una notificación oficial que rezaba:

Por la presente se hace saber que la plaza de Instructor del Distrito de Chuyang, *Prefectura de Huai'an*, *ha sido otorgada al señor Yang Yun*...

Antes de concluir su lectura, Yang Yun les ofreció asiento, y entrando en la cocina, volvió a salir con unas tazas de té, que puso delante de los visitantes. Apurado el té, y luego de las cortesías de rigor, Lou el Tercero señaló la notificación y dijo:

—¿Es reciente vuestro nombramiento?

—Es de hace tres años —respondió Yang Yun—, de antes de mi desgracia. Ya licenciado pensionista, vuestro hermano menor se presentó dieciséis o diecisiete veces a los exámenes provinciales, pero en todas fue suspenso. De mayor me ofrecieron el puesto de instructor; pero como tenía que entregar cada poco tiempo el cuadernillo de notas al comisario de estudios, para lo que había de pasar por su covachuela a rendirle pleitesía, me pareció que mis corvas estaban ya muy duras para hacer reverencias y me excusé por motivos de salud. Muchos trabajos hube de pasar para que el magistrado me sellara la patente de enfermedad. Luego, a poco de renunciar, un mercachifle[227] me acusó falsamente. Mejor hubiera aceptado el puesto y marchado a Chuyang, pues de aquélla acabé en prisión, en la que hubiera rematado mis días de no ser por la benevolencia de los señores Tercero y Cuarto, a los que algún día habré de agradecer la bondad.

---

[226] «Zhi jia geyan», máximas del neo-confucianista Zhu Yongchun (1627-1698), de principios de la dinastía Qing, en torno a la buena administración de la casa (posible *lapsus calami*, ya que la acción del libro se desarrolla en los años centrales de la dinastía Ming, y por lo tanto estas máximas serían aún inexistentes).

[227] *Zangkuai*, «tratante de caballos». Con el tiempo pasó a ser término despectivo para referirse al mercader.

—Poca cosa fue —dijo Lou el Tercero— y más vale no hablar de ello. Los motivos que alegáis para renunciar a tal plaza acrecientan nuestra admiración por vos y realzan vuestra calidad y virtud.

—Los amigos han de ayudarse en todas las ocasiones —dijo Lou el Cuarto—, y lo que hicimos no es gran cosa. Sentimos tan sólo no tener antes noticia del caso, para haberos asistido oportunamente.

Oyéndolos hablar de esta suerte, Yang Yun sintió gran respeto por ellos. Al cabo intercambió unas palabras de cortesía con el nieto del prefecto Qu, y en eso dijo Zou Jifu:

—Los señores han hecho largo camino y deben tener hambre.

—Ahí listas tenemos unas humildes viandas —añadió Yang Yun—. Pasen al cuarto trasero, si hacen merced.

Y los hizo pasar a una choza que él mismo se había hecho a modo de biblioteca, la cual daba a un patiecillo sembrado de ciruelos que empezaban a florecer por el calor de los tres o cuatro días postreros, y en cuyas paredes, tapizadas de versos y lienzos, destacaba un dístico que decía:

Mi dicha es sentir desde la ventana el aroma del invernal ciruelo;
otros danzan por recoger en la luna la rama del laurel supremo.[228]

No pudieron contener los hermanos un suspiro de admiración; sentíanse transportados a un país de ensueño. Yang Yun trajo la gallina, el cerdo, el vino y el arroz, y los cinco comieron y bebieron en buena compaña. Quitada la mesa, bebieron té y platicaron animosamente, riendo todos con gran estruendo el embrollo que había armado la vieja sirvienta sorda con las visitas. Luego, como los de Lou convidaran a Yang Yun a pasar unos días en su casa, el huésped[229] respondió:

—El año nuevo estoy ocupado con las obligaciones de esas fechas; pero de allá a tres o cuatro días tendré el honor de pasar por la distinguida casa de v. mds.[230]

Y siguieron de plática hasta avanzada la noche. La luz de la luna inundaba la estancia, y sobre el papel de la ventana se dibujaban las ramas en flor de los cerezos. Veíase que a los de Lou les costaba gran esfuerzo despedirse.

—De buena gana convidaría a los hermanos a pasar la noche en mi humilde choza; pero es tan chica, que todas serían molestias —dijo Yang Yun.

Y ya resueltos a partir los hermanos, el letrado los tomó de la mano y guió a los tres a la barca, volviendo a casa con Zou Jifu así los vio partir.

Apenas llegados a la suya los hermanos, el portero les dijo: «El honorable señor Lu previene de urgencia al señorito que vuelva cuanto antes, que ya ha mandado tres mensajeros.»

El nieto del prefecto Qu marchó al punto a casa, y al llegar, la suegra lo puso en autos de lo sucedido; y era que el compilador, disgustado del desprecio que el yerno hacía a los exámenes, había resuelto tomar concubina y tener con ella un hijo que estudiase y continuase la tradición familiar; mas como la mujer le dijese estar ya muy

---

[228] *Pan yue zhong xiangui yi zhi*, lit. «asir una rama del canelo inmortal de la luna», expresión que significa obtener los más altos laureles, aprobar los exámenes superiores.

[229] El término «huésped» lo empleamos en el texto con la doble acepción antigua de «anfitrión» y «huésped».

[230] *Wei* Pingyuan *shi ri zhi yin*, lit. tendré el honor de «aceptar el convite del señor de Pingyuan para pasar diez días bebiendo». Episodio de los *Registros históricos* («Historia de Fan Ju y Cai Ze», LXXIX) en el que el rey Zhao de Qin escribe una carta a Zhao Sheng, señor de Pingyuan, invitándolo a «pasar con él diez días bebiendo» (*shi ri zhi yin*). La expresión fue empleada a partir de entonces con el significado de «pasar una larga temporada con un amigo».

viejo para esos menesteres, el compilador tuvo un arrebato de cólera y el día anterior se había caído, quedando perlático de medio cuerpo, la boca y los ojos disformes. La hija lloraba y suspiraba a su lado.

El joven corrió a la biblioteca a ver al suegro, y allí topó a Chen Hefu, que le tañía el pulso, y que al cabo dijo:

—En la muñeca derecha hay pulso veloz y huidizo; los pulmones dominan el aliento, y lo huidizo es señal de flema. Acaso el señor esté en cuerpo en casa, retraído, pero siga en espíritu en las atalayas del Palacio Imperial,[231] y los cuidados y el abatimiento le hayan traído la enfermedad. La cura está en regular el aliento para arrojar la flema. Los médicos de hoy día, observa este vuestro menor, rechazan la pinelia por seca y usan de la fritilaria apenas topan con mal de flema; no saben que la fritilaria no es buena para el humor húmedo. Désele al señor para su enfermedad cuatro porciones de flor de loto, entreveradas con dos de corteza seca de naranja, y que lo tome caliente, antes de las comidas, que con dos o tres tomas, el aire de los riñones volverá a la normalidad y el fuego vacuo a la calma, y el mal habrá de menguar.

Y escribió la receta. A las cuatro o cinco tomas, la boca del enfermo volvió a su forma original, aunque la lengua seguía un punto abotargada. Chen Hefu le tomó de nuevo el pulso y cambió la medicación, prescribiendo remedios y píldoras para expulsar el aire. El señor Lu iba recobrándose poco a poco.

Más de diez días lo estuvo atendiendo sin represa el nieto del prefecto Qu. Uno de ellos, aprovechando la siesta del suegro, se acercó a casa de los hermanos Lou, y como ya antes de entrar oyera el vozarrón de Yang Yun en la biblioteca, confirmando con ello que el huésped de sus tíos había llegado, entró, los saludó y se sentó con ellos.

—Decía —prosiguió Yang Yun— que vuestro hermano menor no merece que gentes como v. mds., que tanto admiran a los hombres de mérito, reparen en él. Pero tengo un amigo de verdadero genio, gran letrado, que vive en los montes del distrito de Xiaoshan, y del que puede decirse con justedad: «Gran letrado en el retiro, consejero de reyes en la cosa pública.» ¿Gustarían de conocerlo los señores Tercero y Cuarto?

—¿Quién es ese hombre? —preguntaron maravillados los hermanos.

Yang Yun cruzó los dedos y dijo el nombre de su amigo. Y por causa de ello,

Bulle en huéspedes la noble morada
Y júntanse en ella héroes y sabios;
Hierve en gentío una magna velada
y cítanse en ella ilustres hidalgos.

Pero para saber qué nombre mentó Yang Yun, habrás de leer el siguiente capítulo.

[231] *Shen zai jianghu*, *xin xuan weique*, «su cuerpo está en ríos y lagos, su corazón prendido de las atalayas imperiales». Expresión procedente —con ligeras variaciones— de *Zhuangzi* («Rang wang») que significa: aunque vive en el retiro, añora la corte, su vida de funcionario.

CAPÍTULO XII

FAMOSOS LETRADOS FESTEJAN EN EL LAGO DE LA COLLADA DE LA OROPÉNDOLA; UN TEMERARIO CONCIERTA FALSA REUNIÓN SOBRE UNA CABEZA

Decía Yang Yun a los dos hermanos:

—Un hombre de mis pocas luces no es digno de la atención de v. mds.; pero tengo un amigo en los montes de Xiaoshan que conjuga en sí el talento político de Guan Zhong y Yue Yi y la erudición de Cheng Hao, Cheng Yi y Zhu Xi,[232] al que llaman Quan Wuyong, o Qian Zhai por nombre público. Si v. mds. hablan con él, verán que lo que digo es cierto; no ha nacido quien lo aventaje.

—Siendo así, debíamos ir a presentarle respetos —dijo muy admirado Lou el Tercero.

—Arrendemos una barca para mañana, y que el señor Yang nos acompañe, si hace merced —propuso Lou el Cuarto.

En eso entró el portero con una esquela grana en la mano y anunció:

—El señor Wei, el nuevo oficial de caminos y canales, viene a presentar respetos y dice que quiere hablar con los señores, que trae de la capital carta del señor Primero.

Al oírlo, Lou el Tercero dijo al nieto del prefecto:

—Y sobrino, ¿puedes hacer compañía al señor Yang mientras nosotros atendemos al visitante? No tardaremos.

Y mudado el hábito, entraron en la sala, donde los aguardaba el señor Wei, de túnica oficial, al que saludaron, tomando cada cual asiento como corresponde a huésped y visitante.

—¿Cuándo partisteis de la capital, señor? —preguntaron los hermanos—. Aún no os hemos dado plácemes por tan prestigioso nombramiento, y ya estáis honrándonos con vuestra visita.

—Este servidor fue nombrado el tres del pasado mes en la capital —contestó el señor Wei—, el mismo día en que tuvo la fortuna de ser recibido por el señor hermano de v. mds., quien me dio esta carta, que presento con los debidos respetos.

Y les presentó la carta con ambas manos. El hermano mayor la abrió y leyó, pasándola luego al menor, y diciendo al oficial:

—Es sobre los trabajos de apeamiento. ¿Ya queréis poneros a ello, a tan pocos días de vuestro nombramiento, señor?

—Sí —contestó el señor Wei—, que esta mañana recibí orden superior de principiar cuanto antes, y vengo a molestar que me signifiquen bien las medidas del cementerio donde reposa el honorable señor abuelo de v. mds., el Gran Guarda Imperial; pues, cuando vaya allá, mandaré a los alguaciles vigilen bien las lindes, que esos labriegos ignorantes no corten leña por los alrededores ni entren en sus propiedades, y así habrá de prohibirlo el bando que cuelgue.

—¿Partiréis, pues, de aquí a poco? —preguntó Lou el Cuarto.

---

[232] Guang Yue *de jinglun*, Cheng Zhu *de xuewen*, «el talento político de Guan y Yue y la erudición de [los dos] Cheng y Zhu». Guan Zhong (¿-645 aC): famoso ministro y general del estado de Qi. Yue Yi (finales del s. III aC): famoso general del estado de Yan. Cheng Hao (1032-1085), Cheng Yi (1033-1107) y Zhu Xi (1130-1200): famosos filósofos de la escuela idealista de la dinastía Song.

—En tres o cuatro días marcho a la inspección, apenas dé parte a mi superior.

—En tal caso, hacednos merced de cenar mañana en nuestra humilde casa —dijo Lou el Tercero—. Y os haremos compañía cuando deslindéis nuestro pobre cementerio.[233]

Tres veces fue el té servido durante la plática, y ya que el oficial se despidió con una reverencia, los hermanos se despojaron de sus ropas oficiales y volvieron muy alicaídos a la biblioteca.

—Tenía que ocurrir —quejábanse ambos—. Estando por salir a ver al señor Quan, y se aparece este oficial que dizque viene a medir nuestras propiedades. Mañana convidado a comer, y tendremos que estar con él en las mediciones del cementerio de nuestro tío, y el viaje a Xiaoshan habrá que aplazarlo. ¿Qué podemos hacer?

—¡Cuánto afán por estar con hombres de talento! —exclamó Yang Yun—. Mas si tanto interés tienen v. mds. en visitar al señor Quan, no es menester que vayan en persona; escríbanle v. mds. una carta, a la que yo añadiré una nota, convidándolo a que los visite, y hágansela llegar al monte con un criado, que verán como acepta de buen grado.

—Al señor Quan puede molestarle nuestro atrevimiento —dijo Lou el Cuarto.

—Las obligaciones se amontonan una sobre otra —dijo Yang Yun—, y de no hacer como les digo, nunca tendrán ocasión de conocerlo, por mucho que lo deseen.

—Es cierto —terció el nieto del prefecto Qu—, que los tíos no tendrán día libre para visitar al señor Quan, y si escriben la carta de convite y encargan a hombre de confianza que la presente en unión de la nota del señor Yang, el señor Quan no se dará por ofendido.

Y de esta guisa arreglado el caso, aderezaron unos presentes, despachando con ellos a Huancheng, hijo de Jinjue, para que los entregara con la carta al señor Quan.

Huancheng tomó, pues, la barca a Hangzhou; los barqueros, al verlo de buen talle, le hicieron sitio en la cámara, en la que ya había dos hombres con bonetes de letrado, a los que saludó al entrar, tomando asiento. Después de la cena, cada cual desenrolló su hato y se tumbó a dormir. A la mañana siguiente, los dos letrados, sin cosa mejor que hacer, se pusieron a platicar, y como entre frase y frase Huancheng los oyera mentar el distrito de Xiaoshan, se dirigió a ellos, poniendo cuidado en llamarlos «huéspedes», que así es como se tratan entre sí los que viajan juntos en la misma barca:

—¿Los señores huéspedes son de Xiaoshan?

—De Xiaoshan somos —contestó uno de ellos, de barba.

—¿Conocen por ventura al honorable señor Quan?

—No hay quien se llame así en Xiaoshan —respondió el otro, el más joven.

—Por nombre público le dicen Qian Zhai —añadió Huancheng.

—¿Qian Zhai? —repitió el joven—. No conocemos ningún letrado que responda a tal nombre.

—¿Será por ventura quien yo creo? —se preguntó el de barba—. ¡Tendría gracia! ¿No os acordáis de él? —le preguntó al más joven—. Permitidme que os refresque la memoria. Vive en el monte, de familia de labriegos. El padre juntó unos dineros y lo mandó a estudiar a la escuela, donde estuvo hasta los diecisiete o dieciocho años, en que el maestro cometió la torpeza de presentarlo a examen; pues suspendió, y a poco su padre murió, y como no servía para cosa alguna,[234] ni para el comercio, acabó malvendiendo las tierras que había heredado, merced a lo cual pudo seguir presentándose a examen. Y otra cosa no hizo en los treinta años siguientes, sin pasar ni

---

[233] *Mang shan*, «[nuestro] desolado monte», referencia humilde a las tumbas familiares propias, situadas por lo general al pie o en la falda de un montículo.

[234] El nombre del interesado, Quan Wuyong, significa literalmente «completo inútil».

el más bajo, porque en todo lo que hablaba no había un ápice de cordura; hasta que, idos los dineros, marchó a vivir a un templo, donde se hizo de unos pocos alumnos, con lo que siguió malviviendo, sin dejar escapar un año de exámenes. Pero se ve que la malaventura lo perseguía, pues un año acertó a pasar por allí, a cobrar cuentas, el contador del salín de Mercado Nuevo, que llaman Yang, un orate que pasa el día hablando no sé qué cosas de astronomía, geografía y artes de gobierno, y fue a alojarse en el mismo templo, y de que el otro lo oyó hablar, le dieron tales delirios, que arrimó los libros de exámenes y se metió ermitaño. De entonces acá ha ido perdiendo a todos los alumnos, y ahora vive de los engaños que hace a las gentes del campo. «Somos buenos amigos, y no ha de haber diferencias entre nosotros», les dice. «Lo tuyo es mío, y lo mío es tuyo.» Así los embeleca.

—No engatusará a muchos —dijo el joven.

—Cuanto tiene lo ha sacado con esas trazas —respondió el de barba—. Pero no diré más, que somos paisanos. ¿Qué interés tenéis en ese hombre? —preguntó luego a Huancheng.

—Ninguno —contestó éste—; solamente he preguntado por preguntar.

Pero en su fuero interno se decía otras cosas: «La verdad es que son raros, los señoritos Tercero y Cuarto; que con todos esos oficiales y magistrados que los visitan, aún piensan que no tienen bastantes amigos y me mandan hacer tan largo viaje para convidar a ese bribón.»

En estas cavilaciones andaba, cuando echando de ver una barca con dos muchachas a bordo que se parecían a Lenteja de Agua y Doble Grana, las dos criadas de la casa de Lu, dio un respingo y sacó medio cuerpo de la borda para mirarlas mejor; mas las muchachas no eran las que él imaginaba, y los otros pasajeros no volvieron a dirigirle la palabra.

Unos pocos días navegó Huancheng en la misma barca y en otra que luego tomó hasta llegar al distrito de Xiaoshan, donde tras mucho buscar dio consigo en un valle en el que había una miserable choza de paja cuya puerta aparecía surcada de tiras de papel blanco. Llamó y entró, y vio a Quan Wuyong vestido de luto, la cabeza coronada de gran capirote blanco. En sabiendo a qué venía, el señor Quan lo hizo pasar al cuartucho de atrás, donde lo acomodó sobre un jergón de paja y le ofreció carne y aguardiente, alojándolo esa noche. Al día siguiente escribió la carta de respuesta y dijo a Huancheng:

—Mucho agradezco a tus amos el homenaje, pero estoy de luto y no puedo dejar la casa. Hazles llegar mis respetos, a ellos y al señor Yang, y diles que acepto muy honrado sus buenos presentes y que iré a visitarlos en veinte días, cuando se hayan cumplido los cien de la muerte de mi madre. Aquí tienes dos centésimos de plata para que tomes unos tazones de vino, y disculpa tanta desconveniencia.

—Gracias, señor Quan —contestó el criado, tomando de sus manos un atadijo de papel—. Id a la ciudad cuando decís, que mis amos no tengan que aguardar.

—Que pierdan cuidado.

Quan Wuyong lo despidió en la puerta, y Huancheng tomó otra barca y volvió a Huzhou, entregando a sus amos la carta de respuesta. Un tanto desalentados quedaron los hermanos, pero así y todo mudaron el rótulo del lujoso pabellón que había tras la biblioteca por otro que decía «Pabellón de Quan», en honor del visitante, para que a su llegada éste advirtiese que lo estaban aguardando y tenía ya aprestado su albergue. A Yang Yun lo acomodaron en un cuarto que caía detrás del pabellón; como era viejo y asmático, trajo al hijo que cuidase de él las noches, aunque el hijo más cuidaba del vino que de la salud de su padre.

Pasado un mes, Yang Yun envió nueva carta a Quan Wuyong, y esta vez el ermitaño hizo un lío con sus cosas y tomó barca a Huzhou, desembarcando en los ejidos

de la ciudad, desde donde se puso en camino vestido aún de luto, el hatillo al hombro izquierdo, la manga derecha en volandas de un lado a otro y trompicando por doquier. El puente levadizo hormigueaba de gente, y como el ermitaño no sabía que para desbrozar el tránsito los que salían de la ciudad debían hacerlo por el lado izquierdo y los que entraban por el derecho, venía dándose de hocicos con cuantos marchaban en contra. Ocurrió así que se cruzó con un leñador que salía de la ciudad de feriar su mercancía, y se cruzó con tan mala fortuna, que su capirote quedó empalado en la pértiga, sin que ninguno de los dos lo advirtiera; el leñador siguió camino con la cabeza gacha, y el ermitaño dio de súbito un respingo y se frotó la cabeza, y al descubrir que no llevaba gorro, con la vista lo buscó por todas partes, rompiendo a gritar y a gesticular apenas lo cató en la punta de la pértiga.

—¡Ese gorro es mío! —decía.

Pero el leñador caminaba tan aprisa, que no oyó los gritos, y el ermitaño hubo de seguir camino, empujado por el gentío. No hecho a andar en ciudades y ofuscado del contratiempo, avanzaba a ciegas más torpemente que antes, sin cuidar dónde ponía los pies, hasta que vino a estrellarse contra la silla de manos de un oficial, que por poco derriba. El mandarín debió tenerlo por afrenta, y furioso le preguntó quién era, ordenando a los dos alguaciles de la escolta lo engrillasen; pero como el señor Quan porfiara en gritar y en hacer aspavientos en vez de reconocer su culpa, el oficial terminó apeándose para interrogarlo, y los alguaciles ordenándole arrodillarse, a lo que el ermitaño respondió mirando de mala manera al de la silla, sin atender a razones. Y ya se habían congregado alrededor sesenta o setenta curiosos, cuando de entre la multitud salió un hombre de ojos grandes y barba, gorro militar y almilla negra, que, llegándose al oficial, le dijo:

—No os ofendáis, señor, que este hombre es convidado de la casa de Lou, y si cierto es que ha tropezado con vos, de castigarlo, los señores de Lou tendrán noticia y de ello no saldrá nada bueno.

En oyéndolo, el ocupante de la silla, que no era otro que el señor Wei, el nuevo oficial de caminos y canales, apercibió con unas pocas palabras al causante del atropello, para salvar la honra, y siguió camino en su palanquín.

Quan Wuyong ya había advertido que su salvador era un viejo amigo batallador al que llamaban Zhang Brazo de Hierro, el cual lo llevó a un figón y pidió unas tazas de té para calmarlo, diciendo al cabo:

—El otro día fui a daros el pésame y me dijeron que erais convidado en casa de los señores de Lou. ¿Cómo os encuentro ahora zamarreado a las puertas de la ciudad?

—Los de Lou me habían convidado tiempo ha, y yo iba camino de su casa, cuando topé ese oficial buscapleitos. Gracias por la ayuda; vayamos juntos a la casa de Lou.

Y juntos fueron a casa de los hermanos Lou. Mas mala espina debió darle al portero el que un sujeto vestido de luto sin su gorro blanco y otro de pelaje marcial quisieran ver a los señores, porque no los dejó entrar. «Tus amos llevan aguardándonos mucho tiempo», le decían. Pero como el portero siguiera excusando el anunciarlos, los visitantes rompieron a dar gritos y voces a las mismas puertas, de suerte que cuando al cabo le dijeron: «Dile al tío Yang que salga», el buen hombre no tuvo más remedio que hacer lo que pedían. Al punto salió Yang Yun, quien, atónito de ver las trazas de Quan Wuyong, arrugado el ceño dijo:

—¿Ni gorro tenéis?

Y haciéndoles sentar en un poyo junto a la puerta, corrió a buscar un bonete viejo para el desgorrado, al que preguntó a la vuelta:

—¿Quién es el fornido señor que os acompaña?

—El famoso señor Zhang Brazo de Hierro, del que tantas veces os he hablado.

—Tiempo ha que quería conoceros.

Ya en la casa, los dos visitantes narraron el suceso que había acaecido a las puertas de la ciudad, a lo que Yang Yun dijo:

—Más vale que los señores de Lou no se enteren.

Estaban en esa sazón los señores fuera, y Yang Yun los llevó a la biblioteca, donde se lavaron la cara y comieron, recibiendo trato muy cortés de los criados. Los hermanos volvieron de noche, de un banquete, y en el estudio saludaron a Quan Wuyong, lamentando no haberlo conocido antes, con que le mostraron el pabellón, que viese con cuánto afán aguardaban su llegada. El espadachín que lo acompañaba los convencía aún más de su singularidad. Puesta la mesa, Quan Wuyong ocupó el sitio de honor, Yang Yun y Zhang Brazo de Hierro los de enfrente, y los hermanos los de agasajadores. Y platicando de una cosa y otra, preguntaron a Zhang Brazo de Hierro a qué debía su sobrenombre.

—Vuestro menor ya era muy fuerte de mozo. Un día, los amigos porfiaban que no era capaz de tumbarme en el suelo y dejar que una carreta me pasara por encima del brazo. Pues yo dije que sí, y a poco asomó un carro de cuarenta o cincuenta quintales, y pasándome la rueda por encima del brazo templé los músculos, con que el carro dio un chirrido y salió desvariado unos pocos pasos. Y como al mirarme el brazo ni marca tenía, me dieron el sobrenombre.

—Eso merece una jarra de vino —aplaudió Lou el Tercero—. Voy a mandar que traigan tazones grandes.

—Los que estamos de luto no podemos beber vino —dijo Quan Wuyong.

—Viejos y enfermos, de toda norma son exentos —terció Yang Yung—. Con las ansias que habéis puesto en la comida, no os puede hacer mal una taza o dos de vino.

—Vuestro comentario carece de fundamento, señor —respondió Quan Wuyong—, pues cuando los clásicos hablan de ayuno, nombran el ajo, los puerros, el cilantro y las otras cinco verduras, cosas que yo no pruebo. Y también el vino, por supuesto.[235]

—No podemos obligaros —dijo Lou el Cuarto. Y mandó que trajeran té, tomando en eso la palabra Zhang Brazo de Hierro:

—Vuestro menor es ducho en artes militares, pues conoce las dieciocho de a caballo y las dieciocho de a pie, y no tiene malas manos en el látigo, la maza, el hacha, el martillo, la espada, la lanza, el sable y la alabarda; pero, para su desgracia, arrastra un temperamento que lo lleva a desenvainar la espada para vengar a la víctima apenas topa una injusticia. Gusto batirme con los más fuertes del Imperio, y el dinero, cuando lo tengo, lo doy a los pobres. Y así he terminado sin casa, trayéndome mi errar al honorable distrito de v. mds.

—De tal madera son los héroes —exclamó Lou el Cuarto.

—El amigo Zhang ha mencionado las artes militares, y habría de apostillar que no tiene par en la danza de la espada —dijo Quan Wuyong—. ¿Por qué no le piden que haga una demostración?

Muy complacidos, los hermanos ordenaron a los criados traer una espada a Brazo de Hierro, quien la escrutó a la luz del candil, viendo que era de vieja factura y que despedía gran brillo; con que se quitó la almilla, ciñó bien la faja, blandió el arma y salió al patio seguido de los otros. Los hermanos le dijeron de aguardar hasta que

---

[235] El luto prohibía todo lo que fuese carne y pescado. Quan Wuyong interpreta a su manera la regla al afirmar, entreverando proscripciones budistas, que lo prohibido son las cinco verduras acres (*wu hun*: ajo, puerro, cebolla, cilantro, asafétida), y no la carne y el pescado, de los que seguramente se habría hartado en el banquete. El episodio es similar al del capítulo IV, cuando Fan Jin degusta las cabezas de camarón.

estuviesen encendidas las luces, lo que ordenaron a una docena de criados mozos, quienes trajeron cada cual un candelero, prendiendo velas de ambos lados del patio.

Y ya giraba como torbellino la espada de Zhang, de arriba abajo y de un costado al otro, y se movía más veloz con cada nueva postura, hasta fundirse hombre y acero en un solo destello, del que nacían serpientes de plata y donde no se veía figura humana. Y mientras un viento helado ponía a los concurrentes los cabellos de punta, Quan Wuyong cogió de un anaquel un cacillo de cobre y pidió a un criado lo colmase de agua y salpicara con la mano a Brazo de Hierro; y el criado tal hizo, pero ni una sola gota llegó a penetrar en el torbellino. De súbito se oyó un grito y el destello se desvaneció, apareciendo en su lugar el volteador, espada en mano, bien erguido y sin señal de sofoco. Grandes fueron los elogios que granjeó, y con ello siguieron bebiendo hasta el punto del alba, quedando los convidados alojados en la biblioteca. Desde ese día, Quan Wuyong y Zhang Brazo de Hierro fueron huéspedes en la residencia del ministro.

Un buen día, Lou el Tercero vino a decirles:

—En breve celebraremos banquete en el lago, al que están convidados.

El tiempo era cada vez más caluroso, y como a Quan Wuyong se le antojaba ya molesto el sayo blanco, resolvió empeñarlo y comprar tela azul con que hacerse una túnica para el banquete. Nada dijo a los hermanos, confiando la empresa a Zhang Brazo de Hierro, quien empeñó el sayo en quinientas sapecas, que Quan Wuyong guardó bajo la almohada. Ese día lo pasó el ermitaño en el pabellón a él reservado; mas como al recogerse a dormir de noche notara la falta de las quinientas sapecas, coligiendo que ningún otro podía haber estado en el cuarto aparte del necio del hijo de Yang Yun, que siempre andaba por allá merodeando, derecho se llegó a las puertas de la mansión, donde halló al mozo, enfrascado a la sazón en su habitual charlatanería.

—Tengo una cosa que decirte, Sexto —le dijo.

—¿Qué se os ofrece, tío? —contestó el mozo con voz de borracho.

—¿Has visto las quinientas sapecas que había bajo mi almohada?

—Sí.

—¿Dónde están?

—Las cogí para el juego esta tarde, pero perdí. Aún me quedan una docena, que he dejado para comprar algo de beber.

—¡Tendrá poca vergüenza! ¿Cómo se te ocurre coger mis dineros para gastarlos en el juego?

—Pero, tío, ¿no es que entre nosotros no hay diferencias? Lo vuestro es mío, y lo mío es vuestro.

Y dio media vuelta y se fue; y aunque Quan Wuyong quedó mirándolo con rabia, no osó replicar, antes hubo de tragarse la cólera. Después de este percance, la buena armonía reinante entre Quan Wuyong y Yang Yun fue cada vez a peor, y no pasaba día sin que aquél dijera de éste que era un zote, y éste de aquél que estaba tocado de la cabeza.

Viendo Lou el Tercero que Quan Wuyong no tenía qué ponerse para el banquete, le regaló una túnica azul de seda. Los hermanos apalabraron dos barcas grandes para ellos y los convidados, amén de otra para los cocineros, criados y escanciadores, y otra para los diez músicos[236] y una compañía de cantantes; y, llegado que fue el día, se pusieron en camino. El tiempo, a mitad del mes cuarto, era tibio y sereno, y todos vestían de verano y portaban sus abanicos. No era convite majestuoso, aunque tampoco

[236] *Da cuxi shi fan*, «diez tañedores de [instrumentos musicales] gruesos y finos», orquesta compuesta por diez instrumentos musicales, entre los que se encontraba la *suona* (especie de dulzaina), el *sheng* (órgano de boca), el *dizi* (flauta de bambú), el *huqin* (violín de cuatro cuerdas) y otros instrumentos de viento y cuerda.

escaseaban los festejantes, pues estaban allí Lou Yuting y Lou Seting, tercer y cuarto hermanos de la casa de Lou; Qu Xianfu, nieto del prefecto Qu; Niu Buyi, letrado de virtud eminente; el instructor Yang Yun; Quan Qianzhai, letrado de virtud eminente; Zhang Brazo de Hierro, desfacedor de entuertos, y el ermitaño Chen Hefu. También fue convidado el compilador Lu, pero no asistió. Fuera de estos ocho afamados señores, también había que contar a Yang el Sexto, hijo zopenco de Yang Yun, con que los reunidos sumaban nueve. Niu Buyi declamó poesía, Zhang Brazo de Hierro ejecutó la danza del sable, Chen Hefu dijo chanzas; los de Lou oficiaron de cultivados, el nieto del prefecto Qu de apuesto, Yang Yun de venerable y Quan Wuyong de extravagante; la junta no podía ser más singular. Las ventanas de ambos costados estaban abiertas, de manera que los convidados sentían la música de la otra barca mientras navegaban por el lago. Puesta la mesa, una docena de pajes de amplias túnicas y alto capillo sirvieron el vino, el té y la comida, deliciosa ésta, muy fragantes aquéllos, y todos bebieron hasta que la luna estuvo alta, sazón en que en las barcas chicas se encendieron sesenta o setenta farolillos que espejeaban en el agua e iluminaban con luz de día los alrededores. La música sonaba clara en medio del sosiego, y sus sones llegaban a distancia de más de una legua y a los observadores de las orillas, que miraban con envidia el portento, tomándolo acaso por cortejo de inmortales. Y de esta guisa pasaron la noche.

De mañana, ya de vuelta, el nieto del prefecto Qu pasó a ver al compilador Lu, quien le dijo:

—Tus tíos habrían de estar siempre en casa, haciendo por ensalzar el buen nombre de la familia, en vez de juntarse con gente de ese jaez, que toda esa superfluidad no es propia de ellos.

Y como con las mismas palabras se lo repitiera al otro día el nieto del prefecto Qu a sus tíos, Lou el Tercero dio una risotada y dijo:

—Tampoco comprendo yo cómo puede ser tan vulgar tu suegro.

Mas apenas terminaban de hablar, entró el portero y anunció: «El señor Lu ha sido ascendido a lector de la Academia Hanlin[237] por decreto imperial, que así dice la gaceta que acaba de llegar. Los señores han de dar sus parabienes.»

Con que el nieto del prefecto Qu corrió a casa del suegro a felicitarlo. Poco podían imaginar que esa misma noche iba a despachar de vuelta a la de sus tíos un mensajero con malas noticias: «Ha ocurrido una gran desgracia, pues el señor Lu estaba holgándose del decreto imperial con la familia, y había dispuesto celebrar un banquete para festejarlo, cuando de improviso le acometió la flema y se desmayó. Vengan en un punto, señores tíos.»

Lo cual hicieron los hermanos sin aguardar siquiera a tener prontas las sillas de mano; mas en llegando a las puertas de la casa del compilador, sintieron llantos y gemidos y dieron por seguro que habría muerto. Allí estaban ya los deudos parlamentando sobre el nombramiento de sucesor y aparejando el funeral. El nieto del prefecto Qu, pálido y ojeroso, cumplió sus deberes con el recato de un buen yerno.

Pocos días más tarde, los de Lou recibieron carta de la capital del mayor de ellos, el comisario de transmisión. Encerrados de medianoche en la biblioteca, y oculta a la sazón la luna, propia de un veinticuatro o veinticinco, discutían a la luz de una vela la respuesta que debían darle, cuando sintieron un golpe sordo en el tejado, y descolgándose de él vieron a un hombre ensangrentado con una bolsa de cuero en la mano, en quien reconocieron, tras el primer espanto, a Zhang Brazo de Hierro.

—¿Qué os trae a nuestros aposentos a estas horas de la noche, hermano Zhang? —preguntaron—. ¿Y qué lleváis en esa bolsa?

---

[237] *Kai* Fang *shengle shidu*, lit. el señor Lu «ha sido relevado de la Secretaría del Heredero al Trono (Chunfang) y ascendido a lector [de la Academia Hanlin]».

—Siéntense los señores, y permítanme que les explique: En toda mi vida solamente he conocido un benefactor y un enemigo. A mi enemigo lo he odiado por más de diez años, y aunque nunca se me presentó ocasión de ponerle las manos encima, hoy al fin me ha llegado y aquí, dentro de esta bolsa, tengo su cabeza. Y en lo que hace a mi benefactor, que vive a una legua de aquí, aún no he podido saldar cuentas con él, y he menester de quinientas onzas de plata para pagarle sus desvelos; de que quede en paz con él, me sacaré esa espina y podré poner el resto de mis días al servicio de v. mds., que tan bien me han tratado. Pues sabiendo que solamente v. mds. pueden darme una mano, que en el mundo no hay almas más benevolentes, me he tomado la libertad de visitarlos a estas horas. Mas si no quieren ayudarme, me iré lejos y nunca volveremos a vernos.

Y, cogiendo la bolsa de cuero, hizo ademán de marcharse; los hermanos estaban harto espantados, pero, con todo, dijeron:

—No os precipitéis, hermano Zhang, que quinientas onzas poca cosa son para nosotros. Pero, ¿y la bolsa?

—Eso es fácil —respondió riendo Zhang Brazo de Hierro—, pues un servidor conoce ciertas artes con que borrar todas las huellas, pero esto tendrá que ser más tarde. Denme ahora v. mds. las quinientas onzas, que en dos vigilias estoy de vuelta y le echaré a eso unos polvos mágicos que lo trocarán en agua, pues ni un pelo ha de quedar. Celebren un banquete los señores, y conviden a unos pocos que sean testigos de ello.

El alma en vilo, los hermanos corrieron a buscar las quinientas onzas, que dieron a Zhang Brazo de Hierro, quien dejó la bolsa en las escaleras, asió el dinero, agradeció, trepó al tejado y salió, diríase que volando, pues apenas sintieron ruido de tejas antes de advertir que había desaparecido. La noche fluía calma y la luna, recién asomada, iluminaba con sus rayos la bolsa de cuero yacente en las escaleras con su sangrienta carga.

Y debido a ello,

Cierran puerta unos insignes señores
Y huyen de negocios mundanales;
Muda de vida un famoso letrado
Y prepara exámenes oficiales.

Pero para saber qué acaeció con la cabeza, tendrás que leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIII

QU XIANFU RECIBE INSTRUCCIÓN DE UN ENTENDIDO; MA CHUNSHANG SE MUESTRA GENEROSO CON UN NECESITADO

Habían dado los de Lou quinientas onzas de plata al enderezador de entuertos, y éste a ellos una bolsa de cuero con una cabeza humana. Poco inquietaba a los hermanos el verse metidos en enredos, siendo como eran de la casa del ministro; pero la presencia de una cabeza sangrienta en las escaleras de los aposentos interiores los llenaba de desasosiego.

—Hombre gallardo como Zhang Brazo de Hierro no puede engañarnos —decía a su hermano Lou el Tercero—. Mas no obremos como la gente común; celebremos un banquete con nuestros mejores amigos, y aguardemos a que vuelva y abra la bolsa, que no todos los días se ve el prodigio de trocar una cabeza en agua. Y pongámosle nombre a la reunión: llamémosla la «reunión de la cabeza humana».

A ello asintió Lou el Tercero, y así clareó el día, dio orden de aprestar el festín, al que convidaron a Niu Buyi, Chen Hefu y el nieto del prefecto Qu, a más de los tres huéspedes que paraban en su casa, a los que ocultaron el verdadero propósito de la reunión, presentándola como vulgar almuerzo para dar la sorpresa cuando Zhang Brazo de Hierro llegase a ejecutar su función.

Reunidos los convidados, pasaron platicando tres o cuatro horas; pero como Zhang Brazo de Hierro no llegaba, y aún no había señales de él a mediodía, Lou el Tercero susurró al hermano:

—Esto me está oliendo mal.

—Alguna cosa lo habrá demorado —contestó Lou el Cuarto—. Pero habrá de volver, en tanto la bolsa siga aquí.

Con que siguieron aguardando. Mas como bien entrada la tarde aún no llegaba, y no era cosa de desconvidar a los asistentes, pusieron la mesa y dieron buena cuenta del banquete. Era día de calor y los hermanos comenzaban a inquietarse. Decíanse:

—Si no aparece, ¿qué hacemos con la cabeza?

A la sobretarde, la bolsa ya empezaba a oler. Y pues la hedentina era tanta que acabó llegando a las narices de las mujeres de los hermanos, éstas recelaron, y por intermedio de los criados dijeron de echar una mirada a los maridos, quienes armados de valor abrieron la bolsa; mas como en ella no encontraran la cabeza humana que esperaban, sino la de un puerco, una cabeza de gorrino de sus buenas seis o siete libras de peso, se miraron en silencioso desaliento y ordenaron llevar el despojo a la cocina y guisarlo para los criados, resolviendo de común acuerdo no divulgar el hecho, con que volvieron a la sala para hacer compañía a los convidados. Y en ello estaban, el talente harto mohíno, cuando el portero anunció:

—A las puertas hay un alguacil del distrito de Wucheng con esquela del magistrado, que viene con otros dos del distrito de Xioshan y pide ver a los señores.

—¡Qué extraño! —comentó Lou el tercero—. ¿A qué vendrá esa gente?

Y confiando al hermano el entretenimiento de los convidados, acomodado en la sala ordenó hiciesen pasar el alguacil de Wucheng, el cual, ya dentro, selló con la frente el suelo y dijo: «Nuestro señor magistrado os manda saludos», tendiendo al punto un

mandamiento de captura y una requisitoria,[238] que Lou el tercero leyó a la luz de un candil.

Decía ésta:

> *El Magistrado Wu, del Distrito de Xiaoshan, concerniente a un caso de rapto y violación perpetrado por un malhechor local. Según acusación de la abadesa Huiyuan, la novicia Xinyuan ha sido raptada y forzada de un malandrín del lugar nombrado Quan Wuyong; y resultando que el susodicho culpable huyó a esa honorable plaza antes de ser su delito descubierto, libro la presente requisitoria al objeto de que ese honorable Distrito investigue el caso y provea alguaciles que ayuden a los de nuestra jurisdicción a dar con el acusado, quien habrá de ser traído preso a este Distrito para su oportuno enjuiciamiento. Ruégase la mayor premura.*

Leída la requisitoria, el alguacil añadió:

—Nuestro señor ha tenido noticia que habéis dado cobijo a este sujeto sin saber quién era y ruega me lo entreguéis, que ahí afuera aguardan los alguaciles de su distrito, a cuya custodia he de ponerlo para que lo lleven preso. Mal parte podremos dar en Xiaoshan si el sujeto viene en conocimiento y escapa.

—Ya veo —dijo Lou el Tercero—. Aguarda fuera.

Con que el alguacil se retiró, sentándose a esperar junto a la puerta, mientras Lou el Tercero llamaba muy azorado al hermano y a Yang Yun para mostrarles el mandamiento de captura y la requisitoria. Lou el Cuarto quedó con las orejas gachas, a diferencia de Yang Yun, que muy tranquilo dijo:

—Señor Tercero, señor Cuarto, de largo viene el consejo: al que le entre en el seno avispa o alacrán, que se desalforje y lo eche. El sujeto se ha metido en pleitos, y v. mds. no pueden ampararlo. Esto propiamente le voy a decir, y luego lo pongo en manos de los alguaciles, que allá él se las apañe.

Poco, al parecer, podían hacer los hermanos, y ya estaba Yang Yun en la biblioteca explicando con gran prolijidad el hecho a los convidados. Al oírlo, Quan Wuyong se puso muy colorado y dijo:

—¡Las verdades son verdades, y las mentiras, mentiras. ¿Pues no habré de ir con ellos? ¿De qué voy a tener miedo?

Y en eso entraron los hermanos, quienes siguieron agasajándolo como antes, y mostrando su indignación por el hecho. Un par de tazones apuraron a modo de despedida, y dándole dos envoltorios de plata para el viaje, lo acompañaron a la puerta precedidos de un criado con el bagaje y se despidieron de él. Y viendo los alguaciles que el villano estaba fuera de la casa del ministro, y los de Lou entrando, sin tardanza lo apresaron y cargaron de cadenas.

Los dos sucesos dejaron muy de ala caída a los hermanos; tanto, que dando orden a los porteros de decir a las visitas que habían vuelto a la capital, se enclaustraron en la casa, no ocupándose en otra cosa que no fueran sus negocios domésticos.

Apenas habían pasado unos días, cuando el nieto del prefecto Qu asomó por la casa para despedirse de ellos, pues tenía que volver a Jiaxing para cuidar del abuelo, que estaba enfermo. Los hermanos hicieron el viaje con él, advirtiendo, al llegar a Jiaxing, que la dolencia del prefecto Qu lo llevaba a una muerte cierta.

A pedido del abuelo, el joven rogó a los tíos hiciesen venir a su esposa, la hija del compilador Lu. Los hermanos escribieron carta a la casa, despachando con ella una

---

[238] *Guanwen*, «requisitoria», circular enviada a una audiencia del mismo nivel.

criada que explicase la situación. Y aunque la viuda del compilador no consentía en separarse de su hija, ésta hizo valer sus deberes de esposa, y al cabo logró que la dejase ir a cuidar del abuelo de su marido. Como a Lenteja de Agua ya la habían casado y la única doncella que quedaba era Doble Grana, con ella como sola compañía partió a Jiaxing, arrendando antes un par de barcas grandes, en las que embarcaron la dote.

Mas el prefecto Qu ya era muerto cuando llegaron, y el nieto lo había sucedido como cabeza de familia. Su joven esposa cuidó de la suegra, y tan bien llevó los negocios de la casa, que se ganó el elogio de todos los parientes. Los hermanos Lou se quedaron hasta el funeral, volviendo después a Huzhou.

El nieto del prefecto Qu guardó luto por tres años. Su propia ambición lo había abandonado después de ser testigo del desencanto de sus tíos en la búsqueda de hombres de talento, y desde entonces no imprimió más copias de las *Notas críticas sobre poesía* de Gao Qingqiu para dar a los amigos.

Al acabar el luto, el hijo mayor que le diera su mujer ya tenía cuatro años. Todos los días, la madre lo instruía en la lectura de los *Cuatro libros* y en el arte de la composición, mientras el padre velaba a su lado. Quiso éste entrar en las tertulias de exámenes que celebraban los amigos aprobados; pero todos en Jiaxing lo tenían por poeta y cuidaban bien de guardar las distancias, volviéndole el rostro.

Un día, caminando por la calle, vio en una nueva librería un rótulo encarnado que decía:

> *Esta librería se honra con la presencia del señor Ma Chunshang, de Chuzhou, llamado a compilar una antología de composiciones de los tres postreros exámenes provinciales y metropolitanos. A los parroquianos que de ellos guarden anotaciones,*[239] *o tengan exámenes que ofrecer, rogamos se sirvan acudir a la librería del Océano Literario, sita en la calle mayor de la prefectura de Jiaxing.*

«He aquí un famoso recopilador —se dijo el nieto del prefecto Qu—. ¿Por qué no visitarlo?» Y, determinado a ello, corrió a casa a mudarse de ropa, presentándose en la librería con una esquela escrita en términos de «vuestro discípulo y menor».

—¿Vive aquí el señor Ma? —preguntó.

—Arriba está. ¡Señor Ma, tiene visita! —gritó el mozo.

—¡Voy! —respondió una voz desde arriba.

Y al punto bajó Ma Chunshang, alto, membrudo, de tez oscura y poco poblada barba, bonete, túnica azul y botas de suelas blancas, quien saludó al visitante y le ofreció asiento, leyendo la esquela que le presentaba.

—He leído muchos versos firmados con vuestro honorable nombre —dijo al cabo—, y tiempo ha que deseaba conoceros.

—Señor, en cuanto hace al arte de la composición sois el monte Tai y la Estrella Polar[240] —dijo el nieto del prefecto Qu—. Vuestro hermano menor siempre os ha admirado, y gran pena es no haberos conocido antes.

Con ello fue servido el té, que apuraron, diciendo en eso el nieto del prefecto Qu:

---

[239] *Tongmen lu*, que guarden algún «registro de condiscípulos», cuadernillo en que los participantes en los exámenes provinciales y metropolitanos guardaban constancia de sus compañeros de examen, funcionarios, presidentes de examen y a veces de alguno de los textos aprobados; de ahí el interés de los recopiladores.

[240] Shandou, «el monte [Dai] y la Estrella Polar»: lo máximo, el cénit. Fórmula común de elogio para glosar la fama del interlocutor.

—El señor es de la escuela de Chuzhou; sin duda entrasteis en ella en puesto destacado.

—Van ya para veinticuatro los años que vuestro hermano menor lleva de licenciado pensionista. He gozado del favor de los venerados maestros,[241] y seis o siete veces fui galardonado con el primer puesto en las pruebas accesorias; mas, con todo, me avergüenza decir que nunca he aprobado los exámenes provinciales.

—Eso es cosa de la fortuna, y a fe que habréis de obtener el primer puesto en la siguiente ocasión.

Y en estas pláticas pasaron el rato, hasta que el nieto del prefecto Qu se despidió, preguntándole Ma Chunshang su morada para pagarle visita al día siguiente. Vuelto a casa, el joven dijo a la mujer: «Mañana viene de visita el señor Ma el Segundo, hombre muy docto en el arte de la composición; lo convidaremos a cenar.» No es menester decir con cuánto gozo aprestó aquélla lo necesario.

Al otro día, el señor Ma el Segundo se enfundó su amplia túnica y escribió la esquela, presentándose en casa del nieto del prefecto, quien salió a recibirlo y ya dentro le dijo:

—Más que vulgares conocidos, somos, en espíritu, amigos de siempre. Ya que nos honráis con vuestra visita, hacednos merced de compartir nuestra humilde comida. Os ruego excuséis las pocas atenciones que os podamos ofrecer.

Lo que aceptó de buen grado Ma Chunshang. Al rato le preguntó el nieto del prefecto Qu:

—¿De qué criterio os valéis para escoger las composiciones?

—Del razonamiento —contestó Ma Chunshang—, pues siempre permanece inmutable, por más que el estilo varíe. Hay un estilo propio de las eras de Hongwu y Yongle, y otro de las de Chenghua y Hongzhi;[242] mas si profundizamos en ellos, en ambos advertimos que subyace el mismo razonamiento. Por regla general, no son buenas las composiciones que parecen comentarios, y menos las que contrahacen el estilo de las odas o las elegías, pues las que parecen comentarios carecen de gracejo literario, y las hechas al modo poético prescinden de las palabras de los sabios de la antigüedad. De las dos, éstas son las peores.

—Todo eso hace al modo de escribirlas; mas, ¿qué me decís del modo de comentarlas?

—Me atengo a igual criterio: desecho lo poético. Pues muchos comentarios de épocas precedentes parecen odas, por lo florido del lenguaje, y sientan mal ejemplo entre los letrados venideros. Tienen razón los maestros de la antigüedad cuando dicen que la composición es como el ojo humano, que no admite mota de polvo, por más que ésta sea de jade o de oro. De modo que, al comentar las composiciones, vuestro hermano menor se guía por los *Dichos del maestro Zhu* y los *Comentarios en torno a los Cuatro libros*,[243] y es cosa corriente que pase la mitad de la noche enfrascado en una sola anotación; tanto esmero es para que los estudiantes que lean uno de mis comentarios puedan beber en él los principios para escribir una docena de

---

[241] *Liren zongshi de qingmu*, lit. he disfrutado de «los ojos negros de los sucesivos respetados maestros», he gozado de su favor. La expresión procede de la *Historia de la dinastía Jin* («Historia de Ruan Ji», XLIX) y hace referencia a Ruan Ji (210-263), uno de los Siete Sabios del Bosquecillo de los Bambúes, que miraba con «ojos blancos» a quien le desagradaba, y con «ojos negros» a quien apreciaba.

[242] Era opinión generalizada entre los entendidos que el estilo literario de las composiciones pasó de la simplicidad de las eras Hongwu (1368-1398) y Yongle (1403-1424) a la complejidad de las eras Chenghua (1465-1487) y Hongzhi (1488-1505).

[243] *Yulei*, *Huowen*: abreviaturas de *Zhuzi yulei* [Dichos del maestro Zhu] y *Si shu huowen* [Cuestiones en torno a los Cuatro libros], obras famosas de Zhu Xi.

composiciones. Cuando la antología esté terminada, os la haré llegar para que me honréis con vuestra crítica.

Platicando de esta guisa les fue servido el almuerzo, compuesto de pato, pollo, pescado y un gran tazón de puerco tierno cocido a fuego lento. Ma el Segundo era hombre de buen comer, y apenas asió de los palillos dijo:

—Vos y yo somos como viejos conocidos, y sobran los cumplidos; dejemos a un lado el pescado y ataquemos el puerco.

Y en un soplo se echó al cuerpo cuatro cuencos de arroz y rebañó sin ayuda el de puerco, lo que movió a la mujer a cocinar otro tazón de carne, que apenas tardó en ser despachado, al igual que la sopa y el resto. Con ello fue quitada la mesa y servido el té, sazón en que Ma Chunshang dijo:

—Vos sois hombre de talento y venís de buena familia, y razón es que hubierais aprobado hace tiempo. ¿A qué obedece vuestro presente estado?

—Mi padre murió siendo yo muy chico y fui criado por mi abuelo, con que hube de emplearme en las cosas de la familia, faltándome tiempo para presentarme a los exámenes imperiales.

—Ése fue error vuestro, pues de épocas remotas acá siempre han tenido que pasar las gentes por los exámenes imperiales. En tiempos de Confucio, en el período de las Primaveras y Otoños, los hombres eran hechos funcionarios según sus «dichos y hechos»;[244] por eso dice el Sabio: «Dichoso aquel cuyas palabras estén limpias de yerro y cuyas acciones no sean causa de arrepentimiento.» Así eran los exámenes en época de Confucio. En los Estados Combatientes, el camino para alcanzar dignidades era el de la retórica, y por eso Mencio pasó su vida viajando y predicando por los reinos de Qi y Liang. Tal era el tenor en época de Mencio. En la dinastía Han, los exámenes estaban concebidos para escoger a los candidatos en virtud de su «bondad y rectitud»; con tal criterio fueron hechos oficiales hombres como Gonsun Hong y Dong Zhongshu.[245] Eso buscaban los exámenes en la dinastía Han. En la Tang lo que valía era la destreza en componer versos, y poco importaba que para obtener cargo los examinados hablasen como Confucio o Mencio; de ahí que los letrados dieran en escribir poesía. Así eran los exámenes en la dinastía Tang. Al advenimiento de la Song, la cosa fue a mejor, pues todos los oficiales tenían que ser neoconfucianos; por eso los dos Cheng y Zhu Xi[246] consagraron sus vidas a predicar el neoconfucianismo. Tal era la norma en la dinastía Song. En la presente dinastía, por el contrario, los letrados son escogidos por sus composiciones, y éste es el mejor criterio de todos. Y os digo que, de vivir Confucio, a fe que estudiara el arte de la composición y se preparara para los exámenes, en vez de andar predicando aquello de que «las palabras estén limpias de yerro y las acciones no sean causa de arrepentimiento». ¿Por qué? Porque esa prédica no lo llevaría a parte alguna, y ninguno le daría puesto oficial. No, Confucio no iría a ninguna parte.

Al oírlo, el nieto del prefecto Qu sintió despertar de un sueño; convidó a cenar a Ma el Segundo, trabó con él eterna amistad, y desde entonces se veían casi todos los días.

Uno de ellos, estando ambos en la librería del Océano Literario, el joven reparó en un catálogo de exámenes que había sobre la mesa, donde aparecían las

---

[244] *Yanyang xingju*, según sus «dichos elevados y hechos excelsos», cualidades que debían reunir los elegidos para tareas de gobierno en época de Confucio, según prescribe el *Libro de los ritos* («Wen wang shizi»).

[245] Gongsun Hong (c. 200-121 aC) y Dong Zhongshu (179-104 aC): principales representantes del confucianismo en la dinastía Han del Oeste (206 aC-24).

[246] Cheng, Zhu. «Cheng», como también aparece al principio del cap. XII, designa a Cheng Hao y Cheng Yi, representantes principales, con Zhu Xi («Zhu»), de la escuela neoconfuciana (*v.* nota *supra*).

Composiciones selectas de exámenes varios y, detrás, la leyenda: «Selección y comentarios de Ma Chunshang, de Chuzhou.» A su vista, el nieto del prefecto Qu comentó sonriendo:

—Bien podríais citarme como ayudante de tan distinguida obra, para compartir vuestra fama.

—Todo tiene su razón de ser —respondió con gravedad Ma el Segundo—, pues no es cosa fácil que a uno le pongan su nombre en portada, y si vuestro hermano menor es tan requerido, lo debe a las buenas antologías de exámenes que ha compuesto en estos postreros años y a la reputación que se ha labrado. Vuestro ilustre nombre es más que merecedor de un lugar en la cubierta; pero en ella ha de figurar tan sólo el de uno de nosotros, y ello por una razón.

—¿Por qué razón?

—Por una razón que atañe a la fama y al provecho. Vuestro hermano menor no quiere dañar su reputación dando pábulo al pensamiento de que solamente busca el provecho, pues si pongo vuestro nombre detrás del mío, las gentes creerán que vos costeáis la edición y vuestro hermano menor trabaja solamente por dinero, y si lo pongo delante, la poca fama de que me he hecho estos años sufrirá quebranto. Poneos en mi lugar, y llegaréis a las mismas conclusiones.

Mas como en esto trajeron el almuerzo, compuesto de un tazón de legumbres hervidas y dos platillos para picar, Ma Chunshang dijo:

—No puedo convidaros con tan poca cosa. ¿Qué puedo hacer?

—Descuidad —ponderó el nieto del prefecto Qu—, pues bien sé que el señor hermano mayor no está hecho a comer verduras, y aquí traigo unos dineros para otras cosas.

Y sacando al punto un menuzo de plata, mandó al hijo segundo del librero comprase un tazón de puerco asado, del que ambos dieron buena cuenta, retirándose al cabo.

En casa, el nieto del prefecto Qu y su mujer daban lección al hijo todos los días hasta la tercera o cuarta vigilia; si no la sabía, la madre seguía con él hasta la del alba y mandaba al marido a dormir a la biblioteca, dejando a su lado a la doncella Doble Grana para que le sirviese el té y lo atendiese. La doncella sabía leer poesía, y a veces le pedía aclarar algún verso, lo que él con infinito cuidado hacía. En suma, que con el tiempo el nieto llegó a aficionarse de ella, y acabó obsequiándole por costurero el viejo cofrecillo que le había dado el intendente Wang, contando, sin advertirlo, cómo conoció al rebelde.

Mas como el bribón de Huancheng, que se entendía con Doble Grana desde chico, viajara un día a Jiaoxing y tuviera la osadía de raptarla, el nieto del prefecto Qu dio parte al magistrado del distrito, quien dictó mandamiento de captura, apresando al cabo a los amantes, a los que retuvo bajo custodia en la casa de un alguacil. Huancheng pidió a un amigo intercediese por él ante el amo de Doble Grana, diciéndole estar dispuesto a pagar por ella unas docenas de onzas si se le daba por esposa; pero el nieto del prefecto Qu no se vino a buenas. Sabía Huancheng que, de llevarlos el alguacil en cabo ante el magistrado, a él ninguno lo libraba de unos buenos palos y ella sería devuelta a la casa del nieto del prefecto Qu, por lo que gastó todos los dineros que traía, amén de los que le dieran por empeñar sus ropas, en sobornar al sayón.

Una noche, los dos amantes deliberaban en casa del alguacil el modo de vender el cofrecillo para ganarse unas monedas con que comprar comida. Doble Grana, que era criada y no entendía de negocios humanos, dijo en eso a Huancheng:

—Ese cofrecillo era de un hombre muy principal, y debe valer su peso en oro; es lástima venderlo por unas pocas monedas.

—¿De quién era? ¿Del señor Qu, o del señor Lu?

—De ninguno de los dos, pues era de un oficial de más campanillas que el propio señor Qu. Todo lo sé por mi señor: que en Nanchang había un prefecto Wang que llegó luego del prefecto Qu, tan principal, que hizo amistad con el príncipe de Ning; que el príncipe quería matar al Emperador, pero el Emperador lo mató a él antes, y quería matar también al señor Wang, y el señor Wang huyó a Zhejiang; y no me acuerdo por qué, pero el Emperador quería el cofrecillo, y el señor Wang no lo guardó para que a él no lo descubriesen, y lo dio a mi señor, y mi señor lo tenía en casa, y me lo regaló para costurero sin saber que yo me lo iba a llevar. Si el Emperador lo quiere, debe valer mucho. ¿No has visto las palabras que escribió dentro el señor Wang?

—El Emperador no puede querer así sin más el cofrecillo, alguna otra razón habrá. ¡Va a valer eso más de unas pocas sapecas!

Mas en eso, el alguacil, que estaba fuera pegando la oreja, abrió la puerta de una coz y entró gritando:

—¡Desgraciado, que prefieres pudrirte aquí dentro antes de vender ese tesoro que ahí tienes!

—¿Qué tesoro tengo yo, señor?

—¡Y no es tonto el mocito! ¡Mucho iba a engordar el buitre si lo desvelo, que la mujer tendría de balde, y aun se alzara con unos pocos cientos de onzas! Sería menester un convite a lo grande, y que repartas conmigo los dineros a partes iguales para que te lo diga.

—La mitad os diera, de tenerlo —dijo Huancheng—, y convidaros no puedo, a menos que mañana mismamente venda el cofrecillo.

—¿Vender el cofre? ¡Qué bien, se acabó la función! Si no tienes dinero, yo te lo empresto y de lo que cueste la cena, mañana hablamos. Habrás de pagarme por partida doble, y descuida que ya te sacaré los cuartos de algún lado, pues malamente ibas a arramblar con todo.

Y con ello sacó doscientas sapecas y fue a comprar vino y carne, compartiendo la cena con los amantes, no sin antes repetir una y otra vez que las costas iban por cuenta de Huancheng.

—¿Qué me decíais antes, tío, de un tesoro?

—Ahora estamos festejando —contestó el alguacil—; mañana hablamos de eso.

Esa noche jugaron a la morra y bebieron hasta la medianoche, hasta que, agotadas las doscientas sapecas, Huancheng echó a dormir la borrachera. Y no despertó hasta bien entrado el día, a diferencia del alguacil, que, levantado de amanecida, marchó a parlamentar con un colega experimentado, al que puso al corriente de la traza, preguntándole al cabo:

—¿Qué sería lo más provechoso para nosotros, dar parte, o tensar el arco sin poner flecha, que todos nos alcemos con algo?

—¿Dar parte del caso? —exclamó el otro, largando un salivazo—. ¿Y qué sacaríamos de ello? ¿Pues no es lo suyo ajustar con la otra parte, teniendo la baza ganada? ¿Tantos años en el negocio, y quieres chafar una ocasión así? ¡Cháfale la cabeza a tu madre, si tanto empeño tienes!

Harto corrido quedó el alguacil, aunque no menos alborozado, y en alas de un trote marchó a su casa y despertó a Huancheng, yacente aún en el catre:

—¿Qué, holgando? —le dijo—. ¡Como dos perros pegados! ¡Vamos, de pie, que tenemos que hablar!

Y aguardó a que el otro se levantara de un salto y saliera del cuarto para decirle: «Vamos a otro sitio a hablar», guiándolo hasta una casa de té de la misma calle.

—¡Torpe mocito —lo amonestó el sayón—, que no entiendes sino de comer, beber y holgar con mujeres, con un tesoro en las manos como el que tienes y sin saber

qué hacer con él! Es como el que se mete en el monte del Tesoro y vuelve con las manos vacías.

—Decidme qué debo hacer.

—Si buscas mi consejo, más te vale no dejarme luego con una mano atrás y otra delante.

Mas como en eso atravesara por delante de la puerta uno que parecía muy apesadumbrado, y que saludó al alguacil llamándolo «tío», siguiendo luego camino, el sayón dijo a Huancheng de aguardar y se fue tras él de puntillas, por ver si averiguaba su cuita, oyéndole quejarse de esta guisa: «Me zurran, y no tengo herida; por eso no puedo denunciarlo. Y si yo mismo me hiero, el magistrado acabará enterándose.» Y aquéllo pareció ser cuanto buscaba el alguacil, pues muy pasito cogió un ladrillo, y de manos a boca cargó contra el otro con gran furia, dándole en la cabeza tan tremendo peñascazo, que la sangre le brotó a chorros.

—¡Qué hacéis! —gritó el otro.

—¿Pues no os quejabais ahora de no tener herida? ¿Y esto que es? Vos no os la habéis hecho, y el magistrado no se pondrá en averiguarlo. ¡Id presto a poner la denuncia!

Con que, agradeciendo hondamente al alguacil, el hombre se embadurnó la cara de sangre y corrió a poner la denuncia. Huancheng, que había observado todo desde la puerta de la casa de té, tomó buena nota de la argucia. Resuelto el caso, el alguacil volvió, tomó asiento y dijo:

—Anoche oí decir a tu amiga que el cofrecillo había sido del intendente Wang. Habrías de saber que el intendente Wang se pasó al príncipe de Ning y luego huyó; es, pues, un traidor perseguido por orden imperial, y el cofrecillo pertenece al Imperio. El señor de tu amiga conoce al traidor, y oculta propiedad imperial; si lo denuncias, o lo decapitan o lo destierran. ¡Y tú de brazos cruzados!

Al oírlo, Huancheng sintió despertar de un sueño y dijo:

—Tío, voy a poner la denuncia.

—¡Qué poco conocimiento tienes, hermano! Si lo denuncias, ajusticiarán a toda su familia, y tú no sacarás cosa de ello, ni una mala sapeca, y tampoco lo justifica el rencor que le guardes. Mándale uno que lo amedrente, y le pides unos pocos de cientos de onzas, y la muchacha por esposa, sin rescate, y causa resuelta.

—¡Cuántos trabajos os tomáis por mí, tío! Solamente os pido que de acá en adelante dispongáis de mí como dueño y señor.

—No digas sandeces —respondió el sayón, quien al rato pagó el té y salió con el mozo, advirtiéndole: «Que no se te escape una palabra delante de la muchacha.» A ello asintió Huancheng, y en los días que siguieron el alguacil le prestó dinero para que comiese y bebiese a sus anchas, y al mozo se lo veía siempre gozoso.

Cuando el nieto del prefecto Qu hizo instancia por llevarlo de vuelta a los tribunales, el alguacil retardó cuanto pudo el momento, engañándolo con embelecos; mas como a la postre el pleiteante se enojara y amenazara con denunciarlo, el sayón creyó la ocasión madura y dijo a Huancheng:

—Llegó el momento de poner mano en el negocio. ¿Qué amigos tiene el señor Qu?

—No lo sé —respondió el muchacho. Y fue a preguntar a Doble Grana, quien le dijo: «En Huzhou tiene muchos amigos, pero aquí no lo he visto con ninguno. Dicen que uno de una librería, que llaman Ma, va a visitarlo de cuando en cuando.» Y con estas palabras lo refirió Huancheng al alguacil, quien ponderó:

—La cosa es sencilla, pues.

Y llegándose a ver a un escribano, le encargó redactar la denuncia, y con ella a cuestas buscó en todas las librerías de la calle Mayor, hasta dar con la del Océano Literario, donde preguntó por el señor Ma.

No sabía Ma Chunshang a qué venía el alguacil, pero sabiéndolo de la audiencia, lo convidó a subir y le ofreció asiento.

—¿Conoce el señor al señorito Qu, de la casa del prefecto Qu, de Nanchang? —preguntó el alguacil.

—Es mi mejor amigo. ¿Qué lo queréis, señor comisario?

—¿No hay ninguno acá? —preguntó el sayón, mirando a un lado y otro.

—No.

Y el alguacil adelantó su silla y le dio a leer la denuncia, diciendo:

—Esto es lo que hay, que nosotros, los servidores del Imperio, gustamos de hacer buenas obras y pasamos aviso para que se apronten. ¡Quién de nosotros osara deslucir esta buena conciencia!

Deslucida le quedó la cara al señor Ma el Segundo al leer la denuncia; informóse más por menudo, y al cabo dijo:

—Esto no puede salir a la luz, de modo alguno; me encomiendo a vuestra benevolencia para que pongáis la denuncia a buen recaudo. Él ahora no está en casa, que ha ido a poner orden en las tumbas; cuando vuelva, lo discutimos.

—El hombre quiere que todo se aperciba hoy —dijo el alguacil—, y mal haya quien ose embazar el curso de la justicia en una causa de complicidad criminal como ésta.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó, muy azorado, el señor Ma el Segundo.

—¿Será posible que no lo sepa un hombre dedicado al oficio de las letras como vos?[247] De siempre acá, el fuego cocina el puerco y los dineros remedian pleitos, y con soltar una poca de plata para comprar el cofre, causa conclusa.

—¡Qué buena idea! —exclamó el señor Ma el Segundo, dando una palmada.

Y candando la puerta, marchó con el alguacil a un figón, donde lo convidó a comer a lo grande, discutiendo el negocio a un tiempo. Y a causa de ello,

A grande y floreciente distrito
Acuden compiladores varios;
En mísera y retirada aldea
Aflora un respetable letrado.

Pero para saber cuánto dinero quería el alguacil por el cofrecillo, tendrás que leer el siguiente capítulo.

[247] *Ni*, *yi ge «zi yue» hang de ren*, lit. «vos, un hombre que tiene por oficio el del ‹y dice el filósofo›», alusión a los hombres de letras y a sus libros, en los que aparece con frecuencia, en los de cariz doctrinal, la expresión «dice el filósofo...».

CAPÍTULO XIV

EN LA LIBRERÍA DESPIDE A SU BUEN AMIGO EL NIETO DEL PREFECTO QU; EN UNA GRUTA DEL MONTE CONOCE A UN INMORTAL EL LICENCIADO MA

Habíamos dejado al señor Ma el Segundo y al alguacil en el figón, hablando de cómo hacerse con el cofrecillo del nieto del prefecto Qu. Decía el alguacil:

—Ese esclavo se aferra a la denuncia como a billete de la casa de empeños. ¿Creéis que por unas pocas onzas va a renunciar a ese botín imperial? Querrá como poco doscientas o trescientas, y además tendré que amedrentarlo diciéndole: «Dar parte del señor Qu no va a hacerte ningún bien, que de ponerle pleito, habrás de llevar la causa de audiencia en audiencia hasta los más altos tribunales; hazte cuenta si tienes dineros para meterte en tan mala contención.» Pues si lo acobardo, de que vea los dineros querrá dar por concluido el caso. Os doy cuenta de esto porque tengo buen corazón, que tan ganoso estoy como vos de ahorrarme cuidados, y agua de río no lava barca; pero a la serpiente, matarla por la cabeza. Tened en cuenta lo que os digo.

—Mal va a poder lograr esas doscientas o trescientas onzas —dijo el señor Ma el Segundo, meneando la cabeza—. Como sabéis, el señor Qu no está ahora en casa, y tendré que ser yo el que concierte el caso; aunque, de estar él aquí, tampoco podría juntar esa suma en un momento, pues cierto es que su abuelo desempeñó puestos oficiales, pero ahora son familia venida a menos.

—Si no hay dineros y el señor Qu no viene por su persona, yo no puedo retardar más la causa; volveré la denuncia a Huancheng, y que haga con ella lo que sea servido.

—No digáis eso —apuntó Ma el Segundo—, que vos apenas conocéis al señor Qu, pero él y yo somos muy buenos amigos, y si no lo ayudo, será como abandonar al camarada cuando más precisa de socorro. Aunque solamente podré hacer lo que esté en mi mano.

—Allá vos, que si vos tan sólo podéis hacer lo que esté en vuestra mano, yo no voy a ser más que vos.

—Examinemos todo con mayor detenimiento, señor comisario. Con el librero estoy apalabrado por unos meses para hacer una antología de composiciones, y mis gajes no pasan de unas pocas onzas de plata, de las que he de guardar una parte para mis gastos. Y para arreglar esta cuestión no puedo desprenderme de más de veinte o treinta onzas, que quizás no satisfagan a Huancheng.

—¡El precio alto como el cielo y la puja baja como la tierra, como dicen los antiguos! —exclamó, enojado, el alguacil—. ¡Os digo que dos o trescientas, y vos respondéis que veinte o treinta! ¡Como querer dar la paz con sombrero de ala ancha! Ya veo de dónde les viene a v. mds., los pregoneros del «dice la poesía; dice el maestro», esa fama de cicateros, que de llaga en rabo de ratón, poca pus sale. No sé que hago acá en esta charla de viejas, teniendo tantas ocupaciones.

Y, diciendo esto, se levantó, pidió disculpas por las molestias e hizo ademán de marchar, lo que estorbó el señor Ma el Segundo diciéndole:

—Sentémonos y platiquemos, no tengáis tanta prisa. ¿Creéis que os engaño? El señor Qu no está en casa, como os digo, y no penséis que yo, enterado del caso, lo tengo escondido para regatear con vos. Además, vos lo conoceréis, siendo de su distrito, y de seguro sabéis que es de los del puño cerrado; ¿quién me asegura que devuelve lo que

pague por él? Y, de otro lado, si dejo que la causa siga su curso, después habré de arrepentirme. En una palabra, tanto vos como yo somos ajenos al negocio, y si ahora me veo envuelto en él, es de pura mala suerte. Debéis echarme una mano; yo pongo los dineros, vos la mediación, y habremos hecho una buena obra, que no es razón entrar en discusiones.

—Mirad, señor Ma, que a mí se me da una higa que seáis vos o él quien pague, que, teniendo el mismo oficio, v. mds. son como la media a la bota,[248] y para mí los trabajos. Abramos el muro y hablemos con franqueza; unas docenas de onzas no arreglan nada, que si no son trescientas, habrán de ser doscientas las que traigáis antes de empezar a parlamentar. No es que quiera poneros en aprietos, pero maldito el avío que hacen cinco o diez onzas.

—Mi salario, señor comisario, y os digo la pura verdad, no sube de cien onzas —dijo Ma el Segundo, inquieto de ver que el alguacil tenía razón—, y de él ya he gastado una parte, y otra debo guardar para el viaje a Hangzhou, con que, por mucho que me exprima los bolsillos, lo más que puedo sacar son noventa y dos onzas. Si no me creéis, venid a mi casa y vedlo por vos; rebuscad mi bagaje y las arcas, que de hallar una sola sapeca, bien podréis dejar de tenerme por persona. Ésta es la pura verdad, y en vos está el ayudarnos, pues si nada podéis hacer, menos puedo yo, y el señor Qu habrá de pechar con su suerte.

—Ya veo, señor, que sois amigo fiel; mas los servidores de la ley también somos de carne y hueso. De antiguo, las montañas y los ríos terminan por juntarse; ¿cómo no vamos a socorrernos los humanos? Lo malo es que ese vil esclavo le ha puesto tan alto precio al cofre, que no sé si podré persuadirlo. Mas tengo otra idea —añadió, cavilando un instante—. Sobre el papel expresan su amistad los letrados, como reza el dicho. Huancheng ha raptado a la muchacha, y malamente va a poder recuperarla el señor Qu tras esta contrariedad, ¿por qué no hacéis una patente de casamiento diciendo que el mozo ha pagado cien onzas por la compra de la muchacha? Éstas, con las otras noventa y tantas, harán casi doscientas, que, aunque no existan, servirán para taparle la boca a ese villano. ¿Qué me decís?

—Bien está, en tanto cumpláis vuestra parte. La patente es cosa hecha; dejadla en mis manos.

De tal modo quedó despachado el caso. El señor Ma el Segundo pagó la comida y volvió a su cuarto, donde quedó aguardando al alguacil, y éste hizo finta de ir a hablar con Huancheng, presentándose en la librería después de un buen rato. Urgido del señor Ma subió al piso, y al ser preguntado, contestó:

—¡La de quebraderos de cabeza que me está dando todo esto! Ese rufián me pedía ochocientas o mil onzas, como si me tuviese a su merced, y porfiaba que el señor Qu habría de pagarle a peso de oro el buen nombre de su familia: tanto era su afán, que a la postre me sacó de quicio y amagué con llevarlo a la justicia. Le dije: «Por el rapto de Doble Grana habrán de juzgarte, que en dando parte al magistrado, ahí sin más te enjaulan; ¡empéñate luego en acusar a la gente!» Tanto lo amedrenté, que al cabo se dignó escucharme, y con embelecos hice que me diese el cofre, que traje conmigo y dejé acá abajo. Alcanzadme ahora la patente y los dineros, que con un despacho sello el caso y veo de apercibirlo de manera que no haya más enredos.

—Habéis obrado con gran acierto; la patente ya está hecha —dijo el señor Ma, dándola con los dineros al alguacil. Y, cerciorado éste que estaban las noventa y dos onzas, subió el cofrecillo e hizo entrega de él, con que marchó con la plata y la patente.

---

[248] *Zhanwa guojiao xue*, v. mds. son como «medias de fieltro, bandas para cubrir los pies y botas»: no poder separarse, mantener dos personas entre sí una relación tan estrecha como la bota y la media.

Lo primero que hizo el alguacil al llegar a casa fue poner la patente a buen recaudo y garabatear una cédula por los dineros que, según él, había prestado a Huancheng y las costas de comida y mediación. Mas como la cuenta subía a más de setenta onzas, de las que apenas quedaban una docena para Huancheng, éste protestó, concitando las iras del alguacil:

—Has raptado una mujer, y eso es ofensa criminal; y, de no darte amparo, el magistrado te quiebra esas patas de perro. ¡Te gano de balde mujer y dineros, y en vez de agradecer, me pides más! ¡Ea, pues, al magistrado derecho te llevo, que te plante unas buenas docenas de azotes por rapto, y a Doble Grana ya la estoy volviendo a la casa de Qu, a ver qué dices luego!

Hubo de callar la boca Huancheng, quien tomó el dinero y agradeció cumplidamente al alguacil, partiendo al cabo con Doble Grana a otra provincia a buscarse la vida.

Vuelto el nieto del prefecto Qu de las tumbas ancestrales, estaba por mandar razón al alguacil para que apremiase el juicio de Huancheng, cuando asomó Ma el Segundo. El recopilador le preguntó por la visita a la tumba y llevó la plática al punto del cofrecillo, y viendo que el otro no respondía a propósito, acabó por decirle:

—¿Por qué queréis ocultarme el negocio, mi buen amigo, ahora que el cofrecillo está en mi cuarto, en el piso de la librería?

Y en medio de su sonrojo, el nieto del prefecto Qu supo de los desvelos del amigo: cómo el alguacil le había puesto al tanto del caso, cómo lo debatieron, y cómo al cabo había recobrado el cofre pagando noventa y dos onzas.

—Por fortuna, ya todo está arreglado —concluyó el señor Ma el Segundo—. Y en lo que hace a los dineros, los di de buena gana, por mor de nuestra amistad, y no quiero oír hablar de ellos. Mañana habréis de despachar un propio a la librería, que retire el cofre, para quebrarlo o quemarlo antes que os busque más pleitos.

Al oírlo, el nieto del prefecto Qu puso una silla en medio de la biblioteca, e instó a sentarse en ella el amigo, postrándose con gran sentimiento cuatro veces. Luego le dijo de aguardar, marchando a narrar el suceso a su mujer.

—¡Eso sí es nobleza y amistad verdadera! —le dijo a ésta—. ¡Qué altura de miras, cuánto valor! ¡Trabar amistad con todo un señor como él merece en verdad la pena! Mis tíos han tenido muchos amigos, pero todos al cabo les jugaron mala pasada; ¡muertos de vergüenza estarían ahora de oír lo que acaba de decir el señor Ma el Segundo!

Y muy agradecida se mostró también la mujer, quien hizo comida para el señor Ma y despachó un criado a recoger el cofre, destruyéndolo luego.

Al otro día, el señor Ma el Segundo fue a despedirse, anunciando que partía a Hangzhou.

—¡Apenas ahora que nos conocemos! —suspiró el nieto del prefecto Qu—. ¿Por qué os vais tan presto?

—Yo era publicador en Hangzhou antes que la librería del Océano Literario me apalabrase para compilar esta obra; pues, cumplido ya el encargo, nada hay que me detenga aquí.

—Ya que habéis concluido la encomienda, ¿por qué no venís a vivir a mi casa, que yo pueda beneficiarme de vuestras enseñanzas día y noche?

—Aún no sois oficial, ni ha llegado la hora de que alberguéis huéspedes en vuestra casa;[249] además, todas las librerías de Hangzhou me están aguardando para

[249] *Hai bu shi yangke de shihou*, «todavía no ha llegado el momento de que mantengáis huéspedes» en la casa, es decir, todavía no sois oficial y no os podéis permitir —como era habitual en este estamento— mantener a paniaguados o protegidos versados en literatura u otras artes.

recopilar exámenes, y tengo otras cosas que atender. Debo partir, y no hay remedio. Si tenéis tiempo, visitad el Lago del Oeste; la belleza del paisaje acrecentará aún más vuestra imaginación.

Viéndose incapaz de disuadirlo, el nieto del prefecto Qu hizo por entretenerlo para un banquete de despedida, pero el señor Ma el Segundo se disculpó:

—Tengo que despedirme de otros amigos.

Con que se levantó para marchar, acompañándolo el joven hasta la puerta. Al otro día, el nieto del prefecto hizo un envoltorio con un par de onzas de plata para el señor Ma; y tomando consigo un trozo de cecina y otras viandas, también para el amigo, se llegó a la librería del Océano Literario, donde volvió a despedirse, tornando a casa con dos de los libros recién publicados.

Derecho viajó Ma Chunshang hasta la canal Quebrada, donde preguntó por la librería de la Amplitud Literaria, de igual dueño que la del Océano Literario, haciendo al llegar mansión en ella. Pasados unos días, como aún no recibía disertación que publicar, cogió unos dineros y determinó visitar el lago.

Tiene el Lago del Oeste los más bellos paisajes del mundo. Basta con mentar el profundo recogimiento del monasterio del Retiro de los Inmortales o la fina factura del de la India, tras el que asoman en sucesión la puerta de Qiantang, el monasterio de la Predestinación del Santo y la bahía de las Arenas Doradas, surcada por el dique de Su Dongpo y vigilada, desde lo alto, por la pagoda del Cerro del Trueno y el monasterio de la Compasión Pura. En poco más de una legua aflora un edificio cada cinco pasos, un pabellón cada diez. Acá, terrazas y torres doradas, allá chozas de paja y cercas de bambú; de un lado durazneros y sauces rivalizan en belleza, del otro moreras y cañamares motean el llano. Ondean al viento las enseñas de las tabernas, relucen las brasas de carbón en las estufas de las casas de té, y un río de hombres y mujeres se remansa en los innumerables figones y salas de música.

Ma Chunshang partió de la puerta de Qiantang, y tomando en una taberna unos tazones de té, que pagó con los dineros que llevaba, se sentó ante el arco que domina el lago, donde dio en contemplar las barcas de las peregrinas. Llevaban las mujeres moño alto y vestían casi todas de verde o azul, aunque no faltaban faldas encarnadas de seda entre las más jóvenes; habíalas agraciadas, de blanca tez almendrada y pómulos lucientes, y tampoco escaseaban las marcadas de llagas, viruelas, sarnas y tiña. En el tiempo de un almuerzo pasaron cinco o seis barcas; detrás venían los maridos, cargados de sombrilla y muda, quienes unidos a sus mujeres en tierra firme, tomaban el camino de los monasterios.

No debió dejarle buen regusto la visión a Ma Chunshang, pues a poco se levantó, caminando obra de una milla. Las márgenes estaban festoneadas de tabernas, de las que colgaba magra carne de oveja, y en los mostradores se apilaban fuentes de humeantes manos de cerdo, cohombros, patos sancochados en vino o pescados de agua dulce; en los calderos hervían mariposillas de carne, y en los cedazos de bambú cocíanse al vapor grandes panes arrollados. Todo ello, empero, estaba fuera del alcance del señor Ma, quien, la boca hecha agua, no aguantó la tentación de allegarse a un puesto de fideos, donde embuchó un tazón de a dieciséis sapecas. Hambriento aún, recaló en la casa de té aledaña y pidió una taza de té y dos sapecas de brotes de caña secos, que comió con harto deleite.

Al salir del tenderete se detuvo ante dos barcas varadas a la orilla, bajo los sauces, en las que unas peregrinas se mudaban de ropa. Una se quitaba la saya negra y vestía un manto verde, otra cambió la chaquetilla celeste por una túnica bordada de color de jade, y otra, de edad mediana, se despojó de una túnica de seda zafirina y ciñó otra celeste bordada de filigrana de oro. Con ellas iban una docena de criadas, que

también se mudaron. Al cabo, las peregrinas remontaron sosegadamente el ribazo, precedidas de las criadas, que las protegían del sol con sombrillas de negra gasa, envueltas en un relumbre de perlas en las cabezas y el tintineo de los abalorios de plata de las faldas. La cabeza gacha, el señor Ma el Segundo cruzó delante de ellas, avergonzado de poner los ojos en tanta hermosura.

Atravesó los Seis Puentes, y al doblar una revuelta se halló en campo abierto, en medio de gran número de ataúdes sellados con barro que aguardaban día propicio para el enterramiento, entre los que caminó dos o cuatro estadios sin divisar el fin. Y ya se sentía muy a disgusto y pensaba dar vuelta, cuando topó un hombre, al que preguntó:

—¿Hay por allá algo de ver?

—Acá a la vuelta del recodo —respondió el hombre— está el monasterio de la Compasión Pura y la pagoda del Cerro del Trueno, donde hay mucho de ver.

Ma Chunshang caminó otros doscientos pasos y al cabo echó de ver en el lago un pabellón unido a la orilla por un puente de madera, hacia el que se encaminó, entrando antes en una casa de té frontera, donde apuró un tazón de té. La puerta del pabellón estaba cerrada, pero una moneda que dio al guarda bastó a abrirla. Estaba dividido en tres salas, y en lo alto había una inscripción de propia mano del emperador Renzong, lo que sobresaltó a Ma el Segundo, que al punto se compuso el bonete, ajustó bien la túnica azul zafiro, y sacando de la caña de la bota un abanico, que asió al modo como los oficiales sostienen la tablilla de anotaciones[250] en presencia del emperador, puso cara a la pared con gran recogimiento, avanzó como prescribe el ceremonial de Corte e hizo cinco reverencias. Con ello volvió a la casa de té, a cuyo lado había un jardín, donde, al decir del mozo, el comisario de administración provincial celebraba a la sazón gran banquete y ninguno podía entrar. La cocina estaba a la vista, y los tazones humeantes de nido de golondrina y pepino de mar que desfilaban ante los ojos de Ma Chunshang le alborotaban el hambre.

Siguió camino y pasando la pagoda del Cerro del Trueno divisó a lo lejos multitud de casas, unas bajas y otras altas, techadas de tejas vidriadas y cercadas de serpenteante balaustrada bermeja, hallándose, sin advertirlo, ante una gran puerta sobre la que descollaba una leyenda escrita en caracteres dorados que decía:

MONASTERIO DE LA COMPASIÓN PURA
Fundado por Imperial Decreto.

Al costado de la gran puerta había otra menor, por la que llegó a un dilatado patio de ladrillo pulido, con que cruzó otro portalón, dando consigo en medio de dos corredores rematados en altos escalones de piedra, allende los cuales paseaban en corrillo mujeres de ricas y nobles casas vestidas de sedas y brocados y envueltas en un sahumerio que se dejaba sentir al más tenue soplo de brisa, a las que poco parecía decir la figura de un hombre grande, tostado y panzón ataviado con gastadas botas de suelas gruesas y sombrero pingorotudo, pues apenas repararon en él —ni él tampoco en ellas, por hacer justicia a la verdad— cuando hubo de abrirse paso entre sus distinguidas personas. Recorrido el monasterio en dos zancadas, Ma Chunshang volvió a la casa de té, en la que pidió otro tazón, fijándose, mientras lo apuraba, en el nombre, el Biombo Sureño, escrito en caracteres dorados, y sobre todo en los platillos de naranja confitada, dulce de sésamo, pastelillos de arroz glutinoso, brotes de caña, dátiles secos y castañas cocidas que se apilaban sobre el mostrador, tentación de la que se libró comprando unas

[250] *Huban*, tablilla de jade, marfil o bambú que los funcionarios llevaban al ser recibidos por el emperador para hacer anotaciones o recordar los asuntos que debían tratar.

sapecas de cada uno de ellos. Al cabo, ya fatigado, cogió por la puerta de la Ola Clara y volvió a su morada, metiéndose en cama apenas la tranca echada.

Tan maltrecho quedó, que al otro día no se movió del lecho. Al otro, empero, cobró ánimos para visitar el monte Wu, el del Espíritu Tutelar, enclavado dentro de la ciudad. Poco tuvo que caminar para llegar a su pie y dar con el nacimiento de una escalera de piedra, por la que subió hasta media ladera, donde, doblando un recodo, halló más escalones, que remontó sin respiro hasta la cumbre. Allí lo aguardaba un puesto de té, en el que bebió un tazón, entrando luego en el templo, cuyo nombre le venía del ministro de estado Wu, del reino de Wu. Ma Chunshang se inclinó ante el altar, y leyendo por menudo todas las inscripciones llegó al fondo, a cuya izquierda había una puerta señalada con la leyenda de «Gruta Rocosa», que pasó, hallándose en un jardín trazado en torno de un pabellón; entró, y aunque las ventanas estaban cerradas, por un resquicio de la puerta distinguió unos hombres alrededor de una mesa redonda sobre la que reposaba un incensario, que parecían en círculo de nigromancia. «A fe que preguntan a algún espíritu si van a aprobar los exámenes —se dijo—. Tampoco haría yo mal en preguntar.» Y poco tuvo que aguardar para confirmar sus conjeturas, pues al rato vio uno que se arrodillaba y ponía en pie mientras los demás decían:

—Invocamos una dama de grandes talentos.

Ma Chunshang rió por dentro.

—¿Será Li Qingzhao? —se decía uno.

—¿Será Su Ruolan? —preguntaba otro.

—No —respondía un tercero, dando gran palmada—, que es Zhu Shuzhen.[251]

«Quienquiera que sean esos espíritus, dudo que acierten en la predicción de las dignidades por venir —se dijo Ma el Segundo—. Mejor me voy.» Y doblando un par de recodos, subió unos escalones y dio consigo en un ancho camino flanqueado a izquierda de montes moteados de templos, y a diestra de edificios con patio y traspatio, a través de cuyas ventanas abiertas se distinguía el río Qiantang en la distancia. Eran tabernas, jugueterías, casas de té, tendejones de panecillos rellenos y fideos, boticas de sorteros. Todo era bullicio en el camino, y más señaladamente delante de los templos, donde se alineaban las mesas para tomar el té, y en las casas que lo servían, que eran más de treinta.

Una mujer empolvorada y de pelo abrillantado de una de las casas convidó a Ma Chunshang a tomar té, pero él volvió la mira y entró en la tienda vecina, donde pidió un tazón de té y doce sapecas de pastelillos, que le supieron muy sabrosos. Camino adelante llegó al grande y majestuoso templo consagrado al Espíritu Tutelar, del que salió al rato, topando tras un recodo un callejón lleno de tabernas, puestos de fideos y librerías recién abiertas, en una de las cuales vio un anuncio que decía: «El famoso libro *Composiciones selectas de exámenes varios*, del señor Ma Chunshang, de Chuzhou, se halla aquí a la venta.» Y como no era para menos, con regocijo entró y se sentó a hojear uno de sus libros, preguntando el precio y cómo iba la venta.

—Las antologías de exámenes tienen corta vida comercial —le respondió el librero—. No son como los clásicos.

Al rato salió de la librería, y aprovechando el respiro se animó a trepar a la montaña; el camino se empinaba por momentos, las casas quedaron fuera de la vista, y al cabo llegó a una cumbre desde la que se divisaba, abajo a la izquierda, el río Qiantang. No había viento ese día; el agua venía lisa como espejo, y se distinguían con harta claridad las barcas que la surcaban, y hasta las sillas de manos que algunas cargaban.

---

[251] Li Qingzhao (1084-c.1151), Su Ruolan, Zhu Shuzhen (1063?-1106): famosas poetisas, la primera y la última de la dinastía Song, la segunda del reino de Qin Anterior (351-394), conocida sobre todo por su *Xuanji tu*, diagrama de caracteres que pueden ser leídos en diferentes direcciones en forma de verso.

Unos pasos más adelante, a diestra en lo hondo vio el Lago del Oeste, deteniéndose para recrear la vista en la pagoda del Cerro del Trueno, el pabellón del Corazón del Lago y los barquitos de pesca, semejantes a patos diminutos plantados en el agua. Y ya solazado el espíritu, anduvo hasta otro gran templo, a cuyas puertas había unas mesas de té, sentándose en una de ellas con un tazón al frente. Sorbía el té, y contemplando a un lado el río, al otro el lago anidado entre las colinas, y a lo lejos el contorno esfumado y desigual de las montañas, con un suspiro se dijo: «Carga los montes Hua y Yue sin sentir su peso, agita ríos y mares sin derramar sus aguas y da cabida a todas las cosas: ¡cuánta verdad hay en ello!».[252]

Apurados otros dos tazones, sintió hambre y determinó de almorzar en el camino de vuelta; pero en eso echó de ver un campesino cargado de tortas y carne cocida, y le pareció emplear unas docenas de sapecas en la compra de tan deleitosa mercancía, que despachó en la mesa que ocupaba. Ya calmado, a obra de un tiro de ballesta cogió por un senderillo cercado a la izquierda de gran exuberancia de vegetación y enredaderas y jalonado de infinita variedad de rocas, y dejando atrás una gran peña cubierta de versos de afamados maestros, cruzó un puentecillo de piedra, remontó una angosta escalera y se halló ante un gran templo a cuyo extremo se abría otro puentecillo de piedra de difícil paso, por lo angosto, que atravesó asiéndose de la parra que crecía al costado. Unos pasos más adelante tropezó con un santuario consagrado al Inmortal Ding,[253] en el que entró. Ocupaba el centro una imagen del santón, la Grulla Inmortal a la izquierda, una lápida con una veintena de caracteres a diestra y las tablillas adivinatorias al frente. «Ya que estoy aquí, bien puedo consultar mi suerte», se dijo Ma Chunshang; y estaba por inclinarse ante el inmortal, cuando oyó a su espalda una voz que decía:

—Si queréis ser rico, señor Ma el Segundo, haríais bien en preguntarme.

Ma el Segundo se volvió, y en la puerta del templillo vio un hombre de ocho pies de altura tocado con bonete y túnica de seda; su mano izquierda acariciaba la faja arrollada a la cintura, en la diestra sostenía un bordón rematado en cabeza de dragón, y las barbas blancas que le llegaban a la cintura eran en verdad de inmortal.

Y por causa de ello,

La magnanimidad y la justicia,
En torno a los dineros van y vienen;
Las buenas avenencias y amistades,
En torno a los hombres prenden y crecen.

Pero para saber quién era el aparecido, habrás de leer el siguiente capítulo.

---

[252] Cita de *Zhongyong* (XXVI) referente a la Tierra.

[253] Ding *xian*, el «inmortal Ding»: Ding Lingwei, personaje de la dinastía Han que, según *Soushen houji* [Notas últimas de *En busca de los espíritus*], estudió durante mil años obras consagradas a la inmortalidad hasta convertirse en cigüeña.

CAPÍTULO XV

EL LICENCIADO MA ASISTE A LOS FUNERALES DE UN INMORTAL; EL ESTUDIANTE KUANG ACREDITA SU GRAN PIEDAD FILIAL

Iba el señor Ma el Segundo a postrarse en el santuario del Inmortal Ding para consultar su suerte, cuando de atrás lo llamaron por su nombre, y como al volverse viera en el umbral un hombre de celestial continente, avanzando hacia él con mucho comedimiento se inclinó y dijo:

—Vuestro discípulo no sabía que estabais ahí, señor, y no ha salido a saludaros. No tengo la dicha de conoceros; ¿cómo sabéis el nombre de este vuestro discípulo?

—¿Quién bajo los cielos no distingue al soberano? —respondió el hombre—. Mas ahora que me conocéis, no habéis menester de consultar vuestra suerte; venid a mi humilde morada.

—¿Dónde tenéis vuestra honorable casa?

—Acá al lado.

Y, sin más, cogió de la mano a Ma el Segundo, y, saliendo del santuario, lo llevó por un camino en el que no había una sola piedra, hasta llegar en un instante al templo del Ministro de Estado Wu. «Me habrá traído por un atajo —se dijo Ma el Segundo—. Debí errar antes el camino, a no ser que este hombre tenga algún poder milagroso para acortar las distancias.»

—Ésta es mi humilde casa —dijo el hombre al llegar a las puertas del templo—. Entrad, hacedme merced.

Detrás de la nave principal del templo había espaciosos terrenos y un jardín, y en medio de éste, enseñoreada del lago, una casa de dos pisos, cinco cuartos grandes y ventanas a todos los costados. El anciano llevó a Ma el Segundo a sus aposentos de los altos, y tomando ambos asiento tras cumplimentarse con una venia, al mismo punto aparecieron cuatro pajes embutidos en sedas, brocados y zapatos nuevos, que sirvieron el té y salieron a la orden de aprestar la comida. Ma el Segundo alzó la mira y vio en la pared un lienzo en grandes caracteres que decía:

Llegué con el paso de la capital al sur,
añorando la bonanza de pasados tiempos;
Mas lagos y cerros perdieron su áurea luz,
Y las diez regiones surco en mi lamento.

Al pie figuraba el nombre del poeta: «Hong Hanxian, de Tiantai.» Por los *Anales*[254] de Zhu Xi sabía Ma el Segundo que la capital había sido traspuesta al sur en época Song, y de ahí coligió que el anciano, de ser el autor, debía de tener más de trescientos años, o, en otras palabras, era un inmortal.

—¿Sois vos el autor de tan bella poesía? —preguntó.

—Hong Hanxian es mi indigno nombre; son unos versos que hice al albur, de poca valía. Si gustáis de la poesía, conmigo guardo un librillo consagrado al Lago del Oeste, manuscrito de gobernadores provinciales, comisarios y un humilde servidor, que os mostraré para que me honréis con vuestro juicio.

---

[254] *Gangjian*: otro de los nombres de *Tongjian gangmu*, compendio de historia der Zhu Xi (1130-1200) escrito al modo de *Primaveras y otoños* y *Zuozhuan*.

Y al punto le alargó un cancionero de poemas de verso heptasílabo, compuestos por una pléyade de oficiales de superior estado; todos hablaban del lago, y al pie llevaban el sello oficial encarnado. Ma el Segundo lo elogió grandemente, volviéndolo luego al anciano, que lo puso a buen recaudo.

En eso trajeron la cena: gran fuente de carnero tierno, otra de pato macerado en vino, gran plato de albóndigas de jamón y gámbaros, y tazón de sopa. No era banquete, pero bien hacía las veces, y aunque Ma el Segundo no tenía hambre, comió con gran empeño, para agradecer al inmortal.

—Tiempo ha que sé de vuestra gran fama —dijo Hong Hanxian, alzada ya la mesa—, y a fe que no hay librería que no os tienda las manos; ¿y aún tenéis ocasión de escapar a un santuario para consultar vuestra suerte?

—Os lo diré con franqueza, señor —respondió Ma el Segundo—. Este año he compilado en Jiaxing unas composiciones, por las que he recibido unas docenas de onzas, pero todos mis gajes se han ido en socorrer a un amigo. Aquí tengo empleo en una librería, mas no hay trabajos que hacer, y mis cavilaciones y la falta de dineros me ha encaminado al santuario, donde quería consultar la suerte por ver si el destino me depara algún provecho. Mas ahora que os conozco, señor, y que habéis dado con mi pesadumbre, ya no tengo necesidad de acudir a las tablillas adivinatorias.

—Haréis unos dineros, y eso es cosa cierta; pero habréis de aguardar para atesorar fortuna. ¿Querréis hacer ya unas monedas, para empezar?

—Poco da que el dinero sea corto, con tal de tenerlo. ¿Puedo preguntaros, señor, qué queréis decir?

—Os daré un poco, para que probéis en vuestra casa —dijo el anciano, tras breve reflexión—. Si os va bien, venid por más; si no, ya se me ocurrirá otra cosa.

Y, entrando en los aposentos interiores, abrió un envoltorio que había junto al lecho y sacó unos trozos de carbón, que dio a Ma el Segundo, diciéndole:

—Llevad esto a casa y prended el hornillo; calentad el carbón a la llama, en una vasija, y ved lo que ocurre. Volved luego a contármelo.

Ma el Segundo cogió el carbón, se despidió de Hong Hanxian y regresó a su morada. Esa noche encendió el hornillo, y sobre él puso unos trozos de carbón metidos en un pote, que vació luego de oír un tiempo el crepitar del fuego; y harta fue su sorpresa al advertir que el carbón ya no era tal, sino un riel de plata. Seis o siete potes de carbón calentó, ebrio de alegría, y seis o siete rieles de plata obtuvo, con que al cabo se acostó, durmiéndose, empero, en la desazón de saber si la plata era o no de buena ley.

Al otro día se levantó muy de mañana y llevó los rieles a los ensayadores, y como todos certificaran la buena ley de la plata, trocó un par por unos buenos miles de sapecas, que guardó bien en su morada, corriendo luego a agradecer a Hong Hanxian. El anciano salió a recibirlo y le preguntó:

—¿Qué tal os fue anoche?

—¡Qué gran portento! —exclamó Ma el Segundo, refiriendo el suceso, y el monto de plata que había obtenido.

—Eso no es nada —dijo el inmortal—. Aquí hay más; tomadlo, y volved a probar.

Y le alargó otro envoltorio de carbón, que por su peso debía contener tres o cuatro veces más que el primero. También lo convidó a comer, saliendo luego a despedirlo.

Seis o siete días estuvo encendido el hornillo de Ma el Segundo, produciendo plata, hasta que al cabo el carbón se agotó. En todo fueron ochenta o noventa las onzas logradas, las cuales envolvió y puso en cobro el licenciado con harta complacencia.

Un día, Hong Hanxian le despachó un mensajero, requiriéndolo para parlamentar en casa. Llegado a ésta, el anciano le dijo:

—Vos, señor, sois de Chuzhou, y yo de Taizhou, y bien podemos tenernos por paisanos, viniendo de distritos vecinos. Hoy tengo un convidado; permitidme presentaros a él como primo mío, que de ese modo tendrá él lo que quiere y a vos la ocasión os será muy de provecho.

—¿Quién es vuestro distinguido huésped?

—El hijo tercero del difunto ministro Hu, que llaman Hu Zhen, o Mizhi por nombre público. El ministro dejó gran caudal a sus hijos, mas éste aprecia tanto el dinero, que todo le parece poco, y quiere aprender a destilar plata a todo trance, aunque para ello haya de gastar las onzas a millares en los aparejos. He menester de un mediador, y pues el señor Hu conoce vuestra fama y tenéis asiento fijo en la librería de la Amplitud Literaria, donde compiláis disertaciones, vos gozaríais de su entera confianza. Hoy hablaremos el negocio, y de aquí a siete veces siete días tendré ya la madre de la plata, la piedra que trueca en oro cualquier metal. Es cosa que no tiene precio, mas como yo apenas he menester de dineros, y tengo resuelto despedirme del mundo terrenal y tornar al monte, dejaré la madre de la plata en vuestras manos, con que podréis medrar.

Poco sorprendió a Ma el Segundo la plática, habiendo sido testigo de los prodigios que podía obrar el anciano. Juntos aguardaron al señor Hu el Tercero, el cual llegó al cabo, y saludó a Hong Hanxian, preguntando a Ma el Segundo:

—¿De dónde sois y cuál es vuestro honorable nombre?

—Es mi primo Ma Chunshang, de Chuzhou, cuyo libro *Composiciones selectas de exámenes varios* está en todas las librerías —respondió por él el anciano.

El señor Hu el Tercero saludó con respeto, y todos tomaron asiento; y los resquemores que el visitante trajera pronto se disiparon ante lo etéreo del talle de Hong Hanxian, los muebles lujosos que colmaban el aposento, los cuatro pajes que sin descanso servían el té, y el parentesco con el anciano del compilador Ma Chunshang. Muy de buen ánimo estuvo platicando con ellos, yéndose al cabo. Al otro día, Hong Hanxian y Ma el Segundo fueron a pagarle visita en silla de manos. El compilador le obsequió uno de sus libros, que fue muy celebrado, y a poco de volver a casa, de la del señor Hu el Tercero les llegó un criado con una esquela que decía: «Mañana los espero a la orilla del lago con un pichel de vino».[255]

—El amo saluda a los señores y me manda a decirles que el convite es en el jardín aledaño de la Biblioteca Imperial, en el Puerto Florido del Lago del Oeste, que mañana temprano aguarda allá a los señores —dijo el criado.

Hong Hanxian aceptó el convite, y al otro día partieron en silla de manos, siendo recibidos por el señor Hu el Tercero a las puertas del jardín, abiertas de par en par. Había dos mesas puestas, vieron a los comediantes, y la jornada pasó plácida. Ma el Segundo recordaba el día en que, solo en el mismo lugar, había visto a otros celebrando, y se solazaba con el pensamiento de que hoy, por feliz casualidad, ocupaba plaza de convidado. El vino, la comida y los dulces, de la mejor calidad, acrecentaban su gozo.

El señor Hu el Tercero dispuso convidarlos a su casa a la vuelta de unos días para firmar el contrato, emplazando de testigo a Ma el Segundo, y se obligó a aprestar en el jardín un cuartillo con un hornillo de atanor,[256] prometiendo hacer un pago inicial

---

[255] Lit. mañana habrá a orillas del lago «una pequeña reunión [en torno a] un pichel de vino» (*yi zhi xiaoji*), fórmula cortés de invitación.

[256] *Danshi*, una «cámara del cinabrio», habitación o lugar donde los taoístas destilaban el elixir de la inmortalidad.

de diez mil onzas para que Hong Hanxian comprase los aparejos necesarios y se mudase a su mansión.

Pasaron cuatro días sin nuevas de Hong Hanxian, y Ma el Segundo resolvió visitarlo; mas como al entrar en la casa hallara a los cuatro pajes sumidos en confusión y tuviera conocimiento que Hong Hanxian estaba enfermo de gravedad, que los médicos, al tomar los pulsos y ver cuán débiles eran, lo habían desahuciado, muy afligido corrió escaleras arriba para ver al anciano, viéndolo en las últimas, tan endeble, que ni la cabeza alzar podía. Toda la noche pasó junto al lecho del amigo, llevado de su buen corazón; mas escrito estaba que a los dos días había de caducar la inmortal vida de Hong Hanxian.

Fallecido el anciano, los cuatro pajes corrieron desalados por la casa, al rastreo de las cosas de valor; pero solamente encontraron cuatro o cinco túnicas de seda, tasaderas apenas en unas onzas, pues todos los cofres estaban vacíos. Y resultó que los cuatro pajes no eran tales, pues uno era hijo del difunto, otro yerno, y los dos restantes, sobrinos. Ma el Segundo quedó muy turbado al tener noticia de ello; con todo, se llegó a la librería y cogió diez onzas, para el enterramiento, pues era hombre bondadoso y en la casa de Hong Hanxian no había dineros para el ataúd. El hijo quedó a la vela, los sobrinos marcharon a comprar la caja, y el yerno, que no tenía qué hacer, asió de Ma el Segundo y lo llevó a una casa de té vecina, para platicar.

—Vuestro señor suegro era inmortal, y llevaba vividos más de trescientos años; ¿a qué se debe su súbita muerte? —preguntó Ma el Segundo.

—¿Trescientos años? —respondió el yerno—. ¡Qué risa! No pasaba de los sesenta y seis, el viejo, y tenía que acabar así, por manirroto, que no hacía otra cosa que malgastar los dineros que recibía. Nosotros éramos mercaderes, pero dejamos el oficio para ayudarlo en este negocio, y ahora estamos hundidos, que habremos de volver a casa mendigando.

—¿Y el carbón que el anciano tenía junto al lecho, que se trueca en plata así se calienta en el hornillo?

—¿Carbón? Plata rebozada de carbón, más bien, que al calentarla descubría lo de abajo, una fullería para encandilar a los tontos, buena en tanto durase la plata.

—Si no era inmortal, ¿cómo supo mi nombre cuando me encontró en el santuario del Inmortal Ding?

—Ya os conocía de antes, pues os vio salir por la puerta de la Gruta Rocosa y entrar en una librería, y os oyó cuando dijisteis al librero ser el propio señor Ma el Segundo que había hecho el libro de composiciones. Por eso sabía vuestro nombre. ¡Ya no hay inmortales en el mundo!

Maravillado quedó Ma el Segundo, pensando entre sí: «Así pues, el anciano se sirvió de mí para embaucar al señor Hu el Tercero, el cual se salvó por un punto.» Mas volvió a pensar: «Con todo, ¿qué mal me ha hecho? Habría de estarle agradecido.»

Vueltos ambos a la casa, los pajes pusieron al difunto en la caja y Ma el Segundo alquiló una celda en un templo dallén la puerta de la Ola Clara y apalabró mozos de cuerda, que llevaron el féretro a su temporal morada; allí hizo ofrendas de carne, vino y dinero funerario, y cuidó que la caja fuera debidamente enladrillada. La resta de las diez onzas la dio para el viaje a los cuatro pajes, que partieron luego de despedirse.

Ma el Segundo anduvo hasta el monte del Espíritu Tutelar, donde recaló a tomar un tazón de té, reparando en un joven que decía el horóscopo sentado tras un puestecillo que antes no había visto. Era flaco y menudo, y parecía espabilado; pero lo más notable de él era que, teniendo ante sí papeles con caracteres, batea, tinta y pincel, aparejos para practicar su arte, leía, sin embargo, un libro. Ma el Segundo se allegó a él por curiosidad,

con achaque de saber su fortuna, y advirtiendo que el joven leía sus *Composiciones selectas de exámenes varios*, se sentó en la banqueta que había cabe la mesa. Al verlo, el mozo dejó el libro y le preguntó:

—¿Quiere v. md. saber su suerte?

—Estoy fatigado de tanto andar, y voy a sentarme un rato —respondió Ma el Segundo.

—Siéntese v. md., que al punto le traigo un tazón de té.

Y de la vecina casa lo trajo, sentándose a su lado. Ma el Segundo agradeció el comedimiento, preguntándole:

—¿Cómo os llamáis, hermano mayor? ¿Sois de la ciudad?

—Vuestro menor se apellida Kuang, y no es de aquí, que tiene su casa en el distrito de Yueqing, de la prefectura de Wenzhou —respondió el mozo, sabiendo ya por el bonete del caminante que estaba ante un letrado.

Ma el Segundo reparó en su gorro gastado y su túnica lamida, toda pura gualdrapa, y le preguntó:

—¿Y cómo habéis andado tan largo camino, hermano mayor, para emplearos en este oficio? ¿Cuál es vuestra edad? ¿Tenéis padres, mujer o hijos? ¿Seréis estudiante, a juzgar por vuestra afición a la lectura?

—Vuestro menor ha cumplido este año los veintidós, no es casado, y tiene a sus padres en casa; pudo estudiar unos años, pero hubo de dejarlo, por la mucha pobreza de su familia. El año pasado asentó de contador con un leñero, llegando a esta ciudad, donde por quiebra del negocio ha quedado desamparado y sin cosa alguna para regresar. Apenas el otro día supe por uno de mi distrito que mi padre estaba enfermo, y yo, miserable de mí, sin saber si está vivo o muerto.

Al tiempo que lo decía, un par de lágrimas grandes como guisantes le resbaló por las mejillas, lo que movió a compasión a Ma el Segundo, que dijo:

—No os lo toméis tan a pecho. Decidme: ¿Cuál es vuestro honorable nombre, y cuál el nombres público que os habéis dado?

—Me llamo Jiong, y por nombre público Chaoren —contestó el joven, secándose las lágrimas—; mas aún no sé el honorable nombre del señor, ni de dónde es.

—Ni necesitáis preguntarlo; soy Ma Chunshang, cuyo nombre aparece en la cubierta del libro que estábais leyendo.

—¡Oh! —exclamó el mozo, inclinándose con respeto—. ¡Ojos tengo, mas no veo ante mí el monte Tai!

—Dejemos a un lado los cumplimientos, hacedme merced —respondió Ma el Segundo, devolviendo la venia—, que, aunque conocidos por azar, los dos somos hombres de letras. Se está haciendo tarde, y no parece que vengan ya muchos a consultaros; ¿por qué no lo dejáis por hoy y venís conmigo a mi posada, a platicar un rato?

—Muy honrado, señor. Aguarde sentado v. md., que recojo mis cosas.

Y haciendo un hatillo con la tinta, la batea, el pincel y los papeles, cargó la mesa y la banqueta y llevó todo al templo frontero, con que marchó con Ma el Segundo a la librería de la Amplitud Literaria. Llegando al aposento, el mozo tomó asiento y Ma el Segundo preguntó:

—Y decidme, hermano mayor: ¿queréis seguir estudiando, o preferís volver a casa para ver a vuestro padre?

—Ni para vestir o comer tengo, señor; ¿de dónde iba a sacar los dineros? No, eso ni me pasa por la cabeza —respondió el mozo, sin poder contener las lágrimas—. Mi ahogo es saber que padre está enfermo en casa, y que la bestia inhumana de su hijo no puede ir a atenderlo, y no os oculto que a veces creo lo mejor quitarme la vida.

—Ta, ta, que eso poco aprovecha. Vuestra piedad filial conmueve cielo y tierra, en verdad os digo. Mas aguardad, que hago de comer.

Y en un punto cocinó unas viandas, que compartió con el joven, preguntándole:

—De volver a casa, ¿cuánto habríais menester para el viaje?

—Bien poco, lo justo para el lanchaje; pues ya en tierra cargaría yo las cosas al hombro, y no en carreta, y ayunaría hasta llegar a casa. Si tuviese que morir, moriría contento con tal de ver a mi padre.

—Muy bien. Quedaos aquí esta noche, que mañana lo hablaremos con detenimiento.

A ello asintió el joven. Y siguieron platicando hasta la noche, en que Ma el Segundo le preguntó:

—¿Cuántos años habéis estudiado? ¿Sabéis hacer composiciones?

—Sí, señor.

—En tal caso —prosiguió Ma el Segundo, sonriendo—, me tomaré la libertad de daros asunto, y así sabremos qué fortuna os deparan los exámenes si seguís estudiando. ¿Qué decís?

—Deseando estaba pedir a v. md. instrucción; pero escribo muy mal, y v. md. se reiría de mí.

—¡Qué decís! Os pondré ahora la materia, y mañana escribís la composición.

Dicho esto, escogió el asunto y aconsejó al joven se fuese a dormir. Al levantarse de mañana, la composición ya estaba hecha y pasada en limpio, cosa que lo complació sobremanera.

—¡En verdad sois diligente! —dijo, leyéndola, y al cabo comentó—: Vuestro escrito transluce gran talento, pero os falta soltura en la ilación.

Y poniendo la composición en la mesa, explicó al joven, ayudándose del pincel, el uso del discernimiento, el enderezo, la respiración, el ocultamiento y demás recursos. Kuang Chaoren agradeció con una reverencia, y estaba por partir, cuando Ma el Segundo le dijo:

—Aguardad, que de poco os aprovecha seguir en Hangzhou, y voy a daros unos dineros para que volváis a casa.

—Una sola onza de plata pido a v. md., aprovechándome de su benevolencia.

—Una onza no os alcanzaría, pues en volviendo a casa tendréis que mantener a vuestros padres, al tiempo que seguís estudiando; más cuenta os trae abrir negocio y apalabrar un médico que cuide de vuestro señor padre.

Y al punto abrió una caja, de la que sacó diez onzas de plata, una vieja chaqueta guateada y un par de zapatos, que dio al mozo, diciéndole:

—El dinero es para llevar a casa, y los zapatos y la chaqueta, para que los uséis de amanecida y al atardecer, que hará frío en el camino.

—¡Es tanta la bondad de v. md.! —dijo llorando Kuang Chaoren—. Pido a v. md., tanto es mi atrevimiento, que me tenga por hermano jurado, para tomar consejo en lo por venir.

Ma el Segundo aceptó de buen grado, y ambos se inclinaron con respeto el uno ante el otro, haciéndose hermanos jurados. Terminada la sencilla ceremonia, el licenciado cocinó unos platillos, por vía de despedida, y entre bocado y bocado dijo al mozo:

—Escuchad, querido hermano: el mayor contento que podéis dar a vuestros padres es aprobar los exámenes imperiales. El oficio de adivino no os llevará a parte alguna, y tampoco haréis carrera dando lección o asentando de escribano; mas si aprobáis los exámenes de bachiller, licenciado y doctor, la buena fama que ello os traiga

alcanzará a todos vuestro deudos, y, como dice el *Libro de la piedad filial*,[257] ésta se confirma procurando la fama de la familia y difundiendo la propia, pues solamente el que tal haga será tenido por buen hijo y escapará a todos los males. En los libros hay casas de oro, quintales de grano y mujeres de rostro como el jade, como bien reza el dicho antiguo;[258] ¿y a qué llamamos hoy estudio, si no es al de las composiciones de ocho partes? Por eso, cuando volváis ahora a casa a cuidar de vuestros padres, no debéis escatimar esfuerzos en la preparación de los exámenes, y aunque os vaya mal el negocio y no podáis darles cuanto hayan menester, no os atormentéis, que lo principal es el ejercicio de la composición; que, aunque vuestro padre esté enfermo en cama y no tenga qué comer, de que os oiga declamar una composición habrán de quitársele las penas y los dolores, y vos obraréis conforme al cuidado espiritual de los progenitores[259] practicado por el maestro Zeng. Si la fortuna os es adversa y no aprobáis los exámenes, al menos podréis haceros licenciado pensionista, y ello os permitirá emplearos de tutor y ganar títulos para vuestros padres. Yo ya estoy viejo y no sirvo para cosa alguna, pero vos sois joven y brillante; tomad ahora mi consejo y que luego, cuando volvamos a vernos, os encuentre ya hecho oficial del Imperio.

Dicho esto, Ma el Segundo escogió de entre sus propios libros unos pocos provechosos al estudio de la composición, que envolvió con las ropas que había dado al joven, diciéndole:

—Todos éstos son buenos libros; llevadlos para leer.

Dolíale separarse al joven, pero era mucho el deseo de ver a su padre y al cabo se despidió, los ojos rasados en lágrimas. Ma el Segundo lo tomó de la mano y con él fue a recoger sus cosas al monte del Espíritu Tutelar, en el que moraba, de donde lo acompañó al muelle, pasada la puerta de la Ola Clara, volviendo a casa después de verlo embarcado.

Atravesando el Qiantang, Kuang Chaoren quedó a la espera de barca para Wenzhou, y. como viera una que pasaba, gritó:

—¿Eh, podrán llevarme?

—Ésta es la barca del señor Zheng, que viaja por comisión del gobernador, y no llevamos pasajeros —respondió el barquero.

Con que Kuang Chaoren se echó el bagaje al hombro; y estaba por darse vuelta, cuando uno de barbas blancas asomó por la ventanilla de la cámara y dijo:

—Uno sí podemos llevar, barquero, que ya te daré para vino y comida.

---

[257] *Xiao jing*. Escrito posiblemente entre 350-200 aC, recoge los diálogos de Confucio y su discípulo Zengzi, famoso por su piedad filial. En él, maestro y discípulo defienden la piedad filial en tanto que principio para el buen orden del mundo.

[258] Frases tomadas del poema «Persuasión al estudio» («Quanxue shi»), de Zhao Heng (Zhenzong, tercer emperador de la dinastía Song del Norte, r. 998-1022), inspirado a su vez en el capítulo homónimo de *Xunzi*. El poema dice, en su traducción literal en prosa: «No compre el rico buenas tierras: en los libros tiene mil toneladas de mijo / No erijas para vivir grandes mansiones: en los libros tienes casas de oro / No te aflijas por salir sin carruaje: en los libros tienes manadas de caballos / No te aflijas por no encontrar casamentera: en los libros tienes mujeres de rostro como el jade / Al que quiera cumplir su anhelo de toda la vida, lo persuado a leer los *Seis Clásicos* junto a la ventana».

[259] *Yang zhi*: atención al deseo o voluntad de los padres proporcionándoles alegría no sólo de cuerpo, sino de espíritu. La expresión aparece en *Mencio* («Li Lou», I): «Cuando Zengzi cuidaba de [su padre] Zeng Xi, siempre le servía vino y carne, siempre le preguntaba a quién daba las sobras al retirar la comida y siempre le contestaba con un ‹sí› en caso de que le preguntase si quedaban sobras. El padre murió, y Zengzi fue a su vez atendido por su hijo Zeng Yuan. Y Zeng Yuan también le servía siempre vino y carne; mas al retirar la comida no le preguntaba a quién daba las sobras, y siempre le contestaba con un ‹no› en caso de que le preguntase si quedaban. Pensaba servirse de ellas para las próximas comidas. A esto se le llama ‹cuidar de la boca y el cuerpo› (*yang kouti*), mientras que a lo que Zengzi hacía se le llama ‹cuidar del espíritu›» (*yang zhi*).

—Pues y el señor así lo quiere, puedes subir —dijo el barquero, aportando la barca y echándole una mano.

Kuang Chaoren puso su bagaje a bordo y se inclinó ante el señor, quien le presentó a los dos sentados en la cámara a sus costados, que eran su hijo y un pasajero de otra prefectura. El señor Zheng, que así llamaban al bienhechor, devolvió el saludo y le ofreció asiento.

No era bobo Kuang Chaoren, y desde el primer instante hizo lo que pudo por comedirse con el benefactor, tratándolo siempre de «señor tío», con que se ganó su favor y el privilegio de compartir su mesa. Un día, después del almuerzo, comentaba el buen señor:

—La naturaleza humana anda hoy tan dañada, que ya ni los letrados practican la piedad filial. Ahí en Wenzhou hay tres hermanos Zhang, todos licenciados, que están a la rebatiña en casa todo el día porque los dos mayores dicen que el padre ha dejado las más de sus propiedades al pequeño; el padre se hartó y les puso pleito, pero los dos mayores cohecharon a los oficiales del distrito y la prefectura y la denuncia fue desestimada. Suerte que en la escuela de la prefectura hay un preceptor de edad que es hombre justo y ha dado parte al gobernador, quien me manda a Wenzhou para prender a los culpables.

—¿Y los oficiales del distrito y la prefectura? —apuntó el viajero—. ¿No serán para ellos los suplicios, presos los hermanos y la verdad descubierta?

—Todos tendrán su merecido cuando salga a la luz la verdad.

Kuang Chaoren suspiró y se dijo: «Así pues, los ricos no sienten piedad por los padres, y los pobres como yo, que queremos ser buenos hijos, no tenemos cómo. ¡Qué injusticia!»

Dos días después llegaron a su destino. Kuang Chaoren dio las gracias al bienhechor, reiterándolas cuando éste no quiso aceptarle las costas de las comidas. Ya desembarcado, emprendió camino. Y viajando sin represa de día y descansando las noches, al cabo vio de lejos la aldea, y en ella su casa.

Y, debido a ello,

Por cultivar los principios morales[260]
Logra el aprecio de altas jerarquías;
Y por llegar a notable y famoso
Pierde la honra para toda la vida.

Mas para saber qué acaeció luego, habrás de leer el siguiente capítulo.

[260] *Dunlun*: los relativos a la justicia, el afecto, el orden, la obediencia y la fidelidad que deben primar en el trato entre el príncipe y el súbdito, los padres y los hijos, el hermano mayor y el menor, el marido y la mujer, y los compañeros y amigos (las cinco relaciones sociales o *renlun*).

CAPÍTULO XVI

EN LA ALDEA DEL SAUCE CUIDA DEL PADRE UN BUEN HIJO; EN EL DISTRITO DE YUEQING APADRINA INGENIOS UN CABAL MAGISTRADO

De lejos divisó la casa Kuang Chaoren, y alborozado corrió hacia ella y llamó a la puerta, tardando la madre en salir lo que en reconocer la voz. «¡Hijo mío, al fin de vuelta!», gritaba; y él: «Sí, madre», al tiempo que descargaba el bagaje, se componía el vestido y saludaba inclinándose con respeto. La madre, que tuvo gran alivio al verlo rebozado en la chaqueta guateada, entre unas cosas y otras le dijo:

—Va para un año que vivo atormentada, desde que marchaste con ese mercader. Una noche soñé que caías al agua, y desperté gritando; otra, que te quebrabas una pierna; otra, que te salía un bulto en la cara, y cuando me lo enseñabas y yo hacía por quitártelo, no podía; otra, que llegabas a casa llorando, y yo también lloraba, hasta despertar; otra, que llevabas bonete y eras oficial. Yo reía y decía: «¿Oficial, un mozo de pueblo?» Un hombre me decía: «Ese oficial no es tu hijo, y si bien es verdad que ahora tu hijo es oficial, jamás ha de volver a verte.» Yo lloraba y decía: «Si se mete oficial y no lo vuelvo a ver, más vale que siga como antes.» Y tan recio lloraba, que desperté, y desperté a tu padre, y me preguntó qué tenía, y cuando le conté el sueño, me dijo que estaba loca. Y esa noche le dio un aire que lo dejó perlático de medio cuerpo. Ahí está en el cuarto, durmiendo.

Mas no dormía el padre, pues ya había oído las voces fuera y cobraba nuevos bríos con la llegada del hijo. El joven Kuang entró en el cuarto diciendo: «Padre, su hijo ya ha vuelto», y se arrodilló ante el lecho, con que el padre le hizo sentar al borde y lo puso al tanto de las desventuras familiares:

—Apenas irte, tu tío, el tercero de los hermanos, se encaprichó con la casa, y yo pensé en vendérsela para arrendar otra y con las sobras poner tienda cuando estuvieses de vuelta. La gente me decía: «Pídele más, que tu casa está al costado de la suya», y tal hice; pero a él, tan rico como es, le dio por regatear, y antes que mejorar mi postura, me ofreció menos que el precio del mercado. Claro, sabía que ni arroz teníamos en casa, y bajó el precio. Yo me enojé y dije que no vendía, y él me lo pagó encizañando al dueño de antes para que comprase la casa al precio de origen. El anterior dueño, como tú bien sabes, es tío mío, y se aferró del derecho de precedencia que le da la edad para decirme que su hacienda familiar no tendría que haber sido vendida. Yo le dije: «Con todo, habrías de pagarme las composturas que he hecho todos estos años»; pero él hacía orejas de mercader y porfiaba en comprar al precio de origen. Un día regañamos en el templo de los antepasados, y hasta llegó a ponerme la mano encima. Y todos los parientes ricos que estaban presentes le dieron razón, pues él ya había hablado con ellos antes, y me echaron en cara mis pocos sentimientos familiares, al decir de ellos. Pues tu hermano mayor no movió una mano, que soltó apenas unas naderías y quedó tan ancho, y tanto coraje me dio, que llegar a casa y caer enfermo fue todo uno. Y ahí no acabó la cosa, pues tu hermano mayor se dejó persuadir a la postre y firmó cédula por el precio de origen, recibiendo los dineros en unas pocas partidas, que se fueron tal como vinieron. En suma, que viendo tan mal las cosas, tu hermano habló con su mujer, y desde ese día no comen en casa. Y como yo no tenía qué darle, asentó por su cuenta y hube de dejarlo hacer; allá va todas las mañanas con sus baratijas a alguno de los mercados de los alrededores, pero lo que saca no le da ni para comer. Y yo en cama,

cada día peor, y tu tío queriendo echarnos, dizque para remozar estos cuartos, sin que se le dé que yo me muera, que cada pocos días vuelve a la carga y tenemos que sufrir sus insultos. Tampoco sabíamos qué era de ti, y tu madre echaba a llorar de que le venías a las mientes.

—Serénese, padre, que ha de reposar para curarse —dijo Kuang Chaoren—. En Hangzhou tuve la dicha de conocer a un señor que me dio diez onzas de plata y mañana mismo empiezo con un pequeño negocio que nos de para arroz y leña con que vivir.

En eso lo llamó la madre para almorzar, y él la siguió a la cocina, donde saludó con una reverencia a la cuñada, que le ofreció té. Ya comido, corrió al mercado y gastó parte de los viáticos en unas manos de puerco para la cena del padre. Apenas tornado en casa vio llegar al hermano mayor con sus mercaderías y lo saludó arrodillándose; pero el primogénito lo ayudó a alzar y le ofreció asiento en la sala, donde le dijo, el gesto ceñudo:

—Padre está mal de la cabeza, y no atiende a razones. Quieren echarnos, pero no da su brazo a torcer y todos descargan sus iras sobre mí. Tú eres su preferido: mira a ver si le puedes hablar.

Dicho esto, entró las mercaderías en su cuarto, y Kuang Chaoren llevó el puerco ya cocinado con un poco de arroz al padre, ayudándolo a sentarse en el lecho. La vuelta del hijo había recrecido al hombre, y como además esa noche tenían carne, comió con gana. Al cabo, Kuang Chaoren limpió los escamochos y puso la mesa ante el lecho del padre, sentándose a comer con la madre y el hermano, con gran regocijo del viejo. Hasta poco más de anunciada la otra vigilia estuvo sentado con él, arropándolo luego bien para dormir, con que armó su catre a los pies del lecho para pasar la noche.

Al otro día se levantó temprano y fue a la plaza, donde compró un celemín de alubias de soja y unos pocos puercos, que encerró en la pocilga, todos menos uno que mató, limpió, tajó y ferió a buen precio, haciendo lo propio con unos trozos de queso de soja que tuvo a bien adobar. Con ello puso los ingresos bajo el lecho del padre, a cuyo lado se sentó, hablándole, para levantarle el espíritu, de las vistas del Lago del Oeste y las gollerías que en sus orillas se vendían, sin dejar de salpicar el relato de chanzas oídas en los más variados lugares, con que el padre acabó riéndose. Al rato dijo éste:

—Quiero hacer; dile a tu madre que venga.

Y la madre llegó al punto; mas iba a calzar el tapete, cuando Kuang Chaoren la detuvo y dijo:

—A padre le debe ser molesto el tapete bajo el cobertor cada vez que quiere aliviar, y a madre le dará fatiga lavarlo todos los días, y no le hace bien respirar los malos olores.

—Más vale que me levante, que no hay remedio —dijo el padre.

—No se levante, padre, que tengo una ocurrencia —dijo Kuang Chaoren.

Y, yendo a la cocina, cogió un lebrillo, que llenó de tierra y emparejó con la cabecera del lecho; con ello trajo una banqueta, que puso al lado, y, reclinándose, ladeó al padre para que quedase atravesado y le acomodó las piernas sobre la banqueta, de modo que las asentaderas cayesen a la altura del lebrillo; luego se arrodilló y cargó sobre sus hombros las piernas del padre, permitiéndole hacer de su persona con descanso, acostado, tras de lo cual volvió las piernas al lecho, enderezándolo, de modo que el hombre alivió sin estorbo y el olor no quedó en el cobertor. Hecho esto, sacó la banqueta, vació el lebrillo y volvió a sentarse al borde del lecho.

De noche lo ayudó a sentarse para la cena, lo arropó con el cobertor y fue a buscar un candil de hierro que había traído de Hangzhou, al que puso aceite, sentándose a leer composiciones al lado del lecho. Nunca había podido el padre dormir bien, pues cuando no expectoraba quería té, y Kuang Chaoren permanecía a su lado, leyendo hasta

la cuarta vigilia, para estar a mano cuando se terciase. Antes, el buen hombre ni hacer sus necesidades podía, que tenía que aguantar hasta el alba, pero ya había quien lo ayudase. El hijo no dormía más de una vigilia, pues se levantaba muy de mañana para matar un puerco o moler la soja.

Pasados cuatro o cinco días, el hermano mayor volvió temprano a casa con un cántaro de vino y un pollo, que dio a la mujer a cocinar por vía de bienvenida al menor, al que previno:

—No le digas a padre.

Mas, antes que darle oídos, Kuang Chaoren puso el pollo cocinado en un tazón y lo llevó a los padres, comiendo luego los hermanos lo que había sobrado. En ello estaban, cuando asomó el tío tercero, reclamando, como siempre, la casa. Kuang Chaoren dejó sobre la mesa el tazón de vino y, levantándose, se inclinó a modo de saludo. Díjole el tío:

—¿Así que de vuelta? Ya te veo la chaqueta acolchada y que por ahí has aprendido modales, a saludar como es debido.

—Desde que vine he estado tan atareado que no he pasado a saludar al señor tío. Tome asiento v. md., háganos merced, y acompáñenos con el vino.

Lo cual hizo el tío. Y, como apurados ya unos tazones, éste mencionara la cuestión de la casa, Kuang Chaoren le dijo:

—Sea paciente, señor tío, haga merced, que ni mi hermano ni un servidor queremos quedarnos en la casa, pues aunque no nos alcance para arrendar otra, al menos tenemos para un par de cuartos, donde nos mudaremos, dejándole a v. md. libre su propiedad. El asunto es que padre está enfermo, y ya sabe v. md. que a los enfermos no conviene mudarlos de sitio; mas ahora lo ven unos pocos médicos, y así lo sanen, nos iremos. Y si la enfermedad requiere de largo tratamiento, también habremos de buscar alojamiento y mudarnos; pues de seguir viviendo en éste, v. md. habrá de tomarse el trabajo de venir a apremiarnos, y poco será el contento de mis padres en morar en la casa.

El razonamiento, tan sincero cuan cortés, dejó confundido al tío, quien respondió:

—Somos de la misma familia, y no quiero aguijaros. El caso es que hay que hacer todas las composturas de una vez, de ahí mi apremio; pero si las cosas son cual dices, podéis quedar a vivir un tiempo.

—Gracias, señor tío —dijo Kuang Chaoren—. Prometo a v. md. que no habremos menester de mucho tiempo.

El tío se levantó para marchar.

—¿No quiere el tío otro tazón de vino? —le preguntó el hermano mayor; pero el visitante rehusó el ofrecimiento y partió.

La venta de carne de puerco y queso de soja iba bien. Para el mediodía ya había vendido Kuang Chaoren toda su mercancía, marchando al cabo a casa con las ganancias para hacer compañía al padre. Cuando la venta había sido buena, compraba para el padre enfermo pollo, pato o pescado, pues el hombre tenía flema y no le hacía bien abusar del puerco, y tampoco faltaban unos buenos riñones, mondongos y conditos cordiales, de modo que la enfermedad fue mejorando poco a poco, tantas eran las atenciones. Sintiéndose mejor, el padre habló de mudar de casa, pero Kuang Chaoren le dijo:

—Apenas empieza la mejora, padre; aguarde a tener fuerzas para caminar con mi ayuda, que entonces hablaremos de mudanzas.

Cada vez que el tío tercero despachaba un propio para pedirles la casa, el hijo siempre se las ingeniaba para conseguir aplazamiento. Era tanta su voluntad, que ni un

respiro al día se tomaba, desde que de mañana marchaba a la plaza hasta bien entrada la tarde, en que volvía para cuidar del padre y estudiar. Ninguno trabajaba tanto como él. Y si raro era que pudiese hacer hueco en la jornada, los pocos que tenía los aprovechaba para jugar al ajedrez[261] con los vecinos.

Un buen día, después del almuerzo, ya comido el padre y sin nada en qué ocuparse, Kuang Chaoren marchó a la era con un pariente lejano vaquero, volteando, al llegar, un cesto que les hiciese de mesa, a cuyo alrededor se acomodaron para echar una partida de ajedrez. Llevaban poco jugando, cuando un anciano de blancas barbas se allegó a ellos y, las manos a la espalda, se apostó a mirar el juego.

—Vaya —exclamó al rato—, esta partida la has perdido.

Kuang Chaoren alzó la mira y, viendo que era el tío Pan, el cabeza de aldea, se levantó de su sitio, pronunció su nombre y le hizo una reverencia.

—Estaba yo preguntándome quién serías tú —dijo el anciano—, y ahora ya recuerdo, pues eres el hijo segundo del viejo Kuang, el que marchó de casa ha un par de años. ¿Cuándo has vuelto? ¿Está mejor tu padre?

—Hace medio año que he vuelto, y si antes no he ido a saludar al tío ha sido por ahorrarle molestias. Mi padre sigue en cama, pero está mejor; agradezco el interés. Venga el señor tío a casa a tomar una taza de té, si le place.

—No, que es mucha inconveniencia —dijo el tío Pan.

Y, acercándose a Kuang Chaoren, le quitó el gorro, le tomó la mano y escudriñó la palma con gran cuidado, diciendo al cabo:

—No es por halago, pero por lo poco plático que soy en las artes de la *Fisionomía espiritual del Vestido de Cáñamo*[262] veo que tienes líneas nobles, que la buena fortuna te habrá de llegar a los veintisiete o veintiocho años, y que tendrás mujer e hijos, riquezas y honores. El entrecejo[263] amarillea, anunciando el pronto cruce con alto oficial. Y también tendrás una sorpresa —añadió, doblándole el lóbulo de la oreja—; mas pierde cuidado, que no te acarreará mal alguno. Habrás de medrar de año en año.

—Sabed, señor tío, que un servidor vive de su humilde negocio y bien se diera por contento con no perder su escaso caudal, que con las pocas sapecas que saco al día sustento a mis padres, y por ello doy gracias al cielo, a la tierra y al gran Buda. ¿Por qué iba a desear ser rico y noble?

—Poco te queda de mercader —le dijo el anciano antes de partir.

Pasaban los días. El tío tercero seguía hostigando a la familia, y tanta llegó a ser su instancia, que Kuang Chaoren no pudo retardar la respuesta y se vio forzado a sacar la cara, desatando las iras del tío, quien por vía de amenaza dijo: «Echo la casa abajo si no os mudáis en tres días.» Con que Kuang Chaoren quedó aún más atormentado, aunque cuidó bien de no decirle al padre.

Llegada la noche del tercer día, ya que hubo acomodado al padre para dormir y prendido el candil para estudiar, oyó fuera gran estrépito y creyó que el tío habría mandado sus secuaces a tirar la casa, según había amenazado; pero al punto sintió gritos a centenares, y advirtiendo que el papel de la ventana estaba iluminado de un resplandor rojizo, harto inquieto corrió a la puerta, de donde vio la aldea en llamas, las mujeres huyendo de sus casas.

—¡Calamidad! —gritó—. ¡Pronto!

---

[261] *Xiangqi*, lit. «ajedrez de los elefantes»: ajedrez tradicional chino cuyas fichas representan a elefantes, caballos, generales, oficiales, soldados, carros y cañones.

[262] Mayi *shenxiang*, famoso tratado de fisionomía de Mayi Daozhe, «el taoísta Vestido de Cáñamo», del que sólo se sabe que debió de vivir en torno al s. X.

[263] *Yintang*, lit. «la sala del sello»: el entrecejo, según la fisonomía.

El hermano mayor se levantó más dormido que despierto y solamente paró mientes en la salvación de su pértiga y las mercaderías, los dulces de sésamo, el queso de soja, las figurillas de arcilla, las flautas y címbalos para niños, los alfileres de pelo. Quiso arramblar con todo, pero apenas alcanzó a juntar la mitad, pues la otra se le cayó, con que se fue por pies, dejando el suelo sembrado de menuzos de dulces y figurillas. Las llamas se alzaban ya un estadal y en el patio caían más y más bolas de fuego. A la cuñada de Kuang Chaoren, que había hecho un ovillo con la ropa de cama, las vestiduras y los zapatos, el susto la empujaba adentro, en vez de hacerla huir de la casa, y a la madre la agarrotaba el miedo y no alcanzaba a dar un paso. El resplandor del incendio se desparramaba por los campos, y los gritos y lloros atronaban el universo. Movido de un solo pensamiento, Kuang Chaoren asió de un cobertor y sacó al padre del lecho, cargándolo a hombros hasta el llano que se abría ante la casa, lo que repitió con la madre, con que abrió camino a la cuñada, cosa que fue harto trabajosa, pues las llamas llegaban ya a la puerta. Con todo, al cabo pudo decir: «Todo ha ido bien, y padre y madre están a salvo.»

Al padre le dijo que se tumbara, y lo cubrió con el cobertor, y a la madre y a la cuñada las dejó sentadas a su costado, partiendo él en busca del hermano, al que no halló, según la celeridad con que había huido. Las llamas crepitaban[264] y centelleaban, y sus lenguas de fuego semejaban la danza frenética de un dragón dorado; y como los aldeanos no eran muy pláticos en sofocar incendios y el agua se encontraba lejos del lugar, el fuego se prolongó media noche, y para entonces el llano era remolino de humo y cenizas, y el aire abrasaba. Quemáronse las casas de la aldea y Kuang Chaoren cavilaba qué hacer, cuando su mira se posó en el monasterio budista que había al sur, sobre el camino principal; pues hacia él echaron a andar, él acarreando al padre, la cuñada ayudando a la madre. El monje salió a preguntar, pero no quería darles cobijo. Decía:

—Los aldeanos han quedado sin casa, y de venir todos a vivir a este monasterio, no habría lugar ni levantando otro par de alas; además, traéis un enfermo, y eso empeora las cosas.

Mas como en eso salía del monasterio un visitante, que resultó no ser otro que el tío Pan, el cabeza de aldea, Kuang Chaoren le hizo una reverencia y le dijo que eran víctimas de Huilu, el Dios del Fuego,[265] y se habían quedado sin casa, a lo que respondió el anciano: «¡La vuestra tampoco se ha librado, qué mala fortuna!»; y así supo que buscaban cobijo temporal y no eran admitidos en el monasterio, dijo al fraile:

—Has de saber, monje, que el viejo Kuang es de los más honrados de nuestra aldea, y que su hijo lleva la fortuna escrita en la mano. Tanto pregonar que vuestra mayor dicha es hacer bien al prójimo, ¿y no les vas a dar albergue un par de días? Pararán aquí el tiempo necesario, que yo te lo sabré pagar en incienso.

El monje aflojó al oír al anciano y les dio un cuarto, en el que Kuang Chaoren acomodó al padre. El cabeza de aldea se allegó al cabo a preguntar por la salud del viejo Kuang, lo que éste agradeció; el monje hizo té y el tío Pan se retiró una vez apurada su taza, enviándoles al rato un mandadero con arroz y comida. El hermano mayor no apareció hasta la tarde, y apareció rezongando porque el menor no lo había ayudado a salvar sus mercancías.

Advirtiendo Kuang Chaoren que no podrían alojarse allí por mucho tiempo, persuadió al cabeza de aldea para que les alquilase cuarto y medio cerca del monasterio, sobre el camino principal, donde se mudaron. Fue gran dicha no estar acostado cuando

---

[264] *Bi-bi-pu-pu*, onomatopeya del chisporroteo del fuego.

[265] Huilu aparece en *Zuo zhuan* («Zhao gong», año XVIII) con la anotación «espíritu o dios del fuego» (*huoshen*), y a partir de entonces pasó a ser sinónimo de «incendio».

comenzó el incendio, pues merced a ello salvó sus ahorros y pudo seguir ganando el sustento con la matanza y el queso de soja, dejando las noches para leer disertaciones a la luz del candil, como antes.

La calamidad había empeorado al padre, pero los mayores cuidados no estorbaron al hijo su estudio. Un día, entrada la segunda vigilia, recitaba ensimismado una composición, cuando oyó fuera tañer de címbalos, y como al mirar por la ventana viera un palanquín cercado de antorchas y seguido de hombres a caballo, pensó entre sí que debía de ser el magistrado del distrito, y siguió declamando en voz alta mientras pasaba el cortejo.

El magistrado, que iba camino de hacer noche en la hospedería de la aldea, quedó maravillado, y seguía estándolo al bajar del palanquín, ya en sus dependencias. Decíase: «Es cosa nunca vista hallar en un aldeorrio como éste un hombre que pasa estudiando las noches. ¿Será licenciado, o bachiller? Más vale preguntar al cabeza de aldea.»

Y, mandando llamar al tío Pan, le preguntó:

—¿Quién es ese hombre que estudia las noches en una casa cercana al monasterio, al sur de la aldea?

Poco hubo de cavilar el cabeza de aldea para saber que la casa era donde habitaban los Kuang, y respondió:

—Ahí vive una familia cuya casa se quemó y hubo de buscar cobijo donde mejor pudo. El estudioso es el menor de los hijos, que dicen Kuang Chaoren, quien con no ser licenciado, ni bachiller siquiera, sino humilde mercader, pasa las noches declamando hasta la tercera o cuarta vigilia.

—Tened mi esquela y dádsela mañana al señor Kuang —dijo el magistrado, muy maravillado—, y decidle que no puedo recibirlo en esta ocasión y que se presente a los exámenes distritales, que están al caer, que haré cuanto pueda por él si sabe del arte de la composición.

A la mañana siguiente, el cabeza de aldea escoltó al magistrado un trecho fuera de la aldea; y fue despedirlo y correr a la casa de los de Kuang, en la que entró gritando:

—¡Mis parabienes!

—¿Qué tenéis? —preguntó Kuang Chaoren.

A modo de respuesta, el cabeza de aldea le pasó la esquela, que sacó de debajo del gorro. Decía: «Vuestro decano Li Benying os saluda.» Bueno fue el susto de Kuang Chaoren al ver que era del magistrado.

—Tío, ¿a quién saluda? —preguntó.

—Al pasar el magistrado por delante de tu casa, te oyó recitando, y me preguntó por ti, y cuando le dije lo pobre y buen hijo que eras, me dio esta esquela y me encomendó te dijese que los exámenes distritales están cerca y has de presentarte. ¡A fe que te recomienda! ¿No te dije yo que llevas la buena fortuna en la cara, y que un oficial habría de cruzarse en tu vida?

No pudo ocultar su alborozo Kuang Chaoren, y lo propio le pasó al padre al saber de lo ocurrido; por contra, el hermano mayor no creyó una palabra cuando, al volver de noche, el menor le mostró la esquela.

A los pocos días, fijado en la capital del distrito el anuncio de la convocatoria, Kuang Chaoren compró papel de ley; y en su sazón se presentó a la primera prueba, saliendo en las listas parciales de aprobados.[266] Y poco fue lo que tardó en comprar más

[266] *Tuan'an*, en la «lista redonda» donde aparecían, ordenados en forma circular, los nombres de los aprobados en el primero de los exámenes de distrito. Los aprobados definitivamente después de completar las pruebas figuraban en la «lista larga» (*chang'an*).

papel para presentarse a las restantes. Llegada la fecha, el magistrado ocupó su sitio en el tribunal, y llamándolo el primero, le dijo:

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós ha cumplido este estudiante, señor.

—Escribes bien, y si te esmeras más en las pruebas, habré de tenerte en cuenta.

Kuang Chaoren agradeció el consejo con una venia, y cogiendo su pliego marchó a hacer el examen. E hizo las dos pruebas de rigor, y salió el primero de la lista final. Apenas tuvo noticia de ello, fue a dar gracias al magistrado, quien lo hizo pasar a la residencia y le preguntó por su familia, dándole dos onzas de plata al tiempo que le decía:

—Acepta esta ínfima parte de mis emolumentos para el cuidado de tus padres. Habrás de esforzarte más cuando estés de vuelta en casa. Ven a verme antes de los exámenes prefecturales y escolares, que te ayudaré con los viáticos.

El joven Kuang dio las gracias y marchó. Y, ya en casa, entregó los dineros al padre y contó lo que el magistrado había dicho; y el anciano agradeció de todo corazón y, la plata en la mano, acostado como estaba, hizo una reverencia al cielo, lo que acabó de persuadir al hermano mayor de que el menor había aprobado. Los aldeanos, muy admirados de saberlo el primero de la lista, fueron juntos a darle parabienes cargados de presentes, y Kuang Chaoren, por consejo del padre, les ofreció un convite en el vecino monasterio.

En ello se pasó lo más frío del invierno. Con el año nuevo reanudaron su quehacer los oficiales,[267] y con la vuelta de la vida oficial llegó a Wenzhou, para regir los exámenes prefecturales, el presidente de examen imperial, sazón que aprovechó Kuang Chaoren para partir a la capital, despidiéndose antes del magistrado, quien le dio otras dos onzas de plata para el viaje. Kuang Chaoren aprobó el primer examen prefectural y apenas tardó en presentarse al colegial, el siguiente. Aún no habían salido las listas, cuando el magistrado fue a visitar al presidente de examen, y de hinojos le dijo:

—El bachiller Kuang Chaoren, primero de la lista en los exámenes distritales que presidió este vuestro humilde discípulo, es letrado pobre e hijo piadoso.

—En hombre de letras, el carácter moral importa más que el talento literario —dijo el presidente de examen luego de oír por boca del magistrado el recuento de méritos filiales—, pues nunca podrá el virtuoso hacer una composición mala. He leído el examen de Kuang Chaoren, y si bien su exposición adolece de falta de claridad en algún punto, no es menos cierto que en ella hay encerrado gran talento. Volved cuando gustéis, caro magistrado, que siempre me tendréis a vuestra disposición.

Y, a causa de ello,

Se une en alianza de matrimonio
Y descuida sus deberes filiales;
Aprueba apenas el primer examen
Y sueña ya en mayores dignidades.[268]

Mas para saber si de ésta Kuang Chaoren acabó o no licenciado, habrás de leer el capítulo que se sigue.

---

[267] *Kai yin*, «abrieron el sello»: volvieron a sacarlo, con una pequeña ceremonia, de donde estuvo guardado entre la víspera del año nuevo lunar y el tercer día del año, período preceptivo de vacaciones para los funcionarios.

[268] *Liang bang*, sueña ya en las «dos listas», la de aprobados en los exámenes provinciales y metropolitanos, respectivamente.

CAPÍTULO XVII

EL LICENCIADO KUANG VISITA SU VIEJA ALDEA; EL DOCTOR ZHAO ES ENSALZADO EN CENÁCULOS DE POETAS

Partir Kuang Chaoren a la prefectura para presentarse a examen y volver a hacerse su padre en la cama fue todo uno. Tanto añoraba al hijo, que los primeros veinte días de ausencia le semejaron dos años y no hacía otra cosa que aguardar su vuelta, los ojos rasados en lágrimas. Un día dijo a la mujer:

—Va para largo que el Segundo ha marchado, y aún no sabemos de su suerte, y si me voy de este mundo cuando menos lo piense, no podré verlo en mi lecho de muerte.

Y el anciano lloraba, y la mujer lo consolaba, cuando sintieron golpes y gritos fuera de la casa, y de súbito irrumpió en ella un sujeto de fiera catadura acusando al hijo mayor de quitarle su puesto en el mercado. No quería el mayor admitir su culpa, antes respondía airado, y el otro acabó asiendo de su pértiga y desparramando por el suelo las mercancías y desbaratando los cestos a patadas, con que el de Kuang amenazó con llevarlo a la justicia, diciendo:

—Pues el magistrado es amigo de mi hermano. ¿Que te tengo miedo? ¡Vamos a la audiencia, y verás!

El padre oyó estas palabras, y, mandándole entrar, dijo:

—¡Y no habrás de reportarte, siendo ésta casa respetable que nunca ha conocido querellas! Además, la culpa es tuya, por quitarle el puesto. Más te vale mandar quien se disculpe por ti, en vez de desquiciarme con tus alborotos.

Mas, antes que prestar oídos, el hijo salió muy furibundo y siguió despotricando, y los vecinos no lograban meterlo en razón; hasta que llegó el señor Pan, el cabeza de aldea, quien al cabo logró calmarlo.

—Coge tus cosas, Kuang, y llévalas dentro —le dijo.

Lo cual hizo el hermano mayor sin dejar de darse al diablo. En eso estaban, cuando asomaron dos con una cédula encarnada en la mano y preguntaron:

—¿Es ésta la morada del señor Kuang?

Advirtiendo el cabeza de aldea que eran mensajeros de la escuela del distrito, exclamó:

—¡Qué dicha, pues a fe que tu hermano ha aprobado! Lleva sin tardanza a estos dos señores a presencia de tu padre.

Y en tanto el tío Pan persuadía al otro mercader de marchar, el hermano mayor terminó de recoger sus cosas, y echándose la pértiga al hombro, condujo a los mensajeros al fondo de la casa. Los dos hombres felicitaron al señor Kuang en su lecho y fijaron la notificación, que decía:

> *Al Señor Kuang Jiong, de esta honorable casa, se le comunica la buena nueva de que ha sido admitido como Licenciado*[269] *con el primer puesto del Distrito de Yueqing por el Excmo. Comisionado Provincial de Educación. ¡Que pase también los más altos exámenes! Es noticia oficial de esta Escuela.*

[269] *Rupan*, ha «ingresado en el estanque», esto es, ha obtenido el grado de licenciado. Las escuelas o colegios para licenciados solían estar a la orilla de un estanque o contar con uno en su interior.

Henchido de gozo, el anciano dispuso convidar a los mensajeros, y la mujer al punto los regaló con té, un par de fuentes de dulces, queso de soja de la alforja del hermano mayor y una docena de huevos cocidos; y como el cabeza de aldea viniese también con otra docena de huevos a dar los parabienes, metieron todos en la olla a cocer y lo convidaron a compartir la mesa. Concluido el convite, quisieron dar a los mensajeros doscientas sapecas por albricias, pero éstos no venían en aceptar, por parecerles poco.

—Sepan v. mds. que soy pobre, y que mi casa se ha quemado —les dijo el viejo Kuang—. Ya harto reconocido estoy a v. mds. por venir con la buena nueva del aprobado de mi hijo, y esta poquedad que acá les doy no es más que para unos cuencos de té que se tomen a mi provecho.

Y de la misma guisa les razonó el tío Pan; pero los mensajeros solamente se avinieron a partir después de embolsar otras cien sapecas.

Pasados cuatro o cinco días, Kuang Chaoren se despidió del presidente de examen y tornó a la aldea, donde presentó respetos a los padres tocado ya con bonete de letrado y túnica. El hermano mayor lo recibió con más calor que cuando no era licenciado, y a la cuñada no la vio, pues seguía viviendo con sus padres, a cuya casa se había mudado después del incendio. El cabeza de aldea hizo colecta, y con las veinte sartas largas de sapecas que juntó le dio un banquete de parabienes en el monasterio, magno convite de dos días enteros para el que se sacrificaron un par de puercos y muchas gallinas y patos. Tampoco el monje se olvidó de felicitar.

Luego de platicar con el padre, Kuang Chaoren anunció que dejaba la venta del queso de soja, dándole al hermano la resta de sus dineros para que arrendase dos cuartos más y abriese una tienda. Con ello, y el pronto retorno de la cuñada, la familia estuvo otra vez unida y pudo empezar a vivir de lo que daba el negocio.

Unos días más tarde, Kuang Chaoren marchó a la capital del distrito para agradecer al magistrado, y éste lo convidó a almorzar y lo trató como a igual, ofreciéndole además su patrocinio. Vuelto a casa, aparecieron otra vez los mensajeros de la escuela del distrito, y Kuang Chaoren avisó al tío Pan para que estuviese presente.

—El tutor de la escuela quiere que el señor Kuang vaya a visitarlo y le lleve unos presentes —dijeron los mensajeros.

—Yo no reconozco más que a mi padrino —contestó, enfoscado, Kuang Chaoren—. ¿Por qué he de visitarlo y, por añadidura, con regalos?

—No hables así —dijo el tío Pan—. Que bueno está que el magistrado de nuestro distrito sea padrino tuyo; pero el tutor es nombrado por la Corte para gobernar a los licenciados del lugar y siempre habrás de conducirte como discípulo suyo, aunque llegues a letrado supremo. Has de visitarlo, y pierde cuidado, que eres pobre y no va a esperar mucho de ti. Da ahora a los mensajeros dos décimos de onza a cada uno, y cumplirás con ellos.

Puesta la fecha para la visita, los mensajeros partieron. Y, el día señalado, Kuang Chaoren cargó los presentes y marchó a visitar al tutor, ofreciendo, a la vuelta, sacrificios en las tumbas de sus antepasados, por mandamiento del padre.

Desde ese día, empero, el viejo Kuang dio en empeorar; ya nada aprovechaban los remedios que tomaba, y cada vez tenía menos hambre. El hijo menor rezó por él y consultó los oráculos, y como la respuesta fuera siempre aciaga, le dijo al hermano que aprestase los funerales con el primer caudal, para no estorbar la marcha del negocio, con que compraron la caja y dispusieron sus ropas para cuando llegase el momento. El padre, en tanto, se tenía entre la vida y la muerte, perdiendo un día el sentido para mejorar al otro; mas como al cabo advirtiera que su fin estaba cerca, llamó a su lado a los hijos y les dijo:

—De ésta no salgo, que pronto estaré en la tumba. Mi vida ha sido en vano, pues no os dejo un trozo de tierra, que hasta la casa he perdido. Chaoren, has tenido fortuna de aprobar los exámenes, y puedes llegar más lejos; recuerda siempre que la fama y la fortuna son cosas externas, que lo que en verdad importa es la bondad de corazón, pues has sido buen hijo y leal hermano en tiempos difíciles, y me disgustaría que, yéndote bien las cosas, te tuvieses por principal y poderoso. Cuando muera y hayáis acabado el luto, quiero que busques mujer sin tardanza; pero escógela de casa pobre, no busques provecho casando con una que sea rica y noble. En lo que hace a tu hermano, por poco bueno que sea has de tratarlo con el mismo respeto con que tratarías a tu padre.

Oyeron los hermanos sus palabras con los ojos humedecidos, y el anciano no tardó en morir. Toda la familia lo lloró. Los lamentos de Kuang Chaoren conmovieron cielo y tierra mientras duraron los aprestos para el funeral.

El cadáver solamente fue velado siete días, por lo angosto del lugar, y cuando al cabo fue sepultado en su caja en el cementerio familiar, la aldea en pleno acudió al entierro. Concluso éste, los hermanos agradecieron a los que habían dado el pésame, con que el mayor siguió atendiendo la tienda y el menor consagró su tiempo a cumplir con la ofrenda semanal ante la tumba del padre.

Una noche, apenas vuelto del cementerio, el cabeza de aldea apareció por casa y dijo al menor:

—El magistrado está con el dogal al cuello, pues el subprefecto[270] de Wenzhou ha recibido mandamiento de incautarle el sello.[271] Es padrino tuyo, y habrías de ir a la capital para verlo.

Al otro día, Kuang Chaoren se quitó la ropa de luto y partió para ver al padrino. Ya cerca de la capital, tuvo noticia que sus naturales no estaban dispuestos a dejar marchar al magistrado; que habían clausurado el mercado y, entre clamor de címbalos, rodeaban al subprefecto de Wenzhou y porfiaban en recuperar a viva fuerza el sello confiscado; que las puertas de la ciudad estaban cerradas, y que en el lugar reinaba gran confusión. Al no poder entrar en la ciudad, Kuang Chaoren tornó a casa y quedó a la espera de nuevas, sabiendo, tres días más tarde, que de la capital provincial habían llegado a la distrital oficiales para pacificar a las gentes y apresar a los alborotadores. Pasados tres o cuatro días, el tío Pan volvió a toparlo cuando tornaba del cementerio y le dijo:

—Las cosas andan mal, puede haber contratiempos.

—¿Qué pasa?

—Adentro te lo digo —contestó el tío Pan; y, ya que hubieron entrado y tomado asiento, prosiguió—: Ayer llegó a la capital del distrito un comisario para pacificar a las gentes, y lo logró arrestando a unos pocos, pues traía mandamiento de averiguar quiénes encabezaban los desórdenes. Pero aquí viene lo malo, y es que dos alguaciles de la audiencia te han acusado a ti diciendo que, a juzgar por lo bien que congenias con el magistrado, habrás de ser uno de los alborotadores. Es embuste, pero las autoridades harán sus pesquisas y quién sabe qué determinarán, que si creen fundado el cargo mandarán que te arresten, por poco que sea su convencimiento. Yo en tu lugar, al presente me refugiaría en otra provincia. Si nada ocurre, mejor que mejor; si no, veré qué puedo hacer.

—Mala fortuna la mía —dijo Kuang Chaoren, reponiéndose de su breve desconcierto—. Agradezco el aviso; pero, ¿dónde puedo ir?

—Discurre; ¿qué lugar conoces mejor?

---

[270] *Er taiye*, «segundo señor principal», subprefecto.

[271] *Zhai yin*: expulsar del cargo y «requisar el sello» oficial, castigo impuesto a los funcionarios acusados de algún delito.

—El solo que conozco es Hangzhou, pero allá no tengo amigos.

—Si vas a Hangzhou, cuenta con una carta de presentación para un primo que tengo allí, primo tercero, que dicen Pan el Tercero, empleado en la Oficina de Administración Provincial y con casa del lado del monte, frente por frente de la audiencia. Ve a visitarlo, que te tratará bien, pues es hombre generoso. Con él estarás bien atendido.

—En tal caso, hacedme la carta, que esta noche me pongo en camino.

Y en tanto el tío Pan escribía la carta, Kuang Chaoren fue a platicar con el hermano y la cuñada, poniéndolos al cuidado de cuanto había en la casa. Al cabo se despidió llorando de la madre, y haciendo un atado con sus cosas, guardó la carta y partió con el cabeza de aldea, quien lo acompañó hasta el camino principal.

Costal al hombro, Kuang Chaoren caminó unos días hasta dar en Wenzhou. Mas como a la hora en que llegó ya no había barca, buscó hospedería, y al entrar en una echó de ver uno que, sentado a la luz de la lámpara, leía apaciblemente un libro, hombre amarillo, chupado de cara y escaso de barbas, corto de vista en apariencia y tan absorto en la lectura, que no reparó en el visitante, quien se acercó y lo saludó, levantándose el otro para devolver el saludo. El hombre vestía negra túnica de seda y sombrero de teja, y por todas las trazas parecía mercader. Una vez los dos sentados, Kuang Chaoren preguntó:

—¿Cuál es vuestro honorable nombre, y de dónde sois, señor huésped?

—Vuestro humilde servidor se llama Jing y tiene su fría morada a seis leguas de este lugar. Voy camino de la tienda que tengo en la capital provincial, y como a estas horas ya no hay barca, paso la noche aquí. ¿Y vos, señor? ¿Cuál es vuestro respetable nombre, y de dónde venís? —preguntó al cabo, adivinando por el bonete del otro que estaba en presencia de un licenciado.

—Vuestro menor se llama Kuang Chaoren, del distrito de Yueqing, y también tiene el próposito de ir a la capital; mas ahora no hay barca.

—Muy bien, pues; mañana viajaremos juntos.

No tardaron los dos en acostarse. A la mañana siguiente apalabraron una cámara y dispusieron los bagajes a bordo, y al cabo el señor Jing sacó un libro. Kuang Chaoren no quiso preguntar qué libro era, pero una mirada a las coloreadas notas del margen lo persuadió que era de poesía. En el almuerzo, el señor Jing siguió leyendo; al tomar el té, Kuang Chaoren le preguntó:

—Anoche me dijisteis que tenéis tienda en la capital de la provincia; ¿de qué es la tienda, si me permitís?

—De sombreros.

—¿Y cómo leéis estos libros, siendo tendero?

—¿Creéis acaso que solamente leen libros los licenciados que van por ahí a cuestas con su bonete? —rió el señor Jing—. Sabed que en Hangzhou hay muchos letrados famosos que desdeñan las composiciones de ocho partes y que mi nombre, Jing Lanjiang, aparece inscrito en todas las antologías poéticas publicadas de veinte años acá, y no hay oficial importante que visite Hangzhou y no venga a verme para componer versos en mi compañía.

Y al punto abrió una caja que tenía en la cámara y sacó una docena de pliegos, que alargó a Kuang Chaoren, diciéndole:

—Éstas son algunas de mis indignas creaciones, que someto a vuestro parecer.

Muy azorado por el desacierto recibió Kuang Chaoren los versos, y aunque no entendió una palabra, simuló leerlos todos, elogiándolos como mejor pudo.

—¿Con qué presidente de examen os recibisteis de licenciado —preguntó en esto Jing Lanjiang.

—Con el recién nombrado.

—Ese presidente trabaja con el señor Lu, de Huzhou, gran poeta amigo mío. En esos tiempos, vuestro menor frecuentaba juntas poéticas a las que asistían los señores Yang Yun, Quan Wuyong, Qu Xianfu de Jiaxing, nieto del prefecto Qu, y dos hijos del ministro Lou, el tercero y el cuarto de los hermanos, todos muy amigos míos. También vivía en el lugar el señor Niu Buyi, al que por desgracia solamente conocí de nombre.

—También conoceréis, pues, al señor Ma el Segundo, apalabrado en la librería de la Amplitud Literaria.

—Sí, es uno de esos escritores de composiciones; lo conozco, aunque no bien. A decir verdad, nosotros, los letrados de Hangzhou, no congeniamos con gentes de ese jaez. Con todo, formamos un grupo muy amplio; ya os presentaré a algunos de mis amigos cuando lleguemos a Hangzhou.

De lo cual quedó Kuang Chaoren muy admirado. Al cabo, la barca atracó en la canal Quebrada; y estaban por desembarcar el bagaje, cuando Jing Lanjiang, que iba de pie en la proa, echó de ver una silla de manos asentada a la orilla por los porteadores, de la que bajaba un hombre con bonete de letrado y túnica azul zafiro que, aventándose con un abanico adornado con versos del que colgaba un sello cuadrado de marfil, caminaba al frente de un criado con una caja de medicinas. El hombre estaba por entrar en una casa, cuando Jing Lanjiang gritó:

—¡Hermano Zhao, cuánto que no os veo! ¿Dónde vais?

—¡Vaya, si sois vos! —respondió el hombre, dándose vuelta—. ¿Cuándo habéis llegado?

—Apenas, que aún no he desembarcado el bagaje —dijo Jing Lanjiang, quien, volviéndose, gritó hacia la cámara—: Salid, señor Kuang, que quiero que conozcáis al señor Zhao Xuezhai, buen amigo mío.

Y así salió Kuang Chaoren, saltaron a tierra y los tres hombres se saludaron con una reverencia, entrando en una casa de té, donde el barquero llevó el bagaje por encargo de Jing Lanjiang.

—¿Cómo se llama el hermano mayor? —preguntó el señor Zhao.

—Es el señor Kuang, del distrito de Yueqing —respondió Jing Lanjiang—. Hemos venido en la misma barca.

Hechas las cortesías de rigor, los tres tomaron asiento y pidieron sendos tazones de té, preguntando en eso el señor Zhao:

—¿Qué os ha tenido tanto tiempo fuera? He estado aguardando vuestra vuelta.

—Unos vulgares negocios que he tenido que atender —contestó Jing Lanjiang—. ¿Ha habido alguna junta poética?

—¡Y cómo no! El mes pasado vino a ofrendar incienso al monasterio de la India el honorable señor Gu, del Gran Secretariado,[272] y nos convidó a componer versos todo el día en el monasterio; el comisario de transmisión Fan paró un día con su barca, camino de las tumbas ancestrales, y lo pasamos con él componiendo[273] a bordo; y el inspector Xu, que venía a pedir prestado para el gobernador, prefirió convidarnos todos los días a componer en sus dependencias antes que ocuparse del préstamo. Todos preguntaron por vos. Ahora el señor Hu el Tercero anda recopilando epicedios en honor del señor Lu, de Huzhou, y ya me ha enviado unas buenas docenas de papeles, que no he concluido porque no doy abasto; pero la fortuna os ha traído en mi ayuda, y podré

---

[272] Lit. el «honorable señor Gu, pluma del palacio» (*zhonghan*), apelativo que solían tener los miembros del Gran Secretariado (Neige).

[273] *Nianti fenyun*, lit. «eligiendo tema y repartiendo rima», diversión de que usaban los letrados en sus reuniones, consistente en asignar a cada uno una determinada rima para componer un poema según un tema elegido antes.

ahorrarme un par de hojas. Salta a la vista que el señor Kuang también es hombre de letras —añadió al rato, después de un sorbo de té—. ¿Con qué presidente aprobó los exámenes?

—Con el presente —respondió por él Jing Lanjiang.

—En tal caso, es condiscípulo del mayor de mis hijos —dijo sonriendo el señor Zhao.

Apurado el té, el señor Zhao hubo de ausentarse para ver a un enfermo, y Jing Lanjiang preguntó a Kuang Chaoren:

—¿Dónde queréis que os lleven el bagaje?

—A la librería de la Amplitud Literaria, por el momento.

—Muy bien. Ahora os dejo, pues voy a la tienda, que está en la calle principal, cabe el puente del Queso de Soja, enfrente del monasterio de los Guardianes Diamantinos. Llegaos por ella para platicar un rato, si andáis sobrado de tiempo.

Dicho esto, llamó a un ganapán para que le llevara el bagaje, y marchó.

Kuang Chaoren llegó a la librería de la Amplitud Literaria, y al preguntar por Ma el Segundo, le dijeron que había vuelto a Chuzhou. El dueño lo reconoció, no obstante, y le permitió hacer mansión. Al otro día, el licenciado se acercó, con la carta de presentación, a la oficina del comisario de administración y preguntó dónde vivía Pan el Tercero, llegándose luego a la casa que le señalaron, donde un criado le dijo:

—El señor Tercero está ausente, que marchó ha unos días a Taizhou por negocios oficiales, a ver al comisario de estudios de Taizhou.

—¿Cuándo estará de vuelta?

—Apenas acaba de marchar. Estará fuera un mes, o más.

Kuang Chaoren caminó hasta la calle principal y buscó la sombrerería en derredor del puente del Queso de Soja, pero tampoco tuvo fortuna, pues al preguntar, los vecinos le dijeron:

—¿El señor Jing? Con un día tan bueno estará en los Seis Puentes holgando con la primavera, las flores y los sauces y haciéndole versos al Lago del Oeste, que, cuando le viene la vena, no hay quien lo encierre en la tienda.

Con ello, el licenciado volvió sobre sus pasos; mas apenas había atravesado un par de calles, cuando echando de ver de lejos al señor Jing acompañado de dos de a bonete, se acercó a ellos y saludó, lo que aprovechó Jing Lanjiang para presentar a sus acompañantes:

—Éste es el señor Zhi Jianfeng —dijo el sombrerero, señalando a uno picado de viruelas—, y éste, el señor Pu Moqing —añadió, aludiendo al otro, de barbas—, dos de nuestros grandes poetas.

—¿Quién es el señor? —preguntaron los poetas.

—El señor es Kuang Chaoren, de Yueqing —presentó Jing Lanjiang.

—Acabo de pasar por la tienda, pero habíais salido —dijo Kuang Chaoren—. ¿Dónde vais ahora?

—A ninguna parte, solamente paseamos. Mas, cuando los amigos se juntan, malo es que se separen. Vayamos a tomar unos tazones de vino a una taberna.[274]

—Muy bien —apostillaron los acompañantes.

Y, asiendo de Kuang Chaoren, lo llevaron a una taberna, donde se acercaron tres sillas y tomaron asiento. Cuando el mozo vino a atenderlos, Jing Lanjiang pidió por todos doce centésimos de picadillo de carne y un par de platillos de enjutos de cuerezuelos y brotes de soja. A poco, servido el vino, el señor Jing preguntó:

—¿Por qué no habéis ido hoy a ver al hermano Zhao?

---

[274] *Qiting*, «cobertizo de banderola»: taberna, anunciada con una banderola colgada de una pértiga en la fachada.

—Está agasajando en casa a un huésped muy singular —respondió Pu Moqing.

—¿Qué tiene de singular?

—Apuremos un tazón, que os hablaré de él.

Zhi Jianfeng sirvió el vino y todos bebieron, prosiguiendo Pu Moqing:

—El huésped se llama Huang, y es graduado de palacio del año ocho, y ahora magistrado del distrito de Yin, de la prefectura de Ningbo, la mía. Pues, estando en la capital, conoció al señor Yang Yun, y como éste era amigo del señor Zhao, le dio carta de presentación para él al enterarse que volvía a Zhejiang; pero el señor Zhao no estaba en casa cuando el señor Huang fue a buscarlo, y ese día no pudo conocerlo.

—Son muchos los oficiales que visitan al señor Zhao —dijo Jing Lanjiang—, y no encontrarlo en casa no es cosa rara.

—El señor Zhao estaba fuera ese día —prosiguió Pu Moqing—; pero al otro devolvió la visita al señor Huang, y al verse empezaron a platicar. ¿Pues no es extraño?

—¿Y qué tiene eso de extraño? —preguntaron los demás.

—Pues que el señor Huang nació el mismo año, mes, día y hora que el señor Zhao.

—En verdad que es extraño.

—Pues aún hay más: el señor Zhao cumple este año los cincuenta y nueve, tiene dos hijos y cuatro nietos y mujer con la que congenia bien, y es como cualquier particular, y el señor Huang, que es graduado de palacio y magistrado, perdió a la mujer[275] a los treinta años y no tiene hijos ni hijas.

—Eso sí que es extraño —terció Zhi Jianfeng—, pues naciendo el mismo año, mes, día y hora, sus destinos han sido dispares y nada tienen en común, lo que demuestra que la astrología y los horóscopos no son de fiar.

Y hablaban de esta guisa, vaciando uno tras otro los tazones, cuando Pu Moqing tomó la palabra y dijo:

—Señores, un servidor tiene una duda, que confío me ayuden a resolver. Hablábamos de los señores Huang y Zhao, nacidos el mismo año, mes, día y hora, y decíamos que uno es graduado de palacio, pero está solo en este mundo, mientras que el otro nunca ha alcanzado puesto oficial, pero tiene hijos y nietos. Y yo me pregunto: ¿Cuál de los dos es más feliz? ¿A cuál gustarían de parecerse v. mds.?

Y como ninguno aventuraba parecer, Pu Moqing instó a hablar a Kuang Chaoren:

—Que sea el señor Kuang quien hable primero. ¿Cuál es vuestro parecer?

—Puesto que los dos hombres no pueden fundirse en uno, en mi humilde opinión mejor es parecerse al señor Zhao —dijo Kuang Chaoren.

—Muy bien dicho —aplaudieron los otros.

—Llegar a graduado de palacio es el fin último del que se consagra al estudio, y si bien el señor Zhao es afortunado en no poca medida, con todo no ha alcanzado a aprobar los exámenes —terció Pu Moqing—, parecer que no es solamente el nuestro, ya que él mismo se lamenta de ello. Mas pecaría de descomedido quien a más de buscar un título de graduado de palacio quisiera también tener la felicidad del señor Zhao, y a fe que el cielo no lo consintiera. Cierto que hay tales hombres en el mundo; pero siendo nosotros los instigadores de la duda, no podemos juntar lo bueno de los dos, pues en tal caso no habría duda. En mi opinión, más vale ser oficial que gozar de vida placentera; en otras palabras, yo prefiero parecerme al señor Huang. ¿Qué dicen v. mds.?

—Yo disiento —dijo Zhi Jianfeng—, pues aunque el señor Zhao no es graduado de palacio, su hijo mayor ya ha aprobado los exámenes provinciales, y cuando pase los

---

[275] *Duanle xian*, lit. al señor Huang [...] «se le rompió la cuerda» del laúd, perdió a su cónyuge. El laúd es símbolo de la pareja.

metropolitanos el honor recaerá en su padre; que, teniendo un hijo graduado de palacio, ¿no es como si él mismo lo fuera?

—No hay tal —replicó sonriendo Pu Moqing—, y permítanme citar un caso de mi conocimiento, el de un anciano que porfiaba en examinarse a pesar de tener un hijo alto oficial, el cual, como fuera rechazado por el administrador al pasar lista, tiró a tierra el pliego de examen y gritó, harto enojado: «¡La culpa de que yo no pueda llevar bonete de oficial no la tiene otro que el animal de mi hijo!» Este suceso ilustra que los honores de los hijos no bastan a contentar a los padres.

—V. mds. andan muy descaminados —dijo en esto Jing Lanjiang—, y habrían de escucharme a mí, pero no antes de colmar tres tazones.

—¿Y qué pasa si no gustamos de vuestra explicación? —preguntó Zhi Jianfeng.

—En tal caso, seré yo el que apure los tres tazones.

—Muy bien —dijeron los otros, llenando sus cuencos.

—Señores —dijo Jing Lanjiang—, los que aspiran a graduado de palacio, ¿por qué lo hacen? ¿Por ganar fama, o por ganar riquezas?

—Por ganar fama —contestaron todos.

—Siendo así, deberían v. mds. advertir que, si bien el señor Zhao no es graduado de palacio, sus versos están publicados en docenas de antologías y son leídos a lo largo y a lo ancho del Imperio. ¿Quién no ha oído el nombre de Zhao Xuezhai? En verdad que es mucho más renombrado que cualquier graduado de palacio.

Dicho esto, rompió a reír, y los demás lo corearon. «¡Muy bien!», decían, y vaciaron sus tazones. En cuanto a Kuang Zhaoren, nunca hubiese imaginado que bajo los cielos podían existir tales razonamientos. Al cabo dijo Jing Lanjiang:

—El encuentro de hoy ha sido harto placentero y merece que al volver a nuestra morada compongamos cada cual una poesía, digamos con rima en «casa», que pasaremos en limpio y haremos llegar al señor Kuang para que nos dé su parecer.

Con ello salieron de la taberna, marchando cada cual a su casa. Y, debido a ello,

Buenos amigos le traen lustre al rostro
y acaba en matrimonio desposado;
Buenos escritos muestran su talento
Y lo elevan a superior estado.

Mas si quieres saber qué acaeció luego, habrás de leer el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVIII

CONVIDAN A KUANG EL SEGUNDO A UNAS JUSTAS POÉTICAS LETRADOS DE RENOMBRE; VISITA AL AMIGO EN UNA LIBRERÍA PAN EL TERCERO

Bien sahumado volvió esa noche a su aposento Kuang Chaoren, enderezando derecho para la cama. Al otro día, el dueño de la librería subió a su cuarto, y tomando asiento le dijo:

—Tengo un ofrecimiento que haceros, señor.

—¿Qué es?

—Un amigo mío y un servidor hemos juntado unos dineros para publicar una antología de composiciones de examen, y quisiéramos que fueseis vos el comentador. La empresa es menester hacerla presto y bien. En todo son más de trescientas composiciones: ¿Cuánto tiempo emplearíais en ello? Haceos cuenta que el libro habrá de estar dispuesto antes que los mercaderes partan para Shandong y Henan, que, si sale más tarde, no podremos venderlo en esas provincias y desaprovecharemos la ocasión. Vuestro nombre aparecerá en cubierta, y a la salida del libro recibiréis unas docenas de ejemplares y unas onzas de plata. ¿Os creéis capaz de ocuparos en ello?

—¿Para cuándo lo queréis?

—De aquí a medio mes estaríamos holgados de tiempo; a lo más veinte días.

Hizo recuento Kuang Chaoren, y viendo que en medio mes podría concluir la comisión, aceptó el ofrecimiento. El dueño le llevó al punto un montón de papeles y lo convidó a almorzar con cuatro buenos platos calientes, diciéndole:

—Os convidaré otra vez ya corregidas las pruebas y el libro publicado. En días corrientes, vuestras comidas serán llanas y simples; pero el dos y el dieciséis de mes comeréis carne con nosotros. Y también os proveeré de té y de aceite para la lámpara.

Kuang Chaoren acometió con gran afán la empresa. Esa noche encendió la lámpara y trabajó sin represa hasta tener anotadas cincuenta composiciones, sazón en que dieron la cuarta vigilia en la atalaya de las puertas.[276] «A este paso, termino en menos de medio mes», se dijo satisfecho, y de un soplido apagó la lámpara y se fue a dormir. Al otro día se levantó temprano y no paró hasta bien entrada la noche, y lo propio hizo al siguiente, llegando a comentar setenta u ochenta composiciones por jornada. El cuarto día estaba en su cuarto, cuando oyó que lo llamaban de abajo:

—¿El señor Kuang?

«¿Quién será?», se preguntó, y bajando las escalera vio que era Jing Lanjiang, que venía con un papel arrollado en la mano, el cual hizo una reverencia y dijo:

—Disculpad que no haya venido antes.

Kuang Chaoren lo hizo subir al cuarto, y ya en él, el visitante desplegó el rollo de papel encima de la mesa y prosiguió:

—He aquí los poemas rimados en «casa» que convinimos componer hace unos días en la taberna. Ya habíamos terminado todos, cuando el hermano mayor Zhao lo vio y, no queriendo quedar postergado, compuso otro con igual rima, y hubimos de copiarlos otra vez para poner el suyo el primero, según era nuestro deseo. Aquí los traigo para que nos honréis con vuestros comentarios.

---

[276] *Qiaolou*, «torre de la leña», atalaya situada en las puertas de la muralla donde se marcaban las vigilias por la noche, en la que se prendían hogueras para avisar de algún suceso.

El licenciado leyó la cabecera, que decía: «De una tertulia en la taberna de la Primavera Tardía», y vio que los autores de cada una de las poesías habían firmado con su nombre y apelativo: Zhao Nieve Pura Xuezhai. Jing Raíz de Orquídea Lanjing, Zhi Hoja de Espada Jianfeng, Pu Barra de Tinta Moqing. Tan deslumbrado quedó con la blancura del papel y el bermellón de los sellos, que al punto colgó el rollo en la pared. Luego al cabo dijo:

—Ese día me propasé en la bebida, y volví a la librería muy tarde.

—¿No habéis salido estos días? —preguntó Jing Lanjiang.

—No, pues el patrón me ha dado una antología de composiciones para comentar y debo obrar aprisa para entregarla cuanto antes al impresor. Por eso no os he visitado.

—Es buena cosa el comentar composiciones. Mas hoy voy a llevaros a visitar a cierta persona.

—¿A quién?

—No preguntéis; mudaos de ropa y salgamos, que luego lo sabréis. Y Kuang Chaoren vistió otra túnica, y cerrada la puerta del cuarto bajó la escalera y salió a la calle con Jing Lanjiang, preguntando al cabo:

—Y bien, ¿adónde vamos?

—A ver al señor Hu, hijo tercero del que fue venerable ministro de empleos,[277] pues hoy son sus días y nuestros amigos todos estarán en su casa, los propios cuyos nombres acabáis de ver en el rollo de poesía. Por eso os llevo allá, que veáis gente.

—No conozco al señor Hu. ¿He de llevar tarjeta?

—Es obligado.

Pasaron, pues, por una velería, donde Kuang Chaoren compró la esquela, con que pidió pincel, y acodado en el tablero escribió: «Vuestro menor Kuang Chaoren os presenta respetos», guardándola en la manga.

—El señor Hu es muy hospitalario —dijo Jing Lanjiang—, pero también harto apocado; que cuando al morir el padre se enclaustró en casa sin querer ver a nadie, los criados le hacían trampa, y no tenía a quién quejarse; por fortuna estos postreros años, desde que trabamos amistad, lo hemos ayudado, y ahora su familia vuelve a ser respetada y ya ninguno osa engañarlo.

—¿Cómo podían engañarlo, siendo hijo de ministro?

—Su parentesco con el ministro es agua pasada, que ahora no tiene quien le dé una mano en la Corte, pues no es más que un licenciado común y corriente, y como dice el dicho, más vale ratón vivo que prefecto muerto. ¿Quién cuida hoy del señor Hu? El mundo es de los ricos y poderosos, y mirad si no a nuestro amigo Zhao Xuezhai, visitado de todos los oficiales de prefecturas, negociados, tribunales y circuitos, y temido de las gentes, las cuales, antes de clavar los ojos en los mandarines de parasol azul, se encogen viendo hoy un palanquín entre sombrillas[278] amarillas a su puerta y mañana siete u ocho escoltas de barretina rojinegra. Pues, como recientemente ven un día sí y otro no el palanquín del señor Zhao a las puertas del señor Hu, hacen cuenta que éste también es poderoso: de ahí que sus arrendatarios le paguen con mayor premura y él se muestre agradecido con nosotros.

Apenas acababa de hablar, cuando toparon a otros dos de túnica suelta y bonete, a los que Jing Lanjiang preguntó:

—¿Van v. mds. a casa del señor Hu, a darle los días? ¿A quién más han de buscar, que vienen v. mds. de este lado?

---

[277] *Zhongzai*, ministro de estado en la dinastía Zhou y apelativo respetuoso empleado posteriormente para designar al ministro o consejero de empleos, el más importante de los «seis Consejos».

[278] *San*, «sombrilla», cuyo color revela la categoría del funcionario que la lleva en su séquito: amarilla para los grados superiores al de prefecto, azul para los inferiores.

—A vos buscábamos para ir juntos, hermano mayor, mas ya os hemos encontrado. ¿Quién es el señor?

Jing Lanjiang presentó primero a los recién llegados:

—Éstos son los señores Jin Dongya y Yan Zhizhong —dijo, y dirigiéndose a ellos, añadió—: Y éste es el señor Kuang Chaoren.

Saludáronse unos a otros y echaron a caminar juntos hasta llegar a la casa del antiguo ministro, en cuyo portón dieron sus esquelas al portero, quien los pasó al salón. En él vio Kuang Chaoren un rótulo escrito en caligrafía imperial que decía: «Pilar del Imperio del Centro», y cuatro sillas de palo de nan[279] a ambos lados, en las que se sentaron los cuatro convidados. Al rato apareció el señor Hu, bonete, túnica de seda púrpura oscuro, botas negras de suelas blancas, barba partida en tres y hombre de hasta cuarenta años, el cual se inclinó con modestia ante ellos y reconoció sus parabienes, ofreciéndoles asiento. Jin Dongya se sentó en el sitio de honor, Yan Zhizhong en el segundo en importancia, Kuang Chaoren en el tercero, y Jing Lanjiang, por ser paisano, a un extremo de la mesa, al lado del señor Hu. Luego de unas palabras de agradecimiento del primero de ellos por la hospitalidad de días antes, el señor Hu el Tercero preguntó a Yan Zhizhong:

—¿Cuándo habéis llegado?

—Hace unos días —respondió Yan Zhizhong—. En la capital estuve alojado en casa del honorable señor Zhou, preceptor del Colegio Imperial y deudo mío, y traté mucho con el señor Fan, el comisario de transmisiones, el cual me ofreció acompañarlo a adecentar las tumbas de sus antepasados, ocasión que aproveché para visitar a su familia.

—¿Dónde está ahora el comisario Fan?

—En la barca, y no parece que venga a la ciudad, pues parte en tres o cuatro días. Poco ha vi al hermano Zhao y me dijo que hoy cumplía años el hermano Tercero, y aquí me tenéis para felicitaros y platicar un rato.

—Y vos, señor Kuang, ¿cuándo habéis llegado? —preguntó Hu el Tercero—. ¿De qué honorable lugar venís, y dónde os hospedáis?

—Del distrito de Yueqing acaba de llegar conmigo en la misma barca —contestó por él Jing Lanjiang—, y para en la librería de la Amplitud Literaria, donde se emplea en escoger composiciones.

—¡Oh, cierto! —exclamó Hu el Tercero—. Tiempo ha que he oído hablar de vos.

Y entre plática y plática apuraron el té que les sirvieran los criados, con que el señorito Tercero se levantó y les ofreció pasar a la biblioteca, en la que aguardaban dos hombres de barba cana y muy digno continente que apenas hicieron ademán de erguirse cuando los vieron entrar. El licenciado recomendado Yan, que los conocía, avanzó unos pasos y dijo:

—¡Oh, los señores Wei y Sui! ¡También v. mds. aquí! Permítannos presentarles nuestros respetos.

Con que todos se saludaron, ocupando cada cual su asiento, y los señores Wei y Sui los de honor, cosa que hicieron sin cumplimientos. A poco entró un criado anunciando la llegada de nuevos huéspedes, y según salía el señorito Tercero a recibirlos, Jing Lanjiang preguntó de dónde eran los dos señores que acababan de conocer, a lo que respondió el licenciado Yan:

---

[279] *Nanmu*: *Phoebe nanmu*, árbol de la família de las lauráceas, propio del sur de China, cuya madera se emplea para trabajos de construcción y de ebanistería.

—El señor Wei Tishan es gran letrado del distrito de Jiande, y el señor Sui Cen'an, venerable licenciado recomendado[280] del distrito de Shimen. Veinte años llevan ambos señores publicando composiciones en Zhejiang, y sus antologías son muy famosas en todo el Imperio.

Jing Lanjiang hizo una profunda reverencia en señal de respeto, a la que respondieron los dos ancianos sin tomarse siquiera el trabajo de inquirir el nombre de los otros, si bien Sui Cen'an, que conocía a Jin Dongya de cuando éste se recibió de graduado metropolitano, no pudo dejar de preguntarle:

—Muchos años ha que no vais por Pequín. ¿Qué os trae por acá? ¿Será que habéis concluido vuestra misión y estáis a la espera de ascenso?

—No —contestó Jin Dongya—, pues en estos tiempos son muchos los que aguardan puesto oficial, y, de añadidura, desde que Wang Hui se rindió al príncipe de Ning, siguiéndose de ello el apresamiento del eunuco Liu, la Corte dio en pesquisar los registros de nuestro negociado y yo pedí licencia y marché, por no verme comprometido.

En ello ya traían los criados unos fideos, que despacharon al punto, ocasión en que los señores Wei y Sui empezaron a hablar de literatura. Decía el primero:

—El arte de la composición va de mal en peor.

—Cierto —apostilló el segundo—, y mal no vendría que publicásemos unas composiciones de los últimos exámenes, que sirvan de paradigma.

—No hubo composiciones en los últimos exámenes —prosiguió, agrandando los ojos, el señor Wei.

—Disculpad, señor —medió Kuang Chaoren, sin poder contenerse—, que en todas partes hay ediciones impresas de las composiciones de los últimos exámenes. ¿Cómo decís que no hubo composiciones?

—¿Cómo se llama este señor? —preguntó el que decían Wei.

—Es el señor Kuang, de Yueqing —respondió Jing Lanjiang.

—Al decir que no hubo composiciones, significo que no las hubo como mandan los cánones —respondió el señor Wei.

—Si un opositor aprueba, no hay duda que sus composiciones son como mandan los cánones —dijo Kuang Chaoren—. ¿Qué otro criterio puede haber?

—Veo que no comprendéis, hermano mayor —prosiguió el señor Wei—, pues la composición transparenta las enseñanzas de los sabios, y por ello ha de atenerse a cánones muy estrictos, a diferencia de otras formas literarias, que responden al gusto del autor. La composición no es solamente espejo del grado y la fortuna del escritor, pues entre sus líneas cabrillea el estado de prosperidad o hundimiento del Imperio. Las eras de Hongwu y Yongle tenían sus propios cánones, y las de Chenghua y Hongzhi los suyos, y estos cánones, legados de unos letrados a otros, constituyen por sí una escuela filosófica. Algunos opositores de ahora aprueban por escribir según los cánones, y otros por pura fortuna; mas solamente las composiciones que nosotros escogemos y refrendamos tienen asegurada la inmortalidad. Digo que no hubo composiciones porque estimo que no las hubo dignas de ser escogidas.

—Por eso, hermano mayor, no nos inquieta aprobar o no los exámenes —matizó el señor Sui—, pues, de aprobarlos, no faltarían quienes lo achacasen a la suerte, y sería baldón de por vida.

—¿Habéis visto, por cierto, esas *Composiciones selectas de exámenes varios* del tal Ma? —preguntó al instante al señor Wei.

—Sí —dijo éste—. Ese hombre está destruyendo el arte de la recopilación, y bien recuerdo que en casa del prefecto Qu, en Jiaxing, no mentaba otra cosa que no

---

[280] *Shi lao mingjing*, «es un veterano exégeta de los clásicos», término respetuoso empleado en las dinastías Ming y Qing para designar a los licenciados recomendados (*gongsheng*).

fueran estudios heterodoxos. Verdad es que tiene cierta soltura para los escritos superficiales, pero desconoce los cánones, y en consecuencia crea gran confusión y corrompe las composiciones buenas con sus comentarios nefandos. Sepan v. mds. que cuando veo a uno con su libro, lo apercibo que no lo lea.

Siguieron hablando de esta suerte, y ya vueltos el señorito Tercero con Zhi Jianfeng y Pu Moqing, se pusieron las mesas; mas la tardanza de Zhao Xuezhai los obligó a aguardar. A eso de la primera vigilia apareció, en su silla de manos y entre cuatro escoltas con un par de antorchas por cabeza, pidiendo disculpas por la espera. Y como a la sazón eran ya muchos los parientes del señor Hu que se habían ido presentando, allegaron otra mesa a las dos dispuestas, con que tomaron asiento y cenaron, tornando cada cual a su casa.

Aún anotó Kuang Chaoren antes de acostarse unas pocas composiciones más. Seis días le bastaron para comentar los tres centenares largos de composiciones, y para rematar la obra en un prefacio corcusido con los pareceres oídos en casa del señor Hu, y aún le sobró tiempo para pagar visita a las nuevas amistades hechas con tal ocasión. Terminada la encomienda, dio el manuscrito al dueño de la librería, quien lo puso a buen recaudo y le dijo:

—El señor Ma el Segundo empleó dos meses en comentar trescientas composiciones en la librería del Océano Literario, de mi hermano, y aún se enojaba cuando le dábamos prisa, y vos, por contra, las habéis despachado con increíble presteza, y bien, que cuantos han visto vuestros comentarios los han elogiado. ¡Buena labor! De quedaros aquí, todas las librerías querrán emplearos y no os ha de faltar ocupación.

Con ello, dio a Kuang Chaoren un envoltorio de a dos onzas y mandó disponer el almuerzo en el cuarto de arriba, añadiendo:

—A la publicación del libro contaréis con cincuenta ejemplares.

Demediada la comida, un criadillo que apareció por allí entregó a Kuang Chaoren una esquela hecha de papel fino de Songjiang y doblada como para convite, que decía:

> *El quince del presente tenemos propósito de congregarnos en el Lago del Oeste para componer unos versos*. *Las costas de bebida son de cuatro adarmes de plata*[281] *por cabeza*. *Asisten los señores Wei Tishan*, *Sui Cen'an*, *Zhao Xuezhai*, *Yan Zhizhong*, *Pu Moqing*, *Zhi Jianfeng*, *Kuang Chaoren*, *Hu Mizhi y Jing Lanjiang*, *nueve en todo*.

Abajo concluía: «Manden v. mds. su honorable contribución al señor Hu el Tercero, de la Biblioteca Imperial.» Advirtiendo Kuang Chaoren que los otros ya habían puesto debajo de sus nombres su visto bueno, él hizo lo propio, y de los dineros que acababa de embolsar pesó cuatro adarmes, que dio al criadillo para que los llevase con la esquela al señor Hu.

Como esa noche no tenía que hacer, y eran pocos los días que quedaban para la reunión a las orillas del Lago del Oeste, en la que tendría que componer versos, y componerlos bien si no quería quedar mal, cogió de un estante los *Rudimentos de*

---

[281] *Zhangtou zi*, lit. de cuatro adarmes de plata a modo de «dineros de la punta del bastón»: dinero para beber. Expresión tomada de *Shishuo xinyu* («Ren dan»), de Liu Yiqing (403-444): «Con cien sapecas colgadas en la punta de su bordón, Ruan Xiu entra en la taberna y bebe en soledad.» «Cuatro adarmes» es traducción libre de *er xing*, lit. «dos marcas de balanza», cuyo valor, según nos dice el propio texto *infra* (la aportación de Kuang Chaoren), era de dos *qian yinzi* (lit. «dos *qian* de plata»). El *qian* en la dinastía Ming pesaba aproximadamente 3,69 g, y el adarme español, 1,79 g. «Cuatro adarmes» serían unos 7,16 g, cifra que no se aleja demasiado de los 7,38 g o dos *qian* de que nos habla el texto.

métrica y se sentó a leer a la luz de la lámpara, poniendo tanto afán e inteligencia en su estudio, que en una sola noche se embebió en todos los principios. Al otro día repasó el libro del alba al ocaso, y al cabo asió del pincel y compuso una poesía que se le antojó mejor que las de la caligrafía colgada de la pared, lo que no ahorró otro repaso para depurar su industria.

El quince de mañana, calzado el bonete de letrado y la túnica, Kuang Chaoren estaba por salir, cuando llegaron a buscarlo Jing Lanjiang y Zhi Jiangfeng, con los que partió camino de la puerta de la Ola Clara, avistando al rato la barca en que los otros aguardaban. Ya a bordo, no viendo entre los presentes a Zhao Xuezhai ni al licenciado Yan, preguntaron al señor Hu el Tercero:

—¿Pues no ha venido el señor Yan?

—El comisario Fan zarpó ayer, y el señor Yan pagó su parte y tornó a Guangdong —respondió al señor Hu.

A poco, navegando la barca por el Lago del Oeste, Pu Moqing preguntó a Hu el Tercero:

—Dicen que en la casa del señor Yan hay cierta contienda sobre un ahijamiento, y que nuestro licenciado no hace más que correr de un lado a otro en busca de socorro. ¿Sabéis de ello?

—Ayer le pregunté, y el caso parece resuelto —respondió el señor Hu—, pues el sucesor es a la postre su hijo segundo y la herencia ha sido repartida en dos partes, de tres y siete décimos, los tres para la concubina de su difunto hermano, que vaya viviendo, con que todo está arreglado.

En eso arribaban al Puerto Florido, donde el señor Hu recibió de los demás encomienda de pedir prestado el jardín para la reunión, lo que hizo, y con tan mala fortuna, que el guarda del jardín le cerró la cancela en las narices, dándosele un comino su enojo. Hubo de mediar el señor Jing Lanjiang, quien apartó al hombre a un costado y le preguntó a qué venía tan mala disposición, a lo que el guarda respondió:

—Mal haya el señor Hu y su roñería, de todos conocida, y yo desviviéndome por él en todas las fiestas que acá celebra al cabo del año; pues en la que dio el postrero para dos mesas de convidados, ni una sapeca soltó, y ya que se fueron, a ninguno llamó que barriese, antes mandó a los criados alzarse con los cuatro cuartillos de arroz que dizque sobraron. ¡Y aún quieren tan grandes señores que se les guarde el respeto!

No tuvieron, pues, otro remedio que marchar al templo del Gran Señor Yu Qian. El monje sirvió el té, y luego el señor Hu el Tercero, con los dineros de todos a cuestas, pidió a Jing Lanjiang lo acompañase a hacer la compra, uniéndose a ellos Kuang Chaoren. Primero fueron a una pollería, donde el señor Hu el Tercero pinchó las pechugas de los patos con su escarbaorejas por ver si estaban sobrados de grasa, confiando a Jing Lanjiang el regateo; y pues los festejadores no eran pocos, luego compraron unas libras de carne, un par de pollos, pescado y verduras, que ordenaron llevar de vuelta al criado que iba con ellos. Puestos en comprar pastelillos de carne para enjuto, fueron a una tienda, donde pidieron treinta. Cada pastelillo era de a tres sapecas, pero el señor Hu el Tercero se empecinó en no pagar más de dos, con que se enzarzó con el tendero en gentil trapisonda, resuelta merced a los oficios de Jing Lanjiang. Con todo, en vez de panecillos compraron fideos, que el propio Jing Lanjiang se ofreció a llevar, a los que añadieron brotes secos de bambú, huevos salados, castañas cocidas, pipas de melón y otras viandas para acompañar al vino, de las que se encargó Kuang Chaoren. Y con ello llegaron al templo, donde dieron todo al monje para que lo cocinase. En eso, Zhi Jianfeng preguntó a Hu el Tercero:

—¿Por qué no habéis traído con vos un cocinero que haga las compras, en vez de tomaros tantas fatigas?

—¡Y barato me habría salido! —contestó, de mal talante, el señor Hu, pesando al punto un adarme de plata, que dio al criado para comprar arroz.

Ocupados con los aderezos estuvieron hasta el mediodía, hora en que llegó Zhao Xuezhai en su silla de manos, el cual mandó un porteador que le trajese la caja de medicinas, de la que sacó un envoltorio con veinticuatro centésimos de plata, que dio al señor Hu el Tercero. Cocinado el almuerzo, los comensales se sentaron a la mesa y dieron buena cuenta de él; y llegando luego la hora del vino, Zhao Xuezhai dijo:

—Tan magna reunión hay que cantarla en versos.

Con que echaron a suertes el repartimiento de rimas, tocando al señor Zhao «rama», al señor Wei «todo», al señor Pu «oriente», al señor Hu «invierno», al señor Jing «helado», al señor Sui «oculto», al señor Kuang «tajo» y al señor Zhi «río». Aún apuraron unos tazones más de vino antes de levantarse para marchar. Hu el Tercero mandó al criado traer la cantina y meter en ella huesos y pepitas y, como era de esperar, pidió al monje el arroz que había sobrado, dándole cinco sapecas para incienso a cambio de los otros escamochos, que dispuso llevar a casa. Kuang Chaoren, Zhi Jianfeng, Pu Moqing y Jing Lanjiang salieron juntos y platicaron y rieron todo el camino, llegando a la ciudad al ocaso.

—Apurémonos, que anochece —dijo en esto Jing Lanjiang.

—¿Y qué se nos da? —apostilló Zhi Jianfeng, borracho como cuba—. ¿Quién no conoce a los famosos letrados que componen versos a orillas del Lago del Oeste? ¿Pues no paseaba Li Bai las noches envuelto en su túnica bordada? Anden tranquilos, que ninguno va a venir a señalarnos con el dedo.

Manoteaba muy confiadamente el que tal hablaba, cuando al frente vieron cuatro farolillos, dos grandes y dos chicos, en los que decía: «Subprefecto del Negociado de la Sal», y detrás de ellos un oficial que al parecer reconoció a Zhi Jianfeng, pues al punto mandó a los criados que lo llevasen ante él, diciéndole:

—Zhi Jianfeng, ¿cómo un inspector de la gabela como vos puede andar de noche por ahí armando bulla y hecho un cuero?

—Soy Li Bai, que de noche pasea envuelto en su túnica bordada —respondió, tambaleándose, Zhi Jianfeng.

—Que yo sepa, entre los inspectores de nuestro negociado no hay licenciados ni alumnos, ni cosa que se parezca —añadió el subprefecto, viéndole el bonete de licenciado—. ¿Cómo osáis llevar ese gorro? ¡Alguaciles, prendedlo!

Con que lo engrillaron; mas como Pu Moqing se adelantara a interceder por él, muy airado le dijo el subprefecto:

—¿Y vos, todo un licenciado, también osáis andar de jácara por la noche? ¡Alguaciles, llevadlo a la escuela!

Viendo el mal rumbo de los acontecimientos, Jing Lanjiang haló de Kuang Chaoren, y al refugio de la oscuridad se escabulleron por un callejón, llegando al cabo a sus casas. Kuang Chaoren se acostó a dormir, y apenas de pie al otro día fue a ver qué era de Zhi Jianfeng y Pu Moqing, enterándose que no les había acontecido cosa alguna y que estaban apaciblemente en sus casas componiendo los versos, según lo convenido. También él compuso su poesía, y al dejarla con las demás se le antojó mejor que las de los señores Wei y Sui, preñadas de términos como «y además», «ahora bien», «ya que», «supuesto que», propios de las composiciones octóstilas, y de palabras entresacadas de viejos comentarios. Los versos quedaron transcritos en siete u ocho rollos de caligrafía; de ellos se reservó uno Kuang Chaoren, que colgó de la pared de su morada.

Al medio mes fue publicada la antología de composiciones, y con tal ocasión los amigos le dieron por la noche gran festín, del que salió a medios pelos. Pues aún no se había levantado de la cama al otro día, cuando oyó que de abajo le gritaban:

—¡Señor Kuang, tiene visita!
Y porque recibió al visitante,

Concertado en existencias pasadas
Culmina a la postre su casamiento;
Florece en la época su gran fama
Sin par entre los sabios de su tiempo.

Mas si quieres saber quién era el que lo buscaba, habrás de leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIX

EN EL QUE KUANG CHAOREN TIENE LA DICHA DE HACER UN BUEN AMIGO, Y PAN ZIYE EL INFORTUNIO DE VERSE ENVUELTO EN GRAVES SUCESOS

Estaba Kuang Chaoren acostado en la cama, cuando oyó que lo llamaban, y sin perder un momento se vistió y bajó las escaleras, encontrando a uno enfundado en gorro de escribano, túnica negra y botas de cabeza de rana y gruesa suela,[282] que por lo demás era amarillo de barbas, salido de pómulos, cetrino y ojizaino, el cual dijo:

—¿El señor Kuang el Segundo?

—Así dicen a mi humilde persona —respondió el joven—. ¿Cuál es vuestro honorable nombre?

—Pan llaman a vuestro servidor, y por carta de mi primo he sabido de vuestra llegada.

—¡Oh, sois pues el señor Pan el Tercero! —dijo Kuang Chaoren, haciendo al punto una reverencia al huésped y ofreciéndole subir al piso, en el que se acomodaron.

—Estaba fuera el día que fuisteis a visitarme —dijo Pan el Tercero—. Llegué antier, y por la carta del primo sé de vuestro genio y buen corazón, lo cual es digno del mayor respeto.

—Vuestro menor fue a visitaros al llegar a esta ciudad para recabar amparo —respondió Kuang Chaoren—; y aunque ese día no estabais en casa, que atendíais negocios oficiales, hoy tengo la dicha de conoceros.

Dicho lo cual bajó al punto a hacer el té, pidiendo al mozo le comprase dos cajas de dulces, con que volvió a los altos, donde el señor Pan el Tercero se entretenía leyendo los versos que colgaban de la pared. «¿Por qué os habéis tomado la molestia?», exclamó éste al ver los dulces. Acomodados para tomar el té, Pan el Tercero señaló a la pared y dijo:

—¿Por qué os juntáis con esas gentes?

—Pues, ¿y qué de malo hay en ello?

—Son una caterva de necios. El que dicen Jing, el sombrerero, abrió el negocio con dos mil onzas de plata y ya ni una le queda, que todas las ha gastado en la poesía. Los sombreros los cepilla diciendo cosas como «abundante es la lluvia en la fiesta de la Luz Pura»[283] y otros disparates, con que es el hazmerreír de vecinos y parroquianos; y ahora que está sin blanca, con achaque de la poesía pide prestado al primero que topa, y todos le huyen. ¿Pues y el que llaman Zhi, antaño inspector de la gabela, al que el subprefecto prendió el otro día y depuso de su empleo por andar ebrio por la calle recitando versos, según me han dicho en la audiencia? A fe que pronto se cisca de pobre. Os conviene emplearos en cosas de provecho, señor Kuang, en tanto estéis fuera de casa. ¿Cómo podéis juntaros con esas gentes?

Dicho esto, comió dos dulces, y echando los otros a un lado, añadió:

—¿A qué tanto dulce? Vayamos a comer como es debido.

---

[282] Botas distintivas de los nobles y funcionarios, de gruesa suela blanca, cuya puntera elevada podría recordar, con ciertas dosis de imaginación, la figura de una rana en reposo, con la cabeza más alta que el resto del cuerpo.

[283] Qingming, festividad de la Luz Pura o del Barrido de las Sepulturas, celebrada el día cinco o seis de la cuarta luna, en la que se rinde culto a los muertos limpiando sus tumbas y con ofrendas.

Y, avisando a Kuang Chaoren de cerrar la puerta, echaron a andar hasta una taberna cercana de la audiencia, en la que entraron, encargando Pan el Tercero un pato entero, un platillo de pepinos de mar con puerco y una gran fuente de carne. Viendo el figonero que el parroquiano era el señor Pan el Tercero, se deshizo en atenciones, por el mucho miedo, y corrió a cocinar los pepinos de mar, apartando el pato más magro y los mejores cortes de cerdo. Despachada la comida y las dos jarras de vino que la acompañaban, Pan el Tercero obsequió a los mozos con los escamochos, dando por pago apenas una orden:

—Ponedlo en mi cuenta.

—Sí, señor Tercero; muy bien, señor —respondió el figonero, juntando las manos.

—¿Tenéis que hacer? —preguntó luego Pan el Tercero a Kuang Chaoren.

—Tenía propósito de ir a visitaros, hermano Tercero.

—Vamos, pues.

Y, tomando por un callejón, llegaron a una casa cercada de un muro pintado de añil, en la que entraron, cruzando una puerta de madera de dos hojas y otra interior hasta dar en un salón en el que un grupo de hombres jugaba en torno de una mesa.

—¡Jauría de perros! —les gritó Pan el Tercero—. ¿No tenéis cosa mejor que hacer que holgazanear en mi casa?

—Nos habían dicho que el señor Tercero volvió hace un par de días, y estábamos juntando unas sapecas para agasajaros —respondieron los hombres.

—Maldita la falta que me hacen vuestras sapecas y vuestro agasajo —dijo Pan el Tercero—. Mas, ahora que lo mentáis, pues bien; juntad los dineros para darle la bienvenida a este amigo.

Kuang Chaoren quiso agradecer con una reverencia, pero el otro no lo permitió, diciendo: «Ya nos hemos saludado; ¿a qué tanta reverencia? Tomad asiento.» Luego entró y volvió con dos mil sapecas, que dio a los jugadores, señalándoles:

—Hermanos, estas dos mil sapecas son la parte del señor Kuang el Segundo; usadlas, y que todas las ganancias vayan a parar al señor Kuang. Sentaos aquí —dijo luego a éste— y observad este canuto: cuando esté lleno, volcadlo y embolsaos el dinero, y que empiecen a colmarlo de nuevo.

Y, allegando una silla a la mesa, sentó en ella a Kuang Chaoren, poniéndose él a su lado. En eso estaban, cuando el portero entró anunciando visita. Pan el Tercero salió, y viendo que era Wang el Sexto, patrón de una casa de juegos, dijo:

—Viejo Wang, cuánto que no os veo. ¿Qué os trae por aquí?

—Vamos a otro lugar, que tengo que hablaros.

Salieron, pues, a la calle y entraron en una apacible casa de té; y ya sentados, Wang el Sexto sacó a la colada el caso:

—Hay un negocio que puede dar dineros. Por eso vengo derecho a veros.

—¿Qué es?

—Ayer, los alguaciles del distrito de Qiantang apresaron en Mercado de la Familia Mao unos rufianes que estaban abusando de una muchacha que dicen Loto, huida de una casa rica del distrito de Yueqing. En pleno delito los sorprendieron, y al punto los llevaron ante el magistrado Wang, quien los soltó luego de condenarlos a unas docenas de palos, devolviendo a la Loto a Yueqing. El caso es que un rico del lugar, que llaman Hu, anda prendado de la muchacha y me ha llamado para que averigüe si hay modo de traerla a escondidas, pues dizque está dispuesto a pagar por ella unos cientos de onzas. ¿Creéis que haya manera?

—¿Qué alguacil está a cargo?

—Huang Qiu.

—¿Es él quien la escolta?

—No, que ha mandado a dos de sus hombres.

—¿Cuándo partieron?

—Ayer.

—¿Sabe Huang Qiu del negocio del que dicen Hu?

—¿Pues no va a saberlo? Sus buenas ganas tiene de juntar unos dineros con todo esto, mas no sabe cómo.

—A la mano lo tiene. Decidle que venga, que he de platicarle.

A ello asintió Wang el Sexto, marchando. Y Pan el Tercero seguía sentado apurando el té, cuando entró corriendo uno que le dijo:

—Señor Tercero, os estoy buscando por todas partes y resulta que estais aquí sentado, bebiendo té.

—¿Qué me queréis?

—Hay uno que llaman Shi Meiqing, con casa a cuatro leguas de la ciudad, que arregló la venta de la viuda de su hermano menor con otro Huang Xiangfu, embolsando por adelantado sus buenos dineros; mas como al decirlo a la cuñada, ésta no se avino al casamiento, habló con una casamentera, determinando de raptarla. La casamentera le dijo: «No conozco a tu cuñada, habrás de decirme en qué la reconozco»; y él le respondió: «Todas las mañanas va a recoger leña detrás de la casa, aguárdala escondida allí con más gente, que podrás raptarla.» Pues ocurrió que a la otra mañana la que salió no fue la cuñada, sino la propia esposa de Shi Meiqing, y la raptaron sin advertir el yerro; y cuando Shi Meiqing fue a buscarla en casa de Huang Xiangfu, a tres o cuatro leguas de la suya, éste le respondió que no se la devolvía, que ya se había acostado una noche con ella, con que el cuñado lo denunció en la audiencia. El pleito ya ha empezado, pero Huang Xiangfu no tiene cédula de casamiento que le sirva de prueba, y los aldeanos de allá no saben hacerla, por lo que me ha mandado a veros con el ruego que intercedáis por él en la audiencia, que no faltarán unas buenas onzas por las fatigas.

—¿Tanta desazón por cosa tan sencilla? —dijo Pan el Tercero—. Sentaos, que aguardo al alguacil Huang Qiu.

Y éste llegó al rato, con Wang el Sexto, exclamando al ver al otro:

—También vos por acá, señor Hao el Segundo.

—Eso a v. mds. ni les va ni les viene —dijo el señor Pan—, pues está por otro negocio.

Pan el Tercero y el alguacil se sentaron a una mesa, dejando a Wang el Sexto y Hao el Segundo en otra. Al cabo tomó el hilo Huang Qiu:

—¿Cómo vais a arreglar el caso, señor?

—¿Qué hay del pago?

—El señor Hu dice que puede dar hasta doscientas onzas si se hace con la muchacha, con inclusión de las costas.

—¿Y tú, cuánto quieres sacar?

—Con unas pocas onzas me contento, señor, pues si la cosa se compone, no seré yo el que porfíe.

—Muy bien, pues. En casa tengo ahora por huésped a un licenciado del distrito de Yueqing amigo del magistrado, al que pediré recabe de él testimonio escrito que la joven Loto ya ha sido devuelta a sus amos, y a la vez buscaré alguno que consiga requisitoria[284] del magistrado para traerla de vuelta, de modo que la podamos alcanzar en el camino y entregar al señor Hu. ¿Qué dices?

---

[284] *Zhuqian*, «cédula roja» de carácter urgente que se entregaba al alguacil, en la que había caracteres enmarcados en tinta roja.

—Mejor traza no puede haber —dijo Huang Qiu—; mas tenéis que obrar con presteza, señor, que el tiempo apremia.

—Hoy tendré la autorización del magistrado; di al señor Hu que traiga los dineros cuanto antes.

Huang Qiu asintió, marchando con Wang el Sexto, mientras el señor Pan decía a Hao el Segundo: «Venid conmigo a casa.» Ya en ésta, aguardó a que los jugadores concluyeran el juego, y luego de despedirlos dijo a Kuang Chaoren:

—¿Podríais quedaros, que debo pediros cierta cosa?

Y, llevándolo a los altos, escribió de propia mano una cédula de matrimonio y le pidió la copiase tal cual; hecho esto, la mostró a Hao el Segundo con la promesa de entregársela al otro día, cuando tuviese los dineros, despidiéndolo al cabo.

Cenaron, y luego prendió la lámpara y dictó a Kuang Chaoren el testimonial de retorno, estampando en él uno de los muchos sellos falsos de queso de soja seco que guardaba en casa, con que le dio pincel de bermellón y le pidió escribiese la requisitoria. Hechos los documentos, trajo vino para beber y dijo:

—Esto es lo que yo llamo trabajo provechoso, con el que no se pierde el tiempo. ¿Para qué enredar con esos necios?

Pan el Tercero persuadió a Kuang Chaoren de pasar en su casa la noche. Al otro día, cuando tuvo en su poder las dos remesas de dinero, le dio veinte onzas de plata, que el licenciado aceptó de buen grado, mandando parte a casa, por mediación de un amigo, para agregar al caudal de su hermano.

Los dineros de las muchas librerías que apelaban a sus servicios, y la parte de beneficios que de añadidura le pasaba el señor Pan, terminaron por lustrar la flaca figura de Kuang Chaoren. En lo que hace a sus amigos poetas, se mantuvo apartado cuanto pudo de ellos, siguiendo los consejos del señor Pan el Tercero.

En un abrir y cerrar de ojos pasaron dos años. Un buen día, Pan el Tercero cayó a visitarlo:

—Mucho hace que no os veo —le dijo—. Vamos a tomar unos tazones.

Kuang Chaoren candó la puerta y salió con Pan el Tercero; pero apenas andados unos pasos, un criado de éste se allegó a ellos y dijo al amo:

—Tenéis visita en casa, señor.

—Venid conmigo —dijo el señor Pan a Kuang Chaoren.

Llegados a la casa, el dueño dijo al licenciado de aguardar en un cuarto interior en tanto él iba a ver quién era el visitante, que resultó ser el cuarto de los hermanos Li, conocido suyo.

—Cuánto tiempo sin veros —dijo el señor Pan—. ¿Dónde habéis estado?

—A las puertas de la residencia del comisario de estudios, como siempre —respondió Li el Cuarto—. Tengo que hablaros, y temía estuvieseis fuera; pero veo que no, que la cosa podrá componerse.

—¿Qué trazas os traéis ahora? —dijo el señor Pan—. Trabajar con vos es como cortar verduras en un cazo con cuchillo de hoja curva,[285] que ni gota se escapa, pues no soltáis una sapeca.

—Hay mucho dinero de por medio.

—Decidme, pues.

—El presidente de examen está por llegar a Shaoxing, y uno que dicen Jin Dongya, que fue escribano unos años en el Consejo de Empleos, donde hizo unos dineros, quiere que su hijo Jin Yao se reciba de licenciado, y como el mozo anda escaso

[285] *Matidao piao li qie cai*, lit. «cortar verduras en un cazo de madera de calabaza con un cuchillo de hoja de herradura».

de luces, está buscándole sustituto para el examen. Pero dicen que el presidente es muy estricto, y la traza acaso no valga; por eso he venido a veros.

—¿Cuánto quiere pagar?

—Una licenciatura en Shaoxing no se merca por menos de mil onzas, y él hasta quinientas diera por el sustituto; pero no es fácil de encontrar, y, de encontrarlo, habría que pagar ropas, gajes y dádivas para los escribanos, repartiendo la resta entre nosotros.

—Si son solamente quinientas y vos además queréis parte, no contad conmigo —dijo el señor Pan—. Más vale le pidáis unas monedas por las molestias y os olvidéis de ello.

—Bien, hágase como vos queráis, señor Tercero. ¿Qué se os ocurre?

—Desentendeos de ello y dejad que yo me ocupe del sustituto y de untar a los escribanos. Pedidle que pese las quinientas onzas y las ponga a buen recaudo en la casa de empeños, dándome a mí aparte treinta para las costas, y le decís que yo respondo de la licenciatura del hijo, que si no aprueba, no tocaré una sapeca. ¿Está bien así?

—Yo no veo estorbo —respondió Li el Cuarto.

Concertáronlo de tal suerte, y fijada fecha para el pago, Li el Cuarto partió, en tanto Pan el Tercero volvía al lado de Kuang Chaoren y le decía:

—Cuento con vos para cierto negocio, licenciado.

—Todo he oído, y haré lo que esté en mi mano —dijo Kuang Chaoren—. Mas me pregunto si he de componer fuera el examen y hacerlo pasar de algún modo, o entrar y ocupar el lugar del bachiller, pues en tal caso no me veo con fuerzas de suplantarlo.

—Perded cuidado, que yo sabré protegeros y no permitiré que salgáis perjudicado —dijo Pan el Tercero—. Cuando traigan el dinero, iremos juntos a Shaoxing.

Con ello, Kuang Chaoren volvió a sus aposentos; y apenas pasados unos días, Pan el Tercero fue a buscarlo con el bagaje. Partieron, pues, y atravesando el Qiantang, no tomaron descanso hasta llegar a Shaoxing, donde hicieron mansión en una apacible posada de un callejón cercano a la residencia del presidente de examen. Al otro día, Li el Cuarto apareció con el bachiller y estuvieron platicando. Llegada la tercera vigilia del día anunciado por el presidente, Pan el Tercero marchó con Kuang Chaoren para la escuela donde se celebraban los exámenes, a cuyas puertas el licenciado vistió túnica azul, fajín grana y gorro negro, dejando los hábitos que traía puestos al cuidado del acompañante, que partió luego de darle los postreros comendamientos.

Pasada la quinta vigilia, sonaron tres salvas de cañón y el presidente de examen llegó a la escuela, ocasión que Kuang Chaoren aprovechó para sacar un bastón de alguacil[286] y entrar con los otros sayones que aguardaban alborotando cabe la segunda puerta. El presidente pasó lista, y llegado el turno de Jin Yao, Kuang Chaoren hizo un guiño al bachiller y éste se escabulló entre las sombras en lugar de marchar para la celda señalada, trocando con el licenciado, que se le unió al punto, gorros y ropajes, con que Jin Yao se pegó a los alguaciles, bastón en mano, y Kuang Chaoren entró en la celda con el pliego de examen. Y sin mayor contratiempo culminó su composición, entregando el pliego más bien tarde, con que tornó a su aposento sin que ni los mismos espíritus descubriesen el trueque. Publicadas las listas, Jin Yao aprobó en lugar destacado.

El viaje de vuelta lo hizo Pan el Tercero con Kuang Chaoren, al que dio por gajes doscientas onzas de plata al término, aconsejándole:

—No malgastéis este dinero, licenciado; haced con él lo que es de razón.

—¿Lo que es de razón?

---

[286] *Shuihuogun*, «bastón de agua y fuego» que usaban los alguaciles, negro y redondo en su parte superior, rojo y ligeramente aplanado en la inferior.

—Habéis cumplido el luto, y hora es que os caséis. Sabed que un buen amigo mío, asentado con el gobernador provincial y con un hijo alguacil en la audiencia, hombre honrado a todas luces, que llaman Zheng, me viene pidiendo le busque marido para su hija tercera, y aunque siempre he tenido la vista puesta en vos, no he podido presentaros por vuestros pocos dineros. Pues ahora todo cambia, y si tenéis interés, una palabra mía bastará a arreglarlo, que podréis vivir con ellos y yo os echaré una mano con las costas del casamiento.

—¿Cómo no voy a tener interés, siendo tanta vuestra consideración, señor Tercero? —dijo Kuang Chaoren—. Mas ahora que tengo unos dineros, no puedo consentir que sigáis gastando los vuestros conmigo.

—No entendéis. La casa de vuestro futuro suegro es muy chica y tendréis que arrendar otra si os quedáis con ella, que, siendo dos, y con hijos que alimentar y criar, que ya vendrán, no podréis seguir viviendo como huésped. Y yo, que soy carne y uña con vos, ¿no voy a poder gastar unos dineros? Ya tendréis ocasión de volvérmelos cuando medréis.

Kuang Chaoren quedó sin saber cómo agradecerle. Así pues, Pan el Tercero hizo la petición formal, y recibido el billete de horóscopos, pidió a Kuang Chaoren una docena de onzas con que comprar unas joyas y cuatro vestidos para la desposada, quedando las bodas concertadas para el quince del mes décimo.

Llegado el día, Pan el Tercero convidó a un almuerzo a Kuang Chaoren, diciéndole mientras comían:

—Soy vuestro casamentero, y como tal os acompañaré hoy a la casa de la desposada; este almuerzo bien podría ser vuestro banquete de retribución al casamentero.

Riéronlo ambos. Comieron, y el señor Pan lo apremió a darse un baño y a calzar las ropas que tenía dispuestas para él, que eran una túnica azul zafiro, bonete y zapatos, todo nuevo. Llegada la hora fasta, subieron a sus sillas de manos y enfilaron para la casa de la desposada, precedidos de una pareja de portadores de farolillos. Al cabo recalaron en la casa, de tres cuartos, perdida en un callejón aledaño de la residencia del gobernador provincial. El señor Pan dio los dineros de apertura, doscientas sapecas, y la puerta se abrió y apareció el señor Zheng, quien, reconociendo en su futuro yerno al pasajero que años antes había recogido en su barca, vio en el casamiento la mano del cielo. Juntas las manos, Kuang Chaoren saludó al suegro, la suegra y el cuñado. Concluso el banquete, Pan el Tercero se despidió de todos, y Kuang Chaoren fue apremiado a entrar en la cámara nupcial, quedando admirado de la hermosura de su esposa. Juntos bebieron el vino ritual[287] y se convirtieron en marido y mujer, sobre lo que no es menester entrar en prolijidades. Al otro día, Pan el Tercero despachó a la casa una cantina con comida, en agradecimiento al suegro, y éste lo convidó a almorzar, festejando toda la jornada.

Pasó al punto un mes, y como la casa del señor Zheng ya se había quedado chica, Pan el Tercero arrendó en cuarenta onzas de plata cuatro cuartos junto a la librería, a los que se mudaron los desposados apenas comprados los muebles y otras alhajas. Kuang Chaoren convidó a un banquete a los vecinos y compró cuatro fanegas de arroz, y en ello se le fueron los dineros; pero por fortuna contaba con el señor Pan, quien lo socorría en todo, comprándole las cosas a precios baratos, y de añadidura el librero vino a encomendarle dos nuevas antologías, por las que le dio sus buenas onzas de plata,

[287] *He jin*, beber «juntos el *jin*», parte de la ceremonia de matrimonio que da nombre a la boda en su conjunto, en la que cada contrayente bebe el vino ritual en las oquedades de una pequeña calabaza de peregrino curada y cortada longitudinalmente en dos mitades simétricas.

amén de unos ejemplares para vender a su beneficio, con que pudieron ir pasando. Al año tuvieron una hija, y vivían felices.

Un día, sentado Kuang Chaoren a la puerta de su casa, se le acercó uno tocado con gorro alto y túnica azul, que le preguntó:

—¿Vive aquí el señor Kuang, del distrito de Yueqing?

—Ante vos lo tenéis —respondió el licenciado—. ¿Qué lo queréis?

—Estoy en Zhejiang por encargo del inspector Li, que me manda con carta para vos, señor.

Kuang Chaoren hizo entrar al mensajero y le ofreció asiento, abriendo la carta. Era de su padrino Li y decía que las acusaciones contra él habían sido revocadas en su día, y que a los pocos meses de la rehabilitación había sido llamado a la capital para ser investido con la dignidad de inspector, y lo convidaba a ir a su casa, donde podría prestarle asistencia. Kuang Chaoren agradeció con una comida al mensajero, despidiéndolo al cabo con la respuesta, que decía: «Atendiendo a la llamada del maestro, este vuestro pupilo partirá cuanto antes a la capital para recibir vuestras enseñanzas.»

Mas como a poco recibió carta de su hermano mayor en que le anunciaba que el presidente de examen llegaría en breve a Wenzhou para convocar las pruebas anuales para licenciados, y le aconsejaba presentarse a ellas, Kuang Chaoren no quiso perder la ocasión, y llamando a su casa a la suegra para que hiciese compañía a la mujer, lió sus cosas y partió para Wenzhou. Y tan bien hizo el examen, que salió el primero de la lista y ganó los elogios del presidente, quien lo recibió a solas y lo recomendó para el Colegio Imperial como licenciado excelso por su piadosa conducta, lo que agradeció Kuang Chaoren con sentidas palabras. Al cabo tornó a Hangzhou, donde acordó con el señor Pan erigir un mástil de bandera y una tablilla en el templo de los antepasados, en Yueqing, para honrar a la familia, encargando también la hechura de tres vestidos palaciegos, uno para él, otro para su madre y otro para la esposa. Al cabo, y para afrontar sus gastos, pidió prestadas tres onzas de plata por vía de mancomunidad a cada uno de los libreros, quienes le hicieron llegar otros presentes.

Aún no tenía fijada fecha propicia de vuelta a Yueqing, cuando llegó de visita Jing Lanjiang y lo convidó a una taberna. Y como apurando el vino, Kuang Chaoren le contara qué había sido de su vida, Jing Lanjiang quedó muy admirado y al punto mencionó a Pan el Tercero y dijo:

—¿No lo sabéis?

—¿Qué cosa?

—Anoche fue hecho preso y ahora está en el calabozo.

—¡No puede ser, si ayer de tarde estuve con él! —exclamó, sorprendido, Kuang Chaoren—. ¿Por qué iba a ser hecho preso?

—No os miento, que lo sé por un pariente mío, escribano en la Concejalía de Justicia de la audiencia, al que he ido a felicitar hoy sus días; por él me he enterado, y por los demás, que no hablan de otra cosa. Dicen que la orden viene del gobernador provincial, y que el magistrado mandó apresarlo a medianoche, para que no huyese; que rodearon la casa, y ahí mismo le echaron mano. El magistrado no le preguntó cosa alguna, solamente le pasó la requisitoria para que la leyese, y Pan el Tercero no protestó al verla, antes se hincó de rodillas, dejándose luego llevar sin decir esta boca es mía; pues así los porquerones lo sacaron de la casa, el magistrado dio orden de llevarlo a las celdas interiores, con los bandidos. ¡En buena se ha metido! Si no me creéis, venid conmigo a ver a mi pariente, que os enseñe la requisitoria.

—Eso sería lo mejor —dijo Kuang Chaoren—; llevadme allá, que yo vea de qué lo acusan.

Con que pagaron lo bebido y salieron de la taberna, marchando derechos para la casa del escribano de la Concejalía de Justicia, que llamaban Jiang. Estaba éste agasajando a unos amigos, pero de que los vio entrar los pasó a la sala de lectura y les preguntó el propósito de su visita, respondiendo Jing Lanjiang:

—Mi amigo quiere ver los cargos que pesan contra Pan el Tercero, el que arrestaron anoche.

Fijada a su tablilla estaba la requisitoria que trajo el escribano, la cual decía:

> *Requerimiento contra Pan Ziye, por otro nombre Pan el Tercero, truhán de esta plaza, el cual usurpa el nombre de la Comisaría de Administración Provincial para señorear a las autoridades locales, acaparar casos legales, prestar dinero a interés y corromper a las gentes honradas, y en verdad no hay fechoría que no acometa. Tan gran malhechor no puede andar suelto ni un instante, y por ello solicito respetuosamente a ese Distrito lo haga preso y diligencie las oportunas pesquisas e informes para que sobre él recaiga el peso de la justicia. Es caso perentorio, que no admite demora.*

Después venía una lista con más de diez acusaciones: primera, apropiación de grandes sumas de dinero; segunda, encubrimiento de homicidios; tercera, uso fraudulento del sello oficial y el pincel de bermellón de la audiencia del distrito; cuarta, falsificación de otros sellos oficiales; quinta, rapto de mujeres; sexta, usura desmedida, causante de suicidios; séptima, cohecho de escribanos de la escuela de exámenes y apalabramiento de suplantadores de los examinandos... Seguían otras acusaciones, pero Kuang Chaoren no pudo leer más, pues la postrera lo dejó sin gota de sangre en el cuerpo. Y, por obra de ello,

Por afecto del maestro al pupilo
Casa por vez segunda un desposado;
Los amigos se alejan uno de otro,
Y los sentimientos quedan a un lado.[288]

Pero si quieres saber qué sucedió luego, habrás de leer el siguiente capítulo.

---

[288] *Nan yan lanxiu*, lit. «difícil es hablar de aroma de orquídeas», de amistad verdadera. La expresión «aroma de orquídeas» empleada en este sentido procede del *Libro de los cambios* («Jici», I): «Fragantes como la orquídea son las palabras que hablan entre sí las personas del mismo sentimiento».

CAPÍTULO XX

KUANG CHAOREN RÍE EN CHANG'AN, CIUDAD DE LA PAZ DURADERA;[289] NIU BUYI MUERE EN LA DE WUHU, DEL LAGO DE LAS HIERBAS

Leyó la requisitoria Kuang Chaoren, la color mudada, y sintió como si le abriesen la cabeza en dos y lo bautizasen con agua helada. Decíase entre sí: «Yo estoy envuelto en dos de estas acusaciones. ¡Que el cielo me proteja si les da por entrar en pesquisas!»

Con ello se despidieron del escribano y salieron a la calle, marchando Jing Lanjiang a casa. Esa noche la pasó Kuang Chaoren desvelado, atormentado de la desazón; la mujer le preguntó qué tenía, pero él no osó descubrir la verdad, antes le dijo:

—Me han recomendado al Colegio Imperial y debo presentarme en la capital para recibir empleo de oficial. Aquí sola no podéis quedaros; más vale que vayáis a Yueqing, con mi madre, mientras yo estoy en la capital, que si las cosas van bien os llamaré para que vengáis conmigo.

—No os inquietéis por mí, que me quedaré y pediré a madre que venga a hacerme compañía —contestó la esposa—. Pero no me mandéis al campo, que no estoy hecha a esa vida y poco aprovecharía.

—No entendéis, pues en tanto esté yo aquí, podemos ganarnos el sustento; ¿pero cómo os vais a arreglar cuando me vaya? Vuestro padre no puede manteneros, que apenas le da para ir viviendo, y no tiene lugar; además, cuando me nombren oficial os convertiréis en toda una señora, y no sería propio vivir en un lugar como éste. No, tenéis que mudaros a mi casa. Podemos ganar cuarenta onzas alquilando estos cuartos; de ahí cogeré lo que haya menester para el viaje, y el resto lo ponéis en la tienda de mi hermano, que os vaya rentando. La vida es barata allá y podréis comer todos los días pollo, pescado, pato y puerco. ¿Tiene eso algo de malo?

No se avenía la mujer a vivir en el campo, y como él siguiese haciendo instancia, al cabo perdió ella los estribos y hubo sofocones y lloros. Kuang Chaoren confió al mozo el arriendo de la casa y juntó los dineros; mas como la mujer siguiera en sus trece, hubo de llamar a los padres, que la persuadieran. La madre se puso del lado de la hija, mas no así el padre, que viendo ya oficial al yerno, la regañó por su poco entendimiento, con que la buena mujer no tuvo más remedio que dar su brazo a torcer. Con ello apalabraron una barca, en la que metieron todas las alhajas de la casa, encomendando Kuang Chaoren el cuidado de la mujer al cuñado, al que dio una carta para el hermano aclarando que el dinero que ella iba a poner en la tienda era para su diario sustento. Llegado el día de la partida, la mujer se despidió llorando de sus padres, embarcó y zarpó para su destino.

Kuang Chaoren hizo el bagaje y marchó a la capital, a la que llegó sin mayor contratiempo. Su padrino, el inspector Li, acogió con gran regocijo las nuevas de su aprobado en el postrer examen y la recomendación para el Colegio Imperial en calidad de licenciado excelso, diciéndole:

---

[289] Chang'an *dao*, el «circuito (división administrativa) de la Paz Duradera». «Chang'an» ha sido nombre de diversas localidades y regiones a lo largo de la historia; aquí se refiere a Pekín, la capital imperial desde 1421.

—Mi docto amigo, en breve habrá exámenes para los candidatos a tutores, y yo seré el presidente; presentaos, que el aprobado es cosa hecha. Traed acá el bagaje y quedaos a vivir unos días.

Kuang Chaoren aceptó el ofrecimiento y se mudó a su casa. A los pocos días, como el padrino le preguntara si era casado, temiendo que tan distinguido oficial lo tuviese en menos al saber que su suegro era porquerón de audiencia provincial, contestó:

—Aún no.

—Pues ya va siendo hora que os caséis, que estáis en edad[290] —dijo el padrino—. Os buscaré una buena mujer.

Y, la tarde siguiente, un criado viejo, enviado del inspector, entraba en la biblioteca y le anunciaba:

—El señor le manda respetos y dice que ayer, mencionando v. md. ser soltero, pensó en una sobrina linda y talentosa de diecinueve años que tiene, criada por la señora, que ahora está aquí. El señor quiere que v. md. case con ella, que él carga con todas las costas, para no importunar, y me manda para pedir el consentimiento de v. md.

Kuang Chaoren quedó frío; hubiese querido aclarar que era casado, pero había dicho lo contrario el día anterior, y por otro lado consentir le parecía poco noble. Mas al cabo trajo a la memoria un personaje de ópera y pensó entre sí: «¿Pues no tenía dos mujeres Cai Yong,[291] el letrado supremo, y todos ven en ello una gran historia de amor? ¿Qué mal le hace?» Y dio su consentimiento.

Holgóse mucho el inspector con la respuesta y, diciéndolo a la mujer, escogió día fasto y mandó aprestar farolillos y ornamentos, dando por dote a la sobrina unos centenares de onzas. Llegado el día, Kuang Chaoren vistió bonete de seda crespa, túnica oficial, fajín dorado y botas negras, y luego de postrarse ante el inspector y esposa, ya cumplido el ceremonial, fue llevado, entre sones de instrumentos de cuerda, a la cámara nupcial. La desposada, la joven Xin, se quitó el velo rojo, y era tanta su belleza, que opacaba el brillo de la luna y eclipsaba el orgullo de las flores. Y, si bella era la desposada, no menos lo era la sustanciosa dote que aportaba al matrimonio, de modo que Kuang Chaoren se creía en la mansión lunar de Chang'e, en presencia del hada, y su espíritu volaba más allá del Noveno Cielo. Gozando de la compañía de su joven esposa y regalándose en la gran vida pasó meses de empírea felicidad.

Pero llegó el día en que, aprobado el examen para tutor, hubo de volver a la capital provincial para hacerse de una certificación de las autoridades locales. Sollozando se despidió de la mujer y partió para Zhejiang, y lo primero que hizo en Hangzhou, la capital, fue llegarse a ver a su otro suegro, el señor Zheng. Cuál no sería

---

[290] *Biao mei zhi hou*, estáis en la «época en que caen los ciruelos», la edad núbil de la mujer. Expresión tomada del *Libro de las odas* («Biao you mei», núm. 20), de un poema cuyo primera estrofa, semejante al resto, dice: «Caen las ciruelas / sólo quedan siete décimas partes / para el caballero que me busque / éste es el momento afortunado».

[291] Se refiere al personaje principal de *Pipa ji* [Registros del laúd], obra teatral de Gao Ming (c. 1305-c. 1370). El argumento, a grandes rasgos, es el siguiente: Cai Yong, letrado pobre e hijo piadoso de la ciudad de Chenliu, casado con Zhao Wuniang, obtiene el grado de letrado supremo en la capital y es disuadido de volver a casa por el primer ministro Niu Xutong, quien además le da por esposa a su hija. Para no ofender al ministro, Cai Yong no tiene más remedio que aceptar, a pesar de que está casado. Durante largos años trata de saber de sus padres, pero es engañado con el embeleco de que se hallan bien, cuando en realidad han perecido en una hambruna que azotó la región. Zhao Wuniang, su primera mujer, llega a la ciudad mendigando, y tras muchas peripecias logra encontrarlo, contándole el triste sino de sus padres. Cai Yong vuelve con ella a Chenliu para rendir los últimos tributos a sus padres y termina viviendo feliz con sus dos esposas, que se hacen amigas. Un decreto imperial otorga honores póstumos a los padres y elogia la piedad filial de Cai Yong y la fidelidad de su primera esposa.

su sorpresa al encontrar al anciano con los ojos bermejos de tanto llorar, a su hermano sentado en puesto de huésped y a su suegra sollozando en el aposento interior.

—¿Qué haces aquí, hermano? —preguntó tras hacer una reverencia al suegro—. ¿Por qué está todo el mundo llorando?

—Entra el bagaje, lávate y bebe una taza de té, que luego te explico —contestó el hermano.

Kuang Chaoren se lavó y entró a saludar a la suegra; mas así lo vio la buena señora, rompió a llorar y a darse de cabezadas contra la mesa y la banqueta, gritándole:

—¡Vos tenéis la culpa de todo, que si no fuera por vos, mi hija siguiera viva!

Lo cual bastó para que Kuang Chaoren corriera al otro cuarto y pidiera explicaciones al hermano, quien le dijo:

—Tu mujer vino a casa así tú marchaste, y era tan buena, que madre estaba harto dichosa con ella; pero las mujeres de la ciudad no se hacen al campo, y pues no sabía ninguna de las labores en que se emplea tu cuñada, acabó por resignarse a estar de brazos cruzados, en tanto madre y tu cuñada se desvivían por ella, lo que le dio mucha pena, tanta, que empezó a escupir sangre. Madre, que está bien de salud, cuidaba de ella, al contrario de como debía ser, y tu mujer lo veía y se ponía peor; se apagaba, y como no hay buenos médicos en el campo, en menos de cien días dijo adiós a este mundo. Yo acabo de llegar con la mala nueva, y por eso tus suegros están llorando.

Kuang Chaoren no pudo evitar que le cayesen unas lágrimas, preguntando al cabo:

—¿Y el funeral?

—Una sapeca no había en casa cuando murió, y yo tampoco pude coger de la tienda, que lo que tenía no alcanzaba para cosa alguna, y le dimos la mortaja y el ataúd que teníamos aprestado para madre.

—Hiciste bien.

—Tampoco había lugar en casa para la caja, y la dejamos detrás del templo, en espera que volvieses y la enterrases. Llegas a tiempo; recoge tus cosas y vamos.

—No es tiempo aún para el enterramiento —respondió Kuang Chaoren—. Coge estas onzas que aún me quedan, y haz que añadan unos pocos ladrillos más a los que cobijan la caja, de manera que pueda aguantar unos años; y, al volver a casa, apalabra un pintor que le haga un retrato con peinado de fénix y vestido de encaje, y cuando lleguen las fiestas, hacedle ofrendas y que la hija queme incienso para contentar su espíritu, que, como dice el suegro, ahora es una señora. La otra vez que estuve en casa también ajusté para madre un vestido de encaje: que se lo ponga cuando reciba a los parientes, para distinguirse de las gentes vulgares. Y otra cosa: de que vuelvas a casa, tienes que decir que te traten de señor, que hay que vivir según nuestra calidad y guardar las apariencias. Cuando sepa qué puesto voy a ocupar, os haré venir conmigo a ti y a tu mujer, para que compartáis mi fama.

Tan de sorpresa le cogió al hermano el discurso, que a punto estuvo de caer redondo; pero, con todo, prometió hacer lo que le pedía. Esa noche, Kuang Chaoren cenó con los suegros y durmió en su casa; al otro día salió de compras, dando al hermano unas docenas de onzas de plata.

A los tres o cuatro se presentó a visitarlo Jing Lanjiang acompañado de su deudo Jiang, el escribano de la Concejalía de Justicia, los cuales, viendo las estrecheces que había en la casa del señor Zheng, lo convidaron a una casa de té. Mas no era éste el Kuang Chaoren de antes, pues, aunque no lo mencionó, dejó entender que no era su gusto pisar tal lugar. Jing Lanjiang adivinó sus pensamientos y dijo:

—Estáis aquí para diligenciar una certificación de las autoridades antes de ocupar empleo oficial, y no sería propio de vos entrar en una casa de té; pero no veáis

en mi propósito más que el deseo de agasajaros con unas cosas de comer, y acaso podamos ir a un buen figón, que es lugar más digno.

Parecióle bien a Kuang Chaoren y los tres marcharon al figón, donde Jing Lanjiang escanció el vino y le preguntó:

—¿Vuestro cargo de tutor es también por examen?

—¡Y cómo no! —respondió Kuang Chaoren—. A él solamente podemos presentarnos los letrados que llegamos a oficiales siguiendo los cauces debidos. Sepan v. mds. que nuestros discípulos son todos hijos de nobles.

—¿Es como enseñar en la escuela?

—No, pues el lugar donde ejercemos nuestro ministerio se asemeja a una audiencia en que hay sillones oficiales, bermellón, pinceles y tinteros, todo en su debido orden, y yo no tengo más que ocupar mi puesto por las mañanas y hacer una marca con el pincel cuando un discípulo me presenta una composición, para que se retire. Mis discípulos de más baja categoría son oficiales de tercer grado por herencia, futuros gobernadores provinciales o generales, y todos han de arrodillarse ante mí, y mi maestro no es otro que el gran libador del Colegio Imperial, hijo del primer ministro, el gran tutor. Pues oigan v. mds.: hace unos días, el gran tutor enfermó, y no quiso recibir a los oficiales de la Corte que se llegaban a preguntar por su salud; pero a mí sí me recibió, y estuve platicando con él sentado en su cama.

Jing Lanjiang aguardó a que terminase de hablar, y pausadamente dijo:

—El hermano Pan sigue en prisión. Sabe que estáis de vuelta, y el otro día me dijo querer veros para hablaros de sus desventuras. No sé qué pensaréis de ello.

—Bravo sujeto, Pan el Tercero —respondió Kuang Chaoren—, pues antes de andar metido en líos nos convidaba en la taberna y encargaba, por lo menos, un par de patos, carnero, puerco, pollo y pescado; nunca se hubiese dignado catar la carne de un figón como éste. Es pena que esté en apuros, pues hubiese gustado de ir a verlo; pero mi estado no es el de antes, que como servidor del trono debo regirme por la ley, y visitarlo en la cárcel sería faltar a sus principios.

—Pero vos no sois oficial del lugar y no haríais más que visitar a un amigo —apostilló el escribano Jiang—. ¿Qué de malo hay en ello?

—Señores, quizás no debiera decir lo que voy a decirles, pero estamos entre amigos —apuntó Kuang Chaoren—. Pues digo que a la vista de las cosas que el hermano Pan ha hecho, yo mismo, de desempeñar aquí cargo oficial, tendría que haberlo hecho preso; ir a visitarlo a la cárcel puede dar pábulo al pensamiento de que estoy en contra de la sentencia, y ninguno que se rija por la ley lo haría. Además, todas las audiencias de la comarca saben que he venido en busca de la certificación; ¿qué sería de mi honra si mis superiores toman conocimiento de que he ido a visitarlo a la cárcel? ¿Cómo iba a hacer tal cosa? Os molesto, señor Jiang, pidiéndoos me encomendéis al señor Pan y le digáis que siempre lo recordaré, que si la fortuna me otorga buen nombramiento a mi vuelta a la capital, estaré muy gustoso de mandarle, al año o así, unas onzas de plata para ayudarlo.

Vieron los otros que no había manera de persuadirlo y, concluida la comida, se despidieron, acercándose el escribano Jiang a la cárcel para contarle a Pan el Tercero lo acaecido.

Obtenida la certificación, Kuang Chaoren compró pasaje para Yangzhou, embarcando en la canal Quebrada. Viajaban en la cámara central dos hombres, uno anciano vestido de túnica amarilla, fajín de seda y botas encarnadas, y otro de edad mediana tocado con túnica azul y botas negras de suelas blancas. Y pues ambos llevaban también bonete de letrado, Kuang Chaoren se llegó a saludarlos y tomó asiento a su lado, preguntando sus nombres.

—Un servidor se llama Niu Buyi —respondió el anciano.

—Hace tiempo que deseaba conoceros —dijo Kuang Chaoren, que sabía del anciano por lo que de él le había contado Jing Lanjiang.

—Y este señor es Feng Zhuo'an —añadió Niu Buyi—, aprobado de los exámenes provinciales, que va a la capital para los metropolitanos.

—¿Vos también vais a la capital, señor Niu? —preguntó Kuang Chaoren.

—No, vuestro menor va al distrito de Wuhu a visitar unos amigos, y viajo con el señor Feng porque nos conocemos de antiguo —dijo Niu Buyi—. En Yangzhou cambio de barca, tomando la de Nanquín, la que baja por el río. ¿Y vos? ¿Cuál es vuestro honorable nombre, y de dónde sois?

Kuang Chaoren dijo su nombre, y al oírlo, Feng Zhuo'an ponderó:

—El señor es, pues, el famoso compilador de Zhejiang; vuestro menor ha leído muchas de vuestras celebradas antologías.

—Fama literaria no me falta, pues son cinco o seis los años que he estado en Hangzhou apartando composiciones de doctores y licenciados y escribiendo comentarios en torno a los *Cuatro libros*, los *Cinco clásicos* y la *Antología de textos antiguos*. En un librillo que tengo en casa llevo anotadas las obras que he escrito, y en todo son ya noventa y cinco. Pues de cada libro que me publican no venden menos de diez mil ejemplares, y las gentes vienen de propósito a comprarlo desde Shandong, Shanxi, Henan, Shaanxi y Beizhi peleándose por él. Uno de mis libros, publicado el año pasado, ya ha sido impreso tres veces. A decir verdad, señores, las gentes cultivadas de estas cinco provincias veneran tanto mi nombre, que no hay casa en la que falte una tablilla dedicada al «Maestro Kuang, Antepasado de los Letrados».

—Ahí es nada, señor mío —dijo sonriendo Niu Buyi—. Me da que cargáis la mano un punto, pues, que yo sepa, solamente a los muertos se los trata de antepasados. ¿Cómo pueden llamaros como decís, si vos aún estáis entre los vivos?

—Pues así es —remachó Kuang Chaoren, muy sonrojado—. Lo de antepasado lo usan también para los vivos.

No quiso argüir Niu Buyi, y en eso tomó la palabra Feng Zhuo'an:

—¿Qué juicio os merece Ma Chunshang, el compilador de composiciones?

—Es buen amigo mío —respondió Kuang Chaoren—. Conoce los cánones, pero le falta genio, y por esos sus libros no se venden bien; y, como vos sabréis, este punto es de la mayor consecuencia, pues si un libro no se vende, la librería pierde dinero. Mis antologías, por contra, se venden hasta en el extranjero.

Y platicando de esta y otras cosas compartieron unos días la misma barca hasta llegar a Yangzhou, donde Feng Zhuo'an y Kuang Chaoren tomaron su derrota para Huai'an, siguiendo luego por tierra viaje a la capital.

En solitario embarcó Niu Buyi en el bote que baja por el río, llegando luego de atravesar Nanquín a Wuhu, donde echó pie a tierra, haciendo mansión en un templillo próximo al Puente Flotante, que llaman del Dulce Rocío. Contaba éste con tres salas fronteras: la del centro, con un altar consagrado al venerable Skanda, la de la izquierda, clausurada, a cuyo frente se apilaba un montón de leña y heno, y la de la derecha, por la que se pasaba a un gran patio en el que desembocaban las tres naves principales y las dos salas posteriores. En una de éstas se alojó Niu Buyi; la otra la ocupaba un monje viejo. Y allí hacía su vida: de mañana salía a visitar amigos, y al anochecer volvía, prendía el candil y se ponía a recitar versos. El monje viejo, compadecido de su soledad, acostumbraba llevarle el té a su cuarto, quedándose de charla con él hasta la medianoche, y los días de luna llena salían al patio y platicaban del pasado y del presente, de suerte que los dos hombres convivían en buen entendimiento.

Mas quiso la mala suerte que Niu Buyi cayese muy enfermo. Un médico le recetó unos remedios, y el buen letrado tomó unas docenas de dosis; mas como al cabo no apreciara mejoría alguna, llamó al monje, y ofreciéndole asiento a la orilla del catre, le dijo:

—Trescientas leguas me separan de casa, maestro, y siendo aquí forastero, habéis cuidado de mí con gran diligencia desde que me vino esta enfermedad que me tiene con un pie en la otra vida. No tengo hijos, solamente mujer, de menos de cuarenta años; el amigo que viajaba conmigo está en la capital examinándose, y vos sois uña y carne conmigo. Mirad: en la arqueta que veis acá, cabe el lecho, hay seis onzas de plata; compradme con ellas la caja, si muero. Y también hay unos pocos vestidos de tela, por los que os podrán dar unos dineros, con que os ruego apalabréis unos monjes que lean las escrituras por mí, para que mi espíritu quede libre de sufrimientos y pueda subir a los cielos. La caja ponedla en cualquier trozo de tierra que veáis por ahí; escribid en ella: «Niu Buyi, simple plebeyo de la gran dinastía Ming.» No me incineréis, que mis parientes acaso vengan a buscar el cuerpo. Mi gratitud será eterna cuando esté en las Nueve Fuentes.

—Sosegaos, que buen corazón quebranta mala ventura —respondió el monje, sin poder contener las lágrimas—. Si algo os ocurre, haré como decís.

Niu Buyi se sentó con mucho trabajo, y de debajo de la estera que cubría el lecho sacó dos libros, que entregó al monje, diciéndole:

—En estos libros están cuantos versos he escrito; no son gran cosa, pero en ellos nombro a todos mis amigos, y por eso no quiero que se pierdan. Tomadlos, maestro, que mi espíritu habrá de alborozarse si algún letrado repara en ellos y los imprime.

Con ambas manos recibió los libros el monje, quien, viendo que a Niu Buyi le faltaba el aire, corrió al punto a su celda e hizo una sopa de nefelio y semillas de loto, que llevó al enfermo, ayudándolo a reclinarse para poder dársela; pero Niu Buyi estaba tan débil, que ni fuerzas para tragar le quedaban, y tras un par de sorbos se dejó caer de nuevo, volviendo la cara a la pared. Esa noche, los estertores de la muerte sonaron en el templo; Niu Buyi dio el postrer suspiro, y su espíritu abandonó el cuerpo. El monje viejo lo lloró con amargura.

Ocurría esto el tercer día del octavo mes del año nono de la era de Jiajing, tiempo de calores. El monje cogió la plata, compró el ataúd y pidió a unos vecinos lo ayudasen a poner en él el cuerpo; luego vistió su hábito y empuñó su batintín,[292] y delante de la caja recitó los ensalmos para el renacimiento en la Tierra Pura.

«¿Dónde pongo la caja?», se preguntó al cabo. «Sacaré la leña de ese cuarto y la pondré ahí», se dijo. Y, anunciándolo a los vecinos, se quitó la ropa talar, y ayudado de ellos apiló la leña en el patio y llevó el ataúd a la nave sinistra, en cuya mesa puso también pajuelas de incienso, candelabros y banderolas para invocar al espíritu, con que, inclinado ante el altarcillo así dispuesto, se abandonó a sus lamentaciones. Al cabo, convidó a los presentes a tomar té sentados en el patio, al tiempo que aderezaba unas gachas y mandaba a comprar cinco o diez azumbres de vino, gluten de trigo, queso de soja y verduras, viandas que, cocinadas de un vecino al que pidió el favor, puso en platillos ante la caja, para hacer las libaciones. Concluidas éstas, llevó el resto de la comida y el vino al patio y repartió[293] todo entre los presentes, diciendo:

—El señor Niu era forastero, y aquí lo sorprendió el descanso eterno; nada dejó tras él, y yo apenas he podido hacer unos pobres aprestos. ¡Buda Amida! Todo el día los

---

[292] *Shoujizi*, gong pequeño empleado por los monjes budistas.

[293] *Da san*, distribuir las ofrendas entre la gente una vez concluido el sacrificio. Como las ofrendas también reciben el nombre de «alimentos de la felicidad» (*fushi*), esta práctica suele ser conocida como «distribuir la felicidad» (*sanfu*).

tengo ajetreados y no puedo ofrecerles una mala comida, por ser un pobre monje, apenas un trago de vino y unos cuencos de verdura. Ruego a v. mds. no se ofendan, que el hacer bien nunca se pierde.

—Como vecinos hemos de ayudarnos en la necesidad, y ya harto mal tenemos en haberos hecho gastar tantos dineros —respondieron los presentes—. No digáis eso, maestro.

Con que comieron, volviendo luego a sus casas. A los pocos días, el monje, fiel a su palabra, apalabró ocho hermanos del monasterio de la Buena Fortuna, quienes estuvieron toda la jornada recitando las «Plegarias del emperador de Liang»[294] en memoria del difunto.

En lo que hacía a él, no había día que no quemase incienso ante el ataúd, ni derramase unas lágrimas cuando de mañana y noche recitaba las escrituras, o al abrir y cerrar la puerta.

Una noche, cumplidas ya las devociones nocturnas, el monje estaba por cerrar la puerta, cuando vio un muchacho de hasta diecisiete o dieciocho años que, con un cuadernillo de cuentas[295] en la mano derecha y un libro en la izquierda, entraba en el templo, se sentaba a los pies del venerable Skanda y se ponía a leer al lado de la lámpara de vidrios de colores. El monje no quiso molestarlo y lo dejó estar allí, leyendo, hasta verlo marchar pasada la segunda vigilia. Mas como al otro día volvió a repetirse la visita, y lo propio ocurrió los cuatro o cinco días siguientes, el monje, picado de la curiosidad, se acercó a él y le preguntó:

—¿De quién eres, hijo? ¿Por qué vienes aquí a estudiar todas las noches?

El muchacho se inclinó ante él con mucho respeto, las manos juntas a la altura del corazón,[296] y tratándolo de maestro le dijo cómo se llamaba. Y, por causa de ello,

Determina ser letrado de fama
Y con voluntad alcanza a lograrlo;
Descuida la hacienda de la familia
Y el que abrió negocio lo pierde al cabo.

Pero para saber quién era el mozo, habrás de leer el siguiente capítulo.

---

[294] Liang *huang chan*. Cuando el futuro emperador Wu de la dinastía Liang (502-549) aún era prefecto de Yongzhou, su mujer, cruel y celosa, muere y se le aparece en sueños todas las noches. El marido llama a unos monjes budistas, quienes por medio de estas plegarias logran que el espíritu de su mujer se convierta en el de una diosa y suba a los cielos.

[295] *Jingzhe*, «librillo de pliegues», cuadernillo en que los mercaderes anotaban sus cuentas, parecido en su forma a las escrituras budistas.

[296] *Chashou bu li fangcun*, lit. con «las manos trenzadas sin separarlas de la pulgada cuadrada» (el corazón), en señal de humildad y respeto.

CAPÍTULO XXI

FALSEA SU NOMBRE UN MOZO QUE BUSCA FAMA; RECUERDA AL DEUDO UN VIEJO QUE YACE EN CAMA

Leía el mozo en el templo del Dulce Rocío, cuando preguntado del monje cuál era su nombre, se adelantó, hizo una reverencia y dijo:

—Me llamo Niu, maestro, y también me dicen Pulang, Mancebo de Pukou, porque fui criado en la villa de Pukou con mi abuela materna. Vivo ahí en la calle frontera. Quedé sin padres de chico con sólo un abuelo, de más de setenta años, que se gana la vida con una velería, el cual me manda salir todos los días con este cuadernillo para cobrar a los deudores; pues una vez, al pasar delante de la escuela, sentí recitar a los que en ella estudian, y me pareció tan hermoso, que sisé unos dineros de la tienda y compré este libro que aquí leo, molestando con ello al maestro.

—Decía yo ha poco que los mozos no estudian por más dineros que gasten los padres en tutores, y mira por dónde tú hurtas para comprarte un libro —dijo el monje—. ¡Buena señal! Mas el suelo es aquí frío, y la luz tenue al lado del altar; en la nave hay mesa y una lámpara colgante. ¿Por qué no estudias allá, que estarás mejor?

Niu Pulang dio las gracias al monje y lo siguió a la nave, en la que había una mesa sobre la que colgaba una lámpara de aceite, y era muy apacible. Y, desde ese día, el mozo no faltó al templo; leía en un extremo de la nave mientras el monje meditaba sentado en el otro, y en ello se empleaban hasta la tercera vigilia.

Un día que el monje oyó recitar a Niu Pulang, se acercó a él y le dijo:

—Hijo, creía yo que querías pasar los exámenes para abrirte camino en este mundo y que estabas estudiando composiciones, pero veo que es poesía lo que cultivas. ¿De qué te aprovecha eso?

—Los mercaderes no podemos soñar con aprobar los exámenes —respondió Niu Pulang—. Si leo versos, es para ser más culto.

—¿Y puedes entender los versos que lees? —preguntó el monje, admirado de lo singular del mozo.

—Muy pocos; pero me contento con entender uno o dos.

—Si gustas de la poesía, cuando hayas leído más te mostraré dos libros de versos que te colmarán de alegría.

—¿Qué versos son, maestro? ¿Por qué no me dejáis leerlos ahora?

—No tengas tanto apremio; habrás de aguardar un punto —respondió sonriendo el monje.

Mas como el monje hubo de salir unos días al campo a recitar las escrituras para una familia, dejando su aposento cerrado y a Niu Pulang al cuidado de la sala, el mozo quedó con mucha desazón, preguntándose: «¿Qué poesías serán esas que el viejo no me ha querido enseñar? Estoy deseando verlas.»

Y, creyendo que más valía llegar a tiempo que rondar un año, esa noche abrió el aposento del monje y entró en él. Sobre la mesa había un incensario, una lámpara de aceite, un rosario de cuentas y unos libros canónicos ajados del uso, pero las poesías no aparecían por ninguna parte. Dudaba ya no fuese engaño del monje, cuando, al buscar junto al lecho, vio una arqueta con cerradura de cobre, y al abrirla encontró, bien envueltos, dos libros empastados en seda que tenían por título: *Poesías de Niu Buyi*. «¡Aquí están!», exclamó alborozado el mozo, al tiempo que cogía los libros. Cerrado el

cofrecillo, salió del aposento, encerrojando la puerta, y se puso a leer a la luz de la lámpara; y grande fue su alegría al advertir que, opuestamente a los versos de la dinastía Tang, tan dificultosos para él, éstos eran obra de un poeta de su época y podía entender cinco o seis de cada diez. Habíalos con títulos como «Al ministro de estado» tal o cual, «Recordando al comisario de estudios Zhou», «Paseo por el lago de la Collada de la Oropéndola con los señores de Lou, también dedicado a su honorable hermano mayor, el comisario de transmisión», «Despidiéndose del gran historiador [297] Lu», «Al intendente Wang», y el resto estaba dedicado a consejeros militares, magistrados y otras altas dignidades. Niu Pulang se dijo entre sí:

«Todos estos tratamientos de ministro, comisario, compilador y magistrado son de nuestra época, y prueban que los poetas no tienen que aprobar los exámenes para trabar amistad con los oficiales más importantes. ¡Qué gran cosa!» Y volvió a pensar: «Mas el hombre se llama Niu, como yo, y estos libros los ha compuesto empleando, a más de su nombre, el epíteto literario de Buyi, «Simple Plebeyo»; ¿qué puede ocurrir si añado mi nombre a su apellido? ¿Pues no pasarán por míos los versos si encargo dos sellos, uno con su nombre, tal cual si fuese el mío, y otro con el mío verdadero? Hecho, pues: de ahora en adelante me llamaré Niu Buyi.»

Tanto era su regocijo, que esa noche, ya en casa, no pudo cuajar sueño. Al otro día sisó unos dineros más al abuelo y corrió a ver a Guo Tiebi, el grabador de sellos, que tenía tienda cabe el monasterio de la Buena Fortuna. Al llegar se acercó al tablero, y saludando al artesano, tomó asiento y dijo:

—Quiero que me talléis un par de sellos.

—Escribe ahí los nombres —respondió Guo Tiebi, alargándole un papel.

Y, omitiendo de su nombre el carácter *lang*, el joven escribió: «Uno a nombre de Niu Pu, en relieve, y otro al de Buyi, entretallado.» Al verlo, el grabador miró al mancebo de pies a cabeza y preguntó:

—¿Sois Niu Buyi?

—Ése es mi indigno nombre.

Con que Guo Tiebi salió al punto de detrás del tablero, y haciendo una reverencia, le ofreció té y dijo:

—Mucho he oído hablar del señor Niu Buyi, que se aloja en el templo del Dulce Rocío, no recibe visitantes y tiene por amigos a grandes letrados y dignidades. Disculpad mi descortesía. Os tallaré los sellos sin cargo alguno, que no sabría ponerles precio. Muchos de mis amigos admiran vuestra poesía, señor, y desearíamos haceros una visita.

—Sois muy gentil, pero unos oficiales del distrito vecino me han pedido que vaya a componer unos versos, y mañana he de partir —dijo Niu Pulang, temeroso que la visita al templo descubriese la hilaza—. A la vuelta podremos vernos. Antes de salir vendré por los sellos.

Guo Tiebi no quiso importunar más. Al otro día Niu Pulang recogió los sellos y los estampó en los libros, que puso a buen recaudo, embebiéndose de los versos en el templo, donde acudía todas las noches a leerlos.

Su abuelo, el señor Niu, estaba sentado una tarde en la velería, sin parroquianos que atender, cuando llegó a visitarlo el viejo Bu, dueño del tendejón de arroz vecino. El señor Niu calentó una jarra del vino medicinal que guardaba, y sacando de la despensa un par de tajadas de queso de soja, a más de unos brotes secos de caña y unas verduras saladas, puso todo sobre el tablero, para animar la plática, y apremió al visitante a servirse. En ello estaban, picando y bebiendo, cuando éste dijo:

---

[297] *Taishi*, apelativo respetuoso de los miembros de la Academia Hanlin, encargados, entre otras funciones, de recopilar la historia oficial.

—Bien te va la cosa, amigo; bueno el negocio en estos años postreros, y un nietecillo listo como el hambre que habrá de traerte la dicha.

—Qué más quisiera, hermano; mala me viene la vejez, con el hijo y la nuera muertos, y este mozo que me han dejado, mancebo a sus dieciocho años, al que todos los días mando a cobrar las deudas y no se vuelve hasta la tercera vigilia —respondió el señor Niu—. Para mí que se ha avivado y anda en sitios malos;[298] si da un traspiés y se arruina la salud, ¿quién enterrará mis huesos cuando muera?

—Eso tiene fácil remedio —dijo el viejo Bu—; que, si tanto te angosta que no tenga familia, ¿por qué no le buscas mujer, y así podréis vivir todos juntos? Pues tarde o temprano tendrá el zagal que casarse.

—Hermano, ni para malvivir me da este negocio —dijo el señor Niu—. ¿De dónde iba a sacar los dineros para desposarlo?

—Arreglo hay, aunque no sé si de tu agrado —dijo el viejo Bu, tras cavilar un rato—. Nada habría de costarte.

—Habla, pues, y di que escondes.

—Una hija mía que se me fue de este mundo, casada con uno de Jia, los del acarreo de grano, me dejó una nieta a criar, de la que no pudo cuidar el padre por tener que salir a sus negocios; pues la nieta es moza ya y anda por los diecinueve, digo, le lleva un año a tu nieto. Si no te parece mal, la doy a tu zagal y yo no te pido arras, ni tú a mí dote, que poco de malo hay en que seamos deudos. Solamente habríamos de aprestar unos pocos indumentos,[299] pues, viviendo puerta con puerta, con abrirlas fuera la moza al lado del mozo y ahorraremos las costas del casamiento.

—Tanto afecto, hermano, no sé cómo pagarlo —dijo, con gran júbilo, el señor Niu—. Mañana te mando la casamentera.

—No es menester, que yo no soy su abuelo paterno. ¿A qué andar con ceremonias? Yo seré el casamentero. Compra un par de esquelas, que yo te haré llegar su billete de horóscopo; luego buscas alguno que fije el día propicio, y cosa hecha.

El señor Niu llenó un cuenco de vino y lo presentó al amigo con una reverencia, sellando con ello el pacto. Apurado el cuenco, el viejo Bu se retiró a su casa.

Niu Pulang no puso reparos cuando, al volver esa noche a casa, oyó por boca del abuelo la proposición del viejo Bu. Al otro día escribieron el par de esquelas, una para el viejo Bu, en que le pedían oficiase de casamentero, y la otra para la casa de Jia requiriendo la mano de la moza. A modo de respuesta, la familia de ésta mandó la carta de horóscopo, con que el abuelo pidió a Xu el Agorero eligiese día fasto, quedando las bodas concertadas para el veintisiete del mes deceno. Las pocas fanegas de arroz que le restaban las vendió también el señor Niu, encargando con los dineros que le dieron una casaca verde y una basquiña grana acolchadas, sobreveste azul y calzón púrpura, en todo cuatro piezas de buen abrigo[300] que despachó a la familia de la desposada tres días antes de la boda, acompañándola de los cuatro dijes habituales.

Llegado el veintisiete, el señor Niu se levantó muy de mañana y mudó sus avíos de cama al tablero de la tienda, donde dormiría de allí en adelante; y es que no había otro lugar, pues su casa tenía habitación y media, y la media era la tienda, y la entera iba a servir de alcoba la mitad posterior y de salita para los visitantes la anterior. El viejo cedió su lecho al nieto y lo ayudó a aliñar las cortinas nuevas y la ropa de cama, desocupando también una mesa, que pusieron bajo la claraboya trasera para que la

---

[298] *Zuan goudong*, lit. y se dedica a «penetrar en la guarida del perro», a hacer algo indecoroso, como ir a burdeles o tener trato carnal con el sexo opuesto.

[299] *Bucao yifu*, unos «vestidos de tela y paja»: vestidos bastos, ordinarios, en contraste con los de seda empleados por los funcionarios.

[300] *Nuanyi*, «vestidos abrigados» que la familia del desposado solía regalar a la novia el día de la boda.

mujer pudiera peinarse ante el espejo a la luz de la luna. Aderezado el cuarto, hicieron en el traspatio un cobertizo de estera que sirviese de cocina, y en eso pasaron la mañana. Hechos los aderezos, el abuelo dio a Niu Pulang unos dineros para hacer las compras.

El viejo Bu aprestó espejo, candelabros, tetera, barreño y un par de almohadas, que mandó con el hijo mayor, Bu Cheng, a casa del señor Niu. Bu Cheng ofreció los presentes con una reverencia al anciano, y éste, muy atajado, le dio asiento al tiempo que de una vasija de detrás del tablero sacaba un par de pastelillos de naranja confitada y unas bayas en conserva, que allegó al hijo del amigo junto con una taza de té servida con ambas manos, diciéndole:

—Harto trabajo te estoy dando.

—No digáis eso, tío, que esto es cosa de todos nosotros.

Bu Cheng tomó el té allí sentado, y como en eso apareció Niu Pulang, sombrero nuevo, túnica azul nueva, zapatos nuevos y calzas nuevas, seguido de un ganapán con unos buenos pedazos de puerco, un par de gallinas, un pescado bien cumplido, copia de brotes de caña y apio, y cargado él mismo de aceite, sal, pimienta y otras especias, el abuelo le dijo: «Ven acá y saluda a tu tío.» Niu Pulang abajó la carga y se inclinó ante Bu Cheng, con que llevó la comida a la cocina, no sin antes despedir al portador con unas monedas. A poco, el hijo segundo del viejo Bu, Bu Xin, asomó por allí con un cofrecillo para la desposada en el que había aguja, hilo y las palas de unos zapatos a medio hacer, amén de una batea con diez tazas de té y un montoncito de frutos confitados[301] para la ceremonia de veneración a los mayores, que habría de celebrarse a la mañana siguiente. El resto del día lo pasó el viejo Niu en la cocina, aliñando la comida.

A la caída de la tarde, el señor Niu prendió en la cámara nupcial un par de velas encarnadas embutidas en flores, de la propia tienda, y pidió a dos vecinas tan viejas como él trajesen a la desposada, disponiendo, en tanto, un banquete en la alcoba para la pareja y las dos escoltas. Llegadas las mujeres, la desposada se inclinó ante las velas y todos se sentaron a comer, todos menos el señor Niu, que puso otra mesa en la salita, prendió otras velas, aprestó tazones y palillos y convidó a comer con él a la familia de Bu. Ya todos en la casa, ofrendó una libación al cielo y a la tierra y llenó otro cuenco, que alargó al viejo Bu al tiempo que lo acomodaba en el sitio de honor, diciendo:

—Te debo este casamiento, hermano, y me faltan palabras para agradecerlo; mas somos tan pobres, que ni una comida digna podemos ofrecer, apenas un cuenco de este aguachirle, lo que tampoco es honroso para los dos tíos, por lo que ruego a v. mds. disculpen la cortedad.

Dicho esto, hizo una profunda reverencia, a la que el viejo Bu contestó con otra; y también quería inclinarse ante los tíos, mas éstos no lo consintieron, y en vez de ello se postraron ante él, sentándose todos luego.

—Poco merece esto que ven aquí el nombre de comida, y ojalá v. mds. no lo tomen a mal, ahora que somos parientes —prosiguió el señor Niu—. Nada tenemos, pero carbón y té no faltan; aína cuezo una buena jarra de té, que podamos aguardar hasta la del alba, cuando los desposados salgan a presentar respetos. Así es como te lo agradezco, hermano.

—Mi nieta es muchacha y no sabe comportarse —dijo el viejo Bu—. A más, estando lejos de su padre, no puede aportar dote, y quien no mata puerco no le dan morcilla. Buena compaña he de darte hasta el amanecer, que hay mucho de qué hablar.

---

[301] Frutos (*lizhi*, *longyan*, como se dice *infra*, etc.) para incorporar al té en el momento de verter el agua. La expresión china *gaoguozicha*, lit. «té de frutos altos», designa el té aderezado con frutos dispuestos previamente a un costado en un montoncito (los «frutos altos»). Se trata de una manera de servir el té a los convidados en una boda u otra celebración festiva.

Terminadas las viandas, Bu Cheng y Bu Xin volvieron a casa y el viejo Bu quedó con el amigo. Al filo de la quinta vigilia, los desposados salieron de la cámara nupcial y pidieron al señor Niu ocupase el sitio de honor, arrodillándose ante él. Y díjole el anciano al nieto:

—No ha sido cosa fácil criarte, y la buena fortuna de tu casamiento y el fundar familia lo debes a tu nuevo abuelo. A partir de hoy quedarás al cuidado del negocio y habrás de ocuparte de la compra, la venta y la fía, que yo ya soy viejo y el trajinar se me hace cuesta arriba, con que me tendrás acá sentado echando una vista a las cosas, como buen ayudante. Casas con buena mujer: que viváis hasta la centena y tengáis muchos hijos y nietos.

Luego se arrodillaron ante el viejo Bu, quien dijo al desposado:

—Si mi nieta hace alguna cosa indebida, enmiéndala, que la mujer, a sus mayores y al marido debe obedecer. Sois pocos en la casa; laborad con ahínco y no deis trabajos al señor Niu.

Dicho esto, el viejo Bu ayudó a levantarse a la pareja y se retiró a su casa, rechazando por cortesía el almuerzo al que lo convidaba el amigo. Abuelo, nieto y nuera convivieron desde entonces en la casa del señor Niu.

Niu Pulang no volvió a aparecer por el templo después del casamiento. Un día, sin embargo, pasó por allí cerca a cobrar una deuda, y como al llegar al Puente Flotante observara a sus puertas cinco o seis caballos con bagajes atendidos por palafreneros, se acercó más y vio, arrellanados en las banquetas a poniente del altar de Skanda, a tres o cuatro con gorros de felpa, túnicas de seda y botas negras puntiagudas de suelas blancas que empuñaban un látigo en la mano izquierda y se atusaban las barbas con la derecha. No osó acercarse más el mozo, pero el monje reparó en él y le gritó.

—Hijo, cuánto tiempo sin verte por aquí. Entra, que tengo que hablarte.

Armado de coraje, Niu Pulang entró, y advirtiendo que el monje había empacado sus cosas y estaba por salir, preguntó sorprendido:

—¿Qué son todas estas prevenciones, maestro? ¿Dónde vais?

—Esos hombres que ves ahí son enviados del señor Qi, el gobernador militar de las Nueve Puertas,[302] que un tiempo me tuvo por tutor y ahora, cubriendo plaza muy principal, me ha ofrecido el cargo de abad del monasterio de la Protección del Imperio, de la capital. No tenía pensamiento de ir, pero como el buen amigo que falleció aquí ha poco me dijo que un conocido suyo estaba en la capital haciendo los exámenes metropolitanos, lo buscaré y veré que se lleve el ataúd, cumpliendo los votos que hice. ¿No te dije un día que quería enseñarte dos libros de versos? Pues bien: de él son, de mi amigo, que en paz descanse. Están en un cofrecillo, bajo la almohada; ahora no tengo tiempo de mostrarlos, pero puedes abrir el cofrecillo y quedártelos. También hay ropa de cama y otras cosas que no puedo llevar; guárdalas contigo, y cuida del lugar hasta mi vuelta.

Quiso Niu Pulang preguntar más cosas, pero en eso entraron los hombres que aguardaban, diciendo: «De salir ahora, maestro, adelantamos unas pocas leguas; montad presto, que la partida no se retrase.» Y al punto sacaron el bagaje y ayudaron al monje a subir a su caballo, con que montaron ellos los suyos y partieron al galope entre gran estruendo de pezuñas, sin apenas dar tiempo a despedidas. Niu Pulang aguardó a perderlos de vista para entrar en el templo, empleándose en hacer inventario de cuanto

[302] Jiumen *tidu*, alto funcionario militar responsable de la defensa y el orden de Pekín, entre otras funciones. Es otro de los anacronismos del libro, ya que en la época en que se desarrolla la acción aún no existía tal cargo, creado el año XIII de Kangxi (1674). Las nueve puertas de Pekín en la dinastía Ming eran las de Zhengyang, Chongwen, Xuanwu, Anding, Desheng, Dongzhi, Xizhi, Chaoyang y Fucheng.

había, con que cogió el candado en el aposento del monje, salió, candó la puerta y se fue a dormir a casa.

Al otro día volvió con un pensamiento en ciernes: «Ahora que el monje no está, no habrá quien me descubra y bien puedo hacerme pasar por Niu Buyi.» Y con este propósito cogió un pliego de papel y escribió: «Pertenencias de Niu Buyi.» Desde entonces no faltó un día al templo.

Pasó un mes. Un día, sentado el señor Niu en la velería sin cosa que hacer, dio en hojear las cuentas, descubriendo que había muy pocos deudores y que las entradas diarias no pasaban de unas decenas de sapecas, apenas bastantes para arroz y carbón, lo que representaba la pérdida de siete décimas del caudal y la quiebra paulatina de la tienda. Y aunque la rabia lo dejó aturdido y sin habla, esa noche sacó palabras para pedir explicaciones a Niu Pulang, logrando, por toda respuesta, una retahíla de frases literarias y otras sinrazones. Tanto le dolió al anciano, que enfermó de ira, y como a sus setenta años las resistencias eran pocas y de añadidura no tenía remedios que lo curasen, en diez días abandonó este mundo.

Los lamentos de los recién casados alertaron al viejo Bu, quien se acercó corriendo, encontrando al amigo ya muerto. «¡Hermano!», gritaba, y sus lágrimas caían cual lluvia. Al cabo, pasada la primera emoción, vio a Niu Pulang sollozando a un lado y le dijo:

—No es tiempo de lloros; que tu mujer lo vele en tanto aprestamos la caja y la ropa de luto.

Niu Pulang se secó las lágrimas y agradeció al viejo Bu, y con él fue a una tienda que el anciano conocía, donde compraron al fiado la caja y paño blanco, pidiendo a un sastre hiciese la ropa de luto lo antes posible. Esa noche lo pusieron en la caja, y al otro día el viejo Bu apalabró ocho costaleros, que la llevasen al cementerio de los antepasados, y también llamó a Xu el Agorero, con quien rastreó el terreno a lomos de su pollino hasta dar con el mejor lugar para la tumba. El viejo Bu asistió llorando al entierro del amigo y tornó luego a la ciudad con el adivino, dejando a Niu Pulang al cuidado de la tumba, lo que habría de hacer durante tres días seguidos.

Apenas llegado el viejo Bu a casa, los fiadores se presentaron en riada, y él a todos prometió sus dineros; pero a la vuelta de Niu Pulang vino a enterarse que lo que quedaba en la velería solamente alcanzaba para pagar las cinco onzas de plata de la caja, que nada había para el paño, el sastre y los costaleros, y no tuvieron otro remedio que vender la tienda en quince onzas al presero del Puente Flotante. Pagadas las deudas, Niu Pulang quedó con poco más de cuatro onzas, que el viejo Bu aconsejó guardar hasta la Fiesta de Primavera para alzar una tumba donde pudiesen reposar en paz los restos del abuelo, y sin casa, por lo que el anciano aprestó un cuarto en la suya para él y su esposa, convidándolos, ya que se mudaron, a una buena comida por vía de recibimiento. Con ellos estuvo sentado un rato en su aposento, llorando de tiempo en tiempo así se acordaba del amigo muerto.

Entre unas cosas y otras se echó encima el año nuevo. La víspera la celebraron los hijos del viejo Bu con vino, comida y un buen brasero, y el anciano no se olvidó de dar a Niu Pulang unas pocas libras de carbón para caldear su aposento y viandas con que festejar, apremiándolo a erigir un altarcillo en memoria del abuelo y a presentarle ofrendas. Al otro día, el de año nuevo, volvió a acuciar al mozo, esta vez para ir a la tumba y quemar ante ella monedas de papel. Díjole:

—Ve a la tumba de tu abuelo y dile que cada día estoy más viejo y que por el frío no voy a felicitarle el año nuevo.

Y Niu Pulang salió a cumplir la encomienda, dejando al anciano hecho un mar de lágrimas. Hasta el tres no salió el viejo Bu a felicitar el año nuevo. Ese día comió en

casa de un amigo y bebió unos tazones de vino, y al atravesar el Puente Flotante, ya de vuelta, sintió el corazón amargo de ver el aire festivo de la casa del presero y los dípticos de año nuevo que adornaban la puerta. Siguió camino, y a poco topó un sobrino que lo convidó a su casa; la mujer salió a recibirlo, enfundada en sus mejores ropas, y lo felicitaron y convidaron a té y a pastelillos de arroz glutinoso, de los que el anciano no comió más que dos, aunque hubo de coger otro por por la instancia que hicieron los deudos, tomando al cabo el camino de vuelta a casa. El viento le daba de cara y se sintió mal, y esa misma noche tuvo dolores de cabeza y fiebre alta y hubieron de meterlo en cama. Vinieron los médicos, y ninguno se ponía de acuerdo: unos decían que era ataque de flema debido al disgusto, otros que había que sacarle el calor interno, otros que había que darle remedios calientes, y no faltaban los que medicaban tónicos, por lo avanzado de la edad. En suma, que ni Bu Cheng ni Bu Xin osaban moverse de su lado, el alma en un hilo, y Niu Pulang no dejaba de acercarse mañana y noche para preguntar por su salud.

Yacente en el lecho vio un día el viejo Bu un par de hombres que, entrando por la ventana, se allegaban a él y le daban a leer un pliego. El anciano preguntó a cuantos lo rodeaban, mas ninguno veía nada, y al cabo tomó el pliego y advirtió que era una citación oficial en la que se alineaban muchos nombres señalados con tinta bermeja. Había en todo treinta y cuatro o treinta y cinco nombres, siendo el primero el de su amigo Niu Xiang, y el postrero el suyo, Bu Chongli. Quiso preguntar a los heraldos, pero al levantar la vista, hombres y citación habían desaparecido. Y, por causa de ello,

Traba relación con un oficial
Y abandona a sus propios allegados;
En viaje de visita a un personaje
Halla amistad de sangre en un extraño.

Mas para saber qué fue de la vida del viejo Bu, habrás de leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXII

NIU YUFU RECONOCE DESCENDIENTES Y ENTRONCA FAMILIAS; WAN XUEZHAI APRECIA VISITAS Y AGASAJA HUÉSPEDES

Al leer en su lecho la citación del mundo de las tinieblas, el viejo Bu comprendió llegada su hora, y llamando al lado a los dos hijos y las nueras, narró la visión que había tenido y dijo unas palabras de despedida, ordenando al cabo:

—Ponedme la mortaja, que me marcho de este mundo.

Llorando trajeron Bu Cheng y Bu Xin los hábitos mortuorios, vistiendo al padre, al que oyeron murmurar:

—Bueno es que mi viejo amigo y yo estemos en la misma lista, él a la cabeza y yo a la cola. Mucha ventaja me lleva, mas habré de ganarle por la mano.

Dicho esto, tuvo una sacudida y se desplomó sobre la almohada, sin que los hijos pudieran impedirlo. Al observarlo de cerca vieron que estaba muerto.

Nada tardaron en aprestar el funeral. El aposento fue aderezado, la muerte anunciada, los ritos funerarios ejecutados, y Niu Pulang quedó ocupado en recibir a los que venían a dar el pésame. Muchos letrados de él conocidos aprovecharon el desorden para venir a haraganear, y aunque Bu Cheng y Bu Xin se regalaban al principio con su compañía, a poco perdieron la paciencia con su palabrería huera, como mercaderes que eran, y no dejaban de lamentarse de ello.

Un día, Niu Pulang se acercó al templo, y al abrir halló en el suelo una carta que alguno habría echado por una rendija de la puerta, que decía: «Vuestro hermano menor se llama Dong Ying, y haciendo los exámenes metropolitanos en la capital tuvo ocasión de leer vuestras inapreciables obras en casa de su amigo Feng Zhuo'an. Anhelo tener el honor de conoceros,[303] y con este propósito he venido hasta vuestra residencia, pero por desgracia estáis fuera. Os ruego me recibáis mañana por la mañana unos breves instantes, para beneficiarme de vuestras enseñanzas. Os lo ruego encarecidamente.»

Era claro que el hombre buscaba a Niu Buyi; pero como también saltaba a los ojos, por el párrafo que decía «anhelo tener el honor de conoceros», que nunca lo había visto en persona, Niu Pulang pensó para sí: «Bien podría hacerme pasar por Niu Buyi para ver a este señor Dong, que dice haberse examinado en la capital y acaso sea oficial muy importante. Lo recibiré en casa de los tíos, para amedrentarlos.»

Y, determinado de ello, buscó un trozo de papel y escribió: «Niu Buyi se aloja al presente en casa de sus deudos, de la casa de Bu. Ruégase a los visitantes sean servidos de buscarlo en la tienda de arroz de dicha familia, en la calle del Soberano del Sur, cabe el Puente Flotante.»

Hecho el billete, lo clavó en la puerta, que cerró tras sí, y en volviendo a casa dijo a los tíos:

—Mañana me paga visita el señor Dong, a quien hay que tratar con mucho respeto, pues es oficial de mucha autoridad. Gran merced me harían los tíos si uno

---

[303] *Shi* Jing, anhelo tener el honor de «conocer Jing[zhou]», encontrarse con alguien al que se desea conocer. Expresión cuyo origen se encuentra en «Yu Han Jingzhou shu», la carta que Li Bai, el célebre poeta de la dinastía Tang, envía a Han Chaozong, gobernador de Jingzhou (zona actualmente comprendida en la provincia de Hubei), en la que dice: «Vuestro discípulo no ha menester de feudo alguno de diez mil familias, pues tan sólo quiere conocer a Han, de Jingzhou.» A raíz de ello, «conocer Jing» pasó a significar encontrarse por primera vez con alguien que se anhela conocer.

adereza el recibidor para mañana de mañana y el otro nos sirve unas tazas de té durante la plática. Denme una mano los tíos, que esta visita traerá lustre a la familia.

Poco reparo podían poner los tíos a la visita de un personaje de tantas campanillas. Al otro día, Bu Cheng se levantó muy de mañana y barrió el recibimiento, puso los serones de arroz bajo el alero, junto a la ventana, dispuso media docena de sillas frente a frente, mandó a la esposa encender el brasero y cocer una jarra de té, y aparejó la batea, dos cucharas y dos tazas, que aliñó con un par de ojos de dragón[304] para perfumar el cocimiento, dejando al cabo todo listo.

Hacia la hora del desayuno se presentó en la casa uno de negro[305] con una esquela encarnada en la mano, que preguntó:

—¿Vive aquí el señor Niu? El honorable señor Dong viene a visitarlo.

—Aquí es —respondió Bu Cheng, tomando la esquela, con la que entró desalado para anunciar la visita.

Y ya salía Niu Pulang a recibir al visitante, al que vio apearse de la silla de manos parada a la puerta, fijando su mirada en el bonete crespo, la túnica celeste de seda, la golilla, las botas negras de suelas blancas, la fina barba y el buen talle del oficial, al que echó treinta años de edad. Al cabo entraron, y saludándose con una venia, ocuparon sus asientos como corresponde a visitante y dueño de la casa.

—Largo tiempo ha que sé de vuestra reputación y leo vuestra excelsa obra —dijo el graduado Dong—, y que os admiro en extremo, y hoy mi respeto se acrecienta al veros tan joven, pues os suponía venerable anciano.

—Este vuestro menor es hombre rústico que apenas si sabe manchar papeles —respondió Niu Pulang—, y el ser honrado con tan altos elogios vuestros y de Feng Zhuo'an le causa gran sonrojo.

—El honrado soy yo.

De la parte alta del cuarto llegaba en eso Bu Xin con dos tazas, que ofreció al graduado y a Niu Pulang, quedándose de pie en medio de la habitación.

—Mi criado es un patán que desconoce los cánones de cortesía —dijo Niu Pulang, haciendo una venia al graduado Dong—. Os ruego paséis por alto su torpeza.

—Un egregio personaje como vos, ajeno al mundo terrenal, no habría de cuidar de esas menudencias —respondió riendo el graduado Dong.

Bu Xin se tornó encarnado como la grana, retirándose de mal talante con la bandeja. Decía en eso Niu Pulang al graduado Dong:

—¿Andáis de viaje, señor?

—En breve seré investido magistrado y voy camino de Nanquín para aguardar el nombramiento. Mi bagaje está en la barca. Tenía tanto deseo de conoceros, que interrumpí viaje por dos veces para visitaros; mas ahora que he tenido el honor de ser recibido, seguiré camino esta noche para Suzhou.

—Gran honor me hacéis con vuestra visita, mas no me dejáis gozar siquiera un día de vuestra compañía —dijo Niu Pulang—. ¿Tanto es vuestro apremio?

—Somos amigos en las letras y huelgan las ceremonias —respondió el graduado—. Cuando salga mi nombramiento, os convidaré a venir a la audiencia donde sea destinado para recibir vuestras enseñanzas día y noche.

Dicho esto, se levantó para partir, y como Niu Pulang no pudo retenerlo, por más empeño que puso, al cabo señaló:

—Os acompañaré a la barca para despediros.

---

[304] *Yuanyan*, ojo de dragón: *Euphoria longan*, fruto del nefelio.

[305] *Qingyi ren*, «un hombre vestido de negro». El negro era el color de ropa de las gentes de baja condición social, como los criados.

—No os molestéis, que la barca zarpará apenas esté yo a bordo, y no podré agasajaros.

Con esto se despidieron, las manos juntas, y Niu Pulang lo escoltó hasta la silla de manos, viéndolo alejarse. Al entrar en casa, Bu Xin lo aguardaba muy sofocado y de mal ceño:

—Sobrino Niu —tronó—, por más torpe que parezca, sigo siendo tu tío, tu deudo de mayor edad. ¡Me avengo a servir el té para sacarte del mal paso, y aún me humillas en las narices de ese señor Dong! ¡Quién tal viera!

—A un oficial hay que servirle el té tres veces, como mandan los cánones —respondió Niu Pulang—, y vos lo servisteis solamente una y no volvisteis a aparecer. Soy yo el que habría de quejarme, y aún me venís con esas! ¡Cuán ridículo!

—No hables así, sobrino, que si bien mi hermano se acercó a servir el té desde la parte más alta, tampoco tú tendrías que haber llamado la atención del señor Dong —terció Bu Cheng—. Con eso solamente has logrado que se ría de nosotros.

—Con sólo ver juntos a un par de palurdos como los tíos le bastara para reírse, por más que se esmeren en servir bien el té —respondió Niu Pulang.

—Nosotros, los mercaderes, no gustamos de visitas de grandes señores, que de nada aprovechan, si no es de escarnio —dijo Bu Xin.

—De no estar yo aquí, ni en cien o doscientos años vendría un señor a visitarlos —respondió Niu Pulang.

—Menos humos —clamó Bu Cheng—, que señores, conocerás a muchos; pero lo que es tú, de señor tienes poco.

—¡Y aún hablaréis! —exclamó Niu Pulang—. ¿Pues no será mejor sentarse con los señores y tratarlos como a igual, que servirles mal el té y ser el hazmerreír de ellos?

—Malas entrañas tienes, mocito —gritó Bu Xin—. ¡No queremos aquí gente de esa, y basta!

—¿Esas tenemos? —contestó Niu Pulang—. ¡Pues tal cual lo he de decir mañana al señor Dong, que los mande con su esquela a la audiencia de Wuhu y les den unos buenos palos!

—¡Hasta ahí podíamos llegar —decían los hermanos—, querer un sobrino que azoten a los tíos! ¡Qué mal hemos hecho en mantenerte todo un año! ¡Vamos a la audiencia, a ver a quién le dan los palos!

—¿Creen que les tengo miedo? ¡Vamos, adelante!

Con que los tíos lo arrastraron a la audiencia, encontrándola aún cerrada, pues apenas habían dado el segundo aviso.[306] Hubieron de aguardar fuera, y en ello apareció por allí Guo Tiebi, el grabador de sellos, quien preguntó qué ocurría, contestando los hermanos:

—Como bien reza el dicho, señor Guo, los amigos que un celemín de arroz hace, los trueca en enemigos una fanega, y nuestro yerro ha sido alimentar al mocito.

—Es ley natural que los jóvenes obedezcan a los mayores y vuestras palabras, señor Niu, no son de razón —dijo el grabador—. Mas tampoco está bien que los deudos se metan en pleitos.

Dicho esto, llevó a los tres a una casa de té, apremiando a Niu Pulang a servir el té a los tíos.

—Aprovechemos que el señor Guo está delante para hablar las cosas —dijo al cabo Bu Cheng—. Mira, sobrino: padre ha muerto, y tenemos muchas bocas que alimentar; a la sobrina podemos mantenerla, pero tú tienes que buscarte el sustento. Con nosotros no puedes seguir viviendo.

---

[306] *Er bang*: la «segunda [llamada] de tablillas», el segundo aviso de los tres que se daban, entrechocando unas tablillas, a las puertas de la sala de audiencias antes de abrir la sesión.

—¿Y eso es todo? —respondió Niu Pulang—. La cosa tiene fácil remedio, pues hoy mismo apresto mis cosas y me voy por ahí a buscar de vivir para no dar más molestias.

La disputa estaba ya resuelta cuando terminaron el té, sazón en la cual agradecieron al señor Guo y se despidieron de él, volviendo los hermanos a la tienda, y Niu Pulang al templo con un cobertor que cogió de la casa.

No teniendo el mocito de qué vivir, al cabo se vio forzado a empeñar los címbalos y tambores del monje, con que quedó otra vez sin blanca al poco tiempo, razón por la que fue a visitar a Guo Tiebi. No estaba éste en la tienda, pero sobre el tablero había un *Fajín grana*,[307] la gaceta de los altos oficiales, que hojeó, viniéndose a enterar que el graduado Dong Ying, por otro nombre Yan Fang, de Renhe, provincia de Zhejiang, había sido nombrado magistrado del distrito de Andong, prefectura de Huai'an. «Aquí está —se dijo—. Ya estoy visitándolo.»

Y, volviendo al templo, lió el cobertor y marchó a empeñar el incensario y el batintín de bronce del monje, de lo que sacó poco más de dos onzas, con las que cogió la barca, sin tomarse siquiera el trabajo de pasar por la casa de los tíos para despedirse. Con viento a favor, en un día y una noche llegó al peñón de la Golondrina,[308] cerca de Nanquín, donde tenía que mudar embarcación para Yangzhou. Para aliviar la espera, entró en una hospedería; mas como el patrón le dijera: «Hoy ya no hay más barcas; tendréis que hacer noche aquí y embarcar en la de mañana de tarde», al cabo descargó el bagaje y entró en la fonda. Pasado un instante salió a mirar a la puerta, y viendo un junco en el embarcadero, preguntó:

—¿Y ese junco? ¿No va para allá?

—¿Cómo vais a subir a ese junco, si está apalabrado para un gran señor? —respondió sonriendo el patrón.

Niu Pulang volvió a entrar, sentándose a comer. En un instante el mozo le trajo un par de palillos, dos platillos de legumbres, otro de chicharrones, otro de queso de soja con artemisa y un cuenco de sopa, respondiéndole a su pregunta en torno al precio: «El arroz es a dos sapecas el cuenco, los chicharrones a un centésimo y las verduras a medio.»

Terminada la comida, Niu Pulang salió a tomar el aire, viendo llegar en eso al embarcadero a cuatro servidores en derredor de una silla de manos, de la que abajaron tres bultos y de la que se apeó uno con bonete de letrado, toga de color de sándalo, botas negras de suelas blancas, abanico de papel a la mano, barbicano, cincuentón, pómulos salientes y ojos de erizo, el cual dijo a los barqueros:

—Voy a Yangzhou, a la Administración de la Sal,[309] a ver al intendente. Si el viaje es bueno, al llegar a Yangzhou os recompensaré; mas si ponéis poco cuidado, con mi esquela os he de mandar al magistrado para que os den el debido castigo.

---

[307] *Jinshen*, registro de todos los funcionarios del imperio, de aparición anual en librerías, donde figuraban sus nombres, categorías, procedencia, etc. El término realmente significa «tablillas de fajín grana», en alusión a las tablillas que, embutidas (*jin*) en el fajín grana (*shen*) de los funcionarios, llevaban éstos consigo para tomar notas durante las audiencias o en otras ocasiones. También se empleaba como sinónimo de «funcionario».

[308] Yanzi *ji*, uno de los tres grandes peñones que jalonan el río Yangtsé, en unión del de las Piedras de Colores (Caishi *ji*) de Anhui y el del Cerro de la Ciudad (Chengling *ji*) de Hunan. Situado al NE de Nankín, el nombre le viene de su peculiar forma, semejante en cierto modo a la de una golondrina.

[309] Yanyuan: Administración de la Sal, a cuyo frente se hallaba el administrador o intendente de la sal (*yanzheng*), principal funcionario encargado de la supervisión del comercio de la sal en una región, cargo asumido en algunas provincias por el gobernador civil o militar. Subordinado a él estaba el comisario de acarreos (*yanyun shisi*), que veremos aparecer más adelante.

Los barqueros respondieron «sí, sí» a la vez, y, ayudando a subir al pasajero, comenzaron a embarcar el bagaje. En eso estaban, cuando Niu Pulang oyó al patrón de la hospedería que le decía: «¡Ahora es la vuestra, subid presto!» Y, ni corto ni perezoso, cargó sus cosas y se allegó a la popa del junco, sazón en la cual uno de los barqueros lo haló a bordo, instándolo con un ademán a que no hiciese ruido y escondiéndolo bajo una estera. Cargados los bultos, Niu Pulang vio a los servidores entrar en la cámara principal y salir de ella con unos farolillos que decían «Administración de las Dos Bandas del Río Huai»,[310] que colgaron a la puerta, con que mandaron a los barqueros calentar agua en un hornillo; hecho esto, llevaron una jarra de té al pasajero, encendieron los farolillos, pues ya era de noche, y cocinaron y calentaron vino a popa, sirviéndolo todo en la cámara, en la que prendieron una vela encarnada. Por una rendija veía Niu Pulang al viajero sentado a una mesa aderezada con cuatro platillos, enfrente de la vela, un cuenco de vino en la mano izquierda y un libro en la derecha, asintiendo con la cabeza a medida que leía; al rato le trajeron el arroz, y, ya comido, apagó de un soplo la vela y se echó a dormir, haciendo lo propio Niu Pulang.

Pero a poco rompió a soplar recio el levante, y a la tercera vigilia se vino el aguacero; el agua calaba la estera que cubría a Niu Pulang, quien no hacía más que volverse sin poder cuajar sueño. Allá por la quinta vigilia oyó que de la cámara gritaban:

—¿Por qué nos detenemos, barqueros?

—La cosa anda mal, que hay ventarrón de proa —respondió uno de los barqueros—. Y estamos a la boca de la bahía de Huangtian, donde anoche ataron cabos unas docenas de barcas, pues no hay quien quiera arronzar.

Y al cabo aportaron. Al rato, cuando ya aclaraba el día, los barqueros calentaron agua para el pasajero, y aprovechando que los servidores se lavaban la cara en la cámara trasera, llevaron una jofaina a Niu Pulang. Dos de los servidores saltaron a tierra con un paraguas, en tanto otro se puso a deslavar un jamón fino de Jinhua a un lado del junco; a poco volvieron los primeros, bien pertrechados de pescado, pato, puerco, brotes de caña y apio, que dieron a los barqueros para cocinar, llevando éstos toda la vianda, amén del arroz y el vino escalfado, en cuatro fuentes a la cámara principal. El pasajero almorzó y los servidores dieron cuenta de los restos en la cámara trasera, limpiando a la postre la cubierta. Seguidamente, uno de los barqueros sacó de debajo de la lona un platillo de rábanos picados y un tazón de arroz, que dio a Niu Pulang.

Ya había escampado, pero el viento no amainaba. A mediodía, el pasajero tuvo la ocurrencia de descorrer el cañizo del fondo de la cámara, descubriendo a Niu Pulang.

—¿Quién es este hombre? —preguntó al punto.

—Es la añadidura[311] —respondió sonriendo un barquero.

—¿Cómo no entras en la cámara, mocito?

Era lo que Niu Pulang estaba aguardando, y gran prisa se dio en ello; de rodillas cayó frente al otro, quien lo ayudó a levantarse y dijo:

—Harto apretados estamos aquí para ceremonias; siéntate ahí.

—¿Cuál es vuestro distinguido nombre, señor? —preguntó Niu Pulang.

—Me dicen Niu Yao, o Niu Yufu por nombre público, y soy de Huizhou. Y tú, ¿cómo te llamas?

---

[310] Liang-Huai *gongwu*: Monopolio regional de la sal que en las dinastías Ming y Qing comprendía la mayor parte de las actuales provincias de Jiangsu, Anhui, Jiangxi, Hubei y Hunan y una parte de la de Henan.

[311] *Jiuzi*, lit. «licorcillo»: propina o añadidura que los barqueros solían obtener de los polizones que llevaban escondidos en las travesías apalabradas por un particular.

—Vuestro menor también se llama Niu, señor, y mi familia es de donde sois vos, de la parte de Xin'an.

—Dado que te llamas Niu, nuestra familia debió de ser la misma hace quinientos años, y bien podríamos pasar por abuelo y nieto. En Huizhou llamamos «señor tío» a los tíos abuelos, así que desde ahora ya sabes cómo llamarme.

Niu Pulang quedó atajado, pero el otro emanaba tanta dignidad, que no osó contrariarlo. Preguntóle:

—¿Y qué misión oficial os lleva a Yangzhou, señor tío?

—Has de saber que tengo privanza con infinidad de oficiales principales, pues no hay uno que no me convide a su residencia; pero me cuesta salir de casa. Ahora voy a ver a mi patrón, Wan Xuezhai, que aunque no muy importante, me convida por conocer yo a tantos personajes y tener tanto prestigio. Todos los años me llama a su lado y me da unos centenares de onzas por hacerle unos trabajos de escribanía, que, claro, son puramente para cubrir apariencias; y como no soporto su casa, harto vulgar para mí, acostumbro alojarme en el templo del Meridiano. Siendo deudo mío, podrás asentar a mi servicio.

Y gritó a los barqueros:

—Traed acá sus cosas, que el pasaje va por cuenta mía.

Los barqueros así lo hicieron, diciendo:

—El señor ha encontrado un deudo, y es justo que sepa agradecerlo a la hora del pago.

Esa noche, Niu Yufu compartió cena en la cámara principal con Niu Pulang. La ventolera remitió, aclaró el tiempo, y para la quinta vigilia bordeaban el bajío del Cieno Amarillo, atracando en Yizheng. Niu Yufu se levantó, hizo sus abluciones y saltó a tierra firme con Niu Pulang, diciéndole:

—Es gran penitencia hacer las comidas a bordo. Vamos al pabellón de la Grandiosa Vista, donde dan unas verduras muy buenas. —Y gritó hacia el junco—: Haced de comer para vosotros, que nosotros vamos el pabellón de la Grandiosa Vista y volveremos en un instante; no es menester que nos escoltéis.

Llegaron, pues, al pabellón de la Grandiosa Vista. Mas así apareció Niu Yufu en lo alto de la escalera, uno de bonete que había allí sentado dio un respingo y exclamó:

—¡Vos por aquí, hermano menor!

—¡Si es el hermano mayor! —dijo Niu Yufu, haciendo al punto una venia, a la que el otro correspondió.

—¿Quién es vuestro acompañante? —preguntó éste.

—Es el nieto de mi hermano —respondió Niu Yufu. Y, volviéndose a Niu Pulang, le dijo—: Ven aquí a saludar al señor Wang Yian, hermano jurado mío desde hace veinte años y antiguo colega de audiencia. Vamos, saluda.

Y Niu Pulang hizo una reverencia, tomando luego los tres asiento, los dos amigos como corresponde a convidado y huésped, él a un costado. Al rato trajo el mozo un tazón de gluten de trigo frito y otro de corteza de soja picada, amén de arroz, y empezando los tres a comer, Niu Yufu dijo:

—No nos habíamos visto desde el año en que nos despedimos en la residencia del honorable señor Qi.

—¿Qué honorable señor Qi?

—El gobernador militar de las Nueve Puertas.

—¡Ah, sí! ¡Y bien que nos trató el señor Qi!

Estaban en plena plática, cuando por la boca de la escalera asomaron dos que por el bonete podían ser licenciados, vestidos, el primero de ellos, con túnica amarilla

de seda adornada de lamparones en las delanteras, y el segundo con túnica negra de andrajosas mangas. Y fue reparar en Wang Yian y decir el de amarillo:

—¿No es ése el cornudo[312] de Wang Yian, el patrón del burdel del callejón de la Casa de Feng?

—¡Y cómo no! —asintió el de negro—. ¡Y aún osa lucirse por ahí con bonete de letrado![313]

Y, allegándose al grupo, le arrancó el bonete a Wang Yian y le plantó en la cara gentil bofetón, con que éste se arrodilló y estampó una y otra vez la frente en el suelo, dando tantas cabezadas en él, que parecía mazo machacando cebollas, lo cual endemonió aún más a los licenciados. Niu Yufu quiso mediar, mas recibió en pago un salivazo de cada uno y un consejo:

—¿Quién tal oyera, un personaje de túnica y gorro[314] compartiendo el almuerzo con un rufián? Pasara si no supierais quién es; pero defenderlo muestra que sois de la misma calaña. ¡Marchaos ya, que aquí sois una deshonra!

Viendo que llevaba todas las de perder, Niu Yufu haló de Niu Pulang, bajó de un brinco las escaleras, pagó el almuerzo y volvió al junco desempedrando calles, en tanto los dos licenciados daban buena cuenta del rufián. El figonero los departió, y persuadió a Wang Yian de reconocer su yerro a viva voz; pero los licenciados no lo dejaban marchar, antes hablaban de llevarlo a la audiencia, y solamente consintieron en soltarlo cuando, en su desesperación, el apaleado les dio las tres onzas y siete décimos de plata que llevaba encima.

Niu Yufu y Niu Pulang siguieron en el junco hasta Yangzhou, y al llegar se encaminaron al templo del Meridiano, donde los recibió el monje taoísta, recogiéndose a dormir luego de acomodar sus bagajes. Al otro día, Niu Yufu sacó de entre sus cosas un bonete y una túnica azul de seda, que dio a Niu Pulang, diciéndole:

—Hoy vamos de visita donde el patrón Wan Xuezhai; ponte el bonete y la túnica.

Con que alquilaron dos sillas de manos y apalabraron un par de ganapanes que los siguiesen, con carga uno de ellos de un fardo de felpa, llegando al cabo al portalón de una casa ribereña donde había siete u ocho contadores[315] de plática con una nodriza, los cuales parecían conocer bien al visitante, pues al verlo apearse de la silla y entrar, le dijeron:

—¿Ya de vuelta, señor Niu? Sentaos en la biblioteca.

Y pasando bajo un arco a cuya base había unos tigres labrados, atravesaron un patio de ladrillos muy pulidos hasta dar en la «Sala de la Meditación Atenta», que así rezaba el rótulo, flanqueado éste, a su vez, de un díptico en caligrafía dorada escrito por «Xun Mei, Comisario de Distribución de la Sal[316] de las Dos Bandas del Río Huai», que decía: «Bueno es leer, bueno labrar, y mejor aprender de los mejores», y «Arduo es emprender, arduo persistir, y fácil saber cuán arduo es». Había en el medio un lienzo de

---

[312] *Wugui*, lit. «tortuga negra», marido cornudo y/o patrón de burdel.

[313] El bonete era prenda distintiva de los licenciados; de ahí el enfado de éstos al verlo en la cabeza de un patrón de burdel.

[314] *Yiguan zhongren*, hombre de vestido y gorro, personaje notable.

[315] *Chaofeng*: título de funcionario (grado 5a) de la dinastía Song, cuyo empleo se hizo extensivo, como apelativo cortés, a los contables y empleados de casas de empeños y despachos de sal durante las dinastías Ming y Qing.

[316] *Yanyun shi*. Recordemos que Xun Mei aparece en el capítulo II como alumno de Zhou Jin, y luego en el VII como licenciado, graduado provincial, metropolitano y de palacio y subdirector, sucesivamente, desapareciendo de la narración a finales de este capítulo, cuando despide en su casa al subdirector Wang.

Ni Yunling,[317] sobre la mesa un gran bloque de jade en bruto, repartidas por la estancia una docena de sillas de palo de rosa, y a la izquierda un espejo de seis pies de alto, detrás del cual se abría una puerta de doble batiente por la que llegaron a un patio empedrado, siguiendo luego por un corredor de balaustrada grana hasta desembocar en una sala de tres espacios separados por cortinas de bambú, en la que esperaban dos pajes que les abrieron paso y los convidaron a entrar. Los muebles de esta sala eran todos de pulido palo de nan y el frente lo dominaba un rollo blanco de caligrafía escrito con caracteres negros que decían: «Cultivad las flores y componed versos.» Ocupados sus asientos, bebieron el té que les habían servido, viendo aparecer en eso a Wan Xuezhai, calado el bonete de letrado, amarilla la túnica de seda, encarnados los zapatos, dorado el abanico en la mano, el cual hizo una reverencia, que repitió Niu Yufu al tiempo que mandaba acercarse a Niu Pulang y decía:

—Éste es el nieto de mi hermano; ven y saluda al señor.

Sentáronse, pues, ocupando Niu Pulang el puesto menos importante; y ya que los criados trajeran más té, Wan Xuezhai inició el diálogo:

—¿Qué os ha detenido tanto tiempo en Nanquín, venerable Yu?

—Mi fama es tan grande, que apenas hospedado en el templo del Favor Imperial comenzaron a llegar las multitudes; venían con papeles, abanicos y librillos, y el que no quería una caligrafía, quería un verso o se acercaba a pedirme consejo para componerlo. Nada pude hacer, y cuando al fin me desembaracé de ellos, llegaron, de la casa del duque de estado,[318] los asistentes del hijo segundo del duque de Xu, que, no sé cómo, había tenido noticia de mi llegada y me convidaba a su casa; y como los asistentes son todos oficiales de la Guardia Imperial[319] de quinto grado, y fuera tanta su instancia, tuve que ir a su casa y hacerle compañía unos días. Y luego no quería dejarme ir, y solamente consintió en ello cuando le dije que vos me requeríais con premura. El hijo del duque es otro admirador de vuestros versos, que guarda escritos de su mano.

Y, diciendo esto, sacó dos libritos de la manga y los dio a Wan Xuezhai, quien los asió y dijo:

—No he tenido ocasión de conocer antes al nieto de vuestro hermano; ¿cuántos años tiene y cuál es su nombre literario?

—Apenas tiene veinte años y aún es muy mozo para darse nombre literario —respondió Niu Yufu, viendo la cortedad para hablar de Niu Pulang.

---

[317] Ni Yunlin, uno de los sobrenombres de Ni Zan (1301-1374), célebre pintor de la dinastía Yuan, natural de Wuxi (provincia de Jiangsu), llamado también Ni Yuanzhen, Huan Xiashen y Jing Manmin. De familia adinerada, vendió sus propiedades en la vorágine de las revueltas que se sucedieron al final de la dinastía, interesándose, a partir de los cincuenta años, por el budismo y la rama Quanzhen del taoísmo. Integra, con Huang Gongwang, Wu Zhen y Wang Meng el grupo de los «cuatro pintores de la dinastía Yuan» (Yuan *si jia*), y destaca por el nuevo impulso que dio a la técnica de la tinta china y el sentido alegórico de sus paisajes, enmarcados generalmente en los alrededores del Taihu o Lago Supremo (Jiangsu). Fue también notable calígrafo y poeta. Sus poesías están recogidas en *Ni Yunlin xiansheng shiji* [Antología del señor Ni Yunlin], y de sus pinturas se conservan *Liu junzi* [Los seis señores], *Songlin tingzi* [El pabellón del pinar], *Jiang'an wang shang* [Desde la ribera mirando las montañas] y *Shizi lin* [El bosque de los leones], entre otras.

[318] *Guogong fu*. La «casa del duque de estado» es en este caso la del duque de Wei y príncipe de la Colina del Centro (Zhongshan *wang*), títulos hereditarios conferidos por Taizu, primer emperador de la dinastía Ming, al famoso general Xu Da (1332-1385) por su participación activa en la derrota de Zhang Shicheng, la conquista de Dadu (Pekín) en 1368 y, en definitiva, el derrocamiento de la dinastía Yuan.

[319] *Jinyiwei*, la «guardia de los uniformes brocados», guardia de corps del emperador Taizu de la dinastía Ming y, posteriormente, organismo autónomo de inteligencia encargado de vigilar, arrestar e interrogar a súbditos y funcionarios, verdadera policía secreta temida y repudiada por la brutalidad y arbitrariedad de sus métodos.

Wan Xuezhai se dispuso a leer los versos, pero en eso entró un criadillo anunciando la llegada del señor Song, y el patrón se levantó y dijo:

—Disculpad, venerable Yu, pero mi séptima concubina está enferma y he mandado llamar al doctor Song, y tengo que recibirlo y hablar con él el caso. Hagan v. mds. de ésta su casa, y quédense a comer y a pasar la noche, que mis criados les traerán la cena.

Y se fue. Al rato, los criados trajeron cuatro platillos de enjutos y dos juegos de tazones y palillos. Y ya que entraban la mesa, Niu Yufu dijo:

—Están poniendo la mesa, y la comida aún ha de tardar. Vamos a dar una vuelta por los alrededores, que hay edificios muy de ver.

Salieron, pues, los dos, y cruzando un puente, caminaron por el borde del estanque, desde donde se veían a lo lejos multitud de pabellones de todo porte. El sendero, flanqueado de sauces, era tan angosto que Niu Yufu tenía que volver la cabeza para hablar con Niu Pulang, a quien dijo:

—¿Por qué no respondiste al señor Wan cuando te preguntó?

Niu Pulang miró embobado a Niu Yufu, y el distraimiento hizo que perdiera pie y cayera al estanque. El sauce providencial que a la vera crecía sirvió de agarradero para sacarlo de la lama, pero viendo Niu Yufu la media túnica, las calzas y los zapatos enlodazados, muy disgustado le dijo:

—¡Está visto que no sirves para tratar con la gente!

Y ordenó a un ganapán sacase del fardo de felpa una muda, que dio a Niu Pulang, mandándolo luego de vuelta al templo. Y, por causa de ello,

Los chismes de los convecinos
Sacan a la inclemencia al amo;
La mala fe de un mozalbete
Deja agraviado a un anciano.

Pero para saber qué aconteció luego, habrás de leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXIII

POR DIVULGAR SECRETOS SALE MALPARADO UN POETA; SUSPIRANDO DE VEJEZ BUSCA AL ESPOSO UNA VIUDA

Cayó Nin Pulang al agua, y como a Niu Yufu no le parecieron maneras, llamó a un criadillo que le buscase la silla de manos y lo mandó de vuelta al templo. El mozo quedó un buen rato sentado, muy ceñudo, mudando al cabo de ropas y zapatos. En eso se le allegó el monje taoísta y le preguntó si había ya cenado, y como respondiera que sí, por vergüenza, pasó hambriento el resto del día. Niu Yufu volvió muy tarde de la cena en la mansión del señor Wan, y apenas subió las escaleras le echó otra fraterna, que Niu Pulang no osó rebatir, con que los dos se recogieron.

Nada acaeció al día siguiente; pero al otro, el señor Wan volvió a convidarlos a su casa, y como Niu Yufu prefirió ir solo, subió a su silla de manos y dejó a Niu Pulang al cuidado de sus aposentos. El mozo desayunó con el monje, quien al rato le dijo:

—He de ir al monasterio de la Magnolia, en la ciudad vieja, a visitar a otro hermano. Quedáos aquí si gustáis, señor Niu.

—Nada tengo que hacer aquí, mejor os acompaño —respondió Niu Pulang.

Y cerró la puerta de su cuarto y se fue con el monje. Al llegar a la ciudad vieja, entraron en una casa de té, y ya que les sirvieron una jarra de hojas secadas al fuego, un platillo de azúcar cande y otro de semillas de soja confitadas,[320] el monje preguntó:

—¿En verdad es deudo vuestro este tío abuelo, señor Niu? Nunca os hemos visto por aquí con él.

—Nos topamos en el camino y se le metió en la cabeza que éramos deudos —respondió Niu Pulang—. Yo paro mucho por la residencia del señor Dong, el magistrado del distrito de Andong, hombre acogedor como pocos. Recuerdo que la primera vez que fui a visitarlo, apenas le llegó mi esquela mandó un par de criados que me ayudasen a bajar de la silla de manos, y como yo no iba en silla de manos, sino en burro, los dos criados no consintieron en que me apease y me metieron con burro y todo en los archivos.[321] ¡Cómo resonaban las pisadas en la madera! El magistrado abrió la puerta y se adelantó a recibirme, y entramos cogidos de la mano: y allí me tuvo veinte días. Cuando nos despedimos me dio diecisiete onzas y cuarenta y cinco centésimos de plata fina, me acompañó hasta la puerta, aguardó a que montase en el burro y me dijo: «Si os va bien por ahí, tanto mejor; si no, volved cuando gustéis.» ¡Pocos hay como él! En breve me tendrá otra vez en su residencia.

—Oficiales como ése pocos se encuentran —asintió el monje.

—¿Quién es el señor Wan Xuezhai, el patrón? —preguntó Niu Pulang—. ¿Le queda mucho para ser oficial?

—¿El señor Wan? —respondió el monje, sonriendo con sorna—. Solamente vuestro tío abuelo lo respeta. Y en lo de ser oficial, así los bonetes oficiales volasen por el aire y le cayese uno en la cabeza, que poco le durara, pues no le dejarían llevarlo.

---

[320] *Meidou*: «grageas de ciruela», granos de soja rebozados en azúcar, pulpa de ciruela y colorante.

[321] *Nuange*, «pabellón caldeado» en que se guardaban los expedientes judiciales, situado por lo general en la parte central de la residencia de los funcionarios principales, cuya agradable temperatura obedecía a un ingenioso dispositivo de calefacción.

—¡Qué extraño! —exclamó Niu Pulang—. ¿Y por qué no iban a dejarle llevar bonete, no siendo de vil condición como las concubinas, los cómicos, los alguaciles y los soldados?

—Ya veo que no sabéis de qué casta le viene al galgo —respondió el monje—. Os lo diré, mas no lo divulguéis. De mocito fue siervo en la casa del señor Cheng Mingqing, el amo de «Las Diez Mil Existencias», el almacén de sal de esta parte del río. Sirvió en la biblioteca, y de dieciocho o diecinueve años, el amo, viéndolo tan despabilado, lo hizo minorista.

—¿Qué es eso? —preguntó Niu Pulang.

—Al amigo que nuestros mercaderes de la sal confían negocios en la Comisaría de Acarreos[322] o con los oficiales y parroquianos, pagándole unos pocos de cientos de onzas al año, lo llaman mayorista, y dicen minorista[323] al que encomiendan tratos de poca monta o hace las diligencias —respondió el monje—. A Wan Xuezhai le fue bien el oficio, embolsó cada año unas onzas, y de empezar tratando en naderías pasó a vender licencias[324] y a comerciar en grande. Tuvo buena fortuna, pues las licencias se vendían caras por entonces, y juntó, merced a ello, cuarenta o cincuenta mil onzas, con que compró su libertad, arregló una casa y se asentó en el negocio de la sal. Tan bien le fue, que se hizo rico, y como por esas fechas su anterior amo cayó en quiebra y tornó a Hangzhou, ninguno volvió a airear su antigua condición de siervo. El año pasado, casó al hijo con la hija de un compilador de la Academia Hanlin, y sus buenos miles de onzas gastó, que el día de las bodas no hubo quien no sintiese los sones de flauta y el redoble de los tambores, y los farolillos cubrían la mitad de la calle y la gente se apeñuscaba para ver. Pues bien; al tercer día, cuando los padres de la desposada fueron a visitarla,[325] y ya que el señor Wan tenía dispuestos los vinos y apalabrados los comediantes para el agasajo, a Cheng Mingqing no se le ocurre mejor cosa que presentarse a las puertas en silla de manos, sentándose en la sala; con que el señor Wan, viéndose en tamaño aprieto, tuvo que arrodillarse ante su anterior amo y pagarle diez mil onzas de plata para ahuyentarlo y taparle la boca.

Hablaban de esta suerte, cuando dos monjes taoístas que salieron del monasterio de la Magnolia saludaron al acompañante de Niu Pulang, llevándolo a almorzar con ellos. Niu Pulang bebió unas pocas tazas más de té y volvió al templo, y allí encontró a Niu Yufu sentado al pie de la escalera, aguardándolo sin poder entrar al lado de una mesa agobiada de envoltorios de plata. Así lo vio, el tío abuelo le ordenó abrir la puerta de arriba y subir la plata, diciéndole muy enojado:

—¿No te avisé que quedaras al cuidado de todo? ¿Qué has ido a hacer por ahí?

—Estando a la puerta, pasó por delante el ayudante del magistrado de nuestro distrito, y al verme se apeó de la silla y me convidó a platicar en su barca, que hacía mucho que no nos veíamos —mintió Niu Pulang—. Por eso me fui.

Las iras se le pasaron a Niu Yufu al oír que había estado con un oficial, y al punto preguntó:

—¿Quién es ahora el ayudante del magistrado?

---

[322] La Comisaría de Acarreos (Yunsi) era, como su nombre indica, la oficina del comisario de acarreos del monopolio de la sal (*v*. nota cap. anterior).

[323] *Xiao* Si *ke*, «viajante/agente menor de la Comisaría [de Acarreos]» o «minorista», en contraste con *da* Si *ke*, «viajante/agente mayor de la comisaría» o «mayorista».

[324] *Wozi*, licencia o patente de exclusividad, susceptible de alquiler o venta, concedida por las autoridades locales.

[325] *Zuo zhao*, cuando sus familiares fueron a su casa a «celebrar el [oficio] matinal», el agasajo que la recién casada preparaba en casa del marido, a modo de ceremonia de veneración de los mayores, para sus padres y otros parientes venidos expresamente a visitarla dos días después de la boda. En algunas regiones era la propia recién casada la que acudía a casa de sus padres.

—El señor Li, de Beizhi, que conoce al señor tío de oídas.

—Tiene que haber oído de mí, por fuerza, si frecuenta los círculos oficiales.

—También conoce al señor Wan.

—Es cosa natural, pues Wan Xuezhai tiene amigos en todo el mundo. Esto que ves aquí es de él —prosiguió, señalando los envoltorios—. Su concubina séptima está enferma, y el médico dice que es romadizo y le ha recetado una rana de las nieves;[326] pero aunque ofrece unos cientos de onzas por el bicho, en Yangzhou no lo ha encontrado, y pues le han dicho que las hay en Suzhou, me ha dado trescientas onzas para que vaya allá y compre una. Yo no tengo tiempo, y le recomendé que fueras tú. Ve, que te llevarás unas onzas de comisión si cumples el encargo.

A ello no puso reparos Niu Pulang. Esa noche, Niu Yufu compró un pollo y vino y le dio una comida de despedida en el piso alto. En medio de ella, el mozo apuntó:

—Debo deciros algo que he oído comentar al señor Li.

—¿Qué es?

—Aunque el señor tío y el señor Wan andan en muy buena avenencia, no pasan de ser amigos en las letras, y de ahí que no os confíe negocios de dinero. El ayudante del magistrado dice que el señor Wan solamente tiene un amigo de verdad, y que si alguien habla bien de este amigo, el señor Wan le otorga su confianza y le da lo que quiera. Si obráis en consecuencia, señor tío, haréis fortuna, y yo también sacaré provecho.

—¿Y quién es ese amigo suyo?

—El señor Cheng Mingqing, de Huizhou.

—¡Cómo no voy a conocerlo, si soy hermano jurado suyo desde hace veinte años! —rió Niu Yufu—. Tendré en cuenta lo que dices.

Apurados unos tazones más de vino, se retiraron a dormir. Al día siguiente, Niu Pulang cogió la plata, se despidió del señor tío y embarcó para Suzhou.

Al otro, Wan Xuezhai convidó a almorzar a Niu Yufu, mandándole una silla de manos para el viaje. Había en la casa del patrón dos salineros, el señor Gu y el señor Wang, quienes saludaron al convidado con una reverencia y le hicieron ocupar el sitio de honor, ya que, al decir de ellos, eran deudos del señor Wan y como tales no tenían derecho de precedencia. Bebieron té y hablaron del comercio de la sal, quedando al rato dispuestas dos mesas para el festín, a mesa por par. Con el vino llegó el primer plato, hierba de verano de oruga de invierno,[327] que el señor Wan recibió diciendo:

—Prueben esto, que no es plato local, pero lo hay en abundancia en la ciudad de Yangzhou, no como las ranas de nieve, que no hay quien las encuentre.

—¿Aún no la tenéis? —preguntó el salinero Gu.

—No, en Yangzhou no las hay —respondió Wan Xuezhai—. Ayer encomendé al señor Niu mandase al nieto de su hermano a buscarla en Suzhou.

---

[326] *Xuehama* (*Rana chensinensis*), propia del norte de China, cuyo tejido graso, de color blancuzco tras su elaboración (de ahí el nombre), se emplea en la medicina tradicional para diversas dolencias.

[327] *Dongchong xiacao*: aweto, variedad de hongo que vive en estado parasitario en el interior del geómetra, larva de las mariposas pertenecientes a la superfamilia de los geométridos. Típico del SO de China, penetra en invierno en la tierra con su huésped, brotando en verano del cuerpo sin vida de éste. Se emplea en medicina tradicional y también en gastronomía. De él dice J. Dyer Ball en *Things Chinese* (Londres, 1892): «El hongo vegetal que echa raíz en el cuello de la oruga crece hasta una altura de seis u ocho pulgadas y se ramifica por el cuerpo del aweto enterrado, hasta que los tejidos vegetales suplantan a los animales en la piel externa del insecto, cuya forma se mantiene intacta. Hecho esto, muere o mejor dicho mueren, pues tanto la planta como el animal perecen, tornándose secos y duros y de color marrón. La extraña combinación parece una oruga de madera con un gran cuerno que le sale del cuello... Se usa como tónico y se cocina con carne de cerdo con tal propósito.»

—No creo yo que en Suzhou las haya —dijo el salinero Wang—. Lo mejor es ir a Huizhou y preguntar a las familias más viejas, que allí acaso tenga mejor suerte.

—La verdad es que las mejores cosas vienen todas de Huizhou —apuntó Wan Xuezhai.

—Y no solamente las mejores cosas, sino los mejores hombres —añadió el salinero Gu.

Estas postreras palabras refrescaron la memoria de Niu Yufu, quien preguntó a Wan Xuezhai:

—De Huizhou es el señor Cheng Mingqing; ¿es verdad, señor Wan, que sois buen amigo suyo?

Al oírlo, el patrón se puso como la grana; mas como no dijera esta boca es mía, Niu Yufu prosiguió:

—Pues es hermano jurado mío. El otro día, por cierto, me escribió diciendo que en breve vendría a Yangzhou, que no dejaría de visitaros.

Wan Xuezhai sintió las manos heladas, y la ira le hizo un nudo en la garganta. Por suerte, el salinero Gu terció:

—De siempre se ha dicho que conocidos en todo el mundo, y amigos verdaderos unos pocos. Bebamos y olvidemos el pasado.

El festín concluyó al cabo sin mayor contrariedad, tornando todos a sus casas. En muchos días no supo Niu Yufu de Wan Xuezhai; hasta que una tarde, apenas levantado de la siesta, un criado entró con una carta y le dijo:

—Es de casa del señor Wan, pero el portador no se ha quedado a aguardar respuesta.

Niu Yufu abrió la carta y la leyó. Decía: «La madre de Wang Hance, deudo mío de Yizheng, celebrará en breve su septuagésimo cumpleaños, y para tan magna ocasión su hijo os pide una oda conmemorativa compuesta de vuestra distinguida mano. Sería deseable que partierais hacia el lugar lo antes posible. No os demoréis.»

Terminar de leer la carta y alquilar una barca ligera[328] fue todo uno, y esa misma noche salió para Yizheng. Al otro día desembarcó en el dique del Bufón, y en un almacén de arroz preguntó por la casa de Wang Hance, contestándole el tendero:

—¿El de las barcas de acarreo? Vaya v. md. a la calle de las Nubes de la Ley, y donde vea una casa de puertas nuevas que cata a poniente, pregunte, que allí es.

Tal hizo Niu Yufu, y en llegando a la casa entró derecho en ella. En la sala central, de las tres que tenía, había unas sillas sobre las que reposaban esquelas de parabienes en caracteres dorados, y en una de ellas, sentado, un letrado que escribía con la cabeza gacha junto a la ventana de la izquierda, el cual, viendo que llegaba visita, dejó el pincel a un lado y salió a recibirlo. Mas grande fue el espanto de Niu Yufu al ver el enorme lamparón que adornaba la pechera de su túnica, y no menos grande la sorpresa del otro al reconocerlo.

—¡Vaya, el sujeto que estaba sentado con ese rufián en el pabellón de la Grandiosa Vista! —dijo—. ¿Qué malos vientos os traen por aquí?

Y ya se disponía Niu Yufu a contestar de mala manera, cuando asomó el señor Wang Hance y dijo al licenciado del lamparón:

—Sentaos, señor, haced merced, que esto no va con vos.

Y el licenciado se sentó a un lado. Punto seguido, Wang Hance saludó a Niu Yufu juntando las manos, pero sin hacer reverencia, y después de ofrecerle asiento le dijo:

—¿Sois Niu Yufu?

---

[328] *Caoshangfei*, una barca que «vuela sobre la hierba»: cierto tipo de embarcación ligera.

—Sí, señor.

—Esta es la dependencia del salín del señor Wan Xuezhai. El patrón escribió ayer diciendo que sois un sujeto indeseable que hace amistad con la gente más ruin, y que a partir de ahora no os ha menester.

Y, diciendo esto, sacó una onza de plata, que dio a Niu Yufu, añadiendo:

—No quiero demoraros más; podéis iros cuando gustéis.

—¡Y yo no quiero vuestra onza de plata! —gritó Niu Yufu, tirando el dinero sobre una silla—. ¡El señor Wan tendrá noticia de esto!

—Si no queréis el dinero, no seré yo el que os obligue a tomarlo —dijo Wang Hance—; pero no os aconsejo que vayáis a casa del señor Wan Xuezhai, porque no os recibirá.

No quiso oír más Niu Yufu, y bufando de rabia se encaminó a la puerta; pero aún tuvo que sentir las palabras postreras de Wang Hance: «Disculpad que no os acompañe», le dijo, y haciendo un a modo de saludo, entró por donde había salido.

En una taberna del dique del Bufón se metió Niu Yufu con los criados, dándose al diablo: «¡El muy cabeza de perro de Wan Xuezhai! —decía—. ¡Hacerme esta vileza!» Uno de los mozos lo oyó al pasar, y sonriendo le dijo:

—El señor Wan Xuezhai es hombre muy tratable, con tal que no le menten la casa de Cheng.

Un criado, mandado de Niu Yufu, se acercó al mozo a tomar lenguas, y éste remató su confidencia: «El señor Wan fue criado de Cheng Mingqing, y lo que más aborrece en el mundo es que se lo recuerden. Deben haber dicho algo de él, para enojarlo tanto.» Niu Yufu comprendió nada más oír: «¡Ese pícaro se ha burlado de mí!», exclamó.

Hizo noche allí, y al otro día embarcó para Suzhou con ánimo de buscar a Niu Pulang. Ya en la barca descubrió que andaba escaso de fondos y licenció a un par de criados, quedándose con los dos más valentones. No les costó gran trabajo encontrar a Niu Pulang en Suzhou. Estaba en la botica del Cerro del Tigre, plácidamente sentado, y apenas vio a Niu Yufu se levantó y lo saludó, diciendo:

—¿Señor tío, qué hacéis aquí?

—¿Tienes ya la rana de las nieves?

—Aún no.

—Hay una familia de Zhenjiang que tiene una; vamos presto por el dinero, que hay que comprarla. Mi barca está del otro lado de la puerta del Cielo.

Con que acompañó a Niu Pulang a coger los dineros y embarcaron, guardándose bien de revelarle el propósito del viaje. Y así navegaron por varios días, hasta que uno de ellos, después del desayuno, divisaron el islote de la Túnica del Dragón, un jirón de tierra despoblada en medio del río. Y de que atracaron en él, Niu Yufu miró de mala manera a Niu Pulang y le dijo con harto enojo:

—¿Sabes que te vamos a zurrar la badana?

—¿En qué os he ofendido, señor tío, para merecer vuestro castigo? —preguntó, muy amedrentado, Niu Pulang.

—¡Sigue porfiando, maldito seas! ¡Buena me la has jugado![329] —bramó Niu Yufu.

---

[329] *Fang ni de goupi! Ni nong de hao qiankun li!* Literalmente: «¡Sigue tirándote tus pedos de perro! ¡Buena triquiñuela me has hecho!» La primera expresión, muy empleada coloquialmente y acentuada aquí con la inclusión del sustantivo «perro», equivale a «decir tonterías». La palabra *qiankun*, formada por los dos primeros hexagramas del *Libro de los cambios*, expresión de los dos principios antagónicos que rigen el mundo, tiene aquí, más que su original valor cosmogónico, el significado de «juego», y por extensión, el de «trampa».

Y, sin más preámbulo, ordenó a los dos bravos lo dejasen en carnes vivas, sin excepción de bonete, zapatos y calzas; y, atado que fue, lo apalearon rabiosamente, arrojándolo luego a la orilla y siguiendo ellos camino en barca.

Al borde de un pozo ciego quedó Niu Pulang tirado, a riesgo de caer en él al menor ademán, y hasta las lamentaciones hubo de refrenar para no moverse. Pasaron siglos antes de que a la orilla atracase otra barca, de la que bajó un pasajero a hacer sus necesidades. Niu Pulang pidió socorro, y el otro se acercó, preguntándole:

—¿Quién sois? ¿Quién os ha desnudado y atado?

—Soy licenciado del distrito de Wuhu, señor —respondió Niu Pulang—, y voy convidado a la residencia del magistrado Dong, de Andong, pero en el camino topé unos bandidos que me han quitado la ropa y el bagaje, dejándome apenas la vida. ¡Socorredme, señor, por piedad!

—¿Vais a la audiencia de Andong, a ver al magistrado? —preguntó el otro—. Pues mirad por donde, de Andong soy yo. Luego os desato.

Lo desató, y viendo que Niu Pulang estaba como su madre lo trajo al mundo y no podía andar por ahí de esa guisa, le dijo:

—Aguardad que os traiga con qué cubriros, y luego embarcamos.

Y al rato vino con unas ropas, un par de zapatos y un sombrero de teja, que dio al mozo, añadiendo:

—Éste no es sombrero para licenciado, pero podéis usarlo en tanto no encontremos donde comprar un bonete.

Niu Pulang vistió las ropas y agradeció de rodillas a su benefactor, ayudándolo éste a levantarse; y al cabo subieron a la barca, donde los otros viajeros escucharon boquiabiertos su odisea, preguntándole al cabo su nombre.

—Me llamo Niu. ¿Y vos, cómo os llamáis? —preguntó a su vez Niu Pulang al que lo había salvado.

—Me dicen Huang, soy del distrito de Andong y tengo una tienda de vestuario de comedia. Vengo de vuelta de Nanquín, donde estuve mercando unos ropajes, y el azar ha querido que pase por aquí y os salve. Como vais a la audiencia, lo mejor es que viváis unos días conmigo en Andong mientras os hacéis de unas ropas para visitar al magistrado.

Niu Pulang volvió a agradecer, y el señor Huang le ofreció compartir desde ese día las comidas a bordo. Pero el mucho calor que hacía y el mucho tiempo que estuvo al sol aguantando el hedor del pozo ciego le produjeron una feroz diarrea, de las que quitan el hambre y hacen aliviar cuanto se coma o se beba, por poco que sea, y Niu Pulang pasaba el día en la popa, haciendo de su persona asido de algún saliente de la cubierta. A los tres o cuatro días estaba flaco como alma en pena, y, por si no bastara, el dolor de la tunda no lo dejaba vivir, de manera que los pasajeros murmuraban: «Este mozo se nos muere; más vale dejarlo en tierra mientras aún viva, que si se nos queda, vamos a tener complicaciones.» Y lo hubiesen hecho de no ser por el desacuerdo del señor Huang. Al quinto día, Niu Pulang sintió olor a guiso de chícharos y le dijo al barquero:

—Quiero comer sopa de chícharos.

Todos probaron a disuadirlo, pero él no se apeaba del machito. Decía: «Tengo hambre; si muero, no es culpa de v. mds.» Y tanto porfió, que al cabo tuvieron que mandar a tierra firme por chícharos, haciéndole un cuenco de sopa, que tomó, con que las tripas le gruñeron, desembarazó como un bendito y se sintió mejor; a gatas fue a la cámara, agradeciendo a los pasajeros, y se retiró a dormir. En dos días estaba casi curado. Al llegar a Andong, Niu Pulang se alojó en casa del señor Huang. Y, pertrechado de la ropa, los zapatos y el bonete que éste le había comprado, fue a la

audiencia. El magistrado Dong se holgó de verlo, lo convidó a comer y le ofreció posada en la residencia, que Niu Pulang rechazó diciendo: «Vuestro menor ya tiene alojamiento en casa de un deudo de este honorable distrito.» A lo que el magistrado respondió: «Sea como gustéis; mas visitadme con frecuencia, para aprovechar vuestras enseñanzas.» Con que Niu Pulang se despidió y marchó.

Viendo el señor Huang la privanza que tenía con el magistrado, comenzó a cobrarle respeto; y no era para menos, pues cada dos o tres días iba el mozo a la audiencia, donde, por cierto, no dejaba de sacar tajada[330] de los cohechos y otros negocios en que se metía, prevaliéndose de su fama de poeta. En suma, que el señor Huang terminó por darle en casamiento a su hija cuarta, y Niu Pulang vivía en Andong dichoso y contento.

Con el tiempo, el magistrado fue promovido a superior empleo, sustituyéndolo otro que llamaban Xiang, natural de la provincia de Zhejiang. El día de la cesión de poderes, el nuevo preguntó al antiguo si tenía alguna recomendación que hacerle, y éste le dijo:

—Ninguna; solamente os agradecería atendieseis a un amigo mío poeta de este distrito que se llama Niu Buyi.

A ello se prestó de buen grado el magistrado Xiang, con que el otro partió tranquilo para la capital. Diez leguas lo acompañó Niu Pulang, y al volver a casa, a los tres días, su mujer le dijo: «Ayer vino un tío materno vuestro de Wuhu que estaba por aquí de paso, al que convidé a comer, diciendo, al irse, que volvería en unos meses a veros». Niu Pulang quedó muy admirado de ello, preguntándose: «¿Yo, un tío materno en Wuhu? ¿Quién podrá ser? Habré de aguardar a que vuelva para saberlo.»

De un tirón se puso el magistrado Dong en la capital, dando parte de su llegada en el Consejo de Empleos. Al día siguiente fue a sortear[331] su nuevo puesto, acercándose antes a saludar a Feng Zhuo'an, a la sazón aprobado de los exámenes de palacio y asignado[332] como secretario a un negociado, con casa en la vecindad del Consejo. El secretario Feng le ofreció asiento, y hablando de todo un poco, dijo el magistrado Dong:

—De paso por Wuhu, tuve noticia que vuestro honorable amigo Niu Buyi paraba en el templo del Dulce Rocío.

Quiso decirle que fue a visitarlo, y que luego en Andong habían trabado amistad, pero en eso entró un criado anunciando que el sorteo de puestos había comenzado, y el magistrado Dong tuvo que pedir licencia, saliendo para el Consejo de Empleos. Una subprefectura en Guizhou le dieron; y hacia ella partió no bien hubo empacado sus cosas, sin pasar a despedirse del secretario Feng.

---

[330] *Zhuang muzhong*, no dejaba de «tañer la campana de palo», de sacar provecho a escondidas.

[331] *Che qian*, «sacar la ficha de bambú» para sortear destino. Método puesto en práctica por Sun Piyang, ministro del Consejo de Empleos, el año XXII de Wanli (1595) y proseguido en la dinastía Qing, consistente en sacar el sorteante de un cubilete una de las fichas de bambú donde figuraban los diversos destinos. El Consejo de Empleos (Libu), uno de los Seis Consejos o ministerios, se ocupaba de nombramientos, traslados, ascensos y todo lo concerniente a la vida oficial de los funcionarios.

[332] *Sanle*, «repartido», destinado. Desde principios de la dinastía Ming, los graduados de palacio con mejor puntuación ingresaban como «letrados virtuosos de la Escuela» (Shu *jishi*) en la Escuela de la Prosperidad Pública (Shuchangguang) o instituto de estudios avanzados dependiente de la Academia Hanlin, donde recibían preparación durante tres años y eran sometidos a examen para su «repartición» (*san*) o colocación en organismos importantes. Los aprobados pasaban como compiladores a la Academia Hanlin, y el resto era destinado o bien a los Consejos y a la Secretaría del Interior como secretarios (*zhushi*), o bien a los distritos como magistrados. Feng Zhuo'an estaba entre los destinados a los Consejos; en éstos, el secretario ocupaba el cuarto lugar en importancia, tras el ministro (*shangshu*), los directores generales (*langzhong*) y los subdirectores (*yuanwailang*), y por encima de otras siete categorías.

Pasado algún tiempo, el secretario Feng dio a un criado una carta y diez onzas de plata y le dijo:

—¿Conoces la casa de Niu Buyi, en Shaoxing?

—Sí, señor.

—Pues marcha allá, y le das la carta y las diez onzas de plata a su mujer, y le dices que su esposo está alojado en el templo del Dulce Rocío, de Wuhu. Recuérdalo, y no te entretengas por el camino. El dinero es para el viaje de la señora.

Pasó antes el criado por la residencia para dar cuenta a la madre del secretario y, puestos en orden sus negocios domésticos, partió, haciendo el viaje sin tropiezos. Llegado a Shaoxing, enderezó por un callejón, e iba a entrar en una casa de puertas de mimbre, cuando de ella salió un zagal con una banasta de arroz, que lo hizo pasar apenas supo venía de parte del secretario Feng. El zagal entró en el aposento interior, y a poco volvió a salir y preguntó:

—¿Qué encomienda trae v. md.?

—¿Qué eres tú de la señora Niu?

—Su sobrino.

—Pues pon atención: el amo me manda decir a la señora que su esposo está en Wuhu, en el templo del Dulce Rocío, que leyendo esta carta se le quitarán los cuidados, y que estos dineros son para el viaje —dijo el criado, alargando las diez onzas.

El zagal llevó el dinero adentro, y el criado aguardó sentado, examinando mientras tanto la habitación; de la pared medianera colgaba un lienzo ajado entre los dos versos de un díptico, los muebles no pasaban de una docena de sillas de caña desvencijadas, y en el patio anejo a la puerta había unas pocas flores y una frondosa enredadera. No fue larga la espera, pues al rato salió el zagal con una taza de té y un envoltorio de a dos centésimos de plata, que entregó al criado, respondiéndole:

—La tía dice que agradece a v. md. la diligencia, que esto es para que compre té, y que salude de su parte a la señora de v. md.; y que en la capital dé las gracias al señor y le diga que ha recibido el recado.

Con que el criado se fue sin más, luego de agradecer. La señora Niu quedó muy apenada, diciéndose entre sí: «Tan viejo, y siempre fuera de casa. Y sin hijos. ¿Qué vida es ésa? Más vale que con estas diez onzas vaya a buscarlo a Wuhu y lo traiga de vuelta.» Y resuelta a ello, cerró su casucha de dos cuartos, pidiendo a los vecinos cuidasen de ella, y embarcó con su sobrino rumbo a Wuhu, donde llegaron sin contratiempo, marchando derechos hacia el Puente Flotante, a cuya vera se levantaba el templo del Dulce Rocío. La puerta parecía cerrada, pero ella la empujó y entró, viendo el gran abandono que había, pues ni un mal par de candelabros o incensarios adornaban el altar del venerable Skanda, y los tabiques de la nave central se caían a trozos. Pasaron al patio, donde hallaron a un viejo monje taoísta sentado, ocupado en remendar sus ropas, al que preguntaron; pero el monje sólo sabía hablar de manos, pues era sordomudo, y cuando le dieron a entender que buscaban a Niu Buyi, respondió señalándoles la sala frontera. La sala, contigua al altar de Skanda, no tenía ni puerta, y lo primero que mostraba al entrar en ella era un gran ataúd, y ante él una mesa deslavazada de tres patas; del pendón mortuorio apenas quedaba el asta, y como la sala estaba a cielo abierto, que ni tejado tenía, la lluvia había borrado la inscripción del ataúd, con excepción de dos palabras: «Dinastía Ming»; de los caracteres que había a un lado solamente quedaba un trazo. El vello erizado de espanto, la señora Niu preguntó con voz entrecortada al monje taoísta:

—¿Ha muerto Niu Buyi?

El monje agitó las manos y señaló en dirección a la puerta, interpretando el sobrino su gesto:

—Quiere decir que el tío no está muerto, que ha marchado a otro lugar.

Recorrieron la calle tomando lenguas, y ninguno tenía noticia de que hubiese habido una muerte en el templo; hasta que llegando a la tienda de Guo Tiebi, junto al templo de la Buena Fortuna, el grabador les dijo:

—¿Niu Buyi? Partió ha poco al distrito de Andong, para visitar al magistrado Dong.

Enterada del paradero del esposo, la señora Niu resolvió ir a Andong para buscarlo. Y por causa de ello,

Surge el agravio donde ya hay agravio
Y desátanse grandes oleajes;
Busca su mundo donde ya no hay mundo
Y conciértase feliz maridaje.

Mas para saber si la señora Niu llegó o no a Andong, habrás de leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXIV

NIU PULANG SE VE METIDO EN PLEITOS; BAO WENQING VUELVE A SU ANTIGUO OFICIO

Apenas casado en segundas nupcias con la de Huang, de Andong, Niu Pulang recibió de la familia de la desposada una casa de tres o cuatro cuartos fronteros, a cuya puerta puso el rótulo de «Niu Buyi, poeta y prosista». Una mañana, sentado apaciblemente en su cuarto, oyó llamar a la puerta, y al abrirla se dio de bruces con uno que llamaban Shi, vecino de Wuhu al que apodaban el Rata, de todos conocido por sus malas trazas. Poca gracia le hizo a Niu Pulang la visita, pero tuvo que saludar con la reverencia de rigor y ofrecerle asiento; y ya entraba a calentar el té, cuando la esposa, que había observado todo desde detrás del biombo, le advirtió:

—Ése es el tío materno que estuvo a buscaros el año pasado y dijo de tornar.

—¡Qué va a ser ése tío mío! —respondió Niu Pulang.

Hecho el té, ofreció una taza al visitante, quien dijo:

—Tengo entendido que las cosas te van bien, y ya veo que has vuelto a casar.

—Mucho ha que no os veo. ¿Dónde habéis estado?

—Paseando por ahí, por Huaibei y Shandong —dijo el Rata—. De casualidad pasaba por aquí, y como me he quedado sin blanca, vengo a pedir emprestadas unas onzas, dando por cierto que me habrás de ayudar.

—Paisanos somos, mas nunca hemos hecho negocios juntos —respondió Niu Pulang—; además, aquí soy convidado y vivo a cuenta de mi suegro. ¿De dónde iba a sacar los dineros?

—Poco agradecido eres, mocito —dijo con burla el Rata—. ¿Ya no te acuerdas lo que me sangraste cuando yo iba por ahí aventando la plata como polvo? ¿Y ahora que te salvo la honra callando lo de tu segundo casamiento, me vienes con esas?

—Menos cuento —respondió enojado Niu Pulang—, que ni plata ni polvo os he visto yo aventar en la vida. Un viejo como vos debería andar por ahí haciendo el bien, en vez de sonsacar los dineros como uno de esos monjes pelados.[333]

—Cuida tus palabras, Niu Pulang, no olvides las vilezas que llevas a tus espaldas —advirtió el Rata—. Búrlate de los otros, pero no de mí; estás casado dos veces, y tú bien lo sabes, que allá abandonaste a tu primera mujer y acá has engañado a los de la casa de Huang. ¡Ya estás aflojando unas buenas onzas, si no quieres que dé parte en la audiencia!

—¿Qué creéis, que os tengo miedo? —gritó Niu Pulang, levantándose—. ¡Pues vamos a la audiencia!

Y prendiéndose el uno del otro salieron de la casa, yendo derechos a la audiencia, a cuyas puertas los detuvieron un par de alguaciles conocidos de Niu Pulang. Preguntáronles qué sucedía, y habló primero el Rata, acusando al otro de engañar a las casas de Bu y de Huang y de ocultarse bajo falso nombre, y luego Niu Pulang, quien dijo:

---

[333] *Zai guangshuitou shang zuan yan —pian ren*: lit. un viejo como vos debería andar por ahí haciendo el bien, en vez de «abrirse ojos en la cabeza, lisa como el agua, para engañar a la gente», esto es, en vez de hacerse pasar por monje mendicante para engañar a la gente. Los «ojos» son los círculos marcados a fuego en la parte superior del cráneo del novicio al recibir los preceptos.

—Este que ven v. mds. aquí es un famoso rufián de mi distrito al que dicen el Rata, villano en aumento a pesar de sus años. El pasado vino a mi casa estando yo fuera y se hizo pasar por tío mío para ganarse una comida de balde, y ahora vuelve a pedirme dinero. ¡Quién viera semejante descaro!

—Ta, ta, señor Niu —dijeron los alguaciles—, que es viejo, y si no deudo, al menos fue vecino vuestro. Estará el hombre a la postrer pregunta, y como dice el dicho, la pobreza en casa propia no lo es y en los caminos mata. Quizá no os parezca darle unos dineros, aunque los tengáis, pero entre todos podemos juntar unos cientos de sapecas y que se marche norabuena.

Mas como el Rata siguiera porfiando, hubieron de llamarlo al orden:

—Éste no es lugar para armar bulla. Mirad que el señor Niu es buen amigo de nuestro magistrado, y un viejo como vos habría de poner cuidado en lo que hace, no vayáis a empeorar las cosas.

Y pues no hicieron falta otras razones para persuadir al Rata, éste, ya serenado, embolsó el dinero que le daban, agradeció a todos y marchó. Niu Pulang dio también las gracias a los sayones y se encaminó a su casa; pero apenas dados unos pasos, un vecino se allegó a él y le dijo: «Señor Niu, venid un instante», apartándolo a un tranquilo callejón, donde añadió:

—Vuestra señora anda a palos con otra.

—¿Qué otra?

—Una mujer que dice ser vuestra esposa de antes, que se apeó de una silla de manos cargada de cosas en saliendo vos de casa. ¡Pues buena se ha armado! Esa mujer dice que os quiere ver la cara, y vuestra esposa, que volváis en un punto.

«Para mí que esto es cosa del Rata» —se dijo Niu Pulang, a quien la nueva sentó como si hubiera caído en pilón de agua helada—. «De seguro ha hecho venir a mi otra mujer para atizar la candela.»

Pero como no tenía escape, se armó de valor y siguió camino. Al llegar a casa, se paró a la puerta y aguzó el oído, advirtiendo, por la voz de la mujer, que no era su anterior esposa, sino otra con acento de Zhejiang. Llamó y entró, y cuando él y la mujer estuvieron frente a frente, ninguno reconoció al otro, con que su esposa gritó:

—¡He aquí a mi esposo! ¿Aún os empeñáis en decir que es el vuestro?

—Vos no sois Niu Buyi —dijo la señora Niu.

—¡Claro que soy! —exclamó Niu Pulang—; mas a vos no os conozco de nada, señora.

—¡Yo soy la esposa de Niu Buyi, y por el rótulo que hay a la puerta está claro que vos habéis usurpado el buen nombre de mi marido, y quién sabe si no lo hayáis matado! ¡Y aún tendréis entrañas para hablar!

—¿Y decís que he matado a vuestro marido? ¡Como si los de un mismo nombre no fueran legión bajo los cielos! ¡Quién tal viera!

—¡Tenéis que haberlo matado, que desde el templo del Dulce Rocío de Wuhu vengo preguntando por él, y en todas partes me han dicho que está aquí, en Andong! —gritaba la señora Niu— ¡Devolvédmelo vos, que usurpáis su nombre!

Y gimiendo y llorando mandó al sobrino asir de Niu Pulang, y montada en la silla de manos los escoltó a la audiencia, levantando a su paso enorme alboroto. El magistrado salía cuando ellos llegaban, y dijo que presentaran la denuncia por escrito, hecho lo cual citó a las dos partes y mandó a los alguaciles fijasen la comparición de juicio, que habría de celebrarse de allí a tres días, de tarde.

Ese día había tres juicios. El primero versaba sobre un caso de homicidio, y el demandante era un monje budista. Declaraba éste que, recogiendo leña en el monte, reparó en un buey de los que allí pastaban que lo miraba con extraña insistencia, y como

al acercarse el animal comenzase a llorar, y al postrarse de rodillas llorase aún más y diese en lamerle la cabeza, no tuvo duda de que el buey era su padre reencarnado, por lo que rogó e imploró al dueño se lo donase para mantenerlo bien cuidado en el templo, cosa que aquél hizo. Pero un vecino lo había robado y matado, y el monje venía a la audiencia trayendo por testigo al donante del animal.

El magistrado Xiang oyó la narración de los hechos y mandó declarar al vecino, quien dijo:

—El monje apareció por mi casa hace tres o cuatro días y me vendió el buey, y yo lo maté; y ayer me viene con que el buey era su padre, y quería sacarme más dineros. ¡Pues y me lo vendió barato! Adiós y veámonos, le dije, y me puso de vuelta y media. Y preguntando aquí y allá, me dijeron que no me tomase mal rato, que el buey no era su padre; que este monje lleva añales rapándose la cabeza y restregándola con sal, y de que ve ganado pastando, se fija en el buey más gordo y allá va a arrodillarse ante él, y el animal, como es de razón, le lame la calva; y no hay buey que no llore cuando lame sal. Pues luego va suplicando al dueño y le pide el animal, diciendo que es su padre, y cuando ya es suyo lo vende. La de veces que lo habrá hecho, y viene a fijarse en mí. ¡Justicia, excelencia!

Oyólo el magistrado, y preguntó al donante del animal:

—¿Le diste el buey de balde?

—Sí, que ni una sapeca le pedí.

—Misteriosa, en verdad, es la transmigración,[334] mas ahora el monje quiere revelarnos el secreto —dijo el magistrado Xiang—. Si creías que el buey era tu padre, ¿por qué lo vendiste, pelón?

Y condenó al monje a veinte palos, cerrando el caso. El siguiente era de envenenamiento, y tenía por partes a Hu Lai, el demandante, hermano mayor del muerto, y Chen An, el acusado, médico de profesión. El magistrado llamó al demandante y le preguntó:

—¿Cómo envenenó a tu hermano?

—Mi hermano cayó enfermo y fui a buscar al doctor Chen, que le dio no se qué remedio; y al otro día, mi hermano se puso como loco y se tiró al río, ahogándose. Está a la vista que lo ha envenenado.

—¿Habíais tenido algún tropiezo antes?

—No.

El magistrado hizo venir al médico y le preguntó:

—¿Qué remedio diste al hermano de Hu Lai?

—Como lo suyo era frío, le di un remedio para sudar en que entran ocho granos de oreja de fraile.[335] Allí había un familiar presente, uno menudo y rechoncho, que porfiaba en que tres granos de oreja de fraile ya eran de por sí mortales; pero, ¿es eso lo que dice la farmacopea?[336] ¿Qué culpa tengo yo de que a los tres o cuatro días[337] el hermano se tirara al río y muriera ahogado? Os aseguro, excelencia, que de las cuatrocientas hierbas que existen, ninguna tiene la propiedad de hacer que la gente se tire a los ríos. ¡Quién oyera de tales calumnias contra la profesión médica! ¡Justicia, excelencia!

---

[334] *Lunhui*, el ciclo de las reencarnaciones.

[335] *Jingfang*: ásaro, planta de rizoma rastrero, hojas radicales carnosas y bohordo central con flores de color rojo negruzco, de olor nauseabundo.

[336] *Bencao*: lit. «raíces y hierbas», nombre genérico de los tratados de sustancias medicinales chinas, entre los que se encuentra el más famoso de ellos, *Bencao ganmu* [Compendio de raíces y hierbas], de Li Shizhen (1518-1593).

[337] El hermano afirma que fue «al otro día». Quizás exagera para hacer más patente la relación causa-efecto.

—Nunca había oído tamaña simpleza —dijo el magistrado—, pues el médico solamente quiere el bien para los demás,[338] y tú, Hu Lai, si tenías un enfermo en casa, debías haberlo cuidado. ¿Cómo lo dejaste salir y tirarse al río? ¿Cómo osas culpar de ello al doctor? ¿A quién se le ocurre poner pleito por semejante despropósito?

Y dio por terminado el caso. El siguiente tenía por demandante a la señora Niu, quien acusaba a Niu Pulang de haber matado a su marido. El magistrado Xiang la mandó llamar, y ella le contó de sus viajes de Zhejiang a Wuhu y de Wuhu a Andong, concluyendo:

—Y a la puerta de su casa ha colgado un rótulo con el nombre de mi esposo, queriendo suplantarlo. ¿Qué otro, si no él, puede saber dónde esté ahora?

—Tampoco tiene por qué ser así —dijo el magistrado Xiang. Y llamando a comparecer a Niu Pulang, le preguntó:

—¿Conocéis a esta mujer, licenciado Niu?

—Ni a ella ni a su esposo, pues se presentó en mi casa a buscarlo levantando falsedades —respondió Niu Pulang.

Y el magistrado, dirigiéndose a la demandante, concluyó:

—Cierto que tanto vuestro esposo como el licenciado Niu se llaman Niu Buyi, pero el mundo está lleno de gentes que tienen el mismo nombre. El licenciado Niu no sabe dónde está tu esposo, y haríais bien en buscarlo en otra parte.

La señora Niu rompió a llorar, clamando una y otra vez justicia, y tanto escándalo levantó, que el magistrado perdió la paciencia y le dijo:

—¡Basta! Volveréis a Shaoxing con escolta de dos alguaciles, y allí podréis hacer la denuncia ante vuestro propio magistrado, que yo no estoy para perder el tiempo con una acusación tan poco fundamentada. Vos también podéis marchar, licenciado.

Y con ello dio el magistrado por concluida la sesión, designando dos alguaciles para que sin tardanza llevasen a Shaoxing a la señora Niu.

Ya en Shaoxing, la señora Niu recurrió a instancias superiores, acusando al magistrado Xiang de ponerse de parte de su amigo poeta y prosista en el juicio de homicidio que había entablado. La causa pasó al comisario de justicia[339] Cui, quien a la sazón ocupaba el cargo por ser sobrino de eunuco y haber nacido con título hereditario que lo habilitaba para ello, el cual mandó a su secretario copiar la denuncia la misma noche del día en que llegó a sus manos, leyéndola con detenimiento a la luz del candil. Comenzaba diciendo: «Por el buen nombre de los oficiales del Imperio, denuncio a un magistrado incapaz y liviano...», y seguía con una retahíla de cargos contra Xiang Ding, el magistrado de Andong. El comisario estudiaba el documento, cuando advirtió que a la sombra lo observaba arrodillado el comediante Bao Wenqing, paniaguado de la residencia, al que dijo:

—Si tienes algo que pedirme, levántate y habla.

—Acabo de venir en conocimiento, señor, que el magistrado Xiang, de Andong, va a ser juzgado. A él no lo conozco en persona, pero sus piezas de teatro las vengo leyendo desde que de siete u ocho años comencé a estudiar con mis maestros, y debo deciros que es letrado insigne y escritor de gran genio, y que, a pesar de sus muchas prendas, ha tardado más de veinte años en ser magistrado. Mal las ha pasado, y peor las va a pasar ahora si lo enjuician, que, si anda metido en pleitos, a fe que lo debe al gran respeto que prodiga a los hombres de letras. No lo condenéis, señor, hacedme merced.

---

[338] *Yijia you ge gu zhi xin*: «el médico siempre está dispuesto a cortarse un trozo de su propia carne» para sanar a su señor, siempre está dispuesto a sacrificarse por los demás. Fórmula de lealtad y piedad filial cuyo origen se remonta a *Zhuangzi* («Dao Zhi»), a la respuesta que Zhi el Bandido da a Confucio: «Jie Zitui era tan leal, que se cortó un trozo de carne de su propia pierna para alimentar al duque de Wen».

[339] *Anchashi*, comisario de justicia, máxima autoridad judicial de una provincia (*v*. nota *supra*).

—Nada sabía yo de tu interés en las letras —dijo el comisario—. Puesto que tal es tu deseo, ¿no habré de tenerlo en cuenta?; pero si sobreseo la causa sin más, nunca sabrá que debe agradecértelo a ti. Más vale le diga por qué lo hago, y te mande a su audiencia, que unas onzas de gratitud no habrán de faltar y harás unos dineros con que cubrirte las espaldas de vuelta en tu casa.

Con que Bao Wenqing agradeció postrándose de hinojos, dando el comisario orden a su secretario de sobreseer la causa contra el magistrado de Andong. Pasados unos días, Bao Wenqing se presentó con una carta y el alguacil de escolta a las puertas de la audiencia de Andong. El magistrado Xiang quedó muy admirado de lo que decía la carta, y mandó a sus hombres abrirle las puertas, con que Bao Wenqing entró, encapillado en su gorrillo y su túnica negra, arrodillándose ante él. Hízole levantar el magistrado, y quería a su vez honrarlo con una reverencia, pero no había quien trajese a razones al comediante, que decía:

—Vuestro menor nunca consentiría que lo trataseis como a igual.

Y el magistrado:

—Permitidme que os presente respetos, que venís de la residencia de mi superior y además sois mi benefactor. Poneos en pie, que os agradezca.

Pero como Bao Wenqing no consintiera en ello, el magistrado lo quiso sentar casi a la fuerza, cosa a la que el otro tampoco se avino; rechazaba el asiento, y el magistrado, harto exasperado, decía:

—Sois enviado del comisario Cui, y mi descortesía será tenida por desaire.

—Vuestro menor no puede consentir que uséis con él del ceremonial de la Corte, por mucho que sea vuestro empeño —respondía Bao Wenqing.

Y siguió de pie, los brazos caídos en señal de respeto,[340] contestando con brevedad a las preguntas del magistrado, hasta que se retiró a su aposento de huésped. Después de aquello, el magistrado le mandó una y otra vez a sus deudos para que le hiciesen compañía, pero Bao Wenqing no osaba tratar con ellos, y solamente vino en aceptar cuando le envió un criado, con el que pasó la tarde en su cuarto hablando y riendo. Pues otro día el magistrado lo convidó a almorzar en la biblioteca, pero como al servir el vino Bao Wenqing lo rechazase hincándose de rodillas y tampoco consintiera en tomar asiento, el oficial trasladó el banquete a las dependencias de la servidumbre y pidió a ésta de hacer por él los honores, con que el comediante terminó por aceptar el convite, agradeciéndolo luego.

El magistrado escribió una carta al comisario judicial reconociéndole el favor, y quiso darle a Bao Wenqing un envoltorio con quinientas onzas, pero éste lo rechazó diciendo:

—Estos dineros son de la anata que la Corte da a los oficiales, y vuestro menor es hombre de baja condición que nunca osara aceptar la plata de Su Majestad Imperial; que, de aceptarla, moriría de arrepentimiento, por lo que os ruego tengáis piedad de él y salvéis su indigna vida.

Y tanta vehemencia puso en su argumento, que el magistrado no hizo instancia, aunque sí informó de ello en otra carta al comisario judicial. Unos días más pudo el magistrado retener al comediante en su residencia, hasta que se despidió de él, mandándolo escoltado hasta Nanquín.

Teniendo noticia de lo acaecido, el comisario judicial tuvo por tonto a Bao Wenqing, y aunque no dijo más, cuando con el tiempo fue ascendido a oficial áulico[341]

---

[340] *Chui shou*, las «manos caídas», señal de respeto en presencia de quien es merecedor de él.

[341] *Jingtang*: cargo genérico que designaba a los funcionarios de tercer y cuarto grado adscritos a la Corte General de Investigación (Duchayuan), la Oficina de Transmisión (Tongzhengsi), el Colegio Imperial (Guozijian) y otros organismos principales de la corte.

lo llevó consigo a la capital. Mas tuvo mala fortuna el comisario, pues apenas llegado, enfermó y murió, y Bao Wenqing, que no tenía amigos en Pequín, aprestó sus cosas y volvió a Nanquín, su villa natal.

Nanquín, capital del Imperio desde el reinado de Taizu, con sus trece puertas en la muralla interior y dieciocho en la exterior, se extiende cuatro leguas de un extremo a otro y no menos de una docena por su cerco, y está surcada de docenas de calles grandes y centenares de callejones muy concurridos, jalonados todos de pabellones de colores. El río Qinhuai la atraviesa de levante a poniente en un tramo de una legua: cuando viene alto, sus aguas se pueblan de barcazas, ocupadas por flautistas y tamborileros que no cesan de tocar día y noche. Dentro y fuera hay monasterios y templos de tejas verdes y pilares almagrados; tantos hay, que si en las Seis Dinastías, como dicen, no bajaban de los cuatrocientos ochenta, hoy bien podrían rondar los cuatro mil ochocientos. Puntean calles y callejuelas más de seis o siete centenares de tabernas chicas y grandes y un millar de casas de té, de modo que el viajero que se adentra por la ciudad tropieza una y otra vez con un farolillo colgado que anuncia la venta de la bebida, a cuya vera nunca faltan las flores frescas y la caldera hirviente de agua de lluvia pura y cristalina; y, si entra en la casa, la verá siempre abarrotada de parroquianos. A la caída de la tarde se prenden los farolillos de las tabernas; a millares lucen en las calles principales, iluminándolas como si fuese de día, merced a lo cual los paseantes no han menester de sus lampiones. De noche, cuando la luna está alta, las músicas de las barcas del Qinhuai hechizan con sus sones claros y tiernos a cuantos las sienten, y las muchachas de las casas ribereñas alzan las persianas y escuchan de pechos en las barandillas, vestidas en sus sedas ligeras y adornados los cabellos con flores de jazmín. Y así resuenan los tambores en las embarcaciones iluminadas, se abren en las dos bandas cortinas y puertas, y el perfume de ámbar gris y palo de áloe de las casas ribereñas se esparce por el aire y flota a la luz de la luna en la neblina del río, trasformando a sus moradoras, a ojos del espectador, en diosas del Jardín de las Alturas o hadas del Palacio de Jade,[342] en tanto las cortesanas de los Dieciséis Pabellones,[343] envueltas en sus relucientes vestidos, acogen a los viajeros procedentes de los cuatro confines. Tanto bullicio hay, que cada día es una Fiesta de la Luz Pura, cada noche una Fiesta de los Faroles.[344]

---

[342] Langyuan, Yaogong: lugares legendarios habitados por inmortales. El primero de ellos aparece en *Li Yi shanshi ji* [Recolección de poesías montañesas de Li Yi], de Li Shangyin (813-858), y el segundo, en *Tao Yinju ji* [Antología de Tao Yinju], del maestro taoísta Tao Hongjing (456-536).

[343] Shiliu Lou, los «dieciséis pabellones» reservados a las cortesanas de Nankín, erigidos por orden del emperador Hongwu (r. 1368-98) para dar solaz a sus súbditos y enviados foráneos (principalmente de Asia), frecuentados por funcionarios, gentes adineradas y artistas, y suprimidos pocas décadas más tarde por el emperador Xuande (r. 1425-35). Cada uno tenía su nombre: Laibin (el «Pabellón de los Huéspedes» que aparece en el cap. LIII), Chongyi (éste y el anterior reservados a los visitantes extranjeros), Gufu, Ouge, Heming, Zuixian, Jixian, Lemin, Meiyan, Cuiliu, Qingyan, Danfen. Beishi, Nanshi, Qingjiang, Shicheng.

[344] *Zhaozhao* Hanshi, *yeye* Yuanxiao: «cada día una Fiesta de la Comida Fría, cada noche una Fiesta de los Faroles». La Fiesta de la Comida Fría (más conocida como Fiesta de la Luz Pura, Qingming *jie*, aunque se trate de dos fiestas diferentes, ya que la primera se celebra la noche de vigilia de la segunda) tiene lugar el día primero de la tercera luna (5 o 6 de abril) y también recibe el nombre de Fiesta del Barrido de las Sepulturas (Saofen *jie*), pues es jornada de culto a los difuntos, en que se ofrecen sacrificios y se barren y adornan sus tumbas. La Fiesta de los Faroles (Yuanxiao *jie*), celebrada la decimoquinta noche de la primera luna, pone fin a las del año nuevo lunar y toma su nombre de los faroles de formas y colores diversos con que se engalanan las calles para celebrarla; también es costumbre tirar petardos y comer los *yuanxiao*, albóndigas de arroz glutinoso en sopa dulce. Ambas fiestas son muy bulliciosas, como señala el texto y como ilustra para el primero de los casos, por ejemplo, un conocido lienzo de Zhang Zeduan (s. XII): «Cruzando el río la Fiesta de la Luz Pura» (*Qingming shang he*).

Bao Wenqing vivía por la puerta del Agua de Poniente, del lado de la puerta de la Recolección del Tesoro.[345] De esta puerta dicen que antaño era cruzada a diario por cien bueyes, mil puercos y diez mil fanegas de grano; pues si hoy día hiciesen recuento, a fe que los bueyes no bajaran de un millar ni los puercos de diez mil, y no hubiera mortal que pudiese medir la cantidad de grano. Bao Wenqing, decíamos, llegó al cabo a su casa, saludando a la esposa. Había sido la suya familia de comediantes desde muchas generaciones atrás, y él seguía en el negocio a par con la tradición teatral de Nanquín, que contaba con tres cofradías de comediantes y un templo en honor del Patrono Mayor[346] cerca del puente de Huaiqing, amén de otra cofradía y otro templo en el barrio de la puerta del Agua de Poniente. A la entrada de las cofradías había colgadas tablillas con el nombre de las compañías, en las cuales escribían sus órdenes con unos días de antelación cuantos buscaban apalabrar comediantes; el nombre de Bao Wenqing figuraba en la cofradía de la puerta del Agua de Poniente. Las provisiones que regían la profesión teatral eran muy estrictas; tanto, que si un comediante era cogido en falta, los concofrades quemaban incienso en el templo y lo juzgaban y castigaban, y hasta podían darle de palos sin remisión. En los templos del Patrono Mayor había lápidas con los nombres de la docena larga de comediantes de las compañías fundadas en tiempos de Hongwu,[347] cuyos descendientes, de seguir en el oficio teatral, eran conocidos por «hijos y hermanos menores de la gran familia», recibían tratamiento de «mayores en la doctrina» desde muy temprana edad, y debían ser consultados antes de poner por obra cualquier determinación de la compañía. El nombre del padre de Bao Wenqing estaba inscrito en la primera lápida.

En llegando a casa, Bao Wenqing puso en orden sus negocios domésticos y luego sacó y revisó las zampoñas, flautas, caramillos y laúdes[348] que tenía, advirtiendo que todos los instrumentos estaban cubiertos de una gruesa capa de polvo y que no faltaban las cuerdas quebradas y las rajaduras. Al cabo los puso a un lado y se encaminó a una casa de té cercana de la cofradía para platicar con otros comediantes, echando de ver, al entrar, a uno de sombrero alto, túnica azul y botas negras de suelas blancas, que bebía té solo en una mesa. Era Qian el Viruelas, el barba[349] de la compañía, quien al verlo dijo:

—¿Cuándo habéis vuelto? Sentaos y servíos.

—Al veros en la puerta os he confundido con un compilador de la Academia Hanlin que se hubiese metido por error en la casa —dijo Bao Wenqing, sentándose a su lado—. ¡Así que sois vos, viejo truhán!

—Ya sé que habéis estado en la capital y que habréis visto a algún que otro oficial —contestó Qian el Viruelas—. ¿Qué queréis? ¿Amedrentarme hablando de la Academia Hanlin?

---

[345] Shuiximen y Jubaomen, respectivamente.

[346] Laolang *an*: templo de culto a Laolang *shen*, el patrono mayor de las artes escénicas, identificado por lo general (existen opiniones diversas en torno a su identidad) con el emperador Xuanzong (r. 712-756), gran mecenas de la música y el teatro y fundador de la Escuela del Jardín de los Perales (Liyuan *jiaofang*), emplazada en el parque imperial de la antigua Chang'an o actual Xi'an, en la que recibieron instrucción centenares de jóvenes.

[347] R. 1368-1398.

[348] *Sheng*, *xiao*, *guan*, *di*, *sanxian*, *pipa*. *Sheng*: zampoña u órgano de boca compuesto de 13 a 19 flautas de bambú de desigual longitud; *xiao*, *guan*: flauta recta y flauta de boquilla; *di*: flautillo de bambú, de siete agujeros; *sanxian*: laúd de caja pequeña rectangular cubierta de piel de serpiente y mástil largo de tres cuerdas; *pipa*: laúd de cuatro cuerdas.

[349] *Laosheng*, barba, actor de teatro que interpreta papeles de hombre maduro o viejo.

—No es eso, hermano mayor —dijo Bao Wenqing—; pero, ¿dónde se ha visto que los de nuestro oficio vistan como vos? Si andáis así, ¿qué se van a poner encima los letrados?

—Eso era hace veinte años, que ahora los señores de Nanquín nos convidan a comer con ocasión de aniversarios y casamientos, y donde apenas les colguemos un par de velas, nos sientan por encima de los grandes oficiales, y a esos mocitos de barrio que acaban de pasar los exámenes ni los miramos a la cara.

—Si subís tanto el tono, hermano mayor, acabaréis siendo más de comediante en vuestra próxima existencia, que acaso os convirtáis en borrico o caballo.

Riendo lo empelló Qian el Viruelas, y en eso el mozo les trajo unos dulces. Comían, cuando vieron entrar a un viejo con cayado de cabeza de dragón, capucha, túnica color de soja y botas negras de suelas blancas, al que Qian el Viruelas gritó:

—¡Tío Huang, venga v. md. aquí y siéntese con nosotros!

—Estaba yo pensando para mí: «¿Y quiénes serán ésos?», y ya veo que son v. mds. —dijo el anciano—. Mucho he tenido que arrimarme para conocerlos, que a mis ochenta y dos años la vista ya no es la de antes. ¿Cuándo habéis vuelto, Wenqing?

—Hace unos días, y aún no he visitado al tío —respondió Bao Wenqing—. El tiempo pasa en un soplo, que aún recuerdo la última vez que vi al tío en la casa del duque de Xu el día que me fui, hace ya catorce años, encarnando a un vendedor de té.[350]. ¿Sigue v. md. con la compañía?

—Ya ha mucho que dejé las tablas —respondió el anciano, meneando la cabeza.

Y se sentó con ellos. Encargaron más dulces, y en eso dijo el anciano a Qian el Viruelas:

—¿Cómo no os vimos el día en que el graduado provincial Zhang, el que para por la puerta del Sur, nos convidó a jugar al ajedrez?

—Tenía que hacer —respondió Qian el Viruelas—. Mañana son los días del notable Xue, el de la torre del Tambor, y mis discípulos y yo vamos a felicitarlo con una función.

—¿Quien es ese notable Xue? —preguntó Bao Wenqing.

—En un tiempo fue prefecto en la provincia de Fujian, en Dingzhou, y tiene mi edad, ochenta y dos años —dijo el tío Huang—. La Corte lo ha nombrado este año Patriarca del Libamiento Rural.[351]

—Y si lo vieran a v. md. caminar apoyado en el bastón con tanto reposo y dignidad también habrían de nombrarlo patriarca —dijo Bao Wenqing—. Decidme, si no, hermano Qian: ¿qué prefecto retirado podría igualarse con el tío? ¿Qué ministro o sumiller de palacio le gana en compostura?

El anciano sonrió ufano, sin reparar en la burla, y al rato se fueron, apurando el té. No le dejaron buen regusto a Bao Wenqing las ínfulas de los camaradas. Resuelto a fundar su propia compañía de comediantes jóvenes, se dio a buscarlos por toda la

---

[350] Encarnando a un «Cha *boshi*», lit. «doctor del té», apelativo respetuoso que recibía Lu Yu (733-804), autor de *Cha jing* [Libro del té], aunque posteriormente pasó a designar a los simples empleados o vendedores de las tiendas de té. Las palabras de Bao Wenqing encierran cierta ironía, ya que contraponen la humildad de los papeles que solía representar el tío Huang con su aspecto actual de gran personaje de ópera.

[351] *Xiangyin dabin*, «gran huésped de la libación rural». Los funcionarios locales celebraban anualmente en la escuela del lugar una ceremonia en honor de los notables «aventajados en años y en moralidad» (*nian gao de shao*), reservando el sitio de honor para el más anciano, al que nombraban «gran huésped» o «anciano huésped» (*dabin*, *qibin*). La lista de convidados era publicada en el Consejo de Ritos; de ahí que el tío Huang diga que «la Corte» lo ha nombrado. La ceremonia se inspira en el *Libro de los ritos* («Xiang yin jiu yi», XLII).

ciudad. En eso andaba cuando un día, subiendo la cuesta de la Torre del Tambor, se topó con un hombre. Y por causa de ello,

Un encuentro afortunado
Lustra viejas amistades;
Un matrimonio acertado
Trae gozo a los familiares.

Mas para saber quién era el hombre que Bao Weiqing encontró, tendrás que leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXV

BAO WENQING TOPA UN VIEJO AMIGO EN NANQUÍN; NI TINGXI ENCUENTRA CASAMIENTO EN ANQING

Buscaba Bao Wenqing discípulos para su compañía de comediantes en la ciudad norte, cuando camino arriba de la Torre del Tambor topó un hombre de singular continencia ataviado con raído gorro de velludillo, ajada túnica negra de seda y mugrientas botas encarnadas, sesentón por la barba cana, portador de un *qin* descascarillado con una tira de papel blanco que rezaba: «Se componen instrumentos musicales.» Bao Wenqing se llegó a él, juntas las manos, y preguntó:

—¿Compone v. md. instrumentos musicales?

—Así es.

—Venga v. md. conmigo, si le hace, a esa casa de té, y platicamos un rato.

Con que entraron en una casa de té cercana, donde tomaron asiento y pidieron un par de tazones, preguntando al cabo Bao Wenqing:

—¿Cómo se llama v. md.?

—Mi indigno nombre es Ni.

—¿Dónde vive?

—En los Tres Arcos, muy lejos de aquí.

—¿Sabe componer v. md. laúdes de tres cuerdas y mandolinas?

—Sí, señor.

—A un servidor le dicen Bao, vive en la puerta del Agua de Poniente y tiene por oficio el de comediante.[352] En casa tengo unos instrumentos en muy mala condición y quisiera componerlos. ¿Vendrá v. md. a mi casa, o los llevo a la suya?

—¿Cuántos instrumentos son, hermano mayor?

—Siete u ocho.

—Mal porte tienen tantos —dijo el señor Ni—; más vale que vaya yo a vuestra morada. La compostura me llevará un par de días, y solamente os pido el almuerzo, que de noche tornaré a mi casa.

—Bien; mas dispense v. md. la parvedad de los alimentos —dijo Bao Wenqing—. ¿Cuándo podría empezar?

—Mañana tengo que hacer —respondió el señor Ni—. Pasado mañana estoy en vuestra casa.

En eso vieron descargar a la puerta unos esportillos de dulces de poria,[353] y Bao Wenqing compró media libra, que repartió con el señor Ni. Comiéronlos y se despidieron, apuntando el comediante:

—Así pues, hasta pasado mañana.

El señor Ni asintió, y ambos tomaron su derrota. Ya en casa, Bao Wenqing se lo dijo a la mujer, y entre los dos limpiaron los instrumentos y los llevaron al recibimiento.

---

[352] Liyuan *hangye*, «tiene por oficio el del Jardín de los Perales». «Jardín de los Perales» o Peraleda era el nombre que recibía la escuela de cantantes y bailarines fundada por el emperador Xuanzong (713-741) en Chang'an, la capital imperial. Contaba con dos secciones, masculina y femenina, y amplias zonas de recreo. El nombre pasó a ser sinónimo de «compañía de ópera», y los miembros de ésta, a su vez, eran conocidos por «hijos y hermanos menores del Jardín de los Perales» (Liyuan *zidi*).

[353] *Fuling*, hongo, *Wolfiporia extensa.*

A los dos días apareció el señor Ni. Ofreciéronle té y pastelillos, y luego se entregó a su labor hasta media mañana, en que un par de aprendices de comediante trajeron el almuerzo, compuesto solamente de verduras, que Bao Wenqing partió con el arreglador. De tarde, vuelto del paseo, le dijo a éste:

—Mal trato damos a v. md. con tan magra comida y tan poca atención. Vamos a un figón, y deje para mañana lo que tenga que hacer.

—No os toméis tantas molestias —dijo el señor Ni.

Y fueron al figón, sentándose a una mesa limpia y retirada. El mozo se acercó a ellos y preguntó si aguardaban algún convidado.

—No —respondió el señor Ni—. ¿Qué hay de comer?

—Codillo, pato, pescado a fuego lento, breca macerada en vino de sorgo, picadillo, pollo, mondongo, puerco rehogado y al modo de Pequín, medallones, carpa negra estofada, cabeza de tenca hervida y fiambre de puerco —dijo el mozo, ayudándose con los dedos.

—Hermano mayor, ahorrad los cumplimientos —dijo el señor Ni a Bao Wenqing—. Pidamos no más unos fiambres.

Pero el otro hizo oídos sordos y pidió pato, medallones de puerco, arroz y vino. El mozo entró en la cocina y al rato apareció con una fuente de pato y dos jarrillas de vino. Bao Wenqing se levantó, sirvió primero el vino al señor Ni, lo paladeó y dijo:

—V. md. parece hombre de estudios, señor Ni; ¿qué hace componiendo instrumentos?

—¡Triste historia la mía, hermano mayor! —suspiró el señor Ni—. Me recibí de licenciado a los veinte años, hace ya treinta y siete; pero tanto estudio me alejó de mis obligaciones, y como cada día que pasaba era mayor la pobreza y muchas las bocas que alimentar, acabé dándome a las composturas, pues otra salida no había.

—¿Así pues, v. md. es licenciado? —dijo Bao Wenqing—. ¡Qué ceguera la mía! ¿Y cuántos hijos tiene v. md.? ¿Está en buena salud su señora esposa?[354]

—Mi esposa aún vive, e hijos tengo seis, pero más vale no hablar de ello.

—¿Por qué?

El señor Ni rompió a llorar, y Bao Wenqing se apresuró a llenarle el tazón de vino, consolándolo:

—Si tiene alguna pena, señor Ni, no la calle, que acaso yo pueda echarle una mano.

—Más vale callar, que os reiríais de mí si yo os contase.

—¡Cómo hiciera tal! —respondió Bao Wenqing—. Hable sin trabas, señor Ni.

—Seis hijos tuve, de los cuales uno murió; mas ahora solamente queda en casa el más chico, que los otros cuatro... —dijo el arreglador, interrumpiéndose en este punto.

—¿Qué tienen los otros cuatro?

—Sé que sois hombre de bien, hermano mayor, y no os burlaréis de este viejo. Tanta era nuestra hambre, que los vendí a gentes de otras provincias.

—¡Qué desdicha! —exclamó Bao Wenqing, los ojos nublados.

—Pero ahí no acaba todo, que tampoco puedo mantener a mi hijo pequeño y tendré que venderlo —prosiguió el anciano, llorando.

—¡Mas no podrán sufrirlo v. mds.!

—En casa no hay qué comer, y si lo dejo estar se morirá de hambre con nosotros; más vale darle ocasión de que siga viviendo.

Bao Wenqing quedó mudo de pena, perdido en cavilaciones, hasta que al cabo dijo:

---

[354] *Lao taitai ke shi qimei*, «¿La anciana señora sin duda [aún os presenta la comida] a la altura de las cejas?», forma cortés de preguntar a un anciano si su esposa todavía vive (*v.* nota cap. X).

—Tengo un trato que proponerle, señor Ni, mas no sé cómo decirlo.

—Hablad, hermano mayor.

—Mejor no, que podría ofender.

—Decid lo que gustéis, que no me ofenderé.

—Pues allá voy, y disculpe la osadía.

—Decid, pues.

—Si v. md. vende al hijo, y lo vende a uno de otra provincia, como pasó con los otros, no volverá a verlo jamás —dijo Bao Wenqing—. Mire v. md.: yo tengo más de cuarenta años, y el cielo no me ha dado hijos varones, tan sólo una hija; si v. md. no repara en mi humilde condición y me permite ahijar a su hijo, le daré a cambio veinte onzas y lo criaré como mejor pueda, y a fe que no habrá festividad en que no vaya a visitarlos, y de sonreírles luego la fortuna, volverá para siempre a su lado. ¿Qué dice, señor Ni?

—Si tal hicierais, la estrella de la gratitud guiaría para siempre los pasos de mi hijo; bien sabe el cielo que nada me contentara tanto, pero harto hacéis ya ahijándolo y tomándoos el trabajo de criarlo, para, a más, darme dinero.

—Ahórrese palabras v. md., que las veinte onzas de plata ninguno se las quita.

Abrevada la cena, Bao Wenqing pagó al mozo, y, como ya era de tardecita, cada uno volvió a su casa. Y grande fue el júbilo con que la esposa del comediante acogió la nueva. Al otro día, el señor Ni se apareció para seguir con las composturas, diciendo a Bao Wenqing:

—Al volver a casa, le hablé a mi mujer de vuestro ofrecimiento, y os lo agradece de todo corazón. Sea, pues: fijemos un buen día, y os traigo a vuestro ahijado.

Las dos familias no cabían en sí de gozo, y desde entonces se trataron como deudos. El día fijado, Bao Wenqing convidó a almorzar al señor Ni y a su hijo, y el arreglador llamó por testigos al señor Zhang Guochong, el hilador, su vecino a sinistra, y al señor Wang Yuqiu, el cerero, su vecino a diestra. Llegados éstos, se compuso el contrato, que decía:

> *Por el presente*, *el infrascripto*, *Ni Shuangfeng*, *de propio grado y con el consentimiento de su esposa*, *confía a Bao Wenqing por ahijado a su hijo sexto*, *Ni Tingxi*, *de edad de dieciséis años*, *por carencia de bienes para mantenerlo*. *El dicho ahijado*, *que desde ahora se llamará Bao Tingxi*, *podrá participar en los sacrificios ancestrales del padre adoptivo*, *y será obligación de éste criarlo y en su tiempo desposarlo*, *lo cual es avenencia de las dos partes; y*, *si sufriere infortunio*, *ambas familias lo tendrán por seña de la voluntad del Cielo*, *y así lo aceptarán*. *Sirva el presente contrato de testimonio de ello*, *y guárdese como tal para siempre*. *Fechado el día primero del mes décimo del año XVI de Jiajing*, *y signado de Ni Shuangfeng*, *siendo testigos Zhang Guochong y Wang Yuqiu*.

Firmado que fue el contrato, Bao Wenqing dio las veinte onzas de plata al señor Ni y agradeció a los concurrentes. Desde entonces, el trato entre las dos familias fue continuo.

El Ni Tingxi de antaño y Bao Tingxi de hogaño era muchacho muy despierto, y como venía de docta familia, el nuevo padre no lo adiestró para la escena, antes lo puso a estudiar un par de años para meterlo en el comercio. Teniendo el mozo dieciocho, el verdadero padre murió. Bao Wenqing dio unas docenas de onzas de plata para los funerales, se condolió amargamente ante el cuerpo del amigo y vistió al hijo de luto riguroso, mandándolo de escolta hasta la tumba.

El muchacho fue creciendo en laboriosidad, y aunque la madre adoptiva le recordaba siempre su condición llamándolo «ahijado»[355] y no lo quería como a la hija y al yerno, Bao Wenqing apelaba a sus respetables orígenes y lo trataba mejor que a un hijo; lo llevaba consigo a casas de té, tabernas y viajes de negocios, le pasaba las comisiones para que con ellas comprase ropa nueva, gorros, zapatos y medias, y ya estaba pensando en buscarle esposa.

Una mañana, a punto de salir con Bao Tingxi, llegó a la puerta un hombre a lomos de un pollino. Bao Wenqing lo vio apearse y entrar en la casa, reconociendo, cuando lo tuvo más cerca, a uno que llamaban Shao, mayordomo del señor Du de Tianchang.

—¿Cómo por aquí, señor Shao? —preguntó.

—Vengo del otro lado del río para veros, señor Bao —respondió el mayordomo.

Bao Wenqing se inclinó ante él, mandando al ahijado hacer lo propio; con que le ofreció asiento y le trajo agua para lavarse y té, diciéndole, en tanto se refrescaba:

—La señora debe estar por cumplir los setenta, si no me fallan las cuentas. ¿Venís a apalabrar función para celebrarlo? ¿Está bien el amo?

—No andáis descaminado —rió el mayordomo—, que el amo quiere ajustar veinte funciones, y me manda a vos con la encomienda, si aún tenéis la compañía.

—Modesta es la que tengo, pero haremos cuanto esté en nuestra mano —dijo Bao Wenqing—. ¿Para cuándo son las funciones?

—Para finales de mes —respondió el mayordomo.

Y, mandando al mozo de mulas entrar su bagaje y llevar de vuelta el pollino, sacó de su portamanteo un envoltorio de plata, que dio a Bao Wenqing, diciendo:

—Aquí van cincuenta onzas de ajustamiento; la resta, a la llegada de la compañía.

Bao Wenqing guardó los dineros, y esa tarde aderezó una muy buena cena y agasajó al mayordomo hasta cerca de la medianoche. Los cuatro o cinco días siguientes los empleó el señor Shao en hacer compras, partiendo al cabo en una barca alquilada. Poco después, Bao Wenqing hacía los baúles y marchaba con Bao Tingxi y la compañía a la residencia del señor Du, en Tianchang, donde estuvieron cuarenta días, en los que embolsaron poco menos de doscientas onzas de plata. De vuelta en casa, todo era poner por las nubes el buen trato recibido en la casa de Du, y, señaladamente, la largueza de la señora, que había dado por adehala a cada uno de los doce comediantes jóvenes una chaqueta acolchada y un par de zapatos con sus medias. Los padres de los aprendices visitaron y agradecieron a Bao Wenqing, y éste siguió con sus representaciones en Nanquín, a la cabeza de la compañía.

Un día tuvieron función nocturna río arriba. La obra concluyó a la quinta vigilia, y los comediantes volvieron a la ciudad con sus bártulos, todos menos Bao Wenqing y el ahijado, que fueron a una casa de baños, tomaron té y regresaron dando un paseo. Llegando a la puerta de casa, Bao Wenqing dijo:

—Ya entraremos después, que ahora podemos ir a cobrar las cuatro funciones que hemos ajustado para mañana con unos del Puente Interior.

Y hacia allá se encaminaron; mas como al entrar por una bocacalle toparan de frente con un quitasol amarillo, cuatro guardianes de rojinegra birretina, un palio y un gran palanquín, suponiéndola comitiva de oficial principal se pegaron a la pared de una casa para darle paso. Pasó el quitasol, pasaron los guardianes, pasó el palio, a cuyo frente decía «Casa del Prefecto de Anqing», y pasando el palanquín, el que lo ocupaba

---

[355] *Mingling zhi zi*, lit. «larva de la oruga del tomate» o heliotis (*Heliothis armigera*), «hijo adoptivo», nombre derivado de la errónea creencia de que las larvas de la heliotis son criadas por la avispa de la especie *Eumenidae* (*guoluo*), cuando en realidad ésta las captura para dar de comer a sus crías.

dio un respingo al ver a Bao Wenqing, y éste quedó no menos sorprendido al reconocer al señor Xiang, el antiguo magistrado de Andong. Apenas alejada unos pasos la comitiva, el oficial habló a uno de sus alguaciles y éste se llegó a Bao Wenqing y le dijo:

—El señor prefecto me manda a preguntar si sois el señor Bao.

—Sí, yo soy —dijo Bao Wenqing—. ¿El señor prefecto es el que antes era magistrado en Andong?

—Así es —respondió el alguacil—. El señor prefecto se aloja en la casa ribereña de la familia Zhang, junto al Tribunal de Exámenes, y ruega vayáis allí a visitarlo.

Dicho esto, se marchó a toda prisa para alcanzar el palanquín. Bao Wenqing enderezó sin tardanza hacia donde le dijera el alguacil, acompañado del ahijado, y al llegar frente al Tribunal de Exámenes entró en una cerería y compró un cuadernillo, en el que escribió «Vuestro discípulo Bao Wenqing besa con la frente el suelo»; en las puertas de la casa de la familia Zhang supo que el señor Xiang ya estaba de vuelta, y alargando el cuadernillo al portero, dijo:

—Os ruego aviséis al señor prefecto que Bao Wenqing está aquí a saludarlo.

—Aguardad —respondió el portero, cogiendo el cuadernillo.

Bao Wenqing y el ahijado se sentaron en un poyo; y llevaban ya allí un rato, cuando de la casa salió un paje gritando:

—Portero, el señor prefecto pregunta si ha venido un señor Bao Wenqing.

—Sí, aquí tengo su cuadernillo —respondió el portero, al tiempo que entraba desalado a presentarlo, oyéndose al instante una voz dentro que decía: «Hazlo pasar al punto.»

Bao Wenqing siguió al portero, pidiendo al ahijado de aguardar fuera; el prefecto Xiang salió a recibirlo vestido de civil y con gorro de seda crespa, y sonriendo exclamó:

—¡Así que andáis por aquí, mi viejo amigo!

Nada tardó el comediante en hincarse de rodillas y en sellar con la frente el suelo; el prefecto lo alzó a manteniente, diciendo: «Poco fáciles me vais a poner las cosas si insistís en ser tan cortés», y lo empujó a sentarse, lo cual hizo Bao Wenqing, aunque en una banqueta y no sin antes haberse arrodillado una vez más y haber pedido permiso para ello.

—Más de diez años hace que nos separamos, Wenqing —dijo el prefecto—. Yo ya voy para viejo, y, por lo que veo, vuestras barbas también empiezan a encanecer.

—No sabía de vuestro ascenso, señor —dijo Bao Wenqing, levantándose—; aún no he tenido ocasión de felicitaros.

—Sentaos, hacedme merced, y dejadme que os cuente —imploró el prefecto—. A los dos años de estar en Andong fui nombrado subprefecto en Sichuan, y este año he sido ascendido a mi presente cargo. ¿Y vos? ¿Qué habéis hecho desde la muerte del señor Cui?

—Vuestro servidor era comediante, como bien sabéis, y como al volver a casa no tenía en qué emplearse, se ha venido ganando la vida al frente de una modesta compañía de teatro.

—¿Quién era el joven que os acompañaba?

—Mi hijo —respondió Bao Wenqing—. Ahí está, a la puerta, pues no he osado dejarlo entrar conmigo.

—¿Por qué no? —dijo el prefecto.

Y dio orden de traer al hijo, entrando éste al punto detrás de un paje. El padre adoptivo le mandó arrodillarse, y el prefecto lo ayudó a levantarse y le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete ha cumplido vuestro servidor, señor[356] —dijo Bao Tingxi.

—Y bien se ve la buena cuna —dijo el prefecto, quien pidió al mozo se sentase al lado del padre y prosiguió—: ¿Y qué oficio tiene? ¿El propio del padre?

—No, vuestro servidor no ha querido adiestrarlo en la escena —respondió Bao Wenqing—. Ha estado estudiando un par de años, y ahora nos lleva las cuentas.

—Muy bien —dijo el prefecto—. Dispensadme ahora, pues he de pagar visita a mis superiores. No os vayáis; quedaos para la cena, que a mi vuelta aún tenemos que hablar.

Diciendo esto, salió por la puerta, se mudó de ropa y partió en su palanquín, lo que aprovecharon Bao Wenqing y el ahijado para dar una vuelta por los aposentos de la servidumbre y hacer una visita al venerable Wang, el mayordomo del prefecto, a quien el comediante conocía. Los dos hombres se saludaron, haciendo lo propio el ahijado, urgido del padre; estaba allí también el hijo del venerable Wang, un mozarrón de hasta treinta años y bien poblado mostacho. Tanto cayó en gracia Bao Tingxi al mayordomo, que éste le dio por presente un saquillo de seda roja bordado en hilo de oro en cuyo interior había una barrita de plata; el zagal dio las gracias, y todos se sentaron a platicar hasta la hora del almuerzo.

El prefecto volvió bien demediada la tarde. Mudado que se hubo de ropa, tomó asiento donde antes y mandó llamar a Bao Wenqing y al hijo, diciéndoles:

—Mañana he de volver a la audiencia; nos hemos quedado sin una buena plática.

Y pidió al paje le trajese un envoltorio de plata de su aposento, que dio a Bao Wenqing, prosiguiendo:

—Aquí tenéis veinte onzas de plata; cuando volváis a casa, buscad alguno que os lleve la compañía, y en medio mes os presentáis con vuestro hijo en mi residencia, que he de hablar con vos.

Bao Wenqing cogió el dinero y agradeció, confirmando su avenencia:

—Descuidad, que en medio mes estoy con mi hijo en vuestra residencia.

Esa noche, el prefecto Xiang los convidó a cenar, con que tornaron a casa. De mañana al otro día, Bao Wenqing fue a despedir al oficial, y a su vuelta habló con la esposa y tomó resolución en dejar por algún tiempo la compañía en manos del que decían Gui, el yerno, y Jin Cifu, el maestro. Resuelto este punto, hizo los aprestos para el viaje y salió a comprar cintas de pelo, jabón y otras atijaras propias de Nanquín para dar a los criados de la residencia.

A los pocos días, embarcó con el ahijado en la puerta del Agua de Poniente. En Chikou subieron otros dos pasajeros, que se acomodaron en la cámara; y como hablando con ellos, Bao Wenqing mencionara que iba a la residencia del prefecto Xiang, los dos hombres, que eran escribanos de la prefectura de Anqing, procuraron desde entonces ganarse la amistad de padre e hijo y no hacían más que regalarlos con toda suerte de vinos y viandas.

Una noche, ya todos acostados, los escribanos susurraron a Bao Wenqing:

—Si lográis que el prefecto Xiang dé su visto bueno a cierto negocio, podéis contar con doscientas onzas; y si hacéis que desestime una causa llegada de la audiencia del distrito, tendréis aseguradas otras trescientas. Romped una lanza por nosotros, señor Bao.

—Quizás los señores no sepan que yo tan sólo soy un viejo comediante, un hombre de baja condición —respondió Bao Wenqing—. Cierto es que el prefecto me ha convidado a su residencia; mas, ¿quién soy yo para hablarle de tales negocios?

---

[356] Lo cual no concuerda del todo con la edad antes mencionada de dieciocho años. Puede ser descuido del autor o interés de Bao Tingxi en quitarse años ante el prefecto.

—No lo engañamos, señor Bao —prosiguieron los escribanos—. Prometed solamente que nos echaréis una mano, y tendréis las quinientas onzas así pisemos tierra firme.

—El propio señor Xiang me ofreció en cierta ocasión quinientas onzas siendo magistrado en Andong, y bien sabe el cielo que las habría aceptado de tener estima al dinero —dijo sonriendo Bao Wenqing—; pero ahí quedaron, que ni una cogí. El destino quiere que sea pobre y viva del sudor de mi frente, y no puedo aceptar esos dineros a espaldas del prefecto; que, cuando uno tiene la razón de su lado, no hace por cohechar a otros con unos centenares de onzas, y si lo hace, menoscaba a la otra parte y habrá de rendir cuentas en la otra vida. No haré tal cosa, y confío en que v. mds., dejen a un lado tan malas trazas, que, como reza el dicho, dentro de audiencia buena es prudencia. V. mds. están al servicio del prefecto, y si malo es que quebranten su fama, peor les ha de ir a sus vidas y haciendas.

Tan gran espanto puso el discurso en los escribanos, que ya no volvieron a hablar de ello. Al otro día llegaron a Anqing. Ya en las puertas de la residencia, Bao Wenqing dio su cuadernillo y el prefecto los hizo pasar sin demora, a él y al ahijado, dándoles aposento en la biblioteca. Desde entonces, no hubo día en que no comieran a la mesa de los deudos del prefecto, quien, de añadidura, les obsequiaba telas y sedas para que se hiciesen ropa.

Un día, platicando en la biblioteca, el prefecto preguntó a Bao Wenqing:

—¿Tenéis ya desposado al hijo?

—Vuestro servidor es pobre y no le dan los dineros para ello.

—Quiero hablaros de cierto negocio, mas temo ofenderos —dijo el prefecto—. Si os avenís a ello, me haríais muy dichoso.

—Decidlo, pues, que vuestro menor jamás osara contrariaros.

—La cosa es que mi mayordomo Wang tiene una hija, lista donde las haya y tan querida en la casa, que mi propia esposa la peina y le venda los pies. Tiene diecisiete años, igual que vuestro hijo. Su familia lleva al servicio de la mía tres generaciones; pero a Wang, el padre, ya le he dado carta de horro, con que no es por más tiempo criado mío, y al hijo también le he comprado cargo de escribano en un Consejo y en cinco años podrá llegar a ayudante de distrito. Podríais desposar a vuestro hijo con la hija del mayordomo Wang, si no veis estorbo en ello, y así el mozo tendrá un cuñado oficial.

—No sé cómo agradeceros tanta benevolencia, señor —respondió Bao Wenqing—. Pero mi hijo nada sabe de las cosas del mundo, y acaso el señor Wang no lo quiera por yerno.

—Ya he hablado con él, y tiene en mucha estima al muchacho. El casamiento no os costará nada. Id mañana con un billete en blanco a ver al señor Wang, que yo cuido de las cortinas del lecho, la ropa de cama, los vestidos, los adornos y los convites, digo, de cuanto sea menester para las bodas. Vos, ajustaos a vuestro quehacer de suegro, que lo demás corre de mi cuenta.

Bao Wenqing se arrodilló y dio las gracias, pero el prefecto lo ayudó a levantarse con ambas manos, añadiendo:

—Esto no es nada, pues en lo porvenir habré de encontrar mejor modo de pagaros vuestros desvelos.

Al otro día, Bao Wenqing fue a visitar al venerable Wang, quien le devolvió a poco la visita. Pero esa noche acaeció un suceso imprevisto, y fue que, apenas dada la tercera vigilia, un emisario del gobierno provincial, acompañado de un subprefecto y con un caballo de vacío, bajó de su silla de manos a las puertas de la residencia y entró derecho en la sala, preguntando por el prefecto Xiang.

—Mala cosa —comentaba asustado el personal—, que acaso venga a quitarle el sello al prefecto.

Y, por causa de ello,

De las glorias y riquezas,
El deleite dura apenas;
De la vejez y el mal sino,
La marea crece y mengua.

Pero para saber si el emisario se incautó o no del sello del prefecto, tendrás que leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXVI

EL PREFECTO XIANG ES PROMOVIDO Y LLORA A UN AMIGO; BAO TINGXI PIERDE A UN PADRE Y TOMA ESTADO

Creyendo el prefecto Xiang que el emisario venía a incautarse de su sello, convocó al punto a los escribanos de justicia y contribución territorial y les dijo:

—Señores, revisen cuantos documentos guardan en sus despachos, y háganlo con minuciosidad, no dejen ningún cabo suelto.

Dicho esto, fue a ver al subprefecto, quien le mostró un mandamiento, le susurró algo al oído y marchó en su palanquín por donde había venido, dejando al emisario a las puertas de la residencia. Al volver el prefecto, que había salido a despedirlo, sus parientes y Bao Wenqing lo estaban esperando.

—No es nada, el caso no va conmigo —les dijo, respondiendo a sus preguntas—. El prefecto de Ningguo, que está en aprietos, y tengo que hacerme cargo de su sello.

Y, aderezado que fue su caballo, esa misma noche partió para Ningguo acompañado del emisario oficial.

En la residencia todo fue comprar adornos, aliñar ropas, cortinas y camas, remozar los cuartos y, en suma, aprestar cuanto fuere menester para las bodas de la hija del venerable Wang. En ello estuvieron ocupados unos días, hasta que el prefecto volvió, quedando fijado el casamiento para el trece del mes décimo.

Llegada la fecha, los atambores retumbaron fuera de la residencia y dos pajes de honor abrieron camino al desposado, quien, vestido para la ocasión con bonete enguirnaldado, fajín grana cruzado al pecho, túnica de satín y botas negras de suelas blancas, con acompañamiento de música reverenció primero al padre adoptivo y luego a los suegros, en tanto el joven Wang, el hijo del mayordomo, tocado con vestidura oficial, participaba en la ceremonia a su lado. Servido el té tres veces, el desposado fue conducido a la cámara nupcial para consumar el matrimonio, sobre lo que no es menester extenderse. Bien de mañana al otro día, los esposos presentaron respetos al prefecto Xiang y a su señora, quien les dio por estrena ocho dijes y un par de vestidos nuevos. Los festejos duraron tres días; ninguno en la residencia quedó fuera de ellos.

Pasado un mes, el joven Wang hubo de viajar a la capital para recibir nombramiento. Bao Wenqing lo despidió con un convite, y Bao Tingxi subió con él a la barca y lo acompañó todo un día, volviendo al cabo a la residencia, donde vivió en la gloria desde entonces.

Presto llegó el año nuevo, y a su paso, los negocios oficiales volvieron a reanudarse. Los bachilleres de los distritos fueron enviados a la prefectura para hacer los exámenes, y el prefecto Xiang debía ir al recinto donde se celebraban [357] para gobernarlos. Con tal ocasión, llamó a su lado a Bao Wenqing y al ahijado y les dijo:

—Tengo que examinar a los bachilleres, y si llevo por vigilantes a los criados, van a querer engañarme. V. mds. gozan de mi confianza; socórranme unos días, si a mal no lo tienen.

---

[357] Debía ir a la «Corte de Investigación» (Chayuan), nombre que también recibía el recinto de exámenes de las prefecturas. El cargo de comisario de estudios de una provincia, el convocante de los exámenes, fue en su tiempo desempeñado por el inspector itinerante de la Corte General de Investigación (Duchayuan) en su demarcación. De ahí quizás el nombre.

Y, acatando el ruego, Bao Wenqing y el ahijado fueron a vigilar las celdas. Eran tres las pruebas prescritas para los bachilleres de los seis distritos dependientes de la prefectura, a más de los de ésta, y en ninguna de ellas faltaron las picardías: suplantaciones, trueque de exámenes, billeticos, guiños, visajes, piedrecillas que volaban solas; pues a la hora de servir las farinetas y los panecillos rellenos, todo era puja y codeo, y Bao Tingxi se atormentaba de ello.

Con achaque de ir a las letrinas, un bachiller se pegó a la albarrada que rodeaba la palestra y se entretuvo en cavar en ella un gentil boquete, por el que sacó el brazo, recibiendo la composición que del otro lado le pasaba un fautor. Bao Tingxi lo pilló con las manos en la masa y quiso llevarlo ante el prefecto; pero el padre adoptivo le previno de ello, diciendo, para remate, al bachiller:

—Mi hijo no es más que un mozo sin seso, y vos, respetable hombre de letras; volved al punto a vuestra celda y proseguid el examen, que si el prefecto os encuentra aquí, habrá mala componenda.

Y acompañó al bachiller a la celda luego de rebutir con sus propias manos el agujero.

Hechos públicos los resultados del examen, el primero de la lista fue el bachiller Ji Huan, del distrito de Huaining, joven cuyo padre había pasado en la capital el doctorado militar al tiempo que aprobaba el civil el prefecto Xiang.[358] El padre, ahora capitán, apareció a los pocos días por la residencia para mostrar su agradecimiento, y el prefecto los convidó a un banquete en la biblioteca, pidiendo a Bao Wenqing los acompañase. El capitán ocupó el sitio de honor, el prefecto el de huésped y Bao Wenqing se sentó a un lado.

—En la prefectura dicen que este examen ha sido espejo de honradez y entendimiento —ponderó el capitán.

—Mal se me da a mí eso de la vigilancia, señor compañero de promoción, que, si esta vez no ha habido fraude, todo lo debemos a la buena labor de mi amigo Bao, aquí presente.

Supo el capitán, pues, que el otro se llamaba Bao, y como no ocultara su extrañeza al enterarse que era comediante de oficio, el prefecto dijo:

—Los letrados de hoy en día marchan a su ocaso, que si uno les dice a los graduados metropolitanos o académicos de guiarse por los clásicos, lo llaman insensato, y lo tachan de embrollador si hace por demostrarles que hay que comprender lo nuevo y atenerse a lo viejo. No respetan ni al soberano ni al amigo, y son en mucho inferiores a mi amigo Bao, cuyo proceder lo hace gran señor, por mal mirado que esté su oficio.

Y refirió las virtudes de Bao Wenqing, suscitando en el militar gran respeto. Concluido el almuerzo, el capitán se despidió; pasados tres o cuatro días, convidó a comer al comediante, acompañándolos a la mesa su hijo, el primero de la lista.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó Bao Wenqing.

—Ji Weixiao es su nombre literario —respondió el capitán por él.

De vuelta en la residencia del prefecto, Bao Wenqing elogió grandemente al joven, y le predijo brillante porvenir.

Pero la mala fortuna dispuso que al cabo de unos meses la mujer de Bao Tingxi muriera de parto. El suegro y el esposo lloraban como si les hubieran quebrado el alma, y el prefecto Xiang les decía:

—Cálmense v. mds., que ése era su sino. Aún tenéis muchos años por delante, Tingxi, y prometo encontraros otra esposa; pues de seguir llorando, haréis que la mía enferme de tristeza.

---

[358] Los exámenes civiles y militares se celebraban el mismo año en la dinastía Ming.

Y Bao Wenqing también se desvivía por consolar al ahijado. Al poco tiempo, empero, fue el propio padre adoptivo quien enfermó de flema; los arrebatos de tos lo dejaban en vela la mitad de la noche, y aunque estaba deseando volver a casa, no sabía cómo decírselo al prefecto. La suerte quiso que en esa sazón fuera éste ascendido a intendente del circuito de Tingzhang, en Fujian, lo que aprovechó el comediante para sacarse la espina:

—Mis parabienes por el nombramiento, señor —le dijo—. Vuestro servidor habría de acompañaros al nuevo puesto, pero los años pasan y la salud se resiente, con que más vale que vuelva a Nanquín, dejando con vos al hijo, que os atienda.

—El viaje a Fujian es largo y fatigoso, amigo, y no tenía intención de pediros compañía, que ya no estáis para esos trotes —respondió el prefecto—. Y el hijo, que quede a vuestro lado; ¿qué va a hacer conmigo? He de marchar a la capital para ser recibido por el Emperador,[359] de modo que os mandaré escoltado a Nanquín. Dejad todo en mis manos.

Y, al otro día, selló en un envoltorio mil onzas de plata, y llamando a un criado que las cargase, fue a la biblioteca y le dijo a Bao Wenqing:

—Lleváis a mi lado más de un año, Wenqing, y nunca me habéis pedido merced alguna. Estas mil onzas son para que compréis una heredad y busquéis nueva esposa al hijo, que grande pena ha sido la muerte de la nuera, y así podáis pasar en paz vuestros postreros años. De ir algún día por Nanquín, ya me las arreglaré para veros.

No quería Bao Wenqing los dineros, por más instancia que el ahora intendente hacía, y al cabo dijo éste:

—Las cosas ya no son como antes, pues mi nuevo cargo me permite guardar con holgura un millar de onzas. Me doy por agraviado si no las tomáis.

Y Bao Wenqing cedió al fin, postrándose de rodillas en agradecimiento. El intendente mandó alquilar para él un junco, y le dio banquete de despedida. Al partir, el comediante y el ahijado lloraban arrodillados, y al intendente también se le saltaron las lágrimas.

Llegados los dos pasajeros a Nanquín, ya en casa elogiaron mucho el buen corazón del intendente y la familia los oyó con gran sentimiento. Bao Wenqing, que seguía enfermo, compró una casa y alquiló un par de vestuarios completos de teatro en dos compañías, gastando los dineros que restaban en aparejos para la nueva morada.

Pero la dolencia fue a peor, con el paso de los meses, y al cabo tuvo que guardar cama. Un día, sabiendo cercano su fin, llamó a su lado a la esposa, a la hija y al yerno y les dijo:

—Solamente os pido que viváis en armonía, y que no aguardéis al término del luto para buscarle esposa a Tingxi.

Dicho esto, cerró los ojos y expiró. Entre llantos amargos hizo la familia los aprestos para el funeral. La caja quedó acomodada en medio de la habitación, y se acordaron unos días para el velatorio. Todos los comediantes de las Cuatro Cofradías se llegaron a dar el pésame. Bao Tingxi apalabró un geomántico, que buscó asentamiento para la tumba y día fausto para el entierro; pero el ahijado no encontraba quien escribiese el epitafio. Dándole vueltas en la cabeza estaba, cuando por la casa asomó uno vestido de negro que preguntó:

—¿Es ésta la casa del señor Bao?

—Ésta es —respondió Bao Tingxi—. ¿Qué queréis?

—Vengo a anunciar la visita del intendente Xiang, del circuito de Tingzhang, que está a la puerta aguardando en el palanquín.

---

[359] Los más altos funcionarios locales (como los intendentes de los circuitos) eran recibidos en audiencia por el emperador antes de incorporarse a sus puestos.

Oyólo Bao Tingxi, y al punto cambió el traje del luto por otro ordinario y salió, arrodillándose para recibir al visitante. El intendente Xiang se apeó del palanquín, y al ver la puerta festoneada de blanco, tuvo un sobresalto y dijo:

—Vuestro padre...

—Así es, señor —respondió llorando Bao Tingxi.

—¿Cuándo ha sido?

—Mañana es el cuarto septenario.

—Pasaba por aquí de regreso de la Corte y me dije: voy a visitar a Bao Wenqing. ¡Cómo iba a suponerlo! Llevadme ante la caja.

Bao Tingxi quiso rechazar el honor y siguió arrodillado, sollozando, pero el intendente no atendió a sus palabras y entró.

—¡Wenqing! —gritaba—. ¡Viejo amigo!

Y lloró amargamente ante el ataúd, quemando al cabo una pajuela de incienso, que ofreció con cuatro reverencias. En eso salió la madre adoptiva de Bao Tingxi y le agradeció y llevó a la sala, dejándolo con el ahijado.

—¿Para cuándo es el entierro? —preguntó el intendente.

—Para el ocho del mes que viene —respondió Bao Tingxi.

—¿Quién ha compuesto el epitafio?

—He hablado con muchos, pero todos dicen que no es cosa fácil.

—¿Que no es cosa fácil? Traed papel y pincel.

Bao Tingxi hizo lo que le ordenaba, y el intendente empuñó el pincel y escribió:

Aquí yace Bao Wenqing, *súbdito ejemplar del Augusto Imperio Ming*, *muerto a edad de cincuenta y nueve años*. *Compone el presente epitafio su viejo amigo Xiang Ding*, *graduado de palacio de segunda clase*, *oficial de cuarto grado e intendente del circuito de Tingzhang*, *provincia de Fujian*.

—Llevadlo a la casa de entierros y que lo copien así —dijo al cabo—. Mi barca zarpa mañana de mañana; esta noche os haré llegar mi modesta contribución para los funerales.

Trajéronle té, y apurado éste, subió al palanquín. Bao Tingxi lo acompañó hasta la barca, se despidió postrándose de rodillas y volvió a casa. Esa noche, el intendente mandó cien onzas de plata con un criado, al que ofrecieron té; pero el hombre lo rechazó, volviendo derecho a la barca.

El ocho del mes siguiente ya estaba dispuesto el epitafio. El entierro, al que asistían todos los comediantes de la ciudad, salió por la puerta del Sur. Escoltaban el féretro toda suerte de músicos, pendonistas, monjes budistas y taoístas y plañideras, y los figones cercanos al cementerio quedaron colmados de tablillas mortuorias. Con ello concluyeron las honras fúnebres.

Pasó poco más de medio año. Un buen día, Jin Cifu asomó por la casa. Bao Tingxi le ofreció asiento y fue en busca de la madre, quien a poco salió, diciendo:

—Cuánto tiempo sin veros, señor Jin. ¿Qué buenos vientos os traen por aquí?

—Cierto, mucho ha que no vengo a veros, señora —respondió el visitante—. El vestuario lo arrendáis ahora a otra compañía, dicen por ahí.

—Las otras representaban solamente en la ciudad, y apenas si tenían funciones —respondió la señora Bao—; por eso lo he arrendado a la compañía de los Orígenes Literarios, que conozco bien porque la mitad de sus comediantes fueron discípulos de esta casa, y de añadidura anda recorriendo los distritos de Xuyi y Tianchang, donde hay mucha nobleza y gente rica.

—No han de ser pocas las ganancias.

En eso apuraron el té, y Jin Cifu prosiguió:

—Vengo a traeros casamiento para Tinxgi: la medranza es cierta de consumarse las bodas.

—¿De qué casa es?

—De los Hu, del Puente Interior. El padre, que fue escribano en la Oficina de Administración Provincial,[360] la casó en su día con Wang Sanpang, de la casa de empeños que llaman «Paz y Prosperidad»; pero el marido murió al año de las bodas. La muchacha apenas tiene veintiún años y es tan bien parecida, que parece mismamente sacada de un lienzo; y, siendo tan moza y sin hijos, los padres quieren volver a casarla. Su marido le dejó al morir muy buenas alhajas, que a más de una cama grande, otra de verano, cuatro arcas, cuatro armarios y tanta ropa en los baúles que en ellos no se puede ni meter la mano, tiene dos o tres pulseras, un par de diademas de oro puro, perlas y gemas sin cuento, y dos doncellas, Flor de Loto y Loto Irisado. Tomadla por nuera, que las edades concuerdan y sería muy buen casamiento.

—Os lo agradezco, señor Jin —dijo muy complacida la señora Bao—. Mandaré al yerno que tome lenguas, y si la cosa es como decís, ya os llamaré para hacer las mediaciones.

—Tomad lenguas, si es vuestro gusto, mas no veo yo la necesidad —reparó Jin Cifu—. Ya volveré por aquí para saber vuestra respuesta.

Y marchó, acompañándolo Bao Tingxi a la puerta. En volviendo a casa esa noche el yerno, que llamaban Gui, la señora Bao lo mandó a averiguar y él convino en ello, pidiendo antes una docena de centésimos de plata para gastar en unas tazas de té al otro día. Y a la mañana siguiente fue a ver a Shen Tianfu, esposo de Shen la Patuda, famosa alcahueta del lugar, al que llevó a una casa de té, preguntándole por la de Hu.

—¿Hu la Sieteclarines? —exclamó Shen Tianfu—. Eso es largo de contar; comprad antes unas tortas, para tomar carrera.

Y el yerno entró en el puesto de al lado y compró ocho tortas, que repartió con el casamentero, preguntándole:

—Y bien; ¿cuál es la historia?

—Despacio, que aún no he comido.

Y el casamentero no desembauló hasta no haberse zampado las tortas.

—¿Y a qué tanto interés en ésa? ¿Habrá quien quiera casar con ella? Más le valiera entrar en razón, que, quienquiera que la tome por esposa, habrá metido el demonio en casa.

—¿Pues qué tiene?

—Como sabréis, es hija de Hu el Carituerto, que benefició una escribanía en la Oficina de Administración Provincial. El hombre murió, dejándola sola con el hermano, quien era tan aficionado del juego y el vino, que a más de vender el cargo heredado del padre la vendió a ella por concubina a sus diecisiete años al señor Lai, el del puente de la puerta del Norte; pero se ve que a la muchacha le venía chico lo de ser concubina, pues hacía llamarse «señora», poniendo de vuelta y media al que osara decirle «esposa nueva», y de que la señora Lai tuvo noticia de ello, le dio unos buenos bofetones y la echó de casa. Luego casó con Wang Sanpang, que a la sazón aguardaba nombramiento para ayudante del subprefecto, y siendo con él esposa cabal, también se le iba la mano, que no había día que no injuriase tres veces al hijo y a la nuera del marido y no diese ocho cintarazos a los criados y doncellas, y la temían más que al oxalme.[361]

---

[360] Buzhengshisi o Comisión de Administración Provincial, máximo órgano administrativo a nivel provincial. El puesto de escribano podía ser comprado.

[361] *Hen ru toucu*, y era «odiada como vinagre cabezón», el vinagre al que aún no se le ha quitado el agua, que es extremadamente fuerte.

»Menos de un año llevaba casada, cuando el marido murió. Al hijastro se le representó que ella querría quedarse con las joyas del padre, y las fue a buscar a su cuarto, secundado por los criados y doncellas, que sólo querían el desquite; pero la tunanta ya se lo olía, y había guardado en una bacinilla todo el oro, perlas y joyas que pudo, de suerte que nada hallaron por más rebusca que hicieron, ni tampoco sobre ella, que bien la registraron, y la mujer se valió de ello para denunciar al hijastro en la audiencia de Shangyuan, donde fue llorando y gritando.

»El magistrado dio al hijastro gentil fraterna, y a ella le dijo: «Con dos maridos que ya has tenido, de poco te vale guardar la viudez. Como tú y el hijastro no podéis vivir bajo el mismo techo, pídele parte de la hacienda y te marchas a otro lugar. Lo de guardar la viudez o no, allá te las arregles.» De suerte que marchó a vivir a unos cuartos que tenía el difunto marido en el callejón del Carmín, y de entonces acá ninguno ha osado cruzarse con ella, según es su fama. Todo esto sucedió hace siete u ocho años; ahora dice tener veintiuno, pero a los menos son veinticinco.

—Dicen que tiene mil onzas de plata.

—A fe que las habrá gastado en todo este tiempo —respondió Shen Tianfu—, pero bien es verdad que entre oro, perlas, joyas, sedas y brocados no ha de tener menos de quinientas o seiscientas.

«Si tiene quinientas o seiscientas onzas, mi suegra se dará por satisfecha; y aunque sea tan arpía como dicen, ¿a mí qué se me da que mate a sufrimientos a ese mamón de ahijado?» Tal pensó el yerno, diciendo al cabo:

—Es para el ahijado de mi suegra, por tercería de Jin Cifu, el antiguo maestro de su casa. En cuanto a lo de los siete clarines, dejad para otros que taña o no el clarín, que si arregláis el negocio, saldréis bien librado.

—Nada más sencillo, que, con mandar a mi mujer a verla, es cosa hecha —dijo Shen Tianfu—; mas vos corréis con las costas.

—Es de razón —respondió el yerno—. Me voy; ya volveré para oír su respuesta.

Con que el yerno pagó el té, marchando cada cual a su casa. Apenas llegado a la suya, Shen Tianfu lo contó a su mujer, quien dijo:

—¡Santo cielo, pues y de poco se paga ésa, que a lo menos quiere uno rico, lindo y oficial, y que no tenga padres y hermanos! Y lo que es ella, nunca la verás levantada antes del mediodía, ni moviendo un dedo en la casa, antes tira que tira de largo hasta gastar al día ocho centésimos de plata en remedios; y no come carne de puerco, no, que quiere pato el primer día, pescado el segundo y sopa de berros y brotes de caña el tercero, con confitura de naranjas, ojos de dragón y semillas de loto entremedias para hacer boca, y de noche tres libras de aguardiente de las Cien Flores con gorriones fritos y camaroncillos. ¿Pues y cuando se acuesta, que las dos doncellas se turnan para darle friegas en las piernas hasta que se duerme a la cuarta vigilia? Y dices que el que la pretende es de familia de comediantes; ¿de dónde va a sacar los dineros para mantenerla un comediante?

—Cuéntale un buen cuento —apuntó Shen Tianfu.

—Mejor callo su oficio —ponderó la Patuda—. Diré que es graduado provincial, que el día menos pensado lo hacen oficial, y que su familia tiene tienda de renombre y grande hacienda. ¿Te parece?

—Muy bien, así hay que hablarle.

Y aún con el bocado en las tragaderas fue la Patuda a la casa del callejón del Carmín, abriendo Flor de Loto cuando llamó a la puerta:

—¿Qué queréis?

—¿Es ésta la casa de la viuda de Wang?

—Sí, ésta es. ¿Qué se os ofrece?

—Traigo casamiento para la señora.

—Pasad y sentaos en la sala, que la señora acaba de levantarse y aún no está compuesta.

—¿Y qué hago yo sentada en la sala? Voy a su cuarto a verla.

Y, descorriendo la cortina, entró en la alcoba. La señora, que se vendaba los pies sentada al filo de la cama en tanto Loto Irisado sostenía a su lado una cajilla de alumbre, le ofreció asiento y té así la vio entrar, pues de sobra conocía su oficio. Tardó la mujer en vendarse los pies el tiempo de tres comidas, y luego se peinó, lavó la cara y vistió, haciendo todo con tanta parsimonia, que el sol ya bajaba de lo alto cuando terminó.

—¿Quién eres? —preguntó al cabo—. ¿Qué te trae por aquí?

—Me dicen Shen y vengo a veros por un casamiento, señora, deseosa de beber de vuestro vino de bodas.

—¿De qué casa es?

—De la de Bao, de la puerta del Agua de Poniente, de todos conocida por la del graduado provincial Bao, gente muy rica, pues poseen muchas tierras y una famosa tienda, y su hacienda no baja de diez cuentos de sartas. El señor Bao es de edad de veintitrés años y no tiene padres, hermanos ni hijos; tiempo ha que lo tengo en pos pidiéndome esposa buena y virtuosa, y la sola que me viene a la cabeza sois vos. Eso es lo que me trae, señora.

—¿Qué parentesco tiene con ese graduado provincial?

—Es él, señora, el propio que quiere casar con vos, que en su familia no hay otro graduado provincial.

—¿De la rama civil o militar?

—De la militar, señora, que es capaz de tensar un arco de cien libras[362] y de alzar un peso de trescientas, según la fuerza que tiene.

—Ya sabes, dueña Shen, que soy mujer que ha visto grandes cosas, no como las otras. Mira si no, lo que ocurrió al mes de entrar en esta casa, cuando casó la hija mayor de mi difunto marido con el señor Sun, el contador, que yo fui convidada de honor y la señora me recibió con corona de fénix y vestido arrebolado, y me escoltó adentro, donde había más de cien velas prendidas en los tres salones, y cazuelas de inmortales de dulce,[363] y músicos, y a mí me dieron el mejor sitio. Yo llevaba velo de perlas grandes como judías de soja, que me cubría toda la cara, y a cada costado tenía una doncella que me lo descorría cada vez que bebía del té de frutas confitadas con miel que me habían hecho. Toda la noche duró la celebración, y toda la noche hubo función de ópera. Pues al otro día, al volver a casa, una de las cuatro damas de compañía me manchó la basquiña de tela blanca bordada en oro que llevaba, y las quise matar a todas, y no acabé de perdonarlas por más que entraban en el cuarto y se daban de cabezadas contra el suelo. Mira pues, dueña Shen, que sea cierto cuanto me dices de este casamiento, que si hallo alguna cosa en falta, no te dejaré escapar.

—¿Cómo osara hacer yo tal, señora? —respondió la Patuda—. Yo soy de fiar, señora, y si en algo ando escasa, es en lengua de casamentera. De ser mentira una sola de las palabras que he dicho, seré yo la que venga a pediros que me crucéis la cara.

—Está bien, pues; dile a ese hombre que acepto, y que aguardo la respuesta.

Dicho esto, hizo un envoltorio con unas sapecas y otro con dátiles, pastelillos y cosas del género, que dio a la Patuda para los hijos.

Y por causa de ello,

---

[362] *Shi ge li qi de gong*, «arco de cien *li* de tensión» (un *li* = 10 libras), empleado en los exámenes militares para evaluar la fuerza de los candidatos.

[363] Era frecuente servir en los banquetes figuras y animales de dulce de las más variadas formas.

Un hijo leal y honrado
Concierta vil maridaje;
Un réprobo de su sangre
Encuentra a su propio hermano.

Pero si quieres saber si el casamiento llegó o no a celebrarse, habrás de leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXVII

DA LA ESPALDA AL MARIDO LA SEÑORA DE WANG; HALLA AL HERMANO PERDIDO NI TINGZHU

Logró, pues, Shen la Patuda el consentimiento de la viuda de Wang, y en llegando a casa lo contó al marido, quien lo refirió al otro día a Gui, el yerno, cuando asomó por la casa para saber la respuesta. Díjole:

—Mi esposa fue a verla y platicó largo con ella, y esa mujer no ve la hora de hacer el casamiento. Cuidad bien que la viuda de Bao no le haga presente alguno, que, por lo que ella sabe, el mozo no tiene suegros. Traed mañana cuatro dijes, a modo de arras, que mi esposa se los llevará, y con ello serán concertadas las bodas.

Y Gui tornó a casa y lo dijo a la suegra, añadiendo:

—La viuda de Wang tiene las onzas a cientos, y es cosa de todos sabida. El genio es lo que la pierde; pero allá se las vea con ella el marido, que eso a nosotros ni nos va ni nos viene.

—Eso es cosa suya —remachó la viuda de Bao—, que muy subido a las ramas anda el mozalbete, y buena falta le hace una rabisalsera de esas que lo meta en vereda.

Dio, pues, su consentimiento, y llamando a Bao Tingxi, le dijo de ajustar con Shen Tianfu y Jin Cifu para su casamiento, a lo que el ahijado replicó:

—Los de casa humilde, como yo, deben casar con mujer de la misma condición; ese casamiento no puede acabar en nada bueno.

—¡Desgraciado —chilló la madre adoptiva—, esclavo miserable, viniendo de donde vienes, y aún abres la boca y porfías en seguir siendo pobre! ¡Qué sabrás tú! ¡Pues no ibas a relamerte con lo que guarda en las arcas! Sigue en ese empeño, y habrán de quebrarte los huesos.

No osó abrir más la boca Bao Tingxi. Derecho fue a buscar al yerno Gui, que lo acompañase donde los casamenteros, y el yerno se llegó antes a ver a la suegra y le dijo:

—¡Tantas fatigas para madre, y ni una palabra de agradecimiento! Si se anda con remilgos, no seré yo el que lo ayude en las diligencias.

—No tiene conocimiento —razonó la suegra—. Ve, no le hagas caso.

Y fueron a ver a los casamenteros, a los que citaron para el otro día en su casa, convidándolos a un banquete en que el yerno hubo de hacer los honores, pues Bao Tingxi tenía faena con la compañía. La viuda de Bao dio a Shen Tianfu por arras cuatro dijes de oro y cuatro de plata, pertenencias de la difunta mujer del ahijado, de los que el casamentero guardó para sí la mitad, mandando a la Patuda con el resto a casa de la viuda de Wang. Aceptólos ésta, y las bodas quedaron concertadas para el día trece del mes décimo.

Las vísperas del casamiento, la desposada mandó acarrear a casa del ahijado las cuatro arcas, los cuatro armarios y las dos camas dobles, amén de jofainas, baldes y otros avíos de peltre. Las dos doncellas escoltaron el carguerío en sillas de manos y, al ver a la viuda de Bao, se preguntaron quién podría ser, pues nunca habían oído hablar de ella, aunque por cortesía callaron, empleándose en poner el cuarto en orden.

La primera en llegar a la mañana siguiente en su silla de manos fue la tía paterna de mayor edad de la casa de Gui; luego vinieron las mujeres de Jin Cifu y Qian el Viruelas, a quienes se encomendó la asistencia de la desposada desde que echara pie a tierra, y ya de atardecida asomó el palanquín nupcial, alumbrado de cuatro pares de

farolillos y antorchas. Al cabo, los desposados entraron en la cámara nupcial, y sembrando de monedas y confites el suelo, recitaron su epitalamio,[364] reverenciaron los cirios floridos y bebieron el vino ritual; lo demás no hace ahora al caso.

A la quinta vigilia, saliendo a venerar a los antepasados, la mujer vino a descubrir que tenía suegra, lo que la enfureció tanto, que apenas hizo unas pocas reverencias hoscas, sin ofrendar siquiera una mala cajilla de té o un mal par de zapatos, volviendo derecha al cuarto. Poco tardaron en salir las doncellas pidiendo por un lado y otro de la casa agua de lluvia para el té de la señora, carbón para el incienso de la señora, dulces para la señora, sopa para la señora; todo era «la señora esto, la señora aquello», y tanto ajetreo terminó por enojar a la viuda de Bao, que les dijo:

—Basta, pues aquí no hay más señora que yo, que ésa, ni a damisela llega; de acá en adelante la llamaréis «mujer del señorito», y no hay más que hablar.

Y así lo dijeron las doncellas a la desposada, quien se desmayó de ira. Al tercer día de las bodas, los de Bao convidaron a casa a las mujeres de unos comediantes, pues es costumbre de Nanquín que la desposada, para atraer la suerte, cocine pescado, símbolo de la felicidad, a los tres días de casada. El pescado ya estaba comprado y el fuego a punto, pero como la desposada no consintiera en salir de su cuarto cuando la llamaron a cocinar, la mujer de Qian el Viruelas entró y le dijo: «Mirad que no podéis obrar así, que ahora sois la nuera y tenéis que hacer lo que se os ordene.» Con que a la otra no le cupo más remedio que cambiar la bata de brocado por el mandil, yendo al cabo a la cocina, donde luego de raspar el pescado tres o cuatro veces con un cuchillo, lo asió de la cola y aventó en la cazuela de agua hirviente con tal ímpetu, que las salpicaduras llegaron hasta la cara y la chaquetilla bordada en oro de la mujer del Viruelas, quien, observadora a un lado, dio un respingo y gritó: «¡Qué hacéis!», antes de secarse con un pañizuelo. Y no debió gustar la otra del tono con que lo dijo, pues tiró el cuchillo de mal modo y volvió a su cuarto murmurando entre dientes. En suma, que esa noche de recién casada no estuvo sentada a la mesa con los convidados.

Al otro día de noche, Bao Tingxi entró en el cuarto para mudarse de ropa, pues tenía función nocturna con la compañía de comediantes; mas como la mujer lo viera calzar el sombrero de teja que siempre usaba y no el bonete propio de graduado provincial, recelosa le preguntó:

—¿Dónde vais a estas horas?

—Hay negocios que atender —respondió él.

Marchó, y la mujer quedó cavilando: «¿Qué negocios serán? ¿Irá, acaso, a repasar las cuentas de esa tienda que tiene?» Y estuvo aguardándolo hasta la quinta vigilia, en que volvió, preguntándole:

—¿Por qué habéis pasado toda la noche en la tienda?

—¿Qué tienda? —respondió él—. Yo soy cómico en una compañía, y esta noche hemos tenido función.

Bien sabe el cielo que nada sucediera de no haberlo oído, pero la mujer lo oyó y la rabia le atacó el corazón con tal furia, que al primer grito cayó de espaldas y le rechinaron los dientes, quedando sin sentido. El marido llamó a las criadas, y éstas le dieron sopa de jengibre para reanimarla; pero así tornó en su acuerdo, gimió y gritó, se revolcó por los suelos, se mesó los cabellos, quiso gatear hasta el tornalecho, y a la postre rompió a cantar: y es que la ira le había trastornado el juicio. Harto amedrentadas entraron en el cuarto la viuda de Bao y su hija, y la verdad es que no sabían si reír o llorar. Pues a poco asomó por allí Shen la Patuda con un par de pastelillos de parabienes para la desposada, pero así la vio ésta, se arrojó sobre ella y la acogotó, y llevándola de

[364] *Si yan ba ju*: recitaron los «ocho versos tetrasílabos», medida habitual del epitalamio chino en la época.

esta guisa ante el balde de proveer, lo abrió, engarabató un puñado de porquería y le untó la cara y la boca. Los otros lograron departirlas, y la Patuda salió del cuarto muy corrida; pero aún le restaba por oír las injurias de la señora viuda de Bao, que no cesaba de señalarle la cara, de modo que la tercera disparó para casa con el rabo entre las piernas y sin apenas poder darse un mal enjuague. A la postre llamaron al médico, quien dijo:

—Flema en el estómago. Désele ginsén y ámbar amarillo, que es débil de complexión.

Dos años estuvo enferma. Y como el remedio salía a cinco centésimos de plata la dosis, al cabo no le quedaban ropas, alhajas ni doncellas, que todo hubo de venderse. Vista la coyuntura, el yerno y su mujer fueron a hablar con la señora viuda de Bao, diciéndole:

—Ese ahijado es un parásito de mala vida, y bien nos la está dando con esa mujer loca que tiene, que, de seguir así, casa y hacienda no bastarán a comprar el ginsén y el ámbar. Más vale echarlos y dejar la casa limpia, que apenas así podremos nosotros vivir.

Y pues el designio le pareció bien a la viuda, determinó de echarlos sin más. Teniendo noticia de ello, Bao Tingxi corrió atribulado a pedir la mediación de sus vecinos Wang Yuqiu y Zhang Guochong, quienes dijeron a la de Bao:

—No podéis hacer tal, señora, que fue vuestro difunto esposo el que lo tomó por ahijado, y el mozo bien ha ayudado en el negocio estos años. ¡Cómo vais a echarlo de casa!

Pero la viuda los rebatió con un sartal de agravios en torno a la poca piedad filial del ahijado y la poca virtud de la esposa, concluyendo:

—No lo quiero aquí, y eso es lo que pasa. Si él se queda, nosotros nos vamos.

Los vecinos hicieron por persuadirla, pero viendo que no daba su brazo a torcer, terminaron implorando:

—Si tanto empeño tenéis en echarlo de casa, dadle al menos unos dineros con que pueda abrir un negocio.

—Con las manos vacías vino a esta casa, sin más que una poca de sarna en la cabeza, y a más de alimentarlo y vestirlo todos estos años, dos mujeres le he dado —respondió la viuda—. ¡No sabe su difunto padre las fatigas que nos está dando! Los dineros, no le pido me los vuelva; pero que no espere de mí una sola sapeca.

—Con todo, nada cuesta abrir un punto la mano —le decían los vecinos—. Haced algo por él, señora.

De esta suerte estuvieron porfiando, hasta sacarle la promesa de veinte onzas de plata para el ahijado a cambio de su pronta marcha. Bao Tingxi cogió los dineros rasado en lágrimas, y a los pocos días se mudó con la mujer a un cuarto que Wang Yuqiu les había aprestado en la trastienda. Como veinte onzas no bastaban a formar otra compañía de comediantes y tampoco se le representaba en qué negocio emplearlas, con el tiempo los dineros se fueron en comida. La mujer dejó de tomar el ginsén y el ámbar, aunque, cosa rara, no empeoró, si bien pasaba las horas sentada en casa, llorando y maldiciendo.

Un día, volviendo Bao Tingxi de paseo, Wang Yuqiu se allegó a él y le dijo:

—¿Tenéis un hermano mayor en Suzhou?

—Soy hijo único, no tengo hermanos.

—No os hablo de la casa de Bao, sino de la de Ni, la de los Tres Arcos.

—Sí, tuve hermanos mayores, pero mi padre los vendió de chicos y no sé qué se han hecho. Nunca he oído que tenga uno en Suzhou.

—Pues acaba de pasar uno tomando lenguas y ha dicho a la viuda de Bao: «El señor Ni busca al sexto de sus hermanos.» Y como la viuda no le hizo caso, el hombre

siguió preguntando por donde yo vivo y me acordé de vos. ¿Sois el sexto de los hermanos?

—Sí.

—El hombre anda por ahí preguntando, y de seguro vuelve por este camino; haríais bien en aguardarlo en la tienda.

Y, lo dicho, a poco asomó por allí el forastero preguntando; Wang Yuqiu le contestó:

—Éste es el señor Ni el Sexto. ¿Qué lo queréis?

—¿De dónde sois? —añadió Bao Tingxi—. ¿Por qué andáis buscándome?

Mas a modo de respuesta, el pesquisidor sacó del cincho un billete encarnado, que dio a Bao Tingxi. Decía:

> *Bao Tingxi*, *por nombre verdadero Ni Tingxi, sexto hijo de Ni Shuangfeng y ahijado del venerable señor Bao Wenqing*, *con casa en la Puerta del Agua de Poniente*, *es hermano de sangre de un servidor*, *Ni Tingzhu*, *y como tal requiero que*, *en caso de ser hallado*, *sea traido a la Residencia del Gobernador para encontrarme con él*. *¡Cúmplase sin demora!*

—Es cierto cuanto dice —exclamó Bao Tingxi—. ¡Ni un solo error! ¿Quién sois vos?

—Servidor de vuestro señor hermano, y me dicen Tercero.

—¿Dónde está mi hermano?

—Vuestro señor hermano asienta de oficial en la audiencia del gobernador provincial de Suzhou y sus gajes el año son de mil onzas de plata. Ahora mora acá, en la residencia del gobernador. Si sois su hermano sexto, venid con un servidor.

Pareciéndole a Bao Tingxi dicha caída del cielo cuanto acababa de oír, sin hacerse de rogar anduvo de un tirón hasta el puente de Huaiqing, donde Tercero le dijo:

—¿Podéis aguardar, señor, en la casa de té de la orilla, en tanto busco a vuestro hermano?

Tal hizo Bao Tingxi, y al cabo vio aparecer a Tercero con uno de a bonete, túnica de seda de color de soja, botas negras de suelas blancas, barba breve y edad de hasta cincuenta años, el cual, llegado que hubo a la casa de té, y por apuntamiento del criado, corrió a él, que ya se levantaba, lo tomó de los hombros y le dijo:

—¡Hermano!

—¡Hermano mayor! —replicó Bao Tingxi.

Abrazáronse los hermanos, los ojos rasados en lágrimas, y al cabo tomaron asiento. Ni Tingzhu comenzó a hablar:

—Hermano, nada sabía de tu prohijamiento en la casa de Bao, pues en esa sazón estaba yo en Pequín. Allá me llevaron ha ya muchos años, y de veinte me recibí de secretario y asenté en unas pocas audiencias. Provincia a la que iba, provincia en que preguntaba por mis hermanos, mas nunca di con ninguno. Hace cinco años, yendo con un magistrado a la provincia de Guangdong a asumir el cargo, supe por boca de un vecino de los Tres Arcos que la familia Bao te había tomado por ahijado, y que padre y madre habían muerto.

Llegado a este punto, rompió en sollozos.

—Pues ahora la familia Bao... —comenzó a decir Bao Tingxi.

—Aguarda a que termine, hermano —interrumpió Ni Tingzhu—. Estos años postreros he tenido la dicha de asentar con el honorable señor Ji, que me trata muy bien y me paga una anata de mil onzas de plata. En Shandong estuvimos hasta este año, que lo han nombrado gobernador provincial, con sede en Suzhou, y como ésta es la

provincia en que vinimos al mundo, en cuanto pude me puse en tu busca. Ahora que te he encontrado, compraré casa en Nanquín con unas onzas que tengo ahorradas, y traeré a mi mujer de Pequín, de modo que vivamos en familia todos juntos. ¿A fe que ya estarás casado?

—Sí, hermano —respondió Bao Tingxi, narrándole al punto lo que había sido de él: el prohijamiento, la bondad del señor Bao, el casamiento en la prefectura, la muerte de su mujer, el segundo casamiento y el repudio de la viuda de Bao.

—No le hace —dijo Ni Tingzhu—. ¿Dónde está tu mujer?

—En casa de un vecino de la viuda de Bao, en un cuarto que tenemos arrendado.

—Llévame a saludarla, antes de concertar nada.

Pusiéronse, pues, en camino luego de pagar el té, y llegados a la tienda, Bao Tingxi presentó a Wang Yuqiu y luego a la esposa, que ahora vestía con modestia, a falta de las buenas joyas y ropas que había tenido que vender. Por vía de buenos deseos, Ni Tingzhu sacó de un saquillo cuatro onzas de plata, que dio a la mujer, la cual, a la vista de tan respetable deudo, cobró nueva vida, comidiéndose en traer el té. Bao Tingxi pasó una taza al hermano, quien la apuró y dijo:

—Debo marchar a la residencia, pero no tardaré, que he de platicar contigo. Aguárdame.

Dicho esto, partió. Al punto Bao Tingxi se llegó a la mujer y propuso:

—Hay que aderezarle una buena comida a mi hermano para cuando esté de vuelta; compremos un pato, unas libras de carne y pescado, y que el señor Wang lo cocine.

—¡Mirad vos que poco conocimiento del mundo tenéis! —reparó la mujer—. ¿Creéis que con un mal pato y una poca carne de puerco vais a hacer los honores a quien vive en la residencia del gobernador provincial? Vendrá ya comido, y bien, y hará ascos a vuestro comistrajo. Andad, id y pesad treinta y seis centésimos de plata, y con ellos compráis dieciséis platillos de dulces de los buenos y unos cuartillos de aguardiente de las Cien Flores, que eso es lo que hay que hacer.

—Razón no os falta —asintió Bao Tingxi.

Y sin tardanza pesó la plata y compró el aguardiente y los dulces, tornando a casa. Esa noche vieron llegar a la puerta un palanquín precedido de un par de farolillos con el rótulo de «Casa del Gobernador Provincial» y seguido de Tercero, el criado, del cual bajó el hermano mayor, que entró y dijo:

—Poco llevo encima; apenas he podido traer setenta onzas.

Y, dando orden a Tercero, éste descargó del palanquín unos envoltorios, que dio a Bao Tingxi. Ni Tingzhu prosiguió:

—Tómalos, hermano, que mañana parto para Suzhou con el gobernador. Mira: apalabra sin demora una casa de hasta doscientas o trescientas onzas, múdate a ella con tu mujer y ven luego a Suzhou, que pediré al gobernador mi anata para que con ella vuelvas a Nanquín y pongas negocio o compres tierras que te renten.

Bao Tingxi aceptó el dinero. Al cabo sirvió aguardiente al hermano, y bebieron y platicaron de sus infortunios desde la separación familiar, acabando arrasados en lágrimas. Ni Tingzhu marchó a la segunda vigilia.

Al otro día, Bao Tingxi encomendó a Wang Yuqiu buscase un corredor de fincas a quien apalabrar la casa. Los vecinos, enterados que tenía un hermano en el gobierno provincial, empezaron a llamarlo «señor Ni el Sexto», y a su mujer la trataban con el mayor respeto. Al medio mes encontró el corredor casa en el callejón de la Familia Shi, aguas abajo el Puente Flotante. Era de tres cuartos fronteros y cuatro atrios en fila, y el dueño, el inspector Shi, estaba destinado en otro lugar y la vendía en doscientas veinte onzas. Parecióle bien el precio a Bao Tingxi, y dando veinte onzas por adelantado, se

mudó a la nueva casa. Todos los antiguos vecinos fueron a visitarlo con presentes, sin que faltara el yerno Gui, y el nuevo inquilino estuvo dos días agasajando huéspedes. También desembargó algunas ropas y joyas de la mujer, y ésta, curioso es decirlo, enfermó de nuevo, esta vez de dolencia de ocho centésimos diarios en remedios más visita de médico, de suerte que las setenta onzas de Ni Tingzhu se fueron como habían venido.

Llegados a esta sazón, Bao Tingxi lió el hato y embarcó rumbo a Suzhou para ver al hermano. El primer día tuvieron el viento en contra y echaron amarras en la banda norteña, y el segundo llegaron a Yizheng y aportaron en el bajío del Cieno Amarillo, pues el viento aún no amainaba. Bao Tingxi bajó a tierra, y a poco andar reparó en un mozo vestido de bonete, túnica de color de jade y zapatos bermejos que lo miraba con harta insistencia, y que al cabo se allegó a él y dijo:

—¿No sois vos mi tío Bao?

—Bao llaman a vuestro servidor —respondió, muy admirado, Bao Tingxi—. ¿Y vos quién sois? ¿Por qué me llamáis tío?

—¿No casasteis en Anqing, en la residencia del prefecto Xiang, con la hija del venerable Wang?

—Así es. ¿Cómo lo sabéis?

—Yo soy casado con una nieta del venerable Wang; ¿así, pues, no sois tío mío?

—¡Qué ocurrencia! —respondió sonriendo Bao Tingxi—. Vayamos a tomar alguna cosa.

Entraron en un figón, donde pidieron té y una bandeja de panecillos rellenos de carne, muy renombrados en Yizheng, preguntando al cabo Bao Tingxi:

—¿Cómo os llamáis?

—Ji. ¿No me recordáis? Estabais de vigilante cuando hice el examen en la prefectura, y otro día vuestro señor padre vino a cenar a mi casa. ¿Es posible que os hayáis olvidado?

—¡Vaya, así que sois Ji Weixiao, el hijo del capitán Ji! ¿Cómo casasteis con la nieta del venerable Wang?

—El venerable Wang quedó en Anqing tras el ascenso del prefecto Xiang —respondió Ji Weixiao—, y su hijo, mi suegro, fue nombrado ayudante de distrito; los notables del lugar congeniaron muy bien con él, según era su virtud, y mi familia no vio estorbo en arreglar el casamiento.

—Qué gran cosa —dijo Bao Tingxi—. ¿Y vuestro señor padre, está bien?

—Murió hace más de tres años.

—¿Y qué hacéis vos por aquí?

—Voy a visitar al inspector Xun, de la Junta de Salineros, que fue condiscípulo de mi padre, de la rama civil. ¿Y vos, tío, dónde vais?

—A Suzhou, a visitar a un familiar.

—¿Cuándo estaréis de vuelta?

—En una veintena de días.

—Si a la vuelta no tenéis qué hacer, venid a Yangzhou, a mi casa. La calle podréis verla escrita en la lista que hay a las puertas de la Junta de Salineros.

—Iré a haceros cortesía —prometió Bao Tingxi.

Con que se despidieron al rato, siguiendo Bao Tingxi viaje a Suzhou. Al llegar, bajó a tierra en la puerta del Cielo,[365] topando a Tercero, el criado de su hermano, que lo estaba aguardando. Y, por causa de ello,

[365] Changmen, una de las ocho puertas de Suzhou, situada al noroeste de la ciudad.

Truécanse de pronto en nada
Riquezas y dignidades;
Un andador de caminos
Hace a cientos amistades.

Mas para saber lo que Tercero dijo a Bao Tingxi, habrás de leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXVIII

JI WEIXIAO CASA POR SEGUNDA VEZ EN YANGZHOU; XIAO JINXUAN DIRIGE UNA ANTOLOGÍA EN BAIXIA[366]

Desembarcó Bao Tingxi en la puerta del Cielo, y viendo allí a Tercero, el criado de su hermano, y a su lado a un ganapán cargado de las tres ofrendas rituales,[367] amén de monedas de oropel, caballitos de papel recortado y otros avíos del género, se llegó a él y le preguntó:

—¿Está el señor en la residencia? ¿Dónde llevas estas cosas?

—En hora menguada llegáis, señor Sexto —respondió Tercero—, que, vuelto de Nanquín, el señor mandó a buscar a la señora, enterándose por el emisario que había muerto un mes antes, y tan apenado quedó con la nueva, que cayó enfermo y a los pocos días dejó este mundo. En los ejidos lo enterramos, y este vuestro siervo marchó a vivir a una venta. Hoy se cumple la primera setena: estas que veis aquí son ofrendas que le llevo a la tumba.

Bao Tingxi abrió mucho los ojos y quedó sin habla un buen rato, hasta decir al cabo:

—¡Cómo! ¿Que tu señor ha muerto?

—Así es, el señor ha muerto.

Y cayó de rodillas, llorando, y Tercero tuvo que ayudarlo a levantarse. No quiso entrar en la ciudad, antes pidió al criado lo guiase a la tumba del hermano, y ante ella dispuso las ofrendas, hizo los libamientos, quemó los exvotos de papel, y sollozando dijo:

—No puede estar lejos tu espíritu, hermano. Llego tarde, no hemos vuelto a vernos.

Y lloró amargamente, hasta que Tercero lo persuadió de volver con él a la venta, donde pasó la noche. Al otro día compró con sus viáticos más ofrendas y monedas de papel y volvió a la tumba del hermano.

Unos días hizo mansión en la venta, hasta que Tercero se mudó a otro lugar y él quedó sin viáticos, sazón en que determinó marchar a Yangzhou para ver a Ji Weixiao, empeñando en un par de onzas de plata la túnica que se había hecho para ir a la residencia del gobernador. Tomó pues, barca para Yangzhou e hizo el viaje sin contratiempo, encaminándose a la Junta de Salineros, a cuyas puertas vio, en una lista, que Ji Weixiao paraba en el templo del Aliento de la Religión, hacia el cual enderezó sus pasos. Ya en él, preguntó al monje, quien le respondió:

—¿El señor Ji? Anda celebrando sus bodas con la de You, del callejón de las Cinco Ciudades, a un costado de la Junta de Salineros. Id norabuena, que allá lo encontraréis.

Y Bao Tingxi fue donde le indicara el monje, llegando al cabo a una casa muy engalanada de banderolas, en la que entró. Tenía tres cuartos, uno de ellos hormigueante de convidados, y sobre una mesa dos cirios bermejos iluminaban un lienzo alegórico de los cien niños, enmarcado en un díptico también bermejo que decía:

La brisa fresca, *con la luna clara;*

---

[366] Otro de los nombres de Nankín.

[367] *San sheng*, las «tres ofrendas»: carne de buey, oveja (o pescado) y cerdo.

El buen letrado, *con la bella dama*.

Hacía los honores Ji Weixiao, bonete de estreno y túnica escarlata, el cual, viendo a Bao Tingxi, dio un respingo, hizo una reverencia y le ofreció asiento, preguntándole:

—¿Venís ahora de Suzhou, señor tío?

—Así es, y acabo de saber de vuestras bodas, por lo que me he acercado a daros los parabienes.

—¿Quién es el señor? —preguntaron los convidados.

—El señor es tío mío, y se llama Bao —respondió Ji Weixiao.

—¡Oh, es vuestro señor tío! Disculpad la descortesía.

—¿Y los distinguidos señores, quiénes son? —preguntó Bao Tingxi.

—Estos dos señores que veis aquí —dijo Ji Weixiao, señalando a los que ocupaban el sitio de honor— son Xin Dongzhi y Jin Yuliu, famosos letrados de Yangzhou y calígrafos sin par.

Puesta la mesa, los dos famosos letrados ocuparon la cabecera y Bao Tingxi se sentó a un lado, mientras los otros convidados, deudos todos de la casa de You, se repartieron por los demás asientos. Comieron, y al cabo Ji Weixiao entró con los deudos en un cuarto interior para aprestar el casamiento, dejando a Bao Tingxi de plática con los dos famosos letrados.

—Estos mercachifles de la sal[368] de Yangzhou son gentes de baja ralea —decía Xin Dongzhi—, y no hay más que fijarse en ese que dicen Feng, de aguas abajo, cuyo patrimonio no baja de unos cientos de miles de onzas. Estando yo en Huizhou, me convida a vivir en su casa, y cuando apenas llevo medio año con él le digo: «Si en verdad me queréis bien, dadme dos o tres mil onzas.» ¿Creerán v. mds. que me dio una mala sapeca? Por eso decía yo luego: «Al señor Feng le traería cuenta darme esos dineros, que cuando muera no podrá cargar una sapeca y en la ultratumba será un pobre diablo como los demás, y yo por contra seré rico, pues el Rey de los Infiernos querrá que le escriba el rótulo de su Palacio del Tamiz Tupido, dándome por ello no menos de diez mil onzas, que yo bien podría partir con él. ¿A qué tanto embarullar las cosas?»

—Tenéis toda la razón —apuntó Jin Yuliu cuando el señor Xin acabó de reír—, y prueba de ello es lo que me acaeció a mí. Y fue que poco ha, el que nombran Fang, también de aguas abajo, me encomendó un díptico de veintidós caracteres, y cuando le di recado de haberlo concluido, me manda un criado con ochenta onzas. Pues lo hice entrar y le dije: «Di a tu amo que los precios de las caligrafías del señor Jin ya fueron ajustados en su día en Pequín en el Palacio del Príncipe, y que los caracteres menudos son a onza la unidad y los grandes a diez, lo que en buena lid hacen doscientas veinte onzas para veintidós caracteres grandes. Doscientas diecinueve que me traigas, y que no se moleste en mandarte.» Cuando el criado le dio razón, ese animal de Fang vino en silla de manos a traerme las doscientas veinte onzas, y así le di las caligrafías, las hizo pedazos, lo que me enojó tanto, que allí mismo deshice los envoltorios y aventé a la calle la plata para que se emporcaran con ella los acarreadores de sal y los estercoleros. ¿Quién vio gente más vil y miserable?

En eso estaban, cuando entró Ji Weixiao, y riendo dijo:

—¿Hablan v. mds. de los mercachifles de la sal? Pues dicen, poco ha lo he oído, que Yangzhou es la capital de la sexta esencia.

---

[368] *Yan daizi*, patanes o «tontos de la sal», término despectivo aplicado a los salineros.

—¿La sexta esencia? —reparó Xin Dongzhi—. ¿Dónde se ha visto eso de la sexta esencia? Será la quinta esencia.[369]

—La sexta esencia, en verdad, y oigan v. mds. Sentado en el palanquín va el préstamo en esencia; los que llevan el palanquín son bueyes en esencia; los que siguen al palanquín, posaderas en esencia; los porteros, embustes en esencia, y las que están escondidas en su casa, embaucadoras en esencia. Éstas son las cinco esencias. Mas ahora estos patanes de la sal de Yangzhou dan en ponerse bonete de letrado, y lo engalanan con un pedrusco de cuarzo en medio, lo que hace en todo seis esencias.

Celebraban todos la ocurrencia, cuando trajeron unos fideos, de los que empezaron a dar cuenta, apuntando en eso Bao Tingxi:

—Dicen que cuando los ricos de la Junta de Salineros comen sopa de fideos en un puesto, de un tazón de a ocho sapecas beben apenas un sorbo y dan las sobras a los silleros. ¿Es eso cierto?

—Cierto es —ponderó Xin Dongzhi.

—Lo hacen para darse ínfulas —terció Jin Yuliu—, que antes de pedir los fideos bien han rebañado en casa la costra de arroz pegada a la cazuela.

Y de esta suerte platicaron y chancearon hasta que, la tarde cayendo, sonó la música y Ji Wixiao fue conducido a la cámara nupcial. Abrevada la cena, los convidados partieron y Bao Tingxi hizo lo propio, recogiéndose para pasar la noche en la hospedería del fielato. Al otro día volvió a la casa; dio los parabienes, vio a la desposada, y sentándose con Ji Weixiao en la sala, pasico le dijo:

—Nada tiene vuestra primera esposa, que yo sepa; ¿por qué habéis vuelto a desposaros?

—«El buen letrado, con la bella dama» —respondió Ji Weixiao, señalando el díptico—. ¿No leéis? A los trotamundos como yo poco se nos da una esposa de más o de menos, con tal de hallar la acertada.

—¿De dónde sacasteis los dineros?

—De vuelta en Yangzhou, el inspector Xun me dio ciento veinte onzas y la encomienda de cuidar de la Administración de la Sal de Guazhou; habré de pasar aquí unos años, y de ahí mi segundo casamiento. ¿Y vos, tío, cuándo tornáis a Nanquín?

—La cosa es que no pude verme con el deudo de Suzhou que fui a visitar, y no me quedan dineros para volver a Nanquín.

—Eso tiene fácil arreglo, que los dineros para el viaje los pongo yo —dijo Ji Weixiao—. Si me hacéis merced, os daré una carta que os agradecería llevéis a Nanquín.

Xin Dongzhi y Jin Yuliu asomaban en eso en compañía de otro que no conocían y un monje taoísta, y derechos entraron en la cámara nupcial, donde quedaron haciendo chistes y burlas. Al rato salieron y tomaron asiento, diciendo Xin Dongzhi:

—Este amigo taoísta se llama Lai Xiashi y es otro de nuestros poetas de Yangzhou; y este señor es Guo Tiebi, el famoso grabador de sellos de Wuhu. Han venido a saludaros, aprovechando tan feliz ocasión.

Ji Weixiao les preguntó su casa, prometiendo pagarles visita otro día. Xin Dongzhi y Jin Yuliu apuntaron al cabo:

—Ayer, el señor Bao dijo tener su morada en Nanquín; ¿cuándo quiere volver?

—En un par de días —respondió Ji Weixiao.

—En tal caso, no podremos viajar juntos —dijeron—, pues también nosotros queremos ir a Nanquín, que las gentes de este lugar no tienen miramientos.

En estos y otros departimientos estuvieron un tiempo, hasta que idos al cabo los cuatro, Bao Tingxi preguntó a Ji Weixiao:

---

[369] *wu jing*: Las cinco sustancias, esencias, componentes, humores o soplos vitales (*jingqi*) presentes en las cinco vísceras (corazón, pulmones, hígado, bazo, riñones), según la medicina tradicional china.

—¿Para qué amigo es la carta que queréis darme?

—Para Ji Tianyi, de Anqing. No estamos emparentados, pese al común apellido, pero hicimos el viaje juntos, y como yo ya no vuelvo y él es hombre que para nada vale, le aconsejo que torne a casa.

—¿Habéis escrito ya la carta?

—Esta noche la escribiré. Pasaos mañana por aquí, que os la dé con los dineros, para que podáis partir pasado mañana.

Bao Tingxi asintió y se fue: y esa misma noche, Ji Weixiao escribió la carta y pesó cinco décimos de plata para dar al tío.

A la mañana siguiente, uno en silla de manos se apeó a su puerta y le hizo llegar una esquela que decía: «Vuestro condiscípulo Zong Ji os saluda respetuosamente.» Ji Weixiao salió a recibirlo, topando uno de bonete y amplia túnica, hombre de digno talle, al que al punto hizo pasar, preguntándole:

—¿Cuál es vuestro distinguido nombre público, y de dónde sois?

—Mi humilde nombre es Mu An, y mi vil morada está en Huguan, aunque siempre he vivido en la capital como preceptor del príncipe Zhao en compañía del señor Xie Maoqin —respondió el visitante—. Vuestra gran fama ha llegado a mis oídos y aprovecho mi regreso a casa para venir a saludaros, trayendo un retrato mío, que os ruego gloséis de vuestra mano. De paso por Nanquín, haré lo propio con otros distinguidos hombres de letras.

—Vuestro ilustre nombre resuena en mis oídos con el clamor del trueno —respondió Ji Weixiao—, y temo descubrir mi ignorancia ante un sabio como vos.

Apurado el té, Ji Weixiao acompañó al visitante a la silla de manos, despidiéndolo con una reverencia. En eso llegaba Bao Tingxi, quien recogió la carta y los dineros, dando las gracias.

—En llegando a Nanquín —le dijo Ji Weixiao— no os olvidéis por nada del mundo de pasar por la plaza del Letrado de Honor, donde mora mi amigo Ji Tianyi, y persuadidlo que vuelva a casa, que no es cosa infrecuente el morir de hambre en Nanquín. Por lo que más quiera, que no siga allí.

Dicho esto, se despidieron, comprando Bao Tingxi pasaje para Nanquín con los dineros que le habían dado. Llegado a casa, la mujer lo recibió con un rosario de denuestos, enfurecida de saber las malas nuevas; y el inspector Shi no lo recibió mejor, pues, enterado de su vuelta, lo acuciaba con el pago de la casa, con que al cabo hubieron de dejarla, en compañía de las veinte onzas de fianza, recalando en la de un allegado de la mujer, allá por el Puente Interior. A los pocos días, Bao Tingxi se llegó a la plaza del Letrado de Honor, dando la carta a Ji Tianyi, quien le ofreció té, la leyó y dijo: «Muy agradecido, señor Bao; quedo enterado de todo», con que éste se despidió y volvió a casa.

Por tales estrecheces pasaba Ji Tianyi, que para las dos comidas del día no podía despender más de ocho sapecas, con que compraba cuatro tortas, y el albergue lo tenía en el mostrador de una tienda de talla de sellos. Grande fue su desesperación al venir en conocimiento que Ji Weixiao no se reuniría con él, y como los pocos dineros que conservaba no le alcanzaban para ir a Anqing, pasaba los días sentado en la tienda sin otra ocupación que la de dar cuenta de las tortas, y eso cuando pudo, porque a poco ni para tortas tenía. Uno de esos días, uno de a bonete y túnica negra entró en la tienda y lo saludó con una reverencia; Ji Tianyi le ofreció al punto asiento en una banqueta a su lado, con que el recién llegado le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Ji es mi humilde nombre.

—¿Sabéis de algún famoso hombre de letras del lugar que entienda de antologías de composiciones?

—Hay muchos: Wei Tishan, Sui Jin'an, Ma Chunshang, Qu Xianfu, Kuang Chaoren, y también uno con el que hace poco estuve, Ji Weixiao. A todos conozco, y todos son letrados de renombre. ¿A cuál queréis ver?

—Cualquiera vale, pues éste vuestro hermano menor quiere preparar una antología de composiciones de examen, para lo que dispone de doscientas o trescientas onzas. ¿Podríais hablarle a alguno de vuestros amigos, por si quiere socorrerme en la empresa?

—Decidme antes, señor, cuál es vuestro honorable nombre, y de dónde sois, para darles razón.

—Me dicen Zhuge, del distrito de Xuyi, y de cierto sabrán quién soy así oigan mi nombre. Id y buscad a uno de ellos, que venga a verme.

Ji Tianyi le dijo que aguardase y salió a la búsqueda, pensando entre sí: «Estos amigos vienen mucho por aquí, pero no sé dónde estarán ahora, ni se me ocurre modo de dar con ellos. ¡Lástima que Ji Weixiao esté fuera! Ahora bien, si me pongo al acecho en la puerta del Agua de Poniente puede que alguno pase por allí, y unas pocas comidas de balde no hay quien me las quite.»

Y eso fue lo que hizo, con tan buena fortuna, que al rato de aguardar junto a la puerta, reconoció en uno que venía con su bagaje al amigo Xiao Jinxuan, de Anqing. «Qué bien», pensó para sí, y llegándose a él de dos trancadas, dijo:

—¿Ya de vuelta, hermano Jin?

—¡Hermano Tian! —respondió el otro—. ¿Ji Weixiao no anda con vos?

—Marchó a Yangzhou, dejándome solo. Llegáis en el mejor momento, pues tengo un gran negocio para vos. Mas no olvidéis de agradecérmelo.

—¿Qué gran negocio?

—Aguantad un rato; venid conmigo, y veréis si tengo razón.

Acompañólo, pues, Xiao Jinxuan a la tienda de sellos, de cuya puerta asomaba ya la cabeza del señor Zhuge aguardando el retorno de Ji Tianyi, quien dijo:

—Señor Zhuge, aquí os traigo un famoso hombre de letras.

Saludáronse los dos hombres en la tienda, y luego, puestas las cosas de Xiao Jinxuan a buen recaudo, marcharon los tres a una casa de té, donde tomaron asiento, haciendo las presentaciones.

—Vuestro hermano menor se llama Zhuge Tianshen —dijo el uno.

—Y vuestro hermano menor, Xiao Jinxuan —dijo el otro.

Punto seguido, Ji Tianyi dio cuenta al amigo del empeño del señor Zhuge, quien añadió:

—Vuestro hermano menor no es del todo lego en esto de escoger composiciones y quiere aprovechar su paso por esta gran ciudad para lustrar su nombre[370] invitando a alguno de sus afamados letrados; y ahora, al conocer al señor Ji, en verdad soy como pez devuelto al agua.

—Vuestro hermano menor no tiene talento —respondió Xiao Jinxuan—, y acaso le venga grande la empresa.

—Señores —terció Ji Tianyi—, dejen a un lado los cumplimientos, que lo principal es que los dos estaban deseando conocerse, y hoy lo han hecho. Concierten al

[370] *Fu jiwei*, lit. para «pegarse a la cola del corcel», al igual que la mosca, que de esta manera se aprovecha del caballo para recorrer largas distancias; aprovechar el renombre de otro para acrecentar el propio. Lo que al parecer desea Zhuge Tianshen es editar una antología de exámenes, tan de moda en la época, y que su nombre aparezca en el libro al lado de los de otros reconocidos letrados.

calor de una buena comida, que el señor Zhuge bien querrá agasajar a tan famoso ayudante.

—Tenéis razón —convino Zhuge Tianshen—, y ya que el agasajo no puede ser en casa, dispensen v. mds. lo haga en un figón.[371]

Pagaron, pues, el té y derechos llegaron a un casón de comidas de la calle de los Tres Montes, ocupando Xiao Jinxuan el puesto de honor, Ji Tianyi el del frente y Zhuge Tianshen el de celebrador. Ji Tianyi pidió codillo de puerco, tasajo de pato y breca macerada en vino, el primero para comer de remate con el arroz y tres centésimos de caldo, los otros dos para acompañar la bebida. El mozo apenas tardó en traer vino, que sirvieron, iniciando Ji Tianyi la plática:

—Lo primero es encontrar un lugar apacible y espacioso; luego habrá que escoger las composiciones, llamar a los impresores y vigilar la talla de las planchas.

—Para lugar apacible, el monasterio de la Retribución de la Benevolencia, pasada la puerta del Sur —apostilló Xiao Jinxuan—; no hay ruido, los cuartos son amplios, y el arriendo de razón. Podríamos pasarnos por allí después de comer.

Aún vaciaron unas buenas jarras de vino antes que el mozo trajese el arroz, los codillos y el caldo, y, excusado es decirlo, Ji Tianyi comió a dos carrillos. Pagada la comida, volvieron a la tienda, y dejando al grabador al cuidado del bagaje de Xiao Jinxuan, marcharon hacia la puerta del Sur. El lugar era muy animado; los carromatos semejaban ristras de dragones y los caballos río sin fin, según su abundancia, y los tres hombres pasaron sus buenos trabajos para salir del bullicio. Mas, como al cabo llegaran a vista del monasterio de la Retribución de la Benevolencia, Ji Tianyi apuntó:

—Busquemos un lugar cercano a la puerta.

—Mejor dentro, que habrá más sosiego —reparó Xiao Jinxuan.

Con que se adentraron en los muchos vericuetos del monasterio, y más allá de la morada del abad llegaron a la vivienda de un monje, a cuya puerta llamaron, abriéndoles un novicio que los hizo pasar al saber que venían en busca de alojamiento. Muy digno salió al instante el monje custodio, mitra negra de brocadillo, túnica de seda ocal y rosario enroscado en la mano, saludándolos con las manos juntas,[372] con lo cual les ofreció asiento y preguntó sus nombres y procedencias.

—Tengo muchos cuartos —dijo, enterado ya de la razón de su visita—, y ésta es casa muy frecuentada de oficiales, que vienen a alojarse. Escojan v. mds. el que más gusten.

Entraron, pues, y miraron, y ya escogidos tres cuartos, preguntaron el precio al monje, quedando muy admirados de las tres onzas de plata al mes que pedía, ni una menos, a pesar de la mucha porfía; pues ya que Zhuge Tianshen andaba por las dos con cuarenta, el monje dijo al novicio:

—Barre ya los suelos, que mañana da convite aquí el inspector Shi, el de aguas abajo el Puente Flotante, no vaya a encontrar la casa hecha una pocilga.

—Los cuartos son buenos, pero el mercado está lejos —dijo, medio disgustado, Xiao Jinxuan a Ji Tianyi.

—Mal avío tienen acá los que vengan con un solo criado para la cocina y la compra —terció con rudeza el monje—, que lo menos es un cocinero que haga la comida y un recadero que haga la compra.

—Y un pollino pelado, a más del cocinero y el recadero, para que éste vaya más presto al mercado —añadió con burla Xiao Jinxuan.

---

[371] Era descortesía que un personaje importante invitase a comer en una fonda, pues lo apropiado era que lo hiciese en casa.

[372] *Wenxun*, saludo budista, consistente en una reverencia con las palmas de las manos juntas a la altura del entrecejo.

Y fue al mirarlo echando chispas el monje, por la alusión a su cabeza rapada, cuando los tres visitantes se levantaron y dijeron:

—Nos vamos, ya vendremos a seguir discutiendo.

Obra de cuatro estadios camino adelante llegaron a la puerta del prefecto de los monjes, quien los recibió con mucha cortesanía y les ofreció asiento en la sala, sirviéndoles té y dulces, nueve platillos en todo, entre los que había pastelillos de cáscara de naranja y arrope y barquillos de castaña. Cuando los visitantes dijeron venir en busca de alojamiento, el prefecto les respondió:

—Muy bien, si es deseo de v. mds. Escojan los cuartos que gusten, y múdense cuando sean servidos.

Preguntáronle el precio, y contestó:

—Eso es lo de menos, que ya la visita de v. mds. es gran honor para esta casa. Socórranme con el incienso, si les parece, y quedemos en paz.

—No os ofendáis, maestro, si os damos dos onzas al mes por los trabajos —dijo Xiao Jinxuan, viendo lo singular del prefecto.

Como éste no puso reparos en ello, en un momento Ji Tianyi marchó a la ciudad en busca del bagaje del amigo, mientras Xiao Jinxuan y Zhuge Tianshen aguardaban en la sala. El prefecto mandó un novicio a los cuartos para barrerlos y guarnecerlos de algún mueble y trajo té recién hecho, acompañando en la espera a los huéspedes, hasta que ya bien entrada la tarde llegó el bagaje. Por indicación de Xiao Jinxuan, Zhuge Tianshen hizo un envoltorio de a dos onzas de plata y lo mandó al prefecto, quién salió de nuevo y les dio las gracias.

Encendidos los candiles, Zhuge Tianshen volvió a pesar plata para el vino y la cena y Ji Tianyi hizo otro viaje a la ciudad, volviendo en compañía de un mozo cargado de cuatro jarras de vino y cuatro viandas, a saber: salchichas, gámbaros en salazón, ancas de rana y medusa. Mas así pusieron la mesa, Zhuge Tianshen, que era hombre del campo, torció el rostro al ver las salchichas, desconocidas para él, y preguntó:

—¿Qué es eso? Parece verga de puerco.

—Probadlo y veréis —respondió Xiao Jinxuan.

—Cecina —sentenció Zhuge Tianshen tras catar un par de trozos.

—¿De cuándo acá la cecina viene envuelta en pellejo? —reparó Xiao Jinxuan—. Son salchichas, hechas con las tripas del puerco.

Tampoco había probado nunca la medusa, y admirado se decía: «¿Y esto tan fino? Malo no está, habrá que comerlo más.»

Y en estas pláticas dieron cuenta de la comida y el vino, acostándose al cabo, luego que Xiao Jinxuan le dejara una cobija a Ji Tianyi, que solamente llevaba por bagaje lo puesto.

Al otro día, el prefecto de los monjes entró muy de mañana en el cuarto y dijo:

—¿Tendrían a bien compartir unas malas cosas de comer que este humilde monje ha cocinado para celebrar la llegada de v. mds.? Luego les enseñaré el monasterio.

—Cuánta molestia —respondieron.

El prefecto los llevó al bajo de otra casa, donde les sirvió cuatro platillos a modo de desayuno, sacándolos luego a pasear:

—Vamos a ver el templo de Tripitaka —dijo.

Y hasta él fueron, entrando en una espaciosa nave en la que descollaba una inscripción en caracteres dorados que decía: «Sala del Primer Patriarca Bajo los Cielos.» Atravesaron un par de salones, y subiendo por una escalera serpenteante con balaustrada, llegaron a lo alto de una torre. Cuando parecía que ya no quedaba nada por recorrer, el prefecto abrió las dos puertas de la parte trasera y los instó a echar un

vistazo, y desde tan alto mirador, abierto a los cuatro puntos, pudieron contemplar, para su sorpresa, una explanada moteada de grandes árboles altos como el cielo y cañas sin cuento entre las que susurraba la brisa, cuyo centro lo ocupaba la pagoda de las reliquias del monje Tripitaka, el maestro de la Ley de la dinastía Tang.

Después de remolonear por allí un rato, el prefecto los exhortó a volver, y esa noche los convidó a la cena, nueve platos y vino, diciéndoles mientras bebían:

—Desde que estoy en esta plaza, nunca he celebrado convite alguno; pasado mañana será el primero, y vendrán los comediantes, y v. mds. son convidados de gracia.

—Vendremos a daros parabienes —dijeron los otros.

Y a los dos días, cinco o seis docenas de convidados, procedentes de las audiencias de la prefectura y del distrito, se presentaban en el monasterio detrás de cocineros, escanciadores y comediantes con unas arcas. Con los tres huéspedes hablaba el prefecto, cuando de súbito entró corriendo un novicio y dijo:

—¡Está aquí ese hombre, maestro!

Y, por obra de ello,

Visita la diosa a Vimalakirti[373]
Y estalla el temporal en plena calma;
Hay convite en la Sala del Vacío,
Y entre gallos huye una grulla blanca.

Pero lo que luego acaeció habrás de leerlo en el capítulo siguiente.

[373] Se refiere a un episodio del *Sutra de Vimalakirti* (*Weimojie jing*), traducido del sánscrito al chino en el s. V por Kumarajiva, en el que a Vimalakirti se le aparece, en cuerpo femenino, un *bodhisattva* que lo cuestiona sobre diferentes principios y lo transforma a él mismo temporalmente en mujer, demostrándole la vacuidad de la dicotomía masculino-femenino y el carácter ilusorio de los fenómenos.

CAPÍTULO XXIX

EN EL MONASTERIO HALLA A UN AMIGO ZHUGE TIANSHEN; EN NANQUÍN TOMA CONCUBINA DU SHENQING

De plática estaba el prefecto de los monjes con los tres huéspedes, cuando desalado entró un novicio que le dijo: «Ha vuelto ese hombre.» El prefecto pidió lo disculparan, y llevando fuera al novicio, le preguntó:

—¿Es ese villano de Long San?

—¿Y quién si no? —respondió el novicio—. Y esta vez se trae entre manos peores trazas; vedlo por vuestros ojos, maestro.

Bajó sin tardanza el prefecto las escaleras, y pasando junto a los escanciadores de té, que aventaban el fuego a la puerta, entró en la sala, donde vio sentado al que lo aguardaba, la tez negra, los ojos amarillos y el tupido mostacho en discordia con la diadema de fénix de papel recortado, el brial mujeril de algodón azul, los faldones blancos y los escarpines de brocado. Amplia sonrisa esbozó el hombre al ver al prefecto, al que dijo, señalando a los dos silleteros que desde el patio le pedían el acarreo:

—Mi señor, vengo a socorreros en la casa en tan fausto día. ¿Podéis pagar a los silleteros?

—¿Qué os traéis ahora, Long San? —dijo, ceñudo, el prefecto—. ¿Qué maneras son ésas?

Y al punto pagó a los silleteros, despidiéndolos, con que volvió al visitante, al que llamó al orden:

—Ya os estáis quitando esas ropas, Long San. ¿Qué van a decir los otros señores si os ven de esa pinta?

—Cuán duro de corazón sois, mi señor —quejóse Long San—, que, si por vos fuera, aún andaría aguardando la diadema de oro y el vestido grana que todo oficial debe regalar a su esposa, pues hasta la diadema de papel he tenido que hacerme con estas manos. ¿Qué se me da que los otros se burlen? ¡Y aún queréis que me quite la ropa!

—Cada cosa a su tiempo, Long San, que yo no estoy ahora para risas y solaces —dijo el prefecto—. Si el enojo es porque no os he convidado, al menos podríais venir compuesto, como la gente, y no con esas trazas.

—¿Cómo podéis decir eso, mi señor, sabiendo que entre esposos siempre ha de reinar la armonía? ¿Cómo iba yo a enojarme con vos?

—Soy yo el culpable, lo admito —dijo el prefecto—, pues debí haberos convidado hoy, y os disteis por ofendido. Ahora quitaos esa ropa y sentaos con los demás, que vestido así os creerán loco y os harán burla.

—La culpa es mía, mi señor, que la esposa debe quedar en los cuartos interiores aderezando los enjutos, pelando la fruta y viendo que todo se haga bien, pues ¿quién viera a una buena esposa sentada en el salón, oyendo a los demás murmurar del desaliño de la casa?

Y, diciendo esto, enderezó para los aposentos interiores, lo que no pudo estorbar el prefecto, que corriendo tras él tronaba:

—¡Long San, de nada han de serviros vuestras mañas! ¡Lindo lo vamos a tener los dos si los oficiales de arriba lo saben!

—Ahorraos cuidados, mi señor, que bien reza el dicho: oficial de prendas, deje a un lado la hacienda.

Y haciendo oídos de mercader a los bufidos de rabia del prefecto, se sentó con gran parsimonia y llamó al novicio, diciéndole:

—Dile al escanciador que traiga té a la señora de la casa.

Zancajeaba el monje de un lado para otro muy apurado, cuando saliendo del aposento en uno de sus paseos, vino a darse de hocicos contra los tres huéspedes, a quienes nada pudo decir para que no entrasen.

—¡Vaya! —exclamó Ji Tianyi—. ¿Quién es esta dama?

—Tomen asiento los señores —dijo, irguiéndose, la dama.

Mudo de ira estaba el prefecto, en tanto los huéspedes hacían por refrenar la risa; en eso entró corriendo el novicio y dijo:

—Ha llegado el señor You, de la prefectura.

Salió, pues, el buen monje a recibir al convidado, que venía con otro que llamaban Guo, escribano como él; saludáronse, y como apenas sentados para tomar el té oyeran voces en el cuarto contiguo, con harto corrimiento del prefecto fueron a ver quién era, rompiendo a reír, coreados por los tres huéspedes, al descubrir a Long San.

—¿Qué es esto? —decían.

—Señores —explicó harto desesperado el prefecto—, este sujeto es un rufián que viene una y otra vez por aquí para arramblar con cuanto pueda.

—¿Cómo se llama? —preguntó, riéndose, el escribano You.

—Long San.

—Long San —dijo el escribano Guo—, hoy estamos celebrando el nombramiento del prefecto. ¿Cómo venís a alborotar? Andad, quitaos esas ropas y marchad a otro lugar.

—Éste es negocio privado, señores, que a v. mds. ni les va ni les viene —dijo Long San.

—Zarandajas —dijo el escribano You—, que sólo queréis embaucar a la gente; si buscáis dinero, habéis tomado el mal camino.

—Juntemos unos centésimos —propuso Xiao Jinxuan— para librarnos de este mal bicho, que si no, seguirá alborotando.

Mas Long San porfiaba en quedarse. De esta suerte discutían, cuando el novicio entró y anunció:

—Acaban de llegar el señor Dong, del Consejo, y el señor Jin.

Al punto entraron los dos nuevos convidados, que no eran otros que el escribano Dong y Jin Dongya, y fue ver éste a Long San y dar un respingo, diciendo:

—¿Cómo, no es éste Long San? ¡El muy cabeza de perro, las docenas de onzas que me ha sacado en la capital, y aún osa presentarse con ese disfraz! ¡Volvéis otra vez a las andadas, bellaco!

Y ordenó a un criado que venía con ellos: «¡Quitadle al punto la diadema y la ropa y echadlo de aquí!» Viéndose Long San desbaratado, se despojó de la diadema y las vestiduras, diciendo con humildad:

—Solamente venía a echar una mano.

—¿Y quién os ha pedido que vengáis a echar una mano? —reparó Jin Dongya—. No seáis embustero, que si a alguna cosa venís, es a engañar al señor prefecto. Ya le diré otro día que os dé unos dineros, para abrir negocio, y ahora salid por esa puerta, que si seguís alborotando, os mando derecho a la audiencia.

Long San recobró la color, y agradeciendo a Jin Dongya, se escurrió por la puerta. El prefecto llevó a los convidados al bajo, volvió a saludarlos y les ofreció

asiento, faltándole palabras para agradecer a Jin Dongya. Al rato, el escanciador sirvió el té, sazón en que el escribano Guo tomó la palabra:

—El señor Jin vive encerrado en su morada y aún no sabemos cuándo llegó a la comarca.

—Tantos gastos hice en la plaza que tenía —respondió Jin Dongya—, que al cabo hube de renunciar. De vuelta en casa, mi hijo entró en la escuela, ya licenciado; pero su mérito se trocó en fuente de enredos, y aunque la virtud acaba por triunfar, en ello perdí muchos dineros. En casa no tenía en qué emplearme, y al cabo marché a Yangzhou para visitar al inspector Xun, de la Administración de la Gabela, amigo mío de los tiempos de la capital, quien tuvo el buen corazón de recomendarme en la Junta de Salineros, la cual me dio unos centenares de onzas.

—¿Sabéis qué le ha acontecido al inspector Xun? —preguntó el escribano Dong.

—¿Pues qué ha pasado?

—Que fue apresado ha unos días por apropiación de fondos públicos.

—¡Válgame el cielo, cuán grande antesala de la miseria es la fortuna! —exclamó Jin Dongya.

—¿Dónde moráis ahora?

—Sepan v. mds. que el señor Jin ha comprado una casa ribereña por el puente del Buen Cruzar —respondió por él el escribano Dong.

—Un día de estos iremos a visitaros —dijeron unos y otros.

Jin Dongya preguntó el nombre de los huéspedes, y al saberlo dijo:

—Los tres son ilustres letrados. Vuestro hermano menor ha escrito unos comentarios sobre los clásicos, y sería gran honor conocer el parecer de v. mds.

Y mientras hablaban, y el tiempo pasaba, fueron presentándose unas docenas de convidados, y entre ellos tres de a bonete de ninguno conocidos, acompañados de un monje taoísta, que preguntaron:

—¿Quién es el señor Ji Tianyi?

—Yo soy, señor. ¿Qué lo queréis?

—Nuestro amigo Ji Weixiao os manda saludos —dijo el que preguntaba, sacando una carta de la manga, que dio a Ji Tianyi.

Leyó éste la carta al unísono con Xiao Jinxuan y Zhuge Tianshen, y sabiendo por ella que los cuatro recién llegados se llamaban Xin Dongzhi, Jin Yuliu, Guo Tiebi y Lai Xiashi, les ofreció asiento; mas como los visitantes quisieran marchar al ver al prefecto ocupado, éste los retuvo diciéndoles: «V. mds. han recorrido largo camino, y su visita nos honra; tomen asiento, háganme merced», y tanta instancia hizo, que acabó por persuadirlos. Sentáronse, pues, y Jin Dongya aprovechó para preguntar si eran ciertas las nuevas que corrían en torno al inspector Xun, respondiendo Guo Tiebi:

—Fue hecho preso el día que salimos de Yangzhou.

De esta suerte transcurría la celebración, amenizada por los comediantes, hasta que, llegada la noche, los convidados fueron marchándose. Xin Dongzhi y Jin Yuliu también partieron, volviendo a la ciudad, al convento del Jardín Oriental, donde hacían mansión, quedando solos en el monasterio Guo Tiebi y el monje Lai, que pasaron la noche en el cuarto de Zhuge Tianshen. Al otro día, el monje Lai marchó al templo de la Divina Alegría para visitar a un hermano en la Doctrina, y Guo Tiebi también partió, arrendando un cuarto puertas afuera del templo de la Retribución de la Benevolencia, donde puso su tienda de talla de sellos.

Al fiado comían Ji Tianyi y sus dos amigos en el pabellón de la Junta de Ascensos, a las puertas del monasterio, dejando a deber todos los días no menos de cuatro o cinco décimos de plata, y al fiado compraron un centenar de resmas de papel y apalabraron siete u ocho grabadores cuando estuvo hecha la antología de composiciones.

Pero tanta fianza poco les aprovechó, pues a los cuatro o cinco meses apenas les quedaban unas pocas de las doscientas onzas de Zhuge Tianshen, y aunque de comer tenían, que aún gozaban de crédito en el pabellón, entre ellos comenzaba ya a cundir el desasosiego. Un día, paseando por los patios del monasterio, Ji Tianyi dijo a Xiao Jinxuan:

—Los dineros del señor Zhuge están por volar, y las deudas nos tienen la soga al cuello; no sé qué ha de ser de nosotros si el libro se vende mal.

—Él dispuso todo, de propio grado, que ninguno lo ha forzado —respondió Xiao Jinxuan—, y cuando quede sin plata, tendrá que volver a casa por más. Eso es cosa suya.

La llegada del mentado puso fin a la plática. Caminaron unos pasos, y estaban por volver, cuando dieron de frente con un palanquín al que rodeaban unos criados y seguían un par de ganapanes con el bagaje; pues como vieran que enderezaba para el monasterio, se echaron tras él, distinguiendo tras la cortinilla alzada al pasajero, un mozo de a bonete cuya cara pareció familiar a Zhuge Tianshen. «Me da que lo conozco», dijo éste, y, apurando el paso, dio alcance a la comitiva y preguntó a uno de los criados:

—¿Quién es tu amo?

—El decimoséptimo de los Du, de Tianchang.

La comitiva entró en la parte de viviendas cercana a la casa del superior, con que Zhuge Tianshen volvió a reunirse con los otros dos, diciendo:

—Es un nieto del señor Du, el ministro de ceremonial,[374] hombre muy afamado en mi distrito por su maestría de letras, y conocido mío. No sé qué lo traerá por aquí; mañana iré a visitarlo.

Y al otro día fue Zhuge Tianshen a visitarlo. No lo halló en casa, pero al siguiente, uno de esos días apacibles de finales de primavera, fue el nieto del ministro quien le pagó visita. Saliendo los tres a recibirlo, lo vieron empuñando el abanico moteado de versos, encapillado en la liviana túnica de color de lomo de oropéndola y los escarpines de seda, y sorprendió a todos, al acercarse, la blancura de su piel, el brillo de sus ojos negros y el donaire y distinción de su porte. En verdad era Cao Zhi en lo discreto y Pan Anren en lo apuesto,[375] con justa fama de letrado de los más brillantes del sur del Gran Río. Saludáronse entre sí y tomaron asiento, y una vez oídos los nombres y lugares de nacimiento de los tres huéspedes, el nieto del ministro tomó la palabra:

—Vuestro hermano menor tiene por indigno nombre Du Shenqing. Hará medio año que no os veo, hermano Tianshen, desde los exámenes del año postrero.

—El año postrero —explicó Zhuge Tianshen a los otros dos huéspedes—, el comisario Shen examinó de poesía en mi humilde ciudad a letrados venidos de veintisiete prefecturas y subprefecturas, y el señor Du quedó el primero.

—No eran más que unos malos versos compuestos a vuelo, de los que no merece la pena hablar —respondió, sonriendo, Du Shenqing—. Por lo demás, ese día no andaba bien de salud y entregué el pliego lo antes que pude.

---

[374] *Zongbo*: lit. «gobernador del clan», título del jefe del templo de los antepasados de la casa real de Zhou del Oeste (s. XI-771 aC) y, posteriormente, de los ministros de ceremonial.

[375] Zijian *zhi cai*, Pan An *zhi mao*: lit. era un hombre que tenía «el talento de Zijian y la apostura de Pan An». Zijian: nombre público (*zi*) del famoso poeta Cao Zhi (192-232), hijo de Cao Cao y hermano menor de Cao Pi, su sucesor en el trono de Wei. Paradigma del talento, antes de los veinte años, según *Sanguo zhi* [*Historia de los Tres Reinos*], ya era capaz de recitar de memoria el *Libro de las odas* (*Shi jing*), las *Analectas* (*Lunyu*) de Confucio y más de diez mil poemas. Pan An: Pan Yue o Pan Anren (247-300), literato de la dinastía Jin (265-420) famoso por su hermosura, como atestigua un párrafo de *Shishuo xinyu* («Rong zhi»): «Era tan bello, que no había mujer que al conocerlo no lo abrazase y se entregase a él».

—La fama de vuestra honorable casa causa admiración en todo el sur del Gran Río —dijo Xiao Jinxuan—, y vos sois el más aventajado entre tantos insignes deudos. Ahora que el azar me concede la dicha de conoceros, será gran honor para vuestro servidor pediros consejo.

—V. mds. son todos famosos hombres de letras —respondió Du Shenqing—, y el honor es para este vuestro hermano menor.

Hablando de esta suerte apuraron el té en el salón, pasando luego a uno de los aposentos, cuyas mesas estaban colmadas de composiciones corregidas con bermellón, gran fiesta para la vista. Du Shenqing fue leyéndolas y poniéndolas a un costado, y como en eso diera con una poesía compuesta por Xiao Jinxuan unos días antes durante un paseo por la Poza del Dragón Negro, dijo:

—Gran lozanía la de estos versos. ¿Vuestros son, señor Xiao?

—Mía es tan torpe composición, que aguarda vuestro parecer —respondió Xiao Jinxuan.

—Si no es ofensa, permitid a vuestro hermano menor que aventure su ciego comentario —dijo Du Shenqing—. La poesía debe buscar lo etéreo; mas mirad estos dos párrafos: «¿Qué pena enrojece la flor del durazno y en verde duelo viste el sauce y el alno?» ¿No os parecen embrollados en exceso? Si anteponéis «pregunto» al primer verso, tendréis ante vos, en toda su literalidad, un bello párrafo del *Alborozo del frescor nuevo*,[376] que, trocado en poesía y con el añadimiento del segundo verso, queda desubstanciado.

Oía Xiao Jinxuan el breve comentario con la cara perlada de sudor frío, cuando Ji Tianyi dijo:

—A juzgar por vuestros comentarios poéticos, señor, haríais muy buenas migas con mi pariente Ji Weixiao.

—¿Es pariente vuestro? —preguntó Du Shenqing—. He leído unas poesías suyas, y no le falta talento.

Y de esta suerte siguieron platicando, hasta que Du Shenqing se despidió de ellos. Al otro día les hizo llegar una esquela que decía: «Florecen las peonías de mi humilde morada, y ante unas malas tazas de té convoco a los tres hermanos para holganza de todos.» Muy alborozados mudaron sus ropajes los huéspedes y apenas tardaron en ponerse en camino, encontrando a Du Shenqing sentado de plática con otro hombre. Hechos los saludos, ofrecieron al desconocido el sitio de honor, mediando en ello el nieto del ministro:

—El amigo Bao es como de la casa, y le disgustaría ocupar lugar más honroso que el de v. mds.

Con ello supo Ji Tianyi que el amigo Bao no era otro que el hombre que le había traído la carta de Yangzhou, y diciendo a los otros: «El señor es tío de Ji Weixiao», a él le preguntó al punto:

—¿Qué os trae por aquí, señor?

—Acaso no lo sepáis —dijo sonriendo Bao Tingxi—, pero mi familia lleva muchas generaciones al servicio de la casa de Du, a cuyos vástagos debemos mi padre y un servidor infinitas mercedes. Por ello, así tuve noticia de la llegada del señor Decimoséptimo, vine a presentarle respetos, como es de razón.

—Dejad ya eso —dijo Du Shenqing—, y mandad que sirvan el vino.

Ayudado de un criadillo, Bao Tingxi trajo una mesa, en tanto el nieto del ministro apuntaba:

---

[376] *He xin liang*, poema de Su Shi (1037-1101) conocido también por otros títulos alternativos: *He xin lang*, *Fu yan*, *Fu yan fei*, etc.

—Hoy me ha parecido prescindir de los platos comunes, señores, y solamente tengo para ofrecer sábalo sureño, cerezas y brotes de caña para picar con la bebida y acompañar la plática.

Y, con esto, sirvieron unos pocos platillos, y de beber, el mejor aguardiente de naranja del barrio del Eterno Sosiego. Du Shenqing era tan aventajado en el beber cuan parco en el comer, y luego de alzados los palillos para dar inicio al festín, apenas se sirvió unos pocos brotes de caña y unas pocas cerezas, en tanto su copilla volvía a colmarse apenas quedaba vacía. Al mediodía, a su seña de traer unos entremeses, los criados sirvieron albondiguillas de carne de puerco, empanadillas de pato, pastelillos fritos en grasa de ganso y dulces tiernos y fragantes, regado todo ello con el mejor té de Lu'an destemplado en agua de lluvia. Un dulce y un tazón de té cató apenas el nieto del ministro, con que mandó quitar la mesa y servir más aguardiente.

—Cuando los buenos amigos se juntan para contemplar las flores —dijo en eso Xiao Jinxuan—, el componer poesía es cosa obligada. Fijemos la rima, si a v. mds. les parece.

—Ésa es costumbre de cenáculos poéticos, señor —reparó sonriendo Du Shenqing—, vulgar ostentación de las prendas de cada uno, al juicio de vuestro hermano menor, y pobre sustituto del buen coloquio.

Dicho esto, miró a Bao Tingxi, el cual, sonriente, apostilló: «Permítanme v. mds. que amenice la reunión». Y trayendo al punto una flauta, que sacó de su envoltorio de seda, se sentó a la mesa y comenzó a tañer; pues apenas iniciada la melodía, a él se allegó un zagal que, juntas las manos, entonó *Aires de Qingping*, de Li Bai. Su voz era en verdad sublime y la música embriagadora,[377] y todos, con excepción de Du Shenqing, posaron sus vasos sobre la mesa para escuchar con mayor detenimiento. Pronto asomó la luna, y a su luz, las peonías refulgían en visos sobrenaturales y la hortensia del jardín se trocó en almiar de nieve. Flotaban los tres convidados en su arrobamiento y Du Shenqing en su apacible borrachera, cuando con paso quedo entró el monje, y sacando una ristra de tracas de Qimen de una caja forrada de seda, dijo:

—Este humilde monje viene a espabilar a v. mds.

Con que restallaron las tracas, una tras otra, y enderezado en la silla, Du Shenqing reía con estrépito, en tanto el humo sulfuroso enguirnaldaba la mesa. El monje marchó al cabo, y al rato los convidados, ya bien sahumados, se levantaron bamboleantes y se despidieron.

—Vuestro hermano menor está mareado —les dijo Du Shenqing—, disculpen v. mds. que no los acompañe. Maestro Bao, hacedme merced, despedid a los señores y volved luego a pasar la noche.

Y Bao Tingxi cogió un candelabro y los acompañó hasta la puerta, trancándola, con que Xiao Jixuan y sus amigos se encaminaron a su alojamiento haciendo eses y aguantando la soñarrera. Al otro día se presentó a cobrar el papelero, armando gran alboroto cuando se fue con las manos vacías, y tampoco faltó el dueño del pabellón de la Junta de Ascensos, al que Zhuge Tianshen hubo de dar un par de puñados de plata menuda para contentarlo. Idos los acreedores, los tres huéspedes pensaron en devolver a Du Shenqing el convite, pero como no había modo de agasajarlo en sus aposentos, resolvieron llevarlo al pabellón.

Uno o dos días más tarde fueron a visitarlo, aprovechando el buen tiempo; mas como al llegar a su morada vieran sentada en un banco del patio a una mujer sobrada de pies que hablaba con un criadillo, la cual se alejó al verlos, Ji Tianyi preguntó al zagal:

---

[377] *Chuan yun lie shi zhi sheng*, *yin shang ke yu zhi cou*: lit. en verdad, «su voz atravesaba las nubes y quebrantaba las piedras, y la música prolongaba el *shang* y cercenaba el *yu*». Es decir, voz y música eran maravillosas, cautivadoras. *Shang* y *yu* son dos de las notas de la escala pentatónica china.

—¿Quién es esa mujer?

—Shen la Patuda, la casamentera —respondió el criadillo.

—¿Y qué hace aquí?

—Viene a sus negocios.

De ello coligieron los visitantes que Du Shenqing estaba por tomar concubina, y no preguntaron más. El nieto del ministro paseaba por la galería, y al verlos los convidó a entrar, les ofreció asiento y mandó servir té al criadillo, diciendo en eso Zhuge Tianshen:

—Hace muy buen día, y venimos a llevaros de paseo.

Parecióle bien a Du Shenqing, y llevando consigo al criado, terminaron todos, por instancia de los tres huéspedes, en el pabellón de la Junta de Ascensos. Ji Tianyi sabía que el convidado no gustaba de la carne grasa y pidió pato, pescado, mondongos, picadillo y vino. Dos tazones de vino apremiaron a Du Shenqing a probar bocado, el cual, haciendo de tripas corazón, mordisqueó el pato, pero lo escupió al punto, con gran embarazo para todos. No bebieron mucho debido a lo temprano de la hora; al cabo, servido el arroz, Du Shenqing volcó el té en su cuenco e hizo grandes esfuerzos por comer, pero no pudo terminar y dio las sobras al criadillo. Ya comidos, bajaron las escaleras y pagaron, proponiendo en eso Xiao Jinxuan:

—¿Os hace un paseo por la terraza de las Flores de la Lluvia, hermano Shenqing?

—Vamos allá —respondió éste.

Tomaron por un sendero, y recalando en los templos, en cuyo interior nunca faltaba un altar consagrado a Fang Xiaoru y a Jing Qing,[378] al cabo llegaron al altozano, desde donde contemplaron el humo que en millares de hilillos se alzaba de las casas de la ciudad, la blanca faja de seda que dibujaba el río y el dorado centelleo de la pagoda de las Tejas Vidriadas. Du Shenqing se allegó al pabellón erigido en la cumbre y estuvo caminando un buen rato por los alrededores, ensimismado en su propia sombra, hasta venir a sentarse con los demás. En eso Zhuge Tianshen echó de ver a lo lejos una estelilla y, picado por la curiosidad, se llegó a ella, comentando a su vuelta:

—Esa estela dice: «Aquí fueron exterminados los parientes de hasta décimo grado de Fang Xiaoru.»

—No es cierto que la matanza llegara hasta el décimo grado —reparó Du Shenqing—, pues la más severa pena que dictaban las leyes era el exterminio hasta el tercer grado en las ramas del padre, la madre y la esposa. El castigo de Fang Xiaoru llegó hasta el noveno grado, y los ajusticiados fueron los tatarabuelos, bisabuelos, abuelos, padres, hijos, nietos, biznietos y tataranietos de una rama, la paterna, y no de la materna, la de la esposa o la de los discípulos, como dicen algunos. No fue tanta la crueldad de Yongle, que, de haber seguido dejando el gobierno en las blandas manos de Jianwen por atajar la conmoción de la Corte, el Imperio fuera ahora tan débil como lo era en las dinastías Qi y Liang.[379]

—¿Qué criterio os merece Fang Xiaoru? —preguntó Xiao Jinxuan.

---

[378] Fang, Jing *zhugong*, los «señores Fang y Jing». Fang Xiaoru, preceptor imperial, miembro de la Academia Hanlin y gran letrado de la época, fue ejecutado en 1402 por orden del emperador Yongle (r. 1403-1425) con otros 870 familiares de hasta noveno grado por negarse a redactar el escrito en el que justificaba el derrocamiento de Jianwen (r. 1399-1402), su predecesor en el trono. Jing Qing, alto funcionario del mismo emperador, fue también ejecutado años más tarde, acusado de querer usurpar el trono.

[379] Los reinos de Qi (479-502) y Liang (502-557), de la época de las Dinastías del Norte y del Sur, eran tomados como ejemplo de corrupción y mal gobierno.

—Fue anticuado e incapaz —respondió Du Shenqing—, hombre atormentado por una sola cuestión, la sucesoria, teniendo a su alrededor tan graves negocios que despachar. No fue inicuo el ajusticiarlo vestido con el traje oficial de la Corte.

Y allí seguían sentados, cuando, cayendo el sol por poniente, vieron un par de estercoleros que, dejando a un lado los pozales vacíos, hacían un alto para reposar, y oyeron que uno le decía al otro, palmeándole el hombro:

—Hermano, ya no hay más faena, y bien podemos bebernos un cantarillo de agua en la fuente del Eterno Sosiego y tornar luego para ver la puesta de sol.

Riendo ponderó Du Shenqing:

—Tienen razón cuantos dicen que en Nanquín, hasta los cocineros y ganapanes tienen el alma poética de las Seis Dinastías.

A poco emprendieron el regreso, y, ya que entraban en el monasterio, Zhuge Tianshen dijo a Du Shenqing:

—Venid un rato a nuestros aposentos.

—De buen grado —respondió Du Shenqing.

Y juntos fueron hasta los aposentos; mas como al entrar toparan con Ji Weixiao, que aguardaba sentado, Ji Tianyi se llegó a él muy alborozado, exclamando:

—¡Vos por aquí, hermano!

—Fui a buscaros a la tienda de sellos y me dijeron que os habíais mudado aquí —respondió Ji Weixiao—. ¿Quiénes son los señores que os acompañan?

—Estos dos señores son Zhuge Tianshen, de Xuyi, y Xiao Jinxuan, de nuestro distrito, a los que de cierto conocéis de nombre.

—¿Es el señor Xiao Jinxuan de la puerta del Norte?

—Así es —respondió éste.

—¿Y este otro señor? —preguntó Ji Weixiao.

—A fe que os alegrará conocerlo —dijo Ji Tianyi—, pues este señor no es otro que Du Shenqing, nieto decimoséptimo del ministro Du de Tianchang, del que por fuerza habéis oído hablar.

—¡Oh, el señor Du, cuyos versos ganaron el año pasado el primer puesto en el examen de las veintisiete prefecturas y subprefecturas! —exclamó, admirado, Ji Weixiao—. Tiempo ha que vuestro hermano menor deseaba conoceros, y hoy el cielo le brinda tan gran dicha.

Y, diciendo esto, se postró en tierra, respondiendo Du Shenqing de igual modo. Se levantaron, y hechos los saludos, tomaron todos asiento, sazón en la cual entró uno riendo con estrépito y diciendo: «¡Esta noche ninguno duerma, todos a empinar el codo!» Viendo Ji Weixiao que no era otro que Bao Tingxi, su tío político, le preguntó:

—¿Qué hacéis por aquí, señor tío?

—Estoy al servicio de la casa de Du, y el señor que veis aquí es el nieto decimoséptimo del ministro —respondió Bao Tingxi—. ¿No es de razón que esté aquí? ¿Y vos, sobrino, también conocéis al señor Du?

—«Desde la primera sonrisa, buenos amigos, y no extraños que se cruzan por los caminos» —dijo Xiao Jinxuan.

Volvieron todos a sentarse, y en eso Ji Weixiao dijo a Du Shenqing:

—Aunque vuestro hermano menor es joven, ha viajado mucho y visto gentes de toda condición; mas nunca ha topado persona tan apuesta y distinguida como vos, señor Du. Sois como inmortal, señor, y hacéis que cuantos os vean se crean también inmortales.

—Nuestro encuentro me trae a la memoria el viaje por los océanos de Cheng Lian[380] —respondió Du Shenqing—, y doy por cierto que vuestras enseñanzas me serán de gran provecho.

Y, por obra de ello,

Celébranse majestuosos juegos,
Y al sur del río retorna el prodigio:
Admíranse singulares bellezas,
Y el lago bulle en delicados himnos.

Pero para saber qué sucedió luego, habrás de leer el siguiente capítulo.

[380] Alude a una leyenda del período de las Primaveras y Otoños recogida en *Yuefu guti yaojie*, de Wu Jing (670-749), según la cual Cheng Lian, insatisfecho con la escasa inspiración musical (y no así con la técnica, que ya dominaba) de su discípulo Bo Ya, al que llevaba tres años dando clases de laúd, embarcó con él con destino a una isla lejana y deshabitada con la excusa de visitar a su maestro Fang Zichun. Una vez allí, lo dejó solo y Bo Ya logró al fin la inspiración que le faltaba escuchando los sonidos del mundo natural.

CAPÍTULO XXX

UN ADMIRADOR DE LA APOSTURA JUVENIL BUSCA AMIGO EN EL TEMPLO DE LA DIVINA ALEGRÍA; LÚCENSE LOS ENCANTOS EN LOS MAGNOS JUEGOS DEL LAGO DE LA DESCANSADA

Así pues, en un punto congeniaron Ji Weixiao y el nieto del ministro, y muy a placer platicaron hasta que cerró la noche, sazón en que aquél tornó al templo del Favor Imperial, donde hacía mansión. Solos en el monasterio quedaron Bao Tingxi y Du Shenqing, quien convidó a vino el paniaguado y le preguntó:

—¿Quién es este Ji Weixiao?

Y Bao Tingxi le respondió que Ji Weixiao había sido el primero de la lista de los exámenes presididos por el prefecto Xiang; que, casado con una nieta del tío Wang, el mayordomo del prefecto, había pasado a ser, en virtud de ello, sobrino político suyo; que ese mismo año, el inspector Xun, de la Salga, le había hecho presente de unos centenares de onzas, y que poco tiempo atrás había entrado a formar parte, por casamiento, de la casa de You, de Yangzhou. Muy por menudo contó todo, sin olvidar detalle, en tanto Du Shenqing escuchaba empinando el codo, cosa en que se empleó toda la noche, ya enternecido de la bondad del prefecto con la casa de Bao, ya riendo con el casamiento de la viuda de Wang y los malos ratos que ésta le había hecho pasar, con que al cabo se recogieron.

Al otro día llegaron de visita Ji Weixiao y el señor Zong, quien años atrás asentara en la casa del príncipe. Luego de los saludos, tomaron asiento, y como el señor Zong mencionara que en sus años con el príncipe Zhao había compuesto versos en compañía de los Siete Maestros,[381] en la capital, Du Shenqing recordó que dos de ellos, Fengzhou y Yulin, habían sido tíos suyos. Citó luego el visitante el nombre de otro letrado, el veedor Zong Zixian, y Du Shenqing dijo que éste había sido condiscípulo de su padre, callando luego, cuando oyó al otro proclamarse pariente de la misma generación del oficial: primo, para mayor afinamiento. Al cabo, apurado el té que un criadillo había servido, el señor Zong salió a atender sus negocios, y Du Shenqing dijo a Ji Weixiao:

—Hermano Ji, no hay cosa que más me irrite que los que solamente saben abrir la boca para hablar de bonetes oficiales. ¿Pues no acaba de decir este señor que es primo del veedor Zong, compañero de promoción de mi padre? ¡Poco habría de repudiar el veedor Zong a tan infausto primo!

---

[381] Wang, Li *qi zi*, lit. «Wang, Li y el resto de los Siete Maestros». Los «siete maestros» son Wang Shizhen, Li Molong, Xie Zhen, Zong Chen, Liang Youyu, Xu Zhonghang y Wu Guolun, impulsores en la era Jiajing (1521-1567) de un movimiento restauracionista que pregonaba la vuelta a los ideales literarios de la antigüedad, y en particular a la prosa de las dinastías Qin (221-207 aC) y Han (206 aC-220) y a la poesía de la dinastía Tang (618-907). Fengzhou y Yulin, citados a continuación por Du Shenqing, son sobrenombres de los dos primeros.

Puesta la mesa, estaban por comer, cuando entró el criadillo y dijo:

—Señor, ahí fuera aguarda Shen la Patuda.

—Dile que entre —respondió Du Shenqing—. Después de todo, ¿qué se me da?

Y entró la casamentera, quien se sentó en la banqueta que ya Du Shenqing había mandado traer, preguntando al ver al otro:

—¿Y este señor?

—Es el señor Ji, de Anqing —respondió Du Shenqing—. Y bien: ¿has cumplido ya la encomienda?

—Eso es lo que me trae, señor —dijo la Patuda—, que de que me encargasteis el negocio, todo Nanquín he pateado, y eso porque tan gallardo señor merece más que una manceba cualquiera, por linda que sea; pues tanto reventarme ha traído cuenta, que he dado con una por el Arco de las Flores, moza de diecisiete años, que llaman Wang, más lista que el hambre y de familia con unos pocos telares, y con un hermano un año más chico, mancebo que, compuesto y aliñado como es debido, no tiene que envidiar a esos cómicos de las Diez Cofradías del puente de Huaiqing que hacen de mujer,[382] pues de todo sabe, hasta cantar y farsar. Ésa es la mujer que os conviene, señor, y habréis de verlo por vuestros ojos.

—Siendo así, dile que se apreste, que mañana iré a visitarla.

A ello asintió la Patuda, y ya que hubo partido, Ji Weixiao dio parabienes a Du Shenqing por tomar concubina, a lo que éste respondió, el gesto ceñudo:

—Forzado me veo a ello, señor, por la continuidad de la estirpe, que de no ser así, a fe que ninguno me viera en tratos con alcahuetas.

—«El buen letrado, con la bella dama» —dijo Ji Weixiao—. Y la vida, gozarla de joven. No sé por qué habláis así, señor.

—Bien veo que no me conocéis, hermano Weixiao —dijo Du Shenqing—, pues no sabéis que yo estoy con el emperador Taizu cuando decía: «Si Nos no fuéramos nacido de mujer, habríamos de matar a todas las mujeres del mundo.» ¿Habéis encontrado en vuestra vida mujer que os merezca respeto? Tanto es mi sentimiento, que las huelo a tres cuartos de distancia.

Quería seguir inquiriendo Ji Weixiao, pero en ello entró el criadillo con una esquela y anunció: «Fuera hay un señor Guo, de Wuhu, que viene de visita.»

—No conozco a ningún Guo de Wuhu —dijo Du Shenqing.

—Es Guo Tiebi —aclaró Ji Weixiao, leyendo la esquela—, el grabador de sellos, del taller a las puertas del templo. ¿Quién dice que no os haya labrado un par de sellos? Nada perdéis recibiéndolo.

Mandó, pues, Du Shenqing al criadillo entrar al visitante, y al rato apareció Guo Tiebi, quien hizo una reverencia y largó gentil panegírico:

—Insigne casa la vuestra, crisol de tres letrados de honor y seis ministros en cuatro generaciones, de incontables gobernadores provinciales, jueces y otras dignidades, discípulos y mandarines que pueblan los cuatro confines del Imperio, y hasta mayordomos llegados a oficiales de noveno grado. Ya de chicos oíamos decir, y con razón: «El hijo de la señora Du de Tianchang es mozo de raro talento, y habrá de llegar a letrado supremo.»

Dicho esto, de la manga sacó una cajilla forrada de seda, en cuyo interior descubrió un par de sellos cuadrados, y la ofreció con ambas manos a Du Shenqing, quien la aceptó de buen grado. Después de un rato de plática, el nieto del ministro acompañó al visitante a la puerta, despidiéndolo.

---

[382] *Xiaodan*, actor que interpretaba papeles femeninos.

—Apenas nos conocemos, y me suelta tan infernal perorata. ¡Y bien que se la ha aprendido! —dijo al volver.

—La historia de vuestra casa es de todos conocida —comentó Ji Weixiao.

Du Shenqing convidó a almorzar a Ji Weixiao. Servido el vino, las lenguas se desataron:

—¿Sois aficionado de pasear por montes y lagos? —preguntaba el visitante.

—Lo cierto es que vuestro menor no anda sobrado de espíritu andariego, y si ha de pasear por estos lugares, lo hace a regañadientes —respondía el visitado.

—¿Y de la música?

—Oír un son aquí y allá no me hace mal, pero me retumban los oídos cuando escucho largo tiempo.

De esta suerte siguieron menudeando tragos, y ya que Du Shenqing estaba bien achispado, soltó un largo suspiro y dijo:

—Hermano Weixiao, de tiempos lejanos acá, ninguno ha sido capaz de comprender la palabra «amor».

—No hay mayor amor que el que se da entre hombre y mujer —respondió Ji Weixiao—, y vos acabáis de decir que éstas no son santas de vuestra devoción.

—¿Acaso, hermano, solamente existe el amor entre hombre y mujer? —dijo Du Shenqing—. No, pues es más fuerte el amor de amigo. Fijaos tan sólo, si no, en la historia del señor Ê y la colcha bordada,[383] o en la del emperador Ai de la dinastía Han,[384] espejo de amor verdadero de todos los tiempos, que quiso abdicar el trono en favor de Dong Xian. No, ni siquiera Yao y Shun los superan, con ser tanta su benevolencia. ¡Lástima que nadie los comprenda!

—Así es —dijo Ji Weixiao—. ¿Y vos, hermano, nunca habéis encontrado un amigo que os comprenda?

—Si bajo los cielos hubiese amigo que lo fuese de verdad en la vida y en la muerte, vuestro hermano menor no andaría cavilando y consumiéndose de este modo. Mas hasta ahora nunca lo he hallado; de ahí mi inseparable melancolía.

—Deberíais buscarlo entre los comediantes del Jardín de los Perales.

—Muy descaminado andáis, hermano Weixiao, pues buscar un verdadero amigo entre los comediantes es como buscar el amor en la casa de mancebía, vana quimera para aquellos que perseguimos la afinidad espiritual y la trascendencia de la carne en la amistad de los elegidos —dijo Du Shenqing; y, palmeándose la rodilla, prosiguió—: ¡Mas parece que en el mundo ya no quedan elegidos, y que el cielo condena a Du Shenqing a consumirse en soledad!

Y rompió a llorar. Ji Weixiao pensó entre sí: «Está endiablado; buena ocasión para hacerle burla.» Y apuntó:

—¿Quién dice que ya no quedan elegidos? Vuestro hermano menor conoce a uno, no comediante ni letrado, antes sacerdote taoísta,[385] apuesto como ningún otro, aunque no al modo femenino, que todo en él irradia hombría; pues no hay cosa más irrisoria que elogiar la lindeza de un hombre por sus atributos feminales, que el que

---

[383] Ê *jun xiu bei*, «el señor de Ê lo cubrió con un edredón bordado», episodio del *Shuoyuan* («Shan shuo»), de Liu Xiang (79-9 aC), en el que un barquero que transporta en su barca a Zi Xi, señor de Ê, estado de Chu, canta una canción en la que hay una velada confesión de amor (la «Canción del hombre de Yue», «Yueren ge», de 32 caracteres), y Zi Xi, emocionado, lo abraza y lo cubre con un edredón bordado. Esta historia, junto con la de Dong Xian, que a continuación aparece, es citada con frecuencia en la literatura china al aludir a la homosexualidad.

[384] El episodio aparece en la *Historia de la dinastía Han* («Dong Xian zhuan»): el emperador Ai (r. 6-1 aC) mantiene una relación amorosa con su ministro Dong Xian y lo asciende a las más altas dignidades. El mismo día de la muerte del emperador, Dong Xian se suicida.

[385] *Huangguan*, «mitra amarilla» que llevan los sacerdotes taoístas y, por extensión, «taoísta».

guste de la belleza femenina, mire a las mujeres y olvide la belleza masculina, solamente apreciada de los buenos entendedores.

—¡Verdad mayor nunca se ha dicho! —exclamó Du Shenqing, golpeando la mesa—. Mas seguid hablándome de ese hombre.

—Es tal su calidad, que se mantiene apartado de todos, con ser muchos los que lo buscan, y gusta sobremanera de las muestras de talento. Vuestro hermano menor nunca ha hecho por allegarse a él, pues su mayor edad le haría parecer hierba mala a su lado. ¿Queréis conocerlo, hermano mayor?

—¿Cuándo podríais traerlo?

—De poder traerlo, no fuera tan singular como digo. Sois vos quien debe ir a buscarlo.

—¿Dónde vive?

—En el templo de la Divina Alegría.

—¿Cómo se llama?

—No os lo digo ahora, pues de llegar vuestro propósito a oídos suyos, de seguro se oculta y nunca dierais con él. Escribiré el nombre en un billetico, que os daré doblado y sellado para que lo abráis a las puertas del templo de la Divina Alegría, y con ello podréis hallarlo.

—Sea como queráis —respondió sonriendo Du Shenqing.

Así pues, Ji Weixiao entró en las dependencias interiores, y encajada la puerta, escribió el billete, que dobló con esmero, rematándolo al anverso con dos palabras en estilo errático, «Orden Imperiosa», la mágica prevención taoísta, con que lo dio a Du Shenqing y dijo:

—Me voy; ya vendré a congratularos después que hayáis conocido a tan singular personaje.

Du Shenqing lo acompañó a la puerta, y así volvió, ordenó al criado:

—Ve y da recado a la Patuda que mañana de mañana no puedo ir a casa de la muchacha del Arco de las Flores; di que iré pasado mañana, y avisa a los silleteros que se apresten, que he de ver a un amigo en el templo de la Divina Alegría.

Apenas levantado al otro día, se lavó con jabón, ciñó ropa nueva y se sahumó de arriba abajo, y, guardando en la manga el billete que Ji Weixiao le diera, marchó al templo de la Divina Alegría. A sus puertas se apeó de la silla de manos, y cruzando el umbral, abrió el billete, que decía: «Caminando por el corredor del norte, daréis con el monasterio taoísta de las Acacias, donde preguntaréis por Lai Xiashi, el sacerdote recién llegado de Yangzhou. Él es vuestro hombre.» Du Shenqing dijo a los silleteros que aguardasen, y adentrándose en el templo, por sus muchos vericuetos llegó al pabellón de la Madre de la Osa Mayor, a cuya puerta abierta se asomó al oír sones de música, viendo, en la nave central de las tres que tenía, sentado al medio un eunuco, celador del mausoleo imperial[386] por su túnica de dragones, y en los bancos a diestra y siniestra una docena de cómicos disfrazados de mujeres y siete u ocho novicios taoístas que cantaban y tañían instrumentos musicales. «¿Estará aquí Lai Xiashi?», se preguntó; y miró uno por uno a los novicios, pero ninguno se le antojó hermoso, y luego a los cómicos, y también le parecieron vulgares. «Lai Xiashi no puede juntarse con estas gentes», se decía Du Shenqing, «su amor propio no lo dejaría. Más vale que siga derecho hasta el monasterio de las Acacias».

Al cabo llegó al monasterio, a cuyas puertas llamó, saliendo a abrir un monje taoísta, que le ofreció asiento:

---

[386] *Kanling*, «guarda de la tumba imperial». El mausoleo al que se refiere el texto es el de Zhu Yuanzhang, primer emperador de la dinastía Ming (r. 1368-1398), situado en Nankín.

—Vengo a saludar a Lai Xiashi, que ha poco llegó de Yangzhou —dijo Du Shenqing.

—Arriba está —respondió el monje—; aguardad, que lo llamo.

El monje subió las escaleras, y al rato bajó con otro, cebón achaparrado con bonete y saya de color de palo de áloe, cetrino, cejudo, narigón, barbiespeso y hasta de medio siglo, el cual hizo una reverencia, tomó asiento y preguntó al visitante:

—¿Quién sois, y de dónde?

—Mi vil nombre es Du, y soy de Tianchang.

—¿No seréis de los Du, de Tianchang, que hicieron tan generoso donativo?

—De ellos soy.

El taoísta se sobresaltó mucho al oírlo, y amontonando la cara en una sonrisa, con gran cortesanía dijo:

—Este humilde monje no sabía que estabais en la ciudad, y tendría que haber ido a presentaros respetos, siendo vos, por contra, el que primero lo honráis con vuestra visita.

Y ordenó servir té y frutas, en tanto Du Shenqing se decía: «Éste debe ser el maestro de Lai Xiashi.»

—¿Lai Xiashi es discípulo vuestro, o acaso hijo de uno de vuestros discípulos? —preguntó al cabo.

—Lai Xiashi soy yo, para serviros —respondió el monje.

—¿Cómo, vos sois Lai Xiashi?

Y sin poder remediarlo, estalló en risotadas, y mientras hacía por ocultar el rostro tras la manga, el buen monje disimulaba su desasosiego empleándose en poner la fruta sobre la mesa y en servir el té, con que sacó un librillo de poesía, que dio a Du Shenqing a leer para conocer su parecer. Leyólo Du Shenqing, forzado se vio, pero a las dos tazas de té se levantó para partir; el monje hizo gran instancia por acompañarlo, y de la mano lo llevó hasta la puerta, diciéndole:

—Este humilde monje irá mañana a pasar unos días con vos al templo de la Retribución de la Benevolencia.

Y lo vio montar en la silla y alejarse antes de tornar sobre sus pasos, en tanto Du Shenqing no cesaba de reír, diciéndose: «¡Ese cabeza cabeza de perro de Ji Weixiao, cómo me la ha jugado!»

De retorno en el monasterio donde paraba, el criado le anunció que tenía visita, viendo, al entrar, que era Xiao Jinxuan, Xin Dongzhi, Jin Yuliu y Jin Dongya. Xin Dongzhi le dio una caligrafía, Jin Yuliu un díptico y Jin Dongya un ejemplar de sus *Comentarios en torno a los Cuatro Libros*, pidiéndole parecer. Un tiempo estuvieron los visitantes sentados, hasta que, relatadas sus historias y apurado el té, partieron. Du Shenqing bufaba, desahogándose con el criado: «¡Un escribano que deja su plaza para emplearse en la interpretación de los *Cuatro Libros*! ¿Se creerá capaz este sujeto de comentar las obras del Sabio?»

Desatábase así, cuando un mensajero le trajo carta del señor Zong en que le pedía dedicatoria de propia mano para un retrato; a ello hubo de ponerse, con ser mucho el enojo y la desgana, mandando de vuelta al emisario con la encomienda hecha. Al otro día fue a ver a la muchacha, y resuelto ya a tomarla por concubina, dio las arras e hizo los aprestos para que se la llevasen de allí a tres días, mudándose al cabo con ella a una casa ribereña.

Al día siguiente al del amancebamiento, Ji Weixiao se llegó por la nueva casa y dijo a Du Shenqing:

—Disculpad a vuestro hermano menor el no venir ayer a daros parabienes en vuestro casamiento.

—Ayer no hubo banquete, ni convidé a nadie —respondió Du Shenqing.

—¿Disteis al cabo con el elegido?

—Con una buena mano de azotes dierais vos, cabeza de perro, de no haberme reído con vuestra bellaquería.

—¿Y a qué tanto azote? ¿Pues no os advertí que su belleza no era femenina, que todo en él era hombría? ¿No lo visteis por vuestros propios ojos?

—Seguid porfiando, que aún no os libraréis de los azotes.

Reían y bromeaban de esta suerte, cuando viendo aparecer a Bao Tingxi y al monje taoísta, que venían a dar parabienes, a duras penas pudieron refrenar la risa. Du Shenqing hizo al amigo ademán de callar, y saludó a los visitantes y se sentó con ellos a platicar, convidándolos al almuerzo. Concluso éste, refirió lo que días antes había visto en el pabellón de la Madre de la Osa Mayor, digo, la visión del eunuco rodeado de cómicos a siniestra y novicios a diestra que cantaban y tañían para él, y Ji Weixiao ponderó:

—Es penoso que tan placentera vida hayan de gozarla tales sujetos.

—Hermano Weixiao —dijo en esto Du Shenqing—, quiero pediros parecer sobre un pensamiento singular que me ronda la cabeza.

—¿Cuál pensamiento singular?

—¿Cuántas compañías de comediantes —preguntó Du Shenqing a Bao Tingxi— hay por la puerta del Agua de Poniente y la vecindad del río?

—Como ciento treinta.

—La idea es celebrar unas grandes justas, en fecha y lugar propicios, a las que concurran cuantos comediantes prácticos en papeles de dama haya en la ciudad, representando cada cual un paso. El hermano Weixiao y yo los juzgaremos y calificaremos atendiendo al indumento y a su talento escénico, y a los pocos días fijaremos la lista de resultados en un lugar concurrido. Como no vamos a traerlos de balde, a cada uno daremos cinco décimos de plata, un par de saquillos nuevos y un abanico con caligrafías. ¿Qué tal el divertimiento?

—¿Cómo habéis callado hasta ahora tan insigne ocurrencia? —exclamó Ji Weixiao, poniéndose en pie de un salto—. ¿Quién oyera de mayor regocijo?

—Permítanme v. mds. que avise a los comediantes —dijo alborozado Bao Tingxi—, que será gran dicha anunciarles la ganancia de cinco décimos y la fama de que se harán cuando salgan en la lista de los señores. Vuestro servidor acaso no debiera decirlo, mas el que salga primero bien podría ser comparado con el gran oficial que sale primero de la lista y justo sería que se le dieran más dineros. De cierto se pelearán por venir así sepan la noticia.

—¡Bien, bien! —decía Lai Xiashi dando palmadas—. ¡Cuánto holgaría este monje viendo el evento! ¿Dejarán v. mds. que ese día esté presente?

—¿Y cómo no? —respondió Du Shenqing—. Todos los amigos están convidados.

—Antes de nada, fijemos el lugar —terció Ji Weixiao.

—Vuestro servidor vive por la puerta del Agua de Poniente —dijo Bao Tingxi—, y conoce bien los ejidos. Allá por el Lago de la Descansada hay un pabellón espacioso y fresco, que bien podría ser arrendado.

—A los comediantes los pone sobre aviso el tío Bao —dijo Ji Weixiao—, y eso está muy bien; pero habría que poner también un cartel proclamándolo. ¿Para cuándo va a ser?

—Hoy estamos a veinte del mes cuarto —caviló Lai Xiashi—, y el señor Bao habrá menester de tiempo para avisar a todo el mundo. Bien podríamos dejar pasar un par de semanas y celebrarlo, es un decir, el tres del mes que viene.

—Buscad por ahí un cuadernillo encarnado, hermano Weixiao —dijo Du Shenqing—, que voy a componer el cartel.

Ji Weixiao trajo lo que pedía, y empuñando el pincel escribió, al dictado de Du Shenqing:

> *Ji Weixiao*, *de Anqing*, *y Du Shenqing*, *de Tianchang*, *convocan el día tres del quinto mes en el pabellón del Lago de la Descansada unas grandes justas teatrales. Los comediantes de las compañías de toda la provincia que quieran participar habrán de inscribir sus nombres al pie de este cartel, presentarse a la hora convenida y representar una pieza teatral con música. Cada concursante percibirá cinco décimos de plata a modo de viático*, *un bolso*, *un abanico con versos y un pañizuelo*, *y habrán otros indumentos para quienes mejor luzcan y actúen*. *No habrá suspendimiento por lluvia o mal tiempo. Quede, pues, así anunciado.*

Hecho esto, confiaron a Bao Tingxi la proclama y al criado la compra de cien abanicos, que fueron ilustrados con la mejor caligrafía de Ji Weixiao, Du Shenqing y Lai Xiashi. Discutióse luego quiénes iban a ser convidados, y al cabo Ji Weixiao tomó el pincel y en un pliego bermejo escribió los nombres: señor Zong, señor Xin, señor Jin Dongya, señor Jin Yuliu, señor Xiao Jinxuan, señor Zhuge, señor Ji, Guo Tiebi, señor prefecto de los monjes, señor Lai Xiashi y señor Bao, añadiendo el de los patrocinadores, con que en todo resultaban trece. Hiciéronse a la postre las esquelas, rubricadas por los patrocinadores, y en ello estaban, cuando vieron aparecer a Wang Liuge, el hermano de la concubina, acompañado de un mozo de cordel con un par de patos y pollos, un ganso, un cuarto de puerco y pastelillos de ocho calidades, según columbraron al abajar la carga. «¡Cuán en su punto venís!», dijo Du Shenqing, saludando al zagal, a quien tomó del brazo y miró de arriba abajo, advirtiendo lo bien parecido que era, más que la concubina, su hermana, a quien venía a ver. Du Shenqing lo apremió a entrar en los aposentos interiores para saludar a la hermana, y entretanto ordenó al criado guisar los bastimentos que había traído. Vuelto el zagal, le ofreció asiento, dándole cuenta de las justas.

—¡Qué bien, yo también tomaré parte! —respondió el zagal.

—Hoy tenéis que cantarnos algo —dijo Ji Weixiao.

Wang Liuge sonrió, y más tarde en la noche, ya entonado con unas tazas de vino, arrancó con *El cielo de nubes azules* de la «Cena de despedida en el pabellón de postas»,[387] acompañado por Bao Tingxi a la flauta y Lai Xiashi a las tejoletas. La tonada era muy bella, y cantó el tiempo de comer tres comidas. Cuando concluyó el sarao, todos estaban hechos unos cueros.

El día tres aparecieron en el Lago de la Descansada primeramente los portadores de un par de baúles de cómicos, y luego, en procesión, los patrocinadores Du Shenqing y Ji Weixiao, los convidados, y por fin Bao Tingxi a la cabeza de las seis o siete docenas de comediantes que habían inscrito su nombre en el cartel de las justas. Hechos los saludos, se dio la orden del día, que era: almuerzo, acicalamiento, paseo por el pabellón para meter en materia a los jueces, y representación en el escenario. Los comediantes quedaron enterados, y en tanto aprestaban sus cosas, los convidados admiraron el pabellón, abierto en ventanales por los cuatro costados y todo lago alrededor, que la brisa rizaba. Como para llegar a él los comediantes habrían de cruzar

---

[387] *Bi yun tian*: palabras que encabezan un aria de «Changting jianbie» [Cena de despedida en el pabellón de postas], sección de *Nan Xixiangji* [El Xixiangji, en modo sureño], de Li Ruihua (1565-1635). «El convite al festín» («Qing yan») que aparece después en el texto también pertenece a la misma obra.

el puente, Du Shenqing mandó cerrar la puerta principal con el propósito de forzarlos a entrar por la de levante y salir por la de poniente, de modo que a través de la celosía pudiesen los convidados contemplarlos a voluntad y juzgar su talle y sus formas.

Terminado el almuerzo, los comediantes se vistieron y embellecieron, estrenando, el que no túnica, dijes para el pelo, y de uno en uno atravesaron el puente y rodearon el pabellón, observados de Du Shenqing y Ji Weixiao, que hacían anotaciones en un cuadernillo oculto en la manga. Sirvióse el vino a los convidados, y la función comenzó entre sones de címbalos y tambores. Subieron los comediantes a escena, y representaron «El convite al festín», «Al acecho del beodo», «Té de prestado», «Matando al tigre» y otros muchos episodios, tantos, que no había dos iguales. Wang Liuge representó «Pensamientos mundanos».[388] De noche, centenares de farolillos iluminaron el lugar como si fuese de día, y el aire bullía en melodiosos sones. Atraídos por los juegos, los oficiales de la audiencia, los mercaderes ricos y los tenderos de la ciudad curioseaban desde el centro del lago en barcas de pesca alquiladas, aderezadas de toldos y farolillos, y aplaudían y jaleaban cuando la escena los complacía. Así pasó la jornada, concluyendo con el alba, a la hora de abrir las puertas de la ciudad.

Al otro día, las listas aparecieron en la puerta del Agua de Poniente. El primero era Zheng Guiguan, de la compañía del Bosque Fragante; el segundo, Ge Laiguan, de la compañía de la Armonía Espiritual, y el tercero, Wang Liuge, figurando a continuación, por orden de méritos, las seis docenas largas de comediantes restantes. Bao Tingxi condujo a Zheng Guiguan a la casa de Du Shenqing para agradecer el honor, y el nieto del ministro pesó y dio al paniaguado dos onzas de oro con el encargo de llevarlas al platero y fundir con ellas una copilla que dijese «Lozanía que Cautiva al Cerezo», para entregar al ganador. Los demás fueron obsequiados con los dineros, saquillos y abanicos prometidos.

Los padrinos de la primera decena de comediantes de la lista se alegraron grandemente y lo festejaron convidando en su casa o en algún figón a los apadrinados. Tres o cuatro días duraron los convites, al cabo de los cuales la nueva de las justas ya corría de boca en boca desde la puerta del Agua de Poniente hasta el puente de Huaiqing, con que la fama del señor Du el Decimoséptimo volvió a atronar por todo el sur del Gran Río. Y, por obra de ello,

Allende las letrados singulares
Florecen personajes más notables;
Allende los placeres y festejos
Abundan diversiones más loables.

Pero para saber qué sucedió luego, habrás de leer el siguiente capítulo.

[388] «Al acecho del beodo» («Kui zui»): acto de *Hongli ji* [Registros de los perales rojos], de Xu Fuzha, que narra la historia de Zhao Ruzhou y Xie Suqiu; «Té de prestado» («Jie cha»): acto de *Shuihu ji* [Registros de la orilla del agua], de Xu Zichang, que narra la historia de Zhang Wenyuan y Yan Boxi; «Matando al tigre» («Ci hu»): acto de *Tieguan tu* [Cuadros de la corona de hierro] que narra la historia de Fei Gongren; «Pensamientos mundanos» («Sifan») relata la historia de la monja Zhao Sekong. En todas estas escenas de ópera de la dinastía Ming el personaje principal es representado por un actor que hace el papel de mujer.

CAPÍTULO XXXI

JÚNTANSE EN EL DISTRITO DE TIANCHANG UNOS NOTABLES PERSONAJES; ENCANDÍLANSE EN AUGUSTA BIBLIOTECA UNOS BUENOS AMIGOS

Hizo las grandes justas Du Shenqing, y Bao Tingxi, muy admirado de los dineros que había gastado, se dijo entre sí: «¿No sacaré provecho de tamaña liberalidad, pidiendo prestados unos centenares de onzas con que crear otra compañía de comediantes, que me dé para el sustento?» Y determinó de hacerse útil en la casa, poniendo tan gran celo en ello, que Du Shenqing acabó sintiéndose en deuda. Una noche, ya los criados recogidos en sus cuartos, Du Shenqing le preguntó:

—¿Y vos, maestro Bao, de qué vivís? Deberíais abrir un negocio.

—Señor —respondió Bao Tingxi—, sois benevolente como el cielo y generoso como la tierra haciéndome tal pregunta. Vuestro servidor tenía en tiempos una compañía de comediantes, y es el solo negocio que conoce; si en verdad queréis ampararme, señor, prestadme unos centenares de onzas con que fundar otra compañía, que vuestro servidor sabrá volvéroslas apenas las junte.

—Eso tiene fácil remedio —dijo Du Shenqing—; mas sentaos y hablémoslo. Unos centenares de onzas no bastan a fundar una compañía de comediantes, que serían menester a lo menos un millar, y aquí, entre nosotros, os diré que aunque no me faltan unos millares de que echar mano, por el momento no quiero tocarlos, y ello porque en uno o dos años tengo traza de aprobar los exámenes y luego habrá muchos gastos, debiéndome contentar ahora con lo justo para vivir. Pero sé de uno que os podrá ayudar en lo tocante a la compañía, y propiamente será como si yo lo hiciese; mas jamás habréis de revelar quién os mandó a él.

—¿Quién, fuera de vos, podría socorrerme, señor?

—Ahorrad cuidados, y oíd bien —dijo Du Shenqing—. De los siete hijos que tuvo mi bisabuelo, el quinto fue ministro de ceremonial, y el séptimo letrado supremo; pues éste tuvo un hijo prefecto de Ganzhou, de Jiangxi, tío mío y padre de mi primo vigésimo quinto, Zuoyi, de sobrenombre Shaoqing, dos años más chico que yo y también licenciado. Mi tío era oficial honrado, y como tal poco ayudó a engrosar las arcas familiares, dejando apenas diez mil onzas a su muerte; pero mi primo Shaoqing salió manirroto y las gasta como si las tuviese por centenares de miles, y aunque no sabe distinguir la plata mala de la de ley,[389] gusta de hacerse pasar por buen padrino y no hay desventurado al que no haga merced. Si os quedáis aquí ayudándome hasta el otoño, que el tiempo refresque, os daré para que vayáis a verlo y os aseguro que tendréis el millar de onzas.

[389] La plata de ley en las dinastías Ming y Qing era la del 97 por ciento de pureza. Los pagos hechos en plata de inferior calidad tenían que ser compensados con el importe en que se tasaba la diferencia.

—Llegado el momento —dijo Bao Tingxi—, vuestro siervo os pedirá una carta de presentación.

—No, de nada aprovecharía, pues él quiere ser el solo padrino y no gusta que ninguno se meta por medio; si escribo la carta, daría por sentado que ya hay quien os socorra y no os haría caso. Con todo, antes de verlo a él, habréis de hablar con otro.

—¿Con quién?

—Mi primo tenía un mayordomo, Shao, al que acaso habréis conocido.

—Sí —respondió Bao Tingxi tras larga cavilación—, lo conocí hace un año, viviendo aún mi padre, un día que vino a apalabrar unas funciones para el cumpleaños de la señora, y en su casa también conocí al señor prefecto de Ganzhou.

—Pues bien; el mayordomo Shao murió, y el que ahora ocupa su lugar es un villano que llaman Wang el Bigotes, en quien su amo confía ciegamente. Mi primo tiene una flaqueza, y es que se deshace por quien revele haber conocido a su padre, aunque sea perro el que lo diga, y el mayordomo otra, que es la de empinar el codo; si hacéis que Wang el Bigotes diga que vos fuisteis muy estimado del prefecto, cosa que lograréis con una jarra de vino, mi primo Shaoqing os cubrirá de plata. Otra cosa: cuidad de no llamarlo señor, que no gusta de ello, decidle señorito, y nunca se os ocurra mentar en su presencia el nombre de un oficial o el de un rico, que es cosa que no traga. No le habléis de lo bueno que fue con vos el prefecto Xiang; decidle siempre que aparte de él no hay otro padrino. Y si os pregunta si me conocéis, decidle que no.

Bao Tingxi gustó de la traza; y en la casa siguió otros dos meses, hasta que, a finales del séptimo, viniéndose ya el fresco, pidió a Du Shenqing prestadas unas onzas, hizo el hato y tomó la derrota de Tianchang.

Atravesó el río y en barca llegó al distrito de Luhe, donde hizo noche; al otro día se levantó temprano y siguió camino a pie, haciendo un par de leguas hasta dar en Cerro de los Cuatro Gritos, en una de cuyas ventas se sentó a tomar respiro. Pidió le diesen aguamanos, y aguardaba se lo trajesen, cuando vio un palanquín que se paraba a la puerta, del que se apeaba uno de bonete, túnica blanca y grandes borceguíes de seda grana, narices coloradas de catavinos y largas barbas tan sedosas cuan plateadas, el cual entró en la venta. El ventero lo vio, y dijo: «¡Oh, el honorable señor Wei el Cuarto! Tome v. md. asiento», y corrió a cargar su bagaje. Bao Tingxi se levantó e hizo una reverencia, a la que correspondió el recién llegado, y le ofreció el sitio de honor, ocupando él el contrario.

—El señor se llama Wei —dijo Bao Tingxi—, según he oído, y acaso sea osadía preguntar cuál es su honorable distrito.

—Mi humilde nombre es Wei, según decís —respondió el hombre—, y soy de Wuyi. ¿Y vos, cómo os llamáis y de dónde sois? ¿Dónde vais?

—Vuestro servidor se llama Bao, y es de Nanquín. Voy camino de Tianchang, a ver al señor Du, nieto del que fuera letrado supremo.

—¿Cuál de los Du? —preguntó el señor Wei el Cuarto—. ¿Shenqing o Shaoqing?

—Shaoqing.

—Son hasta sesenta o setenta los jóvenes de la casa de Du, pero estos dos que he nombrado son los solos que reciben visitas, pues los demás viven enclaustrados, estudiando para los exámenes o cuidando de sus haciendas; por eso os he preguntado cuál de ellos era. Los dos son harto conocidos en todo el valle del río. Shenqing es muy docto, pero un punto afeminado, y Shaoqing es hombre de cualidades eminentes. Yo también voy a visitarlo; después del almuerzo podemos hacer el viaje juntos.

—¿El señor es deudo de los Du? —preguntó Bao Tingxi.

—Fui condiscípulo y hermano jurado del prefecto de Ganzhou; éramos muy buenos amigos.

Estas palabras acrecentaron el respeto de Bao Tingxi. Comieron; el señor Wei el Cuarto montó en el palanquín y Bao Tingxi en un pollino alquilado, y al par llegaron a las puertas de Tianchang, donde el primero se apeó y dijo:

—Sigamos a pie hasta la casa, hermano Bao.

—Id vos primero en el palanquín —respondió Bao Tingxi—, que he de hablar con el mayordomo antes de ver al señor Du.

—Como gustéis —dijo Wei el Cuarto.

Y subiendo al palanquín, derecho llegó a la casa, donde fue anunciado por el portero. Du Shaoqing salió al punto a recibirlo y pasó con él a la sala, diciéndole, luego de los acostumbrados saludos:

—Medio año hace que no os veo, señor tío, y aún no me he llegado a preguntar por vuestra salud y la de vuestra esposa. ¿Estáis bien?

—Me voy defendiendo, gracias a los cuidados de los demás —respondió Wei el Cuarto—. En casa no había cosa que hacer ahora que comienza el otoño, y acordándome de vuestro jardín y los canelos, que ya han de estar floridos, vine a veros para tomar unos tazones de vino en buena compañía.

—Tomaos el té, señor tío, y reposaos luego en la biblioteca.

Mientras servía el té, Du Shaoqing dijo al criado: «Ve a buscar el bagaje del señor Wei, y ponlo en la biblioteca; y paga a los portadores, que se vayan.» Luego llevó al señor Wei por un senderillo serpenteante que salía de detrás de la casa, llegando por él al jardín, desde cuya puerta se veían tres aposentos orientados al este y a sinistra una casa con altillo, la biblioteca, donada por el Emperador al letrado supremo, abierta a un dilatado patio en el que descollaban un par de arriates de peonías y unos frondosos canelos en flor; más allá echábanse de ver tres quintas de verano y un estudio de tres cuartos orientado al sur, y detrás de éste, un estanque sembrado de lotos, a través del cual, por un puentecillo, se llegaba a tres apartados aposentos, los preferidos de Du Shaoqing para retirarse a estudiar. Al cabo entraron en la biblioteca que daba al sur, tomando asiento después de que Wei el Cuarto se deleitara en la contemplación de los dos canelos que crecían al costado de la ventana.

—¿Aún está por aquí el viejo Lou? —preguntó Wei el Cuarto.

—Anda mal de salud estos días —respondió Du Shaoqing—, y lo he mandado mudar a la biblioteca de la casa; hace un rato ha tomado sus medicinas y ahora está dormido, por lo que no ha venido a saludaros.

—¿Por qué no lo mandáis a casa, si está enfermo?

—Vuestro sobrino ha hecho venir a sus hijos y nietos para que le aderecen las medicinas y estén cuidándolo día y noche.

—El buen hombre lleva ya más de treinta años al servicio de vuestra casa —dijo Wei el Cuarto—, y a fe que ya tendrá guardados unos dineros o habrá comprado alguna heredad.

—Al ser mi padre nombrado prefecto de Ganzhou, lo dejó al cuidado de los libros de cuentas, y jamás le preguntó cosa alguna, con ser el único enterado de cada entrada o salida, pues sabía de la honradez del tío Lou, incapaz de tomar para sí una sola sapeca que no fuese parte de su salario anual de cuarenta onzas. Llegando la época de recaudar rentas, él mismo iba a ver a los arrendatarios, y de convidarlo con dos platos, comía uno solo y dejaba a un lado el otro; pero si eran sus hijos y nietos los que venían a visitarlo, los despedía a los dos días sin darles una sapeca fuera de las justas para el viaje, registrándolos a la partida por si algún criado les hubiese goteado una moneda. Mas eso sí: si, recaudando las contribuciones, topaba un pariente o amigo con el agua al

cuello, todo era desvivirse por socorrerlo, y aunque mi padre lo sabía, no le decía nada; y, la de veces que habrá quemado las letras de un deudor que no tenía con qué pagar. De ahí que no haya guardado dinero alguno y eso, a sus años y con dos hijos y cuatro nietos, es mala cosa y produce gran inquietud en vuestro sobrino.

—¡Todo un hombre de la antigua escuela! —exclamó, admirado, Wei el Cuarto—. ¿Y Shenqing? ¿Está bien? ¿Sigue en casa?

—El primo marchó a Nanquín —dijo.

Y como en eso viera por la ventana a Wang el Bigotes con una esquela bermeja en la mano y ademán de no osar interrumpirlos, preguntó:

—¿Qué tienes, Wang, qué llevas en la mano?

Con que el mayordomo entró, y alargando la esquela dijo:

—A las puertas está el señor Bao, de Nanquín, autor de compañía, que ha pasado estos años fuera de casa y viene de la otra parte del río para saludar al señorito.

—Dile a ese comediante que tengo visita y no puedo recibirlo; guarda la esquela, y que se vaya enhorabuena.

—Dice que el difunto patrón lo trató muy bien, y quiere ver al señorito para darle las gracias.

—¿Fue protegido de mi padre?

—Si, pues dice que una vez el mayordomo Shao fue de la otra banda del río y apalabró con el padre unas funciones, y el señor prefecto se aficionó mucho de él y prometió ampararlo.

—Siendo así, hazlo pasar —dijo al cabo Du Shaoqing.

—Es el hermano Bao, de Nanquín, a quien acabo de conocer en el camino —apostilló Wei el Cuarto.

Y Wang el Bigotes fue en busca de Bao Tingxi, quien lo siguió con gran recogimiento, solazándose con el jardín, tan grande, que no podía abarcarlo con la vista. Al llegar a la puerta de la biblioteca, vio en compañía del otro visitante al señor Du Shaoqing, el bonete ajustado a la cabeza, la túnica listada del color del jade, las botas engalanadas de perlas, lívida la color, arriostradas las cejas, tal que un retrato del Dios de la Guerra.

—Es el señorito —dijo Wang el Bigotes—. Entrad.

Hízolo así Bao Tingxi, quien se arrodilló y besó con la frente el suelo, ayudándolo Du Shaoqing a levantarse al tiempo que le decía:

—No os andéis con cumplimientos, que somos como viejos amigos.

Puesto en pie, Bao Tingxi trocó reverencias, primero con Du Shaoqing, luego con Wei el Cuarto, y tomando asiento en el lugar menos preeminente, que le ofrecía el dueño de la casa, dijo:

—Este servidor tiene con vuestro señor padre tan grande deuda de gratitud, que ni triturado su cuerpo y molidos sus huesos podría pagarla, y bien sabe el cielo que no he venido antes a presentar respetos al señorito porque los negocios no andaban bien y hube de salir de viaje con la compañía, que apenas hoy puedo acercarme a preguntar por vuestra salud, por lo que os ruego disculpéis mi descortesía.

—El mayordomo me ha dicho que mi padre gustaba mucho de vos y quiso protegeros —apuntó Du Shaoqing—, y, puesto que estáis aquí, debéis quedaros, que veré qué puedo hacer.

—La cena está pronta —anunció en esto Wang el Bigotes—. ¿Dónde se sientan los señores?

—¿Por qué no aquí? —ponderó Wei el Cuarto.

—Falta un cuarto comensal —reparó Du Shaoqing; y, tras corta cavilación, llamó a Jiajue, que así se llamaba el mozo celador de la biblioteca, y le dijo:

—Ve por la puerta de atrás y convida al señor Zhang.

Salió el mozo, y a poco tornó acompañando a uno de ojos grandes y barbas doradas, sombrero de teja, túnica amplia y andares de letrado, el cual entró, saludó, tomó asiento y preguntó el nombre a Wei el Cuarto, quien, respondiéndole, preguntó a su vez:

—¿Y cuál es el honorable nombre del hermano mayor?

—Vuestro menor se llama Zhang Junmin —dijo el recién llegado—, y por sus pocos conocimientos de la medicina lleva largos años al servicio de esta casa, por lo que estos días el señorito lo honra llamándolo para atender al señor Lou. ¿Está mejor hoy después de tomar los remedios?

Du Shaoqing mandó averiguar a Jiajue, quien al rato volvió y dijo:

—El señor Lou se durmió después de tomar el remedio y ahora está despierto y dice que se siente mejor.

—¿Quien es el señor? —preguntó en esto Zhang Junmin, señalando a Bao Tingxi.

—Es mi amigo, el señor Bao de Nanquín —respondió Du Shaoqing.

En estas y otras pláticas quedó puesta la mesa, a la que se sentaron, ocupando Wei el Cuarto el puesto de honor, Zhang Junmin el frontero a él, Du Shaoqing el de huésped y Bao Tingxi el restante. Colmados los tazones de vino, entraron a beber ayudándose de unos menudos caseros de muy buen sabor, a saber, jamón de tres años y caldo de cangrejo desabullado de a media libra, con tropezones. Despachábanse a gusto, cuando Wei el Cuarto preguntó a Zhang Junmin:

—Sin duda seréis muy entendido en la ciencia que profesáis.

—Sabed que más vale la experiencia de muchas enfermedades que la lectura de Wang Shuhe[390] —respondió Zhang Junmin—. Vuestro menor no os oculta que ha pasado largos años sin leer un libro, con ser muchos los enfermos visitados, y que su afición a la letra impresa le viene de ha poco y la debe al señorito, aquí presente. Mi hijo, que prefiero tomar en tutela antes que adiestrar en el arte médica, escribe composiciones que da a leer al señorito, quien hace los comentarios, que vuestro menor estudia en casa por ilustrarse en la composición literaria. En dos años habré de mandarlo a los exámenes del distrito y la prefectura, que esté un par de días comiendo de balde el caldo de fideos y los pasteles que dan a los examinandos, para que pueda darse el título de médico letrado cuando empiece a ejercitar su oficio.

Remató el párrafo el doctor con larga risotada, y en eso estaban, cuando Wang el Bigotes entró con otra esquela en la mano y dijo:

—El señor Wang, el salinero de la puerta del Norte, celebra mañana sus días y dice que el convidado de honor será el magistrado y que también vaya el señorito para hacer compañía, que no puede faltar.

—Pues dile que yo también tengo convidados en casa y no puedo ir —dijo Du Shaoqing—, que para inflar el festín mejor haría en convidar a esos graduados provinciales y de palacio que profesan de nuevos ricos. ¡Cuán ridículo! ¿Quién me viera yendo de bulto para lisonjear a los oficiales?

Y mientras Wang el Bigotes salía con la respuesta, Du Shaoqing dijo a Wei el Cuarto:

—Vos sois buen bebedor, señor tío, que aún recuerdo cuando pasabais la mitad de la noche mano a mano con mi padre. Hoy tenemos que echarnos unos buenos tazones al cuerpo.

---

[390] Wang Shuhe (210-285), célebre médico de la dinastía Jin cuya obra más conocida es *Mai jing* [Libro de los pulsos]

—Eso está muy bien —respondió Wei el Cuarto—. No lo digo por ofender, pero este vino de mercado es poco añejo y desmerece de los buenos manjares que nos dais con él. Quizá deba descubriros que en casa tenéis un cántaro con vino de ocho o nueve hojas.

—No lo sabía —dijo Du Shaoqing.

—¿Y cómo habríais de saberlo? El día en que vuestro padre salía para ocupar plaza en Jiangxi, yo lo acompañé a la barca, y a punto de zarpar me dijo: «En casa he enterrado un cántaro de vino, que hay que abrir cuando yo vuelva.» Bien que me acuerdo; preguntad, si no, a los criados.

—¡Poco podía representárselo el señorito! —comentó sonriendo Zhang Junmin.

Du Shaoqing entró en los aposentos interiores, y todos fueron elogios durante su ausencia. Decía Wei el Cuarto:

—El señor Du es de lo más obsequioso que se encuentra por estas comarcas, con ser mucha su juventud.

—¡Y es tan bueno con todos! —mediaba el doctor—. Liberal en demasía, según yo lo veo, que da las onzas a espuertas a quien le pida merced.

—Jamás he visto hombre tan desprendido y noble —añadía Bao Tingxi.

En los aposentos interiores, Du Shaoqing preguntó a la esposa, pero ella no sabía del vino, y tampoco supieron darle razón los criados y doncellas; mas al cabo dio con el ama Shao, que le dijo:

—Lo hay, tal cántaro, que el día en que el difunto señor ascendió a prefecto, hizo vino, decía que para el señor Wei el Cuarto, y en él lo encubó, enterrándolo en el cuartillo de atrás del séptimo patio. Y lo hizo con cuatro celemines de arroz glutinoso, seis arrobas del fermentado y seis de alcohol, que ni una gota de agua agregó, con que, llevando ya enterrado nueve años y siete meses, bien puede matar de borrachera a quien lo beba. Dejadlo estar, señorito, no se os ocurra catarlo.

—Ya lo sé —respondió Du Shaoqing.

Y mandando al ama abrir el cuarto donde reposaba el vino, entró en él con un par de criados, que desenterraron el cántaro, llevándolo a la biblioteca.

—He dado con vuestro vino, señor tío —dijo Du Shaoqing, y los visitantes se levantaron para examinar el cántaro. «Sí, este debe ser», dijo Wei el Cuarto.

Abriéronlo, y llenaron un cacillo; era espeso como unas poleadas y resquemaba, con que Wei el Cuarto dijo:

—Bueno es, mas no para beber tal cual nos llega, que habrá que rebajarlo con tres arrobas de vino común que compréis, sobrino, y hoy no tocarlo; dejadlo reposar hasta mañana, que echaremos la jornada bebiendo en compañía de estos dos señores, si son servidos.

—Compañía haremos a v. mds. —dijo Zhang Junmin—, y muy de buen grado.

—Gran honor tendrá vuestro servidor —añadió Bao Tingxi— en poder beber del preciado vino del señor prefecto.

Con esto, Jiajue recibió orden de coger un farolillo y acompañar al doctor a casa, y Bao Tingxi y Wei el Cuarto se recogieron a dormir en la biblioteca, aguardando Du Shaoqing a que estuvieran dormidos para acostarse.

Al otro día, Bao Tingxi se levantó muy de mañana y fue al cuarto de Wang el Bigotes, donde estaban Jiajue y otro criado. Decía el mayordomo:

—¿Se ha levantado el señor Wei el Cuarto?

—Se está lavando la cara —respondió Jiajue.

—¿Y el señorito? —preguntó el mayordomo al otro criado.

—Ya hace tiempo, que fue donde el señor Lou a cuidar del avío de la medicina.

—¡Qué caso el del señorito! —exclamó Wang el Bigotes—. Enferma un paniaguado del prefecto, que otra cosa no es el viejo Lou, y en vez de darle unas onzas y mandarlo a casa, lo alberga aquí y se desvive día y noche por él, tratándolo como si fuese de la familia.

—¿Y eso os admira, tío Wang? ¿Pues no prueba el señorito las gachas que le hacemos, que no basta la vigilancia de los hijos y nietos? ¿Y el ginsén? ¿No lo guarda la señora en su cuarto, y ella misma lo aliña, como los otros remedios, y sea día o noche lo lleva al viejo Lou, cuando no es el señorito en persona? Cuidad lo que decís, tío Wang, que de oíros el señorito, no os libráis de una buena.

En eso entró el portero, diciendo al mayordomo:

—Tío Wang, anunciad al señor Zang el Tercero, que aguarda en la sala y viene a ver al señorito.

—Ve donde el viejo Lou y avisa al amo —dijo el mayordomo al criado—, que no seré yo el que haya de preguntar por la salud de nadie.

—Todo esto confirma lo bueno que es vuestro amo —remató Bao Tingxi.

Avisado Du Shaoqing, salió a recibir al señor Zang el Tercero, al que después de los saludos, ofreció asiento y dijo:

—Hace días que no se os ve, hermano Tercero. ¿Va bien la tertulia literaria?

—Así es —respondió Zang el Tercero—. A las puertas he oído que tenéis un visitante venido de lejos. ¿Y Shenqing? Según parece, lo pasa tan bien en Nanquín, que no tiene trazas de volver.

—Está aquí conmigo el tío Wei, de Wuyi —dijo Du Shaoqing—, al que hoy le hago convite. Venid vos también; pero ahora vayamos a la biblioteca.

—Antes quiero preguntaros una cosa —apuntó Zang el Tercero—. ¿Cuándo venís conmigo a visitar al magistrado Wang, nuestro maestro, que no ceja en alabarme vuestra sabiduría?

—Eso de rendir vasallaje al magistrado pasando por discípulo suyo es cosa vuestra, hermano Tercero —respondió Du Shaoqing—; que esta casa se llenaba de magistrados en vida de mi padre, y más en la de mi abuelo y mi bisabuelo, y si tanto me alaba, que venga él a verme. ¿Por qué he de ser yo quien lo visite a él? ¡Cuánta sinrazón, tener que llamar «maestro» al magistrado sólo por aprobar el examen para licenciado! Y más a éste, que andaba revolcado por el polvo antes de recibirse de graduado metropolitano, y al que no querría así fuese yo su maestro. ¿A qué tanta porfía? También el salinero Wang, de la puerta del Norte, quería que yo fuese hoy a hacerle compañía, pero le he dicho que no iba.

—Ésa es la cosa —dijo Zang el Tercero—, pues el maestro Wang no diera el convite de no prometerle el salinero que vos estaríais presente. El maestro Wang no ve la hora de conoceros, y si no vais lo tomará por ofensa. El visitante que tenéis se hospeda en vuestra casa, y bien podéis hacerle honores mañana si hoy tenéis que salir; o, si os cuadra, yo puedo agasajarlo mientras estéis en la casa del salinero.

—No insistáis, hermano Tercero, que harto bien sé yo que a vuestro maestro se le da poco el mérito y el talento de los otros, y si viene en apadrinar discípulos es por los presentes. ¡Sueña, si quiere tenerme por discípulo! Mirad, hoy tengo convidados, y ya hay cocinado un pato de dos arrobas y aliñado un cántaro de vino de nueve años, así que no hay más que hablar: vamos ya a la biblioteca.

Y, diciendo esto, asió de la manga al otro y echó a andar. Tercero lo refrenó diciendo:

—¿A qué tanta prisa? Aguardad un punto, que no conozco al señor Wei el Cuarto, y habré de escribir la esquela.

—Eso es fácil —respondió Du Shaoqing; y mandando a un criado por tinta y papel, alargó un pincel al otro, que escribió: «Zang Tu, menor y condiscípulo vuestro.»

El criado llevó la esquela a la biblioteca, y en ella entraron Du Shaoqing y Zang el Tercero, levantándose el señor Wei el Cuarto a recibirlos; sentáronse en compañía de Zhang Junmin y Bao Tingxi, que también estaban allí, y en eso tomó la palabra Wei el Cuarto, preguntando a Zang el Tercero:

—¿Cuál es vuestro honorable nombre?

—Liaozhai —respondió por él Du Shaoqing—. El señor es alumno aventajado en la escuela de vuestro sobrino, y buen amigo de mi primo Shenqing.

—Celebro mucho el conoceros —dijo Wei el Cuarto.

—Mío es el honor —respondió Zang el Tercero, quien, mirando a Bao Tingxi, preguntó—: ¿Quién es el señor?

—Vuestro humilde servidor se llama Bao —respondió éste—, y acaba de llegar de Nanquín.

—Viniendo de Nanquín, conoceréis al señor Du Shenqing.

—Sí, vuestro servidor conoce también al señor Decimoséptimo.

Ya todos desayunados, Wei el Cuarto trajo el vino, al que habían añadido las tres arrobas del nuevo, y pidiendo a los criados quemasen carbón y apilasen las brasas junto a los canelos, encima de ellas puso el cántaro, que tardó en escalfar lo que dura un almuerzo. Con ello, Zhang Junmin ayudó a los criados a desengoznar la puerta de seis hojas, y puesta a modo de mesa a la sombra del alero, tomaron todos asiento, comenzando a llegar los platillos de comida. Du Shaoqing mandó traer un cuenco de oro y cuatro de jade, que llenó zambulléndolos en el vino, y ofreció el primero a Wei el Cuarto, quien no cejó en elogiar las excelencias del caldo. Y en ello estaban, cuando viendo asomar a Wang el Bigotes al frente de cuatro criados cargados de un cofre, Du Shaoqing preguntó qué era aquello, a lo que respondió el mayordomo:

—En este cofre están los vestidos nuevos de otoño del señorito, la señora y el niño, que he traído para que los veáis. El sastre ya está pagado.

—Déjalos ahí, que echaré una mirada cuando acabe de beber.

Descargaron el cofre, y salía Wang el Bigotes, cuando viendo a lo lejos al sastre, volvió a la biblioteca para anunciarlo:

—El sastre Yang, señorito.

—¿Qué quiere? —preguntó Du Shaoqing.

Levantóse, y por la puerta del patio ya entraba el sastre, quien se arrodilló, besó con la frente el suelo y rompió a llorar.

—¿Qué tenéis, maestro Yang? —preguntó, sorprendido, Du Shaoqing.

—Esta mañana, señorito, que vuestro servidor ha venido a cobrar los vestidos que os ha hecho, y a poco de salir de casa, su madre enfermó de repente y murió; y como vuestro servidor nada sabía, antes de volver gastó la paga en las fianzas de carbón y arroz, quedando sin dineros para la caja y el entierro. Por eso vuelvo, señorito, para pediros emprestadas unas onzas, que vuestro servidor os volverá de a poco con su trabajo.

—¿Cuánto queréis?

—Pobre soy, señorito, y poco puedo pedir; seis onzas, si no son muchas, o cuatro también, que vuestro servidor os las ha de tornar con su trabajo.

—No quiero que me las devuelvas —dijo con gran sentimiento Du Shaoqing—. Que, por modesto que sea vuestro negocio, tenéis que hacerle buen funeral a vuestra señora madre, o el remordimiento os perseguirá toda la vida. ¿Y qué os aprovechan unas cuantas onzas? Habréis de comprar una caja de no menos de dieciséis onzas, y añadiendo la ropa de luto y otros dispendios, habréis menester de veinte, las propias que

me darán por empeñar el cofre y los vestidos, pues ahora no tengo dineros en casa. Wang, ya has oído —ordenó al mayordomo—, anda a empeñar el cofre y las ropas, y los dineros se los das al maestro Yang. No quiero que la deuda os atormente, maestro Yang; olvidadla, que no vais a gastar los dineros en bebida o en el juego, antes los vais a emplear en causa tan grande cual es el funeral de vuestra señora madre, y madre no hay más que una, y todos la tenemos. Es lo menos que puedo hacer por vos.

El sastre lloró, y con la ayuda de Wang el Bigotes sacó el cofre, con que Du Shaoqing volvió con los convidados, sentándose a la mesa.

—Cosa poco vista la que habéis hecho, hermano —ponderó Wei el Cuarto.

—¡Buda Amida, que no hay mejor hombre bajo los cielos! —exclamaba Bao Tingxi.

En suma, que toda la jornada estuvieron mano a mano; y aunque de tardecita hubieron de llevar a casa a Zang el Tercero, poco hecho a la bebida, los otros siguieron libando hasta la tercera vigilia, recogiéndose cuando vieron el cántaro vacío. Y, por causa de ello,

Prodiga un buen letrado sus riquezas
Y búscanlo amigos en todas partes;
Luce la luna en el cielo y la tierra
Y brilla un hidalgo en los Cuatro Mares.

Pero para saber qué sucedió luego, habrás de leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXXII

EN EL QUE SE REFIEREN LAS BUENAS ACCIONES DE DU SHAOQING, Y LAS POSTRERAS PALABRAS DE LOU HUANWEN

Concluso el festín, Wei el Cuarto durmió hasta bien entrada la mañana, anunciando, al levantarse, su partida a Du Shaoqing.

—Quiero visitar a vuestro tío y a vuestro primo. ¡Cuánto holgué ayer en el convite! En verdad, no hay casa donde se pase tan buen rato como en la vuestra. Y bien, me voy. No he podido pagar visita al amigo Zang; encomendadme a él.

Du Shaoqing pudo retenerlo otro día. Poco antes de la partida, apalabrados ya los porteadores, tomó una copa de jade y un par de vestidos que fueran del prefecto de Ganzhou, y con todo ello fue a ver al señor Wei y le dijo:

—Tío, sois el único hermano jurado que mi padre tuvo; visitadme de cuando en cuando, que yo haré otro tanto para ver cómo estáis de salud. Tomad esta copa, y bebed en ella, y estos dos vestidos que usó mi padre, que viéndoos con ellos puestos será como si lo viese a él.

Wei el Cuarto aceptó los presentes de buen grado. Luego bebió una jarrilla de vino y comió un poco de arroz en compañía de Du Shaoqing y Bao Tingxi, y éstos lo escoltaron hasta las afueras de la ciudad, donde lo despidieron con una reverencia, viéndolo alejarse en su palanquín. De vuelta, Du Shaoqing se acercó a ver al señor Lou; el anciano decía encontrarse mejor, y que mandaría a casa a su nieto, pues el hijo bastaba a atenderlo, a lo que el amo no puso estorbo.

Entre unas cosas y otras, Du Shaoqing vino a caer en cuenta de que no tenía dineros, por lo que mandó venir a Wang el Bigotes y le dijo:

—Quiero que vendas a ese hombre las tierras del dique.[391]

—Mire el señorito que ese hombre las quiere más baratas —reparó Wang el Bigotes—, que el señorito pide mil quinientas onzas y él no da más de mil trescientas, y a este servidor le duele cerrar tan malamente el trato.

—Que te dé las mil trescientas.

—Quería precaver al señorito, que luego no me regañe por haber vendido barato.

—¿Y quién te va a regañar? Vamos, véndelas cuanto antes, que he menester los dineros.

—Si el señorito permite, quisiera darle un consejo: haga buen uso de los dineros, que es gran lástima vender esas tierras para luego andar por ahí aflojando las onzas a cientos y a miles sin razón.

—¿Cuándo me has visto aflojar sin razón los dineros? ¿No será que tú andas buscando provecho? Anda, déjate de trapacerías y marcha de una vez.

—Era solamente un consejo, señorito.

---

[391] *Weili*, campos de cultivo situados a menor altura que el nivel de un río, protegidos del agua por un muro.

Con ello, Wang el Bigotes salió del cuarto y fue a ver a Bao Tingxi, a quien muy quedo dijo:

—Y bien, hay esperanzas. Ahora voy al dique a vender unas tierras; a la vuelta ya discurriré una traza.

Y Wang el Bigotes partió, volviendo a los pocos días con un saquillo en que llevaba el millar largo de onzas de plata que había sacado de la venta. Apenas llegó, dio razón a Du Shaoqing:

—Es plata de ley de novecientos setenta mejorada de novecientos cincuenta, tasada en el mercado a trece centésimos y medio menos la onza que en el escandallo oficial, de la que hay que quitar veinticuatro onzas, y cuatro décimos del revendedor y veinte o treinta de los testigos. Véala aquí el señorito, que ya traigo la balanza para pesarla en su presencia.

—¿Habrá quien sufra tus trabacuentas? —dijo Du Shaoqing—. ¿No está aquí la plata? ¿A qué pesarla? Dame acá que la guarde, y déjate de embelecos.

—Este servidor solamente quería haceros bien las cuentas.

Puesta la plata a buen recaudo, Du Shaoqing llamó al nieto del señor Lou a la biblioteca y le dijo:

—¿Te vas mañana?

—Sí, señorito, que el abuelo me mandó marchar.

—Pues aquí tienes cien onzas de plata, pero no le digas al abuelo, para que al volver a casa pongas un negocio que os dé para vivir a ti y a tu madre viuda. Cuando el abuelo sane, tu tío segundo podrá partir y tampoco habrán de faltarle otro centenar de onzas.

Con gran regocijo tomó el nieto del señor Lou la plata y la guardó entre sus ropas, agradeciendo al bienhechor. Al otro día, el de su partida, el abuelo no le dio sino tres décimos de plata para el viaje. Du Shaoqing fue a despedirlo, y de vuelta en casa encontró en la sala, aguardándolo, a un aldeano, el cual se arrodilló y tocó con la frente el suelo apenas lo echó de ver.

—¿No eres tú el mayor de los Huang, el guarda del templo de los antepasados de la familia? —preguntó Du Shaoqing—. ¿Qué te trae por aquí?

—Señorito —respondió el visitante—, este servidor ha vivido de siempre en la cabaña que vuestro señor padre le compró, puerta con puerta del templo. Pues había que remozarla, después de tantos años, y cogí del cementerio unos pocos árboles secos para hacer vigas y pilares; pero como unos señores de vuestra casa viniesen en conocimiento, me acusaron de robarlos y me apalearon de muy malos modos, que estuve a las puertas de la muerte, despachando a la cabaña unos criados, los cuales se llevaron el andamiaje y hasta lo poco de bueno que antes quedaba. Así que ahora no tengo dónde vivir, señorito, y vengo a suplicaros habléis con vuestra familia, para que me den unos dineros de los bienes comunales con que hacer las composturas, que vuestro servidor pueda alojarse otra vez en la cabaña.

—¡Siempre mi familia por medio! —exclamó Du Shaoqing—. ¿Con cuál de ellos iba a hablar? Mi padre te compró la cabaña, y es de razón que los arreglos corran de mi cuenta; mas ahora está en ruinas y habrás de comprar otra. ¿Cuánto has menester?

—Una nueva no saldría por menos de cien onzas, señorito; pero si un servidor hace las composturas, con cuarenta se aviara.

—Y bien, ahora no estoy bien de dineros, así que te daré cincuenta; vuelve por más cuando las hayas gastado.

Y le dio las cincuenta onzas al mayor de los Huang. Apenas ido éste, entró el portero con un par de esquelas y dijo:

—El señor Zang el Tercero convida a comer al señorito; la otra esquela es para el señor Bao.

—Dile al recadero que me encomiende al señor Tercero —respondió Du Shaoqing—, que mañana iré sin falta.

Y sin falta fue al otro día con Bao Tingxi a casa del señor Zang el Tercero. Había aliñado éste un muy buen banquete, y con mucho recogimiento ofreció asiento a los convidados y escanció el vino, tras lo cual comieron y platicaron de cualquier cosa. Estaba ya por concluir el convite, cuando Zang el Tercero llenó un tazón y, dando la vuelta a la mesa, lo elevó con ambas manos y lo presentó con una reverencia a Du Shaoqing, con que se hincó de rodillas y dijo:

—Hermano, escuchad mi súplica.

Du Shaoqing dio un respingo y, poniendo el tazón sobre la mesa, se arrodilló frente a él y le dijo, teniéndolo de los brazos:

—¿Estáis loco, hermano Tercero? ¿Qué es esto?

—No he de levantarme hasta que no apuréis ese tazón y prometáis escucharme —respondió Zang el Tercero.

—Aún no sé qué queréis —dijo Du Shaoqing—. Levantaos y hablad.

Entretanto, Bao Tingxi se había acercado y también lo apremiaba a ponerse en pie; mas Zang el Tercero no cejaba en su porfía:

—¿Lo prometéis?

—¿Cómo no voy a prometerlo?

—Tomaos el tazón.

—Como vos queráis.

—Estaré así mientras no lo apuréis —dijo Zang el Tercero, aguardando a que el amigo no dejase gota, sazón en que se levantó y volvió a ocupar su asiento.

—Decid lo que tengáis que decirme —apremió al cabo Du Shaoqing.

—El presidente de examen está ahora en Luzhou —dijo Zang el Tercero—, y el turno siguiente es el nuestro. El otro día, uno me encomendó la compra de un grado de licenciado y me dio para ello trescientas onzas de plata, que yo llevé al apoderado que tiene acá el presidente de examen para estos negocios, quien me dijo, así tuvo el dinero en sus manos: «Nuestros superiores son muy estrictos y no me aventuro a venderos un grado de licenciado, pero sí puedo hacer lugar entre los licenciados pensionistas.» Yo que lo oí, me pareció buena ocasión y di mi nombre, convirtiéndome en licenciado pensionista. Mas el que me dio los dineros para comprar el grado de licenciado no se aviene a quedar sin sus trescientas onzas, y viene una y otra vez a pedírmelas, y a fe que si no las devuelvo, habrá de descubrir el enredo. Es cuestión de vida o muerte, hermano, y tenéis que socorrerme; prestadme trescientas onzas de las que os dieron por las tierras, que yo las habré de devolver poco a poco. Lo habéis prometido.

—¡Y yo que os creía en verdaderos aprietos! —dijo Du Shaoqing—. ¿Y por tal nadería tantos arrodillamientos y súplicas? Mañana tendréis la plata.

—¡Bien dicho! —aplaudió Bao Tingxi—. Eso merece beber en vaso grande.

Y trajeron los vasos grandes, bebiendo los tres a porfía. Du Shaoqing, que ya estaba entre dos luces, preguntó al cabo:

—Decidme, hermano Tercero: ¿a qué viene tanto empeño en ser licenciado pensionista?

—¿Y que no lo sepáis? —dijo Zang el Tercero—. Los licenciados pensionistas vamos con ventaja a los exámenes, y en aprobándolos ya somos oficiales; y de no pasar, a la docena de años nos nombran licenciados recomendados, y con superar los exámenes de la Corte nos hacen magistrados o jueces de prefectura, con facultad para

llevar botas de suelas de caracol,[392] celebrar juicios, dictar sentencias y azotar a las gentes. Así que si alguna vez os traen ante mí por petardista, os haré encerrar y alimentaré todo un mes con queso de soja, hasta que muráis del hartazgo.

—¡Bribón —rió Du Shaoqing—, villano miserable!

—¡Buena la chanza! —dijo Bao Tingxi—. ¡Que los dos paguen prenda vaciando un vaso!

De esta suerte siguieron platicando hasta bien entrada la noche, en que se despidieron. A la mañana siguiente, Du Shaoqing despachó a Wang el Bigotes con el dinero; el mayordomo embolsó por la gestión seis onzas de plata, y como en el camino de vuelta le pareciera echarse al cuerpo un tazón de fideos, recaló en la pescadería, donde encontró a Zhang Junmin, que le dijo:

—Ven aquí, Bigotes, siéntate conmigo.

Hízolo así el mayordomo, y a poco sirvieron los fideos y empezó a dar cuenta de ellos.

—Quiero pedirte una cosa —le dijo el señor Zhang.

—¿Qué quiere v. md., que le pida un presente al viejo por haberlo curado?

—No, el viejo Lou no tiene cura.

—¿Pues cuánto tiempo le queda?

—No más de cien días, pero no se lo digas. Quiero pedirte otra cosa.

—Diga v. md.

—El presidente de examen está al caer, y mi hijo quiere presentarse; pero acaso las autoridades escolares digan que soy forastero[393] y no lo admitan. Quiero que tu señor hable con ellos.

—Mal consentirá en ello el señorito —reparó Wang el Bigotes—, cuando nunca ha querido saber de esa gente, y nada lo irrita más que oír de los que marchan a hacer los exámenes. Hable v. md. con él, y verá como le dice que no presente al hijo.

—¿Y qué podemos hacer?

—Un remedio hay, y es decirle al señorito que al hijo de v. md. no le han consentido presentarse a exámenes; pues la escuela de Fengyang, la de los exámenes, es obra del padre del señorito, y malhaya quien lo contraríe si él determina presentar a quien le venga en gana. De hablarle así, quedará forzado a socorrer a v. md., y hasta los dineros soltara si viene al caso.

—Haz como mejor te parezca, Bigotes, que si me sacas del aprieto no dejaré de agradecértelo.

—No hay cosa que agradecer —dijo Wang el Bigotes—, que el hijo de v. md. es sobrino mío, y quedaré bien pagado con que le haga al tío un par de reverencias cuando ingrese en la escuela y estrene la túnica azul y el bonete.

Con ello, Zhang Junmin pagó los fideos y cada cual cogió su camino. Llegado a casa, Wang el Bigotes preguntó a los criados: «¿Dónde está el señorito?» «En la biblioteca», le respondieron; y en ella encontró a Du Shaoqing, a quien dijo:

—Vuestro servidor ha dado la plata al señor Zang el Tercero, el cual queda muy reconocido al señorito y dice que por su merced ha salido de las apreturas y puede ser oficial, que ningún otro haría tal cosa.

—Zarandajas —dijo Du Shaoqing—. ¿A qué venir aquí y airearlo tanto?

—Vuestro servidor tiene algo más que decir, señorito, y es que, así como habéis pagado el grado del señor Zang el Tercero y la cabaña del guarda de las tumbas de los

---

[392] *Luosi jiedi de xue*, «botas de suelas talladas en forma de caracol», llevadas por los funcionarios importantes.

[393] *Mao ji*, lit. digan que «he falsificado el empadronamiento», práctica frecuente a que recurrían los forasteros para poder presentarse a examen.

antepasados, también los licenciados pensionistas de la escuela de exámenes vendrán a pediros para las composturas, pues los exámenes están al caer; y es gran pena que vuestro señor padre gastara por millares las onzas en la construcción de esa escuela y el provecho haya sido para otros, que hasta capaces fueran de cerrar las puertas a un bachiller enviado del señorito.

—¿Por qué tendría yo que enviar a un bachiller, pudiendo los bachilleres presentarse de propio grado?

—Si un servidor tuviese un hijo y el señorito lo enviase, ¿ninguno le pondría impedimento?

—¿Quién osara ponerlo? Esos licenciados de la escuela son serviles como esclavos.

—El hijo del señor Zhang el Segundo —prosiguió Wang el Bigotes—, de la puerta de atrás, ha estado estudiando para los exámenes; ¿por qué no le dice el señorito que se presente?

—¿Y él quiere?

—Quiere, mas como el padre es forastero, no osa presentarse.

—Pues haz que se presente, y si algún pensionista de esos abre la boca, le dices que va de mi parte.

—Muy bien, señorito —dijo Wang el Bigotes, yéndose.

El señor Lou empeoraba de su dolencia, y Du Shaoqing había hecho venir a otro médico. Taciturno estaba en casa un día, cuando por ella asomó Zang el Tercero y le dijo:

—¿Habéis oído las nuevas? El magistrado Wang ha caído en desgracia. Anoche le incautaron el sello, y su sucesor lo aguija a dejar la audiencia; y no hay quien le dé alojamiento, pues dicen que es un canalla, con que el hombre se muere de angustia.

—¿Y qué va a hacer? —preguntó Du Shaoqing.

—Ayer aún pudo dormir en la audiencia; pero si mañana no ha partido, su honor quedará por los suelos. ¿Y quién va alquilarle un cuarto? Tendrá que irse a vivir al hospicio.

—No os falta razón —convino Du Shaoqing; y, llamando al punto a Wang el Bigotes, le dijo: «Ve corriendo a la audiencia y di a la servidumbre que el magistrado Wang puede alojarse en el jardín de mi casa si no tiene donde ir, que se lo hagan saber. Corre, que se ha quedado sin casa». Y el mayordomo salió desalado a cumplir la encomienda.

—¡Antes no queríais ni verlo —dijo Zang el Tercero—, y ahora le dais posada! Cuidad no os veáis comprometido, que bien puede haber revuelta y el vulgo no dejaría en vuestro jardín piedra sobre piedra.

—Notorio es el bien que mi padre hizo a este distrito —respondió Du Shaoqing—, y ninguno osaría tocar mi casa, aunque fuese refugio de bandidos; no os desazonéis por eso, hermano Tercero. Y en lo tocante al señor Wang, su suerte ha sido saber respetarme; ¡mal paso habría dado yo lisonjeando, días atrás, a un oficial ahora depuesto! Mi deber es socorrerlo, pues no tiene donde vivir; a fe que viene apenas le pasen recado. Aguardad a que llegue, y podréis hablar con él.

En eso el portero anunció al señor Zhang el Segundo, entrando al punto Zhang Junmin, que así era como se llamaba, el cual se arrodilló y besó con la frente el suelo.

—¿Y ahora, qué es? —preguntó Du Shaoqing.

—Mi hijo, señorito, que va a presentarse a exámenes; no sé cómo agradeceros.

—Ya he prometido ayudarlo.

—Así es, señorito, que las autoridades de la escuela consintieron de buen grado apenas supieron venía de vuestra parte; pero antes quieren ciento veinte onzas para

composturas en el edificio, y vuestro servidor no sabe de dónde sacarlas. Por eso he venido a veros, señorito.

—¿Bastarán ciento veinte? —dijo Du Shaoqing—. ¿No habrán luego menester de más?

—No, señorito.

—Ahorrad cuidados, que yo pagaré; escribid un memorial pidiendo plaza a cambio de vuestra contribución en los arreglos, y traédmelo luego, que el hermano Tercero lo llevará a la escuela con los dineros que yo le dé.

—Hoy tengo que hacer —dijo Zang el Tercero a Zhang Junmin—; mañana iré con vos a la escuela, si os viene bien.

Parecióle bien a Zhang Junmin, partiendo después de reiterar las gracias. Al rato entró corriendo Wang el Bigotes y dijo:

—Señor, a las puertas acaba de apearse del palanquín el magistrado Wang.

Y Du Shaoqing y Zang el Tercero salieron a recibir al magistrado, quien, tocado con bonete de seda crespa, y de civil, se adelantó, hizo una reverencia y dijo:

—Hace tiempo que deseaba conoceros, señor, mas no ha habido ocasión. Sois muy generoso dando posada a vuestro hermano menor en tan amargo trance, y me avergüenza abusar de vuestra hospitalidad. Ahora solamente vengo a daros las gracias, dejando para más adelante los beneficios de vuestra enseñanza. Gran ventura es encontrar con vos al amigo Zang.

—Tal nadería no merece vuestra atención, honorable señor —dijo Du Shaoqing—. Mi humilde morada está vacía, y podéis aposentaros en ella cuando seáis servido.

—Vuestro discípulo tenía el propósito de ir con el amigo a saludar al maestro —dijo Zang el Tercero—, mas es el maestro quien primero nos honra con su visita.

—Es un honor.

Dicho esto, hizo una reverencia, montó en el palanquín y partió. Du Shaoqing convidó a comer a Zang el Tercero, dándole las ciento veinte onzas con que solventar al otro día el negocio del señor Zhang. El magistrado Wang se mudó al día siguiente, y al otro, Zhang Junmin mandó a la casa de Du Shaoqing una cantina de comida, convidando a Zang el Tercero y a Bao Tingxi. Con tal ocasión, Wang el Bigotes se llegó donde Bao Tingxi y le dijo muy en secreto:

—Llegó la hora de que os destapéis, que, según mis cuentas, la talega está temblando, y donde otro os gane por la mano, en cueros quedáis. Soltadlo esta noche.

Llegaban ya en eso los otros convidados, y los criados pusieron la mesa en la biblioteca paredaña con el salón. Poco antes de tomar asiento, Zhang Junmin presentó un tazón de vino a Du Shaoqing en señal de gratitud y luego hizo lo propio con Zang el Tercero, rematando el gesto con una reverencia. Pusiéronse a comer, y platicando estaban, cuando Bao Tingxi dijo a Du Shaoqing:

—Señorito, más de medio año lleva aquí vuestro servidor viéndoos gastar los dineros a manos llenas, pues hasta el sastre se ha llevado su buena esportada de plata; pero lo que es vuestro servidor, en siete u ocho meses no ha ganado más que un poco de carne y vino de cuando en cuando, que ni una triste sapeca ha visto. Y en verdad tampoco sirve para andar zangoloteando todo el día por la casa, sin hacer cosa de provecho,[394] y por eso más le vale enjugar las lágrimas y marchar a otro lugar. Vuestro servidor se va mañana mismo de esta casa.

---

[394] *Miepian*: lit. tampoco sirve para actuar como un «tirillas de cesta», es decir, para ocuparse de cosas sin importancia que justifiquen su albergue, a la manera de los paniaguados que se arrimaban a las casas ricas para sacar provecho ofreciendo su ayuda.

—¿Por qué no me lo habéis dicho antes, maestro Bao? —dijo Du Shaoqing—. ¿Cómo iba yo a saber de vuestra desazón?

Bao Tingxi llenó un tazón, y pasándolo a Du Shaoqing, prosiguió:

—Mi padre y un servidor vivíamos de las ganancias que nos daba una compañía de comediantes; pero mi padre murió, por desgracia, y el crédito que en mí puso lo perdí con el magro caudal que me dejara. Mi anciana madre no tiene quien la sustente, señorito, y si no me dais unos dineros para llevar a casa, no podré cuidar de ella y habré de sentirme el más miserable de los hombres.

—Encomiable es, en verdad, tanta piedad filial en un comediante —dijo Du Shaoqing—. Habré de ayudaros, no os quepa duda.

—Grande es vuestra benevolencia —ponderó Bao Tingxi, poniéndose en pie.

—Sentaos —dijo Du Shaoqing—. ¿Cuánto queréis?

Bao Tingxi miró de reojo a Wang el Bigotes, de pie al costado de la mesa, y éste se llegó a él y en voz alta dijo:

—Mucho habréis menester, maestro Bao, que el juntar una compañía y comprar el indumento no ha de saliros por menos de quinientas o seiscientas onzas, y el señorito no guarda tanto aquí, por lo que no podrá daros más de unas docenas para que atraveséis el río y comencéis a adiestrar unos pocos monos.

—Unas docenas de onzas no bastan —reparó Du Shaoqing—. Os daré cien, para que empecéis a ensayar la compañía; volved por más cuando se os acaben.

Arrodillóse Bao Tingxi, dando las gracias, y Du Shaoqing lo ayudó a levantarse y prosiguió:

—Habría hecho más por vos antes de dejaros ir, pero el señor Lou está muy enfermo y debo prevenirme para lo que pueda acaecer.

Y con esto, y los muchos elogios que Zang el Tercero y Zhang Junmin prodigaron a la liberalidad de Du Shaoqing, concluyó la fiesta.

Entretanto, la dolencia del señor Lou iba a peor. Un día, Du Shaoqing le hacía compañía sentado al borde del lecho, cuando el anciano le dijo:

—Gran señor, creía poder mejorar, pero las cosas van mal y quiero que me mandéis a casa.

—Aún no he hecho nada por vos, tío —respondió Du Shaoqing—. ¿Cómo podéis hablar de volver a casa?

—No seáis zonzo —dijo el señor Lou—, que tengo hijos y nietos, y habiéndome pasado la vida fuera de casa, justo es que quiera tornar a ella para morir en paz. Ninguno va a decir que me habéis echado a la calle.

—Si ése es vuestro deseo —dijo Du Shaoqing, rasados los ojos—, no os detengo. Había ya aprestado la caja para el tío, pero como ahora no la habéis menester y tiene mal acarrear, os daré unas onzas para que compréis otra. El vestido y la ropa de cama están dispuestos, y podéis llevároslos.

—Llevaré conmigo la caja y las ropas —dijo el de Lou—; no les deis los dineros a mis hijos y nietos. En tres días será la partida; como no puedo sentarme, habrán de llevarme en angarillas. Id mañana al templo donde está vuestro padre y despedidme de él: decidle que el viejo Lou torna a casa. Vuestro señor padre me honró con su amistad, y desde su muerte he recibido de vos muy buen trato, que nada me ha faltado. Sois hombre de gran rectitud y sabiduría, y vuestro hijo promete grandes cosas; educadlo en la honradez. Un solo defecto os veo, y es que os administráis indebidamente y no elegís bien las amistades, y a este paso, en un soplo os quedáis sin hacienda; sed justo y generoso, pero mirad bien con quién, que obrando como obráis, os sacan los dineros gentes que jamás os volverán la merced, y aunque la caridad no tiene vuelta, haríais bien en discernir quién merece socorro y quién no. Ese Zang el Tercero y ese Zhang

Junmin, tan amigos vuestros, son gente sin conciencia, y ese Bao Tingxi que se les ha juntado es de su propia calaña, que no hay cómico honrado, y eso ninguno lo cambia, ni vos, por mucho empeño que pongáis en socorrerlo. Y precaveos aún más de Wang el Bigotes, el mayordomo, pues es el peor de todos. El dinero no lo es todo en la vida, y solamente os pido que cuando yo muera, vos y el hijo sigáis las huellas de vuestro virtuoso padre, que, habiendo virtud, poco importan las hambres. Cuidaos también de Shenqing, vuestro primo y mejor amigo, tan sobrado de talento cuan falto de virtud; antes miraos en el espejo de vuestro padre, e iréis bien encaminado. Éste no es lugar para vos, pues ni os dais con las autoridades, ni congeniáis con los de vuestra propia casa; marchad a Nanquín, que en tan gran ciudad haréis amigos que aprecien vuestro talento y podréis ocuparos en cosas provechosas. Y cuidad de la hacienda, que poco podréis alargar la que os queda. Tened presentes mis palabras, gran señor, y moriré en paz.

—Jamás he de olvidar los consejos del tío —asintió llorando Du Shaoqing.

Y con ello salió, y ordenando a los criados apalabrasen un par de cuadrillas de portadores para llevar al señor Lou a la aldea de Taohong por la vía de Nanquín, llamó al hijo del enfermo y le dio un centenar de onzas para los funerales. Y en esto y otras cosas llegó el tercer día, en que el señor Lou inició el viaje.

Y, por causa de ello,

Mesones y lagos de la ciudad
Recorren de nuevo insignes letrados;
Casas y pagos del Río norteño
No ven ya el paso de héroes y sabios.

Pero lo que luego acaeció habrás de leerlo en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXXIII

DU SHAOQING Y SU ESPOSA VAN DE MERIENDA AL MONTE; CHI HENGSHAN Y SUS AMIGOS HABLAN DE CEREMONIAL

Partió el señor Lou, y con él quien hiciese entrar en razón a Du Shaoqing, y desde entonces todo fue gastar los dineros a manos llenas. Agotada la primera partida de plata, vendió por mediación de Wang el Bigotes otras tierras, de las que sacó dos mil onzas, que prodigó en un abrir y cerrar de ojos. El primer centenar fue a parar a Bao Tingxi, que con ellas marchó a casa.

El magistrado Wang tampoco tardó en alzar el vuelo, puestos en orden sus negocios. Y Du Shaoqing siguió gastando, hasta que, dilapidados todos sus dineros en el plazo de medio año, resolvió traspasar la casa a la familia y mudarse a Nanquín. La esposa asintió a ello, y no faltaron los que hacían por disuadirlo, pero no hubo quien lo apartara de su propósito; la casa fue traspasada tras otro medio año de diligencias, y Du Shaoqing quedó con más de un millar de onzas limpias una vez saldadas las deudas y hechos los desempeños, sazón en que dijo a la esposa:

—Voy primero a Nanquín para ver al sobrino de Lu, y vuelvo por vos cuando encuentre casa.

Con ello, lió el hato, y en compañía de Wang el Bigotes y el criadillo Jiajue partió hacia la otra banda del río. A mitad del camino, Wang el Bigotes debió ver mal lo por venir, pues sisó veinte onzas y salió por pies. Du Shaoqing rió la fuga y siguió camino con Jiajue, llegando al cabo al callejón del Granero, y por él a la casa de los de Lu, los abuelos maternos, donde salió a recibirlo Lu Huashi, el sobrino segundo, con quien trocó saludos. Ya dentro de casa subió al sobrado y honró las tablillas funerarias de los abuelos maternos, saludando luego a la madre de Lu Huashi, ocasión en que mandó al criadillo desembanastar el jamón, té y otras gollerías de su tierra que para ella había traído. Al rato, Lu Huashi lo convidó a comer, llamando también a la mesa, para hacerles compañía, al preceptor que ese año había tomado. El preceptor saludó a Du Shaoqing, y éste le ofreció el sitio de honor, preguntando al cabo:

—¿Cuál es vuestro honorable nombre?

—Mi humilde nombre es Chi Hengshan —respondió el preceptor. ¿Y vos, señor, cómo os llamáis?

—Es mi tío Du, de Tianchang —contestó por él el sobrino.

—¿Du Shaoqing —admiróse el preceptor—, el magnánimo caballero del Distrito de los Mil Otoños,[395] famoso aquende los mares? Mucho ha que vuestro hermano menor sabe de vos y deseaba conoceros, y hoy el cielo propicia tan feliz encuentro.

---

[395] Qianqiu: otro de los nombres del distrito de Tianchang, utilizado desde mediados del s. VIII.

Y se levantó e hizo una reverencia. Era el preceptor esbelto y cejijunto, fino de dedos y claro de mirada, y viendo Du Shaoqing que no parecía hombre común, lo trató con gran cortesía desde el primer momento. Comieron, y como el tío mencionase que quería buscar casa, Chi Hengshan dijo, muy gozoso:

—¿Por qué no la buscáis ribereña?

—¡Oh, qué gran idea! —exclamó Du Shaoqing—. Iré con vos, y de paso contemplaré el Qinhuai.

Chi Hengshan asintió gustoso a ello, e instando a Lu Huashi a quedar reposando en casa, salió con Du Shaoqing. Al pasar por la Linde del Letrado Supremo, se detuvieron ante la librería, viendo entre los títulos anunciados unos *Comentarios en torno a las composiciones de exámenes, hechos en esta librería por Ma Chunshang, de Chuzhou, y Qu Xianfu, de Jiaxing*.

—Este Qu Xianfu es nieto del señor Qu —dijo Du Shaoqing—, que fuera prefecto de Nanchang, gran amigo de mi abuelo. Ya que estoy aquí, nada me cuesta visitarlo.

Entraron, y Qu Xianfu salió a recibirlos, recordando la amistad que unía a sus ascendientes. Tras un intercambio de cortesías y elogios asomó Ma Chunshang, quien hizo una reverencia y preguntó los nombres de los visitantes, a lo que Qu Xianfu replicó:

—El señor es Du Shaoqing, nieto del letrado supremo de Tianchang, y el señor que lo acompaña es Chi Hengshan, de Jurong, ilustres hombres de letras del sur del Gran Río. Es gran lástima que vuestro hermano menor no os haya conocido antes.

Y al punto los convidaron con té, que apuraron en un punto, diciendo en eso Chi Hengshan: «El hermano Shaoqing está buscando casa, y no podemos quedarnos», con que se despidieron. Mas como al pasar junto al tablero vieran a uno que apoyado en él leía un libro, y señalándolo decía: «Esta poesía es mía», allegados los cuatro a él repararon en un abanico blanco ornado de caligrafías que reposaba a su lado, que Qu Xianfu asió y abrió, leyendo: «Señor Lanjiang.» «Es Jing Lanjiang», explicó, con que éste alzó la mira, y viendo a los dos forasteros, hizo una reverencia y preguntó sus nombres. Antes que responder, Du Shaoqing haló del brazo a Chi Hengshan y dijo:

—Vamos a buscar casa, que ya visitaremos luego a estos señores.

Atravesado el puente de Huaiqing, Chi Hengshan, conocedor del terreno, lo llevó a un corredor de fincas, que le fue mostrando casas ribereñas, hasta dar con una que era de su agrado, cerca del paso de las Aguas de Oriente. Lo costoso del alquiler, ocho onzas al mes por ser ése año de exámenes, no echó atrás a Du Shaoqing, quien dijo:

—Muy bien; alquilemos primero, que ya veremos si luego compramos.

Y siguiendo la costumbre de Nanquín, según la cual hay que pagar la fianza y el primer mes por adelantado,[396] el corredor y el casero acompañaron a Du Shaoqing al callejón del Granero, a casa de los Lu, donde hicieron el contrato, cobrando de contado las dieciséis onzas. Cumplida la diligencia, los de Lu aderezaron con vino una mesa, convidando a Du Shaoqing y al preceptor, quienes estuvieron platicando hasta muy tarde. El preceptor hizo noche en la casa por lo tardío de la hora.

Levantados al otro día, apenas se habían lavado la cara, cuando oyeron gritar afuera: «¿Dónde está el señor Du Shaoqing?»; mas, antes de que pudieran saber quién era, ya había entrado en el cuarto uno que no conocían, que dijo:

—No me digan sus gracias, que yo sabré adivinarlo.

---

[396] Pagar *yi ge jinfang*, *yi ge yayue*, «una para entrar en la casa, otra como mes de fianza», pagar una mensualidad al recibir las llaves y otra de fianza, diríamos hoy, según la costumbre de la época y la región al alquilar una casa.

Y repasándolos de arriba abajo, se adelantó y posó una mano sobre Du Shaoqing, añadiendo:

—Vos sois Du Shaoqing.

—Cierto, yo soy Du Shaoqing —asintió sonriendo el aludido—, y éste que veis aquí es el señor Chi Hengshan, y éste otro mi sobrino. ¿Y vos quién sois?

—Shaoqing es todo hidalguía —dijo el visitante—, y en lo majestuoso de su porte infunde pavor, en tanto el señor Chi encarna lo digno y lo venerable; por eso supe quiénes eran v. mds. Vuestro hermano menor se llama Ji Weixiao.

—¿El señor Ji que convocó las justas teatrales? —dijo Chi Hengshan—. Siempre he querido conoceros.

—Vuestro buen primo ya ha partido para el norte —dijo Ji Weixiao a Du Shaoqing, tomando asiento.

—¿Cuándo? —preguntó sorprendido Du Shaoqing.

—Hace tres o cuatro días. Este vuestro hermano menor fue a despedirlo al paso del Río del Dragón, pues se ha recibido de recomendado y va a la capital para examinarse de los provinciales. Tengo entendido que el oro lo aventáis como el polvo; ¿qué habéis hecho gastándolo a solas en casa, teniendo acá tan buenos amigos con que emplearlo?

—Acá estoy ahora —respondió Du Shaoqing—, con casa ribereña de alquiler, en la que quiero asentarme.

—Grandiosa nueva —aplaudió Ji Weixiao—, pues tan sólo me falta buscar un par de cuartos junto a esa casa y traer a la mujer, que haga compañía a la vuestra, dando por sentado que mi alquiler lo pagaréis vos.

—Dadlo por hecho —respondió Du Shaoqing.

Puesta la mesa, Ji Weixiao contó la burla que había hecho a Du Shenqing a costa del monje taoísta, riéndola todos tanto, que por poco arrojan el bocado. Terminado el almuerzo, asomaron por allí Ma Chunshang, Qu Xianfu y Jing Lanjiang, quienes se quedaron a platicar un rato; apenas idos, aparecieron Xiao Jinxuan, Zhuge Tianshen y Ji Tianyi, que hicieron lo propio, marchando con ellos Ji Weixiao. Ya solo, Du Shaoqing escribió primeramente a casa, y luego despachó a Tianchang un bagajero para que fuera trayendo las cosas.

Al otro día se levantó bien de mañana con propósito de pagar visita a Ji Weixiao y los otros. Estaba por salir, cuando se presentaron Guo Tiebi y el monje Lai; y refrenando la risa al ver a éste, pues bien recordaba la plática del día anterior, los hizo pasar, recibiendo, tras breve trueque de cortesías, un libro de poesías del monje y un par de sellos del grabador, que agradeció. Partidos al cabo los visitantes con unas tazas de té en el cuerpo, salió a pagar las visitas.

Siete u ocho días pasó Du Shaoqing con los de Lu, trabando en tanto muy buena amistad con Chi Hengshan, con quien hablaba de cosas de ceremonial y música.[397] El bagaje le llegó a la casa ribereña en cuatro barcas, y ya hechos los aprestos, quedó a más ver con los de Lu y se mudó a su nueva morada.

Al día siguiente todos fueron a darle parabienes. Estaban en los albores del mes tercero, cuando las casas ribereñas comienzan a poblarse de visitantes y el aire de sones musicales, y a Du Shaoqing le pareció celebrarlo con un banquete, por lo que había aderezado cuatro mesas para los presentes, entre los que estaban Ji Weixiao, Ma Chunshang, Qu Xianfu, Ji Tianyi, Chi Hengshan, Lu Huashi, Jing Lanjiang, Zhuge Tianshen, Xiao Jinxuan, Guo Tiebi, Lai Xiashi y Jin Dongya, quien también habitaba una casa ribereña en las cercanías. Los primeros en llegar ese día habían sido los

---

[397] *Liyue*. Principios básicos, con la «benevolencia» o solidaridad humana (*ren*) y la «justicia» (*yi*), del ideario confuciano.

cocineros y escanciadores; luego, Bao Tingxi con los zagales de su nueva compañía de los Tres Letrados Primeros, a quienes hizo arrodillar ante el señor y la señora Du, que los obsequiaron con frutas; y luego el casero con una florista, la abuela Yao, a la que también convidaron. Al mediodía, colmada la casa de convidados, se abrieron de par en par las ventanas y cada cual se ocupó en lo que más le plugo; unos contemplaban el río de pechos en la balaustrada del mirador, otros platicaban al amor de unas tazas de té; habíalos que hojeaban un libro ahirmados a una mesa, y no faltaban los que, sentados como harnero,[398] se reposaban en cualquier parte. En eso asomó de nuevo Bao Tingxi, esta vez a la zaga de una silla de manos en la que iba su mujer, que se llegaba a ofrecer sus respetos a la señora de la casa. Pues así la mujer se apeó y entró en la casa, la abuela Yao rompió a reír, diciendo a la señora: «¡Pues no la conocen bien en Nanquín a ésta de Wang, y aún no le faltan arrestos para venir a esta casa!» Con todo, la de Wang mostró mucho comedimiento ante la señora, y ésta la convidó a quedarse. Al rato fue Du Shaoqing el que entró en la alcoba de la mujer, y la abuela Yao y la recién llegada lo saludaron con mucho respeto, sellando con la frente el suelo. Entretanto, Bao Tingxi, acicateado por tan prolija concurrencia, hacía toda suerte de burlas y juegos; y el tiempo pasó así alegremente hasta que, instados por Du Shaoqing, tomaron asiento a la mesa. Y hasta bien entrada la noche se prolongó el banquete, dispersándose al cabo los convidados, y con ellos Bao Tingxi, quien acompañó a casa a su mujer, la señora Wang, abriendo camino con un farolillo junto a la silla de manos que ella ocupaba.

Era la primera vez que la señora Du visitaba Nanquín, y a los pocos días se le antojó salir a ver el paisaje. «Eso es cosa hecha», dijo Du Shaoqing. Y apalabrando unos pocos silleteros, y luego de convidar a la gira a la abuela Yao, mandó por delante a dos o tres criadas, también en sillas, y un cocinero bien avituallado de vino y bastimentos, los cuales enderezaron para los jardines de Yao, en el monte Qingliang, alquilados de propósito para la ocasión. Pasada la puerta de mimbre, de la que nace un sendero de almendrilla blanca flanqueado de una balaustrada grana, muy de resaltar entre el verdor de los sauces, cruzaron un edificio de tres aposentos, hasta venir a dar en un merendero despoblado de mesas, pues ese día era de cierre, llegando por otro caminillo en repecho a la cumbre. En un pabellón octogonal que en ella había pusiéronse las criadas a desembanastar la vianda, mientras los demás, y entre ellos la señora Du y la abuela Yao, se recreaban en el paisaje: a un lado el monte Qingliang, punteadas de bosquecillos de caña sus laderas, y del otro el monasterio del Retiro de los Espíritus, encastrados en la fronda sus muros de almagre. Llevaban sentados un rato, cuando llegó Du Shaoqing en silla de manos. Plantado su cuenco de oro en el tapete, lo llenó de vino, y gozándose en la tibieza de la primavera y la fragancia de la brisa, se clavó a la vera de la balaustrada y dio en beber a porfía; hasta que, ya harto alegre, con la mano que no sostenía el cuenco asió de la mujer, y riendo salieron del jardín y caminaron unos centenares de varas cuesta abajo, acompañados de las risas de las otras mujeres y las miradas de asombro de los paseantes. Al final montaron las sillas, regresando ya que la abuela Yao y las otras criadas hubieron cargado las suyas de ramas de durazno en flor.

Era ya tarde cuando Du Shaoqing llegó a casa, donde lo esperaba, pese a lo avanzado de la hora, Lu Huashi, quien le dijo:

—El tío Zhuang, el del puente de la puerta Norte, ha sabido de vuestra llegada y quiere veros; dice que lo aguardéis mañana, que vendrá a presentaros respetos.

—Siempre he tenido al señor Zhuang por maestro —dijo Du Shaoqing—, y si el otro día no lo convidé fue porque sé el poco placer que halla en estas reuniones de

[398] *Jijiu*, sentarse sobre la esterilla con las piernas en forma de recogedor o criba, postura poco formal que indicaba relajación, estar a gusto. El recogedor o criba tienen forma cuadrada en China.

letrados. Justamente quería ir a verlo, ¿cómo voy a permitir que venga hasta aquí? Mirad, sobrino, tornad presto y despachad un mensajero que le lleve saludos míos y le diga que mañana iré yo a visitarlo.

Asintió a ello el sobrino y partió, y apenas encajada la puerta tras él, Du Shaoqing sintió que llamaban; abrió el criado, y al volver anunció: «Está aquí el señor Lou.» Du Shaoqing salió al punto, encontrándose con el nieto de su paniaguado el viejo Lou; el joven cargaba luto riguroso, y apenas lo vio, se hincó de rodillas, y llorando dijo:

—El abuelo ha muerto; he venido a daros la nueva.

—¿Cuándo ha sido?

—El veintiséis del mes pasado.

Llorólo mucho Du Shaoqing, haciendo esa noche ofrendas al difunto. A la mañana siguiente se levantó muy temprano, y en una silla alquilada marchó para la aldea de Taohong. Ese día fue a visitarlo Ji Weixiao, deseoso de comentar la gira de los jardines de Yao, pero al saber de la partida a la aldea de Taohong hubo de volverse, harto contrariado.

En la aldea de Taohong, Du Shaoqing lloró ante la caja del viejo Lou, apalabrando al punto unos monjes que rezasen por su alma. Muchos fueron los familiares del difunto que vinieron. Por lo que hace a Du Shaoqing, los cuatro o cinco días que pasó allí no hizo otra cosa que sollozar, de modo que acabó por conmover a las gentes de la aldea. «¡Qué buenos son los Du de Tianchang!», decían unos. «Un bendito tuvo que ser, para que el señorito Du se duela tanto; en él habríamos de mirarnos», ponderaban otros.

Du Shaoqing dio a los hijos y nietos del difunto unas docenas más de onzas con que comprar el terreno para la tumba, y todos los familiares le agradecieron, hombres y mujeres; con ello se fue, no sin haber derramado antes unas lágrimas más ante la caja.

De vuelta en casa, la mujer le dijo:

—Al otro día de marchar vinieron a buscaros, con un escrito oficial, un correo del gobernador provincial y un mandadero del distrito de Tianchang. Yo les dije que estabais fuera, mas no partieron, que se alojaron en un albergue y no hay día que no vengan. No sé qué recado traigan.

—¿Qué será? —ponderó Du Shaoqing; y dábale vueltas en la cabeza, cuando el criado entró y anunció: «Están aquí el correo y el mandadero, señorito.» Du Shaoqing salió y saludó al correo, ofreciéndole asiento ya que se hubo acomodado; el correo le dio parabienes, y el mensajero le alargó una orden abierta que decía:

> *Del Gobernador Provincial Li*, *tocante a la comendación de hombres de talento*. *En respetuoso acatamiento del Edicto Imperial que proclama la búsqueda de letrados cultos y virtuosos del Imperio*, *esta Audiencia ha averiguado que el Licenciado Du Yi*, *por otro nombre Du Shaoqing*, *de Tianchang*, *es sujeto de recto proceder moral y notorio saber literario, y por ello ordeno a los Oficiales Instructores de la Escuela de dicho Distrito inviten cordialmente y a la mayor brevedad a dicho Licenciado a acudir a la Capital provincial a fin de elevar memorial a la Corte, tras la oportuna prueba, para su presentación y convocatoria en Audiencia Imperial. ¡Orden perentoria, cúmplase sin tardanza!*

«El gobernador Li tuvo por padrino a mi padre —caviló Du Shaoqing al leerlo—, y es como si fuera tío mío; por eso me habrá recomendado. Mas no seré yo el que acepte. Con todo, ha querido hacerme merced, y bueno sería dejarme caer por la audiencia provincial para darle las gracias.» Y, resuelto a ello, convidó a comer al

correo, despidiendo al cabo a los visitantes, al correo con unas onzas para viáticos, y al mensajero con un par por la diligencia. Hizo luego el hato, y como en eso advirtiera que no tenía dineros para el viaje, hubo de empeñar en treinta onzas su cuenco de oro, partiendo a la postre con el criado. Llegado a Anqing, vino en conocimiento que el gobernador Li había salido en misión oficial, por lo que hubo de aguardar unos días, hasta que, enterado de su vuelta, se llegó a la audiencia provincial. El portero, a quien dio la esquela, lo llevó a la biblioteca, y al rato apareció el gobernador. Du Shaoqing se postró ante él y le preguntó por su salud, y el gobernador le ofreció asiento y le dijo:

—Desde la muerte de mi padrino, jamás he dejado de pensar en vos, ilustre hijo suyo, y ahora que la Corte restaura la magna ceremonia de convocar a los hombres de letras de renombre para darles cargo, [399] quisiera tomarme la libertad de recomendaros, sabedor tiempo ha de vuestras muchas prendas. No podéis negaros.

—Falsa es la fama de este vuestro sobrino, señoría —respondió Du Shaoqing—, y sus prendas tan pocas, que habrá de dejaros en mal lugar.

—No seáis modesto, y dejadme aprestarlo con la audiencia de vuestro distrito.

—Vuestro sobrino os agradece tan inmerecido honor, señoría, pero debéis considerar que es hombre rústico hecho a las costumbres del campo, y que de añadidura no está bien de salud, por lo que os suplico busquéis a otro.

—¿Cómo no quiere ser oficial quien viene de estirpe de oficiales? Mis indagaciones son ciertas, y me empeño en recomendaros.

No osó decir más Du Shaoqing. El gobernador le dio posada esa noche en la residencia y aprovechó para preguntarle su parecer sobre unos versos y escritos que había compuesto. Al otro día partió Du Shaoqing, tomando la barca de Nanquín; a bordo advirtió que los muchos días de albergue y los aguinaldos repartidos en la audiencia provincial entre quienes fueron a darle parabienes habían mermado de tal modo los pocos dineros con que saliera, que no tenía con qué pagar las tres onzas del pasaje. Llevaban el viento en contra, y pusieron cuatro o cinco días en llegar a Wuhu, donde hubieron de atracar; pues como el barquero pidiera para comprar arroz, Du Shaoqing dijo al criado de rebuscar, juntando en todo cinco sapecas, que a bien poco alcanzaban. Pensando en el solo remedio que había, que era empeñar sus ropas, echó pie a tierra, harto apesadumbrado, y caminó hasta el templo de la Buena Fortuna, donde el hambre lo sentó a una mesa, en la que dio cuenta de una taza de té y tres pastelillos. A seis sapecas montaba el gasto, y como no las tenía, siguió sentado, sin poder moverse. Tan hundido estaba en sus cavilaciones, que apenas reparó en un monje taoísta que por allí pasaba, el cual, mirándolo sorprendido, se allegó a él y le dijo:

—¿Qué hacéis por aquí, señorito Du?

—¡Sois vos, hermano Lai! —rió Du Shaoqing—. Sentaos y refrescaos con una taza de té.

—¿Qué hacéis aquí, y solo? —preguntó Lai Xiashi.

—¿Y vos? — preguntó a su vez Du Shaoqing—. ¿Desde cuándo estáis aquí?

—Poco después de aquel día en que abusé de vuestra hospitalidad, recibí carta del magistrado local, el señor Zhang, llamándome a componer versos en su compañía; por eso estoy en Wuhu. Paro en el pabellón de los Vigías, de donde hay una esplendorosa vista sobre el río: venid a mi morada, y os entretendréis un rato.

---

[399] Lit. «la magna ceremonia del *zhengbi*», iniciada por los emperadores de la dinastía Han para premiar con un cargo importante a las personas de reconocida virtud desligadas del mundo oficial, institucionalizada más tarde en forma de exámenes extraordinarios (*boxue hongci ke*) celebrados en la capital imperial (convocados tan sólo un par de veces, en 1679 y 1736, a lo largo de toda la dinastía Qing: Wu Jingzi fue recomendado para esta última convocatoria, pero no pudo presentarse por hallarse enfermo. *V*. Presentación).

—Yo vengo de Anqing, de ver un amigo, y el viento nos ha detenido aquí. Sí, iré con vos, si no es estorbo.

Pagó Lai Xiashi, y paseando llegaron hasta el pabellón de los Vigías, del que salió el guarda, también taoísta, que preguntó quién era el honorable visitante, a lo que el hermano Lai respondió: «Es el señor Du, de la casa del letrado supremo, de Tianchang»; con que el guarda, mostrando gran respeto, le ofreció asiento y fue a hacer té. Entretanto, Du Shaoqing se dio a merodear por el aposento, reparando en una caligrafía colgada de la pared con unos versos conmemorativos del pabellón, repasados por el «hermano taoísta Xiashi» y compuestos por «Wei, del Barrio de las Golondrinas, Luminar de Ocultos Pensamientos».

—Estos versos son del señor Wei el Cuarto, de Wuyi, villa de Chuzhou —dijo Du Shaoqing—. ¿Cuándo ha estado por aquí?

—Arriba lo tenéis —respondió el guarda.

—¿Cierto? Subamos a verlo, hermano Lai.

—Señor Wei —gritó el guarda al pie de la escalera—, está aquí el señor Du de Tianchang.

—¿Cuál de ellos? —preguntó Wei el Cuarto.

Y ya bajaba, cuando se dio de bruces con Du Shaoqing que subía, y que le dijo:

—Tío, ved aquí a vuestro sobrino.

—Me preguntaba quién podría ser —rió Wei el Cuarto, al tiempo que se alisaba las barbas con ambas manos—, y ya veo que sois vos, Shaoqing. ¿Qué os trae por estos apartados lugares? Sentaos mientras traigo el té, y contadme qué ha sido de vos. ¿De dónde venís?

Y Du Shaoqing le refirió la recomendación del gobernador Li, concluyendo:

—Y como cargué pocos dineros, me he quedado con cinco sapecas. El hermano Lai me pagó el té hace un rato; no tengo ni para el pasaje ni para comida.

—Vaya, vaya —rió el señor Wei—, así que el gran padrino se nos ha quedado seco. Mas un hombre bueno como vos no ha de cuidar de esas naderías. Comed hoy conmigo, y cuando el viento amaine tendréis diez onzas; pues un antiguo estudiante mío del lugar aprobó el otro día los exámenes y me lo agradeció con veinticuatro onzas.

Sentóse, pues, Du Shaoqing con el señor Wei y Lai Xiashi, apurando en buena compaña unos tazones de vino; y en ello seguían cuando, ya de atardecida, contemplando las barcas del río desde la ventana del pabellón, vieron mudar de rumbo las grímpolas de los juncos, tremolantes al viento. «¡Qué bien!», dijo el señor Wei, «ha cambiado el viento». Y, de pechos en el alféizar, extendieron la vista sobre el río, solazándose con el bosque de mástiles que bañaba la luz rosada del sol poniente.

—Ya no sopla el noreste —dijo Du Shaoqing—, y el tiempo ha aclarado. Aquí me despido, tío, que he de tornar a la barca.

Dióle, pues, el señor Wei las diez onzas de plata, y en compañía de Lai Xiashi lo escoltó a la barca. El monje se encomendó a todos los amigos de Nanquín, y con ello se despidieron, tornando los acompañantes a sus aposentos.

Du Shaoqing durmió en la barca, que aún no zarpaba. A la quinta vigilia sopló brisa de sudoeste, y el barquero largó velas; y como a poco arreciara el viento, en medio día ya estaban en el embarcadero de Baihe.[400] Du Shaoqing pagó el lanchaje, desembarcó sus cosas y alquiló un palanquín para ir a casa; la mujer, que lo esperaba desde hacía días, rió mucho al saber que había quedado sin dineros a mitad del camino.

---

[400] Baihekou, lit. «boca del río blanco». Podría ser una forma popular de referirse al islote de las Garcetas (Bailuzhou), hoy inexistente, situado en la confluencia del Qinhuai con el Yangtsé, frente a la puerta del Agua de Poniente, donde se hallaba el antiguo embarcadero.

Al otro día marchó al puente de la puerta Norte, deseoso de ver a Zhuang Shaoguang; pero como al llegar a su casa le dijeran: «Está en el Lago del Oeste, convidado del gobernador Xu, de Zhejiang, y tardará unos días en volver», tiró hacia el callejón del Granero por ver si en la casa de Lu encontraba a Chi Hengshan. Y allí estaba. Los parientes los convidaron a comer, y ya sentados a la mesa, platicaron de una cosa y otra y el preceptor dijo:

—Los letrados de hoy en día no viven más que para los exámenes. Al que compone un par de versos lo tienen por persona de gran refinamiento, y menosprecian cuanto haya de ver con el ceremonial, la música, la milicia y la agricultura. Nuestro Primer Emperador pacificó el Imperio y su mérito no es, ciertamente, menor que el de los reyes Tang y Wu, fundadores de las dinastías Shang y Zhou; pero no prestó atención al ceremonial y la música. Teniendo tan buena recomendación, hermano Shaoqing, debéis obrar en provecho del Imperio, y ello para salvar de la deshonra a los letrados de nuestra época.

—Vuestro hermano menor ha rechazado el ofrecimiento —dijo Du Shaoqing—, pues prefiere seguir donde está antes que ocupar cargo en que no haga cosa de provecho, cosechando las burlas de las gentes de bien.

Y así lo oyó, Chi Hengshan entró en los aposentos interiores, de los que salió al punto con un rollo de papel en las manos, diciendo:

—Permitidme daros cuenta de cierto negocio.

—Decid.

—Wu Taibo[401] es el hombre más valioso que nuestra Nanquín en su dilatada historia ha dado, mas en ella no cuenta con templo alguno consagrado a su culto, con ser muchos los dedicados a Wenchang o a Guandi.[402] Es cosa a la que hay que poner remedio, y con tal ánimo vuestro hermano menor ha trazado de hablar con los buenos amigos para levantar entre todos un templo en su honor donde a mitad de primavera y otoño presentemos ofrendas al modo antiguo, según prescriben los cánones del ceremonial y la música; que, si tal hacemos, las gentes serán instruidas en ambas materias, y de entre ellas habrán de salir buenos letrados que presten grandes servicios al Imperio. Todo ello costará unos buenos miles de onzas, y este rollo que aquí veis es para que en él firmen cuantos quieran contribuir a ello. ¿Cuánto donáis, Shaoqing?

—Es necesidad —dijo Du Shaoqing, desarrollando el papel y escribiendo: «Du Shaoqing, de Tianchang, hace donación de trescientas onzas.»

---

[401] Wu Taibo (c. s. XII aC), tío del rey Wen, primer antepasado de la dinastía Zhou, renunció al derecho de sucesión que le confería su condición de primogénito en favor de su hermano tercero, Ji Li, y, retirado en el sur, fundó el reino de Wu (*Registros históricos*, «Wu Taibo shijia»). Su «abdicación ritual» fue elogiada por Confucio en las *Analectas* («Taibo», VIII): «Podemos en verdad decir que Taibo llegó al más alto grado de virtud. Tres veces renunció al trono, y las gentes no tenían palabras para elogiarlo.»

[402] Patrones respectivos de los exámenes imperiales y de la guerra. Wenchang adquirió fama por ser un funcionario honesto que no trataba con crueldad a las gentes, pues «ayudaba a los necesitados, perdonaba los errores ajenos, era piadoso con los huérfanos y conmovía al cielo con sus buenas obras», según «Wenchang dijun yinzhiwen» [Texto de las virtudes ocultas del soberano imperial Wenchang], opúsculo taoísta que algunos estudiosos datan en la dinastía Song. En vista de ello, el Emperador Celestial (Tian) lo puso al cuidado de la lista de los futuros funcionarios y los nombramientos derivados de los exámenes imperiales. Deificado en el s. XIV, su culto (asociado al de otro dios taoísta, Zitong) floreció con el desarrollo de los exámenes y fueron muy numerosos los templos, pabellones y altares que se erigieron en su honor; el más conocido, quizás, el templo del monte de las Siete Revueltas (Qiqu) en Zitong (Sichuan). Guandi, el «emperador Guan», designa a Guanyu (160-219), héroe militar del período de los Tres Reinos (220-280) y escolta de Liu Bei, fundador del reino de Shu. Fue ejecutado y su fama se propagó por todas las regiones a lo largo de la historia, hasta el punto de ser glorificado en 1594 como dios de la guerra. También son muy numerosos los templos a él dedicados; el más famoso, el de Xiezhou (Yongji, Shanxi), su pueblo natal.

—No es poco —ponderó Chi Hengshan—. Yo contribuiré con las doscientas onzas que como preceptor he juntado en los postreros años.

Y así lo escribió, instando luego al pupilo: «Y vos, Huashi, no podéis subscribir menos de cincuenta onzas»; el pupilo tal hizo, y Chi Hengshan guardó el rollo, con que siguieron en sus pláticas.

En eso estaban, cuando un criadillo de Du Shaoqing asomó por la puerta y dijo: «Un mensajero de Tianchang pregunta por el señorito y dice que lo aguarda en casa.» Du Shaoqing se despidió y tornó a su morada. Y por causa de ello,

Virtuosos varones de una época
Rechazan riquezas y dignidades;
Famosos letrados de dos provincias
Restauran la música y los rituales

Pero para saber qué avino luego, habrás de leer el capítulo que se sigue.

CAPÍTULO XXXIV

LETRADOS CÉLEBRES VISITAN A SUS AMIGOS PARA TRATAR DE CEREMONIAL Y MÚSICA; EL HIJO DEL CIELO CONVOCA A UN VIRTUOSO PARA OTORGARLE DIGNIDADES

Despidióse, pues, Du Shaoqing de Chi Hengshan, y camino de casa preguntó al criadillo que había ido a buscarlo:

—¿Y qué quiere ese mensajero?

—Dice que la citación ya ha llegado, y que el gobernador Li ha pedido al magistrado Deng convenza al señorito de ir a la capital para ser nombrado oficial; que el magistrado Deng para en el templo del Favor Imperial y quiere que el señorito vaya allá para darle la citación en propia mano.

—Pues si tal es la cosa —dijo Du Shaoqing—, no me verán entrar por la puerta principal. Alquila una barca, que entraré por el balcón que da al río.

Con que el criadillo alquiló una barca entoldada, y Du Shaoqing llegó de ese modo a casa; y como se viera en ella, vistió el sayo y el gorro más viejos que tenía, y arrollándose a la cabeza un turbante, se tumbó en la cama y dijo al criadillo:

—Ve y dile al mensajero que he enfermado de repente y que el magistrado Deng no se tome el trabajo de venir; que así mejore, iré a agradecerle.

Así lo dijo el criadillo al mensajero, que marchó con el recado. De todo ello fue testigo la mujer, quien sonriendo se llegó a la cama y preguntó al marido:

—¿Qué es eso de hacerse el enfermo cuando os llaman de la Corte para nombraros oficial?

—Quitad allá, no seáis boba —respondió Du Shaoqing—. ¿Queréis que abandone tan ameno lugar como Nanquín? ¿Pues no gustáis de salir en primavera y otoño para ver las flores o beber unos tazones de vino en mi compañía? ¿A qué tanto empeño en mandarme a Pequín? Mirad que habré de llevaros conmigo, y con lo fría que es la capital y lo débil que sois vos, no sufriréis la primera ráfaga de viento, que moriréis congelada. ¡Bien íbamos a estar! No, a fe que no he de moverme.

Aún no había terminado de hablar, cuando entró el criadillo y anunció: «El magistrado Deng, señorito, que se ha sentado en la antesala y quiere veros.» Du Shaoqing llamó al par de criadillos, y con ellos por apoyaderos, andar vacilante y cara más de muerto que de vivo salió a saludar al magistrado; arrodillóse, mas como ya no pudo ponerse en pie, el magistrado lo ayudó a sentarse, diciendo al cabo:

—La Corte ha dictado una ley de gran consecuencia, y el gobernador Li recaba mis oficios para ejecutarla en nuestra comarca; mas no sabía que estabais tan enfermo. ¿Cuándo podréis poneros en camino?

—Señoría —respondió Du Shaoqing—, vuestro discípulo y menor se tiene entre la vida y la muerte y no puede atender a tan gloriosa misión. Suplico a vuestra señoría presente mis disculpas a quien corresponda.

Y, dicho esto, sacó de la manga una petición de dispensa, que dio al magistrado, el cual, vistas las circunstancias, resolvió concluir la visita.

—Os pido licencia, y perdonad la molestia —dijo—. Cursaré memorial a mis superiores, y que sea el gobernador Li quien resuelva.

—Agradezco vuestra benevolencia, señoría —dijo Du Shaoqing—. Disculpad que no os acompañe.

Con ello, el magistrado montó en el palanquín y tornó a la residencia, componiendo un memorial al gobernador Li en que decía que Du Shaoqing estaba muy enfermo y no podía viajar. Y el azar quiso que por esas fechas el gobernador Li fuera destinado a la provincia de Fujian, dejando a un lado el caso, por lo que Du Shaoqing, sabedor de la noticia, no cabía en sí de gozo. Decíase: «¡Muy bien! Con esto culmino mi carrera como licenciado, pues ya no me presentaré a más exámenes, ni provinciales ni meritorios, y viviré con entera libertad, ocupado tan sólo en mis propios negocios.»

Habíase hecho el enfermo Du Shaoqing ante el magistrado, y por dar pábulo al engaño no se movió de casa en unos días, por lo que no pudo ir a un convite que celebraba el notable Xue, de la calle de la Torre del Tambor, al que asistían Chi Hengshan, Ma Chunshang, Qu Xianfu y Ji Weixiao.

Sentados platicaban los cuatro en la fiesta, cuando vieron aparecer a otros dos convidados, a saber, Xiao Boquan, de Yangzhou, y Yu Hesheng, de Caishi, ambos jóvenes y letrados, blancos de piel y colorados de belfo, muy de echar piernas, atildados en el vestir y sahumados en el oler, de todos conocidos por el Lindo Yu y la Damisela Xiao, los cuales saludaron a los demás y tomaron asiento. Decía en eso el notable Xue:

—También he convidado al amigo Qian, del puente del Huaiqing, pero tenía que hacer y no puede holgar con este modesto festín.

—¿Habláis por ventura, tío, de Qian el Viruelas, el barba de compañía? —preguntó Ji Weixiao.

—De él hablo.

—¿Y sentáis a la misma mesa a un comediante y a unos grandes oficiales? —preguntó Chi Hengshan.

—Tiempo ha que lo hago —respondió el notable Xue—. Hoy, además, tendremos entre nosotros al señor Gao, quien gusta mucho de hablar con comediantes. Por eso había convidado al amigo Qian.

—¿Quién es el señor Gao? —preguntó Chi Hengshan.

—Es lector de la Academia Hanlin, de Luhe —respondió Ji Weixiao.

En eso entró el portero y anunció: «El señor Gao», y al punto salió el notable Xue a recibirlo, tornando en su compañía. El lector, que vestía bonete de seda crespa y túnica embrochada de dragones, saludó a los presentes y ocupó el sitio de honor, dirigiendo la palabra a Ji Weixiao, a quien conocía.

—Compañero Ji, disculpad el que no saliera a recibiros el día en que os dignasteis visitarme, pues no me hallaba en casa; la insigne obra con que me honráis aún no he podido leerla. ¿Cuál es el honorable nombre de estos dos jóvenes señores?

Dijéronle sus nombres el Lindo Yu y la Damisela Xiao, y luego les llegó el turno a Ma Chunshang y Qu Xianfu, quienes por boca del primero respondieron:

—Vuestros menores son los compiladores de los *Comentarios en torno a la composición de exámenes* que anuncian las librerías.

—El señor Qu es nieto del otrora prefecto de Nanchang —añadió el Lindo Yu—. Mi padre fue presidente de examen en la misma prefectura, y por eso nuestras casas están muy unidas desde antiguo.

Luego, como el señor Gao preguntara por Chi Hengshan, éste dijo su nombre, precisando Ji Weixiao:

—El señor Chi que aquí veis es muy versado en ceremonial y música de los tiempos antiguos, y es letrado muy conocido en todas las tierras sureñas.

Lo cual oyó el señor Gao sin hacer comentarios. Servido tres veces el té, se despojaron del sobretodo y pasaron a la biblioteca, donde el lector se reveló como hombre jovial que chanceaba y platicaba de buen grado con quien fuere, sin cumplidos, dejando a un lado la precedencia que le daba la edad.

—¿Cómo no veo por aquí al amigo Qian? —preguntó en eso.

—No ha podido venir —respondió el notable Xue.

—Lástima —exclamó el señor Gao—, pues hallaremos menos su ingenio.

En estas y otras pláticas llegó la hora de sentarse a las dos mesas que el notable Xue había aparejado; y hablaban durante la comida de los muchos letrados de Zhejiang, las vistas del Lago del Oeste y la historia de los paniaguados de los hermanos Lou, cuando el Lindo Yu dijo:

—Esas cosas no me interesan, que yo solamente tengo oídos para la doncella Doble Grana, de la casa de Xianfu, cuyo nombre me pone almíbar en la boca.

—Es de razón —apuntó Ji Weixiao—, pues sois tan lindo, que solamente gustáis de las doncellas lindas.

—Vuestro hermano menor —dijo Xiao Boquan— admira más que a ninguno a los compiladores de la Academia Hanlin. Gran lástima es no haber conocido al compilador Lu, que, según dicen, debió de ser hombre muy magnánimo. A buen seguro le habría pedido instrucción, mas ya no hay remedio, pues está muerto.

—Magnanimidad más grande que la de mis tíos de la casa de Lou no ha habido bajo los cielos —reparó Qu Xianfu.

—¿Y qué me decís de los primos Du de Tianchang? —terció Ji Weixiao—. A fe que aventajan en magnanimidad a vuestros señores tíos.

—Shaoqing es de los dos el mejor —ponderó Chi Hengshan.

—¿Habláis por ventura del hijo del prefecto de Ganzhou? —preguntó el señor Gao.

—De él hablo —respondió Chi Hengshan—. ¿Lo conocéis?

—¿No voy a conocerlo, siendo Tianchang y Luhe distritos vecinos? No se admiren v. mds. si les digo que este Shaoqing es el peor nacido de los de su especie. Como v. mds. saben, sus antepasados fueron médicos por docenas de generaciones, e hicieron muchas buenas obras que el cielo premió con grandes haciendas, pero de dos generaciones acá la historia cambia. El abuelo, el letrado supremo, hizo gran fortuna, mas no fue capaz de entrar en las arcas familiares una sola sapeca, y eso que estuvo en oficio docenas de años; el padre, que aprobó el examen de palacio y ocupó cargo de prefecto, fue otro necio, pues antes que respetar a los superiores, se desvivió por contentar al vulgo predicando naderías, apremiándolo al ejercicio de la «piedad filial, el amor fraternal y la agricultura», adornos retóricos propios de manuales de buena crianza, poniendo tanta gravedad en ello, que se ganó la inquina de las altas dignidades y acabó en la calle. Y el hijo ha salido más cabeza hueca, y no podía ser de otro modo, pues juntándose con budistas, taoístas, artesanos y vagabundos, que ni un solo amigo respetable tiene, en diez años ha dispendido sesenta o setenta mil onzas de plata. Y luego, como Tianchang le venía chico, se mudó a Nanquín, y aquí no hace más que frecuentar las tabernas con su mujer, con un cuenco de cobre en la mano, como un mendigo. ¡Qué gran afrenta para los de su estirpe! Sepan v. mds. que, como preceptor que se precia de serlo, a mis hijos y sobrinos les tengo dicho que no sigan su ejemplo, y en sus mesas de estudio he clavado una máxima que reza: «Nunca emuléis a Du Shaoqing de Tianchang.»

—Sepa v. md. que ha poco, la Corte lo llamó por recomendado, pero él rechazó el cargo de oficial —dijo, muy enojado, Chi Hengshan.

—En esto erráis, señor mío —rió con desdén el lector—, pues, ¿no habría aprobado ya los exámenes de ser tanta su ciencia? ¿Acaso los recomendados merecen ser tenidos por verdaderos letrados?

—Tiene razón el señor en lo que dice —terció Xiao Boquan, volviéndose a los demás—, y sus palabras habrían de ser precepto para nosotros los jóvenes.

De esta suerte continuaron bebiendo y platicando, hasta que, concluso el banquete, el señor Gao subió a su palanquín y los otros volvieron andando a sus casas.

—El señor Gao ha querido difamar a nuestro amigo —decía Chi Hengshan—, mas no ha hecho que exaltarlo, pues de antiguo acá siempre fueron mal comprendidos los pocos hombres de la calidad de Du Shaoqing que el mundo ha dado.

—Un punto de razón no le falta al señor Gao —reparó Ma Chunshang.

—Eso es lo de menos —terció Ji Weixiao—, que lo de más es su casa ribereña, amena como pocas. Bien podríamos ir mañana a verlo, que nos convide con unos tazones de vino.

—Nosotros dos también iremos a saludar —dijo Yu Hesheng.

Y así quedó convenido. Al otro día, a poco de levantarse, Du Shaoqing recibió la visita de su vecino Jin Dongya, que le traía un ejemplar de sus *Comentarios en torno a los Cuatro Libros* para pedirle parecer. Púsose a hojearlo Du Shaoqing sentado a la mesa de la antesala, y llevaba unas docenas de párrafos leídos, cuando Jin Dongya señaló un pasaje y dijo:

—Señor, ¿qué creéis que son estos «dátiles de carnero» de que habla Mencio? Pues sabed que no son otra cosa que criadillas, señor, que ya lo dice el dicho: «Del carnero le importaban las criadillas, que no la vida.» Por eso Zangzi no comía.[403]

—Eso que decís no tiene ni pies ni cabeza, señor —objetó Du Shaoqing—. Mirad que entre los hermeneutas de la antigüedad también los hay que dan interpretaciones muy forzadas.

Mas como en eso viera aparecer de una vez a Chi Hengshan, Ma Chunshang, Qu Xianfu, Xiao Boquan, Ji Weixiao y Yu Hesheng, corrió a saludarlos, y ofreciéndoles asiento, les dijo:

—Tiempo ha que vuestro hermano menor no sale de casa, y que no recibe lección de los amigos. ¡Grande es mi dicha al verlos hoy por aquí! ¿Quiénes son estos dos señores?

Y como señalara a Yu Hesheng y Xiao Boquan, éstos se presentaron, con lo cual volvió a preguntar:

—¿Cómo no veo a Jing Lanjiang?

—Ha abierto otra sombrerería en la calle de los Tres Montes, y atiende su negocio —respondió Qu Xianfu.

Llegando en esto el criado con el té, Ji Weixiao dijo:

—No hemos venido a beber té, que queremos vino.

—Y habrá de venir —respondió Du Shaoqing—. Mas antes platiquemos un rato.

---

[403] Se refiere a un episodio de *Mencio* («Jin xin», II): «Zang Xi gustaba mucho de comer dátiles de carnero, pero su hijo Zangzi no los soportaba.» Los «dátiles de carnero» (*yangzao*) son una especie de dátiles pequeños muy dulces, y Zangzi no los soportaba por pena, porque le recordaban al padre, ya muerto, que tanto gustaba de ellos. La interpretación de Jing Dongya es rebuscada en extremo. El dicho que cita aún se emplea en algunas zonas rurales de China con el sentido de «prestar atención a los detalles, y no a lo importante».

—El otro día —dijo Chi Hengshan— me disteis un ejemplar de vuestra *Exégesis del Libro de las odas*, con cuya lectura holgué mucho. ¿Podríais hablarnos, hermano mayor, de los principios que lo inspiran?

—¿Lo que decís en él puede ser materia de exámenes? —preguntó Xiao Boquan.

—Acaso fundamentéis vuestras explicaciones en las *Grandes sumas* de Yongle[404] —aventuró Ma Chunshang.

—Dejemos hablar a Shaoqing —propuso Chi Hengshan.

—Sepan v. mds. que en la interpretación de los clásicos —dijo Du Shaoqing—, el maestro Zhu Xi expuso su singular parecer con la esperanza de que la posteridad leyese sus escritos juntamente con los de los filósofos de la antigüedad; éste era su afán, y si con el tiempo sus comentarios gozaron de mayor fama que los de los antiguos, caídos en desuso, no es culpa suya, sino de la estrechez de criterio de las generaciones posteriores. Leyendo los comentarios de los filósofos de la antigüedad, vuestro hermano menor ha sacado algunas conclusiones, que gustaría de someter al juicio de v. mds. Así, en «Brisas del sur» no comparto el parecer según el cual la madre de los siete hijos anhela volver a casarse; pues sabido es que las mujeres casaban en aquella época a edad de veinte años, y teniendo siete hijos, y todos crecidos, la madre no podía bajar de los cincuenta; ¿cómo iba a tener tales anhelos a sus años? Y más que «descontenta de la casa», como dice algún comentario, lo que estaba es atormentada del poco comer y la poca ropa, y en respuesta a sus lamentaciones los hijos cargan con la culpa. He aquí una interpretación nueva.

—Y sensata —asintió Chi Hengshan, meneando la cabeza.

—¿Y qué me dicen de «Canta el gallo, dice la mujer»? —preguntó Du Shaoqing.

—Es uno de los «Aires del principado de Zheng», una loa a la fidelidad conyugal —dijo Ma Chunshang—. ¿Qué otra cosa puede ser?

—Sí —ponderó Chi Hengshan—, pero aún no descubrimos su intención profunda.

—Tampoco es así —reparó Du Shaoqing—. Pues hoy día, los hombres adinerados no albergan en su corazón otro designio que el de ser oficiales, y no hacen más que alardear de ello ante sus mujeres; y las mujeres, que sueñan con ser grandes señoras y no ven llegada la hora, reniegan de todo y andan siempre a la greña. Los esposos del verso, por contra, no codician cargo oficial y, contentos con su suerte, viven en buena armonía, tañendo laúdes y solazándose con el vino, tal como hicieran los hombres superiores de las tres primeras dinastías. Ningún comentarista ha reparado en ello.[405]

—Cierto es —aprobó Qu Xienfu.

—Y «Los ríos Zhen y Wei», a mi parecer —prosiguió Du Shaoqing—, no habla más que de unos esposos que juntos dan un paseo, y no tiene nada de licencioso.

---

[404] *Yongle daquan*, nombre que agrupa a tres obras compuestas por Hu Guan *et al*. en torno a 1414 a instancias del emperador Yongle, con anotaciones de claro signo neoconfuciano: *Wu jing daquan* [Suma de los Cinco Libros canónicos], *Si shu daquan* [Suma de los Cuatro Libros] y *Xingli daquan* [Suma de los principios y la naturaleza]. La pregunta revela el exiguo dominio de los clásicos de Ma el Segundo, en contraste con su erudición en materia de libros de exámenes.

[405] La interpretación de «Brisas del sur» («Kai feng», núm. 32) y «Canta el gallo, dice la mujer» («Nü yue ji ming», núm. 82) del *Libro de las odas*, a que alude Du Shaoqing, pertenece a Zhu Xi (1130-1200), el filósofo neoconfuciano de la dinastía Song que acaba de citar como ejemplo. «Brisas del sur» habla de una madre que trabaja agotadoramente para mantener a sus siete hijos, algo de lo que éstos se duelen; «Canta el gallo, dice la mujer», de una pareja de enamorados a quienes les basta disfrutar de la vida juntos para ser felices, y el estribillo de «Los ríos Zhen y Wei» que figura a continuación, de una pareja que pasea por sus riberas recreándose con las peonías del lugar. De ahí el comentario jocoso de Ji Weixiao en las próximas líneas.

—No es de extrañar que el hermano mayor y su señora holgasen tanto el otro día en los jardines de Yao —terció Ji Weixiao—, pues, según parece, recreaban la vieja tradición de tañer laúdes, empinar el codo y trocar orquídeas y peonías.

Rieron todos mucho la ocurrencia, y en eso Chi Hengshan dijo:

—Las palabras de Shaoqing son la nata de la sabiduría.

—¡Aquí llega la nata! —gritó Yu Hesheng.

Y era que el criado llegaba con el vino. Puesto éste sobre la mesa con otras gollerías, los ocho contertulios tomaron asiento y entraron a menudear tragos, cosa que Ji Weixiao hizo con tanto afán, que a los pocos tazones ya estaba achispado. Decíale a Du Shaoqing:

—Hermano Shaoqing, en verdad sois singular, que de ser vos, yo estaría ya hastiado de tanto contemplar las flores y compartir la bebida con una mujer treintañal; que hombre de tanto talento como vos, y por lo demás morador de una tan hermosa casa, debería amigar con una concubina linda y discreta, haciendo honor al dicho: el buen letrado, con la bella dama.

—Recordad, hermano Weixiao, lo que Yanzi escribió —respondió Du Shaoqing—: «Aunque vieja y falta de lozanía, sigo viéndola joven y bella.» Además, el concubinato es contrario a la voluntad del cielo, pues los seres humanos son finitos, y si a un hombre le da por tener unas cuantas mujeres, habrá quienes se queden sin esposa. Vuestro hermano menor elevaría a la Corte una propuesta de ley para que solamente se permitiese tomar concubina, y no más de una, al hombre que a los cuarenta años aún no tenga hijos; y si la concubina no se los da, que la case con otro, antes de retenerla para sí, pues de este modo no habrá hombre sin mujer, o serán pocos los que no la tengan, y se reforzarían los principios vitales.

—¡Cuán singular precepto de gobierno! —apuntó Xiao Boquan.

—Si los ministros de estado obrasen con tanto celo, habría paz bajo los cielos —suspiró Chi Hengshan.

Y en estas pláticas siguieron hasta que, terminado el vino, dieron por concluida la reunión, despidiéndose los visitantes entre risas y chanzas.

Pasados unos días, Chi Hengshan tornó a visitar a Du Shaoqing y le dijo:

—Parece que lo del templo de Taibo sigue adelante: aquí traigo un bosquejo de la música y el ceremonial, para que me deis vuestro parecer.

—Habríamos de pedir parecer a otra persona —dijo Du Shaoqing, después de leer el manuscrito.

—¿A quién?

—Al señor Zhuang Shaoguang.

—Anteayer volvió de Zhejiang.

—Yo quería visitarlo —dijo Du Shaoqing—; vayamos juntos, pues.

Y, diciendo y haciendo, tomaron barca para el puente de la puerta Norte, y luego de desembarcar caminaron hasta una casa orientada al Mediodía; «ésta es», dijo Chi Hengshan, y atravesaron el portalón, siendo anunciados al amo, quien salió al punto a recibirlos.

Pertenecía Zhuang Shaoguang, también conocido por Zhuang Shangzhi, su nombre de pila, a una antigua estirpe de letrados de Nanquín, y era famoso en todo el Imperio por haber escrito a edad de once o doce años una obra en prosa poética de siete mil caracteres. Ahora ya tenía casi cuarenta, y con seguir gozando de gran reputación, vivía encerrado en casa, enfrascado en sus escritos, y no era de los que trababan amistad con cualquiera. Salió, pues, a recibirlos, el bonete a la cabeza, la túnica de celeste gasa, la barba en tres crenchas y la tez lívida, y saludándolos con cortés reverencia, les ofreció asiento y dijo:

—Años ha que no os veo, hermano Shaoqing, aunque supe con alegría de vuestra mudanza a la ribera del Qinhuai, donde engrandecéis el hechizo de los Tres Montes y los Dos Ríos.[406] ¡Cuán animosamente os librasteis de la contrariedad el otro día!

—Quería visitaros antes —dijo Du Shaoqing—, mas tuve que salir por la muerte de un amigo, y a la vuelta habíais marchado a Zhejiang.

—¿Y el hermano Hengshan, que tampoco sale de casa? —preguntó Zhuang Shaoguang—. ¿Por qué no venís por aquí de vez en cuando?

—Vuestro hermano menor tiene mucho trajín estos tiempos con lo del templo de Taibo —respondió Chi Hengshan—. El proyecto sigue adelante, y aquí os traemos un bosquejo del ceremonial y la música que queremos ejecutar, por si podéis darnos vuestro parecer.

Y de la manga sacó un breviario, que dio a Zhuang Shaoguang, quien lo leyó muy por menudo de principio a fin, diciendo al cabo:

—Vuestro hermano menor hará cuanto esté en su mano por secundar empresa tan sin par; mas al presente he de atender cierto negocio que me tendrá fuera dos o a lo más tres semanas, y hasta la vuelta no podré ponerme a ello.

—¿Dónde vais? —preguntó Chi Hengshan.

—A la Corte, pues el gobernador Xu de Zhejiang, que acaban de nombrar director de ceremonial, ha recomendado en ella mi indigno nombre, y ya han despachado la orden imperial, por lo que me veo forzado a ir.

—Eso os tendrá allí algún tiempo —dijo Chi Hengshan.

—Perded cuidado, que vuestro hermano menor hará por tornar lo más presto posible, pues no quiere faltar a la gran ceremonia del templo de Taibo.

Pidió Chi Hengshan ver la orden, y Zhuang Shaoguang dijo a un criado que la trajese, leyéndola a la par los dos visitantes. Decía:

> *Del Director de Ceremonial Xu, tocante al nombramiento de hombres de talento. En respetuoso acatamiento del Edicto Imperial, Zhuang Shangzhi habrá de presentarse en la Corte para ser recibido en Audiencia. Por mandato Imperial.*

—Y bien —dijeron al cabo los visitantes—, ahora nos vamos; ya vendremos a despediros cuando partáis para la Corte.

—No es menester —dijo Zhuang Shaoguang—, que en breve estaré de vuelta.

Y los acompañó a la puerta. Esa noche, Zhuang Shaoguang aderezó una jarrilla de vino para compartir con la mujer, por vía de despedida. Entre trago y trago, la esposa le dijo:

—Jamás habéis querido ser oficial, y ahora no veis la hora de presentaros en la Corte.

—No somos ermitaños —respondió Zhuang Shaoguang—, y como buen súbdito debo acudir a la Corte si una orden así lo dispone. Pero ahorrad cuidados, que no tardaré en volver, y la mujer de Lao Laizi[407] no tendrá ocasión de hacerme burla.

Al otro día, los oficiales de Nanquín vinieron a apremiarlo para la partida, pero Zhuang Shaoguang ya no estaba en casa, pues, acompañado de un criado y un ganapán

---

[406] *San shan er shui*. Alusión poética a Nankín, tomada de «Deng Jinling Fenghuangtai» [Ascendiendo a la Terraza del Fénix del Cerro Dorado], de Li Bai (701-762): «Los Tres Montes se descuelgan del zarco cielo / los Dos Ríos se abren en el Islote de las Garcetas.»

[407] El rey de Chu ofreció a Lao Laizi un cargo de funcionario y éste no lo aceptó por consejo de la esposa. El episodio aparece en *Gu lienü zhuan* [Biografía de mujeres ejemplares], de Liu Xiang (s. I aC).

con el bagaje, y en una silla alquilada bajo mano, había salido muy de mañana por la puerta trasera, encaminándose a la de poniente. Atravesado el río, alquiló un carro de mano y siguió camino; y viajando de día y descansando de noche llegó a la provincia de Shandong, deteniéndose cuatro leguas más allá de Yanzhou en una venta de un lugar que llamaban Postas de la Casa de Xin, donde se sentó a tomar té. Era aún temprano cuando se levantó, y aguijoneó al carretero para cubrir otras tres leguas; mas el ventero le dijo:

—Mire v. md. que en estos tiempos corretean por aquí muchos bandidos, y los viajeros salen tarde y se recogen temprano; que con no ser v. md. mercader de dineros, más le valiera andarse con tiento.

No tuvo que oír más Zhuang Shaoguang para resolver hacer noche en la venta. El criado escogió aposento y, entrando el bagaje, deslió el portamanteo y lo tendió en el estrado; y ya que había servido el té, oyeron campanillas fuera y vieron llegar gran recua de más de cien caballerías cargadas de plata en barras en cajas de madera, a cuyo frente iba un custodio que parecía oficial de milicia y otro hombre de más de sesenta años y seis pies de altura que lucía barba entrecana, gorro de felpa, traje de arquero, botas pardas de cuero de buey y ballesta al cinto, los cuales desmontaron y entraron en la venta sin soltar la tralla, diciendo al ventero:

—Atendednos bien, que pasamos de Sichuan a la Corte con la soldada, y como es tarde haremos noche aquí, partiendo de amanecida.

Acogiólos de buen grado el huésped, y los acemileros entraron la carga bajo la atenta vigilancia del custodio, quien, ya las mulas en la cuadra, se colgó la tralla y entró con el otro acompañante, sentándose luego de saludar con una reverencia a Zhuang Shaoguang.

—Si mal no he oído —le dijo Zhuang Shaoguang—, el señor viene de Sichuan con esta carga de plata; y a buen seguro que el venerable señor que os acompaña es vuestro amigo. ¿Cuál es vuestro honorable nombre?

—Este vuestro servidor se llama Sun y es teniente de milicia —respondió el custodio—; y el amigo es Xiao Haoxuan, de Chengdu.

Preguntáronle a Zhuang Shaoguang la ocasión de su viaje, y refiriéndoles éste su nombre y la citación a la Corte, el que llamaban Xiao Haoxuan dijo:

—De largo he oído nombrar al señor Zhuang Shaoguang de Nanquín, uno de los más afamados letrados de nuestro tiempo, mas nunca creyera poder conocerlo hoy.

Y le prodigó tantos elogios, que a Zhuang Shaoguang le cayó en gracia tan caballeroso y singular personaje.

—Tanto tiempo lleva el Imperio en paz —dijo Zhuang Shaoguang al cabo— que las autoridades locales andan dormidas en las pajas, pues campean los bandidos y nada hacen por atajar sus desmanes. Dicen que el camino está infestado de ellos, así que habrá que andarse con ojo.

—Descuidad, señor —respondió sonriendo Xiao Haoxuan—, que vuestro hermano menor siempre ha tenido buen tino, y con esta ballesta no hay blanco que se le escape a cien pasos; pues si vienen los bandidos, de que la tense no tornarán más, que allá mismo no habrá de quedar uno con vida.

—Por si dudáis de la destreza de mi amigo —dijo el teniente Sun—, bueno sería que os diese prueba de ella.

—Nada más me complaciera, si no lo tiene a mal —respondió Zhuang Shaoguang.

—¿Cómo voy a tenerlo a mal? —dijo Xiao Haoxuan—. Vamos, que os mostraré mi pobre industria.

Tomó, pues, la ballesta, y seguido de los otros salió al patio; y sacando de la bolsa de seda que llevaba al cinto un par de bodoques, alzó el arma y disparó uno a las alturas, y al punto el otro, que acertó de lleno al primero, deshaciéndose los dos en el aire. Grandes elogios dispensó Zhuang Shaoguang al ballestero, y no menos admirado quedó el ventero, que había presenciado el prodigio. Con esto, Xiao Haoxuan dejó la ballesta a un lado y se sentaron a platicar un rato, recogiéndose al cabo.

Al otro día, el teniente Sun, ya de pie antes de romper el alba, fue llamando a los acemileros, y, cargada la plata, pagó el hospedaje y partió con la recua; y Zhuang Shaoguang, tan madrugador como el teniente, marchó a su zaga tras lavarse la cara, liar el bagaje y ajustar con el ventero.

Poco menos de una legua habían cubierto, y aún brillaba en el cielo el Lucero del Alba, cuando en un oscuro bosquecillo que delante se abría echaron de ver un rebullir de hombres, y gritando los muleros: «¡los bandidos!», corrieron a poner las bestias al pie del collado que flanqueaba el camino, mientras Xiao Haoxuan empuñaba la ballesta y el teniente Sun la espada. Y así que oyeron sobre sus cabezas el silbo de una flecha de aviso, viendo salir del bosque gran máquina de hombres a caballo que galopaban hacia ellos entre nubes de polvo y alaridos, Xiao Haoxuan tensó la ballesta, pero con tan mala fortuna, que se le quebró la cuerda, y el teniente volvió grupas y echó a huir, en tanto los muleros se arrastraban en busca de cobijo. En suma, que los bandidos llegaron sin contratiempo a la recua, y en un instante engancharon a las suyas las cien caballerías cargadas de plata, llevándoselas por un angosto sendero.

Mientras Zhuang Shaoguang quedaba clavado en su carretón sin saber a ciencia cierta qué había acontecido fuera, Xiao Haoxuan, a quien la rompedura de la cuerda había privado de su arte, espoleó el caballo en dirección contraria a la que antes traían hasta llegar a un ventorro, en el que entró; y como antes de decir cosa alguna al patrón, éste adivinara por sus trazas que le habían robado, le preguntó:

—¿Dónde os hospedasteis anoche?

Díjolo Xiao Hanxuan, y el patrón replicó al punto:

—Pues habéis de saber que ese ventero es espión de Zhao el Grande, el cabecilla de los bandidos; a fe que la cuerda os la limó él anoche.

Con que Xiao Haoxuan despertó de su obcecamiento, y maldiciendo su propia ceguera, sin perder un instante compuso la cuerda con un mechón de pelo y tornó donde estaba el teniente Sun, quien le dijo que los bandidos habían echado para levante. Hacia allá enfilaron ambos, y como con la luz del día se pusieron a la vista de los bandidos, afanados en halar de las caballerías, Xiao Haoxuan fustigó la suya, y a razonable distancia empuñó la ballesta y lanzó sobre ellos una lluvia de bodoques, que parecía granizada sobre hojas de loto, según caían sobre los bandidos; con que éstos, viéndose ante tamaño portento, y de añadidura descubiertos, abandonaron mulas y plata y salieron escapados, cuidando solamente de cubrirse las cabezas. Poco tiempo hubieron menester Xiao Haoxuan y el teniente Sun para llevar la recua de vuelta al camino principal, donde contaron lo acaecido a Zhuang Shaoguang, quien escuchó el relato con suspiros de admiración. Al cabo siguieron camino juntos, y así viajaron un buen trecho, hasta que Zhuang Shaoguang, que iba sin carga, se despidió de ellos y continuó solo en su carruco.

A los pocos días, llegando al puente de la Canal de Lu, uno que andaba por allí se acercó a ellos y preguntó al carretero:

—¿A quién lleváis ahí?

—Al señor Zhuang.

—¿El honorable[408] Zhuang, que viene de Nanquín? —preguntó el hombre, apeándose de la mula.

Y antes de que Zhuang Shaoguang se hubiera bajado del carro, el hombre yacía por los suelos arrodillado, besando con la frente el suelo.

Y, por obra de ello,

En solemne y grandiosa ceremonia
Premia la virtud la Corte Divina.
Un letrado rechaza dignidades
Por mor del aprecio a su propia vida

Pero para saber qué acaeció luego, habrás de leer el capítulo que sigue.

[408] *Zhengjun*: apelativo respetuoso de la persona propuesta para la ceremonia del *zhengbi* en la corte (sobre este término, *v*. nota en cap. anterior).

CAPÍTULO XXXV

EL HIJO DEL CIELO APELA A LA VIRTUD Y PIDE CONSEJO; EL HONORABLE ZHUANG RENUNCIA A DIGNIDADES Y VUELVE A CASA

Tan pronto vio que el desconocido se apeaba del mulo y sellaba con la frente el suelo, Zhuang Shaoguang bajó del carruco y de rodillas lo ayudó a levantarse, preguntando:

—¿Quién sois, señor, que no os conozco?

—Una milla al frente hay un pueblo —dijo el desconocido—, y en él una posada, donde podremos hablar; vayamos allá, si sois servido.

—Como gustéis —respondió Zhuang Shaoguang.

Y montado él en su carruco y el otro en su mulo llegaron a la posada, donde trocaron cortesías y tomaron asiento, diciendo el desconocido:

—Señor, en la capital conjeturé lo que tardaría la citación imperial en llegaros a Nanquín, y entendiendo que apareceríais por aquí un día de éstos, me puse de la parte de afuera de la puerta del Ceremonial Deslumbrante y vengo deteniendo cuanta mula, silla de manos o carreta veo venir, por dar con vos. Gran honor es conoceros.

—¿Cuál es vuestro distinguido nombre, y de dónde sois? —preguntó Zhuang Shaoguang.

—Vuestro hermano menor se llama Lu De, de adulto Lu Xinhou, y es de Huguang. De mozo me dio por juntar las obras de los más famosos letrados de nuestra dinastía, y en ello llevo ya veinte años; mas faltándome el libro de Gao Qinjiu, el único de los Cuatro Grandes Letrados[409] de principios de dinastía caído en desgracia, supe de un librero de la capital que lo tenía, que los otros no han osado guardarlo, y vine a Pequín, donde lo compré a muy alto precio. Ya que estaba por tornar a casa, tuve noticia de que el Emperador os había citado para recibiros en audiencia; pues, conociendo vuestro hermano menor por sus escritos a tantos literatos extintos de nuestra época, ¿cómo iba a perder la ocasión de conocer en persona a uno de los más grandes? De suerte que alargué la estadía en la capital, y al cabo di en ponerme a un lado del camino para buscaros.

—Vuestro hermano menor tiene su morada en Nanquín[410] —dijo Zhuang Shaoguang—, donde vive muy en paz, alejado del mundo oficial, y si está aquí es

---

[409] Los «cuatro grandes letrados» de comienzos de la dinastía Ming eran Gao Qinjiu (Gao Qi), Yang Ji, Zhang Yu y Xu Ben.

[410] Baimen o «Puerta Blanca», otro nombre para designar a Nankín tomado del que se le daba a la puerta del sur de la ciudad en época de las Seis Dinastías (222-589).

porque el Emperador Nuestro Señor ha venido en llamarlo. El azar ha querido que os conozca, y es gran pena que hayamos de separarnos tan pronto; hagamos noche en esta posada, que acostados podamos proseguir la plática.

Parecióle bien al otro, y siguieron platicando de todo un poco; y hablaban, como era de esperar, de literatos ilustres y sus obras, cuando Zhuang Shaoguang dijo:

—Vuestro interés en los libros antiguos prueba el respeto en que tenéis a las letras, señor; mas no podéis hacer de menos las prohibiciones del Imperio. Cierto es que no hay asomo de traición en los escritos de Gao Qingqiu, y que su desgracia se debe más que otra cosa a la ojeriza personal del emperador Hongwu; pero habéis de tener presente que es escritor prohibido y más cuenta os trae no leerlo, que, conforme al torpe parecer de vuestro hermano menor, el propósito principal de la lectura no es otro que sacar provecho de ella atesorando sus enseñanzas universales. Si de vuelta en casa me honráis con vuestra visita, os pediré parecer sobre algunos escritos en los que considero la cuestión.

Lo cual aceptó de buen grado Lu Xinhou, quien al otro día se despidió y tomó la derrota de Nanquín, resuelto a esperar a Zhuang Shaoguang a su vuelta de la Corte.

Y en la Corte entró Zhuang Shaoguang por la puerta del Ceremonial Deslumbrante, yéndose a hospedar al templo del Protector del Imperio; el director de ceremonial Xu despachó un criado que lo atendiese, y él en persona no tardó en presentarle respetos.

—¿Fue penoso el viaje? —le preguntó.

—Vuestro humilde servidor es hombre rústico —respondió Zhuang Shaoguang— , y como tal, poco hecho a los rigores del camino, pues la larga travesía lo ha dejado como sauce marchito a la llegada del otoño,[411] y por ello no ha podido presentaros respetos antes de verse honrado con vuestra visita.

—Aprestaos cuanto antes, señor —dijo el director de ceremonial—, que seréis llamado en tres o cuatro días.

Ocurría esto el día primero del mes décimo del año XXXV de Jiajing.[412] Tres días más tarde, Zhuang Shaoguang recibió de manos del director Xu una citación del Gran Secretariado[413] que decía:

> *A dos días del X mes*, *este Gran Secretariado ha dado entrada*, *con el debido respeto*, *al Mandamiento que se sigue: Prosiguiendo la meritoria empresa de Nuestros Antepasados*, *vinimos en ordenar que día y noche se busquen hombres de talento que coadyuven a la administración del gobierno; y pues de antiguo es principio reconocido que el Soberano escuche a sus maestros y consejeros*, *por encomienda del Director de Ceremonial Xu citamos el día seis a Zhuang Shaoguang para la Gran Ceremonia*. *Orden imperial.*

Y el día seis, al filo de la quinta vigilia, la Guardia Imperial formó ante la puerta del Mediodía, y los miembros del séquito[414] con sus enseñas y los oficiales ocuparon sus puestos, atentos al inicio de la gran ceremonia. Con escolta de cien hachones llegó el primer ministro, abriéndose la puerta del Mediodía, la principal; y entrando los

---

[411] El sauce, cuyas hojas se marchitan antes de la llegada del otoño, simboliza la vejez y la debilidad debido a su poca resistencia al frío.

[412] Corresponde al 2 de noviembre de 1556 en el calendario gregoriano. Reinaba, a la sazón, el emperador Shizong (1522-1566).

[413] Neige, el Gran Secretariado, compuesto en la dinastía Ming por un número variable de grandes secretarios, entre tres y siete, que elevaban al emperador, con sus propios comentarios y consejos, las resoluciones de los Seis Consejos o Ministerios.

[414] *Lubu*, dignatarios que acompañaban al emperador en sus apariciones en público.

oficiales por las laterales, atravesaron la del Recibimiento del Mandato del Cielo hasta desembocar en el palacio del propio nombre, donde la música celestial apenas dejaba entreoír la voz del maestro de ceremonias, que ordenaba formar filas. Tres veces restalló el látigo puro; y entre eunucos que agitaban incensarios cebados con ámbar gris, y los flabelos que las damas de compañía mecían, salió de los aposentos interiores el Hijo del Cielo, encaminándose al trono, sazón en que todos los oficiales, y con ellos Zhuang Shaoguang, que para la ocasión vestía gorro cortesano y atuendo de ceremonia, prorrumpieron en vítores y aclamaciones.[415] En un instante cesó la música y se disolvió el cortejo, apareciendo en eso veinticuatro elefantes cargados de jarrones preciosos. Allí, en verdad,

Las flores admiran dijes y aceros
Cuando las estrellas van a su ocaso;
Los sauces besan pendones y enseñas
Y el rocío aún no se ha secado.

Idos los oficiales, Zhuang Shaoguang tornó al templo y se mudó de ropa. Y paseaba de un lado a otro, cuando cayó a visitarlo el director Xu, a quien recibió vestido de civil. Servido el té, le dijo el director:

—La entrada de Su Majestad en el Salón del Trono es ceremonia que muy pocos tienen el privilegio de admirar. Os aconsejo que no os mováis del aposento, pues sin duda seréis llamado en breve.

A los tres días, Zhuang Shaoguang recibió una citación que decía:

Preséntese Zhuang Shaoguang el día once en la Corte para ser recibido en Audiencia Imperial, *y provéasele de cabalgadura*[416] *para entrar en la Purpúrea Ciudad Prohibida. Orden Imperial.*

El día once, el director Xu acompañó a Zhuang Shaoguang hasta la puerta del Mediodía, donde se separó de él, quedando a la espera en una de las casas palaciegas. Pasada la puerta, dos eunucos se acercaron al compareciente, y arrodillados lo convidaron a montar un caballo del establo imperial que traían, al que condujeron de las riendas, de color ocre, a través de la puerta de la Pureza Celestial. Llegado al frente del palacio de la Promulgación Política, Zhuang Shaoguang desmontó, y, anunciado por otros dos eunucos, recibió orden de entrar, lo que hizo conteniendo la respiración, viendo al cabo al Hijo del Cielo, vestido de civil, sentado en el soberbio trono. Zhuang Shaoguang avanzó unos pasos y se hincó de rodillas, oyendo la voz del Emperador que le decía:

—El cielo, la tierra y los antepasados han querido que en los treinta y cinco años que llevamos en el trono el universo conozca la paz y no haya desmanes dentro de Nuestras fronteras; mas no todos Nuestros súbditos están bien vestidos y comidos, y muchos oficiales dan la espalda a los cánones del ceremonial y la música. Os hemos hecho venir de tan lejos para preguntaros qué es de sustancia en la buena crianza de las

---

[415] *Song hu*: lit. prorrumpieron en «gritos del monte Song», los tres vítores oídos por el emperador Wu (140-86 aC) de la dinastía Han cuando se hallaba en la cumbre del monte Song, una de las cinco montañas sagradas de China. La expresión pasó a designar la parte de la ceremonia de recepción en palacio en la que los participantes, las manos juntas, gritaban tres veces, mirando al emperador: *Wansui!* («¡Viva diez mil años!»).

[416] Entrar a caballo en la corte era privilegio imperial, ya que lo usual era que los recibidos en audiencia por el emperador se apeasen de sus cabalgaduras o palanquines a las puertas de la Ciudad Prohibida.

gentes; confiamos en que, descargando vuestro corazón sin dejaros cosa dentro, Nos deis cumplida cuenta.

Disponíase Zhuang Shaoguang a responder, cuando, sintiendo tremenda picadura en la coronilla, sufrió el dolor como buenamente pudo, y, humillada la cabeza, dijo:

—Agradezco a Su Majestad tan gran merced como me hace, mas apénume decir que en este instante no me es posible responder por menudo a la pregunta. Permítame Su Majestad discurrirlo con calma, que en breve habré de elevarle memorial de ello.

—Bien, si así lo queréis —dijo el Hijo del Cielo—. Poned en ello el mayor empeño, y que vuestra respuesta sea hacedera y honre los cánones clásicos y las realidades de nuestro tiempo.

Dicho esto, se retiró. Zhuang Shaoguang salió por la sala de la Gobernación Diligente, donde lo aguardaban con el caballo los eunucos, que lo escoltaron hasta la puerta del Mediodía; de la parte de fuera estaba el director Xu, quien lo acompañó hasta las puertas de la Ciudad Prohibida, donde lo despidió. Apenas llegado al templo, Zhuang Shaoguang se quitó el gorro, y como dentro de él descubriera un escorpión, riendo dijo: «¡Así pues, tú has sido mi Zang Cang![417] ¡Bien se ve que la virtud poco aprovecha en estos tiempos!»

Al otro día, ya levantado, quemó incienso, se lavó las manos y consultó la milenrama; la respuesta que le daba era:

CIELO sobre MONTAÑA: retiro

«Así es», se dijo. Y sin tardanza se empleó en componer el memorial, que a la postre constaba de diez preceptos de enseñanza para las gentes, amén de una carta de dispensa en que pedía permiso para retraerse a casa, enviando los dos escritos a la Comisaría de Transmisión. En los días siguientes, no hubo oficial de los Nueve Principales ni de los Seis Consejos que no se llegara a presentarle respetos, obligando a Zhuang Shaoguang, poco amigo de conveniencias, a pagar visita a todos.

Uno de esos días, el guarda mayor dijo al director Xu:

—Su Majestad quiere dispensar grandes mercedes a vuestro recomendado Zhuang, de Nanquín. ¿Por qué no lo convidáis a mi casa, que harto me holgara teniéndolo por discípulo?

Con otras palabras se lo dio a entender el director de ceremonial a Zhuang Shaoguang, para no hacerle agravio, mas éste le respondió:

—Ya no quedan Confucios en estos tiempos, y poco aprovecha ser discípulo de nadie; de añadidura, ¿cómo se viene a fijar en un hombre rústico como yo quien tantas veces ha sido gran presidente de examen y tiene por alumnos a ilustres miembros de la Academia Hanlin? No, decidle que no oso aceptar tan alto honor.

Poco gustó de la respuesta el guarda mayor. Pasados unos días, fue llamado a consulta por el Emperador, que le dijo:

—Hemos estudiado con prolijidad los diez preceptos elevados por Zhuang Shaoguang, advirtiendo en ellos su gran ciencia. ¿Podría otorgársele empleo de ministro?

—Majestad —respondió el guarda mayor—, Zhuang Shaoguang es hombre de plausibles cualidades, y la Corte y el Imperio en pleno celebran la señalada merced que

[417] Zang Cang, favorito del rey de Lu, logró que su amo desistiera de visitar a Confucio recurriendo a la calumnia de que el Sabio no respetaba el ceremonial. Con ello pasó a ser, para los hombres de letras de épocas posteriores, arquetipo de las gentes mezquinas que entorpecen con sus difamaciones el buen hacer de los personajes honorables (Cf. *Mencio*, «Liang Hui wang», II).

le hacéis citándolo en audiencia; mas otorgar de súbito una alta dignidad[418] a quien no ha aprobado los exámenes de palacio carece de precedentes en los anales de Vuestra Imperial Casa, ya que tal nombramiento podría avivar la creencia de que los buenos empleos son obra del azar. Ordenad como seáis servido, Majestad.

Oyólo el Emperador, y dando un suspiro, dictó una provisión que decía:

> *Concedemos licencia a Zhuang Shaoguang para que torne a su casa con provisión de quinientas onzas del Tesoro Imperial*, *y le conferimos en encomienda el lago del Guerrero Negro de Nanquín*, *para que retraído en él prosiga escribiendo y alabando la grandeza de esta era*.

Apenas recibió el escrito imperial, Zhuang Shaoguang se llegó a la puerta del Mediodía, donde dejó constancia de su agradecimiento, despidiéndose al cabo del director Xu; con ello hizo los aprestos para el viaje de vuelta, disculpándose de asistir a los banquetes de despedida con que querían agasajarlo todos los oficiales de la Corte.

Púsose, pues, en camino en un carro de mano alquilado, saliendo de Pequín por la puerta del Ceremonial Deslumbrante. Un día de mucho frío, cubierta más distancia de la acostumbrada, llegaba ya la hora de recogerse, y no encontrando dónde, dijo al carretero de acercarse a una choza que en el camino había, por ver si le daban posada, una choza de un cuarto en cuyo interior ardía una lámpara de aceite, según vio cuando se apeaba, y a cuya puerta velaba un viejo de sesenta o setenta años, a quien, juntas las manos, dijo:

—Señor, voy de viaje y no encuentro posada; déjeme v. md. pasar la noche en su casa, que mañana de mañana le pagaré el hospedaje.

—No hay caminante que lleve la casa a cuestas, señor pasajero —respondió el anciano—. De buen grado daría posada a v. md., pero la casa tiene un solo cuarto, donde vivíamos dos viejos de setenta años, mi mujer y un servidor, y la pobre ha muerto esta mañana, y dentro la tengo, pues para la caja no me alcanzan los dineros. ¿Dónde iba a dormir v. md.? ¿Y dónde habría v. md. de dejar el carro?

—Lugar para uno es lo que he menester —dijo Zhuang Shaoguang—, que solamente importa pasar la noche, y el carro bien puede quedar fuera.

—Sea como v. md. quiera; haré lugar en el estrado.

—Bien —convino Zhuang Shaoguang.

Y entró con el huésped, no sin antes rogar al criado y al carretero durmiesen en el carro; y tendido el jergón sobre el estrado, a cuyo costado, en el suelo, yacía el cuerpo yerto de la mujer, se echó a dormir de la parte de fuera, cediendo la de dentro al anciano. Volvíase y rebullíase Zhuang Shaoguang sin poder cuajar sueño, cuando a medianoche sintió moverse al cadáver, y mirándolo con ojos muy abiertos, le vio estirar los brazos, como si fuese a sentarse. «¡Está viva!», gritó, y zarandeó al anciano; pero éste no despertaba. «¿Cómo podrá dormir tanto un hombre de su edad?», se decía; y como se acercara a él y lo hallara muerto, que ya no respiraba, se volvió y vio a la mujer de pie, los ojos en blanco, tan viva cuan cadáver andante.

Aterrado corrió afuera, y despertando al carretero, le hizo poner el carruco contra la puerta, que cerrase el paso, con que dio a pasear de un lado a otro, perdido en cavilaciones. Decíase: «Las desgracias se originan en el movimiento, pues de haber quedado tranquilo en casa en vez de viajar a la capital, a buen seguro me ahorro el

---

[418] La «alta dignidad» es *qing'er*, funcionario de tercer a quinto grado, de categoría inmediatamente inferior a la de los «nueve funcionarios principales», y en general, título genérico aplicado a las principales dignidades de los ministerios, tribunales y otras instituciones.

susto; con todo, la vida y la muerte son hechos ordinarios, y poca debe de ser mi comprensión de la verdad para espantarme de este modo.»

Hizo por calmarse, y sentado en el carruco aguardó a que rompiese el día, sazón en que miró dentro de la choza, viendo el cadáver de la mujer tumbado al lado del marido. «Pobres viejos», se dijo; «cierto que solamente soy un pasajero que quiso pasar aquí la noche; pero si yo no los entierro, ¿quién habrá de hacerlo?» Y dando al criado y al cochero unas docenas de onzas, les dijo de buscar por los alrededores un mercado donde comprar un par de ataúdes; y allí mismo apalabraron unos ganapanes que los trajesen, enterrando luego a los ancianos en un pedazo de tierra comprado a un vecino. Concluso el entierro, Zhuang Shaoguang compró ofrendas y monedas de papel y compuso el epitafio, y llorando ejecutó la ceremonia funeraria, ganándose el aprecio de los aldeanos, que le agradecieron de rodillas.

Camino adelante llegó a la aldea de Tai'er, donde alquiló una barca ligera, en la que pasó las horas plácidamente leyendo; y en pocas jornadas estaba en Yangzhou, en cuya aduana hubo de pasar un día a la espera de barca que lo llevase a Nanquín. Apenas embarcado, por la orilla vio asomar un par de docenas de palanquines muy bien aderezados, presentándose al punto en la barca unos heraldos cargados de esquelas de salineros principales[419] de las dos bandas del río Huai, que venían a presentarle respetos. Zhuang Shaoguang se avino a recibirlos, pues otra cosa no podía hacer, rogándoles, por lo chico del lugar, viniesen en tandas de a diez. Llegados los primeros, era muy de ver cómo ya antes de los saludos muchos se proclamaban parientes suyos y le decían tío abuelo, respetable tío o venerable primo. Tomaron asiento, ocupando Zhuang Shaoguang el puesto de honor y Xiao Boquan, que venía entre ellos, el segundo en precedencia, y en eso dijo uno de los salineros:

—Su Majestad ha querido nombraros ministro, y vos habéis rechazado el cargo; ¡cuánta nobleza en ese gesto!

—Vuestro menor comprende muy bien al honorable señor —dijo en eso Xiao Boquan—, pues lo que él quiere es seguir la carrera oficial, pero sin asideros, obligado de su gran virtud, y mira con desdén cuanto sea nombramiento por encomienda; ahora solamente le queda esperar a los exámenes siguientes, que como el Emperador ya lo conoce, habrá de salir entre los letrados de honor.

—¿De dónde sacáis que miro con desdén cuestión tan grave como la del nombramiento por encomienda? —respondió sonriendo Zhuang Shaoguang—. Y en lo de los letrados de honor, os digo que seréis vos, y no yo, el que salga entre ellos, y a fe que en mi retiro habré de oír tan buena nueva.

—¿Pensáis ver a los intendentes de la sal mientras estéis aquí? —preguntó Xiao Boquan.

—Vuestro hermano menor está deseando llegar a casa y la barca no tardará en zarpar —respondió Zhuang Shaoguang.

Idos al rato los diez salineros, asomaron en sucesión las dos tandas restantes; y ya que Zhuang Shaoguang lograba a duras penas conservar la paciencia, tras ellos aparecieron los de la Administración de la Sal, los de los Circuitos Salineros, los de la Comisaría de Acarreos, el prefecto de Zangzhou y el magistrado de Jiangdu, de modo que el Honorable, colmada la medida, mandó al barquero zarpar sin tardanza así vio partir al último visitante. De atardecida, los salineros quisieron hacerle entrega de seiscientas onzas que entre todos habían juntado para sus viáticos, pero la barca estaba tan lejos que no pudieron darle alcance y tuvieron que volver con los dineros.

---

[419] *Zongshang*, «mercaderes jefes», salineros encargados de la coordinación entre las expendedurías oficiales de sal, función que solía desempeñar uno de los funcionarios de la audiencia.

Con viento a favor, la barca aportó en pocas jornadas en el peñón de la Golondrina. «¡Hoy vuelvo a ver las maravillas del río!», gritaba de júbilo Zhuang Shaoguang; y en otra entoldada que allí mismo alquiló, navegó derecho a la puerta de la Tierra Seca de Poniente, donde apalabró un ganapán para el bagaje, llegando en un punto a casa. Apenas en ella, honró las tablillas de los antepasados, y sonriendo le dijo a la esposa:

—Prometí estar de vuelta en dos meses o a lo más tres, y aquí estoy. ¿Qué me decís? ¿Era verdad o mentira?

Rió la esposa, y esa noche celebraron con buen vino la vuelta. Al otro día, poco después de haberse lavado la cara, el portero le anunció visita: «El respetable señor Gao, de Luhe.» Zhuang Shaoguang salió al recibimiento, despidiéndolo al cabo; mas como tras de él fueran presentándose en procesión el comisario de administración provincial, el prefecto, el maestro de postas, los magistrados de Shangyuan y Jiangning[420] y muchos notables del lugar, y el buen huésped no hiciera otra cosa que descalzarse las botas para al rato volver a calzárselas,[421] a la postre se dio al diablo y dijo a la esposa:

—¡Basta! ¿A qué seguir aquí, sin paz ni sosiego, habiéndome regalado el Emperador el lago del Guerrero Negro? Mudémonos allá cuanto antes, que un poco de quietud no me vendría mal.

Y dicho y hecho; esa misma noche la pasaron en el lago.

Emplazado a un costado de la antigua Ciudad Imperial,[422] a vista del templo del Canto del Gallo y grande como el del Oeste de Nanquín, el lago del Guerrero Negro[423] produce al año millares de fanegas de castañas de agua, raíces y semillas de loto y almendras de eurílalo, y en él faenan setenta y dos barcas que cada día abastan de pescado a la ciudad. De las cinco islas que tiene, cuatro albergan archivos y la otra, la del medio, elegida por morada de Zhuang Shaoguang, un dilatado jardín y una quinta de docenas de aposentos. Hay en ella vetustos árboles de grosísimo tronco, y ciruelos, durazneros, plataneros, canelos y crisantemos que florecen y dan fruto en toda estación, a los que se suma un frondoso bosquecillo de docenas de miles de cañas. La quinta está abierta en ventanales por los cuatro costados, desde los que se divisa un paisaje lacustre propio de tierra de inmortales. Una barca fondeada a su puerta testimonia que, si no es por agua, nadie puede llegar a ésta ni a las otras islas. Tal es el lugar en que se afincó Zhuang Shaoguang.

Deleitábanse un día los esposos en el balcón con la sublime vista, cuando él sonriendo dijo: «¡Mirad cuánta belleza reunida, y toda es nuestra! Aquí holgaremos toda la vida con nuestro retiro, no como Du Shaoqing, que para ver las flores tiene que llevar a su señora esposa[424] al monte Qingliang.» En estas y otras ocupaciones pasaba Zhuang Shaoguang las horas, y cuando no tenía que hacer, pertrechado de una jarra de vino pedía a la mujer que se sentara a su lado y leía en voz alta las *Exégesis del Libro de las*

---

[420] Shang, Jiang *er xian*, «los dos distritos de Shang[yuan] y Jiang[ning]» que formaban parte de Nankín en las dinastías Ming y Qing.

[421] *Chuanle xue you tuo*, *tuole xue you chuan*: lit. «se pone las botas y se las quita, se quita las botas y se las vuelve a poner», lo que indica que recibe a muchos visitantes. Calzar las botas los funcionarios era preceptivo para recibir visitantes en casa.

[422] Taicheng, «ciudad del estrado», donde estaban las dependencias del palacio y del gobierno en la dinastía Jin del Este (317-420) y en las Dinastías del Sur (420-589), situada al norte de la actual ciudad y al sur del monte del Canto del Gallo (Jiming). La palabra «estrado» (*tai*) es sinónimo de «imperial» y formaba parte del nombre de muchos de los funcionarios e instituciones imperiales principales.

[423] Actual Xuanwu, en pleno Nankín. El «guerrero negro» (o «tortuga negra», otra de sus denominaciones) era una de las criaturas mitológicas protectoras de los cuatro puntos cardinales. Protegía el norte y estaba asociado con el invierno y el agua en la antigua cosmología china.

[424] *Zunkun*, a «la respetada [persona de la] habitación de las mujeres», expresión de respeto aplicada a la esposa del interlocutor o, en este caso, de un tercero.

odas de Du Shaoqing, celebrando ambos con risas y un buen tazón los mejores pasajes. Vida regalada en verdad era la suya en mitad del lago.

Un buen día, el barquero llevó a la isla a uno que hacía señas desde la orilla; viendo Zhuang Shaoguang que no era otro que Lu Xinhou, salió muy alborozado a recibirlo y le dijo:

—Desde que nos separamos en el camino no he tenido noticias vuestras. ¿Cómo habéis podido dar con mi paradero?

—Ayer estuve en vuestra antigua morada —respondió Lu Xinhou—, donde me dieron razón, y hoy ya me tenéis aquí. Ya veo que vivís como un inmortal. ¡Cómo os envidio!

—Aquí estamos, al margen del mundo, no en el Paraíso de la Flor del Durazno, mas acaso por ahí cerca. Habréis de quedar con nosotros un tiempo, para que la próxima vez sepáis bien el camino.

Al rato ya estaban platicando y bebiendo en buena compaña. Y en ello seguían la noche cerrada, cuando al filo de la tercera vigilia entró corriendo un criadillo y muy alterado dijo: «¡Ahí fuera hay centenares de soldados del príncipe de la Colina del Centro, con más de un millar de antorchas, que han apresado las setenta y dos barcas de pesca y tienen cercado el jardín!» Grande fue el sobresalto de los contertulios; y aún no se habían repuesto de él, cuando otro criado entró y anunció: «Señor, un general os espera en la sala.» Zhuang Shaoguang salió al punto y fue saludado por el general, a quien preguntó:

—¿Pues qué tiene mi humilde morada?

—Descuidad, que vuestra digna morada no es parte en lo que nos ocupa —dijo el general, susurrándole al oído—: Sabemos por un confidente que Lu Xinhou guarda en casa el libro prohibido de Gao Qingqiu; hasta acá venimos siguiéndolo, y como de la Corte nos han dicho que es práctico en artes marciales, traemos la milicia para arrestarlo. No le digáis nada, que no escape.

—Dejad el caso en mis manos, general —dijo Zhuang Shaoguang—, que mañana le pediré que se entregue, y si huye respondo de ello.

—Vuestra es la postrer palabra, señor —respondió el general—. Nos vamos, pues.

Zhuang Shaoguang lo acompañó a la puerta, y el general dio orden de pasar a la ribera del lago. Apenas ido, Lu Xinhou, que había escuchado el diálogo, salió y dijo:

—Por esforzado me tengo, y jamás huiría para enredaros a vos; mañana me entrego.

—Pasaréis unos días en la cárcel —dijo sonriendo Zhuang Shaoguang—, pero os certifico que en menos de un mes seréis libre y podréis hacer de vuestra capa un sayo.

Lu Xinhou se entregó, y Zhuang Shaoguang despachó sin tardanza cartas a oficiales principales de la Corte, recibiéndose en poco tiempo la orden de libertad y, con ella, noticia de que el denunciante había sido castigado como era debido. Lu Xinhou pasó a darle las gracias, y aún vivió en su casa unos días.

A poco de irse, el barquero trajo otros dos hombres que habían hecho señales desde la orilla, que resultaron ser Chi Hengshan y Du Shaoqing, a los que Zhuang Shaoguang salió a recibir diciéndoles:

—¡Qué bien, buscando con quien platicar, oigo los huéspedes llegar!

Y tomaron los tres asiento en un pabellón abierto al lago. Como los visitantes dijeran que venían a deliberar sobre el ceremonial y la música para el templo de Taibo, pusiéronse a ello, y entre trago y trago pasaron el día trazando un muy cumplido plan, que Chi Hengshan tomó consigo, ya pasado en limpio, al disolverse la reunión.

Pronto pasó el año nuevo. A mitad de la segunda luna, Chi Hengshan convocó a Ma Chunshang, Qu Xianfu, Ji Weixiao, Xiao Jinxuan y Jin Dongya en la casa ribereña de Du Shaoqing, poniéndolos en autos de la facienda del templo. Hablaban del orden de ceremonia, cuando uno de ellos dijo:

—¿Quién va a ser el sumo sacerdote?

—Nuestras ofrendas son en honor de un gran sabio —respondió Chi Hengshan—, y gran sabio ha de ser el que las presente. Busquemos, pues, a tal hombre.

—¿Y quién podría ser, según vos? —preguntaron los otros.

Chi Hengshan cruzó los dedos, y dijo un nombre. Y, por causa de ello,

En las fontanas del río Amarillo
Refluyen mil corrientes y ramales;
En el vientre materno del sonido
Revierte el son del bronce y de los jades.[425]

Pero para saber de quién era el nombre, tendrás que leer el siguiente capítulo.

[425] *Yu zhen jin sheng*, *jinru huangzhong zhi guan*: «el jade vibra y el bronce suena en total consonancia con el tubo *huangzhong*», el que hace las veces de diapasón en la antigua gama cromática china de doce semitonos, usado para afinar otros instrumentos, como los «jades sonoros» y las «campanas de bronce». La frase, inspirada en *Mencio* («Wang Zhang, II»), alude a la capacidad de Confucio para concitar en su persona («el tubo *huangzhong*») el talento y las nobles cualidades morales (el «jade» y el «bronce») de otros sabios de la antigüedad. En el texto anuncia el encuentro de personajes de tales características.

CAPÍTULO XXXVI

VIENE AL MUNDO UN VERDADERO LETRADO EN EL DISTRITO DE CHANGSHU; OFICIA DE SUMO SACERDOTE UN EMINENTE SABIO EN EL TEMPLO DE TAIBO

Hay en el distrito de Changshu, prefectura de Suzhou, una aldea que llaman de la Cinta del Unicornio, morada de un par de centenares de familias de colonos, donde descolló en su tiempo, por no ser el suyo oficio de labranza, el señor Yu, maestro de escuela y aprobado del examen prefectural en época de Chenghua, el cual falleció de ochenta años, luego de treinta de licenciatura, sin haber pisado más que con ocasión de los exámenes la capital del distrito, que distaba legua y media de su casa. El hijo, maestro como él, aunque no más de bachiller, andaba ya entrado en años y no tenía descendencia, por lo que un buen día marchó con la mujer al templo de Wenchang, el patrono de la literatura, donde imploró por la continuación de la estirpe. Y como por esas fechas soñara que el Patrono le daba una tirilla de papel con una frase del *Libro de los cambios* que decía: «El hombre virtuoso nutre su virtud en el cultivo de la constancia», resultó que de allí a poco la mujer quedó encinta, pariendo al término de los diez meses al que con el tiempo sería el doctor Yu. En agradecimiento a Wenchang, el padre dio por nombre al recién nacido el de Yude, o, lo que es igual, «El que Nutre su Virtud», reservándole el sobrenombre de Guoxing, «Cultivo de la Constancia».

El niño creció, y como de tres años quedara huérfano de madre, el padre lo llevó consigo a la casa donde enseñaba; a los seis años empezó a darle instrucción, y de diez volvió a mudar con él a casa del venerable Qi, apalabrado por preceptor, donde sirvió cuatro años, al cabo de los cuales cayó tan enfermo, que viéndose a las puertas de la muerte, llamó a su lado al amo y le confió al hijo, a la sazón de catorce años.

—Vuestro hijo no es como los demás —le respondió el venerable Qi—, y cuando partáis habrá de reemplazaros como preceptor del mío.

Y, diciendo y haciendo, escribió su nombre en una esquela, y en compañía de su propio hijo, de nueve años, en la sala de lectura presentó respetos al nuevo preceptor. El padre murió, y Yu Yude pasó los años siguientes de su vida dando lección en casa del venerable Qi.

Changshu es ciudad de hombres de letras, y en ella vivía por esa época Yun Qingchuan, poeta sin par bajo los cielos en lo tocante al modo antiguo, con quien comenzó a estudiar poesía Yu Yude al cumplir los dieciocho años. Un buen día, el venerable Qi le dijo:

—Eres pobre, maestro Yu, y la poesía poco servicio puede hacerte, que más te valiera emplearte en otras doctrinas con que te ganes la vida. Yo de mozo estudié geomancia y aprendí a leer el porvenir y a señalar los días faustos; de buen grado te enseñaré cuanto sé, por si un día te puede ser de provecho. Y, por sobre todo, habrías de hacerte con un par de antologías de exámenes y estudiarlas a fondo, que nunca habrán de faltar las tutorías si te recibes de licenciado.

No pasó por alto el consejo Yu Yude, y apenas pudo, compró unos pocos libros de composiciones, entregándose a su estudio. De ello se siguió que a los veinticuatro años pasara el examen de licenciatura, asentando al siguiente de tutor, por treinta onzas al año, con el señor Yang, de la aldea de la Casa de Yang, legua y media allá de la de Cinta del Unicornio.

El señor Yang le daba licencia el mes en que caía el año nuevo, y Yu Yude pasaba las fiestas en casa del venerable Qi. Al recibirlo el segundo año, su antiguo amo le dijo:

—Tu padre te arregló casamiento con la hija de los Huang; ya es hora de que te cases.

Y pues le quedaban a Yu Yude una docena de onzas de los gajes de aquel año, con ellas y otras tantas que pidió adelantadas pudo al cabo contraer matrimonio, aposentándose con su esposa en un cuarto que el venerable Qi le había cedido. Al mes volvió a su puesto, y desde entonces hizo lo imposible por ahuchar los dineros que le daban, poniendo en ello tanto empeño, que a los dos años tenía ya guardadas veinte o treinta onzas, con las que ajustó un criadillo y alquiló una casa de cuatro cuartos cercana de la del venerable Qi. En saliendo de mañana a dar su lección, el criadillo se llegaba a un mercado que había a obra de una milla y compraba leña, arroz, aceite, harina o verduras, según fuere menester, y al volver hacía compañía a la señora, que andaba muy desmejorada con la crianza de los hijos, aunque se iba reponiendo con tres tazones de gachas al día, pues los gajes del marido no alcanzaban para remedios.

El año en que Yu Yude cumplía los treinta y dos quedó sin empleo; la esposa le preguntó con desasosiego:

—¿Y cómo vamos a hacer este año?

—No os inquietéis —respondió él—, que treinta onzas al año no han faltado desde que estoy dando lección; pues si un año hubiese ajustado por menos desde el primer mes, allá por el cuarto o quinto habría buscado uno o dos alumnos de más o alguna composición que corregir para redondear al cabo las treinta onzas; y de haber ajustado por más, me hubiera dicho: «Muy bien, este año las cosas van mejor», pero a buen seguro no hubiese faltado en casa ocasión de gastar los dineros sobrantes. Todo está predestinado, y más vale no hacer caso de ello.

Y parecía no faltarle razón, pues al poco tiempo el venerable Qi asomó por su casa y le hizo saber que cierta familia Zhang, de una aldea lejana, lo requería para buscar asentamiento de una tumba. Pertrechado de su brújula de zahorí, Yu Yude partió a la aldea señalada, y ya en ella empleó lo mejor de su ciencia en la búsqueda, dando al cabo con un lugar que era de su agrado y también de los de Zhang, que por su empeño le pagaron doce onzas.

Cumplido el encargo, Yu Yude alquiló una barca para tornar a casa. Mediaba el tercer mes, y el hervor de los duraznos en flor y los sauces que poblaban la ribera, unido a la caricia de la brisa, lo colmaban de dicha. Asomado a la ventana de la cámara admiraba en un remanso la pesca con cormorán,[426] cuando de súbito vio poco más allá,

[426] La pesca con cormorán es una de las artes aún practicadas en China y otros países asiáticos. El ave es atada a la barca del pescador con una larga cuerda que le ciñe el cuello y le impide tragar los peces que atrapa.

en la orilla opuesta, a un hombre arrojándose al río. Apremiado por Yu Yude, el barquero remó con toda celeridad hasta el lugar del suceso y logró sacar al hombre con vida; estaba empapado de la cabeza a los pies, pero no le hacía, porque el día era tibio, y Yu Yude lo apremió a mudar las ropas mojadas por otras secas que llevaba el barquero, ofreciéndole luego pasar a la cámara, donde le preguntó el porqué de su acción.

—Señor —respondió el hombre—, vuestro humilde servidor se ganaba la vida en el laboreo de la tierra, cultivando para el hacendado; pero el hacendado me engañó y dejó sin tierra, y mi padre enfermó y murió, y no teniendo dineros ni para la caja, he creído lo mejor morir, que no es razón seguir viviendo en este mundo.

—Eso demuestra vuestra gran piedad filial —dijo Yu Yude—; pero tampoco hay que llegar a tales extremos. Aquí llevo doce onzas, que acabo de ganar, y aunque no puedo desprenderme de todas, pues las he menester para los meses venideros, cuatro sí os daré, que cuando las mostréis a vuestros parientes y vecinos y les hagáis saber vuestra desazón, a fe que habrán de ayudaros y podréis sepultar a vuestro señor padre.

Y, diciendo esto, desenvolvió la plata y pesó cuatro onzas, que dio al hombre, quien las tomó dándole las gracias y preguntando al punto:

—¿Cuál es el honorable nombre de mi benefactor?

—Me llamo Yu —respondió éste—, y soy de la aldea de la Cinta del Unicornio. Mas no perdamos el tiempo en pláticas, que aún no habéis puesto en orden vuestros negocios.

Con que el hombre se fue, no sin antes reiterar las gracias, y Yu Yude siguió camino, llegando sin otro contratiempo a casa. Y de casa no salió hasta la segunda mitad del año, en que volvió a encontrar empleo de preceptor. A finales de invierno, su mujer le dio otro hijo, a quien puso por nombre Ganqi, o «Gracias le sean dadas a Qi», por los favores que del venerable señor había recibido. Y cinco o seis años más estuvo de preceptor, hasta que, cumpliendo los cuarenta y uno, dispuso presentarse a los exámenes provinciales que en breve habrían de celebrarse. Con tal ocasión, el venerable Qi fue a despedirlo y le dijo:

—Maestro Yu, este año habrás de pasar, y entre los mejores.

—¿Qué os hace creerlo?

—Las buenas obras ocultas que has hecho.

—¿Que yo he hecho buenas obras ocultas?

—Pusiste el alma en encontrar el mejor lugar para la tumba de aquel hombre, y salvaste de la muerte a otro que acababa de perder al padre. Éstas son buenas obras, que has hecho ocultamente.

—Las buenas obras —repuso sonriendo Yu Yude—, para que sean tales, no deben conocerlas más que el que las hace, y éstas ya han llegado a oídos vuestros, señor tío, perdiendo con ello su cualidad de ocultas.

—Sí, lo son —repitió el venerable Qi—, y este año habrás de aprobar.

A su debido tiempo, Yu Yude marchó a Nanquín e hizo los exámenes, volviendo enfermo del frío que en el camino había pasado. El día en que salieron los resultados, por su casa apareció un mensajero y junto a él el venerable Qi, quien le dijo:

—Maestro Yu, has aprobado.

Oyólo Yu Yude, y en el propio lecho de enfermo concertó con la mujer empeñar unas ropas para dar albricias al mensajero, lo cual encomendó al venerable Qi, que así hizo. Unos días tardó en sanar el enfermo, y lo primero que hizo fue marchar a la ciudad para conocer las circunstancias de su aprobado, encontrando, a la vuelta, la casa llena de presentes que amigos y hacendados le habían mandado. A poco, puestos de nuevo en orden sus negocios, fue a la capital para hacer los exámenes metropolitanos; pero no aprobó.

Quiso en eso la suerte que el señor Kang, afamado oficial del distrito de Changshu, fuese nombrado gobernador provincial de Shandong y tomara a Yu Yude por consejero, llevándolo consigo a su nuevo puesto, donde lo empleó en la composición de versos y toda suerte de escritos. En la residencia también prestaba sus servicios otro escribano, You Zishen, el cual, asombrado del gran saber de Yu Yude, no tardó en hacerse discípulo suyo, mudándose a su cuarto para poder recibir sus enseñanzas día y noche. Era la época en que el Emperador había decretado la leva de hombres de talento, y sabedor You Zishen de que el gobernador andaba buscando a quien recomendar, dijo a Yu Yude:

—Vuestro discípulo quisiera proponer al gobernador que os recomiende para tan alto honor.

—No soy merecedor de tanto —respondió sonriendo Yu Yude—. Y si el gobernador quiere en verdad recomendar a alguno, resuelva él, que recabar tan alta distinción sería mucho atrevimiento.

—Si no queréis plaza oficial —prosiguió You Zishen—, siendo recomendado habrán de llamaros a la Corte en audiencia, y veáis o no al Emperador Nuestro Señor, siempre os cabría demostrar vuestro superior continente rechazando el cargo y volviendo a casa.

—Decís mal, pues por un lado queréis que pida recomendación, y por otro que rechace el cargo si soy llamado en audiencia, y eso vendría a demostrar que yo mentía, o bien al buscar recomendación o bien al no aceptar el nombramiento. ¡Quien viera tal cosa! —respondió el maestro, rompiendo a reír.

Entre unas y otras cosas pasó Yu Yude dos años más en Shandong, al cabo de los cuales tornó a la capital para dar de nuevo el examen, suspendiéndolo por segunda vez, por lo que tomó barca al sur y se retrajo en su casa, en la que siguió empleado en la enseñanza. Tres años más tarde, ya de cincuenta, pidió al criado Yan, de la casa de Yang, lo acompañase a la capital para hacer el examen, y esta vez sí aprobó, y también con el segundo grado el de palacio que de allí a poco hizo, merced a lo cual pasó a las listas de candidatos para el ingreso en la Academia Hanlin, elevadas para sanción al propio Emperador. Y ocurrió que los candidatos de cincuenta o sesenta años habían dado edades menores de las que tenían, con excepción de él, que no se quitó ni un día, de modo que el Emperador, al verlo en las listas ya quintañón, dijo: «Este Yu Yude es entrado en años, y hay que darle plaza liviana.» Y, gracias a ello, Yu Yude fue nombrado doctor del Colegio Imperial de Nanquín.

«Nanquín es buen lugar —se decía el ahora doctor, henchido de gozo—. Tiene montes y lagos, y está cerca de casa. Apenas llegue, mandaré por la familia y viviremos juntos. ¡Más me place esto que ser simple académico de la Hanlin!» Pagado, pues, de su destino, marchó a despedirse de los presidentes de examen y tras de ellos, de los ancianos más venerables de su propio distrito. Uno de éstos, el señor Wang, que fuera lector de la Academia Hanlin, le dijo:

—En el Colegio Imperial de Nanquín estudia Wu Shu, o Zhengzi de adulto, hombre de mucho talento, de todos conocido por cuidar de su madre con verdadera piedad filial. Haced por él cuanto esté en vuestra mano, si a bien lo tenéis.

A ello asintió el doctor Yu, quien, dando por concluidas sus visitas, aprestó el bagaje y marchó a Nanquín. Una vez allí, despachó un asistente a Changshu con orden de dar escolta a la mujer, y ésta llegó acompañada de Ganqi, que a la sazón andaba por los dieciocho años. Con ello fue a saludar al honorable Li, el gran libador, ocupando al cabo su sitial en el Aula Magna, donde acudieron para presentarle respetos todos los alumnos del Colegio Imperial. El doctor Yu leyó las esquelas que le hacían llegar, y como entre ellas descubriera la de Wu Shu, se levantó y preguntó:

—¿Quién es Wu Shu?

—Un servidor, maestro —respondió, adelantándose, uno más bien menudo.

—En la capital oí hablar de vuestra ejemplar piedad filial y de vuestro gran talento —prosiguió el doctor, haciendo una reverencia e instando a todos a tomar asiento.

—Excelsa como el monte Tai y la Estrella Polar es vuestra ciencia, maestro —dijo Wu Shu—, y grande nuestra dicha, pues llegáis como la lluvia oportuna que tanto esperábamos.

—Vuestro hermano menor viene por primera vez a este lugar —respondió el doctor Yu—, mas hará cuanto sea posible porque sus enseñanzas os sean de provecho. ¿Cuántos años lleváis en el Colegio?

—Vuestro discípulo perdió al padre de niño, y a falta de esposa o hermanos, hubo de quedar en el campo al cuidado de su madre, mirando por la comida y la ropa; por eso tardó en presentarse a exámenes. Cuando mi pobre madre dejó este mundo, el señor Du Shaoqing de Tianchang cargó con las costas del funeral, y comencé a estudiar poesía con él.

—Del pupitre de You Zishen tomé en cierta ocasión una antología de Du Shaoqing, y a fe que me pareció compuesta por hombre de extraordinario talento. ¿Está aquí ahora?

—Vive en una casa ribereña, cabe el puente del Buen Cruzar.

—¿Y el señor Zhuang Shaoguang, a quien el Emperador Nuestro Señor dio por feudo el lago del Guerrero Negro? ¿Vive en el lago?

—Sí, allí vive —respondió Wu Shu—, pero apenas recibe.

—Mañana pasaré a verlo.

—Vuestro discípulo —prosiguió Wu Shu, retomando el hilo de la plática— nada sabía del arte de la composición, hasta que, viéndose en la miseria y sin una tutoría de qué vivir, no tuvo más remedio que estudiar sus fundamentos en un par de libros que había comprado; se presentó al examen de licenciatura, aprobó, y sus respetados maestros tuvieron a bien, no sé por qué, ponerlo el primero de la lista y hacerle pensionista. Mis composiciones no valen gran cosa, pero siempre salgo el primero en los certámenes de poesía; tal ocurrió la vez postrera, en unas justas para ocho escuelas de distrito convocadas por uno de mis maestros, y por eso fui mandado al Colegio Imperial. Mas vuestro discípulo sabe a ciencia cierta que no es diestro en el arte de la composición.

—Yo tampoco tengo paciencia para escribir composiciones —dijo el doctor Yu.

—De ahí que, antes que traer sus composiciones, vuestro discípulo prefiera someter al juicio del maestro, otro día, sus versos y otros escritos, amén de unos *Comentarios fáciles de textos antiguos* que ha compuesto.

—Ya veo que vuestra fama no es infundada; traedme esos escritos, que los leeré detenidamente. Decidme: ¿han dado honores póstumos a vuestra difunta madre?

—A ellos tiene derecho,[427] maestro, mas como no puedo costear las diligencias, aún no se los han dado. La culpa es de vuestro discípulo.

—¿Cómo es posible? —se preguntó en voz alta el doctor Yu. Y, pidiendo pincel y tintero, dijo a Wu Shu:

—Escribid ahora mismo el memorial.

Hecho éste, ordenó a un escribano:

---

[427] Según las disposiciones de la dinastía Ming, la mujer que hubiese guardado la viudez hasta los cincuenta años después de perder al marido antes de los treinta, o que al cumplir los treinta años se hubiese mantenido viuda durante quince, recibía el título honorífico de «mujer casta» (*jiefu*) y tenía derecho a un rótulo laudatorio, un epitafio de algún personaje importante o un arco conmemorativo.

—Ocupaos a la mayor brevedad de cuanto concierne a la exaltación de la madre del licenciado Wu, que estamos elevando memorial de ello. Las costas corren de mi cuenta.

El escribano así prometió hacerlo, y ya que hubo partido, Wu Shu se arrodilló en señal de gratitud y los compañeros lo secundaron de palabra, marchando todos al cabo en compañía del doctor Yu, que salió a despedirlos.

Al otro día, el doctor Yu se llegó al lago del Guerrero Negro con propósito de presentar respetos al honorable Zhuang; mas como éste no lo recibiera, se llegó a ver a Du Shaoqing, quien lo trató de «tío» apenas supo que el abuelo de él había sido discípulo del suyo propio, el letrado supremo. Platicaron del pasado, y como en eso el doctor Yu mencionara que venía de pasar por casa del señor Zhuang, pero que no lo había recibido, Du Shaoqing dijo:

—Él no sabe quién es el señor tío, mas vuestro sobrino irá a verlo para ponerlo en autos.

El doctor Yu marchó al cabo de un rato. Al otro día Du Shaoqing se llegó a la casa del lago del Guerrero Negro, preguntando a Zhuang Shaoguang:

—¿Cómo no recibisteis ayer al doctor Yu?

—He roto con todas esas gentes de bonete y parasol —respondió sonriendo Zhuang Shaoguang—, y a ninguno de ellos quiero ver, por bajo que sea su grado.

—El doctor Yu no es como lo demás, pues nada hay en él de la altanería de otros instructores y graduados de palacio, y en su talante más bien recuerda a un gran personaje de la dignidad de Bo Yi, Lin Xiahui o Tao Jingjie.[428] Lo veréis por vos mismo cuando tengáis ocasión de conocerlo.

Tomó Zhuang Shaoguang muy en cuenta estas palabras, y así tuvo ocasión devolvió la visita al doctor, congeniando muy bien con él desde el primer instante. El doctor admiraba la calma interior del señor Zhuang, y el señor Zhuang la benevolencia del doctor, y los dos se hicieron amigos de por vida.

Medio año más tarde, el doctor creyó llegado el momento de casar al hijo, y lo comprometió con una nieta del venerable Qi que había sido discípula suya, demostrando, con ello, su deuda de gratitud para con la familia en que fuera preceptor, con la cual quedaba emparentado en virtud de la alianza. Las bodas se celebraron, y como los padres de la desposada dieran en satisfacción una criada para ayudar en la casa a la honorable esposa[429] del doctor Yu, éste no tardó en emparejarla con el mayordomo Yan, quien quiso pagar diez onzas por arras, a lo que se opuso su benefactor diciéndole: «Habréis de aprestar ropas, cama y otras cosas; haz cuenta que yo te doy estas diez onzas, y empléalas en comprar cuanto hayáis menester.» Con que el mayordomo salió muy contento, no sin antes besar con la frente el suelo en señal de agradecimiento.

En un abrir y cerrar de ojos llegó la segunda lunación, y con ella el despuntar de brotes encarnados en el ciruelo que el doctor había plantado el año anterior, a poco de

---

[428] Personajes conocidos por su virtud que comparten un rasgo común: el rechazo, por razones éticas, de la vida oficial, o el retiro a la paz del campo después de haber estado relacionados en mayor o menor grado con el mundo oficial en calidad de funcionarios o incluso de legítimo pretendiente al trono (Bo Yi). Bo Yi (c. s. XI aC) rechazó el trono que le ofrecía su hermano menor, Shu Qi, a la muerte de su padre, señor de Guzhu; ambos se retiraron a vivir al monte Shouyang y murieron de hambre por rechazar cualquier alimento procedente de los dominios del rey Wu de Zhou, en protesta por la conducta poco filial del soberano. Liuxia Hui (720-621 aC), alcaide de prisión en el reino de Lu, abandonó la vida oficial en protesta por la corrupción de la corte y los intentos de sobornarlo. Tao Jingjie, nombre póstumo del famoso poeta Tao Yuanming (365-427), ejerció un cargo oficial que abandonó por ser incompatible con sus ideales.

[429] *Ruren*, a la «docta persona», título conferido a la madre y esposa de los funcionarios superiores al séptimo grado en las dinastías Ming y Qing.

su llegada, feliz ocasión que aprovechó para aderezar un banquete, al que convidó a Du Shaoqing. Sentado a la sombra del árbol, decía el doctor:

—Ya tenemos aquí la primavera, Shaoqing; tiempo es de ver los ciruelos en flor de las márgenes del río, y para ello nada mejor que aparejar allá una merienda, regada con buen vino.

—Justamente venía pensando en convidar al tío y al hermano Zhuang a ir de gira —respondió Du Shaoqing.

Llegaron en eso dos visitantes, que resultaron ser Chu Xin y Yi Zhao, quienes vivían a las puertas del Colegio Imperial y cultivaban desde hacía años el trato con sus instructores. El doctor los saludó y les ofreció asiento, y ellos, con gran cortesanía, porfiaron en ocupar lugar inferior al de Du Shaoqing. Acomodados al cabo, llegó el vino, y comenzando a beber, Chu Xin tomó la palabra:

—Estamos al inicio de la primavera, maestro, buena fecha para celebrar vuestro cumpleaños y para recibir presentes que os ayuden a pasar los meses malos.[430]

—Decid que sí, maestro —añadió Yi Zhao—, que este discípulo se empleará en pregonarlo.

—¿Y qué hago yo celebrando ahora mi cumpleaños, si no es hasta el mes octavo? —repuso el doctor Yu.

—Eso no le hace, maestro —dijo Yi Zhao—, que bien podríais celebrar ahora, el mes segundo, un cumpleaños, y otro en el octavo.

—¡Qué despropósito! —exclamó el doctor Yu—. Vamos, señores, beban, y déjense de chanzas.

Con lo cual se volvió a Du Shaoqing, que se estaba riendo, y le dijo:

—Debo pediros una merced, Shaoqing. Y es que hace unos días, de la casa del príncipe de la Colina del Centro[431] me hicieron encargo de componer un epitafio para una virtuosa dama que se quitó la vida al morir su marido, y me mandaron ochenta onzas en pago de ello. Lo que os pido es que compongáis vos el epitafio, y aceptéis el dinero, con parte del cual podréis aderezar la gira.

—¿No podéis componerlo vos, tío? —arguyó Du Shaoqing—. ¿Por qué me lo pasáis a mí?

—No tengo vuestro talento —respondió sonriendo el doctor Yu—. Tomad esto, y mirad qué podéis hacer.

Y, sacando de la manga un billete en que se cifraba la vida y obras de la dama, lo pasó a Du Shaoqing al tiempo que ordenaba al criado entregase dos envoltorios de plata al sirviente de su amigo. El criado entró en la casa, y al rato volvió con la plata, diciendo:

—Acaba de llegar el señorito Tang.

—Hazlo pasar —dijo el doctor Yu; y ya que vio al criado entregar los envoltorios y marchar, prosiguió:

—Es mi sobrino, a quien cedí la primera casa que tuve en Nanquín; por eso vendrá a verme.

Según lo decía, llegaba ya al jardín el señorito Tang, quien hizo una venia, tomó asiento y trocó cortesías con los presentes, dirigiendo su palabra al doctor:

—Mediando el año pasado me quedé sin dineros, tío, y hube de vender la casa.

---

[430] Los meses que median entre el final de la primavera y el comienzo del otoño eran de escasez, por no haber cosechas. Los estudiantes y maestros que se prestaban a ello organizaban los cumpleaños en fecha aleatoria para beneficiarse de los regalos y convites de los demás.

[431] Zhongshan *wangfu*. Se refiere al general Xu Da, el mismo que en el capítulo XXII aparece como «duque de estado».

—Hiciste bien —respondió el doctor—, pues tenías que sustentar a tu familia. ¿Y para decírmelo vienes de tan lejos?

—Desde que vendí la casa no tenemos donde vivir, tío, y vengo a pediros con qué alquilar unos cuartos.

—Claro —dijo el doctor—, la vendiste y no tenéis donde vivir. Bien, por suerte aquí en casa tengo treinta o cuarenta onzas, que mañana podrás recoger para alquilar los cuartos.

No dijo más el señorito Tang. El banquete concluso, Du Shaoqing partió y el doctor fue a despedirlo, volviendo al rato con los otros dos visitantes.

—¿El maestro es amigo de Du Shaoqing? —le preguntó Yi Zhao.

—Sí, a nuestras casas las une de antiguo una gran amistad —respondió el doctor—. ¡Cuánto talento el suyo!

—Vuestro discípulo no debiera hablar —prosiguió Yi Zhao—, pero todos saben que Du Shaoqing era rico y empobreció y vino a esconderse a Nanquín, donde vive sacando los dineros a la gente y haciendo alarde de su poca vergüenza.

—¿Haciendo alarde de su poca vergüenza?

—Así es, que lleva a su mujer a las tabernas, y todos se ríen de él.

—Eso demuestra que es hombre cultivado y poco común. Claro, la gente vulgar no puede entenderlo.

—Sea como fuere, maestro —terció Chu Xin—, la próxima vez que os hagan una encomienda, no se la déis a él, que poco bueno puede salir del pincel de quien no se presenta a exámenes, y ello iría en descrédito de vuestra fama. Dádselo mejor a uno de nuestros amigos aprobados del Colegio, que lo hará de balde, y bien.

—No es ése mi parecer —dijo con gravedad el doctor—, pues la maestría de letras de Du Shaoqing es tan conocida de todos, y sus obras tan admiradas por doquier, que cuanto escriba en mi nombre por fuerza me honra. Por ese epitafio me han dado cien onzas, y si le he dado ochenta ha sido por guardar veinte para mi sobrino.

No volvieron a abrir la boca Chu Xin y Yi Zhao, quienes al rato se fueron. Al otro día, de la audiencia mandaron al doctor, para que le diese el debido castigo, a un alumno acusado de jugar de envite. Venía escoltado de un bedel y un alguacil, los cuales preguntaron:

—¿Dónde lo encerramos, señor?

—Háganlo pasar —ordenó el doctor.

El alumno, que se llamaba Duan y era de familia campesina, entró llorando, y postrado de rodillas explicó la injusticia de que era víctima, a lo que respondió el doctor: «Me doy por enterado.» Y lo alojó en la biblioteca, comió con él en la misma mesa y le dio ropa de cama; y, resuelto a echarle una mano, a la mañana siguiente se presentó en la audiencia y alegó que la acusación era falsa, logrando su libertad. No sabía el alumno cómo darle las gracias, y arrodillado decía:

—Nunca podré pagar al maestro tanta benevolencia, aunque me muelan los huesos y los conviertan en polvo.

—No es nada —respondió el doctor—. Fuisteis víctima de una injusticia, y mi deber era repararla.

—Todo es obra de la gran bondad del maestro, pues cuando me trajeron a esta casa, yo estaba lleno de resquemores, preguntándome qué castigo me aguardaba, cuántos dineros habría de pagar al bedel o en qué lugar sería encerrado. ¿Cómo podía saber que ibais a darme trato de huésped distinguido, y que en vez de castigo me reservabais el presente de un par de días de felicidad? Vuestro discípulo nunca podrá pagaros tanta bondad.

—El caso os ha hecho perder unos días —dijo el doctor Yu—, y más vale que tornéis ya a casa y no perdáis el tiempo en agradecimientos.

Y el alumno así lo hizo. A la vuelta de unos días, el portero entregó al doctor una esquela grana que decía: «Vuestros menores Chi Hengshan, Ma Chunshang, Ji Weixiao y Qu Xianfu; discípulos Wu Shu y Yu Hensheng, y sobrino de siempre Du Shaoqing os presentan respetos.» «¿Qué los traerá por aquí?», se preguntó el doctor Yu. Y, por causa de ello,

Oficiase solemne ceremonia
En el templo de un sabio de otros tiempos;
Admiran todos la elevada ciencia
De un doctor del Colegio del Imperio.

Mas para saber la razón de la visita, habrás de leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXXVII[432]

RESTÁURANSE LOS RITOS EN NANQUÍN CON OFRENDAS A UN SABIO; DESPIDEN A UN HIJO PIADOSO EN RUTA A SICHUAN EN BUSCA DEL PADRE

Salió, pues, el doctor Yu a recibir a los visitantes, a los que saludó y ofreció asiento, diciendo en eso Chi Hengshan:

—Señor, la ofrenda del templo de Taibo va a tener lugar en breve, y pues tan gran sabio merece por sumo sacerdote un hombre de virtud irreprochable, vuestros menores quieren que seáis vos el que oficie.

—No merezco el honor —respondió el doctor Yu—; aunque tampoco, a decir verdad, puedo ocultar mi gozo por participar en tan gran ceremonia. ¿Cuándo es?

—El primero del cuarto mes, señor —dijo Chi Hengshan—. Habríais de ir al templo la víspera y purificaros esa noche.[433]

En ello convino el doctor Yu, y los visitantes marcharon el té apurado, encaminándose a la casa ribereña de Du Shaoqing, en la que entraron y tomaron asiento.

—Nos faltan uno o dos para la ceremonia —dijo en eso Chi Hengshan.

—Justamente acaba de llegar un amigo de mi humilde distrito —dijo Du Shaoqing.

Y, haciendo venir al amigo, que se llamaba Zang Liaozhai, lo presentó a los visitantes, lo que aprovechó Chi Hengshan para convidarlo a la ceremonia:

—Señor, confío en que nos honréis tomando parte en la ofrenda.

—Será un honor —respondió Zang Liaozhai.

Y, con ello, los visitantes tornaron a sus casas. Llegado que fue el veintinueve del mes tercero, Chi Hengshan juntó a los celebrantes, saliendo con ellos de la ciudad por la puerta del Mediodía. Con él iban Du Shaoqing, Ma Chunshang, Ji Weixiao, Jin Dongya, Lu Huashi, Xin Dongzhi, Qu Xianfu, Yu Hesheng, Lu Xinhou, Yu Ganqi, Zhuge Tianshen, Jing Lanjiang, Guo Tiebi, Xiao Jinxuan, Chu Xin, Yi Zhao, Ji Tianyi,

---

[432] Algunas incongruencias que aparecen en la versión de Woxian caotang en lo que hace al número e identidad de los participantes en la ceremonia han sido subsanadas de acuerdo con la versión de la sala de Qisheng (1874).

[433] *Zhaijie*. La purificación comenzaba uno o varios días antes de los sacrificios o de las ceremonias importantes y comportaba, entre otras cosas, la abstinencia de relaciones sexuales, licor, carne y alimentos excitantes (cebolla, ajo, puerro, etc.), el baño corporal y el cambio de vestiduras.

Jin Yuliu, Zong Ji, Wu Shu y Zang Liaozhai. Zhuang Shaoguang se les unió de allí a poco.

Precedida de una empinada escalinata de docenas de escalones y del sacrificadero, éste a mano izquierda, la entrada del templo de Taibo se abre a un dilatado patio con gradas coronadas por tres puertas, origen de un par de galerías con altares de sabios de otras épocas que enmarcan una terraza donde se erige el pabellón de cinco naves consagrado a Taibo, y frente a su altar, una mesa de ofrendas, incensarios y palmatorias. Detrás, otras gradas conducen a un pabellón de cinco salas con sendas bibliotecas de tres cuartos a los costados.

Los letrados entraron por la puerta principal, señalada por un rótulo en caracteres dorados que dice «Templo de Taibo», y llegando a la galería de levante por la puerta que a este rincón se abre, dejaron atrás el pabellón principal y el del Estudio del Ceremonial, según reza su rótulo, dando consigo en la biblioteca de ese costado, en cuyo interior tomaron asiento. Al rato, Chi Hengshan, Ma Chunshang, Wu Shu y Qu Xianfu abrieron la puerta de uno de los pabellones, y de su sobrado bajaron unos instrumentos musicales, que repartieron entre la nave mayor y la terraza, según su uso, culminando el aderezo del lugar con un facistol de laca grana y oro, una banderola de señales que dejaron a un costado de la mesa para el incienso y la leña,[434] y aguamaniles y lienzos de mano dispuestos junto a las puertas laterales.

A la zaga de Jin Cifu y Bao Tingxi llegaban ya, saludando a la concurrencia, los músicos y danzantes. Constaba la orquesta de tañedores de jade sonoro, laúd, cítara, caramillo, tambor de macillos, almud sonoro, tigrecillo sonoro, organillo de cañas, gran campana, flauta, juego de campanas y juego de losas sonoras,[435] y el conjunto de danza, de treinta y seis jóvenes, formados en escuadra de seis en fondo,[436] a los que Chi Hengshan dio, para mayor lucimiento de las manos, una zampoña y una pluma de faisán por cabeza. De tarde llegó el doctor Yu, al que recibieron Zhuang Shaoguang, Chi Hengshan, Ma Chunshang y Du Shaoqing, quienes le ofrecieron té, ataviaron con el traje de ceremonia y llevaron al sacrificadero, donde pasó revista a las viandas propiciatorias. Esa noche todos se purificaron en las bibliotecas.

De par en par quedó abierto el templo a la quinta vigilia y los celebrantes, ya levantados, encendieron lámparas, cirios y antorchas dentro y fuera de la nave mayor, aquende y allende las puertas y a todo lo largo de las galerías. Chi Hengshan convocó a los oficiantes, saliendo de entre los presentes el doctor Yu, sumo sacerdote, y Zhuang Shaoguang, diácono; pero como ninguno aceptaba el honor de oficiar de subdiácono,[437] que todos lo proponían a él o al señor Du, al cabo hubo de resolver la cuestión diciendo: «Nosotros dos haremos de acólitos; que sea el señor Ma, que es de Zhejiang»; y aunque Ma Chunshang rechazó una y otra vez el ofrecimiento, a la postre hubo de ponerse al costado del doctor Yu y Zhuang Shaoguang. Con ello, Chi Hengshan y Du Shaoqing condujeron al terno al sacrificadero, dejándolos al cuidado de las viandas. Al volver, asignaron los oficios: Ji Dongya, maestro de ceremonias; Wu Shu, pendonista; Zang

---

[434] *Tingliao*, teas u otras leñas que se prendían durante el sacrificio en el patio de acceso a la sala principal.

[435] Los instrumentos —que aparecen en una traducción muy libre al español para ahorrar largas explicaciones— eran *qiu*, *qin*, *se*, *guan*, *taogu*, *zhu*, *yu*, *sheng*, *yong*, *xiao*, *bianzhong* y *bianqing*. Sobre «laúd» (*se*) y «cítara» (*qin*), cf. cap. VII.

[436] *Yiwu*, en formación de «danza cuadrada», que obligaba a los bailarines a colocarse en hileras en posición fija. Según el ceremonial de la dinastía Zhou del Oeste, los sacrificios celebrados por el emperador exigían una formación de ocho *yi* (64 ejecutantes), y los celebrados por los nobles, de seis *yi* (36 ejecutantes).

[437] La ceremonia se repetía tres veces. La primera vez era dirigida por el sumo sacerdote o maestro de ceremonias (*zhuji*), y la segunda y la tercera, por un diácono (*yaxian*) y un subdiácono (*sanxian*, *zhongxian*), respectivamente.

Liaozhai, maestro de plegarias; Ji Weixiao, Xin Dongzhi y Yu Hesheng, oferentes de vino; Qu Xianfu, Lu Xinhou y Yu Ganqi, oferentes de jade; Zhuge Tianshen, Jing Lanjiang y Guo Tiebi, oferentes de seda; Xiao Jinxuan, Chu Xin y Yi Zhao, oferentes de grano, y Ji Tianyi, Jin Yuliu y Zong Ji, oferentes de vianda. Ya asignados los oficios, ordenaron a Lu Huashi que se mantuviese al costado del maestro de ceremonias para atenderlo e invitaron a todos los presentes a salir por las puertas laterales.

Tres veces resonó el tambor anunciando el sacrificio, al cabo de las cuales Jin Cifu y Bao Tingxi entraron al frente de los músicos y los treinta y seis jóvenes danzantes, formándolos dentro y fuera de la nave mayor.

Al punto entró Jin Dongya, seguido de Lu Huashi, y exclamó:

—¡Apréstense los cortejadores!

Y los músicos asieron sus instrumentos.

—¡Ocupad vuestros puestos! —ordenó luego.

Y Wu Shu, el pendonista, condujo a los oferentes de vino Ji Weixiao, Xin Dongzhi y Yu Hesheng, a los de jade Qu Xianfu, Lu Xinhou y Yu Ganqi y a los de seda Zhuge Tianshen, Jing Lanjiang y Guo Tiebi a la parte oriental del antealtar; a Zang Liaozhai, maestro de plegarias, lo condujo ante el facistol, cabe el altar mayor, y a los oferentes de grano Xiao Jinxuan, Chu Xin y Yi Zhao y a los de viandas Ji Tianyi, Jin Yuliu y Zong Ji, a la parte occidental del antealtar, colocándose él también con su banderola en este extremo, cabe el resto.

—¡Suene la música! —ordenó Jin Dongya.

Y la música inundó la nave mayor.

—¡Recibid al espíritu!

Y Chi Hengshan y Du Shaoqing tomaron unos cirios y volvieron el rostro hacia la entrada, haciendo una profunda reverencia para recibir al espíritu.

—¡Cese la música!

Y la música calló en la nave mayor.

—¡Ocupen su puesto el diácono y el subdiácono!

Y Chi Hengshan y Du Shaoqing salieron y volvieron acompañando a Zhuang Shaoguang y Ma Chunshang, quienes se colocaron a diestra y siniestra del antealtar.

—¡Ocupe su puesto el sumo sacerdote!

Y Chi Hengshan y Du Shaoqing salieron y volvieron acompañando al doctor Yu, quien se colocó en la parte central del antealtar, acomodándose los dos primeros a los costados de la mesa del incensario.

—Abluciones —dijo Chi Hengshan.

Y él mismo y Du Shaoqing acompañaron al sumo sacerdote a lavarse las manos, tornando luego todos a sus puestos.

—Acérquese el maestro de ceremonias a la mesa del incensario —dijo Chi Hengshan.

Y del cubilete de palo de áloe que había sobre la tabla tomó Du Shaoqing una banderola bermeja rubricada con la palabra «Suene la música», al tiempo que el doctor Yu se allegaba a la mesa.

—¡Arrodillaos! ¡Presentad el incienso! ¡Haced las libaciones! ¡Bajad la cabeza! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡Volved a vuestro puesto! —ordenó Chi Hengshan

Du Shaoqing tomó otra banderola, y Jin Dongya dijo:

—¡Suene la música que delecta el espíritu!

Y a las órdenes de Jin Cifu tañeron los músicos sus instrumentos en la nave, callando tras unos breves compases.

—¡Ofrenda inicial! —anunció Jin Dongya.

Lu Huashi tomó del altar mayor una tablilla que decía «Ofrenda inicial»; y Chi Hengshan y Du Shaoqing, precedidos de Wu Shu con su banderola, condujeron al doctor Yu, el sumo sacerdote, a la parte oriental del antealtar, donde se les unieron Ji Weixiao, oferente de vino, Qu Xianfu, oferente de jade y Zhuge Tianshen, oferente de seda. Al frente del sumo sacerdote atravesaron el antealtar por su parte superior, y en su parte occidental se les unieron Xiao Jinxuan, oferente de grano, y Ji Tianyi, oferente de viandas; y bajando por esta parte occidental, pasaron por delante de la mesa del incensario y giraron a levante hasta el altar mayor, colocándose los acólitos Chi Hengshan y Du Shaoqing a los costados de la mesa mientras el oferente de vino Ji Weixiao, el de jade Qu Xianfu y el de seda Zhuge Tianshen hacían sus ofrendas al extremo de sinistra, y el de grano Xiao Jinxuan y el de vianda Ji Tianyi hacían las suyas al de diestra.

—Ocupad vuestro puesto y arrodillaos —dijo Chi Hengshan.

Y el doctor Yu se arrodilló ante la mesa.

—¡Ofrenda del vino! —anunció Chi Hengshan.

Y Ji Weixiao se arrodilló y presentó el vino al doctor Yu.

—¡Ofrenda del jade!

Y Qu Xianfu se arrodilló y presentó el jade al doctor Yu.

—¡Ofrenda de la seda!

Y Zhuge Tianshen se arrodilló y presentó la seda al doctor Yu.

—¡Ofrenda del grano!

Y Xiao Jinxuan se arrodilló y presentó el grano al doctor Yu.

—¡Ofrenda de la vianda!

Y Ji Tianyi se arrodilló y presentó la vianda al doctor Yu. Con ello, los oferentes se retiraron a sus puestos.

—¡Bajad la cabeza! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! —ordenó Chi Hengshan.

—¡Tañed los primeros sones de virtud, danzad pasos de virtud —dijo Jin Dongya.

Y la música cristalina inundó la nave, y los treinta y seis jóvenes danzantes agitaron las zampoñas y las plumas de faisán y bailaron. Música y danza conclusas, Jin Dongya ordenó:

—¡Arrodillaos al pie de la escalera y leed la plegaria!

Y Zang Liaozhai se arrodilló ante el facistol y leyó la plegaria.

—¡Volved con los demás! —ordenó Jin Dongya.

—¡En pie, y al puesto inicial! —ordenó al punto Chi Hengshan.

Y Wu Shu, Chi Hengshan, Du Shaoqing, Ji Weixiao, Qu Xianfu, Zhuge Tianshen, Xiao Jinxuan y Ji Tianyi salieron por la luz de poniente al frente del sumo sacerdote, tornando todos a sus puestos.

—¡Ofrenda segunda! —anunció Jin Dongya.

Lu Huashi volvió a tomar del altar mayor una tablilla que decía «Ofrenda segunda», y Chi Hengshan y Du Shaoqing acompañaron al diácono Zhuang Shaoguang a la mesa del incensario.

—¡Ablución de manos! —ordenó Chi Hengshan.

Y él mismo y Du Shaoqing acompañaron a Zhuang Shaoguang a lavarse las manos, tornando al cabo. Y, precedidos de Wu Shu con una banderola, recorrieron la parte oriental del antealtar, donde se les unieron Xin Dongzhi, oferente de vino, Lu Xinhou, oferente de jade, y Jing Lanjiang, oferente de seda. Al frente del diácono atravesaron el antealtar por su parte superior, y en su parte occidental se les unieron Chu Xin, oferente de grano, y Jin Yuliu, oferente de la vianda; y bajando por esta parte

occidental, pasaron por delante de la mesa del incensario y tornaron a levante hasta el altar mayor, colocándose los acólitos Chi Hengshan y Du Shaoqing a los costados de la mesa mientras el oferente de vino Xin Dongzhi, el de jade Lu Xinhou y el de seda Jing Lanjiang hacían sus ofrendas al extremo de sinistra, y el de grano Chu Xin y el de vianda Jin Yuliu hacían las suyas al extremo de diestra.

—Ocupad vuestro puesto y arrodillaos —dijo Chi Hengshan.

Y Zhuang Shaoguang se arrodilló ante la mesa.

—¡Ofrenda del vino! —prosiguió Chi Hengshan.

Y Xin Dongzhi se arrodilló y presentó el vino a Zhuang Shaoguang.

—¡Ofrenda del jade!

Y Lu Xinhou se arrodilló y presentó el jade a Zhuang Shaoguang.

—¡Ofrenda de la seda!

Y Jing Lanjiang se arrodilló y presentó la seda a Zhuang Shaoguang.

—¡Ofrenda del grano!

Y Chu Xin se arrodilló y presentó el grano a Zhuang Shaoguang.

—¡Ofrenda de la vianda!

Y Jin Yuliu se arrodilló y presentó la vianda a Zhuang Shaoguang. Con ello, los oferentes se retiraron a sus puestos.

—¡Bajad la cabeza! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! —les ordenó Chi Hengshan.

—¡Tañed los segundos sones de virtud, danzad pasos de virtud —dijo al punto Jin Dongya.

Y la música cristalina inundó la nave, y los treinta y seis jóvenes danzantes agitaron las zampoñas y las plumas de faisán y bailaron. Música y danza conclusas, Jin Dongya ordenó:

—¡Volved con los demás!

—¡En pie, y al puesto inicial! —ordenó luego Chi Hengshan.

Y Wu Shu, Chi Hengshan, Du Shaoqing, Xin Dongzhi, Lu Xinhou, Jing Liangjiang, Chu Xin y Jin Yuliu salieron por la luz de poniente al frente del diácono Zhuang Shaoguang, quien tornó a su puesto, al igual que los demás.

—¡Ofrenda final! —anunció Jin Dongya.

Lu Huashi volvió a tomar del altar mayor una tablilla que decía «Ofrenda Final», y los acólitos Chi Hengshan y Du Shaoqing acompañaron al subdiácono Ma Chunshang al frente de la mesa del incensario.

—¡Ablución de manos! —ordenó Chi Hengshan.

Y él mismo y Du Shaoqing acompañaron a Ma Chunshang a lavarse las manos, tornando al cabo. Y, precedidos de Wu Shu con una banderola, recorrieron la parte oriental del antealtar, donde se les unieron Yu Hesheng, oferente de vino, Yu Ganqi, oferente de jade, y Guo Tiebi, oferente de seda. Al frente del subdiácono atravesaron el antealtar por su parte superior, y en su parte occidental se les unieron Yi Zhao, oferente de grano, y Zong Ji, oferente de la vianda; y bajando por esta parte occidental, pasaron por delante de la mesa del incensario y tornaron por levante hasta el altar mayor, colocándose los acólitos Chi Hengshan y Du Shaoqing a los costados de la mesa mientras el oferente de vino Yu Hesheng, el de jade Yu Ganqi y el de seda Guo Tiebi hacían sus ofrendas al extremo de sinistra, y el de grano Yi Zhao y el de vianda Zong Ji hacían las suyas al extremo de diestra.

—Ocupad vuestro puesto y arrodillaos —dijo Chi Hengshan.

Y Ma Chunshang se arrodilló ante la mesa.

—¡Ofrenda del vino! —prosiguió Chi Hengshan.

Y Yu Hesheng se arrodilló y presentó el vino a Ma Chunshang.

—¡Ofrenda del jade!

Y Yu Ganqi se arrodilló y presentó el jade a Ma Chunshang.

—¡Ofrenda de la seda!

Y Guo Tiebi se arrodilló y presentó la seda a Ma Chunshang.

—¡Ofrenda del grano!

Y Yi Zhao se arrodilló y presentó el grano a Ma Chunshang.

—¡Ofrenda de la vianda!

Y Zong Ji se arrodilló y presentó la vianda a Ma Chunshang, con que los oferentes se retiraron a sus puestos.

—¡Bajad la cabeza! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! —les ordenó Chi Hengshan.

—¡Tañed los terceros sones de virtud, danzad pasos de virtud —dijo al punto Jin Dongya.

Y la música cristalina inundó la nave, y los treinta y seis jóvenes danzantes agitaron las zampoñas y las plumas de faisán y danzaron. Música y danza conclusas, Jin Dongya ordenó:

—¡Volved con los demás!

—¡En pie, y al puesto inicial! —ordenó luego Chi Hengshan.

Y Wu Shu, Chi Hengshan, Du Shaoqing, Yu Hesheng, Yu Ganqi, Guo Tiebi, Yi Zhao y Zong Ji salieron por la luz de poniente al frente del subdiácono Ma Chunshang, quien tornó a su puesto, al igual que los demás.

—¡Ceremonia de la retribución del alimento! —ordenó al cabo Jin Dongya.

Y Chi Hengshan y Du Shaoqing condujeron al doctor Yu desde su puesto de sumo sacerdote hasta el antealtar por su parte oriental, arrodillándose el doctor ante la mesa del incensario.

—¡Suene la música!

Y la música inundó la nave unos instantes, al cabo de los cuales Chi Hengshan dijo:

—¡Bajad la cabeza! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡En pie!

—¡Tornad a vuestro puesto! —dispuso Jin Dongya.

Y Chi Hengshan y Du Shaoqing bajaron con el doctor Yu por la parte occidental del antealtar y lo acompañaron a su puesto de sumo sacerdote, tornando ellos también a los suyos.

—¡Retirad las viandas! —ordenó Jin Dongya

Du Shaoqing tomó otra banderola bermeja rubricada con las palabras «Suenen los metales», y al instante la música sonó recia, y a sus sones Chi Hengshan y Du Shaoqing fueron hasta el puesto del doctor Yu y subieron con él al altar mayor por levante, arrodillándose el doctor ante la mesa del incensario.

—¡Bajad la cabeza! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡Bajadla! ¡Erguidla! ¡En pie! —le ordenó Chi Hengshan.

—¡Tornad a vuestro puesto! —dijo luego Jin Dongya.

Y Chi Hengshan y Du Shaoqing bajaron con el doctor Yu por poniente y lo acompañaron hasta su puesto de sumo sacerdote, tornando ellos a los suyos. Du Shaoqing sacó otra banderola roja que decía: «Cese la música.»

—¡Bebed lo bendito y recibid lo propiciatorio! —ordenó Jin Dongya.

Y Chi Hengshan y Du Shaoqing guiaron al doctor Yu, sumo sacerdote, Zhuang Shaoguang, diácono, y Ma Chunshang, subdiácono, hasta la mesa del incensario, a cuyos pies se arrodillaron, bebiendo del vino bendito y recibiendo la carne propiciatoria.

—¡Tornad a vuestros puestos! —dijo Jin Dongya, y los tres hombres se retiraron.

—¡Quemad la seda!

Y los oferentes de seda Zhuge Tianshen, Jing Lanjiang y Guo Tiebi quemaron la seda.

—La ceremonia ha concluido —anunció Jin Dongya.

Con ello, los celebrantes retiraron los ornamentos litúrgicos y los instrumentos de música, reuniéndose, ya despojados de los trajes ceremoniales, en uno de los pabellones traseros, en tanto Jin Cifu y Bao Tingxi acomodaban a los tañedores y a los treinta y seis danzantes en las bibliotecas que había a ambos lados de la parte posterior.

Participaron en esta magna ofrenda el doctor Yu en oficio de sumo sacerdote, Zhuang Shaoguang en el de diácono y Ma Chunshang en el de subdiácono (tres personas); Jin Dongya en el de maestro de ceremonias, Lu Huashi en el de asistente del maestro de ceremonias y Zang Liaozhai en el de maestro de plegarias (tres personas); Chi Hengshan y Du Shaoqing en el de acólitos (dos personas); Wu Shu en el de pendonista (una persona); Ji Weixiao, Xin Dongzhi y Yu Hesheng en el de oferentes de vino (tres personas); Qu Xianfu, Lu Xinhou y Yu Ganqi en el de oferentes de jade (tres personas); Zhuge Tianshen, Jing Lanjiang y Guo Tiebi en el de oferentes de seda (tres personas); Xiao Jinxuan, Chu Xin y Yi Zhao en el de oferentes de grano (tres personas); Ji Tianyi, Jin Yuliu y Zong Ji en el de oferentes de vianda (tres personas), y Jin Cifu y Bao Tingxi (dos personas) al frente de un tañedor de jade sonoro, uno de laúd, uno de cítara, uno de caramillo, uno de tambor de macillos, uno de almud sonoro, uno de tigrecillo sonoro, uno de organillo de cañas, uno de gran campana, uno de flauta, dos del juego de campanas y dos del de losas sonoras, amén de los treinta y seis jóvenes danzantes, lo que hace en todo setenta y seis personas.

Los cocineros aderezaron un buey y cuatro carneros, amén de las viandas propiciatorias, sirviéndolo todo en las dieciséis mesas ya dispuestas, ocho en el bajo del pabellón para los veinticuatro letrados y ocho en las bibliotecas laterales para los demás. Medio día estuvieron festejando, al cabo del cual el doctor Yu subió a su silla de manos y tomó el camino de vuelta, haciendo lo propio los otros letrados, unos a pie, otros en palanquín. Al salir del templo, los aldeanos que se apeñuscaban a ambos lados del camino, chicos y grandes, los recibieron con gritos de júbilo, suscitando la curiosidad de Ma Chunshang, que sonriendo les preguntó:

—¿A qué tanto alborozo?

—Señor —le contestaron—, somos nacidos en Nanquín y entre nosotros los hay que no bajan de los setenta u ochenta años, pero ninguno ha visto jamás ceremonia como ésta ni oído músicas semejantes, y los más viejos dicen que el señor sumo sacerdote es un santo espíritu bajado del cielo. Por eso hemos venido.

Y los letrados siguieron camino, radiantes de gozo.

A los pocos días, Ji Weixiao, Xiao Boquan, Xin Dongzhi y Jin Yuliu se despidieron del doctor Yu y marcharon de vuelta a Yangzhou, y Qu Xianfu y Ma Chunshang quisieron hacer lo propio con Du Shaoqing antes de tornar a Zhejiang. Para ello fueron a la casa ribereña, y grande fue la sorpresa de Qu Xianfu al ver a Du Shaoqing en compañía de Zang Liaozhai y otro al que reconoció al punto. «¿Pues no es ese Zhang Brazo de Hierro, el que engañó a mis tíos con la falsa cabeza humana? —se dijo para sí—. ¿Qué estará haciendo aquí?»

Saludáronse todos entre sí, con gran turbación de Zhang Brazo de Hierro, que no sabía dónde mirar; apurado el té, los que habían venido a despedirse se marcharon con harto pesar, acompañándolos Du Shaoqing a la puerta, lo que aprovechó Qu Xianfu para preguntarle:

—¿De qué conocéis a ese Zhang, hermano mayor?

—Es Zhang Junmin, vecino de mi humilde distrito —respondió Du Shaoqing.

Y Qu Xianfu le relató en pocas palabras las trapacerías de Zhang Brazo de Hierro en Zhejiang, concluyendo:

—Con estas gentes más vale no tratar. Andaos con ojo, Shaoqing.

—Perded cuidado —dijo Du Shaoqing; el cual, viendo partir a los amigos, volvió a la sala y preguntó al visitante:

—¿Es cierto que os llaman Zhang Brazo de Hierro?

—De mozo me llamaban así —respondió, sonrojado, Zhang Junmin.

Y no abrió más la boca, de lo corrido que estaba, y Du Shaoqing no quiso seguir preguntando; pero viéndose el paisano descubierto, de allí a pocos días alzó el vuelo, retornando a Tianchang en compañía de Zang Liozhai. También regresaron a sus casas Xiao Jinxuan y sus dos amigos, no sin antes pagar lo fiado en la botica y la taberna con unas onzas sacadas a la liberalidad de Du Shaoqing. Otro que pasó a despedirse, y con un retrato para glosar, fue el señor Zong, que volvía a Huguang; Du Shaoqing le glosó el retrato y lo despidió a la puerta, a la que en eso llegaba Wu Shu, que venía a visitarlo.

—Mucho ha que no os veo, hermano mayor —le dijo—. ¿Qué es de vuestra vida?

—El otro día hubo examen conjunto en las seis salas del Colegio Imperial —respondió Wu Shu—, y vuestro hermano menor volvió a salir el primero del primer grado.

—¡Gran hazaña!

—No es gran cosa; pero tuve ocasión de contemplar un hecho singular.

—¿Un hecho singular?

—Así es, y escuchad: el examen era de los convocados por la Corte para repartir a los alumnos del Colegio, y por eso participamos en él las seis salas;[438] el sujeto versaba sobre dos pasajes de los *Cuatro libros* y uno de los otros clásicos. Nos registraron de la cabeza a los pies, como en los provinciales, pero un compañero logró pasar unas notas de las *Primaveras y otoños*. Pues resulta que el compañero tuvo que salir a las letrinas, y sin advertirlo entregó dentro de su pliego de examen las notas que llevaba ocultas. El doctor Yu, que ese día oficiaba de presidente, cogió el examen, y cuando vio dentro las notas, las escondió al punto en su bota, mintiendo al vigilante, que le preguntaba qué tenía: «Nada», respondió. Al volver el compañero, el doctor le devolvió el pliego de examen y le dijo por lo bajo: «Tomad y seguid escribiendo. Hicisteis mal en meter ahí las notas; por suerte para vos, soy yo el que las ha visto, pues, ¿qué os acaeciera si es otro?» ¡Por poco se muere del susto el compañero! Con todo, aprobó con el segundo grado, y fue a agradecer al doctor Yu; pero éste porfiaba en que no lo conocía: «Jamás he hablado con vos antes», decía; «debéis confundirme con otro». Ese día yo estaba allí, que también había ido a darle las gracias, y fui testigo de todo. Ya ido el compañero, le pregunté al doctor: «¿Por qué negáis el haberle ayudado, maestro? ¿Acaso no tenía que haber venido a dar las gracias?» Y el doctor me respondió: «Los letrados deben tener amor propio. Este alumno se creyó en la obligación de agradecerme; mas si yo reconozco que lo ayudé, su dignidad hubiese quedado por los suelos.» Yo no conocía al compañero, y le pregunté su nombre; pero el doctor no consintió en dármelo. ¿No creéis, señor, que hechos como éste se dan contadas veces?

—En él son moneda corriente —respondió Du Shaoqing.

—Y otra cosa hizo, más chistosa si cabe —prosiguió Wu Shu—. Como sabéis, el doctor casó a la criada que trajo su nuera con el mayordomo Yan; pues como este

---

[438] Liu-Tang, las seis salas o aulas en que se dividía el Colegio Imperial, a saber: de la Naturaleza Franca (Luxing), del Ejercicio de la Virtud (Xiudao), del Corazón Sincero (Chengxin), de la Rectitud y la Justicia (Zhengyi), de la Moral Elevada (Chongde) y de la Propagación de las Buenas Acciones (Guangye). En ellas estudiaban las seis clases de alumnos (*v*. nota *infra*) del Colegio.

truhán advirtiera el poco provecho que iba a sacar en la residencia con semejante amo, resolvió marchar, y al despedirse anteayer, el doctor no le pidió un centésimo por la criada, que se la dio por nada. Cualquier otro hubiese sacado quién sabe cuánto, viendo que se la llevaba; pero el doctor no solamente no le pidió cosa alguna, que además le dijo: «Podéis marchar, si ése es vuestro deseo; pero habréis menester de unos dineros para comida y alojamiento.» Y le dio otras diez onzas, y, por si no bastara, lo recomendó para asentar con un magistrado. ¿Habéis oído jamás cosa tan divertida?

—Ese mayordomo no tiene conciencia —respondió Du Shaoqing—, y el doctor es digno de admiración por ser generoso con él por partida doble sin importarle que los otros reconozcan o no su buena acción.

Wu Shu se quedó a comer, convidado de Du Shaoqing. Y tornaba a su casa, cuando antes de llegar al puente del Buen Cruzar topó un hombre de barbas cenicientas, ojeroso y flaco, que, ataviado con bonete, túnica vieja, ceñidor de seda y sandalias de paja, llevaba por bagaje un par de atados colgados de una pértiga, el cual, viéndolo venir, dejó el carguerío en el suelo e hizo una reverencia.

—¡Señor Guo! —dijo Wu Shu—. Tres años hace que no os veo, desde que nos despedimos en Jiangning. ¿Qué es de vuestra vida?

—Es una larga historia —respondió el hombre.

—Sentémonos, si os parece bien, en esa casa de té —propuso Wu Shu.

Y a la casa de té fueron a sentarse, tomando la palabra el señor Guo:

—Al igual que antes, sigo buscando a mi padre por todo el Imperio. Dijerónme que estaba por el sur, y ésta es la tercera vez que vengo; pero acabo de saber que no está acá, sino en Sichuan, que se rapó la cabeza y se metió monje, y allá voy a buscarlo.

—¡Qué desgracia! —dijo Wu Shu—. ¡Y tener que arrostrar un viaje de mil leguas! Mas, ahora que lo decís, yo tengo un conocido magistrado en un distrito de la prefectura de Xi'an, el señor You, antiguo colega del doctor Yu en el Colegio Imperial, para quien puede daros carta de presentación mi maestro; cruzaréis por ahí en vuestro camino, y podréis pedirle ayuda si andáis corto de fondos.

—Nunca osara poner los pies en el Colegio Imperial un rústico aldeano como yo.

—Eso no le hace —dijo Wu Shu—. La casa de Du Shaoqing está a unos pasos de aquí y en ella podéis aguardar mientras os traigo la carta.

—¿Du Shaoqing? ¿Habláis por ventura del noble caballero de Tianchang que rechazó el ofrecimiento de la Corte para ser oficial?

—De él hablo.

—Siempre he anhelado conocerlo.

Pagado el té, marcharon a ver a Du Shaoqing, quien los recibió con una reverencia, preguntando al cabo:

—¿Cuál es el honorable nombre del señor?

—El señor es Guo Li —respondió Wu Shu—, de adulto Tieshan, más conocido por Guo el Piadoso por llevar veinte años de su vida buscando al padre en los cuatro confines del Imperio.

Al oírlo, Du Shaoqing hizo otra reverencia y ofreció al visitante el sitio de honor, preguntando por su infortunio:

—¿Cómo es que en tanto tiempo no habéis tenido noticia de vuestro señor padre?

Pero como Guo el Piadoso guardara silencio, Wu Shu le respondió al oído: «Era uno de los oficiales que se rindieron al príncipe de Ning en Jiangxi, y tuvo que salir huyendo.» Lo cual acrecentó en Du Shaoqing la admiración y el respeto que sentía por el visitante, a quien rogó dejase el bagaje en el suelo y dijo:

—Pasad la noche aquí, señor; mañana podréis seguir camino.

—Todo el Imperio sabe de la magnanimidad del señor Du Shaoqing —respondió Guo el Piadoso—, y no andaré con cumplidos. Me quedo, y de muy buen grado.

Con ello, Du Shaoqing entró en las dependencias interiores y pidió a la esposa lavase y almidonase la ropa de Guo el Piadoso y le aderezase una buena comida. Vuelto luego con los visitantes, Wu Shu le habló de la carta de presentación que quería pedir al doctor Yu, y Du Shaoqing dijo:

—Eso es cosa hecha. Aguardad aquí, señor Guo, mientras el hermano Wu Shu y un servidor vamos a buscar la carta.

Y, por causa de ello,

Con gran voluntad y perseverancia
Cruza sin miedo el cubil de la fiera;
Por hondos ríos y agrestes montañas
Llega a tierras del Cultor de la Seda.[439]

Pero para saber qué acaeció luego, habrás de leer el capítulo que se sigue.

[439] *Ru* Cancong *zhi jing*, «entra en la comarca del Criador de Gusanos de Seda», esto es, en la provincia de Sichuan. Cancong, «el criador de gusanos de seda», es el apelativo del mítico patriarca de la tribu de los Shu y el de uno de los soberanos del reino establecido en la misma región varios siglos más tarde. Ambos nombres, Cancong y Shu, pasaron a designar la provincia de Sichuan.

CAPÍTULO XXXVIII

EN MONTE PROFUNDO TROPIEZA CON TIGRES EL PIADOSO GUO; EN TROCHA ANGOSTA ENCUENTRA A SU ENEMIGO EL MONJE DEL DULCE ROCÍO

Comiendo en la casa ribereña dejó Du Shaoqing a Guo el Piadoso, y en compañía de Wu Shu fue a ver al doctor Yu, a quien relató los merecimientos de su huésped, pidiéndole la carta de presentación para llevar a Xi'an. El doctor oyó con mucha atención y dijo:

—Ni que decir tiene que la carta está hecha; pero a mi entender no basta, que acaso importen más unos dineros para las costas de tan largo viaje. Diez onzas os voy a dar para él, Shaoqing, a condición de que no le digáis de dónde vienen.

Y al punto escribió la carta, que dio con los dineros a Du Shaoqing, el cual, ya de vuelta en la casa ribereña, juntó unas ropas y las llevó a empeñar, sacando en todo cuatro onzas, dos más que Wu Shu, que también hizo lo propio. Otro día logró entretener en casa a Guo el Piadoso, tiempo suficiente para que Zhuang Shaoguang tuviera noticia de su desventura y escribiera otra carta de presentación, que dio a Du Shaoqing con cuatro onzas. A la mañana siguiente, Du Shaoqing aderezó un muy buen almuerzo para el huésped, y ayudado de Wu Shu, que a la sazón llegaba, lió su hato, ofreciéndole al cabo las veinte onzas que había juntado y las dos cartas de presentación. No quería aceptar los dineros Guo el Piadoso, y Du Shaoqing hubo de decirle: «Ese dinero lo hemos juntado unos pocos y tenéis que aceptarlo, señor, que no es botín de Zhi el Bandido.»[440] Con que el huésped no hizo más instancia, partiendo a la postre con el dinero en la bolsa, el estómago lleno y la escolta de Du Shaoqing y Wu Shu, que lo acompañaron más allá de la puerta de la Tierra Seca de Poniente.

Viajando de día y descansando las noches llegó Guo el Piadoso a la provincia de Shaanxi, en uno de cuyos distritos, el de Tongguan, sufragáneo de la prefectura de Xi'an, oficiaba de magistrado el señor You, a quien pasó a ver, desviándose de su ruta. El magistrado, You Fulai, de adulto You Ruiting, era viejo letrado de Nanquín y gozaba

---

[440] *Dao* Zhi *zhi wu*, lit. que no son «cosas de Zhi el Bandido», bienes obtenidos por medios ilícitos. Zhi el Bandido era Liuxia Zhi, personaje del reino de Lu de cuyas andanzas nos pueden dar una idea los primeros párrafos del capítulo de *Zhuangzi* consagrado en su totalidad a él («Dao Zhi»): «Zhi el Bandido y sus nueve mil secuaces iban de correría por todo el imperio invadiendo las tierras de los señores feudales, saqueando casas, requisando búfalos y caballos y raptando a mujeres e hijas. Tanta era su codicia, que se desentendía de sus parientes, descuidaba a sus padres y hermanos y no hacía sacrificios a los antepasados. Si el lugar por el que pasaba era un estado importante, la población aprestaba la defensa de las murallas, y si era un estado menor, la población se encerraba para protegerse».

de gran renombre en la comarca por una buena acción que había realizado al principio de su judicatura, obra de un año antes, a saber: un hombre de Guangdong que viajaba con su esposa para el destierro en los confines de Shaanxi había muerto en el camino; la esposa lloraba y lloraba, y como las gentes que se allegaban a ella no entendían su habla, ni la mujer la de ellos, terminaron llevándola a la audiencia de Tongguan. El magistrado You averiguó al cabo que la mujer quería tornar a la provincia de Guangdong, y apiadándose de ella, le dio cincuenta onzas de plata y la envió de vuelta escoltada por un alguacil, componiendo antes sobre seda blanca y de propia mano una muy sentida apelación, que rubricó con su nombre y selló con el cuño del distrito. «Escolta a la señora y lleva contigo este rollo de seda blanca», le había dicho al alguacil, «y muéstralo a los oficiales de cada distrito o prefectura que atravieses, pidiéndoles que estampen su sello; y cuando la hayas dejado a salvo en casa, no olvides recabar de las autoridades locales la carta en que se dé constancia de este extremo, que habrás de traerme». El alguacil así lo prometió, y la mujer se arrodilló ante el magistrado en señal de gratitud, partiendo al cabo. A la vuelta de un año, el alguacil tornó y dijo: «Todos los señores oficiales que en el camino leyeron la apelación de su señoría se compadecieron de la mujer, y el que no le dio diez onzas le dio seis u ocho, de suerte que al llegar a Guangdong había juntado más de doscientas; y cuando un servidor la puso en manos de sus allegados, éstos se ajuntaron en número de un centenar y agradecieron al cielo el buen corazón que había dado a su señoría, que cayendo de rodillas ante un servidor me llamaban Buda y otras cosas, con que un servidor también ha sacado provecho de la benevolencia de su señoría.» Así concluyó el caso, quedando el magistrado muy pagado de él, y no menos el alguacil, que se llevó por recompensa unas docenas de onzas.

El portero entró con la esquela de Guo el Piadoso y la carta de recomendación del doctor Yu, y tan admirado quedó el magistrado al saber de la vida y obras del visitante, que al punto lo hizo entrar, saludándolo con respetuosa reverencia, y le ofreció de comer. Platicando estaban los dos, cuando entró el portero y anunció: «Llaman al señor para unas probanzas en el campo.»

—Señor —dijo el magistrado a Guo el Piadoso—, he de salir por unos negocios oficiales y no estaré de vuelta hasta pasado mañana. Aguardadme en esta vuestra casa, si a mal no lo tenéis, que a mi regreso pueda beneficiarme de vuestras enseñanzas, y aún habré de pediros que llevéis una carta a un viejo amigo mío que vive en Chengdu. Os ruego consintáis en ello, señor.

—¿Cómo no iba a consentir, pidiéndolo vos? —respondió Guo el Piadoso—. Mas quedarme a vivir en vuestra residencia no puedo, que éste no es sitio para un hombre rústico como yo; antes prefiero me recomendéis un templo de vuestro honorable distrito donde pueda alojarme un par de días.

—Uno hay, aunque muy chico; pero también hay un monasterio, el de la Luna del Océano, cuyo superior es hombre de gran virtud, al que podéis ir a ver con mi recomendación.

Y diciendo esto, llamó a un alguacil y le ordenó: «Lleva el bagaje del señor Guo al monasterio de la Luna del Océano, y le dices al superior que va de mi parte.» El alguacil asintió a ello, y Guo el Piadoso marchó, acompañado del magistrado hasta la puerta. El monje hospedero[441] lo anunció al llegar al monasterio y el superior salió y lo saludó, ofreciéndole asiento y té.

—¿Lleváis mucho tiempo de superior? —preguntó Guo el Piadoso.

—Este pobre monje moraba antes en el templo del Dulce Rocío, del distrito de Wuhu, prefectura de Taiping —respondió el superior—, de donde marchó a Pequín, al

[441] *Zhike*, monje encargado de recibir a los huéspedes en los monasterios budistas.

monasterio de la Protección del Imperio, en el que fue abad; pero la capital es bulliciosa, y al cabo vino a parar a este lugar. Así que vuestro honorable nombre es Guo; ¿qué os lleva a Chengdu?

—A otros no lo diría, venerable superior, pero sí a vos —respondió Guo el Piadoso, viendo ascetismo y bondad en el semblante del viejo monje.

Y al punto le relató la triste historia de la búsqueda de su padre, que el superior escuchó llorando y suspirando. Conclusa ésta, el monje le dio alojamiento en sus propios aposentos y le aderezó una comida de verduras. Pues como Guo el Piadoso le ofreciera un par de peras que en el camino había comprado, el superior las aceptó agradecido, y llamando a un sollastre le dijo que llevara un par de tinas al patio para majarlas con unos baldes de agua, a pera por tina, con que tañó el batintín de llamada[442] y juntó a los dos centenares largos de monjes que formaban la comunidad, sirviéndoles a cada uno un cuenco de la sopa ante la mira atenta del visitante, que suspiraba y meneaba la cabeza.

El magistrado You volvió a los tres días, y convidando a almorzar a Guo el Piadoso, le alargó cincuenta onzas de plata y una carta y dijo:

—Hubiese querido festejaros unos días más, pero no soy quién para retardar la búsqueda de vuestro señor padre. Tomad estas cincuenta onzas para el camino, y al llegar a Chengdu le dais la carta a Xiao Haoxuan, hidalgo de los de la antigua escuela, el cual mora por los montes de Levante, a dos leguas de la capital, y os echará una mano si os encontráis en apuros.

Había tanta sinceridad en las palabras del magistrado, que Guo el Piadoso no pudo negarse; dio las gracias, tomó el dinero y la carta y volvió al monasterio de la Luna del Océano para despedirse. El superior, juntas las manos, le dijo:

—Escribid cuando hayáis encontrado a vuestro señor padre en Chengdu, para sosiego de este pobre monje.

Así lo prometió Guo el Piadoso, saliendo con el superior, que lo acompañó hasta las puertas del monasterio.

Muchos días llevaba Guo el Piadoso ceñido a una umbría trocha de montaña, el hato al hombro y el alma en un hilo, cuando un atardecer, buscando cobijo para pasar la noche, topó un caminante, al que preguntó:

—¿Está lejos la posada más cercana, señor?

—Como a una legua —respondió el hombre—. Apúrate, viajero, que un tigre ronda de noche los caminos y hay que andarse con ojo.

Oyólo Guo el Piadoso, y desalado siguió su marcha. Y ya la luna llena asomaba detrás de los montes y comenzaba a surcar los cielos, iluminando el camino, cuando, llegando al confín de un bosque, un viento repentino levantó en remolinos las hojas y las hizo crujir, y de la espesura saltó un tigre. «¡Maldición!», gritó Guo el Piadoso, perdiendo pie del susto. El tigre le echó la zarpa encima y quedó sentado a su lado, y como el rato que estuvo observándolo no le vio abrir los ojos, debió de pensar que estaba muerto, pues al cabo se irguió y cavó un hoyo, empujó dentro al caído y lo tapó con hojas, marchándose luego. Tumbado en la oquedad veía Guo el Piadoso alejarse al tigre, distinguiendo al fin su silueta recortada en la cresta de un cerro, unos centenares de metros más allá, desde donde el felino miró atrás con ojos centelleantes, acaso para asegurarse de que la presa no se había movido. Con ello desapareció, y el infeliz pasajero aprovechó para salir del hoyo. Decíase: «Este juez de mis vidas pasadas se ha ido por poco tiempo, que habrá de volver para dar cuenta de mis huesos. ¿Qué puedo

---

[442] *Yunban*: lit. tañó la «placa nefélica», placa de bronce en forma de nube o con motivos nefélicos que, suspendida, se hace sonar en los monasterios u otros lugares públicos para convocar a los monjes u otras personas.

hacer?» Pensando en ello, reparó en un gran árbol que tenía enfrente, al que trepó sin demora; aunque, ya arriba, otro pensamiento le turbó el ánimo: «Si el tigre vuelve y ruge, el miedo me hará caer»; con que deslió las vendas de las pantorrillas y se ató al tronco.

Lucía la luna con desusado brillo cuando, allá por la tercera vigilia, retornó el tigre, esta vez seguido a corta distancia de una criatura de blanca pelambre, frente adornada de un solo cuerno, ojos encarnados como linternas y caminar erecto, la cual, sentándose al lado del hoyo, aguardó a que el felino hurgase en busca de la presa; mas viendo que ya había formado un gran montón de arena y aún no lo encontraba, se irritó tanto, que allí mismo lo decapitó de un zarpazo. De un lado a otro paseaba furiosa la criatura hasta que, levantando la cabeza a la luna, echó de ver al hombre encaramado al árbol y saltó hacia él. El primer salto, empero, quedó corto, y para el segundo juntó más fuerzas, llegando a un palmo de Guo el Piadoso, que se decía entre sí: «Éste es el fin.» Mas Fortuna quiso que abajo en el tronco hubiera una rama muerta de una cuarta o más de largo, en la que quedó ensartado el engendro en su feroz salto; hundíase más en su vientre cuanto más hacía por zafarse, y luego de media noche de lucha desesperada quedó muerto.

Al alba pasaron por allí unos cazadores cargados de fusiles y horquetas, que, viendo a las dos bestias muertas, quedaron muy asombrados. Guo el Piadoso gritó de lo alto del árbol, y al punto lo ayudaron a bajar, preguntándole quién era.

—Soy un caminante —respondió Guo el Piadoso— al que el cielo, en su infinita misericordia, ha salvado la vida. Mas ahora debo apurarme, que aún tengo mucho camino por delante; llevad estas dos bestias al magistrado, que os dé la debida recompensa.

Oyéronlo los cazadores, y diéronle de comer de sus provisiones grano seco y carne de almizclero y venado; y ya que lo vieron saciado, cargaron su hato y lo escoltaron media legua, tornando a su faena.

Guo el Piadoso siguió camino en solitario, pasando a hacer mansión, luego de varias jornadas sin represa, en un templillo que topó en lo hondo de un valle. El monje le preguntó la ocasión de su viaje, y se sentó con él a compartir unas verduras al costado de la ventana; y dando cuenta de ellas estaban, cuando Guo el Piadoso vio fuera un destello encarnado, y creyéndolo incendio, soltó la escudilla y gritó:

—¡Fatalidad, fuego!

—Sentaos, no os inquietéis —dijo sonriendo el monje—, que es el hermano Camino de Nieve.

En eso terminaban de comer, y ya alzada la mesa, el monje abrió la ventana y dijo: «¡Mira, creyente!» Y, alzando la vista, Guo el Piadoso echó de ver, agazapado en la colina del frente, un animal fabuloso de un solo cuerno y un solo ojo detrás de las orejas, uno de esos seres que llaman *pijiu*,[443] muy renombrados porque de un rugido pueden quebrar la más gruesa placa de hielo. «He ahí al hermano Camino de Nieve», dijo el monje.

Esa noche no paró de nevar, y otro tanto ocurrió al otro día, de suerte que, cuando el temporal amainó, la nieve tenía tres codos de hondo, lo que obligó a Guo el Piadoso a retardar por una jornada la partida. Al otro día se despidió del monje y siguió la marcha, tirando por un sendero de montaña que era un verdadero resbaladero sobre barrancos surcados de torrentes y carámbanos afilados como cuchillos. Y aún seguía por

---

[443] *Pijiu*: animal fabuloso que aparece en leyendas antiguas. De él dice *Shanhai jing* [Libro de los montes y los mares] («Los montes del norte»): «En los montes Lun abunda un animal que tiene cuerpo de alce y cuyo ano está situado encima de la cola, al que llaman *pi*.» Otras obras posteriores aluden a él con el nombre de *pijiu*.

él de atardecida en su lento caminar, cuando al resplandor de la nieve distinguió una cosa encarnada que colgaba de un árbol en un bosquecillo lejano, viendo al punto caer por el barranco en aquel lugar a un pasajero que caminaba dos centenares de pasos delante de él. «¿Por qué se habrá despeñado al ver esa cosa encarnada?», se preguntaba Guo el Piadoso; y, aguzados los ojos, entrevió a uno que, saliendo de debajo de la cosa encarnada, cogía el bagaje del pobre despeñado y desaparecía. Guo el Piadoso caviló unos instantes, y apretando el paso llegó al lugar del suceso, donde colgando de un árbol vio a una ahorcada, una ahorcada que, vestida de encarnado, desgreñada y con un jirón de felpa grana por lengua, distraía la atención de una cuba enterrada a sus pies, de la que saltó un hombre que, amedrentado acaso del fuerte talle del pío caminante, en vez de atacar juntó las manos y dijo:

—Seguid camino, forastero, que aquí nada se os ha perdido.

—No te perturbes —respondió Guo el Piadoso—, que sé en lo que andas, y acaso pueda echarte una mano. ¿Quién es esta mujer que se hace la ahorcada?

—Es mi esposa.

—Pues bájala de ahí y vamos a tu casa, que quiero decirte unas palabras.

Con que el salteador de caminos deslió la cuerda atada tras la nuca de su esposa, y ésta bajó y se recogió el pelo, despojándose de la falsa lengua que le salía de la boca, el ronzal de hierro del que estaba sujeta la soga y el vestido encarnado. Al cabo, el marido señaló una choza de paja de dos cuerpos que había junto al camino y dijo: «Ésa es mi casa», enderezando los tres hacia ella, él delante, su mujer y el viajero detrás. Y ya que hubieron llegado, Guo el Piadoso aguardó a que le ofrecieran asiento y calentaran un pote de té para tomar la palabra:

—¿Por qué os ganáis la vida con medios tan condenables? ¿Acaso no sabéis que matar al prójimo es contrario a la voluntad del cielo? Pobre soy; pero tanta pena me dais, que aquí van diez onzas de plata para que las empleéis en algún negocio y no volváis a tan malas andanzas. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Gracias le sean dadas al señor forastero —dijo el salteador de caminos, besando con la frente el suelo—. Un servidor tiene por nombre Mu Nai, y viene de buena familia, como su esposa; pero el frío y el hambre no perdonan, y estos tiempos postreros nos ha sido forzoso emplearnos en lo que habéis visto. Ahora podremos mudar de vida, y todo merced a estos dineros. ¿Cuál es el honorable nombre de nuestro benefactor?

—Me llamo Guo, soy de Huguang, y voy camino de Chengdu.

También dio las gracias la mujer, y aderezó unas cosas de comer, que Guo el Piadoso no tardó en despachar, diciendo al cabo:

—Arrojo no te falta para saltear los caminos, y a fe que algo sabrás de las artes marciales; mas si no eres muy práctico en ellas, no podrás hacer grandes cosas en lo porvenir. Mal no te vendrían unas lecciones de lucha y esgrima, que yo mismo te daré, pues son doctrinas en que me doy buena maña.

Muy complacido de ello, Mu Nai lo entretuvo dos días en su casa, en los cuales paró en discípulo de Guo el Piadoso, quien lo adiestró con gran entrega en los secretos de la esgrima y la lucha. Al tercer día, empero, el huésped porfió en partir, y como los esposos nada pudieron hacer por estorbar su propósito, al cabo le encostalaron unos granos secos y unos tasajos de carne asada; cargados con su bagaje lo acompañaron tres leguas de camino, tornando a casa así lo hubieron despedido.

Unas pocas jornadas más echó sin tregua Guo el Piadoso. Una de ellas, de frío feroz, luchando contra el regañón por un sendero de montaña duro y resbaladizo como la cera blanca, le cayó la noche encima, y pasando por la boca de una cueva, sintió de súbito un rugido, y un tigre le cortó el paso. «¡Éste sí que es el fin!», se dijo, cayendo

sin sentido. Mas sucede que los tigres solamente devoran a los que ante ellos asoman su miedo y éste, viendo al hombre tumbado y tieso como un palo, no pasaba de olerle la cara, sin osar morder; y, huele que huele, en una de esas rozó con sus bigotes la nariz de Guo el Piadoso, y éste dio tan gran estornudo, que la bestia huyó disparada: dando saltos llegó a una quebrada, por la que se despeñó, quedando atrapada entre los carámbanos del fondo, donde habría de morir congelada. Cuando Guo el Piadoso se puso en pie, el tigre había desaparecido. «¡También escapé de ésta!», pensó entre sí; y suspirando aliviado, se echó el hato al hombro y siguió camino.

Al fin, y sin otro contratiempo, llegó a Chengdu, donde supo que su padre profesaba de monje en un cenobio que había a cuatro millas de la ciudad, hacia el cual dirigió sus pasos. Oyendo que llamaban, el viejo monje abrió la puerta, y el corazón le dio un vuelco al ver quién era; pero al punto se recompuso, y apartándose de Guo el Piadoso, que de rodillas ante él sollozaba, dijo:

—Levantaos, buen señor, que yo no tengo hijos y debéis tomarme por otro.

—Mil leguas de camino he recorrido para presentarme ante vos, padre —respondió Guo el Piadoso—. ¿Cómo no me reconocéis?

—Acabo de deciros que este humilde monje no tiene hijos; buscad a vuestro padre en otro lugar, que nada os aprovecha quedaros ahí llorando.

—¿Creéis que no os reconozco, padre, a pesar de los muchos años que no os veo? —respondió el hijo piadoso, sin hacer ademán de levantarse.

—Este humilde monje recibió las órdenes de muchacho; ¿de dónde iba a sacar los hijos?

—Podréis no reconocer a vuestro hijo, padre, pero vuestro hijo sí que os reconoce —dijo Guo el Piadoso, llorando con amargura.

Y tanto porfiaron el uno y el otro, que el monje terminó por perder los estribos y dijo:

—¿Quién eres tú, bribón, que osas venir a perturbar nuestra paz? ¡Vete ya, que voy a cerrar la puerta!

Mas como Guo el Piadoso siguiera sollozando, sin hacer ademán de moverse, el monje no pudo sufrirlo más, y fuera de sus casillas, gritó:

—¡Como no te vayas, cojo un cuchillo y te mato!

—Podréis matarme, padre, pero vuestro hijo no se moverá —respondió Guo el Piadoso, de rodillas llorando.

Con que el furibundo monje lo levantó a viva fuerza, y cogiéndolo de la nuca lo empelló fuera y cerró la puerta, haciendo oídos sordos a sus gritos y súplicas. Guo el Piadoso lloraba y gemía, pero no osaba llamar a la puerta, y en ello estuvo hasta muy tarde, en que se dijo: «Basta, que mi padre no quiere reconocerme»; y, fijándose bien en el rótulo que adornaba la puerta, que decía «Monasterio de la Colina del Bambú», marchó, aunque no muy lejos, pues a unos centenares de pasos alquiló un aposento. Ya de mañana, se llegó a la puerta del monasterio y aguardó hasta ver salir de él a un sacerdote taoísta, al que dio dinero para que todos los días llevase arroz y leña a su padre.

Poco menos de medio año le duraron a Guo el Piadoso los dineros que llevaba encima; llegando a ese punto, pensó en ir a buscar a Xia Haoxuan a los montes de Levante, pero no se decidió, por no dejar al padre desamparado. La buena fortuna lo acompañó, empero, pues asentó con una familia de la vecindad, y cortando leña y acarreando tierra pudo hacer al día unos centésimos con que sustentar al padre.

Un buen día, oyendo que un vecino iba para Shaanxi, escribió por menudo un recuento de la búsqueda de su padre y se lo confió al viajero para que lo entregase al superior del monasterio de la Luna del Océano.

Y la carta llegó al superior, colmándolo de contento y admiración. A los pocos días de haberla recibido, aportó por el monasterio un monje mendicante, que resultó ser Zhao el Grande, el cabecilla de los bandidos, reconocible por su larga cabellera y la ferocidad de su mirada. El bondadoso superior le dio alojamiento; mas como el malvado no hiciera otra cosa que beber, pendenciar y golpear a los demás, que no había maldad que no se le ocurriese, el prior[444] acabó yendo con otros monjes a quejarse ante el superior, al que dijeron: «Ese sujeto mancilla con su presencia el buen nombre de este santo lugar; echadlo, por lo que más queráis.» Y tanta instancia hicieron, que el viejo monje ordenó que lo expulsaran; a ello aún no se avenía Zhao el Grande, y el prior hubo de mandarle un acólito con el siguiente recado: «El superior dice que tenéis que marchar, que si no obedecéis, os aplicará las provisiones del monasterio y seréis quemado vivo en el traspatio.» El monje malvado se dio al diablo, pero no contestó la orden; al otro día juntó sus cosas y marchó, sin despedirse del superior.

Obra de medio año más tarde, el superior resolvió ir en peregrinación al monte Êmei, aprovechando de paso para visitar a Guo el Piadoso; con tal propósito se despidió de los otros monjes, y cargando el hatillo y la bacineta de las limosnas, tomó la derrota de Sichuan. Una docena de leguas antes de llegar a Chengdu hizo mansión en una posada, de la que salió de mañana para contemplar el paisaje, parándose a descansar en una choza donde servían té. Había allí otro monje que parecía conocerlo, y que él no alcanzaba a recordar, el cual, levantándose de su asiento, hizo una reverencia y le dijo:

—No es bueno este té, hermano. Venid conmigo, que yo os lo daré mejor en el templillo en que me albergo, ahí delante a una docena de pasos.

—Vamos allá —respondió el superior.

Y echaron a caminar por un sendero serpenteante, topando a la media legua el templo, en cuyo jardín había una estatua del Bodhisattva de los Samgharama,[445] y detrás tres naves, vacías todas con excepción de la principal, donde reposaba un camastro. Entraron, y en eso el monje dijo:

—¿No me reconocéis, superior?

¿Y cómo no iba a reconocerlo, si el que así hablaba no era otro que el monje malvado que había echado del monasterio? En mala hora cayó en ello el superior, el cual, sin sangre en las venas, respondió:

—A primera vista no os había reconocido, pero ya sé quién sois.

—Habéis caído en mis manos, y no creáis que vais a salir volando —dijo el monje malvado, sentándose en el camastro y mirando con ojos furibundos al superior—. A unos centenares de pasos subiendo por la ladera hay una vieja que tiene una taberna; coged esa calabaza e id a que os la llenen de vino. ¡Andando!

El superior no osó responder; antes cogió la calabaza, y llegándose donde la vieja, le dijo que la llenase de vino; mas como la mujer lo mirara de la cabeza a los pies y rompiera a llorar mientras trasegaba el vino, muy admirado le preguntó:

—¿Por qué te apena tanto el ver a este pobre monje, mujer santa? ¿Cuál es la razón?

---

[444] *Shouzuo*, lit. el monje que ocupa el «sitio de honor», encargado de la administración del monasterio, de categoría inmediatamente inferior a la del superior.

[445] Qiejian *pusa*. Guandi, dios de la guerra (*v*. nota *supra*), también es venerado en el taoísmo como Santo Señor Emperador Guan (Guan *sheng dijun*), domeñador de demonios, y en el budismo como el Bodhisattva de los Sangharama (Qiejian *pusa*), guardián de los monasterios. Su estatua suele estar en la parte izquierda del altar principal o del patio, en tándem con la del *bodhisattva* Skanda, que ocupa la parte derecha. Según *Fozu tongji* [Registro general de los patriarcas budistas], cap. VI, de Zhi Qing (c. 1218-c. 1278), Guandi se le apareció una noche del año 592 a Zhiyi, fundador de la escuela Tiantai, cuando éste se hallaba en meditación en el monte de la Fuente de Jade (Yuquan *shan*), y tras escuchar la Ley de boca del maestro, se comprometió a observar los «cinco preceptos», abrazando la fe budista.

—Bien se ve que sois bueno, maestro —respondió llorando la mujer—, y me apena que tengáis tan cruel fin.

—¿Y qué cruel fin habrá de tener este pobre monje?

—¿Pues no venís de ese templo que hay a unos centenares de pasos?

—De allí vengo. ¿Cómo lo sabes?

—Por la calabaza, maestro, que cuando le quiere comer los sesos a uno, lo manda con ella a la taberna, y apenas vuelve le arranca la vida.

Oyólo el superior, y volándole del cuerpo los espíritus, harto descompuesto dijo:

—¿Qué lugar es éste? ¡Me voy, y basta!

—¿Y dónde ibais a ir, con todos esos secuaces suyos que hay en cuatro leguas a la redonda? Un tañer de tablillas suyo, y ya tiene de vuelta, y bien atado, al que haya osado escapar.

—¡Sálvame, mujer santa! —imploró llorando el superior, postrado de hinojos.

—¿Salvaros, maestro, si ya por lo que acabáis de oír me quitaran la vida? Pero decís bien, que hombre misericordioso no merece tan mala muerte, y al menos habréis de saber dónde encontrar a quien os eche una mano.

—¿A quién quieres que busque, mujer santa? —preguntó el superior.

Y quedamente lo supo de labios de la anciana. Y, por obra de ello,

Con ferviente afán salva los escollos
Y llega a aquel que conmueve los cielos;
Con justiciera espada gana honores
Y sirve al Imperio un noble siervo.

Pero para saber qué le dijo la anciana, habrás de leer el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXXIX

XIAO YUNXIAN SALVA A UN HOMBRE EN EL CERRO DE LA LUNA BRILLANTE; EL GUARDIA MENOR[446] PING CANTA VICTORIA EN LA VILLA DE ARCE VERDE

Oyendo, pues, el superior lo que decía la anciana, cayó de hinojos e imploró lo salvase, a lo que respondió la mujer:

—¿Y cómo podría yo salvaros, maestro? Lo más que puedo hacer es deciros dónde encontrar a quien os eche una mano.

—Di a este pobre monje a quién ha de buscar, mujer santa; díselo, que habrá de encontrarlo.

—A media milla de aquí —dijo la anciana—, en un cerro que llaman de la Luna Brillante, al que se llega por la trocha que corre detrás de esta casa, hay un mozo que anda siempre ejercitándose en la honda. No le digáis cosa alguna; arrodillaos y aguardad a que os pregunte, y dadle cuenta de lo que os viene encima. Es el solo que acaso pueda salvaros, así que corred y pedidle socorro; mas no lo deis por hecho. Y mirad que si no os salva yo también seré muerta, por irme de la lengua.

No precisó oír más el superior. Tembloroso, cogió el calabacino, lleno de vino, y agradeció a la buena mujer, y aferrándose de las enredaderas y de cuanta hierba se le puso a la mano, trepó más que anduvo la media milla que lo separaba del cerro. Allá arriba estaba el hondero ejercitándose en su arte, y era muy de ver la gran destreza con que lo hacía, pues había puesto a la boca de una cueva un guijarro albo como la nieve y no mayor de una sapeca, y clavando en él los ojos soltaba la mano, y cada hondada era blanco cierto. Lucía turbante negro y uniforme guerrero de color de raíz de loto, y estaba tan absorto en lo que hacía, que cuando el superior se acercó y cayó de rodillas ante él, como viera una bandada de gorriones que asomaba del valle, dijo: «Aguardad que dispare», y lanzó la honda, derribando muerto un pájaro. Hecho lo cual, se volvió al superior, que seguía arrodillado llorando, y le dijo:

—Levantaos, maestro, hacedme merced, que sé lo que os trae, y no a otra cosa se debe tanto ejercicio con la honda. Verdad que aún no atino como yo deseara, y que si antes no me he lanzado a ello es porque no quiero que salgan mal las cosas; mas ahora que estáis aquí no puedo demorar más la espera, y os digo que a ese canalla ya le ha llegado su hora. No perdamos tiempo: apuraos y llevad el vino al templo, y no mostréis temor o desesperanza; haced cuanto os ordene, no le desobedezcáis, que yo iré a salvaros.

---

[446] *Shaobao*, uno de los principales oficiales al servicio del príncipe heredero.

Con ello, el superior tomó por el mismo sendero por el que había venido, la calabaza a cuestas, llegando al cabo al patio del templo, donde vio al monje malvado que, sentado en el camastro de la nave principal, lo aguardaba blandiendo la espada.

—¿Qué os ha retardado tanto? —preguntó.

—Este pobre monje se perdió en el camino y harto le ha costado encontrar el templo.

—¡Basta, arrodillaos!

El superior así lo hizo, prosiguiendo el otro: «Acercaos». Mas como a ello no se avenía el buen monje, que no tenía ojos que para la espada, el otro hubo de amenazarlo: «Si no venís acá, os descabezo ahora mismo»; con que al superior no le quedó otro remedio que avanzar como buenamente pudo, dejándose en ello las rodillas, de tanto arrastrarlas.

—Quitaos el gorro.

Y llorando se lo quitó el superior, con gran regocijo del monje malvado, el cual le tentó la cabeza pelada, echó un trago de vino y, sosteniendo el calabacino en la mano siniestra y la espada en la diestra, apuntó con ésta a la coronilla del buen fraile, que estaba por caer desmayado. El monje malvado apuntaba al centro del cráneo, donde estaban los sesos, relamiéndose de pensar que bajo el golpe éstos se desparramarían, calientes y muy de buen comer, y al cabo levantó la espada; mas como antes de dar la fendiente por la puerta entrara zumbando un guijarro que fue a atinarle en el ojo siniestro, bajó el arma, y llevándose la mano a la herida, dejó a un lado el calabacino y se precipitó al patio, donde vio un hombre sentado sobre la cabeza del Bodhisattva de los Samgharama; y no antes lo viera, que otro guijarro terminó de dejarlo ciego, tirándolo por tierra. El hombre bajó de la estatua de un salto, y entrando en la nave trasera, por cuyo suelo se arrastraba aterrado el superior, gritó:

—¡Levantaos presto, maestro, que hay que salir volando!

—El susto me ha quitado las fuerzas —respondió el superior—, y no puedo mover un dedo.

—Levantaos, que yo os llevo.

Y alzando sin más al superior, lo cargó a cotenas y salió del templo a toda prisa. Cuatro leguas corrió sin represa hasta que, dejándolo en tierra, dijo:

—Muy bien, maestro. Habéis escapado por un pelo; el porvenir habrá de depararos mejor fortuna.

Advirtiendo el superior que estaba a salvo, recobró al fin la compostura, e hincado de rodillas dio las gracias y dijo:

—¿Cuál es el honorable nombre de mi benefactor?

—No lo he hecho solamente por vos, maestro —respondió el joven—, pues tarde o temprano había que atajar esta plaga. Habéis escapado, eso es lo principal, y ahora hay que recobrar el tiempo perdido; poco le hace cómo me llame.

El superior repitió la pregunta, mas como el joven no contestara, al cabo se postró en tierra y selló nueve veces la frente en el suelo, diciendo:

—Pido licencia a mi benefactor, y bien sabe el cielo que haré por devolveros la merced mientras viva.

Lo cual dicho, se levantó y siguió camino.

Sintiendo las fatigas de todo lo pasado, el joven recaló a reposar en un albergue, en el que echó de ver un ataúd, y ante él un hombre con gorro de luto, túnica de hilo blanco, sandalias de paja, cara estragada de la pena y mejillas sucias del llanto, al cual saludó juntas las manos, sentándose enfrente.

—El mundo está en paz y en orden —dijo en eso el hombre—, y vos venís a sentaros apaciblemente en esta posada después de cegar a un hombre con la honda.

—¿De dónde sois, señor? —preguntó el joven—. ¿Quién os ha dicho eso?[447]

—Era burla, que no es mala cosa quitar de en medio a los malvados para salvar a los buenos. ¿Puedo saber el nombre del hermano mayor?

—Me dicen Xiao Yunxian, señor, y vivo por los montes de Levante, a un par de leguas de Chengdu.

—A un par de leguas de Chengdu, y en los montes de Levante, vive Xiao Haoxuan —dijo admirado el hombre —. ¿Tendrá acaso que ver con vuestra distinguida casa?

—Mi padre es, señor. ¿De qué lo conocéis?

—¡Vuestro padre! —exclamó el otro, revelando al punto su nombre y la ocasión de su venida a Sichuan—. En el distrito de Tongguan —prosiguió—pasé a ver al magistrado You, quien me dio una carta para vuestro señor padre; pero tanta ansia tenía de encontrar al mío, que no quise interrumpir viaje para llegarme a vuestra casa. Y también conozco al superior a quien acabáis de salvar. Nuestro encuentro es obra de la providencia, y vuestro valor acredita que sois hijo de Haoxuan. Mis respetos, hermano mayor.

—Si habéis encontrado a vuestro padre, ¿por qué no estáis junto a él? ¿Qué hacéis viajando solo?

—Mi padre, por desgracia, ya no está en este mundo —dijo Guo el Piadoso, arrasados los ojos—. Ahí, en ese ataúd, descansan sus huesos. De Huguang vengo con ellos para darles sepultura en casa.

—¡Qué desgracia! —dijo Xiao Yunxian, sin poder contener las lágrimas—. Mas ahora que he tenido la fortuna de conoceros, señor, habréis de venir conmigo a casa para saludar a mi padre.

—Debiera llegarme para presentarle respetos, mas no sería propio aparecer con el ataúd de mi padre, y por lo demás estoy deseando llegar a casa para darle sepultura. Encomendadme a él, y decidle que más adelante iré a visitarlo, si ha lugar.

Y de su hatillo sacó la carta del magistrado You, que dio a Xiao Yunxian, alargando luego cien sapecas al mozo de posada para que con ellas comprase tres cuernas de vino, dos libras de carne y unas pocas verduras y aderezase una buena comida. Comiendo estaban, cuando Guo el Piadoso dijo:

—Apenas nos conocemos y ya somos como viejos amigos, hermano mayor, y eso no es cosa frecuente; ya el traer de Shaanxi una carta para vuestro honorable padre nos hace ser más que vulgares conocidos. Acabáis de ejecutar una gesta singular que ningún otro osaría intentar; mas debo daros un consejo, si a mal no lo tomáis.

—Por pedíroslo estaba, señor, como joven que soy. Hablad con franqueza, por lo que más queráis.

—Arriesgar la vida por el bien común es signo de arrojo y nobleza; pero muy atrás queda ya el período de las Primaveras y Otoños o el de los Estados Combatientes, en que la fama venía de la mano de gestas como la que habéis hecho, pues ahora el Imperio está unido, y gentes como Jing Ke o Nie Zheng[448] caerían fuera de la ley. Vos, hermano mayor, tenéis temple, porte y talento, amén de nobleza y arrojo, y haríais bien en poner vuestras cualidades al servicio del Imperio, pues con la espada en el campo de batalla ganaríais títulos para vuestra mujer y vuestros hijos y fama para la posteridad. Mirad, hermano mayor: yo las artes marciales las estudié de muchacho, y he sido muy

---

[447] El único que se lo pudo haber dicho es el superior, con quien debió de encontrarse poco antes.

[448] Jing Ke (?-227 aC) intentó matar al rey Zheng de Qin con una daga envenenada, pero fue muerto por el propio monarca. Nie Zheng (?-397 aC) mató al primer ministro de Han, Xia Lei, por gratitud a su benefactor Yan Zhongzi, suicidándose luego. Ambos son ejemplo, en la literatura china, de caballerosidad y valentía. Sus biografías aparecen en los *Registros históricos* («Cike liezhuan», LXXXVI).

práctico en ellas; pero bien poco me aprovecharon, pues en estos veinte años postreros la búsqueda de mi padre me ha embocado por la dura vida del caminante. Yo ya soy viejo, y no sirvo para cosa alguna, pero vos estáis en el primor de la juventud y el vigor, y no podéis desaprovechar la ocasión. Ojalá recordéis las palabras de este viejo.

—Señor, habéis apartado las nubes que no me dejaban ver el sol; no sabéis cuánto agradezco vuestro consejo.

Y de tal suerte siguieron platicando, hasta recogerse a dormir; y ya que al otro día hubieron pagado el hospedaje, Xiao Yunxian escoltó por cuatro leguas a Guo el Piadoso hasta una encrucijada de caminos, donde los dos se separaron sin poder contener las lágrimas.

De vuelta en casa, Xiao Yunxian saludó al padre y le dio la carta del magistrado You. El padre, Xiao Haoxuan, la leyó y dijo:

—No habíamos tenido noticias el uno del otro desde que nos separamos hace veinte años; celebro que mi viejo amigo esté bien. —Y añadió—: ¡Y bien que se nos conocía de muchachos por nuestra buena maña en las artes marciales! Pero ya somos viejos. Cuando entierre en casa los huesos del padre, el buen Guo habrá colmado el anhelo de su vida.

Desde ese día, el joven Xiao Yunxian quedó en casa al cuidado del padre. Y en ello llevaba medio año, cuando el Imperio se vio sacudido por unos enfrentamientos entre las tribus de allende la guarnición de Songfan y las gentes locales a cuenta de ciertas diferencias en el trueque de mercaderías. Los aborígenes eran salvajes que no respetaban la ley, y presentaron batalla con espadas y cuchillos a los arqueros despachados por el gobernador, hiriendo y matando a muchos y tomando por la fuerza la villa de Arce Verde. El gobernador provincial dio parte por la posta a la capital, y la Corte Imperial, muy contrariada, impartió una orden:

> *Encárguese el Guardia Menor de las prevenciones al caso y marche para formar ejército y eliminar a toda costa al enemigo en cumplimiento de la voluntad del Cielo*.

El guardia menor Ping salió al punto de Pequín, asentando sus reales en Songfan, y de todo ello tuvo noticia el señor Xiao Haoxuan, el cual llamó al hijo y le dijo:

—Parece que el guardia menor Ping anda por Songfan con órdenes de despachar tropas para sofocar a los rebeldes. Él es viejo amigo mío y quiero que vayas a alistarte; que, así digas quién es tu padre, habrá de acogerte con los brazos abiertos y tendrás ocasión de servir al Imperio. Ya es hora de que los hombres esforzados demuestren su valía.

—Pero padre, vos ya sois viejo y yo no quiero dejaros.

—No digas eso, que con ser viejo, tengo buena salud, y como y duermo bien y no he menester que me cuiden. Mas si lo que quieres es quedar en paz en casa con tu mujer, dejaré de tenerte por buen hijo y no volveré a mirarte a la cara.

Y el argumento puso fin a las aprensiones del joven, quien, despidiéndose del padre, aprestó el bagaje y partió al encuentro del ejército. De las circunstancias de su viaje no es menester entrar en detalles.

Un día salió del albergue tan temprano, que a la del alba ya había cubierto unas buenas millas. Caminaba con el bagaje a cuestas, a algo más de una jornada de la guarnición de Songfan, cuando, oyendo detrás pisadas, saltó a un lado del camino, y como al volverse topara con uno que armado de garrote se abalanzaba sobre él, le dio tal patada, que lo dejó por tierra. Al punto se apoderó del garrote, y estaba por quebrárselo en la cabeza, cuando el otro gritó:

—¡No me golpeéis! ¡Piedad, por consideración a mi maestro!

—¿Quién es tu maestro? —preguntó Xiao Yunxian, refrenando la mano al tiempo que entre dos luces miraba de arriba abajo al asaltante, hombre de treinta años cumplidos, pelillos en el mentón por barba, chaquetilla acolchada y sandalias de cáñamo.

—Un servidor se llama Mu Nai —dijo el caído—, y es discípulo de Guo el Piadoso.

Oído lo cual, Xiao Yunxian le dijo que se pusiera en pie, viniéndose a enterar, entre unas y otras preguntas que luego le hizo, que había sido salteador de caminos hasta que conoció a Guo el Piadoso y se convirtió en su discípulo.

—Conozco a tu maestro —dijo al cabo Xiao Yunxian—. ¿Dónde vas?

—Dicen que el guardia menor Ping Zhi está reclutando tropas en Songfan para dar batalla a los rebeldes; un servidor va para allá de camino, pero se quedó sin dineros y por eso os asaltó. Perdonadme, hermano mayor.

—Yo también voy allá —dijo Xiao Yunxian—. Vamos juntos, pues.

Tanto se alegró de ello Mu Nai, que se ofreció a servirle de escudero. Y siguiendo camino llegaron sin otro contratiempo a Songfan, donde presentaron súplica en el campamento. El guardia menor ordenó interrogarlos para conocer la razón de su interés en el ejército, y sabedor de que uno era hijo de Xiao Haoxuan, lo aceptó al punto con el cargo de alférez, admitiendo a Mu Nai de soldado raso.

A los pocos días, llegados ya todos los bastimentos, el guardia menor convocó en su residencia a los oficiales. Xiao Yunxian se presentó temprano y ya había allí dos generales, a los que saludó, poniéndose a un lado. Decía uno de los generales:

—Yendo ha poco al frente de la tropa, el general Ma cayó con el caballo en un pozo cavado por los rebeldes y quedó malherido, muriendo de allí a un par de días; pero no dimos con el cuerpo. Pues resulta que el general Ma es sobrino de un eunuco de mucha privanza, el gentilhombre de ceremonia del Emperador, y hemos recibido carta de la Corte urgiéndonos a encontrarlo. ¡Quién sabe qué disciplina nos darán si no lo hallamos! ¿Qué podemos hacer?

—Dicen que no hay agua ni pastos en unas millas a la redonda de la villa de Arce Verde —dijo el otro—, y para que los hombres y las bestias tengan de qué vivir, hay que aguardar a la primavera, que la nieve se funda y baje de la montaña. Pues si nos lanzamos allá con la tropa, en unos días nos mata la sed. ¿Quién puede luchar en tales condiciones?

—No se atormenten mis generales por eso —dijo Xiao Yunxian, adelantándose—, que tendremos bebida y forraje, pues en la villa de Arce Verde abundan el agua y los pastos.

—¿Habéis estado allí, alférez Xiao?

—No, señor, vuestro humilde subordinado[449] no ha estado allí.

—Si no habéis estado allí, ¿cómo lo sabéis?

—Vuestro subordinado lo ha leído en los libros de historia antigua, en que se dice que hay vegetación y agua en abundancia.

—¡Y quién cree todo lo que dicen los libros! —respondieron de mal talante los generales.

No osó decir más Xiao Yunxian. Al rato sonaron unas tablillas, y entre sones de címbalos y atambores llegó el guardia menor e impartió las órdenes, a tenor de las cuales los dos generales habrían de conducir el grueso del ejército y prestar asistencia a Xiao Yunxian, que iría en vanguardia abriendo camino con medio millar de infantes, en tanto él en persona quedaba al frente de la retaguardia. Los oficiales corrieron a cumplir

[449] *Beibian*, «este humilde subordinado», fórmula empleada ante otro militar de graduación superior.

las órdenes, y Xiao Yunxian llamó a su lado a Mu Nai; y agrupando a los quinientos soldados que formaban su cuerpo, con ellos avanzó a marchas forzadas hasta un monte grande y empinado que llamaban de la Silla, paso natural de la villa de Arce Verde, desde donde alcanzaban a distinguir las banderas enemigas.

—Coge doscientos hombres —ordenó Xiao Yunxian a Mu Nai— y atraviesa con ellos la montaña por los senderos más ocultos, y aguarda del otro lado, a la boca del paso principal. De que oigas la lombarda, manda gritar «¡A muerte!» y ven a nuestro rescate. No puede haber yerro.

Mu Nai asintió y partió a cumplir lo mandado, y Xiao Yunxian dio instrucciones a otro centenar de hombres para que se emboscasen en el valle y asomasen gritando que la fuerza principal había llegado así oyeran el primer disparo. Con ello, y los doscientos infantes que le restaban, se lanzó monte arriba en salvaje carga. Los rebeldes, que por centenares poblaban las cuevas de la cima, hicieron por agruparse al sentir la acometida; pero ya el alférez, honda al cinto y espada en mano, arremetía con bravura al frente de sus huestes, atajando cualquier movimiento y sembrando tanto desconcierto en las filas enemigas, que los cabecillas creyeron mejor iniciar la retirada, si bien poco les aprovechó, pues con la fuerza de una tempestad les salieron al paso otros doscientos hombres. En eso se oyó el rugido de la lombarda, y al grito de: «¡Paso al cuerpo de ejército!», coreado por los hombres del valle, se abalanzaron al frente en tremendo vocerío, enhiestos los estandartes, los que aguardaban del otro lado de la montaña, poniendo en fuga a los rebeldes, que ya creían al grueso del ejército en la villa de Arce Verde. Y nada pudieron hacer los rebeldes contra la honda de Xiao Yunxian, que quebrando narices y bocas les cortaba la retirada, ni contra los quinientos hombres que agrupados se lanzaron sobre ellos, tajándolos por centenares como a melones y arrebatándoles sus armas y estandartes.

Concluida la batalla, Xiao Yunxian dio breve descanso a sus hombres; y ordenándoles avanzar, al rato llegaron a un denso bosque, por el que anduvieron unas horas hasta atravesarlo, aportando a un ancho río desde cuya orilla se distinguía, distante apenas unas millas, la villa de Arce Verde. La falta de barcas la remediaron con el duro trabajo de los quinientos infantes, que en poco tiempo construyeron unas almadías de caña, en las que cruzaron a la otra banda.

—El cuerpo de ejército viene detrás —dijo en eso Xiao Yunxian—, y no es tarea fácil ocupar tan gran ciudad con medio millar de hombres. Más vale que el enemigo no sepa cuántos somos.

Dicho esto, instruyó a Mu Nai para que al frente de doscientos hombres pertrechados de haces de cañas secas y escalas hechas con los estandartes capturados marchase a un lugar recóndito a levante de la ciudad, por el que habrían de trepar la muralla y pegar fuego a los depósitos de forraje, con lo cual él atacaría con el resto de la tropa por la puerta de esa parte.

Y en tanto andaban en estos aprestos, los dos generales ya habían llegado al monte de la Silla, y no sabiendo si el alférez habría cruzado las líneas enemigas, se decían: «Estamos en terreno peligroso, y a fe que esto bulle de rebeldes emboscados. Disparemos la lombarda, que no osen salir, y luego anunciamos victoria.» Mas como en eso se les acercara al galope un jinete con un despacho del guardia menor que decía: «Avancen los generales y refuercen a Xiao Yunxian, cuya mucha juventud puede llevarlo a obrar con precipitación», los dos oficiales no osaron desobedecer y juntaron a sus hombres y avanzaron hasta el río, donde encontraron almadías ya hechas, en las que cruzaron a la otra banda, quedando muy admirados de ver el cielo resplandecer en llamas sobre la villa de Arce Verde, y más aún de hallarla rodeada con cerco de hierro por el ejército de Xiao Yunxian, al que fueron a reforzar. De allí a poco, los rebeldes,

muy alborotados del cañoneo de la puerta de Levante y el fuego en medio de sus posiciones, abrieron la puerta del Norte y se lanzaron a la desesperada a romper el cerco, lográndolo apenas unas pocas docenas de jinetes.

De rodillas, adornadas las cabezas de flores olorosas, saludaron los pobladores al guardia menor, llegado de allí a poco con la retaguardia, el cual dio orden de sofocar las llamas y pacificar a las gentes, prohibiendo cualquier tropelía de los soldados. Con ello compuso un memorial, y despachó a Pequín un oficial con la nueva de la victoria. También Xiao Yunxian lo saludó de rodillas, recibiendo grandes elogios por su proeza, amén de un carnero y un cántaro de vino.

Pasados diez días, llegó despacho de la Corte ordenando a Ping Zhi volver a Pequín y a los dos generales a sus puestos para esperar ascenso, y confirmando a Xiao Yunxian en su grado de alférez, lo que aprovechó el guardia menor para dejarlo al frente de la ciudad. El día de la partida para la capital, Xiao Yunxian salió a despedirlo, y a su vuelta compuso muy por menudo un memorial de los daños causados en las murallas y graneros de la villa de Arce Verde con ocasión de la batalla. En respuesta, el guardia menor le dio autorización para reedificar la ciudad, encomendándole la dirección de los trabajos, a cuyo término habría de componer otro memorial enterando de ello a sus superiores.

Y, por causa de ello,

La densa sombra del Peral Silvestre[450]
En vano anida en el postrer recuerdo;
Buscaba grado el General Volante
Y no halló más que penas y lamentos.[451]

Mas para saber cómo Xiao Yunxian reedificó la ciudad, habrás de leer el siguiente capítulo.

---

[450] *Gantan*: alude a la poesía del mismo título del *Libro de las odas* (núm. 16), compuesta, según la tradición, en la dinastía Zhou del Oeste en honor del virtuoso gobierno del príncipe Zhao. En el texto remite a las acciones de Xiao Yunxian en el capítulo siguiente. La poesía completa del *Libro de las Odas* dice: «No cortéis, no vareéis el frondoso cermeño / pues su sombra cobijaba al príncipe Zhao / no cortéis, no maltratéis el frondoso cermeño / pues a su sombra descansaba el príncipe Zhao / no cortéis, no dobléis las ramas del frondoso cermeño / pues a su sombra holgaba el príncipe Zhao».

[451] Fei jiang *nan feng*, *tu bo shu ji zhi tan*: «no confirieron título al General Volador, y en soledad se duele de su mala suerte». Fei jiang, «General Volador», es el sobrenombre otorgado a Li Guang (¿-119 aC), famoso general de la dinastía Han, por su destreza en la guerra. Sorprendido por no haber obtenido título nobiliario alguno a pesar de sus gestas, como era costumbre, consultó a un adivino, y éste le explicó que era consecuencia de una mala acción pasada: dar muerte a ochocientos guerreros de las tribus Jing que se habían rendido. El emperador Wu ordenó en secreto que no lo asignasen a ninguna misión importante y, caído en desgracia, fue acusado de llegar tarde a la batalla de Mobei, permitiendo la huída del enemigo. Li Guang se dio muerte, incapaz de sufrir la humillación (*Registros históricos*, «Li jiangjun liezhuan», CIX). En el texto alude al amargo destino de Xiao Yunxian.

CAPÍTULO XL

EN EL MONTE GUANGWU CONTEMPLA LA NIEVE XIAO YUNXIAN; EN EL PUENTE DEL BUEN CRUZAR VENDE SUS VERSOS SHEN QIONGZHI

Recibió orden Xiao Yunxian de dirigir los trabajos de reedificación de la ciudad, y en ello pasó tres o cuatro años, en los cuales levantó una muralla de dos leguas de cerco y seis puertas, amén de cinco audiencias repartidas por doquier, con lo cual proclamó un edicto llamando a los errabundos a avecindarse en la villa y a los lugareños a labrar las tierras de extramuros.

«Es tierra árida, y en año de secura las gentes perderán la cosecha: hay que hacer obras de regadío», se dijo un día. Y apartando dinero y grano para el laboreo, instruyó a los labriegos para que abriesen acequias junto a los campos, regueras entre las acequias y brazales entre las regueras, de suerte que al poco tiempo tenían un sistema de riego tan tupido como el del sur del Gran Río. Conclusos los trabajos, Xiao Yunxian quiso premiar a los artífices, y con Mu Nai de mozo de espuelas partió de viaje al campo, y era cosa de admirar cómo en cada alto que hacía sacrificaba un buey y un caballo, y juntando a todas las gentes del lugar, erigía un altar y una lápida consagrada al Dios de la Agricultura,[452] ante la cual ofrendaba el ganado. Tocado con gorro de seda crespa y vestido oficial se emplazaba frente al altar, a la cabeza de los labriegos, Mu Nai a su lado oficiando de heraldo, y quemaba el incienso, hacía las libaciones, presentaba las tres ofrendas rituales, se inclinaba ocho veces y ordenaba postrarse de cara al norte, en dirección a la capital, para agradecer la merced del Emperador, con lo cual sentaba a las gentes en corro y tajaba la carne y llenaba los tazones de vino acomodado en el medio. Toda la jornada bebía y celebraba, hasta que, cercano el fin del convite, lanzaba la siguiente arenga:

> *El destino ha querido que hoy pasemos el día aquí bebiendo juntos. Todos estos nuevos campos de cultivo son obra de la benevolencia del Emperador y de vuestro esfuerzo y en ello yo, Xiao, también he tenido parte. Ahora voy a plantar con mis propias manos un sauce. Que cada cual haga lo propio, o esparza semillas de durazno o albérchigo para rememorar este día*.

Y las gentes lo ensalzaban con grandes vítores, plantando cada cual su sauce o durazno junto al camino.

De esta suerte lo celebraba todos los días y en todas las partes, y al cabo la comarca quedó tapizada de docenas de miles de sauces. Para rememorar el buen corazón de Xiao Yunxian, las gentes erigieron en los ejidos de la ciudad un templo consagrado al Dios de la Agricultura, en cuyo altar pusieron una tablilla de larga vida

---

[452] Xiannong: Shennong, dios de la agricultura.

dedicada al benefactor y, para espejo de labriegos, un retrato ecuestre en el que aparecía con su gorro de seda crespa y vestido oficial al lado de Mu Nai, que sujetaba las riendas y portaba el estandarte. Ante él se llegaban el primero y quince de cada luna los hombres y mujeres del lugar para quemar incienso, encender velas y hacer sus reverencias.

Un día de la primavera siguiente, ya que los sauces comenzaban a cubrirse de hojas y los brotes de duraznos y albérchigos a florecer, Xiao Yunxian montó su caballo y salió con Mu Nai a dar un paseo. Y viendo a los rapaces de los labriegos que jugaban a la sombra de los sauces halando entre tres o cuatro de un búfalo, cabalgándolos del revés o atravesados sobre sus lomos, y al ganado abrevando en las acequias, a orilla de los campos, o avanzando trabajosamente por entre las casas, no pudo refrenar su alborozo y dijo:

—Mira, las gentes ya pueden ganarse la vida; pero es gran lástima que todos esos niños que ves jugando y parecen tan despabilados no tengan maestro que les enseñe a leer y a escribir.

—¿No sabe el señor —dijo Mu Nai— que pocos días ha llegó al templo del Dios de la Agricultura un letrado del sur del Río? ¿Por qué no lo visitáis y platicáis con él, que acaso aún no haya partido?

—La suerte nos sonríe —dijo Xiao Yunxian.

Y galopando se llegó al templo, y ya que hubo trocado saludos con el letrado, se sentó y tomó la palabra:

—Dicen, señor, que venís del sur del Río. ¿Qué os trae a tan apartada región? ¿Cuál es vuestro honorable nombre?

—Mi vil nombre es Shen, y soy de Changzhou —respondió el letrado—. De allí partí un día con propósito de visitar un pariente mercader de la villa de Arce Verde, pero la rebelión me ha tenido errando por estas regiones cinco o seis años. Poco ha tuve noticia que un señor Xiao ha reedificado la ciudad y regado los campos, y me he acercado para ver. ¿Cuál es vuestro distinguido nombre, señor, y dónde tenéis morada?

—Un servidor es Xiao Yunxian, el que ha hecho las obras de regadío.

Oyéndolo, el letrado se puso en pie, hizo una reverencia y dijo:

—En verdad, señor, sois el Ban Dingyuan[453] de nuestros tiempos, y mi admiración no tiene límites.

—Estáis en mi ciudad, y sois mi huésped —dijo Xiao Yunxian—. Os ruego hagáis vuestra mi casa.

Y al punto un par de mozos cargaron el bagaje del señor Shen, al que Xiao Yunxian llevó del brazo a la residencia, dejando el caballo al cuidado de Mu Nai. En el banquete con que fue agasajado, el señor Shen supo de los desvelos de Xiao Yunxian, y al punto aceptó la plaza de maestro. Mas aún no conforme el alférez con ello, por parecerle que no diese abasto, escogió de entre los dos o tres millares de soldados que tenía a su orden a los diez más leídos y los puso a tomar lección todos los días con el maestro Shen, creando, de añadidura, una decena de escuelas para los zagales más despiertos. Pues apenas pasados un par de años, el maestro Shen ya los adiestraba en el arte de la composición literaria y en sus lecciones no se oía otra cosa que no fuera «exordio», «proposición», «discurso» y otras palabras del mismo jaez. A los que llegaban a dominar el arte de la composición, Xiao Yunxian los trataba como a iguales y los colmaba de privilegios, de suerte que en lo por venir las gentes tuvieron el saber por cosa honorable.

---

[453] Ban Dingyuan: nombre con que también era conocido el general Ban Chao (32-102) por su condición de marqués de Dingyuan. Ban Chao, administrador de las Regiones Occidentales en la dinastía Han del Este (25-220), libró numerosas batallas con los xiongnu, expulsándolos al cabo de la región de Tarim.

Creyendo cumplida su misión en la ciudad, Xiao Yunxian compuso un memorial de cuanto había acaecido, despachando a Mu Nai con la encomienda de entregarlo en mano al guardia menor. Éste hizo unas preguntas a Mu Nai y lo ascendió a sargento, elevando a su vez memorial de todo ello al Consejo de la Guerra.

Pero el Consejo de Obras hizo sus propias cuentas y dio la siguiente respuesta:

> *Del memorial elevado por Xiao Yunxian, designado para hacerse cargo de la villa del Arce Verde, se sigue que ha gastado 19.360 onzas y 12 centésimos y 15 diezmilésimos de plata en ladrillos, argamasa y jornaleros; mas como dicho lugar es señaladamente provechoso para el beneficio de ladrillos y argamasa, por la abundancia de agua y pastos, y la leva de jornaleros no supone mayor desconveniencia, por los muchos vagabundos que allí se juntan, de ello resulta que se se han dispendido en exceso 7.525 onzas, que habrán de ser repuestas por el susodicho. De todo lo cual damos parte a las Autoridades de la Prefectura de Chengdu, Provincia de Sichuan, de donde es dicho Oficial, para que cuiden de la oportuna devolución de la deuda. V. por el Emperador Nuestro Señor.*

No hubo menester de más Xiao Yunxian para recoger sus cosas y marchar a Chengdu. Al llegar a casa, encontró al padre enfermo, y allegándose a la cama le refirió cuanto le había acaecido desde el día en que se unió al ejército, con que selló la frente en el suelo y quedó clavado en el sitio. Y allí hubiese seguido si el padre no le dice: «Nada malo has hecho. ¿Por qué no te levantas?» Y ya que estuvo otra vez en pie, el mozo habló de la orden del Consejo de Obras y la condena a reponer una parte de las costas, concluyendo:

—Los buenos hijos deben sustentar a sus padres y yo no he guardado una sapeca, antes os llevo a la ruina. ¡Qué poca hombría, y qué gran vergüenza la mía!

—Es decreto de la Corte —dijo el padre, Xiao Hanxuan—; mas tú no has malgastado esos dineros, no te atormentes. Mi hacienda bien puede valer siete mil onzas; véndela y devuelve lo que debes.

Y llorando hubo de asentir el hijo, quien no llegó a desvestirse al advertir la gravedad de la dolencia. Más de diez días estuvo entregado de cuerpo y alma al cuidado del padre; mas como al cabo viera que todos sus esfuerzos eran en vano, deshecho en lágrimas dijo:

—Dadme, padre, si lo tenéis, vuestro postrer consejo.

—¡Cuánta palabrería necia! —rezongó el padre—. En tanto viva, yo soy el que manda, y cuando yo muera tú serás el que mande y ya sabrás qué hacer. Ser leal y piadoso es lo principal; lo demás es secundario.

Dicho lo cual, cerró los ojos y expiró. Amargamente lo lloró Xiao Yunxian, apercibiendo el enterramiento, en el que observó a conciencia los ritos funerarios. «No hay mal que por bien no venga»,[454] se decía, «pues de no haber sido condenado a pagar esos dineros, ahora no estaría en casa y no hubiera podido enterrar a padre. En buena hora he vuelto». Cuando el padre fue inhumado, la hacienda ya había sido vendida; pero

---

[454] *Sai wang shi ma*, «el viejo de la frontera perdió el caballo», modismo popular cuyo equivalente en castellano podría ser «no hay mal que por bien no venga». Un viejo que vivía en las zonas fronterizas perdió el caballo; cuando las gentes vinieron a consolarlo, él les dijo: «Esto es tener buena suerte». Al poco tiempo, el caballo perdido apareció con otro corcel; cuando las gentes vinieron a felicitar al viejo, éste les contestó: «Esto es tener mala suerte». De allí a poco, el hijo cayó del caballo y quedó malherido; cuando la gente acudió a consolar al padre, éste les respondió: «Esto es tener buena suerte». Al final, el hijo, por estar herido y no poder participar en la guerra, se libró de la matanza perpetrada por el ejército invasor de otro reino (*Huainanzi*, «Renjian xun»).

a Xiao Yunxian aún le faltaban trescientas onzas, y el magistrado no hacía otra cosa que apremiarlo al pago. Quiso la suerte, empero, que el magistrado cayera degradado por su poca firmeza con los bandidos, y que el nuevo fuera recomendado del guardia menor Ping siendo éste gobernador provincial; pues así supo que Xiao Yunxian era ahijado del guardia menor, levantó acta como que ya había ajustado su deuda, aconsejándole al tiempo fuese a visitar a su padrino e hiciese por pagar con la mayor premura.

Así lo hizo Xiao Yunxian; el guardia menor se condolió grandemente de la muerte de su padre, y ya ido el ahijado, despachó un oficio al Consejo de la Guerra en el que proponía su ascenso, recibiendo la siguiente respuesta:

> *El ascender a un oficial por haber reedificado una ciudad no tiene precedentes en este Consejo*. *Xiao Yunxian seguirá conservando su cargo de Alférez hasta que su hoja de servicios acredite que puede ocupar vacante de Teniente, y habrá de presentarse en la Corte tan pronto se le notifique dicha circunstancia*.

Pasados cinco o seis meses, Xiao Yunxian recibió la citación oficial que lo convocaba a la Corte para ser nombrado teniente con destino en la guarnición de Jianghuai, en la prefectura de Yingtian. Urgido a ocupar sin tardanza su nuevo puesto, salió al punto de la capital con la credencial de su oficio, encaminándose a Nanquín por la ruta de levante. Atravesó el puente del Dragón Bermejo, y al llegar a la guarnición de Guangwu se recogió en una venta para pasar la fría noche de invierno. Pues apenas daban la segunda vigilia, cuando el ventero empezó a gritar: «¡Arriba, señores, que el sargento Mu viene a hacer la ronda nocturna!» A sus voces, los huéspedes se echaron sobre los hombros alguna cosa de abrigo y aguardaron sentados al filo de los lechos, viendo en eso entrar a cuatro o cinco soldados que con linternas alumbraban el camino al sargento, quien se puso a leer el libro de huéspedes. Y como en él descubriera el nombre de Xiao Yunxian, y él no fuera otro que Mu Nai, ebrio de alegría le preguntó por su salud y lo llevó consigo a casa para pasar la noche. Al otro día, Xiao Yunxian quiso seguir camino, pero Mu Nai lo retuvo diciéndole:

—Quedaos otro día, señor, que está para nevar, y sería buena ocasión para acercaros al santuario de Ruan Ji,[455] en el monte Guangwu. Dejad que este humilde servidor os haga los honores.

Como a Xiao Yunxian le pareció bueno el ofrecimiento, Mu Nai pidió un par de caballos para subir al monte, cuidando antes de mandar por delante a un ordenanza con comida y vino. A las puertas del santuario salió a recibirlos un sacerdote taoísta que les ofreció asiento en el altillo del pabellón trasero y les sirvió té. Ido el sacerdote, Mu Nai abrió las seis ventanas que daban al monte, y viendo Xiao Yunxian los árboles en su descarnadura, las ramas secas que agitaba el viento y los copos de nieve que empezaban a caer, dijo:

—En la villa de Arce Verde también teníamos mucha nieve, pero yo nunca caí en el desánimo, ¿y hoy estos copos me hielan el alma?

---

[455] Ruan *gong ci*, «Santuario del señor Ruan», en honor de Ruan Ji (210-263), uno de los Siete Sabios del Bosquecillo de los Bambúes (*v*. notas caps. XIII y XLVI). El santuario conmemora la visita de Ruan Ji al monte y las palabras que, emocionado, pronunció con tal ocasión: *shi wu yingxiong*, *shi shuzi chengming* («los tiempos no dan héroes, pero elevan a la fama a hombres vulgares»). El monte Guangwu (17 kms. al sudeste de la ciudad de Yinggyang, Henan) fue escenario de la célebre batalla que en 203 aC libraron Liu Bang, fundador de la dinastía Han, y Xiang Yu, rey de Chu; cada bando ocupó una de las laderas del monte, cortado por la mitad por el río Amarillo, y creó su propio acuartelamiento (Hanwang *cheng* y Bawang *cheng*, respectivamente) en los largos meses que duró la contienda, hasta la derrota final del rey de Chu.

—A fe que esos dos generales están ahora bebiendo al amor del fuego, enfundados en sus capas de armiño —apostilló Mu Nai—. ¡Cuán dichosos habrán de estar!

Apurado el vino, Xiao Yunxian se levantó a dar un paseo; y como a diestra del pabellón viera una quinta de recreo cuyos muros estaban tapizados de versos de muchos letrados, se detuvo a leerlos, recreándose por menudo en unos heptasílabos compuestos al modo antiguo[456] que tenían por título «Recordando el pasado en el monte Guangwu». Xiao Yunxian los leyó una y otra vez, y sin advertirlo comenzó a llorar, y Mu Nai, que estaba a un costado, se preguntaba la ocasión de su pesadumbre. Bien cuidó el teniente de grabar en su corazón el nombre del autor: Wu Shu, de Nanquín. Con ello, tornaron a la casa de Mu Nai. El otro día amaneció bueno, y Xiao Yunxian se puso en camino, acompañándolo el amigo hasta la posta del Sauce Grande.

Por Pukou cruzó el río, y presentadas en Nanquín sus credenciales se encaminó a su puesto, tomando relevo de su predecesor ya que hubo verificado el número de escoltas, bagajeros y barcas, y luego de quedar enterado de otras cuestiones. Un día preguntó a los escoltas:

—¿Conocéis un señor Wu Shu, de Nanquín?

—No, señor —respondió un portaestandarte—, nunca hemos oído tal nombre. ¿Qué lo queréis, señor?

—En la guarnición de Guangwu leí unos versos suyos, y gustaría de conocerlo.

—Si es poeta, señor, habrán de tener noticia en el Colegio Imperial. Dejadme ir y tomar lenguas.

—Ve presto, pues.

Y al otro día ya tenía el portaestandarte la respuesta:

—A las puertas del Colegio Imperial han dicho a vuestro servidor que entre los alumnos de oficio hay uno nombrado Wu Shu que vive por el Arco de las Flores.

—Presto —ordenó Xiao Yunxian—, apercibe un ordenanza que me acompañe a su casa, que no quiero toda la escolta.

Con ello marchó hacia el Arco de las Flores, encaminándose, al llegar, a un pabellón orientado a poniente, a cuyas puertas entregó su esquela. Y saliendo Wu Shu al instante, Xiao Yunxian le dijo:

—Vuestro hermano menor es militar y acaba de llegar a Nanquín. Estando el otro día en el monte Guangwu leí en un muro vuestros bellos versos cargados de añoranza, y como siempre he tenido en alta estima a los hombres de virtud, resolví venir a saludaros.

—Vuestro hermano menor compuso esos versos en un arrebato de sentimiento —respondió Wu Shu—, y nunca los creyera merecedores de vuestra distinguida lectura.

En ello fue el té servido, y Wu Shu dijo:

—Si para venir aquí habéis atravesado el monte Guangwu, ¿acierto al decir que sois enviado de la Corte?

—Es una historia larga de contar —respondió Xiao Yunxian—. Vuestro hermano menor participó en la expedición contra la villa de Arce Verde y fue comisionado para reedificarla, gastando tantos dineros en ello, que apenas hace unos meses pudo pagar el débito. Ha poco he sido ascendido de alférez a teniente, con destino en la guarnición de Jianghuai, y la suerte quiere que os haya conocido. Ya vendré otro día para platicar con vos, pues habré de pediros consejo en muchas cuestiones.

—Seré yo quien se beneficie de vuestros consejos —dijo Wu Shu.

---

[456] *Qi yan gufeng*, versos heptasílabos de rima libre al modo antiguo.

Y como el teniente ya se había levantado para partir, lo acompañó a la puerta. Apenas lo había despedido, cuando llegó corriendo un bedel del Colegio Imperial y le dijo: «El doctor Yu os aguarda para hablar con vos, señor.» Así pues, Wu Shu fue a ver al doctor Yu, quien le dijo:

—Hermano mayor, el Consejo ha aprobado hoy por fin la exaltación de vuestra señora madre, después de haberla denegado tres veces por presentación tardía del memorial. En mi oficina tenéis los dineros para erigir el arco: pasaos por ella cuando seáis servido.

Wu Shu agradeció al doctor y partió. Al otro día fue a pagarle visita a Xiao Yunxian, quien, así recibió su esquela, lo hizo pasar a la sala y le ofreció asiento.

—Ayer hicisteis el honor de visitarme —dijo Wu Shu—, mas no me conduje con la debida cortesía. Elogiasteis unos malos versos que había compuesto en un momento de desazón, por lo que aquí os traigo otros, para someter a vuestro juicio.

Y diciendo esto, de la manga sacó un librillo de versos, que alargó a Xiao Yunxian, quien leyó unas páginas al azar, colmándolo de elogios. Con ello pasaron a almorzar a la biblioteca; y ya que hubieron comido, el teniente entregó a Wu Shu un rollo de pinturas y le dijo:

—Ved aquí dibujadas las modestas hazañas de vuestro hermano menor. Conociendo vuestras prendas literarias, quisiera pediros compongáis unos versos o unos párrafos en prosa para que no queden en el olvido, si a bien lo tenéis.

Wu Shu desplegó el rollo sobre la mesa y lo examinó. El título rezaba *Breve crónica de la expedición a Poniente*, y había en todo tres dibujos, precedidos cada cual de un relato detallado: «Desbaratando al enemigo en el monte de la Silla», «La conquista de la villa de Arce Verde» y «Alentando a los campesinos en primavera».

Conclusa la lectura, Wu Shu suspiró y dijo:

—¡Mala fortuna tuvo el General Volante, y eso tan cierto es hoy como antaño! ¡Tan grandes gestas en vuestro haber, y os premian con tan humilde puesto! Podéis contar con mis versos, si tal es vuestro deseo; mas debo deciros que vuestras gestas en el campo de batalla difícilmente hallarán cabida en la historia oficial, por mor de vuestro grado, y más os valiera buscar unos buenos letrados que las difundan e inmortalicen en sus obras, rescatándolas del olvido.

—Mucho me engrandecéis —apuntó Xiao Yunxian—, mas son vuestros versos los solos que pueden rescatarlas del olvido.

—No lo creáis así —dijo Wu Shu—; mas llevaré estos dibujos conmigo, pues aquí viven renombrados hombres de letras que aprecian la lealtad y el amor filial, quienes, así vean vuestras gestas, escribirán sobre ellas de muy buen grado. Permitid a vuestro hermano menor que les muestre las pinturas.

—¿Creéis que antes deba visitar a estos conocidos vuestros?

—Bueno sería —respondió Wu Shu.

Con ello, Xiao Yunxian cogió una cédula encarnada y se la dio a Wu Shu, pidiéndole escribiese sus nombres. Y escribiendo Wu Shu los nombres y casas del doctor Yu, Chi Hengshan, Zhuang Shaoguang y Du Shaoqing, tomó el rollo de pinturas y partió.

Al otro día, Xiao Yunxian fue a cumplimentar a los cuatro letrados, quienes en breve le pagaron visita. Y como a la sazón recibiera orden de custodiar un cargamento de grano por el río Huai, embarcó, navegando hasta Yangzhou. Estaba por atracar en el embarcadero de la Aduana, cuando de entre el bullicio de barcas surgió, detrás de la suya, una a cuya proa había un hombre de pie que gritaba: «Señor Xiao, ¿qué os trae por aquí?» Con que Xiao Yunxian volvió la mira, exclamando a su vez: «¡Mirad, si es el

maestro Shen! ¿Cuándo habéis vuelto?» Y el maestro Shen saltó a la barca, apremiado de Xiao Yunxian, que le preguntó:

—Años ha nos despedimos en la villa de Arce Verde. ¿Cuándo habéis tornado al sur?

—Después de recibir de vuestras manos la plaza de maestro, señor, seguí dando lección otro par de años, guardando unos dineros, con los que torné a mi casa. Ahora acabo de desposar a mi hija con el señor Song, de Yangzhou, y la llevo a su nueva morada.

—Recibid mis parabienes —dijo Xiao Yunxian.

Y ordenando a su acompañante obsequiase a la hija con una onza de plata por vía de cumplimiento, prosiguió:

—Voy para el norte en misión oficial con un cargamento de grano y no puedo rezagar mi marcha. Ya convidaré al señor para que me visite cuando vuelva a mi modesta morada.

Y se despidió, siguiendo ruta en su barca. Así echó pie en tierra, el maestro Shen cargó el bagaje y alquiló una silla de manos para su hija Shen Rama de Ágata, a par de la cual enderezó para la puerta de la Hendidura, haciendo parada en el salín de la Gran Abundancia. Los sirvientes lo saludaron y avisaron de su llegada al salinero, Song Weifu, quien despachó un mensajero con la siguiente razón: «Dice el amo que la desposada entre, y que el señor Shen quede en la tienda para almorzar con él.» Al oírlo, el maestro Shen dijo a la hija:

—Como ves, hija, venimos a darle noticia de nuestra llegada y a decirle que nos hospedaremos por aquí cerca a la espera de que ajuste día propicio para el casamiento, y mira con qué nos sale, que, a mi entender, no piensa darte trato de esposa principal. Y bien: ¿Aún quieres hacer el casamiento? Decisión tuya es, hija mía.

—No os enojéis, padre —dijo Rama de Ágata—, que no hay cédula de venta por medio, ni de él hemos recibido pago alguno. ¿Cómo voy a querer ser su concubina? Pero más vale no porfiar con él, pues las gentes se pondrán de su lado por saberlo personaje notable. Dejadme que vaya a su casa en la silla de manos, para ver cuáles son sus intenciones.

Y como el maestro Shen asintiera a ello, la hija comenzó a vestir sus aderezos de novia, hasta que, ya tocada con la diadema de bodas y la túnica escarlata, se arrodilló ante el padre a modo de despedida, marchando en la silla de manos. Un criado abrió camino hasta una casa ribereña a cuyas puertas había unas amas de leche que, con los hijos del dueño en brazos, chanceaban con el portero, las cuales, al ver a la muchacha, dijeron: «¿Eres la nueva desposada del señor? Pues desmonta y entra por la puerta del canalillo.» Mas, por vía de respuesta, Rama de Ágata se apeó de la silla y entró derechamente en la sala principal, donde tomó asiento y dijo:

—Decid a vuestro señor que salga, que la casa de Shen de Changzhou no es casa de tres al cuarto para sufrir que se me reciba a mí, que soy la desposada, sin haber colgado farolillos ni guirnaldas ni haber elegido día propicio para las bodas. ¿No será que intenta hacerme concubina suya y por eso quiere que entre a hurtadillas? Que venga y enseñe la cédula de casamiento firmada por mi padre, y no diré más.

Muy azaradas de oírlo, las criadas corrieron a las casas traseras a dar noticia al amo, que a la sazón se hallaba en la botica viendo al boticario aderezar el ginsén. El amo lo oyó, y encendido de ira dijo:

—Nosotros, los grandes mercaderes del Imperio, tomamos no menos de seis o siete concubinas al año. ¡Bien lo íbamos a tener si todas se trajesen tantos remilgos! ¿Pues no viene caminando, que aún cree va a salir volando?

Y siguió dándose al diablo por unos instantes, hasta que ordenó a una criada:

—Ve a la delantera y dile a ésa que el amo no está hoy en casa, que vaya a su alcoba, y si tiene algo que decir, que aguarde la vuelta del amo.

Lo cual hizo la criada, diciéndose Rama de Ágata para sí: «Nada aprovecha quedarme aquí sentada, más vale que entre.» Y saliendo por la trasera de la sala con la criada, atravesó una puerta en forma de obelo que se abría a siniestra, tres salas entapizadas de madera de nan y un dilatado patio con colinas artificiales hechas con guijarros del Lago Supremo, según vieron desde el sendero que las bordeaba, hasta dar en un jardín en que había plantíos de caña, quintas de recreo y un estanque con percas doradas. Cercando el estanque, por una galería encajonada entre barandillas bermejas franqueó un portillo en forma de luna, marco de una puerta de cuatro hojas laqueadas de oropel, por la que llegó a un patio abierto a tres aposentos y un cuarto de labor dispuesto con gran gusto. Rama de Ágata tomó asiento, diciéndose, en tanto apuraba el té que la criada le había traído: «A fe que ese hombre no sabe apreciar la belleza de este lugar de retiro; no hay mal en que repose aquí unos días.» A todo ello, la criada ya había vuelto donde el amo y le decía: «Señor, la desposada nueva es linda, pero tiene su genio y más vale no provocarla.»

Al otro día, Song Weifu mandó un mayordomo al salín con encomienda de decir al contador diese quinientas onzas de plata al maestro Shen y lo despachase de vuelta a su casa, que la hija ya estaba en la suya y no había más que hablar. Recibida la razón, el maestro Shen se dijo: «Mala cosa, pues claro está que la quiere por concubina, y eso no he de permitirlo.» Y derecho se encaminó a la audiencia del distrito de Jiangdu, poniendo por escrito la preceptiva denunciación, que el magistrado aceptó al punto con el siguiente razonamiento: «El señor Shen Danian de Changzhou es, a más de licenciado recomendado, personaje muy notable. ¿Cómo va a consentir que su hija sea hecha concubina? Estos mercaderes de la sal se creen con poder para hacer cuanto se les antoje.»

Mas como al tener noticia de ello, Song Weifu despachara a la audiencia un propio con encomienda de interponer recurso y cohechar a cuantos oficiales pudiese, la denuncia del maestro Shen fue desestimada al otro día en los siguientes términos:

> *Visto que Shen Danian dice haber ofrecido a su hija Rama de Ágata por esposa principal de Song Weifu*, *no es razón que la haya enviado escondidamente a casa del desposado*, *a no ser que desde un principio la hubiese comprometido por concubina*. *En consecuencia*, *la denuncia es confusa y queda denegada*.

Y el escrito de recurso le fue devuelto a Song Weifu con el siguiente comentario escrito:

> *Queda dictada resolución en la denuncia presentada por Shen Danian*.

Viendo denegada su denuncia, el maestro Shen interpuso otra; mas el magistrado debió darse por ofendido, pues acusándolo de buscapleitos, lo mandó arrestado a Changzhou con escolta de un par de alguaciles.

Entretanto, Rama de Ágata llevaba ya unos días en casa de Song Weifu sin nuevas, por lo que al cabo se dijo: «Este mercader querrá deshacerse de mi padre antes de venir a embarullarme. Mejor huyo.» Y con un hatillo que hizo con cuantas alhajas de oro y plata y perlas y joyas encontró en la alcoba, amén de las siete faldas que vistió debajo de su disfraz de dama de leche, sobornando a la criada huyó por la puerta falsa a

la quinta vigilia, antes de despuntar el alba. De mañana cruzó la puerta de la Aduana,[457] y embarcando en un junco en el que había otras mujeres de la casa de los barqueros, se dijo: «Si torno con mis padres a mi casa de Changzhou, los lugareños les harán burla. Nanquín es buen lugar, y hay muchas gentes célebres y yo sé componer versos. ¿Por qué no ir a Nanquín y ganarme la vida vendiendo versos, que acaso la buena fortuna me acompañe?»

Y diciendo y haciendo, en Yizheng mudó de barca, tomando la derrota de Nanquín. Y por causa de ello,

Vende versos una dama,
Por tapar su paradero,
Hace examen un letrado,
Y es huésped de un caballero.

Mas para saber qué acaeció luego, habrás de leer el capítulo siguiente.

[457] Otro de ls nombres de la puerta de Yijiang de Yangzhou, donde existía un puesto de aduana.

CAPÍTULO XLI

ZHUANG ZHUOJIANG REMEMORA LOS VIEJOS TIEMPOS A ORILLAS DEL QINHUAI; SHEN QIONGZHI ES LLEVADA BAJO ARRESTO AL DISTRITO DE JIANGDU

Hermosa en verdad es la vista del río Qinhuai a su paso por Nanquín cuando, demediada la cuarta luna, en las barcas que por él bajan los toldos reemplazan a los techos de las cámaras y sobre las mesillas laqueadas de oro no falta una marmita de cerámica de Yixing, tazas de la más fina porcelana de Chenghua o Xuande[458] y el mejor té de agua de lluvia. Los convidados en las barcas reciben agasajo de vino, viandas y frutas, en tanto los pasajeros que llevan rumbo a otros destinos mercan unas sapecas de buen té para beber a bordo en su lento navegar. De nochecita, el agua refleja el par de farolillos en forma de cuerno que adorna cada barca, y éstas barloventean de un lado a otro, sembrando de luces el río. Cuando cuaja la noche, los cánticos y sones de flauta se enseñorean de los espacios lindantes con el puente de la Virtud Literaria, el del Buen Cruzar y la Atalaya de las Aguas de Levante. Los paseantes compran los fuegos de artificio que llaman «ratones de agua»[459] y los lanzan al río, levantando unos a modo de perales en flor en su estallido. Y entre unas cosas y otras, el bullicio no se extingue hasta la cuarta vigilia.

Sabedor Du Shaoqing de que Wu Shu cumplía años a finales de la cuarta luna y de que su pobreza era tanta que no le permitía celebrarlo con un banquete, resolvió juntar unos menudos y unas libras de vino y arrendar una barca entoldada, convidándolo a pasar la jornada con él en el río. Muy de mañana llegó Wu Shu ese día a la casa ribereña, donde almorzaron, subiendo al cabo a la barca por la puerta que se abría sobre el agua. «Vamos a un lugar tranquilo, hermano Wu Shu», dijo Du Shaoqing. Y, pidiendo al barquero pusiera rumbo al río de la Ofrenda de Incienso y luego retornase, se dio a menudear tragos con el amigo, de suerte que al despuntar la tarde los dos estaban ya más que alegres. Arribando al puente del Buen Cruzar les pareció dar un paseo, por lo que saltaron a tierra; mas como en el embarcadero echasen de ver un rótulo que decía: «Rama de Ágata, de Changzhou, hace bordados finos,[460] graba abanicos y compone versos; quien la busque hallará su rótulo en su morada del callejón del Lienzo, camino de los Depósitos de Agua», Wu Shu rió de buena gana y dijo:

---

[458] Xuan *yao*, Cheng *yao*, «hornos de Xuan y Cheng», porcelana de las eras Xuande (1426-1435) y Chenghua (1465-1487), famosa por su calidad.

[459] *Shuilaoshuhua*, «flor del ratón de agua», especie de cohete que se desliza por el agua y estalla en su superficie.

[460] Gu *xiu*, «bordados de Gu», de exquisita labor, hechos por la familia Gu en el patio de la Fragancia del Rocío (Luxiang *yuan*), de Shanghai. Así fueron llamados más tarde los bordados elaborados en las provincias de Anhui y Jiangsu.

—¡Mirad, amigo Du, mirad cuán singular es Nanquín, pues en esa parte no viven otras que las rameras y ésta pregona su oficio a los cuatro vientos! ¡Qué risa!

—A nosotros ni nos va ni nos viene —dijo Du Shaoqing—. Tornemos mejor a la barca, y calentemos una buena jarra de té.

Con que volvieron a la barca, dándose a la plática al calor no tanto del vino, cuanto de unas tazas de buen té que tenían guardado. Deleitábanse con la contemplación de la luna, que acababa de asomar y bañaba de plata la chalupa en su perezoso discurrir, cuando, surcando la parte del estanque de la Luna Creciente, vieron fuegos de artificio lanzados desde unas barcas de recreo, entre las que descollaba una aderezada con cuatro farolillos acornados y un toldo bajo el cual tenía lugar un convite. Dos comensales ocupaban los puestos de honor, cedidos por el huésped, hombre barbicano, quebrado de color y de flacura embozada en túnica de gasa blanca, bonete y babuchas, vecino de un joven de mejillas sonrosadas y bigote incipiente que no descansaba de poner los ojos en cuanta muchacha topaba a diestra y siniestra.

Cuando estuvieron más cerca, Du Shaoqing y Wu Shu reconocieron en dos de los pasajeros a Lu Xinhou y Zhuang Shaoguang; y mientras se preguntaban quienes podrían ser los otros dos, este último ya los había visto, y puesto en pie gritaba: «¡Venid y sentaos con nosotros, hermano Shaoqing!» Con ello, los dos amigos pasaron a la barca y saludaron al huésped, quien preguntó:

—¿Quiénes son los dos honorables señores?

—Du Shaoqing de Tianchang, y Wu Shu —respondió Zhuang Shaoguang.

—En Tianchang vivió un señor Du que fue prefecto de Ganzhou —dijo el huésped—. ¿Es pariente vuestro, por ventura?

—Es mi padre —respondió, muy admirado, Du Shaoqing.

—Pues sabed que hace cuarenta años pasaba días enteros con vuestro señor padre, con quien estaba emparentado, pues era primo mayor mío.

—¿No seréis mi tío Zhuang Zhuojiang? —preguntó Du Shaoqing.

—Ése soy.

—Yo era niño entonces y no pude conoceros. ¡Qué gran alegría! —dijo Du Shaoqing, haciendo una reverencia.

—¿El anciano señor es deudo vuestro? —preguntó Wu Shu a Zhuang Shaoguang.

—Es sobrino mío —respondió sonriendo Zhuang Shaoguang—, y antiguo pupilo de mi padre; acaba de llegar de Yangzhou, donde nos despedimos hace cuarenta años.

—¿Y este otro señor? —preguntó Wu Shu.

—Mi hijo —respondió Zhuang Zhuojiang.

Y el mozo se adelantó e hizo una reverencia. Al cabo, sentado cada cual en su asiento, el huésped pidió se sirviera más vino y tomó la palabra:

—¿Cuándo habéis llegado a Nanquín, hermano Shaoqing? ¿Dónde paráis?

—Ya lleva aquí ocho o nueve años —respondió por él Zhuang Shaoguang—, y vive junto al río.

—Vuestra casa solariega abundaba en jardines, flores y quintas de recreo —dijo, admirado, Zhuang Zhuojiang—, y pasaba por ser la mejor de la banda norte del Gran Río. ¿Qué os ha traído a vivir aquí?

Y como Zhuang Shaoguang describiera en unas pocas frases la liberalidad de Du Shaoqing y la presteza con que había prodigado su hacienda, el anciano suspiró y dijo:

—Hace diecisiete o dieciocho años, si mal no recuerdo, estando en Huguang recibí carta del señor Wei el Cuarto, de Wuyi, diciéndome que, con ser mucha su afición al vino, en veinte años nunca había estado ebrio; pero que en la casa de los Du de

Tianchang había bebido un vino de nueve años tan bueno, que pasó la noche hecho una cuba. Tan dichoso estaba, que me escribió esa carta desde la distancia de trescientas leguas para darme la nueva. No pude saber en esa sazón quién de los Du le había hecho los honores, mas ahora doy por cierto que fue Shaoqing.

—Ningún otro podría hacer los honores con tan buen arte —apuntó Wu Shu.

—¿Es amigo vuestro el señor Wei? —preguntó al tío Du Shaoqing.

—Nos conocimos muchachos —respondió Zhuang Zhuojiang—. De mocito, nuestro padre gozaba del respeto de todos y era tenido por el más renombrado de los maestros de su tiempo. Recuerdo su rostro y su sonrisa tal cual si lo tuviera delante.

Al rato, como Lu Xinhou y Wu Shu dieran en hablar de la gran ceremonia del templo de Taibo, Zhuang Zhuojiang dejó caer la mano sobre la rodilla y dijo:

—¡Qué pena, haber llegado tarde para tan magna ceremonia! Mas ya encontraré ocasión de celebrar con todos los señores aquí presentes algún otro acontecimiento.

En estas y otras pláticas siguieron menudeando tragos hasta la medianoche. Cuando llegaban a la casa ribereña de Du Shaoqing, los farolillos se extinguían en el canal y los sones y cánticos se desvanecían con la lejanía. Una flauta de jade sonó a un costado. «Es hora de irnos», dijo alguno, y la barca buscó un atracadero para permitir el paso de Wu Shu, el primero en partir; luego fue el turno de Du Shaoqing, que subió a su casa por el portalón del canal, y al cabo le tocó a Zhuang Shaoguang, a quien Zhuang Zhuojiang, por mor del respeto que le tenía pese a ser mayor en edad, dejó en su casa después de bajar con él a tierra en el puente del Norte y haberlo acompañado, a él y a Lu Xinhou, a las mismas puertas con un criado pertrechado de un farolillo para iluminar el camino. Lu Xinhou durmió esa noche en casa de Zhuang Shaoguang, convidado de éste.

El día siguiente lo pasó Zhuang Shaoguang como de costumbre, en el jardín del lago, en compañía de su convidado; al otro, Zhuang Zhuojiang escribió en una esquela su nombre y el de su hijo, Feixiong, y marchó a visitar a Du Shaoqing; y el otro, Du Shaoqing pagó visita a Zhuang Zhuojiang en su casa del puente de la Flor de Loto, pasando con él toda la jornada.

Otro día, en la casa del lago del Guerrero Negro, Zhuang Shaoguang comentaba a Du Shaoqing:

—Habéis de saber que este sobrino mío no es hombre común. Hace obra de cuarenta años, abrió en Suzhou un negocio de empeños con otro mercader; pues como viniese en saber que éste había quedado sin dineros por no sé que faciendas, al punto le cedió su caudal de veinte mil onzas y su parte del negocio, y a lomos de un pollino marchó de Suzhou con su hatillo al hombro por todo bagaje. Y mercadeando de un extremo al otro del río ha estado esta docena de años postreros, haciéndose con unas buenas decenas de miles de onzas, con las que ha venido a afincarse en Nanquín. Es hombre muy amigable y liberal. Al morir el padre, no permitió que uno solo de los hermanos pagase una sapeca del funeral, antes sufragó las costas por su mano. ¡Y a cuántos de sus amigos que no tenían quien les buscase tumba no habrá pagado el entierro! Siguiendo el consejo que le dio mi padre, siempre ha mostrado respeto por las letras y las construcciones históricas. Sin ir más lejos, ahora está empleando tres o cuatro mil onzas en la compostura de un templo en honor del Marcial y Bondadoso Príncipe Cao[461] en el monte del Canto del Gallo. Buena ocasión para apercibir en él, con Chi Hengshan, otro gran sacrificio así acaben las obras.

---

[461] Cao *wuhui wang*: epíteto póstumo de Cao Lin (931-999), famoso general de la dinastía Song del Norte entre cuyas gestas se cuenta la de haber atacado Nankín y ocupado una parte del reino de Tang del Sur (Nan-Tang) sin matar un solo enemigo (*Historia de la dinastía Song*, «Cao Lin zhuan»). Su templo es uno de los «diez templos» de la dinastía Ming situados al sur del monte del Canto del Gallo (Jiming).

Al oírlo, el corazón de Du Shaoqing se llenó de gozo. Con ello, y dada por concluida la plática, pidió licencia y partió.

Pronto el verano dio paso al otoño, y con él los vientos frescos anunciaron los fríos venideros y el río Qinhuai volvió a mudar de estampa, pues por estas fechas las barcas de alquiler van colmadas de monjes apalabrados para ejecutar sus ritos, atareados en colgar retratos de Buda, poner altares y sembrar el agua de ofrendas de comida, repartidas desde la atalaya del Agua de Poniente hasta el río de la Ofrenda del Incienso. El incienso adensa el aire en una legua a la redonda, y el son de los tambores, los címbalos y las salmodias búdicas se siente por doquier. A la caída del crepúsculo, flotan en el agua hermosos farolillos en forma de loto, y lanchones de papel[462] elevan al cielo los espíritus solitarios el quince del mes séptimo, día del Perdón de los Pecados Infernales, al decir de los budistas. El río Qinhuai semeja, a su paso por Nanquín, la Tierra Occidental de la India.

El día veintinueve del mes séptimo hay gran función religiosa en el templo de Ksitigarbha, el Tesoro de la Tierra, en el monte Qingliang. Dicen que el Tesoro de la Tierra tiene los ojos cerrados todo el año y los abre solamente esa noche; y si ve la ciudad pletórica de pajuelas de incienso, flores, candiles y velas, se representa que el resto del año es igual y otorga su protección a las gentes, contento de tanta devoción. Esa noche, en todas las casas de Nanquín hay dispuestos un par de altarcillos con incensarios y velas. El camino que une el puente del Centro con el monte Qingliang semeja, en media legua o poco más, un dragón de plata por los muchos incensarios que lucen durante toda la noche, inmunes al más recio de los vientos. La población toda, hombres y mujeres, sale a la calle para quemar incienso y ver la función.

También salió a quemar incienso, con la mujer de su casero, Rama de Ágata. No le iban mal las cosas a la joven, pues desde que, llegada a Nanquín, colgó el rótulo a las puertas de su casa del Depósito de Aguas de Palacio, las gentes la visitaban para encomendar versos, caligrafías y bordados, aunque tampoco faltaban los granujas que caían con sus amigos para pasar el rato huroneando. Como esa noche iba ataviada al modo de Suzhou y Changzhou, a su vuelta de la ofrenda de incienso la seguían un centenar de curiosos, entre los que se encontraba Zhuang Feixiong, que anduvo tras ella todo el camino hasta el Depósito de Aguas.

Al otro día, Zhuang Feixiong fue a ver a Du Shaoqing, y le dijo:

—Esta Rama de Ágata que vive por el Depósito de Aguas no se muerde la lengua a la hora de sujetar a los mozalbetes que quieren tomarse libertades con ella. Es dama muy singular a la que habríais de conocer, hermano Shaoqing.

—Algo de ello ha llegado a mis oídos —dijo Du Shaoqing—. Tanto abundan hoy día los desdichados, que acaso haya venido aquí escapando de quién sabe qué desventuras. Más vale que vaya a preguntarle.

Era noche de luna creciente, buena ocasión para contemplarla en compañía de unos amigos, y Du Shaoqing persuadió de ello al visitante, convidando también a su casa a Chi Hengshan y Wu Shu. Mas como apenas llegados éstos, Zhuang Feixiong volviese a mentar a Rama de Ágata, la singular dama del Depósito de Aguas, Du Shaoqing dijo:

---

[462] *Fachuan*, «barcos de la ley», barcas de papel con una imagen de Ksitigarbha (Di zang, el «tesoro de la tierra», *bodhisattva* que juzga las almas y las salva del infierno) en el centro y figuras de dioses y demonios a los costados, ofrendadas el 15 de la séptima luna a los espíritus de los que carecen de morada, los que carecen de descendientes que puedan rezar por ellos y los ahogados, carentes de un lugar de reposo. Las barcas pueden alcanzar varios metros de longitud y responden al propósito de ayudar a estos espíritus errantes a cruzar el mar del hambre, la sed y el tormento en que se encuentran por haber muerto repentinamente sin expiar sus pecados.

—Poco importa cómo sea ella, pues ya es harto meritorio que sepa componer versos.

—Olvidáis que estamos en Nanquín —ponderó Chi Hengshan—, y que aquí abundan tanto los hombres de letras, que a ningún parroquiano se le ocurriría encomendar los versos a una mujer. Para mí que eso es un ardid para atraer a los hombres. Sepa o no componer versos, es cosa que no nos atañe.

—Harto singular es encontrar una muchacha como ésta, que vive en soledad fuera de su casa y se mantiene de la venta de sus versos —dijo Wu Shu—. Ahí tiene que haber alguna razón oculta. Puesto que sabe componer versos, ¿por qué no la convidamos, para que podamos justipreciar su arte?

En estas y otras pláticas terminaron la cena. Y ya que la luna creciente colgaba sobre el río y derramaba sus rayos sobre el puente, Du Shaoqing dijo:

—Hoy ya es tarde, hermano Wu Shu, para lo que habíais dicho hace un instante. Pasad mañana a almorzar y luego vamos juntos a visitarla.

A lo que asintió Wu Shu, partiendo al cabo con Chi Hengshan y Zhuang Feixiong. Al otro día, según lo acordado, Wu Shu y Du Shaoqing almorzaron juntos y encaminaron sus pasos al Depósito de Aguas de Palacio; mas como al llegar advirtieran un corrillo de hombres vociferantes congregados al frente de una casa vieja, se allegaron al tumulto y echaron de ver a una muchacha de edad hasta dieciocho o diecinueve años tocada con el moño al uso de aguas abajo del río y esclavina de amplio cuello de seda azul, que gritaba en medio de la multitud. Luego de escuchar un tiempo, Du Shaoqing y Wu Shu dedujeron que la muchacha estaba echando gran fraterna a un puñado de haraganes que vanamente, al parecer, trataban de sacar provecho con embelecos de unos que habían ido a comprar saquillos para incienso de tela labrada. Convencidos de que tal era el caso, los dos amigos avanzaron unos pasos, poniendo en evidencia a los desalmados, que fueron alejándose. Viendo que los recién llegados no eran del jaez de los parroquianos ordinarios, Rama de Ágata los saludó con mucha cortesanía, ofreciéndoles asiento. Y ya que hubieron trocado entre sí los saludos de rigor, Wu Shu dijo:

—El señor Du Shaoqing que aquí veis es el más célebre de los poetas del lugar. Ayer oímos grandes elogios en torno a vuestro arte y nos hemos acercado para recibir vuestras enseñanzas.

—Desde que estoy en Nanquín, hace medio año —dijo Rama de Ágata—, todos cuantos pasan por aquí me toman por cortesana, o por ladrona y vagabunda; mas hoy v. mds. vienen a verme no por sacar provecho de mi persona, ni por dudar de mi reputación. Decía mi padre: «En Nanquín hay muchos hombres de letras, pero entre ellos es el señor Du Shaoqing el de mayores prendas.» Y no erraba. No sé si el señor vive con su esposa, o en la casa de algún amigo.

—Vivo con mi humilde esposa en una casa ribereña.

—En tal caso —dijo Rama de Ágata—, iré en un momento a visitarla a vuestra morada para contarle mis trabajos.

Consintiendo en ello, Du Shaoqing pidió licencia y partió con Wu Shu, quien al rato le dijo:

—En verdad es un caso singular, pues no parece licenciosa para merecer el apelativo de cortesana, ni vulgar para pasar por concubina que hayan expulsado de su casa. Y, con ser mujer, no le falta gallardía. Ese vestido que lleva es fino y delicado, pero sus manos más parecen de luchadora, aunque hoy en día ya no existen heroínas como la Dama de la Carroza o Hilo Encarnado.[463] Tengo para mí que es una muchacha

[463] Chezhong *nüzi*, Hongxian: heroínas que aparecen en *Ganze yao*, de Yuan Jiao (finales s. IX). La Dama de la Carroza caminaba sobre los tejados y franqueaba muros con extrema facilidad, salvando a los presos

digna que huye de alguna ofensa. Preguntadle cuando vaya a vuestra casa, y veréis si mi juicio es correcto.

Llegaban ya en eso a la casa de Du Shaoqing, a cuyas puertas toparon a la señora Yao, que con la canasta de flores a la espalda venía a vender su mercancía.

—En buena hora llegáis, señora Yao —dijo Du Shaoqing—, pues hoy tenemos un convidado poco común y acaso gustéis de saber quién es.

Y apremiando a Wu Shu a que tomase asiento dentro, pasó con la florista a los aposentos de la esposa, a quien puso en autos. A poco llegó Rama de Ágata en silla de manos, de la que se apeó delante de la puerta. Du Shaoqing la condujo a los cuartos interiores, donde la esposa la recibió, ofreciéndole té y asiento. La joven ocupó el puesto de honor y la esposa el de huésped; la señora Yao se sentó a un lado, y Du Shaoqing junto a la ventana. Hechos los saludos de rigor, tomó la palabra la mujer de Du Shaoqing:

—Joven como sois, mi buena Shen, y viviendo en soledad fuera de vuestra casa, ¿tendréis quien os haga compañía? ¿Viven vuestros honorables padres? ¿Os han prometido en matrimonio?

—Mi padre pasa la vida fuera de casa dando lección y mi madre, por desgracia, ya no está en este mundo —dijo Rama de Ágata—. De niña aprendí a coser y bordar, labores con las que me gano la vida desde que estoy en Nanquín. Debo a la solicitud del señor Du Shaoqing su visita y el ofrecimiento de venir a su morada, donde me encuentro como entre viejos amigos, pese a haberos conocido hace un instante.

—La señorita Shen hace unos bordados muy lindos —dijo la florista—. Ayer, sin ir más lejos, vi acá enfrente, en casa de Ge Laiguan, una imagen de la bodhisattva Guanyin bordada por la señorita Shen, y había que verla, que estaba más hermosa que en retrato.

—No son más que unas puntadas mal dadas, que no merecen ni que las miren —dijo Rama de Ágata.

Al rato la florista pidió licencia, y fue marchar ella e hincarse de rodillas Rama de Ágata ante la esposa de Du Shaoqing, quien muy perturbada la ayudó a ponerse en pie, oyendo seguido de boca de la joven cómo el salinero la había engañado tomándola por concubina, y cómo ella había huido con unas pocas cosas de valor.

—Y tengo miedo —concluyó Rama de Ágata— que todavía me tenga voluntad y venga hasta aquí persiguiéndome. ¡Salvadme, señora!

—Estos mercaderes son tan ricos y poderosos, y viven entre tanto boato, que hasta los oficiales se humillan ante ellos —dijo Du Shaoqing—. Y vos, una débil mujer, habéis despreciado a uno de ellos como a cosa sin valor, lo que es digno del mayor encomio. Mas ese sujeto os perseguirá, y habrá de poneros en aprietos. Con todo, descuidad, que mucho daño no podrá haceros.

Apenas lo había dicho, entró un criado anunciando: «El señor Wu Shu quiere hablaros.» Du Shaoqing lo siguió al cuarto que daba al río, y como a la puerta viera aguardando a dos de brazos caídos que parecían alguaciles, muy sobresaltado dijo:

—¿Quiénes son v. mds.? ¿Quién les dijo que entrasen?

—Yo les dije que entrasen —respondió Wu Shu, allegándose a él—. ¡Mirad, vos! Pues resulta que la audiencia del distrito ha recibido de Jiangdu mandamiento de

---

encerrados en pozos profundos. Hongxian era criada de Wu Song, gobernador militar de Luzhou (Shanxi). Tian Chengsi, gobernador militar de Weibo (Hebei), quería apoderarse de Luzhou, y para hacerle desistir de su propósito, Hongxian se introdujo una noche en su casa y se apropió de una cajita de oro que guardaba junto a la almohada —y que luego devolvió a su dueño—, demostrándole con ello que los habitantes de Luzhou eran muy hábiles y que una invasión le costaría cara.

captura contra esa joven bajo cargo de huir de la casa de un salinero que llaman Song, de quien es concubina. ¿Qué os decía yo?

—Ahora está en casa —dijo Du Shaoqing—. De apresarla aquí, parecerá que yo he sido el instigador de su huida; y de mandarla a Yangzhou, parecerá que la he tenido escondida. Poco se me da lo que digan de su fuga, la cosa es que me parece impropio que vengan a apresarla a mi casa.

—Por eso vuestro hermano menor ha mandado entrar a los alguaciles —dijo Wu Shu—. Lo que debéis hacer, hermano Shaoqing, es mandarlos con unas monedas de plata al Depósito de Aguas de Palacio, que la arresten al volver a su casa, como es de razón.

Y siguiendo el consejo de su amigo, Du Shaoqing alargó cuatro centésimos de plata a los alguaciles, que marcharon sin poner reparos. De vuelta en la cámara de la esposa, narró lo sucedido, quedando las dos mujeres harto amedrentadas.

—Es igual —dijo al cabo Rama de Ágata, poniéndose en pie—. ¿Dónde están los alguaciles? Estoy presta para marchar con ellos.

—Los mandé salir —dijo Du Shaoqing—. Comed alguna cosa, que el señor Wu Shu quiere haceros presente de unos versos y aún no los ha terminado.

Y mandando llamar a su esposa y a la florista Yao para que la acompañaran a la mesa, se llegó al cuarto que miraba al río, del que cogió un libro de versos escrito de su mano. Y ya que Wu Shu terminara de componer el suyo, pesó y envolvió cuatro onzas de plata, que, acompañadas del libro, entregó a un criado con orden de llevarlo a su mujer para que lo ofreciera a Rama de Ágata a modo de obsequio de despedida.

Ida después de pedir licencia, Rama de Ágata subió a la silla de manos y se encaminó derecha al callejón del Lienzo, donde tenía su morada, a cuyas puertas la aguardaban ya los dos alguaciles, que le cerraron el paso.

—¿Qué, venís con nosotros en la silla, o a pie? —preguntaron—. No es menester entrar en la casa.

—¿De dónde son v. mds.? —dijo Rama de Ágata—. ¿De la audiencia del gobernador, o del inspector? ¿Acaso he quebrantado la ley, o cometido traición, para que no me dejen entrar en mi casa? ¡Con esos modos podrán amedrentar a las gentes del campo, mas a mí no!

Y apeándose de la litera, enfiló para su casa ante las narices de los alguaciles, que a regañadientes la dejaron entrar. Al rato, ya guardados en su joyero la plata y los versos, volvió a salir, y allegándose a la silla dijo:

—¡Maestro silletero, a la audiencia del distrito!

Y como los alguaciles oyeran al silletero pedir unos dineros por el servicio, al punto dijeron:

—¡El santo día de un extremo a otro, y la gente no lo reconoce! ¡Pues poco aprovecha el estar de pie desde las primeras luces, el aguardaros media vida a las puertas del señor Du o el haberos permitido tornar a casa en silla para evitaros la deshonra, que vos, con ser mujer, a lo que parece no gustáis mucho de libar el té!

Entendió Rama de Ágata que los alguaciles querían dineros, mas antes de hacerles caso, agregó veinticuatro centésimos al acarreo, suficientes para que el silletero la llevara a la audiencia. Los alguaciles la escoltaron, no de muy buena gana, y al llegar anunciaron desde la puerta: «Acá traemos a esa que dicen Shen.» El magistrado mandó la llevasen a la sala tercera,[464] la de causas reservadas, y viendo al entrar que su talle concordaba con la descripción que le habían dado, dijo:

---

[464] *San tang*, «sala tercera» de las tres que solía haber en las audiencias, reservada por lo general a casos confidenciales y relacionados con el sexo opuesto.

—¿Qué hace una mujer como vos quebrantando las leyes, huyendo a escondidas, robando la plata del señor Song y viniendo a ocultarse en este distrito?

—Señor —respondió Rama de Ágata—, Song Weifu quiso forzar a una mujer honrada a ser su concubina, y cuando mi padre lo acusó, sobornó al magistrado y ganó el pleito, odio que llevo guardado dentro del pecho. De añadidura, aunque parca en talento no me falta instrucción, y no es de razón que la esposa de Zhang Er sirva a un hombre rudo y vulgar en Waihuang.[465] Por eso huí, y es la verdad.

—Vuestra causa no es competencia mía, sino del distrito de Jiangdu, donde seréis interrogada —dijo el magistrado—. Decís ser ilustrada: ¿sabríais componer ahora unos versos?

—Señaladme el motivo —apuntó Rama de Ágata—, que al concluir os pediré vuestro parecer.

—Ése será el motivo —dijo el magistrado, señalando el algarrobo que había fuera de la sala.

Y sin alterarse un ápice, Rama de Ágata compuso al instante un hermoso octeto de versos heptasílabos, lo que dejó tan admirado al magistrado, que al punto mandó a los dos alguaciles trajesen su bagaje de casa para examinarlo. Y como en el joyero encontrara un saquillo de plata, el envoltorio con la palabras «obsequio de despedida» y un libro y un rollo de versos, la supo en buenos términos con los letrados célebres de Nanquín y compuso una atestación, que dio a los alguaciles diciendo:

—Escoltad a Shen Rama de Ágata al distrito de Jiangdu, y cuidad bien de ella. Traedme el oficio donde se reconozca que ha llegado bien.

Y como resultaba que este magistrado era de la misma hornada del de Jiangdu, y buen amigo suyo, de secreto adjuntó a la atestación una carta confidencial en que pedía al condiscípulo pusiese en libertad a la acusada y la entregase a su padre para que buscase mejor yerno.

Así salieron de la audiencia, los alguaciles ajustaron una silla de manos para Rama de Ágata, con que tomaron la derrota de la puerta del Oeste, a cuyas afueras embarcaron todos con destino a Yizheng. Los sayones pusieron sus cosas en la proa, donde quedaron descansando, y Rama de Ágata ocupó la cámara central. Mas apenas sentada, de una barca cubierta pasaron a la suya y entraron en la cámara un par de mujeres, una de hasta veintiséis o veintisiete años, y la otra de diecisiete o dieciocho. Ambas vestían con sencillez, aunque parecían un punto engreídas, y venían acompañadas de uno de sombrero de felpa harapiento, tez encendida de borracho y cejas espesas y cortas, el cual entró el bagaje en la cámara. Acomodadas al costado de Rama de Ágata, le preguntaron

—¿Dónde va la señora?

—A Yangzhou, acaso como v. mds. —respondió Rama de Ágata.

—Nosotras no vamos a Yangzhou, que nos quedamos en Yizheng —dijo la mayor de las dos.

Mas como en eso se acercara el barquero a pedir el lanchaje, los alguaciles soltaron una escupidura y, sacando la atestación del magistrado, dijeron:

—¿Mira, ves esto? Vamos en misión oficial, y harto hemos hecho ya no pidiéndote dineros para que ahora vengas tú a pedirlos.

---

[465] *Zenme ken ba yi ge* Zhang Er *zhi qi qu shi* Waihuang *yongnu*?, lit. «¿Cómo la [que puede ser] esposa de Zhang Er va a estar dispuesta a servir a un [hombre] rudo y vulgar en Waihuang?». La frase alude a un episodio de los *Registros históricos* («Zhang Er Chen Yu liezhuan») en el que una bella dama de la localidad de Waihuang rompe relaciones con su marido, torpe y vulgar, y acaba casándose con un hombre de talento como Zhang Er. El paralelismo con el mercader de la sal es claro, aunque Rama de Ágata siga soltera.

El barquero no protestó, antes recolectó los otros lanchajes y soltó amarras, llegando la embarcación al rato al peñón de la Golondrina. Esa noche sopló el suroeste, y de mañana ya estaban en el bajío del Cieno Amarillo, sazón en que los alguaciles pidieron unos dineros a Rama de Ágata, quien les dijo:

—Ayer oí decir muy claro que los que viajan en misión oficial como v. mds. no pagan lanchaje.

—No seáis manicorta —respondieron los alguaciles—, que hemos de ganarnos la vida, y si todos fuesen como vos y ni un pelo soltaran, habríamos de vivir del aire.

—Pues yo no he de darles una sapeca —dijo Rama de Ágata—, ¡a ver qué osan hacer!

Y diciendo esto, salió de la cámara y saltó a tierra, moviendo sus piececillos con tanto ímpetu, que parecía volar, tanto era su afán en huir de las malas compañías. Los alguaciles asieron de su bagaje y corrieron detrás, sujetándola; pero ella les dio unas puñadas que los dejó por tierra cual horquetas panza al sol; y así se levantaron, les echó tal fraterna, que el barquero y el del sombrero andrajoso tuvieron que venir a apaciguarla. En suma, que a la postre hubieron de ajustar un palanquín para ella, y los alguaciles tuvieron que conformarse con seguirla por su pie.

El del sombrero andrajoso atravesó la primera compuerta con sus dos acompañantes, conduciéndolas derechamente al callejón de la Casa de Feng, donde toparon con Wang Yian, que dijo:

—¡Así que ya tenemos aquí a la Fina y a la Dócil, y de la propia mano de Li el Cuarto! ¿Cómo van los negocios por Nanquín, allá por la puerta del Agua de Poniente?

—Harto agobiados hemos estado con esos metemuertos del puente de Huaiqing —dijo Li el Cuarto—, y por eso venimos a buscar refugio con el padrino.

—Muy bien, pues aquí nos faltaban un par de doncellas —dijo Wang Yian.

Y condujo a las dos mancebas a su casa, tres chozas separadas por atajadizos de caña y una cocina trasera en la que había uno lavándose las manos, que quedó muy alborozado al ver entrar a las pupilas.

Y, por causa de ello,

En notoria mancebía
Ostentan poder y cargo;
Dicen ser hombres de letras
Y andan en casas de trato.

Mas lo que acaeció luego te lo dirá el capítulo que se sigue.

CAPÍTULO XLII

UNOS JÓVENES HABLAN DE EXÁMENES EN UNA MANCEBÍA; UN CRIADO TRAE NUEVAS DE LA COMARCA DE LOS MIAO

Entraron, pues, las dos mancebas en casa, y Wan Yian gritó al que se lavaba las manos

—¡Vamos acá, señor Sexto, mirad estas dos doncellas que acaban de llegar!

Y las mancebas alzaron la vista, echando de ver uno de rostro oscuro y picado y ojos ladinos que, embutido en un sombrero en guiñapos, pingüe túnica de seda negra y botas viejas picudas, arremangado se lavaba las manos. Y como lo vieran salir de la cocina, saludaron con un «señor Sexto», y le hicieron reverencia ladeando la cabeza y el talle y alzando con una mano el pico de sus chaquetillas. El hombre, que parecía de tan pocas armas como letras, las haló hacia sí con sus dos manos y dijo:

—Y bien, mis hermanas queridas, gran dicha habéis tenido de conocer primeramente al señor Tang el Sexto.

—Dice bien el señor Sexto —apostilló Wang Yian—, que nadie mirará por las señoras mejor que él. Sentaos, señor Sexto, que luego mando os sirvan el té.

El señor Tang el Sexto se sentó en una banqueta, y tirando hacia sí de las dos mujeres, una a cada lado, se arremangó el pernil del calzón y aposentó su pierna negra y mantecosa sobre la rodilla de la que llamaban Fina, quien se empleó en darle unas buenas friegas con sus manos de nieve. Y ya que hubo apurado el té, dio en mascar un poco de buyo que sacó de una bolsa, y sin reparar en que el jugo le salía por los labios y le mojaba el bigote, un restregón por sinistra y un abrazo a diestra, y las doncellas quedaron con las mejillas bien ensopadas; pues ya andaba estregándose los sobacos con los lienzos que aquéllas habían sacado para limpiarse, cuando Wang Yian recogió la taza de té y de pie preguntó:

—¿El señor ha tenido noticias de su señor tío?

—Y cómo no —exclamó Tang el Sexto—, si ha poco despachó uno a Nanquín con encomienda de llevarle veinte banderas encarnadas con bordados de dragón y un pendón amarillo de general con brocados. Este mes va a la capital, y de que empiece a helar allá por el mes noveno, con el Emperador tendrá que hacer la ofrenda a la bandera,[466] el Emperador por general de los ejércitos, él por brigadier suyo. Los dos juntos habrán de arrodillarse sobre el tapete, y así se levanten, mi tío será ya gobernador militar.

En esto apareció el mandil, que llamó fuera a Wang Yian, susurrándole al oído; Wang Yian volvió al rato y dijo:

—Excusad, señor, mas ahí fuera hay un forastero que quiere ver a Fina, y no osa entrar sabiendo que estáis aquí.

---

[466] *Shuangjiang ji qi*, «ofrecer sacrificios a la bandera en la estación de la Caída de la Escarcha», ceremonia celebrada por el ejército antes de partir en campaña. En la dinastía Qing había además un día fijo para esta celebración, el primero de la estación de la Caída de la Escarcha, en torno al 23 de octubre.

—¿Y qué le hace? —dijo el señor Sexto—. Decidle que entre, que beberemos en compañía.

Así pues, Wang Yian entró con el parroquiano, un mercader mozo al que, así vio sentado, pidió unos centésimos de plata para comprar comida. Al cabo volvió con una fuente de carne de burro, otra de pescado frito, una docena de colados de vino y veinte o treinta huevos que coció para el señor Sexto, el cual era mahometano. Con ello encendió un candil, ocupando cada cual su puesto, que era el de honor para el señor Sexto, el frontero para el parroquiano y el restante para Wang Yian, en tanto Fina acompañaba sentada al primero haciendo oídos sordos a su orden de atender al mercader en su banqueta. Servido el vino, el señor Sexto propuso jugar a la morra, estipulando la pena de beber para el perdedor y el premio de cantar para el que ganase. Primero ganó él a Wang Yian, y cantó con ronca voz una tonada al modo de *Hierba parásita*;[467] luego fue el turno de Fina, que ganó al parroquiano. Tardaba en cantar, y el señor Sexto sirvió más vino; mas como la damisela ladeaba la cara rechazando el canto y no hacía más que sonreír, por más golpes que el de Tang diese sobre la mesa con los palillos, éste al cabo dijo:

—Mirad que mi cara es una persiana que subo y bajo a mi antojo según me dé por reír o ponerla larga. Cuando yo digo hay que cantar, es que hay que cantar.

También Wang Yian hizo por persuadirla, con que al cabo cantó unas estrofas. Pues apenas terminaba el canto, aquél anunció:

—Está aquí el señor Wang.

Y entró el señor Wang, que así decían al sargento de la patrulla callejera, quedando callado al ver a Tang el Sexto. Las mancebas le hicieron reverencia, y él se sentó con una de ellas a menudear tragos, pidiendo otra media docena de medidas de vino. Allá por la cuarta vigilia, uno que llamaban el Cachorro, criado del tío del señor Sexto, asomó con un farolillo que rezaba «Casa del Brigadier» y dijo: «Llaman a v. md. de la residencia, señor Sexto.»

Y el señor Sexto partió con Wang Yian, ocasión que aprovechó el parroquiano para entrar con una manceba en uno de los cuartos, no sin antes pagar una propina al criado que les trajo agua, y los gajes al mandil. Luego de enredar un rato con el parroquiano, la manceba se peinó, enjuagó la cara y lavó las entrepiernas, metiéndose ambos en la cama cuando cantaba el gallo.

Al otro día, el señor Sexto se llegó a anunciar que allí mismo iba a celebrar un convite para despedir a sus dos primos que salían para Nanquín. Wang Yian acogió la nueva con alegría, pues era gran cosa que los dos hijos del brigadier asomaran por su casa, y preguntó: «¿Viene luego, o de noche?» A lo que el señor Sexto respondió sacando del zagalejo un envoltorio con cincuenta y seis centésimos de plata, que le dio con la orden de apercibir un convite de siete platillos de comida y dos de dulces.

—Y si no tenéis bastante, venid por más —dijo.

—No hiciera yo tal cosa —dijo Wang Yian—, que por satisfecho me doy si el señor lleva a las hermanas a otros convites. Éste lo ofrecemos nosotros al señor, que es gran honor tener en casa a los dos señoritos de la residencia.

—Eso es hablar con cordura, mi buen amigo —dijo el señor Sexto—, que si las hermanas son generosas con los señoritos en la residencia, ¿qué faltara, si allá lo amarillo es oro, lo blanco plata, lo redondo perlas y lo brillante dijes? Pues si encontráis los puntos flacos de los señoritos, hasta el mandil y el del agua caliente tendrán la plata a espuertas.

---

[467] *Ji shengcao*, poema musical (*yuanqu*) atribuido a Bai Bu (c. 1226-1306).

Li el Cuarto escuchaba a un lado y daba saltos de alegría. Ido el señor Sexto, los otros aderezaron el banquete con gran diligencia. De tarde llegó el señor Sexto con los dos primos, quienes vestían bonetes de seda, botas negras de suelas blancas y túnicas con brocados, encarnada la de uno, cenicienta la del otro, y venían escoltados por cuatro criados portadores de farolillos —poco importaba fuese de día— que decían «Casa del Brigadier» y «Examen Provincial de Nanquín». Los jóvenes entraron y ocuparon el puesto de honor, y las mancebas los saludaron con una reverencia, en tanto el señor Sexto contemplaba la escena de pie a un costado.

—Aquí tenéis una banqueta, hermano Sexto —dijo el mayor de los hermanos, que llamaban Tang Yu—. ¿Por qué no os sentáis?

—Sí —dijo el señor Sexto—, mas antes quería preguntar a los senoritos si las doncellas pueden tomar asiento.

—¿Y por qué no? —dijo Tang Shi, el menor—. Decidles que se sienten.

Y con liviandad y afectación se sentaron las mancebas en un banco, ocultando sus risitas tras los pañizuelos.

—¿Qué edad tienen las damas? —preguntó Tang Yu.

—Una diecisiete años, la otra diecinueve —respondió el señor Sexto.

Llegaba ya en eso Wang Yian con unas tazas de té, que las mancebas recogieron y secaron con sus lienzos, ofreciéndolas a los hermanos.

—¿Cuándo parten en fausto viaje los señoritos? —preguntó en eso el señor Sexto.

—Mañana —respondió Tang Yu—, pues el presidente de examen ha llegado a Nanquín y no podemos demorarlo más.

Y en tanto Tang Yu platicaba con el señor Sexto, Tang Shi tiró de Fina hacia su banco y anduvo enredando con ella unos instantes, hasta que llegó el vino, y con él unos platillos que les había aderezado un cocinero mahometano, a saber, nido de golondrina, pato, pollo y pescado. El señor Sexto escanció el vino y sentó a los comensales: los primos a la cabecera de la mesa, las mancebas a los costados y él a los pies; y aunque no se le veía a sus anchas en su sitio, el malestar lo quitaba echándose sus buenos tragos.

—Así lleguen los señoritos a Nanquín ¿marcharán derechos a hacer los exámenes? —preguntó al cabo—. El día ocho, a la quinta vigilia, empezarán llamando a la prefectura de Taiping. ¿No será ya muy tarde cuando empiecen a llamar a los de Yangzhou?

—¡Quién dice que empiezan llamando a los de Taiping! —ponderó Tang Yu—. Primeramente disparan tres salvas frente al patio de exámenes, y abren la empalizada; luego disparan otras tres, y abren la puerta principal; y al final disparan otras tres, y abren la de los Dragones. Nueve salvas disparan en todo.

—Esos cañones son más chicos que los de la residencia de nuestro padre —dijo Tang Shi.

—Un punto acaso, no gran cosa —dijo el hermano—. Pues, como iba diciendo, luego de disparar los cañones aderezan una mesa con incienso en la sala de la Justicia Suprema; y ahí entra el prefecto de Nanquín vestido de capillejo y túnica brocada de dragones, y hace una reverencia, ocultando, ya que se pone en pie, el rostro tras un par de parasoles. Luego, el comisario de la Oficina de Administración Provincial se arrodilla e invoca al soberano Guanyu, el Gran Emperador Domeñador de Monstruos de los Tres Mundos, para que venga a mantener el orden, y a su general Zhou Cang para que venga a hacer inspección de la sala. Los parasoles se separan, el prefecto hace una venia y el comisario vuelve a arrodillarse e invoca al soberano Wenchang, el Gran Instructor de Zitong y las Siete Revueltas, para que venga a presidir el examen, y al Señor de la Estrella Alfa de la Osa Mayor para que venga a derramar su luz sobre la sala.

—¡Válgame —exclamó el señor Sexto—, qué gran suceso, con tantos dioses y budas que se invocan!

—¡Y qué valerosos los señores para entrar en un sitio donde hay tanto buda —dijo la que llamaban Dócil—; que lo que es a nosotras, ni muertas nos meten ahí.

—Nuestros señoritos mayor y segundo también son divinidades literarias —dijo con gravedad el señor Sexto—, con las que no se pueden medir unas vulgares damiselas.

—Y luego de invocar a Wenchang —prosiguió Tang Yu—, el prefecto hace tres reverencias al cielo y el escribano invoca a los antepasados virtuosos de todos los examinandos.

—¿Quiénes son los antepasados virtuosos? —preguntó el señor Sexto.

—Los antepasados virtuosos son los que aprobaron los exámenes metropolitanos y ocuparon cargo oficial —respondió Tang Shi—. A ellos solos invocan, pues ¿qué aprovecha invocar a gentes vulgares o a esos letrados que se tornan viejos presentándose a los exámenes?

—A la puerta de cada celda hay dos pendones, uno rojo y otro negro —prosiguió Tang Yu—; bajo el rojo se ocultan los espíritus de los que el examinando haya socorrido y bajo el negro, los que haya agraviado. Pues ya sentado el prefecto, el escribano dice: «¡Que entren los espíritus de los socorridos; que entren los espíritus de los agraviados!» Luego queman dineros de papel a ambos lados y los espíritus entran en una ráfaga de viento frío, y con las pavesas del papel quemado se enclaustran bajo los pendones rojo y negro.

—¡Buda Amida, por eso tenemos que ser buenos, que llegando esa hora todo sale a relucir! —dijo la que llamaban Dócil.

—Y el digno padre de los señoritos —dijo el señor Sexto—, con tantas buenas acciones que ha hecho en las regiones fronterizas, y tantas vidas que ha salvado, habrá de contar con el favor de tantos espíritus agradecidos, que no tendrán lugar bajo el pendón rojo.

—Por suerte no os presentáis a examen, hermano Sexto —dijo Tang Yu—, pues con ello os ahorráis que os lleven los espíritus de los que habéis agraviado.

—¿Qué? —dijo el señor Sexto.

—Mirad lo que le vino al amigo Yan de Yixing en el postrer examen —dijo el hermano mayor—, que habiendo compuesto siete comentarios, los leía en voz alta cuando sintió una corriente de aire que dejó tremolando la llama de la vela, y las cortinas se abrieron, y entre ellas asomó una cabeza. El amigo Yan aguzó la vista, y advirtiendo que era la de una manceba con la que había tenido trato, dijo: «Estás muerta, ¿qué haces aquí?» Y como la cabeza lo mirara y echase a reír, el amigo dio una puñada en el pupitre, con tan mala fortuna, que volcó el tintero sobre sus papeles, llenándolos de borrones. En eso desapareció la visión, y el amigo se dijo: «Será mi destino.» Pues llovía a cántaros cuando el pobre entregó sus pliegos, y como hubo de marchar bajo la cortina de agua, quedó tres días en cama con romadizo. Yo fui a verlo, y cuando me refirió el suceso, le dije: «La habréis maltratado, y por eso vino a buscaros.» Y vos, hermano Sexto, ¿a cuántos habréis agraviado? ¿Estáis en condición de entrar en el patio de exámenes?

Las mancebas aplaudieron, y riendo dijeron:

—A nosotras es a quien maltrata el señor Sexto, que si asoma a hacer el examen, seremos los espíritus agraviados que lo persigan.

A poco de empezar a comer, el señor Sexto dio en cantar con su bronca voz. Los hermanos lo secundaron palmeando las rodillas para llevar el compás, y las mancebas también entonaron alguna copla, como era de razón. En suma, que no cesaron de festejar hasta la tercera vigilia, en que los hermanos partieron a la luz de los farolillos.

Al otro día, el señor Sexto fue a despedirlos al embarcadero, de donde zarparon para Nanquín. A bordo, los hermanos platicaban de cosas de exámenes:

—¿Qué sujeto saldrá este año? —decía el menor.

—Para mí que habrá de ver con la expedición de Guizhou contra los miao levantiscos que capitaneó padre el año pasado —respondía el mayor.

—Ése saldrá en Guizhou.

—Pues si no es ése, será sobre la leva de letrados virtuosos o la exención de tributos, que no puede haber otro.

Y en estas pláticas llegaron a Nanquín, donde los aguardaba su mayordomo You el Mostacho, que llevó los bagajes a los aposentos del callejón de la Pesca. Los hermanos flanquearon un pabellón de dos pisos, y por una puerta al costado entraron en su morada, compuesta de tres cuartos que daban al río. Y ya que se sentaron, de la otra banda echaron de ver una ristra de casas con barandales colorados, celosías verdes y mamparas de caña moteada donde se alojaban licenciados llegados de todas las provincias, a quienes se podía oír leyendo composiciones en voz alta.

Apenas se habían acomodado, y ya estaban encomendando al Mostacho la compra de bonetes nuevos, canastas, potes de bronce para escaldar agua, toldos, cortinas para las puertas, braseros, candelabros, despabiladeras y saquillos para sus papeles, todo por partida doble. Hecho esto, marcharon al templo del Cerro, donde entregaron el pliego con sus nombres,[468] con que aderezaron la provisión para los exámenes, compuesta de pasteles de la luna, dulces de naranja melada, semillas de loto, ojos de dragón, ginsén, arroz tostado, pepinos en salsa de soja, jengibre y salazón de pato.

—Y llevemos también un poco de esa asafétida que hemos traído de Guizhou, para calmar la desazón si nos sale mal una palabra —recomendó el mayor.

Y en estos aprestos pasaron la jornada, sin hacer represa hasta no quedar satisfechos. No hubo cosa que no comprobaran. Decían: «Hay que ir bien apercibidos, que el aprobado es cosa de mucha trascendencia.»

Llegado el día ocho, dieron sus bonetes viejos a un par de pajecillos, a los que ordenaron llevasen los cestos ante el patio de examen, donde habrían de aguardarlos, y tomaron el camino del palacete de Huaiqing, recreando la mira en los muchos tenderetes que vendían coloreadas ediciones de composiciones comentadas por Xiao Jinxuan, Zhuge Tianshen, Ji Tianyi, Kuang Zhaoren, Ma Chunshang o Qu Xianfu. Al cabo llegaron a la entrada, donde hubieron de esperar hasta bien entrada la tarde, en que llamaron a los licenciados del distrito de Yizheng, con que a la postre entraron, y bien cargados de canastas y bagajes, pues a los pajes no los dejaron pasar más allá de la primera puerta. Las fogatas iluminaban el cielo, y a su luz se sentaron los hermanos en el suelo para desalforjarse y descalzarse, hasta que dentro se oyó una voz que decía: «¡Registren minuciosamente!»

Con ello entraron con los demás licenciados, y recogiendo sus pliegos de examen cabe la segunda puerta, pasaron la de los Dragones y se enclaustraron en sus celdas. Y tan consumidos salieron de ellas el día diez, conclusas las tres sesiones, que comieron un pato entero por cabeza y durmieron de un tirón toda una jornada. El dieciséis dieron a un criadillo una cédula de avituallamiento[469] de la residencia del

---

[468] *Xie juantou jiao juan*, lit. donde «escribieron el encabezamiento y entregaron el pliego». Los examinandos del examen provincial debían anotar antes en un pliego en blanco nombre, edad, residencia y oficio de las tres generaciones anteriores, y entregarlo en la segunda puerta del recinto donde se celebraban las pruebas.

[469] *Liuzi*, documento que llevaban los funcionarios partidos en misión en el cual se daba aviso a las autoridades locales para que proveyesen a sus necesidades.

gobernador provincial con que buscar de comer, ordenándole apalabrar, de paso, una compañía de comediantes para dar gracias a los dioses.

A poco llegó el escanciador de té, mahometano de religión, quien sabía de un cocinero ducho en convites, por lo que no hubo menester buscar otro. El día siguiente trajeron las arcas de los comediantes, detrás de las cuales venía uno cargando una docena de farolillos que decían «Compañía de los Letrados Supremos». Otro que llegaba a su zaga acompañado de un criadillo con un cofrecillo de esquelas dijo su negocio al mayordomo y éste dio parte a Tang Yu, quien abrió la caja, sacando un cuadernillo de notas que decía: «Este servidor, Bao Tingxi, saluda a v. mds. con una reverencia y se honra en enviar dos candelabros y una compañía de ópera.» Viendo el hermano mayor que era el autor de compañía, mandó que se le hiciese pasar. Bao Tingxi entró, y saludando a los hermanos dijo:

—Este servidor es autor de una modesta compañía que solamente representa para señores letrados; ayer supe que los señores querían función, y me he tomado la libertad de venir a atender a v. mds.

Vio Tang Yu que Bao Tingxi era hombre discreto, y lo convidó a comer. Los comediantes, que llegaron al rato, ofrendaron caballos de papel al Soberano Imperial Wenchang y al honorable Guandi en la sala que caía al río. Los hermanos hicieron también reverencias y sacrificios, sentándose al cabo con Bao Tingxi. Sonaron los tambores y los címbalos, y los comediantes abrieron la sesión con cuatro pasos para abrir boca.[470] Caía la noche, pero una docena de farolillos en forma de cuerno iluminaban con níveo resplandor la sala. Conclusa la pieza principal, allá por la tercera vigilia, Bao Tingxi dijo:

—Estos mozos son también muy cumplidos volatineros, y harán unas figuras ecuestres para descanso de v. mds.

Y enfundados en capas de armiño, plumas de faisán y atuendos brillantes, los comediantes salieron saltando, cabrioleando y componiendo figuras, para deleite de los hermanos.

—Si los señores no lo tienen a mal —apuntó en eso Bao Tingxi—, diré a un par de mozos que se queden aquí para atenderlos.

—Unos rapaces como éstos, ¿qué sabrán de atender a señores? —dijo Tang Yu—. Llevadme mejor a un lugar de diversión.

—Nada más sencillo, señor —respondió Bao Tingxi—, pues de la otra banda del río está la casa de Ge Laiguan, que fuera discípulo en mi compañía, inscrito en la lista que el señor Du, el decimoséptimo señor Du de Tianchang, hizo durante las grandes justas que convocó aquí en el pabellón del lago. Vaya el señor mañana al callejón de las Calzas de Agua, y en viendo el rótulo del cirujano Zhou, detrás de un cercado negro, del otro lado de la calle, encontrará la casa de Ge Laiguan.

—¿Hay mujeres en su casa? —preguntó Tang Shi—. Si las hay, yo también voy.

—Aquí también están los célebres Doce Pabellones, señor —respondió Bao Tingxi—. ¿Por qué no va allá el señor a holgar, mejor que a la casa de Ge Laiguan, que este servidor habrá de acompañaros?

Con ello concluyó la representación, y Bao Tingxi partió para casa. Al otro día, el hermano mayor mandó aderezar ocho jarras de peltre de Guizhou, dos botellas de sangre de cabra montés, cuatro rollos de bordados miao y seis cestillos de té selecto, y con un criado que lo cargase marchó a ver a Ge Laiguan. Al llamar a la puerta, una mujer de pies grandes salió a recibir, conduciéndolo a través de dos cuartos convertidos en tres por mamparas y por un pasillo que salía a izquierda hasta los aposentos traseros,

---

[470] *Changtang xi*, lit. cuatro «óperas para catar la sopa», pasos menores que solían representarse antes de la ópera principal, interpretada después de servir la sopa al final del banquete.

donde, enfundado en túnica de crespón de color de jade y sosteniendo entre sus finos dedos un abanico de plumas de pato salvaje, de pechos en una barandilla abierta al río disfrutaba de la brisa Ge Laiguan, el cual ofreció asiento al visitante y dijo:

—¿A quién tengo el honor de recibir?

—El maestro Bao me dijo ayer que vuestra casa tiene una bella vista sobre el río —dijo Tang Yu— y con tal ocasión vengo a visitaros, trayendo conmigo unos humildes presentes, que ruego tengáis a bien aceptar.

Y como el criado entrase con los presentes, Ge Laiguan no pudo refrenar su alborozo, y diciendo: «¿Cómo aceptar estas cosas que me trae el señor?», llamó a la mujer de los pies grandes y ordenó:

—Lleva esto dentro, y di a la señora que haga de comer.

—Yo soy mahometano y no como carne de puerco —dijo Tang Yu.

—Hay también unos cangrejos de Yangzhou recién comprados —dijo Ge Laiguan—. ¿Gustará el señor de catarlos?

—De mi tierra son, y no hay cosa que más me guste —dijo Tang Yu—. Bien se pagara de ellos mi tío, quien poco ha me mandó carta de Gaoyao diciendo cómo echaba en falta los cangrejos, pues allí no los hay.

—¿El padre del señor es oficial en la Corte?

—Mi padre es el brigadier de Guizhou, y yo he venido a hacer los exámenes.

El vino fue servido. El río estaba envuelto en bruma; había candiles encendidos en las casas de ambas riberas, y las barcas surcaban de continuo las aguas. Unos pocos vasos bastaron para subirle los colores a Ge Laiguan, quien, a la vacilante llama del candil, alzaba sus dedos finos y jasperinos urgiendo a beber a Tang Yu.

—Ya he bebido bastante —dijo éste—; ahora os acepto una taza de té.

Y a una orden de Ge Laiguan, una criada limpió la mesa de caparazones de cangrejo y mondas de fruta, pasó un tapete y sirvió té fragante que había escaldado en una jarra de barro. Holgábanse de esta suerte, cuando oyendo fuera gran conmoción, salieron al portalón, donde hallaron al cirujano Zhou regañando muy acalorado a la criada de los pies grandes por haber arrojado a las puertas de su casa los caparazones de cangrejo. Ge Laiguan se adelantó para enfriar los ánimos, pero el cirujano se cebó en él, diciendo:

—¿Qué Palacio de la Gran Ostra es el vuestro, que en vez de tirar los carapachos de cangrejo a vuestras puertas los tiráis a la mía? ¿También teneis hinchados los dos ojos de arriba, que ya no veis?

Al cabo, el mayordomo de la casa de Tang Yu atajó la disputa persuadiendo a Ge Laiguan y a su señor de tornar dentro. Mas no habían hecho los dos más que sentarse, cuando You el Mostacho entró muy turbado y dijo:

—He buscado al señor por todas partes, y no sabía que estaba aquí.

—¿A qué viene tanto acaloramiento? —preguntó Tang Yu.

—Pues que el señorito Segundo fue con ese que llaman Bao a tomar el té a casa de no sé quién, que vive a un costado del templo del Cerro del Buitre, por el Jardín de Poniente, y estando allá lo han asaltado unos rufianes y lo han dejado sin vestiduras. El que dicen Bao huyó por los pies, pero el señorito está encerrado en la casa y no para de maldecir, pues una vecina florista que llaman Yao dice que es tía de la muchacha que vive allí, y ha atrancado la puerta y no consiente en dejarlo salir.

Así lo oyó, el hermano pidió al mayordomo trajese de su casa unos farolillos para alumbrar el camino y con ellos enderezó para el templo del Cerro del Buitre, oyendo, al llegar, a los rufianes que decían:

—Tiempo ha que no salían tan buenas las cosas. ¿Pues no habremos de sacarle aún más dineros con el casamiento?

Con gran bravura, Tang Yu avanzó entre los rufianes abriéndose camino con los codos, y empellando a un costado a la florista Yao, de un golpe echó abajo la puerta. Así lo vio, el hermano salió desalado; y aunque los rufianes hicieron por apresarlo, al ver el aire marcial del recién llegado y que los farolillos decían «Casa del Brigadier», no osaron provocar más y salieron huyendo, con que los hermanos volvieron a su morada.

Pasados veinte días, supieron que las listas estaban por salir, pues a las puertas del patio de examen habían llevado la tinta negra en pasta usada para escribir el nombre de los aprobados. Y a los dos días salieron las listas; mas en ellas no aparecía ninguno de los hermanos. Siete u ocho días estuvieron encerrados en sus aposentos, a cual de peor talante, hasta juntar fuerzas para ir a recoger sus exámenes. Eran tres los pliegos de Tang Yu, y otros tantos los de Tang Shi; mas lo que más irritó a los hermanos fue advertir que ninguno había sido leído hasta el final. Harto despechados despotricaban contra los presidentes de examen, cuando un criado venido de Guizhou trajo carta del padre, que leyeron a un tiempo.

Y por causa de ello,

Por jardines de canelos y almendros[471]
En vano peregrina el alma en sueños;
Tigres y dragones lidian y luchan,
y anuncian fieros combates y duelos.

Pues para saber qué acaeció luego, habrás de leer el capítulo que sigue.

[471] *Guilin xingyuan*, lit. por «el bosque de los canelos y el parque de los almendros», metáforas que designan el examen provincial y el metropolitano, respectivamente. De los aprobados en el primero, que se celebraba durante la octava lunación, se decía que habían «roto [la rama de] canelo» (*zhe gui*), y de los aprobados en el segundo, celebrado durante el tercer mes lunar, que habían «visitado [el parque de] los almendros» (*tan xing*).

CAPÍTULO XLIII

EN EL DIQUE DE LA CABRA MONTÉS LIBRA MAGNA BATALLA UN BRIGADIER; ATRAÍDO POR CANTOS Y DANZAS IRRUMPE EN EL REAL EL CAUDILLO DE UNA TRIBU

Habían recogido Tang Yu y Tang Shi sus pliegos de examen y los repasaban en su aposento muy enojados, cuando asomó un criado de la familia llegado de la prefectura de Zhenyuan, provincia de Guizhou, y les entregó una carta, que abrieron y leyeron a un tiempo. Era del padre, y decía:

> *... los Miao agrestes andan muy levantiscos*, *y urge que os presentéis en mis dependencias así salgan los resultados del examen*, *hayáis o no aprobado*.

—Padre nos llama que vayamos a su residencia —dijo el mayor—. Tornemos, pues, a Yizheng, que habremos de apercibir el largo viaje.

Y ordenando a You el Mostacho apalabrase una barca y pagase el hospedaje, montaron en un par de sillas de mano y por la puerta de la Tierra Seca de Poniente llegaron al embarcadero, donde ya los criados habían llevado sus bagajes. Así oyó de la partida, Ge Laiguan compró dos patos en salazón y otras cosas de comer para obsequiarlos a modo de despedida, y con ello subió a bordo, bajando al cabo con un envoltorio con cuatro onzas de plata que por vía de agradecimiento le había dado Tang Yu. La barca zarpó de noche y por la mañana ya estaba en Yizheng, donde los hermanos desembarcaron, enfilando en un punto para su casa. Sentados tomaban el té luego de haberse lavado la cara, cuando el portero anunció al señor Sexto, quien al punto entró seguido de un forastero y dijo:

—Dicen que el señor va al mando de la expedición contra los miao; pues quedando éstos pacificados, la Corte habrá de celebrar examen al año entrante, que los señoritos aquí presentes aprobarán, ciertamente. Al señor lo harán marqués y los señoritos heredarán un título nobiliario de primer grado, que, por saberlo poca cosa para v. mds., ruego me traspasen. ¡Pues poco respeto va a tenerme la Fina cuando me vea con el bonete de seda!

—¿Y queréis el bonete de seda solamente para amedrentar a la Fina? —dijo Tang Yu—. Pues mejor fuera dárselo a Wang Yian.

—Mucha palabrería, mas aún no sabemos quién es este señor —dijo en eso Tang Shi.

El forastero se adelantó, saludó con una reverencia y les entregó una carta.

—El señor es Zang Qi, del distrito de Tianchang —dijo Tang el Sexto, por vía de presentación—. La carta es del hermano Du Shaoqing, y en ella os recomienda a Zang Qi por mensajero de toda confianza.

Abrió la carta Tang Shi, y los hermanos la leyeron a un tiempo; empezaba preguntando por la salud del padre, y concluía diciendo: «Zang Qi ha vivido hasta ahora en Guizhou empleado en séquitos oficiales y como mensajero no tiene par, pues conoce al dedillo todos los senderos de montaña de la provincia.»

—Mucho ha que no vemos al hermano Du —dijo Tang Yu—. Quede de mensajero, pues, si él lo recomienda.

Zang Qi besó con la frente el suelo, en señal de agradecimiento. Apenas ido, volvió a entrar el portero y anunció: «El señor Wang Hance aguarda en la sala.»

—Ve a recibirlo —dijo Tang Yu a Tang Shi—, que yo he de acompañar en la mesa al hermano Sexto.

Y mientras Tang Shi salía a recibir al visitante, Tang Yu mandó servir la comida y se sentó a la mesa con el señor Sexto. Aún no habían terminado, cuando volvió Tang Shi de despedir la visita.

—¿Qué quería? —preguntó el hermano mayor.

—Su patrón, Wan Xuezhai, que tiene dos barcas de sal para despachar también en un par de días, y como llevan la misma ruta que nosotros, dice si podemos echarles una mirada —respondió el menor.

Y se sentó a la mesa. Al rato, ya comidos, el señor Sexto se levantó y dijo:

—Pido licencia, que mañana volveré a despedirlos. Si os sobra un instante, señorito Segundo, id a ver a la Fina; yo le diré que os aguarde.

—Y bien porfiado sois, hermano Sexto, queriendo enredar a las gentes —dijo el hermano mayor—. ¿Pues quién tiene tiempo hoy de visitar a esa zorra?

El señor Sexto rió, y marchó. Al otro día, You el Mostacho, Zang Qi y los otros criados llevaron los bagajes a una barcaza que adornaron con estandartes y rótulos. El señor Sexto acompañó a los hermanos hasta el bajío del Cieno Amarillo, donde pronunció unas palabras de despedida, llamando al cabo una barquichuela, en la que tornó a casa.

La caravana de barcas zarpó al cabo entre gran estrépito de tracas, echando a navegar río arriba. Llegando al dique de la Cuñada, se desató gran tempestad, y Tang Shi ordenó fondear al abrigo del puerto. El Gran Río era vasta extensión de olas de cresta blanca, caldera de sal hirviente, nieve en aventadero. Tan fuerte era el viento, que las dos barcazas de sal embarrancaron en la ribera. De súbito echaron de ver dos centenares de lanchas que se allegaban a la orilla, y en ellas a dos centenares de sujetos de feroz catadura que gritaban: «¡Las barcas de sal han encallado, hay que sacarlas!» Esto gritaban hasta que, acostándose a las barcazas, en un abrir y cerrar de ojos dejaron las bodegas limpias de sal, que transpusieron a sus lanchas envoltorio por envoltorio; con que asieron de los remos y bogaron como locos hacia una ensenada que había allí cerca, por la que desaparecieron sin dejar huella. El timonero y el custodio que venían en las barcazas se retorcían las manos de desesperación y trocaban miradas de desamparo, cuando sus ojos cayeron en la barca cercana de las suyas, la que llevaba los estandartes del brigadier de Guizhou; y sabiendo en ella a los hermanos Tang, subieron a bordo, se postraron de hinojos y dijeron:

—Estos servidores vienen en esas dos barcas de sal del señor Wang, cuyo cargamento acaban de robar unos rufianes. V. mds. han sido testigos del suceso; ¡sálvennos, por piedad!

—Paisanos somos de vuestro patrón —dijeron los hermanos—, mas los robos son competencia del magistrado local. Habrás de ir a su audiencia y dar parte.

Siguiendo, pues, el consejo, el timonero y el custodio escribieron la denuncia y la entregaron en la audiencia del distrito de Pengze. El magistrado la leyó, y citándolos con los otros marineros en la Sala Segunda, preguntó:

—¿Por qué no siguieron su ruta vuestras barcas de sal? ¿Por qué hicisteis alto en mi distrito? ¿Cómo se llaman los ladrones? ¿Los conocíais?

—Excelencia —respondió el timonero—, las barcas de estos servidores encallaron a causa del temporal cerca de una ensenada, de la que salieron dos centenares de lanchas y otros tantos truhanes que hurtaron toda la sal que llevábamos a bordo.

—Tal cosa no puede haber sucedido en un distrito apacible y temeroso de la ley como éste —dijo, muy enojado, el magistrado—. Está claro que tú, esclavo, has estado sangrando la sal de tu amo con la connivencia del custodio, pues a fe que eres de los que malgasta los dineros en lupanares y casas de juego, y harto de robar y mercadear durante todo el camino, me vienes con esta denunciación para quedar limpio de polvo y paja. ¿Pides audiencia y aún no dices la verdad?

Y, diciendo esto, aventó al suelo un puñado de varas de caña, y a una señal suya salieron de ambos costados unos fieros corchetes que pusieron por tierra al timonero y le dieron veinte palos, dejándole la carne en tiras. Al cabo, el magistrado señaló al custodio y dijo:

—A fe que tú estás en el cuento, y habrás de decirme toda la verdad.

Era la primera vez que este custodio escoltaba un cargamento, honor que le hacía el amo, con quien tenía gran privanza, al verle salir en el rostro unos pelillos a modo de barba. Criado entre algodones, nunca había asistido a un apaleamiento y el miedo, fuera de dejarle mojados los calzones, lo movió a decir cuanto el magistrado ansiaba oír, sin osar llevarle la contraria. Decía e imploraba y se golpeaba la cabeza contra el suelo de tal manera, que parecía mano de almirez majando cebollas. El magistrado dirigió al cabo la palabra a los otros marineros, a quienes también denostó muy a su gusto, amenazando con dar con todos en prisión y enjuiciarlos al otro día. Muerto de miedo, el custodio despachó un marinero a la barca de los hermanos, suplicando su mediación. Y a la postre, el mayor mandó a Zang Qi al magistrado con un billete escrito de su mano que decía:

> *Los criados de la casa de Wang pecaron de descuido: mas tampoco es mucha la sal perdida*, *y V.E. ya ha castigado al timonero*, *de suerte que éste será más precavido en adelante*. *Sea indulgente V.E.*, *si a bien lo tiene*.

El magistrado mandó de vuelta a Zang Qi con el mismo billete, rubricado con las palabras: «Vuestros deseos serán cumplidos.» Y ocupando su puesto en el tribunal, convocó a los navegantes y les dijo: «Merecéis ser vueltos al distrito de Jiangdu, y que sus autoridades os sentencien a resarcir la pérdida; mas por ser ésta la primera vez os trataré con benevolencia y os dejaré marchar.» Y los soltó. El custodio y el timonero fueron a ver a los hermanos y se arrodillaron ante ellos en agradecimiento a su merced, tornando muy cabizbajos a sus barcas.

Al otro día amainó el viento y la barca de los de Tang siguió su ruta. Luego de varias jornadas, los hermanos echaron pie a tierra; y, puestos en la prefectura de Zhenyuan, despacharon adelantado a You el Mostacho para que anunciase a su padre la llegada, marchando ellos a su zaga.

Ese día, el brigadier agasajaba a Lei Kangxi, prefecto de Zhenyuan, hombre de hasta sesenta años, graduado metropolitano de Daxing, antaño oficial principal en un consejo y hoy buen conocedor de los miao por llevar en su puesto más de seis años. Los dos hermanos comieron en la sala de poniente, y ya que empezaban a tomar el té salió a colación la facienda de los rebeldes y el prefecto dijo:

—Aquí tenemos dos clases de miao: los agrestes y los asimilados. Los asimilados respetan la ley y nunca hacen daño; pero los agrestes no hacen otra cosa que

tramar maldades. Los peores son los del acantilado de la Peña Grande y los de la cueva del Perro de Oro. El oficial frontero[472] Tian De me decía el otro día en un informe: «El licenciado Feng Junrui ha caído preso de Bie Zhuangyan, el caudillo miao de la cueva del Perro de Oro, quien pide por su libertad un rescate de quinientas onzas». Decidme, señor, qué solución veis al caso.

—Feng Junrui es licenciado de tierras adentro y su rapto importa al buen nombre de la Corte —dijo el brigadier Tang—. ¿Quién osa apresarlo y pedir rescate? ¿Habrá mayor desprecio de la ley? La sola solución es entrar a saco con la tropa y limpiar la guarida de rebeldes, y entregar a Feng Junrui a las autoridades locales para que averigüen la raíz del disturbio y dispongan el oportuno castigo. ¿Qué otra solución hay que no sea ésta?

—La proposición del señor brigadier es correcta —apuntó el prefecto—; mas, ¿cómo poner en armas a la tropa por un solo hombre? Según mi humilde parecer, mejor sería despachar al oficial frontero Tian De a la cueva para que razone con el caudillo rebelde y lo persuada con buenas palabras de volvernos a Feng Junrui, y caso resuelto.

—No lo veo yo así, señoría —dijo el brigadier—; pues si el oficial asoma por la guarida, los miao lo raptarán a él también y pedirán mil onzas de rescate. Y aunque vos fuerais en persona a razonar con ellos, harían otro tanto, pidiendo, además, por rescate diez mil onzas. ¿Qué haríamos en tal caso? De añadidura, ¿para qué gasta la Corte al año millones de onzas en grano y mantenimiento de los soldados, coroneles y tenientes? Si tenemos reparos en usar de nuestras fuerzas, más valiera no alimentar a tanto ocioso.

Viendo que su opinión no concordaba con la del brigadier, el prefecto dijo:

—Y bien, habremos de elevar un sucinto memorial al gobernador provincial para ver su parecer y obrar en consecuencia.

Y, dando las gracias, marchó para su residencia acompañado hasta las puertas por el brigadier, que mandó lanzar salvas de despedida. Cerradas tras el prefecto las puertas del real, y vuelto el brigadier a sus aposentos, los hijos y Zan Qi le presentaron respetos; platicaron un instante de faciendas domésticas, y al cabo se retiraron a descansar.

A los pocos días llegó el dictamen del gobernador provincial:

> *Marche el Brigadier al frente de algunas fuerzas*, *y que los rebeldes Miao sean exterminados y la ley y el orden restablecidos*. *Entréguese sin dilación*.

Así hubo leído el dictamen, el brigadier Tang mandó llamar al escribano de la Concejalía Militar de la prefectura, a quien encerró en la biblioteca, con harto espanto para el buen hombre, que desconocía la causa de tal proceder. Cercana la medianoche, el brigadier entró en la biblioteca, y ordenando salir a los criados, puso en la mesa un riel de plata de a cincuenta onzas y dijo al escribano:

—Aceptad esto, señor. He mandado que os traigan aquí para compraros una palabra.

—Mande V.E. lo que tenga a bien —respondió temblando el escribano—, que este servidor lo hará de buen grado. Pero más le valiera a este servidor morir antes que aceptar este presente de manos de V.E.

—No digáis tal, que no seré yo quien os busque pleitos —dijo el brigadier—. Oíd bien: De aquí a poco llegará a la prefectura orden superior señalando la hora de partir con la tropa; pues quiero que en ella troquéis las palabras «marche el brigadier al

---

[472] *Zhangguan si*, lit. Tian De, de la «Oficina del Oficial Mayor», establecida en la dinastía Ming en las zonas sudoccidentales de minorías étnicas, a cargo de la cual había un funcionario militar (*zhangguan*) que recibía el cargo hereditariamente.

frente de algunas fuerzas», por «marche el brigadier al frente de poderosas fuerzas». Ved en esta plata vuestros gajes de escribano. No os pido otra cosa.

El escribano asintió a ello y pidió licencia para partir después de tomar la plata. A los pocos días llegó de la prefectura orden para el brigadier conminándolo a partir con sus soldados sin tardanza. «Marche el brigadier al frente de poderosas fuerzas», decía la orden de la prefectura; y dispuesto a cumplirla a rajatabla, el brigadier apercibió los tres batallones y las dos brigadas que formaban su división. De los bastimentos no hubo de ocuparse, pues ya estaban dispuestos.

Estaban en vísperas del año nuevo, y el coronel de la brigada de Qingjiang y el teniente de la de Tongren vinieron y dijeron:

—Batallar el día postrero del mes es contrario al arte de la guerra.

—Poco le hace eso —respondió el brigadier—, pues no hay mejor arte que la determinación. Hoy los miao celebran el año nuevo: les caeremos por sorpresa, atacándolos cuando estén con la guardia baja.

Y ordenó al coronel de la brigada de Qingjiang: «Desplegad vuestras tropas entre el acantilado de la Peña Chica y la ladera de la Torre del Tambor para cortar la retirada al enemigo.» Y al teniente de Tongren: «Avanzad desde el monte de la Mampara de Piedra hasta la loma de las Nueve Revueltas para atacar la vanguardia del enemigo.» En cuanto a él, marcharía al frente del cuerpo de ejército hasta el dique de la Cabra Montés. Dadas las órdenes, comenzó el avance.

«Los rebeldes tienen su guarida en el dique de la Cabra Montés —se dijo el brigadier—, y si vamos por el camino, guarnecerán las defensas y nos tomarán la delantera; doblegarlos nos llevará mucho tiempo.» Y preguntó a Zang Qi:

—¿Sabes de alguna senda que nos lleve a su retaguardia?

—Sí —respondió el guía—. Subiendo el monte por el acantilado del Incensario y vadeando el torrente de Hierro se acortan seis millas hasta su retaguardia. Pero el torrente es muy frío y lleva hielo, y es camino harto trabajoso.

—No le hace —dijo el brigadier.

Y dando a la caballería orden de calzar botas aceitadas, y a la infantería la de pertrecharse de zapatos livianos, marchó por el sendero al frente de sus huestes.

El jefe miao había juntado en su guarida a los hombres y mujeres de la tribu para celebrar con vino y música la llegada del año nuevo. Feng Junrui, gran traidor, había casado con la hija del caudillo, y estaba con éste contemplando las mujeres que en vestiduras verdes y bermejas tañían címbalos y tambores y ejecutaban sus danzas, cuando entró desalado un centinela y dijo:

—¡Calamidad! ¡El Gran Emperador manda tropas para exterminarnos, y ya están en la loma de las Nueve Revueltas!

Muerto de miedo, el caudillo miao despachó doscientos lanceros para que tuviesen a raya al enemigo; mas en eso se presentó otro centinela y dijo: «Una gran máquina de hombres de a caballo y a pie está ya en la ladera de la Torre del Tambor. Son tantos, que no se pueden contar.»

Temblaban desesperados el caudillo y Feng Junrui, cuando, luego de un cañonazo, la colina que les quedaba detrás se pobló de hachones, y al grito atronador de «¡A muerte!», les cayó encima el enemigo. El caudillo juntó a sus hombres y libró furiosa batalla; pero no eran rival para las tropas del brigadier, las cuales, bien pertrechadas de lanzas y alabardas, barrieron con ellos hasta el dique de la Cabra Montés, matando o hiriendo a la mitad de los rebeldes. Y mientras el caudillo y su yerno escapaban por una angosta trocha buscando refugio en otro campamento, el teniente con la vanguardia y el coronel con la retaguardia ya se habían juntado en el dique con las fuerzas del brigadier y entraban a saco en las cuevas, matando a los

rebeldes que quedaban y apresando a sus mujeres, para que les sirviesen de cocineras. Al cabo, ya que el brigadier hubo dispuesto que las tres partes del ejército acampasen en el dique, el de Qingjiang y el de Tongren se allegaron a su tienda y le dieron parabienes por la victoria.

—No descuidemos la vigilancia —respondió el brigadier—, pues aunque los rebeldes han sido derrotados, muchos huyeron a otros refugios y a fe que juntan refuerzos para atacarnos esta noche. Más vale que aprestemos la defensa.

Y preguntó a Zang Qi:

—¿Cuál es su campamento más cercano?

—Tienen uno a menos de diez millas de la gruta del Ojo Enhiesto.

—Razón no me falta en lo que digo —ponderó el brigadier—. Y volviéndose a los oficiales, ordenó:

—Oficiales, emboscad vuestros hombres a derecha e izquierda del puente del Pilar de Piedra, pues los rebeldes habrán de tornar por ese camino. Aguardad a que pasen, y así oigáis el cañón, saltad sobre ellos y guadañadlos.

Idos los milicianos a cumplir lo mandado, el brigadier se empleó en escoger a las cautivas que mejor cantaban; y, dándoles orden de adornarse el moño y vestir sus ropas brocadas, las llevó a su tienda a cantar y a bailar descalzas, mientras los oficiales y soldados de a pie y de a caballo quedaban emboscados en una hondonada. A la quinta vigilia, como era de esperar, el caudillo miao salió de la gruta del Ojo Enhiesto con gran fuerza de hombres con espadas y lanzas, cruzando en silencio hasta el puente del Pilar de Piedra; y, viendo desde allí faroles y candiles en el real, y sintiendo las músicas y cantos que de él salían, cargó con los suyos con estruendoso grito de batalla. Mas como en la tienda no encontraran que mujeres de su tribu, sabiéndose engañados huyeron desalados hasta dar en la hondonada con los emboscados, que se les echaron encima alzando sus gritos al cielo. El caudillo huyó desesperadamente con los suyos hacia el puente del Pilar de Piedra, pero en eso tronó el cañón y salieron los otros emboscados de debajo el puente, cercándolos. Y fue gran suerte para los rebeldes llevar calzado de suela gruesa, inmune a los despeñaderos más escarpados o a las espinas más aceradas, pues merced a él pudieron huir, dispersándose por los montes como monos y conejos asustados.

Grande fue la victoria del brigadier, y pocos los muertos y heridos, como supo al pasar revista a sus tres batallones y sus dos brigadas. Y triunfal fue el recibimiento que le hicieron los pobladores de Zhenyuan, y con ellos el prefecto, que, dándole parabienes, preguntó qué había sido de Bie Zhuangyan, el caudillo miao, y Feng Junrui, a lo que el brigadier respondió:

—Los derrotamos más de una vez, y hubieron de huir para salvar sus vidas. A fe que esos dos ya se habrán despeñado por algún barranco.

—Ciertamente será así —dijo el prefecto Lei—, mas no podemos dar tal respuesta a nuestros superiores, pues creerán que es invención nuestra.

El brigadier guardó silencio, tornando al cabo a la residencia, donde aguardaban sus hijos, que lo saludaron respetuosamente. Mas le quedó la desazón, y esa noche no pudo cuajar sueño. Al otro día compuso un muy prolijo memorial de la expedición y las circunstancias de su victoria, que elevó al gobernador provincial; mas la respuesta de éste fue como predijera el prefecto Lei, pues solamente le importaba la suerte de Bie Zhuangyan y Feng Junrui, los reos principales: «Sean apresados sin dilación, y juzgados, para que pueda dar parte a la Corte», decía.

Atormentábase el brigadier Tang, sin saber qué hacer, cuando Zang Qi, que estaba a un costado, le ofreció solución a su duda:

—Señor, este servidor conoce bien los senderos que atraviesan los campamentos de los miao. Déjeme el señor ir, que habré de dar con el paradero de Bie Zhuangyan, con que el señor sabrá discurrir cómo apresarlo.

Holgóse mucho el brigadier con el ofrecimiento del guía, a quien dio cincuenta onzas de plata y apremió a emprender la busca. Y a los ocho o nueve días estaba de vuelta, dando razón de sus pesquisas:

—Llegando a la gruta del Ojo Enhiesto supe que Bie Zhuangyan había marchado a otra cueva, la del Gusano Blanco, por unas palabras que le dijo el cabecilla del lugar sobre su derrota al frente de las tropas que le había dejado. Me llegué, pues, a la cueva del Gusano Blanco, donde averigüé que Feng Junrui está allí con él, y que vive rodeado de una docena de deudos que pudieron escapar, pues lo que son soldados y caballos, no le quedan ni uno. Y también tuve noticia de una traza suya, que es aprovechar la ocasión del dieciocho del mes primero, cuando el espíritu del torrente de Hierro sale a divagar y los pobladores de Zhenyuan se encierran en sus casas, para, vestidos de duendes, irrumpir en la residencia del señor y tomar venganza. El señor habrá de tomar precauciones.

—Quedo enterado —dijo el brigadier.

Tal es la costumbre en la prefectura de Zhenyuan. Al decir de los lugareños, el Rey Dragón del torrente de Hierro dio en matrimonio a su hermana menor, concertando las bodas para el día dieciocho de la primera luna. Mas llegado el día, como la hermana era tan fea que no sufría las miradas de nadie, el rey hubo de llevarla por fuerza a las bodas escoltada por soldados camarón y generales cangrejo, ordenando al tiempo que todas las casas cerrasen sus puertas y ninguno saliese a mirar; pues si la hermana echaba de ver algún mirón, habría de desatar tan feroces vientos y lluvias, que las aguas cubrirían en tres codos la tierra y muchos morirían ahogados. Ésta es la vieja creencia del lugar.

El día diecisiete, el brigadier llamó a sus escoltas y les preguntó:

—¿Quién de vosotros conoce a Feng Junrui?

—Un servidor, señor —dijo uno alto, avanzando al frente y arrodillándose con respeto.

—Bien —dijo el brigadier.

Y le ordenó vestir túnica blanca y sombrero alto de papel negro y emblanquecerse el rostro con cal, a imitación de los espíritus, y a los criados, calzar máscaras de cabezas de buey y de caballo, remedando al Rey de los Infiernos y su cohorte de demonios y ogros feroces.

—Apresa a Feng Junrui así lo veas —dijo el brigadier al del sombrero alto—, que habrás de ser bien recompensado.

Con ello dio la orden postrera, que fue avisar al portero de la puerta del Norte que abriese las puertas de la ciudad antes del alba.

Y aún era noche cuando a la cabeza de los suyos llegaron a la puerta del Norte Bie Zhangyuan y Feng Junrui, ocultas las dagas bajo los disfraces de campesino; los cuales, viendo la puerta abierta, corrieron hasta la caballeriza de la residencia del brigadier, por cuyo muro treparon una docena de ellos, bien pertrechados de armas, hasta ganar el patio.

Desorientados en aquel patio vasto y desierto, que la luna iluminaba con su tenue luz, preguntábanse qué camino seguir, cuando en una esquina del muro más apartado echaron de ver un endriago agazapado con un a modo de cimbalillo en una mano, que tañó dos veces. Pues fue tañer, y el muro se vino abajo como en un cataclismo y aparecieron de súbito muchos hachones encendidos, amén de una caterva

de demonios con tenazas de hierro y lanzas[473] que avanzaban hacia los intrusos. Bie Zhengyuan y Feng Junrui estaban clavados en la tierra, del miedo, cuando un demonio se abalanzó sobre ellos y, enganchando al letrado con su alabarda, gritó: «¡Tengo a Feng Junrui!», lo que fue voz de mando para que los otros demonios apresaran a la docena de rebeldes sin dejar escapar a uno solo.

Al cabo, los reos fueron conducidos a la sala posterior, donde el brigadier los contó. Al otro día fueron trasmudados a la residencia del prefecto, quien, muy alborozado de ver a Bie Zhengyuan y a Feng Junrui presos, sacó el estandarte y la espada de mando y ordenó decapitarlos y que sus cabezas fueran expuestas a la población, condenando también a muerte a los otros rebeldes que los acompañaban. Ejecutada la sentencia, el prefecto dio parte a la capital, recibiendo la siguiente respuesta:

> *En el caso de los bandidos Miao de la cueva del Perro de Oro, el Brigadier Tang obró con ligereza y precipitación, malgastando dineros y vituallas, y por ello ha de ser degradado en tres grados y destinado a otro puesto*, *para escarmiento de oficiales ambiciosos*. *Orden Imperial.*

El brigadier suspiró al leer la copia de la orden. De allí a poco recibió despacho del Consejo, y tras él a su sucesor, al que traspasó el sello. Y al cabo celebró consejo con los hijos, resolviendo aprestar los bagajes y tornar a casa.

Y de ello resultó que

El brigadier ya ha marchado al retiro
Penando la suerte del Árbol Grande;[474]
Un letrado ilustre de insigne verbo
Busca sepultura para sus padres

Pero para saber qué se sigue, tendrás que leer el próximo capítulo.

---

[473] *Liukezhu*, lanza larga con garfios en la parte contigua a la punta.

[474] Chang Dashu *zhi piaoling*: alusión a la vida solitaria y errante que se ve obligado a llevar el oficial destituido. «General del Árbol Grande» (Dashu *jiangjun*) es el epíteto con que era conocido Liu Xiu (emperador Guangwu, r. 25-57), fundador de la dinastía Han del Este, por su costumbre de sentarse solo bajo un gran árbol cuando los otros generales se reunían para comentar sus gestas.

CAPÍTULO XLIV

CUMPLIDO SU MINISTERIO TORNA A SU CIUDAD EL BRIGADIER TANG; CON UN VASO EN LA MANO PLATICA DE ENTERRAMIENTOS EL LICENCIADO YÜO

Celebró, pues, el brigadier Tang consejo con los hijos, resolviendo al cabo tornar a su morada. Por vía de despedida, el prefecto Lei dio cuatro onzas a sus cocineros para comida y lo convidó a un banquete en su propia residencia. No hubo oficial del lugar que no fuese a despedirlo al embarcadero.

La barca pasó por Changde, y atravesando el lago Tongting, tomó río abajo la derrota de Yizheng. El viaje lo pasó el brigadier inquiriendo sobre los estudios de los hijos y holgándose con las vistas del río, y sin contratiempo llegaron en menos de veinte días al islote del Bonete, de donde despacharon un criado para que de antemano aderezara la casa. Cuando el señor Sexto supo de la llegada, marchó al bajío del Cieno Amarillo para recibirlos, presentando respetos al tío y a los primos, a quienes puso en autos de las últimas chismerías. No gustó el brigadier de su deslenguamiento, pues dijo:

—Bien es verdad que has crecido en los treinta años que llevo fuera; mas, ¿dónde has aprendido esas ruindades?

Luego, como advirtiera que cada vez que el sobrino abría la boca era para decir: «señoría, tal; señoría, cual», muy enojado lo reprendió:

—¿Qué jerigonza es ésa, patán malcriado? ¿No soy tu tío? ¿A qué tanta «señoría», en vez de llamarme tío?

Y más aún se enfureció al notar que a sus primos les decía «señorito Primero» y «señorito Segundo»:

—¡Truhán, condenado, tratar de señorito Primero y señorito Segundo a tus primos, en vez de aconsejarlos y protegerlos!

Lo cual escuchó con mucho abatimiento el señor Sexto, humillada la cara de vergüenza.

Al llegar a casa, el brigadier veneró a los antepasados, puso en orden su recámara y festejó varios días con su hermano, que fuera magistrado de Gaoyao antes de retraerse de la vida pública. No era el brigadier Tang amigo de frecuentar la ciudad o las mansiones de otros oficiales; antes erigió una alquería junto al río, en la que se refugió con su laúd y sus libros. Al cabo, comenzó a dar lección a los hijos; mas como a los tres o cuatro meses aún no lograran dominar la composición de ocho partes, harto desalentado se decía: «Nunca aprobarán con estas composiciones que escriben. Más vale que les busque un buen preceptor ahora que estoy en casa.» Siempre le andaba rondando a este propósito.

Un día, anunciando el portero que había venido el señorito Xiao el Segundo, de Yangzhou, el brigadier se dijo: «Es de la casa de mi viejo amigo Xiao, pero a él no lo conozco»; y mandó hacerle pasar. Y al punto tenía frente a sí a Xiao Boquan, joven apuesto y distinguido, a cuyo saludo correspondió, ofreciéndole asiento.

—Mis parabienes por veros de vuelta en casa, señor tío —dijo el joven—. Vuestro sobrino tenía que haber venido antes para presentaros respetos, pero poco ha tornó a casa con licencia el señor Gao, lector en Nanquín de la Academia Hanlin, y de paso por Hangzhou me detuve para hacerle compañía unos días; de ahí mi tardanza.

—¿Habéis tenido la dicha de aprobar el examen? —preguntó el brigadier.

—El último presidente de examen tuvo a bien colocar a este ignorante entre los alumnos de la escuela del distrito —respondió Xiao Boquan—. Es grado harto común, pero me complace decir que tres días atrás toda la ciudad leía mis composiciones, lo que arguye que el criterio del presidente no fue erróneo.

Hablaba con tanta propiedad, que el brigadier lo convidó gustoso a comer, llamando a sus hijos a la sala de lectura para que le hiciesen compañía. Esa tarde, como el brigadier mencionara que estaba buscando tutor para los hijos, Xiao Boquan dijo:

—Vuestro humilde sobrino tuvo la dicha de conocer ha poco un señor Yüo Te, también conocido como Yüo Youda, del distrito de Cinco Ríos, licenciado recomendado, muy versado en materias de examen, que tiene por oficio el de tutor y no parece muy satisfecho con su presente empleo en la casa de un mercader de la sal. Mejor tutor no encontraréis, señor tío. Escribidle una carta de empleo, que yo la llevaré acompañado de uno de vuestros hijos, con quien luego habrá de tornar. Sus emolumentos no pasarán de las cincuenta o sesenta onzas al año.

El brigadier no cabía en sí de gozo y entretuvo en la casa un par de días al sobrino, en los que escribió la carta de empleo, encomendando al cabo al hijo mayor apalabrase una chalupa y acompañase a Xiao Boquan a Yangzhou, donde irían a ver al señor Yüo a la casa ribereña de un salinero que llamaban Wu. Ya en Yangzhou, Xiao Boquan aconsejó a Tang Yu escribiese la esquela de visita al modo como una persona se dirige a otra de mayor edad, tratamiento que le sería dado mudar por el de alumno dirigiéndose al maestro después de que el señor Yüo lo tuviese por pupilo.

—Será mitad profesor y mitad amigo —reparó Tang Yu—, y más vale que me presente como «condiscípulo y hermano menor».

Y como no lograra persuadirlo, Xiao Boquan llamó al cabo a la puerta de la casa donde asentaba el señor Yüo, presentando la esquela al portero, que les ofreció acomodo en la sala de lectura. Vestido de bonete, túnica vieja zafirina y zapatos encarnados apareció al rato el señor Yüo, hombre de piel clara, barba trisulca, corto de vista al parecer y de edad por encima de los cincuenta años, el cual, saludándolos, tomó asiento y dijo:

—Marchabais para Yizheng hace apenas unos días, hermano Boquan. ¿Cuándo habéis vuelto?

—Fui a Yizheng para ver a mi tío, el brigadier —dijo Xiao Boquan—, y me quedé con él unos días. Este señor que veis aquí es su hijo Tang Yu.

Y sacando la esquela de Tang Yu de la manga, la ofreció a Yüo Te, que la leyó y puso sobre la mesa.

—Es gran honor —dijo.

Xiao Boquan le explicó que el brigadier quería apalabrarlo por tutor:

—Por eso vengo hoy a visitaros. Si aceptáis, os haré llegar la carta de empleo y los emolumentos.

—Alta es la dignidad del brigadier —dijo sonriendo Yüo Te—, y grande el talento de sus hijos para que un viejo ignorante e inútil como yo ose proclamarse tutor.[475] Os ruego me permitáis meditarlo, antes de tomar una decisión.

---

[475] *Wo lao zhuo wu neng*, *qi kan wei yi ri zhi zhang*? Lit. «Soy un viejo ignorante e inútil; ¿cómo osaría proclamarme un día mayor?», esto es, «¿cómo osaría proclamarme tutor?». «Un día mayor» (*yi ri zhi zhang*) aparece (sin la partícula *zhi*) en la frase que Confucio pronuncia al hablar con sus discípulos Zilu,

Con ello, los visitantes se despidieron. Al otro día, Yüo Te pagó visita a Xiao Boquan y le dijo:

—Hermano Boquan, no puedo aceptar vuestro ofrecimiento de ayer.

—¿Por qué?

—Si me quiere por tutor, ¿por qué en la esquela se da tratamiento de «hermano menor»? —dijo Yüo Te—. Es claro que no tiene ánimo de aprender. Déjemoslo ahí, pues. Un amigo, subprefecto de Wuwei, me escribió el otro día ofreciéndome empleo a su lado, y allá voy a visitarlo, pues con poco que pueda beneficiarme, me irá mejor que con un año de enseñanza. En un par de días será la partida, así deje este empleo. Recomendad al brigadier otro tutor.

Y como no era cosa de seguir porfiando, Xiao Boquan participó la respuesta a Tang Yu, quien prosiguió la busca de tutor.

Pasados unos días, Yüo Te se despidió del patrón y recogió sus cosas, tornando al distrito de Cinco Ríos y en él a su casa del callejón de los Yüo, a cuyo umbral lo recibió su hermano Yüo Chi, también conocido como Yüo Youchong, licenciado de los más doctos de la comarca.

Vivía a la sazón en Cinco Ríos una familia Peng de la que habían salido varios graduados de palacio, amén de dos académicos de la Hanlin, a la cual todos los pobladores hacían fiestas, como buenos provincianos que eran. Y también vivía otra familia Fang, de Huizhou, dueña de una casa de empeños y con parte en el negocio de la sal, cuyos miembros, vecinos del distrito por falsificación del empadronamiento, habían empezado a trabar alianzas matrimoniales con los pobladores poco tiempo atrás.

Los Yüo del callejón del mismo nombre habían casado de antiguo con los Yu, vetusta casa noble del lugar, y los unos y los otros tuvieron a mucha honra el no haber contraído lazos de matrimonio con los Fang. Pero algunos allegados torpes y poco dignos, deslumbrados por los ricos presentes de bodas que hacían los Fang, habían comenzado a darles en matrimonio a sus hijas; y tanto fue el halago, que los Fang, harto endiosados, ya no obsequiaban ricos presentes, antes andaban pregonando que los Yüo y los Yu iban en pos de sus riquezas y de sus personas para proponerles matrimonio.

Había en ambas familias dos géneros de sujetos a los que se les daba un bledo el buen nombre de sus antepasados. Los unos eran los tontos, unidos por un lema: «Sólo nos casamos con los Fang; sólo amigamos con los Peng»; y los otros eran los listos, unidos también por un lema: «Sólo pensamos en los Fang; sólo hablamos de los Peng.» En suma, que si los Fang no hubieran logrado el empadronamiento en Cinco Ríos, bien habrían pasado esos bodoques sin esposas, y pasaran también sin amigos de no existir letrados de palacio que se llamaran Peng. Creíanse sobremanera sagaces, cuando en verdad eran sobremanera idiotas. Querían casar con los Fang, pero los Fang no querían casar con ellos, y antes de admitirlo con franqueza, mentían para vanagloriarse ante los demás. Decían: «El viejo Peng es maestro mío»; o: «El señor Peng el Tercero me convidó a su estudio, y hablamos largo, con mucha familiaridad»; o «El señor Peng el Cuarto me ha escrito de Pequín». Tanta charlatanería los llevaba de banquete en banquete, convidados de huéspedes que buscaban en sus palabras el modo de amedrentar a los comensales. En tan malas costumbres habían caído las dos familias.

Mas los hermanos Yüo respetaban los preceptos de sus mayores, y antes de pasar el día platicando de cosas mundanas, encerrados en su casa se empleaban en el estudio. El mayor había trabado amistad con unos pocos magistrados y prefectos en sus viajes por prefecturas, subprefecturas y distritos; pero nunca se le oyó mentar a oficial alguno, lo que era harto singular en el mundo en que vivía. Los lugareños de Cinco Ríos

---

Zeng Xi, Ran You y Gongxi Hua (*Analectas*, «Xian jin»):«Apenas soy un día mayor que vosotros; no lo toméis en cuenta». A partir de entonces, ser «un día mayor» pasó a ser sinónimo de «tutor».

creían que los graduados provinciales o metropolitanos ostentaban tanto poder como los magistrados de distrito, quienes debían, por fuerza, conceder merced a estos letrados cuando se allegaban a la audiencia para pedirla. Pues si alguno decía que a un magistrado le es dado respetar a un hombre por su naturaleza moral o trabar amistad con él por su maestría de letras, los lugareños se reían de él. Y también creían que todos los examinandos no aprobados eran irremisiblemente despedidos, y de mala gana, por los magistrados a los que hacían llegar su esquela. Los hermanos Yüo no tenían rival en virtud y talento; mas como el magistrado no iba a visitarlos y ellos no habían casado con ninguna de las Fang ni hecho amigos entre los Peng, los familiares y conocidos no los tenían en gran aprecio, aunque, a decir verdad, tampoco osaban faltarles al respeto.

Decíamos, pues, que Yüo Chi salió a recibir al hermano, a quien saludó y llevó dentro, aderezando, para celebrar su vuelta a casa, un convite en el que platicaron de cuanto les había acontecido en los últimos tiempos. Y ya que hubieron comido, Yüo Te no se retiró a su cuarto, antes compartió cama con el hermano en el estudio, revelándole, en mitad de la noche, su propósito de partir a Wuwei para visitar a un amigo.

—Quédate aún un tiempo en casa, hermano —dijo el menor—, que quiero hacer el examen en la prefectura; ya tendrás ocasión de marchar cuando yo vuelva.

—Has de saber que he gastado cuanto gané en Yangzhou —dijo el mayor—, y me urge ir Wuwei para sacar unas onzas de plata con que pasar el verano. Ve a hacer el examen, que nuestras esposas cuidarán de la casa. Los dos hemos pasado la vida encerrados; ¿por qué quieres que me quede?

—Si con este viaje sacas unas onzas, hermano —dijo el menor—, podremos al fin enterrar a padre y madre cuando vuelvas, que sus ataúdes llevan ya en casa una docena de años, y es cosa que nos inquieta.

—Ése es también mi parecer —dijo el mayor—. Los enterraremos a mi vuelta.

Pocos días más tarde, Yüo Te partió para Wuwei. Y, una docena después, sabedor Yüo Chi que el presidente de examen ya estaba en Fengyang, empaquetó sus cosas y salió para la ciudad, haciendo mansión en un cuarto alquilado. Ocurría esto el día ocho de la cuarta lunación. El nueve, el presidente ofrendó incienso; el diez colgó las amonestaciones[476] y el once anunció el examen, al que concurrían los licenciados de los ocho distritos de la jurisdicción de Fengyang. El quince salieron las listas de resultados; de cada distrito habían escogido tres, y Yüo Chi estaba entre ellos. El dieciséis hizo el examen de repetición. El diecisiete se publicaron los resultados: había salido el segundo del primer grado. En Fengyang estuvo hasta el veinticuatro, fecha en que se despidió del presidente y salió para Cinco Ríos.

Llegado el mayor a Wuwei, el subprefecto, que pasaba por hombre muy comedido con las antiguas amistades, lo agasajó varios días en la residencia y al cabo le dijo:

—Poco ha que ocupo este cargo, señor, y no puedo ofreceros gran cosa. Pero hay una causa en que podéis intervenir, que yo aceptaré vuestra defensa y el acusado dará cuatrocientas onzas, a partir entre tres. Vuestra parte será de más de ciento treinta onzas, señor, con que podréis enterrar a vuestros padres cuando tornéis a casa. Después ya os encomendaré otras causas.

Muy alborozado, Yüo Te agradeció al subprefecto y fue a ver al acusado, que llamaban Feng Ying, implicado en la muerte de un hombre. Yüo Te lo defendió, y la audiencia del distrito acabó por absolverlo. Cobrada su parte, el tutor pidió licencia al subprefecto, y empaquetando sus cosas, marchó para su casa. Mas como el camino

[476] *Gua pai shou cizhuang*, lit. «colgó el anuncio para recibir denuncias». Aunque no pasaba de ser un formulismo, cualquier persona podía denunciar conductas ilícitas de los licenciados antes de que éstos se presentaran a examen.

atravesaba Nanquín, se dijo: «El primo Du Shaoqing de Tianchang vive cabe el puente del Buen Cruzar, en una casa ribereña. ¿Y si me llego a saludarlo?» Y, entrando en Nanquín, pasó por la casa de Du Shaoqing, quien lo recibió con gran júbilo. Hechos los saludos de rigor, los dos tomaron asiento y dieron en relatarse lo que había sido de sus vidas en la docena de años pasados desde el postrer encuentro.

—Es lástima, primo, que hayáis renunciado a vuestra buena hacienda —dijo suspirando Yüo Te—. ¿Cómo podéis acostumbraros a vivir de vuestros escritos, siendo antes gran hacendado?

—Aquí me recreo en la alegría del paisaje y los buenos amigos, y me he hecho a ello —dijo Du Shaoqing—. En verdad os confieso, primo, que soy hombre ignorante, de gustos sencillos, y vivo feliz con mi mujer y mis hijos, por vulgares que sean nuestros vestidos y alimentos. Lo pasado, pasado está.

Du Shaoqing convidó con té al visitante, entrando al cabo en los aposentos interiores, donde preguntó a su mujer si había de comer, para agasajar al primo con un banquete. Tan pobre era, que no tenía con qué convidarlo, y resolvió empeñar algún ornamento de la casa. Mas ese día era el tres de la quinta lunación,[477] y, mira por dónde, a Zhuang Shaoguang se le había ocurrido enviarle un cargamento de comida para celebrar la fecha. Con el portero entró un criado que traía un sábalo, un par de patos asados, un centenar de pastelillos de arroz glutinoso y dos libras de azúcar blanca, amén de cuatro onzas de plata. Du Shaoqing aceptó muy gustosamente los obsequios y escribió un billete de agradecimiento, que dio al criado.

«Ahora sí que puedo hacer el convite», dijo a su esposa. Y mandando comprar otras viandas, que pidió a su mujer cocinase con lo demás, envió razón a Chi Hengshan y Wu Shu, vecinos suyos, para que viniesen a conocer a su primo. Llegados éstos, y trocados los cumplimientos de rigor, se sentaron a comer en la estancia que daba al río. Y entre bocado y bocado, como Yüo Te mencionara que andaba buscando un buen terreno para la tumba de sus padres, Chi Hengshan dijo:

—Señor, con tal que la tierra sea seca y tibia y esté a resguardo del viento y las hormigas, podréis enterrar a vuestros padres en cualquier lugar. Desoíd a esos que dicen que el terreno trae fama y riquezas.

—Decís bien —respondió Yüo Te—. Mas las gentes de mi humilde distrito cumplen con esta costumbre tan a rajatabla, que retrasan el enterramiento de sus padres cuanto tiempo sea menester hasta que encuentran un buen terreno. Vuestro hermano menor, con todo, es lego en esta doctrina y gustaría de conocer el parecer de v. mds. sobre los orígenes de las enseñanzas de Guo Pu. [478]

—Desde que desapareció el empleo de maestro de entierros[479] —suspiró Chi Hengshan— y se abandonó el hábito de la sepultura por familias,[480] muchos hombres cultivados han caído rendidos ante esa charlatanería de «cubiles de dragones» y no sé

---

[477] Antevíspera de la festividad del Duanwu, celebrada el día cinco del mes quinto según el calendario tradicional chino, en que es costumbre comer *zongzi*, los pastelillos de arroz glutinoso de que habla el texto.

[478] Guo Pu *zhi shuo*, «Dichos de Guo Pu», manera popular de referirse a *Zang shu* [Libro de los enterramientos], de Guo Pu (276-324), considerado el padre de la geomancia.

[479] *Zhongren*, funcionario adscrito a la Oficialía de Primavera (Chunguan) o Ministerio de Ceremonial de la dinastía Zhou, encargado de todo lo relacionado con los enterramientos de la realeza y la nobleza.

[480] *Zuzang*, enterramiento *clánico* o familiar, practicado en la dinastía Zhou, consistente en enterrar al difunto en la misma tumba donde yacen sus mayores, desde el tatarabuelo hasta el padre.

qué de «aguas y arenas».[481] Los creyentes quieren que los suyos medren; mas esforzándose en ello demuestran su poco amor filial.

—¿Qué queréis decir? —preguntó, suspenso, Yüo Te.

—Permitidme recitaros unos versos —dijo Chi Hengshan:

¿Puede el espíritu habitar donde soplan recios vientos?
¿Dónde quedó la razón de tu arte de sepulturero?
No escapaste al mediodía del acero del borrero,[482]
¿Y aún confían los hombres en tu libro de enterramientos?

»Los escribió un poeta en la tumba de Guo Pu. Vuestro hermano menor aborrece las artes de estos zahoríes que dicen hablar por boca de Guo Pu cuando sentencian: «Este lugar traerá un doctor laureado o un letrado de honor a vuestra familia.» Y yo pregunto: si el galardón de letrado de honor fue creado en la dinastía Tang, ¿cómo Guo Pu, que vivió en la dinastía Jin, sabía ya de su existencia, y de añadidura proclamaba que éste u otro lugar conducía a tal dignidad? ¡Cuán ridículo! Si los hombres de la antigüedad, según dicen, sabían predecir honores y dignidades sobre la sola base de un pedazo de tierra, ¿cómo el marqués de Huaiyin,[483] que había enterrado a su madre en lugar elevado y espacioso, no logró impedir el exterminio de las ramas familiares del padre, la madre y la esposa? Más ridículo es, si cabe, el que esos charlatanes digan que el terreno de la tumba de nuestro Primer Emperador fue escogido por Liu Ji, señor de Qingtian,[484] pues sabido es que Liu Ji, que fue hombre de gran talento, estaba tan ocupado en el estudio del arte de la guerra, la agricultura, el ceremonial y la música, que no tenía respiro en todo el día. ¿De dónde pudo sacar el tiempo para elegir el terreno? No hay tal, pues cuando Hongwu ascendió al trono, confió a sus geománticos la elección de terreno fausto para toda la línea familiar, y Liu Ji no tuvo arte ni parte en ello.

—Vuestros razonamientos hacen oír al sordo y ver al ciego —ponderó Yüo Te.

—El señor Chi Hengshan tiene toda la razón del mundo —terció Wu Shu—. Permitan v. mds. que les relate cierto hecho singular que acaeció aquí el año pasado.

—Hablad, pues —dijo Yüo Te.

—Ocurrió en casa del inspector Shi, que vive en el callejón de los Shi, aguas abajo del Puente Flotante.

---

[481] *Longxue*, *shashui*: «cueva del dragón, tierra y agua», términos empleados en la geomancia. La «cueva del dragón» representa la tumba, el lugar idóneo para situarla, y «tierra y agua» se refieren al cerro, elevación o montaña y al estanque, río o lago en cuyas proximidades debía hallarse la sepultura.

[482] *Bingjie*, lit. no escapaste de la «liberación por las armas»: la muerte por cuchillo u otra arma, una de las formas de liberación del cuerpo físico aceptada por los taoístas. En este caso alude a la ejecución en el año 324 de Guo Pu por orden de Wang Dun, ministro de Jin del Este, por vaticinarle su derrota en combate. Guo Pu también le predice que su vida no será larga y el ministro, enfadado, le pregunta a su vez: «¿Y cuánto durará la tuya?». «Mi vida acabará hoy al mediodía», le responde Guo Pu. El ministro dio orden de ejecutarlo ese mismo día (*Jin shu*, «Liezhuan», XLII). De ahí la alusión al «mediodía» en los versos, pertenecientes a Shen Zhou (1427-1509).

[483] Huaiyin, marquesado que se le otorgó a Han Xin (¿-196 aC), posteriormente ejecutado por la emperatriz Lü en unión de los parientes más próximos de su padre, madre y esposa (*Registros históricos*, «Huaiyin hou liezhuan», XLII).

[484] Qingtian *xiansheng*, apelativo de Liu Ji (nombre no mencionado en esta parte del texto y utilizado aquí en la traducción para evitar ambigüedades y hacer patente su conexión con el mismo personaje, citado en el cap. IV), natural del distrito de Qingtian (provincia de Zhejiang: de ahí el apelativo), gran estratega, pensador y literato de principios de la dinastía Ming, consejero principal del primer emperador, Zhu Yuanzhang (r. 1368-1398), y más tarde caído en desgracia por las maquinaciones del ministro Hu Weiyong.

—Algo sé de la historia, mas no por menudo —apuntó Chi Hengshan.

—El hermano menor del inspector —prosiguió Wu Shu— dio en decir que si el mayor había pasado el examen de palacio, y él no, era a causa del mal terreno en que estaba asentada la tumba materna, pues solamente había traído la dicha a la familia del primer hijo, y no a la del segundo. Tan persuadido estaba de ello, que alojó en la casa a uno de esos «señores de vientos y aguas», con quien pasaba el día cavilando dónde mudar la tumba. Un día, el mayor le dijo: «Ha mucho que la enterramos; más vale no mudarla.» Y aunque lloró e imploró al menor porque no se mudase la tumba, éste no se bajó del machito, y el geomántico lo respaldó diciendo: «De no mudar la tumba, el señorito segundo no será nunca oficial, y además se quedará ciego.»

»El hermano menor, cada vez más empecinado, encomendó al geomántico recorriese el lugar en busca de un buen terreno y trabó amistad con otros muchos zahoríes. A la postre, el paniaguado encontró el terreno, y el hermano menor convocó a los otros para pedirles parecer. Mas como la ciencia de estos señores es de tal calidad, que el hijo se burla del padre y viceversa, y así se topan dos de ellos no hay quien les meta paz, bastaba que el paniaguado encontrase un terreno, para que los otros dijeran: ‹No sirve.›

»Harto ya el geomántico, hizo una traza, que fue buscar otro terreno y persuadir con unas monedas a un pariente que vivía al costado izquierdo para decir que en sueños se le había aparecido la anciana señora Shi, vestida de ceremonia, y había señalado ese lugar, dando a entender que quería ser enterrada allí. La traza resultó, pues ninguno quiso contrariar los deseos de la anciana señora, y el hijo menor se salió con la suya.

»El día de la mudanza, el inspector Shi y el hermano contemplaban arrodillados la abertura de la tumba, cuando una vaharada de aire caliente salida del hueco fue a entrarle por los ojos al menor, dejándolo ciego al instante. Pues, para que vean v. mds., como eso lo persuadió aún más que el geomántico era un dios viviente sabedor del pasado y lo por venir, lo gratificó con unos buenos centenares de onzas.

—Las gentes de mi distrito también son muy dadas a mudar las tumbas —dijo Yüo Te—. ¿Qué pensáis de ello, Shaoqing?

—Os diré lo que creo —respondió Du Shaoqing—: Que la Corte habría de proclamar una ley exigiendo al que quiera mudar una tumba presentar antes memorial en la audiencia, y al geomántico, escribir un juramento que diga cuántos codos de agua hay sobre el ataúd, y cuántos cuartillos y celemines de hormigas. Pues si al abrir la tumba, acierta, mejor para él; pero si no hay asomo de agua ni hormigas, que un verdugo le corte su cabeza de perro allí mismo y trocee al que suscribió el memorial, por parricida. Acaso esto ataje tanta locura.

—¡Bien dicho! —aplaudieron los visitantes—. ¡Eso merece celebrarlo en vaso grande!

Y bebieron, al tiempo que Yüo Te relataba la petición que le había hecho el brigadier Tang para ser tutor de sus dos hijos.

—Tan cerriles son, al parecer, esos guerreros —concluyó, riendo.

—Pues tampoco escasean entre esos cerriles guerreros los espíritus cultivados —terció Wu Shu, narrando la historia de Xiao Yunxian, a cuyo término pidió a Du Shaoqing—: ¿Podéis traer ese rollo, que lo vea el señor Yüo?

Traído el rollo, Yüo Te admiró con fruición los dibujos y las poesías del doctor Yu y los otros letrados, y con el ímpetu del vino compuso unos versos rimados con los demás, que fueron acogidos con aplausos de elogio. Así siguieron, y hasta la medianoche duró el festín.

Llevaba ya dos días Yüo Te convidado de Du Shaoqing, cuando al tercero apareció por la casa un vendedor de patos de Cinco Ríos que le traía carta del hermano. Y fue abrirla Yüo Te y ponerse amarillo como la tierra.

Y por esta causa,

Los hermanos se socorren,
Plenos de amor verdadero;[485]
Los amigos se respetan,
Por mor de afecto sincero.

Mas lo que decía la carta habrás de saberlo en el capítulo siguiente.

[485] *Shihao zhi qing*, lit. plenos de «sentimientos de concordia», de amor fraternal. La expresión procede del *Libro de las odas* («Si gan», núm. 189): «Como fronda de bambúes / como espesura de pinos / hermanos mayores y menores / congenian entre sí».

CAPÍTULO XLV

CON VERDADERO AMOR SUPLE AL HERMANO Y CARGA CON SU CULPA; TRAS UNA PLÁTICA DE GEOMANCIA TORNAN A CASA Y ENTIERRAN A LOS PADRES

Leyó, pues, el hermano mayor la carta del menor, y al punto la alargó a Du Shaoqing. Decía, poco más o menos:

Al presente han sucedido ciertas cosas por aquí, *y no debes volver*. *Me han dicho que estás en casa del primo Shaoqing; sigue tranquilo allí con él*, *que así aclare los hechos*, *iré a buscarte para tornar en tu compañía*.

—¿Qué habrá sucedido? —se preguntó Yüo Te.

—Vuestro hermano no lo dice —respondió Du Shaoqing—, y no tenéis cómo saberlo, al menos por el instante. Quedaos aquí, que a su debida sazón lo sabréis.

Y Yüo Te escribió al hermano:

Esas cosas que han sucedido bien podías relatarlas por menudo en una carta que me mandes, *para mi sosiego*. *De no decirme qué sucede*, *me tendrás en ascuas*.

De vuelta en Cinco Ríos, el vendedor de patos llevó la carta a Yüo Chi, quien a la sazón platicaba con un alguacil de la audiencia. Decía el hermano menor:

—Si bien esta orden de captura es contra Yüo Chi, yo nunca he estado en la subprefectura de Wuwei. ¿Por qué he de ir a la audiencia?

—¿Y quién sabe si habéis estado allá o no? —dijo el alguacil—. A nosotros, los del juzgado, nos mandan a buscar al sujeto citado en la orden de captura, y sabido es que los ladrones y bandidos no confiesan cuando les calzamos los grillos[486] antes de llevarlos para la audiencia, que ¿quién suelta la lengua de buenas a primeras?

Y Yüo Chi tuvo que acompañarlo a la audiencia, donde se arrodilló ante el magistrado y le dijo:

—Este licenciado ha estado toda su vida encerrado en casa y nunca ha pasado por Wuwei, señoría. De esta causa no sé nada, señoría.

—No sé si habéis estado allí o no —dijo el magistrado—. Mas aquí tengo conmigo el oficio de Wuwei, al que podéis echar una mirada, ya que, según vos, no habéis puesto los pies en esa subprefectura.

Y tomando un despacho sellado en rojo, llamó a un ordenanza para que se lo diese a Yüo Chi, quien se puso a leer. Decía:

---

[486] *Tanmuxue*, las «botas de madera de sándalo», eufemismo para la traba que se le ponía en los tobillos al malhechor.

En la causa de cohecho contra el Subprefecto incoada en primera instancia por el Juez de la Subprefectura de Wuwei, cabe imputar parte de dicho cohecho a Yüo Chi, Licenciado Recomendado a la Corte, natural del Distrito de Cinco Ríos…

Llegando a este punto, Yüo Chi dijo:

—Vuestra Excelencia sabrá entender las palabras de este licenciado, y es que el oficio habla de un licenciado recomendado a la Corte llamado Yüo Chi, y este servidor habrá menester de al menos una docena de años para serlo.

Y diciendo esto, volvió el oficio y dio vuelta para marchar, deteniéndolo el magistrado:

—No os apresuréis, licenciado Yüo, que ya entiendo —dijo. Y, llamando al escribano de ritos, le preguntó—: ¿Vive en este distrito algún otro Yüo Chi que sea licenciado recomendado?

El escribano hojeó un libro y dijo:

—En la familia Yüo hay un licenciado recomendado, pero no se llama Yüo Chi.

—Al parecer, esta orden de captura va dirigida contra una sombra —dijo Yüo Chi, levantándose para partir.

—Id a casa, licenciado —dijo el magistrado—, y enviadme un pliego de descargo, para que yo pueda despachar la debida respuesta.

A ello asintió Yüo Chi, saliendo de la audiencia con el alguacil, con quien se sentó a tomar una jarra de té en un figón cercano. Apurado el té, Yüo Chi se levantó para irse, pero el alguacil lo sujetó y le dijo:

—¿Dónde va el señorito Segundo? Sabed que hoy me he levantado con la clara, pero aún no me ha sobado el diente un mal grano de arroz aguado, y la caminata que me he dado de casa de v. md. a la audiencia no ha sido poca cosa. Pues digo que un alguacil imperial no se conformara con tanta piojería. ¿Y aún queréis que no os siga haciendo compañía?

—El magistrado me ha dicho que vaya a escribir el pliego de descargo —respondió Yüo Chi.

—V. md. acaba de decir en la audiencia que es licenciado —dijo el alguacil—, y los licenciados no hacen que escribir por encargo de otros; mas ahora resulta que habréis de acudir a otro para que escriba por vos. Atravesando la calle, detrás de esta casa de té, está el lugar donde v. mds. los licenciados tienen que escribir sus alegatos. Vaya v. md., que se lo escriban.

No tenía otra salida Yüo Chi, y fue para el edificio que había detrás de la casa de té acompañado del alguacil, que gritó hacia dentro: «El señorito segundo de los Yüo quiere componer un alegato. Escribidlo vos, que él lo compondrá y no tendréis más que copiarlo y poner el sello. Si no os paga, peor para mí. Yo voy a ver al sujeto de ayer, que aún sigue encerrado en la posada, y luego paso por aquí.»

Yüo Chi juntó las manos para saludar al escribano, al que vio sentado a la mesa, en una banqueta, con un turbante en harapos, túnica astrosa y un par de zapatos que repicaban como unas castañuelas, reconociendo en él al leguleyo Tang el Tercero, también conocido por el Flemas.

—Sois vos, hermano Yüo el Segundo —dijo el Flemas—. Tomad asiento, hacedme merced.

—Temprano habéis empezado a trabajar hoy, hermano Tang —dijo Yüo Chi, sentándose.

—No creáis, pues me levanté de buena mañana para comer fideos con el señor Fang el Sexto, al que luego acompañé a los ejidos antes de venir por acá. Estoy enterado de vuestra causa.

Y llevando a Yüo Chi a un costado, le dijo pasico:

—No es causa en que entienda el Tribunal Imperial, señor Yüo, pero va por ese camino. ¿Quién no sabe que vuestro hermano está en Nanquín? Las sentencias locales son sólidas como barrica con aros, dicen los antiguos, y en estos casos se usa tomar por prueba inapelable el veredicto pronunciado en el lugar. Lo que importa es poner de vuestra parte al magistrado, y el magistrado hará cuanto le ordenen los Peng. No perdáis tiempo; id ya a ver al señor Peng el Tercero, para tratarlo con él. Él es el solo bueno que hay en la familia, pues los otros son fieros como dragones y tigres,[487] y si le pedís socorro para que os saque de este mal trance, no tomará en cuenta que antes no habéis ido a presentarle respetos. Es hombre cortés y liberal, no temáis. O, si gustáis, iré con vos. En verdad habríais de tener mejores lazos con las gentes de alcurnia del lugar; mas sois tan orgulloso como vuestro hermano, y ved, ahora que estáis con el agua a la boca no tenéis quien saque por vos la cara.

—Os agradezco vuestros miramientos —dijo Yüo Chi—; mas el magistrado me ha dicho que escriba un pliego de descargo, y es lo que voy a hacer. Ya pensaré qué hago después de llevarlo a la audiencia.

—Y bien, pues, si tal queréis —dijo el Flemas—. Aguardaré a que lo hayáis compuesto.

Yüo Chi redactó el alegato de un tirón, y ya legalizado, lo entregó en la audiencia. El magistrado ordenó al escribano mandase respuesta a Wuwei acorde con las alegaciones de descargo, y el escribano así lo hizo, aunque, excusado es decirlo, no sin antes alargar la mano por doquier pidiendo dizque para papel y pinceles.

Pasado medio mes, llegó otro oficio más prolijo en detalles sobre el acusado:

> *El acusado*, *Yüo Chi*, *es Licenciado Recomendado del Distrito de Cinco Ríos*, *de estatura mediana*, *rostro blanco*, *barba fina*, *edad hasta cincuenta años*. *El día ocho de la Cuarta Lunación fue a ver al homicida Feng Ying al Templo del Genio Tutelar de Wuwei*, *conviniendo en defenderlo en juicio*, *lo que puso por obra el día once durante la vista de la causa*. *Dictada sentencia de absolución el dieciséis*, *Feng Ying despachó bastimentos para un banquete en dicho Templo del Genio Tutelar y repartió*, *de añadidura*, *cuatrocientas onzas entre los tres sujetos que le habían ayudado a salir libre; Yüo Chi*, *que era uno de ellos*, *embolsó ciento treinta y tres onzas y pidió licencia para marchar de la Audiencia*, *saliendo el veinte para Cinco Ríos*, *por vía de Nanquín*. *Tenemos pruebas de que recibió ese dinero; ¿quién dice que no hay tal hombre? La gravedad del delito obliga a que ese Distrito arreste sin tardanza al reo y lo envíe bajo escolta a esta Subprefectura*, *con que podremos dar por resuelta la causa*. *Obrad sin demora*.

El magistrado llamó otra vez a la audiencia a Yüo Chi, quien leyó el oficio y dijo:

—Señoría, estas alegaciones son más fáciles de refutar, si cabe. Este licenciado escribirá otro pliego de descargo, y solamente pide a vuestra señoría que sea juez y parte.

El magistrado asintió a ello, y Yüo Chi compuso otro alegato. Mas su cuñado Chao Linshu le dijo:

---

[487] *Longzhen huyan de jiaose*, son «personajes de mirada de dragón y ojos de tigre», personas violentas.

—Cuñado, ésa no es manera de arreglar las cosas, pues está claro que fue tu hermano el causante del enredo y las órdenes judiciales seguirán cayendo a diestra y siniestra cual copos de nieve. ¿A qué tanto afán en pagar las culpas de otros? Más vale que escribas un alegato honrado, diciendo que tu hermano está en Nanquín, para que le manden a él las órdenes judiciales y a ti te libren de cargos, que el que no llora no mama, y ¿es de razón halar hasta tu puerta el ataúd de otro para plañir al muerto?

—Cuñado —dijo Yüo Chi—, las cosas de mi hermano me basto yo a llevarlas, no tengas cuidado.

—No lo dijera si no fuera ocasión —prosiguió Chao Linshu—, pero tu hermano anda por ahí ofendiendo a las gentes con su mala disposición. Mira, si no, el señor Fang el Tercero, el de la casa de empeños de la Prosperidad Benevolente, y al señor Fang el Sexto, el dueño de la otra casa de empeños, la Grandeza Benevolente, dos de los más honorables señores de Cinco Ríos, iguales en dignidad al magistrado Wang, a los que tu hermano no tiene reparos en agraviar. Poco ha, el señor Fang el Segundo ha contraído esponsales con una hija del señor Peng el Quinto, que acaba de laurearse de graduado de palacio; el magistrado fue el mediador, y las bodas han quedado dispuestas para el tres del mes que viene. Pues bien, a fe que en el convite hablarán de este embrollo, y el señor Peng el Quinto no habrá menester de ponderar todas las faltas de tu hermano, no, que una sola insinuación bastará al magistrado. Y si el magistrado da en ponerse a malas dirá que has encubierto a tu hermano y te habrás metido en un berenjenal. Más te vale seguir mi consejo.

—Aún habré de componer otro alegato —dijo Yüo Chi—, que, en caso de topar con dificultades, siempre habrá tiempo para decir la verdad.

Viendo Chao Linshu que no había manera de persuadirlo, partió. Y Yüo Chi entregó otro pliego de descargo, que sirvió a la audiencia del distrito para enviar la siguiente respuesta:

> *La requisitoria de esa Honorable Subprefectura dice: «El acusado, Yüo Chi, es Licenciado Recomendado del Distrito de Cinco Ríos, de estatura media, rostro blanco, barba fina, edad hasta cincuenta años. El día ocho de la Cuarta Lunación fue a ver al homicida Feng Ying al Templo del Genio Tutelar de Wuwei, etcétera.» Tan pronto recibió la requisitoria, este Distrito mandó apresar al acusado, y de las diligencias practicadas se sigue que el Licenciado Yüo Chi es de estatura mediana y barba fina, mas de rostro pecoso, edad de cuarenta y cuatro años y Licenciado Pensionista, y no Recomendado. El día once de la Cuarta Lunación, el citado Licenciado se presentó al Examen para los Licenciados de los otros distritos de Fengyang, convocado por el Señor Presidente, que a los efectos había llegado a la ciudad el día ocho, ofrendando incienso el nueve y fijando aviso el diez. Proclamados el quince los resultados, dicho Licenciado salió aprobado, presentándose al día siguiente a los Exámenes de Repetición, en los que obtuvo el segundo puesto del Primer Grado; y el día veinticuatro, luego de pedir licencia al Presidente de Examen tornó a su casa, para seguir estudiando. ¿Cómo pudo cometer cohecho en Wuwei, estando a la sazón en los exámenes en Fengyang? Este Distrito ha verificado el hecho en los Registros de la Escuela local, resultando cierto que dicho Licenciado se examinó en Fengyang; por ende, no pudo estar en Wuwei en el momento del delito, y no procede el arresto. Sospecha esta Audiencia que algún rufián que se*

hace pasar por Yüo Chi busca con falsas informaciones que la justicia aprese a éste y dé con ello por concluida la causa.[488]

Y como ningún otro oficio volvió a llegar de Wuwei después del envío de este despacho, Yüo Chi se sintió aliviado de una pesada carga y escribió al hermano para que tornase. Vuelto el hermano, se enteró por menudo de cuanto había acaecido y dijo:

—Gran merced me has hecho hermano; mas dime: ¿cuánto has tenido que repartir en la audiencia?

—¿Y eso qué le hace, hermano? —respondió Yüo Chi—. Lo que importa ahora es usar la plata que has traído para aprestar el enterramiento.

Unos días más tarde, los hermanos convinieron en visitar a Zhang Yunfeng, el geomántico; mas un pariente los convidó el mismo día a un banquete y no pudieron más que saludar brevemente al zahorí antes de aviar para la casa del deudo. No había en ésta convidados de fuera, pues los únicos eran sus dos primos, Yüo Fu y Yüo Yin, quienes, saludando con una reverencia al verlos, les ofrecieron asiento y preguntaron por las nuevas que se oían por el distrito.

—El magistrado Wang almuerza hoy en casa del señor Peng el Segundo —dijo en eso Yüo Fu.

—Aún no ha llegado a la casa —reparó el huésped, que ocupaba el puesto más humilde—, pues apenas acaba de mandar un portero con su esquela.

—El señor Peng el Cuarto va a ser el presidente de examen —dijo Yüo Yin—. Pues dicen que el otro día, al despedirse en la Corte, el Emperador le dio una bofetada por responder mal.

—Difícil es que haya respondido mal —rió Yüo Te—, cuando ciertamente ni abrió la boca; y si es verdad que respondió mal, el Emperador estaría demasiado lejos para alcanzarle con el bofetón.

—No hay tal —dijo, subida la color, Yüo Yin—, pues es persona muy principal, que como Gran Secretario de la Academia Hanlin, amén de sumiller, todos los días aconseja en el pabellón Interno de la Asamblea, y es natural que el Emperador lo abofetee si responde mal.

—¿Oyó el hermano mayor decir, estando en Nanquín, que el prefecto había sido llamado a Pequín? —preguntó el huésped a Yüo Te.

Mas, antes de que éste abriese la boca, Yüo Fu dijo:

—También tiene parte en eso el señor Peng el Cuarto, pues un día el Emperador le preguntó si no era ya hora de mudar prefecto, y como el señor Peng el Cuarto quería recomendar a su condiscípulo Tang Zou, respondió que sí; mas como tampoco quería agraviar al prefecto, le escribió a escondidas una carta convidándolo a ir a la Corte para ser recibido en audiencia. Por eso fue a Pequín.

—La Academia Hanlin no entiende en nombramientos de dignidades principales —dijo Yüo Chi—. Eso que decís no es cierto, me temo.

—Así lo dijo el magistrado Wang anteayer, festejando en la casa de empeños de la Grandeza Benevolente —terció Yüo Yin—. ¿Cómo no va a ser verdad?

---

[488] La confusión obedece, en definitiva, al gran parecido que existe entre los caracteres que conforman el nombre de los dos hermanos (Te y Chi), diferentes en un mínimo trazo en chino. Por otra parte, para hacer menos confuso el texto traducido, hemos empleado tan sólo los nombres primigenios (*ming*) o de familia de los hermanos, prescindiendo de los nombres públicos (*zi*) con que por lo general aparecen en el texto (Youda y Youchong). También, para evitar confusiones entre el apellido de los dos hermanos y el del doctor Yu, iguales al ser transcritos a una lengua alfabética como el español (Yu) por más que en chino sean muy diferentes, hemos asignado una pronunciación arcaica al apellido de los hermanos y parientes (Yüo), conservando el del doctor tal como aparece en el texto (Yu).

Llegaba en eso la comida, compuesta de col con carne, carpa frita, pollo con arroz, tortilla, gámbaros con cebolla, ginsén confitado, pepitas de melón, granadas y queso de soja, nueve fuentes en todo, a las que acompañaba una jarra de vino lacrada que aún humeaba de lo caliente que estaba. Servidas unas rondas, el huésped trajo un saquillo encarnado atado con una cinta del mismo color en el que había unos tormos de tierra, según dijo, y dirigió la palabra a Yüo Fu y Yüo Yin:

—Hoy he hecho venir a los virtuosos hermanos para que juzguen el suelo de una colina; aquí tengo unos terrones, que no sé si serán de provecho.

—¿Cuándo cogisteis estas muestras? —preguntó Yüo Chi.

—Anteayer —respondió el huésped.

Iba Yüo Fu a abrir la bolsa, cuando Yüo Yin dijo: «Déjame ver» y cogió el saquillo, del que sacó un terrón que sustentó frente a él y miró, torciendo la cabeza a diestra y a siniestra; al cabo desgajó un trozo y se lo metió en la boca, masticándolo muy gentilmente durante un rato, hasta que pasó otro terrón al hermano y le dijo:

—¿Qué te parece esta tierra, hermano Cuarto?

Yüo Fu tomó el terrón y lo examinó a la luz, primero la parte superior, luego la inferior hasta desgajar una porción que se llevó a la boca, masticándola con gran deleite, los ojos cerrados; al cabo los abrió y dio en olisquear el terrón, en lo que pasó un buen rato, hasta que dijo:

—Esta tierra no es buena.

—¿Vale para cavar una tumba? —preguntó, inquieto, el huésped.

—No —respondió Yüo Yin—, pues si sepultáis a alguien bajo esa tierra, hará pedazos la familia.

—No sabía que en los diez años que llevo fuera de casa los primos se hubieran hecho peritos en tierras —dijo Yüo Te.

—La verdad es que la tierra que mi hermano y yo hemos catado no admite dudas —dijo Yüo Fu.

—¿De qué colina es? —preguntó Yüo Te.

—De donde está la tumba de su señor tío Cuarto —respondió Yüo Chi, señalando al huésped—, pues quiere mudarla a otro lugar.

—Vuestro tío Cuarto lleva enterrado más de veinte años —dijo Yüo Te, contando con los dedos—, y la casa está en paz. No veo yo la necesidad de mudar la tumba.

—¡Qué decís, hermano mayor! —dijo Yüo Yin—. Sabed que esa tumba está llena de agua y hormigas, y un hijo que entierra a su padre en un lugar colmado de agua y hormigas y no lo muda a otro mejor no merece ser tenido por persona.

—¿Y dónde está el nuevo lugar? —preguntó Yüo Te.

—No fuimos nosotros los que determinamos el lugar donde está enterrado ahora —dijo Yüo Yin—. El terreno que hemos escogido está en el pico de las Tres Puntas. Ved como es.

Y, apartando un par de platos, mojó un dedo en la jarra de vino y con él dibujó sobre la mesa un círculo:

—Mirad —dijo—, este que veis aquí es el pico de las Tres Puntas. La vena arranca de muy lejos, pues empieza en el monte de Pukou: un cerro, una loma; un cerro, una loma; un cerro, una loma. Se retuerce y revuelve y viene a dar en nuestro distrito, allá por la colina de la Casa de Zhou, como un dragón tendido en el valle; pues de allí surca otro cerro y otra loma, decenas de cerros y lomas, formando una figura que dicen «el loto brotando de las aguas».

Mas como en eso viniera el criado con cinco cuencos de fideos, empezaron a dar buena cuenta de ellos, no sin antes haberlos coronado con col y carne y sazonado con

vinagre que el huésped les pasó. Yüo Yin, que comió muy a su sabor, extendió sobre la mesa dos fideos en forma de figura de dragón y dijo, abriendo mucho los ojos:

—El terreno que hemos elegido dará un letrado supremo. Salga un letrado segundo, y podéis sacarnos los ojos.

—¿Ese lugar me traerá buena suerte? —preguntó el huésped.

—¡Y cómo no! —respondió Yüo Yin—. Y de aquí a poco, que no tendréis que aguardar muchos años.

—Poco ha, en Nanquín —terció Yüo Te—, decíamos con unos amigos que el solo juicio válido para cavar una tumba es el buen reposo de los padres, que todo eso de la prosperidad para los descendientes es pura palabrería.

—No hay tal cosa —ponderó Yüo Yin—, y si no, mirad la tumba de la familia Peng, cavada de modo que sobre el brazo izquierdo del padre descansa una garra de dragón; por eso el señor Peng el Cuarto recibió la bofetada el otro día. ¿No va a ser por la garra de dragón? Si no me creéis, hermano mayor, mañana os llevaré allá para que la veáis con vuestros ojos.

Y en estas pláticas siguieron hasta que, apurados unos tazones más de vino, se levantaron, agradeciendo al huésped, y marcharon. Un criado con un farolillo los condujo al callejón de la Familia Yüo, tornando cada cual a su casa a dormir.

Al otro día, Yüo Te preguntó al hermano:

—¿Qué juicio te merece lo que dijeron ayer los primos?

—Bellas palabras de quienes han estudiado sin maestro —dijo Yüo Chi—. Más vale que vayamos a consultar con Zhang Yunfeng.

—Dices bien —convino Yüo Te.

Y al otro día convidaron a comer a Zhang Yunfeng, pidiéndole parecer.

—V. mds. siempre han sido buenos conmigo —contestó el convidado—, y haré cuanto esté en mi mano para apercibir el enterramiento de sus señores padres.

—No somos más que unos pobres letrados —dijo Yüo Te—. Disculpad nuestra poca cortesía.

—Tan sólo queremos enterrar decentemente a nuestros padres, y por eso acudimos a vos —dijo Yüo Chi—; no queremos ser ricos o nobles. Nuestro agradecimiento no tendrá límites si nos procuráis un terreno seco y caliente que esté a resguardo de hormigas y vientos.

Zhang Yunfeng prometió cumplir lo que pedían, y como a los pocos días anunciara haber encontrado un buen terreno al lado de las tumbas de sus mayores, los hermanos marcharon con él a examinarlo, comprándolo a la postre en veinte onzas al dueño, con que el geomántico señaló día propicio.

Un día, a la espera del señalado, y no teniendo cosa que hacer, Yüo Te compró dos libras de vino y aderezó seis o siete platos con la idea de platicar reposadamente con Yüo Chi al amor de una buena comida. Esa tarde les llegó una esquela del señorito Yu el Cuarto, de la calle principal, que decía: «He cocinado unas pocas verduras para esta noche, con que convidaré a los primos si tienen a bien venir a mi humilde morada para platicar.»

—Bien —dijo Yüo Te al criado que les había traído la esquela—. Encomiéndanos a tu amo, y dile que no faltaremos.

Apenas ido el criado, llegó a la puerta el mensajero de uno que decían Ling Feng, criador de vinos de Suzhou, que los convidaba a darse un baño en su bodega.

—A fe que este amigo querrá también que nos quedemos a comer —dijo Yüo Te—. Vayamos primero a su casa, y luego a la del primo Yu.

Salieron, pues, y llegando a la casa del señor Ling oyeron toda suerte de gritos e insultos, y era que el huésped discutía con dos pueblerinas de pies grandes, apalabradas

para retozar aprovechando la ausencia de su familia. Pues los hombres de Cinco Ríos tienen por cosa ordinaria dormir con estas hembras patudas, de las que se habla hasta en los convites de los personajes principales, en los que los comensales ríen entornando los ojos, tomándolo por grande deporte del que ninguno debe avergonzarse. Las dos mujeres que había en casa del señor Ling eran harto recelosas, pues, creyendo cada cual que la otra se llevaba la mejor parte de los dineros del huésped, armaron gentil alboroto revelando,[489] de añadidura, que también dormían con el asistente, quien se enzarzó en la riña. En suma, que como las señoras dieron en quebrar cuantos tazones, platos y fuentes había en la casa y en tumbar a coces con sus grandes pies las tinas de la bodega, los hermanos hubieron de emplear el tiempo no en holgar del convite y el baño que esperaban, sino en departirlos y poner paz entre ellos. Y ya que se hubieron despedido del señor Ling —quien, muy corrido, les pidió mil perdones y prometió convidarlos otro día—, marcharon a casa del primo Yu, sólo para encontrarse con la puerta cerrada y el banquete concluso.

—Tornemos a casa —dijo, riendo, Yüo Te—, que visto está que habremos de dar cuenta de nuestro propio banquete.

Y entre risas llegaron a casa, donde por todo banquete no hallaron más que una jarra vacía y unos pocos platos mondos y lirondos, pues sus mujeres ya habían dado buena cuenta de las dos libras de vino y las seis o siete fuentes de comida que en rigor debían haber encontrado.

—Tres convites teníamos hoy, y ni un plato hemos llegado a catar —ponderó Yüo Te—. Bien se ve que tampoco hay mordisco ni trago que se hurte al destino.

Con que riendo dieron cuenta de unas verduras encurtidas y un poco de arroz que les aderezaron, marchando a dormir luego de apurar unas tazas de té.

Era la cuarta vigilia cuando, al sentir fuera gran griterío, se levantaron asustados de sus camas, viendo iluminado de rojo el papel de las ventanas; y como supieran que se había desatado un gran incendio en la calle donde vivían, sin tardanza hicieron un lío con sus ropas, corriendo a pedir ayuda a los vecinos para sacar a la calle los ataúdes de los padres. Ardieron un par de casas, y al alba el fuego ya estaba extinto. Pero los ataúdes estaban en la calle, y como en Cinco Ríos se decía que entrar un ataúd en la casa después de haberlo sacado era claro presagio de ruina para la familia del difunto, los deudos y amigos de los hermanos no hacían más que azuzarlos para que llevasen los féretros a la colina y escogiesen día propicio para el enterramiento.

—A nuestros padres hay que enterrarlos como es debido —dijo Yüo Te al hermano—: anunciándolo en el templo, haciendo ofrendas para despedir sus espíritus y llamando a todos los parientes y amigos. ¿Cómo vamos a obrar con tanta ligereza? A mi parecer, habría que llevar otra vez los ataúdes al salón y fijar otro día propicio.

—A fe que si alguno tiene que caer en la ruina, seremos nosotros —remató Yüo Chi.

Y haciendo oídos sordos a cuanto argumento oían, con la ayuda de unos ganapanes devolvieron los ataúdes al salón, donde habrían de quedar hasta la fecha del enterramiento determinada por Zhang Yunfeng. Los hermanos fueron harto rigurosos con los ritos y las ceremonias al caso. El día del enterramiento vinieron deudos de todo el distrito, y también estuvieron presentes algunos allegados de la casa de Du, de Tianchang. En Cinco Ríos no se hablaba de otra cosa.

«Estos hermanos Yüo son cada día más insensatos —se decía—. ¡Hacer cosas tan infaustas!»

Y por causa de ello,

---

[489] *Ban xuantou*, lit. «quitando la horma del zapato», descubriendo.

Un mundo de vicio y malas costumbres
Oculta en su seno hombres de talento,
Que descuidan el arroz y la leña
Por pensar en las cosas del Imperio.

Mas para saber qué sucedió luego, habrás de leer el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XLVI

POR LA PUERTA DE LOS TRES MONTES[490] SE DESPIDEN CON UN BANQUETE UNOS ILUSTRES VARONES; EN EL DISTRITO DE CINCO RÍOS CIEGAN LOS CORAZONES RIQUEZAS Y POTESTADES

Enterrados los padres, el hermano mayor anunció al menor que tornaba a Nanquín para agradecer a Du Shaoqing y en procura de una tutoría, pues el dinero se le había agotado; con que recogió sus cosas y se despidió, poniéndose en camino. Y atravesado el río llegó a la casa ribereña de Du Shaoqing, quien preguntó por el pleito, quedando muy admirado del proceder de Yüo Chi. Platicando estaban, cuando un criado anunció la llegada del honorable señor Tang, de Yizheng.

—Éste, primo, es el hombre que quiso haceros tutor de sus hijos —dijo Du Shaoqing a Yüo Te, respondiendo a su pregunta—. Ahora podréis conocerlo.

Y en un instante entró el brigadier Tang, quien, saludándolos, tomó asiento y dijo:

—Shaoqing, el conoceros el otro día en casa del doctor Yu borró de mi cabeza toda vanidad. Ayer fui a visitaros, pero como no estabais, aguardaba con ansia veros otro día. ¿Quién es el honorable señor que os acompaña?

—Es mi primo Yüo Te —dijo Du Shaoqing—, el mismo a quien queríais apalabrar por tutor el año pasado.

—Poco podía suponer que hoy iba a conocer a otro eminente letrado. Es gran honor —dijo el brigadier, muy alborozado, haciendo una reverencia y volviendo a tomar asiento.

—Señor —dijo Yüo Te—, gloriosas son las gestas que habéis hecho por el Imperio, mas vivís en retiro[491] sin hacer mención de ellas, al igual que los grandes generales de la antigüedad.

—El curso de los acontecimientos forzó a ello —respondió el brigadier Tang—. Con todo, ahora, al echar la mira atrás, me doy cuenta que fui impetuoso en exceso y no hice cosa de provecho por el Imperio, fuera de ofender a otros oficiales y camaradas. Mas poco aprovechan ya las lamentaciones.

—No seáis modesto, señor, que las gentes ya sabrán qué pensar —dijo Yüo Te.

---

[490] Sanshan men, otro de los nombres de la puerta del Agua de Poniente de Nankín.

[491] *Jiejin sice*, lit. vivís «en vuestra propia morada [ataviado] con turbante en forma de cuerno». Expresión alusiva a los funcionarios retirados, que solían cubrirse la cabeza de este modo, y especialmente a los que se habían apartado por propia voluntad de la vida pública y hacían gala de humildad. El turbante en forma de cuerno era propio de los eremitas.

—¿Qué os trae esta vez por aquí, tío? —preguntó Du Shaoqing—. ¿Dónde estáis alojado?

—No tenía cosa que hacer en casa y determiné de darme un paseo por Nanquín para tratar con personas de talento —dijo el brigadier Tang—. Paro en el templo del Favor Imperial y quiero presentar respetos al doctor Yu, al honorable Zhuang, y a su sobrino.[492]

Al cabo, una vez apurado el té que estaba bebiendo, el brigadier pidió licencia y partió, escoltándolo sus compañeros de plática hasta el palanquín. Por ofrecimiento del primo, Yüo Te hizo mansión en su casa.

A las puertas del Colegio Imperial entregó el brigadier Tang su esquela; mas como le dijeran que el doctor se hallaba ausente, marchó al puente de la puerta del Norte, a casa de Zhuang Zhuojiang, quien ordenó lo hiciesen pasar así le anunciaron su llegada. El brigadier se apeó del palanquín y aguardó un instante en la antesala, hasta ver aparecer al huésped, con quien trocó reverencias y cortesías, tomando luego asiento. Platicaban de unas cosas y otras, cuando, mencionando el brigadier que quería visitar a Zhuang Shaoguang en su residencia del lago del Guerrero Negro, el huésped le dijo:

—Pues el azar quiere que mi tío esté ahora en esta casa. Le diré que venga con nosotros.

—¡Qué gran nueva! —ponderó el brigadier.

Con que Zhuang Zhuojiang mandó a un criado que fuese a llamar al tío, quien a poco llegó, trocando saludos con el brigadier y tomando asiento, en tanto que un criado servía el té.

—Gran dicha es que lleguéis antes de la partida del doctor Yu —dijo Zhuang Shaoguang—. Mas la fiesta del Nueve Doble[493] está al caer. ¿Por qué no nos juntamos para celebrarla, despidiendo al tiempo al doctor Yu? A fe que habremos de pasar una buena jornada.

—Buena idea —dijo Zhuang Zhuojiang—. Nos reuniremos en esta casa ese día, si a v. mds. les parece bien.

Al rato, el brigadier se levantó para marchar y dijo:

—De aquí a poco veré a v. mds. en la reunión y tendremos todo el día para platicar.

Y a la puerta despidieron Zhuang Shaoguang y su sobrino al brigadier, quien de allí marchó a visitar a Chi Hengshan y Wu Shu. Zhuang Zhuojiang despachó un criado con cinco onzas y orden de darlas en la hospedería donde se alojaba el brigadier para que le cocinasen una buena comida. Y, tres días más tarde, su mayordomo repartió las cartas de convite, en las que pedía puntualidad a los asistentes.

El día de la reunión, Chi Hengshan, Wu Shu y Du Shaoqing aparecieron los primeros, siendo recibidos por Zhaung Shaoguang y su sobrino, quienes los hicieron pasar a un dilatado pabellón orlado de crisantemos, así aderezado para la ocasión. El tiempo era seco y despejado ese día, el cinco de la novena lunación.[494] Charlaban y bebían té los convidados, enfundados en sus túnicas acolchadas, cuando asomaron el brigadier Tang, el teniente Xiao, el doctor Yu y todos los demás. Recibidos y hechas las cortesías al caso, fue el brigadier quien tomó la mano en hablar:

---

[492] *Xian* Zhulin, lit. a su «virtuoso del Bosquecillo de los Bambúes», forma respetuosa de designar al sobrino del interlocutor por alusión a Ruan Xian, sobrino de Ruan Ji y miembro, con él, del grupo conocido como los Siete Sabios del Bosquecillo de los Bambúes (Zhulin *qi xian*), del que también formaban parte Ji Kang, Shan Tao, Xiang Xiu, Liu Ling y Wang Rong, famosos literatos inconformistas del siglo III (*v*. también notas caps. XIII y XL).

[493] Chongjiu *jie*, celebrada el día 9 del noveno mes lunar.

[494] Finales de septiembre en el calendario gregoriano, poco antes del período del «rocío frío» (*hanlu*), de tiempo seco y noches frescas.

—Venimos de los confines del Imperio, y el congregarnos hoy por cortesía de tan meritorios huéspedes es, ciertamente, cosa predestinada en alguna de nuestras tres vidas. Lástima que el doctor Yu tenga que dejarnos tan pronto y no sepamos cuándo volveremos a verlo.

—Mi humilde morada se honra con la presencia de tan respetados huéspedes, venidos de cien leguas a la redonda —dijo Zhuang Zhuojiang.

Sentados, un criado trajo un té cristalino como el agua, en cuya superficie flotaban hojas de rara fragrancia; y fue el mismo criado quien, apurados los tazones, sirvió otro té que dicen del pico de la Ciudad del Cielo,[495] más oloroso que el anterior, con llevar las hojas guardadas más de un año.

—Quizás v. mds. no probaran té como éste cuando estaban en la milicia —dijo, sonriendo, el doctor Yu.

—Y no solamente en la milicia —respondió Xiao Yunxian—; que en los seis años que vuestro hermano menor pasó en la villa de Arce Verde, bastante dicha tuvo en lograr que las gentes bebieran agua fresca en vez de orines de caballo.

—A la postre resultó cierto que el agua y los pastos de la villa de Arce Verde bastaban para alimentar a sus habitantes por varios años —apuntó el brigadier.

—El teniente Xiao es digno émulo de Cui Hao,[496] de la dinastía Wei del Norte —dijo Zhuang Shaoguang.

—Las circunstancias mudan según las dinastías —ponderó Chi Hengshan.

—Todos los primeros ministros y generales habrían de ser letrados —dijo Du Shaoqing—. Pues de no ser por sus conocimientos, ¿cómo hubiera cosechado tanta gloria el teniente Xiao?

—Lo más gracioso es que el gobernador no sabía que había agua y pastos, pero sí lo supieron muy bien los escribanos de la capital al estimar las costas —dijo Wu Shu—. ¿O eran los ministros de la capital quienes lo sabían, y no los escribanos? Si los ministros fueron los doctos, no es de extrañar que la Corte tenga más aprecio a los oficiales civiles que a los militares; y si fueron los escribanos quienes lo averiguaron, eso demuestra cuán completos son los archivos de los Consejos.

Celebráronlo todos mucho, y en eso los músicos tañeron unos sones, ocupando cada cual su puesto a la mesa. Los comediantes se allegaron a presentar respetos y Zhuang Feixiong, el hijo de Zhuang Zhuojiang, se irguió y dijo:

—Señores, con ocasión de tenerlos hoy por convidados en esta casa, me he permitido llamar a los diecinueve famosos comediantes de la lista del Jardín de los Perales, en la confianza que v. mds. sabrán pedirles la ópera que cada cual más guste.

—¿Qué es la lista del Jardín de los Perales? —preguntó el doctor Yu.

Y a ello respondió Yüo Te refiriendo las justas que antaño convocara el primo de Du Shaoqing, lo que fue muy celebrado de todos.

—¿Está ya vuestro honorable primo ejerciendo en el Consejo? —preguntó en eso el brigadier a Du Shaoqing.

—Así es —respondió éste.

—La resolución de Shenqing fue acertada y discreta —apuntó Wu Shu—. Mas me da que, cuando lo nombren presidente de examen, no va a aprobar precisamente el talento de los candidatos, sino otras cualidades.

---

[495] Tiandu *feng*: té producido en el pico de Tiandu, el más escarpado de los tres del monte Amarillo (Huang *shan*, provincia de Anhui). El nombre remite a la antigua creencia de que en dicho pico habían fundado una ciudad los inmortales.

[496] Cui Hao o Cui Boyuan (¿- 450), primer ministro de la dinastía Wei del Norte (386-534), ferviente taoísta, famoso por sus dones literarios y sus conocimientos astrológicos. Sus consejos sirvieron al emperador Daowu (r. 386-408) para poner fin a los Dieciséis Reinos y unificar la China del norte.

Fue muy reída la burla, y en éstas y otras pláticas siguieron hasta el anochecer, en que, terminadas las óperas, todos tornaron a sus casas. Zhuang Zhuojiang apalabró un buen pintor[497] para que plasmase en lienzo la fiesta; los otros compusieron versos celebrándola, y cada cual mandó una buena comida al doctor Yu, por vía de despedida.

Más de un millar fueron los nanquineses que quisieron despedir con un banquete al doctor Yu, y éste estaba ya tan harto de despedidas, que no consintió que lo acompañasen al embarcadero. Cuando en la puerta del Agua de Poniente embarcó en la chalupa que había alquilado, sólo estaba presente Du Shaoqing, el único al que permitiera despedirlo.

—Sin vos aquí, tío, no tendré en quien apoyarme.

No podía ocultar su tristeza el doctor Yu, quien, ofreciendo a Du Shaoqing asiento en la cámara, le dijo:

—Voy a hablaros con franqueza, Shaoqing. Yo era pobre, pero en los seis o siete años que llevo en Nanquín he guardado lo suficiente para comprar un arrozal que me da trescientos celemines al año. Acaso obtenga ahora plaza en un Consejo, o me nombren prefecto o magistrado; pero solamente ejerceré el cargo dos años, o a lo más tres, el tiempo suficiente para poder comprar otro terreno que produzca doscientos celemines de arroz al año. Mi mujer y yo no nos moriremos de hambre, y eso me basta; y no cuidaremos de hijos o nietos, pues a mi hijo le he inculcado el estudio de la medicina, y con ello podrá ganar su sustento y el de los suyos. ¿Para qué quiero yo ser oficial? Shaoqing, no dejaré de escribiros mientras estéis en Nanquín.

Y se despidieron sin poder contener las lágrimas. Du Shaoqing saltó a tierra y no marchó de vuelta hasta no perder de vista la barca del doctor. En casa le narró a Yüo Te lo que el doctor le había dicho.

—Lento en ocupar el cargo, pero presto en dejarlo[498] —dijo con admiración Yüo Te—. En verdad, el doctor es hombre superior, en quien habremos de tomar ejemplo si algún día somos oficiales.

Y los dos siguieron colmando de elogios al doctor. Esa noche, Yüo Te recibió carta del hermano en que le pedía tornar a casa. Decía: «El tutor que nuestro primo Yüo Liang ajustó se ha ido, y quiere que vengas luego para dar lección a su hijo. Ven así puedas.»

Yüo Te le refirió la carta a Du Shaoqing, anunciándole su partida, que fue al otro día, después de aderezar sus cosas. Du Shaoqing lo acompañó a la otra banda del río, tornando luego a su casa.

Llegado Yüo Te a casa, el hermano salió a recibirlo y le alargó un billete que decía: «Yüo Liang ruega con todo respeto a su primo Yüo Te consienta en ser tutor de su hijo, con unos emolumentos de cuarenta onzas al año y otros obsequios por las fiestas.» Al otro día, Yüo Te fue a casa del primo, quien salió a su encuentro y se holgó mucho de verlo. Hechas las reverencias al caso, tomaron asiento; y comenzando a apurar una taza de té que un criado les había traído, Yüo Liang dijo:

—Este hijo es torpe, y abandonó los estudios cuando era niño. Años ha que quiero pedir al primo lo tenga por pupilo, mas el primo siempre está de viaje. De nuestras casas han salido licenciados y doctores sin cuento, mas eso es poca cosa, pues mi propósito al confiaros la tutoría de un hijo es para que aprenda de vuestro carácter moral, y eso es lo que importa.

—Vuestro primo es viejo y torpe —contestó Yüo Te—. Con haber tanto allegamiento entre nuestras familias, vos sois el solo con quien congenio, y siendo

---

[497] *Miaoshou danqing*, lit. una persona con «buena mano para el rojo y el verde», esto es, para la «pintura».

[498] *Nan jin yi tui*, «difícil el ingreso y fácil el retiro», expresión que solía aplicarse a la carrera oficial.

vuestro hijo como mío, me afanaré en enseñarle como mejor pueda. Mas no soy el más acertado para hacerle aprobar los exámenes provinciales o de palacio, pues yo mismo no los he pasado. Y en lo que hace al carácter moral, vuestro hijo tiene buen norte en la tradición de su familia, y nada me es dado agregar.

Sonrieron ambos, y fijaron fecha propicia para comenzar la lección. Yüo Te se presentó muy temprano el día señalado y encontró aguardándolo a su pupilo, a quien juzgó mozo muy discreto. El primo acompañó al maestro a la que había de servirle de aula, tornando al cabo a su estudio.

Mas apenas entrado en él, se presentó el portero con un visitante que resultó no ser otro que Tang el Segundo, apodado el Palo, hermano del Flemas y licenciado el mismo año que Yüo Liang, amén de aprobado en el examen provincial en la postrer convocatoria. El visitante agradeció el asiento y el té que le ofrecía el huésped y dijo:

—Parece que vuestro hijo comienza hoy la lección.

—Así es.

—Ese maestro es discreto —dijo Tang el Palo—, pero le falta paciencia y se pierde en divagaciones que dañan lo principal del estudio. No cae en las malas prácticas de los letrados de ahora, pero se va al otro extremo, pues gusta de remedar a los sabios de los primeros años de nuestra dinastía.

—Mi hijo no tiene edad para presentarse a examen —repuso Yüo Liang—, y si lo he puesto bajo pupilaje del primo es para que aprenda principios morales y no sea persona baja y servil.

Siguieron platicando de esta suerte, y al cabo de unos instantes Tang el Palo dijo:

—He de preguntar cierta cosa a un hombre discreto como vos.

—¿Discreto, yo? No os burléis de mí.

—No es burla, que quiero pediros consejo. Pues la cuestión es que un sobrino mío, de la prefectura de Fengyang, aprobó los exámenes en la última convocatoria al tiempo que yo, con que somos condiscípulos además de camaradas de lista, pues los dos nos presentábamos también por vez primera. Él no ha venido aún por esta parte, pero no tardará mucho, pues tiene que hacer ofrendas a sus mayores. Mas ayer sí vino a mi casa, presentándose con una esquela que decía: «Vuestro condiscípulo y sobrino.» Y mi duda es: ¿Debo presentarme yo como «condiscípulo y tío» cuando le pague visita?

—¿Qué queréis decir? —preguntó Yüo Liang.

—Lo que acabáis de oír, que mi sobrino aprobó al tiempo que yo y con el mismo presidente de examen, y ha escrito en su esquela: «Vuestro condiscípulo y sobrino.» ¿Debo presentarle yo una esquela similar cuando lo visite?

—Es cosa sabida que los aprobados con el mismo presidente son llamados «condiscípulos» —dijo Yüo Liang—. Mas eso de anunciarse como «vuestro condiscípulo y sobrino» es harto desvarío.

—¿Por qué es desvarío? —preguntó el Palo.

—¡Nunca oí cosa tan singular! —rió Yüo Liang, mirando al cielo.

—No os burléis, amigo —reparó el Palo, la cara larga—, que si bien vuestra casa tiene fama de distinguida, tiempo ha que no produce un solo oficial, y vos no habéis pasado de licenciado y acaso desconocéis el ceremonial al caso. Sabed que mi sobrino tiene privanza con un sinnúmero de oficiales principales de Pequín, y si escribe así su esquela, sus razones tendrá, que a fe no se lo ha sacado de la mollera.

—Si tenéis por correcto que haga tal —respondió Yüo Liang—, ¿a qué venís a consultarme?

—Ya veo que no sabéis nada —dijo el Palo—. Preguntad al señor Yüo Te cuando salga a comer.

Mas como en eso entrara el criado anunciando la llegada del señor Yao el Quinto, Yüo Liang y Tang el Palo se levantaron para recibir al visitante, quien saludó con una venia, tomando todos asiento.

—¿Por qué ayer desaparecisteis después del almuerzo, primo Quinto? —preguntó Yüo Liang—. El vino ya estaba aderezado para pasar la tarde, mas no vinisteis.

—¿Almorzasteis ayer aquí, señor Yao? —preguntó el Palo—. Pues de tarde bien me dijisteis que habíais compartido la mesa con el señor Fang el Sexto en la tienda de la Prosperidad Benevolente. ¡Gentil embuste el vuestro!

Y como el criado pusiera la mesa, llamaron a comer a Yüo Te, quien ocupó el puesto de honor, enfrente de Tang el Palo y a los costados del señor Yao el Quinto y Yüo Liang, que tomaron asiento por su orden como corresponde a convidado y huésped. Y, terminada la comida, como Yüo Liang refiriese a Yüo Te, riendo entre dientes, la facienda de la esquela, el tutor se indignó tanto, que el rostro se le tornó púrpura y las venas del cuello se le hincharon.

—¿Y quién dice tal? —exclamó—. Díganme v. mds.: ¿Qué importa más en la vida, los progenitores o el triunfo en los exámenes?

—Los progenitores, ciertamente —respondió Yüo Liang—. Eso ni que decir tiene.

—En tal caso —prosiguió Yüo Te—, ¿cómo osa menospreciar a su familia hasta el extremo de tenerse por condiscípulo de su tío un graduado provincial que acaba de aprobar el examen? ¡Ojalá no vuelva a oír tamaña ofensa contra los cánones sociales! Propicia en verdad le fue Fortuna a este sobrino vuestro regalándole el aprobado, señor Tang, pues debe de ser un cabal ignorante, que de tenerlo yo por sobrino, habría de llevarlo a la sala de los ascendientes para darle unas buenas docenas de palos ante los altares.

Viéronlo Tang el Palo y Yao el Quinto rojo de ira, y sabedores de su fama de hombre colérico, mudaron la plática. Al poco apuraron el té, y Yüo Te tornó a casa.

—Voy a tomar el fresco, en un rato vengo —dijo Yao el Quinto, levantándose.

—Acaso digáis por ahí que hoy habéis comido con el señor Peng el Segundo —dijo, irónico, el Palo.

—Todos saben que he comido aquí con el nuevo tutor —rió Yao el Quinto—, y malamente podría mentir diciendo que estuve en otro lugar.

Y salió, la sonrisa burlona, aunque al instante tornó y dijo a Yüo Liang: «En la sala hay uno que quiere veros, que dice venir de la residencia del prefecto. Salid luego, que os aguarda sentado».

—No conozco a nadie allí —dijo Yüo Liang—. ¿Quién podrá ser?

Preguntábase quién podría ser, cuando le trajeron la esquela del desconocido, que decía: «Vuestro condiscípulo y hermano menor Ji Weixiao os presenta respetos.»

Yüo Liang salió a recibirlo y le ofreció asiento. Y, hechas las cortesías al caso, el otro le entregó una carta y dijo:

—Vengo acompañando desde Pequín al nuevo prefecto de este honorable lugar y os traigo esta carta que Du Shenqing me pidió os entregara. Es gran honor conoceros.

Yüo Liang abrió la carta, y después de leerla dijo:

—¿Sois amigo del prefecto Li, de nuestra humilde prefectura?

—El prefecto Li fue discípulo de mi tío, el gobernador Xun, y me ha ofrecido asentar en su residencia.

—¿Qué negocios os traen por aquí, señor?

—Os lo diré, ya que no hay extraños cerca —respondió Ji Weixiao—. Y es que las casas de empréstitos de esta demarcación imponen intereses excesivos que

esquilman a las gentes, y el prefecto me envía para hacer pesquisas, que de ser cierta la queja, habrá que atajar el mal.

—¡Loada sea la benevolencia del prefecto! —exclamó Yüo Liang, allegando su silla a la de Ji Weixiao—. Sabed que las solas casas de empréstitos que cobran intereses desmedidos son las dos de los Fang, que dicen de la Prosperidad Benevolente y de la Grandeza Benevolente. Los de Fang son mercaderes de sal, y hacendados, y tienen mucha privanza con los oficiales del distrito y la prefectura; de ahí que hagan lo que les venga en gana y ninguno ose decir esta boca es mía. Si queréis atajar tal abuso, ocupaos sólo de estas dos tiendas, que siendo el prefecto persona tan principal, no vendrá en tratar con esos sujetos. Recordad lo que os digo, mas no desveléis quién os lo ha dicho.

—Os agradezco la información —apuntó Ji Weixiao.

—Sería razón que os convide por vía de agradecimiento y para instruirme con vuestra conversación —dijo Yüo Liang—. Mas poco honor os haría con unos magros alimentos, y de añadidura este lugar es todo ojos y oídos. Mañana os haré llegar un humilde convite a vuestra posada, si a mal no lo tenéis.

—Es gran honor —dijo Ji Weixiao.

Y con ello se despidió y marchó, tornando Yüo Liang a la sala de lectura.

—¿Viene de parte del prefecto? —le preguntó Yao el Quinto.

—Sí.

—¡No lo creo! —rió Yao el Quinto, moviendo la cabeza.

—Acaso el señor Quinto tenga razón —dijo, caviloso, Tang el Palo—. Pues ¿cómo puede venir de parte del prefecto, que es amigo de los señores Peng el Tercero y Fang el Sexto? La visita de este hombre resulta harto sospechosa, pues de ser enviado del prefecto, ¿no habría visitado, antes que a vos, a los señores Peng y Fang? Todo esto huele a chamusquina. Quizás este sujeto sea un rufián que se hace pasar por enviado del prefecto para ir por ahí sacándole los cuartos a la gente. ¡No caigáis en la trampa!

—Acaso ya los haya visitado —apuntó Yüo Liang.

—Imposible —rió el señor Yao—, pues de haberlos visitado, no osaría visitaros luego a vos.

—No fue el prefecto el que lo mandó venir a visitarme —respondió Yüo Liang—, sino mi primo Du Shenqing de Tianchang, que está en la capital y le dio carta para mí. El señor no es otro que el famoso Ji Weixiao.

—Eso es aún menos creíble —dijo el Palo, haciendo con las manos un gesto de incredulidad—. Ji Weixiao es el famoso letrado que hizo de juez en las justas del Jardín de los Perales, y a fe que está muy bien relacionado con los oficiales y académicos de la Hanlin de la capital, al igual que los señores Peng y Fang. Además, Du Shenqing de Tianchang congenia muy bien con el señor Peng el Cuarto; pues si alguien os trajese de Pequín carta del señor Du Shenqing, ¿no habría de traer otra para el señor Peng? No, ese hombre no es Ji Weixiao.

—Poco importa que sea él o no —dijo Yüo Liang—. Hablemos mejor de otras cosas.

Y sin ocultar su enfado, preguntó a un sirviente: «¿Qué pasa con la comida?» El sirviente dijo: «La comida está servida, señor.» Y en eso entró otro criado cargado con un bolsón de bagaje y dijo: «Aquí está el tío Cheng, que viene del campo para ver al señor.»

No terminaba de decirlo, cuando entró uno de bonete, túnica de algodón azul y alpargatas de suela fina, barba entrecana y cara de catavinos, quien saludó, tomó asiento y dijo:

—Bueno es que llegado sea el día en que recibáis al nuevo tutor, pues habré de tomarme unos tazones a su salud.

Yüo Liang ordenó a un criado traer agua, y el tío Cheng se lavó la cara y se limpió el barro que llevaba pegado a las pantorrillas y a todas sus ropas, con que pasó con los demás al salón, donde ya la comida estaba servida. Yüo Te ocupó la cabecera de la mesa, y los otros los puestos restantes. Como estaba anocheciendo, prendieron un par de lámparas de ágata, que parecían nuevas pese a ser presente que sesenta años antes le hiciera el Emperador al abuelo de Yüo Liang cuando éste era ministro.

—En casa antigua, árbol frondoso[499] —ponderó Yüo Te—, como reza el dicho, pues no hay familia de este distrito que posea lámparas semejantes.

—Señor, treinta años medran las gentes de la banda de oriente, y treinta los de la banda de poniente —apuntó el tío Cheng—. ¡Pues cuál no sería el poderío de las dos casas de v. mds. hace treinta años, que yo lo vi con estos ojos, y ahora son las de Peng y Fang las solas que medran! Miren, si no, lo bien que conciertan con ellas el señor prefecto y el magistrado Wang, que no hacen que despachar a sus moradas pesquisidores para tratar con ellos cuestiones de sustancia. ¡Cómo no van a tenerles respeto las gentes! Esos consejeros no visitan a otros que no sean ellos.

—¿Ha llegado algún pesquisidor de esos en estos días? —le preguntó Tang el Palo.

—Un señor Ji no sé qué, que para donde el prefecto de los monjes, en el templo del Bosque Precioso, ha venido a inquirir no sé qué negocios. Mismamente esta mañana ha ido a visitar al señor Fang el Sexto a la tienda de la Prosperidad Benevolente, y el señor Fang llamó al señor Peng el Segundo, y los tres entraron en la librería y platicaron muy por menudo. No sé a quién tendrá ahora entre ojos el prefecto para mandar a este señor.

—¿Qué decís ahora? —rió con sorna el Palo, mirando a Yao el Quinto.

Yüo Te no gustó de la plática, y preguntó al tío Cheng:

—¿Fue el año pasado, tío, cuando os permitieron vestir el bonete y los hábitos de licenciado?[500]

—Así es, pues, por dicha, el presidente de examen era condiscípulo del señor Peng el Cuarto, y bastó una carta de éste para que me dieran permiso.

—En verdad, notorio es que el presidente os permitiera vestir los hábitos después de veros los colorines del rostro, tío —rió Yüo Te.

—Le dije que se me había hinchado la cara —respondió el tío Cheng.

Riéronlo todos mucho, y siguieron menudeando tragos, hasta que en una de esas dijo el tío Cheng:

—V. md. y yo ya somos viejos, señor Yüo, y no aprovechamos para cosa alguna, que la bravura es cosa de la juventud, y ojalá el hermano Yüo Liang apruebe con honores y se reciba de graduado metropolitano al tiempo que nuestro señor Tang. Pues aunque ninguno suba tan alto como el señor Peng el Cuarto, bien pudieran obtener plaza de magistrados, como el segundo y el tercero de los señores Peng, con que traerán gloria a sus antepasados y mérito a los presentes.

—No hablemos de eso —dijo Yüo Te, molesto por la plática. Juguemos a las prendas: el que pierde, paga trago.

Y jugando al «trago feliz» bebieron hasta la medianoche, sazón en que ya todos estaban bien asomados. Al tío Cheng lo llevaron a dormir a un cuarto, y unos criados con farolillos condujeron a su casa a Yüo Te, Tang el Palo y Yao el Quinto.

---

[499] *Gujia qimu*, «en casa antigua, árboles grandes», modismo cortés utilizado a la hora de elogiar la estirpe de un funcionario.

[500] *Zhun gei yijin*, privilegio que el comisario de estudios podía conceder a los bachilleres (*tongsheng*) viejos que se habían presentado repetidas veces a los exámenes para licenciado.

A mitad de la noche, el tío Cheng se despertó entre vómitos y orines. Con achaque de limpiar la suciedad, antes de romper el alba llamó a un criadillo y le encomendó hiciese venir en secreto a dos de los mayordomos empleados en las rentas, con los que conversó con gran misterio, llamando al cabo al señor Yüo Liang.

Y, por causa de ello,

En un apartado lugar del campo
Buscan la protección del poderoso;
Ante las propias puertas de la escuela
Sucede un hecho poco decoroso.

Mas para saber qué sucedió luego, habrás de leer el capítulo que se sigue.

CAPÍTULO XLVII

EL LICENCIADO YÜO REPARA EL PABELLÓN DE YUANWU; EL SALINERO FANG PERTURBA EL TEMPLO DE LOS ANTEPASADOS

Tampoco era Yüo Liang hombre ordinario, pues ya de siete u ocho años había sorprendido a todos por su perspicacia y desde entonces no hubo libro canónico, histórico, filosófico o puramente literario que no leyera, estudiara y digiriera, de suerte que al cumplir la veintena ya era persona docta que conocía de pies a cabeza cuanto tocase a la ciencia militar, la agricultura, el ceremonial y la música, las obras civiles, la producción, el agua y el fuego. Sus composiciones eran como las de Mei Sheng y Sima Xiangru, sus versos como los de Li Bai y Du Fu.[501] Y notoria también era su casa, pues su bisabuelo había sido ministro, su abuelo académico de la Hanlin y su padre, prefecto.

Con todo su saber, empero, las gentes de Cinco Ríos no le dejaban abrir la boca. Y es que las gentes de Cinco Ríos reían de medio lado las alusiones al buen carácter moral de alguno, reían de nariz la mención de las casas solariegas y reían de cejas las loas a los letrados que componían versos o prosa al modo antiguo. Si alguno les preguntaba qué cosa de interés había de ver en el distrito de Cinco Ríos, contestaban: «El notable Peng»; si les preguntaban qué producto notorio había en Cinco Ríos, contestaban: «El notable Peng»; si les preguntaban por hombres de elevada moralidad en Cinco Ríos, contestaban: «El notable Peng»; y si les preguntaban por personajes de talento en Cinco Ríos, contestaban: «El notable Peng.» Otras dos cosas también los distinguía: el temor que les inspiraba la casa de Fang, de Huizhou, con sus allegados, y el aprecio que mostraban por cuantos sacaban la plata a espuertas para comprar tierras.

En este envilecido distrito vivía Yüo Liang, hastiado de ser dueño de unos marjales de tierra que le estorbaban la mudanza a otra parte. Su padre había sido hombre honrado y frugal en el desempeño de su dignidad de prefecto, y los dineros que Yüo Liang tenía los había logrado a costa de comer y vestir con sencillez. El prefecto vivía, en su retiro, alejado de los negocios domésticos. El hijo acostumbraba apalabrar medianeros que le buscasen un terreno o una casa para comprar con los ahorros que hacía cada año; mas cuando el trato estaba por cerrarse, irremediablemente desahogaba su indignación insultando a los regatones y excusando la compra. Las gentes del distrito lo tenían por loco, pero hacían por allegarse a él, codiciosas de su riqueza.

Ese día, el tío Cheng, que era mayordomo del gremio de los medianeros, llamó al señor Yüo Liang, y ya acomodado en la librería, le dijo:

—A mano izquierda de donde vivo hay una tierra salva de inundaciones y sequías que puede producir mil doscientas fanegas de arroz al año. El dueño quiere dos

---

[501] *Wenzhang ye shi* Mei, Ma, *shi fu ye shi* Li, Du: lit. «sus composiciones eran como las de Mei y Ma, sus poesías y sus *fu* como los de Li y Du». «Mei» y «Ma» son Mei Sheng (¿-180 aC) y Sima Xiangru (179-117 aC), y «Li» y «Du», Li Bai (701-762) y Du Fu (712-770), respectivamente.

mil onzas. Antier quiso comprarla el señor Fang, y la hubiera comprado de no ser por la oposición de los labriegos.

—¿Por qué se oponían los labriegos?

—Porque cuando los emisarios del señor Fang van a sus tierras quieren que los reciban ofrendándoles incienso, y los muelen a palos cuando retardan el pago de las rentas. Por eso no consienten en que compre el terreno.

—Y si no consienten que lo compre él, ¿por qué habrían de consentírmelo a mí? —preguntó Yüo Liang—. ¿Será que quieren recibirme ofrendándome estiércol? Y, como yo no muelo a palos a ninguno, ¿serán ellos los que me muelan a mí?

—No, no es eso, pues saben que sois hombre bondadoso y liberal que no les hará mal, no como otros —respondió el tío Cheng—. Por eso vengo a ofreceros tan buena ocasión. ¿Tenéis para pagar de contado?

—¿Pues no voy a tener para pagar de contado? —apuntó Yüo Liang—. Uno de mis criados demostrará al tío que sí tengo.

Y ordenó a un criado trajese treinta lingotes de plata de los grandes, que desparramó sobre la mesa ante los ojos del tío Cheng, deslumbrados seguidores de su rodar sobre la madera hasta su vuelta al saco del que habían salido.

—¿Qué decís, pues? —apuntó Yüo Liang—. ¿Os mentía, o no? Tornad luego al campo y concertad el negocio, que pagaré cuando estéis de vuelta.

—Aún no puedo marchar —dijo el tío Cheng.

—¿Qué tenéis que hacer aquí?

—Mañana he de visitar al magistrado Wang para pedirle dineros con que levantar un arco a una tía mía que murió viuda y casta, y de camino, pagaré la contribución. Y pasado mañana, la hija del señor Peng el Segundo cumple diez años y debo pasar por su casa para desearle larga vida; pues al otro, tengo convite con el señor Fang el Sexto. No, no puedo marchar si no es después del convite.

Yüo Liang contuvo la risa y lo convidó a comer, con que al cabo el viejo se fue, dizque a buscar el dinero para el arco y a pagar la contribución. Con ello, Yüo Liang mandó a buscar a Tang el Flemas, quien, por su parentesco con el graduado provincial Tang el Palo, asiduo participante en todas las celebraciones en casa de la familia Fang, sabía por anticipado cuándo los Fang tenían convidados, y quiénes eran, y sus informaciones eran siempre acertadas. Ya en la casa, Yüo Liang le dijo:

—Os molesto con la encomienda de averiguar si de aquí a tres días el señor Fang el Sexto, de la tienda de la Prosperidad Benevolente, tiene por convidado al tío Cheng. Si me dais cumplida razón, ese día almorzaréis en mi casa.

En ello convino el Flemas, saliendo a tomar lenguas. Pasado un buen rato volvió y dijo:

—No, de aquí a tres días el señor Fang el Sexto no tiene convidados.

—Y bien, venid temprano dentro de tres días, que festejaremos toda la jornada —dijo Yüo Liang.

Y, despedido el informante, despachó al punto un criado a la cerería para que bajo mano recabase del tendero la composición de una esquela roja de convite que dijese:

> *Os espero el día dieciocho para comer en mi casa*. *Con mis mejores saludos*, *Fang Biao*.

Con ello, el criado metió la esquela en un sobre sellado, que dejó sobre el pupitre de la habitación donde dormía el tío Cheng. Al verla éste esa noche, a su vuelta de pagar la contribución, se puso loco de contento. «Al fin Fortuna sonríe a este viejo»,

se decía. «Mi embuste se torna cierto, y de añadidura, el mismo día.» Y se acostó a dormir muy alborozado.

Temprano el día dieciocho asomó Tang el Flemas por la casa de Yüo Liang, en la que también estaba el tío Cheng, que había sido apremiado a sentarse con ellos un rato en la sala. El viejo no veía otra cosa que un criado tras otro entrando y saliendo de la cocina; uno llevaba vino, otro pollo y pato, otro tortuga y manos de cerdo, otro cuatro envoltorios de frutas, otro una fuente de empanadillas de carne. Harta cuenta se daba el tío Cheng de que había convite a la vista, pero no hizo pregunta alguna.

—¿Habéis hablado ya con los carpinteros y albañiles de las reparaciones en el pabellón de Yuanwu? —preguntó en eso Yüo Liang a Tang el Flemas.

—Sí —contestó el Flemas—, y serán menester hartos materiales, pues el muro externo se ha caído y hay que levantarlo de nuevo, y también habrá que construir otra escalera. Tres meses durarán las obras, dicen los albañiles. También hay que mudar las vigas y pilares del interior, y clavar los cabrios. Harán falta muchos carpinteros, pero éstos, al igual que los restauradores y los albañiles, no trabajarán más de media jornada. Calculasteis el gasto en trescientas onzas, pero necesitaréis al menos quinientas para comenzar las obras.

—El pabellón de Yuanwu fue erigido por vuestros honorables mayores —dijo el tío Cheng—, y en verdad ha sido una bendición para todo el distrito, por los muchos letrados que ha dado. Pero hoy en día solamente aprueban los exámenes los de la casa de Peng, y en justicia habrían de ser ellos los que pagasen la compostura. Vos no tendríais que emplearos en ello, y sin embargo queréis gastar una dinerada.

—Tenéis razón —dijo Yüo Liang, juntas las manos—. Hacedme merced, tío, y andad a su casa a pedirle que contribuya con unas onzas, que yo os lo sabré agradecer.

—Dejadlo en mis manos —apostilló el tío Cheng—, que con ser familia de muchos y muy principales personajes insignes y poderosos, prestan muy buenos oídos a cuanto yo les digo.

A todo esto, un criado de Yüo Liang apostado en la puerta trasera había llamado en secreto a un pajero que pasaba por allí, dándole cuatro sapecas para que entrase por la principal y dijese: «Señor Cheng, vengo de parte del señor Fang el Sexto, que está aguardando a v. md.» El pajero así lo hizo, y el tío Cheng respondió: «Encomiéndame a tu señor, que luego voy.»

Y, saliendo de la casa de Yüo Liang, derecho se llegó a la tienda de la Prosperidad Benevolente, donde lo anunció el criado. El sexto señor Fang salió a recibirlo, ofreciéndole asiento después de los saludos al caso.

—¿Desde cuándo estáis en la ciudad, tío Cheng? —preguntó el señor Fang.

—Desde antier —respondió el tío, harto turbado.

—¿Dónde paráis?

—En casa de Yüo Liang —contestó, más desconcertado si cabe, el tío Cheng.

Un criado trajo el té, y como el huésped no decía nada, el tío Cheng creyó oportuno romper el silencio:

—Buen día, hoy.

—Sí, muy bueno —respondió Fang el Sexto.

—¿Habéis visto nuevamente al magistrado Wang?

—Sí, anteayer estuve con él.

Mas como seguían sentados, sorbiendo el té, sin cosa de qué hablar, el tío Cheng prosiguió:

—Tiempo ha que el prefecto no viene por aquí. Mas de caer por este distrito, lo primero que ciertamente hace es bajar a visitaros, señor, pues el concepto que tiene de

vos es muy superior al que tiene de cualquier otro. Y es que todo el distrito respeta al señor Sexto, pues no hay noble local que pueda compararse con el señor Sexto.

—Acaso el prefecto venga por aquí cuando llegue el nuevo juez provincial —dijo Fang el Sexto.

—Muy cierto.

El criado escanció otra vez té, y allí continuaron sentados; mas no aparecía ningún otro convidado, y la mesa seguía sin poner. El tío Cheng, que sentía ya el gusanillo del hambre, no las tenía todas consigo y resolvió despedirse para ver qué le respondía el huésped.

—Ahora tengo que irme, señor Sexto —dijo, levantándose.

—¿No os quedáis un rato más? —dijo el señor Sexto, levantándose a su vez.

—No, tengo que irme.

Y Fang el Sexto lo acompañó a la puerta. Muy corrido, el tío Cheng se preguntaba: «¿Habré venido temprano? ¿Lo habré ofendido? ¿Habré leído mal la esquela?» Pero como no lograba entender lo acaecido, se dijo: «Yüo Liang tiene convite, más vale que llene luego la panza, que ya habrá tiempo para cavilar.»

Y marchó derecho a la casa de Yüo Liang. La mesa estaba puesta en la librería, y sobre ella había una docena de fuentes calientes de que se servían con gran deleite el huésped, Tang el Flemas, Yao el Quinto y un par de allegados. Al ver al tío Cheng, los comensales se levantaron de sus asientos.

—El tío Cheng nos volvió antes las espaldas por gozar de la buena mesa del señor Fang —dijo en eso Yüo Liang—. ¡Qué bien lo habrá pasado! Arrimad al punto una silla al tío Cheng, y dadle una buena taza de té que lo ayude a hacer la digestión.

A la orden, un criado puso una silla a cierta distancia de la mesa, que ofreció por acomodo al tío Cheng, trayéndole luego un tazón de té. Mas cuanto más té bebía el tío, tanto más hambriento estaba, y era tanta su rabia al ver tamaña saciedad de puerco, pato y tortuga, que el humo le salía por la coronilla. Hasta el anochecer duró el convite, y hasta el anochecer le duró el hambre al tío Cheng. Pues, despedidos ya los convidados, a hurtadillas entró en el cuarto de un criado y le pidió un cuenco de arroz frito, que pasó con la ayuda de una taza de agua caliente. Con ello se echó a dormir, aunque no cuajó sueño del enfado. Al otro día le anunció a Yüo Liang que volvía al campo.

—¿Cuándo veremos otra vez por aquí al tío? —preguntó Yüo Liang.

—Así concierte lo del terreno —respondió el tío Cheng—. Y si no hay acuerdo, vendré cuando mi tía sea exaltada en el templo de los antepasados.

Dicho esto, se fue. A los pocos días, Tang el Palo pasó por casa de Yüo Liang, que no tenía cosa que hacer, y le dijo:

—Sabed que el señor Ji que paraba en el templo del Bosque Precioso venía de parte del prefecto. Los señores Fang el Sexto y Peng el Segundo fueron a visitarlo. Era verdad, así pues.

—El otro día dijisteis que no era verdad, y hoy decís que sí. Ciertamente poco se me da que sea o no verdad, pues no merece la pena hablar de ello.

—Yo no conozco al prefecto —dijo el Palo—, y vos tendréis que ir a la prefectura para pagarle visita al señor Ji. Llevadme con vos para ver al prefecto, si no es desconveniencia.

—Si así lo queréis.

Pasados unos días, ajustaron un par de sillas de manos y marcharon a Fengyang. A las puertas de la audiencia dieron sus esquelas, una cada cual para el prefecto, y otra de Yüo Liang para Ji Weixiao, y al rato les dijo el portero: «El señor Ji está en Yangzhou, pero su señoría los recibirá luego», con que pasaron a la librería, donde los recibió el prefecto, que departió con ellos unos instantes. Al salir de la audiencia

buscaron alojamiento en la parte oriental de la ciudad, y en él estaban, cuando recibieron mensaje del prefecto convidándolos a comer al otro día.

—No está bien que el escolta que mañana nos mande el prefecto venga hasta aquí a buscarnos, recorriendo tan largo camino —dijo Tang el Palo—. Aguardemos mejor en el templo de la Exaltación del Dragón, a las puertas de la audiencia, para llegar así mande por nosotros.

—Como queráis —dijo sonriendo Yüo Liang.

Y apenas desayunados al otro día, salieron para el templo de la Exaltación del Dragón. Sentados aguardaban en la celda de un monje, cuando sintieron músicas y canciones provenientes de la celda vecina.

—¡Qué bella música! —dijo Tang el Palo—. Voy a dar una mirada.

Pero al rato volvió cabizbajo y dijo a Yüo Liang:

—¡Buena me la habéis hecho! ¿Quién creéis que está ahí holgando? Pues el señor Fang el Sexto y el hijo del prefecto Li, al costado de una mesa muy bien pertrechada, abrazado cada cual a un comediante y divirtiéndose lindamente. De haber sabido que los dos congeniaban tan bien, hubiera venido anteayer con el señor Fang el Sexto y ahora estaría sentado con el hijo del prefecto en la misma mesa. Al venir con vos he podido ver al prefecto, es cierto, pero de manera harto formal. ¿Qué tiene eso de divertido?

—Vos os empeñasteis en venir, que yo no os obligué a ello —respondió Yüo Liang—. Y si el señor Sexto está ahí, ¿por qué no corréis a hacerle compañía?

—Los colegas han de ir juntos, y tendré que acompañaros a comer con el prefecto.

En eso llegó el escolta de la audiencia y los llevó a presencia del prefecto, quien los saludó y se regocijó de verlos.

—¿Para cuándo es la exaltación de las viudas castas? —preguntó—. Bien gustaría de asistir a la ceremonia.

—Averiguaremos la fecha al volver, señoría —respondieron—, y dad por seguro que estáis convidado.

Con ello comieron, marchando al cabo a su alojamiento los visitantes, quienes salieron al otro día para casa, no sin antes enviar esquelas de despedida para el prefecto.

Un día después de que Yüo Liang llegara a casa, Yüo Te fue a visitarlo y le dijo:

—La ceremonia de exaltación de las viudas castas será el tres del mes que viene, según ha quedado convenido. En nuestras dos familias hay tías y tías abuelas que van a ser veneradas, y tendríamos que aderezar unas ofrendas y congregarnos todos los parientes para llevarlas al templo. Habríamos de pasar la voz.

—Decís bien —convino Yüo Liang—, pues en mi casa habrá una exaltación y en la vuestra dos, y entre las dos casas sumamos más de ciento cincuenta deudos. Deberíamos ir todos juntos al templo vestidos de gala para recibir los honores, como corresponde a tan distinguidas familias.

—Yo iré a avisar a mis parientes; decid vos a los vuestros —apostilló Yüo Te.

Y Yüo Liang fue a visitar a todos sus parientes; pero acabó dándose al diablo, y esa noche el enfado no lo dejó dormir. A la mañana siguiente cayó a verlo Yüo Te, que también estaba harto emborrascado.

—¿Qué os ha dicho la familia, primo? —preguntó Yüo Te.

—¿Y la vuestra? ¿Por qué ese enfado?

—Ni acordarme quiero —respondió Yüo Te—. Hablé con todos los parientes, y en verdad poco se me hubiera dado que no quisieran ir; pero decían que no podían faltar a la procesión de la anciana señora Fang, que también va a ser beatificada, y aún me

apremiaban para que yo fuese. Bien se lo eché a todos en cara, pero se burlaban de mí porque, al decir de ellos, soy hombre de costumbres anticuadas.

—Mis parientes dijeron lo mismo —ponderó, sonriendo, Yüo Liang—. Del enfado no pude dormir. Pero mañana apercibo la ofrenda, y escoltaré el altar de mi tía abuela sin ellos.

—Yo haré otro tal —dijo Yüo Te.

Llegado el día tres, Yüo Liang vistió hábito y bonete nuevos y marchó a la casa de un primo de la octava rama familiar, a la que antes había despachado unos criados con una mesa de ofrendas. Al entrar halló la casa desierta, sin un alma a la vista que no fuera la de su primo Octavo, licenciado pobre, que salió a recibirlo envuelto en unos más harapos que túnica y turbante. Después de inclinarse y hacer las reverencias de precepto, Yüo Liang puso la tablilla de su tía abuela sobre unas andas de arriendo, compuestas de un tablero viejo y un par de pértigas; y sin escolta alguna, cuatro convecinos llevaron más torcida que derechamente la tablazón detrás de cuatro músicos que tañían una fanfarria miserable delante de Yüo Liang y el primo. Llegados a la puerta del templo, echaron de ver a lo lejos otras dos andas desarrapadas, llevadas en procesión sin escolta de músicos, tras las cuales marchaban Yüo Te y Yüo Chi, quienes llegados ante el santo lugar descansaron y saludaron a los otros dos deudos, viendo en eso que el pabellón de la Veneración de los Libros Canónicos, situado allí mismo al frente, estaba tapizado de banderolas y aderezado para celebrar un banquete, cosa harto manifiesta por hallarse dicho edificio en medio de la calle y ser el más alto de esa parte.

«Ahí están los comediantes que ha apalabrado el señor Fang», dijeron los anderos al ver entrar en él los actores con sus cofres. Y al rato, como oyeran tres trabucazos en la puerta de la Tierra Seca de Poniente, convinieron: «La comitiva de la anciana señora de la casa de Fang se ha puesto en camino.»

El estruendo de címbalos y tambores inundó las calles, y a la zaga de los portadores de un par de parasoles amarillos y cuatro de banderolas aparecieron cuatro partidas de jinetes con rótulos que decían, correspondientemente, «el Ministro de Ceremonial», «el Académico de la Hanlin», «el Comisario Provincial de Estudios» y «el Letrado de Honor», todos ellos prestados por las familias de Yüo Liang y Yüo Te. La procesión se acercaba entre sones de batintines y añafiles y olores de incienso, y la multitud se agolpaba en derredor de las andas de la señora Fang, que ocho mujeres de pies grandes cargaban a hombros. Detrás venía, muy recogido, el señor Fang el Sexto con bonete de seda crespa y vestido oficial, seguido de dos comitivas, la de los principales, entre los que se encontraban el segundo, tercero, quinto y séptimo de los hermanos Peng, y la de los letrados, compuesta de hasta sesenta o setenta graduados provinciales y de palacio, licenciados recomendados y alumnos del Colegio Imperial de las casas de Yu y Yüo, que avanzaban con mucha devoción tocados con sus coberturas de cabeza y hábitos de ceremonia. A la zaga de ellos, haciendo por darles alcance, llegaban otros sesenta o setenta letrados de las casas de Yüo y Yu vestidos de túnica y turbante, a los que seguía el postrero de los principales, Tang el Palo, con un libro de memoria en que iba notando el suceso, amén del postrero de los licenciados, Tang el Flemas, portador, como el anterior, de otro cuadernillo en que llevaba cuenta y razón del acto.

Como las de Yüo y Yu eran casas entroncadas en las letras, y liberales de añadidura, siete u ocho de los acompañantes se llegaron donde estaban las andas de su propia familia e hicieron unas reverencias, con que entraron en el templo detrás de las andas de la señora Fang. El magistrado, el maestro, el legado y el sargento, que venían detrás poniendo orden en la escolta, fueron los primeros en hacer ofrendas ante la tablilla ya que ésta fuera puesta en su lugar al son de la música, seguidos de los

principales, licenciados y deudos. Conclusas las ofrendas, todos salieron ruidosamente, entrando derechos en el pabellón de la Veneración de los Libros Canónicos, para festejar.

Yüo Te y Yüo Liang entraron a la sazón en el templo con sus tablillas, y mientras éste ofrendaba las viandas que había aderezado, aquél dedicaba su oblación de carne de buey, carnero y puerco, los tres animales propiciatorios. Terminado el acto, sacaron la mesa del templo, y como no había lugar donde dar cuenta de la comida, resolvieron ir a la casa del bedel de la escuela. Yüo Te alzó la mira y vio a los hombres ricamente ataviados que brindaban en el pabellón, y con ellos al señor Fang el Sexto, que, incómodo al parecer después de la larga ceremonia, había trocado su bonete y su hábito oficial por un gorrillo y una túnica de andar por casa y paseaba de un extremo a otro de la galería. En eso vieron llegar una florista alcahueta de pies grandes que decían Quan, la cual subió las escaleras y dijo, riendo: «Vengo a ver a la señora beatificada.» Muy alborozado, el señor Fang el Sexto la llevó a un costado, y al tiempo que, apoyado en la barandilla, le mostraba la comitiva y explicaba esto y aquello, la florista se abrió las calzas con la mano que no tenía apoyada en el balaustre y dio en arrancarse los piojos y en echárselos a la boca.

Yüo Te bajó la vista y dijo:

—No comamos ahí; llevemos la mesa a su sitio, primo, y mi hermano y yo iremos a tu casa, que más vale no ver cosas tan desagradables.

Con ello, los criados cargaron la mesa, seguidos de los cuatro convecinos. En el camino, Yüo Te dijo:

—Primo, en este distrito en que vivimos ya no existen buenas maneras, cuanto más que en la escuela no hay un solo oficial que merezca el nombre. Cosas tales no ocurrieran en presencia del doctor Yu, en Nanquín.

—El doctor Yu no impone prohibiciones —apostilló Yüo Chi—, pero su virtud influye tanto en las gentes, que ninguno osara gobernarse indebidamente en su presencia.

Suspiraron ambos, y en eso llegaron a casa, donde festejaron, marchando al cabo los visitantes.

La obra en el pabellón de Yuanwu comenzó a su debido tiempo, y Yüo Liang vigilaba todos los días la buena marcha de los trabajos. Una noche, al volver a casa, encontró al tío Cheng aguardándolo en la librería; Yüo Liang lo saludó con una reverencia, y después de que un criado sirviera el té, le preguntó:

—¿Por qué no vinisteis el día de la exaltación de las viudas castas?

—Y bien hubiera gustado de venir, pero caí enfermo —respondió el tío Cheng—. Ya me dijo mi hermano al volver a casa que fue cosa digna de ver, que la procesión de la casa de Fang ocupaba media calle y los que escoltaban las andas eran el magistrado y los señores de Peng, que hubo banquete y ópera en el pabellón de la Veneración de los Libros Canónicos, y que las muchas gentes venidas de otros lugares decían: «¿Qué otra que no sea la casa de Fang puede aprestar tan grande ceremonia?» Como es natural, vos también estaríais presente en el convite del pabellón.

—¿No sabéis que yo ese día llevé al templo la tablilla de una tía abuela de la octava rama familiar?

—Vuestro primo Octavo no tiene ni para calzas —dijo el tío Cheng—, y ni uno solo de sus parientes se digna pasar por su casa. No os burléis, que sería la tablilla de la señora Fang la que escoltasteis.

—Lo pasado, pasado está —dijo Yüo Liang—. Más vale no hablar de ello.

Al cabo cenaron, diciendo en ello el tío Cheng:

—El dueño del terreno de que os hablé y el medianero están ahora en el distrito, albergados en el templo del Bosque Precioso. Si queréis el terreno, el negocio puede quedar mañana cerrado.

—Sí lo quiero —dijo Yüo Liang.

—Hay más —prosiguió el tío—, y es que yo fui el que os hablé del terreno, y quiero cincuenta onzas por mi labor, que habréis de pagarme luego, y descuidad del medianero, que yo le daré su parte.

—El riel de a cincuenta es para vos, tío, eso dadlo por hecho —dijo Yüo Liang.

Y el tío Cheng pasó a hablar de contribuciones, costas, balanzas, leyes de la plata, testigos, convites, escrituras, propietarios y otras cuestiones de este jaez. Al otro día convocó muy de mañana al dueño de los terrenos y al medianero, y con ellos fue a casa de Yüo Liang, a quien encontró en la librería repartiendo a diestro y siniestro rieles de a cincuenta entre una caterva de carpinteros y albañiles que habían ido a cobrar sus gajes. Al terminar, después de haberse desprendido en un instante de unos buenos centenares de onzas, el tío Cheng lo apremió a salir para firmar las escrituras; pero Yüo Liang le echó una mirada feroz y le dijo:

—Ese terreno es muy caro, no lo quiero.

Mas como el tío Cheng quedara trastornado del susto, aún añadió:

—Ya os lo he dicho, tío, no quiero el terreno.

Y ordenó a los criados:

—¡Echad de la sala a esos patanes mugrientos!

Pero no hubo menester llegar a tal extremo, pues el tío Cheng, el ceño arrugado y la cara amarga, les dijo a los acompañantes que volviesen a sus casas.

Y, por causa de ello,

Deja una villa de ruines costumbres
Y halla en la escuela un letrado grandioso;
Llega un viajero a un ilustre paraje
Donde no abundan los sabios virtuosos.

Mas lo que ocurrió luego habrás de hallarlo en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XLVIII

UNA VIUDA VIRTUOSA SE SACRIFICA POR EL MARIDO EN LA PREFECTURA DE HUIZHOU; AÑÓRANSE PERSONAJES DEL PASADO Y TIEMPOS ANTIGUOS EN EL TEMPLO DE TAIBO

Decíamos que Yüo Te tenía costumbre de llegar muy temprano a la casa de Yüo Liang para dar su lección, y de salir de ella muy tarde. Una mañana, después de lavarse la cara y desayunar una taza de té, marchaba para la casa de su patrón cuando, salido apenas de la suya, vio llegar tres hombres a caballo, los cuales desmontaron y le dieron parabienes.

—¿Parabienes por qué? —preguntó Yüo Te.

Y como los mensajeros le mostraran un pliego que daba cuenta de su nombramiento de preceptor en la escuela de la prefectura de Huizhou, Yüo Te los convidó a comer, harto regocijado, despidiéndolos con muy buenas albricias. Al tener noticia de ello, Yüo Liang pasó a dar congratulaciones, y lo propio hicieron otros parientes y amigos, de suerte que tuvieron a Yüo Te varios días dando agasajos. Al cabo puso sus cosas en orden y partió para Anqing, donde recibió el nombramiento, con el que tornó a casa, anunciando que iba a llevar a su esposa con él y también a su hermano.

—Escasos serán tus medios de preceptor, hermano —dijo Yüo Chi—, y acaso no te alcancen al principio de tu nueva vida, por lo que más vale que me quede aquí.

—Cada día que pasemos juntos habríamos de congratularnos, hermano —respondió Yüo Te—, pues si antes dábamos lección en lugares distintos y en ocasiones estábamos un par de años sin vernos, ahora somos viejos, y en tanto podamos estar el uno al lado del otro, poco importa si alguna vez pasamos hambre, que siempre habrá manera de salir adelante. Además, más vale ser preceptor en una escuela que tutor en una casa. Ven conmigo, hermano.

Y como Yüo Chi consintiera en ello, al cabo aprestaron sus bagajes y partieron. Las gentes de Huizhou habían oído de él, y a más de holgarse mucho al saber de su nombramiento, a poco de tenerlo entre ellos advirtieron cuán sincero y liberal era y cuán admirable era su conversación, tanto, que hasta los letrados antes poco inclinados a darle la bienvenida fueron a presentarle respetos. Y si el preceptor les pareció hombre muy iluminado, el hermano no se les antojó menos docto, de suerte que la indiferencia se trocó en respeto y todos los días iban a visitarlos unos pocos de licenciados.

Sentado Yüo Te un día en la sala, vio aparecer a uno por el bonete licenciado, de túnica azul vieja, rostro oscuro y barba entrecana, de edad hasta sesenta años, el cual

llevaba una esquela en la mano que decía: «Vuestro discípulo, Wang Yun.» El visitante hizo una reverencia, y Yüo Te le contestó con otra y preguntó:

—¿El hermano mayor no será, por ventura, Yuhui?

—Así es, señor.

—Veinte años deseando conoceros, hermano Yuhui, y hoy al fin se da la ocasión —dijo Yüo Te—. Vos y yo somos como hermanos, y no hay menester de cumplimientos.

Y conduciendo a Wang Yuhui a la librería, ordenó a un criado fuese a buscar al hermano; llegado éste, trocaron las cortesías al caso y tomaron asiento, diciendo en eso el visitante:

—Treinta años ha que vuestro discípulo estudia como licenciado en esta escuela, lo que es prueba de su torpeza. Solamente he visto al preceptor en ocasiones oficiales; mas ahora que la escuela se honra con tan ilustre tutor y su señor hermano, no dejaré de visitar a v. mds. en tanto pueda, para recibir sus enseñanzas. Tan solo ruego a v. mds. no me tomen por uno más de los alumnos de la escuela, sino que me acepten por discípulo.

—¿Por qué decís eso, hermano, siendo ya, como somos, viejos amigos? —dijo Yüo Te.

—Sabemos las penurias que pasáis, hermano —añadió Yüo Chi—. ¿Profesáis de tutor ahora? ¿De qué habeis vivido estos años?

—A decir verdad —respondió Wang Yuhui—, en toda mi vida sólo he perseguido un deseo, el de recopilar tres libros que sean de uso para los jóvenes.

—¿Qué tres libros? —preguntó Yüo Te.

—Uno de ceremonial, otro de caracteres y otro de convenciones rurales.

—¿Sobre qué versa el libro de ceremonial? —preguntó Yüo Chi.

—Es un compendio que divide los Tres Libros de Ceremonial[502] en partes como «El ceremonial de servicio a los padres», «El ceremonial de respeto a los mayores», y otros. El texto principal de los libros clásicos viene en letra grande y debajo de él hay citas antiguas e historias a modo de ilustración, para que los estudiantes lo usen desde la niñez.

—Tal libro habría de ser recomendado por la Corte para estudio general y divulgación por todo el Imperio —ponderó Yüo Te—. ¿De qué trata el libro de caracteres?

—Es un manual para aprender los caracteres en siete años, ya terminado de componer, que traeré a v. mds. para que me den su parecer.

—Años ha que la ciencia de los caracteres fue echada al olvido —apuntó Yüo Chi—, y tal libro ha de ser, por fuerza, muy valioso. ¿Y el de convenciones rurales, de qué trata?

—Trata de unas pocas ceremonias de provecho para el cultivo de la gente común del pueblo. Tanto trabajo me han dado estos libros, que no he podido emplearme en dictar lección.

—¿Cuántos hijos tenéis? —preguntó Yüo Te.

—Un solo varón y cuatro hembras, viuda la mayor, casadas las otras ha menos de un año.

Yüo Te convidó a comer al visitante, volviéndole la esquela que le había presentado, dirigida de discípulo a maestro.

---

[502] *San li*, los tres libros canónicos consagrados al ceremonial: *Zhou li* [Ritos de Zhou], *Yi li* [Ritual de los nobles] y *Li ji* [Registro de los ritos].

—Ya os molestaremos mi hermano y yo —dijo— para que de continuo nos honréis con vuestro discurso, aunque habréis de excusar la modestia del agasajo, propia de maestros.[503]

Ya que los hermanos lo hubieron despedido, Wang Yuhui marchó con lentitud para su casa, alejada poco más de una legua de la ciudad, refiriendo a la mujer y al hijo lo bien que los hermanos lo había tratado. Al otro día, Yüo Te llegó en palanquín a pagarle visita, pasando con él un rato en la choza que le servía de morada. Y al otro fue Yüo Chi quien, llegado a pie y en compañía de un bedel cargado con cien libras de arroz, entró en su casa y, saludando, tomó asiento y dijo:

—Este arroz es de la anata de mi hermano, y el riel de plata que aquí veis, de sus gajes, que os manda por vía de estipendio.

—¿Cómo aceptar tanta bondad, sin haber mostrado aún el respeto debido a mis superiores? —dijo Wang Yuhui, recibiendo el riel de plata.

—¿Y qué hay de malo en ello? —contestó, sonriendo, Yüo Chi—. Verdad es que los gajes de la escuela son escasos, y que la plaza acaba de ser proveída; mas mi hermano tiene por ejemplo al doctor Yu, pródigo con los letrados de Nanquín que lo merecían, y eso le basta.

—Nadie repudia el presente de un superior, por lo que vengo en aceptarlo con gran reverencia —dijo Wang Yuhui.

Y convidó a comer al visitante, a quien mostró los manuscritos de sus tres libros, que Yüo Chi leyó con gran detenimiento y admiración. De tarde platicaban sentados, cuando entró un hombre y dijo: «Tío Wang, el señorito está muy enfermo y la señora me manda a decir que vayáis a verlo luego.»

—Este hombre viene de casa de mi hija tercera —contestó Wang Yuhui—, que tiene al esposo, mi yerno, enfermo y quieren que vaya a verlo.

—Id, pues, que yo ya salía —dijo Yüo Chi—. Me llevo los manuscritos para enseñar a mi hermano, y él os los volverá cuando los haya leído.

Dicho esto, se levantó y ordenó al bedel, que también ya había comido, guardase los manuscritos en la cesta vacía que llevaba, tomando la derrota de la ciudad.

Dos millas caminó el señor Wang para llegar a casa del yerno, a quien encontró muy enfermo, a pesar de los remedios que le daban los médicos. A los pocos días, el yerno se fue de este mundo. Mucho fue el sentimiento de Wang Yuhui, pero en nada comparable al de la hija, cuyas lágrimas movían a compasión al cielo y a la tierra. Aderezado el ataúd, la viuda presentó respetos a los padres del difunto, y al suyo propio le dijo:

—Padre, habéis tenido que mantener a mi hermana mayor desde que murió su marido, y ahora que el mío se me ha ido, no podréis sustentarme también a mí, que un letrado pobre como vos no tiene para alimentar a tantas hijas.

—¿Y qué se puede hacer? —preguntó el padre.

—Padre, quiero despedirme de vos y mis suegros y seguir a mi marido a la tumba —dijo la hija.

Los padres del difunto tuvieron gran sobresalto al oírlo, y entre lágrimas densas como la lluvia le dijeron:

—Niña, ¿estás loca? De siempre acá, hasta los bichos más pequeños aman la vida. ¿Cómo puedes decir tal cosa? Mientras estés viva serás de nuestra casa, y cuando

---

[503] *Musu fengwei*, lit. habréis de excusar el «sabor a alfalfa» con que os agasajamos. «Sabor a alfalfa» remite a Xue Lingzhi (682-756), quien, lamentándose de sus pobres honorarios como tutor, escribió en un muro del palacio de Xuanzong, donde daba clase, unos versos (*Zi diao* [Autolamento]) en los que se quejaba de los tallos de alfalfa seca que recibía como alimento. Posteriormente, la expresión «sabor a alfalfa» pasó a calificar la humilde vida de los profesores e instructores.

mueras, tu espíritu seguirá estando entre los de nuestra familia. Nosotros miraremos por ti y no habrá menester que tu padre te sustente. ¡No digas esas cosas!

—V. mds. son muy mayores —dijo la hija— y más que una ayuda, seré una carga y habría de sentirme muy desdichada. La sola solución es la que yo digo; mas pasarán unos días hasta mi muerte. Quiero, padre, que tornéis a casa y digáis a madre que venga, para despedirme de ella, pues ahora es lo que más importa.

—Consuegros —dijo Wang Yuhui—, mi hija ha dispuesto morir por su marido y no podemos interponernos en su camino, que a ninguno le es dado atajar los anhelos del corazón de los otros. Y en lo que a ti hace, hija mía, si tal es tu deseo, ten por cierto que tu nombre pasará a la historia. ¿Cómo puedo yo disuadirte, sabiendo tú mejor que nadie lo que has de hacer? Iré a casa y diré a tu madre que venga para que te despida.

Los consuegros no le daban razón, pero Wang Yuhui estaba tan seguro de su dictamen, que al cabo tornó a casa y refirió a la esposa la determinación de la hija.

—Cuanto más viejo, más falto de juicio —exclamó la esposa—, pues si nuestra hija quiere la muerte, tú debes sacárselo de la cabeza, en vez de empujarla a ello. ¿Quién viera tal cosa?

—Estas cosas están fuera de tu alcance —dijo Wang Yuhui.

Anegada en llanto alquiló la mujer una silla de manos y partió para la casa de los consuegros con voluntad de aplacar a la hija mientras el marido quedaba en su choza, leyendo y escribiendo como antes, a la espera de nuevas. Y fueron baldíos los argumentos de la madre. Todos los días, después de lavarse y peinarse, la muchacha se sentaba a su lado, haciéndole compañía; pero ni probaba bocado, ni bebía. La madre y los suegros rogaban e imploraban, y hacían cuanto estaba en su mano; pero como la viuda se negara a comer, a los seis días de ayuno estaba tan débil, que ni fuerzas tenía para levantarse del lecho. Tan afligida quedó la madre, que la pena le atacó el corazón y el bazo, dejándola enferma, de suerte que hubo de ser devuelta a casa para guardar cama. Tres días más tarde, habían dado la segunda vigilia, cuando unos hombres con antorchas llamaron a su puerta y dijeron:

—Vuestra hija ha muerto hoy al mediodía después de ocho días de ayuno.

La madre gritó y se desmayó al oírlo; y aunque al rato tornó en su juicio, no cesaba de llorar con gran desconsuelo. Al cabo, el marido se allegó a la cama donde yacía y le dijo:

—¡Vaya vieja zonza! ¿A qué tanto llanto, si nuestra hija tercera ahora es inmortal? Ha muerto con dignidad. ¡Bien quisiera yo morir por causa tan digna!

Y, mirando al cielo, rompió a reír y a gritar: «¡Ha muerto con dignidad, ha muerto con dignidad!», con que salió de la habitación dando grandes risotadas.

Muy turbado y triste quedó Yüo Te al saber la nueva al otro día, y sin dilación aderezó incienso y las tres ofrendas de rigor, que llevó a la casa de la difunta, haciendo las honras ante el ataúd. Al tornar a la audiencia, encomendó a un escribano aprestase un memorial recabando honores póstumos para la devota viuda, que despachó esa misma noche después de las correcciones suyas y del hermano menor, el cual también hizo ofrendas ante el catafalco. Viendo el respeto que el preceptor y el hermano profesaban a la difunta, los alumnos de la escuela también acudieron en sucesión para presentar sus últimos honores.

La respuesta de los superiores llegó a los dos meses y decretaba levantar un arco delante de la casa de la difunta y disponer en el templo sus tablillas. El día de la beatificación, el magistrado, por pedimento de Yüo Te, escoltó las tablillas de la viuda al templo, en comitiva con los notables del lugar, que vestían sus mejores galas. Colocadas las tablillas en su sitio, hicieron ofrendas el magistrado, los otros preceptores de la escuela, Yüo Te, los alumnos, los amigos y deudos lejanos de las dos familias y

los consanguíneos. La ceremonia duró toda la jornada, y al terminar hubo convite en la sala de la Moral Luminosa de la escuela. Los alumnos apremiaron a Wang Yuhui a participar con ellos, alegando la gran gloria que había dado a los principios inmutables criando a tan virtuosa hija. Mas Wang Yuhui estaba harto apesadumbrado y rechazó el convite. Concluso el festejo, todos volvieron a sus casas. Al otro día, Wang Yuhui pasó por la escuela para agradecer a los hermanos, quienes lo recibieron con gran cortesanía, convidándolo a comer.

—No soporto quedarme en casa viendo a mi mujer atormentada todo el día —dijo Wang Yuhui—. Más vale que salga por ahí fuera, y el mejor sitio es Nanquín, con sus imprentas, donde acaso encuentre quien publique mis tres libros.

—Es lástima que el doctor Yu ya no esté allí —dijo Yüo Te—, pues de ser él quien leyese los libros del hermano mayor, tanto los elogiaría, que todos los libreros se pelearían por tenerlos.

—Si vais a Nanquín, señor —dijo Yüo Chi—, mi hermano puede daros cartas de recomendación para nuestro primo Du Shaoqing y el señor Zhuang Shaoguang, que las palabras de estos hombres valen su peso en oro.

Y el hermano mayor escribió de muy buen grado cartas de recomendación para Zhuang Shaoguang, Du Shaoqing, Chi Hengshan y Wu Shu.

Wang Yuhui era viejo para hacer el camino a pie, y subió a la barca que atravesaba Yanzhou y el Lago del Oeste. El país esplendoroso aumentaba su condolencia por la hija, y muy bajo de ánimos hizo viaje hasta Suzhou, donde tenía que mudar embarcación. Mas se dijo entre sí: «Tengo un buen amigo en la colina del Comandante Deng que gusta de mis escritos. ¿Por qué no ir a visitarlo?» Y diciendo y haciendo, dejó sus cosas en un albergue del dique de la Montaña y compró pasaje para la colina del Comandante Deng. Era aún de mañana al volver al albergue, y la barca no zarpaba hasta la noche, por lo que preguntó al hospedero:

—¿Qué cosas hay de ver por aquí cerca?

—Subiendo por ahí, a una legua escasa, está el cerro del Tigre, donde hay mucho de ver.

Wang Yuhui candó la puerta de su cuarto y salió, enderezando por una calle estrecha que empezaba a ensanchar después de una milla, recorrida la cual se sentó a descansar en una casa de té de la vereda, donde se entretuvo en apurar su taza a la vez que contemplaba el paso de las barcas. Pasaron unas muy grandes, guarnecidas de vigas labradas y pilares de vivo colorido, ocupadas por pasajeros que quemaban incienso y festejaban hasta llegar al cerro del Tigre, y otras de mancebía con las cortinas alzadas y mujeres enfundadas en vestidos muy brillantes que bebían sentadas en el interior. «Esta costumbre de Suzhou, poco buena es —se dijo Wang Yuhui—, pues las mujeres han de estar en los aposentos interiores y no paseando en barcas por el río.» Pero como en una barca viera a una muchacha de blanco que le recordaba a su hija, sintió el corazón adolorido y rompió a llorar. Al cabo se secó las lágrimas, y saliendo de la casa de té, echó a andar hacia el cerro del Tigre. El camino hormigueaba de mercaderes que en medio de gran bullicio vendían queso de soja, esteras, juguetes y flores de toda estación, y también había figones y pastelerías. No era buen caminante Wang Yuhui, por la mucha edad, y tardó en llegar a las puertas del templo que marca la entrada del cerro del Tigre. Subiendo las escaleras topó, tras una revuelta, con la Roca de los Mil Hombres, rodeada de mesas para tomar té, en una de las cuales se sentó a apurar un tazón, solazándose con la maravillosa vista. Mas viendo el cielo cubierto, como si fuese a llover, prefirió marchar de vuelta al poco tiempo, saliendo por la puerta por la que había entrado. A medio camino, como sintiera hambre, hizo parada en una pastelería, donde comió unas pocas empanadillas de puerco de a seis sapecas la pieza, prosiguiendo,

luego de pagar, su lento andar. Anochecía ya al llegar a la posada, de suerte que, apremiado por otros pasajeros, al punto cargó su bagaje y embarcó. La lluvia que se avecinaba no pasó de llovizna, y la barca navegó toda la noche hasta llegar a la colina del Comandante Deng. Wang Yuhui desembarcó y partió en busca del amigo, dando consigo a la postre en una casa baja, emplazada detrás de unos sauces que esparcían su sombra sobre la entrada; mas como la puerta, de doble hoja, estuviera cerrada y adornada con un festón blanco, Wang Yuhui tuvo un sobresalto, y al llamar salió a abrir un joven vestido de luto, el hijo del amigo, que le dijo:

—Tío, ¿por qué habéis tardado tanto en venir? Padre no hacía otra cosa que preguntar por vos, y hasta su postrer momento tuvo gran pena de no veros otra vez y de no leer otros libros vuestros.

Al saber Wang Yuhui de la muerte del amigo, los ojos se le anegaron en lágrimas. Al cabo preguntó:

—¿Cuándo murió tu padre?

—Hace menos de una semana.

—¿Todavía está su ataúd en casa?

—Todavía está en casa.

—Llévame ante él.

—Tío, lavaos antes la cara y tomad una taza de té, haced merced.

Y ofreciéndole asiento en la sala, trajo agua para que se enjuagara y té, que Wang Yuhui no quiso tomar, pues quería ser llevado ante el ataúd. El joven lo llevó a la sala principal, en cuyo centro reposaba el catafalco flanqueado de incensarios y candelabros, un retrato del difunto y una banderola fúnebre. Llorando, Wang Yuhui se arrodilló e hizo cuatro reverencias, que el joven agradeció. Luego apuró una taza de té y salió a comprar, con los dineros del viaje, incienso, monedas de papel y carne y vino rituales, que ofrendó al amigo, disponiendo al cabo los libros que él mismo había compuesto encima del ataúd, con que rompió a llorar otra vez. La noche la pasó allí, y a la mañana siguiente dijo que se iba, lo que no pudo estorbar el joven con sus ruegos; llorando se despidió de los restos mortales del amigo, y llorando llegó a la barca en la compañía del hijo.

En Suzhou mudó barca, y luego del viaje desembarcó al fin en la puerta del Agua de Poniente, de Nanquín, haciendo mansión en el templo del Señor del Buey. El otro día lo pasó buscando a los personajes a quienes iba recomendado; pero el doctor Yu se había mudado a Zhejiang con plaza de oficial, Du Shaoqing había ido a visitarlo, Zhuang Shaoguang había tornado a su casa para reparar las tumbas de los antepasados, y Chi Hengshan y Wu Shu habían partido a ocupar empleos públicos en lugares lejanos, de modo que no halló a ninguno de ellos. Wang Yuhui no se descorazonó, empero, sino que lo aceptó como cosa natural, y pasaba el tiempo leyendo en el templo. Al cabo de un mes, el dinero ya terminado, paseaba un día por un callejón, cuando a un extremo topó un hombre que le hizo una reverencia y dijo:

—¿Tío, qué os trae por aquí?

Al mirarlo, Wang Yuhui advirtió que no era otro que un paisano suyo que llamaban Deng Zhifu al que había recomendado como garante para su ingreso en la escuela y cuyo padre era licenciado de la misma promoción que él; de ahí el tratamiento de «tío».

—Años ha que no os veía, sobrino —dijo Wang Yuhui—. ¿Dónde habéis estado?

—¿Dónde tenéis alojamiento? —preguntó a su vez Deng Zhifu.

—En el templo del Señor del Buey, ahí enfrente, a un paso.

—Os acompaño a vuestra morada.

Llegados a ella, el joven hizo otra reverencia al entrar en la celda y dijo:

—Tío, desde la última vez que os vi, hace cuatro o cinco años, no he salido de Yanzhou, y estoy ahora aquí por una encomienda del patrón para unas ventas de sal río arriba; en el templo de la Audiencia del Cielo tenéis vuestra morada, que es la mía. Muchas veces he pensado en vos desde que no os veo. ¿Cómo andáis de salud? ¿Qué os trae a Nanquín?

Wang Yuhui le ofreció asiento y dijo:

—Sobrino, guardando vuestra señora madre su casta viudedad, la casa de un vecino empezó a arder, y ella rezó al cielo y vino un viento que desbarató el fuego. Todo el mundo conoce el suceso. ¡Quién dijera que mi hija tercera también iba a recibir honores de viuda casta!

Y narró cómo su hija se había sacrificado por el marido, prosiguiendo:

—No pude soportar el llanto de mi mujer, y partí. El señor Yüo Te, de la escuela, me escribió cartas de presentación para amigos suyos de Nanquín, mas no he encontrado a ninguno de ellos.

—¿Quiénes son?

Wang Yuhui mentó sus nombres, y Deng Zhifu suspiró y dijo:

—Lástima que vuestro sobrino tampoco haya llegado antes, pues cuando el doctor Yu vivía en Nanquín había muchos letrados célebres, y la ofrenda del templo de Taibo fue conocida en todo el Imperio. Pero desde que el doctor partió, todos se han disgregado como nubes con viento. Yo vine el año pasado y conocí al señor Du Shaoqing, y por su mediación visité al señor Zhuang en el lago del Guerrero Negro. Mas ahora no queda ninguno. Este alojamiento que tenéis no es cómodo, tío; ¿por qué no os mudáis por ahora al templo en que yo vivo?

Y conviniendo Wang Yuhui en ello, se despidió del monje, pagó el hospedaje y ajustó con un ganapán para que llevase sus cosas al templo de la Audiencia del Cielo. Esa noche, Deng Zhifu lo convidó a comer; y como hablando de una y otra cosa mentaran otra vez el templo de Taibo, Wang Yuhui preguntó:

—¿Dónde está el templo, que mañana quiero ir a verlo?

—Yo voy con el tío —dijo Deng Zhifu.

Al otro día salieron de la ciudad por la puerta del Sur, y al llegar al templo, Deng Zhifu dio unos céntimos al portero para que los dejase pasar. En la nave principal presentaron respetos, y luego fueron al edificio trasero, en cuyos aposentos bajos hallaron el orden de ceremonia y el de la comitiva, que Chi Hengshan había pegado sobre la pared. Quitáronle con las mangas el polvo y subieron al alto, donde vieron ocho armarios grandes que guardaban los instrumentos musicales y los propios de la ceremonia; Wang Yuhui quiso verlos más de cerca, pero el portero les dijo que la llave estaba en casa del señor Chi. De vuelta en los cuartos bajos, recorrieron las dos galerías, las dos bibliotecas y el sacrificadero, con que dieron por terminada la visita, partiendo para el templo de la Retribución de la Gracia, no sin antes despedirse del portero. Al pie de la pagoda Vidriada tomaron una jarra de té, y en un figón cercano de las puertas del templo almorzaron.

—Estoy fatigado de andar fuera de casa —dijo en eso Wang Yuhui—. Quisiera tornar, mas no tengo dineros para el viaje.

—¿Cómo podéis decir eso? —exclamó Deng Zhifu—. Yo os daré los dineros, e iré a despediros.

Y le ofreció un banquete de despedida, le dio una docena de onzas de plata, apalabró una silla de manos y lo acompañó un trecho, camino de Huizhou. Al cabo le dijo:

—Aunque partáis, podéis darme a mí las cartas de presentación del señor Yüo, que yo las haré llegar a estos señores cuando vuelvan, y sabrán que habéis ido a visitarlos.

—Más vale así —dijo Wang Yuhui, dándole las cartas, con que siguió camino.

Algún tiempo después de su marcha, Deng Zhifu oyó decir que Wu Shu había vuelto, y fue a verlo con la carta; pero ese día Wu Shu había salido a hacer una visita y no pudo verlo. Con todo, dejó la carta en su casa y le dijo a un criado: «Me llamo Deng Zhifu, y me alojo en el templo de la Audiencia del Cielo; cuando tu amo vuelva, quisiera contarle la ocasión de esta carta.»

Sabiéndolo Wu Shu a su vuelta, dispuso ir al templo para pagar la visita; pero cuando estaba por salir, vinieron a llamarlo de casa del académico Gao.

Y a causa de ello,

A un banquete de huéspedes y amigos
Llega un convidado poco corriente;
Llevaba socorro a los desgraciados
Y ve aparecer a un hombre valiente.

Pero para saber cómo sigue la historia, habrás de leer el capítulo que viene.

CAPÍTULO XLIX

UN ACADÉMICO HABLA DE LAS LISTAS DE LOS DRAGONES Y LOS TIGRES;[504] UN SECRETARIO USURPA EL NOMBRE DEL ESTANQUE DEL FÉNIX[505]

Tornó a su casa Wu Shu y estaba por pagar visita a Deng Zhifu, cuando le trajeron un billete que decía: «El señor Gao, de la Academia Hanlin, os convida en su morada.»

—Iré tan pronto haya hecho una visita —dijo Wu Shu al mensajero—. Dile eso a tu amo.

—Mi señor saluda a v. md. —respondió el mensajero— y me manda decir que el convidado de honor es el señor Wan, de Zhejiang, hermano jurado del señor de hace mucho tiempo, que el señor también ha convidado a v. md. y al señor Chi para que lo conozcan, aparte del señor Qin, pariente del señor.

Aunque no de muy buena gana, Wu Shu convino en ir, y ello al saber que Chi Hengshan estaba entre los convidados. Al cabo fue a devolver visita a Deng Zhifu, pero éste había salido. De tarde pasaron por su casa dos veces más para convidarlo a la del académico Gao, de modo que a la postre no tuvo otro remedio que ir.

El académico lo saludó, presentándole al inspector Shi, que salía de la biblioteca, y al secretario Qin, del Gran Secretariado, que llegó al rato. Bebían unos tazones de té cuando fue anunciada la llegada de Chi Hengshan, y como aún no se aparecía el señor Wan, el académico despachó un criado para que lo apremiase.

—El amigo Wan es uno de los hombres de más valía de Zhejiang, muy buen pincel —dijo en eso el huésped al inspector Shi—. Vuestro discípulo lo conoció en Yangzhou ha cosa de veinte años, siendo los dos licenciados, y ya era persona poco común a quien ningún oficial de la Junta de Salineros osaba faltar al respeto, de modo que lo pasó bien allí, mejor que yo. Al marchar vuestro discípulo a Pequín, perdimos la relación, hasta hace unos días, en que llegó aquí después de ser nombrado gran secretario. Así pues, es colega del pariente Qin, aquí presente.

—¿Y por qué agasajáis en vuestra casa a un colega mío? —rió el secretario Qin—. Mañana tendrá por fuerza que venir a la mía.

Mas como a todo eso supieran que el secretario Wan estaba ya a las puertas y había entregado su esquela, el académico Gao se colocó bajo el alero de la antesala, las

---

[504] *Longhu bang*, «lista de los dragones y los tigres», la de los aprobados en el examen de palacio y, por extensión, en otros de menor categoría.

[505] Fenghuang *chi*, «estanque del fénix», nombre informal que también recibía el Secretariado Imperial (Zhongshu *sheng*), órgano administrativo superior encargado de redactar los edictos imperiales y de custodiar los documentos oficiales. Era nombre frecuente del estanque situado en los jardines de palacio («fénix» = «emperador»), y el Secretariado Imperial recibía este apelativo por su cercanía al emperador.

manos juntas para recibirlo, y ordenó al criado que abriese la puerta e hiciese pasar la silla de manos. De ella se apeó fuera de la casa el secretario Wan, quien, entrando por su propio pie, hizo las reverencias al caso, se sentó en la sala principal y dijo:

—Gran honor me hacéis convidándome a vuestra casa. Después de veinte años de separación, vuestro hermano menor no desea otra cosa que platicar con vos al lado de una buena jarra de vino. Mas, ¿tenéis acaso otros convidados?

—Hoy no hay extraños —dijo el académico—, pues están el inspector Shi, mi humilde pariente el secretario Qin y los amigos Wu y Chi, de la escuela, que aguardan en la sala de poniente.

—Veámonos, pues —dijo el secretario.

Y, a una orden del académico Gao, el criado llamó a pasar a la sala principal a los cuatro convidados. El primero en hablar fue el inspector Shi:

—El señor Gao nos honra convidándonos para disfrutar de vuestra compañía.

—Vuestro hermano menor conoció al señor Gao en Yangzhou hace veinte años, antes de alcanzar él la eminencia, aunque a la sazón ya sabía yo, por su distinción natural, que algún día habría de ser pilar del Imperio —dijo el secretario Wan—. Luego de que él aprobara los más altos exámenes, vuestro hermano menor viajó por el país, mas nunca tuvo ocasión de ir a la capital para verlo. Y cuando al fin llegó a Pequín el año pasado, él, por desgracia, ya se había retraído en casa.[506] Ayer estuve viendo unos conocidos de Yangzhou, y apenas hoy puedo venir a visitarlo, con la buena suerte de encontrar en su casa a tan distinguidos señores, de los que habré de aprender muchas cosas.

—¿Cuándo dieron cargo al señor en el Gran Secretariado? —preguntó el secretario Qin—. ¿Por qué habéis salido de la capital?

—En la Secretaría hay graduados metropolitanos y alumnos del Colegio Imperial —respondió el secretario Wan—; mas el empleo de vuestro discípulo es interino,[507] y nunca podrá hacer otras labores. En la Academia Hanlin no puedo ser admitido, por citar un caso. Los empleos no abundan en estos tiempos.

—Para ocupar un cargo y no ser oficial, más vale no ocupar nada —dijo el secretario Qin.

No siguió el hilo el secretario Wan, antes miró a Wu Shu y Chi Hengshan y dijo:

—Mucho tiempo ha que la fama de v. mds. ha llegado a mis oídos. Los grandes talentos suelen tener tardío reconocimiento; a fe que el de v. mds. habrá de ser premiado. El empleo de vuestro hermano menor es nonada, y en cualquier caso, en la carrera oficial hay que entrar por intermedio de los exámenes.

—Vuestros hermanos menores son hombres vulgares que no pueden medirse con una persona de vuestro talento —dijo Chi Hengshan.

—El señor Gao y el señor Wan están unidos por un juramento de hermandad —apuntó Wu Shu—, y en verdad son dignos hermanos el uno del otro.

Mas como en eso entrara un criado anunciando que la mesa estaba servida en la sala de poniente, el académico Gao dijo: «Seguiremos platicando después de comer.»

Ya comidos, el académico mandó a un criado que abriese la cancela del jardín y llevó a los convidados a dar un paseo. Saliendo por una puerta en forma de luna llena que había a mano derecha, llegaron a un largo muro encalado a cuyo extremo se abría

---

[506] *Yang wang*, lit. ya se había dedicado a «cultivar la fama», fórmula de cortesía aplicada a los funcionarios que se retiran.

[507] *Ban shi zhi xian*, es de «interino con atribuciones para despachar negocios», esto es, de secretario copista, cargo de la Gran Secretaría que podía ser comprado por los letrados suspendidos en los exámenes, un puesto poco elevado cuyos titulares sólo se ocupaban de copiar libros u otros documentos y no tenían derecho a redactar despachos oficiales.

una puertecilla, por la que pasaron a una galería cubierta. Tornaron luego a levante, y bajando por unos escalones guijeños dieron en un jardincillo de orquídeas que, por ser día de calor, estaban en flor, frente al cual se alzaba un altozano y una mampara de piedra, ambos de artificio. Sobre el altozano había un pabellón en el que cabían sentadas tres o cuatro personas; cabe la mampara, un par de taburetes de porcelana, y detrás un cañaveral rematado en una cerca encarnada, dentro de la cual crecían unos arriates de peonías sin abrir. Visto el jardín, el académico Gao tomó de la mano al secretario Wan y marchó con él hacia el pabellón, hablando pasito, en tanto el inspector Shi y el secretario Qin se sentaban al pie de la mampara de piedra y Chi Hengshan y Wu Shu echaban a andar por el cañaveral hacia el arriate de peonías.

—Lindo jardincillo, aunque le faltan árboles —dijo Chi Hengshan.

—Como dijo alguien en la antigüedad —ponderó Wu Shu—, los pabellones y los estanques son como títulos de nobleza, cuya obtención depende del momento oportuno, mas los árboles son como la integridad moral, que solamente se logra tras largo cultivo.[508]

Llegaban en eso, bajando del pabellón, el académico Gao y el secretario Wan. Decía el primero:

—El año pasado leí en casa de Zhuang Zhuojiang un verso del señor Wu, «La peonía encarnada», muy a propósito para esta estación, pues las peonías están por romper.

Y de esta suerte siguieron holgando y paseando de un lado a otro el dueño y los cinco convidados, hasta tornar a la sala de poniente, donde un criado los regaló con un surtimiento de tés variados.

—Tengo un amigo en vuestra distinguida provincia, de Chuzhou, al que acaso conozcáis —dijo en eso Chi Hengshan al secretario Wan.

—El letrado más célebre de Chuzhou es Ma Chunshang —respondió el secretario Wan—. También son de allí otros colegas míos de la escuela, mas no sé de quién habláis.

—Hablaba justamente del señor Ma Chunshang.

—¡Pues cómo no voy a conocer al señor Ma el Segundo, siendo hermano jurado mío! —prosiguió el secretario—. Ahora anda en Pequín, y a fe que habrá de llegar lejos, estando ya en la capital.

—¿A qué ha ido a Pequín, sin haber pasado aún el examen provincial? —preguntó al instante Wu Shu.

—Cuando el comisario de estudios anterior cumplió sus tres años de destinación de empleo, lo recomendó por su buen aprovechamiento —respondió el secretario—, y a la capital ha ido para buscar el atajo que lo lleve antes a un cargo oficial. Por eso digo que llegará lejos.

—No muy lejos llevan esos atajos, que los hombres de bien han de pasar los exámenes para obtener empleo oficial —apuntó el inspector Shi.

—Vuestro hermano menor puede dar fe del dilatado conocimiento que el señor Ma Chunshang tiene de todas las materias de examen, pues ya lo demostró durante su visita a este humilde lugar el año pasado —dijo Chi Hengshan—, y el que siga siendo vulgar licenciado después de tantos años prueba que los exámenes imperiales no son de fiar.

—Erráis en eso, señor Chi —objetó el académico Gao—, pues si hay una cosa que no ha variado en los dos últimos siglos es cabalmente ésta, que los letrados que merecen ser los primeros, salen los primeros. Las composiciones de ese Ma Chunshang

---

[508] Palabras que le dijo Lu Bing a Jiang Tang, recogidas en la «Biografía de Lu Bing» de la *Historia de la dinastía Song*.

no son más que charlas callejeras, pues de cosas profundas no sabe nada, y aunque lleve de licenciado tres siglos o salga el primero en doscientos exámenes prefecturales, nunca logrará aprobar los provinciales.

—¿Será posible que los presidentes de examen y los comisarios de estudios tengan juicios diferentes? —preguntó Wu Shu.

—¿Pues no iban a tenerlos, si cuantos alumnos recomienda el comisario de estudios caen en los exámenes provinciales? —alegó el académico—. Por eso vuestro hermano menor, cuando estaba en la escuela, puso toda su voluntad en profundizar en los exámenes provinciales, y poco le daba salir aprobado con las calificaciones más bajas en los presididos por el comisario de estudios.

—Todos los pobladores de mi humilde provincia han procurado profundizar en la composición vuestra que sacó el primer puesto —dijo el secretario Wan.

—Señor, esa palabra, «profundizar», es la llave de oro de los exámenes —dijo el académico—. Las tres composiciones que vuestro hermano menor presentó en los provinciales no contienen una sola frase escrita con ligereza. Por eso aprobé, y es que sin profundizar en el estudio, ni un santo aprobara. Ese señor Ma Chunshang ha estado enseñando composición mucho tiempo, pero lo que él enseña de nada aprovecha para pasar el examen provincial. De haber comprendido lo que significa «profundizar», ciertamente sería un oficial de quién sabe qué grado.

—Vuestras palabras son puente para las generaciones posteriores, señor —dijo el secretario Wan—; pero el hermano Ma el Segundo es hombre muy cultivado, y prueba de ello es la esmerada edición que ha hecho de las *Primaveras y otoños*, que he tenido ocasión de leer en casa de un amigo de Yangzhou.

—¡Cómo podéis decir tal! —exclamó el académico—. Sabed que en este humilde lugar hay un señor Zhuang que fue llamado de la Corte recomendado para una alta dignidad honoraria, que vive encerrado en casa ocupado en unos comentarios del *Libro de los cambios*; pues ha poco, un amigo mío le oyó decir en un banquete: «El señor Ma sabe avanzar, pero no retirarse; es como un dragoncito encumbrado.» Mas en verdad no cabe comparar a Ma Chunshang con el dragón encumbrado,[509] y en cualquier caso es ridículo servirse de un licenciado vivo para interpretar las obras del Sabio.

—Señor, ésa no era más que una chanza de Zhuang Shaoguang —reparó Wu Shu—. Y si queréis decir que los hombres vivos no son de utilidad, ¿por qué en su día el rey Wen y el duque de Zhou se sirvieron de Weizi y Jizi? ¿Y por qué más tarde Confucio lo hizo con el maestro Yan, hombres todos que estaban vivos en aquella época?[510]

—Tal comentario arguye gran erudición —dijo el académico—. Mas el clásico que vuestro hermano menor eligió para estudio es el *Libro de las odas en versión de*

---

[509] *Kang long*, el «dragón encumbrado» o que se eleva demasiado alto del *Libro de los cambios*, según aparece en «Qian», el hexagrama núm. 1 (línea nueve superior): «El dragón encumbrado habrá de arrepentirse» (*kan long you hui*). La línea, según los diversos comentarios, contiene una advertencia para la persona ambiciosa que pretende llegar demasiado alto y, a consecuencia de ello, pierde el contacto con la realidad y corre el peligro de caer en el abismo. El párrafo siguiente se refiere a las *Primaveras y otoños*, cuya autoría, al igual que la del *Libro de los cambios* y el resto de los «Cinco clásicos», ha sido tradicionalmente atribuida a Confucio.

[510] Weizi y Jizi fueron muy críticos con el último emperador de la dinastía Shang (Di Xin, r. c. 1075–1046 aC), del que eran parientes, y a causa de ello el primero tuvo que huir de la corte y el segundo acabó en prisión. Alentado por su conducta altruista (elogiada siglos más tarde por Confucio, en unión de Bigan, destacándolos como los *san ren* o «tres hombres benevolentes» de Yin/Shang), el futuro rey Wu de la dinastía Zhou atacó y derrotó al ejército imperial y los tuvo por personas de confianza a las que acudir para ser asesorado. El rey Wen, padre del nuevo monarca, y el duque de Zhou (Zhou *gong*), su hermano menor, también —y siempre según la tradición confuciana— se beneficiaron de sus consejos. El filósofo Yang (Yangzi), por su parte, fue el discípulo preferido de Confucio.

Mao, y no el *Libro de los cambios*; de ahí que aún no haya profundizado en su contenido.

—La mención que hacéis del *Libro de las odas en versión de Mao* me trae a la memoria otro suceso no menos ridículo —dijo Wu Shu—, pues los opositores de hoy día se aferran ciegamente a las interpretaciones de Zhu Xi, y cuanto más hacen por explicarlas, tanto menos las entienden. Hace cuatro o cinco años, el señor Du Shaoqing de Tianchang compiló unas *Exégesis del Libro de las odas* fundadas en las interpretaciones de algunos letrados de la dinastía Han; pues a todos sus amigos les pareció gran novedad. Y es que hoy día no hay ciencia verdadera.

—Eso no es todo —medió Chi Hengshan—, pues según el humilde parecer de vuestro hermano menor, los letrados deben ceñirse a sus letras, sin procurar empleo oficial, y los que procuran empleo oficial deben ceñirse a sus carreras, sin entrometerse con los letrados; que el que quiera las dos cosas al tiempo, no logrará a la postre ninguna de ellas.

Mas como en eso el criado anunciara que la mesa estaba puesta, el académico ofreció al secretario Wan la cabecera, al inspector Shi el segundo lugar, por orden de precedencia, a Chi Hengshan el tercero, a Wu Shu el cuarto y a su deudo Qin el quinto, ocupando él la plaza de huésped. La comida llenaba las tres mesas puestas en la sala de poniente, y con ser los manjares excelentes, verdad era que faltaba una buena representación de ópera. Platicaban de cosas de la Corte, cuando Chi Hengshan dijo a Wu Shu:

—Desde que se fue el doctor Yu, estas tertulias son cada vez más escasas.

Al rato, los criados mudaron los paños de mesa y encendieron los candeleros; y concluyendo con ello la comida, el secretario Wan se levantó para marchar, pero antes su colega Qin le dijo:

—El señor es hermano jurado de mi deudo, y por lo tanto es como deudo mío; de añadidura somos colegas, y ciertamente habremos de concurrir en alguna misión en lo por venir. Tenéis que venir mañana a mi casa, sin falta, que a ella marcha ahora vuestro hermano menor para escribir los billetes de convite.

Y, volviéndose a los demás, añadió:

—Mañana no seremos ni uno más ni uno menos: los mismos seis que estamos aquí.

Chi Hengshan y Wu Shu no dijeron cosa alguna, mas no así el inspector Shi:

—Sea, pues. Aunque vuestro hermano menor quería convidar al señor Wan mañana; habré de esperar a pasado mañana.

—Vuestro discípulo llegó apenas ayer —dijo el secretario Wan—, y en verdad no esperaba ser ya hoy convidado del señor Gao. Todavía no he pasado por sus honorables moradas para presentar mis respetos, y ya estoy importunando.

—Perded cuidado, que mi pariente y vos sois de la misma Secretaría, no como los demás —dijo el académico—. Id mañana a su casa en buena hora.

Consintió el secretario Wan, y con ello todos salieron, tomando cada cual su camino. Al llegar a casa, el secretario Qin escribió cinco esquelas, que envió con un criado a su colega Wan, el inspector Shi, Chi Hengshan, Wu Shu y el académico Gao. También apalabró una compañía de comediantes para la mañana siguiente, y encomendó a sus mayordomos y paniaguados apremiasen a los escanciadores y cocineros para que se esmerasen en el banquete.

Al despertar el otro día, el secretario Wan se dijo: «Si visito en primer lugar al señor Qin, no me dejará marchar y no podré visitar a los demás, y se ofenderán y dirán que solamente voy a las casas donde soy convidado. Más vale que visite antes a los otros y deje al señor Qin para el final.» Y, escribiendo cuatro esquelas, marchó primero

a casa del inspector Shi, quien no hizo mucha instancia porque alargase la visita, sabedor de que iba a festejar con el secretario Qin. Después llegó a casa de Chi Hengshan, pero el criado le dijo: «El señor salió anoche para Jurong, pues tiene que vigilar las obras de la escuela»; y no tuvo mejor fortuna en la casa de Wu Shu, donde le dijeron: «El señor no vino anoche a casa; así torne, os pagará visita.»

A la hora del desayuno llegó el secretario Wan a la casa de su colega Qin, ante cuya puerta se alzaba un muro oscuro y largo como tiro de ballesta abierto en el centro en tres ojos que coronaba un arco muy bien labrado. Al entrar en la casa en la silla de manos, vio, fijado al tabique encalado, un cartel bermejo que decía: «El Gran Secretario», a cuyos costados se alineaban muy en orden los criados, delante, a su vez, de una percha para bonetes sobre la cual había un par de avisos con prohibiciones diversas. El secretario Qin salió a recibirlo así vio la esquela de visita, y dio orden de abrir la puerta central; con que viendo a su colega apearse de la silla, lo tomó de la mano y entró con él en la sala. Hechas las venias al caso, y sentados ante unas tazas de té que había traído un criado, tomó la palabra el secretario Wan:

—Vuestro discípulo queda muy honrado con teneros por colega, y habrá de pediros siempre consejo. Hoy os visito para presentaros mis respetos, y más adelante también os visitaré para agradeceros vuestra hospitalidad.

—Mi humilde deudo no habla que de vuestro gran talento, y cuando vuestro hermano menor sea promovido a empleo oficial, os seguirá respetando como al monte Tai.

—¿Ha llegado ya vuestro respetado deudo?

—Con un criado me ha asegurado que viene —respondió el secretario Qin—; debe de estar al llegar.

Apenas lo hubo dicho, aparecieron en sus sillas el académico Gao y el inspector Shi, quienes se apearon, entraron y tomaron asiento. Servido que fue el té, el académico preguntó a su deudo:

—¿No deberían estar ya aquí Chi Hengshan y Wu Shu?

—He mandado a buscarlos.

—El señor Wu acaso venga, mas no el señor Chi —apuntó el secretario Wan.

—¿Cómo lo sabéis?

—He estado en casa de los dos —respondió el secretario—, y en la del señor Wu me dijeron que no pasó en ella la noche, y en la del señor Chi, que había marchado a Jurong para atender a la reparación de la escuela. Por eso sé que no viene.

—Extraño par —comentó el inspector Shi—, pues rehúsan nueve de cada diez convites nuestros. Si es por estar ocupados, como dicen, ¿cuándo se ha visto que unos vulgares licenciados estén tan ocupados? Y si es por darse tono, ¿qué tono pueden darse unos licenciadillos?

—Poco da que vengan o no, estando vos y mi deudo, señor —dijo el secretario Qin.

—Serán hombres de gran sabiduría —comentó el secretario Wan.

—¡Gran sabiduría! —exclamó el académico Gao—. ¡A fe que si supieran un poco de letras, no seguirían siendo licenciados! Tratamos con estas gentes en consideración al doctor Yu, del Colegio Imperial, pero cada vez los vemos menos estos últimos tiempos.

Mas como de súbito oyeran gritar en el aposento del costado izquierdo: «¡Maravilloso, maravilloso!», el secretario Qin mandó a averiguar a un criado, quien al instante volvió y dijo: «Es el señor Feng el Cuarto, el amigo del señorito Segundo.»

—Así que Feng el Cuarto está de vuelta —ponderó el secretario Qin—. ¿Cómo no le has dicho que pase?

El criado atravesó la biblioteca y lo convidó a pasar, y al instante vieron asomar a un hombre de hasta cuarenta años, alto, ojos redondos, cejas rectas, barba negra que le llegaba al pecho, turbante de atleta, túnica negra de seda con mangas muy ajustadas, botas de piel de pantera, fajín y puñal, el cual saludó a la concurrencia y dijo:

—No advertí que v. mds. estaban aquí; disculpen v. mds.

El secretario Qin le ofreció asiento, y señalando con la mano, dijo a su colega Wan:

—El hermano Feng es de los hombres más bizarros de este humilde lugar, pues no le basta ser diestro con los puños, que también sabe de coro el *Libro de las mudanzas de los músculos*.[511] Un tensar de músculos, y no siente sobre el cuerpo una piedra de millares de libras. Mi hermano menor lo tiene por maestro en casa, para aprender de su arte.

—Ya vemos por el porte del señor Feng que es hombre de muchas prendas y gran fuerza —dijo el secretario Wan.

—¿Por qué decíais «maravilloso» hace un instante? —preguntó el secretario Qin.

—No era yo, sino vuestro señor hermano —respondió Feng el Cuarto—, pues decía él que el hombre, o nace fuerte o no se hace, y yo le pedí que aspirase aire, y ordené a un criado le pegase con un palo, y como no lo sintió, de puro contento gritó: «¡Maravilloso!»

—¿Por qué no convidáis a venir a vuestro señor hermano, ya que está en casa? —dijo el secretario Wan.

El secretario Qin dio órdenes para ello, pero el hermano había salido a caballo por la puerta falsa para ver a los arqueros ejercitarse en el real. Los letrados entraron y comieron, y con ello los criados abrieron la puerta de la izquierda y los convidaron a pasar a un par de cuartos fronteros, más chicos que la sala principal, pero alhajados con gran acierto, en los que tomaron asiento a discreción. Al punto, un paje de no más de doce años cebó el incensario, en tanto los sirvientes los agasajaban con una docena de tés afrutados diferentes.

«Gentil disposición la de esta casa; a fe que cuando llegue a la mía habré de aderezarla así», se decía el secretario Wan. «Claro que la mía es chica y no puedo convidar a los oficiales, ni tampoco hay criados que los atiendan.» En esas cavilaciones andaba, cuando se le acercó un comediante de ópera con un vestido muy floreado, que, portador de una lista de obras, dobló la rodilla y dijo: «Escoja obra, señor.»

Intentó en vano el secretario Wan persuadir al inspector Shi de que escogiese él primero, y al cabo vino en elegir «El convite de bienvenida» y «El banquete de despedida»; el inspector Shi eligió «El encuentro de los hermanos en el monte Wutai», y el académico Gao, «La persecución de Han Xin».[512] El comediante apuntó los nombres de las escenas en su tablilla y se retiró donde estaban los otros colegas. El

---

[511] *Yijin jing*, pequeño manual de yoga y ejercicios isométricos atribuido al monje budista Bodhidharma y estudiado por los monjes de Shaolin.

[512] «El convite de bienvenida» («Qing yan»): escena de *Xixiang ji* [Historia del ala oeste], de Wang Shifu (1250-c. 1307), que relata el banquete de bienvenida que la señora Zheng ofrece al bachiller Zhang Junrui, al que también asiste Cui Yingying, objeto de su amor. «El banquete de despedida» («Qian bie»): escena de *Fengcui bianguan* [El viento derriba la muralla del paso], ópera basada en un relato de Di Renjie (630-700). «El encuentro de los hermanos en el monte Wutai» («Wutai»): escena de *Haotian ta Meng Liang dao gu* [Meng Liang roba los huesos en la pagoda del Cielo Augusto], posible obra de Zhu Kai (dinastía Yuan), que relata el encuentro de Yang el Sexto con su hermano en el monte Wutai al volver de la pagoda de Haotian, donde en compañía de Meng Liang ha robado y recuperado los restos mortales de su padre. «La persecución de Han Xin» («Zhui Xin»): episodio de *Qian jin ji* [Las mil onzas de oro], de Shen Cai (dinastía Ming), que relata la persecución de Han Xin por Xiao He.

secretario Qin ordenó servir otra ronda de té verde, y al cabo el mayordomo dijo: «Señores, tomen asiento fuera, si hacen merced.»

Y saliendo todos en compañía del secretario Wan, atravesaron la antesala hasta dar en el salón principal, donde había un tablado muy bien dispuesto, y ante él, cinco taburetes vestidos de oro y escarlata, en los que se sentaron. Al punto apareció el autor con los comediantes, ataviados en consonancia con sus papeles. Y, presentados los oportunos respetos, los músicos se pusieron frente al tablado y tañeron con suavidad sus tamboriles y tejoletas, sazón en que apareció contoneándose sobre la escena el actor que encarnaba a Doncella Roja. En eso asomó otra vez el autor, quien, hincando una rodilla en el suelo, dijo: «Tomad asiento», a cuya voz los músicos se sentaron.

Y fue empezar a cantar Doncella Roja, y sentir a la puerta gran estrépito de címbalos, al tiempo que unos corchetes de bonete rojinegro irrumpían gritando en la sala, lo que turbó grandemente a los presentes, pues no recordaban escena tal en «El convite de bienvenida».

A todo ello entró corriendo un criado, mudo de miedo, y detrás un oficial tocado con bonete de seda encrespada, túnica jaspeada y botas negras de suelas blancas, seguido de un par de docenas de corchetes; y comoquiera que los dos que venían en cabeza se allegaran al secretario Wan y le echaran al cuello un cepo de hierro y se lo llevaran, saliendo al cabo con el oficial sin decir palabra, los convidados quedaron mirándose unos a otros harto perplejos.

Y a cuento de ello,

Los mozos del Jardín de los Perales
Ríen por siempre de altas dignidades;
Un héroe que es acaso conocido
Con voluntad afronta adversidades

Pero para saber qué acaeció luego, habrás de leer el capítulo siguiente.

CAPÍTULO L

UN OFICIAL FALSO ES PUESTO EN VERGÜENZA DELANTE DE TODOS; UN HIDALGO VERDADERO BUSCA DIGNIDADES PARA UN AMIGO

Decíamos, pues, que el secretario Wan estaba en casa de su colega Qin recreándose con la ópera, cuando en la sala irrumpió un oficial y unos pocos corchetes que se lo llevaron tupido en cadenas. El inspector Shi, el académico Gao y el secretario Qin se miraban unos a otros sin saber qué pensar, y la representación quedó interrumpida. Y fue el inspector Shi el que primeramente rompió el silencio diciendo al académico:

—Sin duda, señor, sabréis por qué vuestro amigo ha sido preso.

—Vuestro hermano menor no lo sabe, mas harto ridículo es que el magistrado Fang arme tamaño alboroto.

—Han arrestado a vuestro amigo siendo convidado en mi casa, y eso deja mi fama en muy mal lugar —quejóse el secretario Qin.

—Eso no es de razón, pariente —respondió el académico Gao—, pues estando yo en casa, con licencia, ¿de dónde iba a saber que este hombre andaba en tan malos pasos? De añadidura, él es el apresado, y no yo. ¿De qué tenéis miedo?

En eso entró un criado y dijo: «Señor, los comediantes preguntan si el señor quiere que sigan, o que se vayan.»

—El preso era convidado, mas no yo; que sigan —dijo el secretario Qin.

Y se sentaron otra vez para ver la ópera. Mas advirtiendo en eso que el señor Feng el Cuarto estaba en la sala mirándolos con fría sonrisa, el secretario Qin preguntó:

—Cuarto hermano Feng, ¿sabéis acaso qué sucede?

—¿Por qué voy a saberlo?

—¿Por qué sonreís, pues?

—Me río de v. mds., pues de poco sirve atormentarse estando ya el amigo preso. Según mi humilde parecer, deberían despachar uno que sepa hacer bien las cosas a la audiencia para averiguar qué ocurre, que con ello sabrán del señor Wan y también si v. mds. están o no enredados en el pleito.

—Es de razón —convino al punto el inspector.

—¡Es de razón, es de razón! —apostilló el secretario.

Y, sin perder un instante, envió un criado a la audiencia para que tomase lenguas. Los cuatro volvieron a sentarse, y los comediantes siguieron representando «El convite de bienvenida» y «El banquete de despedida».

—Su elección de óperas ha sido infausta —dijo en eso el académico Gao—, pues primero eligió un banquete de bienvenida y luego al punto otro de despedida, aunque en éste sobró la bienvenida, que solamente fue de despedida.

Seguidamente, los actores representaron «El encuentro de los hermanos en el monte Wutai»; y estaban por comenzar «La persecución de Han Xin», cuando llegó el

criado y dijo al amo: «Ni en la audiencia lo saben, aunque he visto al escribano de justicia, el señor Xiao el Segundo, y me ha copiado el mandamiento de arresto.»

Y, diciéndolo, dio al amo una hoja de papel de caña en que había garrapateadas unas palabras, que todos leyeron al tiempo:

> *Del Prefecto Qi, de Taizhou, concerniente a una guarnición marítima de importancia y otros asuntos. Wan Li, por otro nombre Wan Qingyun, reo importante en la requisitoria del Gobernador Provincial e Inspector de Zhejiang, Zou, para deponer al Capitán General de Taizhou, Miao Erxiu, es Licenciado degradado, de esta Prefectura, altura mediana, rostro ocre y barba rala, de cuarenta y nueve años. Por ser huido de esta Prefectura, hemos dictado Mandamiento de arresto contra él, y proveído alguaciles para que lo prendan, de lo que se ha dado parte a todos los distritos, con orden de devolverlo a esta Audiencia así sea hecho preso para practicar el oportuno interrogatorio. No admite demora. Procédase según lo dicho.*
>
> Y una línea más abajo decía:
>
> *Que todos los Oficiales del Distrito obren en consecuencia*.

El mandamiento lo había llevado un alguacil a la audiencia del distrito. El magistrado, que era de Zhejiang, al ver que el acusado era requerido por el gobernador de su provincia, mandó al punto unos corchetes para que lo hicieran preso; pero ni él mismo conocía las circunstancias de la acusación.

—Confuso ha sido el arresto, y confuso es el mandamiento —dijo en eso el académico Gao—. Este Wan dice ser secretario, mas en la orden pasa por licenciado degradado. Y, de ser licenciado, ¿cómo iba a estar embrollado en la misma causa de un capitán general?

—Y vos, que apenas ahora os reíais de nosotros, ¿comprendéis lo que sucede? —preguntó el secretario Qin a Feng el Cuarto.

—¿Y qué puede averiguar un criado? —respondió Feng el Cuarto—. Más vale que vaya yo mismo a ver qué pasa.

—¿Lo decís en serio?

—¿Por qué iba a mentir?

Dicho esto, salió y fue derecho a la audiencia en busca de un par de barracheles prestos siempre a hacer lo que él les pidiera: que decía de ir al este, iban al este; que decía de ir al oeste, iban al oeste. Así pues, fue pedirles ver a los corchetes de Zhejiang y ser al punto llevado al santuario de los Tres Oficiales,[513] donde aquéllos moraban.

—¿Sois de la prefectura de Taizhou? —preguntó Feng el Cuarto.

—Sí, somos de Taizhou.

—¿Qué sucede con el señor Wan?

—Nosotros tampoco sabemos, pues el prefecto dice que es reo muy importante, y ha enviado mandamiento de arresto a todas las provincias. Mas si tenéis alguna orden que darnos, señor, haremos cuanto esté en nuestras manos.

—¿Dónde está ahora?

—En la cárcel de las afueras, que el magistrado Fang acaba de interrogarlo, y ni él propio sabe qué pasa. Mañana habremos de partir de vuelta, a buen seguro, así nos den la deposición oficial. ¿Acaso el señor gustaría de verlo?

---

[513] San guan *tang*, templillo taoísta consagrado a los dioses del cielo, la tierra y el agua.

—Si está en la cárcel de las afueras, sé bien llegar a él —dijo Feng el Cuarto—. Aguardad mañana a que yo venga antes de partir, luego de recibir la deposición.

Los corchetes convinieron en ello, y Feng el Cuarto fue con los barracheles a la cárcel donde estaba el secretario Wan, quien le dijo:

—Vuestro hermano menor es víctima de gran agravio. Encomendadme, si me hacéis merced, a los señores Gao y Qin cuando estéis de vuelta, y decidles que no sé cuándo podré verlos otra vez.

Feng el Cuarto hizo muchas preguntas; mas como el secretario Wan no acertaba a explicar con claridad qué había sucedido, al cabo se dijo: «Tendré que marchar yo mismo a Zhejiang si quiero llegar al fondo de la cuestión.» No reveló su propósito al secretario, empero, antes prometió volver al otro día, con que corrió a casa del señor Qin, donde seguía a la espera de noticias el académico Gao, idos ya el inspector y los comediantes.

—¿Qué hay, pues? —preguntó al punto el académico.

—El caso es harto extraño —respondió Feng el Cuarto—, pues en la audiencia no lo saben, los corchetes de Zhejiang no lo saben, y ni el propio secretario Wan lo sabe. Es todo tan turbio, que habré de ir con él a Zhejiang para aclararlo.

—Dejémoslo así —apuntó el secretario Qin—. ¿A qué tanto ocuparos de los pleitos de otros?

—Ya he resuelto salir con él mañana —dijo Feng el Cuarto—. Y si la acusación es grave, haré por socorrerlo en el juicio, pues es conocido mío desde este último convite.

El académico Gao, que temía verse envuelto en el caso si no se solucionaba, lo aguijó a ir. Esa noche llegó con diez onzas de plata y le dijo:

—Esto es para el viaje, señor Cuarto.

Feng el Cuarto aceptó los dineros, y al otro día, apenas levantado, marchó al santuario de los Tres Oficiales para ver a los corchetes. «El señor ha madrugado», le dijeron. Y, saliendo con él, a la vuelta de una esquina llegaron a la audiencia, y en ella a la Sala de Justicia, donde vieron al escribano Xiao el Segundo, a quien urgieron a aprestar la deposición. Hecha ésta, cuatro alguaciles la llevaron al magistrado para que diera su aprobación y estampase su sello; y mientras los corchetes de Taizhou aguardaban a la puerta, el magistrado mandó traer a su presencia al secretario Wan, quien se presentó tocado con bonete de seda encrespada y vestidura oficial de séptimo grado. «El mandamiento dice que es licenciado privado de grado; ¿por qué usa de tal vestimenta?», se dijo el magistrado. Y como cotejara de nuevo el nombre y la descripción del sujeto, y no hallara error en ello, al cabo preguntó:

—¿Sois licenciado, u oficial?

—Antes era licenciado en la escuela prefectural de Taizhou, pero este año fui recomendado, por mi buena caligrafía, para el Gran Secretariado de la capital. Nunca he sido despojado del grado de licenciado.

—Sin duda, vuestro nombramiento no llegó a Taizhou —dijo el magistrado—, y el gobernador, al saberos acusado, mandó que os quitasen el grado. No hay modo de saberlo; pero vos sois de Zhejiang, como yo, y no quiero poneros las cosas difíciles: tornad y aclarad el caso.

Mas pensó entre sí: «Cuando vuelva allá, las autoridades dirán que es licenciado degradado y lo castigarán como a súbdito particular. Somos paisanos, y debo hacer por él lo que buenamente pueda.» Y con tinta roja endosó así la deposición:

> *La edad y apariencia del reo Wan Li concuerdan con la descrita; mas viste bonete y ropa oficial de séptimo grado, y afirma haber sido nombrado en*

Pequín, *este año*, *secretario del Gran Secretariado*. *Será trasladado con cadenas*, *y los alguaciles no habrán de pedirle dineros*, *ni dejarlo escapar*.

Con ello, mandó llamar al cabo de ronda Chao Sheng y dijo a los corchetes de Taizhou:

—Este hombre no es un bandido, y vosotros dos bastaréis a escoltarlo en compañía de uno más de nuestro distrito. Cuidad bien de él en el camino.

Y los tres hombres tomaron la deposición oficial y llevaron al secretario Wan fuera de la sala, donde los aguardaba Feng el Cuarto, que preguntó:

—¿Os han encomendado escoltar al reo? ¿La falta ha sido aclarada?

—Sí, la falta está aclarada, y los tres somos los escoltas —contestaron los corchetes de Zhejiang.

No era cosa común ver a un personaje de bonete y ropa oficial salir de la audiencia encadenado, y a las puertas ya había congregados un par de centenares de curiosos, entre los cuales apenas si podían abrirse paso los alguaciles.

—¿Dónde vivís, cabo Chao? —preguntó en eso Feng el Cuarto.

—Ahí, al doblar la esquina.

—Vayamos primeramente a vuestra casa.

Llegados a la casa de Chao Sheng, Feng el Cuarto se acomodó en la sala y pidió quitasen al reo las cadenas que llevaba al cuello, con que se despojó de su sobretodo y se lo alargó al secretario, apremiándolo a mudar sus ropas oficiales por otras de civil. Con ello, mandó a los corchetes de Taizhou fuesen al alojamiento del secretario Wan para buscar un criado; pero los corchetes volvieron al rato y dijeron: «No hay un solo criado; habrán huido. El bagaje sigue allá, pero el monje no nos deja cogerlo.» Al oírlo, Feng el Cuarto se quitó el sombrero y lo dio al secretario para usar, quedando él con solas una redecilla para el pelo y una chaquetilla.

—Este lugar es harto angosto; vayamos a mi casa —determinó al cabo.

Y, seguido del reo y las custodias, llegaron a la calle de Hongwu, y en ella a su casa. Mas, como así puestos los pies en la sala, el secretario se arrodillara ante él para darle las gracias, lo ayudó a levantarse y le dijo: «No es hora de ceremonias, señor. Sentaos, si hacéis merced.» Y al punto dirigió la plática a los escoltas:

—Os tengo por hombres juiciosos y no es menester gastar palabras. Quiero que os quedéis aquí, que el señor Wan es amigo mío y voy a acompañarlo durante el pleito. Dad por cierto que no ocasionaré contratiempos.

—¿Qué dicen v. mds.? —preguntó Chao Sheng a los otros corchetes.

—Haremos lo que el señor Feng el Cuarto diga; mas no os demoréis, señor.

—Descuidad.

Con ello, condujo a los escoltas a un cuarto vacío que había frente al salón y les dijo: «Alojaos aquí un par de días, si hacéis merced; podéis traer vuestras cosas, si os place.» Y, en tanto los alguaciles marchaban muy confiados a recoger sus bagajes, sabiendo al reo en buenas manos, Feng el Cuarto llevó al secretario a una biblioteca que había al costado izquierdo y le ofreció asiento.

—Ahora, señor Wan, debéis contarme toda la verdad, que habré de ayudaros, por grave que sea la causa —dijo Feng el Cuarto—. Mas si seguís excusando el asunto, aquí mismo lo dejamos.

—Os estáis portando como un héroe, señor, y no voy a engañaros —respondió el secretario Wan—. Mi causa no habré de perderla en la prefectura de Taizhou, sino aquí, en el distrito de Jiangning.

—¿Qué queréis decir? El magistrado de nuestro distrito os ha tratado muy bien —ponderó Feng el Cuarto.

—La verdad es que soy vulgar licenciado, y no secretario del Gran Secretariado. El caso es que, no teniendo medios para ganarme la vida en casa, me di a vagar de un lugar a otro. De decir que era licenciado, hubiera de alimentarme del aire, mas así decía que era secretario del Gran Secretariado, los mercaderes y notables, las gentes ricas, velaban muy bien de mí. Nunca me representara que el magistrado iba a endosar esa deposición mencionando la ropa oficial que llevo y el cargo que digo ocupar; pues si en verdad poco se me da que me acusen de lo que sea estando ya en Taizhou, si el pleito es por usurpación de oficio no seré capaz de hacerle frente.

—Señor Wan, ¿ganaríais la causa de ser oficial de verdad? —preguntó Feng el Cuarto tras larga cavilación.

—Al capitán general Miao solamente lo he visto una vez —respondió el secretario Wan—, y nunca he venido en aceptar dineros, ni he quebrantado la ley. La condena no puede ser grave en tanto no sepan de mi impostura.

—Aguardad aquí, que se me ocurre una traza —dijo Feng el Cuarto.

Y dejando acomodado al secretario Wan en la biblioteca y a los tres alguaciles, ya vueltos con sus cosas, en el cuarto vacío frontero de la sala, ordenó a los criados aderezar un banquete en tanto marchaba de visita a casa del secretario Qin. Sabiendo éste quién era el visitante, salió corriendo a recibirlo, sin vestir siquiera el sobretodo, y le preguntó:

—¿Qué pasa, hermano Cuarto?

—¡Y bien hacéis en preguntar, vos sentado tranquilamente en casa y la calamidad cayéndoos del cielo! —respondió Feng el Cuarto—. ¿Acaso no lo sabéis?

—¿Qué, qué? —preguntó el secretario, harto amedrentado.

—¿Qué? Una acusación de que no podréis libraros en media vida.

El secretario quedó mudo del susto, la cara del color de la tierra. Feng el Cuarto preguntó:

—¿Qué grado de oficial creéis que tiene?

—Él dice ser secretario del Gran Secretariado.

—Acaso lo sea en el infierno, que no en este mundo.

—¿No será un impostor?

—¡Buena la novedad! —respondió Feng el Cuarto—. Sabed que un hombre acusado de un delito grave ha sido apresado en vuestra casa, fingiendo ser otro, y el gobernador de Zhejiang no habrá menester de pruebas contra vos, no, que solamente hará una marca con su pincel y sucumbiréis como rata escaldada, con los debidos respetos.

—Hermano Cuarto, vos sois hombre hábil; decidme qué he de hacer —imploró el secretario Qin, mirando con pavor a Feng el Cuarto.

—No hay fácil salida, me temo. Mas estaréis a salvo en tanto no pierda la causa.

—¿Y qué podemos hacer para que no la pierda?

—Si es impostor, perderá; mas si es oficial de verdad, habrá de ganarla —dijo Feng el Cuarto.

—Mas vos y yo sabemos que es impostor, ¿cómo vamos a hacerlo pasar por oficial verdadero? —preguntó el secretario Qin.

—¿Es que vos también sois impostor?

—Yo fui recomendado, como era debido.

—Si fuisteis recomendado, ¿porqué no puede serlo él?

—Aunque lo fuere, nunca podrá llegar a oficial.

—¿Y por qué no, si con dinero cualquiera puede ser oficial? —dijo Feng el Cuarto—. Aquí tenemos al inspector Shi, que bien puede negociar la cuestión.

—Pues decid a ese Wan que la resuelva cuanto antes.

—De poder resolverla, no sería impostor.

—¿Y qué hacemos? —preguntó el secretario.

—Ved mi humilde parecer: si no teméis veros enredado en el pleito, dejad que todo siga como está; mas si queréis quedar limpio de manos, habréis de comprarle esa dignidad, que cuando gane la causa y sea oficial, podréis pedir que os vuelva hasta la última sapeca, y en verdad poco le hace que perdáis unos pocos dineros.

—¡Todo lo debo a mi buen pariente! —suspiró el secretario Qin—. Y bien, no se puede hacer otra cosa, hermano Cuarto; yo proveeré el dinero, y vos os entendéis con el resto.

—Eso es como el que quiere pescar la luna en el lago —reparó Feng el Cuarto—. El señor Gao es el que tiene que resolver el negocio.

—¿Por qué él?

—Porque el inspector Shi es buen amigo suyo y puede pedirle que eleve luego memorial al Gran Secretariado, que lo importante es guardar prueba de ello.

—Hermano Cuarto, en verdad sois perspicaz —dijo el secretario Qin.

Y, sin perder un instante, escribió una esquela para el académico Gao rogándole viniese a discutir un negocio urgente. El académico llegó al rato, y el secretario Qin salió a recibirlo y le puso en conocimiento de todo cuanto Feng el Cuarto le había dicho.

—Yo cuido de ello —respondió al cabo el académico.

—Es urgentísimo —terció Feng el Cuarto—. Señor Qin, dad al punto al señor Gao los menesteres para su oficio.

El secretario corrió a su alcoba y cargó a los criados con una docena de envoltorios de a cien onzas de plata cada uno, que dio al académico diciéndole:

—Mitad por benevolencia, mitad como regalo, adelanto estos dineros para las diligencias en el Gran Secretariado y os pido confiéis al inspector Shi la solución de este negocio, lo cual es harta molestia para el señor deudo.

El académico Gao convino en ello, no sin embarazo, y después de coger el dinero visitó al inspector Shi, persuadiéndolo de que ese mismo día despachase un emisario a Pequín. Feng el Cuarto tornó a casa y entró derecho en la biblioteca, donde lo aguardaba el secretario Wan, al que dijo:

—Mis parabienes, pues ahora vuestro empleo es de verdad.

Y le refirió cuanto había ocurrido. Pues así terminó de hablar, el secretario Wan se postró en tierra y selló la frente en el suelo veinte o treinta veces, y harto trabajo tuvo Feng el Cuarto en ponerlo en pie. Al cabo le dijo:

—Mañana debéis vestir vuestra ropa oficial e ir a la casa de estos dos señores para dar las gracias.

—Es lo menos a que estoy obligado, aunque me muera de vergüenza —respondió el secretario.

En eso entraron los alguaciles y preguntaron a Feng el Cuarto para cuándo era la partida.

—Mañana no podemos; habrá que dejarla para pasado mañana.

Al otro día, el señor Wan fue a agradecer al académico Gao y al secretario Qin; mas aunque éstos aceptaron la esquela, mandaron decir que no estaban en casa. Vuelto a la de su salvador, éste le encomendó traer su bagaje del templo del Favor Imperial. Al día siguiente, Feng el Cuarto aprestó el suyo, y en compañía de los tres escoltas y el secretario Wan tomó la derrota de Taizhou, provincia de Zhejiang, en ánimo de intervenir en el juicio. Y, por causa de ello

Un letrado caído en la miseria
Vuelve a su pueblo vestido de seda;

Un visitador muda parecer
Con ansias de enderezar una ofensa.

Mas para saber qué acaeció luego, tendrás que leer el capítulo que se sigue.

CAPÍTULO LI

UNA DAMA ENGAÑA A UN HOMBRE EN NOCHE DE BRISA Y LUNA; UN VARÓN SUFRE DE PROPIO GRADO PÚBLICO TORMENTO

Resueltos, pues, cuantos impedimentos había para hacer del señor Wan verdadero secretario del Gran Secretariado, Feng el Cuarto aderezó su bagaje y partió para Taizhou con los tres escoltas y el reo para mediar en el pleito. Vestidos con ropas sin forro, pues estaban al principio de la cuarta lunación y el tiempo era tibio, los cinco salieron de Nanquín por la puerta de la Tierra Seca de Poniente y estuvieron un buen rato buscando barca que los llevase a Zhejiang; mas no hallaron ninguna que fuese a Hangzhou y hubieron de embarcar con rumbo a Suzhou. Llegados a esta ciudad, Feng el Cuarto pagó el barcaje y pasaron al embarcadero, donde al cabo encontraron un junco para Hangzhou que era el doble de grande del que los había traído de Nanquín. «No hemos menester de alquilar este junco tan grande para nosotros solos, pues bastará con un par de camarotes», dijo Feng el Cuarto, pagando una onza y ocho centésimos por las cámaras central y de popa. Una vez a bordo, hubieron de esperar el día entero hasta que los barqueros encontraron pasajero para el camarote de proa, que resultó ser un tratante de sedas de una veintena de años y porte distinguido, cargado de un solo fardo, al parecer muy pesado. A la noche soltaron amarras; mas apenas llevaban navegada media legua, cuando el timonel puso rumbo a una aldea que había al costado y dijo:

—Afianzad los cabos, soltad el ancla segunda y atended a los pasajeros, que yo voy a dar una vuelta por casa.

—Irás a pedir buen viento —chancearon los corchetes de Taizhou.

Partió sonriendo el timonel, y el secretario Wan y Feng el Cuarto saltaron a tierra para estirar las piernas, recreándose en la contemplación de la neblina nocturna que iba deshaciéndose y el reflejo brillante de la luna sobre el agua. Vueltos a bordo, echaron de ver una barquilla que se acercaba aguas abajo entre un crujir de madera. Los barqueros dormían envueltos en sus cobijas, los alguaciles jugaban a los dados a la luz de una candela y el secretario Wan, Feng el Cuarto y el tratante en seda, los solos que estaban en los camarotes, observaban la luna asomados de pechos en las ventanas. Al emparejar la barquilla con el junco, vieron a proa un hombre enjuto de carnes, de hasta cuarenta años de edad, que manejaba la pértiga, y a popa una joven de dieciocho o diecinueve años que gobernaba el timón, la cual entró en la cámara así reparó en los tres pasajeros del junco. Al rato, Feng el Cuarto y el secretario Wan se acostaron, quedando tan sólo en vela el tratante de sedas.

Al punto del alba llegó el timonel con una canasta al hombro y zarparon al instante, recorriendo tres leguas antes del desayuno. Era mediodía cuando Feng el Cuarto entró en el camarote del secretario Wan y le dijo:

—No creo que recibáis gran perjuicio en este pleito, si bien una acusación del gobernador siempre puede acarrear muchas contrariedades. Lo mejor, según mi parecer, es que cuando os interroguen digáis, cualquiera que sean los cargos, que todo es obra de un paniaguado vuestro nombrado Feng Mingqi, que yo ya sabré qué hacer cuando vengan a prenderme.

Mas como apenas lo dijo, sintiera llanto en el camarote de proa y viera al tratante con los ojos rojos de tanto llorar, le preguntó:

—¿Qué tenéis, pasajero?

El mozo no contestaba; pero Feng el Cuarto tuvo una corazonada, y señalándole dijo:

—Ya sé, sois joven y falto de experiencia, y habéis caído en una trampa.

Y como el tratante rompiera a llorar otra vez, harto avergonzado, Feng el Cuarto lo interrogó por menudo y supo así que la noche pasada, cuando fueron a dormir, él siguió en la ventana por ver a la joven de la barquilla, la cual, advirtiendo que los otros dos se habían ido, salió del camarote y le sonrió. Las dos embarcaciones estaban atracadas, y ellos muy cerca el uno del otro, de modo que le bastó tocarle una mano para que ella cruzara sonriendo a su camarote, en el que se dedicaron a pasar «una noche en el monte Wu».[514] Poco podía figurarse que, apenas cuajó sueño, la joven iba a robar de su bagaje cuatro envoltorios con doscientas onzas de plata, lo cual venía de descubrir hacía un instante, pues al alba, al zarpar la barca, aún tenía embotado el entendimiento. Sentíase como mudo que sueña con la madre y no puede contarle sus penas.[515] Después de oírlo, Feng el Cuarto caviló un instante y preguntó a los barqueros:

—¿Sabríais reconocer esa barquilla de noche?

—Lo que es reconocer, sabremos reconocerla —respondieron los barqueros—, mas eso poco aprovecha para un pleito, pues sin probanza no puede haber acusación. ¿Qué otra cosa se os ocurre?

—Basta con que podáis reconocerla —dijo Feng el Cuarto—. Habrán tomado la derrota contraria a la nuestra, para confundirnos; izad, pues, las velas y ajustad bien los remos, que damos media vuelta. Nos detendremos así echemos de ver la barca, y dad por cierto que seréis bien recompensados si recuperamos los dineros.

La barca tomó el rumbo contrario al que traían, y con los barqueros a los remos llegaron al oscurecer a la aldea donde habían aportado la noche antes; pero de la barquilla no había rastro. «Seguid remando», dijo Feng el Cuarto, y en ello estuvieron hasta que, al cabo de poco más de media milla, distinguieron la barquilla varada al costado de una mimbrera. Como al parecer no había persona a bordo, Feng el Cuarto mandó llevar el junco cabe un añoso sauce que crecía a la orilla, con que pidió a los barqueros estuviesen tumbados sin hacer ruido, saltando a la postre a tierra. La barquilla era la misma que buscaba, según comprobó al llegar a su costado, y sí había gente a bordo, pues en el camarote estaban la joven y el flaco platicando. Feng el Cuarto se dio a pasear de un lado a otro para que lo vieran, acercándose cada vez más al junco, hasta advertir que la barquilla, de la que había desaparecido el flaco, atracaba cerca de donde él estaba. La luna, más brillante si cabe que la noche pasada, iluminaba a la mujer mientras, sola en el camarote, peinaba sus cabellos, se echaba por encima una chaquetilla blanca de algodón y se cambiaba la parte inferior del vestido por un brial negro de seda. Feng el Cuarto se allegó a un costado y dijo muy quedo:

—¿No tienes miedo, chiquilla, tú sola en la barca, y de noche?

—¿Y a vos qué se os da? —respondió la joven, mirándolo de soslayo—. ¿De qué voy a tener miedo, si ya estoy acostumbrada?

---

[514] Wu *shan yi si*, alusión a «Gaotang» y «Shennü», dos *fu* de Song Yu (s. III aC) en los que relata el encuentro amoroso del rey Xiang de Chu y una diosa en el monte de los Brujos (Wu *shan*), en las gargantas del Yangtsé.

[515] *Yazi mengjian ma —shuobuchulai de ku*, lit. «mudo que sueña con la madre, pena inexpresable»: incapacidad de alguien para referir su pena porque la emoción o la tristeza le impiden hablar.

Feng el Cuarto saltó a bordo y la abrazó, y aunque ella hizo como que resistía, lo cierto es que no dijo cosa en contra; al cabo, como la sentara sobre su muslo derecho y ella tampoco hiciera por estorbarlo, antes se acurrucaba en su pecho, le dijo:

—En tu barca no hay nadie; duerme conmigo esta noche, que nuestro encuentro es cosa del Destino.

—Mirad que los que vivimos en las barcas somos gentes de vergüenza —respondió la joven—. Además, esta noche no hay nadie a bordo, a más de mí, y no puedo ir con vos, aunque seáis tan buena prenda. Quedaos aquí si gustáis, que yo no voy a vuestra barca.

—Llevo ciertas cosas en mi bagaje, y no hallaría sosiego estando aquí —dijo Feng el Cuarto.

Y con mucha dulzura la ayudó a levantarse y la atrajo hasta el junco, en el que todos dormían y la única luz era la de una candela que ardía en el camarote central, donde también había una valija. Feng el Cuarto dejó a la joven sobre el cobertor, y ésta se desvistió y arropó con él; mas como no le viera quitarse la ropa y sintiera de añadidura sonido de remos, quiso levantar la cabeza, lo que él estorbó asentando una pierna encima de ella. La joven escuchó con atención, y advirtiendo que el junco se movía, preguntó, muy amedrentada:

—¿Por qué se mueve la barca?

—Que ellos hagan con el junco lo que sean servidos, en tanto nosotros vamos a lo nuestro —dijo Feng el Cuarto.

—¡Dejadme volver! —gritó la joven, aún más asustada.

—¡Qué tonta eres, chiquilla! —dijo Feng el Cuarto—. ¿A qué tanto miedo, si los dos somos de la cofradía de los mentirosos, pues tú estafas los dineros y yo engaño a las gentes?

—Dejadme ir, que os daré cuanto queráis —imploró ella, viéndose atrapada.

—No puede ser —dijo Feng el Cuarto—. Te dejaré marchar así devuelvas las cosas que te llevaste, y no habré de crearte más contratiempos.

Y la dejó levantarse, viendo que ni calzones llevaba, lo cual fue muy celebrado por el secretario Wan y el tratante en sedas, que en eso llegaban del otro camarote. Feng el Cuarto averiguó dónde recalaba la barquilla y cómo llamaban al hombre que iba con ella, pidiendo a los barqueros que aguardasen en un lugar solitario. Pues apenas clareó el día, encomendó al mercader hiciese un hatillo con la ropa de la mujer y lo llevase una legua atrás, donde debía de estar su hombre; y, efectivamente, allí estaba, sentado bajo un árbol y harto inquieto de no ver a la mujer. El tratante se llegó a él, y dándole una palmada en el hombro, le dijo:

—Hoy has perdido a tu mujer, y con ella, tus armas, y aun así habrías de darte por contento.

Y como el otro no osara abrir la boca, el joven desanudó el hatillo y sacó la chaquetilla, los calzones, el brial y las zapatillas de la mujer, con lo cual el hombre se arrodilló, muy turbado, y se puso a hacer reverencias.

—Descuida, que no voy a apresarte —dijo el tratante—. Vamos, devuélveme los cuatro envoltorios que ayer me robasteis, y yo te devolveré a tu mujer.

Fue oírlo el hombre, y de un salto subir a la barca y sacar un saco del doble fondo de la cabina, diciendo:

—Aquí tenéis la plata, señor, que ni un adarme he tocado; devolvedme a mi mujer, señor, os lo suplico.

El mercader cargó los envoltorios y echó a andar, y el hombre lo siguió hasta el junco con el hatillo y las ropas, no osando subir hasta que no oyó la llamada de la mujer, que estaba en el camarote central envuelta en el cobertor. Él se adelantó y le alcanzó las

ropas, y ella se vistió delante de todos los presentes, hizo un par de reverencias, y muerta de vergüenza bajó del junco con el cornudo. Por vía de agradecimiento, el tratante ofreció un envoltorio a Feng el Cuarto, quien lo aceptó luego de cavilar un instante, repartiéndolo a partes iguales entre los alguaciles.

—La vuestra es una amarga labor —les dijo—; aquí tenéis esto, por vuestros trabajos.

Y los alguaciles le dieron las gracias.

Mas dejémonos ya de charlatanerías. El caso es que los cinco arribaron a Hangzhou, y de allí en otra barca a Taizhou.

—Señor Feng —dijeron, al llegar, los alguaciles—, puede que alguno se haya ido de la lengua, y si el prefecto viene en saber lo que hemos hecho estamos perdidos.

—Tengo una traza —dijo Feng el Cuarto.

Extramuros de la ciudad igualó cuatro sillas de mano, en las que acomodó, después de bajar las cortinillas, al secretario y a los alguaciles, despachándolas, con él a pie en pos, a casa del señor Wan. Pasada la puerta, echaron de ver un par de aposentos fronteros, y, más allá, a los costados del traspatio, dos salas que habían sido convertidas en tres; pues fue entrar el secretario Wan y sentir, en los aposentos interiores, lloros y llantos que en un instante cesaron. Ya comidos, Feng el Cuarto dijo a los alguaciles:

—No salgáis todavía; cuando prendan las luces, id y buscad al oficial que está a cargo de la causa y decidle que venga, que yo sabré hablarle.

Los alguaciles convinieron en ello, y así se encendieron las luces, entraron a hurto en la audiencia de Taizhou y buscaron y dieron con el encargado Chao Jin, quien quedó admirado de saber que Feng el Cuarto estaba con ellos.

—¿Cómo ha venido a conocer el señor Wan a tan ilustre varón, amante como ninguno de la justicia? —dijo—. En verdad, grande es su dicha.

Y fue con ellos a casa del secretario Wan y conoció a Feng el Cuarto, con quien congenió tan bien, que al rato eran como viejos amigos.

—Solamente os pido una cosa, maestro Chao —le dijo al cabo Feng el Cuarto—; que os abstengáis de dar explicaciones sobre la persona que llame el prefecto a declarar.

Y el oficial asintió a ello. Al otro día, el secretario Wan llegó en una silleta de manos al templo del Espíritu Protector, frontero de la audiencia, donde debía aguardar. Vestía aún, como antes, su ropa oficial de séptimo grado, bonete de seda y botas, con la sola diferencia de la cadena que ahora llevaba al cuello. Los corchetes entregaron el mandamiento de arresto, y el prefecto Qi ocupó en seguida su asiento en la audiencia; el cabo de ronda Chao Sheng presentó la deposición, y el secretario Wan fue llevado a la sala. Y grande fue el asombro del prefecto al verlo vestido con bonete de seda y ropa oficial, y mayor aún al leer que el reo era secretario del Gran Secretariado. Al cabo, alzando la mira para ver al tal Wan Li, quien seguía de pie y no parecía tener intención de arrodillarse, preguntó:

—¿Cuándo se os concedió el cargo de secretario?

—El primer mes del año.

—¿Y cómo no me han dado noticia?

—Porque la provisión ha de ir del Gran Secretariado al Consejo, y de allí al gobernador provincial, y eso requiere tiempo. Debe de estar por llegar.

—De ese empleo también seréis depuesto, en cualquier caso —dijo el prefecto.

—Señoría, este secretario tornó este año a Nanquín después de pasar el postrero en Pequín, y no ha cometido delito alguno. ¿Puedo preguntar a su señoría por qué mandó arrestarme, y en tan distante lugar?

—El capitán general Miao fue arrestado por el gobernador por descuidar la defensa de la costa —dijo el prefecto—, y en su despacho encontraron unos versos que habíais compuesto en su honor en términos harto lisonjeros. Recibisteis cohecho de él para escribirlos, y conocemos el monto. ¿Cómo pretendéis hacer profesión de inocencia?

—Ésas son calumnias, pues este secretario nunca conoció al capitán Miao. ¿A qué había de componer para él unos versos?

—Yo mismo he visto esos versos —dijo el prefecto—, y son harto extendidos, y están firmados con vuestro nombre literario y sellados con vuestro sello. Sabed que su excelencia el gobernador está ahora en esta prefectura, pues salió de inspección por las regiones costeras, y quedará aquí hasta que se resuelva la causa. ¿Cómo osáis excusar vuestra culpa?

—Sepa su señoría que, si bien este secretario ha recibido enseñanzas para ello, nunca ha sabido componer versos, y tampoco tiene sello alguno con su nombre literario. Un paniaguado que albergo en casa me labró el año pasado unos sellos de variado porte que ahí guardo en la biblioteca, sin usar. Mas, ahora que lo pienso, este paniaguado es práctico en el arte poética, y bien podría haber compuesto esos versos. Os ruego, señoría, examinéis con cuidado la causa.

—¿Cómo dicen a ese hombre? —preguntó el prefecto—. ¿Dónde está?

—Le dicen Feng Mingqi, y para en la humilde casa de este secretario.

El prefecto Qi entregó a los corchetes, los mismos que habían traído al secretario Wan, un mandamiento de captura urgente, ordenándoles que apresaran a Feng Mingqi y lo llevasen al punto a presencia suya para interrogarlo. Los corchetes volvieron al rato con él y dijeron al prefecto, que había ocupado otra vez su asiento: «Señoría, aquí traemos a Feng Minggi.» Con que el prefecto dio al reo orden de adelantarse y le preguntó:

—¿Sois Feng Mingqi? ¿Siempre habéis sido amigo del capitán general Miao?

—No conozco a ese capitán general, señoría.

—El secretario Wan compuso en su honor unos versos, según nos consta, pero en el interrogatorio de hoy ha dicho que fuisteis vos el que los escribió y selló con su propio sello. ¿Por qué habéis cometido tal delito?

—Señoría —respondió Feng el Cuarto—, nunca he compuesto un solo verso en toda mi vida, y de haberlo hecho, a fe que no fuera delito.

—¡Mentís, truhán! —dijo el prefecto.

Y ordenó darle tormento, y los esbirros, esparcidos aquí y allá por los estrados, acataron la orden con un grito y trajeron al punto unos cepos para los tobillos,[516] que arrojaron a la entrada de la audiencia y encajaron a Feng el Cuarto después de que dos de ellos lo hubieran echado por tierra.

—¡Apretad! —dijo el prefecto.

Los esbirros tiraron reciamente de la cuerda, pero los cepos se quebraron en seis pedazos.

—¿Será brujo este truhán? —se preguntó el prefecto.

Y dio orden de traer un par de cepos nuevos, que venían precintados con una lista de papel bermejo, sobre la que estampó el sello oficial. Los verdugos repitieron los aprestos; mas aún no habían tensado del todo las cuerdas, cuando se oyó otro crujido y los cepos saltaron otra vez hechos pedazos. Tres pares de cepos usaron en todo, pero de

[516] *Jiagun*, instrumento de tortura consistente en tres maderos de cierta longitud encajados, por su parte inferior, en medio y a ambos lados de los tobillos de la persona tumbada, que pueden apretarse a voluntad con cuerdas desde su parte superior.

ellos no quedaron que dieciocho trozos sembrados por tierra. Feng el Cuarto sonreía, sin confesar una palabra.

El prefecto Qi estaba tan espantado, que mandó encerrar a los dos reos y marchó sin dilación en su palanquín al albergue oficial para informar al gobernador del portento. El gobernador, que conocía la fama de abogado de causas nobles de Feng Mingqi, se representó que de por medio debía haber alguna injusticia. Y como el capitán general Miao había muerto en prisión, el nombramiento del señor Wan para el Gran Secretariado acababa de llegar y, de añadidura, la ofensa no era de sustancia, ordenó al prefecto dictase sentencia benigna y cerrase la causa. Con ello, los dos reos fueron liberados y el gobernador tornó a Hangzhou. Feng el Cuarto, en suma, había apagado el fuego con un balde de agua fría.

Resuelta la causa, el secretario Wan se despidió de los escoltas y tornó a casa con Feng el Cuarto. Todas eran palabras de agradecimiento:

—Sois la reencarnación de mis padres, señor —le decía—, y nunca podré pagaros tan gran merced.

—Ciertamente acabábamos de trabar conocimiento, señor, y no tenía obligación hacia vos —respondió, sonriendo, Feng el Cuarto—. Socorreros no ha sido más que un pasatiempo; mas si seguís empecinado en agradecérmelo, acabaré teniéndolo por descortesía. Ahora debo marchar a Hangzhou en busca de un amigo; mañana partiré.

Aunque el secretario Wan le imploró una y otra vez que se quedase unos días, Feng el Cuarto no dio su brazo a torcer. Y sin aceptar siquiera por vía de agradecimiento una sola taza de agua, al otro día se despidió, tomando la derrota de Hangzhou.

Y a consecuencia de ello,

Un noble varón de robustas fuerzas
Muestra otra vez sobrehumanos poderes;
Un pérfido socio de malas trazas
Paga por fin los dineros que debe.

Pero si quieres saber a quién fue a buscar Feng el Cuarto, tendrás que leer el capítulo que sigue.

CAPÍTULO LII

COMPITE EN ARTES MILITARES UN CABALLERO Y RESULTA HERIDO; DERRIBA UNA CASA DE EMPEÑOS UN HÉROE PARA COBRAR UNA DEUDA

Despidióse Feng el Cuarto del secretario Wan y partió en solitario para Hangzhou, donde tenía un amigo, Chen Zhenggong, al que había prestado tiempo ha unas docenas de onzas de plata. «Iré a buscarlo y cobraré esos dineros, con que tornaré a casa», se había dicho. Y llegando a la ciudad enderezó para la puerta de Qiantang, donde vivía el amigo; mas no había caminado mucho, cuando echó de ver gran apiñadura de hombres en torno a un par de jinetes que mostraban su destreza a caballo bajo los sauces del dique de Su Dongpo. Y resultó que uno de los jinetes reconoció en la distancia a Feng el Cuarto y gritó:

—¡Hermano Feng el Cuarto! ¿De dónde venís?

Feng el Cuarto se acercó para ver quién era, y el jinete desmontó y lo tomó de la mano.

—¡Así que sois vos, Qin el Segundo! —dijo al cabo—. ¿Cuándo habéis venido? ¿Qué hacéis aquí?

—¡Y va para largo que no os vemos! —dijo Qin el Segundo, a quien también llamaban por mote el Rústico—. ¿Qué tenéis que ver con los pleitos de ese que dicen Wan? ¿Pues no es de tontos enredarse en los negocios de otro teniendo en orden los propios? ¡Qué gran dicha que hayáis venido! De vos platicaba justamente con el hermano Hu el Octavo, que aquí veis.

—¿Quién es el honorable señor? —preguntó Feng el Cuarto.

—Es el hermano Hu, hijo octavo del ministro Hu, de Hangzhou —respondió Qin el Rústico—, hombre singular y gran amigo mío.

Hu el Octavo trocó con él cortesías, y en eso dijo el Rústico:

—Ya que tenemos aquí al hermano Feng el Cuarto, dejemos para otro día los caballos y vamos a mi casa a vaciar unos tazones.

—Yo he de buscar a un amigo —dijo Feng el Cuarto.

—Buscad mañana a vuestro amigo, que éste es un encuentro raras veces visto —apuntó Hu el Octavo, a quién también apodaban el Buscapleitos—. Vayamos ahora a casa del hermano Qin el Segundo.

No consintieron en dejarlo marchar, por más empeño que puso Feng el Cuarto, antes mandaron al mozo de cuadra le diese un caballo. Y caballeros los tres llegaron a las puertas del templo del Ministro de Estado Wu,[517] donde desmontaron, caminando hasta el pabellón del fondo, en cuyos bajos vivía Qin el Rústico. Al entrar, Feng el

[517] Wu *xiangguo*: Wu Zixu o Wu Yuan (¿-484 aC), ministro y consejero militar del rey Helü del estado de Wu. Desempeñó un importante papel en las victorias de este estado sobre los de Chu, Yue y Qi y murió suicidándose por orden de Fuchai, hijo y sucesor de Helü.

Cuarto hizo una reverencia, y ya que estuvieron acomodados, Qin el Rústico ordenó traer de comer y de beber y dijo a Hu el Buscapleitos:

—El hermano Feng el Cuarto llega a tiempo para ver mañana la contienda de artes marciales. Ya os visitaré otro día con él, que os estaremos molestando todo el tiempo.

—Así debe ser —ponderó Hu el Buscapleitos.

En eso, Feng el Cuarto señaló un rollo con caracteres que había en la pared y dijo:

—Yo también conocí al señor Hong Hanxian. En su tiempo fue muy práctico en artes marciales, mas con los años, no sé por qué, dio en estudiar ciencias ocultas y en embaucar a las gentes con la alquimia. No sé si aún siga vivo.

—¡Qué gran burla aquella, en la que por poco cae mi hermano tercero! —apuntó Hu el Buscapleitos—. Hong Hanxian embaucó primeramente a Ma Chunshang de Chuzhou, y luego los dos persuadieron a mi hermano que tenía que destilar la piedra filosofal. Pues la plata ya estaba metida en sus envoltorios, cuando Hong Hanxian cayó enfermo y murió en pocos días, lo que fue gran suerte para mi hermano, que estuvo en un punto de perder sus buenos dineros.

—¿Vuestro hermano tercero es Hu Zhen? —preguntó Feng el Cuarto.

—Así es —respondió Hu el Buscapleitos—. En verdad, él y yo tenemos poco en común, pues él gusta de andar con sujetos extravagantes que componen versos y se llaman a sí mismos letrados famosos; y aunque jamás ha bebido un cuartillo de buen vino o comido una libra de buena carne, se deja estafar cientos y miles de onzas sin pestañear. Yo siempre he gustado de tener una buena cuadra, pero él lo juzga cosa aborrecible, pues dice que los caballos ensucian el patio. Poco ha rompí con él, ya harto, y le dejé la casa y me fui a vivir a otra parte.

—La casa donde vive ahora el hermano Octavo es harto limpia —apostilló Qin el Rústico—; ya lo veréis cuando vayamos a visitarlo, hermano Cuarto.

Llegó en eso el vino, y los tres bebieron a porfía. Y ya que estaban a medios pelos, Qin el Rústico preguntó:

—¿Y quién es ese amigo que buscáis, hermano Cuarto?

—Un amigo del lugar, que dicen Chen Zhenggong, al que vengo a pedir unas onzas de plata que me debe.

—¿El del callejón de las Cañas? —dijo Hu el Buscapleitos—. ¿Pues no se ha mudado ha poco de la otra parte de la puerta de Qiantang?

—Ese mismo es —dijo Feng el Cuarto.

—Ahora no está en casa, pues ha marchado para Nanquín a vender sedas con uno que llaman Mao el Perilla que fue paniaguado de mi hermano Tercero —dijo Hu el Buscapleitos—. No habréis menester de ir a buscarlo, hermano Cuarto. Mandaré un criado para que le deje dicho que os visite cuando vuelva.

Terminada la comida, y con ella la reunión, Hu el Buscapleitos se despidió y marchó para casa, y Feng el Cuarto se quedó a pasar la noche, convidado de Qin el Rústico. Al otro día fueron los dos a casa de Hu el Buscapleitos; éste a su vez les devolvió la visita y luego mandó un criado con la siguiente razón: «El señor convida a v. mds. a pasar por casa mañana temprano para comer, y dice que no enviará esquela a tan buenos amigos.»

Al otro día, ya desayunados, el Rústico mandó aparejar un par de caballos y marchó con Feng el Cuarto y un criado para la casa del Buscapleitos, quien salió a recibirlos y les ofreció acomodo en la sala.

—¿Por qué no nos sentamos en la biblioteca? —preguntó Qin el Rústico.

—Aguardad a que tomemos el té —respondió Hu el Buscapleitos.

Y apurado el té, por un senderillo alfombrado de cagajón de caballo los condujo hasta la biblioteca, en la que había otros convidados, que resultaron ser los jinetes y espadachines con que el hermano Octavo pasaba casi todo el tiempo, venidos para ver la destreza de Feng el Cuarto. Hechos los saludos de rigor, el dueño dijo:

—Todos estos señores son buenos amigos míos, hermano Cuarto. Están aquí porque supieron de vuestra llegada y quieren aprender de vos.

—Es gran honor —dijo Feng el Cuarto.

Apurada otra taza de té, salieron todos a dar un paseo. La casa de tres aposentos en que Hu el Buscapleitos vivía no era muy grande, y estaba cercada de galerías de cuyos muros colgaban sillas de montar y aljabas. Al cabo atravesaron una puerta alunada, dando consigo en un dilatado patio, donde estaba el establo.

—Hermano Qin el Segundo —dijo en eso Hu el Buscapleitos—, el otro día compré un caballo de muy buen porte. ¿Sabríais decirme cuánto pagué por él?

Y mandó a un mozo traer el caballo, mientras los convidados se adelantaban para verlo. Era un macho muy brioso, tanto, que antes de que pudieran advertirlo ya había lanzado una coz a las piernas de un convidado mozo, que cayó por tierra encogido de dolor. Y como Hu el Buscapleitos se irritara sobremanera, dio al animal tan gran patada, que le quebró una pata, dejando muy admirados a los circunstantes.

—¡Buen golpe! —dijo Qin el Rústico—. Parece que vuestras artes han medrado en todo este tiempo que no os he visto.

El mozo de la coz fue llevado a su casa, y al rato Hu el Buscapleitos y los siete u ocho convidados se sentaron a comer a la mesa, dando buena cuenta, en tanto jugaban a la morra, de cuantas fuentes y escudillas les fueron servidas. Ya que se pusieron de pie al terminar el banquete, Qin el Rústico dijo:

—Ahora, hermano Cuarto, deberíais hacer un par de ejercicios para los camaradas aquí presentes.

—Hacedlos, señor, que nos servirán de enseñanza —apostillaron los convidados.

—Y para mí de descrédito —dijo Feng el Cuarto—. ¿Mas qué queréis que haga? —Y señalando un arriate de flores defendido con ladrillos que había en el patio, añadió—: Y bien, traedme unos pocos de esos ladrillos.

Qin el Rústico mandó a un criado acarrear ocho ladrillos hasta la escalera, en tanto Feng el Cuarto se recogía la manga derecha; y ya que los ocho ladrillos fueron apilados muy en orden en uno de los escalones, formando un montón de cuatro palmos de altura, desató su mano sobre el superior con tal fuerza, que todos, del primero al último, quedaron hechos añicos, lo que fue muy aplaudido y elogiado por los presentes.

—Harto tiempo ha que nuestro hermano Cuarto es práctico en este arte —apuntó Qin el Rústico—, y en un manual que guarda bien claro lo dice: «Con el puño cerrado le quiebra el cráneo a un tigre, con el canto de la mano descabeza un buey.» Mas no es ésta su mejor gracia. Venid acá, hermano Octavo, que por recia que tengáis la pierna con que acabáis de cocear a ese caballo, no tendréis bien merecida vuestra fama en tanto no le pateéis los compañones al hermano Cuarto.

—¿Cómo va a hacer eso? —rieron los otros.

—Probad, señor Octavo, que no sucederá nada —dijo Feng el Cuarto—, y si salgo herido, la culpa no será vuestra, sino del hermano Qin.

—Si el señor Feng dice que no sucederá nada, sus razones tendrá —ponderaban los demás, apremiando a Hu el Buscapleitos.

«Este Feng no es Guarda Diamantino ni Ju Wuba[518] alguno, que yo sepa. ¿A qué tenerle miedo?», pensaba entre sí Hu el Buscapleitos, diciendo al cabo:

—Y bien, hermano Cuarto, excusad la ofensa.

Así pues, Feng el Cuarto levantó la delantera de su túnica, dejando al descubierto los calzones, con que Hu el Buscapleitos lanzó con toda su alma la pierna derecha; mas como lo que el pie topó no parecía carne, sino un trozo de hierro colado, los cinco dedos por poco le caen a pedazos, y el dolor le llegó al corazón. Viendo Feng el Cuarto que no podía alzar la pierna, se llegó a él y le dijo:

—Perdonadme.

Los presentes reían y mostraban su admiración a un tiempo. Y en ello estuvieron un buen rato, hasta que al cabo dieron las gracias y marcharon. Cojo de una pierna fue a despedirlos Hu el Buscapleitos hasta la puerta; al volver no podía quitarse la bota, de la hinchazón, que le duró siete u ocho días.

Feng el Cuarto quedó alojado en casa de Qin el Rústico, donde ciertamente encontró buen entretenimiento, pues todos los días se ejercitaba en la lucha y la caballería. Uno de ellos andaba practicando la primera de estas artes, cuando le anunciaron que a la puerta había un mozo menudo de hasta veinte años que lo buscaba; y viendo al salir que no era otro que Chen el Gámbaro, sobrino de Chen Zhenggong, le preguntó la ocasión de su visita, a lo que el joven respondió:

—El otro día, el señor Hu mandó razón con un criado que estabais en la ciudad. Pues mi tío está ahora en Nanquín, vendiendo unas sedas, y yo voy luego allá para acompañarlo de vuelta; vengo por si tenéis algún recado para él, que yo le daré.

—Recado no tengo ninguno para vuestro señor tío —dijo Feng el Cuarto—, pues lo busco por ver si puede volverme cincuenta onzas de plata que le presté en cierta ocasión. Aguardaré a que vuelva, pues voy a quedarme por aquí algún tiempo. Tampoco es menester que le escriba carta. Encomendadme a él, si hacéis merced.

El Gámbaro asintió a ello, y así tornó a casa, aprestó su hato y tomó barca para Nanquín. En el distrito de Jiangning desembarcó, y en busca del tío llegó a la Sedería de la Familia Fu, frente a la audiencia, donde lo encontró comiendo a la mesa con Mao el Perilla. Chen Zhenggong convidó al sobrino a sentarse con ellos y le pidió nuevas de casa, y el Gámbaro le dio razón de lo que Feng el Cuarto había dicho del empréstito, con que subió a los altos y deslió el bagaje.

Años antes, Mao el Perilla tenía en Hangzhou un negocio de hilos de bordar que le había dado unas ganancias de dos mil onzas; después se ingenió en asentar de paniaguado con el señor Hu el Tercero, al que le sacó otras dos mil onzas, con que marchó a vivir a la prefectura de Jiaxing, abriendo una casilla de empeños. Tenía este hombre un defecto, y era la avaricia, que lo llevaba a apreciar más una sapeca que a su propia vida; había unido fuerzas con Chen Zhenggong para el trato y comercio de sedas, y como el asociado era otro de los que vendían su vida por unas monedas, los dos hacían muy buenas migas.

Los sederos de Nanquín tienen fama de dar muy bien de comer a los mercaderes, y de ello hablaban en esa sazón. Decía Mao el Perilla:

—Verdad es que el patrón nos da carne en las comidas, pero a fe que esa carne no es suya, sino la nuestra propia, que bien se la cobra al pagarnos. Más nos valiera comer solamente las verduras que nos da y comprar nuestra propia carne, que así perderíamos menos.

—Decís bien —convino Chen Zhenggong.

---

[518] Los «guardas diamantinos» (*jingang*) son los cuatro guardianes o *vajrapani* de gran tamaño apostados a la entrada de los templos budistas. Ju Wuba era un guerrero de colosal fuerza que vivió en época del emperador Wang Mang (r. 9-22).

Y, llegada la hora de la comida, mandó al mozo con catorce sapecas a comprar unas tripas ahumadas para los tres en una tablajería. Tan miserable refacción, excusado es decirlo, no le quitó el hambre al pobre Gámbaro, pues le quedó a medio camino entre la boca y el estómago.

Un día, el Perilla dijo a Chen Zhenggong:

—Ayer supe por un amigo que un señor Qin, del callejón del Carmín y secretario del Gran Secretariado, está por ir a Pequín para comprar no sé qué otro cargo, pero no ha podido juntar todos los dineros que ha menester y quiere pedir prestadas mil onzas a logro de treinta por ciento, que habrá de volver en tres meses, ya que es de fiar. ¿Pues no podréis, hermano, prestarle doscientas diez onzas, que en tres meses os devolverá trescientas[519] y sacaréis más que tratando en sedas? Si no me creéis, os escribiré una carta de fianza, que el apoderado es amigo mío y no puede haber contratiempo.

El asociado siguió el consejo, y a los tres meses, cual le prometiera Mao el Perilla, recibió de vuelta su caudal con los intereses. La plata era de buena ley, el peso el acordado, y Chen Zhenggong no cabía en sí de gozo.

Otro día, Mao el Perilla le dijo:

—Ayer encontré un amigo tratante en ginsén que dice que el señor Chen el Cuarto, primo del señor Xu el Noveno, del Palacio Ducal, le compró al fiado hace tiempo una libra de mercadería; pues como ahora este amigo quiere volver a Suzhou, le ha pedido sus dineros al señor Chen el Cuarto, mas éste todavía no los tiene y quiere tomar emprestadas cien onzas para pagarle, que en dos meses devolverá doscientas, y es negocio seguro.

Y Chen Zhenggong dio al Perilla otras cien onzas para el trato, recibiendo, al cabo de un par de meses, doscientas más un pico de treinta centésimos, lo cual lo colmó de alegría.

El sobrino, entretanto, vivía amargado como madre del vinagre por la mísera existencia que llevaba, pues Mao el Perilla aún no le había permitido catar ni la carne, ni el vino. Un día le dijo al tío:

—El tío está aquí para comerciar en sedas, y los beneficios habría de emplearlos en comprar más mercadería. Compre a buen precio seda de primera calidad y empéñela a mejor precio, y lo que saque empléelo en comprar más seda, y empéñela nuevamente, que el daño que se lleva la casa de empeños es muy ajustado. De esta manera, comprando a precio bajo y empeñando a alto, podrá el tío hacer dos mil onzas de un caudal de mil. ¿Pues no es esto mejor que vivir de la usura, dando oídos a cuanto le dice el Perilla? El prestar es negocio arriesgado; además, si sigue en ello, ¿cuándo volveremos a casa?

—No hay mal en ello —respondió el tío—. En unos días recogeremos las cosas y volveremos a casa.

Un día, Mao el Perilla recibió carta de casa; y pues fue leerla y chasquear la lengua, torcer el morro y sentarse perdido en cavilaciones, Chen Zhenggong le preguntó:

—¿Qué os dicen de casa? ¿Por qué tanto cavilar?

—No es nada, más vale no hablar de ello —dijo el Perilla.

Pero tanta instancia hizo el asociado, que a la postre lo movió a hablar:

—Mi hijo, que dice en la carta que la casa de empeños de la familia Fan, en la calle de Levante, ha hecho quiebra y van a liquidar media tienda que tienen colmada de mercaderías por valor de mil seiscientas onzas, y tan desesperados se ven, que están

[519] Es decir, le presta 210 onzas y el otro firma un recibo por 300, que son las que tiene que devolver.

prontos a venderlo todo por mil onzas. Pues pensaba que si pudiese traer toda esa mercadería para mi casa de empeños, haría muy buen negocio; mas no es posible, pues no me alcanzan los dineros.

—¿Por qué no os asociáis con alguno?

—Ya se me había ocurrido, y la sola manera de hacer unos pocos dineros es que me presten a un centésimo y ocho milésimos de interés, o menos, pues de subir ya a dos centésimos, sería como oler guiso de cabra y no poder catarlo. No, más vale dejar escapar la ocasión.

—¡Tonto de vos, que no me lo habéis dicho antes! —dijo Chen Zhenggong—. Sabed que en casa aún guardo más onzas de plata, que bien puedo prestaros para el trato. ¿Pues voy a tener miedo que me engañéis?

—Basta, hermano —respondió el Perilla—, que todo negocio tiene su riesgo, y de perder y no poder volvéroslo, nunca osara miraros a la cara.

Tanta bondad hizo impresión en el asociado, que seguía repitiendo su ofrecimiento, hasta que al cabo dijo:

—Hermano, vamos a resolver la cuestión de común acuerdo y conformidad, como es debido. Usad de mis dineros para comprar la mercadería, que no os voy a pedir mucho interés, solamente dos centésimos al mes. Los beneficios que resten serán para vos, con que podréis pagarme poco a poco; que aunque no me devolváis todo, somos amigos y nunca os lo echaría en cara.

—En tal caso, hermano, me acojo a vuestra benevolencia —dijo el Perilla—. Pero habrá que llamar a un testigo que escriba un recibo del empréstito para guardar como prueba y para ahorraros cuidados, pues no es razón que las transacciones se hagan con secreto.

—Cuidados no tengo, hermano, pues sé que sois de fiar —dijo Chen Zhenggong—; ni hemos menester de testigos ni recibos, que basta con mi confianza en vos.

Y, sin hablar de ello al sobrino, asió de la plata que guardaba en el cofre y de los dineros de las deudas que había cobrado, y con todo hizo un envoltorio de mil onzas, que dio a Mao el Perilla diciéndole:

—Estoy aguardando a que el sedero venda las sedas que traje, y quería emplear estos dineros para comprar más mercaderías en Huzhou; mas ahora los doy a vos, hermano, para que vayáis allá y hagáis ese negocio, que yo también habré de partir en unos días.

Y Mao el Perilla dio las gracias y cogió la plata, embarcando para Jiaxing al otro día.

Pasados otros pocos más, Chen Zhenggong acabó de cobrar la paga de las sedas y embarcó para Hangzhou con el sobrino, despidiéndose antes del sedero. Pues y la barca recalaba en Jiaxing, desembarcaron allí para visitar al Perilla, llegando al cabo, después de tomar lenguas, a su casa de empeños de la calle de Levante, tres cuartos fronteros y una antepuerta que defendía la entrada, por la que pasaron a un patio de tres aposentos por costado en los que había unos mostradores al cuidado de unos pocos empleados.

—¿Es ésta la casa de empeños del señor Mao el Segundo? —preguntó Chen Zhenggong.

—¿La gracia del distinguido señor? —preguntó un empleado.

—Me llamo Chen Zhenggong y vengo de Nanquín para ver al señor Mao el Segundo.

—Entre y siéntese el señor, si hace merced —dijo el empleado.

Y lo condujo al edificio postrero, un almacén de dos altos, en el que le ofreció asiento y té, que trajo un zagal. Apurada la taza, Chen Zhenggong preguntó:

—¿Está en casa el señor Mao el Segundo?

—Esta tienda ya no es del señor Mao, aunque fue él quien la abrió, pues la traspasó al señor Wang, que ahora es el dueño.

—¿No ha venido por acá el otro día? —preguntó, harto inquieto, Chen Zhenggong.

—¿A qué iba a venir, si la tienda ya no es suya?

—¿Dónde está ahora?

—Pues por ahí andará paseando, lo mismo en Nanquín que en Pequín, vaya a saber v. md. —respondió el empleado.

«Testa de burro no casa con boca de caballo»,[520] se dijo Chen Zhenggong; y sudando de rabia volvió con el Gámbaro a la barca, llegando al cabo a casa.

Al otro día llamaron a la puerta, y al abrirla vieron delante de ella a Feng el Cuarto, al que convidaron a pasar. Y hechas las cortesías al caso, Chen Zhenggong dijo:

—Tiempo ha que debía haberos devuelto los dineros, pero el otro día me estafaron y aún no puedo pagaros.

Preguntó Feng el Cuarto qué había ocurrido, y luego de oír el suceso, dijo:

—Dejad eso en mis manos, que tiene fácil arreglo. Mañana parto para Nanquín con el señor Qin el Segundo: marchad vos presto a Jiaxing y aguardadme allá, que ciertamente habrán de daros todos los dineros, sin que mengüe una sapeca. ¿Qué os parece?

—Nunca podré agradeceros la merced si tal hacéis, señor —dijo Chen Zhenggong.

—Las gracias están de más —respondió Feng el Cuarto.

Y tornó con Qin el Rústico, quien, oído el suceso, ponderó: «¡Así que el hermano Cuarto ya ha encontrado entretenimiento!» Con ello, y orden al criado de pagar el hospedaje y aprestar el hato, embarcaron en la canal Quebrada. Llegando a Jiaxing, el Rústico dijo:

—Voy con vos para divertirme.

Y puestos en tierra él y Feng el Cuarto, llegaron a la casa de empeños de Mao el Perilla, donde encontraron a Chen Zhenggong porfiando a voces. Feng el Cuarto rodeó la antepuerta en dos zancadas y gritó:

—¿Está o no en casa el que dicen Mao? ¿Va o no a pagarle la deuda al señor Chen?

Y, antes que los empleados salieran a responder, afianzó ambas manos sobre la antepuerta e hizo fuerza, echando abajo la mitad de la tapia. Qin el Rústico, que se había acercado para ver, estuvo en un punto de salir descalabrado, y los parroquianos y oficiales quedaron boquiabiertos. En un instante, Feng el Cuarto entró en la casa y, abrazado a uno de los pilares que había cabe el mostrador, gritó:

—¡Huid presto, si en algo estimáis vuestras vidas!

Y entrelazadas las manos en derredor, volteó el cuerpo, arrancando de cuajo el pilar, con que medio techo se vino abajo, cayeron ladrillos y tejas y una nube de polvo se elevó al cielo. Los empleados, por suerte para ellos, habían puesto pies en polvorosa y ninguno fue herido, y los transeúntes empezaron a apiñarse para curiosear, atraídos por el estruendo.

Vióse forzado Mao el Perilla a salir, por el mal sesgo que tomaba el caso, y ello pareció dar nuevos bríos a Feng el Cuarto, quien, la cara cubierta de polvo, entró en el

---

[520] *Lütou bu dui mazui*, la respuesta no casa con la pregunta, no tiene nada que ver.

almacén y apoyó la espalda en la viga maestra. Y mientras los circunstantes le pedían a coro que no siguiese, Mao el Perilla reconoció su culpa y prometió pagar la deuda si se quedaba quieto. Feng el Cuarto dio una carcajada y dijo:

—Por grande que sea tu guarida de bandidos, en menos que dura un almuerzo la echo abajo.

Y Qin el Rústico, que a todo esto se había sentado con Chen Zhenggong en el almacén, añadió:

—Errasteis, hermano Mao, pues quisisteis estafar al señor Chen sabiendo que no podía pedir en justicia o demandaros, por falta de testigos. Mas ya sabéis que nada puede mezquindad de deudor frente a bravura de acreedor, y acabáis de hallar la horma de vuestro zapato en el hermano Feng el Cuarto.

Viéndose sin otra salida, Mao el Perilla hubo de devolver el préstamo con los intereses, con que quedó resuelto el caso. Chen Zhenggong acompañó a Qin el Rústico y Feng el Cuarto a la barca, y ya que se hubieron lavado la cara, quiso dar a su salvador cien onzas en dos envoltorios, por vía de agradecimiento; pero Feng el Cuarto sonrió y dijo:

—¿Qué me queréis agradecer, si para mí no ha sido que un entretenimiento? Guardaré las cincuenta onzas que me debéis, pero las otras cincuenta son vuestras.

Y mientras embolsaba la plata, Chen Zhenggong no se cansó de agradecer, con que se despidió de los dos hombres y en una barquilla partió para casa.

A la suya en Nanquín también llegaron en breve Qin el Rústico y Feng el Cuarto, después de pasar el viaje hablando y riendo. Un par de días más tarde, Feng el Cuarto llegó a visitar al gran secretario Qin al callejón del Carmín, pero el portero le dijo: «El señor viene poco por aquí, pues pasa el día con el señor Chen el Cuarto de Taiping divirtiéndose en casa de la familia Zhang, del Pabellón de los Huéspedes.»

Cuando Feng el Cuarto pudo ver al secretario, le aconsejó mudase de proceder; mas como en esa sazón llegara un mensajero con carta de la capital anunciando una próxima vacante, el secretario Qin aprestó sus cosas y marchó para Pequín, dejando solo con su diversión al señor Chen el Cuarto en el Pabellón de los Huéspedes.

Y, por causa de ello,

Dos primos en la noble Casa del Duque
Admiran la nieve, *sus copas alzadas*.
Una dama en el pabellón de Huéspedes
Despierta de mal sueño en noche cerrada.

Pero si quieres saber cómo era este Pabellón de los Huéspedes, habrás de leer el capítulo que se sigue.

CAPÍTULO LIII

EN EL PALACIO DUCAL FESTEJAN A UN CONVIDADO EN NOCHE DE NIEVES; EN EL PABELLÓN DE LOS HUÉSPEDES DESPIERTA SOBRESALTADA A LA LUZ DEL CANDIL

Lindantes con el puente de la Pacificación por las Armas al frente y el puente Largo de Madera atrás, al extremo sur de la calle de la Fábrica de Billetes, cabe el Jardín de Oriente, se hallan los Doce Pabellones, el barrio de las cortesanas de Nanquín, creado cuando, pacificado el Imperio, el Emperador Taizu condenó a la prostitución a los deudos de los oficiales principales de la dinastía Yuan, dejándolos sometidos a una Oficina de Canto y Danza[521] que, a más de celebrar juicios y apaleamientos, disponía de alguaciles para ejecutar sus órdenes, aunque, a decir verdad, solamente trataba con lenidad a los jóvenes de casa noble que por ella pasaban.

Durante el primero y segundo mes de la primavera, las jóvenes que allí vivían aguardaban, pintadas y empolvoradas, la llegada de algún acompañante bajo los sauces o los árboles floridos al lado de sus puertas, o se juntaban en un figón de todos conocido por su buen vino y la buena mano de los cocineros. Las mancebas de buen ver no recibían a cualquiera, ni ponían peros a la compañía de viejas parásitas que se llegaban a sus casas para quemar incienso, bruñir los incensarios, aderezar las macetas, limpiar las mesas y las sillas e instruirlas en las artes de tañer el laúd, jugar al ajedrez y componer caracteres y pinturas. A las muchachas no les faltaban parroquianos, pero también gustaban de recibir a letrados famosos para dar lustre a sus casas.

Doncella Galana era una de las jóvenes que vivían en el Pabellón de los Huéspedes. Su suegro, famoso actor de papeles de heroína en la Compañía de la Primavera Cercana en sus años mozos, hubo de abandonar la profesión cuando le salió la barba, y casó con la esperanza de que su mujer se emplease en recibir; pero como era tan gorda y requemada, que ni los espíritus atravesaban el umbral de su casa, al cabo tuvieron que adoptar un hijo que les asegurase la supervivencia, al que de zagal desposaron. La niña, su esposa, creció y creció, y a los dieciséis años era tan hermosa, que los parroquianos se apiñaban a su puerta; pero Doncella Galana, que así la llamaban,

---

[521] Jiaofang *si*, oficina encargada de las actividades relacionadas con el canto, la danza, la música, el teatro y, por extensión, las cortesanas en la dinastía Ming, dependiente del Consejo de Ceremonial (Libu), creada en la dinastía Tang con el propósito de adiestrar a cantantes, bailarinas, juglares, payasos, volatineros, etc. de la corte.

tenía preferencia por los oficiales y su tío materno Jin Xiuyi, hijo de Jin Cifu,[522] llevaba de cuando en cuando alguno a su casa. Un día, el tío le dijo:

—Mañana viene un noble señor primo de Xu el Noveno, del Palacio Ducal, que llaman Chen Munan y también Chen el Cuarto por ser el cuarto de los hermanos. Ayer fuimos a representar al palacio, y el señor Chen el Cuarto me dijo que había oído hablar de ti, y quería verte, lo que es buena cosa, pues de avenirte con él, podrás conocer también al señor Xu el Noveno.

Doncella Galana se regocijó mucho de la buena nueva, con que el tío apuró el té y partió. Y al otro día, Jin Xiuyi echó hacia la prefectura de Taiping para visitar a Chen el Cuarto, que vivía en la casa ribereña de la señora Dong, en la Ciudadela de las Aguas de Levante. En la puerta, dos criados muy engalanados lo escoltaron al interior, y al rato salió Chen el Cuarto, hombre de hasta veintiocho o veintinueve años y muy buen porte, que a la sazón vestía bonete, túnica de brocado de color verde jade, chaquetilla de piel de raposa y botas negras de suelas blancas.

—¿Disteis ayer mi recado —preguntó—. ¿Cuándo es mejor que vaya?

—Sí, señor, un servidor ya lo dio ayer, y os aguarda para hoy —respondió Jin Xiuyi.

—Y bien, parto luego con vos —dijo Chen el Cuarto.

Y fue a mudar vestido, con que llamó a los silleteros; mas como a punto de partir viera llegar de mensajero a un mozo empleado en la biblioteca de Xu el Noveno, abrió el billete que traía y leyó:

> *Al primo Munan*. *Las nubes se despejan ya después de tanta nieve*, *y empiezan a florecer los ciruelos rojos del Jardín de la Contemplación*. *Os espero para pasar un día de plática al amor del brasero*. *No podéis rehusar*. *Os saluda respetuosamente*, *Xu Yong*.

—Tengo que ir al Palacio Ducal, tornad mañana —dijo a Jin Xiuyi.

Y, partido éste, subió a la silla de manos y en ella marchó, seguido de un par de criados, para el arco del Insigne Merecimiento. A las puertas del palacio los porteros lo anunciaron, y al ser convidado a entrar se apeó de la silla, y atravesando el pabellón de la Carroza de Plata, cogió por una galería aledaña hasta dar en el Jardín de la Contemplación, donde lo aguardaba Xu el Noveno.

—¿Por qué lleváis tanta ropa, hermano Cuarto? —le preguntó, adelantándose.

Vestía Xu el Noveno, según vio el visitante al estrecharle las manos, gorro negro de marta y túnica sin forro con filigrana de oro brizcada en dibujos nefélicos, cinturón de seda y zapatos bermejos. El jardín estaba moteado de cerrillos artificiales de todos los portes, finamente construidos con cantos del Lago Supremo, y la nieve sobre ellos aún no se había derretido. Xu el Noveno llevó al visitante por un serpentino sendero con barandales, hasta llegar a un pabellón en la parte más alta del jardín, desde el que se veían centenares de ciruelos afelpados de brotes rojos.

—El tiempo de bonanza llega ahora tan temprano a Nanquín, que los ciruelos florecen antes de terminar la décima lunación —caviló Xu el Noveno.

—En verdad que vuestro palacio no es cosa común, primo —dijo Chen el Cuarto—, pues con ser este pabellón tan dilatado y abierto, no se siente el frío. «No sabe del frío de fuera quien dentro se templa», dice acertadamente el verso de la dinastía Tang, según he podido comprobar al venir aquí.

---

[522] Jin Cifu aparece en los caps. XXVI y XXVII como mediador en la boda de Bao Tingxi y en el cap. XXXVII al frente, con este último, de los músicos y danzantes que participaron en la ceremonia del templo de Taibo.

Platicaban de esta suerte, cuando trajeron el vino. Los cuencos, de plata batida, venían dispuestos en un a modo de escalfador, y el fuego llameaba con brío, manteniendo caliente el vino sin humo.

—Hoy hacen estas cosas de las formas más variadas —ponderó Xu el Noveno cuando empezaron a beber—. No sé de qué habrán usado nuestros mayores, pero a fe que no era tan ingenioso como esto.

—Tenía que haber venido antes a Nanquín —dijo Chen el Cuarto—, cuando el doctor Yu, que a la sazón estaba en el Colegio Imperial, ofició de sumo sacerdote por pedimento de Chi Hengshan en el sacrificio del templo de Taibo, donde todo, la música, el ceremonial y hasta los jarrones votivos, era antiguo. De estar en Nanquín, a fe que hubiera ido a hacer las ofrendas, aprendiendo cómo era el ceremonial en la antigüedad.

—Los últimos doce años los he pasado en Pequín sin saber que en este lugar había tan virtuosos personajes —dijo Xu el Noveno—. ¡Gran lástima el no haberlos conocido!

Después de un rato de plática, el calor era tal, que Chen el Cuarto se quitó el sobretodo; un criado lo tomó al punto y, plegándolo, lo colocó en una alacena.

—Dicen que un señor Du, de Tianchang, celebró unas justas de comediantes en el Lago de la Descansada —apuntó en eso Xu el Noveno—. Entonces sí había comediantes, no como hoy, que no se encuentra uno bueno, ni en papeles de hombre ni de mujer. ¿Es que los tiempos ya no dan gentes de mérito?

—Lo cierto es que el señor Du sentó mal ejemplo[523] —dijo Chen el Cuarto—, pues si entre las mujeres hasta las prostitutas pueden llegar a nobles con pasar a concubinas y tener un hijo oficial, los comediantes, por contra, siempre han sido plebeyos, por bien que representen su papel; pero desde las justas del señor Du, los notables, cuando festejan, convidan a unos pocos a sentarse en su misma mesa y los tratan como a iguales. ¿Quién viera cosa semejante? La culpa la tiene el señor Du.

—Culpables son también todos esos nuevos ricos, que en mi casa ningún comediante tomara tamañas libertades.

Chen el Cuarto seguía con calor, y quitándose otra vestidura, dijo:

—Sabido es que este palacio no es cosa común; pero, ¿por qué hace tanto calor?

—¿No veis, hermano Cuarto, que este pabellón está limpio de nieve en un estadal a la redonda? —respondió Xu el Noveno—. Pues sabed que es todo de peltre, calentado con carbón que arde en sus entrañas. Fue erigido en tiempos de mi padre el duque, y no hay otro igual en el Imperio.

Con que Chen el Cuarto comprendió al cabo la causa de su calor. Y entre cuenco y cuenco llegó la noche, y en ella, el momento en que de los centenares de ciruelos del jardín colgaron los criados linternas en forma de cuerno de cabra que, encendidas, semejaban miríadas de perlas brillantes esparcidas entre las ramas, para mayor realce de las flores. Después del vino bebieron té, y al cabo Chen el Cuarto pidió licencia y tornó a casa.

Al otro día, con un propio mandó a Xu el Noveno un billete en que le pedía doscientas onzas de plata, con que compró tela para hacer unos vestidos que, con la ayuda de unos criados, llevó a Doncella Galana a modo de saludo. Llegado a la puerta del Pabellón de los Huéspedes, un perrillo de lanas lo saludó con uno o dos ladridos, y

---

[523] *Zuo yong*, lit. «hizo estatuillas *yong*», estatuillas de madera o arcilla que solían ser enterradas con los amos al morir éstos, en representación de los criados, como alternativa a la costumbre de la dinastía Zhou de inhumar con el señor a toda la servidumbre. Desde que Mencio («Liang Hui wang», I) criticara por boca de Confucio esta costumbre («los que hacen [y se entierran con] estas estatuillas quedarán sin descendencia»), la expresión «hacer estatuillas *yong*» pasó a significar «hacer cosas malas», comportarse indebidamente.

al son salió la alcahueta,[524] gorda y oscura, quien, viéndolo tan apersonado, lo hizo pasar sin demora. En los bajos había un par de alcobas, y en el alto un aposento muy bien dispuesto con flores, jarrones y un altarcillo de ofrendas, en el que jugaba a las damas con otro señor Doncella Galana, la cual, viendo a Chen el Cuarto, salió a saludarlo y dijo:

—Excusad, señor, pues no sabía que habíais venido.

—Es el señor Chen el Cuarto, de Taiping —explicó la alcahueta—, el que ha compuesto esos versos de que tanto gustas, al que tanto querías conocer, que viene ahora del palacio.

—Aquí traigo un par de malos vestidos, comadre, y excusad la falta de respeto —dijo Chen el Cuarto.

—Qué ocurrencia, y cuánto honor para nosotras —dijo la alcahueta.

—¿Quién es el señor? —preguntó Chen el Cuarto.

—Es el señor Zou Tailai, del puente de la puerta del Norte —dijo Doncella Galana—, uno de los mejores jugadores de damas de Nanquín, y maestro mío.

—Muy honrado —dijo el visitante.

—Sois, pues, el señor Chen el Cuarto, famoso primo del señor Xu el Noveno y caballero muy principal —señaló Zou Tailai—. Grande es la fortuna de Doncella Galana teniéndoos hoy aquí.

—A fe que el señor también es buen jugador —dijo en eso Doncella Galana—. ¿No jugaréis una partida con el señor Zou, de cuyo arte aún no he aprendido nada, a pesar de llevar estudiando con él dos años?

—Sí, jugad con el señor Zou mientras hago de comer —apostilló la alcahueta.

—¿Cómo voy a molestar al señor rogándole que me enseñe su arte? —reparó Chen el Cuarto.

—No le hace, que al maestro Zou no hay cosa que más le guste que las damas —dijo Doncella Galana.

Y entabló las piezas y convidó a los dos a tomar asiento.

—Jugaremos a la par, ciertamente —dijo Zou Tailai.

—Sois campeón, señor, y yo no soy rival para vos —alegó Chen el Cuarto—. Debéis darme unas piezas de ventaja.

No hubo menester de oír más Doncella Galana, que estaba sentada a su costado, para alargarle al punto siete fichas negras.

—¡Tantas! —reparó Zou Tailai—. ¿Queréis dejarme en mal lugar?

—Sé que no jugáis de balde, señor —dijo Chen el Cuarto—. He aquí mi postura.

Y pasó un riel de plata a Doncella Galana, quien apremió al maestro a empezar el juego, lo cual hizo, aunque no de muy buen grado, Zou Tailai. Chen el Cuarto se enfrascó en el juego, pero a poco se vio acosado por todas partes; cuando quería atacar, Zou Tailai ocupaba los costados, y cuando quería retirarse, no hacía que perder piezas. Con todo, y aunque agotado del esfuerzo, al final ganó por dos piezas.

—Sois buen jugador, señor Chen —dijo el perdedor—, y seréis digno rival de Doncella Galana.

—El señor Zou nunca se deja ganar, mas hoy ha perdido —ponderó la joven.

—El señor Zou tiene buen corazón dejándome ganar, pues no soy contrario para él —dijo Chen el Cuarto—. Dadme dos piezas más de ventaja, y juguemos otra vez.

Como jugaban de envite y Chen el Cuarto no era buen jugador, Zou Tailai consintió en dejarle nueve piezas de ventaja, ganándole por más de treinta. Rabiando

---

[524] *Qianpo*: tarasca, arpía.

por dentro, Chen el Cuarto se empecinó en jugar otra partida; mas aunque el rival le dio trece piezas de ventaja, perdió otra vez.

—Jugáis harto bien, señor, y habríais de darme más ventaja —dijo.

—No queda lugar en el tablero —reparó Zou Tailai.

—Muden el juego —propuso Doncella Galana—, de modo que en vez de ser el maestro Zou quien haga la salida, sea yo quien tire la primera pieza sobre el tablero, y que ahí empiece la partida. A esto lo llaman «que el cielo decida».

—¡Qué manera de jugar! —dijo, sonriendo, Zou Tailai—. En verdad, nunca he visto cosa semejante.

Pero como Chen el Cuarto seguía porfiando en jugar, Zou Tailai dejó al cabo que Doncella Galana tirase su primera pieza sobre el tablero, con que se abrió la partida. Chen el Cuarto empezó comiendo de una vez cuatro o cinco piezas, y se relamía por dentro, cuando el rival mudó el juego, y en un instante lo puso al borde de la derrota. Mas como en ese instante, por suerte, el gato negro de pezuñas blancas que Doncella Galana tenía en su regazo diera un brinco y volcara el tablero, los dos hombres se levantaron riendo, dando por terminada la partida. Al rato, la comadre anunció que la mesa estaba puesta.

Servido el vino, Doncella Galana alzó su taza, oculta tras la manga azul zafiro, y la vació a la salud del señor Chen; luego quiso brindar por el maestro Zou, mas éste no la dejó beber, antes tomó su taza y la puso encima de la mesa. La alcahueta también se sentó con ellos, y bebió a la salud de Chen el Cuarto después de que éste vaciase su vaso.

—Tan buenos manjares y vinos como habrá catado el señor Cuarto en palacio, y aún se digna comer en una humilde casa como la nuestra —dijo la alcahueta.

—¡Qué parlera es la comadre! —exclamó Doncella Galana—. ¿Pues crees acaso que el señor Chen no come bien en su propia casa? ¿O es que para comer bien tiene que ir al palacio?

—Dice bien la moza —rió entre dientes la alcahueta—, y por irme de la lengua merezco un tazón de castigo.

Y colmó una buena taza de vino, que apuró sin dejar gota.

—Las comidas y los vinos son iguales en todas partes —dijo, sonriendo, Chen el Cuarto.

—Señor Cuarto —dijo la alcahueta—, esta vieja lleva vividos cincuenta años en Nanquín, y no hay día que no oiga hablar de la Casa del Duque, pero nunca ha puesto sus patas adentro; a fe que es como el Palacio del Cielo. Pues dicen que nunca prenden velas en los cuartos.

—Esos son chismes de comadre —dijo Zou Tailai—, pues no prenden velas porque prenden lámparas de aceite.

—¡Y un cuerno para vos,[525] señor Zou! —exclamó, con ademán de desaire, la alcahueta—. ¡Que no prenden velas porque prenden lámparas de aceite! ¿Sabéis lo que os digo? Que no hay velas porque de noche las damas cuelgan sus perlas de las vigas para alumbrar los aposentos. ¿No es así, señor Cuarto?

—Perlas sí hay en el palacio —respondió Chen el Cuarto—, mas no las usan a modo de velas, que yo sepa. Un día que lleve a Doncella Galana a visitar a la mujer de mi primo, que tiene muy buen temperamento, podéis haceros pasar por su dama de compañía. Bastará con que os echéis un atado de ropa al hombro, y tendréis ocasión de ver su alcoba.

---

[525] *Feizir ni dada*, lit. te doy «una castañeta para comer»: «¡Y un cuerno!», como se diría en el habla popular. *Feizi*: castañeta hecha chascando los dedos pulgar y medio.

—Buda Amida, si llego a ver eso, no habré vivido de balde —dijo la alcahueta, juntas las manos—. Pues bien que todos los días quemo incienso y rezo por ello, pero nunca creyera que una noble estrella iba a venir a mi casa para llevarme al cielo. Si tanta es mi buena fortuna, a fe que en mi vida venidera habré de seguir siendo persona, y no burra ni yegua.

—Cuando el Emperador Taizu llevó a palacio a Mamá Wang y a Papá Ji —dijo Chen el Cuarto—,[526] éstos creyeron encontrarse en un gran templo de la antigüedad, y me da que a vos os pasará otro tanto, señora.

Riéronlo todos, y siguieron bebiendo; un par de tazas más bastaron para que la alcahueta, ya harto alegre, dijera, mirando a lo zaino:

—Todas esas damas de palacio tienen que ser hermosas como las mujeres de las pinturas, y Doncella Galana saldrá malparada de la comparanza cuando la llevéis allá.

—El dinero no da la hermosura —replicó la joven, mirándola de mal modo—. ¿Es que todas las hijas de los oficiales y hombres ricos son bellas? Pues una de las veces que pasé a ofrendar incienso al templo de la bodhisattva Guanyin, bajaban de sus sillas una docena de damas de palacio, y os digo que esas gordinflonas no tienen cosa que envidiar.

—¡Otra vez que no tengo razón! —reconoció la alcahueta—. La moza dice bien, y voy a pagar con taza grande.

Unos pocos tazones más y la alcahueta, que ya no podía tenerse en pie, creyó llegada la hora de concluir el convite, con que quitó la mesa y ordenó al mozo acompañase con un farol a su casa al señor Zou, convidando a Chen el Cuarto a descansar en una alcoba de los bajos. Chen el Cuarto bajó las escaleras y entró en el aposento, y todo en él era fragancia. Junto a la ventana había una mesa de ortosia rematada en un espejo, de la pared colgaba una pintura de Chen Meigong,[527] y contra otro muro descansaba un altarcillo con una efigie de jade de la bodhisattva Guanyin, flanqueado de ocho sillas muy pulidas de palo de nan; en el centro estaba la cama, engastada en madreperlas y embozada en cortinas de seda escarlata, y, sobre ella, un cobertor acolchado de tres palmos de grosor; a un costado de la almohada había un sahumador y, al frente, una mesilla con docenas de cidras dispuestas a modo de adorno dentro de unas redecillas. En un brasero de cobre alimentado con carbón reposaba, calentándose, un cazo con agua de lluvia.

Doncella Galana cogió con sus gráciles dedos una pizca de té de un cubilete de peltre y lo echó en una tetera de porcelana de Yixing, en la que vertió agua caliente. Luego de servir a Chen el Cuarto, se sentó a su lado y mandó a la doncella por más agua caliente, con que extendió su lienzo escarlata sobre las rodillas del visitante, para que no se manchase, y le dijo:

—Poco os faltará para oficial, señor Cuarto, siendo, como sois, pariente del duque.

—A otros no lo dijera, pero a ti, sí —respondió Chen el Cuarto—. Mi primo mayor me ha recomendado en Pequín, y de aquí a un año acaso ocupe plaza de prefecto. Si quieres, hablo con la comadre para comprarte por unos centenares de onzas, y te llevo conmigo.

Doncella Galana le tomó la mano, que puso sobre su pecho, y dijo:

---

[526] Wang *mama* Ji *baba*: antiguos vecinos a los que Zhu Yuanzhang, primer emperador de la dinastía Ming, invitó a un banquete en palacio después de ocupar el trono para agradecerles su generosidad en tiempos pasados.

[527] Chen Meigong, sobrenombre de Chen Jiru (1558-1639), famoso calígrafo, escritor y pintor de la dinastía Ming.

—¡Testigo eres, Bodhisattva de las Lámparas, de lo que acaba de decir! Si me abandonáis y os vais con otra, señor Cuarto, os prevengo que esta diosa Guanyin que aquí veis es harto poderosa, y con sólo volverla de cara a la pared, os mandará dolores de cabeza cuando estéis acostado con una mujer, que desaparecerán así os pongáis en pie. Mi familia es respetable, y poco se me da que lleguéis o no a oficial, pues os quiero a vos, al hombre. Solamente os pido que no me abandonéis.

Mas como en eso entrara la doncella cargada con un balde, Doncella Galana se levantó y sacó de una gaveta un envoltorio con sándalo en polvo, que puso en una jofaina en la que echó el agua caliente; al cabo le dijo a Chen el Cuarto que se descalzase, y le lavó los pies. Y en ello estaba, cuando a la zaga de otra doncella con un farol llegaron cuatro o cinco mancebas embutidas en orejeras de marta y chaquetillas de armiño o ardilla, las cuales se sentaron entre risitas y dijeron:

—Doncella Galana tiene hoy un visitante distinguido; habrá que festejar mañana aquí, en su casa, a su propia costa.

—Eso ni que decir tiene.

Después de chancear un instante, las mancebas partieron, y Doncella Galana se desvistió y acostó; era lustrosa, como todo pulpa, y flexible, como nada hueso, y ambos holgaron en muy buena armonía. Al cabo cayó dormida, pero despertó sobresaltada por el chisporrotear del pabilo del candil; miró a Chen el Cuarto, y vio que dormía profundamente, oyendo fuera, en eso, la media de la tercera vigilia, con que remetió bien el cobertor alrededor del acompañante, se arrimó a él y siguió durmiendo. Y llevaba algún tiempo dormida cuando, despertando a un son de címbalos, se dijo: «Es más de medianoche; ¿qué será ese estruendo a estas horas?» El son se acercaba más y más, y de súbito oyó fuera de la alcoba una voz que decía: «Señora, partid a vuestro destino.» Doncella Galana se echó una chaquetilla de brocado sobre los hombros, y con las zapatillas a medio calzar salió para ver qué era, topando cuatro damas de compañía que, arrodilladas, dijeron:

—El señor Chen el Cuarto ha ocupado la plaza de prefecto de Hangzhou y nos envía para que escoltemos a la señora, que comparta su gloria y riqueza.

La joven tornó corriendo a la alcoba y se peinó y vistió, ciñendo, además, el sombrero de fénix[528] y la vestidura oficial que le dieran las damas de compañía, con que salió fuera y montó en la silla de manos que la aguardaba. A las puertas vio una cáfila de portaguiones y sombrillas y músicos y alguaciles, y entre el son de los címbalos oyó que decían: «Llevadla primeramente a palacio.» Mas apenas sonó la orden, una monja budista tan lívida cuan rapada se acercó a ella y, halándola para que se bajara de la silla, gritó a los porteadores: «Ésta es mi discípula. ¿Dónde la lleváis?»

—Yo soy la señora del prefecto de Hangzhou —replicó Doncella Galana—. ¿Cómo osas darme esos tirones, monja pelada?

E iba a ordenar a los alguaciles que la hicieran presa, cuando advirtiendo que todos habían desaparecido, muy espantada dio un grito y tropezó con Chen el Cuarto, con que despertó de su sueño.[529]

Y, por causa de ello,

---

[528] *Fengguan*, sombrero en forma de fénix que llevaban las damas distinguidas, a semejanza de la emperatriz madre de la dinastía Han y la emperatriz en la dinastía Ming. En esta última dinastía (y luego en la Qing) formaba parte del atuendo de las novias de buena familia.

[529] *Yuanlai shi* Nanke *yi meng*, lit. y despertó, pues «había sido como el sueño de Nanke». Referencia a *Nanke taishou zhuan* [Historia del prefecto de Nanke], relato de Li Gongzuo (770-850) en el que el ex-consejero militar Chun Yufen sueña que se convierte en yerno de un poderoso rey y es nombrado prefecto de Nanke. Al despertar descubre que el reino del sueño no es más que el hormiguero sobre el que, borracho, se había dormido.

Camina por los montes de Fujian
Un caballero de ánimo errante;
Acaba metida en un monasterio
Una dama de atractivo talante.

Mas para saber qué acaeció luego, tendrás que leer el capítulo siguiente.

CAPÍTULO LIV

EN UNA MANCEBÍA DICEN LA BUENA VENTURA A UNA BELLA ENFERMA; EN EL BURDEL OFRECE VERSOS UN INSIGNE ZOPENCO

Durmiendo con Chen el Cuarto soñó Doncella Galana que partía a Hangzhou para compartir con él los laureles de su nueva plaza de prefecto, y como al despertar en medio de gran sobresalto viera que ya era de día, llamó al amigo y se lavó y peinó. A poco entró la comadre a dar los buenos días, y cuando desayunaban acertó a pasar por allí Jin Xiuyi, quien chanceó con Chen el Cuarto para que lo convidase a las bodas.

—Hoy debo ir a palacio, mas mañana tornaré —dijo al cabo Chen el Cuarto.

Jin Xiuyi entró en la alcoba de la joven y la encontró a medio peinar, sus largas trenzas negras a ras del suelo.

—Mis parabienes, Doncella Galana —dijo—. ¡Cuán distinguido huésped! Y mira tú, aún desaliñada a estas horas; en verdad cada día estás más malcriada.

Y con ello fue donde Chen el Cuarto y le preguntó:

—¿A qué hora venís mañana? Yo tañeré la flauta y Doncella Galana cantará para vos, que en todos los Doce Pabellones no hay otra que entone tan bien los *Tres aires de Qingping*, del poeta Li Bai.

Mientras hablaban, Doncella Galana quitaba con su pañuelo el polvo del bonete de Chen el Cuarto, a quien dijo al cabo:

—Venid esta noche, no me hagáis aguardar mucho tiempo.

Así lo prometió Chen el Cuarto, volviendo a casa con sus dos criados. Como no le quedaban dineros, envió a uno de ellos a palacio con un billete en que pedía prestado a Xu el Noveno otras doscientas onzas. El criado tornó al cabo de un buen rato y dijo: «El señor Xu presenta sus respetos y me manda decirle que el señorito Tercero, que acaba de volver de Pequín, ha sido nombrado prefecto de Zhangzhou, de Fujian, y en un día o dos partirá a su nuevo destino, y que irá con él para socorrerlo en sus cosas, y mañana vendrá a despedirse del señor y traerá los dineros.»

Al oírlo, Chen el Cuarto se dijo entre sí: «Pues y el señorito Tercero anda por aquí, iré a visitarlo.» Y montado en su silla, y con la escolta de sus criados, fue llevado a palacio, donde un mayordomo salió a recibirlo y le dijo:

—Los señores Tercero y Noveno han ido a festejar con el príncipe Mu. Si el señor Cuarto trae alguna razón, puede darla a este servidor, si le place.

—No es cosa de importancia, pues solamente venía para saludar al señorito Tercero.

Y tornó a casa. Al otro día los señores Tercero y Noveno pasaron a despedirse; al bajar del palanquín, Chen el Cuarto los convidó a pasar al salón y les ofreció asiento.

—Mucho ha que no nos vemos, y en verdad lucís bien, y parecéis más desenvuelto que antes —dijo Xu el Tercero—. Al morir vuestra madre yo estaba muy lejos, en Pequín, y no pude venir a los funerales, lo cual lamento. A fe que en este tiempo habéis profundizado en vuestros conocimientos.

—Después de morir mi madre, hace más de tres años —respondió Chen el Cuarto—, vine a Nanquín para aprender día y noche de mi primo Noveno, cuyo saber es digno de admiración. Mas si ahora os acompaña a Nanquín lo haré mucho de menos, lo mismo que a vos.

—¿Por qué no venís con nosotros, querido primo, y nos hacéis compañía durante el largo viaje? —preguntó Xu el Noveno.

—Y bien gustara de ello, mas aún tengo que resolver aquí una o dos cosas de poca sustancia —dijo Chen el Cuarto—. En dos o tres meses iré a visitar al primo Tercero en su nuevo destino.

En eso, Xu el Noveno mandó a un criado traer un cofrecillo, del que sacó doscientas onzas, que dio a Chen el Cuarto.

—Aguardaré con impaciencia vuestra visita, primo —dijo Xu el Tercero—. Ya os incomodaré si preciso de ayuda en este empleo.

—Será un honor haceros servicio —respondió Chen el Cuarto.

Apurado el té, los hermanos se levantaron para partir y Chen el Cuarto los escoltó en su silla a palacio, y luego hasta la barca, donde se despidió de ellos. En casa lo esperaba Jin Xiuyi, quien lo llevó al Pabellón de los Huéspedes, y en él a la alcoba de Doncella Galana, a la que encontraron muy pálida e indispuesta.

—Un par de días sin ver al señor Chen, y ya te ha vuelto ese dolor de pecho —dijo Jin Xiuyi.

—Mucho la han consentido de chica —señaló la alcahueta—, y siempre que se pone triste, le torna el mal. Está así, señor, porque lleváis dos días sin venir y cree que no gustáis de ella.

Doncella Galana miró en silencio a Chen el Cuarto, los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Dónde te duele? —preguntó él—. ¿Qué has menester para ponerte buena? ¿Cómo has curado otras veces que te ha venido este mal?

—Las otras veces no ha tomado un sorbo de té, ni una gota de agua —respondió la comadre—. El médico viene y le receta remedios, pero no los cata porque son harto amargos, y la cosa no va a peor por la sopa de ginsén que le hago para que la tome de a poco.

—Ahora doy a v. mds. cincuenta onzas de plata, de unos dineros que tengo aquí, para que le compren ginsén —dijo Chen el Cuarto—, que yo también habré de traer del mejor.

Doncella Galana, que estaba recostada sobre su almohada bordada, se sentó enfundada en el cobertor, y dejando ver el corpiño escarlata que llevaba, con un suspiro dijo:

—¡Me asusta tanto este mal cada vez que me viene! Pero los doctores dicen que si tomo el ginsén solo, el fuego sube, y tengo que barajarlo con coptis y tomarlo en sopa para dormir un rato, que si no, me paso la noche con los ojos abiertos hasta el otro día.

—Eso tiene fácil remedio —dijo Chen el Cuarto—. Mañana también traeré coptis.

—En palacio compran al peso el ginsén y el coptis, y les cuesta muy poco —apuntó Jin Xiuyi—. A fe que Doncella Galana no puede dar cuenta de todo lo que el señor Chen le traiga.

—No sé qué sea —dijo Doncella Galana—, pero el corazón se me altera mucho, y si cierro los ojos, sueño cosas tan raras, que hasta de día tengo miedo.

—Eres persona muy delicada, que no puede sufrir fatigas ni contratiempos —apuntó Jin Xiuyi.

—¿No será que has ofendido a un espíritu? —dijo la comadre—. Más vale llame una monja, que venga para hacer un conjuro.[530]

No acababa de decirlo, cuando fuera sonó un batintín, y al salir la alcahueta, vio que era la superiora Benhui, del convento de la Longevidad, que venía por la limosna de cada mes.

—Benditos los ojos, si es la madre Benhui, a la que hace dos meses que no veo —dijo la comadre—. ¿Habéis tenido que hacer en el convento?

—La mala fortuna nos persigue este año, señora —dijo la superiora—, pues el mes pasado se nos fue de este mundo una novicia de veinte años, a la que ni pudimos hacer los oficios ante la bodhisattva Guanyin. ¿Cómo está vuestra nuera?

—Tres días buena y dos enferma —dijo la alcahueta—. Mas, por suerte, está bajo los cuidados del señor Chen el Cuarto de Taiping, que es primo del señor Xu el Noveno de palacio y viene mucho por mi casa. La moza ha nacido con mal pie, y tiene otra vez el dolor de pecho. Entrad y miradla, si hacéis merced.

La superiora entró en la alcoba, y juntas las manos saludó al visitante, a quien la alcahueta presentó como «el señor Chen el Cuarto, de palacio».

—Ved aquí, señor Chen, a la madre Benhui, una santa —presentó Jin Xiuyi; el cual, viendo que la superiora se llegaba a la cabecera de la cama para examinar a la enferma, añadió—: ¿Por qué no decimos a la madre que haga el conjuro, como platicábamos hace un rato?

—Yo conjuros no puedo hacer, pero voy a mirar el color de las energías vitales —respondió la superiora.

Y se acomodó al filo de la cama. Doncella Galana conocía a la mujer; pero como al alzar la mira no viera que la cara cetrina y la cabeza pelada, se le antojó estar en presencia de la monja con que había soñado dos días antes, y sin poder refrenar su disgusto, dijo: «¡Qué hastío!», y se cubrió la cara con el cobertor.

—Vuestra nuera tiene el corazón intranquilo —dijo la superiora—. Me voy.

Y salió de la alcoba tras despedirse de los presentes. Y así recibiera de la alcahueta las ofrendas de todos los meses, marchó de la casa, el batintín en la mano izquierda y la talega en la diestra.

De vuelta en casa, Chen el Cuarto dio dinero a los criados para comprar ginsén y coptis; al saber de ello, su patrona, la señora Dong, salió apoyada en su bastón y dijo:

—¿Qué tenéis, señor Chen? ¿A qué tanto comprar ginsén y coptis? Ya sé que habéis estado holgando por ahí, que años no me faltan, mas soy vuestra patrona y por eso no os he dicho nada. Pero ya conocéis el proverbio: «Deuda de cortesana no la paga una barcada, ni de de oro ni de plata», y os digo que esas mujeres no tienen corazón, pues cuando os quedáis sin dineros, bien prestas os dan la espalda; que, con tener ya más de setenta años, aún leo las escrituras budistas, y la bodhisattva Guanyin todo lo oye. ¿Cómo voy a quedarme cruzada de brazos, viendo el engaño que os hacen?

---

[530] *Rangjie*, conjurar un mal ofreciendo un sacrificio.

—Decís bien, señora —dijo Chen el Cuarto—. Mas el ginsén y el coptis son por un encargo que me han hecho de palacio. Y como no sé qué comprarán los criados —añadió, para no oírla más—, voy a verlo con mis propios ojos.

Y fue a encontrarse con sus criados en la botica, donde compró media libra de ginsén y media de coptis, que llevó como oro en paño al Pabellón de los Huéspedes. Al entrar sintió un tañer de vihuela, y era que la alcahueta había llamado a un ciego para que dijese el porvenir a Doncella Galana. Chen el Cuarto dio las medicinas a la alcahueta y se sentó a escuchar las palabras del ciego.

—Diecisiete años tiene la niña —decía éste—, y la buena fortuna se cruza el día *geng-yin*, y *yin* se ayunta con *hai*, y en el ayuntamiento hay un hombre noble, ha de aparecer la estrella de un noble que encauce lo por venir. Mas en los cuadrantes surge un indicio poco fausto, pues asoma la Cola del Dragón[531] que zumba y produce malestar, aunque no es cosa de gravedad. Excusad mi franqueza, pero la moza ha ofendido a una mala estrella, la Sombrilla Imperial, y solamente podrá quebrar el mal cuando se consagre a Buda; pues con ello irá en compañía de un hombre noble, y llevará guirnaldas y buenos vestidos, y será grande señora.

Y, acomodada la vihuela, cantó otra vez, con que se levantó para partir; mas como la alcahueta le ofreciera té y barquillos y dátiles negros puestos en sus fuentes sobre una mesilla, tomó nuevamente asiento, asiendo de la taza que le sirvió una criada.

—¿Vivís bien con vuestro oficio aquí en Nanquín? —preguntó en eso Chen el Cuarto.

—Más vale no hablar de ello —respondió el viejo—, que ya no es como antes, pues antes sólo los ciegos decíamos la buena ventura, pero ahora se emplean en ello los que ven, y nos quitan el negocio. Aquí a Nanquín llegó veinte años ha un forastero llamado Chen Hefu[532] que nos dejó sin negocio en las casas de los oficiales de más alto grado; y, aunque ya muerto, pasó sus malas artes a un hijo que, casado con una vecina mía, se embrega todos los días con el suegro y no nos deja un instante de sosiego a cuantos habitamos cerca. A fe que ahora, en volviendo yo a casa, habré de oírlos regañar.

Después de un rato de plática, el viejo dio las gracias y se fue. Y como era de esperar, al llegar a uno de los callejones del Jardín de Oriente ya empezó a sentir la pelea del hijo de Chen Hefu con el suegro. Decía éste:

—Buenas sapecas ganas por ahí leyendo el porvenir, sin parar en casa el santo día, pero las gastas en chicharrones de puerco y en tortas, todo para tu panza, que lo que es un cobre a casa no traes. ¿Qué quieres, que siga manteniendo a tu mujer? Dirás que es hija mía, pero bien que vienes a pedirme dineros cuando te quedas sin ellos, y siempre alborotando con lo mismo. ¿Qué habré hecho yo para merecer tamaño castigo?

—Bien dierais los dineros, padre, de ser vos el que quiere los chicharrones —respondió el yerno.

—¡Cuánta simpleza, pues si yo los quisiera, yo los pagara, ciertamente, pero eres tú el que los comes!

—Haced cuenta que yo os hubiese devuelto vuestros dineros y los hubieseis gastado, y ahora venís con que os los vuelva otra vez.

—¿Pues cómo voy a haberlos gastado, siendo tú el que los debes?

---

[531] Jidu *xing*, el cometa Kedu de la astrología hindú, portador de mala suerte a las mujeres que se hallan bajo su influjo. También es infausta la estrella que aparece a continuación, la Sombrilla Imperial (Huagai *xing*), perteneciente a Casiopea. Los cuadrantes (*si zheng*) son, en términos muy generales, los cuatro aspectos del porvenir determinados por las estrellas, clasificados por palacios: el palacio de la vida, el del trabajo, el de la riqueza y el de la movilidad social.

[532] Recordemos que Chen Hefu aparece por última vez en el cap. XIII.

Y el suegro, furioso de tan simple discusión, asió de una horqueta y salió en pos del yerno, lo que estorbó el ciego, que a tientas llegaba para despartir.

—¡Señor, no es un ser humano, pues mirad cómo responde el canalla a un consejo que le doy! —gritaba el suegro, temblando de rabia. ¿No habré de aborrecerlo?

—Erráis en lo de canalla, padre, pues ni bebo ni juego ni ando putañeando por ahí, y entre decir y decir el porvenir, aún leo todos los días un libro de versos.

—Eres gran canalla porque abandonas a tu mujer y no le das de comer, y quieres que yo la mantenga, y a mí los dineros no me alcanzan.

—Si tanto os molesta que vuestra hija sea mi mujer, lleváosla.

—¡Bestia condenada, y aún quieres que me lleve a mi hija!

—Y os buscáis otro yerno.

—¡Que te lleve la peste! —decía, furioso, el suegro—. ¿Cómo voy a casarla otra vez, si tú no te has muerto ni te has metido monje?

—Morir, aún no; pero mañana me meto monje —respondió el yerno.

—¡Pues métete luego! —decía, harto furioso, el suegro.

Harto de oír tanto desvarío, el ciego renunció a ponerlos en razón, y tanteando el camino tornó a casa.

Al otro día, el hijo de Chen Hefu se rapó la cabeza y vendió su sombrero de teja; y, envuelto en un capillo de monje que había comprado, se presentó ante el suegro y le dijo, juntas las manos:

—Padre, este humilde monje viene a despedirse.

Al oírlo, el viejo dio un brinco y rompió a llorar, colmando de reproches al yerno; mas viendo que éste lo decía en serio, lo forzó a escribir una declaración de divorcio y se trajo con él a la hija.

No le faltaba al monje Chen de qué sustentarse en su nueva vida de soltero, pues todos los días comía carne de puerco, que compraba con las ganancias de su oficio de adivino. Saciado de la comida se sentaba a la mesa donde practicaba su arte, a un costado del puente de la Virtud Literaria, y sin cuidados que perturbaran su paz se ponía a leer libros de poesía.

Pasó en ello medio año. Un día, su colega Ding Yanzhi se allegó a él, y viendo el libro que estaba leyendo, preguntó:

—¿Cuándo habéis comprado ese libro?

—Hace tres o cuatro días.

—Pues sabed que esos versos fueron compuestos en el lago de la Collada de la Oropéndola por los famosos letrados Zhao Xuezhai, Jin Langjing, Yang Yun, Kuang Chaoren y Ma Chunshang el día en que fueron convidados del señor Hu el Tercero. Aún recuerdo el motivo que el señor Zhao Xuezhai escogió. Mirad esta frase: «El lago es un cuello de oropéndola, cae el sol por poniente.» Una sola frase dibuja ya el sujeto, y los versos que siguen son tan a sazón, que en ningún otro banquete encontraran acomodo.

—No sabéis lo que habláis, y a fe que habríais de preguntarme antes —reparó el ahora monje Chen—, pues el convite del lago de la Collada de la Oropéndola no lo dio el señor Hu el Tercero, sino los hermanos Lou, de la casa del ministro, grandes amigos de mi padre, que ese día estuvo allí al lado de los señores Yang Yun, Quan Wuyong, Niu Buyi, Qu Xianfu, Zhang Brazo de Hierro y los dos de Lou. Y también estaba el señor Yang, en todo nueve convidados. ¡No voy a saberlo yo, siendo mi propio padre el que me lo ha dicho!

—¿Queréis decir que los versos de los señores Zhao Xuezhai y Jing Lanjiang no los compusieron ellos, sino otros? —preguntó Ding Yanzhi—. Pensad con la cabeza; ¿podríais vos escribirlos?

—Eso que decís es aún más disparatado, si cabe —ponderó el monje Chen—, pues Zhao Xuezhai y otros más compusieron esos versos en el Lago del Oeste, y no en el de la Collada de la Oropéndola.

—Ahí lo dice, bien claro: «El lago es un cuello de oropéndola» —remachó Ding Yanzhi—. ¿Aún porfiáis que no fueron compuestos en esa junta?

—Mirad que ésta es una antología de letrados muy diversos, en que aparecen hasta unos versos de Ma Chunshang, cuya poca afición a la poesía es de todos conocida.

—Esos son disparates —dijo Ding Yanzhi—, pues Ma Chunshang, y también Qu Xianfu, compusieron quién sabe cuántos versos, si bien vos nunca los habéis leído.

—Yo no, pero vos sí, por cierto, mas habríais de saber que en la junta del lago de la Collada de la Oropéndola ninguno compuso un solo verso. No sabéis de qué oreja oís, y aún venís acá a buscarme las vueltas.

—No os creo, pues, ¿cómo van a juntarse tantos letrados célebres sin componer un solo verso? Aguardad, que acaso vuestro padre no estuvo en esa junta; y, si estuvo, hubo de ser gran letrado, y dudoso es que haya tenido un hijo como vos.

—¡Mirad lo que decís! —gritó furioso el monje Chen—. ¿Pues qué hijo va por ahí pregonando tener un padre que no es el suyo?

—¡Chen Siyuan, dos poesías habéis escrito en toda vuestra vida y aún os hacéis pasar por hijo de Chen Hefu!

—¡Ding Yanzhi, y vos no pasáis de durazno verde, de hombre a medio hacer, que apenas si sabéis recitar de memoria unos versos de Zhao Xuezhai y llenaros la boca con nombres de letrados famosos!

—¡Yo no habré de mentar a los letrados famosos, mas vos tampoco sois ningún letrado famoso! —dijo Ding Yanzhi, saltando hacia el monje Chen.

Y, conclusa de este modo la plática, se engancharon del cuello y se enzarzaron a golpes. Ding Yanzhi atizaba en la calva al monje, con harto dolor de éste, que, perdida la mirada, quiso tirarlo al río al llegar, abrazados, a la cabecera del puente, lo que estorbó aquél con un empellón que lo mandó rodando a los bajos. Y gritando y alborotando seguía en los bajos del puente, cuando acertó a pasar por allí Chen Munan, quien, al ver al monje echado en el suelo muy malparado, lo ayudó a levantarse y le preguntó:

—¿Qué tenéis?

El monje reconoció a Chen el Cuarto, y señalando el puente dijo:

—¡Mirad ese ignorante de Ding Yanzhi, que viene a anunciarme que el convite del lago de la Collada de la Oropéndola lo dio el señor Hu el Tercero, y cuando le muestro la verdad, sigue porfiando y dice que Chen Hefu no es mi padre! ¿Son ésas razones?

—¿Y peleáis por cosa tan simple? —apuntó Chen el Cuarto—. Mas, ciertamente, Ding Yanzhi no debiera decir lo que ha dicho de vuestro padre, y suya es la culpa.

—No comprendéis, señor Chen —gritó, desde arriba, Ding Yanzhi—; pues, ¿cómo no voy a saber que es hijo de Chen Hefu? Mas él da en que es letrado famoso, y no hay quien lo sufra.

—Siendo colegas, ¿a qué ponerse así? —rió Chen el Cuarto—. Pues si Chen Siyuan dice que es letrado famoso, ¿que habrían de decir en su época el doctor Yu y el honorable Zhuang? Más vale que apure con v. mds. un tazón de té mientras hacen las paces, pues no es razón que se peleen más.

Y llevó a los dos a un puestecillo que había cabe la pila del puente, donde se sentaron a tomar el té.

—Señor Chen —abrió la plática el monje—, dicen que vuestros primos quieren que vayáis a Fujian. ¿Cómo no os habéis puesto en camino?

—Por eso vine a veros, pues quiero saber mi porvenir, para escoger día de partida —dijo Chen el Cuarto.

—Señor —ponderó Ding Yanzhi—, las siete suertes[533] no son que embelecos, y más vale que escojáis por vos el día de partida que mejor os convenga, que no habéis menester de adivinaciones.

—Más de seis meses hace que no os veo, señor —apuntó el hijo de Chen Hefu—, pues al otro día de meterme monje os llevé a casa, para conocer vuestro parecer, unos versos que hice con ocasión de mi tonsura, pero la patrona Dong me dijo que habíais salido de diversión. ¿Dónde habéis estado todo este tiempo? ¿Cómo salís hoy a pasear sin vuestros criados?

—Doncella Galana, del Pabellón de los Huéspedes, gusta de mis versos y voy con frecuencia a verla.

—Gran sutileza es que hasta en una casa de mancebía sepan apreciar el talento —dijo Ding Yanzhi; y, volviéndose al monje, añadió—: Mirad cómo hasta una mujer gusta de la poesía; ¿cómo concebís que los letrados del lago de la Collada de la Oropéndola festejaran sin componer versos?

—El señor Chen dice bien —reparó Chen el Cuarto—, pues Lou el Tercero fue condiscípulo de mi padre, y era muy amigo de Yang Yun y Quan Wuyong, mas ninguno de ellos descolló en el arte poética.

—Dicen que el señor Quan Wuyong acabó metido en pleitos —señaló el monje Chen—. ¿Qué sucedió a la postre?

—Fue falsamente acusado por unos licenciados de su distrito, mas luego quedó demostrada su inocencia —respondió Chen el Cuarto.

Y de esta suerte siguieron de plática, hasta que el monje y Ding Yanzhi pidieron licencia y partieron. Chen el Cuarto pagó el té y marchó para el Pabellón de los Huéspedes, a cuyas puertas topó a la alcahueta, ocupada a la sazón, al lado de una florista, en componer borlones con flores de canelo.

—Tomad asiento, señor Cuarto —dijo la alcahueta.

—Subo a ver a Doncella Galana —dijo él.

—Hoy no está en casa, que marchó a un convite en el pabellón de la Bruma Ligera.

—Vengo a despedirme, pues parto para Fujian.

—¿Os vais, señor Cuarto? —dijo la comadre—. ¿Y cuándo tornáis?

Mas en eso llegó la criada con una taza de té, que el visitante dejó en la mesa después de un sorbo, por estar frío.

—Anda a calentar una buena jarra de té —gritó la alcahueta.

Y, dejando a un lado las borlas de flor de canelo, entró en la casa y echó gentil fraterna al rufián. Viendo Chen el Cuarto que no le hacían caso, se fue. Mas no había ido muy lejos, cuando uno que venía detrás lo alcanzó y le dijo:

—Señor Cuarto, haríais bien en mantener vuestra palabra, y no que me tenéis todo el día corriendo tras vos.

—¿Qué tanto cuidar de unas docenas de onzas, con una tienda de ginsén tan grande como la vuestra? —respondió Chen el Cuarto—. Sabéis que os habré de pagar en la debida sazón.

---

[533] *Qi zhan*, las siete artes adivinatorias tradicionales: la adivinación por tiras de bambú inscritas, barajadas en un cubilete y tiradas al suelo delante de un santo (*chou qian*); la que se sirve de los hexagramas (*liu yao*); la de la bandeja giratoria (*zhuanpan*); la que recurre a la combinación de tres de los Troncos Celestiales y ocho de las manifestaciones de los trigramas (*da liu ren*); la realizada a través de un pájaro que lleva una tarjeta en el pico (*niao xian pai*); la que ofrece un rollo de papel escrito tomado al azar (*nian juan*), y el método del Emperador Amarillo (*qi men*).

—Hoy no he visto a vuestros dos criados, y en vuestra casa no está que la patrona, la señora Dong. ¿Pues no querréis que entre en razones con una mujer?

—Calmaos —dijo Chen el Cuarto—, que monje que huye, no huye con el monasterio a cuestas. Venid mañana a casa, que mis cuentas serán saldadas.

—Mañana de mañana, y dejad ya de tenernos a carrera abierta todo el día —apostilló el tendero.

Y marchó por donde había venido. Llegando a su aposento, Chen el Cuarto se dijo: «Y bien se presenta el negocio, con los criados idos, la comadre que no me deja entrar, la plata agotada y entrampado hasta el cuello. Más vale que líe el hato y salga para Fujian.» Y partió, sin decir palabra a la señora Dong.

Muy de mañana al otro día llegó a la casa el dueño de la tienda de ginsén, quien se sentó a esperar; y llevaba ya un buen rato aguardando a ser recibido, cuando la puerta se abrió con un crujido y apareció uno con un abanico adornado de versos, al parecer hombre de letras, al que preguntó, ya levantado:

—¿Cuál es vuestra gracia, señor?

—Ding Yanzhi me dicen, y vengo para pedir parecer al señor Chen sobre unos versos que he escrito.

—A verlo también vengo yo.

Mas, como después de sentados un buen rato aún no asomaba quien los recibiera, el tendero dio unos golpes en la mampara que había a la entrada, a cuyo son salió la señora Dong ahirmada a su bastón y preguntó:

—¿A quién buscan?

—Al señor Chen el Cuarto, pues vengo a cobrar una deuda —dijo el tendero.

—¿El señor Chen? A estas horas debe andar por la puerta de Guanyin.

—¿Os habrá dejado mis dineros, señora? —preguntó, harto amedrentado, el tendero.

—¡Qué decís, si ni el arrendamiento ha pagado, que anda entrampado en todas partes desde que perdió la cabeza con esa zorra del Pabellón de los Huéspedes! ¿Y aún esperáis que os vuelva unas malas onzas?

Oyólo el tendero y quedó como mudo que sueña con la madre, aunque al cabo rompió a patear de rabia.

—No os enojéis —le dijo Ding Yanzhi—, que poco aprovecha perder la calma. Tornad mejor a la tienda, que el señor Chen es hombre de letras y no os ha de engañar, pues a fe que así vuelva, paga la deuda.

Mas el mercader de ginsén siguió pateando de una parte a la otra, hasta que, persuadido que ya no había remedio, partió. Lo propio hizo Ding Yanzhi, agitando el abanico y diciéndose entre sí: «Así que las mujeres también leen versos. Pues yo nunca he estado en los Doce Pabellones. ¿Y si cojo los dineros que tengo guardados y voy allá a entretenerme un instante?» Y determinado a ello, en casa asió de un rollo de versos, se puso una túnica que, aunque harto pasada, era la más nueva que tenía, ciñó el bonete de letrado y salió para el Pabellón de los Huéspedes, a cuyas puertas encontró al rufián, el cual, observando su porte de papanatas, le preguntó a qué venía.

—Vengo a platicar de poesía con la dama de vuestra casa —respondió Ding Yanzhi.

—Será menester sopesar la bolsa.

Y en el platillo de una balanza de brazo amarillo volcó el visitante los dineros de una escarcela que llevaba al cinto, a saber, dos onzas, cuatro décimos y cinco centésimos en todo.

—Faltan cinco décimos y cinco centésimos —dijo el rufián.

—Os los daré cuando haya visto a la señora —respondió Ding Yanzhi.

Subió al alto, y encontrando a Doncella Galana sola delante del tablero de las damas, se adelantó e hizo una profunda reverencia. La joven refrenó la risa, y ofreciéndole acomodo, le preguntó la ocasión de su visita.

—Largo tiempo ha que he oído de vuestra pasión por la poesía, señora, y aquí traigo una de mis humildes composiciones para que me deis vuestro parecer, si sois servida.

—En esta casa no leemos versos antes de recibir los cuartos —dijo la joven.

Y aunque Ding Yanzhi anduvo mucho tiempo tentándose el cinto, como al cabo apenas sacara veinte sapecas, que dejó sobre la mesa de palo de ortosia, Doncella Galana soltó una risotada y dijo:

—Ve a darle tus dineros al alcahuete del callejón de la Familia Feng de Yizheng, y no me ensucies con ellos la mesa, o cómprate unas tortas.

La cara de Ding Yanzhi pasó del escarlata al blanco. El buen letrado enrolló el pliego de versos, que remetió en la túnica, y muy cabizbajo se arrastró escaleras abajo, clausurándose al cabo en casa.

Creyendo la alcahueta que Doncella Galana había cazado al podenco, subió al punto las escaleras y le preguntó:

—¿Cuántas onzas le has sacado a ese papahuevos? Daca, que quiero comprar unos brocados.

—¿Pues de dónde sacara la plata a ese pobre diablo? —dijo la joven—. Quiso darme veinte sapecas, pero no las cogí, y marchó cuando me reí de él.

—¡Pues no es lista la niña para cazar un bobazo y dejarlo escapar de balde sin sacarle los dineros! No seré yo quien lo crea, que de las propinas que te dan los parroquianos aún no he visto una sapeca.

—¿Te quejas acaso de los muchos dineros que te doy? —respondió Doncella Galana—. ¡Tan gran alboroto por tan poca cosa! Sabes que quiero enmendarme y ser una señora, y dejas subir a un tonto como ése. ¡Contenta habrías de estar que no te he dicho nada, y aún vienes aquí a parlotear!

Mas como la comadre perdiera los estribos, se abalanzó sobre ella y de un bofetón la dejó por tierra llorando y mesándose los cabellos.

—¿Qué he hecho yo para que me den este maltrato? —plañía la joven—. ¡Déjame marchar, que tú ya tienes muchos dineros y poco importa que encuentres o no a otra! ¡Déjame buscar mi salvación última!

Desgreñada lloraba y maldecía, y a gritos pedía un cuchillo para cortarse el cuello o una soga para ahorcarse; y, tan fuera de sí parecía, que la alcahueta, asustada, llamó al rufián, quien porfió y predicó sin lograr ponerla en razón. E incapaces de persuadirla, a la postre se vieron forzados a dejarla cumplir sus deseos, que no eran otros que marchar al lado de la superiora Benhui, del Convento de la Longevidad, donde se rapó la cabeza y tomó los hábitos.

Y, por causa de ello,

El viento pasa y las nubes se esparcen
Y el talento y la virtud quedan en nada;
La leña se acaba y la brasa sigue[534]
Y al fin surgen otros hombres de fama.

Pero para saber qué ocurrió luego, tendrás que leer el capítulo que sigue.

---

[534] *Xin jin huo chuan*, «la leña se acaba, pero el fuego perdura»; aunque la leña se acabe, el fuego de la brasa puede prender en otro material combustible: el saber y el arte se propagan de generación en generación sin extinguirse (*Zhuangzi*, «Yangsheng zhu»).

CAPÍTULO LV

EN QUE APARECEN CUATRO PERSONAJES QUE ENLAZAN PASADO Y PRESENTE, Y UN SON DE MONTES Y RÍOS QUE AÚNA A LOS AMIGOS

Por el año XXIII de la era Wanli[535] ya no quedaban letrados de renombre en Nanquín. De la época del doctor Yu, los que no eran muy viejos se habían ido de este mundo, y los que no andaban por tierras lejanas vivían enclaustrados en sus casas y no cuidaban de negocios mundanos; los parques y figones no eran frecuentados de hombres de talento, y no había virtuosos que se emplearan en el estudio del ceremonial, la música o la composición literaria. En lo tocante a los opositores, los que pasaban los exámenes eran tenidos por listos, y los suspensos, por zotes; y si vamos a la liberalidad, los ricos hacían ostentación de su riqueza, y los pobres, de sus miserias. Ninguno pedía consejo a gentes que en lo talentoso les recordasen a Li Bai o Du Fu, o en lo moral a Yanzi o Zengzi,[536] y de ahí que en las ceremonias de mayoría de edad,[537] casamientos, funerales o sacrificios que celebraban las casas de alcurnia, los notables no hablaran que de ascensos, destinos y deposiciones del mundo oficial, y los letrados pobres no hicieran que fabricar zalamerías y embelecos para ganarse el favor de los presidentes de examen. Mas, con todo, aún aparecieron unos pocos hombres singulares.

Uno de ellos era un compositor de caligrafías que llamaban Ji Xiannian, hombre sin casa ni oficio que vivía de templo en templo: cuando los monjes golpeaban el pez de madera[538] llamando a rancho, él cogía su escudilla y hacía fila y comía con ellos, sin que ninguno pusiera reparos. Era muy buen calígrafo; pero no gustaba de la caligrafía antigua, antes creó estilo propio y escribía al impulso de su pincel. Tres días antes de cumplir las encomiendas pasaba uno de ayuno y otro moliendo la tinta, cosa que no permitía a otro hacer por él y en la que era tan riguroso, que muchas veces lo vieron aprestando medio tazón para componer un díptico de apenas catorce caracteres. Solamente usaba de pinceles desechados de otros, y no comenzaba a escribir en tanto no hubiesen tres o cuatro que sujetaran el papel, y lo sujetaran bien, pues si no, los denostaba e insultaba. Escribía si estaba en vena, pues si tal no era el caso, ni se dignaba mirar al que le hacía el encargo, por muy príncipe, duque, general o ministro que fuese o por mucha plata que ante sus ojos apilase. No cuidaba de apariencias, pues todo lo que

---

[535] 1595.

[536] Yan, Zeng: Yan Hui (Yanzi) y Zeng Sheng (Zengzi), discípulos de Confucio.

[537] *Guan*, ceremonia de «coronación» de los hombres al cumplir los veinte años.

[538] *Chuanban*, especie de gong, generalmente de madera y en forma de pez que, colgado ante el refectorio en los monasterios budistas, sirve para llamar a comer a los monjes.

tenía era una túnica en andrajos y unas sandalias de espadaña desbaratadas; y los gajes que recibía los daba a los pobres después de comprar lo necesario para comer.

Un día de mucha nieve fue a visitar a un amigo, y sus sandalias dejaron un reguero de barro en el suelo de la librería. El amigo, que conocía su mala complexión, apenas le dijo:

—Vuestro buen calzado está ya algo maltrecho, señor Ji. ¿Por qué no compráis otros zapatos?

—No tengo dineros —respondió el calígrafo.

—Componedme un díptico, y os compro un par.

—¿Pues no tengo yo zapatos, para querer los vuestros?

Pero el amigo entró a buscar un par de zapatos, incómodo de su desaliño, y le dijo:

—Poneos esto, hacedme merced, que tendréis los pies fríos.

Y Ji Xiannian se enojó tanto, que sin despedirse fue derecho a coger la calle, aunque antes gritó desde la puerta:

—¿Quién os creéis que sois? ¿No son mis zapatos dignos de vuestra casa? Pues sabed que bastante honor os hago viniendo a ella, y que se me dan una higa vuestros zapatos.

Y marchó al monasterio del Reino Celestial, donde con gesto hosco comió con los monjes. Al cabo, como descubriera una caja de tinta fina y fragante en la celda del abad, le preguntó:

—¿Vais a escribir con esta tinta?

—No es para usar —respondió el abad—, que la mandó ayer el nieto del inspector Shi y la guardo para obsequiar a nuestros donantes.

—Voy a componer un rollo.

Y como no admitiera réplica, fue a su celda, de la que trajo un tintero grande de piedra y una barra de tinta, que con agua dio en moler sentado al borde del camastro del abad; no sabía que éste, buen conocedor de su temperamento, lo había embaucado para obligarlo a escribir. En eso, un acólito se acercó al abad y le dijo: «Está aquí el señor Shi, de aguas abajo el Puente Flotante»; y fue decirlo y asomar por la nave el nieto del inspector, quien se apartó a un lado para platicar con el monje sin saludar siquiera al calígrafo. Hecha la tinta, Ji Xiannian extendió una mano de papel sobre la mesa, y llamando a cuatro novicios que la sujetaran, embadurnó un pincel viejo, midió con la vista el lienzo y de un tirón escribió un verso; mas como en eso viera moverse un pelo al novicio que sujetaba el canto derecho de la parte alta, con el mango del pincel lo picó de tan mala manera, que dejó al pobre gritando como si lo estuviesen matando, encogido a la mitad de su talla. El abad corrió para ver qué ocurría, y hallando a Ji Xiannian dado al diablo, hizo por calmarlo y se ofreció a tener el papel mientras componía los caracteres; a todo ello el nieto del inspector también se había llegado a mirar, despidiéndose al cabo del monje.

Al otro día, un criado de la casa del inspector que llegaba al monasterio topó con Ji Xiannian y le preguntó:

—¿Sabéis si para acá un calígrafo que llaman Ji?

—¿Qué lo queréis?

—Mi señor quiere que mañana venga a casa para hacer unas caligrafías.

—Está bien —dijo Ji Xiannian tras un instante de silencio— Hoy no está aquí, mas le diré que vaya mañana.

Al otro día, Ji Xiannian enderezó para el Puente Flotante y llegó a la casa del inspector Shi; pero al querer entrar, el portero le dijo:

—¿Quién eres tú, que quieres entrar de rondón?

—Vengo a componer unos rollos de caligrafía —dijo Ji Xiannian.

Quiso la suerte que en eso saliera de la casa el criado, que al verlo dijo:

—¡Sois vos! ¿También sabéis componer caligrafías?

Y lo condujo a la sala, anunciándolo. Mas así apareció el nieto del inspector Shi por detrás de una mampara, Ji Xiannian dijo a voz en cuello:

—¿Quién os creéis que sois para ordenarme venir a componer para vos? Sabed que no quiero vuestro dinero ni vuestros favores, y que se me da una higa vuestra posición. ¿Pues no es osadía llamarme?

Y gritó y juró hasta que el señor Shi volvió sin habla y cabizbajo por donde había venido, y aún lanzó alguna maldición antes de marchar para el monasterio del Reino Celestial.

Otro era vendedor de yesqueros, que llamaban Wang Tai, cuyos mayores habían sido hortelanos en los Tres Arcos hasta llegar al padre, que hubo de vender la huerta por su mala mano en llevar el negocio. El padre murió, y como de chico Wang Tai no tenía otra afición que jugar a las damas, para poder vivir se empleó en armar yesqueros, que todos los días llevaba al Paso del Tigre Sentado para vender.

Un día de convite, las puertas del monasterio de religiosas de la Buena Intención quedaron abiertas para los paseantes que quisieran solazarse por los senderos serpenteantes entre los muchos pabellones o a las orillas del estanque del Dragón Negro, cuyas aguas aparecían felpadas de hojas de loto recién abiertas por la estación, al comienzo del verano. Paseando a la deriva, Wang Tai llegó a un sauce bajo el cual había una mesa de piedra con cuatro poyos, dos por costado, ocupados por tres u cuatro oficiales de alto grado que asistían harto ensimismados a una partida de damas.

—Unos días ha —dijo en eso uno vestido de zafirino—, nuestro señor Ma entró con ciento diez onzas a jugar con los salineros de Yangzhou, y salió con más de dos mil.

—Nuestro señor Ma no tiene par en todo el Imperio —añadió un joven de túnica de color jade—, pues sólo puede hacerle frente el señor Bian, y eso con dos piezas de ventaja. Grandes trabajos habríamos de pasar cualquiera de nosotros dos para llegar a la altura del señor Bian.

Wang Tai se adelantó para mirar, y los criados quisieron echarlo a empellones al ver su aspecto zaparrastroso, lo que lograran de no detenerlos el hombre que ocupaba la plaza de huésped, que dijo:

—¿Un sujeto como tú también gusta de ver jugar a las damas?

—Yo también juego un poco —dijo Wang Tai.

Y como al rato de estar mirando, diera en reír por lo bajo, el que llamaban Ma dijo:

—¡Y ríe el buen hombre! ¿Será que sabes jugar mejor que nosotros?

—A duras penas, acaso —respondió Wang Tai.

—¡Quién eres tú para jugar con el señor Ma! —dijo el que hacía honores.

—¿Pues no vale más darle una lección, ya que es tan osado, que así sabrá callar la vez siguiente que vea a dos señores jugando? —dijo el que llamaban Bian.

Wang Tai no puso impedimento, antes tomó asiento y aprestó sus piezas, cediendo la salida al señor Ma, con gran regocijo para los presentes. Y si después de unas pocas jugadas el señor Ma ya había advertido que tenía ante sí un adversario poco común, demediado el juego se levantó y dijo:

—¡Me ha comido la mitad de las fichas!

Y como ninguno acertara a hablar, al cabo el señor Bian dijo:

—Tal como va la partida, parece que el señor Ma pierde.

Maravillados, quisieron convidar a beber a Wang Tai; pero éste dio una risotada y dijo:

—No hay cosa más divertida en el mundo que ganar a un jugador de poca monta, y no he menester de beber vino, según estoy de contento.

Y reventando de risa se fue, sin volver siquiera la mirada atrás.

Otro era Gai Kuan, patrón de una casa de té y antes de una de empeños, heredada a los veinte años con unas tierras de cultivo y unos islotes[539] en medio del río. Sus deudos eran ricos, pero él los despreciaba, y antes de andar con ellos, pasaba el día en la biblioteca leyendo, componiendo versos o pintando, pues también era aficionado al arte pictórica. Poetas y pintores venían con frecuencia a visitarlo, y a pesar de que los versos y lienzos de éstos eran en común de menor calidad que los suyos, él los convidaba a comer y a beber, y platicaba y reía con ellos, pues era hombre que apreciaba el talento; y si alguno de estos amigos andaba necesitado de dineros para una mayoría de edad, unas bodas, unos funerales o unas ofrendas, no tenía más que decírselo para verle soltar las onzas por docenas o centenas. Los contadores de la casa de empeños lo tuvieron por tonto al saber del hecho, y le agotaron el caudal engañándolo con mil trapacerías; y para mayor desgracia, sus tierras de cultivo sufrieron inundaciones varios años en sucesión, de modo que tuvo muchas pérdidas en simiente y grano. A la vista de ello, algunos bribones le aconsejaron vender y le trajeron compradores que no pagaban más de quinientas o seiscientas onzas por las tierras, pues dizque eran malas; y como a Gai Kuan no le quedaba caudal, al cabo se vio forzado a vender a ese precio unos terrenos que no valían menos de mil onzas. En vez de poner a buen uso los dineros, empero, los guardó en casa para emplearlos cuando hubiere menester, con que poco le duraron. A la postre no le quedaron más que las rentas de los islotes para pagar las deudas; pero los truhanes que tenía por contadores dieron en prender fuego a los cañaverales, de suerte que, luego de unos pocos incendios, nada quedó de las docenas de millares de arrobas de caña que tenía almacenadas en la heredad del río. Las cenizas formaban figuras extrañas, como las piedras del Lago Supremo: los contadores le llevaron algunas para que las viera, y él las guardó en casa como cosa curiosa; y aunque los criados decían: «Señor, no las guardéis, que traen mala suerte», él las conservó en la librería. Al cabo, perdidos los cañaverales, los contadores lo abandonaron. Y, no teniendo qué comer, al medio año vendió su casa y se mudó a otra más chica, que, por desgracia, también hubo de mercar a los seis meses para costear el entierro de su esposa, muerta por esas fechas.

Gai Kuan se mudó con el hijo y la hija a una choza de dos cuartos en un callejón retirado. Resuelto a ganarse la vida de alguna manera, dejó el cuarto de atrás para los hijos y dispuso en el de delante unas mesas, un mostrador a la derecha, un par de orzas con agua de lluvia detrás y un hornillo bajo el alero, convirtiéndolo en una casa de té. Todos los días se levantaba muy temprano para encender el fuego, y ya que éste daba buena llama después de aventado, ponía a calentar la caldera y se sentaba a leer o a pintar al lado del mostrador, sobre el que nunca faltaba un ramito de flores frescas y un montón de libros viejos, salvados de la venta, de los que nunca se separaba; y cuando llegaba un parroquiano, dejaba a un lado el libro que estaba leyendo y le traía tetera y vasos. Así manejaba el negocio, del que sacaba apenas para leña y arroz con las cincuenta o sesenta sapecas que ganaba al día, a razón de una sapeca por tetera.

[539] *Zhouchang*, islotes en medio del río plantados de cañaverales y a veces de productos hortícolas.

Un día entró en la casa un vecino viejo, parroquiano habitual, el cual, viendo a Gai Kuan detrás del mostrador vestido con ropas de verano a pesar de los rigores del mes onceno, en que estaban, le dijo:

—Amigo, ya veo que no vienen buenos los tiempos, que con haber socorrido a tantos antes, ninguno de ellos cae por vuestra tienda. Mas todos vuestros deudos andan sobrados de dineros; ¿por qué no habláis con alguno de ellos y le pedís para poner un negocio con que podáis ganaros buenamente la vida?

—Como reza el dicho, tío, quien pobreza tién, de sus deudos es desdén, y el rico, sin serlo, de todos es deudo —respondió Gai Kuan—. Mis parientes congeniaban bien conmigo cuando yo tenía dineros y vestía buenas ropas, al igual que mis criados; pero bien a disgusto estuvieran ahora si me presento ante ellos, con no llegar, como deudos, a darse por ofendidos. Pues los que socorrí en el pasado, según decís, harto pobres son para devolverme los favores, y habrán ido en busca de otros ricos. ¿Qué les aprovecha venir a mí? Y tampoco es razón que yo vaya a ellos, pues los molestaré en vano.

—Vuestro negocio es quedo, y hoy no tenéis muchos parroquianos —dijo el vecino, advirtiendo su amargura—. ¿Por qué no damos un paseo por las afueras de la puerta del Sur, ya que hace tan buen día?

—Bien gustara de pasear, mas no tengo con qué convidar —contestó Gai Kuan.

—Eso no le hace, que yo cargo unos centésimos de plata, que bastarán a comer cualquier cosa.

—Siempre causándoos molestias, tío —dijo Gai Kuan.

Y dejando al hijo al frente de la tienda, salió a pasear con el anciano por la puerta del Sur, deteniéndose en una casa de comidas mahometana, donde almorzaron unas verduras por cinco centésimos, que con añadidura de propina pagó el vecino. Con ello fueron al monasterio de la Retribución de la Benevolencia, en el que visitaron la nave principal, el corredor del sur, el templo de Tripitaka y la Gran Caldera.[540] Al cabo compraron en la entrada un envoltorio de confites y se sentaron a tomar unas tazas de té en una casa que había detrás de la pagoda.

—El mundo ha cambiado —dijo en eso el vecino—, pues ya pocos visitan el monasterio de la Retribución de la Benevolencia, y hasta se compran menos confites que hace veinte años.

—Mucho habéis tenido que ver, tío, en vuestros setenta años de vida —dijo Gai Kuan—. Las cosas ya no son como antes, pues de haber vivido en época del doctor Yu y los otros letrados célebres, yo no habría de cuidar del tazón de arroz de todos los días con mi modesta industria para la pintura. ¿Quién se representara que el mundo iba a llegar a tales extremos?

—Si no lo mentáis, ni me acuerdo —dijo el vecino—. Ahí, a mano izquierda, en la terraza de las Flores de la Lluvia, está el templo de Taibo, erigido con fondos del señor Chi, de Jurong. ¡Qué bullicio el día que fue el doctor Yu a hacer las ofrendas! Yo tenía a la sazón veinte años cumplidos, y me escurrí entre la multitud para mirar, y perdí el gorro en el tumulto. Pero hoy no hay quien cuide del templo, y es gran pena que se esté cayendo a trozos. Vayamos allá después de terminar el té.

Y luego de comer un platillo de queso de soja seco del monte de la Cabeza del Buey,[541] pagaron el té y echaron a andar. Cruzada una loma, en un extremo de la terraza de las Flores de la Lluvia llegaron a vista del templo, a cuyo lado jugaban a la pelota unos niños. La mitad del tejado se había derrumbado, y también había por tierra una

---

[540] *Daguo*: gran caldera emplazada a las puertas del monasterio de la Retribución de la Benevolencia (Bao'en *si*) en la que, en tiempos de mala cosecha, se cocinaban gachas de arroz para los más necesitados. El templo de Tripitaka (Sanzang *chanlin*) también forma parte del monasterio, ubicado en Nankín.

[541] Niushou *doufugan*, queso de soja del monte de la Cabeza del Buey, al suroeste de Nankín.

hoja de doble puerta, por la que entraron, topando en el patio a tres o cuatro aldeanas viejas que recogían el hongo que llaman zurrón de pastor. Los tabiques de la nave principal habían desaparecido, los cinco edificios traseros estaban vacíos como tonel, y no quedaba una losa en el suelo. Luego de pasear un rato, Gai Kuan dio un suspiro y dijo:

—¡Pensar que tan notorio lugar iba a ser todo ruinas, y que no haya quien lo repare! ¡Que todos esos ricos gasten las onzas a millares en levantar monasterios budistas y taoístas y ni uno solo las dé para componer el templo de un sabio!

—El señor Chi —dijo el vecino— compró muchos ornamentos de la liturgia antigua, que guardó en unos armarios muy grandes en los bajos, y ya no quedan ni los armarios.

—Es cosa triste hablar de los tiempos pasados —dijo Gai Kuan—. Más vale que tornemos.

Y los dos echaron a andar lentamente. Al rato dijo el vecino: «Pasemos otra vez por la terraza de las Flores de la Lluvia.» Y admiraron los montes frescos y verdes que bordeaban el río, y las barcas en su ir y venir, visibles los mástiles por la limpieza del día. El sol rojo se hundía tras las montañas cuando tomaron el camino de vuelta a la ciudad.

Gai Kuan siguió con su casa de té otro medio año, hasta la tercera luna del siguiente, en que asentó de tutor en una casa con unos gajes de ocho onzas.

Otro era un sastre, que decían Jing Yuan, de cincuenta años colmados, con tienda en la calle de los Tres Montes, quien todos los días, al acabar el trabajo, holgaba tañendo el *qin* y componiendo versos. Los amigos le preguntaban:

—Si lo que queréis es pasar por hombre distinguido, ¿por qué seguís en este oficio? ¿Por qué no os juntáis con hombres de letras?

—No, no quiero ser hombre distinguido —respondía él—, antes mi complexión me inclina a estas aficiones, que cultivo cuando puedo. En lo que hace a mi vil oficio, es legado de mis antepasados, y ¿acaso deshonro a las letras siendo sastre? Y no me junto con esos letrados de escuela porque no ven las cosas como nosotros las vemos, y a fe que ninguno de ellos gustara de trabar amistad con uno de los nuestros. Los seis o siete centésimos que gano al día me dan para comer, y teniendo libertad, como tengo, de tañer, componer caligrafías o hacer lo que me venga en gana, no me trae cuenta ser rico ni noble, ni estar al servicio de un amo; pues, ¿no es harto hermoso ser dueño de uno mismo?

Cuando los otros lo oían hablar de esta manera, dejaban de tenerlo por amigo.

Un día en que, ya almorzado, no tenía cosa que hacer, marchó de paseo para el monte Qingliang, el más apacible a poniente de Nanquín, allende el cual vivía un amigo que llamaban Yu, quien, en vez de estudiar para los exámenes o trabajar, tenía por único oficio el de dirigir en la huerta la labor de sus cinco hijos, de cuarenta años el mayor y veinte el menor. La huerta tenía veinte o treinta fanegas, y en medio un claro, en el que al lado de las flores y las hierbas y de unos peñascos artísticamente dispuestos, había, a la sombra de una esterculia de más de treinta o cuarenta jemes de contorno, unas chozas levantadas en su tiempo por el viejo.

Ese día, como todos los demás, el viejo había encendido el fuego y calentado el té en la choza después de contemplar cómo los hijos regaban; y recreaba la vista con el frescor verde de la huerta, cuando vio asomar a Jing Yuan.

—Luengo tiempo ha que no os veo, hermano —le dijo—. ¿Habréis tenido mucho trabajo?

—Así es, tío —respondió Jing Yuan—, pues hoy es el primer día que tengo tiempo, y aprovecho para venir a visitaros.

Con que el viejo colmó una taza y la pasó a Jing Yuan, quien tomó acomodo y dijo:

—El color, aroma y sabor de este té no tienen par, tío. ¿De dónde sacáis este agua tan buena?

—Acá a poniente vivimos mejor que vosotros al sur de la ciudad, pues podemos beber de cuantos manantiales tenemos a mano.

—Los hombres de la antigüedad soñaban con el Paraíso de los Duraznos para hacer una vida retirada —dijo Jing Yuan—, y a mi parecer pocos paraísos de los duraznos son menester viviendo, como vos, apacible y contento en esta floresta al lado de la ciudad, como los inmortales.

—Sí —dijo el viejo—, pero no encuentro cosa en qué emplearme, pues bien quisiera pulsar el *qin* como vos, hermano, para pasar los días. A fe que habréis de tañerlo mejor que antes. ¿Cuándo podré escucharos?

—Eso es cosa fácil —respondió Jing Yuan—, que si al tío no le molesta mi torpe tañer, mañana vendré con el *qin*.

Ido después de la plática, al otro día apareció con el instrumento en la choza, a cuyas puertas ardía un braserillo de buen incienso cebado del viejo Yu, que lo estaba aguardando. Después de los saludos y unos instantes de charla, como el viejo pusiera el *qin* en un banco de piedra que le hiciera de soporte, acomodándose al lado, Jing Yuan se sentó sobre una esterilla al frente, y con calma templó las cuerdas y comenzó a tañer. Y las notas claras que flotaban entre la arboleda al unísono del canto de los gorriones de las ramas dieron súbito paso a un aire lleno de tristeza y anhelo que puso lágrimas en los ojos del viejo Yu.

Desde entonces los amigos se vieron con más frecuencia, aunque al cabo también los separó el tiempo.

¿Será posible, discreto lector, que de acá en lo por venir no haya hombre virtuoso que entre en el Bosque de los Letrados? Como dicen unos versos:

Perduran en el recuerdo
Aquellos lejanos tiempos,
Cuando sediento del Qinhuai,
Partí de mi humilde pueblo.

A gritos busqué la Forja
De la Raíz del Ciruelo;
Errante vagué la Aldea
Del Florido Alberchiguero.[542]

Fénix en alta esterculia,
Grillo en chico miradero,
Competí con los letrados
En virtudes y defectos.

¡Y hoy ya todo terminado!
Cual cigarra la piel trueco,

[542] Lugares pintorescos de las cercanías de Nankín. Al primero de ellos dedica unos versos el autor en la poesía del mismo nombre, recogida en *Jinling jingwu tushi* [Poesías e imágenes de los paisajes de Jinling].

Y en retiro mis pies lavo
En el límpido arroyuelo.[543]

Mi cuenco almagrado colmo
De vino en horas de asueto;
Llamo a los amigos nuevos
Y juntos todos bebemos.

Cien años pasan volando
¿Por qué tanto sentimiento?
¡Tan arduo es seguir la senda
De los laureles eternos!

Desgarra mi alma la pena
De evocar en libro yermo
Las brumas del Río Grande,
Y del Huai,[544] *sus hombres rectos*.

Con mi hornillo para hierbas
Y mis libros para el rezo,
Al Príncipe del Vacío[545]
Honraré en lo venidero.

FIN

***

[543] *Cual cigarra… arroyuelo* (*Ba yiguan chantui / zhuo zu canglang*). Lit. «mudo el vestido y el bonete como la chicharra que cambia de camisa, y lavo mis pies en el arroyo cristalino». La primera imagen está inspirada en *Registros Históricos* («Qu Yuan Gu Sheng liezhuan», LXXXIV) y significa «despojarse de todo, desprenderse de la suciedad del mundo», y la segunda procede posiblemente de *Mencio* («Li Lou», I).

[544] Jiang *zuo*, Huai *nan*, «a la izquierda del Río, al sur del Huai», regiones situadas al sur de los ríos Yangtsé y Huai (Jiangsu, Anhui y otras provincias colindantes), donde transcurre en general la acción de la novela.

[545] Kong *wang*, epíteto de Buda.